EL MUNDO DE LOS CÉSARES

THEODOR MOMMSEN

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA • 70 AÑOS

1934-2004

El mundo de los Césares

Theodor Mommsen

Traducción y prólogo de *Wenceslao Roces*

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

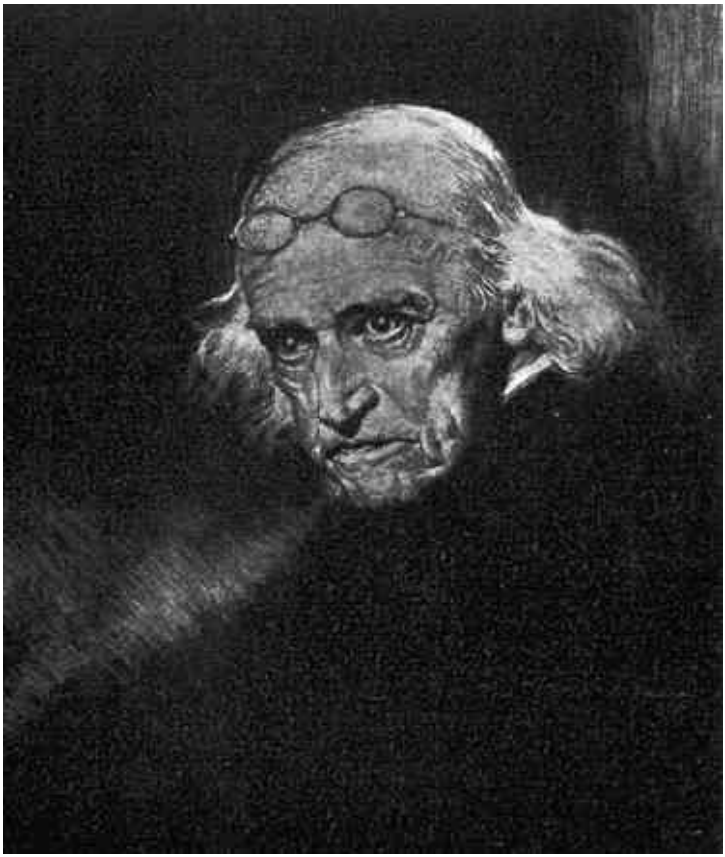
Edición conmemorativa 70 Aniversario, 2006
Primera edición electrónica, 2011
De la edición en alemán: Berlín, Safari-Verlag, 1941
Título original: *Das römische Imperium der Cäsaren*
La primera edición en español fue publicada por el FCE en 1945
D. R. © 2006, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 México, D. F.
Empresa certificada ISO 9001:2008

www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios:
editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55) 5227-4672

CREATIVE COMMONS

ISBN 978-607-16-0659-4
Hecho en México - *Made in Mexico*



Litografía de Arthur Kampf

Índice

Prólogo

Parte Primera. La vida en las provincias romanas de César a Diocleciano

Introducción

I. La situación en las provincias y las condiciones culturales de la época de Julio César

II. La frontera septentrional de Italia

III. España

IV. Las Galias

V. La Germania romana y los germanos libres

VI. Britania

VII. Los países danubianos y las guerras del Danubio

VIII. La Europa griega

IX. Los griegos del Asia Menor

X. Persia y el reino de Palmira

XI. Siria y el país de los Nabateos

XII. Judea y los judíos

XIII. Egipto

XIV. Las provincias africanas

Parte Segunda. La literatura, el arte y la cultura romanas antes del cristianismo

I. Estado de la cultura antes de la unificación de Italia

Desde los orígenes de Roma hasta la caída de la monarquía

Desde la caída de la monarquía hasta la unificación de Italia

II. La economía, las costumbres, la religión y el arte de los romanos desde la guerra de Aníbal hasta la Revolución

Sociedad y política

La vida económica

La fe y las costumbres

Nacionalidad, religión, cultura

La literatura y el arte

La literatura y el arte bajo la revolución

III. La religión, la cultura, la literatura y el arte en la época de Cicerón

Parte Tercera. Mapas y retratos

Apéndices

Prólogo

En 1856 vio la luz la primera edición de la *Historia de Roma* de Theodor Mommsen. En tres gruesos volúmenes, que abarcan desde "los comienzos de Roma" hasta "la instauración de la monarquía militar" con Julio César, el historiador estudia los aspectos fundamentales de los pueblos de la Italia antigua, sus luchas, sus instituciones, su cultura, la hegemonía de Roma en el Lacio y del Lacio en Italia, la unificación de Italia bajo Roma, el gobierno y la vida política, la economía y las luchas sociales, el derecho y la justicia, la religión y las costumbres, el arte, la literatura, la ciencia y la vida espiritual de la Italia unificada, los movimientos interiores de reforma, los choques de partido y las revoluciones, y las grandes guerras que afirman su poderío sobre las potencias contendientes en las diversas épocas y crean el imperio romano que la república transferirá a la nueva monarquía, al instaurarse ésta. Es un cuadro completo, militar y político, social y cultural, de la historia de Roma desde sus orígenes hasta la dominación del primer César.

El éxito de la obra fue fulminante y colocó a su autor, de golpe, entre los historiadores más famosos, no sólo de su país, sino del mundo entero. Era una obra de juventud, pues Mommsen sólo contaba 39 años cuando la publicó. Para realizar un empeño de tan vastas proporciones, le bastó el plazo, pasmosamente corto, de seis años. Cuando en 1850 recibió el encargo de redactar la *Historia* no se le había pasado siquiera por la imaginación abordar una obra de aquella naturaleza. Habíase interesado por los estudios clásicos a través del de-

recho romano. Entregado apasionadamente a la filología, a la epigrafía y a la historia, diose a conocer con un estudio sobre las *Asociaciones romanas,* su obra primeriza, y con un ensayo sobre *Las tribus de Roma.* Desde sus primeras investigaciones se sintió preocupado por la necesidad de recoger las inscripciones latinas en un cuerpo sistemático, y durante una estancia en Italia inició la que había de ser tarea central de su vida, con la compilación de las inscripciones samnitas en la obra que publicaría poco después bajo el título de *Corpus Inscriptionum Regni Neapolitani.* Fruto de aquella su primera permanencia en Italia fueron también sus *Estudios oscos* y sus *Dialectos de la baja Italia,* que abrieron nuevos rumbos a las investigaciones de la prehistoria romana y que tanto habían de ayudarle a esclarecer los aspectos etnográficos y lingüísticos de la historia de Roma.

Los tres volúmenes publicados en 1851 no eran sino una parte de la obra en que Mommsen se empeñara. Cambiando sobre la marcha su designio inicial, que era dedicar dos de los tres tomos a la república y el tercero y último al imperio, consagró los tres a la historia de la Roma primitiva y de la república. La instauración de la monarquía cesárea, decidida en la batalla de Tapso —última gran acción militar que estudia al final del tomo III—, era para Mommsen la coronación de la historia de la república y, a la par, el paso de transición hacia la era augustea, que abre la serie de los emperadores romanos. El mundo culto, lleno de entusiasmo ante la revelación de los tres primeros volúmenes, esperó con impaciencia la aparición del cuarto. La espera duró cerca de treinta años. Tres décadas colmadas para aquel trabajador infatigable de una labor ímproba de investigación y de republicaciones (*Cronología romana hasta César; Historia del sistema monetario romano;* los tres grandes volúmenes del *Derecho público* que figuran en el *Manual de antigüedades romanas* de Marquardt y Mommsen; el *Derecho penal de Roma;* las *Investigaciones romanas,* de que sólo vio la luz el tomo I; la edición crítica del *Corpus Juris Civilis,* en colaboración con Krüger y

Schöll; la fundación de la *Revista de Numismática* y del *Corpus Nummorum,* de que fue asiduo colaborador; numerosas ediciones de textos, entre ellos el de las *Res Gestae Divi Augusti;* incesantes estudios en diversas revistas; y, sobre todo, la creación y dirección, al frente de una pléyade de epigrafistas, del magno *Corpus Inscriptionum Latinarum,* una de las empresas más perdurables de su vida científica).

Por fin, en 1885 salió a la luz la continuación de la *Historia de Roma.* Pero no el esperado tomo IV, la historia de los emperadores, sino un estudio complementario, sustantivo en cierto modo y que forma unidad aparte, presentado como tomo V de la *Historia de Roma,* bajo el título de *Las provincias, de César a Diocleciano.* Este trabajo es el que, traducido por vez primera al español, que yo sepa, aparece en cabeza del presente volumen. En el breve prólogo que acompañaba a la primera edición alemana figuraban estas palabras del autor:

"Repetidas veces se me ha manifestado el deseo de ver continuada la publicación de mi *Historia de Roma,* deseo que coincide con el mío propio, aunque al cabo de treinta años resulte difícil reanudar el hilo donde hube de dejarlo al interrumpir la obra. El que no exista un empalme directo [entre este tomo y los anteriores] no tiene gran importancia. Al fin y al cabo, tan fragmentario sería el tomo IV sin el V como lo es ahora el V sin el IV."

En la primera página de la Introducción al estudio sobre las *Provincias* (*infra,* p. 25) se lee entre líneas, a mi juicio, la razón fundamental por la que Mommsen se abstuvo de publicar su historia sistemática de los emperadores. Un historiador tan original y tan concienzudo como él no podía acometer un trabajo de esta naturaleza, ya en la sazón de su vida y de su obra, sin establecer previamente, con toda firmeza, "los datos directos de la tradición" histórica. Sabemos, por testimonios de contemporáneos amigos y colaboradores suyos, que jamás abandonó del todo la idea de colmar aquella laguna de su *Historia,* y así parecen indicarlo también las líneas de su prólogo al tomo V, citadas más arriba. Confiaría,

tal vez, en descubrir el cimiento seguro y los materiales para la historia de los emperadores en sus vastas investigaciones epigráficas y paleográficas —que llegaron hasta los tiempos de la caída del imperio, hasta los reinos de los ostrogodos y los longobardos—. Su sentido de la responsabilidad científica debió de llevarle a la conclusión de que aún no había llegado el momento de construir narrativamente esta parte de la historia de Roma. El tomo IV de su obra quedó sin redactar. Y la historiografía romana está esperando todavía hoy la gran historia sistemática de los emperadores que pueda parangonarse con la magna historia de la república de Mommsen o con el grandioso panorama histórico que Gibbon traza a partir de los Antoninos.

La obra sobre las *Provincias,* que entregamos aquí al público de habla española, no sólo forma, en cierto modo, una unidad aparte de los tres tomos de la *Historia de Roma* por su tema y por su campo de estudio, sino por el modo de tratarlos y por lo que podríamos llamar el temperamento de la exposición. Al final de la citada introducción al tomo V leemos (*infra,* p. 28) las siguientes palabras:

"El lector no encontrará en este estudio detalles cautivadores, notas de emoción ni cabezas de carácter; no es el historiador, sino el artista, quien tiene el privilegio de poder mirar al rostro de Arminio. El autor ha tenido que renunciar a muchas cosas para escribir este libro; al recorrer sus paginas, esperamos que el lector ponga también de su parte algo de espíritu de renunciación."

Estas palabras, a primera vista un poco enigmáticas, cobran vida y sentido cuando se las relaciona con la historia de Mommsen como historiador. El viejo y debatido problema, enfocado no hace mucho por Croce, de la misión del historiador y de la historiografía, encuentra una ilustración viva y casi patética en el caso del historiador Mommsen y de su *Historia de Roma.*

Theodor Mommsen, con su dominio soberano de los medios instrumentales de la historiografía —maestro consuma-

do en los campos de la epigrafía, de la arqueología romana, de la filología clásica, de la numismática, de la jurisprudencia y la mitología, de la literatura griega y latina, campos laborados por él con gigantesca maestría y genio creador— era cualquier cosa menos un historiador-filólogo o libresco. Era la negación del profesor germano a quien las anteojeras de su especialidad tapan los horizontes de lo humano. La historia no era, para él, algo "pálido y exangüe". Tenía, como los mejores sabios de su generación, herederos de la Alemania del espíritu del XVIII —que habría de sepultar la Germania bismarckiana-guillermina y pisotear la barbarie teutónico-hitleriana—, una concepción generosamente humana y no cerrilmente nacionalista de la ciencia. Fue, en esto, uno de los más grandes representantes del espíritu alemán del siglo XIX, en sus rasgos más nobles, más cosmopolitas y más desinteresados.

Recogió, en este sentido, lo mejor de la herencia espiritual de Niebuhr, el gran fundador de la historiografía científica alemana. Y es, en cierto modo, como historiador, la contrapartida de otra de las figuras descollantes, señeras en el panorama de los grandes historiadores alemanes: Leopold Ranke, predecesor suyo en una generación. Nada más ajeno a él que la frialdad neutral *sine ira et studio* de Ranke, a quien Croce, exagerando metafóricamente la nota justa, llamó "embalsamador de cadáveres históricos". El artista se hermanaba en él con el investigador y entre ambos formaban la unidad del historiador Mommsen, sabio de carne y hueso, de cerebro y de sangre, para quien el indagar y el escribir eran función de vida. Realmente es un caso portentoso el de este hombre, "príncipe de los eruditos", a quien el polvo de las piedras arqueológicas y de los archivos, lejos de empañar la mirada para percibir las realidades vivas, se la aguzaba, y para quien estas realidades hacían, a su vez, cobrar vida a las piedras y a los papiros. El Mommsen historiador, aleación pasmosa de ciencia y de fantasía, de estudio y de pasión, de investigador y de artista, reencarna con mayor dramatismo lo que Sybel

dijera de su maestro Niebuhr: no veía los acontecimientos "con los ojos de los viejos intermediarios... sino con imaginación creadora, como un testigo de vista, como un partícipe". A ello debe el "don de resurrección" que vivifica las historias de un Renan y un Taine y que hace de su *Historia de Roma* uno de los libros más palpitantes y tensos entre los que acometen la obra de reconstruir el mundo antiguo.

Mommsen, figura egregia de la intelectualidad, no fue jamás uno de esos intelectuales que hoy llaman "puros" quienes se sienten tan poco seguros de su estéril "pureza" intelectual que no quieren exponerla al contacto con la realidad fecundadora. Vivió humanamente la vida y las luchas de su tiempo y fue ello tal vez lo que mejor le equipó para revivir la vida y las luchas del pasado. También en esto heredó de Niebuhr, su gran antecesor, "la máxima de que el historiador cumplirá su misión con tanta mayor fuerza cuanto más relevantes hayan sido los acontecimientos contemporáneos en que haya tomado parte con el corazón lacerado o alegre".

A los 31 años, después de su primer viaje a Italia, entregado ya de lleno a sus investigaciones, Mommsen tomó parte activa, combatiente, en la revolución del 48. Era un hombre de formación profundamente liberal y democrática. Luchó con la palabra y con la pluma contra el Estado reaccionario de Federico Guillermo IV y de sus *junkers*, "viejos carcamales cuya tozudez tomaban los necios por energía conservadora". En el año 1851 la reacción le despojó de su cátedra universitaria en Leipzig. Pero él, a diferencia de muchos otros intelectuales, compañeros de luchas de la primera hora, jamás arrió su bandera de liberal. No pactó con la reacción ni entonó el *mea culpa* después de las victorias prusianas de 1866 y 1871. En el periodismo, donde afiló su pluma para más altas empresas literarias, y en el parlamento, defendió siempre los derechos de la nación y las ideas liberales frente a la política agresiva, feudal y militarista del imperio guillermino, donde se forjaron muchas de las armas ideológicas para la hecatombe hitleriana. Combatió las leyes de excepción y la política

confesional de Bismarck y fustigó sin descanso las persecuciones antisemitas y los odios de raza y de religión atizados desde el poder. Sufrió un proceso por ataques contra Bismarck, cuando éste se hallaba en el apogeo de su mando.

Los tres tomos de la *Historia de Roma,* concebidos y alumbrados en plena pasión de juventud por un hombre como éste, guardan mucho de sus palpitaciones de luchador. Son uno de los más bellos monumentos de la que se ha llamado historiografía de partido. Para Mommsen, la revolución del 48 y las luchas contra la reacción que la siguieron fueron una escuela viva en que el historiador vio actuar las fuerzas y los hombres que hacen la historia. Y sus enseñanzas informan muchas de las páginas de su obra y las posiciones enjuiciadoras mantenidas en ellas. A través de los Cicerones, de los Catones, de los Pompeyos, de los Labienos, fustiga o ridiculiza a los caudillos oligárquicos de su tiempo. Y su lenguaje, de una vivacidad y un colorido periodísticos llevados hasta la audacia, prestaban a su obra, para el lector de sus días, un encanto incomparable.

La extraordinaria popularidad de la obra entre el público culto contrastaba con la dureza de los juicios críticos formulados contra ella por los especialistas. Transcribimos aquí uno de los más serenos, del francés Guilland: "La *Historia de Roma* de Mommsen representa dos cosas a la vez: el resumen más luminoso, más exacto y más vivo de las conclusiones a que ha llegado la ciencia histórica sobre las cosas de Roma, y un juicio extraordinariamente parcial de la política romana". Mommsen estaba prevenido para tales críticas, que no podían sorprenderle ni abatirle, pues también como historiador era un combatiente y tenía plena conciencia de ello. Gooch cita estas palabras suyas: "Los que, como yo, han vivido momentos históricos, empiezan a ver que la historia no se escribe ni se hace sin odio o amor".

El odio de Mommsen historiador de Roma era para la podrida oligarquía romana que había envilecido con el latrocinio y la degeneración una herencia política y cultural tan

grandiosa como el imperio romano. El amor, para el hombre que, realizando lo que él presenta como el programa de los Gracos, pone fin al proceso de descomposición para instaurar, con el imperio monárquico, una era de paz, de orden y de consolidación. La ira contra las castas aristocráticas degeneradas lleva a Mommsen a ver en Julio César, idealizándolo, el restaurador de la democracia fenecida bajo formas monárquicas. El artista pasional prevalece sobre el sereno historiador y le hace perder de vista las verdaderas fuerzas objetivas de la historia. Sobre el fondo sombrío de la decadencia oligárquica, César se destaca "resplandeciente, inmaculado, irresistible, como el salvador de la sociedad".

Y he aquí por dónde Mommsen, liberal y demócrata, anticesarista convencido en la palabra y en la acción, se ve convertido paradójicamente en uno de los grandes cantores del cesarismo. Esta paradoja es la tragedia de Mommsen como historiador. Y este drama del espíritu tiñe todavía de patetismo las palabras finales de la introducción que citábamos más arriba.

Muy a lo vivo debió de llegarle esta proyección, bastante justificada, de su manera de enjuiciar la liquidación de la república cuando en la segunda edición de su obra creyó necesario puntualizar bien, con palabras que denotan irritación y amargura, su actitud ante problema de tanta importancia, con los siguientes esclarecimientos que nos parece obligado recoger íntegros aquí, tomándolos de las páginas que figuran como capítulo I del presente volumen *(infra*, pp. 29 ss.), pues contienen en cierto modo la profesión de fe de Mommsen como historiador de Roma:

"Creemos que es éste precisamente el lugar indicado para decir de una vez, claramente, lo que el historiador da siempre tácitamente por supuesto y para dejar constancia de nuestra protesta contra ese hábito común a la perfidia y la simpleza que consiste en usar como frases de validez general los elogios y las censuras históricos desligados de las condiciones dadas que los informan y que, en el caso presente, estriba en

trocar el juicio histórico que César merece en un juicio histórico sobre el cesarismo. Es cierto que la historia de los pasados siglos debe ser la maestra de los tiempos actuales; pero no en el sentido vulgar y chabacano de que se haya de encontrar la clave para las coyunturas del presente en los relatos sobre el pasado, amañando en ellos el diagnóstico político y las recetas para interpretar los síntomas y los fenómenos específicos de nuestro tiempo. No, la historia es una ciencia adoctrinadora exclusivamente en el sentido de que la observación de las culturas antiguas nos revela las condiciones orgánicas de toda civilización, las fuerzas fundamentales, que son en todas partes las mismas, y la combinación y el entrelazamiento de estas fuerzas, que difieren en todas partes, con lo cual nos estimula y nos anima, no para imitar servilmente el pasado, sino para inspirarnos en él en nuestra propia obra creadora. Así considerada, la historia de César y del cesarismo romano constituye verdaderamente, pese a toda la grandeza jamás superada de su artífice y de la necesidad histórica que informa su obra, la crítica más severa que mano humana pudiera trazar de los tiempos modernos."

Y en seguida, esta afirmación contundente de sus convicciones democráticas:

"La misma ley natural por virtud de la cual el más insignificante organismo es algo infinitamente superior a la más ingeniosa de las máquinas, hace que cualquier régimen, por muy defectuoso que sea, en el que se deje margen a la libre iniciativa de una mayoría de ciudadanos, sea infinitamente superior al más genial y más humano de los absolutismos, pues mientras que aquél es susceptible de evolución y es, por lo tanto, vivo, éste no puede ser más que lo que es y, por lo tanto, algo muerto."

La misma historia de Roma, en su evolución posterior, ofrece el necesario correctivo a los apologistas del cesarismo como sistema:

"Aunque en los inicios de la autocracia y sobre todo en el espíritu del propio César siguiese alentando el sueño espe-

ranzador de una combinación en que se hermanasen el desarrollo libre del pueblo y el régimen absoluto, pronto vino a demostrar el gobierno de los emperadores de la dinastía julia, tan llenos de talento, y lo demostró en términos aterradores, hasta qué punto es imposible mezclar el agua y el fuego en el mismo vaso."

Sueño que en cierta medida comparte todavía el propio Mommsen cuando dice, un poco más adelante (*infra,* p. 44):

"César, que era de por sí y en cierto modo también por sus títulos hereditarios el caudillo del partido popular... siguió siendo un demócrata aún como monarca... Hizo honor inquebrantablemente a las ideas esenciales de la democracia romana: a la necesidad de mitigar la situación de los deudores, a la idea de la colonización ultramarina, a la gradual nivelación de las diferencias jurídicas existentes entre las diversas clases de individuos que formaban el Estado, al compromiso de emancipar al poder ejecutivo de la férula del Senado. Su monarquía, fiel a estos principios, lejos de hallarse en contradicción con la democracia, parecía ser, por el contrario, la realización y la aplicación de las ideas democráticas."

La razón pugna por desplazar a la pasión, pero no se decide a romper del todo con ella. El ídolo prevalece, a pesar de todo. Y sólo la ceguera apasionada de la idolatría puede explicar que el historiador Mommsen atribuya a la voluntad y al genio de un hombre el milagro de cambiar el derrotero trazado por las fuerzas reales de la historia.

¿No contribuiría, tal vez, la certeza temerosa de verse forzado a historiar el derrumbe de aquel mito de la "monarquía democrática" cesárea a ir aplazando y dejando incumplido su plan de publicar el tomo IV, con la historia de los emperadores?

En *Las provincias de César a Diocleciano,* obra escrita en la época de madurez, "renunciando a muchas cosas", el historiador predomina ya sobre el artista, sin eclipsarlo del todo. Es una obra mesurada en sus juicios, que contrasta con su

antecesora por la ponderación y la serenidad científica, aunque sigue brillando en ella, tamizado por la prudencia, el genio plástico de su autor. Es, como ha dicho Norden, el buen vino de Borgoña después del chispeante champán. No es el estilo mordaz y combatiente de los años de juventud, sino el estilo ponderado y sereno de los años maduros, sin que por ello falten en esta obra magnífica páginas "escritas por el *senex imperator* en el *capriccioso* de la *dulcis inventa*".

El programa de esta nueva obra se hallaba implícito y como en germen en las últimas líneas con que Mommsen sellaba el tomo III de su *Historia de Roma:*

"Cuando, tras una larga noche histórica, despuntó el nuevo día de los pueblos, entre las naciones jóvenes que pudieron marchar con plena libertad de movimientos hacia metas nuevas y más altas fueron muchas las que vieron germinar y florecer la simiente arrojada en ellas por César y que le debían, y siguen debiéndole a éste, su individualidad nacional."

El amplio panorama de estas nacionalidades y su sistema de gobierno bajo el imperio romano, su trayectoria, sus luchas, sus problemas, su economía, su cultura, la formación de la personalidad nacional con que habían de entrar en la historia posterior, es el que se despliega en la presente obra. Desfilan por ella todos los pueblos, las tierras y las naciones que formaban el orbe en aquellos siglos: el *Mundo de los Césares.* Es "una *magna charta imperii romani,* un documento etnográfico y político, económico y cultural de primer orden", arsenal precioso de datos y problemas para el estudio de la historia medieval y moderna de los pueblos europeos y de los pueblos asiáticos y africanos de la cuenca del Mediterráneo.

"Un mundo desaparecido se reconstruía por obra del genio de un hombre, y ello permitió por primera vez apreciar en su justo alcance el carácter y la influencia del imperio. Los escritores que le precedieron lo habían contemplado con los ojos de los historiadores y satíricos romanos, que colocaban en primer plano la personalidad del gobernante. Mommsen

demostró que Roma no era el imperio y que las crueldades y excentricidades de los monarcas apenas repercutían en la inmensa extensión del mundo romano." (Gooch.)

En esta historia descentralizada, Mommsen se mantiene a tono con el principio de conveniencia que inspiraba la política imperial romana: respetar, en todo aquello que fuese compatible con sus miras de hegemonía y romanización, la religión, los usos y costumbres, la personalidad económica y cultural de las naciones y acoplar en lo posible su vida administrativa y hasta su organización militar al gran mecanismo del imperio. Esta política de relativa coordinación de las corrientes nacionales con los intereses imperialistas de la potencia dominadora hizo posible la estabilidad del imperio a lo largo de los siglos, a pesar de todos los embates y conmociones de la historia y de los crímenes y tropelías de muchos de los titulares del poder central y de sus instrumentos.

Cuando Mommsen acometió esta obra, hallábase empeñado de lleno, al frente de un gran equipo de investigadores formados por él, en la magna tarea de recopilar las inscripciones latinas de todo el imperio. Y las inscripciones fueron la fuente más viva y más copiosa de documentación para su estudio sobre las *Provincias.* Por eso palpita en él con tan fuertes pulsaciones la vida de los pueblos por debajo de la corteza de la administración imperial. Es cierto que Mommsen hacía hablar a las piedras. Y ellas le entregaron, en gran parte, el secreto de la intensa vida provincial, oculto hasta entonces bajo la superestructura de una tradición basada en los escritos centralistas de los historiadores y los escritores romanos. Y a ello se debe también, sin duda, el que los capítulos mejor logrados de la obra, con ser todos magistrales, sean aquellos que versan sobre las partes del imperio, como los Países Danubianos y las tierras del Asia Menor, cuyas inscripciones estudió y editó personalmente el autor, dentro del gran *Corpus Inscriptionum.*

Mommsen murió en 1903, a los 83 años, sin haber interrumpido un solo día su ingente labor de investigación, de

publicaciones y de enseñanza. Los últimos años de su vida estuvieron llenos, como los primeros de su juventud, de grandiosas empresas del espíritu encaminadas a la reconstrucción erudita del mundo antiguo. Destácase entre ellas la edición del *Codex Theodosianus* (en colaboración con P. Meyer) y la colección de *Auctores Antiquissimi* de los *Monumenta Germaniae Historica.*

He aquí, ahora, una breve explicación del modo en que ha sido compilado este volumen.

En la primera parte se recoge el texto del estudio sobre las *Provincias,* traducido de la última edición alemana (ed. Phaidon, Viena, 1933). El capítulo I (pp. 29-73): "La situación en las provincias y las condiciones culturales de la época de Julio César", el único en que se habla de Roma, de Italia y de las normas del gobierno central de un modo sistemático, para que sirva de embocadura histórica a la exposición sobre las provincias, en esta edición desgajada del resto de la *Historia,* se ha formado con páginas tomadas del final del tomo III de la *Historia de Roma* (libro V, cap. XI). El que aquí es capítulo II: "La frontera septentrional de Italia", corresponde al capítulo I de la edición original de las *Provincias.*

En la parte tercera, que constituye un apéndice a la obra, se reúnen los capítulos y fragmentos dispersos a lo largo de los tres tomos de la *Historia de Roma* que tratan de la economía y, sobre todo, de la religión, la literatura, el arte y la cultura romanas, ordenados por épocas. Son la síntesis de la historia de Roma, reflejada en la conciencia de la nación itálica. Y tienen su razón de ser aquí, pues representan el acervo cultural llevado por Roma al *Mundo de los Césares* y que, en articulación más o menos estrecha, a veces en perfecta fusión con la cultura nacional mediante la política de la romanización, acuñaron la fisonomía con que muchas de las naciones aquí estudiadas habían de entrar en la historia posterior.

Los epígrafes interiores que subdividen los capítulos han sido, en su casi totalidad, puestos por el traductor. Las esca-

sas notas aclaratorias que se ha creído indispensable añadir van siempre señaladas con la indicación [E.]. Las traducciones de textos latinos, muy abundantes sobre todo en la última parte, han sido hechas siempre sobre la versión alemana de Mommsen, que los traslada casi siempre con una gran preocupación literaria, lo que a veces le obliga a manejarlos con cierta libertad. El autor reduce siempre a táleros, con el valor de la época en que fue escrita la obra, las cantidades de dinero romano que menciona en el transcurso de ella. Nosotros hemos creído conveniente suprimir en el texto estas equivalencias, que no habrían dicho nada al lector de habla española. Al final, después de la cronología de los emperadores, figura una nota aclaratoria sobre el difícil problema del dinero romano y su poder adquisitivo.

Wenceslao Roces

Parte Primera

La vida en las provincias romanas de César a Diocle-ciano

Introducción

La historia del imperio romano plantea problemas análogos a la de los primeros tiempos de la república.

Los datos directos de la tradición literaria referentes a esta época no sólo carecen de color y de forma, sino que, en realidad, carecen también casi siempre de contenido. La lista de los monarcas romanos es, sobre poco más o menos, tan verosímil y tan instructiva como la de los cónsules de la república. Conocemos en sus rasgos generales las grandes crisis que conmocionan todo el Estado; pero no estamos mejor informados acerca de las guerras germánicas sostenidas por los emperadores Augusto y Marco Aurelio que en lo tocante a las guerras de los samnitas. El arsenal de anécdotas republicanas es mucho más digno de respeto que el de la época del imperio; pero los relatos de Fabricio son casi tan vacuos y tan mendaces como los del emperador Cayo Calígula. Y es posible que la tradición nos brinde datos más completos para estudiar la historia interna de la comunidad en los primeros tiempos de la república que para seguir la del imperio; para la primera tenemos el relato, aunque turbio y falseado, de las transformaciones del régimen político, por lo menos en cuanto venían a confluir en el foro de Roma, mientras que la segunda se opera en el sigilo del gabinete imperial y sólo trasciende a la publicidad, por regla general, en lo que tiene de indiferente.

A esto hay que añadir la dilatación enorme del círculo de acción y el desplazamiento de la trayectoria viva de la historia del centro a la periferia. La historia de una ciudad, Roma,

se ensancha para convertirse en la historia de un país, Italia, y ésta pasa a ser la historia de un mundo, el mundo del Mediterráneo. Y lo que más interesa saber de esta historia es precisamente lo que menos conocemos. El Estado romano de esta época puede compararse a un árbol gigantesco de cuyo tronco moribundo brotan ramas lozanas y poderosas. El Senado y los gobernantes romanos se reclutan por igual entre gentes de Italia y de otros países del imperio; los quirites de esta época, herederos nominales de los grandes legionarios conquistadores del mundo, tienen con los grandes recuerdos del pasado una relación semejante a la que nuestros caballeros de la orden de San Juan guardan con Rodas y Malta y consideran su herencia como un derecho de usufructo, como una fundación instituida para sustentar a gentes pobres y reacias al trabajo.

Cuando se consultan las llamadas fuentes referentes a esta época, aun las mejores, es difícil reprimir el disgusto que le causa a uno ver cómo hablan de lo que merecía callarse y silencian lo que era obligado decir. No cabe duda de que también en esta época hubo grandes pensamientos y acciones de largo aliento. Rara vez se mantuvo el gobierno del mundo en un orden tan durable y persistente, y las recias normas administrativas trazadas por César y Augusto y continuadas por sus sucesores en el trono mantuviéronse en conjunto con su maravillosa firmeza, pese a todas las mudanzas de dinastías y dinastas, destacadas demasiado en primer plano por una tradición atenta tan sólo a estos cambios y que degenera pronto en una mera colección de biografías de emperadores. Las nítidas divisiones que marcan los cambios de gobierno según la concepción usual, desorientada por aquella superficialidad de las fuentes en que se basa, caen mucho más de lleno dentro de los manejos cortesanos que dentro de la historia del imperio.

Lo verdaderamente grandioso de estos siglos consiste en que la obra ya cimentada, la implantación de la civilización grecolatina, bajo la forma del desenvolvimiento del régimen

municipal de las ciudades y la incorporación gradual a esta órbita de los elementos bárbaros, o, por lo menos, extraños, obra que requería por su propia naturaleza, para desarrollarse por sí misma, siglos de incesante actividad y de sosiego, encontró en efecto el largo plazo y la paz que necesitaba, tanto por mar como por tierra. La ancianidad no es ya capaz de alumbrar ideas nuevas ni de desplegar una actividad creadora, y esto fue también lo que le ocurrió al imperio romano; pero, dentro de su órbita —órbita que los encuadrados en ella consideraban y no sin razón como el mundo—, este imperio aseguró la paz y la prosperidad de las muchas naciones agrupadas en él, más largo tiempo y de un modo más completo que ninguna otra potencia dirigente anterior. En las ciudades agrícolas del África, en los centros viticultores del Mosela, en los florecientes pueblos de las montañas de Licia, en los bordes mismos del desierto de Siria, podemos buscar y encontramos la huella de la época imperial. Existen todavía hoy ciertas comarcas, tanto en Oriente como en Occidente, en las que la época imperial marcó el apogeo, muy modesto pero jamás alcanzado ni antes ni después, de un buen régimen de gobierno y administración. Y si algún día bajase del cielo un ángel del Señor y estableciese un balance de gobierno para saber cuándo, si entonces u hoy, fueron gobernadas con mayor inteligencia y mayor humanidad aquellas regiones dominadas por Septimio Severo, y si desde aquellos tiempos han progresado o han retrocedido en general, en estos países, la moral, las costumbres y la felicidad de los pueblos, es harto dudoso que el fallo recayese a favor de la época actual. Pero, aunque lleguemos a la conclusión de que ésta es la verdad, será en vano que interroguemos a los libros que se han conservado, o a la mayoría de ellos, para encontrar una explicación. No nos darán respuesta alguna, como no nos la da tampoco la tradición de los primeros tiempos de la república cuando tratamos de explicarnos aquel fenómeno impresionante de la Roma que, siguiendo las huellas de Alejandro, dominó y civilizó al mundo.

Pretender llenar cualquiera de estas dos lagunas sería empresa imposible. Nos pareció, sin embargo, que merecía la pena que intentásemos prescindir tanto de los relatos sobre los emperadores, con sus colores unas veces chillones, otras veces pálidos y con harta frecuencia falsos, como de las ordenaciones aparentemente cronológicas de fragmentos incoherentes, esforzándonos en cambio en reunir y ordenar lo que la tradición y los monumentos nos brindan para estudiar el gobierno de las provincias del imperio romano; que valía la pena esforzarnos en hilvanar por medio de la fantasía —que no sólo es la madre de la poesía, sino también de la historia —, formando no un todo, pero sí algo que haga sus veces, aquellos datos y noticias conservados al azar, las huellas del devenir impresas en lo ya existente y plasmado, las instituciones generales proyectadas sobre los diversos países y regiones, con las condiciones impuestas en cada uno de ellos por la naturaleza de la tierra y el carácter de sus habitantes.

No hemos querido ir en este estudio más allá de la época de Diocleciano, por entender que el nuevo régimen creado bajo este emperador puede representar, por lo menos en una visión compendiada, la piedra de remate de nuestra exposición; un enjuiciamiento completo de este nuevo régimen requiere un estudio especial y supone otro marco mundial que el del presente relato, un estudio histórico aparte, realizado con una aguda comprensión del detalle y con aquel sentido grandioso y aquella amplia visión que caracterizaban a un Gibbon. Italia y sus islas han sido excluidas de nuestro estudio, ya que su examen no puede desglosarse de la investigación del gobierno general del imperio. La llamada historia externa de la época imperial se incorpora a esta obra como parte integrante de la administración de las provincias del imperio; en esta época no se libran contra el extranjero lo que llamaríamos guerras imperiales, aunque las luchas provocadas con la mira de redondear o defender las fronteras revisten algunas veces proporciones que las hacen aparecer como guerras entre dos potencias de rango igual, y aunque el

hundimiento de la dominación romana a mediados del siglo III, que durante algunos decenios pareció que iba a convertirse en su definitiva desaparición, fue el resultado de varias guerras defensivas de fronteras, libradas en varios sitios simultáneamente y con adversa suerte.

Nuestro relato se inicia con el gran desplazamiento y el reajuste de la frontera septentrional del imperio, tal como se llevaron a cabo bajo Augusto, en parte con éxito y en parte con resultado negativo. Y en general, los acontecimientos aparecen agrupados también en torno a los tres principales escenarios en que se desarrolla la defensa de las fronteras del imperio: el Rin, el Danubio y el Éufrates. Por lo demás, la exposición se ordena con arreglo a los países y regiones. El lector no encontrará en este estudio detalles cautivadores, notas de emoción ni cabezas de carácter; no es el historiador, sino el artista, quien tiene el privilegio de poder mirar al rostro de Arminio. El autor ha tenido que renunciar a muchas cosas para escribir este libro; al recorrer sus páginas, esperamos que el lector ponga también de su parte algo de espíritu de renunciación.

I. La situación en las provincias y las condiciones culturales de la época de Julio César

Eran catorce las provincias del imperio con que César se encontró al llegar al poder; siete europeas: la España citerior y la España ulterior, la Galia transalpina, la Galia itálica con Iliria, Macedonia y Grecia, Sicilia, Córcega y Cerdeña; cinco asiáticas: Asia, Bitinia y el Ponto, Cilicia y Chipre, Siria y Creta; dos africanas: la Cirenaica y África. César añadió a esta lista dos nuevas demarcaciones provinciales, al crear los nuevos vicariatos de la Galia lugdunense y de Bélgica y al convertir el Ilírico en provincia independiente.

La situación en las provincias

En cuanto al gobierno de estas provincias, los excesos del régimen oligárquico habían llegado a un punto jamás alcanzado, al menos en el Occidente, por ningún otro tipo de gobierno, a pesar de los resultados nada despreciables conseguidos en este terreno, y que, en la medida de nuestra capacidad de comprensión, no era ya susceptible de ser superado. Es cierto que la responsabilidad de este estado de cosas no puede ser achacada exclusivamente a los romanos. Antes de llegar ellos, ya la dominación de los griegos, los fenicios y los asiáticos se había encargado de ir extirpando en casi todos los pueblos por ellos gobernados el sentido elevado de la vida y el sentimiento de justicia y de libertad de tiempos mejores. Era algo muy duro, indudablemente, que cualquier pro-

vincial acusado tuviera que comparecer personalmente en Roma, si se le exigía, a responder de la acusación; que los gobernadores romanos tuvieran facultades para inmiscuirse a su antojo en la justicia y en la administración de las provincias por ellos gobernadas, imponer penas corporales y anular los acuerdos de cualquier órgano municipal; que, en caso de guerra, pudieran manejar las milicias a su capricho y no pocas veces de un modo ignominioso, como lo hizo por ejemplo Cotta en el sitio de Heraclea, en el Ponto, asignando a la milicia todos los puntos peligrosos para ahorrar las vidas de sus itálicos y ordenando, en vista de que las operaciones no marchaban a su gusto, que sus capitanes fuesen decapitados. Era algo muy duro, indudablemente, que ninguna norma de la moral ni del derecho penal rigiese para con los gobernadores romanos ni para con su séquito y que las violencias, los ultrajes y los asesinatos cubiertos o sin cubrir con las formas de la ley fuesen en las provincias un espectáculo cotidiano. Todo esto, sin embargo, no era ninguna novedad: la gente se hallaba acostumbrada en todas partes a recibir trato de esclavos, siéndoles indiferente en fin de cuentas que el tirano local fuese un gobernador cartaginés, un sátrapa sirio o un procónsul romano.

El bienestar material, que era casi lo único que contaba y tenía aún algún sentido en las provincias del imperio, sufría mucho menos quebranto por aquellos abusos con que muchos tiranos oprimían a muchas personas, pero siempre a personas individuales, que por la explotación financiera, la cual pesaba conjuntamente sobre toda la población y jamás se había manifestado con tal energía. Los romanos acreditaban ahora, en estos territorios, con caracteres espantosos, su vieja maestría en cuestiones de dinero. Ya en otra parte hemos intentado exponer el sistema romano de los impuestos provinciales tanto en las bases modestas y claras sobre que descansaba como en su exaltación y corrupción. Fácil es comprender que ésta fue acentuándose progresivamente. Los impuestos ordinarios tornáronse mucho más opresivos por la

desigualdad de su reparto y por el disparatado sistema de su percepción que por su cuantía. En cuanto a la carga de los alojamientos de tropas, fueron los mismos estadistas romanos quienes llegaron a decir que una ciudad venía a sufrir sobre poco más o menos lo mismo cuando el enemigo la asaltaba que cuando un ejército romano establecía en ella sus cuarteles de invierno. Según su carácter primitivo, los impuestos eran considerados como una indemnización de las cargas de la guerra asumidas por Roma, lo que daba al municipio que los abonaba el derecho de eximirse del servicio normal de las armas; en cambio, ahora —como consta, por ejemplo, en lo que se refiere a Cerdeña— el servicio de guarnicionamiento pesaba en su mayor parte sobre las poblaciones provinciales y se sabe que incluso en los ejércitos normales se les imponía, entre otras obligaciones, la gravosísima del servicio de caballería. Las contribuciones extraordinarias, como por ejemplo la de suministrar trigo a bajo precio o sin remuneración alguna, en beneficio del proletariado de la metrópoli, los frecuentes y costosos armamentos de flotas y servicios de defensa de las costas para luchar contra la piratería, las entregas de obras de arte, bestias salvajes u otros objetos para atender a las necesidades del desenfrenado lujo teatral y circense de los romanos, las requisiciones militares en caso de guerra, etc., eran tan usuales como opresivas e incalculables.

Un solo ejemplo demostrará hasta qué extremos llegaban las cosas. Durante los tres años en que Cayo Verres gobernó Sicilia, el número de agricultores, en Leontinoi, descendió de 84 a 32, en Motuka de 187 a 86, en Herbita de 252 a 120, en Agirión de 250 a 80, lo que quiere decir que en cuatro de los más fértiles distritos agrícolas de Sicilia, de cada cien terratenientes cincuenta preferían dejar sus tierras sin explotar a cultivarlas bajo un régimen semejante. Y no se trataba, ni mucho menos, como ya lo reducido de su número indica y como además se hace constar expresamente, de pequeños

campesinos, sino de poseedores de grandes plantaciones, que eran en su mayor parte ciudadanos romanos.

En los estados clientes, diferían algo las formas de la tributación, pero las cargas eran, si cabe, más pesadas aún, pues aquí a las exacciones de los romanos se unían las de los gobernantes indígenas. En Capadocia y Egipto, se hallaban en bancarrota desde el campesino hasta el rey, sin poder satisfacer aquél las pretensiones del recaudador de impuestos ni éste las del acreedor romano. A esto había que añadir las extorsiones en sentido estricto, no sólo las del propio gobernador, sino también las de sus "amigos", cada uno de los cuales se creía con derecho a exprimir a la población en nombre de aquél y a volver a Roma convertido en un potentado. La oligarquía romana presentaba en este respecto una completa semejanza con una banda de salteadores y tenía organizado el saqueo de las poblaciones provinciales de un modo profesional y sistemático: los miembros más virtuosos de ella procuraban quedarse con todo lo que podían sin preocuparse para nada de las formas; sabían que tendrían que repartir el botín con jurados y gentes de leyes y que cuanto más robasen con mayor impunidad lo hacían. Se hallaba ya bastante desarrollado también el honor bandidesco: los grandes bandoleros miraban por encima del hombro a los pequeños ladrones y éstos a los simples rateros; y si alguien por raro milagro era condenado, se jactaba de las grandes sumas cuyo saqueo le había sido probado. Así administraban sus cargos los sucesores de aquellos hombres que volvían a sus casas después de haber gobernado sin otro bagaje que la gratitud de los súbditos y el aplauso de los conciudadanos.

Pero aún era más implacable, si cabe, y más tiránico el modo en que campaban por sus respetos entre los desdichados provinciales los comerciantes y hombres de negocios itálicos. En sus manos se concentraban las propiedades territoriales más rentables y toda la vida comercial y monetaria de las provincias. Las fincas de las comarcas ultramarinas pertenecientes a la nobleza itálica ausentista conocían toda la mi-

seria que lleva aparejado el régimen de los administradores y no veían jamás a sus dueños, exceptuando, si acaso, los cotos de caza que ya por aquel entonces existían en la Galia transalpina, algunos de los cuales medían una superficie de más de siete kilómetros cuadrados.

La usura florecía como jamás había florecido hasta entonces. La mayor parte de los pequeños propietarios de tierras de Iliria, Asia y Egipto trabajaban ya en tiempo de Varrón, de hecho, como siervos por deudas de sus acreedores romanos o no romanos, ni más ni menos que en otro tiempo los plebeyos bajo el yugo de sus acreedores patricios. Se daba el caso de prestar incluso a municipios urbanos al 4% de interés mensual. Era corriente que un hombre de negocios influyente y enérgico, para el más eficaz manejo de sus negocios, obtuviese del Senado el título de embajador[1] o se hiciese conferir por el gobernador el título de oficial, a veces con una unidad de tropa bajo su mando. Se nos relata de manera fidedigna un caso en que uno de estos honorables y belicosos banqueros, a quien la ciudad de Salamis en Chipre adeudaba una cantidad, puso sitio al consejo municipal de la ciudad en el edificio en que se reunía, hasta que consiguió que muriesen de hambre cinco de sus miembros.

A estas dos clases de opresión, cada una de las cuales habría bastado para hacer insoportable la vida de la población y cuya coexistencia se regulaba cada vez mejor, venían a sumarse las tribulaciones de carácter general, de las que era también culpable en gran parte, por lo menos indirectamente, el gobierno romano. En el curso de las múltiples guerras habían sido arrebatados al extranjero grandes capitales, unas veces por los bárbaros y otras veces por las tropas romanas, y se habían destruido otros aún mayores. Pululaban por todas partes, al amparo de la carencia casi absoluta de policía terrestre y marítima romana, los piratas de mar y tierra. En Cerdeña y en el interior del Asia Menor el azote de las bandas de salteadores era un mal endémico; en África y en la España ulterior, la abundancia de bandidos obligaba a fortificar

con murallas y torres todos los edificios situados fuera de los muros de las ciudades. Las panaceas del sistema prohibitivo en que solían ser pródigos los gobernadores cuando —como por fuerza tenía que ocurrir en tales condiciones— se producía una crisis de dinero o subía el precio del pan, no contribuían precisamente a remediar los males. El caos local y los fraudes de los funcionarios municipales cooperaban con la penuria general a socavar las condiciones de vida de los municipios.

Todos estos apuros, al abatirse sobre municipios e individuos, y no de un modo pasajero, sino durante generaciones enteras, como un azote inexorable, constante, cada año más atroz, tenían que hacer sucumbir inevitablemente las economías privadas y públicas mejor organizadas y hacer cundir la más indecible de las miserias por todas las naciones, desde el Éufrates hasta el Tajo. "Todos los municipios —dice un escrito publicado ya en el año 70— están arruinados"; y otro tanto se nos informa con respecto a España y a la Galia narbonense, que eran las provincias relativamente más prósperas. En el Asia Menor, ciudades como Samos y Halicarnaso se hallaban casi deshabitadas; la condición jurídica de los esclavos, en estos países, parecía casi un puerto de paz, comparada con los tormentos a que se veía sometida la población libre de las provincias, y hasta los pacientes asiáticos, según la pintura que de ellos nos trazan los mismos estadistas romanos, maldecían la vida y se sentían cansados de ella. Quien guste de sondear cuán bajo puede caer el hombre, tanto en sus crímenes desaforados como en la no menos desaforada resignación para sufrir todos los crímenes imaginables de otros, puede comprobar, leyendo las actas penales de esta época, lo que la grandeza romana fue capaz de hacer y los griegos, los sirios y los fenicios fueron capaces de soportar. Los mismos estadistas romanos veíanse obligados a reconocer públicamente y sin ambages que el nombre de Roma era indeciblemente odiado en toda Grecia y en toda el Asia; en una ocasión, los vecinos de una ciudad del Ponto, Heraclea,

asesinaron en bloque a todos los romanos recaudadores de contribuciones; ¿no es justo decir, ante todo el panorama aquí expuesto, que lo único lamentable es que hechos como éste no sucediesen con mayor frecuencia?

La reforma provincial de César

Los optimates hacían objeto de sus burlas al nuevo señor que recorría celosamente en visita de inspección todas sus "alquerías", una tras otra; en realidad, la situación en que se encontraban todas las provincias exigía todo el rigor y toda la sabiduría de uno de esos raros hombres a quienes el nombre de rey debe el ser considerado como algo más que como un ejemplo luminoso de la incapacidad humana. De curar las heridas ya abiertas tenía que encargarse el tiempo; César veló por que esta acción benéfica del tiempo se realizase y por que no se infiriesen a las provincias otras heridas nuevas. El sistema administrativo fue radicalmente transformado. Los procónsules y propretores de la época de Sila eran esencialmente soberanos dentro del radio de su jurisdicción y no se hallaban, de hecho, fiscalizados por nadie. Los de la época de César eran los servidores bien disciplinados de un severo monarca a quien la unidad y el carácter vitalicio de su poder colocaban ya en una relación más natural y más tolerable con respecto a sus súbditos que la de aquellos numerosos y pequeños tiranos que se sucedían en el mando año tras año. Es cierto que los gobiernos de las provincias seguían distribuyéndose entre los dos cónsules y los dieciséis pretores, cuyos poderes sólo tenían un año de duración, pero con la diferencia esencial de que ahora era el César imperator quien nombraba directamente a ocho de los pretores y quien distribuía con carácter exclusivo las provincias entre los demás, siendo éstas asignadas de hecho por el propio emperador. El nuevo régimen restringió también, prácticamente, las facultades de los gobernadores. Éstos siguieron teniendo la dirección de la justicia y la autoridad administrativa en sus pro-

vincias respectivas, pero sus poderes viéronse neutralizados por el nuevo alto mando instaurado en Roma y por los ayudantes que este alto mando colocaba al lado de los gobernadores, lo que hacía que éstos se viesen rodeados en lo sucesivo de un personal auxiliar incondicionalmente sometido al imperator por las leyes de la jerarquía militar o por los vínculos aún más rigurosos de la disciplina personal. Hasta ahora, el procónsul y su cuestor actuaban como los miembros de una banda de salteadores comisionados para recoger el botín de los territorios entregados a su mando; los funcionarios del César tenían, en cambio, como misión el amparar al débil contra el fuerte, y la anterior fiscalización, peor que nula, de los tribunales de los équites y los senadores fue sustituida para ellos por la responsabilidad ante un monarca justiciero e inflexible. La ley sobre las extorsiones, cuyas normas habían sido reforzadas en su rigor por César ya en la época de su primer consulado, convirtiose en sus manos en un instrumento implacable y era aplicada contra los altos funcionarios con un rigor que trascendía no pocas veces la letra de la propia ley. Los funcionarios fiscales sobre todo, cuando se atrevían a infringir las normas del derecho, eran sancionados por su señor con la severidad con que la cruel justicia doméstica de aquellos tiempos castigaba las faltas de los criados y los libertos. Las cargas públicas extraordinarias fueron reducidas a proporciones justas y a los casos de verdadera necesidad y las ordinarias se redujeron considerablemente.

Pero el liberar a las poblaciones provinciales de la prepotencia agobiadora del capital romano era tarea harto más ardua que el poner coto a los abusos de los funcionarios. No era posible echar directamente por tierra este poder sin recurrir a medios más peligrosos aún que el mal que se trataba de atajar. Por el momento, el gobierno sólo podía salir al paso de ciertos y determinados abusos, como hizo César, por ejemplo, al prohibir que el título de embajador del Estado se utilizase para fines usurarios y al atajar las extorsiones manifiestas y los casos evidentes de usura mediante una aplica-

ción rigurosa de las leyes penales y de las leyes contra la usura, extensivas también a las provincias. Por lo demás, había que dar tiempo al tiempo y esperar a que el estado de prosperidad de las poblaciones provinciales, al empezar a florecer otra vez bajo la nueva administración, depurada de los abusos anteriores, pusiese un remedio más concienzudo a estos males.

En los últimos tiempos, habíanse dictado en repetidas ocasiones medidas transitorias para aliviar el agobio de deudas bajo el que suspiraban algunas provincias. El mismo César, siendo gobernador de la España ulterior, en el año 60, había asignado a los acreedores dos terceras partes de los ingresos de sus deudores como saldo de sus deudas. Y en términos parecidos a éstos, Lucio Lúculo, como gobernador del Asia Menor, canceló directamente una parte de los intereses atrasados que habían ido acumulándose en proporciones desmedidas, y ordenó que las reclamaciones de los acreedores se redujesen a la cuarta parte del rendimiento de las tierras de sus deudores y a una parte alícuota prudencial de los ingresos percibidos por éstos a cuenta de sus alquileres o del trabajo de sus esclavos. No existen datos de que César, después de la guerra civil, ordenase llevar a cabo en las provincias liquidaciones generales de deudas por el estilo de éstas; sin embargo, teniendo en cuenta lo que acabamos de exponer y lo que sucedió en la misma Italia, no puede caber duda de que se adoptaron también medidas en aquel sentido o de que, por lo menos, se trazaron planes para llevarlas a cabo.

El imperator se esforzó, como vemos, en liberar a las poblaciones provinciales, en cuanto era humanamente posible hacerlo, de la férula de los funcionarios y los capitalistas de Roma. Asimismo podía esperar con seguridad que su gobierno, a medida que fuese vigorizándose, ahuyentaría a los pueblos salvajes situados en las fronteras del imperio y dispersaría a los piratas de mar y tierra como el sol, al calentar, disipa la niebla mañanera. Y por mucho que aún doliesen las viejas heridas, con César alumbraba ya ante los atormenta-

dos súbditos del imperio la aurora de una época más tolerable, volvía a instaurarse en el poder el primer gobierno inteligente y humano que conocieran desde hacía varios siglos y se iniciaba una política de paz, basada no en la cobardía, sino en la fuerza. Se comprende que estos súbditos del imperio, en unión de los mejores romanos, se sintiesen más apenados que nadie ante el cadáver del gran libertador.

El Estado ideal latino-helénico

Lo fundamental de la reforma provincial de César no consistió, sin embargo, en poner fin a los abusos existentes. En la república romana los cargos públicos no eran, lo mismo para la aristocracia que para la democracia, otra cosa que lo que solía llamárseles: bienes patrimoniales del pueblo romano, y como tales eran administrados y explotados. Esto había terminado. Las provincias tenían que ir desapareciendo poco a poco como tales para ofrecer a la rejuvenecida nación helénico-itálica una patria nueva y más vasta, ninguno de cuyos diversos territorios debía existir en función de otro, sino todos para uno y uno para todos. Los sufrimientos y los males de la nación, para los que no había remedio en la vieja Italia, se verían curados por sí solos con la nueva existencia en la patria rejuvenecida, con la vida más lozana, más amplia y más grandiosa del pueblo. Estas ideas no eran, como es sabido, nada nuevo. Esta expansión de Italia venía siendo preparada desde hacía ya mucho tiempo, aunque ignorada ciertamente de los emigrantes mismos, por la constante corriente emigratoria abierta ya de siglos atrás de Italia a las provincias. Cayo Graco, el creador de la monarquía democrática romana, autor de las conquistas transalpinas y fundador de las colonias de Cartago y Narbona, fue el primero que de un modo consciente y sistemático dirigió a los itálicos más allá de las fronteras de Italia; más tarde, el segundo estadista genial que alumbró la democracia romana, Quinto Sertorio, comenzó a encauzar a los bárbaros occidentales hacia la civilización

latina; fue él quien vistió a la juventud noble de España con el traje romano y quien la incitó a hablar latín y a asimilarse a la cultura itálica superior en el centro cultural fundado por él en Osca. Al subir César al poder, existía ya en todas las provincias y estados clientes una gran masa de población itálica, aunque carente en verdad de permanencia y concentración; sin hablar de las ciudades netamente itálicas fundadas en España y en la Galia del sur, recordaremos solamente las numerosas levas de soldados hechas por Sertorio y Pompeyo en España, por César en Galia, por Juba en Numidia y por el partido constitucional en África, Macedonia, Grecia, Creta y el Asia Menor; de la lira latina, ciertamente mal entonada, en que los poetas de la ciudad de Córdoba cantaban ya en la guerra de Sertorio la loa y el encomio de los generales romanos, y de las traducciones de poesías griegas, ensalzadas precisamente por su elegancia de lenguaje, que poco después de la muerte de César dio a luz el más antiguo de los famosos poetas extra itálicos, el transalpino Publio Terencio Varrón, de Aude.

De otra parte, la penetración de las influencias extranjeras en el carácter latino y helénico podemos decir que era casi tan antigua como la misma Roma. Ya al producirse la unificación de Italia nos encontramos con que la nación latina vencedora se había asimilado todas las demás nacionalidades vencidas, siendo la griega la única que se incorporó tal como era, sin fundirse exteriormente con ella. A donde quiera que fuere el legionario romano le seguía, pisando sus talones, el maestro de escuela griego, que era, a su modo, tan conquistador como aquél. Ya en tiempos muy antiguos encontramos a notables maestros de lengua griega instalados en las orillas del Guadalquivir, y en el centro cultural de Osca las enseñanzas se administraban lo mismo en griego que en latín. La misma cultura superior romana no era, en realidad, otra cosa que la predicación del gran evangelio del arte y la cultura helénicos en lengua itálica; el helénico no podía, al menos, protestar en voz alta contra la modesta pretensión de los con-

quistadores portadores de cultura, de empezar predicando este evangelio a los bárbaros de Occidente en su propio idioma. Hacía ya mucho tiempo que los griegos veían en Roma el pavés y la espada del helenismo por doquier y sobre todo allá donde más puro y más fuerte era el sentimiento nacional, en las fronteras amenazadas por la desnacionalización bárbara, como ocurría por ejemplo en Masalia, en las riberas septentrionales del mar Negro y junto al Éufrates y el Tigris; y en realidad, las fundaciones de ciudades por Pompeyo en el Lejano Oriente venían a reanudar después de una interrupción de varios siglos la benéfica obra de Alejandro.

La idea de un imperio itálico-helénico con dos lenguas y una sola nacionalidad unitaria no era nueva; de haberlo sido, no habría pasado de ser un error. Pero si esta idea dejó de ser un proyecto vacilante para convertirse en una concepción firme, si se plasmó como una fundamentación concentrada, sobreponiéndose a la fase de sus comienzos dispersos, fue por obra del tercero y el más grande de los estadistas democráticos de Roma.

Los judíos

La primera y más esencial condición para llevar a cabo la nivelación nacional del imperio era la conservación y expansión de las dos naciones destinadas a dominar en común, y la más rápida eliminación posible de las tribus bárbaras o consideradas como tales que coexistían con ellas. En cierto sentido, podría señalarse, indudablemente, al lado de los griegos y los romanos, otra nacionalidad que rivalizaba en ubicuidad con aquéllos en el mundo de entonces y que se hallaba destinada a desempeñar también un papel bastante importante en el nuevo Estado de César. Nos referimos a los judíos. En el mundo antiguo lo mismo que en nuestros días, este curioso pueblo, flexiblemente tenaz, tenía su patria en todas partes y en ninguna, en todas partes y en ninguna afirmaba su poder. Los diadocos de David y de Salomón apenas significaban pa-

ra los judíos de aquel tiempo más de lo que significa Jerusalén para los judíos de hoy; indudablemente, la nación existente en el pequeño reino de Jerusalén brindaba un punto de apoyo para su unidad religiosa y espiritual, pero no existía, ni mucho menos, como tal nación, en la masa de súbditos de los Asmoneos, sino en las innumerables comunidades judías desperdigadas por los dominios de los partos y por todo el imperio romano. En Alejandría principalmente, y lo mismo en Cirene, los judíos formaban comunidades con existencia propia dentro de la ciudad —existencia delimitada desde el punto de vista administrativo e incluso local—, semejantes en cierto modo a los barrios judíos de nuestras ciudades, pero con un régimen mayor de libertad y regentadas por un "señor del pueblo", que ejercía en ellas las funciones de supremo juez y administrador. La observación de un escritor de la época, al decir que podría ser peligroso para el gobernador lesionar los intereses de los judíos de su provincia, pues si lo hacía podía estar seguro de que a su retorno sería silbado por la plebe de la metrópoli, demuestra cuán numerosa era en la propia Roma la población judía, ya antes de César.

Ya por aquel entonces era el comercio la ocupación principal de los judíos: pisándole los talones al comerciante romano conquistador, marchaba siempre en aquella época el traficante judío, lo mismo que, siglos más tarde, le veremos pegado al comerciante veneciano y genovés, y el capital de los mercaderes hebreos confluye en todas partes con el capital romano. Finalmente, también en aquellos siglos se trasluce la característica antipatía del hombre occidental por esta raza tan genuinamente oriental y por sus opiniones y costumbres, tan divergentes de las suyas propias.

No era, por cierto, este judaísmo el rasgo más plausible en el cuadro poco atrayente de la mezcla de pueblos imperante por aquel entonces, pero constituía a pesar de todo un momento histórico que había ido desarrollándose con el curso natural de las cosas, que el estadista no podía negar ni podía tampoco combatir y del que César, lo mismo que su antece-

sor Alejandro, supo aprovecharse todo lo posible, con una certera apreciación de la realidad. Alejandro, como fundador del judaísmo alejandrino, no hizo menos por esta nación que el propio David con la fundación del templo de Jerusalén; por su parte, César favoreció tanto a los judíos de Alejandría como a los de Roma con una serie de prerrogativas y privilegios, y sobre todo, amparó su culto peculiar lo mismo contra los sacerdotes romanos que contra el clero helénico local. Ninguno de estos dos grandes hombres pensaba, naturalmente, en equiparar la nacionalidad judía a la nacionalidad helénica o ítalo-helénica. Pero el judío, que se diferencia del occidental en que no recibió el don de Pandora de la organización política, lo que le lleva a asumir una actitud esencial de indiferencia ante el Estado; que, además, se resiste a abandonar la médula de su peculiaridad nacional con una fuerza que se torna en facilidad cuando se trata de cubrir esa médula con el ropaje de cualquier nacionalidad extraña y de plegarse hasta cierto punto a las características de otros pueblos; el judío se prestaba por ello mismo mejor que nadie para vivir dentro de un Estado que había de erigirse sobre las ruinas de cien pueblos vivos y estar dotado de una nacionalidad en cierto modo abstracta y desgastada de antemano por el roce. El judaísmo fue también en el mundo antiguo un fermento eficaz de cosmopolitismo y descomposición nacional y, en este sentido, miembro predilecto del Estado cesáreo, cuyo sentido político no era, en el fondo, otra cosa que una ciudadanía universal y cuya característica como pueblo consistía esencialmente en un sentido de humanidad.

La latinización

Pero los elementos positivos de la nueva ciudadanía siguieron siendo exclusivamente la nacionalidad latina y la helénica. El Estado específicamente itálico de los tiempos de la república había pasado, pues, a la historia; sin embargo, la acusación de que César se proponía conscientemente hundir

a Italia y a Roma para desplazar el centro de gravedad del imperio al oriente griego y hacer de Troya o Alejandría su capital, no pasaba de ser una necia murmuración de la nobleza descontenta y rencorosa. Lejos de ello, la nacionalidad latina retuvo siempre su supremacía en la organización cesárea del Estado; así lo revela, entre otras cosas, el hecho de que todas sus disposiciones aparezcan redactadas en latín, y en latín y griego las destinadas a territorios en que regía esta segunda lengua. En general, César ordenó las relaciones entre las dos grandes naciones de su monarquía exactamente lo mismo que sus antecesores republicanos las habían ordenado en la Italia unificada: la nacionalidad helénica fue protegida dondequiera que existía y la itálica ampliada en todo lo posible, adjudicándosele además la herencia de las razas en proceso de disolución. Este régimen respondía a una necesidad, entre otras cosas, porque una completa equiparación del elemento griego y del latino dentro del Estado habría provocado según lo más probable, en plazo muy corto, aquella catástrofe que siglos más tarde desencadenó el bizantinismo.

En efecto, el helenismo no sólo era espiritualmente superior al romanismo en todos los sentidos, sino que además lo dominaba como masa y su causa tenía en la misma Italia, entre los contingentes de los helenos y semihelenos emigrados forzosa o voluntariamente a la península, un sinnúmero de apóstoles aparentemente insignificantes, pero cuya influencia era muy profunda. Para recordar tan sólo uno de los fenómenos más salientes en este aspecto, diremos que la influencia de los lacayos griegos sobre los monarcas romanos es tan antigua como la misma monarquía: la primera figura con que nos encontramos en la lista tan larga como repelente de estos individuos es la del servidor y confidente de Pompeyo, Teófanes de Mitilene, quien con su presión sobre aquel espíritu débil contribuyó tal vez más que ningún otro a desencadenar la guerra entre Pompeyo y César. No andaban muy descaminados sus compatriotas cuando, al morir, le rindieron honores divinos, pues fue él quien inauguró aquel ré-

gimen de ayudas de cámara de la época imperial que entrañaba, en cierto modo, la hegemonía de los helenos sobre los romanos.

El gobierno tenía, pues, razones sobradas para no alentar además desde arriba, por lo menos en el Occidente, la expansión del helenismo. Al liberar a Sicilia de la pesadilla de los diezmos y conceder a sus municipios el derecho de latinidad, medidas que habrían de ir seguidas en su día, probablemente, de la plena equiparación con los itálicos, César no podía abrigar otro propósito que el de incorporar plenamente a Italia aquella isla espléndida, pero por aquel entonces desolada y que se hallaba ya, económicamente y en su mayor parte, en manos italianas, territorio destinado por la naturaleza no tanto a ser un país vecino de Italia, como la más hermosa de sus regiones. Por lo demás, el helenismo fue mantenido y amparado dondequiera que existía. Y aunque las crisis políticas pudieran sugerir al imperator la idea de derribar los firmes pilares del helenismo en el Occidente y en Egipto, lo cierto es que Masaba y Alejandría no fueron destruidas ni desnacionalizadas.

En cambio, el romanismo era fomentado por el gobierno con todas sus fuerzas y en los puntos más diversos del imperio, tanto por medio de la colonización como por la vía de la latinización. El principio según el cual la propiedad de todo el suelo de las provincias no cedido a los municipios o a los particulares mediante un acto especial del gobierno correspondía al Estado, sin que su poseedor temporal pudiese alegar sobre él más que el hecho de una posesión hereditaria, tolerada y revocable en todo momento, principio que respondía, evidentemente, a una combinación muy discutible de la evolución formal del derecho y el desarrollo brutal del poder, pero que era indispensable para poder tener las manos libres en cuanto a las naciones condenadas a la destrucción, fue mantenido también por César, el cual lo convirtió de una teoría del partido democrático en uno de los principios fundamentales del derecho monárquico.

El primer punto de apoyo que se ofrecía para la expansión de la nacionalidad romana eran, naturalmente, las Galias. La Galia cisalpina obtuvo por fin, con carácter general, mediante la total incorporación de los municipios transpadánicos a la confederación de los ciudadanos romanos, medida que la democracia consideraba implantada desde hacía ya largo tiempo y que ahora (en el año 49) fue llevada a cabo por César, lo que una gran parte de sus habitantes venía disfrutando ya de antiguo: la equiparación política al resto de Italia. En los cuarenta años que habían transcurrido desde la concesión del *ius latium,* esta provincia, en realidad, había ido ya latinizándose por completo. No importa que los exclusivistas se burlasen del marcado acento gutural del latín céltico hablado por los habitantes de aquella provincia y echasen de menos "un no sé qué del encanto de las gentes de la capital" en aquellos insubros y venecianos que, espada en mano, habían sabido conquistarse, como legionarios de César, un puesto en el foro de Roma y hasta en la curia romana. Pese a todo esto, la Galia cisalpina, con su densa población predominantemente campesina, era ya antes de César, de hecho, una región itálica, y siguió siendo durante siglos y siglos el verdadero centro de atracción de las costumbres y la cultura itálicas; fuera de la capital, en ninguna otra región encontraba el maestro de las letras latinas la acogida y el eco que allí hallaba.

Pero, al incorporarse esencialmente a Italia la Galia cisalpina, el lugar que hasta allí había tenido esta región pasó a ser ocupado inmediatamente por la provincia transalpina, a la que las conquistas de César habían convertido de un territorio fronterizo en una provincia interior y a la que tanto su proximidad como su clima destinaban más que ninguna otra a convertirse también en región itálica. Era hacia allí principalmente, siguiendo la antigua meta de la colonización ultramarina de la democracia italiana, hacia donde se dirigía la corriente emigratoria de los itálicos. Además de reforzar en aquel territorio, con el envío de nuevos colonos, la antigua

colonia de Narbo, se crearon en Beterra (Béziers), no lejos de Narbo, en Arelate (Arles) y Arausio (Orange), junto al Ródano, y en la nueva ciudad marítima de Forum Julii (Fréjus), cuatro nuevas colonias de ciudadanos, cuyos nombres eran, al mismo tiempo, un homenaje a la memoria de las valientes legiones que habían anexionado al imperio la Galia nórdica. Los lugares no poblados por colonos fueron romanizados al parecer, al menos en su mayor parte, por el mismo procedimiento que en otro tiempo se siguiera con los territorios celtas transpadánicos: mediante la concesión del derecho latino de ciudad; Neumaso (Nimes), centro principal de la región sustraída a los masaliotas como castigo por haberse rebelado contra César, se convirtió de una comarca masaliota en un municipio latino, al que se dotó de un considerable territorio e incluso del derecho a emitir moneda.

Por consiguiente, mientras la Galia cisalpina avanzaba de la fase preparatoria a la fase de plena equiparación con Italia, la provincia narbonense entraba simultáneamente en aquella etapa previa; sus municipios más importantes gozaban, como antes los de la Galia cisalpina, del pleno derecho de ciudadanía, y los demás del *ius latium.*

En los demás territorios del imperio no griegos ni latinos, alejados aún de la órbita de la influencia de Italia y del proceso de asimilación, César se limitó a crear una serie de focos de civilización itálica al modo de lo que hasta entonces había sido el de Narbona en Galia, para ir preparando de este modo la futura asimilación. Estos inicios pueden apreciarse, y de ellos existen testimonios documentales, en todas las provincias del imperio con la única excepción de la más pobre e insignificante de todas: Cerdeña.

El latín fue reconocido de un modo general como lengua oficial en la Galia nórdica, aunque sin hacerla extensiva aún a todas las ramas de la vida pública, y surgió junto al lago Leman la colonia de Novioduno (Nyon), que era la ciudad más septentrional de régimen itálico por aquel entonces.

En España, que era probablemente a la sazón la provincia más poblada de todo el imperio romano, no sólo se establecieron colonos cesáreos, junto a la antigua población, en la importante ciudad marítima helénico-ibérica de Emporia (Ampurias), sino que además, como han revelado documentos recientemente descubiertos, se trasplantó a la ciudad de Urso (Osuna), no lejos de Sevilla, en el mismo corazón de Andalucía, un contingente de colonos sacados probablemente, en su mayoría, del proletariado de Roma, y seguramente que no sería el único caso de colonización itálica que se diese en esta provincia. La antigua y rica ciudad comercial de Gades (Cádiz), cuyo régimen municipal había transformado ya César a tono con los tiempos, siendo pretor, obtuvo ahora del imperator el derecho pleno de municipalidad itálica y fue, como lo había sido Túsculo en Italia, el primer municipio extra itálico no fundado por Roma que entró en la confederación de ciudadanos romanos. Pocos años después (en el 45), fue concedido el mismo derecho a algunos otros municipios españoles y a otros, probablemente, el *ius latium.*

En África se llevó ahora a cabo la obra a que Cayo Graco no había podido poner término y en el mismo solar en que se había levantado la ciudad de los enemigos jurados de Roma se establecieron tres mil colonos itálicos y gran número de los arrendatarios precaristas residentes en la zona cartaginesa; y con rapidez asombrosa resurgió bajo las condiciones locales, incomparablemente propicias, la nueva "Colonia de Venus", la Cartago romana. Útica, hasta entonces capital y primera ciudad comercial de la provincia, había sido indemnizada en cierto modo, ya de antemano, al parecer mediante la concesión del derecho de latinidad, del resurgimiento de su rival más poderoso.

En el territorio de Numidia, recientemente incorporado al imperio, fue concedido el derecho de colonias militares romanas a la importante ciudad de Cirta y a los demás municipios adjudicados para él y para los suyos al condotiero romano Publio Sitio. Es cierto que las magníficas ciudades provin-

ciales reducidas a escombros por el furor vesánico de Juba y los restos desesperados del partido constitucional no resurgieron con la misma rapidez con que habían sido arrasadas y todavía se conservaron durante mucho tiempo los montones de ruinas que recordaban los años funestos. Pero las dos nuevas colonias cesáreas, Cartago y Cirta, eran y siguieron siendo en lo sucesivo los dos centros de la civilización africano-romana.

En el desolado suelo de Grecia, aparte de otros planes como, por ejemplo, el de establecer una colonia romana en Butroton (frente a Corfú), el objetivo principal de las actividades de César era la restauración de Corinto; además de instaurar allí una notable colonia de ciudadanos, se estudiaron planes para suprimir mediante la apertura de un canal en el istmo la peligrosa circunnavegación del Peloponeso, dirigiendo todo el comercio ítalo-asiático a través del golfo de Corinto y el golfo Sarónico.

Finalmente, hasta en el remoto oriente helénico creó el monarca colonias itálicas: así, en Heraclea y Sinope, junto al mar Negro, cuyas ciudades compartían los colonos itálicos con los antiguos habitantes, como en Emporia. El importante puerto de Beritos, situado en las costas de Siria, obtuvo el régimen itálico, lo mismo que Sinope. Hasta en el mismo Egipto fue fundada una estación romana en la isla del faro, que dominaba el puerto de Alejandría.

Los planes militares de César

Si César sostenía un ejército permanente, el ejército que su Estado necesitaba, era simplemente porque este Estado, por su situación geográfica, exigía un amplio reajuste de fronteras y la existencia en éstas de guarniciones permanentes. En épocas anteriores, y durante la última guerra civil, había laborado por pacificar a España, estableciendo además posiciones fijas para la defensa de las fronteras en el África, a lo largo del gran desierto, y en el noroeste del imperio, en

la línea del Rin. Ocupábase en la preparación de planes semejantes a éstos para los territorios bañados por el Éufrates y el Danubio. Y sobre todo, abrigaba el propósito de ponerse en campaña contra los partos y vengar la jornada de Carras; calculaba que esta guerra duraría tres años y estaba decidido a ajustarle las cuentas de una vez para siempre a este peligroso enemigo, procediendo contra él cautelosamente, pero a fondo. Habíase trazado también el plan de atacar al rey de los getas, Burebista, cuyos dominios se iban extendiendo considerablemente a ambos lados del Danubio, y de proteger los territorios de Italia en el nordeste mediante el establecimiento de marcas semejantes a las que había creado en suelo celta.

En cambio, no existe la menor prueba de que César tuviese, como Alejandro, el designio de emprender una marcha triunfal por las tierras interminables del Oriente. Se dijo de él, ciertamente, que tenía la intención de marchar desde la Partia hasta el mar Caspio y de aquí al mar Negro, siguiendo luego por la orilla septentrional de este mar hasta el Danubio, incorporando al imperio toda la Escilia y la Germania hasta el mar del Norte —que, según las concepciones de los antiguos, no se hallaba demasiado lejos del Mediterráneo—, regresando luego a Italia por las Galias. Pero no encontramos ninguna autoridad más o menos digna de crédito que abone la existencia de estos proyectos fabulosos. En un Estado que, como el del César romano, encerraba ya dentro de sus fronteras una masa de elementos bárbaros difíciles de dominar y cuya asimilación representaba de por sí una obra de siglos, esas conquistas, aun admitiendo la posibilidad de que fuesen militarmente viables, no habrían representado más que otros tantos errores aun mucho más brillantes y mucho más funestos que la campaña militar de Alejandro en la India. Ateniéndonos a los métodos seguidos por César en Britania y en Germania y a la conducta adoptada después por quienes quedaron como los herederos de sus pensamientos políticos, podemos inferir con grandes probabilidades de no equivo-

carnos que César, al igual que Emiliano Escipión, no pedía a los dioses que ensanchasen las fronteras del imperio, sino sencillamente que las conservasen, y que sus planes de conquista se limitaban a un reajuste de fronteras, aunque concebido a su modo en grandiosas proporciones, que consolidase la línea del Éufrates y asegurase e hiciese fácilmente defendible la línea del Danubio, reforzando las fronteras nordorientales del imperio, todavía completamente inseguras y militarmente nulas.

La obra política de César

El plan de una nueva política a tono con los tiempos, trazado desde hacía ya largo tiempo por Cayo Graco, fue mantenido por sus partidarios y sucesores con mayor o menor ingenio, con mayor o menor fortuna, pero sin vacilaciones. César, que era de por sí y en cierto modo también por sus títulos hereditarios el caudillo del partido popular, había mantenido en alto su pavés por espacio de treinta años sin cambiar ni recatar tampoco sus colores; y siguió siendo un demócrata aun como monarca. Asumió sin reservas, prescindiendo naturalmente de los dislates de Catilina y de Clodio, la herencia de su partido, animado por el odio más furioso, incluso personal, contra la aristocracia y los auténticos aristócratas, e hizo honor inquebrantablemente a las ideas esenciales de la democracia romana: a la necesidad de mitigar la situación de los deudores, a la idea de la colonización ultramarina, a la gradual nivelación de las diferencias jurídicas existentes entre las diversas clases de individuos que formaban el Estado, al compromiso de emancipar al poder ejecutivo de la férula del Senado. Su monarquía, fiel a estos principios, lejos de hallarse en contradicción con la democracia, parecía ser, por el contrario, la realización y la aplicación de las ideas democráticas.

La monarquía de Julio César no era el despotismo oriental por la gracia de Dios, sino la monarquía que Cayo Graco ha-

bía querido instaurar, la misma que fundaron Pericles y Cromwell: la propia nación representada por su supremo e ilimitado mandatario. En este sentido, las ideas que inspiraban la obra de César no eran, realmente, nuevas; pero fue él quien les dio realización, que es siempre y en último término lo que decide, y a él corresponde el mérito de la grandeza de su ejecución, la cual habría sorprendido incluso al hombre genial que concibiera la idea, si hubiera podido presenciarla, como llenó, llena y llenará por siempre de la más profunda emoción y admiración a quien la contempló en la realidad viva o la contempla hoy o haya de contemplarla mañana reflejada en el espejo de la historia, cualesquiera que sean la época histórica a que pertenezca o las ideas políticas que profese, en la medida de su capacidad de comprensión para la grandeza histórica y humana.

Creemos que es éste precisamente el lugar indicado para decir de una vez, claramente, lo que el historiador da siempre tácitamente por supuesto y para dejar constancia de nuestra protesta contra ese hábito común a la perfidia y la simpleza que consiste en usar como frases de validez general los elogios y las censuras históricos desligados de las condiciones dadas que los informan y que, en el caso presente, estriba en trocar el juicio histórico que César merece en un juicio histórico sobre el cesarismo. Es cierto que la historia de los pasados siglos debe ser la maestra de los tiempos actuales; pero no en el sentido vulgar y chabacano de que se haya de encontrar la clave para las coyunturas del presente en los relatos sobre el pasado, amañando en ellas el diagnóstico político y las recetas para interpretar los síntomas y los fenómenos específicos de nuestro tiempo. No, la historia es una ciencia adoctrinadora exclusivamente en el sentido de que la observación de las culturas antiguas nos revela las condiciones orgánicas de toda civilización, las fuerzas fundamentales, que son en todas partes las mismas, y la combinación y el entrelazamiento de estas fuerzas, que difieren en todas partes, con lo cual nos estimula y nos anima, no para imitar servilmente

el pasado, sino para inspirarnos en él en nuestra propia obra creadora. Así considerada, la historia de César y del cesarismo romano constituye verdaderamente, pese a toda la grandeza jamás superada de su artífice y de la necesidad histórica que informa su obra, la crítica más severa que mano humana pudiera trazar de los tiempos modernos.

La misma ley natural por virtud de la cual el más insignificante organismo es algo infinitamente superior a la más ingeniosa de las máquinas, hace que cualquier régimen, por muy defectuoso que sea, en el que se deje margen a la libre iniciativa de una mayoría de ciudadanos, sea infinitamente superior al más genial y más humano de los absolutismos, pues mientras que aquél es susceptible de evolución y, por lo tanto, vivo, éste no puede ser más que lo que es y es, por lo tanto, algo muerto. Esta ley natural se impuso también, como no podía menos, en el curso de la monarquía militar absoluta romana, y se impuso con tanta mayor fuerza cuanto que este régimen, guiado por el impulso genial de su creador y ante la ausencia de todo intercambio esencial con el extranjero, se plasmó allí de un modo más puro y más libre que en ningún Estado semejante. Desaparecido César, el romanismo, como demostrarán los libros posteriores[a] y como Gibbon ha puesto de manifiesto ya desde hace mucho tiempo, sólo se mantuvo en pie exteriormente y sólo se extendió de un modo mecánico, mientras interiormente se agostaba y languidecía. Aunque en los inicios de la autocracia y sobre todo en el espíritu del propio César siguiese alentando el sueño esperanzador de una combinación en que se hermanasen el desarrollo libre del pueblo y el régimen absoluto, pronto vino a demostrar el gobierno de los emperadores de la dinastía julia, tan llenos de talento, y lo demostró en términos aterradores, hasta qué punto es imposible mezclar el agua y el fuego en el mismo vaso.

La obra de César era necesaria y saludable, no porque de por sí trajese ni pudiese traer ningún beneficio, sino porque con una organización del pueblo como la de la antigua Ro-

ma, basada en la esclavitud y vuelta completamente de espaldas a la representación republicano-constitucional, y ante la organización legítima de las ciudades, que a lo largo de medio siglo había ido evolucionando hacia el absolutismo oligárquico, la monarquía militar absoluta era la coronación lógicamente necesaria y representaba el mal menor.

Pero la historia no se resignará a regatear los honores debidos al buen César porque este juicio pueda inducir a error a la simpleza y dar a la malicia un pretexto para sus mentiras y sus fraudes con respecto a los malos Césares. La historia es otra Biblia, y aunque como ésta no puede impedir que el necio la tergiverse ni que el diablo la cite, también ella sabe hacer frente a la necedad y al satanismo y darles el pago que merecen.

República y monarquía

La nueva monarquía apenas presenta ningún rasgo fisonómico que no encontremos ya en la monarquía antigua: la concentración del supremo poder militar, judicial y administrativo en manos del príncipe; la alta dirección religiosa de la comunidad; el derecho a dictar decretos con fuerza de obligar; la reducción del Senado al papel de un consejo de Estado; el resurgimiento del patriciado y de la prefectura urbana. Pero aún más sorprendente que estas analogías es la semejanza interior de la monarquía de Servio Tulio y la de Julio César: los antiguos reyes de Roma no eran, a pesar de su plenitud de poderes, más que señores de una comunidad libre y protectores del hombre común contra la nobleza; y César, por su parte, no vino a acabar con la libertad, sino a realizarla y, en primer término, a abatir el yugo insoportable de la aristocracia.

Ni debe tampoco extrañarnos que César, aun siendo cualquier cosa menos un tradicionalista político, se remontase quinientos años atrás para encontrar el modelo de su nuevo Estado; el concepto de la monarquía no había llegado a ex-

tinguirse jamás por completo, pues la suprema magistratura del Estado romano en todos los tiempos seguía siendo, en realidad, una especie de monarquía limitada por una serie de leyes especiales. Durante la república el Estado se había retrotraído prácticamente a la institución monárquica en las épocas más diversas y desde muy distintos puntos de vista: con el poder decenviral, con la dictadura de Sila y con la misma dictadura de César; más aún, por obra de una cierta necesidad lógica, siempre que se hacía necesario recurrir a poderes de excepción manifestábase frente a los poderes limitados de periodos normales el *imperium* ilimitado, que no era, en rigor, sino el poder real. Finalmente, había también consideraciones de orden externo que aconsejaban este retorno a la antigua monarquía. A la humanidad le cuesta esfuerzos indecibles alumbrar nuevas creaciones, por lo cual tiende a considerar como una herencia sagrada las formas desarrolladas y tradicionales. Por eso Julio César se acogió prudentemente a la tradición de Servio Tulio, al modo como, siglos más tarde, Carlomagno se acogería a la tradición de Julio César y Napoleón intentaría, al menos, apoyarse en la de Carlomagno. Y no lo hizo solapadamente ni dando un rodeo, sino, al igual que lo harían sus sucesores, del modo más franco y abierto. En realidad, ¿qué se perseguía con esta invocación del pasado sino encontrar una formulación clara, nacional y popular para el nuevo Estado que iba a instaurarse?

Desde tiempo inmemorial levantábanse en el Capitolio las estatuas de los siete reyes de que nos habla la historia convencional de Roma; César ordenó que al lado de ellas se colocase la suya, que hacía el número ocho. Presentábase en público tocado con las vestiduras de los antiguos reyes de Alba. La variante principal que se contenía en su nueva ley sobre los crímenes políticos, con respecto a la de Sila, consistía en hacer aparecer al imperator junto a la comunidad popular y en el mismo plano que ella, como expresión viva y personal del pueblo. En la fórmula usual del juramento político se añadió a la mención de Júpiter y de los penates del

pueblo romano la del genio del imperator. El símbolo externo de la monarquía era, según la concepción extendida en toda la Antigüedad, la imagen del monarca grabada en las monedas: la cabeza de César figura desde el año 44 en las monedas del Estado romano. A juzgar por todo esto, nadie podría quejarse, por lo menos, de que Julio César ocultase al público cómo concebía él su posición dentro del Estado; su actuación no sólo como monarca, sino precisamente como rey de Roma, no podía ser más ostensible ni más solemne.

Es incluso posible aunque no probable precisamente, y desde luego de una importancia secundaria, que tuviese la intención de designar sus poderes, no con el nuevo nombre de imperator, sino abiertamente con el antiguo de rey.[2] Ya en vida suya muchos de sus enemigos y de sus amigos le atribuían el designio de hacerse nombrar expresamente rey de Roma; más aún, algunos de sus más apasionados partidarios le incitaron en diversas ocasiones y por diversos caminos a que se ciñese la corona; entre ellos y del modo más ostensible Marco Antonio, quien siendo cónsul le ofreció la diadema real en presencia de todo el pueblo (15 de febrero del año 44). Pero César rechazó siempre, sistemáticamente, estas ofertas. El hecho de que, al mismo tiempo, procediera contra quienes pretendían explotar estos incidentes para atizar la oposición republicana, no demuestra, ni mucho menos, que su negativa no respondiese a sus verdaderas intenciones. Los que opinan incluso que estas invitaciones estaban movidas solapadamente por él mismo para ir acostumbrando a la muchedumbre al espectáculo de la diadema real, desconocen en absoluto la formidable fuerza de la oposición ideológica con la que César tenía que contar y a la que aquellos testimonios públicos denegatorios de la legitimidad de su poder personal por parte del propio César vigorizarían necesariamente en vez de acallar. Estas escenas pueden atribuirse al celo desaforado de sus apasionados admiradores, y puede también ocurrir que César permitiese e incluso organizase el episodio de la oferta por Marco Antonio, simplemente para

poner fin del modo más impresionante a aquellas incómodas e incesantes murmuraciones, al rehusar el título de rey ante los ojos de los ciudadanos, en un acto público que él mismo ordenó que se inscribiese en los fastos del Estado y que, en realidad, no era ya fácilmente revocable. Lo más probable es que César, que apreciaba tanto el valor de una formulación usual y consagrada como las antipatías de la muchedumbre, adheridas más al nombre que a la esencia misma de las cosas, estuviese decidido a rehuir el título tradicional de rey, sobre el que gravitaba una vieja maldición y al que los romanos de su tiempo asociaban más la idea de los déspotas orientales que la de su Numa y su Servio Tulio, para abrazar la verdadera esencia de la monarquía bajo el nombre de imperator.

Lo cierto es que, cualquiera que fuese el título definitivo que pensase adoptar, existía ya el señor, el cual procedió inmediatamente a organizar su corte con la pompa obligada y la falta de gusto y la vacuidad obligadas también. César no se presentaba ya en público vestido con la toga de los cónsules, ribeteada de púrpura, sino envuelto en una túnica toda púrpura, que era en la Antigüedad el traje de los reyes, y recibía la visita solemne del Senado sentado en su sillón de oro y sin levantarse. El calendario romano estaba lleno de fiestas consagradas a él: la del día de su nacimiento, las de los días de sus victorias y las de los votos en su honor. Cuando entraba en la capital, sus servidores más distinguidos salían en tropel, caminando un largo trecho para recibirle y acompañarle. El estar cerca de él empezó a ser tenido en tan alto, que los alquileres de las casas situadas en el barrio de la ciudad en que vivía el imperator se pusieron por las nubes. La multitud de personas que se reunían en su audiencia entorpecía el trato personal con él hasta el punto de que se veía obligado a comunicarse por escrito con las gentes de su mayor intimidad, y hasta los personajes más distinguidos tenían que pasarse horas y horas haciendo antesala, para poder verle. Todo el mundo percibía más claramente de lo que el propio Cé-

sar habría deseado que aquel hombre a quien se iba a ver no era ya un simple conciudadano. Fue surgiendo una nobleza monárquica que reunía la curiosa cualidad de ser al mismo tiempo nueva y antigua, y respondía a la idea de hacer que la nobleza creada por la monarquía eclipsase a la nobleza oligárquica y que los nobles pasasen a segundo plano ante los patricios. El patriciado seguía existiendo, aunque sin ningún privilegio esencial de clase, como una corporación cerrada de hidalgos terratenientes; pero como no podía abrir las puertas a linajes nuevos, había ido languideciendo poco a poco a lo largo de los siglos: en tiempo de César sólo se conservaban unos quince a dieciséis linajes patricios. César, que procedía de uno de ellos, hizo que una ley del pueblo autorizase al imperator para crear nuevos linajes patricios; de esta forma, fundó por oposición a la nobleza republicana la nueva nobleza del patriciado, en la que se reunían del modo más feliz todos los requisitos característicos de una nobleza monárquica: el encanto gris de la vejez, una sumisión total al gobierno y una absoluta inutilidad. El nuevo régimen monárquico manifestábase en todos sus aspectos.

La capital

En la época de César había desaparecido ya de Roma, desde hacía mucho tiempo, el tronco genuino de la nación latina. Por la fuerza misma de las cosas, la capital va viendo desgastarse su fisonomía municipal e incluso su fisonomía nacional más rápidamente que cualquier otra colectividad de orden inferior. Las clases superiores son eliminadas muy pronto aquí de la vida colectiva de la urbe para encontrar su patria más bien en el Estado en su conjunto que en la unidad cerrada de la ciudad; en las capitales se concentran inevitablemente la población extranjera que viene a establecerse en el país, la población flotante de los que viajan en busca de negocios o de placeres, la gran masa de la chusma ociosa, corrompida, criminal, en bancarrota económica y moral y, por

ello mismo, cosmopolita. Todo esto es aplicable en alto grado a Roma. No pocas veces el romano de situación acomodada consideraba su casa en la ciudad simplemente como un alojamiento provisional para cuando estaba de paso en Roma. Los dignatarios del imperio salían de la municipalidad urbana, los miembros de la ciudad formaban la asamblea de los ciudadanos del imperio y no se toleraban dentro de la capital agrupaciones de distrito ni otras comunidades más pequeñas que se gobernasen autónomamente, y así fue extinguiéndose en Roma toda verdadera vida municipal.

Las gentes confluían a Roma de todos los ámbitos de aquel extenso imperio para especular, para entregarse al vicio, para intrigar, para perfeccionarse en la escuela del crimen, o incluso para ocultarse a los ojos de la ley. Eran, en cierto modo, males que se derivaban necesariamente de lo que es toda capital, y a ellos venían a unirse otros más fortuitos y tal vez más peligrosos. Tal vez no haya habido nunca una gran ciudad tan absolutamente privada de subsistencias como era Roma; las importaciones, por una parte, y por otra la fabricación casera por manos de esclavos, hacían imposible de antemano la existencia de toda industria libre.

En la capital acusábanse con mayor fuerza que en ningún otro sitio las funestas consecuencias de aquel vicio cardinal de que adolecían todos los estados de la Antigüedad: el sistema de la esclavitud. En ninguna parte se acumulaban tales masas de esclavos como en los palacios de las grandes familias o de los nuevos ricos residentes en la capital. En ninguna parte se mezclaban como entre las masas de esclavos de Roma las naciones de tres continentes, sirios, frigios y otras gentes semihelénicas con libios y moros, los getas e iberos con los celtas y germanos que afluían en contingentes cada vez más numerosos a la capital. La desmoralización que es inseparable de la falta de libertad y la abominable contradicción existente entre la ley jurídica y la ley moral, manifestábanse con colores mucho más estridentes entre los esclavos de la ciudad, hombres semicultos o enteramente cultos y en

cierto modo distinguidos, que entre los mozos de labranza que cultivaban los campos cargados de cadenas lo mismo que las bestias. Y peor aún que las masas de los esclavos eran las de los libertos que habían salido por derecho o simplemente de hecho, de la condición de la esclavitud, una mezcla de mendigos y *parvenus* inmensamente ricos, que habían dejado de ser esclavos sin llegar a ser plenamente ciudadanos, que dependían económica e incluso jurídicamente de sus señores y tenían, sin embargo, todas las pretensiones de los hombres libres. Y eran precisamente los libertos los que más afluían a la capital, donde había muchos modos de ganarse la vida y donde el pequeño comercio y la pequeña industria artesana estaban casi por entero en sus manos. De la influencia ejercida por estas masas en las elecciones tenemos testimonios expresos en las fuentes, y eran ellas también las que daban la nota dominante en los disturbios callejeros, como lo revela, entre otras cosas, la señal acostumbrada con que los convocaban, por decirlo así, los demagogos: el cierre de los comercios y las tabernas.

Añádase a esto que el gobierno no sólo no hacía nada para atajar esta corrupción desencadenada entre la población de la capital, sino que incluso la fomentaba al servicio de su política egoísta. El inteligente precepto legal que prohibía residir en la capital a los individuos condenados por delitos capitales, había sido convertido en letra muerta por la indolencia de la policía. Una función tan apremiante como la vigilancia policiaca de las asociaciones de la chusma fue descuidada en un principio y más tarde declarada incluso punible como una restricción contra la libertad de los derechos del pueblo. Las fiestas populares fueron creciendo de tal modo, que solamente las siete ordinarias, las romanas, las plebeyas, la de la Diosa Madre, la de Ceres, la de Apolo, la de Flora y la de Victoria, duraban en conjunto 62 días, y a ellas había que añadir los juegos de los gladiadores y otras innumerables diversiones extraordinarias. Las medidas absolutamente necesarias para proveer de trigo a bajo precio a un proletariado como

éste, que vivía al día, ponían en práctica con una frivolidad verdaderamente criminal y ello traía como consecuencia que las oscilaciones de los precios del trigo para la fabricación del pan alcanzasen proporciones fabulosas e incalculables.[3] Finalmente, los repartos de trigo equivalían de hecho a una invitación oficial hecha a todo el proletariado de los ciudadanos hambrientos y reacios al trabajo para que viniese a establecerse en la capital.

La siembra no podía ser más deplorable y la cosecha respondía a lo que se sembraba. Aquí tenía sus raíces el movimiento de los clubes y de las bandas en el campo político, en el campo religioso con el culto a Isis y en otras estafas y especulaciones religiosas semejantes a ésta. El Estado enfrentábase constantemente con el fantasma de la carestía de la vida, y no pocas veces con el del hambre. En ninguna parte se estaba tan poco seguro de la vida como en la capital; el primer paso para el asesinato premeditado era invitar a Roma a la víctima; nadie se atrevía a aventurarse en los alrededores de la ciudad sin una escolta de gentes armadas.

El aspecto exterior de la capital era fiel reflejo de esta descomposición interior y diríase una sátira viviente contra el régimen aristocrático. Nada se había hecho para regular el curso de las aguas del Tíber; a duras penas se logró construir de piedra, por lo menos hasta la isla situada en medio del río, el único puente con que tenían que arreglarse los romanos. Ni se hizo nada tampoco para la planeación de la ciudad de las siete colinas, salvo en aquellos sitios en que los montones de escombros se encargaban de terraplenar al azar las desigualdades del terreno. Las calles se plegaban en tortuoso dédalo a las colinas, misérrimamente cuidadas, y las aceras eran estrechas y mal pavimentadas. Las casas corrientes eran de ladrillo, construidas con gran descuido, pero a una altura de vértigo, por maestros de obras especuladores que emprendían este negocio por cuenta de los pequeños propietarios, enriqueciéndose fabulosamente mientras éstos quedaban en la miseria. Como islotes en medio de este mar de míseros

edificios alzábanse los fastuosos palacios de los ricos, entre los que se hacinaban las casas de los pobres como ésos entre aquéllos, sin saber qué hacer de su derecho de ciudadanía como miembros del Estado, y junto a las columnas de mármol y las estatuas griegas que ornaban los brillantes palacios, resaltaba todavía más la pobreza de los templos ruinosos, con las esculturas de sus dioses talladas todavía casi siempre en madera.

Apenas había señales de una policía de las calles, de las riberas, de la construcción ni de algo parecido al cuerpo de bomberos; si el gobierno se preocupaba de las calamidades públicas que todos los años azotaban a la ciudad en forma de inundaciones, incendios y derrumbes de casas era, simplemente, para solicitar de los teólogos del Estado que emitiesen sus informes y sus advertencias acerca del verdadero sentido de aquellas señales y de aquellos portentos. Intente el lector representarse un Londres con la población de esclavos de Nueva Orleans,[b] la policía de Constantinopla, la ausencia de industrias de la Roma actual y dirigida por una política parecida a la de los parisinos en 1848, y tendrá una idea aproximada de aquella magnificencia republicana cuya desaparición deploran Cicerón y consortes en sus irritadas cartas.

César, sin afligirse, procuró poner remedio en lo que era remediable. Roma siguió siendo, naturalmente, lo que hasta entonces había sido: una ciudad ecuménica. El intento de restituirle su fisonomía específicamente itálica, no sólo habría sido irrealizable, sino que no habría encajado tampoco en los planes de César. Del mismo modo que Alejandro había encontrado en la Alejandría helénico-judía-egipcia y sobre todo cosmopolita la capital adecuada para su imperio grecooriental, la capital del nuevo imperio mundial romano-helénico, situada a medio camino entre el Oriente y el Occidente, no podía ser un municipio netamente itálico, sino la metrópoli desnacionalizada de muchas naciones.

He aquí por qué César toleró que al lado del padre Júpiter se rindiese culto en Roma a los dioses recién introducidos de los egipcios y permitió incluso que los judíos practicasen libremente su extraño y exótico ritual en la capital del imperio.

Por muy repugnante que fuese la mezcla de la población parasitaria, sobre todo la de la población helénico-oriental, concentrada en Roma, jamás se puso trabas a su expansión; y es un signo muy característico de este espíritu cosmopolita que en las fiestas populares organizadas por César en su capital se representasen comedias habladas no solamente en latín y en griego, sino también en otras lenguas, probablemente en fenicio, en hebreo, en sirio y en español.

Pero aunque César aceptase tal como lo había encontrado, y con plena conciencia de lo que hacía, el carácter fundamental de la capital de su imperio, no dejó de luchar enérgicamente por combatir los vicios y los males existentes en la ciudad. Desgraciadamente, los más difíciles de extirpar eran precisamente los vicios fundamentales. No estaba en manos de César suprimir la esclavitud, con su séquito de plagas; no sabemos si con el tiempo habría llegado a limitar, por lo menos, la población esclava avecindada en la capital, abordando aquí la misma obra que emprendió en otro terreno. Tampoco podía César, por la misma razón, hacer brotar como por encanto una industria libre en Roma; sin embargo, las obras gigantescas emprendidas por él remediaron en cierta medida la penuria de la población romana y abrieron al proletariado una fuente de ingresos modesta, pero honrada.

En cambio, el nuevo imperator se preocupó enérgicamente por reducir la masa del proletariado libre. La constante afluencia de quienes acudían a Roma atraídos por los repartos gratuitos de trigo fue, si no detenida, por lo menos considerablemente atajada mediante la transformación de aquel sistema en un socorro para pobres, limitado a un número fijo de personas. De reducir el proletariado existente se ocupaban, por una parte, los tribunales de justicia, a quienes se

dieron órdenes para proceder con inflexible rigor contra la chusma, y de otra parte la amplia colonización ultramarina; la mayor parte de los 80 mil colonos que César envió más allá de los mares en los pocos años de su gobierno podemos asegurar que procedían de las capas bajas de la población romana, lo mismo que la mayoría de los colonos de Corinto eran libertos. El hecho de que César abriese las puertas de los consejos municipales en sus colonias a los libertos, a quienes hasta entonces estaba vedado todo cargo honorífico urbano, se debió sin duda al deseo de incitar a la emigración a los elementos mejor situados de esta clase. Y esta emigración debió de ser algo más que una medida puramente transitoria; César, convencido como lo estaban todas las personas inteligentes de su tiempo de que el único remedio verdaderamente eficaz para mitigar la miseria del proletariado estaba en un sistema bien organizado de colonización, y a quien la estructura de su imperio ponía ahora en condiciones de realizar este plan en proporciones casi ilimitadas, abrigaría seguramente el propósito de llevar adelante esta política con carácter estable, abriendo con ello una puerta permanente de escape a un mal que se reproducía incesantemente.

Se adoptaron también medidas para poner un límite a las desatentadas oscilaciones de los precios de los víveres de primera necesidad en los mercados de la capital. Las finanzas del Estado, reorganizadas y liberalmente administradas, brindaban los recursos necesarios para ello y dos funcionarios recién creados, los ediles del trigo, se encargaron de vigilar especialmente a los proveedores y los mercados de la ciudad.

Los manejos de los clubes se atajaron más eficazmente de lo que habría podido hacerse por medio de leyes prohibitivas gracias a la nueva organización del Estado, pues con la república y las elecciones y los tribunales republicanos se acabaron los sobornos y las presiones ejercidas por la violencia sobre los colegios electorales y judiciales, y se terminaron también, automáticamente, las saturnales políticas de la canalla. Además, fueron disueltas las agrupaciones creadas al amparo

de la ley Clodia y todo el régimen de asociación se colocó bajo la alta inspección de las autoridades del gobierno. Exceptuando los gremios y agrupaciones tradicionales, las asociaciones religiosas de los judíos y otras categorías especialmente señaladas, para las cuales parecía bastar con una notificación al Senado, la autorización para crear una sociedad de carácter permanente con días fijos de reunión y órganos dirigentes fijos, se subordinaba a una concesión otorgada por el Senado, el cual, antes de otorgarla, debía sin duda, normalmente, conocer el parecer del monarca.

Además de esto, se acentuó el rigor de la administración de justicia en lo penal y se organizó una enérgica policía. Se redobló la severidad de las leyes, sobre todo en lo referente a los delitos de sangre y se derogó, como el buen sentido ordenaba, aquel irracional precepto de las leyes republicanas que permitía a los delincuentes convictos y confesos eximirse por medio del destierro voluntario de una parte de la pena impuesta. El minucioso reglamento dictado por César para la policía de la capital se ha conservado parcialmente y, a la vista de él, todo el que quiera puede convencerse de que el imperator no tenía ningún empacho en descender a detalles como el de la norma que impone a los propietarios de casas la obligación de cuidar las calles y adoquinar las aceras en toda su anchura o las que regulan el modo de portar las sillas de manos y la circulación de los carruajes, los cuales, dado el estado de las calles, sólo podían circular libremente por la capital en las últimas horas de la tarde y por la noche. La alta vigilancia sobre la policía local seguía encomendada como antes, fundamentalmente, a los cuatro ediles, cada uno de los cuales fue encargado a partir de ahora —suponiendo que no lo estuviese ya antes— de un determinado distrito policiaco dentro de la demarcación de la capital.

Finalmente, César, que hacía gala del gusto por la construcción propio del romano y del organizador, dio de pronto a las construcciones de la capital y, en relación con ello, al cuidado y conservación de los establecimientos de interés

público, un auge que no sólo cubría de vergüenza al régimen desastroso de los últimos tiempos de anarquía, sino que incluso relegaba tan a segundo plano las realizaciones de la aristocracia romana en sus mejores tiempos como el genio de un César hacía palidecer los honrados esfuerzos de los Marcos y los Emilios. César no superó a sus predecesores solamente por las proporciones de sus edificios y por la cuantía de las sumas invertidas en ellos, sino por el sentido de auténtico estadista y por su celo por el interés común, que distingue lo hecho por él con respecto a los establecimientos públicos de Roma de todos los esfuerzos semejantes. No construyó, como habrían de hacer sus sucesores, templos y otros edificios fastuosos, pero desembarazó el foro de Roma, en el que seguían amontonándose las asambleas de los ciudadanos, las sesiones de los principales tribunales, la bolsa, el tráfico comercial diario y toda la turba de los ociosos de la ciudad, quitando de allí, por lo menos, las asambleas públicas y las sesiones de los tribunales de justicia, para lo cual construyó, con destino a las primeras, una nueva sede, la *Saepta Julia,* en el Campo de Marte, y con destino a los segundos una plaza especial de justicia, el *Forum Julium,* situada entre el Capitolio y el Palatino. Un sentido análogo inspira la organización creada por él para suministrar a los baños públicos de la capital tres millones anuales de libras de aceite, procedentes en su mayor parte de África, lo que permitía a estos establecimientos facilitar gratuitamente a la población que acudía a los baños aquel elemento indispensable para ungir sus cuerpos, medida ésta altamente racional de policía de la higiene y de la salud, ajustada a la dietética de los antiguos, que se basaba esencialmente, como es sabido, en el baño y en los ungüentos.

Todas estas medidas grandiosas de organización no eran, sin embargo, más que los comienzos de una política encaminada a la total transformación de Roma. Existían ya los proyectos para un nuevo consistorio municipal, para un nuevo y espléndido bazar, para un teatro que habría de rivalizar con

el de Pompeyo, para una biblioteca pública latina y griega siguiendo el modelo de la que acababa de destruirse en Alejandría y que sería el primer establecimiento de esta clase en Roma y, finalmente, para un templo de Marte que haría palidecer por su riqueza y magnificencia a todo lo conocido hasta entonces. Pero aún era más genial la idea de abrir un canal a través de las lagunas pontinas y encauzar sus aguas hacia Tarracina y la de rectificar el curso inferior del Tíber a partir del sitio en que hoy se tiende el Ponte Molle, para desviar el río del cauce situado entre el Vaticano y el Campo de Marte, obligándole a dar la vuelta al Campo Vaticano y al Janículo para desembocar en Ostia, donde la pobre rada que allí existía se convertiría en un magnífico puerto artificial. Este plan gigantesco acabaría, por una parte, con uno de los peores enemigos de la ciudad, el aire emponzoñado de sus inmediaciones y, por otra parte, ampliaría de golpe el área extraordinariamente restringida de edificación de Roma haciendo que el Campo Vaticano, transplantado de este modo a la orilla izquierda del Tíber, pasase a ocupar el lugar del Campo de Marte y que este campo espacioso pudiese utilizarse para levantar en él toda una serie de edificios públicos y privados, al mismo tiempo que dotaba a la ciudad de un puerto marítimo seguro, de que se hallaba angustiosamente necesitada. Tal parecía como si César quisiera hacer cambiar de sitio las montañas y los ríos y rivalizar con la misma naturaleza.

No obstante, aunque el nuevo régimen hizo ganar mucho a Roma en comodidad y magnificencia, este mismo régimen hizo que perdiese irremisiblemente la supremacía política que en otro tiempo había disfrutado.

Las condiciones sociales

La fusión del Estado romano con la ciudad de Roma habíase ido convirtiendo a lo largo del tiempo en un principio cada vez más absurdo y antinatural; sin embargo, este principio hallábase tan íntimamente entrelazado con la esencia

misma de la república romana, que no podía caer por tierra antes de que cayese la misma república. Es bajo el nuevo Estado de César cuando este principio, exceptuando si acaso algunas ficciones legales, se descarta totalmente para colocar jurídicamente a la comunidad de la capital en el mismo plano que otro municipio cualquiera. Y César, preocupado en este caso como en todos, no sólo por organizar la cosa, sino también por dar a ésta oficialmente el nombre que le correspondía, dictó su ordenanza municipal itálica, deliberadamente sin duda alguna, tanto para la capital como para los demás municipios urbanos. Y podríamos añadir que Roma, precisamente porque la capitalidad mataba en ella toda posibilidad de un régimen municipal vivo, quedaba incluso muy por debajo de las demás municipalidades de la época del imperio. La Roma republicana era una cueva de bandidos, pero era al mismo tiempo el Estado romano; la Roma de la monarquía, aunque empezara a adornarse con todas las magnificencias de tres continentes y a brillar con los resplandores del oro y el mármol, no era, dentro del Estado romano, más que el palacio del rey y el asilo de los pobres; es decir, un mal necesario.

El problema, en la capital, estribaba solamente en dictar una serie de medidas policiacas en gran escala que desterrasen los males existentes; empresa incomparablemente más difícil resultaba la de poner remedio al profundo desarreglo de la economía itálica. Los problemas fundamentales que en este terreno se planteaban eran el descenso de la población agrícola y el incremento antinatural de la población mercantil, fenómeno que llevaba aparejada toda una serie de males y trastornos.

El régimen agrario en Italia

Pese a los serios esfuerzos que se hacían para atajar la destrucción de la pequeña propiedad territorial, lo cierto es que en esta época apenas había en la verdadera Italia una sola re-

gión —exceptuando tal vez los valles de los Apeninos y de los Abruzzos— en que la agricultura fuese el tipo de economía predominante.

Por lo que se refiere a la explotación de las haciendas, no se advierte ninguna diferencia esencial entre la época anterior, la de Catón, y la que Varrón nos describe, como no sea la de que ésta presenta para bien y para mal las huellas del nuevo auge de la vida de la capital. "Antes —dice Varrón—, el granero era, en las haciendas, mayor que la casa de los señores; ahora suele ser al revés." En los campos tusculanos y tiburtinos, en las tierras bañadas por el mar de Tarracina y Baia, donde en otro tiempo habían sembrado y recolectado los viejos campesinos latinos e itálicos, levantábanse ahora con su estéril lujo las casas de campo de los potentados romanos, dotadas muchas de ellas de sus correspondientes jardines y acueductos, de sus depósitos de agua dulce y salada para la conservación y la cría de peces de mar y de río, los criaderos de caracoles y lirones, los terrenos silvestres acotados para pasto de liebres, conejos, ciervos, corzos y jabalíes y enormes pajareras en que se criaban incluso grullas y pavos reales, todo lo cual ocupaba el perímetro de una regular ciudad. Pero, al fin y al cabo, el lujo de las grandes ciudades enriquece a algunas gentes trabajadoras y alimenta a más pobres que el amor al prójimo dedicado a repartir limosnas. Estas inmensas pajareras y estos estanques de peces de los potentados romanos no eran, naturalmente, por regla general, más que caprichos de manirrotos. Estas fincas de recreo se habían extendido hasta tal punto, extensiva e intensivamente, que el sostener un palomar, por ejemplo, costaba hasta 100 mil sestercios; se había desarrollado una economía racional para el cebo de estos animales de lujo y el abono recogido en las pajareras llegó a tener su importancia para la agricultura; se sabe de un tratante en pájaros que entregó de una vez 500 tordos —pues también se aprisionaban estas aves— a 3 denarios y de un propietario de un criadero de peces que vendió él solo dos mil morenas, constando también que por

la venta de los peces que dejó al morir Lucio Lúculo se obtuvieron 40 mil sestercios. Se comprende fácilmente que, en estas condiciones, quien supiese explotar sus fincas de un modo inteligente y rentable podía obtener grandes ganancias con un capital de inversión relativamente pequeño. Por ejemplo, un pequeño criadero de abejas de esta época venía a sacar un año con otro, de miel, no menos de 10 mil sestercios con un pequeño huerto de tomillo de no más de una yugada, enclavado en las cercanías de Falerii.

El celo de los cosecheros de frutas y su emulación eran tan grandes, que en las casas de campo elegantes el cuarto en que se guardaban las frutas, con paredes de mármol, se habilitaba frecuentemente como comedor, exhibiendo también en él, probablemente, frutas escogidas que los dueños de la casa compraban para que los invitados las admirasen como de la cosecha propia. Fue por esta época cuando empezaron a plantarse en los huertos itálicos los cerezos traídos del Asia Menor y otros árboles frutales extranjeros. Los huertos de hortalizas y los sembrados de rosas y violetas en el Lacio y en Campania daban ricas cosechas. En la vida de la capital ocupaba un lugar muy importante el "mercado de los golosos" *(forum cupedinis),* junto a la Vía Sacra, donde solían venderse frutas, miel y coronas de flores.

La explotación de las haciendas, granjas y plantaciones había llegado a un grado de desarrollo económico difícil de superar. El valle de Rieti, los alrededores del lago de Fucino, las tierras bañadas por los ríos Liris y Volturno, toda la parte central de Italia, hallábanse desde el punto de vista de la agricultura en el estado más floreciente. Los agricultores más inteligentes mantenían incluso, donde las condiciones eran favorables, ciertas industrias que eran fáciles de explotar por medio de esclavos en conexión con los cultivos agrícolas: paradores y hosterías, telares y tejares. Los productores itálicos, sobre todo los de aceite y vino, no sólo abastecían los mercados de Italia, sino que exportaban sus artículos más allá de los mares. Hay un documento técnico de esta época

escrito en estilo llano en que se pinta a Italia con el símil de un inmenso huerto; y las descripciones que un poeta del mismo siglo hace de su hermosa tierra natal, en las que nos habla de las praderas dotadas de abundante riego, de los exuberantes campos de trigo, de las amenas colinas cubiertas de viñedos y orladas por la cinta oscura de los olivos, en que el esplendoroso ropaje de la tierra, con su sonrisa llena de encanto, alberga en su seno los más graciosos jardines y se ciñe de árboles cargados de fruto, estas descripciones, que son sin duda alguna cuadros fieles del paisaje que el poeta tenía diariamente ante sus ojos, nos trasladan a los parajes más florecientes de Toscana y Terra di Lavoro.

La ganadería y los pastos, que por las razones indicadas más arriba pasaban cada vez más a primer plano, sobre todo en el sur y el sureste de Italia, acusan en esta época un retroceso desde todos los puntos de vista. Sin embargo, también esta rama de la agricultura participa hasta cierto punto del progreso general, y se hacen grandes esfuerzos en pro del mejoramiento de las razas animales, como lo demuestra el hecho de que por un asno semental llegasen a pagarse 60 mil, 100 mil y hasta 400 mil sestercios.

La próspera agricultura itálica obtuvo en esta época, fecundada por el desarrollo general de la inteligencia y por la abundancia de capital, resultados mucho más brillantes de los que nunca pudo conseguir la antigua agricultura campesina y llegó incluso a rebasar las fronteras de Italia, pues los agricultores itálicos dedicaban a la ganadería y al cultivo de cereales grandes extensiones de tierras en las provincias.

La economía monetaria

Para darnos cuenta de las proporciones que —al lado de esta agricultura a base de grandes haciendas cuya prosperidad antinatural se basaba en la ruina de los pequeños campesinos— había llegado a adquirir la economía monetaria, de cómo los comerciantes itálicos, rivalizando con los judíos, se

habían extendido por todas las provincias y estados clientes del imperio y de cómo, por fin, todo el capital refluía a Roma, bastará con que, después de lo que dejamos expuesto, señalemos aquí un hecho, y es que el tipo normal de interés en el mercado de dinero de la capital desciende en esta época hasta el 6%, lo cual quiere decir que ahora el dinero se cotiza en Roma la mitad más barato de lo que se cotizaba por regla general en el mundo antiguo.

Este tipo de economía, basado lo mismo en la agricultura que en el comercio en grandes masas de capital y en la especulación, determinó la desproporción más espantosa en la distribución de las fortunas. La frase tan usual y de la que tanto se ha abusado en que se habla de una sociedad formada por millonarios y mendigos, acaso pueda aplicarse con mayor justicia que a ninguna otra a la sociedad romana de los últimos tiempos de la república. Y tal vez no se haya reconocido jamás con una firmeza tan cruel como aquí, convirtiéndolo en la idea central irrebatible de todo el comercio social público y privado, lo que es principio medular de todo Estado basado en la esclavitud, a saber: el de que el hombre rico que vive del trabajo de sus esclavos es necesariamente un hombre respetable, mientras que al hombre pobre que vive del trabajo de sus manos se le tiene necesariamente por un hombre vil.[4] No existe en esta sociedad una verdadera clase media tal como nosotros la concebimos, como no puede existir en ningún Estado esclavista plenamente desarrollado; lo que se considera como una sana clase media, y en cierto modo lo es, está formada por aquellos comerciantes y terratenientes ricos que son lo suficientemente incultos o lo suficientemente cultos para mantenerse dentro de la órbita de sus actividades sin inmiscuirse para nada en la vida pública. Estos hombres inteligentes no abundaban entre los comerciantes romanos, pues numerosos libertos y otros nuevos ricos se dejaban arrastrar por el vértigo de convertirse en grandes hombres; el prototipo de este género es aquel Tito Pomponio Ático de quien nos hablan con tanta frecuencia

los relatos de esta época a que nos estamos refiriendo. Este hombre, que llegó a amasar una fortuna inmensa con la explotación de sus grandes fincas en Italia y en el Epiro y con sus negocios monetarios ramificados a través de toda Italia, Grecia, Macedonia y el Asia Menor, siguió siendo siempre un simple comerciante, no se dejó seducir por quienes pretendían convencerlo de que aceptase un cargo público o hiciese negocios de dinero con el Estado y, manteniéndose tan alejado de la avariciosa cicatería como del lujo vicioso y corrompido de aquella época —su mesa, por ejemplo, se costeaba con 100 sestercios diarios—, se contentaba con llevar una existencia cómoda, repartida entre los encantos de la vida del campo y de la ciudad, los placeres del trato con la mejor sociedad de Roma y de Grecia y los goces que podían brindarle la literatura y el arte. Más numerosos y más virtuosos aún que éste eran los hacendados itálicos chapados a la antigua. La literatura de la época nos conserva en la figura de Sexto Roscio, asesinado con tantos otros en las proscripciones del año 79 a. C., la imagen de uno de estos hidalgos rurales *(pater familias rusticanus).* La mayor parte de su fortuna, que se calculaba en 6 millones de sestercios, aparecía invertida en sus trece haciendas; él mismo atendía al cultivo de sus tierras, explotadas de un modo racional y con verdadera pasión; rara vez aparecía en la capital, y cuando se presentaba aquí, sus toscas maneras contrastaban con las del refinado senador como las de las innumerables legiones de sus rudos mozos de labranza con las de los delicados y finos servidores que pululaban por la ciudad.

Estos hacendados y los "municipios rurales" *(municipia rusticana)* de que ellos eran el pilar fundamental, conservaban la disciplina y las costumbres de los antiguos y la pureza y nobleza de su lenguaje bastante mejor que los círculos de la nobleza, con su cultura cosmopolita, y que la clase de los comerciantes, aclimatados en todas partes y en ninguna. La clase de los hacendados es considerada como la médula de la nación. El especulador enriquecido que ambiciona ingresar

entre los notables del país, compra el título o aspira por lo menos, si él mismo no puede alcanzar la hidalguía de los hacendados, a educar a un hijo suyo para que escale esa posición. Dondequiera que se manifiesta en política una agitación de tipo popular, dondequiera que en la literatura apunta un brote verde, encontramos las huellas de estos hidalgos hacendados; son ellos los que infunden su mejor savia a la oposición patriótica contra la nueva monarquía; de esta clase salen los Varrones, los Lucrecios, los Cátulos. Y acaso en ninguna otra obra se revele mejor la lozanía relativa de esta existencia de los hidalgos rurales que en la encantadora introducción arpinática con que comienza el segundo libro de la obra de Cicerón sobre las *Leyes* y que es como un verde oasis en medio de la desolación espantosa de este escritor tan vacuo como fecundo.

Ricos y pobres

Pero los comerciantes cultos y los austeros hidalgos hacendados aparecen eclipsados por las dos clases que dan la tónica de la sociedad romana de esta época: la turbamulta de los mendigos y el mundo verdaderamente aristocrático. No poseemos datos estadísticos que nos permitan delimitar nítidamente las proporciones relativas entre la pobreza y la riqueza de este periodo; pero sí podemos volver a recordar aquí las palabras pronunciadas unos cincuenta años antes por un estadista romano, quien decía que entre los ciudadanos romanos no llegaban a dos mil las familias con una riqueza verdaderamente consolidada. El cuerpo de los ciudadanos había cambiado algo desde entonces, pero hay indicios claros de que la desproporción entre los pobres y los ricos seguía siendo la misma, si es que no se había acentuado. El empobrecimiento progresivo de la masa se revela de un modo clamoroso en la afluencia cada vez mayor de la gente a los repartos gratuitos de trigo y al reclutamiento para el ejército. Y el incremento correlativo de la riqueza lo atestigua bien

expresamente un escritor de esta generación cuando, al hablar de las condiciones dominantes en la época de Mario, dice que una fortuna de dos millones de sestercios podía ser considerada como "riqueza, para aquellos tiempos". Y a esta conclusión nos llevan también los datos que conocemos acerca de la fortuna de algunos individuos. Lucio Domicio Ahenobarbo, hombre inmensamente rico, prometió a veinte mil soldados 4 *iugera* de tierra por cabeza de su propio patrimonio; la fortuna de Pompeyo ascendía a 70 millones de sestercios, la del actor Esopo a 20 millones; Marco Crasso, el más rico entre los ricos, poseía al empezar su carrera 7 millones y al final de ella, después de derrochar entre el pueblo sumas fabulosas, 170 millones.

Las consecuencias de esta pobreza y de esta riqueza eran radicalmente distintas en ambos casos, naturalmente, por su modo de manifestarse, pero podían reducirse en esencia al mismo desconcierto económico y moral. El hecho de que el hombre del montón sólo pudiese librarse de morir de hambre gracias a los subsidios del Estado era la consecuencia necesaria de esta miseria espantosa, la cual actuaba a su vez como causa en un nexo de interdependencia, empujándole a la ociosidad y a las delicias de la vida de mendigo. El plebeyo romano prefería estarse horas enteras mirando con la boca abierta en el teatro a trabajar; las tabernas y los lupanares se hallaban tan frecuentados, que los demagogos hacían su agosto explotando en su provecho a los propietarios de tales establecimientos. Los juegos de gladiadores, que revelaban y a la par nutrían la más espantosa desmoralización del mundo antiguo, eran negocios tan florecientes, que solamente con la venta de sus programas podían realizarse considerables fortunas, y en ellos se introdujo en esta época la horrenda innovación de que ya no era la ley del duelo o el antojo del vencedor lo que decidía la vida o la muerte del vencido, sino el capricho de los espectadores, a una seña de los cuales el triunfador perdonaba o atravesaba con su espada al derrotado tendido a sus pies. El oficio de gladiador había subido tan-

to de precio o tanto había bajado de precio la libertad, que la temeridad y el coraje tan ausentes de los campos de batalla en esta época brillaban esplendorosamente entre los combatientes de la arena, donde la ley del duelo exigía que todo gladiador se dejase matar sin temblar ni exhalar un gemido, siendo además harto frecuente el caso de que un hombre libre se vendiese al empresario del circo como siervo gladiador por la comida y la paga. Los plebeyos del siglo V habían padecido también hambre y miseria, pero jamás llegaron a vender su libertad; y menos aún se habría encontrado en aquella época un jurista que se prestase a reconocer como válido y sancionable ante los tribunales, por medio de torpes subterfugios jurídicos, contratos tan contrarios a la moral y a la ley como aquellos en que los gladiadores se obligaban a dejarse encadenar, azotar, quemar o matar sin defenderse, si así lo exigían las normas del circo.

Estas cosas no se daban, naturalmente, en el mundo aristocrático, pero en el fondo no se diferenciaba mucho de éste ni le aventajaba en nada. En cuanto a ociosidad, nada tenía que envidiar el aristócrata al proletario; si éste se revolcaba holgadamente sobre el pavimento, aquél dormía entre sus plumas hasta bien entrado el día. La disipación reinaba en este mundo con tanta falta de medida como sobra de mal gusto. Se derramaba en la política y en el teatro, corrompiéndolos, naturalmente, a una y a otro. La magistratura consular se remataba a precios increíbles; en el verano del año 54 se gastaron, solamente en la primera votación, 10 millones de sestercios. El lujo desatentado de las decoraciones corrompía todo el gusto por el teatro de las gentes cultas. Los alquileres parecían cotizarse en Roma, por término medio, cuatro veces más altos que en las ciudades del campo; una vez, se vendió una casa en la capital por 15 millones de sestercios. La casa de Marco Lépido (cónsul en el año 78), que al morir Sila era la más hermosa de Roma, no ocupaba una generación más tarde ni el centésimo lugar en la jerarquía de los palacios romanos.

De los extremos de dilapidación a que se llegaba en las casas de campo ya hemos hablado más arriba. Sabemos que por una de ellas, apreciada principalmente por su estanque de peces, llegaron a pagarse 4 millones de sestercios. Un hombre verdaderamente distinguido necesitaba poseer ahora, por lo menos, dos casas de campo, una en las montañas sabinas o albanas, cerca de la capital, y otra en las proximidades de los baños de Campania y además, a ser posible, un jardín a las mismas puertas de Roma.

Pero aún más disparatados que estos palacios-villas eran los palacios-panteones, algunos de los cuales se conservan todavía hoy como testimonio de aquellos monumentos descollantes de piedra desafiando al cielo que el romano rico necesitaba para morir con arreglo a su rango. Tampoco faltaban los aficionados a los caballos y los perros. 24 mil sestercios eran un precio normal para un caballo de lujo. El refinamiento exigía muebles de maderas finas —por una mesa de madera de ciprés africano llegó a pagarse un millón de sestercios—, ropas de púrpura o de gasa transparente y pliegues delicadamente ajustados ante el espejo —del orador Hortensio se cuenta que acusó por injurias a un colega por haberle arrugado la túnica en una apretura—, piedras preciosas y perlas, que en esta época empezaron a sustituir a las antiguas joyas de oro, mucho más hermosas y artísticas; al triunfar Pompeyo sobre Mitríades, llegó a formarse la imagen del vencedor toda de perlas; pero esto era ya un perfecto barbarismo, como lo era el forrar de plata la madera de los sofás y los aparadores en los comedores de los potentados y el poseer incluso cacharros de cocina todos de plata. A la misma mentalidad respondía la tendencia de algunos coleccionistas de la época a arrancar los artísticos medallones que ornamentaban las antiguas copas de plata para montarlos sobre vasos de oro.

Tampoco era desconocido en aquel tiempo el lujo de los viajes. "Cuando viajaba el gobernador —cuenta Cicerón de uno de los de Sicilia—, lo que no hacía, naturalmente, en in-

vierno, sino al llegar la primavera, y no precisamente la del calendario, sino la anunciada por la floración de las rosas, se hacía transportar como era práctica entre los reyes de Bitinia en una litera llevada por ocho cargadores, sentado sobre cojines de gasa de Malta embutidos de pétalos de rosa, con una corona ceñida a la frente y otra colgada al cuello, llevándose a la nariz un saquito de olor forrado en lana fina y lleno de rosas, y hacía que le transportasen así hasta depositarlo delante de su dormitorio."

Pero el tipo de lujo más floreciente en esta época era el más grosero de todos: el de la mesa. Toda la instalación y toda la vida de las villas iban a parar siempre a los placeres gastronómicos. No sólo había en las villas comedores para invierno y para verano, sino que se servía también en la galería de retratos, en el cuarto en que se guardaba la fruta, en la casa de los pájaros o en un estrado que se levantaba en el coto de caza y ante el que, al aparecer el "Orfeo" preparado al efecto, con su ropaje teatral y tocando un cuerno, acudían los ciervos y los jabalíes amaestrados. No se descuidaba, como se ve, la decoración, pero la realidad de los manjares la superaba con creces. Aunque el cocinero era por lo general un artista consumado, dábase con frecuencia el caso de que el propio dueño de la casa adoctrinase a sus cocineros. Hacía mucho tiempo que el asado había quedado eclipsado por los pescados de mar y las ostras; los pescados italianos de río estaban ahora desterrados de las buenas mesas y los exquisitos bocados italianos y los vinos indígenas eran considerados casi como cosas viles. En las mismas fiestas populares se escanciaban por regla general, además del Falerno italiano, tres clases de vinos extranjeros —de Sicilia, de Lesbia y de Quíos —, cuando no más que una generación antes en ningún banquete, por importante que fuese, se bebía más que una clase de vino griego. En las bodegas del orador Hortensio se encontraron 10 mil jarros (16 litros cada uno) de vinos extranjeros. Se comprende, pues, que los cosecheros de vinos itálicos empezasen a quejarse de la competencia que les hacían

los vinos griegos. Ningún naturalista podría explorar más celosamente las tierras y los mares buscando nuevas especies animales o vegetales que los sibaritas de aquel tiempo para descubrir nuevos primores culinarios.[5] Y si los comensales, para librarse de las angustias producidas en su estómago por la multitud de manjares gustados, tomaban un vomitivo después de la comida, se consideraba como la cosa más natural del mundo.

El libertinaje de todos los órdenes habíase convertido ya en algo tan sistemático y tan complicado, que existían incluso profesores en esta materia, gentes que se ganaban la vida sirviendo de maestros teóricos y prácticos del vicio a los hijos de los potentados. No tenemos por qué entretenernos más tiempo en esta cruda pintura de tan monótona variedad; sobre todo si tenemos en cuenta que, en este terreno, los romanos distaban mucho de ser originales y se limitaban a copiar de un modo todavía más desaforado y menos ingenioso el lujo de los heleno-orientales. Claro está que Plutón devora a sus hijos ni más ni menos que Cronos; la competencia desatada en torno a aquellos artículos codiciados por la glotonería de los aristócratas y que tenían casi siempre un valor nulo hacía subir de tal modo los precios, que quienes nadaban con la corriente veían esfumarse en poco tiempo las fortunas más gigantescas, y hasta los que se limitaban a imitar a los otros solamente en la medida necesaria para no pasar por gente vulgar socavaban rápidamente el sólido bienestar heredado de sus mayores. El pugilato por alcanzar la dignidad consular, por ejemplo, era la calzada acostumbrada que conducía a la ruina de las familias más prestigiosas. Y otro tanto podríamos decir de los juegos, de las grandes construcciones y de todos aquellos otros oficios, placenteros indudablemente, pero costosos.

La riqueza principesca de aquellos tiempos sólo es superada por la plétora todavía más principesca de deudas de las clases altas. En el año 62, después de descontar el activo, César tenía deudas por valor de 62 millones de sestercios; Mar-

co Antonio, a los 24 años, debía 6 millones de sestercios y 14 años más tarde sus deudas ascendían ya a 40 millones; Curio debía 60 millones; Milón, 70 millones. Aquella vida de disipación y aquel tren de existencia de los aristócratas romanos descansaba casi exclusivamente en el crédito, como lo demuestra el hecho de que los préstamos contraídos por los distintos competidores al consulado hiciese subir una vez de golpe, en Roma, el tipo de interés mensual del 4 al 8%. La insolvencia, en vez de provocar a su debido tiempo el concurso de acreedores o por lo menos la liquidación de bienes, restaurando así, por lo menos, una cierta claridad en la situación, era arrastrada generalmente por el deudor, que iba saliendo del trance como podía; en vez de vender sus bienes y principalmente sus fincas, seguía tomando dinero a préstamo y continuaba con su nivel de vida basado en la mentira, hasta que un buen día se producía la hecatombe con caracteres mucho más desastrosos y estallaba una quiebra en la que, como en la de Milón por ejemplo, los acreedores recibían poco más del 4% de las sumas que se les adeudaban. En estos cambios vertiginosos de la riqueza a la bancarrota y en estas especulaciones fraudulentas y sistemáticas el único que salía ganando era, naturalmente, el banquero frío y calculador que sabía conceder y denegar su crédito.

Como resultado de todo esto, las relaciones entre acreedores y deudores retornaron casi al mismo punto en que estaban en los peores tiempos de la crisis social del siglo V; los propietarios nominales de tierras eran algo así como los precaristas de sus acreedores y los deudores, o bien se hallaban servilmente sometidos a sus acreedores, formando en su séquito como los libertos, cuando se trataba de deudores humildes, o teniendo que resignarse a hablar y a votar en el Senado a una seña de sus tiranos financieros, cuando se trataba de deudores de alta alcurnia, o bien se veían empujados a declarar la guerra a los ricos, intimidando a sus acreedores por medio de amenazas o deshaciéndose incluso de ellos mediante el complot y la guerra civil. En estos vínculos se basa-

ba el poder de Crasso; de ellos surgieron muchos de los tumultos y conspiraciones de aquella época, la de Cina y, más claramente todavía, la de Catilina, la de Celio, la de Dolabella, semejantes en un todo a las batallas entre poseedores y desposeídos que un siglo antes habían hecho estremecerse el mundo helénico. Es lógico que, en una situación económica tan precaria como ésta, cualquier crisis financiera o política provocase la confusión más espantosa. Huelga casi decir que los fenómenos más corrientes: la desaparición del capital, la súbita depreciación de los bienes inmuebles, llevaban aparejados innumerables bancarrotas y una insolvencia casi general, lo mismo ahora, en la época de la guerra civil, que antes, durante las guerras de la confederación y de Mitríades.

Moral, familia y etiqueta

¿Tiene algo de particular que, en estas condiciones, la moral y la vida familiar fuesen consideradas como antiguallas, en todas las capas de la sociedad, desde la más alta hasta la más baja? No era ya que el ser pobre se considerase como la más negra de las maldiciones y el peor de los crímenes, sino algo peor; por dinero vendía el estadista al Estado y vendía el ciudadano su libertad; la dama noble se entregaba por dinero, lo mismo que una ramera; la falsificación de documentos y el perjurio eran cosas tan corrientes, que un poeta popular de esta época llama al juramento "el emplasto de las deudas". Ya nadie se acordaba de lo que era el honor; a quien rechazaba un soborno, no se le consideraba un hombre honrado, sino como un enemigo personal. Difícilmente encontraremos en la estadística criminal de todos los tiempos y de todos los países una página que pueda parangonarse con un cuadro tan horrendo de tan variados, espantosos y repugnantes delitos como el que despliega ante nosotros el proceso de Aulo Clencio, salido de una de las familias más prestigiosas de una ciudad del campo itálico.

Pero aunque en los senos más profundos de la vida del pueblo se acumulase, cada vez más emponzoñado y cada vez más hondo, el légamo de los vicios, sobre la superficie se extendía con tanta mayor tersura y brillantez el barniz del trato delicado y de la amistad general. Todos se visitaban unos a otros, y en las casas nobles hacíase necesario, ya al levantarse, ordenar a los visitantes siguiendo un turno marcado por el dueño de la casa o a veces por el mismo ayuda de cámara, conceder audiencia por separado solamente a los visitantes más distinguidos y recibir a los otros en grupos o en tropel, método de clasificación en que parece haber roto la marcha Cayo Graco, que también en esto se revela como el precursor de la nueva monarquía. Y el mismo auge que las visitas de cortesía adquiere en esta época el cambio de cartas corteses; vuelan por tierra y por mar las cartas "de amistad" entre personas que no mantienen ninguna clase de relaciones personales ni de negocios, a cambio de lo cual apenas se escriben más cartas formales y auténticas tratando algún asunto que las que se dirigen a alguna corporación. Las invitaciones a comer, los regalos usuales de Año Nuevo, las fiestas caseras, pierden también su sentido genuino para convertirse en actos de etiqueta. Y ni siquiera la muerte se libra de estos miramientos formales para con los innumerables "amigos", pues el romano que quiera morir decorosamente tiene que dejar, por lo menos, un recuerdo a cada uno de ellos. Como ocurre hoy en ciertos círculos de nuestro mundo bursátil, el verdadero trato íntimo y familiar era algo tan desacostumbrado en la Roma de aquel entonces, que todo el comercio de los negocios y de la amistad podía adornarse con aquellas fórmulas y retóricas carentes de contenido, lo que hacía que la amistad verdadera fuese viéndose desplazada por aquel fantasma de "amistad" que no ocupa precisamente el último lugar entre los muchos espíritus infernales que flotan sobre las proscripciones y las guerras civiles de la época a que nos venimos refiriendo.

La mujer

Otro rasgo no menos característico de la reluciente decadencia de esta época es la emancipación del mundo femenino. Hacía ya mucho tiempo que la mujer se había independizado económicamente; en la presente época nos encontramos ya con algunos abogados de mujeres que asisten a las damas sin padre, hermano ni marido en la administración de su fortuna y les echan una mano diligente en la tramitación de sus procesos, fascinándoles con sus conocimientos jurídicos y en materia de negocios y arrancando de este modo propinas y cuotas hereditarias más espléndidas que otros vagabundos de la bolsa. Pero la mujer no se veía desembarazada solamente de la tutela económica del padre o del marido. Los amores de todas clases estaban constantemente a la orden del día. Las bailarinas *(mimae)* competían plenamente con las de hoy en cuanto a la variedad y al virtuosismo de sus industrias. Sus *prima donnas*, las Citereas y qué sé yo cuántas más, llegan incluso a ensuciar las páginas de la historia. Sin embargo, su oficio en cierto modo patentado encontraba una competencia bastante ruinosa en las artes libres ejercidas por las damas de los círculos aristocráticos. Las *liaisons* llegaron a ser tan frecuentes entre las primeras familias, que sólo una rabia excepcional podría exponerlas a la pública murmuración; y no digamos a las persecuciones judiciales, pues el recurrir a ellas se consideraba punto menos que ridículo. Un escándalo sin precedente como el provocado en el año 81 por Publio Clodio en la casa del pontífice máximo con motivo de la fiesta de la mujer, mil veces más clamoroso que aquellos incidentes que cincuenta años antes, nada más, habían conducido a toda una serie de condenas a muerte, quedó totalmente impune y sin que apenas se abriera una investigación acerca de él.

La temporada de los baños —en el mes de abril, en que vacaban los negocios del Estado y en que la gente distinguida

afluía a las playas de Baia y Puteoli—, tenía su encanto principal en las relaciones lícitas e ilícitas que se anudaban al arrullo de la música y el canto, animadas por los elegantes desayunos en las barcas o mecidas por los viajes en góndola a lo largo de la playa. Aquí reinaban las damas como reinas absolutas; pero no se crea que se contentaban, ni mucho menos, con estos dominios, pertenecientes a ellas por derecho propio; nada de esto: las mujeres intervenían también en la política, participaban en las reuniones de los partidos y mezclábanse con su dinero y sus intrigas en los escandalosos manejos de las camarillas de la época. Viendo a estas mujeres de Estado maniobrar en la escena de un Escipión o de un Catón, y a su lado al joven petimetre con la barbilla bien rasurada, la voz delgada y el andar menudo, cubierta la cabeza y el pecho por pañuelos, con camisa de puños y sandalias de mujer, copiando en todo a las muchachitas desenfadadas, debía de sentirse lástima de aquel mundo contra natura en el que parecían trocarse los papeles de los dos sexos.

Qué se pensaba del divorcio en estos círculos aristocráticos, nos lo indica mejor que nada el procedimiento del mejor y el más moral de sus hombres, Marco Catón, quien como un amigo deseoso de casarse con ella le pidiera que se separase de su mujer, no tuvo inconveniente en hacerlo ni en unirse con ella por segunda vez después de la muerte de su amigo. El celibato y la falta de hijos eran cada vez más generales, sobre todo entre las clases altas. Hacía ya mucho tiempo que en estos medios se consideraba el matrimonio como una carga digna de asumirse solamente en interés público; pero ahora se llegaba aún más allá y así, nos encontramos con que el mismo Catón y quienes comparten su modo de pensar profesan la máxima a la que un siglo antes atribuía Polibio la decadencia de la Hélade: la de que todo ciudadano tiene el deber de impedir que se deshagan las grandes fortunas, absteniéndose para ello de procrear demasiados hijos. ¡Qué lejos estaban los tiempos en que el nombre de *proletarius* (“engen-

drador de hijos") era timbre de honor para el ciudadano romano!

La oligarquía

Todos estos fenómenos sociales hacían que la raza latina fuese desapareciendo en Italia con una celeridad aterradora y que de aquellas hermosas tierras se apoderase una inmigración parasitaria o una triste despoblación. Una parte considerable de la población itálica se volcaba sobre el extranjero. El contingente de inteligencias y de brazos que requería el suministro de funcionarios y de guarniciones itálicos para toda la cuenca del Mediterráneo rebasaba ya la capacidad emigratoria de la península, tanto más cuanto que los elementos enviados al extranjero eran en gran parte fuerzas definitivamente perdidas para la nación. En efecto, a medida que el municipio romano iba creciendo hasta convertirse en un imperio multinacional, la aristocracia gobernante se iba desacostumbrando a ver en Italia su patria exclusiva; una gran parte de los hombres reclutados o enrolados en el ejército sucumbía en las numerosas guerras y principalmente en las sangrientas discordias civiles, y otra se descastaba completamente de su patria por los largos años del servicio de las armas, el cual duraba a veces toda una generación.

Y no era sólo el servicio público; también la especulación contribuía a despoblar el país: una parte de los terratenientes y casi todos los comerciantes pasaban largos años, cuando no la vida entera, fuera de Italia, y la vida desmoralizadora de los viajes comerciales hacía perder sobre todo a los segundos el gusto por la existencia burguesa en su metrópoli y por la vida familiar, de horizonte tan limitado.

Para resarcirse de estas pérdidas, Italia tenía al proletariado de los esclavos y los libertos y a los artesanos y mercaderes que afluían a ella desde el Asia Menor, Siria y Egipto, para instalarse principalmente en la capital y sobre todo en las ciudades marítimas de Ostia, Puteoli y Brundisio. Pero la

parte mayor y más importante de Italia no conocía siquiera este canje de elementos puros por impuros e iba quedándose despoblada a ojos vistas. Así acontecía sobre todo en las regiones de pastos, como la Apulia, la tierra prometida de la ganadería, de la que los contemporáneos decían que era la comarca más desierta de Italia, y en las inmediaciones de Roma, donde los campos iban quedando cada vez más abandonados bajo la doble influencia persistente de la decadencia de la agricultura y de lo malsano del clima. Labici, Gabii, Bovila, las que en otro tiempo habían sido apacibles villas rurales, habían llegado a tales extremos de postración, que resultaba incluso difícil encontrar moradores que las representasen en la ceremonia de la fiesta latina. Túsculo, que seguía siendo a pesar de todo uno de los municipios más prestigiosos del Lacio, casi había quedado reducido a unas cuantas familias distinguidas que residían en la capital aunque conservando siempre, jurídicamente, su domicilio originario, y el número de sus ciudadanos con derecho a voto había descendido muy por debajo del censo electoral de los más pequeños municipios de la Italia interior.

En esta faja de tierra que había sido en otro tiempo el baluarte de la potencia militar de Roma, se había extinguido hasta tal punto la base humana del reclutamiento, que sus moradores leerían con asombro y tal vez con espanto los relatos, fabulosos para ellos, de la crónica en que se registraban las guerras de los samnitas y los volscos. No en todas partes era tan negra la estampa; no lo era, principalmente, en las otras regiones de la Italia central ni en Campania; no obstante, debemos dar crédito a Varrón cuando dice que "las ciudades de Italia, antes tan ricas en hombres, yacían ahora completamente despobladas".

Panorama bien triste, por cierto, este de Italia bajo el régimen de la oligarquía. Nada graduaba ni atenuaba el funesto contraste entre el mundo de los mendigos y el mundo de los potentados. Y cuanto con mayor claridad y pena se percibía este contraste en los dos extremos, cuanto más vertiginosa-

mente crecía la riqueza y más hondo se abría el abismo de la pobreza, mayor era la frecuencia con que el individuo se veía lanzado de la sima a las alturas o de las alturas a la sima, en este mundo de especulación que giraba como la rueda de la fortuna. Estos dos mundos tan dispares en lo externo contribuían por igual a socavar y destruir la vida de familia, que es asiento y nervio de toda nacionalidad, a fomentar la ociosidad y la opulencia, a desarticular la economía, a sembrar el servilismo y la abyección, a estimular una corrupción idéntica por su esencia en ambos campos y distinta solamente en cuanto a la tarifa, a atizar la misma desmoralización inductora de crímenes, a alentar las mismas veleidades de odio contra la propiedad y de deseo de declararle la guerra. La riqueza y la miseria en íntimo connubio expulsaban al itálico de Italia e iban llenando la mitad de la península de un enjambre de esclavos y la otra mitad de pavoroso silencio.

Espantoso panorama éste, pero nada original ni característico; es la misma desolación que se abate sobre el hermoso mundo creado por Dios dondequiera que el régimen capitalista alcanza su pleno desarrollo dentro de un Estado basado en la esclavitud. Así como las aguas de los ríos espejean en diversos colores mientras que las de la cloaca tienen siempre el mismo, así la Italia de la época ciceroniana se asemeja en lo sustancial a la Hélade de Polibio, y más aún a la Cartago de los tiempos de Aníbal, donde vemos cómo, de un modo muy parecido, el capital, enseñoreándose poco a poco de la sociedad, arruina y mata a la clase media, hace florecer esplendorosamente el comercio y la agricultura de las grandes haciendas, hasta que por último provoca una descomposición moral y política de la nación entera cubierta de un reluciente barniz. Los más horribles pecados que el capitalismo del mundo moderno haya podido cometer contra la nación y la civilización palidecen ante los horrores de los estados capitalistas de la Antigüedad por la misma razón por la que el hombre libre, por pobre que sea y por bajo que caiga, está siempre muy por encima del esclavo.

[1] Es la que se llamaba "embajada libre" *(libera legatio),* o sea el título de embajador puramente honorífico, no acompañado de una verdadera misión pública.

[a] Mommsen no llegó a escribir estos libros aquí anunciados. [E.]

[2] Es éste un problema discutible. En cambio, debe rechazarse en redondo la hipótesis de que el designio de César fuese gobernar a los romanos como *imperator* y a los no romanos como *rex.* Esta hipótesis no tiene más base que la referencia según la cual en la sesión del Senado en que fue asesinado César uno de los sacerdotes del oráculo, Lucio Cota, transmitió uno de la sibila en el sentido de que los partos sólo serían vencidos por un "rey", en virtud de lo cual se acordaría investir a César de poderes para gobernar como monarca las provincias romanas. Es cierto que este relato circulaba ya en los días anteriores a la muerte de César. Sin embargo, la referencia no sólo no aparece confirmada ni siquiera por modo indirecto, sino que incluso la encontramos desmentida por un contemporáneo como Cicerón (*de div.* 2, 54, 119). Los historiadores posteriores, principalmente Suetonio (79) y Dion Casio (44, 15) la recogen solamente como un rumor que están muy lejos de querer confirmar. No constituye, ni mucho menos, una garantía en abono de él el hecho de que lo repitan Plutarco (*Caes.* 60, 64, *Brut.* 10) y Apiano (*b. c.* 2, 110) según su modo acostumbrado, el primero en estilo anecdótico y el segundo en forma pragmática. Esta referencia no sólo aparece documentada, sino que es además intrínsecamente imposible. Aun prescindiendo de que César era hombre de demasiado talento y con demasiado tacto político para decidir cuestiones de Estado tan importantes como ésta por un simple golpe de la máquina de los oráculos, al modo de la oligarquía, no pudo pasársele por las mientes en modo alguno la idea de escindir formal y jurídicamente, con esta medida, el Estado que aspiraba precisamente a nivelar.

[3] En un país productor como Sicilia llegó a venderse la fanega romana de trigo a 2 y a 20 sestercios en el término de pocos años; por este dato podemos imaginarnos cómo oscilarían los precios del trigo en Roma, que tenía que abastecerse de trigo importado del otro lado del mar y que, además, era la sede de los especuladores.

[b] Esta frase fue escrita por Mommsen en 1857. [E.]

[4] Es muy característico, en este sentido, el siguiente pasaje de los *Oficios* de Cicerón (I, 42): "Acerca de los negocios y profesiones que pueden considerarse honorables y los que pueden reputarse viles, reinan en general las siguientes apreciaciones. Son reprobadas, en primer lugar, aquellas profesiones que atraen sobre sí el odio de la gente, como las de publicano y prestamista. Asimismo, es indecoroso y vil el oficio del jornalero, a quien se paga por el trabajo de su cuerpo y no por el de su espíritu, pues es como si por este salario se vendiese en esclavitud. Son también gentes viles los ropavejeros a quienes el comerciante compra objetos para venderlos inmediatamente, pues no salen adelante si no mienten hasta por los codos, y nada hay menos honorable que el engaño. Los artesanos ejercen también todos ellos oficios viles, pues nadie puede ser caballero en un taller. Y los menos honorables de todos son los artesanos que sirven a la glotonería, tales como

el salchichero, el que comercia en pescado salado,

el cocinero, el vendedor de aves, el pescador,

para decirlo con Terencio (*Eunuch.,* 2, 2, 26); y a éstos hay que añadir tal vez los tratantes en perfumes, los maestros de danza y todo el gremio de los saltimbanquis. En cambio, aquellas profesiones que requieren una cultura elevada o rinden crecidas ganancias, como son la medicina, la arquitectura, la enseñanza de materias decorosas, son honorables para aquellos cuya posición está a tono con ellas. El comercio, si es al por menor, es un oficio vil; claro está que el gran comerciante que importa multitud de mercancías de los más diversos países y las vende sin

fraude a gran número de gentes, no es precisamente muy digno de reprobación; más aún, si harto de ganancias o, mejor dicho, satisfecho con ellas pasa por fin, como tantas veces antes del mar al puerto, del puerto a la propiedad de la tierra, hay razones para alabarle. Pero, de todas las profesiones, ninguna mejor, más fecunda, más placentera, más digna del hombre libre, que la de poseer tierras". Por lo tanto, en esta sociedad, para ser un hombre honorable en el estricto sentido de la palabra, hay que ser terrateniente; la profesión de comerciante la acepta Cicerón solamente como estación de paso hacia esta meta, la ciencia solamente como profesión propia de griegos y de romanos no acoplados a las costumbres imperantes, que de este modo pueden conseguir, al menos, que su persona sea más o menos tolerada en los círculos distinguidos de la sociedad. Es, como se ve, una aristocracia de hacendados plenamente desarrollada, con un fuerte matiz de especulación mercantil y un ligero barniz de cultura general.

[5] Aún se conserva (Macrob. 3, 13) el menú del banquete que dio antes del año 63 Lucio Léntulo al ascender al pontificado y en el que tomaron parte los pontífices —entre ellos César—, las vírgenes vestales y algunos otros sacerdotes y damas estrechamente emparentadas con ellos. Antes de la comida sirviéronse erizos de mar, ostras frescas a discreción, camúceas, almejas, tordos con espárragos, gallina cebada, pastel de ostras y mejillones, bellotas de mar, otra clase de almejas, glicomáridas, ortigas de mar, becadas, costillas de corzo, aves empanadas, almejas rojas de dos clases. Lo anterior fueron solamente los entremeses. La comida propiamente dicha consistió en pecho de cerdo, cabeza de cerdo, pato, cerceta, liebre, aves asadas, pasteles de hojaldre, pastelería del Ponto. Es una muestra de aquellos banquetes colectivos de los que dice Varrón (*de r. r.* 3, 2, 16) que ponían por las nubes los precios de los manjares escogidos. El mismo autor enumera en una de sus sátiras como los más afamados y exquisi-

tos bocados extranjeros los siguientes: los pavos reales de Samos, las gangas de Frigia, las grullas de Melos, los atunes de Calcedonia, las morenas del estrecho de Cádiz, los pescados finos (?) de Pesino, las ostras y almejas de Tarento, el esturión (?) de Rodas, el pez-escaro (?) de Cilicia, las nueces de Tasos, los dátiles de Egipto, las bellotas de España.

II. La frontera septentrional de Italia

La república romana extendió su territorio principalmente por la vía marítima, hacia el oeste, el sur y el este; menos importantes fueron sus anexiones en aquellas tierras en que las dos penínsulas dominadas por ella en Oriente y Occidente se enlazan con el gran continente europeo. Macedonia, *hinterland* del imperio, no pertenecía a los romanos, cuyos dominios no se extendían siquiera, por aquel entonces, a las estribaciones septentrionales de los Alpes; sólo las tierras periféricas de la costa sur de las Galias habían sido incorporadas al imperio por Julio César.

La posición que en general ocupaba el imperio romano no permitía que las cosas siguiesen así. Era en este terreno sobre todo donde tenía que abrirse paso la política para poner fin al inerte e inestable régimen de la aristocracia. El mandato de César a los que heredaron la posición de gran potencia instaurada por él no fue tan directo en lo referente a la extensión de los dominios de Roma al norte de los Alpes y en la orilla derecha del Rin como lo era en lo tocante a la conquista de Britania; pero, en el fondo, aquella ampliación de las fronteras del imperio era mucho más lógica y más apremiante que la sumisión de los celtas establecidos al otro lado del mar, siendo fácil de comprender que Augusto pospusiese esta empresa para acometer con preferencia aquella otra. Fueron tres las grandes etapas en que se dividió la expansión hacia el norte: las operaciones en la frontera septentrional de la península greco-macedónica, en las tierras bañadas por el Danubio medio e inferior, o sea en el Ilírico; las emprendidas

en la frontera septentrional de la misma Italia, en la cuenca del alto Danubio; y finalmente, las llevadas a cabo en la orilla derecha del Rin, en Germania.

Sumisión de Mesia

En tiempos de la dictadura de César, cuando Burebista se hallaba en el apogeo de su poder, los dacios, irrumpiendo sobre la costa del Ponto Euxino hasta Apolonia, desencadenaron aquella espantosa y asoladora cruzada cuyo rastro aún no se había borrado siglo y medio después. Es posible que fuese éste el motivo primordial que determinó a César padre a emprender la guerra contra los dacios; el dominio sobre Macedonia obligaba ahora al hijo, indudablemente, a tomar medidas inmediatas y enérgicas para resolver este problema. La derrota que los bastarnos infligieron cerca de Istrópolis al colega de Cicerón, Antonio, puede ser considerada como una prueba de que este pueblo griego volvía a verse necesitado de impetrar la ayuda de los romanos.

Lo cierto es que, poco después de la batalla de Accio (año 29), César envió a Macedonia como gobernador a Marco Licinio Craso, nieto del caudillo derrotado en Carrás, con el encargo de abrir ya de una vez la campaña, aplazada en dos ocasiones. Los bastarnos, que acababan de irrumpir en Tracia, sometiéronse sin hacer resistencia tan pronto como Craso les intimó a que abandonasen el territorio romano. El romano no se dio por contento, sin embargo, con su retirada. Cruzando a su vez el Hemus, embistió cerca del sitio en que el Cibrus (Tzibritza) desemboca en el Danubio sobre los bastarnos, cuyo rey, Deldo, fue pillado desprevenido, y los que lograron salir con bien de la batalla fueron hechos prisioneros con ayuda de un rey dacio amigo de los romanos en una fortaleza a la que fueron a refugiarse. Después de esto, toda la Mesia superior se rindió a los vencedores sin ofrecer resistencia. Los bastarnos tomaron de nuevo las armas al año siguiente, dispuestos a vengar la derrota sufrida, pero volvie-

ron a sucumbir, y con ellos las tribus de Mesia que les acompañaron en la aventura.

De este modo quedó sellada la suerte de aquellos enemigos que poblaban las tierras de la orilla derecha del Danubio, las cuales pasaron a depender enteramente de los conquistadores romanos. Al mismo tiempo, se logró domeñar la rebeldía de que aún daban pruebas los tracios, y se arrebató a los becios el santuario nacional de Dionisios, cuya dirección se encomendó a los príncipes de los odrisos, que fueron a partir de entonces los encargados de gobernar en nombre y bajo la tutela de los romanos, sobre todos los pueblos tracios situados al sur del Hemus. Bajo su égida se colocaron también las ciudades del litoral griego del mar Negro y se entregó en vasallaje a diversos príncipes el resto del territorio conquistado, a cambio de lo cual asumían aquéllos el deber de defender en lo sucesivo las nuevas fronteras del imperio; Roma no disponía de legiones suficientes para destacarlas en puntos tan remotos. Macedonia convertíase así en una provincia interior, en la que la administración militar a que antes se hallaba sometida no tenía ya razón de ser. El objetivo perseguido al trazar los planes de la guerra contra los dacios había sido alcanzado.

Sumisión de los Alpes

Italia, nación que gobernaba tres continentes, distaba aún mucho de ser, como ya hemos dicho, dueña absoluta en su propia casa. Los Alpes, o sea las montañas que la defendían contra los peligros del norte, se hallaban poblados en toda su extensión de uno a otro mar por toda una serie de pequeños pueblos poco civilizados de nacionalidad ilírica, rética y celta, cuyos territorios lindaban en parte muy de cerca con las grandes ciudades transpadánicas y que no se acreditaban precisamente, como vecinos, por sus pacíficas disposiciones. Estos pueblos, a quienes se había dado repetidas veces por derrotados y a quienes se había proclamado como vencidos

en el Capitolio, desafiaban constantemente los laureles de los orgullosos triunfadores para saquear a los campesinos y a los comerciantes del norte de Italia.

Sólo había un camino para poner fin seriamente a aquella intolerable situación: que el gobierno se decidiese a cruzar los Alpes para incorporar a sus dominios las tierras situadas al norte de ellos; no era posible seguirse resignando a las tropelías de aquellos bandoleros y ver cómo descendían continuamente de las montañas, en grandes contingentes, para incendiar y devastar las ricas comarcas vecinas. Y otro tanto era necesario hacer con la Galia; los pueblos del alto valle del Ródano (Wallis y Waadt), sometidos en otro tiempo por César, figuraban también entre los que traían ajetreados a los generales de su hijo. Por su parte, los pacíficos distritos fronterizos de Galia se quejaban de las continuas irrupciones de los retios. No es cosa de ponerse a relatar, pues se saldría del marco de nuestra historia, las numerosas expediciones organizadas por Augusto para poner coto a estos desmanes; estas expediciones no rezan en los fastos triunfales, ni tienen por qué figurar allí, pero fueron ellas las que por primera vez dieron a Italia la pacificación del norte.

Estas luchas tuvieron por escenario las vertientes meridionales y los valles de los Alpes. Tras ellas vino la consolidación del poder de Roma al otro lado de las montañas y en las tierras del norte, en el año 15. Fue aquí donde iniciaron su carrera militar los dos hijastros de Augusto incorporados a la familia imperial: Tiberio, el que más tarde llegaría a ser emperador, y su hermano Druso; los laureles que allí se les daban a conquistar eran, indudablemente, bien fáciles y lucrativos. Subiendo de Italia por el valle del Etsch, Druso se internó en las montañas de Retia y logró aquí su primera victoria; para que pudieran seguir avanzando, le dio la mano desde tierras helvéticas a su hermano Tiberio, gobernador por aquel entonces de la Galia. Al llegar al lago de Constanza, los trirremes romanos derrotaron a los botes de los vindelicios; el 1 de agosto del año 15, día del emperador, se libró en las

cercanías de las fuentes del Danubio la última batalla, que dio al imperio romano el dominio de Retia y de la tierra de los vindelicios, es decir, del Tirol, de la Suiza oriental y de Baviera. El emperador Augusto se trasladó en persona a la Galia para dirigir sobre el terreno la guerra y la organización de la nueva provincia.

En una altura encima de Mónaco, cerca del sitio donde la cadena de los Alpes muere en el golfo de Génova, los agradecidos italianos erigieron algunos años después un monumento al emperador Augusto, que dominaba gran parte del mar Tirreno y del que todavía se conserva hoy algún vestigio, en memoria del triunfo alcanzado bajo su gobierno al someter al imperio de Roma a todos los pueblos alpinos desde uno a otro mar; 46 en total, según reza la inscripción. Era la verdad escueta, y esta guerra fue lo que toda guerra debe ser: el dosel y el baluarte de la paz.

Organización del Ilírico

El territorio del Danubio, que hasta el año 27 fue, según lo más probable, administrado conjuntamente con el norte de Italia, se convirtió entonces, al reorganizarse el imperio, en una circunscripción administrativa independiente con el nombre de Ilírico y bajo el mando de un gobernador propio. La nueva circunscripción estaba formada por Dalmacia con las tierras situadas más allá, hasta el Drin —el litoral sur venía formando parte de la gobernación de Macedio ya desde antiguo—, y por las posesiones romanas situadas en tierras de Panonia, junto al Save. Los territorios enclavados entre la cordillera del Hemus y el Danubio, hasta el mar Negro, que Craso sometiera poco antes al imperio, al igual que el Nórico y Retia, quedaron sujetos al vínculo de la clientela con respecto a Roma, por lo cual, aunque no se hallasen directamente bajo su jurisdicción, dependían en primer término del gobernador del Ilírico. De los mismos dominios formaba parte, militarmente, la Tracia situada al sur del Hemus y aún no

del todo apaciguada. Esta primitiva organización persistió en cierto modo hasta mucho tiempo después, en que toda la zona del Danubio, desde Retia hasta Mesia, se agrupó en una circunscripción aduanera, bajo el nombre de Ilírico en sentido amplio.

Sólo se mantenían legiones en el verdadero Ilírico; los demás distritos, probablemente no se hallaban defendidos por tropas del imperio —a lo sumo, se mantenían allí pequeños destacamentos—; el alto mando correspondía al procónsul de la nueva provincia, salido del Senado, mientras que los soldados y los oficiales eran mandados allí, naturalmente, por el emperador. Cuán seria era la ofensiva que se inició con la conquista de Retia lo indica el hecho de que en un principio se entregase el mando en la zona del Danubio al corregente Agripa, a quien en derecho se hallaba subordinado el procónsul del Ilírico; más tarde, al fracasar esta combinación por la súbita muerte de Agripa, en el año 12, meses después, el Ilírico fue convertido en demarcación imperial, puesta bajo el alto mando de los generales designados por el emperador.

No tardaron en formarse aquí tres centros militares, en torno a los cuales se llevó a cabo más tarde la división administrativa tripartita de las tierras del Danubio. Los pequeños principados subsistentes en el territorio conquistado por Craso cedieron el puesto a la provincia de Mesia, cuyos gobernadores fueron a partir de entonces los encargados de montar la guardia contra los dacios y los bastarnos en las tierras que hoy pertenecen a Servia y Bulgaria. En la que fuera provincia del Ilírico se destacó una parte de las legiones junto a los ríos Kerka y Cetina para tener a raya a los dálmatas, todavía rebeldes. La fuerza principal se concentraba en Panonia, en el Save, que marcaba por entonces la frontera del imperio.

Las expediciones organizadas contra los pueblos de la Panonia y la Germania no eran más que la repetición en escala ampliada de la campaña contra Retia; los caudillos que las dirigieron eran también los mismos, investidos ahora con el tí-

tulo de legados imperiales: los dos príncipes de la familia imperial, Tiberio, a quien se entregó el alto mando del Ilírico al morir Agripa, y Druso, que fue enviado al Rin; pero ya no eran los jóvenes inexpertos de otro tiempo, sino hombres en la flor de la vida y hechos sin duda alguna a las grandes empresas.

No faltaban, en los territorios del Danubio, los motivos inmediatos para dar pie a una guerra. En el año 16 los turbas de Panonia y hasta del pacífico Nórico bajaron hasta Istria en cruzada de saqueo. Dos años más tarde, los provinciales ilíricos empuñaron las armas contra sus señores, y aunque, en el otoño del año 13, al asumir el mando Agripa, retornaron tranquilamente a la obediencia, parece que los disturbios renacieron inmediatamente después de morir aquél. No es fácil saber hasta qué punto respondían a la verdad estos relatos de los romanos; la verdadera razón y finalidad de esta guerra era, indudablemente, el reajuste de la frontera romana, impuesto por la situación política general.

Son muy incompletos los datos que poseemos acerca de las tres campañas libradas en Panonia por Tiberio (en los años 12 al 10). Como resultado de ellas, el gobierno anunció que había quedado asegurada la frontera del Danubio para la provincia del Ilírico. Y es cierto que desde entonces y a lo largo de todo el imperio esta frontera se consideró siempre como el límite de los dominios romanos, pero ello no quiere decir que se llevase ya a efecto entonces la verdadera sumisión, ni mucho menos la ocupación de aquellos extensos territorios.

Tiberio encontró una resistencia especialmente enconada en los pueblos declarados ya romanos con anterioridad, especialmente en Dalmacia. Entre las nacionalidades sometidas entonces de un modo efectivo y por vez primera, la más importante es la de los breucos, en el Save inferior. Durante estas campañas no parece probable que las tropas romanas llegasen a cruzar el Drave y podemos, desde luego, asegurar que no lograron en ningún momento sentar sus tiendas de

campaña junto a las aguas del Danubio. Ocuparon, indudablemente, las tierras situadas entre los ríos Save y Drave y desplazaron su cuartel general desde Siscia, junto al Save, hasta Petovio (Pettau), en el Drave medio, mientras las guarniciones romanas destacadas en el territorio nórico recientemente ocupado avanzaban hasta el Danubio en la zona de Carnunto (Petronell, cerca de Viena), que era por aquel entonces la última ciudad nórica en dirección este. Lo más probable es que no llegase a ocuparse ni siquiera militarmente la ancha y profunda zona enclavada entre el Drave y el Danubio, que es hoy la Hungría occidental. Nada de esto entraba en los planes de conjunto de la ofensiva iniciada: el objetivo era establecer contacto con el ejército galo, y el punto natural de apoyo para la nueva frontera del imperio en el nordeste no era Ofen (Budapest), sino Viena.

Los germanos atacan

Más que la Panonia y la Tracia les preocupaba a los romanos Germania, donde el estado de cosas existente por aquel entonces no podía mantenerse durante mucho tiempo. La frontera del imperio, establecida en tiempo de César, corría a lo largo del Rin, desde el lago de Constanza hasta su desembocadura. Esta frontera no era precisamente una divisoria de pueblos, pues en el nordeste de las Galias los celtas aparecían mezclados ya de antiguo, en muchas partes, con los alemanes, los treverenses y los nervios se habrían convertido, por lo menos, de buen grado en germanos y el propio César había asentado en el medio Rin a los restos de las huestes de Ariovisto, a los tribocos (en Alsacia), a los nemetros (cerca de Spiro) y a los vangiones (cerca de Worms). Es cierto que estos alemanes de la margen izquierda del Rin se avenían mejor a la dominación romana que los cantones celtas y no fueron ellos precisamente los que abrieron las puertas de las Galias a sus connacionales de la orilla derecha. Pero éstos, habituados desde hacía ya mucho tiempo a cruzar el río para

saquear las tierras situadas al otro lado y que no habían olvidado ni mucho menos las tentativas, medio victoriosas tantas veces, hechas para sentar sus reales en la otra ribera, acudieron sin que nadie los llamase. El único pueblo germánico del otro lado del Rin que ya en tiempo de César se separó de sus hermanos de raza para colocarse bajo el patrocinio romano, los ubios, tuvo que batirse en retirada ante el odio de sus irritados connacionales, para buscar refugio y nuevos hogares en la orilla romana (año 38). Agripa, a pesar de hallarse personalmente en Galia por aquel entonces, no pudo, bajo la presión de la inminente guerra siciliana, prestar otra ayuda a sus vasallos, limitándose a cruzar el Rin para trasladarlos del lado romano. De esta forzosa colonización surgió la que hoy es ciudad de Colonia.

Este estado de cosas no sólo representaba frecuentes quebrantos para los romanos que comerciaban en la orilla derecha del Rin, lo que el año 25 obligó incluso a los conquistadores a penetrar al otro lado del río y en el año 20 puso a Agripa en el trance de tener que repeler de las Galias a nubes de germanos lanzados sobre aquel territorio, sino que en el año 16 se desencadenó en la otra margen un movimiento de gran envergadura enderezado a cruzar el Rin. Marchaban a la cabeza de él los sugambros de la cuenca del Ruhr y con ellos sus vecinos, al norte, en el valle del Lippe, los usipios y al sur los tencteros. Se apoderaron de los comerciantes romanos de paso por sus tierras, los crucificaron, y atravesando el río, se dedicaron a saquear los cantones galos a todo lo largo y a todo lo ancho; el gobernador de Germania envió contra ellos a la quinta legión al mando del legado Marco Lolio, pero después de apoderarse de su caballería, pusieron al resto de las tropas en vergonzosa fuga y capturaron incluso el estandarte de la legión, tras de lo cual retornaron invictos a sus tierras. Este descalabro de las armas romanas, aunque de poca monta, no dejó de alentar el movimiento de los germanos y hasta atizó el espíritu de rebeldía de la población de la Galia. Augusto se trasladó en persona a la provincia afectada, y

este episodio fue sin duda el que sirvió de motivo directo para desencadenar aquella gran ofensiva que comenzó en el año 15 con la guerra de Retia y condujo a las campañas de Tiberio en el Ilírico y de Druso en Germania.

Druso

Nerón Claudio Druso, traído al mundo por Octavia, en el año 38, en la casa del que habría de ser luego su marido, el futuro emperador Augusto, a quien éste quería y cuidó como un hijo —las malas lenguas decían que lo era, en verdad—, modelo de belleza varonil y de encantadora simpatía, un soldado valiente y un general muy capaz, que era además un gran panegirista del antiguo orden republicano y, desde todos los puntos de vista, el más popular de los príncipes de la casa imperial, se hizo cargo, al retorno de Augusto a Italia (año 13), del gobierno de la Galia y del alto mando en la guerra contra los germanos, cuya sumisión se había decidido ahora abordar seriamente.

No poseemos elementos para conocer bien ni la fuerza del ejército romano destacado entonces en el Rin ni la situación que prevalecía entre los germanos; lo único que se aprecia con bastante claridad es que éstos no se hallaban en condiciones de hacer frente de un modo adecuado al ataque compacto de sus enemigos. Las tierras del Néckar, ocupadas en otro tiempo por los helvecios y que más tarde fueron territorio fronterizo disputado por ellos y los germanos, eran ahora tierras desoladas y dominadas, de una parte, por el pueblo de los vindelicios, recientemente sometido, y de otra parte por los germanos asentados en torno a Estrasburgo, Spira y Worms, los cuales simpatizaban con los romanos. Más al norte, en la parte alta del Main, moraban los marcomanos, que eran tal vez la más poderosa de las ramas suebas, pero que se hallaban enemistados de antiguo con los germanos del Rin central. Siguiendo el Rin venían, en primer lugar, en la cuenca del Tauno, los catos y luego, Rin arriba, los tencteros, los su-

gambros y los usipios, mencionados ya; detrás de ellos quedaban los poderosos queruscos, en las riberas del Weser, y además una serie de pueblos de segundo rango. Fueron estos pueblos del Rin central, con los sugambros a la cabeza, los que ejecutaron aquel golpe de mano contra la Galia romana; contra ellos se dirigió también, principalmente, la expedición vindicativa de Druso, y todos ellos se agruparon contra el caudillo imperial para defenderse en común, y poner en pie de guerra un ejército popular, integrado por contingentes de todos estos cantones. Sin embargo, los pueblos de la Frisia, establecidos en las costas del mar del Norte, no hicieron causa común con ellos, sino que permanecieron retraídos en su tradicional aislamiento.

Fueron los germanos quienes tomaron la ofensiva. Los sugambros y sus aliados volvieron a apoderarse de cuantos romanos encontraron en sus dominios y los crucificaron en unión de los centuriones, cuyo número ascendía a veinte. Los pueblos germanos empeñados en la pugna acordaron invadir de nuevo las tierras de la Galia y se repartieron de antemano el botín: los sugambros se quedarían con los prisioneros, los queruscos con los caballos y los contingentes suebos con el oro y la plata. Así, en el año 12 intentaron volver a cruzar el Rin, confiando en que les apoyarían los germanos de la otra orilla y en que su hazaña provocaría incluso una insurrección de los pueblos de la Galia, irritados a la sazón por el reparto de las contribuciones.

Pero el joven general romano supo adoptar las medidas convenientes: sofocó el movimiento en el territorio dominado por él antes de que llegase a estallar, rechazó al enemigo sin dejarle cruzar el río y, conseguido esto, lo atravesó él con sus tropas para sembrar el terror en las tierras de los usipios y los sugambros. Pero esto no era más que un aviso; las verdaderas operaciones de guerra, organizadas con arreglo a un plan de gran envergadura, empezaron con la ocupación de las costas del mar del Norte y de las desembocaduras de los ríos Ems y Elba. Fue entonces, según lo más probable, me-

diante un convenio pacífico, cuando se incorporó al imperio romano el numeroso y valiente pueblo de los bátavos, que tenía su sede en el delta del Rin; con su ayuda, se abrió del Rin al Zuyder Zee y de éste al mar del Norte un canal que permitía a la flota del Rin trasladarse a la desembocadura del Ems y a la del Elba por una ruta corta y segura. Los frisones de las costas del mar del Norte siguieron el ejemplo de los bátavos y sometiéronse al igual que ellos a la dominación extranjera. La política precavida y prudente de los romanos contribuyó seguramente más que su poderío militar a allanarles el camino: se reconoció a aquellos pueblos una exención casi total de impuestos y se les incorporó al servicio de las armas en unas condiciones que, lejos de intimidarlos, los atraían.

Los expedicionarios siguieron avanzando por las costas del mar del Norte; ya en mar abierto, tomaron por asalto la isla de Burchana (tal vez la actual Borkum, delante de la tierra firme de Frisia) y en el Ems la flota de botes de los bructerios fue derrotada por la flota romana. Druso llegó hasta la desembocadura del Weser, poblada por los caucios. Es cierto que, al regreso, los barcos romanos toparon con los bajos peligrosísimos y desconocidos para ellos que abundan en aquellos parajes, y su flota, próxima ya al naufragio, se habría visto en una situación muy apurada a no haberle dado segura escolta los frisones. No obstante, esta primera campaña había logrado incorporar al imperio romano toda la costa que va desde la desembocadura del Rin hasta la del Weser.

Una vez dominado el litoral, al año siguiente (11) comenzaron las operaciones encaminadas a someter el interior del país. Contribuyeron considerablemente a facilitar la acción de los romanos las disensiones existentes entre los germanos del Rin central. Los catos no habían puesto en pie de guerra los contingentes prometidos para el asalto intentado un año antes contra la Galia. Los sugambros, dejándose llevar por un arrebato de cólera explicable, pero muy poco político, irrumpieron en tropel sobre las tierras de sus desleales alia-

dos, con lo cual permitieron que su propio territorio y el de sus vecinos más próximos en el Rin fuese presa fácil de los romanos. Los catos sometiéronse sin ofrecer resistencia a los enemigos de sus enemigos, pero sin que esto les eximiese del castigo de abandonar las tierras que venían ocupando, para trasladarse a las que ocupaban hasta entonces los sugambros.

Asimismo fueron derrotados por el invasor, más al interior del país, los poderosos queruscos, en la cuenca del medio Weser. Los caucios, que poblaban el valle inferior de este río y que un año antes habían sido atacados desde el mar, fueron atacados y vencidos ahora por tierra, con lo cual pasó a poder de los romanos, por lo menos en los puntos militarmente decisivos, todo el territorio situado entre el Rin y el Weser.

La retirada de las tropas vencedoras pudo haberles sido fatal, como por mar un año antes; cerca de Arbalo (lugar desconocido), los romanos viéronse rodeados por enemigos al cruzar un desfiladero, con sus líneas de comunicaciones cortadas; pero la disciplina férrea de los legionarios, unida a la alegría prematura que se apoderó de los germanos cuando se creyeron seguros de su victoria, hizo que la derrota inminente se convirtiese en un brillante triunfo. Al año siguiente (10), se levantaron en armas los catos, exasperados por la pérdida de su antigua y hermosa tierra natal, pero ahora fueron ellos quienes se quedaron solos, siendo dominados tras tenaz resistencia y después de infligir sensibles pérdidas a los romanos (año 9). Los marcomanos del alto Main, viéndose inmediatamente expuestos a un ataque después de caer en poder de los invasores las tierras de los catos, se replegaron a los bosques de bóyers en la Bohemia actual, donde permanecieron al margen de la órbita directa del poder de Roma, sin querer tomar parte en las luchas del Rin.

La guerra había terminado en todos los dominios que se extienden entre el Rin y el Weser. En el año 9 Druso pudo pisar la orilla derecha del Weser en la demarcación de los queruscos y seguir adelante hasta el Elba, pero sin atravesar este

río, tal vez porque tuviese órdenes de no hacerlo. Aunque se libraron algunos combates duros, en ninguna parte pudo oponerse al vencedor eficaz resistencia. Pero al regreso, emprendido al parecer Saale arriba para llegar desde allí al Weser, la mala ventura, sin que en ella tuviesen los germanos arte ni parte, infligió un duro golpe a los vencedores. El general cayó con el caballo y se rompió un muslo; después de treinta días de sufrimientos, murió lejos de su patria, entre el Saale y el Weser, en tierra jamás pisada antes de él por ningún ejército romano. Expiró en los brazos de su hermano, que acudió corriendo desde Roma, a los 30 años de edad, en pleno apogeo de su fuerza y de sus triunfos, llorado amargamente por los suyos y por todo el pueblo, tal vez afortunado porque los dioses le concedieron morir joven, sin llegar a conocer los desengaños y las amarguras, más duras que con nadie con los poderosos, y dejando en el mundo el recuerdo perdurable, vivo todavía hoy, de sus brillantes hazañas.

Druso y Tiberio

La muerte del héroe no hizo cambiar en lo más mínimo, como es lógico, el gran curso de las cosas. Su hermano Tiberio llegó a tiempo no sólo de cerrar sus ojos, sino también de empuñar con mano firme la dirección del ejército para regresar con él y proseguir la conquista de Germania. Él fue quien desempeñó el alto mando en estos territorios durante los dos años siguientes (8 y 7). La historia no registra grandes luchas en estos años, pero las tropas romanas no dejaron de patrullar a todo lo ancho de las tierras enclavadas entre el Rin y el Elba. Y cuando Tiberio ordenó que todos aquellos pueblos reconociesen formalmente al poder romano, declarando al mismo tiempo que sólo aceptaría el reconocimiento formulado por todos ellos en conjunto, los vencidos se sometieron sin excepción; los últimos en hacerlo fueron los sugambros, para los que no existía, ciertamente, verdadero enemigo. La expedición de Lucio Domicio Ahenobarbo, organizada poco tiem-

po después, vino a demostrar hasta dónde se había llegado en el terreno militar. Este general pudo, siendo gobernador del Ilírico, y probablemente partiendo desde Vindelicia, asentar en un territorio fijo a un enjambre de hermunduros que campaban por sus respetos en las tierras de los marcomanos, y llegó en esta expedición hasta el Elba superior y aún más allá, sin encontrar resistencia. Los marcomanos refugiados en Bohemia quedaron completamente aislados del resto del territorio alemán enclavado entre el Rin y el Elba, convertido en una provincia romana, aunque no del todo pacificada, ni mucho menos.

La margen izquierda del Rin

De la organización político-militar de Alemania instaurada por aquel entonces sólo han llegado a nosotros datos incompletos, pues no poseemos ningún testimonio exacto sobre las medidas adoptadas en los primeros tiempos para defender la frontera oriental de la Galia y las implantadas por los dos hermanos fueron destruidas en gran parte por el curso ulterior de las cosas. Las guarniciones romanas fronterizas no llegaron a desplazarse del Rin; tal vez existirían intenciones de ello, pero no se realizaron. Del mismo modo que el Danubio en el Ilírico, el Elba era probablemente, por aquel entonces, la frontera política del imperio, pero el Rin seguía siendo la línea de defensa fronteriza y de los campamentos del Rin partían las comunicaciones hacia la retaguardia, hacia las grandes ciudades de la Galia y sus puertos. El gran cuartel general durante todas estas campañas fue el que más tarde se llamaría "Campamento viejo", *Castra vetera* (Birten, cerca de Xanten), en la primera altura importante de la margen izquierda del Rin, río abajo, después de Bona, equivalente tal vez, desde el punto de vista militar, a la Wesel de nuestros días. Esta plaza, que los romanos ocuparon quizá ya desde los primeros momentos de su dominación en tierras del Rin, fue organizada por Augusto como baluarte contra Ger-

mania; y aunque esta fortaleza fuese en todos los tiempos el punto de apoyo para la acción defensiva de los romanos en la orilla izquierda del Rin, era también un punto bien elegido para la invasión de la orilla derecha, situado como estaba frente a la desembocadura del Lippe, río navegable hasta muy arriba, y unido por un sólido puente con la orilla derecha del Rin. Contrastaba probablemente con este "Campamento viejo" emplazado junto a la desembocadura del Lippe el de Mogontiaco (la actual Maguncia), que se levantaba en la desembocadura del Main y que fue, según todas las apariencias, creado por Druso; por lo menos, las cesiones de territorio impuestas a los catos a que nos hemos referido ya más arriba, así como las instalaciones hechas junto al Tauno, de que hablaremos más adelante, indican que Druso se dio clara cuenta de la importancia militar de la línea del Main y de la de su punto clave en la orilla izquierda. De esta época debía de datar también el Campamento de la Legión establecido en el Aar, suponiendo como parece lo más probable que se fundase para mantener en obediencia a los retios y a los vindelicios, pero este centro de operaciones sólo guarda una relación puramente externa con las instalaciones militares galo-germánicas. En cambio, el Campamento de la Legión creado en Estrasburgo no es fácil que tuviese orígenes tan remotos. La base de emplazamiento de tropas romanas era la línea que va de Maguncia a Wesel. Sabemos con seguridad que Druso y Tiberio ostentaban tanto la gobernación de toda la Galia —exceptuando la provincia narbonense, que no era ya por aquel entonces una provincia imperial— como el alto mando sobre todas las legiones del Rin, prescindiendo del régimen encabezado por estos dos príncipes; es posible que la administración civil de la Galia estuviese por entonces separada del mando de las tropas renanas, pero no es probable que los asuntos militares corriesen ya en aquel tiempo a cargo de dos mandos coordinados.

En lo que se refiere al número de hombres que formaban el ejército del Rin en aquella época, sólo sabemos sobre poco

más o menos que el ejército de Druso apenas sería más numeroso, si no tal vez menos nutrido que el destacado veinte años después en Germania, el cual se hallaba formado por unas cinco a seis legiones, o sea por cincuenta a sesenta mil hombres.

La margen derecha del Rin

Correlativas a estas medidas militares implantadas en la orilla izquierda del Rin fueron las que se adoptaron en la orilla derecha. Lo primero que hicieron los romanos fue tomar posesión de ella. La ocupación afectó en primer lugar a los sugambros, a lo que debió de contribuir, indudablemente, el deseo de vengar el estandarte romano capturado por ellos y a los centuriones crucificados. Los mensajeros enviados al campo romano para anunciar la rendición, misión para la que se eligió a los hombres más distinguidos de la nación vencida, fueron considerados prisioneros de guerra contra todas las normas del derecho de gentes y perecieron miserablemente en las prisiones itálicas. Cuarenta mil almas de la masa del pueblo quedaron desahuciadas de su patria, trasladándoselas a la orilla gala; son, seguramente, los que aparecen más tarde aquí con el nombre de cuguernios. Sólo se autorizó para seguir residiendo en el viejo solar nacional a un puñado de gentes innocuas, restos de un pueblo en otro tiempo poderoso. Asimismo fueron trasladados a la Galia montones de suevos; a otros pueblos, como los marsos y sin duda alguna los catos, se les obligó a internarse más en el país para encontrar nuevo asiento. En el Rin central se desplazó de la orilla derecha a toda la población indígena o se la dejó considerablemente debilitada.

A lo largo de esta ribera del Rin se establecieron, además, puestos fortificados, en número de cincuenta. Más allá de Mogontiaco se fortificaron las tierras arrebatadas a los catos, después de incluir en las líneas romanas el cantón de los masiacos, y las alturas del Tauno. Y sobre todo, los vencedores

ocuparon la línea del Lippe a partir de Vétera. Por lo menos, la calzada militar de la derecha del río, de las dos que lo flanqueaban, guardadas por castillos emplazados a cada jornada de marcha, debió de ser obra de Druso, como sabemos con seguridad que lo fue la fortaleza de Aliso, situada en las tierras en que nace el Lippe, probablemente donde hoy se alza la aldea de Elsen, no lejos de Paderborna. A esto hay que añadir el canal ya mencionado que iba del Zuider Zee a la desembocadura del Rin y un dique construido por Lucio Domicio Ahenobarbo a través de una larga zona pantanosa situada entre el Ems y el bajo Rin, los llamados "Puentes largos". Además, numerosos puestos sueltos dispersos por todo aquel territorio, algunos de los cuales sabemos que existían posteriormente en tierras de los frisones y de los caucios; en este sentido, puede que no anduviese descaminada la afirmación de que las guarniciones romanas llegaban hasta el Weser y hasta el Elba. Finalmente, hay que tener en cuenta que si el ejército tenía sus cuarteles de invierno junto al Rin, pasaba los veranos siempre, aunque no se emprendiesen verdaderas expediciones, en el país conquistado, generalmente cerca de Aliso.

La provincia de Germania

Pero los romanos no se limitaron a instalarse militarmente en los territorios recién conquistados. Los germanos veíanse obligados, como otros provinciales, a someterse a la justicia administrada por el gobernador romano y las expediciones veraniegas del general en jefe fueron convirtiéndose poco a poco en viajes de negocios emprendidos de una manera regular por el representante del poder de Roma. Para la acusación y la defensa del acusado era obligado el empleo de la lengua latina; los abogados y juristas romanos empezaron a desarrollar al otro lado del Rin, lo mismo que en las tierras de enfrente, sus actividades, difíciles en todas partes, pero mucho más amargas allí, donde una población bárbara no

habituada a tales prácticas se enfurecía con ellas. La organización de las instituciones provinciales distaba mucho de ser perfecta; no se pensaba todavía en sentar las bases formales para el reparto de las contribuciones ni en regular las levas para el ejército romano. Lo que se hizo fue aplicar a la nueva Germania una organización parecida a la de la Galia, donde la nueva agrupación cantonal se había enlazado al culto divino del monarca, originaria de aquel país; cuando Druso consagró en Lyon el altar de Augusto para la Galia, no se dio entrada en esta agrupación a los ubios, los últimos germanos asentados en la orilla izquierda del Rin, sino que se instituyó en su centro principal de población —cuya situación venía a ser con respecto a Germania lo que era Lyon con respecto a las tres Galias— un altar semejante para las gentes germanas, cuyo sacerdocio regentaba en el año 9 el joven príncipe de los queruscos Segismundo, hijo de Segestes.

Tiberio

Aquel completo triunfo militar destruyó, o por lo menos interrumpió, la política familiar imperial. La desavenencia entre Tiberio y su padrastro hizo que aquél resignase el mando en el año 6. El interés dinástico exigía que las operaciones militares de cierta envergadura no se encomendasen más que a generales que fuesen príncipes de la familia imperial. Ésta, sin embargo, después de morir Agripa y Druso y haber resignado su puesto Tiberio, no contaba en su seno con caudillos militares capaces. Es indudable que en los diez años durante los cuales el Ilírico y la Germania estuvieron regentados por gobernadores revestidos de poderes ordinarios no se interrumpieron en estos territorios las operaciones militares tan radicalmente como podría creer quien se dejase guiar exclusivamente por una tradición de tinte cortesano, muy poco equitativa en sus relatos, que diferían según que se tratase de campañas acaudilladas por príncipes o dirigidas por generales ajenos a la familia imperial. No obstante, sobrevino una

innegable paralización, y ya ésta constituía de por sí un cierto retroceso.

Ahenobarbo, a quien sus vínculos familiares de afinidad con la casa imperial —estaba casado con una sobrina de Augusto— daban mayor libertad de movimientos que a otros magistrados y que siendo gobernador del Ilírico había cruzado el Elba sin encontrar resistencia, no llegó a conquistar ningún laurel como gobernador de Germania. Los germanos volvían a sentir crecer en ellos no sólo la rabia, sino también la valentía. En el año 2, el país se rebeló de nuevo y los queruscos y los caucios echaron mano a las armas.

Entre tanto, la muerte había venido a mediar en las querellas de la familia imperial; la desaparición de los jóvenes hijos de Augusto sirvió para que éste se reconciliara con Tiberio. Tan pronto como la reconciliación quedó sellada y proclamada mediante la adopción de Tiberio por Augusto (año 4), aquél reanudó su obra donde la había dejado interrumpida y en el mismo año y en los dos siguientes (5 y 6) volvió a conducir a los ejércitos romanos al otro lado del Rin.

Fue, simplemente, la repetición acentuada de las campañas anteriores. Los queruscos fueron reducidos de nuevo a la obediencia en la primera campaña, los caucios en la segunda. Los caninefates, pueblo vecino de los bátavos y que no desmerecía de él en cuanto a valentía, los bructerios, que poblaban las tierras en que nacía el Lippe y las bañadas por el Ems, y algunos otros cantones, se sometieron también al dominador, al igual que los poderosos longobardos, que aparecen mencionados aquí por vez primera y que poblaban por entonces el territorio situado entre el Weser y el Elba.

La primera campaña llevó a las tropas romanas más allá del Weser, al interior del país. En la segunda, las legiones romanas se enfrentaron ya a las fuerzas germánicas al otro lado del río. En el invierno del año 4 al 5 el ejército romano estableció sus cuarteles, por vez primera a lo que parece, en tierra germana, cerca de Aliso. Y todo esto se logró casi sin combatir; la cautelosa estrategia de Tiberio no consistía en

destruir la resistencia del enemigo, sino en hacerla imposible. Su mira no era conquistar laureles inútiles, sino alcanzar un éxito duradero. También ahora se utilizaron los recursos marítimos; la última campaña de Tiberio se caracterizó, como la primera de Druso, por la navegación a lo largo de las costas del mar del Norte. Pero ahora la flota romana llegó más allá que la otra vez: exploró todo el litoral del mar del Norte hasta la punta de las tierras de los cimbros, es decir, hasta el cabo de Jutlandia, tras de lo cual, remontando las aguas del Elba, se unió al ejército de tierra, allí estacionado. El emperador había prohibido expresamente a su caudillo que cruzase este río; pero los pueblos residentes al otro lado de él, los cimbros que acabamos de mencionar y que moraban en lo que es hoy Jutlandia, los charudas, situados al sur de ellos, y los poderosos semnones, que poblaban las tierras enclavadas entre el Elba y el Oder, tomaron por lo menos contacto con los nuevos vecinos.

La campaña contra Marobodo

Los conquistadores podían pensar que habían llegado ya a la meta. Faltaba, sin embargo, algo para cerrar el anillo de hierro en torno a la gran Germania: establecer la comunicación entre el Danubio central y el alto Elba, apoderarse de las antiguas praderas de Bohemia, que, rodeadas de su corona de montañas, se interponían como una poderosa fortaleza entre el Nórico y Germania. El rey Marobodo, descendiente de un noble linaje marcomano, pero educado en la severa disciplina militar y política del Estado romano después de una larga estancia en Roma en sus años de juventud, había logrado no sólo llegar a convertirse, al regresar a su país natal —tal vez durante las primeras campañas de Druso, que determinaron el desplazamiento de los marcomanos al alto Elba—, en príncipe de su pueblo, sino además gobernarlo con arreglo a normas que, más que continuar las relajadas tradiciones de la monarquía germánica, parecían estar calcadas sobre el mo-

delo de la monarquía de Augusto. No reinaba solamente sobre su propio pueblo, sino también sobre la potente nación de los lugios (en la Silesia actual) y su clientela debía extenderse por toda la vasta zona del Elba, pues entre sus súbditos figuraban también los longobardos y los samnones. Hasta ahora había observado una neutralidad estricta lo mismo para con los romanos que para con las demás nacionalidades germanas. Brindaría seguramente, de vez en cuando, asilo en sus tierras a los fugitivos enemigos de los romanos, pero sin llegar a mezclarse activamente en la lucha, ni siquiera cuando los hermonduros fueron obligados por el gobernador de Roma a trasladar su residencia a territorio marcomano, ni cuando la ribera izquierda del Elba se sometió al invasor. Marodobo no se sometió a los romanos, pero contempló impasible todos aquellos sucesos, sin llegar a romper por ellos las relaciones de amistad que le unían al conquistador.

Gracias a esta política, que no podemos calificar precisamente de grandiosa y que tampoco tenía mucho de hábil, consiguió solamente una cosa: ser el último en verse atacado por los romanos. Pero después de las campañas germánicas de los años 4 y 5, victoriosas en toda la línea, le llegó también el turno a él. Los ejércitos romanos avanzaron sobre la cadena de montañas de Bohemia por dos lados, desde Germania y desde el Nórico. Remontando las aguas del Main, abriéndose paso con el hacha y el fuego a través de los espesos bosques de Spessart hasta el macizo de las Fichtelgiberge, avanzaba Cayo Sencio Saturnino, el cual había salido de Carnuto, donde las legiones ilíricas acamparon en el invierno del 5 al 8. Tiberio en persona desplegó su frente contra los marcomanos. Los dos ejércitos, formados en total por doce legiones, eran casi el doble de fuertes —atendiendo solamente al número— que sus enemigos, cuyos contingentes se calculaban en unos 70 mil hombres de infantería y 4 mil de a caballo. También esta vez parecía que la cauta estrategia del caudillo romano garantizaba plenamente el triunfo cuando un

episodio repentino vino a interrumpir la victoriosa marcha de los conquistadores.

Levantamiento de Dalmacia y Panonia

Los pueblos de la Dalmacia y los de la Panonia, por lo menos los de la región del Save, obedecían desde hacía poco tiempo a los gobernadores romanos; su sumisión al nuevo régimen iba viéndose teñida, sin embargo, de una creciente rebeldía, fomentada sobre todo por el modo insólito y despiadado con que se imponían las contribuciones. Cuando Tiberio interrogó más tarde a uno de los cabecillas sobre cuáles eran las razones de la deserción, éste le dijo que se habían levantado en armas porque los romanos ponían como guardianes de sus rebaños, no a perros ni pastores, sino a lobos.

Las legiones habían sido trasladadas de Dalmacia al Danubio, reclutándose a los naturales del país capaces de empuñar las armas para ser enviados a reforzar los ejércitos de Roma. Fueron estos hombres los que iniciaron el movimiento, pues no empuñaron las armas para servir a los romanos, sino en contra de ellos. Los acaudillaba un desitiata (cerca de Sarajevo) llamado Bato. Su ejemplo fue seguido por las gentes de Panonia, encabezados por dos breucos: otro Bato y Pinnes. Todo el Ilírico se levantó en armas con una rapidez y una unanimidad inauditas; las fuerzas insurgentes calculábanse en unos 200 mil hombres de a pie y 9 mil de a caballo. El reclutamiento para las tropas auxiliares, que llegó a adquirir proporciones considerables, sobre todo entre los panonios, había contribuido a difundir entre la población indígena, en una medida muy notable, los conocimientos militares de los conquistadores, a la par que la lengua y la misma cultura romanas; y estos soldados fogueados y adiestrados al servicio de Roma eran el alma de la insurrección. Por todas partes, a lo largo de la zona insurrecta, fueron capturados y asesinados los ciudadanos romanos que en gran número se habían avecindado o residían en aquellas tierras, los comerciantes y

sobre todo los soldados. El movimiento arrastró, no sólo a las poblaciones provinciales, sino también a las independientes. Es cierto que los príncipes de los tracios, totalmente leales a los conquistadores, pusieron sus numerosas y valientes tropas al servicio de los generales romanos; pero del otro lado del Danubio irrumpieron en la Mesia los dacios, y con ellos los sármatas. Tal parecía como si todas las vastas tierras del Danubio se hubiesen conjurado para sacudir de un modo inesperado el yugo de la dominación extranjera. El plan de los insurgentes no era, ni mucho menos, esperar a que les atacasen, sino, por el contrario, lanzarse sobre Macedonia e incluso sobre Italia. El peligro era muy serio; los insurrectos, cruzando los Alpes julianos, podían presentarse en pocos días delante de Aquileya y Tergeste —todavía no se les había olvidado el camino— y llegar en diez días a las mismas puertas de Roma, como el propio emperador declaró ante el Senado, claro está que con el designio de lograr su asentimiento a las amplias y gravosas medidas militares que se proponía adoptar. Sin pérdida de momento, pusiéronse en pie de guerra nuevos contingentes de tropas y se enviaron guarniciones a las ciudades más directamente amenazadas; todas las tropas disponibles fueron destacadas a los puntos amagados por el enemigo. Las primeras que se presentaron en el teatro de operaciones fueron las mandadas por el gobernador de Mesia Aulo Cecina Severo, reforzadas por las del rey tracio Remetalces; y no tardaron en unirse a ellas otras fuerzas trasladadas a toda prisa de las provincias ultramarinas.

Pero lo más urgente de todo era que Tiberio, en vez de seguir internándose en la Bohemia, retornase con sus tropas al Ilírico. Si los insurgentes hubiesen sabido esperar a que los romanos se hallasen empeñados en combate con Marobodo o a que éste hiciese causa común con ellos, la situación habría llegado a ser verdaderamente crítica para los invasores. Pero aquéllos pusiéronse en marcha prematuramente y Marobodo, fiel a su sistema de neutralidad a todo trance, se prestó, incluso en esta situación, a pactar la paz con los romanos a

base del *statu quo.* Gracias a esto, aunque Tiberio tuvo que enviar a la retaguardia las legiones del Rin para no dejar desguarnecida de tropas a Germania, logró juntar su ejército ilírico con las tropas destacadas de Mesia, Italia y Siria, para lanzar todas estas fuerzas contra los insurgentes. En realidad, el terror había sido mayor que el peligro. Es cierto que los dálmatas irrumpieron repetidas veces en Macedonia y saquearon toda la costa hasta llegar a Apolonia; pero no llegaron a entrar en Italia y el incendio quedó muy pronto reducido a su hogar originario.

Sin embargo, la tarea de la guerra no estaba ultimada; en este caso, como en todos, la obra de reducir de nuevo a la obediencia a los sometidos era más ardua que la obra misma de someterlos. Jamás, en tiempo de Augusto, se vio una masa tan grande de tropas reunida bajo un solo mando. Ya en el primer año de la guerra mandaba Tiberio un ejército formado por diez legiones, aparte de las correspondientes tropas auxiliares, a las que hay que añadir numerosos veteranos enrolados de nuevo voluntariamente y toda otra serie de voluntarios, lo que daba un total de unos 120 mil hombres; más tarde, llegó a reunir bajo sus banderas quince legiones.

En la primera campaña (año 6) se combatió con muy varia fortuna. Aunque los romanos lograron defender los grandes centros de población como Siscia y Sirmia contra los ataques de los insurrectos, el dálmata Bato peleaba contra el gobernador de Panonia Marco Valerio Mesala, hijo del orador del mismo nombre, con la misma tenacidad y en parte con la misma fortuna que su homónimo de Panonia contra el gobernador de Mesia, Aulo Cecina. Aquella pequeña guerra daba sobre todo mucho que hacer a las tropas romanas. Tampoco puso fin a aquellos combates interminables el año siguiente (7), en que apareció en el teatro de las operaciones, al lado de Tiberio, su sobrino, el joven Germánico. Fue en el curso de la tercera campaña (año 8) cuando por fin se logró someter a los panonios, gracias, principalmente, según parece, a que Bato, ganado por la causa romana, convenció a sus

tropas a que rindiesen las armas en su totalidad junto al río Batino, entregando a los romanos a Pinnes, que compartía con él el alto mando de los insurgentes y logrando como premio a su deserción que aquéllos le reconociesen como príncipe de los breucos. El traidor no tardó en pagar la traición con su vida: su homónimo dalmático lo cogió prisionero y lo hizo ejecutar.

La insurrección volvió a tomar con ello cierto incremento entre los breucos, pero pronto se vio sofocada, teniendo que limitarse los dálmatas a la defensa de su propia patria. En algunos de sus cantones hubieron de hacer frente a furiosos combates, en este mismo año y en el siguiente (9), Germánico y otros generales. En el último de ellos fueron vencidos los pirustas (en la frontera del Epiro) y los connacionales del propio caudillo, los desitiatas, después de defender valerosamente un castillo tras otro. En el curso de este verano volvió a presentarse Tiberio en el campo de batalla, desplegando todas sus fuerzas contra los restos de la insurrección. Bato, cercado por las tropas romanas en el sólido Andetrio (Much, encima de Salone), dio al fin su causa por perdida. Salió de la ciudad, después de haber fracasado en su intento de mover a la rendición a los hombres desesperados que la defendían, y se entregó al vencedor, por quien fue recibido y tratado con todos los honores; fue internado como prisionero político en Rávena, donde murió. Sus hombres, privados ya de jefe, siguieron resistiendo algún tiempo, hasta que los romanos tomaron por asalto el castillo en que se hacían fuertes. Este día, el 3 de agosto, es probablemente el que los fastos romanos registran como el de la victoria conquistada por Tiberio en el Ilírico.

Tampoco los dacios, establecidos al otro lado del Danubio, escaparon a la vindicta de los romanos. Fue probablemente por aquel entonces, después de decidirse a favor de Roma la guerra ilírica, cuando Cneo Léntulo cruzó el Danubio con un poderoso ejército romano, a cuyo frente llegó hasta el río Marisio (Marosch), batiendo enérgicamente a los dacios en

su propia tierra, que ahora pisaban por primera vez tropas romanas. Cincuenta mil dacios fueron hechos prisioneros y obligados a avecindarse en la Tracia.

La "guerra batónica" de los años 6 al 9 fue calificada más tarde como la más dura guerra librada por Roma desde los tiempos de Aníbal contra un enemigo extranjero. Infligió heridas muy profundas al país ilírico, y cuando el joven Germánico se presentó en la capital con el mensaje de la victoria decisiva, se desbordó una alegría triunfal por toda Italia. Pero el júbilo no había de durar mucho. Muy poco después de recibirse la buena nueva de este triunfo, llegó a Roma la noticia de una derrota que no había de tener paralelo en los cincuenta años del reinado de Augusto y que habría de alcanzar mayor trascendencia todavía por sus consecuencias que por lo que en sí misma significaba.

Levantamiento de Germania

La situación creada en la provincia de Germania ha sido expuesta ya. La reacción que toda dominación extranjera provoca con la inexorabilidad de los acontecimientos naturales y que acababa de producirse en el país ilírico se estaba gestando también en las tierras bañadas por el Rin central. Aunque los restos de los pueblos avecindados en las mismas orillas del Rin habían quedado completamente abatidos, los que habitaban más al interior del país, principalmente los queruscos, los catos, los bructerios y los marsos, con haber sufrido un quebranto no menor que aquéllos, distaban mucho de ser impotentes.

Como ocurre siempre en estos casos, habíase formado en cada uno de estos pueblos un partido de gentes sumisas a los romanos y un partido nacional, que iba preparando calladamente la nueva insurrección. Alma de este partido era un joven de 26 años salido del linaje de los príncipes queruscos, Arminio, hijo de Sígimer; había sido investido por el emperador Augusto, al igual que su hermano Flavo, con la ciudada-

nía romana y honrado con el rango de los caballeros; ambos habían servido y se habían distinguido como oficiales bajo Tiberio, en las últimas campañas romanas. Su hermano servía aún en las filas del ejército romano y se había creado un hogar en Italia. En estas condiciones, se comprende fácilmente que Arminio fuese considerado por los romanos como acreedor a una confianza muy especial. Las acusaciones que formulaba contra él su connacional Segestes, persona mejor informada que los romanos, no podían minar aquella confianza, pues todo el mundo sabía la enemistad que separaba a los dos germanos. No poseemos datos acerca de la preparación del movimiento que se estaba gestando. La nobleza y sobre todo la juventud noble estaban, naturalmente, del lado de los patriotas; una confirmación de ello la tenemos en el hecho de que Tusnelda, la hija de Segestes, se casase con Arminio contra la prohibición expresa de su padre y en el de que tanto su hermano Segismundo como el hermano de Segestes, Segimer, y su sobrino Sesitaco llegasen a figurar con tanto relieve en la insurrección.

Este movimiento no llegó a tener gran alcance; no alcanzó, ni con mucho, la importancia que tuvo el levantamiento ilírico. Ni podemos calificarlo tampoco de un movimiento germánico en toda la extensión de la palabra. No participaron en la insurrección los bátavos, los frisones ni los caucios de la costa, como tampoco los elementos de nacionalidad sueva sometidos al poder romano, ni mucho menos el rey Marobodo. En realidad, sólo se levantaron en armas aquellos germanos que años antes se habían confederado contra Roma y contra los que había ido dirigida en primer término la ofensiva de Druso. Es indudable que la insurrección ilírica estimuló la fermentación de los espíritus en Germania, pero no ha quedado la menor huella que atestigüe la existencia de nexos entre estos dos levantamientos casi simultáneos y casi iguales por su naturaleza. De haber existido tales nexos, no es fácil que los germanos hubiesen aguardado para desencadenar su movimiento a que estuviese dominado el de Panonia y a

que hubiesen capitulado hasta los últimos baluartes de la Dalmacia. Arminio fue el valiente y astuto y sobre todo el afortunado caudillo de esta lucha desesperada por recobrar la independencia nacional perdida; no fue menos que esto, pero tampoco más.

Varo

El que el plan de los insurgentes llegase a prosperar se debió más que al mérito de ellos, a la culpa de los romanos. En este sentido, sí puede decirse que repercutió aquí la guerra ilírica. Los jefes más capaces, y con ellos, al parecer, las tropas fogueadas, habían sido trasladados del Rin al Danubio. Probablemente no llegó a reducirse el ejército romano destacado en Germania, pero este ejército estaba formado en su mayor parte por nuevas legiones, reclutadas durante la guerra.

Pero aún era más precaria la situación en lo tocante a los mandos. El gobernador Publio Quintilio Varo, aunque casado con una sobrina del emperador, y poseedor de una riqueza principesca, pero mal adquirida, y de modales también principescos, era hombre de cuerpo indolente y espíritu embotado y sin ningún talento ni experiencia militares; uno de aquellos romanos de alto rango que tanto abundaban y que ceñían la banda de gobernador, al modo de Cicerón, gracias a la vieja rutina consistente en involucrar las funciones administrativas con el generalato. Jamás supo tratar ni conocer a los nuevos súbditos encomendados a su mando; sus armas eran la opresión y la expoliación, tal como estaba acostumbrado a manejarlas de su anterior gobernación sobre los pacientes sirios. Su cuartel general era un hervidero de abogados y de clientes, siendo precisamente los conjurados los que más se distinguían por la agradecida humildad con que acudían ante él a impetrar justicia, al paso que las mallas de la red iban apretándose más y más en torno al envanecido pretor.

La situación del ejército era la normal en aquel entonces. Cinco legiones por lo menos estaban destacadas en aquella provincia, dos de las cuales tenían sus cuarteles de invierno en Mogontiaco, y tres en Vétera o en Aliso. Las últimas establecieron sus cuarteles de verano, en el año 9, junto al Weser. La vía natural de comunicación entre el alto Lippe y el Weser pasa por las últimas estribaciones del macizo del Osnig y por el bosque de Lippe, que separan el valle del Ems de la cuenca del Weser, y cruzando el desfiladero del Doren, sale al valle del Werre, río que vierte sus aguas en el Weser junto a Rehme, no lejos de Minden. Era aquí, sobre poco más o menos, donde estaban acampadas entonces las legiones de Varo. Naturalmente, este campamento de verano se comunicaba con Aliso, punto de apoyo de las posiciones romanas, en la orilla derecha del Rin, por medio de una calzada militar.

La temporada veraniega se acercaba a su fin y las tropas disponíanse ya a emprender el camino de regreso a sus cuarteles de invierno, cuando llegó la noticia de que un cantón vecino se había levantado en armas. En vista de ello, Varo decidió no marchar hacia el Rin por aquella calzada militar, sino dar un rodeo para, sobre la marcha, reducir a los levantiscos a la obediencia.[1]

Las tropas pusiéronse, pues, en marcha. El ejército mandado por Varo estaba formado ahora, después de haberse desglosado de él numerosas unidades, por tres legiones solamente y por nueve destacamentos de tropas de segunda clase, en total unos 20 mil hombres. Cuando ya este ejército se había alejado lo bastante de su línea de comunicaciones y su penetración en aquellos parajes intransitables era lo bastante profunda, los confederados pusiéronse en pie de guerra en los cantones vecinos, aplastaron a los pequeños destacamentos de tropas estacionadas en ellos y se lanzaron por todas partes, emergiendo de los desfiladeros y los bosques sobre las columnas del gobernador.

Arminio y los más destacados jefes de los patriotas habían permanecido en el cuartel general de los romanos hasta el

último momento, para inspirar confianza a Varo; todavía la víspera del día en que estalló la insurrección cenaron en la tienda del general y allí Segestes, después de anunciar el inminente levantamiento en armas, rogó encarecidamente al gobernador que ordenase inmediatamente su detención y la de aquellos a quienes acusaba, dejando que los hechos se encargasen de justificar su acusación. Pero la confianza de Varo era verdaderamente inconmovible. Arminio se levantó de la mesa para ir a unirse a los insurrectos; al día siguiente, se presentaba delante de las murallas del campamento romano.

La situación militar no era mejor ni peor que la del ejército de Druso antes de la batalla de Arbalo y la que tantas veces habían tenido que afrontar los ejércitos romanos en circunstancias semejantes. Las comunicaciones habían quedado cortadas, por el momento; el ejército, perdido con su pesado bagaje en medio de una comarca sin caminos y bajo las lluvias del otoño, estaba a varios días de marcha de Aliso; los atacantes eran, sin duda alguna, muy superiores en número a los romanos. En situaciones así, es el temple de la tropa el que decide, y si la suerte fue en este caso adversa a los romanos, debemos achacarlo en su mayor parte a la inexperiencia de aquellos soldados bisoños y sobre todo a la falta de cabeza y de valor de su general.

Al verse atacado, el ejército romano reanudó su marcha, aunque ahora encaminándose sin duda alguna hacia Aliso, distante tres jornadas de allí, asediado cada vez más de cerca por el enemigo y en un estado de creciente desmoralización. Entre los altos oficiales hubo también algunos que desertaron de su deber; uno de ellos huyó del campo de batalla con toda la caballería y dejó que la infantería se enfrentase sola al enemigo. Pero el primero que faltó por entero a su deber fue el propio general: herido en el combate, se quitó la vida antes de que estuviese decidida la suerte de la batalla, tan precipitadamente, que aún tuvieron tiempo los suyos para intentar quemar el cadáver y sustraerlo así al deshonor de caer en manos del enemigo. El ejemplo del jefe fue seguido

por una serie de altos oficiales. Cuando ya todo estaba perdido, el jefe que había tomado el mando capituló y se dio por su propia mano lo único que aún podía darse: la muerte con honor del soldado.

Así fue cómo, en uno de los valles que corren entre las montañas que circundan las tierras del Münster,[2] sucumbió en el otoño del año 9 d. C. el ejército "germánico". Las tres águilas cayeron en manos del enemigo. Ninguno de los destacamentos logró ponerse a salvo, ni siquiera el de aquellas tropas de caballería que habían dejado en la estacada a sus camaradas; sólo unos cuantos hombres sueltos, abandonando a sus unidades, consiguieron salvarse. Los prisioneros, sobre todo los oficiales y los abogados, fueron crucificados o enterrados vivos y muchos sacrificados en el ara por los cuchillos de los sacerdotes germánicos. Las cabezas cortadas fueron colgadas en señal de triunfo de los árboles del bosque sagrado.

Todo el país, a lo largo y a lo ancho, se puso en pie contra la dominación extranjera. Todo el mundo esperaba que Marobodo hiciese causa común con los insurgentes. Todos los puestos romanos, todas las calzadas romanas de la orilla derecha del Rin pasaron sin más a poder de los vencedores. Solamente en Aliso encontraron los germanos una enconada resistencia, organizada por el valiente jefe de aquella guarnición, que no era precisamente un oficial, sino un soldado raso veterano, Lucio Cecidio, y sus tiradores se las arreglaron para hacer tan costosa a los sitiadores, carentes de armas de distancia, la permanencia bajo las murallas de la plaza sitiada, que éstos hubieron de contentarse con reducir el sitio a un simple bloqueo. Agotados ya los últimos defensores de la plaza sin que acabasen de llegar refuerzos, Cecidio salió al campo entre las sombras de una noche oscura, y los restos de su guarnición, a pesar de la rémora de numerosas mujeres y niños que formaban parte de la columna y de las fuertes pérdidas que les infligieron los ataques de los germanos, lograron ganar por fin el campamento de Vétera. Allí se habían

concentrado también, al conocer la catástrofe, las dos legiones apostadas en Maguncia bajo el mando de Lucio Nonio Asprena. La rápida intervención de este jefe, unida a la heroica defensa de Aliso, no permitió a los germanos transplantar su victoria a la orilla izquierda del Rin y tal vez poner a la población de la Galia en pie de guerra contra Roma.

Tiberio en el Rin

La derrota quedó reparada desde el punto en que el ejército del Rin fue no sólo completado, sino considerablemente reforzado. Tiberio se hizo cargo nuevamente del mando de este ejército, y aunque desde el año siguiente a la batalla de Varo (10) la historia de la guerra no registra ningún combate, es muy probable que fuese entonces cuando se cubrió la frontera del Rin con ocho legiones, dividiéndose el mando de esta línea en dos: el del ejército superior, cuyo cuartel general era Maguncia, y el del ejército inferior, que tenía su cuartel general en Vétera, e implantándose allí todo el sistema de organización que se mantuvo fundamentalmente a lo largo de varios siglos.

Parecía lógico esperar que este reforzamiento del ejército del Rin fuese acompañado por una reanudación enérgica de las operaciones al otro lado del río. La lucha que se ventilaba entre Roma y Germania no era una guerra entre dos potencias en equilibrio político, en la que la derrota sufrida por una de ellas pudiera justificar una paz desfavorable para la parte derrotada; era la lucha de una gran potencia civilizada y organizada contra una nación valiente, pero sumida política y militarmente en la barbarie; una lucha cuyo resultado final era claro de antemano y en que un descalabro pasajero no podía alterar en lo más mínimo el plan preestablecido, del mismo modo que un barco no renuncia a seguir viaje porque un golpe de viento contrario lo desvíe de su rumbo. Las cosas ocurrieron, sin embargo, de un modo distinto al que parecía preverse. Tiberio cruzó el Rin al año siguiente (11); pe-

ro esta expedición no se parecía a las anteriores. Permaneció allí todo el verano y festejó en aquellas tierras el cumpleaños del emperador, pero el ejército se mantuvo lo más cerca posible del Rin, sin que se pensara siquiera en organizar expediciones hasta las orillas del Weser y del Elba. Se trataba, evidentemente, de hacer ver a los germanos que sus enemigos no habían olvidado todavía el camino hacia el interior de su país y tal vez también de implantar en la margen derecha las medidas que la nueva política reclamaba.

Germánico

El alto mando común a los dos ejércitos se mantuvo en pie y siguió vinculado a la familia imperial. Germánico había tenido ya mando de tropas en el año 11 al lado de Tiberio; al año siguiente (12), retenido Germánico en Roma por los deberes de su cargo consular, el mando de las tropas del Rin fue regentado exclusivamente por Tiberio; en los comienzos del año 13 se encomendó a Germánico el mando exclusivo de aquella región. Fueron años de inacción, aunque se mantuviese aún en pie el estado de guerra contra los germanos. El impetuoso y ambicioso príncipe heredero sometíase de mala gana a la coacción impuesta sobre él, y se comprende que el soldado no olvidase fácilmente las tres águilas caídas en manos del enemigo, como se comprende también que el hijo carnal de un Druso ardiese en deseos de restaurar la obra de su padre, ahora destruida.

No tardó en presentársele la ocasión, o la buscó él. El 19 de agosto del año 14 murió el emperador Augusto. El primer cambio de titular de la nueva monarquía no dejó de ir acompañado de una cierta crisis, y Germánico tuvo ocasión de demostrar a su padre, con hechos, que no era su designio faltar a la lealtad que le debía. Encontró en ello, además, un fundamento para poder justificar su decisión de llevar a cabo, aun sin que nadie se lo ordenase, la tanto tiempo ansiada invasión de Germania; declaró que esta campaña serviría para

sofocar la desazón causada entre las legiones por el cambio de monarca. Si ello era una razón o simplemente un pretexto, es cosa que no sabemos ni la sabría, probablemente, él mismo. No era fácil cerrar el camino en todas partes al general en jefe del ejército del Rin decidido a cruzar la frontera, y hasta cierto punto dependía exclusivamente de él el decidir hasta dónde debía procederse contra los germanos. Tal vez estuviese también seguro de obrar con arreglo a las intenciones del nuevo monarca, tan acreedor por lo menos como su hermano a ostentar el título de vencedor de los germanos y cuya anunciada presencia en el campamento del Rin podría interpretarse, acaso, en el sentido de que iba allí a reanudar la conquista de Germania, interrumpida por orden del emperador Augusto.

Lo cierto es que la ofensiva al otro lado del Rin fue reanudada. Todavía en el otoño del año 14 cruzó el Rin cerca de Vétera al frente de varios destacamentos de las legiones y subiendo por el valle del Lippe, se internó bastante en el país, asolando aquellas tierras a lo largo y a lo ancho, aplastando a los indígenas y destruyendo sus templos, entre ellos el tan venerado de la diosa Tanfana.

Las poblaciones afectadas —que eran principalmente los bructerios, los tubantes y los usipios— intentaron hacer correr al príncipe heredero, a su regreso, la suerte de Varo; pero la intentona se estrelló contra la enérgica conducta de las legiones.

En vista de que este primer ensayo no había suscitado ninguna censura, sino que por el contrario colmó al general de acciones de gracias y honores decretados para enaltecerle, siguió adelante con sus planes. En la primavera del año 15 concentró el grueso de su ejército en el Rin central y avanzó en persona desde Maguncia contra los catos hasta llegar a la desembocadura superior del Weser, mientras el ejército inferior, más al norte, atacaba a los queruscos y a los marsos. Este proceder tenía hasta cierto punto su justificación en el hecho de que los queruscos, partidarios de los romanos, pero

que, bajo la impresión directa de la catástrofe sufrida por Varo, habían tenido que sumarse a los patriotas, volvían a hallarse ahora en lucha abierta con el partido nacional, mucho más fuerte, e imploraban la intervención de Germánico. El invasor consiguió, en efecto, rescatar al gran amigo de los romanos Segestes, duramente asediado por sus connacionales, apresando de paso a su hija, la casada con Arminio. Y se logró asimismo la rendición de Segimero, hermano de Segestes, que acaudillara años atrás, en unión de Arminio, el levantamiento de los patriotas; las discordias interiores volvían a ser las que más allanaban el camino a la dominación extranjera.

En el mismo año emprendió Germánico la campaña principal, dirigida contra las tierras del Ems. Cecina avanzó desde Vétera sobre la cuenca alta de este río y Germánico salió con la flota desde la desembocadura del Rin con el mismo objetivo; mientras tanto, la caballería seguía a lo largo de la costa, por los dominios de los leales frisones. Después de unir sus fuerzas, los romanos devastaron las tierras de los bructerios y todo el territorio situado entre el Ems y el Lippe, desde donde organizaron una expedición al infortunado lugar en que seis años antes había sucumbido el ejército de Varo, para erigir en él un monumento a la memoria de sus camaradas caídos.

Como siguieran avanzando, la caballería romana se vio atraída a una celada por Arminio y los exasperados patriotas, y habría sido aniquilada a no acudir en su socorro en evitación de mayores males las fuerzas de infantería.

Peligros más graves aguardaban a las tropas romanas en su marcha de regreso desde la cuenca del Ems, que emprendieron por el mismo camino que a la ida. La caballería llegó indemne a sus cuarteles de invierno. Como, dadas las dificultades de la navegación —era por el otoño, en la época del año en que las noches son tan largas como los días—, no bastaba la flota para transportar a las cuatro legiones, Germánico ordenó que dos de ellas volviesen a desembarcar y regresasen a

su punto de partida por las playas y la costa; pero, desconocedores de la relación entre las mareas altas y bajas en esta estación del año, perdieron su bagaje y corrieron el peligro de ahogarse en masa.

La marcha de retorno de las cuatro legiones de Cecina desde el Ems al Rin presentaba una gran semejanza con la de Varo, por no decir que la superaba en peligros, pues el terreno pantanoso que debían atravesar ofrecía aún mayores peligros que los desfiladeros de las montañas boscosas. Los nativos, acaudillados por los dos príncipes queruscos, Arminio y su prestigiosísimo tío Inguimero, se lanzaron en masa sobre las tropas en retirada, animados por segura confianza de que habían de depararles la misma suerte que a Varo, y pululaban por todos los bosques y pantanos de los alrededores. Pero el viejo general romano, fogueado en cuarenta años de vida militar, no perdió su sangre fría ni en medio del mayor peligro, reteniendo firmemente en sus manos a sus tropas hambrientas y desalentadas. Sin embargo, tampoco él habría podido tal vez escapar al desastre a no ser porque, después de un ataque afortunado emprendido durante la marcha, en el que los romanos perdieron gran parte de su caballería y casi todo el bagaje, los germanos, seguros de su victoria y ávidos de botín, no hubiesen desoído los consejos de Arminio para seguir los del otro caudillo y lanzarse inmediatamente al asalto del campamento romano, en vez de seguir cercando al enemigo. Cecina dejó a los germanos llegar hasta las murallas y, cuando estuvieron cerca, irrumpió sobre los asaltantes por todas las puertas y salidas de la fortaleza, con tal furia que les infligió una seria derrota, la cual permitió a los romanos seguir adelante en su retirada sin nuevos contratiempos importantes. En el Rin ya daban por perdido a este ejército y se disponían a destruir el puente cercano a Vétera para impedir, por lo menos, que los germanos se presentasen en la Galia. La cobarde y bochornosa decisión no llegó a consumarse, gracias a la enérgica intervención de una mujer, la esposa de Germánico, hija de Agripa.

La reanudación de las operaciones encaminadas a la sumisión de Alemania no comenzaba, pues, bajo buenos auspicios, precisamente. El invasor había vuelto a pisar y atravesar el territorio situado entre el Rin y el Weser, pero los romanos no se habían apuntado ningún triunfo decisivo y las enormes pérdidas de material, especialmente de caballos, que el enemigo les había infligido, hacíanse sentir profundamente, siendo necesario acudir al recurso del que ya se había echado mano en tiempos de Escipión: el de hacer que las ciudades de Italia y de las provincias occidentales del imperio se impusieran contribuciones patrióticas para reparar los daños sufridos.

Germánico cambió sus planes estratégicos para la siguiente campaña (año 16): intentó apoyar las operaciones encaminadas a la sumisión de Alemania en la flota, por el mar del Norte, a lo que le movían dos razones: la lealtad más o menos grande de que daban pruebas hacia los romanos los pueblos extendidos por la costa, los bátavos, los frisones y los caucios, y el deseo de acortar aquellas interminables y costosas marchas y contramarchas entre el Rin y el Weser y el Elba. Después de emplear esta primavera como la precedente en unos cuantos avances rápidos por el Main y el Lippe, en los comienzos del verano embarcó a todo su ejército en la poderosa flota de transporte que entre tanto había quedado lista para hacerse a la mar, compuesta por mil velas. La flota zarpó de la desembocadura del Rin y llegó sin novedad hasta la del Ems, donde desembarcaron las tropas, siguiendo por tierra, probablemente río arriba, hasta llegar a la confluencia del Ems con el Haase, pasar al valle del Werre y marchar por éste hasta el Weser. De este modo se evitaba la conducción de un ejército de 80 mil hombres a través del bosque de Teutoburgo, preñada de problemas y dificultades, sobre todo para el abastecimiento, se dejaba a retaguardia, en el campamento de la flota, un centro seguro de aprovisionamiento y se podía atacar a los queruscos de la orilla derecha del Weser de flanco, en vez de atacarlos de frente.

Los romanos hubieron de enfrentarse en aquellas tierras a la gran masa de germanos, nuevamente acaudillados por los dos jefes del partido de los patriotas, Arminio e Inguimero. La gran cantidad de hombres de que éstos disponían la revela el hecho de que, dentro ya de los dominios de los queruscos, pudiesen dar batalla en campo abierto a todo el ejército romano en dos encuentros casi seguidos, el primero de los cuales se produjo junto al Weser y el segundo un poco más tierra adentro.[3] Ambas batallas fueron reñidísimas, aunque la victoria fue lograda en ambas por los romanos, cayendo en aquellos campos un número considerable de patriotas nativos. No se hicieron prisioneros y ambos contendientes lucharon con extremada ferocidad.

El segundo Trofeo de Germánico hablaba del sojuzgamiento de todos los pueblos germánicos entre el Rin y el Elba; el hijo parangonaba aquella campaña suya con las brillantes expediciones de su padre y hacía saber a Roma que en la campaña siguiente daría cima a su obra de someter a toda Germania al poder romano.

Sin embargo, Arminio había logrado escapar con vida y seguía dirigiendo la lucha de los patriotas. Un infortunio imprevisto vino además a malograr el triunfo de las armas romanas. En el viaje de regreso, que la mayor parte de las legiones hizo por barco, la flota de transporte en que navegaban fue sorprendida por las tormentas otoñales del mar del Norte. Las naves, arrastradas por las olas, fueron a estrellarse contra las islas del archipiélago frisón y algunas llegaron hasta las costas británicas; gran parte de ellas se perdieron y las que lograron salvarse tuvieron que arrojar por la borda, en su mayoría, caballos y bagajes, dándose por muy contenta la tropa con poder salvar la vida. Aquellas pérdidas equivalían, como en los tiempos de las guerras púnicas, a una derrota. Germánico, perdido con su barco almirante lejos de los demás, en una playa desierta de la costa querusca, desesperado ante aquel revés de la fortuna, dudaba si buscar la muerte en las aguas del mismo océano al que con tanto fervor y tan

en vano había implorado ayuda al comienzo de la campaña. Más tarde, se comprobó que la pérdida de vidas humanas no había sido tan grande como en un principio se temiera, y algunos golpes victoriosos ejecutados por el general, ya de vuelta en el Rin, contra los bárbaros que moraban en las cercanías, levantaron el decaído ánimo de las tropas. Pero, en conjunto, si comparamos la campaña del año 18 con la del año anterior, vemos que las brillantes victorias que arroja se ven contrarrestadas por pérdidas mucho más sensibles.

La remoción de Germánico equivalía al mismo tiempo a la abolición del alto mando sobre el ejército del Rin. La simple medida implantada al dividir el mando había puesto fin a la estrategia seguida hasta entonces. El mero hecho de que la remoción del general en jefe no fuese acompañada del nombramiento de un sucesor implicaba la orientación de colocarse a la defensiva en el Rin. La campaña del año 16 fue, pues, la última que los romanos emprendieron para someter a Alemania y desplazar la frontera del Rin al Elba. No es otra la mira de las campañas libradas por Germánico, como lo indican su mismo desarrollo y el Trofeo en que se celebraba la frontera del Elba como un triunfo. La restauración de las obras militares levantadas en la orilla derecha del Rin, del castillo del Tauno, de la fortaleza de Aliso y de la línea que la unía al campamento de Vétera, encajaba también, en parte, en aquella ocupación de las tierras interiores germánicas encuadrada dentro del plan restringido de operaciones posterior a la batalla de Varo, y en parte se salía considerablemente de este marco. Pero las miras del general no coincidían, o no coincidían plenamente, con las del emperador. Es más que probable que Tiberio, en el fondo, se limitase a tolerar las empresas de Germánico en el Rin, y seguro que al retirarle el mando de aquel ejército en el invierno del 16 al 17 se les quiso poner fin. Sabemos con certeza que se abandonó una parte de lo que ya se había conseguido, sobre todo al retirar la guarnición destacada en Aliso. Al año siguiente de erigirse en el bosque de Teutoburgo el monumento conmemorativo

de sus victorias, Germánico se encontró con que no quedaba en pie ni una sola piedra de él: era un símbolo de los resultados de sus triunfos, que desaparecieron sin dejar rastro y sobre los cuales no habría de seguir construyendo ninguno de sus sucesores.

Cambio de situación

El hecho de que Augusto diese por perdida la conquista de Germania tras la batalla de Varo y de que Tiberio ordenase liquidarla ahora, después iniciada la reconquista, nos autoriza indudablemente a preguntarnos cuáles serían los motivos que indujeron a dos gobernantes del relieve de aquéllos a obrar así y qué alcance tuvieron estos importantes acontecimientos para la política general del imperio.

La batalla de Varo es un misterio, no desde el punto de vista militar, pero sí desde el punto de vista político, no en cuanto a su desarrollo, sino en cuanto a sus consecuencias. Augusto estaba en lo cierto cuando hacía responsable de la pérdida de sus legiones, no al enemigo ni al destino, sino a su general. Aquello había sido un desastre de esos que los jefes de tropas incapaces infligen de vez en cuando a todo Estado. Es difícil comprender por qué la destrucción de un ejército de 20 mil hombres, que no fue seguida de otras consecuencias militares inmediatas, podía imprimir un cambio de rumbo decisivo a la gran política de una potencia mundial inteligentemente gobernada. Y, sin embargo, ambos emperadores soportaron aquel descalabro con una paciencia sin precedente y muy dudosa y peligrosa para la posición del gobierno tanto frente al ejército como frente a sus vecinos. No obstante, dejaron que se convirtiese en definitiva la paz concertada con Marobodo, concebida sin duda alguna, en principio, como un simple armisticio, y no intentaron siquiera apoderarse de la cuenca superior del Elba. Podemos estar seguros de que no sería nada grato para Tiberio ver cómo se derrumbaba la gran obra que él iniciara conjuntamente con su

hermano y que, al morir éste, dejara casi terminada: el entusiasmo con que se apresuró, apenas reasumió el mando, a reanudar la guerra germánica, iniciada hacía diez años, indica cuán duro hubo de hacérsele renunciar luego a ella. Sin embargo, no fue sólo Augusto, sino que fue también él, Tiberio, después de la muerte de aquél, quien se aferró a esta renuncia. ¿Cómo explicarse esto? No creemos que pueda encontrarse otra razón en apoyo de ello que su convencimiento de que los planes perseguidos durante veinte años para el desplazamiento de la frontera septentrional eran irrealizables y de que el sometimiento y la defensa de los territorios situados entre el Rin y el Elba parecían sobrepasar las fuerzas del imperio.

La frontera anterior del imperio iba desde el Danubio central hasta las fuentes de este río y al alto Rin y desde aquí, Rin abajo, hasta el mar. Es indudable que el desplazamiento de esta frontera hasta el Elba siguiendo todo el curso de este río, cuyos manantiales no quedan lejos del Danubio central, habría acortado y mejorado esencialmente la línea fronteriza. Y es probable que, además de las evidentes ventajas militares, se tuviese en cuenta también el factor político, pues el mantener a los altos mandos lo más alejados posible de Roma y de Italia era una de las máximas fundamentales de la política de Augusto, y es casi seguro que un ejército del Elba difícilmente habría llegado a desempeñar en la trayectoria ulterior de Roma el papel que asumieron harto pronto los ejércitos del Rin.

Las premisas de este problema: el sometimiento del partido de los patriotas germanos y el del rey de los suevos de Bohemia, no eran empresa fácil; sin embargo, ya una vez había estado Roma muy cerca de alcanzar estos objetivos, cuyo logro, con una buena dirección estratégica, no podía fracasar. Problema distinto era el de si, después de alcanzar la frontera del Elba, podrían ser retiradas las tropas del territorio situado entre este río y el Rin; era éste un problema que la guerra dalmático-panónica planteaba al gobierno romano con carac-

teres muy agudos. El hecho de que la entrada inminente del ejército romano del Danubio en Bohemia hubiese desencadenado en el Ilírico una insurrección popular que costó cuatro años y supremos esfuerzos dominar, indicaba que no sería posible dejar aquellos vastos territorios desguarnecidos ni de momento ni a la vuelta de muchos años. Y otro tanto ocurría, evidentemente, en el Rin.

Es cierto que los romanos solían jactarse de que les bastaba con la guarnición de Lyon, formada por 1200 hombres, para tener sometida a toda la Galia; pero el gobierno no podía olvidar que los dos grandes ejércitos apostados junto al Rin no tenían como misión solamente la de contener a los germanos, sino también la de defender el poder de Roma ante la población de la Galia, que no se distinguía precisamente por su docilidad. Trasladados al Weser, y mucho más al Elba, estos ejércitos no habrían podido prestar ese servicio en las mismas condiciones, y el imperio no disponía de fuerzas suficientes para defender el Rin y el Elba al mismo tiempo.

Todas estas consideraciones debieron de haber llevado a Augusto a la conclusión de que con la fuerza militar de que entonces se disponía, considerablemente reforzada desde hacía poco, es verdad, pero a pesar de ello muy inferior a lo que las necesidades exigían, aquel grandioso plan de desplazamiento de la frontera era irrealizable. El problema convertíase así de un problema militar en un problema de política interior, y especialmente en un problema financiero. Ni Augusto ni Tiberio se decidieron a seguir aumentando los gastos de sostenimiento del ejército. Podemos censurarlo, si queremos. A ello contribuyeron sin duda alguna, tal vez en detrimento del Estado, aquel doble golpe paralizador de las insurrecciones ilírica y germánica, de efectos catastróficos, la avanzada edad y las energías languidecientes del emperador, la aversión cada vez más acentuada de Tiberio por las acciones audaces y las grandes iniciativas, y sobre todo por cuanto significase apartarse de la política de Augusto.

Es fácil percibir a través de la conducta de Germánico, explicable sin duda aunque difícil de justificar, de qué mala gana acogieron el ejército y la juventud la renuncia a la nueva provincia germánica. En aquel pobre intento de retener, por lo menos en cuanto al nombre, la Germania perdida con ayuda de unos cuantos cantones germánicos en la orilla izquierda del Rin y en las palabras equívocas y vacilantes con que el propio Augusto, al rendir cuentas de su gobierno, reivindica a Germania como territorio romano, se trasluce bien a las claras la perplejidad que el gobierno sentía al comparecer ante la opinión pública a dar cuentas de esto.

El zarpazo sobre la frontera del Elba había sido algo grandioso, tal vez excesivamente audaz, una empresa acometida por Augusto, que en general no volaba tan alto, acaso tras largos años de vacilaciones y sin que dejara de influir decisivamente en su resolución, a no dudarlo, el entusiasmo del más joven de sus hijastros, el más querido de él. Pero el volverse atrás de un paso demasiado audaz, una vez dado, implica por regla general, más que la rectificación de un error, la comisión de otro nuevo. La monarquía, recién instaurada, necesitaba para su prestigio conservar inmaculado el honor militar e íntegro el éxito guerrero de un modo muy distinto que el antiguo régimen de la oligarquía civil; el hecho de que desde la batalla de Varo no volviesen a cubrirse jamás los números 17, 18 y 19 en la lista de los regimientos romanos no encajaba bien en el prestigio militar del régimen, y ninguna retórica por adicta que fuese podía transfigurar con luces de victoria la paz pactada con Marobodo a base de un simple armisticio.

La hipótesis de que Germánico había iniciado aquellas empresas militares de tanta envergadura infringiendo una verdadera orden de su gobierno no puede admitirse, pues está en contradicción con toda la posición política que ocupaba este general. No podemos eximirle, en cambio, del reproche de haberse valido de su doble posición de general en jefe del primer ejército del imperio y de futuro sucesor al trono para

llevar adelante por sí y ante sí sus planes político-militares, como tampoco podemos eximir al emperador de la acusación no menos grave de haberse amilanado, tal vez por miedo a las murmuraciones, tal vez, simplemente, por miedo a manifestar con toda claridad y a llevar adelante con toda energía sus propias decisiones. Si Tiberio consintió por lo menos en que se reanudase la ofensiva, debió de ser porque se daba cuenta de las muchas razones que abonaban una política más vigorosa. Como suelen hacer las personas demasiado reflexivas y cautelosas, dejó indudablemente que el destino se encargara de decidir por él, hasta que el nuevo y grave fracaso del príncipe heredero volvió a justificar la política de la vacilación.

No era fácil, ciertamente, para un gobierno contener a un ejército que había sabido rescatar dos de las tres águilas conquistadas por el enemigo, pero se consiguió. Cualesquiera que hayan sido los motivos objetivos y los móviles personales que inspiraron esta decisión, es lo cierto que nos encontramos ante un momento decisivo de los destinos de los pueblos. También la historia tiene sus mareas altas y bajas. Después de la marea alta del imperio mundial de Roma, sobreviene ahora una fase de reflujo. Al norte de Italia, la dominación romana logró extenderse durante unos pocos años hasta el Elba; desde la batalla de Varo, sus fronteras volvieron a ser el Danubio y el Rin. Una leyenda, pero muy antigua, cuenta que el primer conquistador de Germania, Druso, se encontró al llegar al Elba con una mujer de talla gigantesca y rasgos germánicos, que le gritó una sola palabra: "¡Atrás!". Esta palabra no se pronunció, pero se cumplió.

Germanos contra germanos

Sin embargo, la derrota de la política de Augusto, pues de tal debemos calificar sin duda alguna la paz con Marobodo y la resignada aceptación del desastre de Teutoburgo, apenas si fue una victoria para los germanos. Después de la batalla de

Varo, se encendería probablemente en los espíritus de los mejores la esperanza de que la nación saldría más o menos unida de la espléndida victoria conseguida por los queruscos y sus aliados y del repliegue del enemigo tanto en el oeste como en el sur. Puede que fuese precisamente en aquellas crisis cuando advirtieran que nacía en ellos el sentimiento de la unidad los sajones y los suevos, que hasta entonces se habían enfrentado entre sí como enemigos. El hecho de que los primeros enviasen al rey de los suevos, desde el campo de batalla, el trofeo de la cabeza de Varo, sólo puede interpretarse como la expresión salvaje de la idea de que había llegado para todos los germanos la hora de lanzarse en una embestida común contra el imperio romano y de asegurar las fronteras y la libertad del país del único modo que podían asegurarlos: aplastando en su propio solar al irreconciliable enemigo. Pero el rey de los suevos, que era un hombre culto y un cauto gobernante, recibió la ofrenda de los insurrectos para enviársela a Augusto y que éste enterrase la cabeza de su general; no hizo nada en favor pero tampoco en contra de los romanos y se mantuvo inquebrantablemente aferrado a su neutralidad.

A raíz de la muerte de Augusto se temía en Roma que los marcomanos irrumpiesen en la Retia, pero este temor carecía al parecer de fundamento, y cuando luego Germánico reanudó la ofensiva contra los germanos desde el Rin, el poderoso rey de los marcomanos no salió de su pasividad. Esta política de astucia o de cobardía mantenida en medio de un mundo germánico agitado hasta en sus entrañas y embriagado de triunfos y esperanzas patrióticos, estaba cavándose su propia tumba. Los pueblos suevos más alejados y que sólo se hallaban unidos por nexos muy débiles con el imperio, los semnones, los longobardos y los gotones, rompieron sus lazos de fidelidad hacia este rey e hicieron causa común con los patriotas sajones; es probable que de allí afluyesen las principales fuerzas que vinieron a engrosar los contingentes mandados por Arminio e Inguiomero en su lucha contra Germánico.

Cuando, poco después, los romanos desistieron de seguir atacando, los patriotas se lanzaron (en el año 17) contra Marobodo, dirigiendo tal vez sus tiros contra la monarquía en general, por lo menos tal como este rey la regentaba según el patrón romano.

Pero los atacantes se hallaban ya minados también por las disensiones. Aquellos dos príncipes queruscos, estrechamente emparentados, que en los últimos combates habían acaudillado a los patriotas, si no victoriosamente, por lo menos con valentía y con honor, y que hasta ahora habían peleado hombro con hombro, ya no marchaban juntos en esta guerra. Inguiomero, el tío, no quiso seguir siendo el segundón al lado de su sobrino Arminio y, al romperse las hostilidades, se pasó al lado de Marobodo. La batalla final se libró, pues, por germanos contra germanos y hasta entre gentes de la misma nacionalidad, pues en ambos bandos combatían tanto suevos como queruscos. La suerte del encuentro permaneció largo tiempo indecisa; ambos ejércitos habían aprendido en la escuela de la táctica romana y los dos peleaban movidos por la misma pasión y el mismo encono. No fue una victoria, en realidad, lo que consiguió Arminio, pero el enemigo le dejó el campo de batalla, y como Marobodo parecía llevar las de perder, todos los que hasta ahora habían sostenido su causa le abandonaron y se encontró reducido a su propio reino. Imploró la ayuda de los romanos contra sus poderosos enemigos, pero Tiberio, recordándole su comportamiento después de la batalla de Varo, le replicó que ahora los romanos permanecerían también neutrales. El final de su carrera se acercaba rápidamente. Al año siguiente (el 18) un príncipe de los gotones, Catualda, a quien hacía tiempo había ofendido personalmente y que luego le había vuelto la espalda con los demás suevos de fuera de la Bohemia, le atacó en su misma residencia real. Abandonado por los suyos, pudo escapar a duras penas y fue a refugiarse entre los romanos, quienes le brindaron el asilo que imploró de ellos. Marobodo murió muchos años después, en Rávena, como pensionista romano.

Puestos en fuga los adversarios de Arminio y sus rivales, la nación germánica no podía alzar los ojos más que a aquél. Pero esta grandeza era también su peligro y fue su perdición. Sus mismos hermanos de raza y sobre todo los de su nacionalidad le acusaban de seguir el mismo camino que Marobodo y de querer ser, no sólo el primero, sino el señor y rey de todos los germanos. No es posible saber si en esta acusación había algo de cierto y si, suponiendo que lo hubiera, eran o no legítimas sus ambiciones. Lo cierto es que se produjo una guerra civil entre Arminio y estos representantes de la libertad popular. Y dos años después de ser proscrito Marobodo, cayó también Arminio, fulminado como César por el acero homicida de un grupo de nobles de sentimientos republicanos, allegados a él. Su esposa Tusnelda y su hijo Tumelico, nacido en la prisión y que no llegó a conocer, desfilaron por el Capitolio para festejar el triunfo de Germánico (el 26 de mayo del año 17), con los demás prisioneros de la nobleza germánica y encadenados como ellos. El viejo Segestes fue recompensado por su lealtad hacia los romanos con un sitio de honor, desde el que pudo ver desfilar, en el cortejo de prisioneros, a su hija y a su nieto. Todos ellos murieron en tierra del imperio romano; Marobodo coincidió en el destierro de Rávena con la esposa y el hijo de su enemigo.

Cuando Tiberio, al retirar a Germánico del alto mando sobre el ejército del Rin, dijo que contra los germanos no era necesario hacer la guerra, pues ellos mismos se encargarían de seguir haciendo lo que convenía a los intereses de Roma, demostraba conocer a sus enemigos; en esto, al menos, le ha dado la razón la historia. Pero el hombre de levantado espíritu que a los 26 años salvara a su patria sajona de la dominación extranjera, que luego luchó durante siete años como soldado y como general por la libertad reconquistada y que no sólo entregó su cuerpo y su vida, sino también a su mujer y a su hijo, para caer a los 37 años bajo el puñal de unos asesinos, encontró en su pueblo lo que éste podía darle: la glorificación de la epopeya.

[1] El relato de Dion Casio, el único que nos transmite las noticias de esta catástrofe de un modo un poco coherente, explica bastante bien cómo discurrió, siempre y cuando que se tenga en cuenta, cosa que él no hace, la relación general entre el campamento de verano y el de invierno, contestando de este modo a la pregunta muy justificada que formula Ranke *(Weltgeschichte,* 3, 2, 275) cuando dice cómo pudo ponerse en marcha todo el ejército contra una insurrección puramente local. El informe de Floro no descansa ni mucho menos en otras fuentes anteriores, como supone el autor que acabamos de citar, sino simplemente en el entrelazamiento dramático de los motivos, como suele ocurrir en historiadores de este tipo. El que Varo se hallaba administrando tranquilamente justicia y el asalto del campamento son datos que nos transmite la mejor tradición, y además en su conexión causal; el ridículo relato de que mientras Varo estaba sentado en su silla curul y el alguacil citaba a las partes, los germanos irrumpían ya en el campamento por todas las puertas, no es ya tradición histórica, sino un cuadro compuesto a base de ella. Claramente se comprende que esto, además de ser incompatible con el sentido común, lo es con la descripción que Tácito nos hace de los tres campamentos de marcha.

[2] Como Germánico, volviendo del Ems, devastó el terreno situado entre el Ems y el Lippe, es decir, la región de Münster, y el *Teutoburgiensis saltus,* donde pereció el ejército de Varo, no queda lejos de allí (Tácito, *ann.* 1, 61), lo que primero se le ocurre a uno es referir este nombre, que no encaja en la planicie de Münster, a las alturas que la cierran por el nordeste, o sea al Osning, aunque también podría hacer referencia a la cadena montañosa de Wiehen que corre paralelamente al Osning un poco más al norte, desde Minten hasta el nacimiento del Hunte. No sabemos en qué punto del Weser se levantaría el campamento de verano; sin embargo, a juzgar por la colocación de Aliso cerca de Paderborna y por las comunicaciones entre aquél y el Weser, es lo más probable

que estuviese situado, sobre poco más o menos, en Minden. La dirección de la marcha hacia atrás pudo ser cualquiera menos la directa hacia Aliso por el camino más corto, por lo cual la catástrofe no se produciría en la misma línea militar de comunicación entre Minden y Paderborna, sino a una distancia mayor o menor de ella. Tal vez Varo marcharía de Minden en dirección a Osnabrück, intentando luego, al verse atacado allí, llegar a Paderborna y habiendo encontrado su fin en uno de aquellos dos macizos montañosos. Hace ya varios siglos que se encontró en la comarca del Venne, junto a las fuentes del Hunte, una cantidad sorprendentemente grande de monedas romanas de oro, plata y cobre de las que circulaban en la época de Augusto, mientras que apenas si se descubrieron nunca allí monedas de un periodo posterior (*cf.* las noticias que suministra Paul Hoefer, *Der Feldzug des Germanicus im Jahre,* Gotha, 1884 ss.). No puede pensarse que estos hallazgos procediesen de un tesoro, por haber aparecido en distintos sitios o por tratarse de metales de distintas clases; tampoco que procediesen de un centro comercial, por ser todas de una sola época; todo parece indicar que fueron la herencia de un gran ejército aniquilado, y todos los informes que tenemos acerca de la batalla de Varo parecen coincidir con este sitio.

En cuanto al año en que ocurrió la catástrofe, jamás debió ser objeto de discusión; los que la desplazan al año 10 incurren, sencillamente, en un error. El año se concreta en cierto modo por el hecho de que entre el momento en que se ordenó festejar la victoria en el Ilírico y aquel en que se recibió en Roma la nueva del desastre sólo transcurren cinco días, y aquella fiesta presupone probablemente la victoria del 3 de agosto, aun cuando no fuese organizada inmediatamente después. Según esto, la derrota de Varo ocurriría aproximadamente en septiembre u octubre, con lo que concuerda también el hecho de que la última marcha efectuada por Varo fue, evidentemente, la marcha de regreso del campamento de verano al de invierno.

[3] La hipótesis de Schmidt *(Westfälische Zeitschrift,* 20, p. 301) según la cual la primera batalla en los campos de Idistavise se libraría tal vez cerca de Bückenburg y la segunda, teniendo en cuenta que se habla de pantanos próximos, probablemente cerca del lago de Steinhuder, junto a la aldea de Bergkirchen, situada al sur de él, no se alejará mucho, seguramente, de la verdad y puede ser considerada, por lo menos, como una ilustración. En este caso como en tantos otros, tratándose de los relatos de batallas hechos por Tácito, hay que resignarse a no llegar a un resultado seguro.

III. España

Las contingencias de la política exterior hicieron que los romanos se estableciesen en la península pirenaica antes que en ningún otro punto del continente ultramarino y que implantasen allí un doble mando permanente. Tampoco la república se limitó, en España, a ocupar las costas del mar itálico, como en la Galia y en el Ilírico, sino que concibió desde el primer momento, siguiendo las huellas de los Barcas, el plan de conquistar la península entera. Con las gentes de Lusitania (que poblaban Portugal y Extremadura) habían peleado los romanos desde que se llamaban dueños y señores de España. La "provincia ulterior" fue organizada en realidad contra los lusitanos y al mismo tiempo que la "citerior"; los galaicos (Galicia) habíanse sometido a los romanos un siglo antes de la batalla de Accio; poco antes de librarse esta batalla, el futuro dictador César, en su primera campaña, había llevado las armas romanas victoriosas hasta Brigantio (Coruña), consolidando así de nuevo la pertenencia de esta tierra a los dominios de la "provincia ulterior".

Sumisión militar de España

Más tarde, en los años que mediaron entre la muerte de César y la instauración de la monarquía de Augusto, jamás se estuvieron quietas las armas en el norte de España: no menos de seis gobernadores alcanzaron el triunfo allí durante este breve periodo de tiempo, y fue tal vez en esta época, asimismo, cuando principalmente se logró someter al poder

de Roma la vertiente sur de los Pirineos. Estas victorias fueron, seguramente, una derivación de las guerras libradas contra los aquitanos, afines por su nacionalidad a aquellas otras poblaciones, en el norte de la cordillera pirenaica, guerras que ocurrieron por la misma época y la última de las cuales terminó victoriosamente en el año 27 a. C.

Al reorganizarse la administración del imperio en este mismo año, se asignó la península a Augusto, porque se proyectaba emprender en ella operaciones militares de cierta envergadura y hacíase necesario destacar allí guarniciones permanentes. Y aunque la tercera parte meridional de la "provincia ulterior", llamada a partir de entonces la Bética por el nombre del río Betis (Guadalquivir), no tardó en ser restituida al régimen senatorial, la inmensa mayoría de la península siguió siendo siempre una provincia imperial, tanto la parte más considerable de la "provincia ulterior", Lusitania y Galicia, como la totalidad de los vastos dominios que formaban la "provincia citerior".

Inmediatamente después de crearse el nuevo alto mando, Augusto se trasladó personalmente a España para organizar sobre el terreno, en dos años de estancia (años 26 y 25), la nueva administración y dirigir la ocupación de las partes aún no sometidas del país. Se instaló para llevar a cabo esta obra en Tarraco (Tarragona), donde se estableció para estos y para todos los efectos la sede del gobierno de la "España citerior", que antes estaba en Carthago Nova (Cartagena); a partir de entonces, la provincia fue conocida generalmente con el nombre de la "Tarraconense". Aunque se consideró necesario no alejar la sede del gobierno de la costa, la nueva capital tenía la ventaja de que dominaba toda la zona del Ebro y las comunicaciones con el noroeste de España y los Pirineos.

Los astures (en las provincias de Asturias y León) y sobre todo los cántabros (en el país vasco y en la provincia de Santander), que se defendían tenazmente en sus montañas y se corrían a las tierras vecinas, obligaron al invasor a hacer una guerra dura y costosa que —con intervalos que los romanos

llamaban victorias— duró ocho años, hasta que Agripa consiguió poner fin a la resistencia en campo abierto destruyendo los pueblos de las montañas y trasladando a sus habitantes a los valles.

Si es cierto, como dijo el emperador Augusto, que desde su tiempo toda la costa del océano, desde Cádiz hasta la desembocadura del Elba, obedecía a los romanos, hay que reconocer que en este rincón del litoral la obediencia distaba mucho de ser voluntaria y era poco de fiar. El noroeste de España no parece haberse llegado a pacificar nunca, ni de lejos. Todavía en tiempo de Nerón se habla de expediciones guerreras contra los astures. Pero aún es más elocuente la ocupación del país ordenada por Augusto. Galicia fue separada de Lusitania e incorporada a la provincia tarraconense, para concentrar en una sola mano el alto mando del norte de España.

Esta provincia no sólo era por aquel entonces la única que, sin lindar con tierra enemiga, tenía un mando militar legionario, sino que Augusto envió allí no menos de tres legiones, dos a Asturias y una a Cantabria, sin que estas fuerzas de ocupación se mermasen a pesar de las apuradas situaciones que se presentaron en el Ilírico y en Germania. El cuartel general de estas tropas estaba entre la antigua metrópoli de Asturias, Lancia, y la nueva Astúrica Augusta (Astorga), en la ciudad que todavía hoy lleva el nombre de León, derivado de aquel origen.

Las numerosas calzadas abiertas en aquella región en los primeros tiempos del imperio guardan también, probablemente, relación con la gran cantidad de tropas destacadas en el noroeste de España, aunque no podamos demostrar en detalle esa relación, por desconocer la distribución de estas tropas en la época de Augusto. Así, por ejemplo, Augusto y Tiberio abrieron una comunicación entre la capital de Galicia, Brácara (Braga), y la Astúrica, es decir, el gran cuartel general, y al mismo tiempo con las ciudades situadas en el norte, noroeste y sur de España. Calzadas semejantes a ésta fueron

construidas por Tiberio en la región de los vascones y en Cantabria.

Poco a poco pudo irse disminuyendo la guarnición; bajo Claudio se retiró una legión y bajo Nerón otra, para destinarlas a diferentes sitios. Sin embargo, estas fuerzas se consideraban asignadas a otros sectores simplemente en función de servicio. Todavía en los primeros años del reinado de Vespasiano nos encontramos con que las tropas romanas de guarnición en España eran tan numerosas como al principio, habiendo sido los Flavios quienes las redujeron en número, Vespasiano a dos legiones y Domiciano a una. A partir de entonces y hasta la época de Diocleciano, sólo se conservó en España una legión, la "7a. Gémina", con un cierto número de contingentes auxiliares, de guarnición en León.

Ninguna provincia sufrió menos bajo el principado, tanto de las guerras exteriores como de las interiores, que ésta, situada en la punta occidental del continente. En esta época los mandos de las tropas abrazaban en cierto modo el bando de unos u otros partidos rivales, pero también en este aspecto desempeñó el ejército destacado en España un papel puramente secundario: Galba sólo tomó parte en la guerra civil como auxiliar de su colega, aunque el simple azar le situase luego en el primer lugar. La fuerza sorprendentemente grande de la guarnición emplazada en el noroeste de la península, que aún después de reducida seguía siendo muy considerable, en relación con las de otros territorios, permite suponer que todavía en los siglos segundo y tercero no se hallaba esta región completamente pacificada. No obstante, carecemos de datos para precisar el empleo dado a las legiones dentro de la provincia ocupada por ellas. La guerra contra los cántabros se llevó a cabo con ayuda de naves de guerra; más tarde los romanos no tuvieron ocasión de organizar aquí una estación naval permanente.

Hasta llegar a la época posdiocleciana no encontramos la península ibérica desprovista de guarnición permanente, al igual que la itálica y la greco-macedónica.

La provincia de Bética hubo de sufrir muchas veces, por lo menos desde comienzos del siglo II, el azote de los moros —los piratas del Rif— que tenían su guarida en las costas situadas frente a España; pero de ello hablaremos cuando tratemos de las provincias africanas. Esto es lo que explica probablemente por qué, a pesar de que en las provincias senatoriales no solían mantenerse tropas imperiales, en la ciudad de Itálica (cerca de Sevilla) estaba de guarnición un destacamento de la legión leonense. Pero era sobre todo el mando estacionado en la provincia de Tingis (Tánger) el que tenía la misión de defender de estas incursiones las ricas comarcas del sur de España. Llegó a darse, sin embargo, el caso de que ciudades como Itálica y Síngili (no lejos de Antequera) fuesen sitiadas por los piratas.

La romanización de España

Si en algún sitio se había preparado por la república el terreno para la obra histórico-universal del imperio, para la romanización del occidente, era precisamente en España. El comercio pacífico se encargó de proseguir lo que la espada había cimentado. Las monedas romanas de plata circularon en España mucho antes de que tuviesen curso en otros países fuera de Italia, y las minas, la viticultura y la oleicultura y las relaciones comerciales traían al litoral, sobre todo en el suroeste del país, una afluencia constante de elementos itálicos. Carthago Nova, ciudad fundada por los Barcas y que fue desde sus orígenes hasta la época de Augusto la capital de la provincia citerior y el primer centro comercial de España, se hallaba ya rodeada en el siglo VII d. C. de una numerosa población romana. Carteya, frente a lo que hoy es Gibraltar, fundada una generación antes de la época de los Gracos, fue el primer municipio urbano ultramarino con una población de origen romano. La ciudad hermana de Cartago, tan famosa en la Antigüedad, Gades (Cádiz), fue la primera ciudad ex-

tranjera fuera de Italia que adoptó el derecho romano y la lengua de Roma.

En la mayor parte del litoral del Mediterráneo, la vieja civilización indígena y la fenicia se habían ido encauzando ya bajo la república con arreglo a las modalidades y al sentido del pueblo dominante, y bajo el imperio en ninguna provincia se fomentó la romanización de arriba abajo tan enérgicamente como en España. Sobre todo, la parte sur de la Bética, entre el Betis y el Mediterráneo, contaba ya bajo la república o en tiempo de César, y más tarde fue aumentada por Augusto, en los años 15 y 14 a. C., con una serie de municipios dotados del derecho de plena ciudadanía romana, que aquí no se hallaban preferentemente en la costa como en otras partes, sino en el interior del país y a la cabeza de los cuales figuraban Híspalis (Sevilla) y Córduba (Córdoba), investidas de derecho colonial, Itálica y Gades (Cádiz), de derecho municipal. También en el sur de Lusitania nos encontramos con un cierto número de ciudades de pleno derecho, tales como Olisipo (Lisboa), Pax Julia (Beja) y la colonia de veteranos Emérita (Mérida), fundada por Augusto durante su estancia en España y que pasó a ser la capital de esta provincia. En la Tarraconense, los municipios dotados de derecho de ciudadanía predominaban sobre todo en la costa: Carthago Nova (Cartagena), Ilici (Elche), Valentia (Valencia), Dertosa (Tortosa), Tarraco (Tarragona), Barcino (Barcelona); tierra adentro, se destaca solamente la colonia de Cesaraugusta (Zaragoza), en el valle del Ebro. Bajo Augusto existían en toda España cincuenta municipios con derecho de plena ciudadanía; aproximadamente cincuenta habían recibido hasta entonces el *ius latium* y se hallaban equiparados a los otros en cuanto a su régimen interior. A los demás les fue concedida la latinidad por el emperador Vespasiano, con motivo del censo general del imperio ordenado por él en el año 74. La concesión del derecho de ciudadanía no llegó a extenderse ni entonces ni en los mejores tiempos del imperio mucho más que en la época de Augusto; a ello debió de contribuir de un modo de-

cisivo, entre otras razones, el régimen de reclutamiento, que tropezaba con ciertas restricciones en comparación con el aplicado a los ciudadanos del imperio.

En la historia del imperio no se manifiesta nunca con rasgos claramente acusados la población española indígena, la cual se hallaba, como vemos, mezclada con habitantes de origen itálico y se orientaba, además, hacia las costumbres y la lengua latinas. Es probable que aquella raza cuyos restos y lengua se conservan todavía hoy en las montañas de Vizcaya, Guipúzcoa y Navarra, fuese la primitiva pobladora de toda la península, de modo parecido a como los bereberes lo fueron del norte de África. Su idioma, radicalmente distinto de las lenguas indogermánicas y sin desinencias, como el de los finlandeses y el de los mongoles, demuestra su primitivo carácter independiente, y sus monumentos históricos más importantes, las monedas, abarcan en el siglo primero de la dominación de los romanos en España toda la península con excepción de la costa meridional desde Cádiz hasta Granada, donde dominaba entonces la lengua fenicia, y de las tierras situadas al norte de la desembocadura del Tajo y al oeste de las fuentes del Ebro, que en aquella época eran, probablemente, independientes en su mayor parte y con seguridad absolutamente carentes de civilización.

En esta zona ibérica se manifiesta indudablemente una clara diferencia entre la escritura del sur de España y la empleada en la provincia del norte, pero se acusa también con no menos claridad el hecho de que ambas zonas eran ramas de un tronco común. La inmigración fenicia se mantuvo aquí dentro de límites todavía más restringidos que en África, y la mezcla céltica no llegó a modificar la uniformidad general del desarrollo nacional de los españoles en términos perceptibles para nosotros.

Pero los conflictos entre los romanos y los iberos pertenecen fundamentalmente a la época republicana. Después de las últimas escaramuzas militares de que tenemos noticia bajo la primera dinastía, los iberos desaparecen completamente

de nuestra vista. Tampoco poseemos testimonios que nos permitan resolver satisfactoriamente el problema de saber hasta qué punto fueron romanizados en la época del imperio. Lo que podemos afirmar, pues no necesita apoyarse en ninguna prueba, es que en sus relaciones con los dominadores extranjeros debían servirse desde el primer momento de la lengua latina; pero, bajo la influencia de Roma, la lengua y la escritura nacionales van desapareciendo también del uso común, dentro de los municipios. Ya en el último siglo de la república nos encontramos con que las monedas indígenas, que al principio se hallaban autorizadas en gran medida, han desaparecido esencialmente de la circulación; no se conoce ninguna moneda municipal española de la época del imperio que no esté acuñada en latín. Aun entre los españoles que no gozaban de la ciudadanía itálica, era muy común el empleo de la lengua romana, como lo era el del traje romano, y el gobierno se encargaba de fomentar la romanización real y efectiva del país. Al morir Augusto la lengua y las costumbres romanas predominaban en Andalucía, Granada, Murcia, Valencia, Cataluña y Aragón, y una buena parte de esta obra debe imputarse, no a la colonización precisamente, sino a la romanización. Mediante la orden de Vespasiano a que nos hemos referido más arriba, se limitó el uso de la lengua indígena, legalmente, al trato privado. Y su existencia actual demuestra que se afirmó y prevaleció dentro de esta órbita. La lengua que hoy vive solamente entre las montañas, a donde no llegaron ni los godos ni los árabes, se hablaría, seguramente, bajo los romanos, en una gran parte de España, especialmente en el noroeste.

No obstante, en España la romanización se produjo, con seguridad, mucho antes y con mayor fuerza que en África. En tierras africanas abundan relativamente los monumentos procedentes de la época del imperio con inscripciones en lengua indígena, mientras que en España apenas queda rastro de ellos; la lengua bereber sigue hablándose todavía hoy en la mitad del norte de África, al paso que la lengua ibérica

sólo vive en los estrechos valles del país vasco. Y es lógico que así fuese, pues la civilización romana penetró en España mucho antes y con mucha mayor fuerza que en África, aparte de que la población nativa no contaba allí con el sostén de las tribus libres.

Caminos y fuentes de riqueza

Un país tan rico como éste tenía que ser, sin duda, una de las más seguras y más rentables fuentes para las finanzas del imperio; no poseemos, sin embargo, datos precisos acerca de esto.

En cuanto a la importancia del sistema de comunicaciones de estas provincias, es bien elocuente el cuidado con que el gobierno atendía a la red de calzadas de España. Entre los Pirineos y Tarragona se han descubierto piedras miliares romanas procedentes de los últimos tiempos de la república, como no se han encontrado en ninguna otra provincia del Occidente. Ya hemos indicado más arriba que Augusto y Tiberio fomentaron la construcción de caminos en España por razones militares fundamentalmente; pero la calzada construida por Augusto en Carthago Nova sólo podía obedecer a fines comerciales. Y al comercio servía también, principalmente, la gran calzada del imperio que llevaba el nombre de Augusto, en algunos puntos rectificada y en otros construida de nuevo, y que continuando la calzada tendida a lo largo de la costa itálico-gala y después de atravesar los Pirineos por el paso de Puigcerdá, seguía bordeando casi constantemente el mar hasta Tarraco, y de allí por Valentia hasta la desembocadura del Júcar, donde se internaba tierra adentro para buscar el valle del Betis y luego, desde el arco de Augusto, que marcaba el límite de las dos provincias y donde comenzaba una nueva numeración miliar, por la provincia bética hasta la desembocadura del Guadalquivir, comunicando así a Roma con el océano. Cierto que era ésta la única calzada del imperio en España. Más tarde, el gobierno no hizo gran cosa por

construir ni conservar los caminos en la península; los municipios, a los que fue encomendado en lo esencial este servicio, parecen haberse cuidado, por lo que sabemos, prescindiendo de la meseta central, de mantener las comunicaciones a la altura que requería el nivel cultural de la provincia.

España, a pesar de ser un país montañoso, con bastante terreno estepario y tierras yermas, figura, sin embargo, entre los países más productores de la tierra, tanto por la gran abundancia de frutos agrícolas como por su riqueza en vino, aceite y metales. A esto hay que añadir la industria, que se desarrolló allí desde muy temprano, sobre todo la del hierro y los tejidos de lana y de lino. En los censos levantados bajo Augusto, ningún municipio romano, con excepción de Patavio, reveló una cantidad tan grande de gentes ricas como la ciudad española de Gades, con sus comerciantes al por mayor, repartidos por todo el mundo. Y a este nivel de riqueza material correspondía la refinada opulencia de las costumbres, de que dan idea las cantadoras acompañadas por castañuelas, originarias de aquella ciudad, y las canciones gaditanas, tan gustadas por los elegantes romanos como las alejandrinas. La proximidad de Italia y las cómodas y baratas comunicaciones por mar abrían en esta época, sobre todo a los centros españoles del litoral meridional y levantino, una ruta magnífica para poder colocar sus ricos productos en el primer mercado del universo, y es muy probable que Roma no llegase a mantener con ningún país del mundo un comercio al por mayor tan voluminoso y tan sostenido como con España.

La religión y las letras

Son muchos los campos en que poseemos testimonios de que la civilización romana penetró en España antes y con mayor fuerza que en ninguna otra provincia del imperio; pero donde con mayor relieve se acusa esto es en el campo de la religión y en el de la literatura.

Es cierto que en las zonas que conservaron hasta muy tarde su fisonomía ibérica y que permanecieron casi al margen de la corriente inmigratoria, en Lusitania, en Galicia y en Asturias, siguieron manteniéndose aún bajo el principado en sus antiguas aras los viejos dioses indígenas, con sus extraños nombres, terminados casi siempre en –icus y –ecus, los Endevellicus, los Eaecus, los Vagodonaegus, y qué sé yo cuántos más. Pero en toda la Bética no se ha descubierto una sola piedra votiva que no hubiera podido consagrarse también en Italia; y otro tanto podemos decir de la provincia tarraconense en sentido estricto, con la diferencia de que en las tierras del alto Duero se han descubierto algunos vestigios aislados del antiguo culto celta. Tampoco encontramos en ningún otro país una romanización sacral tan completa como en España.

Cicerón sólo menciona a los poetas latinos de Córdoba para censurarlos. La era augustea de la literatura sigue siendo esencialmente obra de los itálicos, aunque en ella tome parte alguno que otro provincial, entre ellos el erudito bibliotecario del emperador, el filólogo Higinio, nacido en España como esclavo. Pero, a partir de entonces, los españoles asumen en este terreno, si no el papel de dirigentes, por lo menos el de maestros. El cordobés Marco Porcio Ladrón, maestro y modelo de Ovidio, y su coterráneo y amigo de juventud Lucio Aneo Séneca, los dos un decenio más jóvenes que Horacio a lo sumo, pero que profesaron durante largo tiempo en su ciudad natal como maestros de elocuencia antes de dedicarse a la enseñanza en Roma, son sin ningún género de duda los verdaderos representantes de la retórica académica que vino a desplazar a la libertad e insolencia de lenguaje de la época republicana. Como el primero no pudiese por menos de actuar una vez en un proceso de verdad, quedó cortado en el hilo de su discurso y no acertó a reanudarlo hasta que los jueces, por deferencia al famoso maestro, accedieron a trasladarse del tribunal al aula.

También el hijo de Séneca, ministro de Nerón y filósofo de moda de la época, y su nieto, el poeta de la oposición ideológica contra el principado, Lucano, llegaron a adquirir una reputación tan dudosa en lo literario como indiscutible en lo histórico y que en cierto sentido debemos imputar a España. En la primera época del imperio se conquistaron asimismo un puesto entre los escritores didácticos afamados como estilistas otros dos provinciales de la Bética: Mela bajo Claudio y Columela bajo Nerón, el primero con su breve descripción de la tierra y el segundo con su detallado estudio sobre la agricultura, no exento en parte de valor poético.

En la época de Domiciano se nos presentan como astros literarios comparables a Virgilio y Cátulo y al lado de los tres maestros cordobeses, el poeta Canio Rufo, de Gades, el filósofo Deciano, de Emérita, y el orador Valerio Liciniano, de Bílbilis (Calatayud, no lejos de Zaragoza), pero quien los encomia es otro bilbilitano, Valerio Marcial,[1] cuyos versos no tienen por cierto nada que envidiar a los de ninguno de los poetas de esta época en cuanto a finura y a construcción, pero tampoco en cuanto a vacuidad y venalidad, y de su elogio debemos descontar, indudablemente, la parte de parcialidad del compatriota; sin embargo, el mero hecho de que pudiese anudarse un ramillete de poetas como éstos, aunque pueda haber exageración en el encomio, demuestra ya la importancia del elemento español en la literatura latina de la época.

Pero la palma de la literatura hispano-latina la lleva Marco Favio Quintiliano (años 35-95), de Calagurris (Calahorra), junto al Ebro. Ya su padre había profesado en Roma como maestro de elocuencia; Marco Favio fue llevado a la capital del imperio por Galba y llegó a ocupar, sobre todo bajo Domiciano, una posición muy relevante como maestro de los sobrinos del emperador. Su tratado de retórica, que es también, hasta cierto punto, una historia de la literatura romana, es una de las obras más valiosas que han llegado a nosotros de la antigüedad latina, en la que campean un gusto escogido y un juicio seguro, sencilla por el modo de sentir y por el

modo de exponer, un libro que instruye sin llegar a aburrir y que encanta sin esfuerzo a quien lo lee, la antítesis marcada y consciente de la literatura fraseológica y vacua de moda en aquella época. No fue esta obra la que menos contribuyó, si no a mejorar la tendencia de la literatura, por lo menos a cambiarla.

Más tarde, no vemos que la influencia de los españoles se destaque gran cosa en medio de la nulidad general. Lo que en los escritores latinos de España nos conviene principalmente destacar, por ser lo que más interesa desde el punto de vista histórico, es la finura con que saben ceñirse plenamente estos provinciales a la evolución literaria de su tierra natal. No importa que Cicerón se burle de la torpeza y de los provincialismos de los que él llama aprendices españoles de poetas; tampoco el latín de un Ladrón encontraba el aplauso de Mesala Corvino, romano de nacimiento y escritor tan correcto como distinguido. Pasada la época de Augusto, no tenemos noticia de que volvieran a producirse en las provincias escritores como éstos. Los retóricos de las Galias, los grandes padres de la Iglesia naturales de las provincias africanas, siguen siendo hasta cierto punto, aun como escritores latinos, extranjeros. A un Séneca o a un Marcial nadie los reconocería como tales por su modo de ser ni su modo de escribir; y en cuanto a amor verdadero y profundo por la propia literatura y a finura de inteligencia para comprenderla, jamás un itálico llegó a superar al maestro en lengua latina de Calagurris.

[1] Los versos de pie quebrado a que nos referimos (1, 61), dicen así:

> Verona ensalza las canciones del fino poeta;
> Mantua se honra con Maro.
> El gran Livio, hijo de Patavion, enaltece a esta ciudad
> Y a Estela su Flaco.
> Apoloro escucha el aplauso de las ondas del Nilo;
> Sulno está llena de la fama de Nasón.
> Los dos Sénecas y el único Luciano
> Honran a la elocuente Córdoba.
> La alegre Gades llama suyo a Canio,
> Emérita a mi Deciano.
> Así nuestra Bílbilis sentirase orgullosa de ti,
> Liciniano, y también de mí.

IV. Las Galias

La Galia del sur formaba ya en tiempo de la república parte del imperio romano lo mismo que España, pero no desde tan pronto ni de un modo tan completo como ésta. Las dos provincias hispánicas datan de la época de Aníbal, la Narbonense de la época de los Gracos. Además, mientras que Roma, en el primer caso, se adueña de toda la península, en el segundo caso no sólo se contentó, hasta llegar a los últimos tiempos de la república, con tomar posesión de la costa, sino que además sólo ocupó menos de la mitad de ésta y precisamente la parte más alejada de Italia.

La Narbonense

La denominación de Narbonense que la república dio a esta nueva posesión suya, derivada del nombre de la ciudad de Narbo (Narbonne), respondía a la verdad; la parte más extensa de la costa, aproximadamente desde Montpellier hasta Niza, eran dominios de la ciudad de Masalia. Este municipio griego era más bien un Estado que una ciudad, y la tradicional alianza que en plano de igualdad la unía a Roma desde antiguo adquiría por su posición de potencia un significado real que no tiene ni tuvo nunca paralelo en ninguna otra ciudad confederada. Claro está que estos griegos vecinos de Roma tenían en los romanos, más aún que sus connacionales del Oriente, su espada y su pavés. Aunque los masaliotas dominaban toda la cuenca inferior del Rin hasta Aviñón, los cantones ligúricos y celtas del interior no se sometían de

buen grado, ni mucho menos, a su poder, y el campamento romano de Aquae Sextiae (Aix), situado a un día de marcha al norte de Masalia, había sido creado precisamente para dar protección a la rica ciudad de los comerciantes griegos.

Una de las más graves consecuencias que trajo consigo la guerra civil entre los romanos fue la de destruir políticamente, con la república legítima, a su más fiel aliado, la ciudad de Masalia, convirtiéndola de un Estado cosoberano en un municipio que seguía siendo libre dentro del imperio y conservaba su ciudadanía griega, pero cuya independencia y cuyo helenismo habían quedado reducidos a las modestas proporciones de una ciudad provincial. En el aspecto político no volvió a hablarse nunca de Masalia, después de su toma por los romanos durante la guerra civil; esta ciudad es en adelante, para las Galias, lo que Nápoles para Italia: el centro de la cultura y de la enseñanza griegas. Si tenemos en cuenta que la mayor parte de la que más tarde habría de ser provincia narbonense pasa ahora directamente a poder de los romanos, vemos que su creación pertenece también, en cierto modo, a esta época.

Romanización de las Galias

La romanización del sur de la Galia no había hecho tantos progresos en la época de la república como la del sur de España. Los ochenta años que separaban a una conquista de otra no podían recuperarse tan pronto; las concentraciones de tropas romanas en España eran mucho más fuertes y más estables que las de la Galia y allí abundaban más que aquí las ciudades de tipo latino. Es cierto que también en la Galia se había fundado en tiempo de los Gracos y bajo su influencia la ciudad de Narbo, la primera verdadera colonia de ciudadanos romanos al otro lado del mar; pero seguía siendo un caso único y además una ciudad que en el terreno comercial, aunque rivalizase con Masalia, no podía en modo alguno, a lo que parece, competir con ella en importancia.

Pero cuando César empezó a tomar en sus manos los destinos de Roma, fue aquí sobre todo, en esta tierra que era la de su elección y la de su estrella, donde se recuperó el tiempo perdido. La colonia de Narbo fue reforzada y llegó a ser bajo Tiberio la ciudad más populosa de toda la Galia. Luego se fundaron, principalmente en el territorio cedido por Masalia, cuatro nuevos municipios de ciudadanos, entre los que figuraban los más importantes de todos: desde el punto de vista militar, el Forum Julii (Fréjus), estación central de la nueva flota del imperio, y desde el punto de vista comercial, Arelate (Arlés), en el delta del Ródano, que poco tiempo después, al levantarse Lyon y encauzarse el comercio con preferencia por las aguas de este río, se adelantó a Narbo y se convirtió en la auténtica heredera de Masalia y en el gran emporio del comercio galo. No es fácil distinguir con precisión lo que fue obra del propio Julio César y lo que llevó a cabo su hijo, ni esto tiene tampoco gran importancia política; si en algún terreno aparece Augusto como el ejecutor testamentario de la voluntad de Julio César, es precisamente aquí.

La organización cantonal celta cede en todas partes a la del municipio itálico. La circunscripción de pueblos instalados en el litoral y que antes obedecían a los masaliotas es investida por César con el derecho de municipalidad latina, y los "pretores" de los pueblos regentan todo el distrito, formado por 24 localidades, hasta que poco después desaparece también en cuanto al nombre la vieja organización y surge en vez del cantón de pueblos la ciudad latina de Nemauso (Nimes). Fue también en los tiempos de César, probablemente, cuando se concedió una organización municipal semejante a ésta y el derecho itálico al más importante de todos los cantones de esta provincia, el de los alóbroges, que poblaban las tierras situadas al norte del Isère y al este del Ródano central desde Valence y Lyon hasta las montañas de la Saboya y el lago Leman, régimen que conservó toda esta zona hasta que el emperador Cayo Calígula concedió a la ciudad de Vienne el derecho de ciudadanía. Asimismo fueron orga-

nizados a base del derecho de latinidad, ya en tiempo de César o en la primera época del imperio, los grandes centros de población de toda la provincia, tales como Ruscino (Roussillon), Avennio (Aviñón), Aquae Sextiae (Aix) y Apta (Apt).

Al final de la época de Augusto todo el territorio situado en ambas márgenes del Ródano se hallaba ya completamente romanizado en lengua y en costumbres, y la organización cantonal había sido eliminada probablemente en toda la provincia, salvo algunos vestigios sin importancia. Los vecinos de los municipios que gozaban del derecho de ciudadanía del imperio y, al igual que ellos, los de los municipios investidos con el derecho de latinidad que, bien por su ingreso en el ejército del imperio o por haber ejercido cargos públicos en su ciudad natal, habían adquirido la ciudadanía imperial para sí y para sus hijos, hallábanse totalmente equiparados a los itálicos en cuanto a condición jurídica y podían ocupar, lo mismo que ellos, toda clase de puestos y gozar de toda clase de honores y prerrogativas dentro de la administración del imperio romano.

Lugduno

En las tres Galias no había, en cambio, ninguna ciudad de derecho romano o latino; mejor dicho, había una sola, la ciudad de Lugduno (Lyon), que precisamente por ello no pertenecía a ninguna de las tres provincias, o bien pertenecía a las tres a la vez. Esta colonia había surgido en el año 43 a. C., durante la guerra civil con un núcleo inicial de itálicos expulsados de Vienne, en el confín meridional de la Galia imperial, tocando a la misma frontera de aquella provincia organizada por municipios, en la confluencia de los ríos Ródano y Saona, en un sitio muy bien elegido tanto desde el punto de vista militar como desde el punto de vista comercial; no había sido fundada a base de un cantón celta y, por lo tanto, dentro de un marco restringido, sino que, habiendo sido desde el primer momento obra de ciudadanos itálicos, se

hallaba en posesión del derecho de plena ciudadanía romana y era un caso único en su género entre los municipios de las tres Galias, algo parecido, en cuanto a régimen jurídico, a lo que representa hoy Washington dentro del Estado federal norteamericano.

Esta ciudad fue la única de las tres Galias que se convirtió, al mismo tiempo, en capital del país galo. No existía una autoridad superior común a las tres provincias, y de los altos funcionarios del imperio sólo tenía su sede allí el gobernador de la provincia intermedia, o sea de la lugdunense; pero cuando el emperador o algún príncipe venía a las Galias, fijaba su residencia generalmente en Lyon. Lyon era, con Cartago, la única ciudad de la parte latina del imperio que poseía una guarnición permanente, por el estilo de la que poseía Roma.[1] El único centro de acuñación de monedas valederas para todo el territorio imperial de que tenemos noticia en el Occidente durante la primera época del imperio era la ciudad de Lyon. Aquí se encontraba el centro del tributo aduanero extendido por todas las Galias; aquí se encontraba también el nudo de la red de calzadas y caminos que cruzaban el país galo. Pero Lyon no era solamente el centro nato de todos los establecimientos de gobierno comunes a las Galias. Esta ciudad romana se convirtió también, como más adelante veremos, en sede de la dieta celta de las tres provincias y en centro de todas las instituciones políticas y religiosas con ello relacionadas, de sus templos y de sus fiestas anuales.

Todo esto hizo que Lugduno floreciese rápidamente, impulsada por la rica dotación que su condición de metrópoli llevaba consigo y por su situación, tan favorable para el comercio. Un escritor de la época de Tiberio la califica de la segunda ciudad de las Galias, después de Narbo; más tarde ocupa este lugar junto a su ciudad hermana del Ródano, Arelate, o por encima de ella. Con motivo del incendio que en el año 64 destruyó gran parte de Roma, los lugdunenses enviaron a los damnificados un subsidio de cuatro millones de sestercios y cuando, al año siguiente, su propia ciudad sufrió el

mismo infortunio, pero con consecuencias todavía más desastrosas, todo el imperio acudió en socorro de Lugduno y el emperador contribuyó con la misma suma de su peculio particular. La ciudad resurgió de entre las cenizas más próspera aún que antes y siguió siendo durante dos milenios y a través de las vicisitudes de los tiempos una gran ciudad, como lo es todavía hoy.

Tréveris

En una época posterior del imperio, Lyon cede en importancia, sin embargo, a Tréveris. La ciudad de los trevirenses, llamada Augusta probablemente en homenaje al primer emperador, no tardó en conquistar el primer puesto entre las ciudades de Bélgica. Aunque en tiempo de Tiberio parece mencionada la de Durocortoro en el cantón de los remenses (Reims) como la ciudad más populosa de la provincia y sede de los gobernadores, un escritor de la época de Claudio concede ya la primacía a la metrópoli de los trevirenses. Sin embargo, Tréveris no llegó a convertirse en capital de las Galias[2] y hasta podemos decir que de todo el Occidente hasta la reorganización administrativa del imperio en la época de Diocleciano. Se creó entonces un alto mando común para las Galias, Britania y España, cuya sede era la ciudad de Tréveris. A partir de entonces, Tréveris es la residencia oficial de los emperadores durante su estancia en las Galias y, como dice un griego del siglo V, la ciudad más importante después de cruzar los Alpes. Pero la época en que esta Roma del norte es dotada de murallas y termas dignas de ser mencionadas al lado de las murallas levantadas en su ciudad por los reyes romanos y de los baños construidos en su metrópoli por los emperadores, se sale ya de los límites de nuestro estudio. Durante los tres primeros siglos del imperio Lyon no dejó de ser el centro romano del país de los celtas, jerarquía que no debía sólo a su censo de población y a su riqueza, superiores a los de ninguna otra ciudad, sino al hecho de que era, en de-

recho y por su origen y su esencia, una ciudad romana fundada por itálicos, como ninguna otra del norte de las Galias y muy pocas del sur.

Asimilación de las Galias

Augusto confirió a la nación gala, lo mismo que hizo con la helénica, una representación colectiva organizada, que en la época de la libertad y la confusión se aspiró sin duda a poner en pie en ambos sitios, pero sin conseguirlo en ninguno. Bajo la colina que coronaba la capital de la Galia, allí donde el Saona vierte sus aguas en las del Ródano, el 1 de agosto del año 12, el príncipe imperial Druso como representante del gobierno en la Galia consagró a Roma y al genio del emperador el altar ante el cual habría de celebrarse en adelante todos los años, en el mismo día, la fiesta de estos dioses tutelares de la comunidad de los pueblos galos. Los representantes de todos los cantones elegían de su seno año tras año el "Sacerdote de las Tres Galias", que en el día del emperador ofrendaba el sacrificio debido a éste y dirigía los juegos y las fiestas correspondientes.

El emperador Claudio, nacido en la misma Lyon y del que algunos se burlaban diciendo que era un auténtico hijo de las Galias, suprimió en buena parte las barreras que separaban a los galos del derecho de la ciudadanía latina. La primera ciudad de las Galias de la que sabemos con seguridad que recibió el derecho itálico fue la de los ubios, donde se levantaba el altar de la Germania romana. Fue aquí, en el campamento de su padre, Germánico, donde nació Agripina, la que habría de ser esposa del emperador Claudio, siendo ella probablemente la que en el año 50 consiguió que se confiriese a su ciudad natal, la actual Colonia, el derecho latino-colonial. Tal vez por la misma época o acaso antes se concedió el mismo beneficio a la Augusta Treverorum, la Tréveris de hoy.

Algunos otros cantones de las Galias fueron asimilándose también al romanismo, con medidas semejantes, entre ellos

el de los helvecios en la época de Vespasiano y el de los secuanos (Besançon). Sin embargo, no parece que el derecho de latinidad llegase a encontrar gran difusión en estas regiones. Y aún son más contados los casos en que fue concedido a municipios enteros de la Galia imperial, en la primera época del imperio, el derecho de plena ciudadanía. No obstante, Claudio dio el primer paso, al abolir la restricción jurídica que excluía de la carrera administrativa del imperio a los vecinos de las Galias investidos personalmente del derecho de ciudadanía imperial. Esta limitación fue suprimida para favorecer a los aliados más antiguos de Roma, los heduos, siendo luego, probablemente, abolida con carácter general. Con esta medida se había logrado, en lo esencial, la equiparación, ya que, dentro de las condiciones de la época, el derecho de ciudadanía del imperio apenas si tenía ningún valor práctico para quienes por su situación de vida se hallaban personalmente excluidos de la carrera administrativa y, por otra parte, era fácil de alcanzar para aquellos peregrinos acomodados y de origen libre que, deseando llegar a ocupar cargos públicos, tuviesen necesidad de la ciudadanía. En cambio, debía de ser considerado como una sensible postergación el hecho de que a los ciudadanos romanos de las Galias y a sus descendientes se les impidiese el acceso a las magistraturas.

Lengua

Si en punto a organización administrativa los romanos procuraron respetar las esencias nacionales de los celtas en cuanto ello no fuera incompatible con la unidad del imperio, no podemos decir lo mismo en lo que a la lengua se refiere. Aun cuando hubiera sido prácticamente viable el autorizar a los municipios para regentar sus asuntos administrativos en un idioma que, salvo casos excepcionales, era desconocido de los funcionarios del imperio llamados a fiscalizar sus funciones, es indudable que no entraba en los cálculos del gobierno romano levantar esta barrera entre los gobernantes y los go-

bernados. Por lo demás, no se imponía ninguna traba al empleo de la lengua nacional. Tanto en la provincia del sur como en la del norte se han encontrado monumentos con inscripciones celtas, aunque escritas siempre allí en signos griegos y aquí en signos latinos, siendo probable que algunas de aquéllas por lo menos, y con seguridad todas éstas, daten de los tiempos de la dominación romana. La lengua celta se ha mantenido hasta hoy en la Bretaña y en Gales, pero el hecho de que esta zona recibiese el nombre que aún conserva hoy de los británicos de las islas que en el siglo V fueron a refugiarse allí huyendo de los sajones, no quiere decir que el idioma haya sido llevado también por ellos a aquellas tierras, pues lo más probable es que ese idioma se hablase por los naturales del país desde tiempos inmemoriales, como un patrimonio transmitido de generación en generación. En el resto de las Galias el romanismo fue ganando terreno, poco a poco, naturalmente, a lo largo del imperio; pero lo que en estos territorios dio al traste con la lengua celta no fue tanto, seguramente, la inmigración germánica como la cristianización, que en las Galias no hizo suya, como en Siria y en Egipto, la lengua nacional postergada por el gobierno, convirtiéndose en vehículo para su difusión, sino que predicó siempre el evangelio en latín.

En el proceso de romanización del país, que en las Galias —si dejamos a un lado la provincia del sur— se confió esencialmente al desarrollo interior y no se impuso desde arriba, observamos una diferencia notable entre la Galia oriental y el oeste y el norte, la cual no puede atribuirse exclusivamente, según nuestro modo de ver, al antagonismo entre germanos y galos. Esta diferencia llega incluso a convertirse en un factor político determinante en los acontecimientos que se producen con motivo del derrocamiento de Nerón y después de él. El estrecho contacto de los cantones orientales de las Galias con los campamentos del Rin y el hecho de que fuese principalmente aquí donde se efectuaba el reclutamiento para las legiones romanas hizo que el romanismo penetrase en

estas tierras antes y de un modo más completo que en las regiones del Loira y del Sena. Al producirse aquellas disensiones, los cantones renanos, los lingones celtas y los treverenses, al igual que los ubios, o mejor dicho los agripinenses y los germanos, hicieron causa común con la ciudad romana de Lugduno y se colocaron firmemente al lado del gobierno legítimo de Roma, mientras que la insurrección, que era por lo menos hasta cierto punto un movimiento nacional, partió, como pudo observarse, de los secuanos, los heduos y los arvenos. Es la misma divisoria con que volvemos a encontrarnos en una fase posterior de aquella lucha, aunque con características nuevas en cuanto a las relaciones entre los dos bandos: aquellos cantones del este aparecen aliados a los germanos, mientras que la dieta de Reims se niega a adherirse a esta alianza.

Pesos y medidas

Hemos visto que el trato dado por los romanos a las Galias en lo que a la lengua se refiere no difería gran cosa del régimen aplicado a las demás provincias; en cambio, en lo tocante a las normas sobre pesos y medidas volvemos a encontrarnos con la tendencia a respetar en lo posible las antiguas instituciones del país. Es cierto que en muchas partes siguieron aplicándose las normas locales al lado de la ordenanza general que Augusto dictó para todo el imperio sobre estas materias, pues el gobierno, en asuntos de éstos, era bastante tolerante o, por mejor decir, indiferente; pero la Galia es el único país en que el régimen local llegó a eliminar con el tiempo al régimen imperial. Todas las calzadas del imperio estaban medidas y marcadas tomando como unidad itineraria la milla romana (1.48 km), y hasta fines del siglo segundo encontramos también este sistema aplicado en las provincias galas.

Pero a partir de la época de Severo es sustituido en las tres Galias y en las dos Germanias por una unidad de medida que, aunque acoplada a la milla romana y designada con el

nombre de milla sálica, difiere, sin embargo, de ella: la *leuga,* equivalente a milla y media romana (2.22 km). No podemos pensar en modo alguno que Severo quisiera, con ello, hacer a los celtas una concesión nacional; no, esto no encaja ni en la época ni, sobre todo, en el carácter y en las concepciones de este emperador, que se distinguió precisamente por su marcada hostilidad contra estas provincias. Tuvieron que ser consideraciones de oportunidad las que dictaron esta medida. No cabe más que una explicación, a saber: que en estas provincias la medida itineraria nacional, la *leuga* o la doble *leuga,* la *rasta* germánica, que corresponde a la legua francesa, seguía rigiendo después de introducirse la medida itineraria romana en mayores proporciones que en los demás países del imperio. Augusto hizo extensiva a las Galias, formalmente, la milla romana, adaptando a ella los libros de posta y las calzadas del imperio, pero dejando en la práctica que siguiese empleándose la medida itineraria tradicional del país. Y así es como podemos explicarnos que los gobernantes posteriores encontrasen menos incómodo someterse a una doble unidad de medida en las comunicaciones postales[3] que seguir aplicando una medida itineraria prácticamente desconocida en aquellas regiones.

Religión

Mucho más importante es la línea de conducta adoptada aquí por el gobierno romano con respecto a la religión nacional. Es indudable que fue ésta la que sirvió de más firme pilar para la conservación de la nacionalidad gala. Incluso en la provincia meridional parece haberse conservado el culto de las divinidades no romanas hasta mucho más tarde que en Andalucía, por ejemplo. Es cierto que en la gran ciudad comercial de Arelate (Arlés) no nos encontramos con ninguna consagración dedicada a otros dioses que no sean los que se adoran también en Italia; pero en Fréjus, en Aix, en Nimes, en todo el litoral, existen testimonios de la época imperial se-

gún los cuales las antiguas divinidades celtas seguían recibiendo el mismo culto que en la Galia interior. En la parte ibérica de la Aquitania se han encontrado también rastros numerosos de un culto indígena, absolutamente distinto del de los celtas. Sin embargo, todas las imágenes de dioses descubiertas en el sur de la Galia presentan un sello menos divergente del carácter común que los monumentos del norte.

Y sobre todo, resultaba más fácil avenirse a los dioses nacionales que a los sacerdotes nacionales, cuya existencia sólo se ha comprobado en la Galia imperial y en las islas británicas: los druidas. Sería un vano esfuerzo pretender dar aquí una idea de lo que era intrínsecamente la doctrina druídica, mezcla curiosa de especulación e imaginación; nos limitaremos a poner algunos ejemplos para ilustrar su exotismo y fertilidad.

La fuerza del lenguaje se representaba simbólicamente en la figura de un anciano calvo, arrugado y tostado por el sol, portando una maza y un arco y de cuya lengua atravesada parten dos finas cadenas de oro unidas a las orejas del hombre que le sigue: este símbolo significa que la elocuencia del viejo es certera como una flecha, contundente como una maza y que sabe ganarse los corazones de la multitud. Este viejo es el Ogmio de los celtas; los griegos lo representaban como un Carón adornado con los atributos de Hércules. En París se ha descubierto un altar con tres imágenes de dioses acompañadas de una inscripción: en el centro Júpiter, a su izquierda Vulcano y a la derecha Eso, "el pavoroso, con sus espantosos altares", como dice de él un poeta romano, y que es, sin embargo, un dios de las relaciones comerciales y de las obras de paz: aparece con su mandil de herrero, como Vulcano, y empuñando como éste el martillo y la tenaza, talando con el hacha un árbol del bosque. Una divinidad que se repite con cierta frecuencia y que probablemente ostentaba el nombre de Cernunnos, se representa en cuclillas, con las piernas cruzadas; lleva en la cabeza una cornamenta de ciervo de la que pende un collar y tiene sobre el regazo la bolsa del dinero; a

veces aparecen ante ella algunos ciervos y bueyes: tal parece como si quisiera representarse con esta figura la tierra como fuente de riqueza.

La enorme diferencia que se aprecia entre este Olimpo celta, desnudo de toda pureza y de toda belleza y pletórico de cantidades barrocas y fantásticas de cosas muy terrenas, y las formas simplemente humanas de la religión romana, da una idea de cuán fuerte era la barrera que separaba a estos vencidos de sus vencedores. Y esto llevaba aparejadas, además, consecuencias prácticas muy lamentables: un remedio mágico universal y una mecánica incantatoria en que los sacerdotes actuaban al mismo tiempo como médicos y en que las fórmulas y las bendiciones se combinaban con sacrificios humanos y se curaba a los enfermos con la carne y la sangre de las víctimas así inmoladas.

No ha podido comprobarse, desde luego, que el druidismo de esta época implicase una oposición directa contra la dominación extranjera; pero aunque así sea, es lo más probable que el gobierno romano, propenso siempre a contemplar con indiferencia y tolerancia cualesquiera peculiaridades locales del culto divino, no se limitase simplemente a cortar los excesos de las prácticas druídicas, sino que viese en general con cierta aprensión esta corriente religiosa. La instauración de la fiesta anual de las Galias en la capital puramente romana del país, eliminando de ella todo contacto con el culto nacional, fue indudablemente una medida adoptada por el gobierno para contrarrestar la antigua religión del país, con su concilio anual de sacerdotes en Chartres, ciudad situada en el corazón del país galo. Sin embargo, Augusto se abstuvo siempre de proceder de un modo abierto contra el druidismo, limitándose a prohibir a todo ciudadano romano la participación en los ritos de este culto nacional de los galos. Tiberio, en cambio, que empleaba siempre modos más enérgicos, intervino y prohibió la práctica de este sacerdocio, con su secuela de enseñanza y curandería. Pero la medida no debió de tener mucho éxito, como lo indica el hecho de que la misma

prohibición se reiterase reinando Claudio, de quien se cuenta que mandó decapitar a un noble galo simplemente por haber dejado que le recomendasen emplear los medios incantatorios usuales en el país para conseguir éxito en ciertas negociaciones ante el emperador.

Más adelante veremos cómo la ocupación de Britania, que era desde antiguo la sede principal del culto druídico, se llevó a cabo en buena parte para poder cortar de raíz estas prácticas. A pesar de todo, los druidas desempeñaron un papel importante en la deserción intentada por los galos después de la caída de la dinastía claudia; no se recataban para predicar que el incendio del Capitolio anunciaba el cambio radical de las cosas y el comienzo de la dominación del norte sobre el sur. Este oráculo habría de cumplirse siglos más tarde, ciertamente, aunque no por esta nación ni en beneficio de sus sacerdotes. Las características del culto divino de los celtas habrían de manifestarse también andando el tiempo. Al instaurarse transitoriamente, en el siglo tercero, un reino independiente galo romano, emitió monedas en las que campea la imagen de Hércules, unas veces bajo su forma grecorromana y otras veces presentado como el Deusoniense o el Magusano de los galos. De los druidas no encontramos a la vuelta de los siglos otras huellas que el nombre de "druidinas" con que se conocían en la Galia hasta la época de Diocleciano las adivinadoras del porvenir, y la tradición según la cual las viejas familias nobles siguieron jactándose durante mucho tiempo de tener algún druida entre sus antepasados. La religión nacional hubo de batirse en retirada más a prisa seguramente que la lengua nacional, y la penetración del cristianismo no encontró ya seguramente, en este terreno, ninguna resistencia seria que vencer.

Fuentes de riqueza

La Galia meridional, que se hallaba por su situación más a salvo de cualquier ataque enemigo que ninguna otra provin-

cia y en la que se daban, como en Italia y en Andalucía, el olivo y la higuera, llegó a alcanzar bajo el gobierno de los emperadores una gran prosperidad y un intenso desarrollo urbano. El anfiteatro y el cementerio de Arlés, "la madre de toda la Galia", el teatro de Orange, los templos y los puentes que todavía hoy se alzan en Nimes y en sus alrededores, son testimonios que han llegado hasta nuestros días de esa prosperidad y esa riqueza.

En las provincias septentrionales siguió creciendo también la prosperidad tradicional del país, gracias a la paz duradera que llevó a aquellas tierras la dominación romana, aunque combinada, es cierto, con la opresión no menos duradera de los impuestos y contribuciones. "En la Galia —dice un escritor de la época de Vespasiano— tienen su asiento natural las fuentes de la riqueza, cuya plétora se extiende por toda la tierra."[4] Tal vez no se hayan visto nunca casas de campo tan copiosas y tan bellas como las que existían sobre todo en el este de la Galia, en las márgenes del Rin y de sus afluentes; a través de ellas se trasluce claramente la riqueza de la nobleza gala. Es famoso el testamento del noble lingón en que ordena que se le erija un monumento funerario y una estatua de mármol itálico o del mejor bronce y que se quemen con su cuerpo, entre otras cosas, todos sus artilugios de caza y apresamiento de animales. Esto nos trae a la memoria los inmensos cotos de caza del país celta y el papel tan importante que a los perros de caza y al arte venatorio de los celtas se les asignaba por el Jenofonte de la época de Adriano, quien se cuida de añadir que el Jenofonte del hijo de Grilo no pudo conocer cómo cazaban los celtas.

Un hecho curioso que tiene también cabida aquí es que la caballería del ejército romano en tiempos del imperio era en realidad celta, no sólo porque se reclutaba principalmente en las Galias, sino también porque sus maniobras e incluso los términos técnicos empleados en ella procedían en gran parte de los celtas. Esto indica que, al desaparecer la antigua caballería cívica de la época de la república, César y Augusto

reorganizaron sus unidades montadas a base de los contingentes traídos de las Galias y al modo galo.

La holgura y la prosperidad de las Galias tenían su fundamento en la agricultura, que el propio Augusto contribuyó enérgicamente a fomentar y que daba un rendimiento abundante entre los galos, tal vez con excepción de los terrenos esteparios de la costa de Aquitania. También era muy fructífera la ganadería, sobre todo en el norte, siendo la rama más importante de ella la cría de cerdos y ovejas, que no tardó en adquirir cierta importancia para la industria y la exportación: años más tarde, eran famosos en todo el imperio romano los jamones menápicos (de Flandes) y los paños de lana de Atrebacia y Nervia (Arras y Tournay).

Interés especial ofrece en las Galias el desarrollo de la viticultura. Ni el clima ni el gobierno favorecían estos cultivos. El "invierno gálico" fue durante mucho tiempo proverbial entre los meridionales; en realidad, aquellas tierras eran las situadas más al norte del imperio romano. Pero lo que más entorpecía el cultivo de la vid en las Galias era la competencia comercial de los vinos itálicos. Es cierto que la conquista del mundo por el dios Dionisos fue lenta en todas partes y que la bebida extraída de los cereales sólo fue cediendo el puesto poco a poco al zumo de la uva; pero si en las Galias, por lo menos en el norte, la cerveza siguió siendo a lo largo de todo el imperio la bebida alcohólica nacional y todavía el emperador Juliano hubo de chocar con este falso Baco durante su estancia en el país galo,[5] la causa de ello residía, a no dudarlo, en el sistema prohibitivo. Cierto que el régimen imperial no llegó tan allá como bajo la república, durante la cual se dictaron normas de policía prohibiendo el cultivo de la uva y del olivo en el litoral de las Galias; pero, a pesar de todo, los itálicos de esta época eran dignos hijos de sus padres. El estado floreciente de los dos emporios del Ródano, Arlés y Lyon, obedecía en una parte muy considerable a los transportes de los vinos italianos exportados a las Galias; este solo hecho revela cuánta importancia debía de tener la vi-

ticultura en aquel entonces para Italia. Uno de los administradores más celosos que ocuparon el trono del imperio, Domiciano, decretó que en todas las provincias se destruyesen por lo menos la mitad de las cepas de vid.[6] Claro está que la orden no se cumplió al pie de la letra, pero indica, desde luego, con qué empeño tomaban los gobernantes su decisión de impedir a todo trance la difusión de la viticultura. Todavía en tiempo de Augusto era desconocido este cultivo en la parte norte de la provincia narbonense, y aunque no tardó en introducirse en aquellas tierras, parece que pasaron varios siglos sin que se extendiese de la provincia meridional y de la Aquitania a otras regiones galas. En los tiempos mejores, sólo se conocían dos clases de vinos galos, el de los alóbroges y el de los bitúrigos, que hoy diríamos el borgoña y el burdeos. [7] Esta situación no cambió hasta que las riendas del imperio salieron de manos italianas, en el transcurso del siglo III. El emperador Probo (276-282) concedió por fin a los provinciales plena libertad para cultivar la vid. Fue entonces, al parecer, cuando los viñedos se aclimataron verdaderamente tanto en las márgenes del Sena como en las del Mosela. "He pasado —escribe el emperador Juliano— un invierno [el del 357 al 358] en la hermosa Luteia, nombre que dan los galos a la pequeña ciudad de los parisinos, una isla pequeña en medio del río y rodeada de murallas; el agua es allí excelente y pura, buena para mirarla y para beberla. Los habitantes disfrutan un invierno más bien suave y se da entre ellos un vino bastante bueno; algunos cultivan incluso higueras, que en invierno cubren con paja como con un techo." No mucho tiempo después, nos pinta el poeta de Burdeos, en su encantadora descripción del Mosela, cómo los viñedos orlan este río por ambas orillas "igual que las propias vides orlan mi amarillo Garona".

El tráfico interior y con los países vecinos, sobre todo con Italia, debía de ser muy activo y la red de caminos extensa y bien cuidada. La gran calzada del imperio que iba desde Roma hasta la desembocadura del Betis era la arteria principal

para el comercio nacional de la provincia del sur; Augusto pavimentó de nuevo toda la calzada, que durante la república cuidaron los massaliotas desde los Alpes hasta el Ródano, y desde allí hasta los Pirineos los romanos. En el norte las calzadas del imperio conducían principalmente a dos objetivos: la capital de las Galias y los grandes campamentos del Rin. Pero también los demás puntos parecen haberse hallado bien servidos de comunicaciones.

Helenismo

En lo espiritual, la provincia meridional giraba, en los tiempos antiguos, dentro de la órbita helénica. La decadencia de Masalia y la formidable penetración del romanismo en la Galia del sur hicieron cambiar, naturalmente, este panorama; no obstante, esta parte del país galo siguió siendo, como la Campania, un hogar del helenismo. Nemauso, una de las ciudades que recogieron parcialmente la herencia de Masalia, grabó en sus monedas, acuñadas en tiempo de Augusto, el escudo de Egipto y unos números alejandrinos indicadores del año, lo que parece indicar, según la interpretación muy plausible que se ha dado a este hecho, que Augusto transplantó como colonos a aquella ciudad, nada hostil al helenismo, veteranos de Alejandría.

Tampoco debió de ser ajeno a la influencia de Masalia el hecho de que perteneciese a esta provincia, al menos por su origen, el historiador que representaba en su rama el elemento helénico, en consciente antagonismo a lo que parece con la historiografía nacional romana y disparando a veces agudos dardos contra sus más caracterizados representantes, Salustio y Tito Livio: nos referimos al voconcio Pompeyo Trogo, autor de una historia universal que arranca de Alejandro y los reinos de los diadocos y en la que las cosas romanas sólo se exponen dentro de este marco o a modo de apéndice. Es indudable que con ello este historiador no hacía más que reflejar el espíritu de oposición literaria del helenismo.

No obstante, es harto curioso que esta tendencia encontrase aquí, en la época augustea, su representante latino, y un representante, además, hábil y buen conocedor de las lenguas.

En una época posterior se destaca Favorino, miembro de una prestigiosa familia de ciudadanos en Arlés y uno de los principales representantes de la polimatía del mundo de Adriano. Filósofo de tendencia aristotélica y escéptica, filólogo y retórico, discípulo de Dion de Prusa, amigo de Plutarco y de Herodes Ático, atacado polémicamente en el terreno científico por Galeno y en sus folletones por Luciano, Favorino mantenía las más vivas relaciones con los sabios de nota del siglo II y también con Adriano, el emperador. Sus múltiples investigaciones, entre otros temas sobre los nombres de los compañeros de Ulises devorados por la Scylla y el del primer hombre, que era a la vez un sabio, nos permiten considerarlo como el verdadero representante de aquella sabiduría miscelánea tan de moda en aquella época, y sus conferencias para un público culto sobre Tersites y las fiebres intermitentes, así como sus conversaciones, que en parte han llegado a nosotros registradas, sobre todo lo divino y lo humano, nos dan una idea, si no muy halagüeña, por lo menos exacta y característica de lo que eran los manejos literarios de aquella época. Interesa subrayar aquí lo que él mismo nos cuenta de los sucesos notables de su vida: nos dice que era galo de nacimiento y a la par escritor griego. Aunque era frecuente el caso de que los literatos del Occidente escribiesen también en griego, fueron pocos los que adoptaron este idioma como su verdadera lengua de escritores; en el caso que nos ocupa, la explicación está seguramente en la patria del autor.

Las letras

Por lo demás, la Galia meridional contribuyó al florecimiento de las letras en la época de Augusto con algunos de los oradores forenses que más brillaron en el periodo del reinado de este emperador: Vocieno Montano († 27 d. C.) —a

quien se llamó el Ovidio de los oradores—, era de Narbo, y Cneo Domicio Afer (cónsul en el año 39 d. C.), de Naumaso, ciudades ambas pertenecientes a esta provincia.

La literatura romana se extiende también, naturalmente, por todas estas latitudes. Los poetas de la era domiciana enviaban ejemplares de obsequio a sus amigos de Tolosa (Toulouse) y de Vienne. Plinio, bajo Trajano, se alegra de que sus pequeños escritos encuentren también en Lugduno no sólo lectores adictos, sino también libreros que los distribuyan. No hay, sin embargo, datos de los que se deduzca que el sur de las Galias llegase nunca a adquirir sobre el desarrollo espiritual y literario de Roma aquella influencia que en los primeros tiempos del imperio ejerció la Bética y en los últimos tiempos la Galia septentrional. En aquella hermosa comarca se daban buen vino y buenas frutas, pero Roma no sacó de allí soldados ni pensadores.

Sin embargo, la Galia en sentido estricto es, en el campo de las ciencias, la tierra prometida de la enseñanza y el estudio; es probable que las raíces de esto deban buscarse en el desarrollo peculiar de la nación y en la poderosa influencia del sacerdocio nacional. El druidismo era algo más que una simplista fe popular; era una teología altamente desarrollada y pretenciosa, que, siguiendo las buenas tradiciones de la Iglesia, aspiraba a esclarecer o, por lo menos, a dominar todos los campos del pensamiento y la acción humanos, la física y la metafísica, la medicina y la jurisprudencia, que exigía de sus discípulos largos años, veinte según se dice, de estudio infatigable, y que buscaba y encontraba estos discípulos, con preferencia, entre las gentes nobles. La represión del druidismo por Tiberio y sus sucesores debió de afectar en primer término a estas escuelas de sacerdotes y traducirse en su clausura, al menos para los efectos públicos.

Pero esta acción represiva sólo podía llegar a ser eficaz cuando a la educación nacional de la juventud se contrapusiera la formación romano-helénica, lo mismo que al concilio carnútico de los druidas se había contrapuesto en Lyon el

templo de Roma. Y esto se hizo desde muy pronto en las Galias —bajo la influencia decisiva del gobierno, claro está—, como lo demuestra un hecho muy interesante: el que, al producirse bajo Tiberio aquella insurrección a que nos hemos referido más arriba, los insurgentes intentaron apoderarse por encima de todo de la ciudad de Augustoduno (Autun) para secuestrar a los jóvenes que estudiaban en ella y atraerse o intimidar así a las familias importantes. Es posible que al principio estos liceos, a pesar de que su programa de estudios no tenía nada de nacional, fuesen un fermento de nacionalismo específicamente galo; no creemos que haya que considerar como un azar el que el más importante de todos por aquel entonces no se fundase en la ciudad romana de Lyon, sino en la capital de los heduos, que era el más noble de todos los cantones galos.

Pero la cultura romano-helénica, aunque impuesta tal vez a la nación por medios coactivos y recibida al principio con oposición, fue penetrando en el alma celta, a medida que se iba limando poco a poco el antagonismo, y se adueñó de ella con tal fuerza que los discípulos acabaron entregándose a la nueva cultura con más fuerza que los maestros. La cultura de la gente distinguida, al modo de la que hoy impera en Inglaterra, basada en el estudio del latín y en segundo término del griego y en el desarrollo del lenguaje retórico, con sus arrequives y sus frases brillantes, que tanto recuerda ciertas manifestaciones literarias modernas surgidas de la misma raíz, fue convirtiéndose poco a poco, en el Occidente, en una especie de privilegio de los galorromanos. En las Galias los maestros estuvieron siempre, probablemente, mejor pagados que en Italia, y sobre todo mejor tratados.

Ya Quintiliano cita con respeto, entre los oradores forenses más famosos, a varios galos. Y Tácito, deliberadamente sin duda alguna, en su fino diálogo sobre el arte de la oratoria, erige al abogado galo Marco Aper en defensor de la elocuencia moderna frente a los adoradores de Cicerón y César. Entre las universidades galas había de ocupar más tarde el

primer lugar la de Burdigala (Burdeos), pues no en vano la Aquitania estaba, en materia de cultura, muy por encima de la Galia central y de la meridional. En un diálogo escrito allí a comienzos del siglo V, uno de los interlocutores, un sacerdote de Châlon-sur-Saone, apenas se atreve a despegar los labios ante el grupo de aquitanos cultos que le escuchan. En las aulas de esta universidad enseñaba el famoso profesor Ausonio, citado por nosotros más arriba, a quien el emperador Valentiniano escogió para maestro de su hijo Graciano (nacido en el 359) y que en sus poesías varias levantó un monumento a gran número de sus colegas. Y cuando su contemporáneo Símaco, el más famoso de los oradores de esta época, buscaba preceptor para su hijo, mandó venir a uno de las Galias en recuerdo de su viejo maestro nacido y criado junto a las aguas del Garona. Augustoduno fue siempre también, con Burdigala, uno de los grandes centros de estudio, en las Galias; aún se conservan los discursos pronunciados ante el emperador Constantino, suplicando primero que se restaurase este establecimiento de enseñanza y dando luego las gracias por haberlo hecho.

Las manifestaciones literarias que corresponden a esta intensa actividad de estudio son de carácter subalterno y de escaso valor: discursos pomposos, principalmente los pronunciados con motivo de la elevación posterior de Tréveris al rango de residencia imperial y de la frecuente permanencia de la corte en el país galo, y poesías ocasionales de las más diversas clases. El hacer versos, lo mismo que el pronunciar discursos, se consideraba como un atributo necesario de la función magisterial, y el profesor público de literatura era al mismo tiempo, si no un poeta nato precisamente, sí, por lo menos, el poeta oficial. Un mérito debemos reconocerles, al menos a estos occidentales, en el aspecto a que nos estamos refiriendo, y es que no llegaron a contagiarse de aquel desdén por la poesía que es inherente al resto de la literatura helénica de la misma época, tan semejante a ésta por lo demás. En los versos de los galos predominan las reminiscen-

cias académicas y los trucos pedantescos,[8] y rara vez se encuentran en ellos descripciones vivas y sentidas como en el relato del viaje por el Mosela, de Ausonio. Sus discursos, que sólo conocemos, es verdad, por algunas conferencias pronunciadas más tarde en la residencia de los emperadores, son verdaderos modelos en el arte de decir pocas cosas en muchas palabras y de vestir una lealtad incondicional en una no menos incondicional vacuidad. Si las madres pudientes enviaban a sus hijos a Italia, después de haberse asimilado toda la plétora y la pompa de la retórica gala, para que allí se educasen en la escuela de la dignidad romana, hay que reconocer que a estos retóricos de las Galias les costaba mucho más trabajo aprender lo segundo que lo primero. Esta escuela literaria fue decisiva para los primeros siglos de la Edad Media; gracias a ello, se convirtieron las Galias, en los primeros tiempos cristianos, en la verdadera fuente de los versos piadosos y también en el último refugio de la literatura académica, pero sin que aquí encontrase ninguno de sus principales representantes el gran movimiento espiritual creado dentro del cristianismo.

Las artes

En el campo de las artes arquitectónicas y plásticas el clima hizo que surgiesen ciertas manifestaciones desconocidas o conocidas sólo en sus rudimentos por el verdadero Mediodía. Así, por ejemplo, en la arquitectura gala de esta época se empleaba ya con gran amplitud la calefacción por aire, que en Italia sólo se conocía en los baños, y las ventanas encristaladas, poco conocidas también entre los italianos.

También debemos referirnos aquí tal vez a una evolución del arte peculiar de las Galias, y es que aquí las efigies de personas y, en un desarrollo ulterior, la representación de escenas de la vida diaria, abundan relativamente más que en Italia, sustituyéndose las desgastadas imágenes mitológicas por otras más alegres. Esta tendencia a lo real y al género

apenas podemos apreciarla, ciertamente, más que en los monumentos funerarios, pero es indudable que prevalecía en todas las manifestaciones del arte celta. El arco de Arausio (Orange), de los primeros tiempos del imperio, con sus escudos e insignias militares galos; la estatua de bronce encontrada en Vétera y conservada en el Museo de Berlín, que representa al parecer al dios de la localidad con espigas de cebada en el cabello; los objetos de plata de Hildesheim, una parte de los cuales procede probablemente de algún taller de orfebrería de las Galias, revelan una cierta libertad en el modo de asimilarse y de transformar los motivos itálicos. El mausoleo de los Julios en Saint-Rémy, cerca de Aviñón, obra de la época augustea, es un notable testimonio de la recepción viva e ingeniosa del arte helénico en la Galia meridional, tanto por su audaz estructura arquitectónica, formada por dos pisos rectangulares coronados por un círculo de columnas con una cúpula cónica, como por sus bajorrelieves, que en un estilo muy parecido al del altar de Pérgamo representan en ejecución pictóricamente animada escenas de lucha y de caza ricas en figuras y tomadas según parece de la vida de los personajes a quienes trata de honrar el monumento.

Es significativo que esta evolución de las artes plásticas presente su punto culminante, aparte de la provincia meridional, en las tierras del Mosela y del Mosa. Estas comarcas, que no se hallaban tan plenamente bajo la influencia romana como Lyon y las ciudades-campamento del Rin y que eran regiones más prósperas y civilizadas que las bañadas por el Loira y el Sena, parecen haber sido las que engendraron hasta cierto punto esta nueva orientación del arte. El monumento funerario que se conoce con el nombre de Columna de Igel, levantado a la memoria de un noble treverense, en forma de torre, cubierta por un techo acabado en punta y cubierto por todas partes con escenas de la vida del difunto, da una idea muy clara del tipo de monumentos peculiares de esta región. Vemos en ellos con frecuencia al hacendado a quien sus colonos ofrendan ovejas, peces, aves y huevos. Una

piedra sepulcral procedente de Arlon, en Luxemburgo, representa, además de los retratos de los cónyuges, en una de las caras un carro y una mujer con una cesta de fruta, y en la otra, encima de dos hombres en cuclillas, una venta de manzanas. Otra piedra sepulcral encontrada en Neumagen, cerca de Tréveris, tiene la forma de un barco en el que van sentados seis marineros remando; la carga consiste en grandes barricas al lado de las cuales aparece el timonel, con una cara tan alegre, que parece relamerse pensando en el vino guardado en ellas. Esta escena le trae a uno, inevitablemente, al recuerdo la luminosa estampa del valle del Mosela tal como nos lo pinta el poeta de Burdeos, con sus espléndidos castillos, sus alegres viñedos y todo el ajetreo de marineros y pescadores. ¿Qué prueba todo esto sino que aquel hermoso país conocía ya hace más de mil quinientos años las faenas de la paz, los goces jubilosos y la vida palpitante?

[1] Son los 1 200 soldados con los que, según cuenta Agripa, el rey de los judíos, en Josefo (*bell,* 2, 16, 4), sometieron los romanos a toda la Galia.

[2] Nada tan elocuente respecto a la posición que Tréveris ocupaba en esta época como el decreto del emperador Graciano del año 376, en el que se ordenaba que a los profesores de retórica y gramática de ambas lenguas en todas las capitales de las 17 provincias galas existentes entonces se les pagase, además del sueldo que el municipio les abonaba, un suplemento igual a costa de los fondos del Estado, disponiéndose que este suplemento fuese mayor para los de Tréveris.

[3] Los libros de postas y tablas de caminos indican siempre que en Lyon y Toulouse comienza la numeración por *leugas.*

[4] *Josefo, bell. Iud.,* 2, 16, 4. En este mismo pasaje, el rey Agripa dice a sus judíos si acaso se imaginan ser más ricos que los galos, más valientes que los germanos, más inteligentes que los helenos. Y todos los demás testimonios coinciden con éste. Nerón recibe la noticia de la insurrección sin gran disgusto: *occasione nata spoliandarum iure belli opulentissimarum provinciarum* (Suetonio, *Nerón,* 40, Plutarco, *Gallo.,* 5): el botín cogido al ejército insurgente de Víndex es inmenso (Tácito, *hist.,* 1, 51). Tácito, *hist.,* 3. 46, llama a los heduos *pecunia dites et voluptatibus opulentos.* Y no anda descaminado el general de Vespasiano cuando dice a los galos desertores, en Tácito, *hist.,* 4, 74: *regna bellaque per Gallias semper fuere donec in nostrum ius concederetis; nos quamquam totiens lacessiti iure victoriaa id solum vobis addidimus sine armis neque arma sine stipendiis neque stipendia sine tributis haberi queunt.* Indudablemente los tributos eran una carga muy pesada, pero no tanto como el antiguo estado de guerra permanente y el derecho del más fuerte, existente antes en aquellas tierras.

[5] Su epigrama sobre "el vino de cebada" se ha conservado (*anthol,. Pal.,* 9, 368).

Dice así:

> ¿Y tú, Dionisos, de dónde vienes? ¡Por el verdadero Baco!
> No te conozco; sólo conozco al hijo de Júpiter.
> Éste huele a néctar, tú hueles a cabrón. Los celtas
> A quienes fue negada la vid, te sacaron de un cocimiento de pajas.
> Eres hijo de los campos, no del fuego, hijo de la tierra y no del cielo,
> Bueno para cebar, pero no para la dulce copa.

En un gran recipiente de barro encontrado en París y que servía para llenar los vasos, hay una inscripción en la que el bebedor le dice al tabernero: *copo, conditu(m) abes; ant reple(n)da* —o sea: Tabernero, tienes más en la bodega; el vaso está vacío— y a la moza que sirve: *ospita, reple lagona(m) cervesa:* Muchacha, llename el vaso de cerveza.

[6] Suetonio, *Dom.,* 7. Aunque se dijese que los altos precios del trigo se debían a que las tierras labrantías se convertían en viñedos, esto no era, naturalmente, más que un pretexto con que se trataba de explotar la ignorancia de la gente.

[7] Hehn *(Kulturpflanzen,* p. 76) se remite todavía a Plinio, *h. n.* 14, 1, 18, para admitir la existencia de la viticultura entre los arvenos y los secuanos fuera de la Narbonense, pero se apoya en interpolaciones de los textos, ya descubiertas. Es posible, sin embargo, que el régimen imperial, más severo, reprimiese la viticultura en las tres Galias con mayor rigor que el indolente régimen senatorial en la Narbonense.

[8] Uno de los poemas profesorales de Ausonio está dedicado a cuatro gramáticos:

> Todos atendían celosamente a su magisterio;
> El sueldo era pequeño, y la enseñanza escasa,
> Pero como enseñaron en mi tiempo,
> Quiero citarlos aquí.

Cosa tanto más de agradecer cuanto que él mismo dice que no aprendió nada útil de ellos:

> Tal vez porque me lo impidiera la pobre capacidad
> De asimilación de mi espíritu y porque el triste error

Del muchacho me alejara entonces
De la cultura helénica.

Eran pensamientos expresados con harta frecuencia, pero pocas veces en versos sáficos.

V. La Germania romana y los germanos libres

Las dos provincias romanas denominadas Germania superior y Germania inferior son el fruto de aquella derrota de las armas romanas de que hemos hablado, combinada con las artes políticas de Roma bajo el gobierno de Augusto. La primitiva provincia de Germania, que abarcaba todo el territorio situado entre el Rin y el Elba, sólo se mantuvo por espacio de veinte años, desde la primera campaña de Druso, en el año 12 a. C., hasta la batalla de Varo y la caída de Aliso en el año 9 d. C. Pero como esta provincia incluía los campamentos militares de la margen izquierda del Rin, Vindonisa, Mogontiaco y Vétera, y como además siguieron siendo romanas partes más o menos considerables de la ribera derecha, no se creyó necesario suprimir propiamente, a pesar de aquella catástrofe, ni el gobierno ni el mando militar de la provincia y se los dejó, por decirlo así, flotando en el aire.

La Germania superior y la Germania inferior

La intención había sido reunir a los cantones germánicos enclavados entre el Rin y el Elba en una comunidad colocada bajo la soberanía romana semejante a la que se había formado con los cantones galos, asignándoles con el altar de Augusto erigido en la ciudad de los ubios, núcleo de la Colonia actual, un eje excéntrico análogo al que el altar de Augusto en Lyon representaba para las Galias. Probablemente para un remoto futuro se previese la posibilidad de desplazar el cam-

pamento central a la orilla derecha del Rin, restituyendo la margen derecha, por lo menos en lo esencial, al gobernador de Bélgica.

Pero todos estos planes se hundieron con las legiones de Varo. El altar germánico de Augusto en el Rin se convirtió en el altar de los ubios, o siguió siéndolo. Las legiones siguieron acuarteladas permanentemente en una zona que pertenecía en rigor a Bélgica, pero que mientras ellas estuviesen allí se hallaba también bajo la jurisdicción administrativa de los mandos de los dos ejércitos, ya que las normas romanas no admitían la posibilidad de separar la administración militar de la civil. Ya dijimos más arriba que Varo fue probablemente el último general en jefe de los ejércitos unidos del Rin; al aumentarse el ejército renano a ocho legiones como consecuencia de aquella catástrofe, se implantó también, según todas las apariencias, esta medida del desdoblamiento. Por lo tanto, en estas páginas en que ahora entramos no se trata tanto de relatar las condiciones existentes en una provincia romana como de exponer las vicisitudes de un ejército romano y, en estrecha relación con ellas, las de los pueblos vecinos y los adversarios, en cuanto se hallen entrelazadas con los destinos de Roma.

Los dos cuarteles generales de los ejércitos del Rin fueron siempre Vétera, junto al Wesel, y Mogontiaco, la actual Maguncia, los dos probablemente anteriores a la división del mando y una de las causas que contribuyeron a ella. Cada uno de los dos ejércitos estaba formado, en el siglo primero d. C., por cuatro legiones, que eran aproximadamente 30 mil hombres. En aquellos dos puntos y entre ellos se concentraba la masa principal de las tropas romanas, y además había una legión destacada cerca de Noviomago (Nimega), otra en Argentorato (Estrasburgo) y otra cerca de Vindonisa (Windisch, no lejos de Zurich), relativamente próxima a la frontera de Recia. Del ejército inferior formaba parte la flota del Rin, cuyos efectivos eran bastante considerables.

La línea divisoria entre el ejército superior y el inferior se hallaba entre Andernach y Remagen, cerca de Brohl, es decir, que Coblenza y Bingen caían dentro de la zona militar alta y Bona y Colonia en la baja. Pertenecían a la circunscripción administrativa de la Germania superior, en la margen izquierda del río, los distritos de los helvecios (Suiza), de los secuanos (Besançon), de los lingones (Langrers), de los rauracos (Basilea), de los tribocos (Alsacia), de los nemetos (Spira) y de los vangiones (Worms); a la menos extensa de la Germania inferior, el de los ubios o, por mejor decir, la Colonia Agripina (Colonia), el de los tungros (Tongern), el de los menapios y el de los bátavos, mientras que los cantones situados más al oeste, incluyendo los de Metz y Tréveris, se hallaban bajo la jurisdicción de los respectivos gobernadores de las tres Galias.

Esta división tenía una importancia puramente administrativa; en cambio, la extensión variable de las dos circunscripciones en la margen derecha se hallaba relacionada con las vicisitudes por que atravesaban las relaciones con los vecinos y por los consiguientes avances o repliegues de las fronteras de la dominación romana. Las relaciones con estos vecinos fueron ordenadas de tan distinto modo en el alto y en el bajo Rin y los acontecimientos se proyectaron en tan distintas direcciones, que en este sentido la división provincial tuvo la importancia histórica más decisiva. Veamos, en primer lugar, cómo se desarrollaron las cosas en el bajo Rin.

Bátavos, caninefates, frisones y caucios

Ya hemos expuesto más arriba hasta dónde consiguieron los romanos someter a su poder a los germanos de las dos márgenes del Rin inferior. Los bátavos germanos fueron incorporados al imperio por vía pacífica, no en tiempo de César; pero no mucho después, tal vez por Druso. Poblaban el delta del Rin y, por lo tanto, la orilla izquierda y las islas formadas por los brazos del río, llegando por lo menos, río arri-

ba, hasta el antiguo Rin, es decir, que se extendían sobre poco más o menos desde Amberes hasta Utrecht y Leyden en Zelanda y hasta la Holanda del sur, en territorio primitivamente celta —por lo menos, entre los nombres de los lugares predominan los celtas—; aún ostentan el nombre que ellos le dieron: Betuwe, la depresión entre Waal y Leek, cuya capital era Noviomago, la actual Nimega. Estos nativos eran, si se los compara con los inquietos y testarudos celtas, súbditos obedientes y útiles, razón por la cual llegaron a ocupar una posición especial en la agrupación del imperio romano y especialmente dentro del ejército. Estaban completamente exentos de impuestos; en cambio en el reclutamiento de tropas resultaban más castigados que ningún otro cantón: ellos solos suministraban al ejército imperial mil jinetes y 9 mil soldados de a pie; además, el cuerpo de soldados de la guardia del emperador se nutría principalmente de bátavos. Los mandos de los destacamentos de estas tropas estaban encomendados exclusivamente a oficiales bátavos de nacimiento. Se les consideraba sin disputa no sólo como los mejores jinetes y los mejores nadadores del ejército, sino también como prototipo de soldados leales, lealtad que contribuirían sin duda a fortalecer la alta soldada que se les pagaba a los soldados bátavos de la guardia imperial y los privilegios que se concedían a los oficiales nobles en el servicio. A pesar de ser germanos, no participaron para nada en la catástrofe de Varo, ni para prepararla ni para aprovecharse de sus consecuencias. Bajo la primera impresión de la noticia terrorífica, Augusto se apresuró a licenciar a los bátavos de su guardia personal, pero pronto hubo de convencerse de lo infundados que eran sus recelos, readmitiendo poco después a los soldados despedidos.

En la margen derecha del Rin, en lo que hoy es la Holanda del norte (de Amsterdam para arriba), los más próximos a los bátavos eran los caninefates, muy afines a aquéllos, pero menos numerosos; ni siquiera se los menciona entre los pueblos

sometidos por Tiberio, considerándoselos simplemente como a reclutas, al igual que los bátavos.

Venían después los frisones, en la parte de la costa que hoy sigue conociéndose por su nombre, Frisia, quienes se sometieron a Druso hasta el Ems inferior, recibiendo sobre poco más o menos el mismo trato que los bátavos. En vez de contribuciones, se les impuso el tributo de un cierto número de pieles de buey para las necesidades del ejército; pero a cambio de ello, también este cantón tenía que entregar una cantidad relativamente grande de hombres para el servicio de las armas romanas. Fueron los aliados más fieles de Druso, como luego habían de serlo de Germánico, y le ayudaron valiosamente tanto en la construcción del canal como, sobre todo, en los trabajos de salvamento después de los desastrosos viajes por mar a las costas del norte.

Seguían hacia el este los caucios, pueblo de marineros y pescadores, muy extendido en el litoral del mar del Norte a los dos lados del Weser, tal vez desde el Ems hasta el Elba; fueron sometidos al poder romano por Druso a la vez que los frisones, pero no sin lucha como éstos.

Todos estos pueblos germánicos de la costa se sometieron al invasor mediante pactos o, por lo menos, sin luchar contra él enconadamente, y como no tuvieran arte ni parte en la insurrección de los queruscos, sus relaciones con el imperio romano no sufrieron alteración después de la batalla de Varo. Las guarniciones romanas no fueron retiradas entonces ni de los alejados cantones de los frisones y los caucios, y éstos enviaron todavía sus contingentes de tropa para las campañas de Germánico. Parece, sin embargo, que en la nueva evacuación de Germania efectuada el año 17 se abandonó el pobre y lejano país de los caucios, difícil de defender; al menos, no poseemos testimonios posteriores que acrediten la subsistencia de la dominación romana en aquellas tierras, que unos cuantos decenios después volvemos a encontrar ya independientes. Pero todo el territorio situado al oeste del Ems inferior siguió en poder del imperio, cuyas fronteras incluían,

por lo tanto, lo que hoy es Holanda. La defensa de esta parte de las fronteras del imperio contra los germanos situados fuera de ellas se confió, fundamentalmente, a los propios cantones marítimos leales.

El "limes" del bajo Rin

A medida que se iba remontando el Rin, se procedía de otro modo. En estas tierras se abrió una calzada divisoria y se despobló la zona intermedia. La vigilancia del tráfico fronterizo iba unida a esta calzada, el *limes*,[1] que discurría a una distancia más o menos grande del Rin: no podía cruzarse de noche, de día estaba vedado cruzarla a gente armada y, en general, regían una serie de medidas de seguridad y de precaución y se exigía el pago del tributo establecido por el paso de la frontera. Fue Tiberio, después de la batalla de Varo, quien trazó esta calzada fronteriza frente al cuartel general del bajo Rin, en lo que hoy es la región de Münster, a alguna distancia del río, ya que entre ella y ésta se extendía según sabemos el "bosque césico", cuya localización no ha podido precisarse. Precauciones semejantes a éstas se adoptarían también, seguramente, en los valles del Ruhr y del Sieg hasta llegar al del Wied, donde terminaba la provincia renana inferior.

No es forzoso pensar que esta ciudad fronteriza estuviese ocupada militarmente y fortificada, aunque es evidente que la defensa y el aseguramiento de la frontera exigían, en todo caso, mantener esta calzada en las mejores condiciones posibles de seguridad. Uno de los medios principales empleados para la protección de la frontera era el mantener despoblada la faja de terreno situada entre el río y la calzada. Un escritor informado de la época de Tiberio dice que "los pueblos que habitaban en la margen derecha del Rin fueron trasladados por los romanos a la orilla izquierda o se retiraron por sí mismos a las tierras del interior".

Esta medida afectó en lo que hoy es la región de Münster a las tribus germanas de los usipios, los tencteros y los tubantes, allí establecidas. En las expediciones de Germánico nos encontramos a estos pueblos alejados del Rin, pero establecidos todavía en la cuenta del Lippe; más tarde, y probablemente como consecuencia de aquellas mismas expediciones, aparecen desplazados más al sur, frente a Maguncia. Su viejo solar patrio quedó desde entonces desierto y formaba los extensos terrenos de pastos reservados para los rebaños del ejército de la Germania inferior, en los que en el año 58 mostraron deseos de establecerse primero los frisones y luego los ansivarios, errantes de un lado para otro sin hogar, pero no lo lograron, por negarse a ello las autoridades romanas.

Más al sur, los sugambros, que en gran parte recibieron el mismo trato que aquéllos, consiguieron por lo menos que se dejase morar en la margen derecha a un pequeño contingente de esta tribu, mientras que otros pueblos menos numerosos eran desplazados en bloque al interior del país. Hay que suponer que la escasa población a la que se permitió permanecer en la faja de terreno del *limes* estaría formada exclusivamente por súbditos del imperio, como lo confirma el hecho de que los sugambros estuviesen sujetos al régimen de reclutamiento para el ejército romano.

Lucha contra frisones y caucios

Fue así cómo, después de renunciar a planes más ambiciosos, quedaron organizadas las cosas en el Rin inferior. Los romanos seguían reteniendo, pues, a pesar de todo, una zona bastante considerable de territorio en la margen derecha. Sin embargo, esto daba origen a toda una serie de incómodas complicaciones. Hacia el final del reinado de Tiberio (año 28), los frisones, irritados por la insoportable opresión de que se les hacía objeto en la percepción del tributo adeudado al imperio, el cual no era muy gravoso de por sí, asesinaron a

los funcionarios recaudadores y sitiaron a los jefes militares romanos destacados en aquella región, con el resto de los soldados y el personal civil de Roma de servicio allí, en el castillo de Fleyo, que se levantaba en lo que era la desembocadura más oriental del Rin antes de extenderse en la Edad Media el Zuider Zee, cerca de lo que hoy es la isla de Vlieland, junto a la de Texel. La insurrección cobró tales proporciones que los dos ejércitos del Rin se unieron para marchar juntos contra los frisones; a pesar de ello, el gobernador Lucio Apronio no consiguió gran cosa. Los sitiadores levantaron el asedio al castillo al ver que la flota romana se acercaba transportando las legiones, pero no era fácil habérselas con ellos en un terreno como aquél, todo cortado. Varios destacamentos de tropas fueron destrozados uno tras otro y la vanguardia romana sufrió tal derrota que hasta los cadáveres de los caídos quedaron en manos del enemigo. No llegó a librarse una batalla decisiva, pero no se produjo tampoco una verdadera rendición de los sublevados.

Tiberio, a medida que iba envejeciendo, sentíase cada vez menos inclinado a las grandes empresas encaminadas a asegurar una posición prepotente al general en jefe. Así se explica también que en los años siguientes los caucios, vecinos de los frisones, empezasen a hostigar a los romanos, que el gobernador Publio Gabinio Secundo tuviese que organizar una expedición contra ellos en el año 41 y que seis años más tarde (en el 47) aquellos indígenas, acaudillados incluso por el tránsfuga romano Ganasco, caninefata de nacimiento, estuviesen en condiciones de saquear a diestro y siniestro la costa gala, con ayuda de sus barcos ligeros de piratas. Cneo Domicio Córbulo, nombrado por Claudio gobernador de la Germania inferior, asentó la mano con la flota del Rin a estos antepasados de los sajones y los normandos, tras lo cual redujo enérgicamente a obediencia a los frisones, reorganizando su comunidad y destacando allí guarniciones romanas.

Era su intención meter también en cintura a los caucios — a instigación suya fue asesinado Ganasco, contra quien se

consideraba autorizado a proceder así por tratarse de un tránsfuga—, y ya se disponía a cruzar el Ems para entrar en sus tierras, cuando recibió contraorden de Roma. El gobierno romano había decidido cambiar totalmente su política en el bajo Rin. El emperador Claudio ordenó a su gobernador retirar todas las guarniciones romanas de la margen derecha. Se comprende que el general del emperador, al recibir semejantes órdenes, diese rienda suelta a su furia y añorase la libertad de acción de los generales de la Roma antigua. Esta medida, sin embargo, no hacía más que completar las consecuencias lógicas de la derrota, sacadas sólo a medias después de la batalla de Varo. Es posible que esta decisión de reducir la ocupación militar de Germania, que no se adoptaba bajo el imperio de ninguna coacción inmediata, obedeciese a la resolución, tomada precisamente por aquel entonces, de proceder a la ocupación de Bretaña y al convencimiento de que Roma no contaba con tropas bastantes para hacer frente a ambas empresas.

Sea de ello lo que quiera, la orden fue ejecutada y más tarde siguió manteniéndose en vigor, como lo demuestra la ausencia de inscripciones militares romanas en toda la margen derecha del bajo Rin. Algunos puntos de tránsito y puertas de escape retenidos por los romanos en la otra orilla, como por ejemplo Deutz, frente a Colonia, eran simplemente excepciones confirmatorias de la regla general. La calzada militar se ciñe aquí a la ribera izquierda y sigue estrictamente el curso del río, mientras que el camino comercial trazado a sus espaldas procura acortar, cortando los recodos y sinuosidades del río. No se ha conservado ningún rastro, piedras miliares ni otros testimonios que acrediten la existencia de calzadas militares romanas en la margen derecha del Rin, por esta parte.

La margen derecha del Rin

Claro está que la retirada de las guarniciones no indica de un modo concluyente, ni mucho menos, la intención de renunciar formalmente a la posesión de la orilla derecha del río, en esta provincia. Los romanos siguieron considerándola, sobre poco más o menos, como el comandante de una fortaleza considera el terreno colocado al alcance de sus cañones. Los caninefates y una parte por lo menos de los frisones siguieron siendo súbditos del imperio. Y ya hemos dicho que, con posterioridad a estos hechos, los rebaños de las regiones seguían pastando en las tierras de la región de Münster y no permitieron que ciertas tribus germánicas se instalasen en ellas. Pero, a partir de entonces, el gobierno encomendó en el norte a los caninefates y a los frisones la defensa del territorio fronterizo de la orilla derecha, territorio que siguió existiendo también en esta provincia, mientras que aguas arriba se confió esencialmente a la zona deshabitada, no permitiendo —aunque sin llegar a prohibirlo expresamente— que en ella se estableciesen ni siquiera colonias romanas. Casi el único testimonio que ha quedado de la existencia de habitantes romanos en esta zona es la piedra de altar de un particular descubierta en Altenberg (distrito de Mühlheim), cerca del río Dhün. Es éste un hecho tanto más digno de ser notado cuanto que el florecimiento de Colonia, si a ello no se hubiesen opuesto obstáculos especiales, habría determinado una profunda penetración de la civilización romana en la otra margen del Rin.

Las tropas romanas pisarían sin duda con harta frecuencia aquellas extensas tierras y hasta tal vez mantendrían en buen estado las calzadas que, más numerosas allí que en otros sitios, se conservaban de la época de Augusto, y construirían seguramente otras nuevas; morarían en ellas, a no dudarlo, escasos habitantes, vestigios unos de la antigua población germana y otros colonos del imperio, lo mismo que pronto habremos de encontrarlos, por lo que se refiere a los primeros tiempos del imperio, en la margen derecha del alto Rin; pero calzadas y posesiones presentaban aquí el sello de lo

precario. No se quería invertir en esta zona un trabajo de la envergadura y la dificultad del que encontraremos más adelante en la provincia superior; no existía el designio de defender militarmente y fortificar la frontera del Rin en esta comarca como en las tierras altas. He aquí por qué el Rin inferior fue cruzado por las armas romanas, pero no por la cultura romana, como el Rin superior.

El ejército del bajo Rin cumplió satisfactoriamente, aun después de renunciar a la ocupación del territorio de la orilla derecha, su doble misión, consistente en mantener en la obediencia a la vecina Galia e impedir que se acercasen a ella los germanos del otro lado del río. Y es lo más probable que la calma no se hubiese interrumpido ni en el exterior ni en el interior, a no haberse interferido de un modo funesto en estos problemas la caída de la dinastía julia-claudia y la consiguiente guerra civil o, más exactamente, castrense. Es cierto que la insurrección del país celta acaudillado por Víndex fue aplastada por los dos ejércitos de las Germanias, pero a pesar de ello Nerón fue derrotado y, al ver que tanto el ejército romano de España como la guardia imperial de Roma designaban un sucesor para ocupar el trono, los ejércitos del Rin no quisieron ser menos y, a comienzos del año 69, la mayor parte de estas tropas cruzó los Alpes para ventilar en los campos de batalla de Italia si el futuro gobernante había de llamarse Marco o Aulo. En mayo del mismo año las siguió el nuevo emperador Vitelio, después de que las armas ya habían decidido el litigio en su favor, acompañado por lo que aún quedaba de tropas fogueadas y seguras. Y aunque las bajas causadas en las guarniciones del Rin se cubrieron a duras penas mediante levas hechas a prisa y corriendo en las Galias, todo el país sabía que éstas no eran ya las viejas legiones, y pronto se vio además que aquéllas no volverían. Si el nuevo regente hubiese tenido en sus manos al ejército que le había colocado en el trono, una parte de él por lo menos se habría visto obligada a retornar al Rin en el mes de abril, después de derrocado Otón. Pero fue más la rebeldía de los soldados que

la nueva complicación que había de producirse en seguida al ser proclamado Vespasiano emperador en el Oriente, lo que retuvo a las legiones en Italia.

Insurrección de las tropas bátavas

En las Galias reinaba la agitación más espantosa. La insurrección de Víndex no fue dirigida de por sí, como ya hemos dicho, contra la dominación de Roma, sino contra el emperador que entonces la representaba, pero no por ello había dejado de ser una guerra entre los ejércitos del Rin y las milicias nacionales de la gran mayoría de los cantones celtas, los cuales fueron saqueados y maltratados lo mismo que enemigos vencidos. Cuál era el estado de ánimo reinante entre los provinciales y los soldados lo revela, por ejemplo, el trato que se dio al cantón de los helvecios cuando cruzaron por él las tropas que se dirigían a Italia; como un correo enviado a Panonia por los vitelianos fuese atacado allí, irrumpieron en el cantón de una parte las columnas expedicionarias y de la otra las tropas romanas de guarnición en Recia, saquearon a diestra y siniestra los pueblos, sobre todo el que hoy se llama Baden, cerca de Zurich, sacaron de sus escondites a los que habían huido a refugiarse en las montañas y los aniquilaron por millares, vendiendo a los supervivientes como prisioneros de guerra. A pesar de que la capital del cantón, Aventico (la actual Avenches, cerca de Murten), se sometió sin resistencia, los agitadores del ejército exigieron que fuese demolida, y a lo más a que el general accedió fue a que la cuestión no se ventilase ante el emperador, sino ante los soldados del gran cuartel general; éstos se constituyeron en tribunal para decidir la suerte de la ciudad secuestrada, la cual sólo se salvó de la destrucción por un viraje del capricho.

Estos abusos llevaron a los provinciales a la desesperación. Antes de que Vitelio abandonase el territorio galo, se levantó un tal Maricco, del cantón de los bóyers, dependiente de los heduos, que era, según él decía, un dios que había descendi-

do a la tierra, resuelto a restaurar las libertades de los celtas; las gentes acudieron en tropel a enrolarse bajo sus banderas. Sin embargo, la furia desatada en el país céltico no era demasiado de temer. La insurrección de Víndex acababa de demostrar del modo más palmario hasta qué punto eran los galos incapaces de escapar al círculo de hierro de los romanos. En cambio, debía justificar mayores recelos el estado de espíritu de los distritos germánicos encuadrados en las Galias, en los que son hoy Países Bajos: los bátavos, los caninefates y los frisones, cuya especial posición ha sido señalada ya. Y se daba la circunstancia de que los contingentes de estos pueblos, enfurecidos hasta más no poder, se encontraban entonces casualmente en tierras galas.

La masa de las tropas bátavas, unos 8 mil hombres, asignados a la 14a. legión, había pertenecido durante mucho tiempo, con ésta, al ejército del alto Rin; más tarde, al ser ocupada Britania bajo Claudio, el cuerpo bátavo fue trasladado a esta isla, donde no hacía mucho que bajo el mando de Paulino y con su incomparable bravura habían ganado para los romanos la batalla decisiva; a partir de entonces, estas tropas ocupaban indiscutiblemente el primer lugar entre todas las unidades del ejército romano. Acababa de ordenar Nerón, precisamente en atención a su heroísmo, que fuesen retiradas de aquel sector para llevarlas con él a la guerra en el Oriente, cuando la revolución desencadenada en las Galias provocó una disensión entre la legión y sus unidades auxiliares. Aquélla, fiel a Nerón, salió precipitadamente hacia Italia para sostener su causa, pero los bátavos se negaron a seguirla. Tal vez tuviera algo que ver con esto el malestar producido entre ellos porque dos de sus oficiales más prestigiosos, los hermanos Paulo y Civilis, sin razón alguna y sin tomar en cuenta sus largos años de leales servicios y sus honrosas cicatrices, acababan de ser sumariados por sospechas de alta traición, ejecutándose al primero y enviándose a prisión al segundo.

Después de la caída de Nerón, a la que contribuyó en no pequeña parte la deserción de las cohortes bátavas, Galba puso a Civilis en libertad y volvió a destinar aquellos contingentes a su antiguo acantonamiento de Britania. Hallándose acampados en tierras de los lingones (Langres) de paso para la isla británica, desertaron de Galba las legiones del Rin y proclamaron emperador a Vitelio. Los bátavos, tras largas vacilaciones, decidieron adherirse a ellas. Vitelio no les perdonó aquellas vacilaciones, pero no se decidió, por otra parte, a enfrentarse con el jefe de un cuerpo tan poderoso. Los bátavos marcharon a Italia con las legiones de la Germania inferior y en la batalla de Betriaco pelearon por Vitelio con su acostumbrada bravura, al paso que sus antiguos camaradas de armas en la legión se enfrentaban a ellos en el ejército de Otón.

Pero la soberbia de estos germanos irritaba a los romanos que habían luchado y vencido con ellos, sin dejar de reconocer su valentía en el combate; los generales que mandaban las fuerzas no se fiaban tampoco de ellos y hasta llegaron a intentar dividirlos, asignándolos a distintas unidades, proyecto naturalmente irrealizable en una guerra como aquélla, en que mandaban los soldados y obedecían los generales, y que por poco cuesta la vida al jefe deseoso de ponerlo en práctica. Después de la victoria, se les ordenó que escoltasen hasta Britania a sus adversarios de la 14a. legión, pero como, al llegar a Turín, se produjesen choques entre la escolta y las tropas conducidas, éstas continuaron su marcha hacia Britania solas, mientras los bátavos se dirigían por su cuenta a Germania.

Entre tanto, los del Oriente habían proclamado emperador a Vespasiano, y mientras Vitelio, en vista de ello, ordenaba a las cohortes bátavas que regresasen a Italia, al mismo tiempo que organizaba nuevas y extensas levas en Batavia, agentes de Vespasiano negociaban con los oficiales de aquellas unidades para convencerles de que no obedeciesen las órdenes de Vitelio y para provocar en la misma Germania una insu-

rrección que retuviese allí a las tropas del Rin. Civilis se prestó a ello. Se trasladó a su país y no le fue difícil ganar para sus planes a los suyos y a los caninefates y frisones. Aquéllos se lanzaron a la insurrección; fueron asaltados los dos campamentos de las cohortes establecidos en las inmediaciones y liquidados los centinelas romanos; los reclutas romanos se batían mal; Civilis, que había acudido con su cohorte, pretextando disponerse a emplearla contra los insurrectos, no tardó en lanzarse abiertamente al movimiento, declaró la guerra a Vitelio en unión de los tres cantones germanos e invitó a unirse a él a los demás bátavos y caninefates que en aquellos momentos se disponían a ponerse en marcha desde Maguncia hasta Italia.

Todo esto era más bien una sublevación militar que un levantamiento de la provincia, y aún mucho menos una guerra germánica. Si se levantaban en armas las legiones del Rin y las del Danubio e incluso las del Éufrates, en unión de las segundas, ¿por qué no iban a tomar parte también en esta guerra castrense, por sí ante sí, las tropas de segunda clase, y sobre todo las más prestigiosas de ellas, las bátavas? Quien compare este movimiento desatado entre las cohortes bátavas y entre los germanos de la margen izquierda del Rin con la insurrección desencadenada entre las tropas de la orilla derecha bajo Augusto, no debe perder de vista que en aquél las alas y las cohortes desempeñaban el papel asumido en ésta por las milicias nacionales de los queruscos; pero mientras que el pérfido oficial de Varo arrancó a su nación del yugo romano, el caudillo bátavo obraba por mandato de Vespasiano y tal vez obedeciendo las órdenes secretas del gobernador de su provincia, inclinado por debajo de cuerda a la causa del emperador proclamado en Oriente; además, este movimiento iba dirigido en primer lugar contra Vitelio, exclusivamente. Claro está que dada la situación, esta sublevación militar podía convertirse en cualquier momento en una guerra germánica del carácter más peligroso. Las mismas tropas romanas que defendían el Rin contra los germanos de la mar-

gen derecha se enfrentaban hostilmente en la guerra castrense con los germanos de la orilla izquierda; los papeles estaban repartidos de tal modo que casi parecía más fácil cambiarlos que mantenerlos. Y es posible que el propio Civilis aguardase a los resultados, para saber si el movimiento se orientaba hacia un simple cambio de emperador o hacia la expulsión de los romanos de las Galias por obra de los germanos.

Sublevación de Civilis

Desempeñaba entonces el alto mando de los dos ejércitos del Rin, después de haber sido proclamado emperador el gobernador de la Alemania meridional, su anterior colega en la Alemania superior, Ordeonio Flaco, hombre de avanzada edad y enfermo de gota, sin energía y sin autoridad y que, además, si no había tomado secretamente el partido de Vespasiano, infundía por lo menos a las legiones partidarias del emperador entronizado por ellas la vehemente sospecha de que no era fiel a su causa. Nada caracterizaba mejor lo que era este hombre y la posición por él ocupada que el hecho de que, para lavarse de la sospecha de traición, ordenase que los despachos del gobierno recibidos por él fuesen remitidos sin abrirlos a los portaestandartes de las legiones, quienes los leían a los soldados antes de que los conociese el general. Dos de las cuatro legiones del ejército inferior, el primero que hubo de enfrentarse a los sublevados, la 5a. y la 15a., se hallaban acuarteladas en Vétera al mando del legado Munio Luperco, la 16a., mandada por Numisio Rufo, estaba acantonada en Novesio (Neuss) y la primera, al mando de Herenio Galo, en Bona. De las legiones del ejército superior, que por entonces sólo contaba tres,[2] una, la 21a., permanecía ajena a estos sucesos en su acantonamiento de Vindonisa, si es que no había sido trasladada en su totalidad a Italia, las otras dos, la 4a. macedónica y la 22a., estaban en su cuartel general de Maguncia, donde se encontraban también Flaco y el legado

Dilio Vócula allí destacado, hombre muy capaz, que era quien regentaba en realidad el alto mando. Ninguna de las legiones tenía más que la mitad de sus efectivos y la mayoría de los soldados encuadrados en ellas eran hombres medio inválidos o reclutas.

Civilis, a la cabeza de un pequeño destacamento de tropas regulares y sobre todo del conjunto de los contingentes de los bátavos, los caninefates y los frisones, se lanzó al ataque desde su país natal. Ya junto al Rin, se encontró con los restos de las guarniciones romanas expulsadas de los cantones del norte y con algunos barcos de la flota romana del Rin; al atacar al invasor, no sólo se pasaron a él las tripulaciones de los barcos, formadas en su mayor parte por bátavos, sino también una cohorte de tungros: era la primera unidad gala que desertaba de las banderas romanas. Las tropas itálicas fueron todas ellas muertas o hechas prisioneras.

Animados por esta victoria, se pusieron por fin en movimiento los germanos de la margen derecha. Lo que durante tanto tiempo habían esperado en vano un levantamiento de los súbditos romanos del otro lado del río, era ahora una realidad. Se lanzaron a la lucha tanto los caucios y los frisones de la costa como, sobre todo, los bructerios de ambas márgenes del alto Ems hasta el Lippe y, en el Rin central, frente a Colonia, los tencteros, y en menor medida los pueblos situados al sur de éstos, los usipios, los masiacos y los catios. Cuando las dos endebles legiones de Vétera salieron al encuentro de los insurgentes a las órdenes de Flaco, éstos pudieron enfrentárseles ya con numerosos refuerzos del otro lado del Rin, y la batalla terminó, como el combate librado junto al Rin, con la derrota de los romanos, causada por la deserción de la caballería bátava que formaba parte de la guarnición de Vétera y por el mal comportamiento tanto de la caballería de los ubios como de la de los trevirenses.

Los insurrectos y los germanos que afluían hacia ellos en tropel procedieron a rodear y sitiar el cuartel general del ejército inferior. Durante el sitio, llegó a conocimiento de las

otras cohortes bátavas acampadas cerca de Maguncia la noticia de lo ocurrido en el bajo Rin; estas fuerzas, dando media vuelta, se dirigieron inmediatamente hacia el norte. En vez de aplastarlas, el pusilánime general las dejó seguir la marcha, y cuando el jefe de la legión estacionada en Bona se lanzó contra ellas, no encontró el apoyo que Flaco habría podido prestarle y que incluso en un principio le había prometido. Así fue cómo los valientes germanos pudieron poner en fuga a la legión de Bona, arribando indemnes al campo de Civilis, para convertirse de allí en adelante en el núcleo cerrado de su ejército, en el que ahora se alineaban las banderas de las cohortes romanas al lado de los estandartes con figuras de animales de los bosques sagrados de los germanos.

El jefe de los bátavos manteníase, por lo menos en apariencia, fiel a la causa de Vespasiano; tomó juramento a las tropas romanas en su nombre e invitó a la guarnición de Vétera a unirse a él en torno a esta causa. Sin embargo, estas fuerzas romanas sólo veían en ello, probablemente con razón, una celada que se les tendía y la rechazaron con la misma energía que a la avalancha de los asaltantes, los cuales viéronse pronto obligados por la superioridad de la táctica romana a convertir el sitio de la plaza en un simple bloqueo. Pero, como estos acontecimientos habían sorprendido a los mandos del ejército romano, las provisiones de la guarnición bloqueada eran escasas y hacíase necesario reponerlas sin demora. Con este fin, salieron de Maguncia Flaco y Vócula con todas sus tropas, se movilizaron en el trayecto las dos legiones estacionadas en Bona y Novesio, así como numerosas tropas auxiliares de los cantones galos, a las que se ordenó concentrarse allí, y se situaron cerca de Vétera. Pero en vez de lanzar inmediatamente contra los sitiadores todas las fuerzas de dentro y de fuera, por grande que fuera la superioridad numérica del enemigo, Vócula acampó cerca de Gelduba, hoy Gellep, en el Rin, no lejos de Krefeld, a un día largo de marcha de Vétera, mientras que Flaco se quedaba más rezagado todavía. Esta demora sólo puede explicarse tenien-

do en cuenta la nulidad del general que mandaba formalmente las fuerzas, la creciente desmoralización de la tropa y, sobre todo, su desconfianza cada vez mayor con respecto a los oficiales, que llegaba a traducirse con frecuencia en malos tratos e incluso en tentativas de asesinato.

El desastre iba cerniéndose, pues, por todas partes, amenazando descargar de un momento a otro. Parecía como si la Germania entera tomase parte en esta guerra. El ejército sitiador recibía constantes refuerzos de la retaguardia germana; mientras tanto, otros contingentes, cruzando el Rin, que en aquel verano, de mucha sequía, iba extraordinariamente bajo, pasaban a retaguardia de los romanos para entrar a saco por el valle del Mosela, en los cantones de los ubios y los trevirenses, o para irrumpir por debajo de Vétera en las cuencas del Mosa y del Escalda. Otros llegaron hasta las puertas de Maguncia y se disponían a sitiar esta plaza. En esto llegó la noticia de la catástrofe ocurrida en Italia. Al conocer el resultado de la segunda batalla librada en Betriaco en el otoño del 69, las legiones germánicas dieron por perdida la causa de Vitelio y prestaron, aunque de mala gana, juramento de fidelidad a Vespasiano; animados tal vez por la esperanza de que Civilis, que llevaba también el nombre de Vespasiano en sus banderas, les daría ahora la paz. Pero los enjambres germánicos que entre tanto habían ido extendiéndose por toda la Galia del norte no se habían echado al campo precisamente para instaurar la dinastía flavia; aun, suponiendo que Civilis hubiera abrigado realmente este propósito en otro tiempo, ahora ya no podía seguir pensando así. Se quitó, pues, la careta y proclamó abiertamente lo que, por lo demás, todo el mundo sabía ya desde hacía mucho tiempo: que los germanos de la Galia nórdica, ayudados por sus hermanos de raza libres, peleaban por sacudirse el yugo de la dominación romana.

Levantamiento en las Galias

Pero el rumbo de la guerra cambió. Civilis intentó tomar por sorpresa el campamento de Gelduba; al principio, parecía que iba a conseguirlo; la deserción de las cohortes de los nervios colocó en una situación crítica al pequeño contingente mandado por Vócula. De pronto, dos cohortes españolas atacaron por la espalda a los germanos, y lo que parecía una derrota segura se convirtió en una victoria brillante: el núcleo del ejército atacante quedó tendido en el campo de batalla. Y aunque Vócula no marchó inmediatamente sobre Vétera, como indudablemente habría podido hacerlo, algunos días después, tras otro encuentro con el enemigo, entraba en la ciudad sitiada. Pero no llevaba con él provisiones y éstas, al estar el río en poder del enemigo, tenían que llevarse por tierra desde Novesio, donde se hallaba acampado Flaco. El primer convoy logró pasar, pero el enemigo, que entre tanto había ido reconcentrándose de nuevo, atacó a la segunda columna de aprovisionamiento y la obligó a refugiarse en Gelduba. Vócula acudió en su socorro con sus tropas y una parte de la antigua guarnición de Vétera. Al llegar a Gelduba, las tropas se negaron a volver a Vétera, donde las esperaban las penalidades de un nuevo sitio; en vez de eso, marcharon hacia Novesio, y Vétera, sabiendo que lo que quedaba de la antigua guarnición en Vétera disponía de algunas provisiones, hubo de someterse de bueno o de mal grado.

Entre tanto, las tropas acampadas en Novesio se habían amotinado. Los soldados habían averiguado que el general tenía en su poder un donativo enviado para ellos por Vitelio y obligaron a que se les repartiese en nombre de Vespasiano. Logrado este propósito, gastaron el dinero en comer y beber, y en aquellas francachelas sintió renacer la soldadesca su viejo encono; saquearon la casa del general que había traicionado al ejército del Rin para entregarlo al caudillo de las legiones sirias, lo asesinaron y habrían hecho lo mismo con Vócula si éste no se pone a salvo, disfrazado. Después de esto, volvieron a proclamar emperador a Vitelio, ignorando que éste había muerto ya. Al recibirse en el campamento la

noticia de su muerte, la mejor parte de los soldados, o sean las dos legiones de la Germania superior, pareció entrar en razón; la efigie de Vitelio volvió a ser sustituida en los estandartes por la de Vespasiano y aquellas legiones se sometieron a las órdenes de Vócula. Éste las condujo a Maguncia, donde permaneció el resto del invierno del 69 al 70. Civilis ocupó Gelduba, cortando así a Vétera, cuya plaza se veía de nuevo estrechamente bloqueada; los campamentos de Novesio y Bona seguían manteniéndose.

Hasta ahora, todo el país galo, con excepción de unos pocos cantones germánicos levantados en armas en el norte, se mantenía firmemente unido a Roma. Es cierto que la desunión cundía en algunos cantones. Entre los tungros, por ejemplo, había grandes simpatías por los bátavos, y a este mismo espíritu antirromano obedecería probablemente, en parte al menos, el mal comportamiento observado por las tropas auxiliares galas durante toda la campaña. Pero entre los insurgentes había también un considerable partido que simpatizaba con los romanos; Claudio Lábeo, un noble bátavo, libró con cierto éxito una guerra de facción contra sus connacionales, en su propia tierra y en las tierras vecinas, y en uno de estos combates cayó, a la cabeza de un escuadrón de caballería romana, Julio Brigántico, un sobrino de Civilis.

La orden de enviar refuerzos a los romanos fue acatada sin más por todos los cantones galos. Los ubios, aunque de origen germánico, antepusieron a él, en esta guerra, su romanismo y, al igual que los trevirenses, opusieron una resistencia valiente y victoriosa a los germanos que irrumpieron en su territorio. Y era natural que obrasen así. En Galia las cosas seguían estando lo mismo que en los tiempos de Julio César y de Ariovisto. La liberación de la patria gala del yugo romano por aquellas bandas de gentes que, para prestar a Civilis su ayuda como connacionales, se dedicaban en aquellos mismos instantes a saquear y asolar los valles del Mosela, del Mosa y del Escalda, habría sido entregar el país a los vecinos germanos. En esta guerra, que había ido convirtiéndose en

un pleito entre dos cuerpos de tropa romanos en una guerra romano-germánica, los galos no eran, en realidad, más que la pieza y el botín que se disputaba. Los acontecimientos anteriores demuestran del modo más claro que los sentimientos de los galos, pese a todas las quejas generales y particulares, muy fundadas, a que daba pie el régimen romano, eran predominantemente antigermánicos, y que en esta Galia ya medio romanizada faltaba ahora la sustancia inflamable para prender un levantamiento nacional implacable y arrollador como los que conociera sin duda el país en otro tiempo.

Sin embargo, los constantes reveses sufridos por el ejército romano fueron dando poco a poco alas a los galos enemigos de la dominación romana y su deserción fue la que vino a coronar la catástrofe. Dos nobles de Tréveris, Julio Clásico, jefe de la caballería treverense, y Julio Tutor, que mandaba las tropas de guarnición en las orillas del Rin central, el lingón Julio Sabino, que se jactaba de descender de un bastardo de César, y algunos hombres de otros cantones que pensaban y sentían como ellos, creyeron, con aquella inquietud peculiar de los galos, ver escrito en los astros y proclamado al mundo entero por el incendio del Capitolio (diciembre del 69) el hundimiento de Roma. Decidieron, pues, sacudir el yugo romano e instaurar un reino galo.

Siguieron para ello el mismo camino que había seguido Arminio. Vócula, engañado por los informes falsos que estos oficiales romanos le dieron, se dejó convencer por ellos y, al frente de los contingentes que tenía bajo su mando y de una parte de la guarnición de Maguncia, se puso en marcha en la primavera del año 70 hacia el bajo Rin para liberar, con estas tropas y las legiones de Bona y Novesio, la plaza de Vétera, cuya situación era muy comprometida. En el trayecto de Novesio a Vétera, Clásico y los demás oficiales conjurados abandonaron las filas romanas y proclamaron el nuevo reino galo. Vócula regresó con las legiones a Novesio, a las puertas de cuya plaza levantó Clásico su campamento. Vétera no podía sostenerse ya mucho tiempo; su caída colocaría frente a

los romanos a todas las fuerzas conjuntas del enemigo. Atemorizadas ante esta perspectiva, las tropas romanas, vacilantes, capitularon con los oficiales desertores. En vano intentó Vócula restablecer los lazos de la disciplina y del honor; las legiones de Roma permitieron que un tránsfuga romano de la primera legión, obedeciendo las órdenes de Clásico, asesinase al valiente general y ellos mismos entregaron a los demás altos jefes, encadenados, al representante del nuevo reino galo, el cual hizo luego que los soldados jurasen fidelidad y servicio a este reino. Y el mismo juramento prestó ante los oficiales perjuros la guarnición de Vétera, habiéndose rendido inmediatamente por hambre, al igual que la de Maguncia, donde sólo unos cuantos escaparon a la ignominia con la muerte o la huida. Todo el orgulloso ejército del Rin, que era el primer ejército del imperio, se rendía así ante sus propias tropas auxiliares; Roma capitulaba ante Galia.

Fin del reino galo

Era un espectáculo triste y, al mismo tiempo, una farsa. El nuevo reino galo corrió la suerte que tenía que correr. Al principio, Civilis y sus germanos vieron con complacencia cómo la discordia sembrada en el campo romano les iba entregando primero a la mitad de los enemigos y luego a la mitad restante, pero aquél no pensaba ni mucho menos en reconocer el nuevo reino, y menos aún sus camaradas de armas de la margen derecha del Rin.

Los mismos galos no querían tampoco saber nada de aquello, actitud a la que no dejaría de contribuir con su parte la disensión que se había revelado ya entre los distritos del este y el resto del país con motivo de la insurrección de Víndex. Los trevirenses y los lingones, cuyos caudillos habían maquinado aquella conspiración de campamento, siguieron a sus jefes, pero se quedaron casi solos, pues no se sumaron a ellos más que los vangiones y los tribocos. Los secuanos, en cuyo territorio irrumpieron los lingones, sus vecinos, para presio-

narlos a que abrazasen su causa, no tardaron en expulsarlos de sus dominios. Los prestigiosos remenses, que eran el cantón dominante de Bélgica, convocaron la dieta de las tres Galias y, aunque no faltaron en ella oradores que abogasen por las libertades políticas, la asamblea acordó disuadir solamente a los trevirenses de la rebelión.

No es fácil decir cuál habría llegado a ser la organización del nuevo reino, de haberse creado realmente. Lo único que sabemos es que aquel Sabino, biznieto de una concubina de César y que ostentaba también este nombre, se dejó a pesar de ello vencer por los secuanos, mientras que Clásico, sin disponer de una ascendencia tan gloriosa, lucía el emblema de la magistratura romana y jugaba, por lo tanto, seguramente, al procónsul republicano. En consonancia con ello se halla una moneda que debieron de acuñar Clásico o sus secuaces, en la que aparece la cabeza de la Galia, como en las de la república romana la de Roma, con el símbolo de la legión y una palabra bastante osada, por cierto, para venir de ellos: "Lealtad" *(fides)*.

Al principio los hombres del nuevo reino, mancomunados con los germanos insurrectos, pudieron campar por sus respetos en el Rin. Los restos de las dos legiones que habían capitulado en Vétera fueron exterminados a pesar de la capitulación y en contra de la voluntad de Civilis, las otras dos fueron enviadas de Novesio y Bona a Tréveris y se prendió fuego a todos los campamentos romanos del Rin, grandes y pequeños, con excepción del de Mogontiaco (Maguncia).

Los que en peor situación se encontraban eran los agripinenses. Aunque los hombres del nuevo reino galo se limitaron a exigir de ellos juramento de fidelidad al nuevo régimen, los germanos no olvidaban, ni mucho menos, que eran en realidad los ubios. Un mensaje de los tencteros, situados en la margen derecha del Rin —uno de los pueblos cuyo viejo solar había sido asolado por los romanos para convertirlo en pastizal de sus rebaños, obligando a sus moradores a trasladarse a otras tierras—, pedía la demolición de aquella ciudad,

sede principal de los apóstatas germanos, y la ejecución de todos sus vecinos de origen romano. Y así se habría acordado, indudablemente, a no haber intervenido en su favor el propio Civilis, que se sentía personalmente obligado hacia ellos, y la profetisa germana Veleda, del cantón de los bructerios, que había pronosticado esta victoria y cuya autoridad reconocía todo el ejército insurgente.

Luchas finales de Civilis

Los vencedores no disponían de mucho tiempo para disputarse el botín de su victoria. Los representantes del flamante reino galo aseguraban, es cierto, que la guerra civil había estallado en Italia, que todas las provincias estaban en poder de los enemigos de Roma y que Vespasiano había muerto ya, probablemente. Pero pronto había de hacerse sentir sobre ellos el recio brazo de Roma. El nuevo régimen pudo enviar al Rin, una vez consolidado, a sus mejores generales y a numerosas legiones, mostrándose indudablemente a la altura de la gran demostración de poder que era necesaria para dominar la situación allí creada.

Anio Galo asumió el mando en la provincia superior y Petilio Cerialis en la inferior; el segundo, que era un jefe impetuoso y a veces imprudente, pero valiente y capaz, se hizo cargo de la verdadera acción. Además de la 21a. legión, de guarnición en Vindonisa, se trasladaron cinco de Italia, tres de España, una de Britania en unión de la flota, y además un cuerpo de la guarnición de Recia. Este cuerpo y la legión 21a. fueron las primeras fuerzas que se presentaron en el teatro de operaciones.

Aunque los jefes de los insurrectos habían hablado de bloquear los pasos de los Alpes, todo se quedó en palabras, y las tierras del alto Rin estaban abiertas en toda su extensión ante el enemigo hasta llegar a Maguncia. Las dos legiones de Maguncia, que habían prestado juramento de fidelidad al reino galo, ofrecieron al principio alguna resistencia a las

fuerzas romanas; sin embargo, al darse cuenta de que aquellas fuerzas no eran más que la vanguardia de un poderoso ejército, retornaron a la obediencia, y su ejemplo fue seguido inmediatamente por los vangiones y los tribocos, unos 70 mil hombres capaces de empuñar las armas. Los mismos lingones se sometieron sin que se llegase a desenvainar la espada, a cambio simplemente de la promesa de que no serían tratados con severidad. Los trevirenses se inclinaban a hacer lo mismo, pero fueron impedidos de hacerlo por la nobleza. Las únicas dos legiones supervivientes del ejército del Rin, concentradas en Tréveris, al conocer que se acercaban los romanos, arrancaron de sus estandartes las insignias galas y se replegaron sobre el campo de los mediomátricos (Metz), leales al imperio, encomendándose allí a la gracia del nuevo general en jefe.

Cuando se puso al frente de sus tropas, Cerialis se encontró con que estaba andada ya una buena parte del camino. Aunque los jefes de los insurrectos hicieron un supremo esfuerzo para defender su causa —por orden suya fueron ejecutados entonces los legados de las legiones entregadas cerca de Novesio—, eran militarmente impotentes, y la última jugada política a que recurrieron para atraer al propio general romano hacia la autoridad del nuevo reino galo fue verdaderamente digna de la primera. Tras breve batalla, habiendo hecho huir a los caudillos y a todo su consejo a tierras de los germanos, Cerialis ocupó la capital de los trevirenses; era el fin del reino galo.

La lucha contra los germanos fue más seria. Civilis lanzó toda su fuerza contra los bátavos, oponiendo a los refuerzos germanos y a los contingentes de los insurgentes galos que habían huido de sus tierras el ejército mucho más débil estacionado en la misma Tréveris. Ya había caído en sus manos el campamento romano y tenía ocupado el puente sobre el Mosela, cuando su gente, en vez de proseguir la victoria obtenida, empezó prematuramente el saqueo; pero Cerialis, reparando las consecuencias de aquella imprudencia con su

propia valentía, restableció la lucha y al cabo expulsó a los germanos del campamento y de la ciudad.

Todo lo que ocurrió después carecía ya de importancia. Los agripinenses volvieron a pasarse inmediatamente a los romanos y exterminaron en sus propias casas a los germanos residentes en la ciudad; una cohorte germana allí estacionada fue bloqueada en conjunto y pereció entre las llamas de su barrio, al que se puso fuego. La legión trasladada de Britania se encargó de reducir a la obediencia a los que en Bélgica peleaban todavía al lado de los germanos. Los caninefates lograron una victoria sobre las naves romanas de las que había desembarcado la legión y algunos valientes contingentes germanos y, sobre todo, sus barcos, más numerosos y mejor pilotados, consiguieron algunos éxitos; pero estas victorias parciales no bastaban para hacer cambiar la suerte general de la guerra. Civilis hizo frente al enemigo en las ruinas de Vétera, pero hubo de retirarse ante el poderío del ejército romano, cuyos efectivos se habían duplicado, abandonando por fin al enemigo, tras desesperada resistencia, el territorio de la propia patria. Como siempre, la desgracia trajo consigo la discordia; Civilis no se sentía ya seguro de sus propias tropas y buscó y encontró refugio en el campo enemigo. La desigual lucha quedó decidida en los últimos días del otoño del año 70; las tropas auxiliares capitularon ahora ante las legiones cívicas, y la sacerdotisa Veleda fue llevada como prisionera a Roma.

Consecuencias de la guerra de los bátavos

Si volvemos la vista atrás para echar una ojeada de conjunto a esta guerra, una de las más extrañas y de las más espantosas de todos los tiempos, vemos que jamás un ejército hubo de afrontar una misión tan difícil como la impuesta a los dos ejércitos romanos del Rin en los años 69 y 70. Soldados, en el transcurso de unos cuantos meses, primero de Nerón, luego del Senado, después de Galba, más tarde de Vitelio

y en seguida de Vespasiano; el único pilar de la dominación de Italia frente a dos naciones tan poderosas como los galos y los germanos, cuyos hombres alimentaban por completo las filas de las tropas auxiliares y en gran parte las de las mismas legiones; privados de sus mejores soldados, casi siempre sin soldada y muertos de hambre, y conducidos además por mandos deplorables a más no poder, pesaba sobre sus hombros, tanto en lo externo como en lo interno, una carga verdaderamente sobrehumana. La prueba era difícil, y no puede decirse que hayan estado a la altura de ella. Esta guerra no fue tanto una guerra entre dos cuerpos de ejército, al igual que las otras guerras civiles reñidas en esta época espantosa, como una guerra de los soldados y, sobre todo, de los oficiales de segunda clase contra los de primer rango, unida a una peligrosa insurrección e invasión de los germanos y una sublevación secundaria e insignificante de unos cuantos distritos celtas. Gannas, Carras y el bosque de Teutoburgo son, en la historia militar de Roma, páginas gloriosas, si se las compara con la doble ignominia de Novesio. Sólo unos cuantos hombres sueltos, pero ni una sola unidad, salieron indemnes de aquella afrenta general. Más que en la batalla sin jefes ni mandos de Batriaco es en estos sucesos ocurridos junto al Rin donde se revela en toda su extensión la horrorosa desintegración del Estado y sobre todo del ejército, sin paralelo en toda la historia anterior y posterior de Roma.

No había sanciones, por grandes que fuesen, capaces de reparar el volumen y el alcance de tanta infamia. Hay que reconocer que el nuevo jefe, el cual afortunadamente no había tenido ninguna parte personal en lo acaecido, procedió como un auténtico gobernante al echar un velo sobre el pasado, esforzándose simplemente en prevenir la repetición de sucesos semejantes. Huelga decir que los principales responsables, tanto en el campo de las tropas romanas como en el de los insurrectos, hubieron de rendir cuentas de sus crímenes. La severidad del castigo la revela el hecho de que, al descubrirse

cinco años después a uno de los cabecillas de los insurgentes galos en un escondite en que lo tenía guardado su mujer, ambos fueron entregados por Vespasiano al verdugo. Pero esto no fue obstáculo para que se permitiese a las legiones de los desertores tomar parte en la lucha contra los germanos y expiar hasta cierto punto sus culpas en los enconados combates que se riñeron junto a Tréveris y Vétera. No obstante, fueron extinguidas las cuatro legiones del ejército del bajo Rin y una de las dos del alto Rin que se habían pasado al enemigo; se siente uno inclinado a pensar que sería tal vez la 22a. la que quedó exenta de esta suerte, como homenaje a la memoria de su heroico legado. Es probable que el mismo castigo se infligiese a gran número de las cohortes bátavas, como se aplicó también, al parecer, al regimiento de caballería de los trevirenses y tal vez a algunas otras unidades de las que más se destacaron en la insurrección.

Aún más difícil que contra los soldados desertores era descargar todo el peso de la ley sobre los cantones germanos y celtas sublevados. Se comprende, por lo menos, que las legiones romanas exigiesen, ahora por venganza y no como botín, la demolición de la Colonia de Augusto en Tréveris, como se comprendía que los germanos reclamasen la destrucción de la ciudad de los ubios; pero Vespasiano amparó a aquella ciudad, como antes Civilis protegiera a ésta. Incluso se respetó, en general, la posición de que venían disfrutando dentro del imperio los romanos de la margen izquierda del Rin. Es lo más probable, sin embargo —pues no poseemos en este punto datos seguros—, que se introdujese alguna modificación esencial en cuanto al reclutamiento y empleo de tropas auxiliares, con el fin de atajar el peligro que esta clase de unidades representaba. A los bátavos se les respetó la exención de impuestos y una situación respecto al servicio militar que seguía siendo privilegiada; no en vano una parte bastante numerosa de ellos había peleado por Roma con las armas en la mano. Pero los efectivos de las tropas bátavas fueron considerablemente disminuidos. Y si hasta entonces los oficiales

que las mandaban salían siempre, al parecer en virtud de un derecho que se les había concedido, de la propia nobleza bátava, norma que se seguía también, por lo menos frecuentemente, con las demás unidades germanas y celtas, en lo sucesivo la oficialidad de las alas y cohortes es reclutada en aquella clase de que procedía el propio Vespasiano: la excelente clase media urbana de Italia y de las ciudades provinciales que gozaban del régimen itálico. Ya no volvemos a encontrarnos en el ejército romano con oficiales del rango del querusco Arminio, del bátavo Civilis y del trevirense Clásico. Tampoco volvemos a encontrarnos con aquella homogeneidad cerrada que antes presentaban las unidades reclutadas en el mismo cantón; en lo sucesivo, la gente es encuadrada sin distinción de origen en las más diversas unidades; trátase, probablemente, de una enseñanza que los dirigentes del ejército romano sacaron de esta guerra. Otra orientación que también se derivó seguramente de ella fue la de que, en adelante, no se siguieran empleando preferentemente en Germania las tropas auxiliares reclutadas en los cantones germánicos y territorios vecinos, como hasta entonces se hacía, sino que aquellas tropas pasaban a prestar servicio en su mayoría fuera de su patria, como se venía haciendo con las tropas dalmáticas y panónicas desde la guerra de Bato. Vespasiano era un militar sagaz y lleno de experiencia; a él deberá acreditársele seguramente, en buena parte, el hecho de que jamás las tropas auxiliares volvieran a sublevarse contra sus legiones.

La calma al parecer completa que en lo sucesivo reina en esta región y el hecho de que no llegase a interrumpirse en ella el *statu quo,* demuestra que esta insurrección de los germanos de la margen izquierda del Rin que acabamos de relatar —si bien merecía que la expusiésemos por extenso, ya que la integridad casual de los informes que poseemos acerca de ella nos permitía formarnos una idea clara de la situación política y militar existente en el bajo Rin—, obedeció más bien a causas externas y fortuitas que a una necesidad

interna de las cosas. Los germanos romanos fueron asimilados por el imperio de un modo tan completo como los galos romanos; ya no volvemos a encontrar rastros de nuevas insurrecciones de aquéllos. A fines del siglo III la invasión del suelo galo por los francos después de cruzar el bajo Rin, se extiende también a las tierras bátavas; no obstante, los bátavos se mantienen en su viejo solar, aunque menoscabado, y los mismos frisones salen a flote de aquel caos de la transmigración de los pueblos, sin que ni unos ni otros llegasen a retirar su lealtad al ya vacilante imperio.

Los germanos libres

Si ahora, dejando a los germanos romanos, dirigimos la atención a los germanos libres situados al este del Rin, vemos que su participación en aquel movimiento insurreccional de los bátavos puso fin a su actuación ofensiva, ni más ni menos que con las expediciones emprendidas por Germánico terminaron los intentos hechos por los romanos para lograr en estas tierras un desplazamiento de fronteras de gran envergadura.

Los germanos libres más próximos a territorio romano son los bructerios, situados en ambas márgenes del Ems central y en las tierras en que nacen el Ems y el Lippe, lo cual explica por qué tomaron parte en la insurrección bátava con preferencia a todos los demás germanos. De su cantón procedía aquella muchacha llamada Veleda que lanzó a sus coterráneos a la guerra contra Roma y les pronosticó la victoria, la misma que decidió con su sentencia la suerte de la ciudad de los ubios, a cuya alta torre fueron enviados los senadores prisioneros y el barco almirante capturado por el enemigo de los romanos. El aplastamiento de los bátavos repercutió también sobre Veleda y quizá fuese también éste un contragolpe especial de los romanos, pues esta muchacha fue trasladada más tarde a Roma como prisionera. Esta catástrofe, unida a las disensiones con los pueblos vecinos, abatió el poder de

los bructerios; bajo Nerva, sus vecinos les impusieron por las armas, con la asistencia pasiva de los legados romanos, un rey rechazado por ellos.

De los queruscos de las tierras altas del Weser, que habían sido en tiempos de Augusto y Tiberio el cantón que se hallaba a la cabeza de toda Alemania central, apenas se hace mención desde la muerte de Arminio; pero cuando nos encontramos con ellos los vemos siempre en buenas relaciones con los romanos. Cuando la guerra civil, que debió de hacer estragos también entre ellos después de la caída de Arminio, hubo barrido todo el linaje de los príncipes queruscos, éstos pidieron al gobierno romano que pusiese al frente de sus destinos al último de la dinastía, al hermano de Arminio, Itálico, residente en Italia. Sin embargo, el retorno de aquel hombre que, aunque valiente, estaba más a la altura de su nombre que de su origen, sólo sirvió para volver a encender la discordia en sus tierras, e Itálico, expulsado por los suyos, fue elevado de nuevo a su vacilante trono por los longobardos. Uno de sus sucesores, el rey Cariomerio, abrazó con tanto entusiasmo la causa de los romanos en la guerra de Domiciano contra los catos, que, arrojado por éstos de su territorio después del fin de aquel emperador, tuvo que huir al campo romano, donde imploró en vano la intervención de los conquistadores en los asuntos de su país. Estas eternas discordias intestinas y exteriores acabaron debilitando tanto al pueblo querusco, que desde entonces desaparece del horizonte de la política activa.

Dados los informes tan minuciosos de que disponemos, debe considerarse seguro que los pueblos situados al este del Elba y los cantones germánicos más alejados permanecieron al margen de las luchas libradas en los años 69 y 70 por los bátavos y sus aliados, lo mismo que hicieron éstos en las guerras germánicas reñidas bajo Augusto y Tiberio. Cuando de vez en cuando aparecen en la historia posterior, no es nunca en actitud hostil contra los romanos. Ya hemos dicho que los longobardos volvieron a colocar en su trono al rey

romano de los queruscos. El rey de los semnones, Masuo, acompañado —cosa muy significativa— por la profetisa Genna, que gozaba de enorme prestigio en esta tribu, famosa por su gran fe, visitó en Roma al emperador Domiciano, y ambos fueron cordialmente recibidos en su corte. Es seguro que durante estos siglos las tierras situadas entre el Weser y el Elba se verían azotadas por no pocas disensiones, que se desplazarían en ellas no pocas posiciones de poder, que algunos de sus cantones cambiarían de nombre o se someterían a distintos vínculos y alianzas; pero frente a los romanos reinó siempre en estos contornos una ininterrumpida paz de fronteras, tan pronto como sus habitantes se dieron cuenta, en general, de que habían renunciado firmemente a la conquista de este territorio. Tampoco debieron de perturbarlas esencialmente, en esta época, las invasiones del lejano Oriente, pues estos movimientos, de haber existido, no habrían dejado de repercutir en las fronteras romanas y no habrían podido pasar en modo alguno inadvertidos para la historia, si se hubiese tratado de crisis serias. Todo este proceso fue sellado con la reducción del ejército del bajo Rin a la mitad de sus efectivos anteriores, medida adoptada en esta época, aunque no sabemos exactamente cuándo. El ejército del bajo Rin, con el que hubo de luchar Vespasiano, se hallaba formado por cuatro legiones; el de la época de Trajano, por el mismo número probablemente, o por lo menos, por tres; ya bajo Adriano, presumiblemente, y con seguridad desde Marco Aurelio, sólo quedaban en aquellas tierras dos legiones, la 1a. minervina y la 30a. trajánica.

Rumbo distinto tomó la situación de los germanos en la provincia superior. De los cantones germanos pertenecientes a esta provincia, los tribocos, los nemetos y los vangiones, sólo cabe destacar históricamente una cosa, y es que estos pueblos, avecindados desde hacía muchos siglos entre los celtas, compartieron la suerte del país galo. La línea defensiva fundamental de los romanos, en estos territorios, siguió siendo siempre el Rin. Todos los campamentos permanentes

de las legiones aparecen establecidos en todo tiempo en la margen izquierda del río; ni siquiera el de Argentorato se trasladó a la margen derecha cuando ya toda la cuenca del Néckar había pasado a poder de los romanos. Aunque en la provincia inferior la dominación romana sobre la orilla derecha del Rin se reduce con el tiempo, es aquí precisamente donde encuentra su expansión. El plan trazado por Augusto de unir los campamentos del Rin con los del Danubio, desplazando la frontera del imperio hacia el este, plan que de haber llegado a realizarse habría dado a la Germania superior un territorio más extenso que el de la Alemania inferior, no llegó a abandonarse del todo bajo este mando y fue abordado de nuevo más tarde, aunque en proporciones más modestas. Los datos de que disponemos no nos permiten exponer de un modo coherente las operaciones realizadas en este sentido, a lo largo de los siglos, la construcción de calzadas y fortificaciones a que ello dio lugar y las guerras que hubieron de librarse con este motivo. Ni siquiera ha sido investigada en su conjunto por ojos militarmente sagaces la gran obra militar aún existente, cuyos orígenes debieron de abarcar varios siglos y encerrar sin duda una buena parte de aquella historia; la esperanza de que la Alemania unificada[*] se uniese también para el estudio de esta gran obra, que constituye el monumento histórico más antiguo de toda la nación, ha resultado fallida. Intentemos resumir aquí lo que hasta hoy dejan traslucir sobre el problema a que nos referimos las ruinas de los anales de Roma y las de los castillos romanos.

Maguncia

En la margen derecha del río, no lejos del límite septentrional de la provincia, hacia las tierras bajas o sinuosas de la región renana, se extiende de oeste a este la cadena del Tauno, que frente a Bingen se une con el Rin. Paralelo a esta cadena de montañas y cerrado al otro lado por las estribacio-

nes de la selva de Oden, discurre el valle inferior del Main, el verdadero acceso al interior de Alemania, dominado por la posición clave que es la desembocadura del Main en el Rin, donde se alzaba la plaza de Mogontiaco o Maguncia, que desde los tiempo de Druso hasta la caída de Roma fue siempre el baluarte a partir del cual los romanos se lanzaron contra Germania desde el país galo, como hoy es el verdadero cerrojo de la puerta de Alemania contra Francia. Los romanos, aun después de renunciar a la idea de dominar las tierras situadas más allá del Rin, retuvieron siempre en su poder, no sólo la cabeza de puente tendida sobre la otra margen, el *castellum Mogontiacense* (que hoy es la ciudad de Castel), sino incluso la llanura bañada por el Main.

Y en esta zona logró afirmarse, en efecto, la civilización romana. Aquellas tierras habían pertenecido originariamente a los catos, una rama de los cuales, los masiacos, siguió ocupándolas incluso bajo la dominación romana; pero después de cedido coactivamente a Druso por los catos, este distrito pasó a formar parte del imperio y quedó incorporado a él. Se sabe que los manantiales de agua caliente que brotan cerca de Maguncia (las *aquae Mattiacae,* lo que hoy es Wiesbaden) eran visitados y utilizados por los romanos en tiempo de Vespasiano y seguramente desde mucho antes; en tiempo de Claudio se cavaron estas tierras en busca de plata; y los matiacos entregaron ya desde muy pronto, al igual que otros distritos de súbditos del imperio, tropas al ejército romano. Los matiacos tomaron parte en la sublevación general de los germanos acaudillada por Civilis; pero después de la derrota se restableció el régimen anterior al movimiento. El municipio de los masiacos del Tauno se halla regentado, desde fines del siglo II, por autoridades instauradas desde Roma.

Catos y usipios

Los catos, aunque desplazados de la zona del Rin, siguen siendo en la época posterior el pueblo más poderoso entre

los del interior del país germánico que establecen contacto con los romanos. El papel predominante que bajo Augusto y Tiberio había correspondido a los queruscos del Weser central, pasó en sus constantes disensiones con los vecinos del sur, afines a ellos en raza, a manos de éstos. Todas las guerras entre romanos y germanos de que tenemos noticia desde la muerte de Arminio hasta que comienza a operarse el desplazamiento de los pueblos a fines del siglo III, fueron libradas contra los catos; recordemos, por ejemplo, la sostenida en el año 41, bajo Claudio, por el que luego sería emperador Galba, y la reñida en el año 50 bajo el mismo reinado por Publio Pomponio Secundo, celebrado también como poeta. Eran los consabidos encuentros de fronteras, y en la gran guerra de los bátavos los catos no intervinieron tampoco más que esporádicamente. Pero en la campaña emprendida por el emperador Domiciano en el año 83 fueron los romanos los atacantes, y esta guerra, aunque no se tradujo en brillantes victorias, condujo a un desplazamiento importante y lleno de consecuencias de la frontera romana. Fue seguramente entonces cuando se estableció la línea fronteriza tal como la encontramos trazada en lo sucesivo, incluyéndose dentro de esta línea, que en su extremo más septentrional no corre muy distante del Rin, una gran parte del Tauno y la cuenca del Main hasta más allá de Friedberg.

Los usipios, que después de expulsados como más arriba hemos dicho de la cuenca del Lippe debieron de aparecer en tiempo de Vespasiano cerca de Maguncia y establecer sus nuevos hogares al este de los masiacos, en el Kinzig o en el Fulda, fueron incorporados al imperio por entonces, y con ellos toda una serie de pequeños pueblos, desprendidos del tronco de los catos. La guerra estuvo a punto de encenderse de nuevo en el año 88, cuando bajo el mando del gobernador Lucio Antonio Saturnino el ejército de la Germania superior se sublevó contra Domiciano; las tropas que desertaron de sus banderas hicieron causa común con los catos, y si los regimientos leales lograron meter en cintura a los desertores

antes de que éstos recibiesen los peligrosos refuerzos, fue gracias a que el deshielo en el Rin tenía interrumpidas las comunicaciones.

Se dice que la dominación romana se extendía hasta 80 *leugas* al este de Maguncia, Alemania adentro, es decir, hasta más allá de Fulda, dato que debe considerarse fidedigno si se tiene en cuenta que la línea fronteriza militar, la cual no parece haber llegado hasta mucho más allá de Friedberg, corría también aquí a retaguardia de la frontera civil.

La zona del Néckar

Pero no fueron sólo las tierras de la cuenca inferior del Main, delante de Maguncia, las que se incluyeron en la línea fronteriza militar de los romanos; en el suroeste de Alemania la frontera se desplazó en proporciones aún mayores. La cuenca del Rin, ocupada en otro tiempo por los celtas helvecios y que luego fue durante mucho tiempo territorio fronterizo disputado por éstos y los germanos que pugnaban por penetrar hacia el sur, llamándose por ello el desierto helvético, y que en época posterior fue ocupada tal vez, en parte, por los marcomanos, antes de que éstos se replegasen sobre la Bohemia, se sometió después del reajuste de las fronteras germánicas que siguió a la batalla de Varo al mismo régimen que la mayor parte de la margen derecha del bajo Rin. Lo más probable es que también aquí se trazase por aquel entonces una línea divisoria dentro de la cual no se toleraba el establecimiento de colonias germánicas. Algunos inmigrantes sueltos que no tenían gran cosa que perder, casi todos ellos de nacionalidad gala, se establecieron en estas tierras que eran como pantano sin diques y a las que por entonces se dio el nombre de Campos decumates.[3] A esta ocupación privada, que el gobierno se limitaría probablemente a tolerar, siguió más tarde, tal vez bajo Vespasiano, la ocupación formal de aquellos territorios. Como ya hacia el año 74 se había construido una calzada que, partiendo de Estrasburgo, se in-

ternaba en las tierras de la margen derecha por lo menos hasta Afenburgo, hay que suponer que ya entonces se organizaría en aquellos campos una defensa fronteriza un poco más seria que la exigida por la simple prohibición de crear allí colonias germánicas. La obra iniciada por el padre fue continuada por los hijos. Y hasta es posible que, bien bajo Vespasiano, bien bajo Tito o Domiciano, se crease con la instauración de los "altares flavios" en las fuentes del Néckar, cerca de lo que es hoy Rottweil —aunque es cierto que de esta colonia sólo ha llegado a nosotros el nombre—, para la nueva Germania superior del otro lado del Rin, un centro semejante al que en otro tiempo se había querido que fuese el altar de los ubios para la gran Germania y a lo que poco después había de ser para la Dacia recién conquistada el altar de Sarmizegetusa.

La primera organización de la defensa fronteriza de la que hablaremos en seguida y por la que el valle del Néckar quedó incluido en las líneas romanas fue, pues, obra de los flavios, principalmente, al parecer, de Domiciano, quien con ello no hacía más que desarrollar la obra iniciada en el Tauno. La calzada militar de la margen derecha del Rin, que iba de Mogontiaco, pasando por Heidelberga y Baden, en dirección a Ofenburgo, fue construida, como ahora sabemos, en el año 100 por Trajano y formaba parte de la línea más directa de comunicación de las Galias con el Danubio, establecida por aquel emperador. En estas obras intervinieron los soldados, pero no es probable que interviniesen también las armas; la zona del Néckar no se hallaba poblada por tribus germánicas, y tampoco pudo costar combates serios la posesión de la margen izquierda del Danubio, incorporada así a las líneas romanas. El pueblo germánico importante más próximo en aquellos dominios, el de los hermunduros, simpatizaba como ningún otro con los romanos y mantenía activas relaciones comerciales con ellos en Augusta Vindelicorum, la ciudad de los vindelicios; y más adelante encontraremos huellas de que este desplazamiento de las fronteras no encontró por su par-

te resistencia alguna. Estas obras militares fueron luego continuadas bajo los reinados posteriores, el de Adriano, el de Antonino Pío y el de Marco Aurelio.

El limes

No nos es posible seguir en sus orígenes la historia de las obras de defensa fronteriza levantadas entre el Rin y el Danubio, cuyos cimientos subsisten todavía hoy en gran parte, pero sí podemos darnos cuenta de cómo se desarrollaron y de cuáles eran sus fines. El tipo y la finalidad de las obras son distintas en la Germania superior y en Recia. La defensa fronteriza de la alta Germania, con una longitud total de unas 250 millas romanas (368 km),[4] arranca directamente de la frontera septentrional de la provincia, abarca, como ya hemos dicho, el Tauno y la llanura del Main hasta la comarca de Friedberg y desciende luego hacia el sur, buscando el Main, al que llega en Grosskrotzenburg, encima de Hanau. Sigue desde allí el curso del Main hasta Wörth, donde cambia de rumbo hacia el Néckar, al que se une un poco más abajo de Wimpfen, para no dejarlo ya. Más tarde se construyó delante de la mitad meridional de esta línea fronteriza otra, que va bordeando el Main pasando por Wörth hasta Miltenberg y que desde allí, siguiendo en gran parte un trazo recto, sigue hacia Lorch entre Stuttgart y Aalen. Aquí la defensa fronteriza de la Alemania superior empalma con la de Recia, que sólo mide 120 millas (174 km) de longitud. Esta línea se separa del Danubio cerca de Kehlheirn, más arriba de Ratisbona, y desde allí, cruzando dos veces el Altmühl, sigue en forma de arco hacia el oeste, para morir también en Lorch.

El *limes* de la Alemania superior está formado por una cadena de castillos, situados cuando más a media jornada de marcha (15 km) uno de otro. Allí donde las líneas de comunicación entre los distintos castillos no están bloqueadas, como se ha dicho, por el Main o por el Néckar, se levantaban obs-

táculos naturales, que al principio serían simplemente de troncos de árboles, hasta que más tarde se construyó una muralla continua de regular altura con fosos exteriores y atalayas, que se alzaban por dentro, a corta distancia unas de otras. Los castillos no están empotrados en la muralla, pero se levantan inmediatamente detrás de ella, a menos de medio kilómetro de distancia.

La línea fronteriza de Recia es, simplemente, un parapeto formado por piedras de cantera; no hay en ella fosos ni atalayas y los castillos que se alzan detrás del *limes,* sin guardar una distancia regular (ninguno a menos de 4 o 5 km) y a trechos desiguales, no guardan ninguna relación directa con la línea del parapeto.

No poseemos testimonios precisos acerca del orden cronológico de estas obras fronterizas. Sabemos únicamente que la línea del Néckar en la Germania superior se construyó bajo Antonio Pío y la que va por delante de ella de Miltenberg a Lorch bajo Marco Aurelio.

Estas dos obras, tan distintas entre sí, por lo demás, tienen de común el sistema de parapeto; el que en un caso se prefiriese el amontonamiento de tierra, que llevaba consigo casi siempre el foso, y en el otro el amontonamiento de piedras, debe atribuirse tan sólo, según lo más probable, a la distinta calidad del terreno y de los materiales de construcción. Otra característica común a ambas obras es que ninguna de ellas persigue como finalidad la defensa total de la frontera. No sólo porque el parapeto que oponen a los posibles atacantes los montones de tierra o de piedras constituye un obstáculo muy endeble de por sí, sino porque a lo largo de toda la línea se encuentran posiciones que la dominan, pantanos situados a su espalda, accidentes del terreno que impiden la visión de las tierras delanteras y toda una serie de indicios parecidos, reveladores de que al trazar esta línea no se tuvieron en cuenta para nada las necesidades de la guerra. Los castillos están concebidos naturalmente, cada uno de por sí, para la defensa, pero sin hallarse comunicados unos con otros por

calzadas transversales pavimentadas, lo que quiere decir que las distintas guarniciones no se apoyaban en las de los castillos vecinos, sino en la retaguardia a que conducía la calzada defendida por cada una de ellas. Además, estas guarniciones no se hallaban entroncadas en un sistema militar de defensa de fronteras, sino que eran más bien posiciones fortificadas elegidas como estratégicas para la ocupación del país, como lo demuestra también el hecho de que la misma extensión de la línea, comparada con el número de tropas disponibles, excluyese la posibilidad de una defensa total.[5]

Todo ello indica, pues, que estas extensas obras militares no tenían por fin, como la muralla británica, el cerrar el paso al enemigo. La finalidad que se perseguía era más bien otra: lo mismo que los puentes en las fronteras fluviales, en las fronteras terrestres se trataba de que los castillos defendiesen las calzadas y de que la muralla, al igual que el río en aquéllas, cerrase el paso a una posible violación no controlada de las fronteras. Y es posible que a esto se uniesen también finalidades de otro tipo; la tendencia manifiesta no pocas veces al trazado en línea recta parece indicar el designio de emplear la línea para señales, y es posible que alguna que otra vez se utilizase también para fines de guerra. Pero el verdadero e inmediato objetivo de estas obras era oponer un obstáculo a la violación de la frontera. Y si para ello se apostaban en la línea fronteriza centinelas y se levantaban tras ella castillos, cosa que no se hacía en la de Recia, la explicación está, sin duda alguna, en las distintas relaciones que los romanos mantenían con sus vecinos, que en el primer caso eran los catos y en el segundo los hermunduros. En la Germania superior no puede decirse que los romanos se enfrentasen tan hostilmente con sus vecinos como en Britania con los montañeses, contra los que aquella provincia se halló siempre en estado de sitio; sin embargo, la necesidad de repeler las agresiones bandidescas y de hacer efectivos los tributos fronterizos requería ya de por sí medidas militares inmediatas y enérgicas. Se pudo ir reduciendo poco a poco el

ejército de la Germania superior y, por lo tanto, los efectivos de las guarniciones que defendían el *limes*, pero el pilo romano no llegó a sobrar jamás en las tierras del Néckar. En cambio, resultaba perfectamente superfluo para los hermunduros, quienes en tiempo de Trajano eran los únicos germanos autorizados para cruzar las fronteras del Imperio sin ninguna fiscalización especial, pudiendo circular libremente por el territorio romano, especialmente por Augsburgo, sin que provocasen jamás, que nosotros sepamos, ninguna colisión de fronteras. Por consiguiente, nada justificaba, en esta época, la construcción en la frontera con Recia de fortificaciones semejantes a las de la frontera de la alta Germania; los castillos que se sabe existían al norte del Danubio en tiempo de Trajano eran suficientes para la protección de esta frontera y para la vigilancia del tráfico fronterizo. Esto nos indica que el *limes* de Recia, tal como se ofrece hoy ante nuestros ojos, encaja solamente con la línea defensiva más reciente de la Germania superior, construida tal vez bajo Marco Aurelio. Por aquel entonces existía ya el motivo que antes faltaba. Las guerras de los catos se corrían también, en esta zona, hasta Recia; el reforzamiento de la guarnición de esta provincia debió de hallarse relacionado asimismo, lógicamente, con la construcción de este *limes*, el cual, aunque poco adecuado para fines militares, representaba a pesar de todo, siquiera fuese débil, un parapeto defensivo.

La nueva frontera o, por mejor decir, la defensa fronteriza reforzada, resultaba impresionante y eficaz tanto desde el punto de vista militar como en el aspecto político. Mientras que antes la cadena de postas romana en la alta Germania y en Recia iba probablemente Rin arriba por Estrasburgo a Basilea, pasando por Vindonisa y llegando al lago de Constanza y desde aquí hasta el alto Danubio, ahora se acortaron considerablemente las comunicaciones entre el cuartel general de la Germania superior, establecido en Maguncia, y el de Recia, que estaba en Ratisbona, y en general entre los dos principales ejércitos del imperio. Esto hacía que resultase inútil el

campamento de las legiones emplazado en Vindonisa (hoy Windisch), cerca de Zurich.

Algún tiempo después, el ejército del alto Rin pudo quedar reducido, como el situado en su vecindad, a la mitad de sus efectivos. Bajo Trajano seguía en pie, probablemente, la cifra inicial de cuatro legiones, reducida a tres solamente de un modo fortuito durante la guerra de los bátavos; pero bajo Marco Antonio ya sólo se conservaban en esta provincia dos legiones, la 8a. y la 22a., la primera de las cuales se hallaba acantonada en Estrasburgo y la segunda en el cuartel general de Maguncia, mientras que la mayoría de las tropas estaban repartidas en pequeños destacamentos a lo largo de la muralla fronteriza.

Dentro de la nueva línea florecía la vida urbana, casi tanto como en la margen izquierda del Rin: ciudades como Sumelocena (Rotemburgo, en el Néckar), Aquae (*civitas Aurelia Aquensis*, Baden), Lopoduno (Lademburgo) no desmerecían en nada, en el proceso de desarrollo de las ciudades romanas, si prescindimos de Colonia y Tréveris, de ninguno de los centros urbanos de Bélgica. El auge de estos centros de población fue, principalmente, obra de Trajano, quien inauguró su reinado con esta obra de paz; un poeta romano implora "a las dos márgenes del Rin romano", pidiéndoles que les envíen pronto al gran gobernante a quien aún no conocen. La grande y fértil región puesta así bajo la égida de las legiones necesitaba esta protección, pero era también digna de ella. La batalla de Varo marca, indudablemente, el momento en que se inicia el reflujo del poderío romano, pero sólo en el sentido en que éste deja de seguir avanzando y los romanos se contentan en general, desde entonces, con proteger de un modo más vigoroso y más estable las conquistas ya consolidadas.

Hasta comienzos del siglo III no existe la menor huella de que empiece a vacilar el poder romano en tierras del Rin. Durante la guerra de los marcomanos, librada bajo Marco Aurelio, la provincia inferior permaneció quieta. Es cierto

que un legado de Bélgica hubo de movilizar por aquel entonces a las milicias nacionales contra los canelos, pero debió de tratarse de una expedición de piratería de tantas como azotaron las costas del norte, lo mismo en esta época que antes y después de ella. Las oleadas de la gran transmigración de los pueblos llegaron hasta las fuentes del Danubio y hasta las mismas tierras del Rin, pero sin llegar a conmover aquí los cimientos. Los catos, el único pueblo germánico importante que lindaba con las defensas fronterizas de la Germania superior y la Recia, desbordáronse en ambas direcciones y figuraron probablemente entonces entre los germanos que llegaron a irrumpir en Italia, como veremos más adelante cuando tratemos de esta guerra. En todo caso, el reforzamiento del ejército de Recia y su transformación en un mando militar de primera clase, con legión y legados, no pudo tener otra finalidad que cerrar el paso a los ataques de los catos y demuestra que no se menospreciaba este peligro ni siquiera para lo porvenir. El reforzamiento de la defensa fronteriza a que nos hemos referido ya, debe relacionarse también con esto. Estas medidas bastaron seguramente para toda la siguiente generación.

La guerra de los alamanes

Bajo Antonino, el hijo de Septimio Severo, volvió a encenderse en Recia (en el año 213) una nueva y enconada guerra. Esta guerra iba dirigida también contra los catos; pero al lado de éstos aparece otro pueblo, cuyo nombre encontramos citado aquí por vez primera: el de los alamanes. Ignoramos cuáles fueran sus orígenes. Según un romano que escribía poco después de estos acontecimientos, tratábase de un conglomerado de pueblos que habían ido aglutinándose poco a poco. Y el nombre parece aludir, en efecto, a una alianza de distintas tribus, lo mismo que el hecho de que, más tarde, las distintas naciones agrupadas bajo este término se destaquen todavía con su propia peculiaridad más que en el seno de

otros grandes pueblos germánicos y de que los yutungos, los lencienses y otras ramas del tronco de los alamanes aparezcan con relativa frecuencia actuando de un modo independiente. Pero el hecho de que se haga mención de los alamanes al lado de los catos, así como la referencia a la extraordinaria destreza de que aquéllos daban pruebas en los combates de caballería, indican que el nuevo nombre no representa precisamente la alianza de los germanos de esta región, contraída por ellos para aumentar su fuerza frente al enemigo. Trátase evidentemente, en lo fundamental, de contingentes que fueron acercándose a estas tierras desde el este y que vinieron a infundir nuevo vigor a la resistencia de los germanos en el Rin, en el momento en que ésta empezaba a extinguirse. Y es probable que las filas de los alamanes se viesen reforzadas asimismo por un considerable contingente de aquellos poderosos semnones que antiguamente habían poblado las tierras del Elba central y con los que no volvemos a encontrarnos desde fines del siglo II. Indudablemente, el mal gobierno del imperio romano, cada vez más acentuado, contribuyó también con su parte, aunque sólo en segundo término, a este desplazamiento de poder.

El emperador salió en persona a combatir contra los nuevos enemigos. Cruzó la frontera romana en agosto del 213 y se logró, o por lo menos se festejó, una victoria sobre el enemigo en la cuenca del Main. Se levantaron nuevos castillos. Los pueblos del Elba y de las costas del mar del Norte enviaron delegaciones a cumplimentar al jefe del imperio romano y mostraban su asombro cuando el emperador las recibía, ataviadas con sus trajes nacionales, con sus chaquetas galoneadas de plata y con el pelo y la barba teñidos y arreglados a la moda germana.

Sin embargo, a partir de ahora no cesan ya las guerras en el Rin y los atacantes son siempre los germanos. Aquellos vecinos, antes tan pacíficos y sumisos, parecían cambiados. Veinte años después, las incursiones de los bárbaros lo mismo en el Danubio que en el Rin eran tan frecuentes y tan se-

rias, que el emperador Alejandro Severo se determinó a interrumpir en vista de ello la guerra contra los persas, menos peligrosa que aquélla en un plano inmediato, y a presentarse personalmente en el campamento de Maguncia, no tanto para defender el territorio como para apaciguar a los germanos a costa de grandes sumas de dinero. La indignación producida entre los soldados por estos métodos condujo al asesinato del emperador (en el año 235) y, como consecuencia de él, a la caída de la dinastía severa, la última que en realidad gobernó el imperio hasta la regeneración del Estado romano.

Su sucesor Maximino, de origen tracio, hombre tosco pero valiente, que empezó su carrera como soldado raso, reparó la cobarde conducta de Alejandro Severo desarrollando una enérgica campaña que llevó a sus tropas hasta muy adentro de Germania. Los bárbaros no se atrevieron ya a enfrentarse a un ejército romano fuerte y bien conducido; huyeron a sus bosques y pantanos, pero el valiente emperador los persiguió hasta allí peleando siempre él a la cabeza de sus tropas. Fue en estos combates, que desde Maguncia se dirigieron también, indudablemente, contra los alamanes, donde Maximino conquistó en justicia su título de "Germánico".

La expedición del año 236, que fue durante largo tiempo la única gran victoria lograda por los romanos en el Rin, no dejó de dar también algunos frutos para el futuro. Aunque los continuos y sangrientos cambios de emperadores y las graves catástrofes ocurridas en el Oriente y en el Danubio no dejaban respiro a los romanos, durante los veinte años siguientes podemos decir que en el Rin, si no reinó precisamente la calma, no se produjo ninguna catástrofe importante. Incluso parece que durante estos años llegó a poder trasladarse al África una de las legiones destacadas en la Germania superior sin que se pensase en sustituirla, lo cual es indicio de que la alta Germania se consideraba segura.

Pero cuando en el año 253 los distintos generales de Roma volvieron a pelear entre sí por la posesión del trono y las legiones del Rin marcharon sobre Italia para apoyar la causa

de su emperador Valeriano contra el Emiliano del ejército del Danubio, fue como si hubiese sonado la señal para que, a su vez, los germanos irrumpiesen sobre el bajo Rin. Estos germanos que ahora se ponen en pie de guerra son los francos, cuyo nombre encontramos mencionado aquí por primera vez, aunque lo más probable es que sólo fuesen enemigos nuevos en cuanto al nombre. En efecto, si bien su identificación, intentada ya en los últimos tiempos de la Antigüedad, con ciertos pueblos presentes anteriormente en el bajo Rin, como los camavos, establecidos junto a los bructerios, y los sugambrios, a quienes ya conocemos de más arriba como adictos a los romanos, es insegura y, por lo menos, carente de suficiente base, en este caso es aún más verosímil que en el caso de los alamanes la hipótesis de que los germanos de la margen derecha del Rin hasta ahora sometidos a la dominación romana y las tribus germanas arrojadas anteriormente de aquellas tierras se asociasen bajo el nombre común de los "libres" *(francos)* para emprender una ofensiva conjunta contra los romanos.

Galieno

Mientras Galieno permaneció personalmente en el Rin, mantuvo a raya hasta cierto punto al enemigo, a pesar del escaso número de tropas de que disponía, impidió que cruzase el río o rechazó a los que lograron cruzarlo, a la par que cedía a uno de los caudillos germánicos una parte de las tierras ribereñas codiciadas, a condición de que reconociese la dominación romana y defendiese aquel territorio contra sus connacionales, cosa muy parecida, evidentemente, a una capitulación. Pero cuando el emperador hubo de trasladarse a tierras del Danubio, reclamado por la gravedad aún mayor de la situación allí imperante, dejando en las Galias como representante suyo a su hijo mayor, que era todavía un muchacho, uno de sus oficiales, Marco Casiano Latino Póstumo, a quien Galieno había confiado la defensa de la frontera y la

guarda de su hijo, hizo que sus soldados le proclamasen emperador y sitió en Colonia al encargado de la custodia del hijo del emperador, Silvano. Latinio Póstumo logró, en efecto, tomar la ciudad y apoderarse del que fuera su colega en el mando y del príncipe imperial, después de lo cual hizo que ambos fuesen asesinados.

Pero, mientras ocurría todo esto, los francos cruzaron el Rin, irrumpieron al otro lado y no sólo se desparramaron por todas las Galias, sino que entraron también en España, llegando hasta a saquear las costas de África. Poco después, cuando al caer Valeriano prisionero de los persas se había colmado ya la medida del infortunio, los dominios romanos situados en la margen izquierda del Rin, en la Germania superior, cayeron sin duda alguna íntegramente en manos de los alamanes, pues la irrupción de éstos en Italia en los últimos años del reinado de Galieno presupone necesariamente la pérdida de aquel territorio. Galieno es el último emperador romano cuyo nombre figura en los monumentos de la margen derecha del Rin. Las monedas acuñadas por él ensalzan cinco grandes victorias conseguidas sobre los germanos, y las de su sucesor en la dominación sobre el país galo, Póstumo, están llenas también de elogios por las victorias del "salvador de las Galias" sobre los germanos. Y es indudable que Galieno, en los primeros años de su reinado, asumió con bastante energía la lucha en el Rin; Póstumo, por su parte, era un excelente jefe militar y habría llegado a ser también de buena gana un excelente gobernante. Pero, dada la anarquía que por entonces reinaba en el Estado romano, o por mejor decir en el ejército romano, de nada servían ni para el individuo ni para la comunidad la capacidad y el talento individuales. Por aquellos años fueron arrasadas por los bárbaros triunfantes una serie de florecientes ciudades romanas y los romanos perdieron para siempre sus territorios en la margen derecha del Rin.

Aureliano y Probo

La restauración de la paz y el orden en las Galias dependía ante todo de la cohesión del imperio en general. Mientras los emperadores itálicos apostasen sus tropas en la Narbonense para eliminar a su rival galo y éste, a su vez, se dispusiese de nuevo a cruzar los Alpes, no había ni que pensar en poder emprender una verdadera operación contra los germanos. La acción de guerra contra éstos no pudo ponerse a la orden del día hasta que en el año 272 el hombre que por entonces se hallaba al frente del poder en las Galias, Tétrico, cansado de su ingrato papel, se decidió espontáneamente a que sus tropas se sometiesen al emperador elegido por el Senado de Roma, Aureliano.

Este mismo enérgico y capaz emperador, que restituyó a Roma el dominio sobre las Galias, puso fin para mucho tiempo a las incursiones de los alamanes, los cuales venían azotando todo el norte de Italia hasta Rávena desde hacía casi diez años, y derrotó seriamente en el alto Danubio a una de sus tribus, los yutungos. Si su reinado hubiese sido estable, habría llegado a restaurar, seguramente, la defensa fronteriza de las mismas Galias.

Después del rápido y brusco fin de este emperador (año 275), los germanos volvieron a cruzar el Rin, asolando el país a diestra y siniestra. El sucesor de Aureliano, Probo, que reinó desde el 276 y que era también un soldado capaz, no sólo los rechazó de nuevo —se dice que rescató de sus manos setenta ciudades—, sino que pasó después a la ofensiva, cruzó el Rin y expulsó a los alamanes hasta más allá del Néckar. Pero no llegó a restablecer las líneas de tiempos pasados,[6] contentándose con establecer y ocupar en las posiciones más importantes del Rin cabezas de puente sobre la otra margen; es decir, logró restaurar sobre poco más o menos la situación existente antes de Vespasiano. Al mismo tiempo, sus generales vencían a los francos en la provincia septentrional. Con-

tingentes enormes de germanos derrotados fueron enviados como colonos forzados a las Galias y sobre todo a Britania.

Así fue como se recuperaron las fronteras del Rin, para transmitirlas a la última época del imperio. Claro está que la paz en la margen izquierda del río era ya algo tan imposible de recuperar como la dominación en la margen derecha. Los alamanes se alzaban amenazadores frente a Basilea y Estrasburgo, los francos frente a Colonia. Y al lado de estos pueblos, se anuncian ahora otros. Bajo el emperador Probo empieza a hablarse de los burgundiones, pueblo que en otro tiempo moraba del lado de allá del Elba y que ahora, avanzando sobre las tierras del oeste, hasta el alto Main, amaga a las Galias. Pocos años después, los sajones, unidos a los francos, empiezan a atacar por mar las costas galas del norte y la Britania romana. No obstante, bajo los emperadores en su gran mayoría enérgicos y capaces de la dinastía dioclecianoconstantiniana, y aun bajo sus inmediatos sucesores, los romanos supieron hacer frente a la amenazadora avalancha de los pueblos y contenerla dentro de límites prudenciales.

Romanización de los germanos

No es misión del historiador de los romanos pintar a los germanos en su desarrollo nacional, el cual, desde su punto de vista, sólo representa, naturalmente, un obstáculo o un factor de destrucción. La Germania romana no revela un proceso de interpenetración entre las dos nacionalidades ni, como resultado de él, una cultura mixta al modo de la que veíamos en el país romanizado; o, caso de existir, coincide desde nuestro punto de vista con la cultura romano-gala, tanto más cuanto que las tierras germánicas de la margen izquierda del Rin que permanecieron durante más tiempo en poder de los romanos se hallaban empapadas de elementos celtas, e incluso las tierras de la margen derecha, despojadas en su mayor parte de su primitiva población, habían recibido de las Galias la mayoría de sus nuevos moradores.

El elemento germánico no disponía de aquellos centros municipales que en gran número poseían los celtas. Y esto, unido a otros factores de carácter externo, explica por qué el elemento romano pudo, como ya hemos puesto de relieve, desarrollarse antes y con mayor plenitud en el este germánico que en las mismas tierras de los celtas. Influyeron en esto por modo esencialísimo los campamentos del ejército del Rin, establecidos todos ellos en la Germania romana. Los más importantes llevaban consigo un apéndice urbano, una ciudad comercial *(canabae)* separada de los verdaderos barrios militares, en la que residían los comerciantes que marchaban siempre detrás del ejército y sobre todo los veteranos, que no querían separarse del campamento ni aun después de cumplir su tiempo de servicio en filas.

De estas barriadas anejas a los campamentos de las legiones y principalmente a los cuarteles generales surgieron con el tiempo, en todas partes y sobre todo en Germania, verdaderas ciudades. A la cabeza de ellas figura la ciudad romana de los ubios, que empezó siendo el segundo en orden de importancia entre los campamentos del ejército del bajo Rin, convirtiéndose en colonia romana a partir del año 50 y llegando a adquirir la mayor importancia para el fomento de la civilización romana en las tierras del Rin. Aquí la ciudad-campamento fue pasando a segundo plano ante la ciudad-colonia. Más tarde obtuvieron el derecho de ciudadanía sin que se desplazasen de ellas las tropas de las colonias anejas a los dos grandes campamentos del Rin inferior: *Ulpia Noviomagus,* en territorio bátavo, y *Ulpia Traiana,* cerca de Vétera, en tiempos de Trajano; y en el siglo tercero, la capital militar de la Germania superior, *Mogontiacum.* Es cierto que estas ciudades civiles tuvieron siempre una importancia puramente secundaria al lado de los centros administrativos militares, independientes de ellas.

Germanización de los romanos

Si tendemos la vista más allá de la frontera, donde termina nuestro relato, nos encontramos en cierto modo con el fenómeno inverso al de la romanización de los germanos, con lo que podríamos llamar la germanización de los romanos.

La fase final del Estado romano se caracteriza, en efecto, por su barbarización y, muy especialmente, por su germanización. Y los orígenes de este proceso se remontan hasta muy atrás. Es un proceso que comienza con los campesinos en el colonato, que pasa por la fase de la reorganización de la tropa bajo el emperador Septimio Severo, que engloba más tarde a los oficiales y funcionarios y termina con los estados mixtos romano-germanos de los visigodos en España y en las Galias, de los vándalos en África y, sobre todo, con la Italia de Teodorico.

Claro está que para llegar a comprender esta última fase sería necesario ahondar en el desarrollo del Estado en una y otra nación. Desde este punto de vista, debemos reconocer que las investigaciones germánicas van muy a la zaga. Las instituciones estatales a las que estos germanos se incorporaron como servidores o como cogobernantes son bien conocidas, mucho mejor que la historia pragmática de la misma época; pero los orígenes de la nación germánica aparecen envueltos en un misterio al lado del cual los orígenes de Roma y de Grecia resplandecen de claridad. Mientras que el culto de los dioses nacionales del mundo antiguo es relativamente fácil de reconstruir, las noticias sobre el paganismo germánico, prescindiendo de las que se refieren al lejano norte, desaparecen antes de llegar a la época histórica. Los orígenes del desarrollo del Estado entre los germanos llegan a nosotros a través de la obra de Tácito, llena de tornasoles, calcada sobre el patrón de pensamiento de la Antigüedad ya decadente y propensa con harta frecuencia a omitir los factores verdaderamente decisivos, o bien tenemos que reconstruirlos a base de aquellos estados híbridos nacidos en suelo que antes fuera de Roma y empapados en todas partes de elementos romanos. Y del mismo modo que en este terreno carecemos casi

en absoluto de palabras germánicas y tenemos que atenernos casi exclusivamente a términos latinos forzosamente inadecuados, fallan también de medio a medio las claras ideas fundamentales de que no está huérfana nuestra ciencia de la Antigüedad clásica.

Es una característica propia de la signatura de nuestra nación el que no le haya sido dado desarrollarse a base de sí misma; y a eso se debe, seguramente, el que la ciencia alemana se haya esforzado tal vez menos estérilmente en descubrir los orígenes y la peculiaridad de otros pueblos que los del propio.

[1] La palabra *limes* (de *limus,* de través) es un término técnico ajeno a las relaciones jurídicas de nuestros días y, por lo tanto, no susceptible de ser traducido a nuestro lenguaje. Proviene de la división agronómica romana, que excluye toda linde natural y separa mediante caminos intermedios de determinada anchura los cuadrados en que se divide la tierra de propiedad privada; estos caminos intermedios son los *límites,* por lo cual esta palabra designa a un tiempo tanto las lindes trazadas por la mano del hombre como los caminos construidos por él. La palabra conserva esta misma doble acepción al aplicarse al Estado; *limes* no es toda frontera del imperio, sino solamente la trazada por la mano del hombre y que está organizada al mismo tiempo como camino y para poner en ella vigías encargados de defenderla, que era el carácter que tenían las fronteras en Germania y en el África. De aquí que el *limes* no sea simplemente una línea longitudinal, sino también una línea de cierta anchura (Tácito, *ann.,* 1, 50; *castra in limite locat*). Por eso el trazado del *limes* se enlaza frecuentemente al del *agger,* que es el dique que bordea el camino (Tácito, *ann.,* 2, 7; *euncta novis limitibus aggeribussque permunita*) y su desplazamiento con el de los puestos de vigilancia fronteriza (Tácito, *Germ.,* 29; *limite acto promotisque praesidiis).* El *limes* es, pues, la calzada fronteriza del imperio, cuya finalidad es regular el tráfico fronterizo, de tal modo que sólo se permite cruzarla por ciertos puntos, que vienen a ser lo que los puentes en la frontera fluvial, prohibiéndose el paso por otros sitios. En un principio, esto se conseguía, indudablemente, por medio de patrullas que recorrían toda la línea, y mientras sucedió esto, el *limes* siguió siendo lo que desde el primer momento había sido: una calzada divisoria. Esto era lo que seguía siendo también en los casos en que se hallaba fortificado por ambos lados, como ocurría en la Britania y en la desembocadura del Danubio; también a la muralla británica se la llama *limes.* Cabría asimismo la fórmula de que se situasen centinelas en los pasos

permitidos, haciendo intransitables por cualquier procedimiento los tramos intermedios. Con ello, la calzada divisoria se convierte en una barricada fronteriza provista de pasos, que es lo que era el *limes* de la Germania superior en su forma definitiva. Por lo demás, en la época de la república la palabra *limes* no se emplea con este valor, siendo indudable que este concepto no surgió sino cuando empezaron a organizarse cadenas de puestos de vigilancia que defendían el Estado allí donde no existían fronteras naturales; este sistema de protección fronteriza, ajeno a la república, constituye la base del régimen fronterizo militar, y sobre todo del régimen fronterizo aduanero, en la época de Augusto.

[2] La cuarta legión de la Germania superior había sido trasladada al Asia Menor en el año 58, con motivo de la guerra contra los armenios y los partos (Tácito, *ann.,* 13, 35).

[*] Escrito después de 1871. [E.]

[3] No se conoce a ciencia cierta el significado de la expresión *agri decumates* (pues a la palabra *decumates* deberá anteponerse, evidentemente, la palabra *agri*), que sólo encontramos en Tácito, *Germ.,* 29. Es posible que aquellas tierras, que en los primeros tiempos del imperio se considerarían, indudablemente, como propiedad del Estado o más bien del emperador, al igual que el *ager occupatorius* de tiempos de la república, sólo pudieran utilizarse por los que primero tomasen posesión de ellas mediante el tributo del diezmo. Sin embargo, no está demostrado filológicamente que la palabra *decumas* signifique realmente "tributario de diezmo", ni conocemos tampoco la existencia de semejante institución bajo el imperio. Por lo demás, no debe perderse de vista que el relato de Tácito se refiere al periodo anterior a la organización de la línea del Néckar; este relato no encaja en el periodo posterior, como tampoco encaja aquella denominación, que, aunque oscura, se hallaba sin ningún género de duda relacionada con el régimen jurídico anterior.

[4] Esta longitud se refiere a la línea de castillos que va desde Rheinbrohl hasta Lorch (Cohausen, *Der römische Gren-*

zwall, p. 74). En cuanto al muro de tierra, hay que descontar la línea del Main desde Miltenberg hasta Grosskrotzenburg, de unas 30 millas romanas de largo. En la anterior línea del Néckar el muro de tierra es bastante más corto, puesto que en vez de la línea de Miltenberg a Lorch se sigue aquí la que pasa por el bosque de Oden y va de Wörth a Wimpfen.

[5] Acerca de la distribución de las tropas de la Germania superior, carecemos de información segura, pero no de puntos de referencia. De los dos cuarteles generales que existían en la alta Germania, sabemos que el de Estrasburgo contaba con pocas fuerzas después de organizarse la línea del Néckar, y probablemente era más bien un centro administrativo que un centro militar. En cambio, la guarnición de Maguncia absorbió siempre una parte considerable del total de fuerzas de la provincia, tanto más cuanto que era, probablemente, el único cuerpo cerrado de tropas de alguna importancia que existía en toda la Germania superior. El resto de las tropas se repartía del siguiente modo: una parte de ellas estaba apostada en el *limes,* cuyos castillos, según los cálculos de Cohausen (*Der römische Grenzwall,* p. 335), se hallaban por término medio a una distancia de unos 8 km uno de otro, lo que quiere decir que serían, en total, unos 50; otra parte guarnecía los castillos interiores, especialmente los de la línea del bosque de Oden que va de Gundelsheim a Worth; es, por lo menos, probable que estos castillos siguiesen ocupados, en parte al menos, después de tenderse el *limes* exterior. Dada la desigualdad de dimensiones que se aprecia entre los castillos que aún pueden medirse, es difícil decir qué cantidad de tropas haría falta para asegurar su defensa. Cohausen las calcula en 750 hombres para un castillo de tipo medio, incluyendo las tropas de reserva. Teniendo en cuenta que, normalmente, cada cohorte tanto de la legión como de las tropas auxiliares contaba 500 hombres y que al construirse los castillos hubo de tenerse en cuenta necesariamente esta cifra, hay que suponer que la guarnición de cada uno de ellos, en caso de sitio, incluiría, por término medio, este número de tropas. Des-

pués de la reducción de los efectivos, es imposible que el ejército de la Germania superior pudiese tener guarnecidos todos los castillos, aunque sólo fuesen los del *limes,* con esta cantidad de fuerzas. Y aún es más improbable que pudiera, aun antes de la reducción, con sus 30 mil hombres, tener cubiertas las líneas entre los castillos; y no siendo posible esto, no habría tenido sentido tampoco la ocupación de los castillos, incluso suponiendo que fuese posible tenerlos ocupados todos. Todo parece indicar que los castillos se habían situado y construido de modo que, con su guarnición correspondiente, pudieran defenderse en caso necesario, pero que en circunstancias normales —y en esta frontera lo normal era el estado de paz— no se mantenía cada castillo ocupado en pie de guerra, sino guarnecido solamente por tropas en la medida en que lo exigiese la seguridad de los centinelas de las atalayas y la posibilidad de vigilar las calzadas y los caminos encubiertos. Las guarniciones permanentes de los castillos eran probablemente mucho más débiles de lo que generalmente se piensa. Sólo poseemos una lista de cómo estaba compuesta una de estas guarniciones en la antigüedad; esta lista procede del año 155 y se refiere al castillo de Kutlowitza, al norte de Sofía, cuya guarnición suministraba el ejército de la Mesia inferior, y concretamente la 11a. legión. Dicha guarnición constaba entonces, aparte de los centuriones que la mandaban, de 76 hombres.

Aún se hallaba menos en condiciones de asegurar la ocupación de líneas extensas el ejército de Recia, por lo menos antes de Marco Aurelio; por aquel entonces sus efectivos ascendían cuando más a 10 mil hombres, teniendo que defender, además del *limes* de aquella provincia, la línea del Danubio desde Ratisbona hasta Passau.

[6] Según su biógrafo, *c.* 14, 15, Probo sometió a los germanos de la orilla derecha del Rin, haciéndolos tributarios de los romanos e imponiéndoles la obligación de defender la frontera por ellos *(omnes iam barbari vobis arant, vobis iam serviunt et contra interiores gentes militant).* Provisionalmente

se les respeta el derecho a usar armas, pero se piensa, ante ulteriores éxitos, en desplazar la frontera y en crear una provincia llamada Germania. Estas manifestaciones no están desprovistas de interés, aunque las consideremos —y no podemos considerarlas de otro modo— como fantasías libres de un romano del siglo IV.

VI. Britania

Veintisiete años habían transcurrido desde el día en que las tropas pusieran la planta en la gran isla del océano noroccidental, sometiéndola para volver a abandonarla, hasta que por fin el gobierno romano se decidió a repetir la expedición y a ocupar con carácter permanente la Britania. La expedición británica de César no había sido ciertamente, como sus incursiones contra los germanos, un simple avance defensivo. Hasta donde llegó su brazo armado, convirtió a los distintos pueblos en súbditos del imperio y organizó, lo mismo que en las Galias, el pago de sus tributos anuales. Logró, además, descubrir a la rama indígena más importante de todas, llamada por su posición privilegiada a vincularse firmemente a Roma y a convertirse así en el pilar de la dominación romana en Britania: los trinobantes (Essex) habrían de asumir en la isla celta el mismo papel, más ventajoso que honroso, desempeñado en el continente galo por los heduos y los remenses.

La expedición de César

La invasión romana de la isla había tenido como motivo inmediato el pleito sangriento que se ventilaba entre el príncipe Casivelauno y la familia de los príncipes de Camaloduno (Colchester); César desembarcó en las costas de Bretaña para restaurar a esta familia en el trono y su propósito estaba conseguido, por el momento. César no dudó, no pudo dudar jamás, que lo mismo aquellos tributos que esta dinas-

tía de protectorado se quedarían, momentáneamente, en simples palabras. Pero estas palabras eran un programa que llevaría necesariamente aparejada la ocupación permanente de la isla por las tropas romanas.

César no tuvo tiempo para organizar de un modo permanente la situación de la isla sometida al poder romano; y para sus sucesores la Britania fue siempre un gran problema. Como era de esperar, los britanos convertidos en súbditos del imperio no entregaron durante mucho tiempo los tributos a que se habían comprometido; tal vez no llegasen a entregarlos nunca. En cuanto al protectorado sobre la dinastía de los Camalodunos, no debió encontrar tampoco mayor acatamiento, dando únicamente resultado el que desfilasen por Roma toda una serie de príncipes y representantes de esta dinastía para impetrar la intervención del gobierno romano contra vecinos y rivales suyos: el rey Dubnovelano, probablemente el sucesor del príncipe de los trinobantes restaurado en el trono por César, corrió a refugiarse en la Roma del emperador Augusto y, más tarde, reinando Calígula, se presentó en la capital del imperio otro de los príncipes de la misma dinastía.

En realidad la expedición británica era parte inseparable de la herencia cesárea; ya durante la diarquía, César, el hijo, había dado pasos encaminados a poner por obra esta empresa, de la que sólo se abstuvo ante la apremiante necesidad de pacificar el Ilírico, o tal vez ante la tensión de sus relaciones con Marco Antonio, de la que por el momento se aprovecharon tanto los partos como los britanos. Los poetas cortesanos de los primeros años del reinado de Augusto se adelantaron varias veces a cantar prematuramente la conquista de Britania; por lo tanto, el sucesor no hizo más que adoptar y asimilarse el programa de Julio César.

Ya consolidada la monarquía, todo el mundo en Roma esperaba que la terminación de la guerra civil iría seguida inmediatamente por la expedición militar a la isla británica. Las quejas de los poetas sobre las espantosas disensiones sin

las que hacía ya mucho tiempo que los britanos habrían sido conducidos en triunfo por el Capitolio, como prisioneros, convertíanse ahora en la orgullosa esperanza de que Britania sería incorporada muy pronto al imperio como una nueva provincia. Repetidas veces (en los años 27 y 26 a. C.) llegó a anunciarse la expedición armada. Sin embargo, Augusto, sin llegar a desistir formalmente de la empresa, no tardó en posponer su ejecución, y Tiberio, fiel a su máxima, plegábase en este punto como en tantos otros al sistema de su padre. No cabe duda de que también los pensamientos insignificantes del último emperador de la dinastía julia vagaron a través del océano; pero aquel hombre era incapaz hasta de planear ninguna cosa seria. Hubo de ser Claudio, al subir al trono, quien reasumiese y llevase a cabo el plan concebido por el dictador.

Estamos en condiciones de conocer, por lo menos en parte, los motivos que prevalecían tanto en un sentido como en otro. Augusto opinaba que la ocupación de la isla no era necesaria desde el punto de vista militar, ya que sus habitantes no podían llegar a molestar a los romanos en el continente, ni ventajosa desde el punto de vista financiero, pues lo que pudiera sacarse de la Britania afluía ya a las arcas del imperio a través de los tributos de importación y exportación percibidos en los puertos galos; la ocupación de aquel territorio —siempre según Augusto— exigiría por lo menos una legión y algo de caballería y, después de descontar los gastos de esta ocupación, no quedaría mucho de los tributos de la isla. Todo esto era indiscutiblemente exacto, y aún se quedaba corto; la experiencia habría de demostrar que no bastaba, ni con mucho, una legión para asegurar la posesión de la isla. A esto hay que añadir algo que el gobierno no tenía ningún interés en decir, a saber: que dada la debilidad del ejército romano en que se había traducido ya la política interior de Augusto, la idea de lanzar una parte considerable de él, de golpe, a una isla perdida en el mar del Norte, se prestaba a grandes reparos. Probablemente no había otra opción que prescindir de Britania o aumentar los efectivos del ejército para poder lan-

zarse a su conquista. Y en la mente de Augusto pesaron siempre más las consideraciones de política interior que los planes exteriores.

No obstante, debió de prevalecer entre los estadistas romanos la convicción de que era necesario proceder al sometimiento de la Britania. La conducta de César sería inconcebible si no se presupusiera en él esa convicción. En un principio Augusto reconoció formalmente aquella meta que César se trazara, sin llegar jamás a repudiarla de un modo formal. Y fueron precisamente los reinados que se conocen como los más consecuentes y de más amplia visión, los de Claudio, Nerón y Domiciano, los que echaron los cimientos para la conquista de la Britania o la extendieron, una vez iniciada. Además, cuando ya era una realidad, nunca se la consideró como, por ejemplo, la conquista de Dacia y la Mesopotamia por Trajano.

La razón de que sólo respecto a la Britania se hiciera caso omiso de aquella máxima de gobierno según la cual el imperio romano debía limitarse a mantener sus fronteras, sin preocuparse de extenderlas, máxima que en todos los demás sectores se cumplió de un modo casi inquebrantable, estaba en que no era posible llegar a someter a los celtas, como lo exigía el interés de Roma si la conquista se limitaba exclusivamente al continente. Todo parecía indicar que el estrecho brazo de mar que separa a Inglaterra de Francia contribuía más bien a unir que a separar a la nación celta. Son los mismos los nombres de pueblos con que nos encontramos a uno y otro lado del canal; las fronteras de los distintos estados saltaban no pocas veces más allá de las aguas; la casta sacerdotal que entre los celtas calaba más hondo que en ningún otro pueblo la esencia nacional, había tenido siempre su sede principal al otro lado del océano, en las islas del mar del Norte.

Claro está que los insulares no podían arrancar ni disputar a las legiones romanas la posesión del continente galo; pero si el conquistador de las Galias, y más aún el gobierno roma-

no afincado en ellas, perseguía en estos territorios otros fines que en Siria y en Egipto, y si de lo que se trataba era de incorporar a los celtas a la nación itálica, esta empresa sería irrealizable mientras delante del país celta sometido se levantase al otro lado del mar un país celta libre, mientras el enemigo de Roma o el desertor pudiese encontrar asilo en una Britania independiente. Para los fines que se perseguían, bastaba de momento con la sumisión de las costas meridionales, aunque los efectos iban acentuándose, como es natural, a medida que el territorio libre de los celtas se alejaba más y más.

No dejaría de contribuir a la conquista de Britania, desde este punto de vista, el amor de Claudio por su patria gala y su conocimiento de las realidades de aquel país. El pretexto para la guerra se tomó del hecho de que aquella dinastía indígena colocada en una cierta relación de dependencia con respecto a Roma había extendido considerablemente su dominación bajo el cetro de su rey Cunobelino —el Cimbelino de Shakespeare—, emancipándose del protectorado romano. Uno de los hijos de este rey, Adminio, se sublevó contra su padre y acudió ante el emperador Cayo Calígula a implorar protección. El sucesor de Cayo negose a entregar al rey britano estos súbditos suyos, y así fue cómo se encendió la guerra, dirigida en primer término contra el padre y los hermanos de este Adminio. La verdadera razón, naturalmente, era otra: era la necesidad inexcusable de dar cima a la sumisión de un país que se mantenía en estrecha cohesión y que hasta entonces sólo había sido vencido a medias.

La ocupación de Britania no podía llevarse a cabo sin aumentar al mismo tiempo los efectivos del ejército permanente; así opinaban también los estadistas que preconizaban la empresa. Se destinaron a ella tres de las legiones del Rin y una de las del Danubio, a la par que se reforzaban los ejércitos apostados en Germania con dos legiones de nueva creación. Un excelente soldado, Aulo Plautio, fue elegido como jefe de la expedición y, al mismo tiempo, como primer gober-

nador de la provincia. La expedición partió para la isla en el año 43. Los soldados mostrábanse reacios, no tanto seguramente por miedo al enemigo como por el temor de marchar desterrados a aquella lejana isla. Como uno de los dirigentes y tal vez el alma de la empresa, el secretario del gabinete imperial Narciso, quisiera infundirles ánimos, no dejaron al esclavo hablar, ahogando sus palabras entre exclamaciones de mofa, pero hicieron lo que él quería y se embarcaron sin más protestas.

Conquista de la isla

La ocupación de la isla no presentaba grandes dificultades. La población nativa seguía estancada, tanto política como militarmente, en el mismo bajo nivel de desarrollo en que César la encontrara. Reyes o reinas gobernaban los distintos cantones, que no estaban unidos por ningún lazo externo, sino divididos entre sí por perennes discordias. Es cierto que las tropas eran de un vigor físico muy resistente, de una valentía suicida, y sobre todo magníficos jinetes. Pero el carro homérico de batalla, que era todavía una realidad en estos cantones y cuyas riendas llevaban los mismos príncipes autóctonos, no podía hacer frente a los escuadrones cerrados de la caballería romana, del mismo modo que el infante indígena, sin yelmo ni armadura, protegido tan sólo por un pequeño escudo y pertrechado con su jabalina corta y su ancha espada, no podía estar en el combate cuerpo a cuerpo a la altura del machete romano, ni mucho menos del pilo del legionario, ni del plomo arrojadizo y la flecha de la infantería ligera de Roma.

Los indígenas no pudieron oponer en parte alguna una defensa adecuada a la masa del ejército de los invasores, formado por unos 40 mil hombres bien adiestrados y disciplinados. Los romanos desembarcaron sin encontrar siquiera resistencia; los britanos habían recibido informes del mal estado de espíritu de las tropas y ya no esperaban que la expedición

llegase a sus costas. El rey Cunobelino había muerto poco antes y se hallaban a la cabeza de los contingentes nativos sus dos hijos Carataco y Togodumno.

La marcha del ejército de invasión se dirigió inmediatamente hacia Camaloduno, arribando a las márgenes del Támesis en rápida cruzada triunfal. Al llegar aquí la columna expedicionaria hizo alto, tal vez principalmente para dar tiempo a que llegase el emperador a recoger personalmente aquellos fáciles laureles. En tanto llegaba, las tropas romanas cruzaron el río y derrotaron a los contingentes britanos; en esta batalla encontró la muerte Togodumno, y la plaza de Camaloduno cayó en poder de los romanos.

Aunque Carataco, el hermano del príncipe muerto en el combate, siguió resistiendo tenazmente y, victorioso o derrotado, logró cubrir su nombre de gloria entre propios y enemigos, el avance de los romanos era ya incontenible. Fueron derrotados y destronados un príncipe tras otro —once reyes británicos enumera el arco de triunfo de Claudio como vencidos por él—, y los que no se rendían a las armas de los romanos dejábanse corromper por sus favores. Numerosos hombres de la nobleza aceptaron las posesiones con que los invistió el emperador a costa de sus connacionales; ni faltaron tampoco los reyes dispuestos a contentarse con la modesta posición de reyes-vasallos a que les redujo el invasor, como el de los regnes (Chichester) Cogidumno y el de los icenos (Norfolk) Prasutago, que empuñaron el cetro durante una serie de años en esta relación de vasallaje.

Pero los conquistadores implantaron su organización municipal en la mayoría de los distritos de aquella isla, gobernada hasta entonces por métodos totalmente monárquicos, y pusieron en manos de la nobleza local lo poco que quedaba que administrar en sus tierras, procedimiento que abría la puerta, evidentemente, a las peores parcialidades y discordias intestinas.

Ya bajo el mando del primer gobernador parece haberse sometido al poder romano toda la tierra llana, tal vez hasta

más allá de los umbrios; los icenos, por ejemplo, acataban ya su dominación. Pero los romanos no se limitaron a abrirse paso con la espada en la mano. Inmediatamente después de la toma de Camaloduno fue trasladado a esta plaza un cierto número de veteranos y se fundó en ella la primera ciudad de régimen y ciudadanía romanos en Britania, la "Colonia de la victoria claudia", destinada a ser la capital del país. Sin pérdida de momento, pusiéronse en explotación las minas británicas, especialmente los abundantes yacimientos de plomo, y se han conservado barras de plomo de aquella procedencia que datan del siglo VI después de la invasión. Y es lo más probable que con la misma celeridad empezasen a afluir al territorio recién conquistado los comerciantes e industriales de Roma; mientras Camaloduno se poblaba con colonos romanos, en otros lugares del sur de la isla, principalmente junto a los manantiales de agua caliente del Sulis (Bath), en Verulamio (St. Albans, al noroeste de Londres) y sobre todo en el emporio natural del comercio al por mayor, en Londinio, junto a la desembocadura del Támesis, fueron surgiendo, impulsados simplemente por el libre tráfico y la inmigración, una serie de centros de población romanos, que pronto recibieron también su organización urbana normal. Los progresos de la dominación extranjera no se manifestaban solamente en los nuevos tributos y en las reclutas de hombres para el ejército, sino que se acusaban también por doquier y acaso con mayor fuerza todavía en el comercio y en la industria.

Al ser removido de aquel puesto de gobernador tras ejercerlo durante cuatro años, Plautio desfiló en triunfo por las calles de Roma —fue el último particular a quien se confirió este honor— y llovieron las condecoraciones sobre los oficiales y soldados de las victoriosas legiones. En Roma y luego en otras ciudades se levantaron arcos de triunfo a la gloria del emperador por aquella victoria conseguida "sin ninguna pérdida"; el príncipe heredero de la corona, nacido poco antes de la invasión, recibió en vez del de su abuelo el nombre

de *Britannicus*. Todo esto deja traslucir el espíritu de aquella época poco militar, desacostumbrada ya de las victorias conseguidas a costa de grandes pérdidas y la superabundancia propia de una época políticamente senil. No obstante, aunque desde el punto de vista militar la invasión de Britania no representase gran cosa, hay que reconocer a los hombres que la dirigieron el mérito de haber abordado la empresa de un modo enérgico y consecuente y de haber logrado que el periodo penoso y peligroso de transición de una Britania independiente a una Britania sometida a la dominación romana fuese extraordinariamente corto.

Claro está que después del primer éxito, tan repentino, empezaron a revelarse, lo mismo que en otros casos, las dificultades e incluso los peligros que la ocupación de la isla representaba, no sólo para los conquistados, sino también para los conquistadores.

Los invasores eran dueños de las tierras llanas, pero no de las montañas ni del mar. El oeste del país dio bastante que hacer a los romanos. Es cierto que si en el extremo suroeste, en lo que es hoy la región de Cornwalles, se sostuvieron durante más tiempo los nativos, no fue tanto, probablemente, porque se rebelasen contra el invasor como porque éste no se preocupó gran cosa de aquel remoto rincón. Pero los siluros, en el sur de la actual Gales, y su vecinos situados más al norte, los ordovicos, se resistieron tenazmente a las armas romanas; la isla de Mona (Anglesey), cercana a esta última tribu, era el verdadero hogar de la resistencia nacional y religiosa de los britanos.

Resistencia de los nativos

No eran solamente las condiciones del terreno las que entorpecían los avances de los romanos; lo que Britania había sido para las Galias, lo era ahora para Britania, y especialmente para este litoral occidental, la gran isla de Ivernia [Ir-

landa]: la libertad allí reinante no dejaba echar raíces aquí a la dominación extranjera.

Por la situación de los campamentos de las legiones, es fácil darse cuenta de que la invasión quedó estancada allí. Bajo el mando del sucesor de Plautio, el campamento de la 14a. legión fue emplazado junto a la confluencia del Tern con el Severn, cerca de Viroconio (el actual Wroxeter, no lejos de Shrewsbury), y probablemente por la misma época se levantó al sur de aquella plaza el de Isca (Caerleon = *castra legionis*) para la 2a. y al norte el de Deva (Chester = *castra*) para la 20a.; estos tres campamentos cerraban el país de Gales por el sur, el norte y el oeste, protegiendo por lo tanto aquellas tierras ya pacificadas contra los peligros de las montañas, que seguían siendo libres.

Hacia aquella región se lanzó, cuando ya su tierra natal era romana, Carataco, el último príncipe de Camaloduno. Fue derrotado por Publio Ostorio Escápula, el sucesor de Plautio, en los dominios de los ordovicos y poco después (en el año 51) entregado a los romanos por los aterrados brigantes entre quienes había ido a refugiarse y conducido a Italia con todos los suyos. Cuando vio la arrogante ciudad de Roma, preguntó asombrado cómo los dueños de aquellos palacios podían ambicionar las pobres cabañas de su tierra.

Pero, a pesar de aquella victoria, el oeste del país no estaba todavía, ni mucho menos, conquistado. Los siluros, sobre todo, perseveraban en su enconada resistencia, y la declaración del general romano proclamando que estaba dispuesto a exterminarlos hasta el último hombre no era la más adecuada para animarles a rendirse. El activo gobernador Cayo Suetonio Paulino intentó, años más tarde (en el 61), someter al poder romano la isla de Mona, sede principal de la resistencia; grande y enconada fue la defensa que se le opuso, encabezada por los sacerdotes y las mujeres, pero a pesar de ella cayeron bajo las hachas de los legionarios los árboles sagrados, a la sombra de los cuales había corrido la sangre de muchos prisioneros romanos. Sin embargo, la ocupación de este últi-

mo asilo del sacerdocio celta fue el punto de partida de una peligrosa crisis en los mismos territorios ya sometidos, y al gobernador Paulino no le fue dado coronar la conquista de la isla de Mona.

Insurrección nacional

También en Britania hubo de afrontar la dominación extranjera la prueba de una insurrección nacional. La empresa a que en el Asia Menor se había lanzado Mitrídates, Vercingétorix entre los celtas del continente y Civilis entre los germanos sometidos, intentó realizarla entre los celtas insulares una mujer, la esposa de uno de aquellos príncipes-vasallos refrendados por Roma: Boudicea, la reina de los icenos. Para asegurar el porvenir de su viuda y de sus hijas, el rey, al morir, había legado su poder al emperador Nerón y repartido sus bienes entre él y su propia familia. El emperador aceptó la herencia y se adueñó de ella en su totalidad, de lo que le había sido otorgado y de lo que no le correspondía. Los primos del rey muerto fueron cargados de cadenas, la viuda apaleada y las hijas maltratadas de un modo ignominioso. A esta infamia vinieron a sumarse otros abusos en una época posterior del reinado neroniano. Los veteranos asentados en Camaloduno arrojaban caprichosamente de sus casas y haciendas a los antiguos poseedores, sin que la autoridad creyera oportuno intervenir. Las donaciones concedidas por el emperador Claudio considerábanse como actos revocables. Por este camino, los ministros romanos iban arrastrando a la bancarrota a un municipio británico tras otro, mientras ellos se enriquecían fabulosamente.

El momento era propicio. El gobernador Paulino, hombre más arrojado que prudente, se encontraba como sabemos en la lejana isla de Mona, con lo más escogido del ejército romano. Este ataque contra el verdadero santuario de la religión nacional agitaba los espíritus y allanaba el camino a la insurrección. Aquella vieja y vigorosa fe de los celtas que tanto

dio que hacer a los romanos iba a arder una vez más, la última, en potente llamarada.

Los campamentos de las legiones situados en el oeste y en el norte, debilitados y muy distantes entre sí, dejaban desamparado todo el sureste de la isla con sus florecientes ciudades romanas. La ciudad de Camaloduno sobre todo hallábase totalmente indefensa, sin guarnición y con las murallas sin terminar, aunque se hubiese terminado, en cambio, el templo de su fundador imperial, del nuevo dios Claudio. El oeste de la isla, tenido a raya probablemente por las legiones allí destacadas, no parece haber tomado parte en la fase inicial de la sublevación, y menos aún el norte, no sometido todavía al yugo de Roma. Pero, como con tanta frecuencia sucedía en las insurrecciones celtas, cuando en el año 61 circuló por el país la consigna convenida, todo el resto del territorio aún independiente se puso repentinamente en pie de guerra contra el invasor, y al frente de él los trinobantes expulsados de su capital.

El segundo jefe romano, que durante su ausencia representaba al gobernador, el procurador Decio Catón, envió en el último momento todos los soldados de que podía disponer, 200 hombres, para defender la capital. En unión de los veteranos y de los demás romanos capaces de empuñar las armas, pudieron hacerse fuertes durante dos días en el templo de Claudio, pero al fin fueron arrollados y se pasó a cuchillo hasta al último romano residente en la ciudad. Igual suerte corrió el gran emporio del comercio romano, Londinio, y la tercera ciudad romana por orden de prosperidad, Verulamio (St. Albans, al noroeste de Londres), sin que escapasen tampoco a la matanza los extranjeros que vivían dispersos por la isla: fue un holocausto nacional semejante al de Mitríades, y el número de víctimas, calculado en unas 70 mil, no debió ser tampoco inferior al de las inmoladas en el Ponto.

El procurador Catón, dando por perdida la causa de Roma, huyó al continente. La catástrofe envolvía también al ejército romano. Toda una serie de destacamentos y guarniciones

desperdigados sucumbieron a los ataques de los insurgentes. Quinto Petilio Cerialis, jefe del campamento de Lindo, marchó sobre Camaloduno al frente de la 9a. legión; pero llegó ya demasiado tarde para poder salvar la ciudad y, arrollado por la inmensa superioridad del enemigo, dejó en el campo de batalla toda su infantería. El campamento fue asaltado por los brigantes.

No faltó mucho para que el general en jefe corriese la misma suerte. Volvió a toda prisa de la isla de Mona y mandó llamar a la segunda legión apostada cerca de Isca; pero ésta se negó a cumplimentar sus órdenes y Paulino, con sólo 10 mil hombres, hubo de aceptar una lucha desigual contra el innumerable y victorioso ejército insurrecto. Si alguna vez el soldado reparó con su heroísmo los errores del mando fue el día en que aquel puñado de valientes, formado principalmente por la 14a. legión, famosa desde entonces, consiguió una victoria completa, seguramente con gran asombro propio, asegurando de nuevo con ello la dominación romana en Britania. A punto estuvo el nombre de Paulino de pasar a la historia al lado del de Varo. Pero es el éxito el que decide, y esta vez el éxito favoreció a los romanos.[1] El jefe responsable de la legión desobediente compareció ante el tribunal de guerra y se atravesó con su espada. La reina Boudicea bebió el cáliz del veneno. El gobierno desistió de su primera idea, que fue la de sumariar al general, el cual se había portado a pesar de todo como un valiente, pero aprovechó el primer pretexto adecuado para quitarlo de aquel cargo.

Los sucesores de Paulino no prosiguieron inmediatamente las operaciones encaminadas a someter la parte occidental de la isla. Fue el excelente general Sexto Julio Frontino, bajo Vespasiano, quien impuso el poder romano a los siluros. Y su sucesor Cneo Julio Agrícola logró, en el año 78, tras enconados combates con los ordovicos, lo que a Paulino no le había sido dado conseguir: la ocupación de la isla de Mona. Desde entonces no vuelve a hablarse de una resistencia activa en aquellas regiones. El campamento de Viroconio pudo aban-

donarse, probablemente hacia esta misma época, trasladándose a la Britania septentrional la legión recuperada de ese modo. En cambio, los otros dos campamentos de las legiones emplazados en Isca y Deva permanecieron allí hasta la época de Diocleciano, sin llegar a suprimirse hasta más tarde, cuando se reorganizaron las guarniciones del país. Es posible que contribuyesen también a ello ciertas consideraciones de tipo político, pero la resistencia de los territorios del oeste siguió en pie probablemente hasta mucho más tarde, apoyada tal vez en las comunicaciones con la isla de Ivernia. Así parece indicarlo, por otra parte, la ausencia total de huellas romanas en el interior del país de Gales y el hecho de que la población celta se haya mantenido hasta hoy en esta zona de la isla.

Los brigantes

En el norte, el centro de la posición romana mantenida al este de Viroconium era el campamento de la 9a. legión española en Lindo (Lincoln). Con esta región lindaba en el norte de Inglaterra el principado más poderoso de la isla, el de los brigantes (Yorkshire); este pueblo no se había sometido, en rigor, a los romanos, aunque su reina Cartimando procuraba mantenerse en relaciones de paz con los conquistadores y se mostraba sumisa a ellos. En el año 50 había intentado levantarse en armas aquí el partido de los enemigos de Roma, pero el intento fue rápidamente sofocado. Ya sabemos que Caratacco, al ser derrotado en el oeste de la isla, se trasladó al norte con la esperanza de poder proseguir allí la resistencia, y que la reina de los brigantes lo entregó a los romanos. Estas discordias intestinas y estas intrigas domésticas debieron de desempeñar también un papel en la sublevación contra Paulino, en la que vemos a los brigantes ocupar un puesto primordial y que descargó con toda su fuerza sobre la legión del norte. Sin embargo el bando partidario de los romanos entre los brigantes fue lo suficientemente fuerte para imponer la

restauración de la reina Cartimando, una vez sofocada la insurrección.

No obstante, algunos años después, el partido de los patriotas, vigorizado por la consigna de emanciparse de Roma, que llenó todo el Occidente después de la catástrofe de Nerón durante la guerra civil, logró que los brigantes se pusieran de nuevo en pie de guerra contra la dominación extranjera, acaudillados por el que fuera marido de la reina y al que ésta había repudiado y ofendido: Venucio, hombre bastante experto en cosas de guerra. Tras larga lucha, este poderoso pueblo fue sometido por Petilio Cerialis, el mismo que bajo el mando de Paulino no había sabido combatir victoriosamente contra estos britanos y que ahora se había convertido en uno de los más famosos generales de Vespasiano y en el primer gobernador de la isla nombrado por este emperador. Como la resistencia en el oeste iba cediendo poco a poco, fue posible retirar una de las tres legiones allí estacionadas para unirla con la de Lindo y adelantar la posición del campamento de esta plaza a la sede central de los brigantes, Eburaco (York).

Sin embargo, mientras el oeste de la isla siguiese ofreciendo alguna resistencia seria, no era posible seguir extendiendo las fronteras romanas hacia el norte, y según un escritor de la época de Vespasiano las armas romanas se estacionaron por espacio de treinta años en el bosque de Caledonia. Fue Agrícola quien, después de liquidar la lucha en el oeste, impulsó enérgicamente la sumisión de los territorios del norte. Para ello lo primero que hizo fue construir una flota, sin la que habría sido imposible abastecer a las tropas en aquella región montañosa, escasa en recursos. Apoyándose en ella, llegó bajo Tito (año 80) hasta la bahía de Tava (Frith of Tay) en la región de Perth y Dundee, y dedicó las tres expediciones siguientes a explorar minuciosamente los vastos territorios enclavados entre esta bahía y la anterior frontera romana, a aplastar en todas partes la resistencia local y a establecer líneas de trincheras en los lugares adecuados para ello,

tomando como punto de apoyo la línea defensiva natural que formaban las dos profundas bahías de Clotha (Frith of Clyde), cerca de Glasgow, y de Bodotria (Frith of Forth), cerca de Edimburgo.

Estos avances de los romanos pusieron bajo las armas a toda la población de aquellas tierras altas; pero la formidable batalla que las tribus caledonias unidas dieron a las legiones entre las dos bahías de Forth y Tay, junto al macizo de los Grampianos, terminó con la victoria de Agrícola. El criterio de este general era que, una vez iniciada la sumisión de la isla, debía llevarse a término y extenderse a la de Ivernia. Se fijaba para ello, con respecto a la Britania romana, en lo que para las Galias había representado y significaba la ocupación de la isla; apoyábase además en la consideración de que, si se llevaba a cabo con la necesaria energía la ocupación de todo el archipiélago, probablemente se reduciría en el futuro el gasto de hombres y de dinero.

Pero el gobierno romano no dio oídas a estos consejos. No es posible saber hasta qué punto se mezclarían en la remoción decretada el año 85 de aquel victorioso general —que, por lo demás, había permanecido en el ejército más tiempo del que era usual— motivos de carácter personal y de inquina contra él; no cabe duda de que al emperador tenía que resultarle muy penosa la coincidencia de las últimas victorias logradas por Agrícola en Escocia con las primeras derrotas sufridas por él mismo en la cuenca del Danubio. Pero es también evidente que la situación militar por que entonces atravesaba el Estado, la expansión de la dominación romana en la margen derecha del Rin, en la Germania superior, y el desencadenamiento de las peligrosas guerras de Panonia, bastan para explicar satisfactoriamente la decisión de suspender las operaciones militares en Britania y de retirar de allí para trasladarla a Panonia —medida que debió de tomarse también por aquel entonces— una de las cuatro legiones con las que Agrícola había llevado a cabo sus campañas.

Escocia e Irlanda

Esto no explica, naturalmente, por qué se puso fin de ese modo a los avances hacia el norte y se dejó encomendados a su libre albedrío a la Escocia septentrional y a Irlanda. Que en lo sucesivo el gobierno romano desistió del desplazamiento de la frontera septentrional, no por las contingencias de la situación momentánea, sino para siempre, ateniéndose invariablemente a esta política a través de todos los cambios de emperadores, nos lo indica toda la historia posterior de la isla y nos lo revelan, sobre todo, las difíciles y costosas obras de amurallamiento a que se procedió y de las que en seguida hablaremos. Problema distinto es el de saber si obró verdaderamente en interés del Estado al renunciar a dar cima a la conquista. El hecho de que las finanzas del imperio saldrían quebrantadas con la expansión de las fronteras, hecho que ahora se alegaba contra esta posible expansión como antes se había aducido contra la ocupación de la isla, no puede considerarse, evidentemente, como decisivo. Es cierto que la ocupación, tal como Agrícola la concebía, tropezaría con dificultades esenciales para realizarse militarmente. Pero no sería esto, probablemente, lo que se tendría en cuenta, sino el temor de que la romanización de los territorios todavía libres pudiese acarrear grandes dificultades por razón de la diferencia de raza.

Los celtas que poblaban el suelo específicamente inglés formaban en todo una unidad con los del continente. Su nombre de pueblo, su fe, su lengua eran los mismos. Si la nacionalidad celta del continente encontraba un punto de apoyo en la isla, la romanización de las Galias tenía que repercutir necesariamente, a su vez, en Inglaterra, y a esto fundamentalmente debió Roma el poder romanizar también a la Britania con una rapidez tan sorprendente. En cambio, los moradores de Irlanda y Escocia pertenecían a otra raza y hablaban otra lengua; el britano tropezaba probablemente con

la misma dificultad para entender su gadhelisch que el germano para comprender el idioma de los escandinavos. Los caledonios —pues con los ivernios apenas entraron en contacto los romanos— aparecen descritos como bárbaros de la peor especie. Por otra parte, el sacerdote silvano (derwydd, druida) ejercía su rito lo mismo en la cuenca del Ródano que en la isla de Anglesey, pero no hay huellas de él ni en Ivernia ni en las montañas de Caledonia. Suponiendo que los romanos hubiesen librado aquella guerra principalmente para extender su dominación a todas las tierras druídicas, esta finalidad estaba, en cierto modo, conseguida.

Es indudable que en otros tiempos todas estas consideraciones no habrían sido bastantes para obligar a los romanos a renunciar a la frontera marítima septentrional, ya tan cercana, y se habrían decidido a ocupar, por lo menos, la Caledonia. Pero la Roma de esta época no podía pensar ya en llevar el romanismo a otras tierras; no palpitaban ya en ella la fuerza creadora ni la acometividad popular de otros tiempos. Por lo menos habría sido muy difícil que hubiese llegado a prosperar, de haberse intentado, aquella clase de conquista que no se impone a fuerza de decretos ni de marchas militares.

Las fortificaciones romanas

Planteábase, pues, el problema de organizar la frontera septentrional de Britania de un modo adecuado para la defensa; y en torno a esta preocupación gira en adelante la actividad militar en este territorio. El centro militar seguía siendo la plaza de Eburaco. Las tierras más avanzadas conquistadas por Agrícola fueron retenidas y provistas de castillos que servían como puestos avanzados para la defensa del cuartel general situado a retaguardia de ellas. En estas obras se empleó probablemente a la mayoría de las tropas no legionarias. Más tarde se construyeron líneas de fortificaciones enlazadas entre sí.

La primera obra de esta clase procede de Adriano y es notable por dos razones: porque ha llegado hasta nuestros días y porque se conoce de un modo más completo que ninguna otra de las grandes obras militares de los romanos. Es, en rigor, una calzada militar fortificada por ambos lados que va de mar a mar, con una longitud de unas 16 millas alemanas [hacia 119 km] y que, partiendo al oeste de la bahía de Solway, termina, al este, en la desembocadura del Tyne. La defensa, por la parte norte, está formada por una fuerte muralla que debía de tener en su tiempo, por lo menos, 16 pies de alto y 8 de ancho, con paredes exteriores hechas de sillares y rellenadas con grava y argamasa, delante de la cual se abría una trinchera no menos imponente de 9 pies de profundidad y hasta 34 pies y aún más de ancho. Por la parte sur, la protección de la calzada consiste en dos diques de tierra paralelos que todavía hoy presentan una altura de 6 a 7 pies, entre los cuales se abre un foso de 7 pies de profundidad con un reborde un poco más alto mirando hacia el sur, teniendo toda esta obra, de dique a dique, una anchura de 24 pies. Entre la muralla de piedra y los diques de tierra, sobre la misma calzada, se alzan los acantonamientos y los puestos para los centinelas y, a una distancia de una milla corta uno de otro, los campamentos de las cohortes, construidos como castillos susceptibles de defenderse cada uno de por sí, con puertas a los cuatro lados; entre cada dos castillos de éstos, otros parecidos, pero con puertas de salida mirando al norte y al sur, y entre cada dos cuatro garitas pequeñas para centinelas, situadas al alcance de la voz una de otra.

Esta obra, de una solidez grandiosa y que debía de requerir de diez a doce mil hombres para guarnicionarla, constituyó a partir de entonces la base de las operaciones militares en el norte de Inglaterra. No se trataba de una verdadera muralla fronteriza; no sólo siguieron existiendo los puestos avanzados que ya desde los tiempos de Agrícola se internaban bastante hacia el norte, sino que más tarde, primero bajo Antonio Pío y luego de un modo amplio bajo Septimio Severo, se

fortificó de una manera semejante, aunque no tan concienzudamente, también a modo de posición avanzada para la defensa de las murallas de Adriano, la línea que va de la bahía de Clyde a la bahía de Forth, la mitad aproximadamente más corta que la de Adriano, y en la que ya Agrícola colocara una serie de puestos de guardia. En cuanto a su construcción, esta línea sólo se distinguía de la situada a retaguardia de ella en que se reducía a un respetable muro de tierra con un foso delantero y la calzada detrás, lo que quiere decir que no perseguía fines defensivos en dirección sur; por lo demás, también esta línea fortificada incluía un cierto número de puntos de acantonamiento. En ella morían las calzadas romanas del imperio. Y aunque había aún algunos puestos romanos avanzados más al norte —el punto más septentrional en que se encontró la tumba de un soldado romano es Adorch, entre Stirling y Perth—, el límite a que llegaron las expediciones de Agrícola, o sea la bahía de Tay, puede ser considerado como la frontera del imperio romano aun en tiempos posteriores.

Menos que de estas imponentes obras defensivas sabemos del empleo que se les dio y, en general, de los sucesos posteriores acaecidos en aquel lejano teatro de la guerra. Reinando Adriano, se produjo allí una tremenda catástrofe; al parecer fue asaltado el campamento de Eburaco y destruida toda la legión allí acantonada, aquella novena legión que tan desdichadamente peleara en la guerra de Boudicea. Lo más probable es que este revés no se debiese a un ataque del enemigo sino a la deserción de los pueblos que en aquella región del norte se consideraban adictos, especialmente los brigantes. A ello obedecería, indudablemente, el hecho de que la muralla de Adriano ofreciese un frente tanto hacia el sur como hacia el norte; una de sus finalidades era, evidentemente, tener a raya a la Inglaterra del norte, sometida tan sólo de un modo superficial.

Bajo el reinado del sucesor de Adriano, Antonino Pío, se libraron otros combates en aquellas tierras, en los que volvieron a tomar parte los brigantes, pero sin que sepamos na-

da preciso acerca de ellos. Los primeros ataques contra esta frontera del imperio y las primeras violaciones de la muralla del norte —es decir, sin duda alguna, de la construida bajo Antonino Pío— de que tenemos noticia ocurrieron bajo Marco Aurelio y continuaron bajo Cómodo. Cómodo fue el primer emperador que adoptó el nombre triunfal de "Británico", después que el bravo general Ulpio Marcelo había logrado poner en fuga a los bárbaros.

Declina el poder romano

Pero, desde entonces, el poder romano empieza a declinar en estas tierras, lo mismo que en el Danubio y en el Éufrates. En los agitados años que iniciaron el reinado de Septimio Severo los caledonios violaron su promesa de no mezclarse con los súbditos del imperio romano y, apoyándose en ellos, sus vecinos del sur, los meatas, obligaron al emperador romano Lupo a pagar con grandes sumas el rescate de algunos romanos prisioneros. El enérgico brazo de Severo cayó sobre ellos, poco antes de morir, en venganza de aquel desafuero; las tropas romanas invadieron su territorio y les obligaron a ceder a Roma una extensión considerable de él, aunque después de morir el viejo emperador en el campamento de Eburaco (en el año 211), sus hijos se apresuraron a retirar voluntariamente las guarniciones destacadas en los nuevos dominios, para sustraerse al penoso deber de tener que defenderlos.

Apenas sabemos nada de la suerte que corriera la isla durante el siglo III. Es posible que no se libraran en aquellas tierras luchas de importancia, puesto que ninguno de los emperadores anteriores a Diocleciano y sus colegas ostenta el nombre triunfal derivado de la isla, y aunque en la faja de tierra situada entre la muralla de Antonino Pío y la de Adriano probablemente no llegó a consolidarse nunca el romanismo, parece que por lo menos el muro de Adriano consiguió lo que se proponía y que a sus espaldas se desarrolló pacíficamente la civilización extranjera. En la época de Dio-

cleciano nos encontramos con que el distrito enclavado entre las dos murallas ha sido evacuado por los romanos, pero la muralla de Adriano sigue ocupada por ellos al igual que antes y entre esta línea y el cuartel general de Eburaco continúa montando la guardia el resto del ejército romano como barrera contra las desde entonces frecuentes incursiones de los caledonios, a los que ahora se conoce generalmente por el nombre de los tatuados *(picti)*, y de los escoceses que afluyen de las costas de Ivernia.

Los romanos mantuvieron en Britania una flota permanente. Pero la navegación fue siempre, como es sabido, el lado débil de la organización militar romana, y la flota británica sólo tuvo cierta importancia transitoria bajo el mando de Agrícola.

Parece probable que el gobierno confiase en poder retirar de la isla, después de su ocupación, a la mayor parte de las tropas allí destacadas; esta esperanza, sin embargo, no llegó a realizarse. Únicamente bajo Domiciano se reembarcó, como hemos visto, a una de las cuatro legiones enviadas a aquellas tierras; la presencia allí de las otras tres debió de considerarse indispensable, pues nunca se intentó siquiera trasladarlas a otro sector. A estos efectivos hay que añadir las tropas auxiliares, que a lo que parece se reclutaban en mayor número que las tropas cívicas para el servicio poco atrayente en aquella lejana isla del mar del Norte. En la batalla librada junto al macizo de los Grampianos en el año 68 participaron, además de las cuatro legiones, 8 mil soldados auxiliares de a pie y 8 mil de a caballo. En la época de Trajano y Adriano pueden calcularse en 30 mil hombres los efectivos del ejército romano destacado en Inglaterra, teniendo en cuenta que las tropas auxiliares formaban 6 alas y 21 cohortes, o sea aproximadamente 15 mil hombres.

Britania bajo los romanos

Britania fue desde el primer momento un distrito militar de primera clase, inferior tal vez al del Rin y al de Siria en rango, pero no en importancia; y hacia fines del siglo II era tal vez el más apreciado de todos los gobiernos. El hecho de que en las banderías de cuerpos de la primera época del imperio las legiones británicas sólo aparezcan en segundo lugar debe atribuirse exclusivamente al alejamiento de la isla; en las facciones entre cuerpos que siguieron a la caída de la dinastía antonina las vemos ya situadas en primer plano. A partir de entonces las dos legiones acantonadas en Isca y Deva aparecen colocadas bajo la jurisdicción del legado de la provincia superior y la de Eburaco, y las tropas apostadas en las murallas, es decir, la gran masa de las tropas auxiliares, bajo la del legado de la provincia inferior. Parece lo más probable que se desistiese de desplazar toda la guarnición hacia el norte, como lo aconsejaban sin duda, según dijimos más arriba, las razones militares, entre otras cosas por no poner tres legiones en manos de un solo gobernador.

Después de todo lo expuesto, no puede sorprender el que, financieramente, esta provincia costase más de lo que rendía. En cambio, Britania tenía una importancia considerable para los efectivos militares del imperio; el sistema de compensar los impuestos con el reclutamiento debió de aplicarse también a la isla, y sabemos que las tropas británicas eran consideradas, con las ilíricas, como las mejores del ejército. Desde el primer momento se formaron en Britania siete cohortes con los nativos del país, número que fue constantemente en aumento hasta el reinado de Adriano. Cuando éste implantó el sistema de reclutar la mayoría de las tropas, a ser posible, en los distritos en que habían de servir, parece que de Britania salía por lo menos el mayor de sus fuertes contingentes armados. Los britanos eran gente seria y valiente; se prestaban de buen grado al pago de impuestos y a la recluta, pero no toleraban la arrogancia ni la brutalidad de los funcionarios romanos.

Parece que la situación interior de Britania, pese a los vicios generales del gobierno del imperio, no era del todo mala, por lo menos si se la compara con la de otros países. Mientras que en el norte sólo se conocían la caza y los pastos y los habitantes de aquellas comarcas se hallaban siempre dispuestos a pelearse entre sí y a vivir de la rapiña, en el sur se fue desarrollando una regular prosperidad, forjada al amparo de los largos tiempos de paz persistente, por medio de la agricultura, combinada con la ganadería y la minería. Los oradores galos de la época de Diocleciano ensalzan la riqueza de la fértil isla y las legiones del Rin comieron no pocas veces pan amasado con el trigo de las tierras británicas.

La red de calzadas de la isla, extraordinariamente extensa y a la que contribuyó mucho sobre todo Adriano en relación con las obras de su muralla, respondía primordialmente, como es natural, a fines militares. Pero, al lado de los campamentos de las legiones e incluso por encima de ellos, ocupa importante lugar en este sistema de comunicaciones la ciudad de Londinio, lo que revela claramente la importancia predominante de esta plaza en el tráfico de la época. Gales era la única región en que las calzadas del imperio se tendían solamente en las cercanías de los campamentos romanos, desde Isca a Nido (Neath) y desde Deva hasta el punto de embarque para la isla de Mona.

Romanización de Britania

En cuanto a romanización, nos encontramos en la Britania romana con una situación parecida a la del norte y el centro de las Galias. En la isla siguió rindiéndose culto, en latín no pocas veces, a las divinidades nacionales, al Marte Belatucadro o Cocidio, y a la diosa Sulis, equivalente a Minerva, que daba nombre a la actual ciudad de Bath. Allí eran una planta aún más exótica que en el continente la lengua y las costumbres procedentes de Italia; todavía a fines del siglo primero

las familias distinguidas de la isla se negaban a usar la lengua latina y el traje romano.

En Britania no llegaron a desarrollarse con fuerza los grandes centros urbanos, que eran el verdadero hogar de la nueva civilización. No sabemos a ciencia cierta cuál era la ciudad inglesa en que tenía su sede el concilio de la providencia y el culto común rendido al emperador, ni en cuál de los tres campamentos de las legiones tenía su residencia el gobernador. Si, como parece, la capital civil de Britania era Camaloduno y la capital militar Eburaco, es indudable que ni esta plaza podía compararse con Maguncia ni aquélla con Lyon. En las excavaciones hechas en los lugares más importantes, en la colonia claudia de veteranos Camaloduno y en la populosa ciudad comercial de Londinio, al igual que en los multiseculares campamentos de las legiones que fueron Deva, Isca y Eburaco, se ha encontrado un número muy reducido de piedras con inscripciones, y ciudades conocidas, dotadas del régimen romano, como la colonia de Glevo (Goulcester) o el municipio de Verulamio, no han aportado hasta hoy ninguna; la costumbre de colocar piedras conmemorativas, a cuyos resultados no tenemos más remedio que atenernos en gran parte para estas investigaciones, no parece haber llegado a aclimatarse en Britania. En el interior de Gales y en otras regiones poco accesibles no se ha descubierto hasta hoy un solo monumento de la época romana.

Pero, al lado de esto, han quedado claras huellas de aquel comercio y aquel tráfico tan activos puestos de relieve por Tácito, como son, por ejemplo, las numerosas copas descubiertas en las ruinas de Londres y la red de calles de esta ciudad. Suponiendo que Agrícola se preocupase de transplantar a Britania aquel celo que en Italia ponían los municipios en embellecer sus ciudades con edificios y monumentos y que de Italia se extendió a África y a España, y de incitar a los isleños nobles a hermosear las plazas y a levantar templos y palacios, como era usual en otras partes, hay que reconocer que, en lo que a edificios colectivos se refiere, sus excitacio-

nes encontraron poco eco. La situación era, en cambio, muy distinta por lo que se refería a los edificios privados. En el sur de Britania, hasta llegar a la zona de York, abundaban tanto como en la cuenca del Rin las hermosas casas de campo, construidas y decoradas a la romana, de las que sólo han llegado a nosotros los pisos de mosaico.

La educación superior y académica de la juventud fue extendiéndose poco a poco de las Galias a Britania. Entre los éxitos administrativos de Agrícola se cuenta el de haber abierto paso al preceptor romano en las familias distinguidas de la isla. En la época de Adriano se cita a Britania como un país conquistado por los maestros de escuela de las Galias, y "ya Thule habla de contratar los servicios de un profesor". Estos maestros de escuela eran principalmente latinos, aunque los había también griegos; Plutarco nos habla de una conversación que sostuvo en Delfos con un maestro griego de lenguas, natural de Tarso, que había ejercido su magisterio en Britania. Si en la Inglaterra actual, prescindiendo de Gales y hasta hace poco de Cornwalles, ha desaparecido la antigua lengua nacional, no fue porque la desterrasen los anglos o los sajones, sino porque la desplazó el idioma latino.

Como suele suceder en los países fronterizos, en la última época del imperio no había en los ámbitos de éste nadie que se mantuviese más fiel a Roma que el britano. No fue Britania la que abandonó a Roma, sino Roma la que renunció a Britania. Las últimas noticias que llegan a nosotros de esta isla son las súplicas con que su población implora al emperador Honorio que la defienda contra los sajones y la respuesta del emperador, diciéndole que se las arregle como mejor pueda y sepa, por sus propios medios.

[1] Apenas encontraremos ni aun en él, que era el menos militar de todos los escritores, una relación peor que la que acerca de esta guerra hace Tácito, 14, 31-39. No se nos dice dónde estaban emplazadas las tropas ni dónde se dieron las batallas; en cambio, se nos habla largo y tendido de signos y portentos, empleándose gran abundancia de palabras vacuas. Echamos de menos en la información fundamental los hechos importantes que se mencionan en la vida de Agrícola, 31, en especial el asalto del campamento. Es fácil comprender que Paulino, viniendo de la isla de Mona, no podía pensar en salvar a los romanos en el sureste, sino en unir sus tropas, pero no, en cambio, por qué, si estaba dispuesto a sacrificar la plaza de Londinio, marchó en dirección a ella. Suponiendo que realmente llegase a ella, lo haría acompañado solamente de una escolta personal, sin el cuerpo de ejército que tenía consigo en Mona; lo cual, evidentemente, carece de todo sentido. El grueso de las tropas romanas, tanto de las traídas de la isla de Mona como de las demás de que aún se disponía, sólo podrían estar emplazadas, después del exterminio de la novena legión, en la línea Deva-Viroconio-Isca; Paulino dio la batalla con las dos legiones situadas en los dos primeros de estos tres campamentos, la 14a. y la 80a. (incompleta). Que Paulino atacó porque no tenía más remedio que atacar nos lo dice Dion, 62, 1-12, y aunque por lo regular los relatos de este escritor no pueden utilizarse para corregir los de Tácito, parece que esta referencia se halla corroborada por la misma situación.

VII. Los países danubianos y las guerras del Danubio

Al igual que la frontera cesárea del Rin, la frontera del Danubio fue obra de Augusto. Cuando éste empuñó las riendas del gobierno, los romanos apenas eran dueños de los Alpes en la península itálica, del Haemus (los Balcanes) en la península helénica y del litoral del mar Adriático y del mar Negro. Sus dominios no llegaban en parte alguna al poderoso río que separa la Europa septentrional de la meridional. Lo mismo el norte de Italia que las ciudades comerciales del Ilírico y del Ponto, y más todavía las tierras civilizadas de la Macedonia y la Tracia, hallábanse constantemente expuestas a las incursiones bandidescas de las incultas y belicosas tribus vecinas. Cuando murió Augusto la única provincia del Ilírico, en la que antes casi no existía un gobierno independiente, se había convertido en los cinco grandes distritos administrativos romanos de Recia, el Nórico, la Iliria Inferior o Panonia, la Iliria Superior o Dalmacia y la Mesia, y el Danubio era en toda su trayectoria, si no en todas partes la frontera militar, por lo menos la frontera política del imperio. La sumisión relativamente fácil de estos vastos territorios, la importante insurrección de los años 6 al 9 y, como consecuencia de ella, el abandono del primitivo plan de desplazar la línea fronteriza del alto Danubio a Bohemia y al Elba, son hechos estudiados ya en páginas anteriores.

Después de las experiencias de la insurrección, se creyó necesario, no sólo emplear en otros sectores las tropas reclutadas en el Ilírico y que antes servían en su tierra natal, sino

además asignar tanto a Dalmacia como a Panonia un mando militar de primer rango que mantuviese sumisas aquellas poblaciones. Este mando logró rápidamente la finalidad que con él se perseguía. La resistencia que las gentes del Ilírico opusieron bajo Augusto a la dominación extranjera, a que no estaban acostumbradas, se desfogó con el movimiento tumultuoso que después sobrevino; de allí en adelante nuestras fuentes no vuelven a hablarnos de movimientos semejantes, ni siquiera con carácter parcial.

Dalmacia

En cuanto al Ilírico meridional, al que los romanos llamaban Ilírico superior, o sea la provincia de Dalmacia, como suele denominársela desde los tiempos de los flavios, el régimen del imperio marca para ella una nueva época. Es cierto que los comerciantes griegos habían fundado en las costas cercanas a su patria los dos grandes emporios de Apolonia (cerca de Valona) y Dyrrachio (Durazzo); precisamente por ello, esta parte del litoral había sido asignada ya bajo la república a la administración griega. Pero, más al norte, los helenos sólo habían llegado a establecerse en las islas más accesibles de Issa (Lissa), Faros (Lesina) y Negra-Cereyra (Curzola), manteniendo desde allí su comercio con los nativos, principalmente en la costa de Narona y en los centros de población inmediatos a Salone.

Bajo la república romana los comerciantes italianos, que recogieron aquí la herencia de los griegos, se establecieron en los puertos principales de Epitauro (Ragusa Vecchia), Narona, Salone e Iader (Zara) en número tal, que llegaron a desempeñar un papel nada desdeñable en la guerra entre César y Pompeyo. Pero fue bajo Augusto cuando estos centros recibieron el refuerzo de veteranos asentados en ellos como colonos y, lo que era más importante, el *jus italicum.* Estos itálicos transplantados a las costas orientales del mar Adriático fueron, en gran parte, quienes aplastaron enérgicamente las

guaridas de piratas que aún existían en las islas, quienes sometieron al poder romano el interior del país y quienes desplazaron la frontera romana hacia el Danubio.

La ciudad de Salone, sobre todo, residencia del gobernador y sede de todos los servicios administrativos, prosperó rápidamente, eclipsando a las dos antiguas colonias griegas de Apolonia y Dyrrachio, a pesar de que a esta última se enviaron, también bajo Augusto, colonos itálicos, no veteranos, sino itálicos expropiados, y de que se organizó la ciudad como municipio de ciudadanos romanos. Es posible que al florecimiento de Dalmacia y a la decadencia del litoral ilírico-macedónico contribuyesen también, esencialmente, la rivalidad entre las provincias imperiales y las senatoriales y la mejor administración y los privilegios reservados a los territorios gobernados por el verdadero titular del poder. A esto hay que añadir, tal vez, que la nacionalidad ilírica se mantenía mejor dentro del marco de la provincia de Macedonia que en el de Dalmacia: dentro de aquél sigue viviendo hoy,[*] y es seguro que bajo el imperio, si prescindimos de la Apolonia griega y de la colonia itálica de Dyrrachio, la lengua nacional imperante en el interior del país al lado de las dos del imperio seguiría siendo la ilírica. En Dalmacia, por el contrario, el litoral y las islas que se prestaban para ello —pues la inhóspita zona que se extiende al norte de Iader quedó necesariamente rezagada en su desarrollo— fueron municipalizados con arreglo al patrón itálico y pronto no se habló en toda la costa más que latín, como hoy no se habla más que veneciano.

Los obstáculos naturales entorpecían los avances de la civilización en el interior del país. Los caudalosos ríos de Dalmacia forman más bien cascadas que vías fluviales, y la construcción de calzadas tropieza también con dificultades extraordinarias, dada la contextura de sus macizos montañosos. El gobierno romano hizo grandes esfuerzos por sacar rendimiento a aquellas tierras. Bajo la protección del campamento de la legión establecido en Burno se desarrolló en el valle del

Kerka y en el del Cetina a la sombra del campamento de Delminio —pues también aquí fueron los campamentos el vehículo de la civilización y de la latinización— la agricultura al estilo itálico se aclimató en aquellas tierras el cultivo de la vid y del olivo y se extendieron en general el orden y las costumbres itálicas. En cambio, más allá de la divisoria de aguas que queda entre el mar Adriático y el Danubio, los valles que van desde el Culpa hasta el Drin, poco favorables de por sí para la agricultura, permanecieron bajo la dominación romana en condiciones primitivas semejantes a las que podemos apreciar hoy en la Bosnia. Es cierto que el emperador Tiberio hizo que los soldados de los campamentos dalmáticos construyesen distintas calzadas que desde Salone se internaban en los valles bosnios; pero los sucesivos gobiernos desistieron, al parecer, de proseguir tan gravosa empresa.

Pronto se hizo innecesaria toda protección militar en la costa de Dalmacia y en las tierras próximas a ella y Vespasiano pudo ya retirar de allí para emplearlas en otros sitios las legiones emplazadas en los valles del Kerka y del Cetina.

Dalmacia resintiose relativamente poco de la decadencia general del imperio en el siglo III, y hasta es lo más probable que fuese precisamente en esta época cuando la ciudad de Salone logró su máxima prosperidad. Ello se debió en parte, indudablemente, a que el regenerador del imperio romano, el emperador Diocleciano, era dálmata de nacimiento y procuraba que la capital de su tierra natal saliese preferentemente favorecida con la tendencia a la descapitalización del imperio en que su política se inspiraba: fue él quien construyó al lado de ella el enorme palacio que da su nombre a la actual capital de la provincia, Spalato, enclavada en gran parte en el área que aquél ocupaba y cuyo templo sirve todavía hoy a los spalatenses de catedral y baptisterio.[1] Pero no fue Diocleciano quien hizo de Salone una gran ciudad; la eligió para su residencia privada porque ya lo era. El comercio, la navegación y la industria de aquel litoral debían de concentrarse por aquel entonces en Aquileya y Salone, la segunda de las

cuales era, seguramente, una de las ciudades más populosas y prósperas de todo el Occidente.

Las ricas minas de hierro de Bosnia se hallaban en una fase de gran actividad, por lo menos en los últimos tiempos del imperio. Los bosques de la provincia suministraban también maderas abundantes y de excelente calidad. De la floreciente industria textil del país queda todavía un recuerdo elocuente en el nombre de la dalmática sacerdotal.

Podemos afirmar en términos generales que la civilización y romanización de la Dalmacia constituyó una de las manifestaciones más peculiares y más importantes del imperio. La frontera entre la Dalmacia y la Macedonia es, al mismo tiempo, la línea divisoria política y lingüística entre el Occidente y el Oriente. En Scodra se deslindan las zonas de dominación de César y Marco Antonio y, después de la división del imperio en el siglo IV, las de Roma y Bizancio. Aquí se encuentran la provincia latina de la Dalmacia y la provincia griega de la Macedonia; la hermana mayor da aquí la mano a la hermana menor, superior ya a ella e impulsada aún por una corriente vigorosa de crecimiento y desarrollo.

Panonia

Al paso que la provincia ilírica del sur y su pacífico régimen de vida desaparecen pronto del plano histórico, el Ilírico del norte o la Panonia, como suele llamársele, es uno de los grandes centros militares y, por lo tanto, políticos, del imperio. Los campamentos panónicos ocupan un lugar predominante en el ejército del Danubio, lo mismo que los del Rin en el Occidente, y los de la Dalmacia y la Mesia se enlazan y subordinan a ellos al modo como se enlazaban y subordinaban a las del Rin las legiones de España y Britania. La civilización romana surge y permanece aquí bajo el signo de los campamentos, que en la Panonia no se mantienen solamente a lo largo de una generación como en la Dalmacia, sino con carácter permanente.

Después de sofocada la insurrección de Bato, la guarnición regular de esta provincia estaba formada primeramente por tres legiones y más tarde, a lo que parece, solamente por dos, cuyo lugar de estacionamiento y cuyos desplazamientos condicionan la marcha ulterior de las cosas en esta región. Después de la primera guerra contra los dálmatas, Augusto eligió como plaza principal de armas la de Siscia, junto a la desembocadura del Culpa en el Save, pero cuando ya Tiberio hubo sometido a Panonia por lo menos hasta el Drave, los campamentos se adelantaron hasta este río y, a partir de entonces, uno de los cuarteles generales de Panonia era Petovio (Pettau), en la frontera nórica. La razón de que el ejército de la Panonia permaneciese estacionado total o parcialmente en el valle del Drave no podía ser otra que la que determinó la instalación de los campamentos dalmáticos: la presencia de las tropas allí era necesaria para mantener en obediencia tanto a los súbditos del cercano Nórico, como, sobre todo, a los de la misma cuenca del Drave. En el Danubio encargábase de montar la guardia la flota romana, de la que se hace mención ya en el año 50 y que nacería probablemente al mismo tiempo que la provincia. Bajo la dinastía julio-claudia quizá no existiesen aún campamentos de las legiones junto al mismo río, debiendo tenerse en cuenta para comprender esto que el Estado de los suevos situados frente a esta provincia dependía totalmente de Roma, por aquel entonces, y bastaba en cierto modo para cubrir la frontera. Los campamentos del Drave fueron, a lo que parece, levantados por Vespasiano, al igual que los de la Dalmacia, y trasladados al mismo Danubio. A partir de entonces el gran cuartel general del ejército de la Panonia es la que antes fuera plaza nórica de Carnunto (Petronell, al este de Viena) y, con ella, Vindobona (Viena).

Tracia

En el último tramo de la margen derecha del Danubio las tierras montañosas que quedan a ambos lados del Margus (Morava) y las tierras llanas que se extienden a gran distancia entre el Haemus y el Danubio estaban pobladas por tribus tracias; parece, pues, necesario, antes de seguir adelante, decir dos palabras de este gran tronco de pueblos que era la Tracia. Su trayectoria es, en cierto modo, paralela a la del Ilírico. Así como los ilirios se extendían antes por las tierras que van desde el Adriático hasta el Danubio central, los tracios poblaban los territorios situados al este de aquéllas, del mar Egeo a la desembocadura del Danubio, corriéndose por la margen izquierda de este río, por lo que es hoy la Transilvania y, por la parte de abajo, hasta más allá del Bósforo, por lo menos en Bitinia, y hasta Frigia. Herodoto no se apartó de la verdad al decir que los tracios son, después de los indios, el pueblo mayor que él conoce. El tronco nacional tracio coincide también con el ilírico en que no llegó a desarrollarse plenamente y su trayectoria, más que la de un pueblo que aunque rezagado en su desarrollo deja una huella propia en la historia, es la de un pueblo comprimido y desplazado.

Sin embargo, la lengua y las costumbres de los ilirios se han conservado hasta hoy aunque sea bajo una forma desgastada a través de los siglos, y no faltaremos del todo a la verdad al transferir de la historia moderna a la del imperio romano la imagen de los palicares; no podemos decir lo mismo, en cambio, de los pueblos tracios. Sabemos con seguridad, pues lo abonan muchos testimonios, que los pueblos extendidos por la zona que, a consecuencia de la división provincial romana, acabó conservando el nombre de Tracia, al igual que los de la Mesia, situados entre los Balcanes y el Danubio, y lo mismo los getas o dacios, moradores de las tierras enclavadas en la otra margen de este río, hablaban todos ellos la misma lengua. Esta lengua ocupaba en el imperio romano un lugar parecido a la de los celtas y los sirios. Estrabón, historiador y geógrafo de la época de Augusto, menciona la identidad de lengua de los citados pueblos, y ciertos es-

critos de botánica de tiempos del imperio indican los nombres en dacio de diversas plantas. Cuando el poeta Ovidio, contemporáneo del poeta, fue enviado a la Dobrudja para que en aquellas lejanas tierras tuviese ocasión de meditar sobre su vida un tanto relajada, aprovechó sus ocios para aprender el geta y casi llegó a ser un poeta en esta lengua:

> Y escribí, ¡ay!, un poema en lengua geta,
> Que plació a aquellas gentes, ¿no me felicitas por eso?

Pero mientras que los bardos irlandeses, los misioneros sirios, los montañeses de Albania, supieron infundir cierta pervivencia a otros idiomas de la época del imperio, la lengua tracia desapareció bajo la oleada de pueblos de la cuenca del Danubio y la influencia arrolladora de Constantinopla, sin que hoy podamos determinar siquiera el lugar que a este idioma corresponde en el árbol genealógico de los pueblos.

Los relatos de los usos y costumbres de algunas nacionalidades pertenecientes a este tronco común acerca de las cuales han llegado a nosotros algunas noticias no contienen ningún rasgo individual valedero para el tronco en su conjunto y sólo ponen de relieve, en su mayor parte, características que son comunes a todos los pueblos rezagados en una fase primitiva de cultura.

Podemos, sin embargo, asegurar que los tracios fueron y siguieron siendo un pueblo de soldados, no menos aptos como jinetes que para la infantería ligera, desde los tiempos de la guerra del Peloponeso y de Alejandro hasta la época de los Césares romanos, ya se rebelasen contra ellos o luchasen, como más tarde, en sus filas. Las modalidades salvajes pero grandiosas de su culto religioso pueden concebirse asimismo, tal vez, como una característica peculiar de este tronco de pueblos: el estallido formidable del goce de la primavera y de la juventud, las fiestas nocturnas en las montañas, con sus desfiles de doncellas portando antorchas, la embriagadora música que perturba la inteligencia, los chorros de vino y de sangre, el tumulto de las fiestas, como un vértigo espoleador

de todas las pasiones sensuales. Dionisos, el magnífico y el terrible, es un dios tracio, y los rasgos específicos de esta naturaleza que encontramos en el culto helénico y en el romano tienen su raíz en las costumbres de los tracios o de los frigios.

El emperador Tiberio se aprovechó de las discordias que tenían dividida a la familia real de los tracios para enviar a la Tracia, en el año 19, a un gobernador romano, Tito Trebeleno Rufo, cuya autoridad revestía la forma de una tutela sobre los príncipes, menores de edad aún. Sin embargo esta ocupación no dejó de encontrar una resistencia, estéril pero enconada, por parte del pueblo, sobre todo el que vivía en los valles de las montañas, al que le tenían sin cuidado los gobernantes instituidos por Roma y cuyas tropas, acaudilladas por los cabecillas de sus tribus, apenas se sentían servidoras del rey, y mucho menos soldados romanos.

El envío de Trebelano provocó en el año 21 una insurrección en la que participaron los pueblos tracios más importantes y que amenazó con adquirir proporciones aún mayores. Mensajeros de las fuerzas insurrectas cruzaron la cordillera del Hemus (los Balcanes) para encender en la Mesia y tal vez más allá la guerra nacional. Sin embargo las legiones de la Mesia acudieron a tiempo para rescatar a Filípolis, sitiada por los insurgentes, y sofocar el movimiento. Años más tarde (en el 25), como el gobierno romano ordenase reclutar tropas en la Tracia, éstas se negaron a servir fuera de su propia tierra. Y en vista de que no se les hacía caso, levantose en armas la montaña entera y se desató una lucha desesperada en la que por último los insurrectos, obligados por el hambre y la sed, se precipitaron en gran parte sobre las espadas de sus enemigos y muchos sobre las suyas propias, prefiriendo perder la vida que renunciar al viejo bien de la libertad.

El gobierno directo de Roma duró en Tracia, bajo la forma de gestión tutelar, hasta la muerte de Tiberio. Al subir al trono el emperador Calígula restituyó el poder al amigo tracio de su juventud, lo mismo que al judío, pero pocos años

después, en el 46, el reinado de Claudio puso fin para siempre a este poder. Tampoco esta decisión final de incorporar el reino al imperio y convertirlo en un distrito romano dejó de tropezar con una resistencia tan vana como tenaz. Pero la implantación del gobierno directo por las autoridades romanas puso fin a la resistencia. El gobernador de la Tracia, que tenía al principio rango ecuestre y desde Trajano categoría senatorial, no llegó a disponer jamás de una legión; la guarnición apostada en el país, a pesar de que no excedía de 2 mil hombres más un pequeño escuadrón estacionado en Perinthos, bastó, en unión de otras providencias adoptadas por el gobierno, para tener a raya a los tracios.

El trazado de calzadas militares comenzó inmediatamente después de entrar en Tracia los romanos; sabemos que en el año 61 tomó a su cargo el gobierno la construcción de estaciones para dar albergue a los viajeros, como lo exigía la situación del país, entregándolas luego al tráfico. Tracia fue, a partir de entonces, una provincia sumisa e importante del imperio; difícilmente habría otra que suministrase tantas tropas para todas las armas del ejército romano, especialmente para la caballería y la flota, como esta vieja patria de los gladiadores y los soldados mercenarios.

Los marcomanos

Ya hemos expuesto más arriba cómo el pueblo de los marcomanos o de los suevos, como acostumbraban a llamarlos los romanos en tiempos antiguos, después de encontrar bajo Augusto nuevos hogares en el viejo país de los bóyers, en lo que hoy es Bohemia, y de darse una organización más firme como Estado por obra del rey Marobodo, se mantuvo como simple espectador durante la guerra romano-germana, pero siendo salvado de la inminente invasión romana por la interposición de los germanos del Rin. Y hemos referido también cómo la nueva interrupción de la ofensiva romana en el Rin repercutió sobre este Estado neutral en demasía y lo echó

por tierra. Se acabó así la posición prepotente que los marcomanos habían ocupado bajo Marobodo sobre los remotos pueblos de la cuenca del Elba, y el propio rey terminó sus días, expulsado de su país, en tierra romana.

Los marcomanos y sus vecinos del este, los cuados de Moravia, afines a ellos en raza, cayeron bajo la clientela romana, desde el momento en que, a semejanza de lo que ocurría en Armenia, los pretendientes que pleiteaban por el poder empezaron a recurrir, cosa que hicieron muchas veces, a la protección de los romanos, quienes a cambio de ella se reservaban y ejercían según las circunstancias el derecho de investidura sobre aquellas tribus. El príncipe gotón Catualda, que derrocó a Marobodo, no pudo sostenerse largo tiempo como sucesor de éste, sobre todo al tomar las armas contra él Vibilio, el rey de los hermunduros, tribu cercana a los marcomanos; corrió la misma suerte que su antecesor Marobodo: tuvo que pasar a tierra romana e implorar la gracia del emperador. Tiberio se preocupó entonces de que un noble cuado, Vanio, ocupase el trono vacante. Instaló en la margen izquierda del Danubio, en el valle del March, a los numerosos secuaces de los dos reyes desterrados que no encontraban cabida en la margen derecha, y consiguió para Vanio, el nuevo rey, el acatamiento de los hermunduros, amigos de Roma.

Después de reinar treinta años, Vanio fue derrocado en el 50 por sus dos sobrinos Vangio y Sido, quienes se sublevaron contra él, logrando ganar para su causa a los pueblos vecinos: los hermunduros de Franconia y los lugios de Silesia. El gobierno romano, al que Vanio se dirigió en súplica de protección, permaneció fiel a la política de Tiberio: concedió el derecho de asilo al rey destronado, pero sin intervenir en el pleito interno, toda vez que sus sucesores, quienes se habían dividido entre sí el territorio, reconocieron de buen grado la autoridad tutelar de Roma sobre su país.

El nuevo príncipe suevo Sido y su corregente Itálico, sucesor tal vez de Vangio, pelearon con el ejército romano del Danubio al lado de los Flavios en la batalla que decidió la

guerra entre Vitelio y Vespasiano. En las grandes crisis por que atravesará la dominación romana en el Danubio bajo Domiciano y Marco Aurelio, volveremos a encontrarnos con los sucesores de aquellos reyes bárbaros. Los suevos del Danubio no llegaron a pertenecer al imperio romano; las monedas acuñadas probablemente por ellos presentan, es cierto, inscripciones latinas, pero no pie romano, ni mucho menos la efigie del emperador; y en este territorio no se percibieron nunca verdaderos tributos ni se reclutaron, en rigor, tropas para Roma. Pero el Estado suevo de Bohemia y Moravia se hallaba, indudablemente, sobre todo en el siglo primero, dentro de la zona de influencia de Roma, lo cual, como ya hemos dicho, no dejó de influir en la organización de la defensa fronteriza del imperio romano.

Los yazyges

En la llanura que se abre entre el Danubio y el Tisza, al este de la Panonia romana, se incrustaba entre ésta y la Dacia de origen tracio una cuña formada por un pueblo sármata perteneciente, según lo más probable, al tronco medo-persa, que cubría en gran parte como pueblo nómada de pastores y jinetes la segunda llanura de la Europa Oriental: nos referimos a los yazyges, llamados así, los "emigrantes", para distinguirlos del tronco originario de su nacionalidad, situado en las costas del mar Negro. Su nombre indica que los yazyges llegaron relativamente tarde a estas tierras; es posible que la inmigración de este pueblo fuese uno de los golpes bajo los que se derrumbó el reino dacio de Burebista hacia la época de la batalla de Accio. Los encontramos instalados aquí, por vez primera, bajo el emperador Claudio; fueron ellos, los yazyges, quienes suministraron al rey Vanio de los suevos la caballería para sus guerras. El gobierno romano mantenía ojo avizor ante aquellas bandas de jinetes ágiles y rapaces, pero por lo demás sus relaciones con los yazyges no eran malas. Cuando en el año 70 las legiones del Danubio

marcharon sobre Italia para instaurar en el trono a Vespasiano, negáronse a aceptar los refuerzos de caballería que los yazyges les brindaban y llevaron consigo solamente, como convenía, a un cierto número de jinetes distinguidos de aquella tribu, para que mantuviesen entre tanto el orden en la desguarnecida frontera.

Más seria y más permanente era la vigilancia que se imponía a los romanos en el último tramo del Danubio inferior. Al otro lado del caudaloso río que marcaba ahora la frontera del imperio se extendían allí, en las llanuras de la Valaquia y de lo que hoy es la Transilvania, los dacios; en las tierras llanas del este, en la Moldavia, en la Besarabia y aún más adelante, los bastarnos germánicos primero y luego otras tribus sármatas como los rojolanos, pueblo de jinetes al igual que los yazyges, que moraba al principio entre el Dniéper y el Don y que luego se fue corriendo por las tierras del litoral.

En los primeros años del reinado de Tiberio el príncipe vasallo de la Tracia reforzó sus tropas para contener a los bastarnos y a los escitas; en los últimos tiempos de este mismo reinado se alegaba, como una prueba más entre tantas de que el gobierno de Tiberio contemplaba impasible cuanto ocurría, que no hacía nada para repeler las incursiones de los dacios y los sármatas. El informe, conservado por casualidad, del entonces gobernador de la Mesia, Tiberio Plautio Silvano Eliano, nos dice cuál era, sobre poco más o menos, la situación existente a ambos lados de la desembocadura del Danubio en los últimos años del reinado de Nerón.

Este gobernador, según él mismo alega, "condujo del lado de acá del Danubio, con sus mujeres y niños y sus príncipes o reyes, más de 100 mil hombres que moraban al otro lado del río, donde, por lo tanto, se sustraían al pago de tributos. Sofocó un movimiento de los sármatas antes de que llegase a estallar y a pesar de haber tenido que ceder (a Corbulón) gran parte de sus tropas para hacer la guerra en Armenia. Trasladó a la orilla romana a un cierto número de reyes hasta entonces desconocidos o enemigos de los romanos y los

obligó a prosternarse ante los emblemas de guerra de Roma. Devolvió a los reyes de los bastarnos y de los rojolanos sus hijos prisioneros o arrebatados de manos de los enemigos y a los de los dacios sus hermanos prisioneros, tomando rehenes de algunos de ellos. De este modo, se consolidó y aun se extendió la pacificación de la provincia. Convenció también al rey de los escitas de que desistiese de sitiar la ciudad del Quersoneso (Sebastopol), situada más allá del río Borystenes. Fue el primer gobernador que hizo bajar el precio del pan en Roma mediante las grandes remesas de trigo de esta provincia.

A través de este informe se percibe claramente tanto la marea caótica de pueblos que se agitaba en la margen izquierda del Danubio bajo la dinastía julio-claudia como la energía con que actuaba el brazo armado del imperio, esforzándose, y hasta cierto punto con resultados positivos, en proteger incluso las ciudades griegas situadas junto al Dniéper y en la Crimea, como habremos de exponer más adelante, cuando tratemos de la situación en Grecia.

Las guerras de los dacios

Sin embargo, las fuerzas armadas de que Roma disponía en estos territorios eran más que insuficientes. La insignificante guarnición del Asia Menor y la flota, muy pequeña también, destacada en el mar Negro, podían tomarse en consideración, a lo sumo, con respecto a los habitantes griegos del litoral del norte y del oeste. Ardua era la misión encomendada al gobernador de la Mesia, quien con sus dos legiones tenía que defender la margen del Danubio desde Belgrado hasta su desembocadura. La ayuda de los tracios, poco sumisos a Roma, era muchas veces, más que una ayuda, un peligro más contra el que había que precaverse. Hacia el delta del Danubio, sobre todo, no existía un baluarte suficientemente poderoso para contener a los bárbaros, que acosaban aquí con pujanza cada vez mayor.

Al retirarse por segunda vez las legiones del Danubio hacia Italia en los agitados días que siguieron a la muerte de Nerón, fueron aún más frecuentes y más peligrosas en la desembocadura del Danubio que en el bajo Rin las incursiones de los pueblos fronterizos, primero de los rojolanos, luego de los dacios y en seguida de los sármatas, que eran probablemente los yazyges. Se libraron con este motivo combates encarnizados; en uno de estos combates, al parecer contra los yazyges, pereció el bravo gobernador de la Mesia Cayo Fonteyo Agripa.

Vespasiano no procedió, sin embargo, a aumentar los efectivos del ejército del Danubio. Debía de ser aún más apremiante la necesidad de reforzar las guarniciones asiáticas, dándose además la circunstancia de que la política de economías, especialmente necesaria por aquel entonces, vedaba todo posible aumento del ejército en su conjunto. Vespasiano se contentó con correr los grandes campamentos del ejército del Danubio hacia la frontera del imperio, medida que la pacificación del interior del país permitía y que la situación existente en la frontera y la disolución de las tropas tracias como consecuencia de la incorporación de la Tracia al imperio exigían imperiosamente. De este modo las legiones de la Panonia pasaron del Drave a Carnunto y Vindobona, frente a las tierras de los suevos, y las de Dalmacia de los valles del Kerka y el Cetina a la orilla mesia del Danubio, con lo cual el gobernador de la Mesia veía doblado en adelante el número de sus legiones.

Bajo Domiciano se desplazó la correlación de fuerzas en detrimento de Roma o, por mejor decir, se tocaron entonces las consecuencias derivadas de la deficiente defensa de aquellos territorios fronterizos. A juzgar por los pocos datos de que disponemos, las cosas se desarrollaron, lo mismo que había ocurrido en tiempo de César, en torno a una individualidad dacia; tal parecía que el rey Decébalo era el llamado a realizar lo que una generación antes planeara el rey Burebista. Hasta qué punto era su personalidad el verdadero motor

de la insurrección lo demuestra el relato según el cual el rey Duras renunció a su puesto a favor de Decébalo, para que el hombre indicado ocupase el lugar que por derecho le correspondía. Y que antes de descargar el golpe, Decébalo se preocupó de organizarlo, lo demuestran asimismo los informes que poseemos acerca de la introducción de la disciplina romana en el ejército dacio y del enrolamiento de gentes capaces entre los propios romanos, y lo corrobora también el hecho de que, después de la victoria, Decébalo pusiese a los romanos la condición de que le facilitasen los obreros necesarios para instruir a sus gentes en las artes de la paz y de la guerra. Las relaciones que supo establecer tanto en el oeste como en el este con los suevos y los yazyges y hasta con los partos, confirman el gran estilo con que este rey abordó su empresa.

Fueron los dacios quienes se lanzaron al ataque. El gobernador de la provincia de Mesia, Opio Sabino, el primero que salió a su encuentro, dejó la vida en el campo de batalla. Los dacios conquistaron una serie de pequeños campamentos, amagaron a los grandes y la misma posesión de la provincia parecía estar sobre el tablero. Domiciano se trasladó en persona junto a su ejército y su general —pues él no lo era y se mantuvo en segundo plano—, el jefe de la guardia Cornelio Fusco, cruzó el Danubio con las tropas. Pagó su imprudencia con una grave derrota y fue el segundo general en jefe que cayó frente al enemigo.

Su sucesor Juliano, un jefe capaz, batió a los dacios en su propio terreno, en la gran batalla que se dio junto a Tape, y estaba en camino de llegar a conseguir éxitos positivos. Pero, indecisa todavía la lucha contra los dacios, Domiciano cometió la torpeza de arrastrar a la guerra a los suevos y los yazyges, que se habían negado a suministrarle refuerzos contra aquéllos; hizo ejecutar, además, a los mensajeros que los jefes de aquellos pueblos le enviaron para excusarse. La desgracia persiguió también a las armas romanas en estos encuentros. Los marcomanos lograron una victoria sobre el

mismo emperador; los yazyges rodearon y degollaron a toda una legión. Intimidado por esta derrota, Domiciano, sin tener en cuenta las ventajas que Juliano llevaba logradas sobre los dacios, se apresuró a pactar con éstos una paz, la cual —aunque el emperador no tuvo empacho en coronar al representante de Decébalo en Roma, Diegis, como feudatario de los romanos, y en desfilar como vencedor por el Capitolio— equivalía en realidad a una capitulación. Se convirtió ahora en una realidad aquella oferta que Decébalo hiciera en mofa al entrar el ejército romano en la Dacia: desmovilizar y enviar sano y salvo a su casa a todo hombre por el que se le asegurara un pago anual de dos ases; al pactarse la paz, se levantaron con una indemnización en dinero que había de abonarse todos los años para evitar las incursiones en territorio de la Mesia.

Esta situación no podía continuar. Sucedió en el trono a Domiciano, que aunque administró bien el imperio era un hombro sordo para los dictados del honor militar, tras la breve pausa del reinado de Nerva, el emperador Trajano, quien después de desgarrar aquel tratado de paz delante de todos los soldados, adoptó las medidas necesarias para que semejantes cosas no volvieran a repetirse.

La guerra contra los suevos y los sármatas, que aún duraba al morir Domiciano (en el año 96), fue felizmente terminada, a lo que parece, bajo Narva, en el 97. Antes incluso de hacer su entrada en la capital del imperio, el nuevo emperador se trasladó del Rin al Danubio, donde permaneció durante el invierno del 98 al 99, pero no para atacar inmediatamente a los dacios, sino para preparar la guerra contra ellos; a esta época pertenece el trazado de la calzada militar terminada el año 100 en la zona de Orsova, margen derecha del Danubio, y que empalma con la red de caminos de la Germania superior.

Trajano cruzó el Danubio por debajo de Viminacio y avanzó contra la capital del rey de los dacios, Sarmizegetusa, no muy distante de allí. Decébalo, en unión de sus aliados —los

buros y otras tribus situadas más al norte, que tomaban también parte en la lucha— ofreció encarnizada resistencia y los romanos tuvieron que librar duros y sangrientos combates para poder abrirse paso; el número de heridos era tan grande que el emperador hubo de poner a disposición de los médicos su guardarropa personal. Pero la victoria era segura. Fueron conquistándose un baluarte tras otro y cayeron en poder de los romanos la hermana del rey, los prisioneros de la guerra anterior y los estandartes que fueran arrebatados al ejército de Domiciano; al rey, cogido entre las tropas del propio Trajano y las del valiente Lusio Quieto, no le quedó otro recurso que rendirse sin condiciones (año 102).

Trajano no exigió ni más ni menos que la renuncia a la soberanía del país y la incorporación del reino dacio a la clientela romana. Los vencidos hubieron de entregar a los romanos los tránsfugas, las armas, las máquinas de guerra y los obreros que Roma suministrara para servirles después de la anterior derrota, y el rey tuvo que hincar personalmente la rodilla ante el vencedor; se despojó de su derecho de guerra y de paz y prometió servir a las armas romanas. Las fortalezas fueron demolidas o entregadas a los vencedores, que situaron en ellas, sobre todo en la capital, guarniciones romanas.

El poderoso puente de piedra que Trajano mandó construir sobre el Danubio cerca de Drobete (frente a la actual Turnu-Severin) aseguraba las comunicaciones aun en las peores épocas del año y permitía a las guarniciones dacias apoyarse en las cercanas legiones de la Mesia superior. Pero la nación dacia y sobre todo su rey no estaban hechos para adaptarse a la sumisión como habían sabido hacerlo los reyes de la Capadocia y la Mauretania; o, por mejor decir, sólo habían aceptado el yugo extranjero con la esperanza de poder sacudirlo a la primera ocasión que se les ofreciese. No tardaron en presentarse los síntomas de que ese momento había llegado. Los vencidos retuvieron una parte de las armas que estaban obligados a entregar, no entregaron tampoco los cas-

tillos, como se habían comprometido a hacer, seguían ofreciendo asilo a los tránsfugas romanos, anexionábanse trozos de territorio de los yazyges, con quienes se hallaban enemistados, o tal vez se negasen simplemente a aceptar las violaciones de fronteras perpetradas por aquéllos y seguían manteniendo tratos muy activos y sospechosos con las naciones más lejanas y aún libres.

Victoria de Trajano

Trajano hubo de convencerse de que su obra anterior había sido solamente una obra a medias y, tomando una rápida decisión como él sabía hacerlo, a los tres años de concertada la paz (en el 105), sin prestarse a nuevas negociaciones, volvió a declarar la guerra al rey de los dacios. Éste de buena gana le habría dado largas, pero la intimación de que se entregase prisionero dejaba traslucir demasiado claramente las intenciones del emperador. No quedaba otro camino que la guerra a la desesperada, y no todos estaban dispuestos a lanzarse a ella; gran parte de los dacios se sometió sin resistir. El llamamiento hecho por el rey a los pueblos vecinos para que se lanzasen junto con el suyo a la lucha contra un peligro dirigido también contra su libertad y su nacionalidad, no encontró eco; Decébalo y los dacios fieles a él tenían que hacer solos la guerra. Fracasaron igualmente los intentos hechos para asesinar al general del emperador por medio de desertores y para obtener condiciones aceptables mediante el rescate de un alto oficial romano que los dacios tenían prisionero.

Trajano volvió a entrar como vencedor en la capital enemiga y Decébalo, después de luchar contra la fatalidad hasta el último instante, cuando comprendió que todo estaba perdido, se quitó la vida (año 107). Esta vez Trajano no se anduvo con rodeos; ahora la guerra ya no iba contra las libertades del pueblo dacio, sino contra su propia existencia. La población indígena fue expulsada de las mejores tierras del país, repoblándose aquellas zonas con gentes traídas de las monta-

ñas de Dalmacia para explotar las minas, y para el resto de ellas, a lo que parece, con contingentes humanos sin nacionalidad alguna, llevados en su mayor parte del Asia Menor. Algunas regiones del país siguieron, indudablemente, en poder de la antigua población y en ellas se mantuvo incluso la lengua nacional. Estos dacios, unidos a los que vivían desperdigados fuera de las fronteras del imperio, siguieron dando que hacer a los romanos más adelante, por ejemplo bajo Cómodo y Maximino; pero, aislados como estaban, fueron desapareciendo. La amenaza que el vigoroso pueblo tracio había representado varias veces para Roma no volvería a presentarse, gracias a Trajano. La Roma de Trajano no era ya la de los tiempos de Aníbal; pero seguía siendo peligroso haber vencido alguna vez a los romanos.

La columna monumental que seis años después erigió el Senado como homenaje al emperador en la nueva plaza de Trajano, de la capital del imperio, había de quedar ante la posteridad como testigo sin paralelo de una tradición histórica de la época imperial que sus sucesores se encargarían de derrochar. Esta columna se halla revestida de arriba abajo, en toda su altura, que es exactamente de 100 pies romanos, de una serie de escenas en bajo relieve en número de hasta 124. Todas ellas juntas forman un libro de imágenes para las cuales nos falta casi siempre el texto explicativo. Vemos allí las atalayas de los romanos con su tejado en punta, sus patios empalizados, sus rondas y sus fuegos de señales. La ciudad emplazada junto a las aguas del Danubio, cuyo dios contempla a los guerreros romanos desfilar por el puente bajo sus emblemas de campaña. Al mismo emperador rodeado de su consejo de guerra, y luego delante de los muros del campamento, haciendo su ofrenda ante el altar. Se cuenta que los buros, aliados de los dacios, quisieron disuadir a Trajano de la guerra con una frase latina escrita en un hongo de proporciones gigantescas, y creemos reconocer este hongo cargado sobre una acémila, delante de la cual un bárbaro que la bestia ha derribado y que yace en tierra con su maza, apunta con el

dedo al hongo para que lo vea el emperador que avanza. Vemos levantar un campamento, abatir los árboles, sacar agua, tender puentes. Los primeros dacios hechos prisioneros, a quienes se reconoce fácilmente por sus blusones de mangas largas, son llevados ante el emperador con las manos atadas a la espalda, por unos soldados que les agarran de las largas pelambreras. Vemos los combates, los lanzadores de dardos y piedras, los hoceros, los arqueros de a pie; los jinetes de la caballería pesada, con su coraza, portando también el arco; las banderas de los dacios con sus dragones; los oficiales del ejército enemigo, luciendo las insignias de su rango y tocados con su gorro redondo; el bosque de abetos al que los dacios llevan a sus heridos; las cabezas cortadas de los bárbaros tendidas a los pies del emperador. Vemos una aldea dacia sobre palafitos emergiendo de las aguas, sobre cuyas chozas redondas vuelan las teas incendiarias. Mujeres y niños implorando clemencia del emperador. Heridos a quienes se cura y se venda, repartos de condecoraciones a oficiales y soldados. Vienen en seguida las escenas de lucha: los atrincheramientos enemigos, en unos sitios de madera, en otros de piedra, son atacados; se emplaza el cañón de sitio; se acercan las escaleras, la columna de asalto ataca bajo el pavés. Por último, vemos al rey con su séquito a los pies de Trajano; las banderas dragonadas han caído en manos de los romanos; las tropas aclaman jubilosas al imperator; delante de una pila de armas del enemigo aparece la Victoria grabando la tabla de bronce de triunfo. Siguen los cuadros de la segunda guerra, semejantes en un todo a los de la primera serie; entre ellos se destaca una gran escena que parece representar a los príncipes de los dacios después de destruida por las llamas la fortaleza del rey, sentados en torno a una caldera y apurando uno tras otro la copa de veneno; otra en la que la cabeza del valiente rey de los dacios le es presentada en bandeja al emperador; por último, la escena final, en la que se ve desfilar, desterrados de su patria, al tropel de los vencidos, con sus mujeres, sus niños y sus rebaños.

La historia de esta guerra fue escrita, antes de que lo hicieran otros muchos, por el mismo emperador, como la de la Guerra de los Siete Años por el propio Federico el Grande. Ninguno de aquellos relatos ha llegado a nuestros días; pero así como nadie osaría, después de haber visto las estampas de Menzel, inventar la historia de la guerra fridericiana, a nosotros no nos queda sino contemplar estos detalles sólo a medias inteligibles, que dejan en nuestro espíritu la dolorosa sensación de una conturbadora y grande catástrofe histórica esfumada para siempre y perdida incluso para el recuerdo.

Los sesenta años posteriores a las guerras dacias de Trajano fueron para los países del Danubio una época de paz y pacífico desarrollo. La tranquilidad completa no llegó a conocerse nunca allí, ciertamente, sobre todo en el delta del Danubio, y también en adelante hubo de emplearse en estas tierras aquel dudoso recurso de apaciguar a los vecinos levantiscos, como se había hecho con el mismo Decébalo, comprándoles la seguridad de las fronteras mediante la concesión de ciertas gracias anuales. Sin embargo, los vestigios que se conservan de este periodo de la Antigüedad precisamente revelan que en él florecía por todas partes la vida urbana, y son muchas las ciudades, principalmente en la Panonia, que indican como su fundador a Adriano o Antonino Pío. Pero esta calma fue precursora de una tormenta como aún no la había conocido el imperio y que, a pesar de tratarse simplemente de una guerra de fronteras, tanto por su extensión a través de una serie de provincias como por los 13 años de su duración había de hacer estremecerse los cimientos mismos del imperio romano.

Guerra de los marcomanos

La guerra que se conoce con el nombre de guerra de los marcomanos no fue encendida por ninguna individualidad del tipo de un Aníbal o un Decébalo. No fueron tampoco los excesos del poder romano los que la provocaron. El empera-

dor Antonino Pío no ofendió a ninguno de los vecinos del imperio, alto ni bajo, y tenía la paz casi en más alto aprecio de lo que habría sido justo. El reino de Marobodo y de Vanio se había dividido posteriormente, tal vez como consecuencia de su reparto entre Vangio y Sido, en el reino de los marcomanos, que ocupaba lo que hoy es la Bohemia, y el de los cuados, situado en la Moravia y en la alta Hungría. No parece haber surgido en estas tierras conflicto alguno con los romanos; lejos de ello, los vínculos de vasallaje de los príncipes cuados fueron renovados de un modo formal bajo el reinado de Antonino Pío, a solicitud de aquéllos. La causa directa de esta guerra que vamos a relatar fueron los desplazamientos de pueblos ocurridos fuera del horizonte romano.

Poco después de morir Antonino Pío (en el año 161), se presentaron en la Panonia grandes contingentes de germanos, sobre todo longobardos procedentes del Elba y, mezclados con ellos, también marcomanos y gentes de otras nacionalidades, con el propósito, a lo que parece, de establecerse en la orilla derecha del Danubio. Acosados por las tropas romanas que fueron despachadas contra ellos, enviaron al príncipe marcomano Balomario, acompañado por un representante de cada uno de los diez pueblos interesados, para renovar su súplica de que les fuesen concedidas tierras. Pero el gobernador no quiso saber nada de aquello y los obligó a repasar el Danubio. Así fue cómo comenzó la gran guerra danubiana. También el gobernador de la Germania superior, Cayo Ofidio Victorino, yerno del conocido escritor Fronto, hubo de repeler hacia el año 162 una acometida de los catos, provocada asimismo, probablemente, por la presión de los pueblos del Elba, que empujaban hacia adelante.

Si en el Danubio se hubiese procedido con la misma energía, habrían podido evitarse males mucho mayores. Pero acababa de iniciarse por aquel entonces la guerra armenia, en la que pronto entraron también los partos; y aunque las tropas enviadas al Oriente no fuesen retiradas precisamente de la frontera amenazada, pues no existe ninguna prueba de ello,

es lo cierto que no se disponía de fuerzas bastantes para acometer enérgicamente y sin demora una segunda guerra. Esta contemporización habría de costar caro.

En el mismo momento en que se celebraba en Roma el triunfo sobre los reyes del Oriente, irrumpían en territorio romano, por el Danubio, como una exhalación, los catos, los marcomanos, los cuados y los yazyges. La Recia, el Nórico, las dos Panonias, la Dacia, viéronse en un momento inundadas de enemigos; el distrito minero de Dacia guarda todavía las huellas de aquella irrupción. Para darnos cuenta de cómo fueron asolados aquellos países que llevaban largo tiempo sin ver al enemigo, basta saber que, varios años después, los cuados devolvieron primero 13 mil y luego 50 mil y los yazyges no menos de 100 mil prisioneros romanos. Y no fueron sólo las provincias las que conocieron estos horrores. Sucedió lo que no acaecía desde hacía tres siglos, lo que ya empezaba a considerarse como imposible: los bárbaros arrollaron la muralla de los Alpes y se abatieron sobre la misma Italia; desde Recia destruyeron la ciudad de Opitergio (Oderzo), mientras los contingentes que atacaban por los Alpes julianos embestían contra Aquileya. Los distintos cuerpos de ejército romanos debieron de ser derrotados en muchos sitios; sólo sabemos que uno de los jefes de la guardia, Victorino, sucumbió ante el enemigo, y que las filas del ejército romano iban aclarándose de un modo alarmante.

Victoria de Marco Aurelio

Este duro golpe se descargaba sobre el Estado en su hora más infortunada. Aunque la guerra oriental había terminado, habíase desatado en Italia y en todo el Occidente una epidemia más larga que la guerra y que barría a los hombres en proporciones aún más espantosas. La inevitable concentración de las tropas servía para que la peste se cebase más cruelmente en ellas. Y como la pestilencia trae siempre consigo la carestía, tras ella vinieron las malas cosechas, el ham-

bre y una aguda crisis financiera: nadie pagaba los impuestos, y en el curso de aquella guerra el emperador viose obligado a sacar a pública subasta las joyas de su palacio. Faltaba el jefe que estuviese a la altura de la situación. Una empresa político-militar de tal envergadura y tan complicada no podía, tal como estaban las cosas en Roma, encomendarse a un simple general, sino que tenía que asumirla el mismo emperador. Marco Aurelio, dándose cuenta certera y modestamente de las condiciones que a él le faltaban, había puesto a su lado al subir al trono, como colega suyo con iguales derechos, a su hermano adoptivo más joven Lucio Vero, en la creencia bien intencionada de que aquel joven brillante, que era como él un magnífico esgrimista y cazador, llegaría a convertirse con el tiempo en un buen general. Pero la mirada sagaz del conocedor de hombres no era un don que poseyese aquel honrado emperador. La elección de colega no podía ser más desdichada; la reciente guerra contra los partos había revelado en el general que nominalmente la dirigió un hombre libertino y un jefe militar incapaz. La corregencia de Vero resultó ser una calamidad más, que afortunadamente fue de corta duración, pues vino a ponerle fin su muerte, ocurrida a poco de estallar la guerra contra los marcomanos (en el año 169). Asumió la dirección exclusiva y personal de las indispensables operaciones el propio Marco Aurelio, cuyas inclinaciones propendían más a la vida reflexiva que a la vida práctica y a la acción, que no tenía nada de soldado y que en ningún sentido poseía una destacada personalidad. Seguramente cometió en este empeño no pocos errores de detalle y es posible que a ello se debiera, en parte, la larga duración de la guerra. No obstante, la unidad en el mando supremo, la clara visión de la finalidad estratégica, la acción consecuente del estadista y, sobre todo, la probidad y la firmeza que aquel hombre puso en el desempeño de su difícil cometido, entregándose a él con abnegada fidelidad, acabaron por aplastar los peligrosísimos embates del enemigo. Mérito tanto más alto y digno de ser reconocido cuanto que el éxito logrado se debió más al carácter que al talento.

Hasta qué punto se temía lo peor lo revela el hecho de que, a pesar de la escasez de hombres y de dinero, el gobierno hiciese levantar durante el primer año de guerra, a su costa y con sus soldados, las murallas de Salone, capital de la Dalmacia, y de Filipópolis, capital de la Tracia; y podemos estar seguros de que no fueron éstas, ni mucho menos, medidas esporádicas. Había que estar prevenido y dispuesto a la eventualidad de que los hombres del norte embistiesen en todas partes contra las grandes ciudades del imperio. Los horrores de la cruzada de los godos llamaban ya a las puertas, y si por esta vez se evitaron se debió quizás a que el gobierno supo verlos venir.

Había que imponer a todo trance la alta dirección directa de las operaciones militares y adoptar las providencias necesarias para ordenar las relaciones con los pueblos limítrofes y reformar el orden vigente a tono con la nueva situación, sin dejar esta responsabilidad en manos de un hermano falto de carácter ni de estos o los otros jefes. En realidad, el rumbo de la guerra empezó a cambiar tan pronto como los dos emperadores se presentaron en Aquileya para desde allí partir con el ejército hacia el teatro mismo de las operaciones. Los germanos y los sármatas, cuya unión era muy precaria y que carecían de una dirección común, no supieron cómo contestar a aquel contragolpe. Los contingentes enemigos que se habían aventurado en el territorio romano se retiraron en todas partes; los cuados enviaron mensajeros a los gobernadores imperiales para comunicar su rendición, y no pocos jefes del movimiento dirigido contra los romanos pagaron con la vida este cambio de marea.

Lucio opinaba que la guerra había costado ya bastantes víctimas y aconsejó la vuelta a Roma. Pero los marcomanos seguían obstinados en su feroz resistencia y la calamidad desatada sobre Roma, los cientos de miles de prisioneros arrebatados por el enemigo y los éxitos logrados por los bárbaros reclamaban imperiosamente una política más enérgica y la prosecución de la guerra a la ofensiva. El yerno de Mar-

co Aurelio, Tiberio Claudio Pompeyano, asumió con carácter extraordinario el mando en Recia y el Nórico; y su bravo segundo jefe, el que más tarde sería emperador Publio Helvio Pertinax, limpió el territorio romano de enemigos sin ninguna dificultad, con la primera legión auxiliar, trasladada desde la Panonia. Pese a la crisis financiera, se crearon dos nuevas legiones con tropas reclutadas principalmente entre los ilíricos, sin asustarse de encuadrar en las filas de los nuevos defensores del imperio a uno que otro salteador de caminos, y la defensa fronteriza de aquellas dos provincias, hasta entonces tan endeble, se reforzó con los nuevos campamentos de las legiones levantados en Ratisbona y en Enns. A los campamentos de la Panonia superior se trasladaron en persona los dos emperadores.

Interesaba por encima de todo reducir el radio de acción de las hostilidades. Los bárbaros procedentes del norte que ofrecían sus servicios al imperio no eran rechazados y se les ponía a combatir a sueldo de Roma, cuando, como también sucedía a veces, no volvían la espalda a pesar de lo pactado y hacían causa común con el enemigo. A los cuados, que pidieron la paz y la confirmación de su nuevo rey Furcio, se les concedieron ambas cosas de buen grado, sin pedirles otra cosa a cambio que la entrega de los tránsfugas y la devolución de los prisioneros. En cierto modo, se consiguió localizar la guerra a los dos principales adversarios, los marcomanos y los yazyges, aliados suyos desde tiempo inmemorial. Contra estos dos pueblos se riñeron en los años siguientes feroces combates, en los que no todas fueron victorias para los romanos. Acerca de ellos sólo conocemos detalles sueltos, que no es posible hilvanar en un relato de conjunto. Marco Claudio Frontón, a quien se había confiado el mando, unificado por razones extraordinarias, de la alta Mesia y la Dacia, cayó hacia el año 171 luchando contra germanos y yazyges. Asimismo encontró la muerte frente al enemigo el jefe de la guardia Marco Macrinio Vindex. Ellos y otros altos jefes fueron honrados durante estos años en Roma con monumentos

erigidos junto a la columna de Trajano, por haber muerto defendiendo a la patria.

Algunas de las tribus bárbaras enroladas bajo las banderas de Roma desertaron de ella, como hicieron los cotinos y sobre todo los cuados, que brindaron asilo a los marcomanos fugitivos y arrojaron del trono a su rey vasallo Furcio, lo que movió al emperador Marco Aurelio a poner un precio de mil monedas de oro a la cabeza de su sucesor Ariogeso. Hasta el sexto año de guerra (el 172) no parece haberse logrado vencer totalmente a los marcomanos, tras de lo cual se confirió a Marco Aurelio el bien ganado título honorífico de *Germanicus.* Siguió luego la rendición de los cuados y, por último, en el año 175, la de los yazyges, las cuales valieron al emperador un nuevo título de honor: el de vencedor de los sármatas.

Las condiciones impuestas a los pueblos vencidos demuestran que el designio de Marco Aurelio no era castigar, sino someter. A los marcomanos y a los yazyges, y probablemente también a los cuados, se les obligó a evacuar una faja de tierra fronteriza, al otro lado del río, de dos millas alemanas [cerca de 8 km] de ancho, reducida más tarde a una. En las plazas fuertes situadas a la derecha del Danubio se apostaron guarniciones romanas, que en conjunto ascendían, solamente en territorio marcomano y cuado, a 20 mil hombres. Todos los pueblos sometidos debían enviar refuerzos al ejército romano, los yazyges por ejemplo 8 mil hombres de a caballo.

Si el emperador no hubiese sido llamado a otro sitio por la insurrección de la Siria, habría llegado a expulsar de su suelo al último soldado enemigo, como Trajano había hecho con los dacios. Y éste era, indudablemente, el patrón a que pensaba ajustarse Marco Aurelio para castigar a los transdanubianos, como lo demuestra la marcha ulterior de las cosas.

Segunda guerra danubiana

Apenas vencido aquel obstáculo, el emperador retornó al Danubio y en el año 178 inició, exactamente lo mismo que había hecho Trajano, la segunda y definitiva guerra. No conocemos los motivos en que esta declaración de guerra se inspiró; su finalidad era, indudablemente, dar al imperio dos nuevas provincias, la Marcomania y la Sarmacia. A los yazyges, quienes se mostraron dóciles a las intenciones del emperador, se les eximió de la mayor parte de las gravosas cargas y hasta se les concedió el derecho a circular por la Dacia, bajo una vigilancia prudencial, para mantener el contacto con la tribu de los rojolanos, afines a ellos en raza y que moraban al este de aquel territorio, probablemente por la simple razón de que ya se consideraba a los yazyges como súbditos de Roma. Los marcomanos fueron casi exterminados por la espada y por el hambre. Los cuados, en su desesperación, querían emigrar hacia el norte y acogerse a las tierras de los senones, pero ni siquiera esto se les concedió, pues se les impuso la obligación de trabajar las tierras labrantías para aprovisionar a las guarniciones romanas. Tras 14 años casi ininterrumpidos de choques armados, Marco Aurelio, príncipe de la guerra bien a su pesar, había alcanzado la meta y los romanos veíanse por segunda vez a punto de conquistar el alto Elba; sólo faltaba, en realidad, que el emperador diese la orden de consolidar los resultados conseguidos. Estando en esto, murió de repente, no cumplidos aún los 70 años, en el campamento de Vindobona, el 17 de marzo del año 180.

No basta con reconocer la firmeza y la consecuencia de aquel emperador; debemos conceder también que hizo lo que una política certera ordenaba hacer. La conquista de la Dacia por Trajano fue ruta conquista dudosa, a pesar de que precisamente en la guerra contra los marcomanos se vio que la posesión de aquella provincia no sólo había eliminado de las filas de los adversarios de Roma a un elemento peligroso, sino que determinó también, probablemente, el que el enjambre de pueblos del bajo Danubio, los bastarnos, los rojolanos y otros, no tomasen una parte más activa en la guerra mar-

comana. Pero después de que la violenta avalancha de los transdanubianos situados al oeste de la Dacia impuso la necesidad de someterlos al poder de Roma, esta sumisión sólo podía coronarse definitivamente incluyendo dentro de la línea defensiva romana los territorios de la Bohemia y la Moravia y la llanura del Tisza, aun cuando a estos territorios sólo se les asignase, como a la Dacia —y tal era, seguramente, la intención— el papel de posiciones avanzadas, reteniendo la línea del Danubio como la frontera estratégica.

El sucesor de Marco Aurelio, Cómodo, estaba presente en el campamento de Vindobona cuando murió su padre y, como ya llevaba varios años compartiendo la corona con él nominalmente, asumió el mando ilimitado del imperio inmediatamente después de morir su antecesor. Poco tiempo dejó el nuevo emperador, joven de 19 años, que los hombres de confianza de su padre, su cuñado Pompeyano y otros que habían soportado con Marco Aurelio el difícil fardo de la guerra, siguiesen regentando sus cargos con arreglo al espíritu de quien los había puesto al frente de ellos. Cómodo era en todo el reverso de su padre. No era un sabio, sino un maestro de esgrima, y todo lo que aquél tenía de decidido y consecuente, lo tenía él de cobarde y pusilánime; su indolencia y su resistencia a cumplir con su deber contrastaban abiertamente con la actividad y el carácter concienzudo de Marco Aurelio. No sólo renunció a incorporar al imperio los territorios conquistados, sino que concedió además a los marcomanos, espontáneamente, condiciones que ni se habrían atrevido a soñar. La reglamentación del tráfico fronterizo bajo el control de Roma y la obligación de no infligir daños a las naciones vecinas amigas de Roma, eran obligadas de suyo; no así el que las guarniciones fuesen retiradas de los países ocupados, aunque se mantenía en pie la prohibición de poblar la zona fronteriza. Se obligó a los vencidos, evidentemente, a comprometerse al pago de tributos y a las reclutas para el imperio, pero aquella obligación se les condonó en seguida y ésta seguramente no se llevaría nunca a la práctica. Condiciones idénti-

cas se les impusieron a los cuados y probablemente a los demás pueblos transdanubianos. Esto equivalía a renunciar a las conquistas obtenidas y a reconocer que la guerra librada lo había sido en vano; si era aquello realmente todo lo que se quería, pudo haberse logrado mucho tiempo antes. Sin embargo, y a pesar de que Roma dejó escapar el premio de su victoria, la guerra contra los marcomanos aseguró la supremacía de Roma en aquellos países para lo porvenir. No fue de los pueblos que tomaron parte en ella de donde partió el golpe que hizo sucumbir al imperio romano.

Otro de los resultados duraderos logrados con esta guerra fue que sirvió de base para transplantar al imperio romano a un cierto número de transdanubianos. Estos trasiegos de gentes habían ocurrido en todas las épocas. Los sugambrios transferidos a las Galias bajo Augusto no eran más que nuevos súbditos o municipios-súbditos que venían a sumarse a los anteriores, y tampoco eran otra cosa, seguramente, los 3 mil naristos a quienes Marco Aurelio autorizó para que trocasen las tierras ocupadas por ellos al oeste de la Bohemia por otras situadas en el imperio, solicitud que en cambio fue denegada a unos astingios, por lo demás desconocidos, que poblaban la frontera septentrional de la Dacia. Pero los germanos asentados por él no sólo en la cuenca del Danubio, sino en la misma Italia, cerca de Rávena, no eran ni súbditos libres ni eran tampoco, propiamente, esclavos. Aquí es donde hay que buscar los orígenes de la servidumbre de la gleba romana, del colonato, cuya acción sobre la economía agraria de todo el Estado habrá de ser estudiada en otro lugar. Aquella colonia de tierras de Rávena no estaba llamada, sin embargo, a subsistir; los colonos se rebelaron y hubieron de ser retirados nuevamente de allí, por lo cual la institución del colonato quedó limitada por el momento a las provincias, principalmente a los países del Danubio.

Los godos

La gran guerra librada en el Danubio central fue seguida de un largo periodo de paz, que duró también cerca de sesenta años y cuyos beneficios no pudieron ser destruidos del todo por el desgobierno interior del imperio, cada vez más acentuado durante esta época. Es cierto que ciertas noticias aisladas indican que las fronteras, sobre todo la más expuesta de todas, que era la dacia, no dejó de provocar uno que otro litigio durante estos años; pero el riguroso gobierno militar de Severo surtió sus efectos aquí, y por lo menos a los marcomanos y a los cuados los vemos incondicionalmente sumisos aun bajo los inmediatos sucesores de aquel emperador, hasta el punto de que el hijo de Septimio Severo pudo invitar a su presencia a un príncipe de los cuados y prosternar su cabeza ante él. También tuvieron una importancia secundaria las luchas ventiladas durante esta época en el Danubio inferior.

Pero es probable que durante estos años se operase un amplio desplazamiento de pueblos desde el nordeste hacia el mar Negro, exponiendo a las defensas fronterizas del imperio en el bajo Danubio a nuevos y más peligrosos enemigos. Hasta ahora los romanos habíanse enfrentado allí, principalmente, con pueblos de la raza sármata, entre los cuales eran los rojolanos quienes se hallaban en contacto más directo con aquéllos; la única nación germánica que moraba aquí eran los bastarnos, residentes en estas tierras desde hacía ya mucho tiempo. Ahora los rojolanos desaparecen tal vez detrás de los carpos, al parecer afines a ellos en raza, que en lo sucesivo serán los vecinos más próximos de los romanos en el Danubio inferior, sobre poco más o menos en los valles del Sereth y del Pruth. Y junto a los carpos, también como vecinos inmediatos de los romanos en el delta del Danubio, aparece el pueblo de los godos.

Según un relato procedente de su propio seno y que ha llegado a nosotros, este pueblo germánico emigró de Escandinavia por el Báltico a tierras del Vístula y de allí a las costas del mar Negro; coinciden con esto los datos de los geógrafos

romanos del siglo II, quienes nos los presentan en las riberas del Vístula, y las referencias de los historiadores romanos, que desde el primer tercio del siglo III los sitúan en la costa noroccidental del Ponto Euxino. A partir de entonces los vemos tomar constante incremento en estas latitudes. Los restos de los bastarnos retroceden ante ellos hasta la margen derecha del Danubio bajo el reinado del emperador Probo, al igual que los restos de los carpos bajo el reinado de Diocleciano, al paso que una gran parte de este y aquel pueblo se mezclan, indudablemente, con los godos y son asimilados por ellos.

La catástrofe que ahora se desencadena sólo puede caracterizarse en todos los sectores en que se produce como la guerra de los godos al modo como se llama la guerra de los marcomanos a la que estalla bajo Marco Aurelio: en ella toma parte toda la masa de los pueblos puestos en movimiento por la oleada transmigratoria desde el nordeste hacia el mar Negro, tanto más cuanto que estos ataques son lanzados lo mismo por tierra, a través del bajo Danubio, que por mar, desde las costas septentrionales del Ponto Euxino, en una trama inextricable de piratería marítima y terrestre. No se aparta, pues, mucho de la verdad el erudito ateniense que, habiendo tomado parte en ella, relata esta guerra como la guerra de los escitas, bajo cuyo nombre, desesperación de los historiadores como el de los pelasgos, engloba a todos los enemigos del imperio, germanos y no germanos. Resumamos aquí todo lo que es posible informar acerca de estas incursiones belicosas, en la medida en que lo permite el caos de la tradición histórica, reflejo harto fiel del caos de los tiempos a que nos estamos refiriendo.

El año 238, que fue también un año de guerra civil entre cuatro emperadores, se registra como aquel en que comenzó la guerra contra los godos, con los que aquí nos encontramos por vez primera. Si tenemos en cuenta que las monedas de Tyra y Olbia no llegan más que hasta Alejandro († 235), arribamos a la conclusión de que estos territorios romanos situa-

dos fuera de las fronteras del imperio cayeron en poder de los nuevos enemigos ya algunos años antes de aquel reinado. En aquel año cruzaron por primera vez el Danubio, siendo su primera presa Istros, la más septentrional de las ciudades del litoral de la Mesia. Gordiano, que emergió como emperador del caos de aquella época, aparece designado como vencedor de los godos; nos acercaremos más a la verdad si decimos que, bajo su reinado o tal vez antes, el gobierno romano supo desembarazarse de las incursiones de los godos mediante dinero. Como era lógico, los carpos reclamaron para sí lo mismo que el mal emperador había otorgado a los godos, y como sus exigencias no fuesen atendidas, irrumpieron en territorio romano en el año 245.

El emperador Filipo —Gordiano había muerto ya— los rechazó, y es indudable que una acción enérgica emprendida con las fuerzas unidas del gran imperio habría contenido aquí a los bárbaros. Pero eran años aquellos en que el asesino del emperador se abría paso al turno con la misma seguridad con que se lo abrirían tras él sus propios asesinos y sucesores. El peligro a que los países del Danubio se hallaban expuestos no fue obstáculo para que aquel ejército proclamase emperador contra Filipo primero a Marino Pacatiano y, después de eliminado éste, a Trajano Decio, el cual derrotó en Italia a su adversario y fue proclamado realmente como jefe. Era un hombre capaz y valiente, nada indigno de los dos nombres que llevaba y se lanzó como pudo, resueltamente, a la lucha en las orillas del Danubio. Pero ya no era posible reparar el daño causado entre tanto por la guerra civil. Mientras los romanos peleaban entre sí, los godos y los carpos se unían y entraban, bajo el mando del príncipe godo Cniva, en el suelo de la Mesia, limpio de tropas. El gobernador de la provincia, Treboniano Galo, lanzose con sus hombres hacia Nicópolis, ciudad situada junto al Hemus, donde fue sitiado por los godos. Al mismo tiempo éstos saqueaban la Tracia y sitiaban a su capital, la gran ciudad fortificada de Filipópolis; llegaron incluso hasta la Macedonia y arremetieron contra

Tesalónica, donde el gobernador Prisco no encontró momento más adecuado que aquél para hacerse proclamar emperador. Al presentarse Decio allí para combatir dos enemigos a un tiempo: a su rival y a los invasores de su país, no le fue difícil eliminar al primero y logró también rescatar a Nicópolis, donde se dice que perecieron 30 mil godos. Pero las otras fuerzas godas que se replegaron sobre la Tracia vencieron a su vez en la batalla librada cerca de Beroë (Zagora vieja), rechazaron a los romanos hacia la Mesia y se hicieron dueños tanto de Nicópolis, en la misma Macedonia, como de Anchialos y hasta de Filipópolis en la Tracia, en cuya última ciudad se dice que cayeron en su poder 100 mil hombres. Tras esto, se remontaron hacia el noroeste, para poner a salvo su enorme botín.

Decio concibió el plan de asestar un golpe al enemigo en el momento en que cruzase el Danubio. Colocó junto al río un destacamento al mando de Galo, confiando en poder lanzar a los godos contra él y cortarles la retirada. Pero cerca de Abrito, lugar fronterizo de la Mesia, la suerte de la guerra o tal vez la traición de Galo se volvió contra él; Decio pereció en unión de su hijo, y Galo, proclamado para sucederle en el trono, inició su gobierno (en el año 251) renovando a los godos la obligación de pagarles un tributo anual en dinero.

Esta derrota total de las armas romanas y de la política romana, la muerte del emperador, el primero que caía luchando contra los bárbaros, nueva que conmovió profundamente los espíritus incluso en aquella época postrada por la habituación al infortunio y, finalmente, la vergonzosa capitulación que vino después, ponían en tela de juicio, realmente, la integridad del imperio. La lógica indicaba que sobrevendrían necesariamente graves crisis en el Danubio central, que incluso llegaría a perderse, tal vez, la provincia de Dacia. Pero de nuevo se evitó lo que parecía inevitable: el gobernador de Panonia, Marco Emilio Emiliano, un excelente soldado, logró una victoria importante y arrojó al enemigo al otro lado de la frontera. Pero la némesis no había terminado su obra. Esta

victoria conseguida en nombre de Galo trajo como consecuencia que el ejército retirase la obediencia a quien había traicionado a Decio y levantara sobre el pavés como sucesor suyo a su general. Volvía a anteponerse, pues, la guerra civil a la defensa de las fronteras, y mientras Emiliano triunfaba sobre Galo en Italia, para sucumbir poco después ante su general Valeriano (año 254), Dacia quedaba perdida para el imperio, sin que sepamos cómo ni a favor de quién. La última moneda que se acuñó de esta provincia y la más reciente inscripción encontrada allí datan del 255, la última moneda del vecino Viminacio, en la Mesia superior, del año siguiente. Esto quiere decir que en los primeros años del reinado de Valeriano y Galieno los bárbaros ocuparon el territorio romano de la margen izquierda del Danubio y pasaron también, seguramente, desde allí hasta la margen derecha.

La piratería en las costas del Ponto

Antes de seguir describiendo cómo se desarrollaron las cosas en el Danubio inferior, juzgamos necesario decir algunas palabras acerca de la piratería, tal como se ejercía por aquel entonces en la parte oriental del Mediterráneo, y de las expediciones marítimas emprendidas con ese carácter por los godos y pueblos afines a ellos.

Los romanos no pudieron prescindir nunca de su flota en el mar Negro y es lo más probable que la piratería no llegase a exterminarse jamás allí, como era lógico, dado el carácter de la dominación romana en aquellas costas. Lo más probable es que sólo tuviesen firmemente en su poder, desde la desembocadura del Danubio para abajo, la parte de la costa que va hasta Trapezus. Eran también romanos, indudablemente, de una parte las ciudades marítimas de Tyra, en la desembocadura del Dniéster, y Olbia, en la bahía que forma la desembocadura del Dniéper, y del otro lado, los puertos caucásicos situados en la costa del actual Sujum-Kalé, Dioscurias y Pityus. También se hallaba bajo protectorado roma-

no, entre éstas y aquellas costas, el reino del Bósforo, en lo que hoy es Crimea, donde había una guarnición romana, subordinada al gobernador de la Mesia.

Pero en aquellas playas, por lo general bastante inhóspitas, sólo estos puertos se hallaban firmemente en manos de Roma, bien como antiguas colonias griegas, bien como fortalezas romanas, mientras que la costa permanecía desierta o en poder de la población indígena que moraba tierra adentro y que los romanos agrupaban bajo el nombre genérico de escitas, pueblos en su mayoría de origen sármata, que jamás se habían sometido ni se someterían a los romanos. Éstos dábanse por contentos con tal de que no atentasen contra ellos mismos o contra las gentes colocadas bajo su protección.

En estas condiciones no es sorprendente que, ya en tiempos de Tiberio, los piratas de la costa oriental, no contentos con hacer insegura la navegación por el mar Negro, desembarcasen de vez en cuando y saqueasen e incendiasen las aldeas y ciudades del litoral. Sabemos que bajo Antonino Pío o Marco Aurelio un tropel de costobocios, procedentes de la costa noroccidental, asaltó la ciudad interior de Elateya, situada en el corazón de la Fócida, y se batió bajo los muros de la ciudad con sus vecinos; pues bien, este sucedido que sólo es un hecho aislado para nosotros, por falta de otros informes, demuestra que ahora, en la época a que nos estamos refiriendo, no hacen más que repetirse los acaecimientos ocurridos a la caída del régimen senatorial y que, aun en los tiempos en que el poder del imperio se mantenía en pie y sin detrimento alguno en lo exterior, surcaban las aguas del mar Negro y hasta las del Mediterráneo, no ya barcos corsarios sueltos, sino escuadras enteras de piratas.

La franca decadencia del régimen, manifiesta ya a todas luces después de la muerte de Septimio Severo y sobre todo al final de la última dinastía, se tradujo principalmente, como era lógico, en la decadencia aún más acentuada de la policía de los mares. Informes no muy fidedignos en cuanto al detalle revelan la aparición en el mar Egeo de una gran flota de

piratas ya en tiempos anteriores a Decio. Luego, reinando Decio, sabemos que fueron saqueadas por corsarios las costas de Panfilia y las islas greco-asiáticas y que bajo Galo realizaron incursiones en el Asia Menor, llegando hasta Pesino y Éfeso. Eran verdaderas expediciones bandidescas. Aquellos facinerosos saqueaban las costas a diestra y siniestra y hasta organizaban, como vemos, atrevidas incursiones tierra adentro. Sin embargo no tenemos noticias de que llegasen a destruir ciudades y evitaban, desde luego, los encuentros con las tropas romanas; sus ataques se dirigían preferentemente contra los sitios en que estaban seguros de no encontrarlas.

El carácter de estas expediciones cambia en el reinado de Valeriano. El tipo de las incursiones piráticas es ahora tan distinto del de antes que informantes conocedores del asunto llegan a presentar la expedición de los boranos contra Pityo en la época de Valeriano, poco importante relativamente de por sí, como el inicio de este movimiento, y durante algún tiempo los piratas son conocidos en el Asia Menor bajo el nombre de este pueblo, del que no ha llegado a nosotros ninguna otra noticia. Ahora las expediciones de piratería no son emprendidas ya por los antiguos habitantes de las costas del Ponto Euxino, sino por gentes de aquellas naciones que vienen empujando desde atrás. Lo que hasta entonces eran actividades de piratas empiezan a ser una de tantas manifestaciones de aquel desplazamiento de los pueblos de que forman parte los avances de los godos sobre el Danubio inferior.

Las tribus que participan en esta nueva modalidad de la piratería son muy diversas y en parte poco conocidas; en las expediciones de tiempos posteriores parecen haber tenido un papel predominante los hérulos germánicos, que por entonces habitaban la Meótida. También tomaron parte en ellas los godos, aunque no de un modo muy destacado, en lo que a las verdaderas expediciones marítimas se refería y en cuanto los escasos informes precisos que acerca de esto poseemos nos permiten juzgar. No es casual que a estas expediciones se les

dé el nombre, más exacto, de expediciones escitas y no godas.

El centro marítimo de estos ataques era el puerto de Tyra, en la desembocadura del Dniéster. Las ciudades griegas del Bósforo, que la bancarrota del poder imperial romano dejaba abandonadas y a merced de las bandas atacantes, prestábanse medio voluntariamente, medio a la fuerza, para escapar a la suerte de verse sitiadas por ellas, a trasladar aquellas incómodas huestes de nuevos vecinos, en sus propios barcos y conducidas por sus propias tripulaciones, a las posesiones romanas más próximas de la costa septentrional del Ponto Euxino, supliendo los medios y la pericia que a ellas les faltaban. Así fue cómo se organizó aquella expedición contra Pityo. Los boranos desembarcaron y, seguros del éxito, mandaron a las naves retirarse. Pero Sucesiano, hombre decidido que tenía el mando de las fuerzas romanas de aquella plaza, rechazó la agresión, y los atacantes, temerosos de que marchasen sobre ellos las demás guarniciones romanas, se retiraron apresuradamente, después de procurarse con grandes fatigas las embarcaciones necesarias.

Pero aquel revés no les hizo renunciar a su plan; volvieron a la carga al año siguiente y, como el jefe que la mandaba en la anterior ocasión había sido retirado de aquel puesto, esta vez la fortaleza se rindió. Los boranos, que ahora se guardaron de despedir a las naves obtenidas en el Bósforo, tripuladas por marineros llevados a la fuerza y por romanos prisioneros, se adueñaron de gran extensión de la costa y bajaron hasta Trapezus. Todo el mundo se había concentrado en esta ciudad, bien fortificada y dotada de una fuerte guarnición, y los bárbaros atacantes no estaban en condiciones de ponerle sitio en toda regla. Sin embargo la dirección militar de los romanos fue tan mala y la disciplina de guerra se hallaba tan relajada, que los de dentro no llegaron siquiera a cubrir las murallas de la ciudad; los bárbaros la escalaron al amparo de la noche sin encontrar la menor resistencia, apoderándose dentro de la grande y rica ciudad de un inmenso botín, inclu-

so cierto número de barcos. Conseguido su objetivo, retomaron de aquellas lejanas costas a sus tierras de la Meótida.

Al invierno siguiente otra banda de gentes escitas vecinas de los boranos, animadas por aquel éxito, organizaron una segunda expedición, pero ésta dirigida contra Bitinia. Un dato elocuente para comprender el desconcierto reinante en aquella época es que el instigador de esta incursión fue un griego de Nicomedia llamado Crisógono, a quien los bárbaros tenían en alta estima por el éxito alcanzado en su empresa. En vista de que no pudo conseguirse el número de barcos necesario, una parte de la expedición se hizo por tierra y otra parte por mar; en las cercanías de Bizancio los piratas lograron apoderarse de una cantidad considerable de barcas de pescadores, con las que arribaron a la costa asiática situada más abajo de Calcedonia; la fuerte guarnición de esta ciudad se dio a la fuga al saber que se acercaban los piratas. Pero no cayó en sus manos esta ciudad solamente, sino que se apoderaron también de Nicomedia, Quíos y Apamea en la costa y de Nicea y Prusa tierra adentro. Pusieron fuego a Nicomedia y Nicea y llegaron hasta Rindacos. Desde aquí emprendieron el viaje de regreso, cargados con los tesoros de aquel rico país y de sus importantes ciudades.

Ya hemos dicho que esta expedición contra Bitinia se hizo en parte por tierra. Los ataques de los piratas contra la Grecia europea eran, en mayor proporción todavía, una combinación de expediciones por tierra y viajes marítimos. Los godos no llegaron a ocupar la Mesia y la Tracia de un modo permanente, pero entraban y salían por aquellas tierras como por su propia casa y desde allí emprendían vastas incursiones al interior de Macedonia. La misma Acaya se preparó bajo Valeriano para hacer frente a estos ataques; se levantaron barricadas en las Termópilas y en el istmo y los atenienses se dispusieron a levantar de nuevo sus murallas, derruidas desde los tiempos de Sila. Los bárbaros no llegaron a presentarse entonces ni por este camino. Pero, reinando Galieno, se presentó delante del puerto de Bizancio, que aún no

había perdido toda su capacidad defensiva, una flota de 500 velas, formada esta vez principalmente por hérulos; los barcos de los bizantinos rechazaron venturosamente a los piratas. Éstos siguieron viaje, aparecieron en el litoral asiático ante las costas de Cyzico, no atacada hasta entonces, y continuaron desde allí, pasando por las islas de Lemnos e Imbros, hasta internarse en la verdadera Grecia. Las ciudades de Atenas, Corinto, Argos y Esparta fueron saqueadas y destruidas. A pesar de todo, los vecinos de la arrasada Atenas, en número de dos mil, como en los tiempos de las guerras contra los persas, tendieron una emboscada a los bárbaros cuando se retiraban, consumada la tropelía, y bajo el mando de su jefe Publio Herennio Dexipo, hombre tan culto como valiente, descendiente del antiguo linaje de la nobleza ceriquia, apoyándose en la flota romana, infligieron a los piratas sensibles pérdidas. A su regreso, que en parte hicieron por tierra, éstos se encontraron con el emperador Galieno y sus tropas, que les esperaban en la Tracia, junto al río Nestos, donde perdieron una cantidad considerable de sus hombres.

Para abarcar en toda su extensión las desgracias de aquella época, hay que añadir que en este imperio en desintegración, sobre todo en las provincias inundadas de enemigos, la corona, que apenas si existía ya, estaba al alcance de cualquier soldado audaz que quisiera apoderarse de ella. Se la arrebataban unos oficiales tras otros y no merece la pena consignar siquiera los nombres de estos efímeros purpurados. Es característico de la situación el hecho de que, después de asolada Bitinia por los piratas, el emperador Valeriano se abstuviese de enviar allí a un jefe con poderes extraordinarios, pues veía, y no le faltaba razón, un rival en cada uno de sus generales. Esto explica en gran parte la pasividad casi absoluta que el gobierno adoptaba ante una crisis tan grave como aquélla.

Sin embargo una buena parte de esta irresponsable pasividad debe atribuirse también a la personalidad del emperador. Valeriano era hombre débil y cargado de años; Galieno, hom-

bre voluble y libertino; ninguno de los dos estaba en condiciones de empuñar el timón del Estado en medio de aquella tormenta. Marciano, a quien Galieno encomendó el mando del sur de Grecia después de la incursión de los piratas en Acaya, operó con algún éxito; pero la situación no experimentó realmente ninguna mejoría mientras Galieno ocupó el trono.

Nuevas guerras en el Danubio

Después del asesinato de Galieno (en el año 268) y tal vez noticiosos de él, emprendieron los bárbaros, acaudillados una vez más por los hérulos, pero ahora uniendo sus fuerzas, un asalto contra las fronteras del imperio como jamás se había visto, con una poderosa flota y probablemente atacando al mismo tiempo por tierra desde el Danubio. La flota fue fuertemente castigada por las tormentas en la Propóntida. Al salir de aquel mar la expedición se dividió: una parte de los godos marchó hacia la Tesalia y Grecia y otra parte hacia Creta y Rodas; la gran masa de las fuerzas expedicionarias se dirigió hacia Macedonia y desde allí marchó tierra adentro, en combinación sin duda con los contingentes que avanzaban por la Tracia.

Por fin el emperador Claudio se presentó en persona en Tesalónica, con gran acopio de tropas de refuerzo para defender aquella plaza, tantas veces sitiada y ahora llevada ya al límite de la desesperación. Claudio fue acosando a los godos por el valle del Axios (Vardar) y más allá, al otro lado de las montañas, hacia la Mesia superior. Por fin, tras diversos encuentros con varia fortuna, el emperador pudo lograr aquí, en la cuenca del Morava, cerca de Naisus, una brillante victoria, en la que debieron de perecer unos 50 mil enemigos.

Los godos retrocedieron en desbandada, primero en dirección a Macedonia y luego, por la Tracia, hacia las montañas del Hemus, con objeto de poner el Danubio entre ellos y el enemigo. Una disensión producida entre las tropas romanas,

esta vez entre la infantería y la caballería, estuvo a punto de dar un respiro a los vencidos; pero cuando llegó la hora del combate los de a caballo no se sintieron capaces de dejar a sus hermanos de armas en la estacada, y el ejército unido triunfó de nuevo. Una de aquellas pestes malignas que azotaban en todos los años de penuria, pero sobre todo, por aquel entonces, en estas tierras, y que castigaban especialmente a los ejércitos, infligió grandes pérdidas a los romanos —el mismo emperador Claudio pereció en ella—, pero esto no fue obstáculo para que el gran ejército de los bárbaros del norte quedase totalmente destruido y los numerosos prisioneros que se le hicieron incorporados a los ejércitos romanos o convertidos en siervos.

También se había logrado domeñar hasta cierto punto a la hidra de las revoluciones militares; Claudio y tras él Aureliano fueron emperadores con una autoridad que no llegó a tener, por ejemplo, Galieno. La renovación de la flota, para la que se dio ya el primer paso bajo Galieno, llevaríase, seguramente, a cabo. La Dacia de Trajano quedó definitivamente perdida para el imperio; Aureliano retiró de allí los puestos romanos que aún subsistían y asignó a los poseedores expulsados de sus tierras o deseosos de emigrar de ellas otras nuevas en las riberas de la Mesia. En cambio la Tracia y la Mesia, que durante algún tiempo fueron más de los godos que de los romanos, retornaron a la dominación del imperio y, por lo menos, quedó de nuevo consolidada la frontera del Danubio.

No podemos dar a estas expediciones terrestres y marítimas de los godos y los escitas, que llenan los veinte años del 250 al 269, el significado de que aquellos contingentes de hombres desparramados fuera de sus dominios se proponían apoderarse permanentemente de los territorios que pisaban. Semejante intención no puede demostrarse que existiese ni siquiera con respecto a la Mesia y la Tracia, cuanto más en lo tocante a las lejanas costas; es muy difícil que los atacantes

fuesen lo suficientemente numerosos para emprender verdaderas invasiones.

No fue tanto la prepotencia de los bárbaros como el mal gobierno de los últimos emperadores, y sobre todo la inseguridad de las tropas, lo que hizo que el territorio romano se viese infectado de piratas de mar y tierra. Por eso es lógico que la restauración del orden interior y la enérgica actuación del gobierno atajasen por sí solas aquel mal. El Estado romano era todavía lo suficientemente fuerte para que no pudiera abatírsele, si no se abatía él mismo. Hay que reconocer, sin embargo, que fue una gran obra el haber dado de nuevo cohesión al imperio, como Claudio lo hizo. De este emperador sabemos aún un poco menos que de la mayoría de los regentes de esta época, oscuridad que probablemente se explique por la tendencia que luego prevaleció a reducir ficticiamente el árbol genealógico constantiniano a la ascendencia de Aureliano, recargando absurdamente su imagen con arreglo al necio arquetipo de perfección de aquella época. Pero esta misma tendencia y las innumerables monedas y medallas acuñadas en su honor después de su muerte demuestran que la generación posterior a él lo consideraba como el salvador del Estado, y seguramente no se equivocaba en ello.

De todos modos, estas expediciones de los escitas que hemos reseñado aquí no son más que el preludio de la transmigración de los pueblos que más tarde sobrevendrá. Y la destrucción de ciudades, rasgo que distingue a estas expediciones de las incursiones vulgares y corrientes de los piratas, llegó a cobrar en aquellos años tales proporciones, que la prosperidad y la cultura de Grecia y del Asia Menor ya jamás llegarían a reponerse de sus quebrantos.

En la frontera ya restaurada del Danubio, Aureliano consolidó la victoria obtenida pasando de la defensiva a la ofensiva. Cruzó el Danubio cerca de su desembocadura y al otro lado de él derrotó tanto a los carpos, quienes desde entonces quedaron sujetos al protectorado de Roma, como a los godos, gobernados por el rey Canabaudes. Probo, sucesor de Aure-

liano, acogió en la margen derecha, como ya se ha dicho, a los restos de los bastarnos acosados por los godos, como en el año 295 acogería Diocleciano a los restos de los carpos. Son indicios claros de que el reino de los godos iba consolidándose, al otro lado del río; pero no pasaron de ahí. Las fortificaciones fronterizas fueron reforzadas; la plaza de Contra-Aquinco (*contra Aquincum,* Pest [parte de la actual Budapest]) se levantó en el año 294.

Las expediciones de piratería no cesaron, sin embargo, por completo. Bajo Tácito se lanzó sobre la Cilicia un enjambre de corsarios procedente de la Meótida. Los francos instalados por Probo en las costas del mar Negro consiguieron las embarcaciones necesarias y emprendieron viaje hacia sus tierras del mar del Norte, saqueando de paso las costas sicilianas y africanas.

Tampoco por tierra vacaron las armas; las numerosas victorias de Diocleciano sobre los sármatas y una parte de sus victorias sobre los germanos tendrán por escenario precisamente los países del Danubio. Pero hasta llegar al reinado de Constantino no volverá a reñirse una guerra en regla con los godos, con resultados felices para las armas romanas. La supremacía de Roma, desde el triunfo de Claudio sobre los godos, seguía siendo tan firme como antes.

[*] Téngase en cuenta que esto fue escrito antes de 1895. [E.]

[1] El actual baptisterio es tal vez el sepulcro del emperador.

VIII. La Europa griega

El desarrollo político de las Repúblicas Helénicas no guardaba proporción con el desarrollo general del espíritu de los helenos; para decirlo más exactamente, así como el exceso de floración rompe el cáliz, la plétora de desarrollo espiritual no permitió que ninguna comunidad helénica llegase a adquirir esa extensión y esa estabilidad sin las que no puede plasmarse un verdadero Estado. El sistema de pequeños estados, ciudades sueltas o federaciones de ciudades estaba llamado a ir atrofiándose o a caer en manos de los bárbaros. Y si la nación pudo llegar a subsistir y seguirse desarrollando frente a la población inmigrada, fue gracias al panhelenismo.

El panhelenismo

El panhelenismo tomó cuerpo en el tratado que el rey Filipo de Macedonia, padre de Alejandro, concertó en Corinto con los estados de la Hélade. Era, en cuanto al nombre, un tratado de alianza, pero de hecho la sumisión de las repúblicas a la monarquía, una sumisión cuyos efectos sólo se proyectaban, sin embargo, hacia el exterior, transfiriéndose al general macedonio los poderes militares ilimitados de casi todas las ciudades del continente griego contra el enemigo nacional y respetándoles, en lo demás, su libertad y autonomía. Era, dentro de la situación creada, la única realización posible del panhelenismo y la forma que en lo esencial habría de ser decisiva para el porvenir de Grecia. Esta forma se mantuvo en pie frente a Filipo y Alejandro, aunque los idea-

listas helénicos, como siempre, se resistiesen a reconocer como tal el ideal ya realizado. Al derrumbarse el reino de Alejandro, pasó a la historia con el panhelenismo la unión de las ciudades griegas bajo la potencia monárquica y su pugna, mantenida sin mira ni objeto a través de los siglos, socavó lo que todavía les quedaba de fuerza espiritual y material; desde entonces no hicieron más que fluctuar entre la cambiante dominación de prepotentes monarquías y los vanos intentos de apoyarse en las querellas que desunían a éstas para restaurar el particularismo de los viejos tiempos.

Cuando más tarde la poderosa república del Occidente vino a interferir en la lucha hasta entonces en cierto modo equilibrada que sostenían entre sí las monarquías del Oriente, llegando pronto a ser más fuerte que cada uno de los distintos estados griegos en pugna, se renovó la política panhelénica a base de la posición firme de la nueva potencia. Es cierto que ni los macedonios ni los romanos eran helenos en el sentido pleno de la palabra; ésa fue la tragedia de la historia griega: que el reino marítimo ático fue siempre más una esperanza que una realidad, por lo cual la obra unificadora no podía surgir del propio seno de la nación. Y si desde el punto de vista nacional los macedonios eran más afines a los griegos que los romanos, desde el punto de vista político la comunidad de Roma guardaba mucha mayor afinidad electiva con la helénica que la monarquía hereditaria macedónica. Pero el factor más importante es que los ciudadanos romanos sintieron la fuerza de atracción del helenismo, probablemente, de un modo más sostenido y más profundo que los estadistas de Macedonia, precisamente porque estaban más lejos de él que éstos.

El afán de helenizarse por lo menos en lo interior, de compartir las costumbres y la cultura, el arte y la ciencia de los helenos, de llegar a ser, siguiendo las huellas del gran macedonio, el escudo y la espada de los griegos del Oriente y de poder seguir civilizando a este Oriente no en un sentido itálico, sino en un sentido helénico, este afán informa los últimos

siglos de la república romana y los mejores del imperio con una fuerza y un idealismo casi no menos trágicos, tal vez, que aquellos esfuerzos frustrados de los helenos. En uno y otro caso se persigue, en efecto, lo imposible: al panhelenismo helénico le faltó la duración y al helenismo romántico la plenitud de contenido. Y sin embargo esa corriente informó de un modo esencial tanto la política de la república romana como la de los emperadores. Los griegos, sobre todo en el último siglo de la república, hicieron ver a los romanos bien claramente que sus esfuerzos amorosos eran vanos, pero no por ello desistió Roma en lo más mínimo de aquellos esfuerzos ni de aquel amor.

Macedonia

Los griegos de Europa fueron agrupados por la república romana en una sola provincia, a la que se dio el nombre del principal país englobado en ella: Macedonia. Esta provincia se disolvió administrativamente al comenzar el imperio, pero al mismo tiempo se confería el nombre griego en su conjunto a una comunidad religiosa que se entroncaba con la antigua anfictionía délfica, creada en función de la paz divina y de la que luego había de abusarse para fines políticos. Bajo la república romana se la había vuelto a reducir, en lo esencial, a sus bases primitivas: fueron eliminadas de ella la Macedonia y la Etolia, que habían logrado infiltrarse por medios de usurpación, y la anfictionía volvía a englobar, no a todos, pero sí a la mayoría de los pueblos de la Tesalia y de la Grecia en sentido estricto. Augusto hizo que la alianza se extendiese al Epiro y a la Macedonia, convirtiéndola así, sustancialmente, en representante del país helénico en el sentido amplio de la palabra, el único que encaja en esta época.

Dentro de esta federación ocupaban una posición privilegiada, además de la antigua ciudad sagrada de Delfos, las dos ciudades de Atenas y Nicópolis, aquélla por ser la capital del helenismo antiguo, y ésta porque Augusto se proponía hacer

de ella la capital del nuevo helenismo imperial. Esta nueva anfictionía presenta cierta semejanza con la asamblea nacional de las tres Galias: lo mismo que allí el altar del emperador erigido en Lyon, el templo del Apolo pítico, era aquí el centro religioso de las provincias griegas. Sin embargo, mientras que al altar de las Galias se le reconocían ciertas funciones políticas concomitantes, a los anfictiones de esta época sólo les compete, además de lo referente a las fiestas estrictamente religiosas, la administración del templo de Delfos y de sus rentas, bastante considerables aún.[1] Es cierto que su presidente se atribuía más tarde la "helasarquía", pero esta hegemonía sobre Grecia no pasaba de ser un concepto ideal. No obstante, la conservación oficial de la nacionalidad griega es característica de la actitud que el nuevo imperio adopta ante ella y de su filohelenismo, mucho más fuerte todavía que el de la república.

Autonomía de los municipios griegos

La primitiva intención de los romanos de incorporar a su propia comunidad a todos los municipios urbanos griegos del mismo modo que se hizo con los itálicos, sufrió importantes restricciones por efecto de la resistencia con que tropezaron estas medidas y sobre todo a consecuencia de la rebelión de la federación de Acaya en el año 603 a. C. y de la deserción de la mayoría de las ciudades griegas para unirse al rey Mitrídates, en el año 666. Las federaciones de ciudades, fundamento de todo el desarrollo del poder lo mismo en la Hélade que en Italia, y que los romanos habían aceptado en un principio, fueron disueltas en su totalidad, principalmente la más importante de todas, que era la del Peloponeso o la de Acaya, como ella se llamaba, ordenándose que cada ciudad de por sí organizase su propia comunidad. Además, Roma dictó ciertas normas generales para el régimen de los distintos municipios, reorganizándolos con arreglo a este patrón y bajo una tendencia antidemocrática.

Sólo dentro de estos límites se respetó a cada municipio su autonomía y su propia magistratura. Se le dejaron también sus propios tribunales; pero esto no era obstáculo para que los griegos se hallasen sometidos en derecho a los haces y las hachas del pretor y para que, por lo menos tratándose de delitos que pudieran ser considerados como actos de rebeldía contra el poder romano, las autoridades de Roma pudieran sancionar al delincuente con una multa en dinero, el destierro e incluso la pena capital.[2] Los municipios se imponían sus propias contribuciones; pero todos ellos tenían que tributar a Roma una determinada suma, que en general no era, a lo que parece, muy alta. Los romanos no situaron guarniciones en las ciudades griegas, como en otro tiempo habían hecho los macedonios, puesto que las tropas estacionadas en la Macedonia podían penetrar también en Grecia, en caso necesario. Pero la demolición de Corinto es una mancha sobre la memoria de la aristocracia romana mucho más bochornosa todavía que la que echó sobre el nombre de Alejandro la destrucción de Tebas. Todas las demás medidas, por odiosas e indignantes que a veces fuesen, sobre todo por proceder de una potencia extranjera, podían en general ser consideradas como inevitables y pudieron surtir, no pocas veces, saludables efectos; eran la inevitable palinodia de la primitiva política romana, en parte muy impolítica, del perdón y la abstención en cuanto tocaba a los helenos. Pero en el trato que se aplicó a la ciudad de Corinto hay que reconocer que el egoísmo comercial de los romanos, afirmándose de un modo poco tranquilizador, resultó ser más fuerte que todo su filohelenismo.

A pesar de todo, no llegó a olvidarse nunca la idea fundamental de la política romana, que era la de incorporar las ciudades griegas a la federación de municipios itálicos. Del mismo modo que Alejandro no se propuso nunca dominar a Grecia como al Ilírico o a Egipto, sus sucesores romanos no impusieron jamás a Grecia los vínculos propios de los súbditos, y ya en la época republicana se suavizaba considerable-

mente con respecto a ellos aquel derecho estricto derivado de una guerra que les había sido impuesta a los romanos.

Atenas y Esparta

La que más se beneficiaba con esta política moderada era Atenas. Ninguna otra ciudad griega pecó tan gravemente contra Roma, desde el punto de vista de la política romana; su conducta en la guerra de Mitrídates habría conducido inevitablemente a su demolición, si se hubiese tratado de otra ciudad. Pero para los admiradores del helenismo Atenas era el arquetipo del universo, y el mundo culto del extranjero asociaba con ella emociones y recuerdos semejantes a los que los círculos cultivados de Alemania asocian hoy con los nombres de Pforta y de Bona; y esta consideración se sobrepuso entonces como antes a cualquier otra. Atenas no se vio nunca bajo las hachas de los gobernadores romanos ni pagó jamás tributos a Roma, mantuvo siempre una alianza jurada con la capital del imperio y cuando ayudó a los romanos, fue siempre en casos extraordinarios y, por lo menos en cuanto a la forma, voluntariamente. Es cierto que la capitulación de Atenas cuando el sitio de Sila se tradujo en una reforma de su régimen municipal, pero la alianza fue renovada e incluso le fueron devueltas todas sus posesiones en el extranjero; hasta la misma isla de Delos, que al pasarse Atenas a Mitrídates se había desligado de Atenas, erigiéndose en municipio independiente y que en castigo por su fidelidad hacia Roma había sido saqueada y destruida por la flota del Ponto.

Con las mismas precauciones y en gran parte, indudablemente, como homenaje a su gran fama, trataron los romanos a Esparta. Y de los mismos beneficios disfrutaban ya bajo la república algunas otras ciudades de los municipios exentos que mencionaremos más adelante. Estas excepciones dábanse, evidentemente, en todas las provincias romanas; pero, tratándose de Grecia, se comprendía como algo muy natural que sus dos ciudades más prestigiosas se hallasen exentas de

la condición de los súbditos de Roma y que estos vínculos sólo pesasen sobre las comunidades de menor importancia.

Sin embargo, también las ciudades griegas sometidas al régimen de los súbditos vieron suavizados sus deberes ya bajo la república. Las federaciones de ciudades, prohibidas en un principio, fueron reviviendo poco a poco desde muy pronto, sobre todo las más pequeñas e inocuas, como la de la Beocia. A medida que el país se iba habituando a la dominación extranjera, fueron desapareciendo aquellas corrientes de oposición a Roma que habían inspirado la supresión de las federaciones, y probablemente seguiría favoreciendo también a la Beocia su estrecha relación con el culto tradicional, tan celosamente conservado; ya hemos visto cómo la república romana restauró y amparó a la anfictionía en sus primitivas funciones ajenas a la política. Hacia el final de la república, parece que el gobierno de Roma llegó incluso a autorizar a los beocios para que se federasen con los pequeños territorios que lindaban con ellos por el norte y con la isla de Eubea.

La época republicana corona su política de amistad hacia Grecia con la expiación de la destrucción de Corinto por el más grande de todos los romanos y de todos los filohelenos, el dictador César, e infunde nuevo brillo a la estrella de la Hélade, al convertirla en un municipio independiente de ciudadanos romanos, en el nuevo "Honor Julio".

La política del imperio

Ésta fue la situación con que se encontró en Grecia el régimen imperial, al nacer, y por estos derroteros habría de seguir marchando el imperio. Los municipios sustraídos a la injerencia directa del gobierno provincial y exentos del pago de impuestos al imperio, a los que se equiparan en muchos respectos las colonias de ciudadanos romanos, abarcan con mucho la mayor y mejor parte de la provincia de Acaya: son el Peloponeso, Esparta, con su territorio que, aunque reduci-

do, vuelve a abarcar ahora la mitad septentrional de la Laconia y que sigue siendo el reverso de Atenas, tanto por sus añejas instituciones anquilosadas como por el orden y la templanza que en ella reinan, por lo menos exteriormente; y con Esparta, los dieciocho municipios de los lacedemonios libres, que en otro tiempo fueron súbditos de Esparta, a los que después de la guerra contra Nabis organizaron los romanos como federación municipal independiente y a quien Augusto concedió la libertad, al igual que a Atenas; finalmente, en el país de Acaya, además de Dyme, ciudad en la que ya Pompeyo había situado un cierto número de colonos piratas y a la que luego envió César nuevos colonos romanos, fundamentalmente Patre, a la que Augusto convirtió, gracias a su favorable situación para el comercio, de una zona venida a menos, en una de las más populosas y florecientes ciudades de la península, concentrando en ella todos los pequeños poblados de los alrededores, trasladando allí a numerosos colonos itálicos y erigiéndola colonia de ciudadanos romanos, como hizo también con Naupacte (Lepanto, en italiano), situada frente a Patre, en las costas de la Lócrida. En el istmo, la ciudad de Corinto, que en otro tiempo había debido a lo favorable de su situación la desgracia de ser escogida como víctima, ahora, después de restaurada, había vuelto a florecer rápidamente, al igual que Cartago, y era la ciudad más industrial y más populosa de toda Grecia, y además la sede normal del gobierno. Los corintos fueron los primeros griegos que reconocieron a los romanos como connacionales suyos al ser admitidos a los juegos ístmicos; la ciudad seguía dirigiendo ahora esta gran fiesta nacional griega, a pesar de haberse convertido en municipio de ciudadanía romana. Ya en el continente, figuraban entre los distritos exentos, además de Atenas con todo su territorio, que abarca la Ática y numerosas islas del mar Egeo, las ciudades de Tanagra y Tespias, que eran entonces las más importantes de la Beocia, y Platea; en la Fócida, Delfos, Abe y Elateya, así como la más relevante de todas las ciudades de la Lócrida, Anfisa.

La obra iniciada por la república fue llevada a término por Augusto mediante la ordenación implantada por él y que acaba de ser expuesta, por lo menos en sus rasgos generales, ordenación que en lo esencial fue mantenida en lo sucesivo. Aunque los municipios de esta provincia sometidos a la jurisdicción del procónsul fuesen más en cuanto al número y arrojasen tal vez un total de población mayor que los otros, las ciudades griegas más destacadas por su importancia material o por la grandeza de sus recuerdos fueron incluidas entre los municipios exentos, como correspondía al espíritu auténticamente filohelénico de los gobernantes de Roma.

Más allá todavía que Augusto llegó en esta política el último emperador de la dinastía claudia, que era de la clase de los poetas fracasados y, por lo tanto, naturalmente, un filoheleno innato. Nerón, en señal de gratitud por haber sido aclamadas sus producciones poéticas en la patria de las musas, al igual que había hecho en otro tiempo Tito Flaminio, y como éste en los juegos ístmicos, declaró a todos los griegos exentos del régimen romano, libres de tributos y, lo mismo que los itálicos, no sujetos a la jurisdicción de ningún gobernador. Inmediatamente empezaron a surgir en toda Grecia una serie de movimientos que habrían llegado a ser guerras civiles si aquellas gentes hubiesen sido capaces de organizar algo más que reyertas. Pocos meses después Vespasiano restablecía la organización provincial en todo su anterior alcance, fundamentando esta medida con la escueta observación de que los griegos ya se habían olvidado de lo que era el ejercicio de la libertad.[3]

Decadencia de la Grecia

El imperio encontró, al nacer, todos sus vastos dominios asolados por veinte años de guerra civil, cuyas consecuencias no siempre y en todas partes llegaron a repararse del todo; pero ninguna provincia sufrió tanto los efectos de aquellos años como la península helénica. Quiso el destino que

las tres grandes batallas decisivas de esta época, las batallas de Farsalia, Filipos y Accio, se librasen precisamente en su suelo o en sus costas, y las operaciones militares que las iniciaron, en ambos bandos, impusieron sobre todo a este país su sacrificio de vidas humanas y de dicha humana. Todavía Plutarco oyó de labios de sus antepasados cómo los oficiales de Marco Antonio habían obligado a los vecinos de Queronea, en vista de que ya no disponían de esclavos ni de bestias de carga, a cargar sobre sus hombros el último trigo que les quedaba para embarcarlo en el puerto más cercano con destino al ejército; y cómo, hallándose en esto y cuando se disponía a salir el segundo transporte, llegó la noticia de la batalla de Accio, recibida allí con gran júbilo, como si fuese un mensaje de salvación.

Lo primero que hizo César, después de esta victoria, fue repartir entre la población hambrienta de Grecia las provisiones de trigo del enemigo que cayeron en su poder. Todas estas penalidades, a pesar de ser tan crueles, tropezaban por lo general con una fuerza muy débil de resistencia. Ya más de un siglo antes de la batalla de Accio, decía Polibio que sobre toda Grecia se había abatido en su tiempo la esterilidad de los matrimonios y la disminución de la población sin que el país hubiese sufrido pestes ni graves guerras. Ahora estas plagas habían cobrado proporciones espantosas, y Grecia quedó empobrecida y desierta para siempre. Al decir de Plutarco, en todo el imperio disminuyó la población a causa de las asoladoras guerras, pero más que en ninguna otra parte en Grecia, que ahora no se hallaba ya en condiciones de reclutar entre los mejores círculos de sus vecinos los 3 mil hoplitas con que en otro tiempo contendiera cerca de Platea la más pequeña de las comarcas griegas, Megara.[4]

César y Augusto intentaron paliar esta despoblación, que aterraba también al gobierno, mediante el envío a Grecia de colonos itálicos, y en realidad las dos ciudades más florecientes de Grecia eran precisamente colonias de este tipo; pero estos envíos de hombres no fueron repetidos por posteriores

gobiernos. El gracioso idilio campesino euboico de Dion de Prusa tiene como fondo una ciudad despoblada en que hay numerosas casas vacías, en que los rebaños pastan junto al edificio del consejo municipal y al archivo de la ciudad y en que dos terceras partes de las tierras yacen abandonadas por falta de brazos. En este relato vívido el autor pinta certeramente, sin duda alguna, la realidad de numerosas pequeñas ciudades campesinas de Grecia en la época de Trajano. "La ciudad de Tebas en Beocia —escribe Estrabón, en tiempo de Augusto— apenas puede llamarse hoy una arrogante aldea, y otro tanto podemos decir de todas las ciudades beocias, exceptuando a Tanagra y Tespia."

Pero la población no decaía sólo numéricamente; decaían también la calidad y el temple de la raza. Todavía quedan, indudablemente, mujeres hermosas, dice uno de los más finos observadores, hacia fines del siglo primero, pero hombres bellos apenas se ve ya ninguno; los vencedores olímpicos de esta época parecen, si se los compara con los antiguos, tipos bajos y vulgares, no sólo por culpa de los artistas que los inmortalizaron, sino porque eran realmente así. El desarrollo físico de la juventud se llevó en aquella tierra prometida de los efebos y los atletas a tal extremo que parecía como si las ciudades no tuviesen otra preocupación que la de educar a los muchachos para gimnastas y a los hombres para púgiles; ninguna provincia contaba con tantos virtuosos de la arena, pero ninguna tampoco suministraba tan pocos soldados al ejército del imperio. En esta época desaparecen incluso de la educación ateniense de la juventud todos aquellos ejercicios militares de los niños que formaban parte de ella en otro tiempo: el lanzamiento de la jabalina, el tiro con arco, el manejo del cañón, las marchas y la erección de campamentos. Las ciudades griegas del imperio apenas si se toman en consideración para las reclutas de tropas, ya porque los hombres de aquellas tierras no fuesen físicamente aptos para el servicio, ya porque se los considerase como elementos dudosos dentro del ejército. Aquel Alejandro en caricatura que fue

Antonino Severo quiso reforzar el ejército romano para luchar contra los persas con unos cuantos miles de espartanos, pero la cosa no pasaba de ser un rasgo de humorismo imperial.

Todo lo referente al orden y a la seguridad interiores corría a cargo de los respectivos municipios, pues ya hemos dicho que Roma no tenía estacionadas tropas en aquella provincia; Atenas, por ejemplo, tenía guarnición propia en la isla de Delos, y tal vez sostuviese un destacamento de milicia en la ciudadela. En las crisis del siglo III la milicia nacional de Elateya y la de Atenas rechazaron valientemente a los costobocios y a los godos y, portándose más dignamente que los herederos de los combatientes de las Termópilas, en la guerra de Caracalla contra los persas, los descendientes de los vencedores de Maratón inscribieron por última vez sus nombres en los anales de la historia antigua, al luchar contra los godos. Estos hechos nos advierten que no debemos confundir a los griegos de esta época, a la ligera, con una chusma degenerada, pero es indudable, por otra parte, que el descenso de la población en número y en vigor siguió su curso aun bajo los mejores tiempos del imperio, y a partir de fines del siglo II las plagas que azotan con especial furia sobre este país, las incursiones de los piratas de mar y tierra, especialmente frecuentes en las costas orientales, y por último el derrumbe del poder del imperio bajo Galieno, acaban convirtiendo aquel mal crónico en una catástrofe aguda.

La decadencia de la Hélade y los sentimientos y emociones que despertaba en los mejores hombres de la época se reflejan de un modo patético en la alocución que uno de estos hombres, Dion de Bitinia, dirigió a los rodios en tiempo de Vespasiano. Los rodios estaban considerados no sin razón, como los mejores entre los helenos. En ninguna ciudad se velaba mejor que en Rodas por la población humilde, en ninguna presentaba esta ayuda tanto como aquí el sello del trabajo y no el de la limosna. Cuando después de la gran guerra civil Augusto declaró cancelada en el Oriente la exigibilidad

judicial de todas las deudas privadas, los rodios fueron los únicos que rechazaron aquel dudoso beneficio. Y aunque la gran época de esplendor comercial de Rodas había pasado, aún quedaban en la isla muchas industrias florecientes y muchas casas acomodadas. Pero también allí se habían deslizados muchos males y abusos, cuya extirpación exige el filósofo, no tanto, como él mismo dice, en interés de los propios rodios, como en el de los helenos en general.

"En otro tiempo —dice Dion de Bitinia— el honor de la Hélade descansaba sobre muchos y fueron muchos los que contribuyeron a aumentar su fama, vosotros, los atenienses, los lacedemonios, los tebanos, durante algún tiempo Corinto, en tiempos remotos Argos. Pero ahora ya nada queda de los demás, pues algunos han venido completamente a menos o han sido destruidos y otros se conducen como sabéis, están deshonrados y son los destructores de su antigua fama. Vosotros sois los únicos que quedáis, los únicos que aún sois algo y que no padecéis el más completo desprecio; pues si todos se comportasen como aquéllos, hace ya mucho tiempo que todos los helenos habrían caído más bajo que los frigios y los tracios. Como esos grandes y ricos linajes que quedan reducidos a una sola persona y lo que este último superviviente de la casa hace de malo deshonra a todos sus antepasados, así sois vosotros ahora en la Hélade. No creáis que sois los primeros entre los helenos; no, sois los únicos. Si uno mira a aquella gente infame y bochornosa, se le hacen inconcebibles hasta los grandes hechos del pasado; las piedras y las ruinas de las ciudades hablan más claramente de lo que fueran el orgullo y la grandeza de la Hélade que estos descendientes indignos de serlo hasta de antepasados misios; y suerte más envidiable que la de las ciudades por ellos habitadas corrieron las ciudades que hoy yacen en ruinas, pues el recuerdo de éstas es honrado y su fama bien ganada aparece sin mácula: vale más quemar los cadáveres que dejarlos pudrirse."

No creemos lastimar demasiado el elevado sentido que inspiran las palabras de este sabio cuando compara el pobre presente con el pasado grandioso y, como no podía menos de ser, contempla aquél con ojos de repugnancia y ve éste transfigurado bajo la luz de lo que fue, si decimos que por aquel entonces, y hasta poco después, las buenas costumbres helénicas de los viejos tiempos no subsistían solamente en Rodas, sino que en muchos respectos vivían aún en todas partes de Grecia. Los helenos no han perdido todavía, en esta época, pese a toda la ductilidad del súbdito y a toda la humildad del parásito, esa independencia de espíritu y ese sentimiento sin duda legítimo de amor propio que les da saberse la nación colocada todavía a la cabeza de la civilización. Los romanos toman sus dioses de los antiguos helenos y sus formas de Estado de los alejandrinos; se esfuerzan en asimilar la lengua griega y en helenizar la medida y el estilo de la suya propia. No hacen lo mismo con los romanos los helenos, aun los de la época del imperio; las divinidades nacionales de Italia, tales como el dios Silvano y los dioses lares, no reciben culto en Grecia, y a ninguna ciudad griega se le pasó jamás por la mente implantar para el gobierno de sus asuntos la ordenación política que su Polibio ensalza como la mejor del mundo.

El conocimiento del latín era condición indispensable para el desempeño de los altos y los bajos cargos administrativos, y esto hacía que los griegos decididos a abrazar esta carrera lo estudiasen; aunque prácticamente sólo al emperador Claudio se le ocurrió retirar el derecho de ciudadanía romana a los griegos que no entendiesen el latín, es evidente que sólo quienes conociesen la lengua del imperio podían ejercer de un modo real los derechos y los deberes derivados de la ciudadanía. Pero, si prescindimos de la vida pública, jamás llegó a estudiarse en Grecia tanto el latín como en Roma el griego.

Plutarco, en quien se desposaban literariamente las dos mitades del imperio, la helénica y la romana, y cuyas *Vidas paralelas* de famosos personajes romanos y griegos se difundieron e hicieron célebres precisamente por esta simultaneidad, sabía tanto latín como Diderot ruso; por lo menos no dominaba esta lengua, según propia confesión. Los literatos de la época que conocían realmente el latín eran funcionarios, como Apiano y Dion Casio, o gentes neutrales, como el rey Juba.

Grecia y Roma

En realidad Grecia había cambiado menos en lo interior que en lo externo. El régimen político de Atenas, ahora, era muy malo, pero tampoco en los tiempos de la grandeza ateniense había sido precisamente un régimen modelo. "Es —dice Plutarco— el mismo espíritu popular, son las mismas inquietudes, la misma seriedad y las mismas burlas, la misma maldad y la misma gracia que en los antepasados." La vida del pueblo griego de esta época revela también algunos rasgos dignos de su primacía civilizadora. Los juegos de gladiadores, que desde Italia se expandieron a todas partes y especialmente al Asia Menor y a la Siria, penetraron en Grecia más tarde que en ningún otro país; durante mucho tiempo no pasaron de Corinto, ciudad medio itálica, y cuando los atenienses los introdujeron también para no quedarse atrás de los corintios, desoyendo la voz de uno de sus mejores hombres, quien preguntó si no sería mejor levantar antes un altar al dios de la misericordia, hubo muchos, entre los más nobles, que se apartaron voluntariamente de la ciudad de sus padres, creyéndola deshonrada.

En ningún país del mundo antiguo se daba a los esclavos un trato tan humano como en la Hélade; no el derecho, pero sí la costumbre, prohibía a los griegos vender sus esclavos a señores de otra nacionalidad, con lo cual quedaba prácticamente desterrada de Grecia la verdadera trata de esclavos.

Sólo aquí nos encontramos, en la época del imperio, con la particularidad de que en los banquetes y en los repartos de aceite con que se obsequiaba a los vecinos de una ciudad se tenía en cuenta también a los esclavos. Sólo aquí podía un esclavo como Epícteto, bajo Trajano, que llevaba una vida externa más que modesta en la ciudad epirótica de Nicópolis, mantener trato con personajes prestigiosos de rango senatorial al modo como un Sócrates lo mantuviera con los Cristias y los Alcibíades, haciendo que escuchasen sus enseñanzas como escuchan los discípulos al maestro y registrando y llegando a publicar sus diálogos. Las normas del derecho imperial suavizando el régimen de la esclavitud tienen su raíz, sustancialmente, en la influencia de las ideas griegas; por ejemplo las dictadas por el emperador Marco Aurelio, quien veía en aquel esclavo nicopolitano su arquetipo y su maestro.

El autor de un diálogo que ha llegado a nosotros entre los de Luciano pinta insuperablemente cómo se conducía el ciudadano ateniense dentro de su estrecho medio, en contraste con el viajero distinguido y rico de dudosa cultura o incluso de inequívoca zafiedad: cómo se desacostumbraba al rico extranjero de aparecer en el baño público con una nube de criados, como si no se sintiese seguro de su vida en Atenas y en el país no hubiese paz; cómo se le enseñaba a no mostrarse en la calle envuelto en su toga purpúrea, mientras la gente le preguntaba cariñosamente si aquellas ropas eran las de su madre. Y el escritor traza un paralelo entre la vida romana y la ateniense: allí, los onerosos festines y los aún más onerosos burdeles, la incómoda comodidad de los enjambres de servidores y del boato doméstico, el fastidio de la holganza, las torturas de la ambición, todos los excesos, la variedad, la intranquilidad del ajetreo de la capital; aquí, el encanto de la pobreza, las charlas sinceras en un círculo de amigos, el ocio para los goces del espíritu, la posibilidad de vivir en paz y disfrutar de la vida: "¿Cómo has podido —pregunta un griego a otro, en Roma— dejar la luz del sol, la Hélade, su dicha y su libertad, por este tráfago?".

Este espíritu lo encontramos, fundamentalmente, en todos los caracteres finos y puros de la época; ni los mejores helenos querían cambiar con los romanos. Difícilmente se encontrará en la literatura de la época imperial nada que alegre tanto el espíritu como aquel idilio euboico de Dion a que nos referimos más arriba; en él se pinta la existencia de dos familias de cazadores que viven en un bosque solitario y cuya fortuna se reduce a ocho cabras, una vaca descornada y un hermoso ternero, cuatro hoces y tres lanzas de caza; estas gentes felices no saben nada de dinero ni de impuestos y, obligados a comparecer ante la furiosa asamblea de vecinos de la ciudad, ésta acaba por dejarlos marchar sin molestarlos, para que retornen a su vida libre y gozosa.

La encarnación real de esta concepción de la vida poéticamente transfigurada es Plutarco de Queronea, uno de los más amenos y cultos y, al mismo tiempo, uno de los más influyentes escritores de toda la Antigüedad. Nacido en el seno de una familia acomodada de aquella pequeña ciudad del campo beocio e iniciado, primero en casa de sus padres y luego en Atenas y Alejandría, en toda la cultura helénica, familiarizado también con las condiciones de la vida romana por sus estudios y sus variadas relaciones personales, así como también por sus viajes a Italia, rehusó como era costumbre entre los griegos de talento entrar al servicio del Estado o seguir la carrera de profesor; permaneció fiel a su patria, disfrutando de la vida doméstica en el más hermoso sentido de la palabra, rodeado de su excelente mujer, de sus hijos y de sus amigos y amigas, contento con los cargos y honores que su Beocia natal podía brindarle y con los modestos bienes de fortuna heredados de sus padres. En este queronense vemos expresado el abismo de diferencia que separaba a los helenos de las gentes helenizadas; este tipo de helenismo no podía darse en Esmirna ni en Antioquía; era un producto de la tierra, como la miel del Himeto. Son muchos los escritores que sobrepasan a éste en talento y en profundidad de carácter, pero difícilmente encontraremos otro que haya sabido adap-

tarse a lo necesario con tan feliz medida e imprimir como él a sus escritos el sello de su tranquilidad de espíritu y de su dicha de vivir.

El dominio sobre sí mismo propio del helenismo no puede manifestarse en la esfera de la vida pública con la pureza y la belleza con que se revela en el tranquilo y dulce retiro del hogar, del cual, felizmente, se preocupa tan poco la historia como él de ésta. Si ahora volvemos la mirada a las condiciones de la vida pública, vemos que hay en ellas más de desgobierno que de gobierno, tanto en lo que se refiere a los gobernantes romanos como en lo tocante a la autonomía de las ciudades griegas. No puede decirse que faltase allí la buena voluntad, pues el filohelenismo de los romanos acusábase todavía con mayor fuerza bajo el imperio que en la época republicana. Este espíritu de amistad hacia Grecia se manifiesta en todo, en lo grande como en lo pequeño, en la continuación de la obra de helenización de las provincias orientales y en el reconocimiento de la doble lengua oficial del imperio, como en las formas corteses en que el gobierno romano se dirige hasta al último municipio griego, recomendando a sus funcionarios que hagan lo mismo. Los emperadores no regatearon tampoco los dones y los edificios en favor de esta provincia; y aunque la mayor parte de estos favores se derramasen sobre Atenas, Adriano construyó un gran acueducto para la población de Corinto y Antonino Pío el hospital de Epidauro.

Sin embargo, el trato tan considerado que se daba a los griegos en general y la especial benevolencia que el gobierno imperial dispensaba a la verdadera Hélade, a la que en cierto sentido se consideraba, al igual que Italia, como la verdadera metrópoli del imperio, no beneficiaron gran cosa ni al régimen ni al país. El cambio anual de los funcionarios superiores y la endeble fiscalización por parte del poder central hacían que todas las provincias senatoriales, en aquello en que se hallaban sometidas a la acción de los gobernadores, sintiesen más la opresión que los beneficios de un gobierno unita-

rio, sensación que crecía a medida que disminuía el volumen de las provincias o aumentaba su pobreza. Estos males se hicieron tan patentes ya bajo el propio Augusto, que uno de los primeros actos de gobierno de su sucesor fue el de asumir el gobierno directo tanto de Grecia como de Macedonia, con carácter provisional según se decía, pero en realidad para todo el tiempo que duró su reinado. El emperador Claudio, al subir al trono, restableció el orden anterior, medida sin duda muy constitucional, pero poco sabia. Desde entonces no se introdujo en esto ninguna modificación y Acaya fue regida por funcionarios elegidos por sorteo y no nombrados desde arriba, hasta que esta forma de administración desapareció en absoluto.

Atenas

Pero aún era mucho peor el gobierno de los municipios de Grecia exentos del régimen de los gobernadores. La intención de favorecer a estos municipios eximiéndolos de tributos y reclutas y reduciendo en la medida de lo posible la restricción de sus derechos soberanos, traducíase prácticamente, por lo menos en muchos casos, en el resultado contrario. La insinceridad intrínseca de las instituciones se vengaba. Es posible que en los municipios menos privilegiados o mejor gobernados cumpliese sus fines la autonomía municipal; no nos consta, por lo menos, que la situación de Esparta, Corinto o Patras fuese tan mala. Pero Atenas no estaba hecha, desde luego, para gobernarse a sí misma, y ofrece el espectáculo aterrador de una comunidad mimada por los altos poderes y degradada tanto en lo financiero como en lo moral. Desde el punto de vista jurídico esta ciudad habría debido atravesar por una situación floreciente. Aunque los atenienses no consiguieron unir a la nación bajo su hegemonía, Atenas es, como lo fue Italia, la única ciudad de Grecia que logró la total unificación territorial del país; una comarca propia como era la Ática, de unas 40 millas cuadradas de extensión, no llegó a

poseerla ningún otro municipio de la Antigüedad. Pero además los atenienses siguieron siendo dueños de los territorios que poseían antes fuera de la Ática, lo mismo después de la guerra de Mitrídates, por una gracia especial de Sila, que a raíz de la batalla de Farsalia, en la que se pusieron al lado de Pompeyo, por especial concesión de César; éste se limitó a preguntarles hasta cuándo iban a seguir hundiéndose a sí mismos, para dejar que la fama de sus antepasados los salvase. La ciudad de Atenas seguía siendo dueña, no solamente de los terrenos que antes pertenecieran a la ciudad de Haliarte, en Beocia, sino también de la isla de Salamina delante de sus propias costas, punto de partida de su antigua dominación marítima, de las productivas islas de Sciros, Lemnos e Imbros en el mar de Tracia y de las de Delos en el mar Egeo, si bien esta isla, desde la caída de la república, había dejado de ser el emporio central del comercio con el Oriente, una vez que el tráfico se desvió de allí a los puertos del litoral oeste de Italia, lo que representaba una irreparable pérdida para los atenienses. Es cierto que de las otras concesiones que habían sabido arrancar a Marco Antonio, Augusto, en contra del cual tomaron partido, les había retirado la isla de Egina y la ciudad de Eretria en Eubea, pero pudieron seguir reteniendo las islas menores del mar de Tracia, Icos, Péparetos y Esciatos, y además la de Ceos, delante de la punta de Sunion; y, por si esto fuera poco, Adriano les concedió la mayor parte de la isla de Cefalonia, en el mar Jónico. Fue bajo el reinado de Septimio Severo, que no tenía en gran estima a los atenienses, cuando perdieron una parte de estas posesiones extranjeras.

Adriano concedió, además, a Atenas el suministro de una determinada cantidad de trigo a costa del imperio y, al extender a ella este privilegio reservado hasta entonces a la capital imperial, le reconocía en cierto modo rango de metrópoli. También la benéfica institución de las fundaciones de alimentos, de que Italia disfrutaba desde Trajano, fue hecha extensiva por Adriano a los atenienses, regalándoles segura-

mente de su peculio particular los fondos necesarios para sostenerla. El acueducto consagrado asimismo por este emperador a su amada Atenas no se terminó hasta después de su muerte, bajo el reinado de Antonino Pío.

A esto hay que añadir la afluencia de viajeros y estudiosos y el número cada vez mayor de fundaciones conferidas a esta ciudad por los grandes romanos y los príncipes extranjeros.

Pues bien, a pesar de todo esto, el municipio de Atenas estaba siempre entrampado. No sólo se negociaba a toma y daca con el derecho de ciudadanía, pues esto era usual en todas partes, sino que se ejercía con él un tráfico repugnante, al mejor postor, lo que obligó a Augusto a tomar cartas en el asunto, prohibiendo aquel escándalo. El consejo de la ciudad acordaba a cada paso vender tal o cual isla de sus posesiones, y no siempre se encontraba un hombre rico y dispuesto a sacrificarse como Julio Nicanor, que bajo Augusto compró para devolver a los atenienses en bancarrota la isla de Salamina, generosidad que el consejo de Atenas premió concediéndole el título honorífico de "nuevo Temístocles" y, de propina, puesto que además de ser rico hacía versos, el de "nuevo Homero", lo que le valió verse cubierto, al igual que los nobles consejeros, con las mofas bien merecidas del público.

Los magníficos edificios con que Atenas siguió embelleciéndose eran todos sin excepción regalos de extranjeros, entre otros de los ricos reyes Antíoco de Comágene y Herodes de Judea, pero sobre todo del emperador Adriano, que fundó en las márgenes del Ilisos una "nueva ciudad" *(novae Athenae)* y levantó en Atenas, entre otros innumerables edificios, el Panhelenion, la maravilla del mundo, terminando además, dignamente, siete años después de comenzado, el mayor de todos los que hoy se conservan, el gigantesco Olympieion, iniciado por Pisístrato, con sus 120 columnas, algunas de las cuales siguen aún en pie.

En sus arcas esta ciudad no tenía dinero, ya no para los muros de su puerto, que ahora eran realmente superfluos, sino ni siquiera para el puerto mismo. En tiempo de Augusto

el Pireo era una aldea insignificante de unas cuantas casas, visitada tan sólo por los talleres de pintura instalados en los pórticos del templo. Comercio e industria apenas quedaban ya en Atenas; la única industria floreciente, tanto para la ciudad en su conjunto como para cada uno de sus vecinos, era la mendicidad.

Pero había algo más que los apuros financieros. El mundo podía disfrutar de paz, pero no las calles ni las plazas de Atenas. Todavía reinando Augusto estalló dentro de sus muros una insurrección de tales proporciones que el gobierno romano tuvo necesidad de intervenir contra la ciudad, a despecho de su autonomía. Y aunque un evento de esta naturaleza no pasase de ser un hecho aislado, los motines en las calles con motivo del precio del pan o por causas aún más insignificantes, estaban allí a la orden del día. Claro está que en muchas otras ciudades libres de las que se habla menos que de Atenas no andarían las cosas mucho mejor.

Entregar ilimitadamente en manos de municipios así gobernados la justicia penal no parecía posible; y, sin embargo, las ciudades como Atenas y Rodas, autorizadas para pactar federaciones internacionales, tenían jurídicamente jurisdicción criminal propia. Cuando el areópago ateniense, en la época de Augusto, se negaba a eximir de su pena a un griego condenado por falsificación y por el cual intercedía un romano noble, estaba seguramente en su derecho; en cambio, cuando las autoridades de Cyzique, bajo Tiberio, encarcelaban a ciudadanos romanos y las de Rodas, bajo Claudio, llegaban incluso a crucificarlos, incurrían en una transgresión jurídica formal, y uno de estos hechos fue el que, en tiempo de Augusto, costó su autonomía a los tesalónicos. La debilidad o la ausencia de poder no excluyen las insolencias y los abusos, y no es raro que los súbditos débiles se aventuren a cometerlos al socaire precisamente de aquella situación. Con todo el respeto debido a los grandes recuerdos del pasado y a los pactos jurados del presente, cualquier gobierno concienzudo tenía que ver en estos estados libres lo que en realidad

eran: una brecha abierta en el orden jurídico general, ni más ni menos que el derecho de asilo de los templos, mucho más consagrado por los siglos.

Por fin el gobierno tomó cartas en el asunto y sometió la economía y las finanzas de estas ciudades libres a la alta fiscalización de funcionarios nombrados por el emperador, que en un principio, por no herir susceptibilidades, se llamaron comisarios extraordinarios para "corregir las deficiencias que se adviertan en las ciudades libres" y que más tarde ejercen sus funciones como titulares, con el nombre de "correctores", derivado de aquel eufemismo. Los orígenes de esta institución se remontan, hasta donde pueden seguirse, a la época de Trajano; en Acaya los encontramos en el siglo III ya como funcionarios permanentes. En ninguna parte del imperio romano se introducen tan pronto como aquí estos funcionarios que actúan al lado de los procónsules y que son designados por el propio emperador, ni en ninguna los vemos tampoco convertidos en cargos permanentes tan temprano como en la Acaya, la mitad de cuyos municipios tenían rango de ciudades libres.

Nacionalismo helénico

El sentimiento de amor propio de los helenos, legítimo de por sí y alentado por la actitud del gobierno romano y, más aún, por la del público romano, y la conciencia de su supremacía espiritual, fomentaban en Grecia un culto por el pasado que era una mezcla de fidelidad a los recuerdos de tiempos más grandes y más felices y de empeño barroco de querer volver atrás la rueda de la historia, encuadrando una civilización ya madura dentro del marco de sus orígenes, en parte muy primitivos. Los griegos de la verdadera Hélade se negaron siempre en absoluto a aceptar los cultos extranjeros, con la única excepción del culto de las divinidades egipcias, principalmente de la diosa Isis, aclimatado ya desde antiguo a través de las relaciones comerciales con el Egipto. La vieja

religión del país no ampara la fe interior, de la que las gentes de esta época se han desentendido hace ya mucho tiempo,[5] pero como a esta religión van vinculados el modo nacional de ser y los recuerdos del pasado, los griegos no sólo se aferran a ella tercamente sino que, con el tiempo y gracias en parte a un fenómeno de repristinación erudita, la religión tradicional va haciéndose cada vez más rígida y más rutinaria, se convierte cada vez más en patrimonio de los estudiosos.

Otro tanto acontece con el culto genealógico, en el que los helenos de esta época hacen maravillas, dejando muy atrás a los mismos romanos, tan orgullosos de su nobleza. En Atenas desempeña un papel preponderante, en la reorganización de las fiestas eleusinas, bajo Marco Aurelio, el linaje de los eumólpidas. El hijo de aquel emperador, Cómodo, confirió al jefe del linaje de los ceryces el derecho de ciudadanía romana, y de él descendía el valiente y culto ateniense que, casi un Tucídides, peleó contra los godos y escribió después la historia de esta guerra. El profesor y consular Herodes Ático, contemporáneo de Marco Aurelio, pertenecía al mismo linaje, y el poeta cortesano de este emperador le ensalza en sus versos, diciendo de él que el nobilísimo ateniense, descendiente de Hermes y de Herse, la hija de Cecrop, merecía haber calzado la sandalia roja del patriciado romano; otro de sus panegiristas en prosa lo enaltece como eácida y, al mismo tiempo, como descendiente de Milcíades y Cimón. Pero, en esto, Esparta llegaba aún mucho más allá que Atenas; no es raro encontrarse con espartanos que se jactan de descender de los dióscuros, de Hércules, de Poseidón y de contar en su familia con cuarenta y más generaciones de sacerdotes hereditarios de aquellos excelsos antepasados. Es característico que este afán de nobleza no empiece a manifestarse, fundamentalmente, hasta fines del siglo II. Los que tanto en Atenas como en Esparta se dedicasen al arte de la heráldica y trazasen estos árboles genealógicos no emplearían, segura-

mente, la balanza del aurífice para pesar las pruebas que sus clientes les aportasen.

Lo malo de la existencia helénica era la limitación de su horizonte: las altas ambiciones carecían de una meta digna; por eso se imponían las ambiciones mezquinas y envilecedoras. También en la Hélade existían familias nativas de gran riqueza e influencia en el país. Y aunque el país era en general pobre, había casas dotadas de una gran hacienda inmueble y rodeadas de un viejo y firme bienestar. En Esparta, por ejemplo, la casa de un Lajares ocupó desde los tiempos de Augusto hasta la época de Adriano por lo menos un rango que no diferiría mucho, en la práctica, del que pudiesen ocupar las casas de los príncipes. Lajares había sido mandado ejecutar por Marco Antonio, acusado de extorsión. A cambio de ello, su hijo Euricles era uno de los más entusiastas partidarios de Augusto y fue uno de los más valientes capitanes que tomaron parte en aquella batalla naval decisiva en la que por poco cae prisionero el general vencido. Como premio a sus hazañas el vencedor, aparte de otros dones, le entregó en propiedad privada la isla de Cytere (Cérigo). Más tarde había de desempeñar un papel muy destacado y no siempre impecable tanto en su patria, donde tuvo al parecer una autoridad permanente, como en las cortes de Jerusalén y Cesárea, ayudado en gran parte por el prestigio que ante los orientales tenían los espartanos. Después de comparecer repetidas veces ante el tribunal del imperio para dar cuenta de sus actos, fue por fin condenado y enviado al destierro. La muerte vino oportunamente a librarlo de las consecuencias de esta condena, pasando a recoger su fortuna y también, en lo esencial aunque en forma más cauta, el poder del padre, su hijo Lacon.

En Atenas existía, a su vez, la importante familia de aquel Herodes al que nos hemos referido más atrás, cuyo linaje podemos seguir a través de cuatro generaciones hasta la época de César; contra el abuelo de Herodes, al igual que contra el espartano Euricles, se dictó pena de confiscación por los ex-

cesos cometidos en el ejercicio de su gran poder. Los inmensos latifundios que el nieto poseía en un país tan pobre como el suyo y los extensos terrenos dilapidados en levantar monumentos funerarios a quienes sostenía para sus placeres, llegaron a indignar incluso al gobernador romano.

Familias poderosas de éstas existían probablemente en la mayoría de las comarcas de la Hélade; su voto era, por regla general, el que decidía en los consejos de la provincia, y poseían también relaciones e influencia en Roma. Pero si bien estos griegos de alta alcurnia difícilmente tropezarían con aquellas barreras jurídicas que excluían a los galos y a los alejandrinos del Senado del imperio aunque gozasen de la ciudadanía romana, ya que los emperadores abrieron de par en par a los helenos, jurídicamente, las puertas de la misma carrera política y militar que se abría ante los itálicos, es lo cierto que, en la práctica, aquéllos no entraron al servicio del Estado hasta muy tarde y en escaso número, bien porque el gobierno romano de los primeros tiempos del imperio no viese con buenos ojos a los griegos por su condición de extranjeros, bien porque ellos mismos se sintiesen reacios a abrazar esta carrera que los obligaba a trasladarse a Roma y prefiriesen ser los primeros en su casa a perderse entre el tropel de los senadores de la capital. De la familia de Lajares, el primero que entró en el Senado romano fue su biznieto Herculano, bajo Trajano, y de la de Herodes de Atenas probablemente el padre de éste, por la misma época.

Perspectivas de los griegos dentro del imperio

La otra carrera que se abría también en tiempos del imperio, la del servicio personal del emperador, podía dar asimismo, en los casos favorables, riqueza e influencia, y fue abrazada por los griegos antes y con mayor frecuencia que aquélla. Pero como la mayoría de estos puestos, y los más importantes, iban aparejados en realidad al rango de oficial del ejército, de hecho también en esta carrera existía al parecer

una primacía por parte de los itálicos, sin que los griegos pudiesen progresar en ella, al menos por la vía directa. Sin embargo, en puestos secundarios los griegos participaron siempre y en gran número en el servicio de la corte, habiendo llegado no pocas veces, por vía indirecta, a cargos de confianza y de influencia, si bien en realidad las personas que los escalaban procedían más bien de países helenizados que de la misma Hélade, y nunca o casi nunca de las mejores familias helénicas. Evidentemente el imperio romano sólo abría un radio de acción muy limitado para las legítimas ambiciones de los jóvenes de estirpe y fortuna, cuando estos jóvenes eran griegos.

Les quedaba su patria, y el laborar en ella por el bien común era, indudablemente, un deber y un honor. Pero eran aquéllos deberes muy modestos y honores más modestos aún. "Vuestra misión —sigue diciendo Dion a los rodios— es otra que la de vuestros antepasados. Ellos podían desarrollar sus capacidades en muchas direcciones, aspirar al poder, asistir a los oprimidos, ganar aliados, fundar ciudades, guerrear y vencer; nada de eso podéis hacer vosotros ya. No os queda sino el regentar vuestras casas, el gobernar vuestra ciudad, el conferir honores y condecoraciones con tacto y mesura, el tomar asiento en el consejo y en los tribunales, el rendir culto a los dioses y celebrar las fiestas; y en todo ello podéis distinguiros sobre otras ciudades. Tampoco son cosas despreciables el comportarse decorosamente, cuidar el cabello y la barba, saber andar con compostura por la calle, de modo que el extranjero vaya perdiendo la costumbre de correr, saber llevar el traje adecuado, por ridículo que parezca, el estrecho y discreto ribete de púrpura, no meter ruido en el teatro y aplaudir mesuradamente: todo esto constituye el honor de vuestra ciudad y es aquí, más que en vuestros puertos y muros y diques, donde se muestran las buenas y viejas esencias helénicas y donde aun el bárbaro que ignora el nombre de la ciudad advierte que pisa suelo de Grecia y no de Siria o de Cilicia." Y todo esto era cierto. Pero si ahora ya no se

exigía del ciudadano que muriese por la ciudad que era su patria, cabía preguntarse si merecía realmente la pena seguir viviendo para ella.

Hay un estudio de Plutarco sobre la posición que en su tiempo ocupaban los funcionarios municipales griegos, en el que examina este tema con aquella justeza y aquella circunspección que lo caracterizaban. Seguía existiendo la vieja dificultad de conseguir una buena gestión de los negocios públicos por medio de la mayoría, con vecinos como aquéllos, volubles e inseguros, con frecuencia más atentos a su propio provecho que al interés de la comunidad y con asambleas municipales tan numerosas: los consejeros del municipio de Atenas, por ejemplo, eran, al principio de la época del imperio, 600, luego 500 y más tarde 750. Es deber del ciudadano honesto —dice Plutarco— evitar que el "pueblo" cometa desafueros contra el individuo, que se apropie indebidamente los bienes privados, que distribuya entre sí los bienes colectivos, misión que no contribuye precisamente a facilitar el hecho de que el funcionario no disponga para cumplirla de otros medios que la exhortación persuasiva y el arte del demagogo y el que se le recomiende que no sea demasiado arisco en las pequeñas cosas y que si se propone hacer un pequeño obsequio a los vecinos para celebrar una fiesta de la ciudad no se atraiga la antipatía de la gente por semejante pequeñez. Por lo demás, la situación había cambiado totalmente, y el funcionario tenía que saber desenvolverse dentro de las nuevas circunstancias. Ante todo, debe tener presente él mismo y hacérselo comprender en todo momento a sus conciudadanos que los helenos son ahora un pueblo impotente. La libertad de las ciudades llega hasta donde los que mandan quieren que llegue, y cualquier exceso sería peligroso. Cuando Pericles vestía el traje de su magistratura, solía gritarse a sí mismo que no debía olvidar que se le había puesto allí para mandar a hombres libres y a griegos; hoy, el funcionario debe decirse que manda a las órdenes del que manda, en una ciudad gobernada por los procónsules y los

procuradores y que no puede ni debe ser otra cosa que el órgano del gobierno, que bastaría con un plumazo del gobernador para echar por tierra todos sus decretos. Por eso es deber de todo buen funcionario mantenerse en buena armonía con los romanos y, a ser posible, establecer relaciones con gentes influyentes de Roma para servir con ellas a su patria. Es cierto que el hombre de rectas intenciones que esto escribe precave encarecidamente a sus conciudadanos contra el servilismo; en caso necesario, el funcionario debe saber enfrentarse valientemente con el gobernador y no hay servicio más alto que el de defender resueltamente ante el emperador, en Roma, cuando estos conflictos surjan, los intereses de la propia comunidad. Plutarco censura con energía, y es éste un rasgo elocuente de su escrito, la conducta de aquellos griegos que —al igual que en los tiempos de la federación acaya— invocan a cada paso la intervención del gobernador romano para dirimir sus pleitos locales y exhorta de un modo apremiante a ventilar los asuntos municipales, como sea, dentro del propio municipio antes que ponerse mediante la apelación, no tanto en manos de la autoridad superior, como en las de los abogados y gentes de leyes que la rodean.

Son todos consejos razonables y patrióticos, tan razonables y patrióticos como lo fuera en su tiempo la política de Polibio, que el autor invoca también expresamente. En esta época de completa paz mundial, en que no había ni allí ni en parte alguna guerras griegas ni guerras de bárbaros, en que habían pasado ya a la historia los mandos de las ciudades y los pactos de paz y las alianzas concertados por ellas, estaba muy puesto en su punto el consejo de dejar Platea y Maratón a los maestros de escuela y no calentar las cabezas de la Ekklesia con palabras grandes como aquéllas, sino contentarse con vivir en el estrecho círculo de la libertad de movimientos que aún se disfrutaba. Pero no es la razón sino la pasión la que gobierna al mundo. El ciudadano helénico de estos tiempos podía seguir desempeñando sus deberes para con la patria, pero en esta Hélade, fuera tal vez de la mesa de escrito-

rio, no había ya sitio para aquella auténtica ambición política que pugna siempre por lo grande, para la pasión de un Pericles o un Alcibíades, y en el páramo que así se abría crecían las hierbas venenosas que, allí donde se ahogan las grandes aspiraciones, hieren el pecho del hombre y emponzoñan el corazón humano.

Los juegos helénicos

Por eso Grecia es en esta época la patria de la ambición degenerada y sin rumbo, lo que entre los muchos graves daños que la decadencia de la antigua civilización lleva aparejada es tal vez el más generalizado y sin duda uno de los más funestos. Se destacan aquí en primer plano las fiestas populares, con su pugilato de premios. Las rivalidades olímpicas encuadraban bien, indudablemente, en el pueblo de los helenos, cuando era un pueblo joven; el torneo general de los gimnastas escogidos por las distintas nacionalidades y ciudades griegas y la corona tejida de ramas de olivo que ceñía las sienes del mejor de los corredores, designado por el fallo de los "jueces de la Hélade", era la expresión inocente y sencilla de la unidad de la joven nación. Pero pronto la evolución política vino a ensombrecer aquella luz de aurora. Ya en los días de la liga marítima ateniense y más aún en los de la monarquía de Alejandro era cada fiesta helénica un anacronismo, un juego de chicos para hombres. El que el poseedor de aquella corona de olivo fuese considerado, por lo menos ante sí mismo y ante sus conciudadanos, como el primer hombre de la nación, era algo así como si en Inglaterra se pretendiera equiparar a los vencedores de las regatas de estudiantes a un Pitt o a un Beaconsfield. La expansión de la nación helénica por los caminos de la colonización y la helenización encontraba su expresión justa en este imperio quimérico de la corona de olivo, símbolo de una unidad ideal y de una desintegración real. Y la realista política griega de la época de los diádocos se preocupó muy poco, como era justo, de ese reino

ideal. Pero cuando el imperio romano asimiló a su modo la idea panhelénica y los romanos se subrogaron en los derechos y los deberes de los helenos, la ciudad de Olimpia siguió siendo o pasó a ser el verdadero símbolo de la Panhélade romana. No en vano aparece bajo Augusto el primer olimpiónico romano, que es nada menos que el hijastro del emperador, llamado a serlo él mismo: Tiberio.

El espurio desposorio del panhelenismo con el demonio del juego convirtió estas fiestas en una institución tan poderosa y perdurable como dañina en general, y en especial para la Hélade. Todo el mundo helénico y helenizante tomaba parte en ellas, enviando sus delegaciones e imitándolas; por todas partes brotaban fiestas parecidas, destinadas al mundo griego en su totalidad, y el entusiasmo con que las grandes masas las seguían, el interés general por los diversos púgiles, el orgullo del vencedor y el de sus amigos y su patria, hacían que casi se olvidase aquello por lo que realmente se peleaba.

El gobierno romano no sólo daba libre curso a estos torneos y pugilatos, sino que el mismo imperio tomaba parte en ellos; el derecho a recibir solemnemente al vencedor en su ciudad natal no dependía, en la época del imperio, de la libre voluntad de los vecinos de ella, sino que era conferido por privilegio especial a las distintas instituciones lúdicas, en cuyo caso corría también a cargo del erario público del imperio el pago de la pensión anual asignada al vencedor (σίτησιζ), con lo cual aquellas instituciones, por lo menos las más importantes de ellas, convertíanse en verdaderas instituciones jurídicas.

Los juegos no se adueñaron solamente del imperio, sino que se extendieron a todas las provincias. Pero la verdadera Grecia seguía siendo el centro ideal de estos combates y victorias; era aquí donde tenían su patria, junto al río Alfeo; allí estaba la sede de las más antiguas imitaciones, de los juegos píticos, ístmicos y nemeos, heredados de la gran época de la Hélade y glorificados por sus poetas clásicos, y de toda otra serie de fiestas de alcurnia menos antigua pero ricamente do-

tadas, como las euricleas, fundadas bajo Augusto por aquel señor de Esparta del que hemos hablado en otro sitio, las panateneas atenienses, las panhelénicas, que se celebraban también en Atenas y que Adriano dotó con una munificencia verdaderamente imperial. Podrá parecernos sorprendente que el mundo entero del vasto imperio pareciese girar en torno a estos torneos, pero no así que los helenos se emborrachasen con este extraño filtro encantado y que la tranquila vida política que sus mejores hombres les aconsejaban se viese trastornada del modo más dañino por las coronas, las estatuas y los privilegios conferidos a los púgiles vencedores.

Cargos y honores municipales

Rumbo semejante a éste llevaban las instituciones municipales, en todo el imperio indudablemente, pero sobre todo en la Hélade, que también en esto se llevaba la palma. Cuando todavía estas ciudades sabían lo que eran las grandes metas y la ambición del hombre, el afán por ocupar los cargos municipales y aspirar a los honores conferidos por los municipios era, lo mismo en la Hélade que en Roma, el centro de la emulación política, de la que al lado de muchas cosas vacuas, ridículas y malignas, salieron también las obras más grandes y más nobles. En los tiempos de que hablamos había desaparecido el fruto, pero quedaba la cáscara. En el Panopeo, lugar situado en la Fócida, podían faltar los techos en las casas y vivir los vecinos en cabañas, pero aquel lugar seguía siendo, a pesar de todo, una ciudad, más aún, un Estado, y en el desfile de los municipios de la Fócida no faltaban nunca los panopeos. Aquellas ciudades mantenían con sus empleos y sus cargos sacerdotales, con los decretos de encomio proclamados a gritos de heraldos y los lugares de honor en las asambleas públicas, con la púrpura y la diadema, con las estatuas a pie y a caballo, un tráfico de vanidades y de dinero mucho peor que el que pueda mantener el más pequeño de los príncipes de bolsillo de nuestros días con sus títulos y condecora-

ciones. No dudamos que en estas cosas habría también verdaderos méritos y actos de legítima gratitud; pero, por lo general, eran negocios de toma y daca o, para decirlo con palabras de Plutarco, transacciones como las de la cortesana con sus clientes. Y así como hoy la munificencia de los particulares conduce en grado positivo a la condecoración y en grado superlativo a la nobleza, en aquellos tiempos era el camino que llevaba a la púrpura sacerdotal y al busto sobre un pedestal en la plaza pública; y la conducta del Estado que se dedica a acuñar moneda falsa con sus honores no queda nunca impune.

Las supercherías de los estados de hoy, en esta materia, quedan, lo mismo en lo tocante a cantidad que en cuanto a tosquedad, muy por debajo de las que se empleaban en el mundo antiguo, cosa muy natural puesto que la aparente autonomía de los municipios mal refrenada por el concepto de Estado campaba por sus respetos en estas cuestiones, y las autoridades llamadas a decidir eran casi siempre los mismos vecinos o los consejos de las pequeñas ciudades. Las consecuencias no podían ser más desastrosas para ambas partes: los cargos de los municipios se otorgaban atendiendo más a la solvencia que a la capacidad de los candidatos; los banquetes y los repartos de dinero o de víveres empobrecían no pocas veces a quienes los daban sin enriquecer a quienes los recibían; y estas viciosas prácticas contribuían en abundante medida a alentar la falta de gusto por el trabajo y a precipitar la ruina de las buenas familias. La economía de los municipios salía también notablemente quebrantada de estas pujas de adulaciones. Es cierto que los honores con que los municipios premiaban la generosidad de sus bienhechores se atenían en gran parte al mismo razonable principio de la baratura que hoy rige la concesión de análogos favores decorativos, y que cuando no sucedía así, el propio mecenas se mostraba generalmente dispuesto a pagar de su bolsillo, por ejemplo, la estatua que se le había de erigir. Pero no puede decirse lo mismo de los honores que las ciudades conferían a

los extranjeros de cierto rango, y sobre todo a los gobernadores, a los emperadores y los miembros de la casa imperial. Aunque la tendencia de la época a valorar aun los homenajes puramente formales u obligados no influyese en la corte imperial y en los senadores romanos con la misma fuerza que en los círculos de las ambiciones propias de las pequeñas ciudades, no por ello dejaba de sentirse también aquí de un modo bastante acusado.

Como es lógico, los honores y los homenajes fueron multiplicándose con el tiempo, a medida que perdían valor por el uso y también conforme iban bajando de nivel las personalidades gobernantes o interesadas en el gobierno. Fácilmente se comprende que en estos negocios era siempre mayor la oferta que la demanda y que quienes apreciaban en lo que valían aquellos honores veíanse obligados a declinarlos para que no les abrumasen con ellos, lo que sucedía con bastante frecuencia,[6] aunque no siempre de un modo consecuente; un ejemplo positivo es el de Tiberio, entre cuyos títulos de gloria tal vez sea justo contar el pequeño número de estatuas que le fueron erigidas. Los gastos originados por la erección de monumentos conmemorativos, los cuales excedían muchas veces las proporciones de una simple estatua, y de las embajadas y diputaciones honoríficas,[7] eran un verdadero cáncer en los presupuestos municipales de todas las provincias, y siguieron siéndolo cada vez más. Pero seguramente ninguna gastaba estérilmente en estas atenciones sumas tan grandes, si las comparamos con su pequeña capacidad de rendimiento, como la provincia helénica, cuna de los honores municipales como de los homenajes a los vencedores en las fiestas olímpicas y a la que nadie podía disputar en esta época una primacía: la de la humildad de sus servidores y la capacidad de homenaje de sus súbditos.

Situación económica de Grecia

¿Hace falta decir, después de todo lo expuesto, que la situación económica de Grecia dejaba mucho que desear? El país, en su conjunto, es de una fertilidad bastante escasa, las tierras labrantías no son muy extensas, la viticultura, en el continente, tenía una importancia relativa, siendo mayor la del cultivo del olivo. Las canteras de los famosos mármoles, lo mismo las del brillante mármol blanco de la Ática que las del mármol verde de Caristos, al igual que otras parecidas a ellas, pertenecían a los dominios del imperio, por lo cual su explotación, realizada mediante esclavos imperiales, aprovechaba poco a la población del país.

La más industriosa de las regiones griegas era la de Acaya, donde se mantenía en pie la fabricación de telas de lana, existente desde antiguo, y donde en la ciudad de Patras, sin duda bien poblada, numerosas hilanderías trabajaban el fino lino de Elis, convirtiéndolo en trajes y redecillas para el pelo.

Las artes y el artesano seguían siendo todavía ahora el dominio preferente de los griegos, y de las grandes cantidades de mármol principalmente pentélico consumido por la época del imperio, hay que suponer que una parte no pequeña se trabajaría sobre el terreno. Sin embargo, los griegos ejercían ambas clases de actividades en el extranjero principalmente; en esta época se habla poco de la exportación de los productos de arte helénico, que tan importante llegó a ser en otros tiempos.

El tráfico más intenso de Grecia afluía a la ciudad de los dos mares, Corinto, metrópoli común a todos los helenos en la que los extranjeros pululaban constantemente, como la describe un orador. En las dos colonias romanas de Corinto y Patras, y además en Atenas, llena siempre de extranjeros deseosos de ver y aprender, se concentraba el más importante comercio bancario de las provincias, que lo mismo bajo el imperio que bajo la república estaba casi todo él en manos de itálicos allí residentes.

Los comerciantes romanos residentes formaban también corporaciones propias al lado de los vecinos en plazas de se-

gundo rango como Argos, Elis y Mantinea, en el Peloponeso. En Acaya se hallaban en decadencia, con carácter general, la industria y el comercio, sobre todo desde que Rodas y Delos habían dejado de ser escala obligada para el comercio de tránsito entre Asia y Europa, desplazándose éste a los puertos de Italia. Se había puesto coto a la piratería y los caminos eran también, sin duda, relativamente seguros,[8] pero esto no hizo que retornasen los felices tiempos del pasado. Ya hemos aludido más arriba al abandono del puerto de Pireo; era un acontecimiento ver entrar en él, desorientado, a uno de los grandes barcos trigueros egipcios. Asimismo yacía abandonado Nauplia, el puerto de Argos, que era, después de Patras, la ciudad marítima más importante de todo el Peloponeso.[9]

Así se explica que durante la época del imperio apenas se hiciese nada por conservar y aumentar los caminos y calzadas en esta provincia. Sólo en las inmediaciones de Patras y Atenas se han descubierto piedras miliares romanas, procedentes además de los emperadores de fines del siglo III y del siglo IV. Se ve que los anteriores gobiernos habían renunciado a fomentar las comunicaciones en este país. Sólo Adriano emprendió, por lo menos, la obra de convertir en una calzada transitable, mediante enormes diques sobre el mar, el camino tan importante como corto que unía a Corinto con Megara, por el peligroso paso de los arrecifes escirónicos.

El plan, concebido por el dictador César y desde hacía tanto tiempo convenido, de abrir a la navegación el istmo de Corinto, no fue abordado hasta más tarde, primero por el emperador Calígula y luego por Nerón. Este último llegó incluso a visitar las obras del canal durante su estancia en Grecia y puso a trabajar en ellas durante una serie de meses a 6 mil prisioneros de guerra judíos. Al reanudar en nuestros días los trabajos para la apertura de este istmo, descubriéronse restos importantes de aquellas obras, los cuales demuestran que estaban ya bastante avanzadas cuando se interrumpieron, probablemente no tanto como consecuencia de la re-

volución que poco después estalló en el Occidente como porque, lo mismo que ocurrió en el canal de Egipto, semejante a éste, se temió, por haberse equivocado los ingenieros al calcular el nivel de los dos mares, que las aguas, al juntarse, cubriesen la isla de Egina y causasen otros destrozos. Indudablemente este canal, de haber llegado a terminarse, habría acortado las distancias entre Asia e Italia, pero no habría beneficiado preferentemente a Grecia.

[1] Seguían celebrándose las reuniones en Delfos y en las Termópilas y también, naturalmente, los juegos píticos con el correspondiente reparto de premios por el colegio de los anfictiones; a este organismo compete la administración de "los intereses y rentas" del templo, que emplea por ejemplo en crear una biblioteca en Delfos o en levantar también allí estatuas.

[2] Nada da una idea más clara de la situación de los griegos en el último siglo de la república romana que el escrito dirigido por uno de estos gobernadores al municipio de Dyme, en la Acaya. En vista de que este municipio se había dado leyes que contravenían a la libertad concedida a los griegos con carácter general y a la ordenación que los romanos establecieron para la Acaya —con motivo de las cuales se habían producido, es cierto, algunos desórdenes—, el gobernador comunica al municipio que ha hecho ejecutar a los dos instigadores del movimiento y desterrado a Roma a otro, menos culpable que aquéllos.

[3] No obstante, los literatos helénicos seguían guardando gratitud a su colega y protector. En la novela de Apolonio (5, 41), el gran sabio de la Capadocia niega a Vespasiano el honor de su compañía por haber convertido a los helenos en esclavos cuando estaban en camino de volver a hablar en jónico y en dórico, y le escribe diversos billetes de una deliciosa grosería. Un hombre de Soloi que, después de romperse el cuello, volvió a la vida y que pudo ver entre tanto todo lo que siglos más tarde habría de contemplar el Dante, refiere que se encontró con el alma de Nerón en la que los obreros del juicio final habían metido clavos de fuego y que estaban a punto de convertir en una víbora; pero en esto se oyó una voz celestial que protestaba y pedía que se convirtiese a aquel hombre en una bestia menos repugnante, en gracia a que en la tierra había sido amigo de los helenos (Plutarco, *de sera num. vind.,* X, hacia el final).

[4] Indudablemente, con estas palabras Plutarco (*de defectu orae,* 8) no quiere decir que Grecia no estuviera en condiciones de poner sobre las armas 3 mil hombres, sino que suponiendo que se formasen ejércitos cívicos del tipo antiguo no podría reclutar 3 mil "hoplitas". Así interpretadas, sus palabras pueden considerarse tal vez como ciertas, en la medida en que lamentaciones generales como ésta pueden responder a la verdad. El número de municipios de esta provincia ascendía, aproximadamente, a cien.

[5] Se aconseja a los funcionarios, aun a los cultos, es decir, a los librepensadores, que vinculen a las fiestas religiosas las mercedes que quieran hacer, pues de este modo se fortalece la fe de la masa, la cual ve que también la gente distinguida de la ciudad se preocupa del culto de los dioses e incluso lo subvenciona (Plutarco, *praec. ger. reip.* 30).

[6] El emperador Calígula, por ejemplo, rehúsa en su escrito a la asamblea de Acaya el "gran número" de estatuas votadas en su honor y se contenta con las cuatro de Olimpia, Nemea, Delfos y el istmo. La misma asamblea acordó erigir una estatua al emperador Adriano en cada una de sus ciudades, de las cuales se ha conservado el pedestal de la de Abea, en Mesenia. Estos homenajes se hallaron siempre sujetos al requisito de la autorización imperial.

[7] En la revisión de las cuentas de la ciudad de Bizancio encontró Plinio que se habían votado 12 mil sestercios anuales para los gastos de una diputación especial que habría de transmitir las felicitaciones de año nuevo al emperador y 3 mil sestercios en otra que se enviaría con la misma finalidad al gobernador de la Mesia. Plinio indicó al municipio que en lo sucesivo se limitase a enviar estas felicitaciones por escrito, decisión aprobada por Trajano.

[8] No sabemos nada de que los caminos de Grecia fuesen especialmente inseguros; la insurrección producida en Acaya bajo Antonino Pío (*vita,* 5, 4) aparece completamente oscura, en lo que a su carácter se refiere. Es cierto que el capitán de bandidos desempeña un papel muy destacado en toda la po-

bre literatura de la época —no sólo en la griega—, pero éste es un recurso literario predilecto de los malos novelistas de todos los tiempos. El paraje abandonado que nos describe el fino escritor Dion no es un nido de bandoleros, sino que son las ruinas de una gran hacienda cuyo señor fue condenado por el emperador en virtud de su riqueza y que desde entonces nadie habita. Por lo demás —cosa que no necesita, evidentemente, prueba para los no eruditos—, se revela aquí claramente que este relato tiene de verdadero lo que suelen tener la mayoría de las historias en que quien las relata empieza diciendo que las oyó de boca de los mismos interesados. Si el hecho de la confiscación fuese en verdad histórico, la finca habría pasado a poder del fisco y no a manos de la ciudad, cuyo nombre, además, se guarda de indicar el autor.

[9] Transcribamos aquí la ingenua descripción de la Acaya hecha por un comerciante egipcio de la época de Constantino: "El país de Acaya, Grecia y Laconia guarda mucha sabiduría, pero es inservible para cualesquiera otras necesidades: es una provincia pequeña y montañosa, que no puede suministrar mucho trigo, aunque produce algo de aceite y la miel ática, y puede ensalzársela más por sus escuelas y su elocuencia que en la mayoría de los demás aspectos. Sus ciudades son Corinto y Atenas. Corinto tiene mucho comercio y un gran edificio, el anfiteatro; Atenas las imágenes antiguas *(historias antiquas)* y una obra digna de mención, la ciudadela, donde se levantan muchas estatuas que representan maravillosamente los hechos de guerra de los antepasados *(ubi multis statuis stantibus mirabile est videre dicendum antiquorum bellum).* La Laconia no parece tener más cosa importante que el mármol de Croquea, que suele llamarse mármol lacedemonio". Los barbarismos de estilo no deben imputársele al autor, sino al que hizo la traducción en una época muy posterior.

IX. Los griegos del Asia Menor

Sólo dos nacionalidades activas impulsan el desarrollo histórico del Asia Menor en la época del imperio; ambas desplazadas relativamente tarde a estos territorios: en los comienzos del periodo histórico, los helenos, y durante las turbulencias de la época de los diáconos, los celtas.

La emigración helénica

La marea alta de la emigración helénica se extendió a todas partes, en aquellos tiempos remotos en que fueron navegadas y pobladas por primera vez las costas del Mediterráneo y el mundo empezó a ser repartido entre las naciones progresivas a costa de las rezagadas, pero sobre ningún sitio, ni siquiera sobre Italia y Sicilia, se derramó esta emigración en torrente tan caudaloso como sobre el copioso archipiélago del mar Egeo y las cercanas costas del Asia Menor, tan amables y ricas en puertos. Más tarde los griegos del Asia Menor participaron más activamente que ningún otro pueblo en la ulterior conquista del mundo, ayudando a poblar desde Mileto las costas del mar Negro y desde la Fócida y Cnidos el litoral del mar Occidental.

En el Asia la civilización helénica llegó, indudablemente, a los habitantes del interior, a los misios, a los lidios, a los carios, a los licios, sin que ni siquiera permaneciese ajena a ella la gran potencia persa. Pero, en lo material, los helenos sólo poseían las islas y la estrecha faja de la costa, incluyendo a lo sumo el curso inferior de los ríos más importantes. No les

fue posible, frente a los poderosos príncipes orientales, lograr una conquista continental ni instaurar un poder terrestre propio. Por otra parte, las tierras del Asia Menor, altas y en gran parte poco aptas para el cultivo, no incitaban a la colonización tanto como la costa, y las comunicaciones de ésta con el interior son difíciles. Esto es, sustancialmente, lo que explica por qué los helenos del Asia se quedaron aún más atrás que los de Europa en cuanto a su unificación interior y a su transformación en gran potencia, y por qué se acostumbraron pronto a someterse a los señores del continente. La idea nacional helénica la recibieron de Atenas, con la que sólo se federaron después de la victoria sin estar a su lado a la hora del peligro.

Alejandro, Mitríades y los romanos

Pero lo que Atenas quiso y no pudo conseguir de estos países colocados bajo su égida, lo logró Alejandro. A la Hélade tuvo que vencerla; el Asia Menor, en cambio, sólo vio en el conquistador al libertador. La victoria de Alejandro, en efecto, no sólo aseguró las posiciones del helenismo asiático, sino que le abrió un vasto y casi inmenso porvenir. La colonización del continente que, por oposición a la anterior, circunscrita al litoral, caracteriza esta segunda fase de la conquista del mundo por los helenos, afectó también en una proporción considerable al Asia Menor. Sin embargo ninguno de los puntos nodulares de la nueva floración de estados se centró en las antiguas ciudades griegas de la costa.

La nueva época requería en todo una nueva plasmación y por lo tanto, sobre todo, nuevas ciudades, que fuesen al mismo tiempo residencias de los reyes helénicos y centros de una población que habiendo sido hasta ahora no griega había que encauzar hacia el helenismo. El gran proceso de desarrollo de los estados gira en torno a ciudades fundadas por reyes y de nombre real, como Tesalónica, Antioquía, Alejandría. Con sus señores hubieron de luchar los romanos; la po-

sesión del Asia Menor la obtuvieron en su casi totalidad como se adquiere una finca de un pariente o de un amigo, mediante legado testamentario; y por muy duro que a veces se hiciese a los países así sometidos el gobierno de los romanos, no puede decirse que sintiesen el aguijón de la dominación extranjera. Fue el aqueménida Mitríades quien en el Asia Menor levantó frente a los romanos una oposición nacional, y el desgobierno de éstos el que echó en sus brazos a los helenos; pero éstos, por su parte, jamás llegaron a abordar una empresa semejante.

Los romanos no ordenaron jamás de un modo sistemático el gobierno del Asia Menor; limitáronse a organizar como distritos administrativos romanos los distintos territorios, tal como venían a manos del imperio, sin introducir ninguna modificación esencial en sus fronteras. Los estados legados a Roma por el rey Atalo III de Pérgamo pasan a formar la provincia de Asia; los recibidos también por herencia del rey Nicomedes, la provincia de Bitinia; los arrebatados al rey Mitrídates Eupátor, la provincia del Ponto, fusionada con Bitinia; Cirene, a la que también podemos mencionar aquí, fue recogida por los romanos con arreglo a la última voluntad de su señor. Por idéntico título jurídico adquirió la república la isla de Chipre, al cual hay que añadir, en este caso, la necesidad de reprimir la piratería. Fue esto también lo que sentó las bases para la creación del gobierno de Cilicia; este territorio acabó de pasar a manos de Roma por obra de Pompeyo, al mismo tiempo que el de Siria, y durante el siglo primero ambos se gobernaron conjuntamente.

Todas estas posesiones habían sido adquiridas ya por la república. A ellas se sumaron en la época del imperio una serie de territorios que antes sólo indirectamente pertenecían a Roma: en el año 279 d. R. = 15 a. C., el reino de Galacia, con el que se fusionaron una parte de Frigia y la Licaonia, la Pisidia y la Panfilia; en el año 747 d. R. = 7 a. C., los dominios del rey Deyótaro, hijo de Cástor, que abarcaban la Gangra, en la Paflagonia, y probablemente también Amaseya y otros luga-

res cercanos a ella; en el año 17 d. C., el reino de la Capadocia; en el año 43, el territorio ocupado por la confederación de ciudades de la Licia; en el año 63, el Asia Menor nordoriental, que va desde el valle del Iris hasta la frontera armenia; la Pequeña Armenia y algunos otros principados menores de la Cilicia probablemente bajo Vespasiano. Así fue cómo se implantó en toda el Asia Menor el gobierno directo de Roma.

Creta y Chipre

Entre los dominios de los helenos no europeos se cuentan también las dos grandes islas del Mediterráneo oriental, Creta y Chipre, así como las numerosas islas regadas en el mar Egeo entre Grecia y el Asia Menor. La pentápolis de la Cirenaica, en la costa africana situada frente al mar Egeo, se hallaba tan aislada del interior del continente por el desierto que se extiende en torno que se la puede equiparar en cierto modo a las islas de aquel archipiélago. Sin embargo estos elementos de la inmensa masa de tierras unida ahora bajo el cetro de los emperadores no añaden ningún rasgo esencialmente nuevo a la concepción histórica general. Las pequeñas islas, helenizadas antes y de un modo más completo que el continente, pertenecen por su carácter más bien a la Grecia europea que a la zona colonial del Asia Menor; ya cuando tratamos de aquélla tuvimos ocasión de referirnos varias veces al Estado-modelo helénico de la isla de Rodas.

Es en esta época, fundamentalmente, cuando empiezan a conocerse los nombres de las islas, por la práctica seguida bajo el imperio de castigar a los hombres de las clases altas desterrándolos a ellas. Cuando el delito era especialmente grave se elegían los islotes de rocas como Ciaros o Donusa; pero también las islas de Andros, Citinos y Amorgos, en otro tiempo centros florecientes de la cultura griega, se convirtieron en presidios, al paso que en las de Lesbos y Samos se instalaban voluntariamente a pasar grandes temporadas los ro-

manos nobles o ricos e incluso miembros de la familia imperial.

Creta y Chipre, cuyo helenismo de vieja solera había ido perdiendo, bajo la dominación persa o en medio de su completo aislamiento, todo contacto con la patria, se organizaron de distinto modo: Chipre como dependencia de Egipto, las ciudades cretenses autónomamente, en la época helénica y más tarde en la romana, con arreglo al patrón general de la policía griega. En las ciudades cirenaicas predominaba el sistema de los lágidas; en ellas no sólo encontramos, como ocurre en las específicamente griegas, los vecinos helenos y los metecos, sino también, al lado de ambas clases de personas, como en Alejandría los egipcios, los "campesinos", es decir, los indígenas africanos, y entre los metecos forman una clase numerosa y privilegiada, también como en Alejandría, los judíos.

Las dietas nacionales

Las dietas nacionales de las distintas provincias del Asia Menor, instituidas aquí y en todo el imperio por Augusto como institución fija, no difieren en sí de las que funcionan en las demás provincias. Sin embargo aquí esta institución se desarrolla, o por mejor decir se desnaturaliza, de un modo peculiar. A la finalidad primordial de estas asambleas anuales formadas por los diputados de las ciudades de cada provincia, que era la de poner los deseos de ésta en conocimiento del gobernador o del gobierno mismo, se unía aquí por vez primera la organización de la fiesta anual en honor del emperador reinante y del imperio en general: Augusto autorizó a las dietas nacionales de Asia y Bitinia, en el año 29, para que le erigiesen templos y le rindiesen honores divinos en Pérgamo y Nicomedia, lugares en que sus asambleas se reunían. La nueva institución no tardó en extenderse a todo el imperio, y la fusión de las funciones sacrales con las admi-

nistrativas pasó a ser una de las ideas centrales en el régimen provincial del imperio.

Pero en ninguna parte llegó esta institución a adquirir, tanto en lo referente a la pompa ritual y al esplendor de las fiestas como en lo tocante a las rivalidades entre las ciudades, el desarrollo que adquirió en el Asia y, análogamente, en las demás provincias del Asia Menor. En ninguna otra parte se llegó a desarrollar, junto a la ambición municipal y por encima de ella, una ambición provincial que era más de las ciudades que de los individuos, como la que en el Asia Menor dominaba toda la vida pública. El gran sacerdote (ἀρχιερεύς) del nuevo templo, nombrado cada año en la provincia, no sólo es el más alto dignatario de ésta, sino que es el que da nombre al año en la provincia entera. La afición a los juegos y a las fiestas con arreglo al patrón de las fiestas olímpicas, que iba extendiéndose más y más, como veíamos, por todos los ámbitos del mundo helénico, se enlazó en el Asia Menor, fundamentalmente, con las fiestas y los juegos del culto provincial rendido al emperador. El cometido de dirigirlos correspondía al presidente de la dieta nacional, en el Asia al asiarca, en la Bitinia al bitiniarca, y así sucesivamente, y este dignatario costeaba de su bolsillo la mayor parte de los gastos de las fiestas, si bien una parte de ellos, como los demás originados por este culto divino tan brillante como ella, eran cubiertos por regalos y fundaciones voluntarios, o bien repartidos entre las diversas ciudades.

Se comprende, pues, que esas presidencias sólo fuesen asequibles a la gente rica. La riqueza de la ciudad de Traleis, por ejemplo, la revela el hecho de que nunca faltasen asiarcas —el título seguía ostentándose aun después de terminar el año de ejercicio del cargo—, y el relieve que el apóstol Pablo tenía en Éfeso se debía a sus relaciones con diversos asiarcas de la ciudad. Era éste, a pesar de lo caro que resultaba, un cargo honorífico muy codiciado, no por los privilegios que llevaba consigo, por ejemplo la exención de la tutela, sino por su brillo exterior. La solemne entrada procesional

del asiarca en la ciudad, vestido de púrpura y con la frente coronada, precedido por el acólito con el incensario, era para la mentalidad del asiático lo que era para el heleno la rama de olivo de Olimpia. Encontramos muchas veces asiáticos distinguidos que se jactan, no ya de ser ellos mismos asiarcas, sino de descender de otros que lo fueron.

Al principio estas ceremonias del culto se circunscribían a las capitales de las provincias, pero la ambición municipal, que en la provincia de Asia sobre todo alcanzaba proporciones increíbles, no tardó en romper este marco primitivo. Ya en el año 23 se decretó por esta provincia la erección de un segundo templo al emperador Tiberio, a su madre y al Senado, el cual, después de grandes querellas entre las ciudades sobre cuál habría de albergarlo, se construyó, por orden del Senado, en Esmirna. Las demás grandes ciudades aprovechaban cualquier ocasión para no quedarse atrás. Si hasta entonces cada provincia sólo tenía, al tener un solo templo, un presidente y un gran sacerdote, ahora hacíase necesario nombrar tantos grandes sacerdotes como templos provinciales había, y como la dirección de las fiestas del templo y la organización de los juegos no competían al gran sacerdote, sino al presidente de la dieta, y lo que interesaba fundamentalmente a las grandes ciudades que rivalizaban entre sí eran las fiestas y los juegos, fue necesario asimismo conferir a todos los altos sacerdotes, a la par con éste, el título y el derecho de presidentes, de tal modo que, por lo menos en la provincia del Asia, coincidían la asiarquía y el alto sacerdocio de los templos provinciales. De este modo iban pasando a segundo plano la dieta nacional y la gestión de los negocios civiles, y el asiarca no tardó en quedar reducido al papel de simple organizador y director de unas fiestas populares vinculadas al culto divino de los emperadores presentes y pasados, razón por la cual su esposa, la asiarquesa, podía participar también en las fiestas, y participaba en efecto con gran entusiasmo.

Sacerdocio y culto

El alto sacerdocio provincial para el culto del emperador debía de tener también, en el Asia Menor, cierta importancia práctica, acentuada además por el gran prestigio de que esta institución gozaba allí: la relacionada con la alta vigilancia de los asuntos religiosos. Después de que la dieta nacional hubo acordado instituir el culto del emperador y que el gobierno hubo accedido a ello, siguieron —¡no faltaba más!— las representaciones de las ciudades. Reinando Augusto, nos encontramos con que, por lo menos, todas las ciudades que eran sede de distrito judicial tenían, en la provincia del Asia, su *cesareum* y su fiesta imperial. Competía al gran sacerdote velar dentro del área de su jurisdicción por el cumplimiento de los decretos provinciales y municipales y por la práctica del culto. Qué significaba esto lo indica el hecho de que a la ciudad libre de Cyzique, en el Asia, se le retirase bajo Tiberio la autonomía, entre otras cosas por haber dejado interrumpida la decretada construcción del templo al dios Augusto, acaso porque, como tal ciudad libre, no se hallaba bajo la jurisdicción de la dieta nacional.

Es probable que esta función de alta vigilancia, que en un principio sólo se refería al culto al emperador, se extendiese más tarde incluso a los asuntos religiosos en general. Cuando más tarde empezó en el imperio la pugna entre la antigua y la nueva religión, para ver cuál de las dos salía triunfante, fue tal vez la intervención del alto sacerdocio provincial lo que más contribuyó a convertir este antagonismo en un conflicto. Estos sacerdotes, reclutados por la dieta de la provincia entre los provinciales distinguidos, tenían, tanto por sus tradiciones como por los deberes de su cargo, que sentirse más llamados y más inclinados que los funcionarios del imperio a velar por que no se abandonasen los deberes del culto reconocido y, cuando no bastasen las exhortaciones, puesto que ellos carecían de facultades punitivas, a denunciar a las

autoridades locales o a las del imperio los actos merecedores de sanción según el derecho civil, invocando el auxilio del brazo secular y haciendo valer, sobre todo contra los cristianos, las exigencias del culto al emperador. En tiempos posteriores son los emperadores adictos a la vieja fe quienes ordenan expresamente a estos grandes sacerdotes que castiguen por sí mismos y por medio de los sacerdotes de las ciudades sujetos a su jurisdicción las contravenciones al orden religioso existente y les asignan con toda precisión el puesto que bajo los emperadores de la nueva fe ocupan el metropolitano y los obispos de sus ciudades.[1] Es probable que, en este respecto, no fuese el orden pagano el que copiase las instituciones cristianas, sino que por el contrario la Iglesia cristiana triunfante tomase sus armas jerárquicas del arsenal enemigo. Todo esto regía, como ya hemos dicho, para todo el imperio; pero fue principalmente en el Asia Menor donde se sacaron de ello las consecuencias verdaderamente prácticas que la reglamentación provincial del culto al emperador envolvía en cuanto a la fiscalización y a la persecución de los fieles de otras religiones.

Además del culto imperial, tenía su hogar predilecto en el Asia Menor el verdadero culto a los dioses, y sobre todo encontraban aquí terreno propicio sus excesos. Fue en estas tierras donde florecieron con más pujanza los abusos del derecho de asilo y de las curaciones milagrosas. El Senado romano ordenó, bajo Tiberio, que se introdujese una serie de limitaciones a la abusiva práctica del asilo. En cuanto a Esculapio, dios de las curaciones, en ninguna parte hizo tantos ni tan grandes milagros como en su amada ciudad de Pérgamo, que le rendía culto como Júpiter Esculapio y que debía precisamente a ello una buena parte del florecimiento que alcanzó en la época imperial. Los más eficientes taumaturgos de esta época, el capadocio Apolonio de Tiana, luego canonizado, y el mago paflagónico Apolonio de Abonuteiquios, ejercieron sus artes en el Asia Menor. El hecho de que la prohibición general de las asociaciones se aplicase, como veremos, con

especial rigor en estos países, tendría tal vez su causa, principalmente, en las condiciones religiosas aquí existentes, que hacían especialmente peligroso el abuso del derecho de asociación.

Policía y administración de justicia

La seguridad pública corría, en lo esencial, a cargo del propio país. En la primera época del imperio sólo había en toda el Asia Menor, prescindiendo del mando sirio, que incluía el de la Cilicia oriental, un destacamento de 5 mil hombres de tropas auxiliares, acantonados en la provincia de Galacia, y una flota de 40 barcos. Estas fuerzas tenían por misión reprimir a los levantiscos pisidios, cubrir la frontera nordoriental del imperio y vigilar las costas del mar Negro hasta la Crimea. Vespasiano aumentó los efectivos de esta tropa hasta formar un cuerpo de ejército de dos legiones, y situó sus mandos en la provincia de la Capadocia, junto al alto Éufrates. Aparte de estas unidades, destinadas a guardar las fronteras, no había por aquel entonces otras guarniciones importantes en el Asia Menor; en la provincia imperial de la Licia y la Panfilia, por ejemplo, existía una sola cohorte de 500 hombres; en las provinciales senatoriales habría, a lo sumo, unos cuantos soldados sueltos de la guardia imperial o destacados allí de las provincias imperiales vecinas para misiones especiales.

Esto, que indica del modo más elocuente la paz interior de que disfrutaban aquellas provincias y que revela la enorme diferencia existente entre las pacíficas poblaciones del Asia Menor y las capitales de la Siria y el Egipto, eternamente soliviantadas, explica también, por otra parte, la estabilidad que la piratería y el bandidaje, como tuvimos ya ocasión de señalar, llegaron a adquirir en estos países extraordinariamente montañosos y desiertos en gran parte en su interior, sobre todo en los límites entre Misia y Bitinia y en los valles de las montañas de Pisidia e Isauria. En el Asia Menor no lle-

garon a existir verdaderas milicias cívicas. A pesar del esplendor de los centros gimnásticos para muchachos, jóvenes y hombres adultos, los helenos del Asia eran, en esta época, tan poco belicosos como los de Europa. Las ciudades contentábanse con nombrar para velar por la seguridad pública eirenarcas o guardianes de paz, poniendo a su disposición un cierto número de gendarmes municipales, algunos de a caballo, gentes a sueldo y de traza insignificante, pero que no debían ser del todo inútiles, puesto que el emperador Marco Aurelio no tuvo reparo en recurrir durante la guerra contra los marcomanos a estos soldados municipales del Asia Menor, dada la angustiosa escasez de tropas avezadas, incorporándolos a las filas del ejército del imperio.

La administración de justicia, tanto por parte de las autoridades municipales como por parte de los emperadores, dejaba, también en esta época, mucho que desear; sin embargo, la aparición del régimen imperial marca en este respecto cierta mejoría. Bajo la república la injerencia del poder central limitábase a la fiscalización jurídico-penal de los funcionarios de Roma, y en los últimos tiempos incluso ésta se ejercía de un modo débil y parcial, o no se ejercía en absoluto. Ahora no sólo se tiraba más fuerte de la brida en Roma, ya que la severa vigilancia de los funcionarios propios era inseparable del régimen militar unificado, estimulándose también al Senado para que vigilase con todo rigor los actos oficiales de sus mandatarios, sino que existía además la posibilidad de anular los malos fallos de los tribunales provinciales por medio de la apelación que acababa de instituirse y, cuando hubiese razones para pensar que aquellos tribunales no administrarían justicia imparcialmente, la de abocar el proceso ante el tribunal de guerra de Roma. Ambas posibilidades favorecían también a las provincias senatoriales y creemos que sus efectos fueron considerados, en lo fundamental, como beneficiosos.

Autonomía municipal

Al igual que entre los helenos de Europa, en el Asia Menor la provincia romana es, esencialmente, un complejo de municipios urbanos. También aquí, lo mismo que en la Hélade, se guardan en general las formas tradicionales de la polis democrática; por ejemplo, los funcionarios siguen siendo elegidos por los vecinos de la ciudad, pero la influencia decisiva se halla siempre en manos de los ricos, sin que se deje margen a la libre voluntad de la masa ni a la respetable ambición política del individuo.

Entre las cortapisas puestas a la autonomía municipal, es característica de las ciudades del Asia Menor la norma según la cual el eirenarca o guardián de paz del municipio es designado más tarde por el gobernador de entre una lista de diez personas sometida por el consejo de la ciudad. La curatela ejercida por el gobierno sobre las finanzas de la ciudad, consistente en el nombramiento por el emperador de un administrador patrimonial (*curator rei publicae,* λογισήζ) ajeno a la ciudad en que va a actuar y cuya autorización tienen que solicitar las autoridades locales cuando se trate de asuntos financieros importantes, no se estatuía nunca con carácter general, sino para tal o cual ciudad, cuando las circunstancias lo exigían; sin embargo, en el Asia Menor esta institución aparece, si se tiene en cuenta la importancia de su desarrollo municipal, muy pronto, es decir, a comienzos del siglo II, y con un carácter bastante extenso. Por lo menos en el siglo III, lo mismo aquí que en otras partes, debían someterse a la aprobación del gobernador cualesquiera otros acuerdos importantes de la autoridad municipal.

El gobierno romano no implantó nunca, y menos en los países helénicos, un régimen municipal uniforme; también en el Asia Menor reinaba en este punto una gran variedad y no pocas veces, según es de presumir, el capricho de los vecinos de cada ciudad, si bien la ley en que se organizaba cada

provincia dictaba normas generales para todos los municipios pertenecientes a ella. Aquellas instituciones extendidas y predominantes en el Asia Menor y que podemos considerar como peculiares de estos países no presentan un carácter político, sino que caracterizan simplemente las condiciones sociales allí reinantes, como ocurre por ejemplo con las corporaciones extendidas por toda el Asia Menor, tanto de viejos como de jóvenes, las *gerusia* y las *neoi,* fondos de recursos para las dos edades, con sus correspondientes gimnasios y fiestas.

Los municipios autónomos fueron siempre, en el Asia Menor, mucho menos numerosos que en la verdadera Hélade; las más importantes ciudades de estos países no gozaron nunca de este dudoso privilegio o lo perdieron muy temprano, como le ocurrió a Cyzique bajo Tiberio y a Samos bajo Vespasiano. El Asia Menor era una vieja tierra de súbditos, acostumbrada lo mismo bajo los persas que bajo los reyes helénicos al orden monárquico. Ni los recuerdos ociosos ni las vagas esperanzas se remontaban aquí, menos aún que en la Hélade, sobre el limitado horizonte municipal del presente, y estas nostalgias no turbaban el pacífico disfrute de la cantidad de dicha asequible al hombre bajo las condiciones existentes.

Propiedad y bienestar

Y esta dicha abundaba realmente en el Asia Menor, bajo el gobierno del imperio romano. "Ninguna provincia entre todas —dice un escritor que vivió en Esmirna en tiempos de los Antoninos— puede presentar tantas ni tan grandes ciudades como la nuestra. La favorecen la hermosa tierra, el privilegio del clima, los variados productos, su situación en el centro del imperio, la corona de pueblos pacíficos que la rodean, el buen orden, la rareza de los crímenes, el trato humano de los esclavos, las atenciones y la benevolencia de los gobernantes." Se llamaba al Asia, como ya hemos dicho, la provincia

de las quinientas ciudades, y aunque las tierras interiores, faltas de agua y adecuadas en parte solamente para pastos, de Frigia, Licaonia, Galacia y Capadocia, estaban también en aquella época pobremente pobladas, podría decirse otro tanto del resto de las costas situadas detrás de Asia. El perdurable florecimiento de las tierras del Asia Menor susceptibles de cultivo no se extiende solamente a las ciudades de nombre famoso como Éfeso, Esmirna, Laodicea o Apamea; donde quiera que se abre a la investigación uno de esos rincones de la tierra, hundido en el olvido de los mil quinientos años que nos separan de aquella época, el primero y más poderoso sentimiento que experimentamos es el de espanto y casi nos atreveríamos a decir que de vergüenza por el contraste entre el mísero y desconsolador presente de esos pueblos y el brillante y venturoso pasado que conocieron bajo los romanos.

Sobre la cima de una montaña remota, no lejos de las costas de Licia, en los parajes donde según la fábula griega tenía su guarida la Quimera, levantábase la antigua ciudad de Cragos, hecha probablemente de vigas y adobes, razón por la cual ha desaparecido sin dejar otro rastro que la muralla ciclópea que se alza al pie de la colina. Debajo de la cumbre se abre un ameno y fértil valle oreado por el fresco aire alpino, cubierto de una vegetación meridional y rodeado de montañas pobladas de bosques y de maleza. Bajo Claudio, al convertirse la Licia en una provincia, el gobierno romano trasladó la ciudad de las montañas, la "verde Cragos" de Horacio, a esta planicie; en la plaza de la nueva ciudad de Sídima se conservan todavía hoy los restos del templo de cuatro columnas consagrado en aquella época al emperador y un magnífico pórtico que un médico natural de allí, afortunado en su profesión, construyó en su ciudad natal. Estatuas de los emperadores y de prestigiosos conciudadanos adornan la plaza; había en esta ciudad un templo de sus dioses tutelares, Apolo y Artemisa, baños y gimnasios (γυμνάσια) para los vecinos jóvenes y para las gentes de cierta edad; delante de sus puertas, a ambos lados del camino que trepa por la mon-

taña hacia el puerto de Calabacia, veíanse dos filas de monumentos funerarios, más imponentes y costosos que los de Pompeya y que en gran parte aún se conservan, mientras que las casas de la ciudad, construidas probablemente con materiales perecederos como los de su antecesora, han desaparecido sin dejar rastro.

Un acuerdo municipal descubierto recientemente en aquellas ruinas, procedente según lo más probable de la época de Cómodo, que se refiere a la constitución de centros de recreo para los vecinos viejos, nos permite inferir cuáles eran la situación y el carácter de los antiguos habitantes de esta ciudad. Estos centros se hallaban formados por cien miembros, la mitad de los cuales procedía del consejo municipal y la otra mitad del resto de los vecinos, de ellos no más de tres libertos y un hijo bastardo; todos los demás debían ser hijos de legítimo matrimonio y una parte de ellos demostrar su pertenencia a familias antiguas y acomodadas. Algunas de estas familias han obtenido la ciudadanía romana y una de ellas ha alcanzado incluso rango senatorial. Sin embargo, aun en el extranjero, esta familia senatorial, al igual que numerosos médicos naturales de esta ciudad y residentes en otros países e incluso con puestos en la corte del emperador, vivían recordando siempre a su patria, y algunos de ellos acabaron sus días en ella. Uno de estos vecinos prestigiosos de la ciudad, en un trabajo que no tiene nada de magnífico, pero que es, desde luego, un trabajo muy erudito y muy patriótico, resumió las leyendas de la ciudad y las profecías referentes a ella e hizo exponer públicamente estas cosas memorables.

Pues bien, esta ciudad de Cragos-Sídima no votaba en la dieta de la pequeña provincia de Licia entre las ciudades de primera clase, no tenía teatro, títulos honoríficos ni ninguna de aquellas fiestas generales que en el mundo de aquella época caracterizaban a toda gran ciudad e incluso, según la concepción de los antiguos, a las pequeñas ciudades provinciales, y que eran en todo una creación del imperio romano. Es

seguro que en toda la comarca de Aidin no se conoce hoy ni un solo centro de población interior que pueda compararse ni de lejos, en cuanto a existencia civilizada, a aquella pequeña ciudad de la montaña de los tiempos romanos. Lo que hoy aparece todavía vivo ante nuestros ojos en aquel rincón muerto, en otra serie innumerable de ciudades ha desaparecido bajo la mano devastadora del hombre, dejando sólo pequeños vestigios o sin dejar huella alguna. Únicamente las monedas de cobre que el imperio permitía acuñar libremente a las ciudades nos dan una idea aproximada de la plenitud reinante en aquella época; en cuanto al número de centros de acuñación de moneda y a la variedad de cuños, ninguna provincia puede compararse ni de lejos con la del Asia.

El Asia Menor era de las partes más ricas del inmenso Estado romano. Es cierto que el desgobierno de la república y las catástrofes de la época de Mitríades a que condujo luego la piratería, y finalmente los largos años de guerras civiles, que a pocas provincias afectarían tanto, financieramente, como a ésta, socavaron hasta tal punto la situación económica de municipios e individuos, en estos países, que el emperador Augusto hubo de recurrir al recurso extremo de declarar anuladas todas las deudas. Toda la población del Asia, con la única excepción de los rodios, se apresuró a aceptar y poner en práctica este peligroso recurso. Aunque no en todas partes —pues las islas del mar Egeo, por ejemplo, no llegaron a reponerse nunca—, sí en la mayoría de los sitios, ya al morir Augusto se habían olvidado tanto las heridas como las medicinas empleadas para curarlas, y en este estado de prosperidad permaneció el país hasta la época de las guerras contra los godos.

Las cantidades con que las ciudades del Asia Menor estaban obligadas a contribuir al imperio y que ellas mismas se encargaban de repartir y reunir entre la población, bajo la fiscalización del gobernador, claro está, constituían una de las más importantes fuentes de ingresos del erario imperial. No estamos en condiciones de pulsar hasta qué punto se aco-

plarían las cargas fiscales a la capacidad tributaria del contribuyente; pero no creemos que el exceso de tributos pudiera ser compatible, de un modo permanente, con la situación de prosperidad en que encontramos al país hasta mediados del siglo III, aproximadamente. La indolencia del régimen, más que el deseo de aliviar las cargas tributarias, fue tal vez lo que contuvo la restricción fiscal del tráfico y la tendencia a seguir apretando la tuerca tributaria, que a veces no es incómoda tan sólo para el contribuyente. Cuando acaecían grandes calamidades, principalmente con motivo de los terremotos que destruyeron, bajo Tiberio, doce florecientes ciudades del Asia, sobre todo la de Sardes, y que en el reinado de Antonino Pío azotaron a una serie de ciudades de Caria y Licia y a las islas de Cos y Rodas, manifestábase con una liberalidad grandiosa la ayuda privada y principalmente la del imperio, y el Asia Menor experimentaba uno de los mejores beneficios de los estados grandes: la solidaridad de todos para con todos.

En el Asia Menor la construcción de calzadas y caminos, que los romanos habían abordado al proceder a la primera organización de la provincia del Asia por Manio Aquilio, sólo se fomentó seriamente bajo el imperio en los sitios en que existían grandes guarniciones, principalmente en Capadocia y en la vecina Galacia, desde que Vespasiano levantara campamentos de legiones en la zona del Éufrates central. En las demás provincias no se hizo gran cosa en este respecto, debido sin duda, al menos en parte, a la indolencia del régimen senatorial; dondequiera que en estos territorios se construían caminos a costa del Estado, era por iniciativa del emperador.

Este florecimiento del Asia Menor no se debía precisamente a la política de un gobierno enérgico y previsor. En el Asia Menor las instituciones políticas, como las sugestiones industriales y comerciales y las iniciativas literarias y artísticas, parten siempre de las antiguas ciudades libres o de los atálidas. Lo que el gobierno romano aportó a este país fue, esencialmente, un Estado permanente de paz y la tolerancia

del bienestar existente en él, la ausencia de esa política de gobierno consistente en considerar como destinado a sus fines por derecho propio todo par de brazos sanos y toda moneda ahorrada: virtudes negativas si se quiere, poco propias de personalidades eminentes, pero desde luego más fecundas para la prosperidad común que las grandes hazañas de los tutores autodidactas de la humanidad.

Agricultura, industria y comercio

El bienestar que disfrutaba el Asia Menor tenía por base, en hermoso equilibrio, tanto la agricultura como la industria y el comercio. Las tierras de la costa son, en gran parte, las más favorecidas por la naturaleza, y no pocas veces advertimos con qué aplicada laboriosidad y aun en condiciones muy difíciles, por ejemplo en la parte rocosa del valle del Eurymedón en Panfilia, los vecinos —aquí los de Selge— sacaban rendimiento a cualquier pedazo de tierra utilizable. Los productos de la industria del Asia Menor son demasiado numerosos y variados para detenernos a enumerarlos. Mencionaremos, sin embargo, que los enormes terrenos de pastos del interior del país, con sus grandes rebaños de ovejas y cabras, hicieron del Asia Menor el país más importante del imperio en cuanto a industria lanera y a industria textil en general; baste recordar la lana de Mileto y de Galacia, es decir, de Angora, los bordados en oro de Atalia, los paños fabricados en los talleres de la Laodicea frigia al estilo de los que hacían los nervios en Flandes. Y es sabido que en Éfeso estuvo a punto de estallar una insurrección porque los orfebres de aquella ciudad temían que la nueva religión cristiana viniese a mermar su venta de imágenes sagradas. En Filadelfia, una de las ciudades más importantes de Lidia, conocemos los nombres de dos de los siete barrios de la ciudad: eran el de los tejedores en lana y el de los zapateros. Este dato revela probablemente un hecho que en las demás ciudades se recata bajo nombres más viejos y de mayor alcurnia, a saber: que las ciudades

más importantes del Asia no albergaban solamente a multitud de artesanos, sino también a una numerosa población fabril.

La circulación de dinero y el comercio basábanse en el Asia Menor, fundamentalmente, en la propia producción. No podían existir aquí, en lo esencial, las grandes importaciones y exportaciones de Siria y el Egipto, aun cuando de los países del Oriente se importaban al Asia Menor diferentes artículos, por ejemplo gran cantidad de esclavos, que pasaban por las manos de comerciantes de Galacia. Los comerciantes romanos, lo mismo aquí que en cualquier ciudad grande o pequeña e incluso en lugares como Ilión y Asos, en la Misia, y Primnesos y Trayanópolis, en la Frigia, abundaban tanto que sus corporaciones solían tomar parte en los actos públicos al lado de los vecinos de la ciudad. En Hierápolis, tierra adentro de Frigia, un fabricante (ἐργαστής) hizo escribir sobre su tumba que había cruzado setenta y dos veces por delante del cabo de Malea en viaje hacia Italia, y un poeta romano nos pinta al comerciante de la capital volando hacia el puerto para impedir que su cliente, vecino de Cibira, no lejos de Hierápolis, caiga en manos de sus competidores. Todo esto anuncia una intensa actividad industrial y comercial, la cual no se concretaba exclusivamente a los puertos.

Lengua y cultura

Las constantes relaciones mantenidas por estos países con Italia las atestigua también la lengua: muchos de los términos latinos aclimatados en el Asia Menor proceden de esas relaciones, y en Éfeso hasta los gremios de los tejedores en lana tenían nombres latinos. Del Asia Menor salían la mayor parte de los médicos y maestros de todas clases que ejercían en Italia y en los demás países de lengua latina, los cuales no sólo solían adquirir fortunas considerables en su profesión, sino que generalmente regresaban con ellas a su país. Entre los que ofrendan a las ciudades del Asia Menor edificios o

fundaciones ocupan un lugar muy destacado los médicos[2] y literatos enriquecidos. Por último, en el Asia Menor se da en menos extensión y más tarde que en los países del Occidente el fenómeno de la emigración de las grandes familias a Italia; los que vivían en Vienne o en Narbo encontraban más fácil trasladarse a la capital del imperio que quienes residían en las ciudades griegas, aparte de que el gobierno, al principio, no se sentía tampoco inclinado a atraer a la corte a los provinciales distinguidos del Asia Menor y a darles entrada en la aristocracia romana.

Dejando a un lado la maravillosa floración temprana que dieron en estas tierras la epopeya jónica y la lírica eólica, los orígenes de la historiografía y de la filosofía, de la plástica y de la pintura, la gran época del Asia Menor, lo mismo en las ciencias que en las artes, fue la de los atálidas, en que se conservaba fielmente el recuerdo de aquella otra época, aún más grande. La ciudad de Esmirna rendía a su vecino Homero culto divino y acuñó monedas con su efigie, que llevaban también su nombre: he aquí reflejada la sensación dominante en toda Jonia y en toda el Asia Menor de que el arte divino había descendido sobre la tierra en la Hélade en general, y especialmente en las costas jonias.

Un acuerdo de la ciudad de Teos, en Lidia, referente a la enseñanza elemental ilustra desde qué punto y en qué extensión se velaba en estos países por la educación de la infancia. Gracias al capital donado por un rico vecino de la ciudad, ésta contaría en lo sucesivo, además del inspector de gimnasia (γυμνασιάρχηϛ), con un inspector escolar (παιδονόμοϛ), cuyo cargo se considera honorífico. Se crean, asimismo, con sueldo, tres puestos de maestros de escritura, cuyo salario es, en las tres clases, de 600, 550 y 500 dracmas, respectivamente, para que los muchachos libres aprendan a escribir; dos maestros de gimnasia, con 500 dracmas cada uno; un maestro de música, con 700 dracmas, que enseñe a tocar el laúd y la cítara a los muchachos de ambos sexos que cursen los dos últimos años de escuela y a los jóvenes que ya no asisten a

ella; un profesor de esgrima, con 300 dracmas, y finalmente un profesor de tiro con arco y de lanzamiento de jabalina, con 250 dracmas. El profesor de escritura y el de música debían examinar todos los años públicamente a sus alumnos en la sala de consejos del municipio.

Aquélla era el Asia Menor del tiempo de los atálidas; pero la república romana no se cuidó de proseguir esta obra. No hizo perpetuar por el cincel sus victorias sobre los gálatas, y la biblioteca de Pérgamo fue trasladada a Alejandría poco antes de la batalla de Accio. La devastación de las guerras de Mitrídates y de las guerras civiles mató muchos de los mejores brotes. Sólo bajo el imperio fue regenerándose, por lo menos exteriormente y a la sombra del bienestar general del país, el cuidado del arte y sobre todo de la literatura. Es cierto que ninguna de las numerosas ciudades del Asia Menor puede reivindicar en ningún terreno cultural una primacía como la que correspondía a Atenas como ciudad universitaria, la que en la órbita de la investigación científica ostentaba Alejandría, o en cuanto a la comedia y la danza la frívola capital de Siria; pero es probable que en ninguna parte estuviera más difundida ni fuese tan concienzuda como aquí la cultura general. En el Asia debió de ser corriente ya desde muy pronto eximir a los maestros y a los médicos del ejercicio de aquellos cargos y mandatos municipales que llevaban aparejados gastos; a esta provincia se dirige, en efecto, un decreto del emperador Antonino Pío en el que, sin duda para poner límites a una exención que debía de resultar muy gravosa a las finanzas municipales, se establecen ciertas cifras máximas, autorizándose por ejemplo a las ciudades de primera clase para que concedan esa inmunidad, a lo sumo, a diez médicos, cinco profesores de retórica y cinco de gramática.

La sofística

El que el Asia Menor ocupase el primer lugar en lo referente a los literatos de la época del imperio se debía al movi-

miento de los retóricos o, según la expresión que más tarde se hará usual, a los sofistas de aquel tiempo, que a nosotros, gentes modernas, no nos es fácil representarnos. La literatura escrita, carente ahora casi totalmente de importancia, es sustituida por las conferencias públicas, semejantes en cierto modo a nuestras actuales disertaciones universitarias y académicas, conferencias que fluían incesantemente como un río, rara vez estancado, escuchadas, aplaudidas y olvidadas sin que ya nadie volviera a acordarse de ellas. El contenido lo da frecuentemente la ocasión, el cumpleaños del emperador, la llegada a la ciudad del gobernador o cualquier otro acaecimiento público o privado de esta o parecida índole. Pero aún es más frecuente que el orador, sin apoyarse en ocasión alguna, se lance a hablar al buen tuntún de cuanto se le ocurre, cosa poco práctica y poco instructiva. En esta época no se conocen los discursos políticos, ni siquiera en el Senado romano. El discurso forense no es ya para los griegos, en este periodo, la meta de la oratoria, y aparece al lado del discurso por el discurso mismo como la hermana plebeya y abandonada, a la que el maestro en retórica se digna descender de tarde en tarde. El orador toma de la poesía, de la filosofía, de la historia, lo que es posible tratar en forma de lugares comunes, pues ahora apenas se las cultiva por sí mismas, y menos aún en el Asia Menor, y van decayendo en medio del abandono general y minadas por la retórica. Estos oradores consideran como patrimonio propio, por decirlo así, el gran pasado de la nación; adoran y tratan a Homero, en cierto modo, como los rabinos los libros de Moisés, y también en materia de religión se caracterizan por su celosísima ortodoxia.

Estos discursos se pronuncian valiéndose de todos los recursos lícitos e ilícitos del teatro, empleando el arte de la gesticulación y de la modulación de la voz, la pompa del ropaje oratorio, los trucos del virtuosismo, la bandería, la concurrencia, la claque. Al amor propio ilimitado de estos artistas de la palabra corresponde el vivo interés del público, no muy

diferente del público de las carreras de caballos, y la expresión dada a este interés exactamente lo mismo que si estuviese en un teatro. La frecuencia con que se brindan al público culto estas exhibiciones en los grandes lugares acaba haciendo que se incorpore, lo mismo que el teatro, a las costumbres de la vida de la ciudad.

Es posible que las gentes de hoy podamos apoyarnos para comprender hasta cierto punto estas prácticas de un pasado muerto en la impresión que en nuestras grandes ciudades más ajetreadas producen las obligadas disertaciones de sus corporaciones sabias. Pero en las condiciones de hoy no se da un factor que era fundamental para el mundo antiguo: el factor didáctico y el entrelazamiento de aquellos superfluos discursos públicos con la enseñanza superior de la juventud. Si la enseñanza superior de hoy educa a los muchachos de las clases cultas, según se dice, para filólogos, la de entonces los educaba para profesores de elocuencia, y además de esta elocuencia concretamente. La enseñanza que se les daba iba encaminada cada vez más a cultivar en el joven la habilidad necesaria para pronunciar aquella clase de discursos que hemos descrito, a ser posible en ambas lenguas, y el que había cursado satisfactoriamente tales estudios estaba ya en condiciones de aplaudir en producciones análogas el recuerdo de sus propios tiempos de estudiante.

Esta clase de retórica recorre todo el Oriente y el Occidente, pero el país que marcha a la cabeza de allá y da la tónica es, sin ningún género de duda, el Asia Menor. En la época de Augusto, cuando la retórica académica empieza a sentar el pie en la enseñanza latina de la juventud, en Roma, sus principales representantes eran, junto a los italianos y los españoles, dos maestros del Asia Menor: Arelio Fusco y Cestio Pío. Allí, donde en los mejores tiempos del imperio el severo discurso forense había sabido mantener sus posiciones frente a estas plantas parásitas, un ingenioso abogado de la época de los Flavios señala el inmenso abismo que separa a Nicetes

de Esmirna y otros maestros de retórica aplaudidos en Éfeso y Mitilene de un Esquines y un Demóstenes.

Entre los retóricos, tan festejados en esta época, la mayoría y los más famosos de ellos proceden de las costas del Asia Menor. Ya hemos dicho hasta qué punto representaba una buena fuente de ingresos para las ciudades del Asia Menor el suministro de maestros y profesores a todo el imperio. El número y el prestigio de estos sofistas va aumentando constantemente a lo largo del imperio y poco a poco van aclimatándose también en los países del Occidente. Debió de contribuir a ello, indudablemente, el cambio de actitud del gobierno, que en el siglo II, especialmente a partir de la época adrianea, no tanto helenizante como cosmopolita en el mal sentido, se muestra menos reacio que en el siglo I a todo lo que sea griego y oriental. Pero la causa fundamental hay que buscarla en la generalización cada vez más acentuada de la alta cultura y en el crecimiento acelerado de los establecimientos de enseñanza superior para la juventud.

La sofística florece, pues, en el Asia Menor, sobre todo en la de los siglos II y III. Sin embargo, tampoco esta primacía literaria debe considerarse como una característica especial de estos griegos y de esta época, ni mucho menos como una peculiaridad nacional. La sofística aparece en todas partes por igual, lo mismo en Esmirna y Atenas que en Roma y Cartago. Los maestros de elocuencia se exportaban a todas partes, y, como las lámparas hechas sobre un patrón o los productos industriales, eran siempre los mismos, griegos o latinos, a gusto del consumidor, aumentándose la producción a medida que aumentaba la demanda. Es claro que aquellos países griegos que iban delante de los otros en prosperidad y en cultura suministraban este artículo de exportación de mejor calidad y en mayor cantidad; y esto es aplicable al Asia Menor lo mismo en lo que se refiere a los tiempos de Sila y Cicerón que en lo tocante a la época de Adriano y de los Antoninos.

Sin embargo, no todo son sombras en este cuadro. Estos países albergan, no precisamente entre los sofistas profesionales, pero sí entre los literatos de otras tendencias que aún siguen existiendo aquí en número bastante grande, a los mejores representantes del helenismo que se conocen en esta época, al maestro en filosofía Dion de Prusa, ciudad de la Bitinia, que vivió bajo Vespasiano y Trajano, y al gran exponente de la ciencia de la medicina Galeno de Pérgamo, médico de cámara del emperador en la corte de Marco Aurelio y Severo. En Galeno destacábase especialmente aquel hermanamiento de los finos modales del cortesano y hombre de mundo con una cultura general filosófica y literaria que encontramos con cierta frecuencia en los médicos de esta época.[3] Dion el bitinio nada tiene que envidiar al sabio de Queronea en cuanto a pureza de sentimientos y claridad para percibir la situación de las cosas, y le supera por su capacidad de plasmación, por la finura y elocuencia de su lenguaje, por el profundo sentido que se alberga bajo su forma fácil y su energía práctica. Sus mejores escritos, sus fantasías sobre los helenos ideales anteriores a la invención de las ciudades y del dinero, la alocución a los rodios, en los que veía a los únicos representantes que aún quedaban del auténtico helenismo, la pintura de los helenos de su tiempo en medio del desamparo de Olbia o en medio de la exuberancia de Nicomedia y de Tarsos, sus exhortaciones al individuo para que llevase una vida digna y a la colectividad para que mantuviese la unidad y la concordia, son el mejor testimonio de que también al helenismo del Asia Menor en la época del imperio se puede aplicar la frase del poeta: aún en su ocaso, sigue siendo el mismo sol.

[1] El emperador Maximino puso a disposición del gran sacerdote de cada provincia fuerzas militares que le ayudasen a cumplir esa misión (Eusebio, *hist. eccl.*, 8, 14, 19). La famosa carta de Juliano (*ep.*, 49; *cf. ep.*, 63) al galatarca de su tiempo traza una imagen clara de los deberes de este cargo. Tiene por misión vigilar todo lo referente a los asuntos religiosos de la provincia; deberá defender la independencia de su cargo frente al gobernador, no hacer antecámara para verlo, no permitirle que pise el templo con escolta militar, no recibirlo delante del templo, sino dentro de él, donde el gran sacerdote es dueño y señor y el gobernador un simple particular; distribuir entre los pobres que forman la clientela de los sacerdotes paganos la quinta parte de los subsidios enviados por el gobierno con destino a la provincia (30 mil fanegas de trigo y 60 mil sextarios de vino), dando al resto cualquier otro destino benéfico; crear en cada ciudad de la provincia, a ser posible con el apoyo de particulares, casas de manutención (ζενοδοκεὶα) no sólo para paganos, sino para cualquiera, y no permitir que los cristianos sigan ejerciendo el monopolio de las buenas obras; inducir a todos los sacerdotes de la provincia, con el ejemplo y la exhortación, a corregirse con arreglo al temor de dios, evitando que se les vea en el teatro y en las tabernas y, en especial, a visitar asiduamente el templo en unión de su familia y de sus criados, o si no se corrigen, destituirlos. Es una pastoral en toda regla, aunque dirigida a paganos en vez de a cristianos y con citas tomadas de Homero y no de la Biblia. Si bien estas ordenanzas presentan ya el sello muy claro de un paganismo en trance de derrumbe y aunque no aparezcan con esta extensión en la época anterior, indican desde luego que el fundamento en que se basan, o sea la alta fiscalización general del gran sacerdote de la provincia sobre todo lo referente al culto, no es, ni mucho menos, una institución nueva.

[2] Uno de éstos es Jenofonte, hijo de Heráclito de Cos, al que conocemos por Tácito (*ann.*, 12, 61, 67) y por Plinio (*n. h.*

29, 1, 7) y por toda una serie de monumentos de su patria *(Bull. de corr. hell.,* 5, 468). Llegó a adquirir tal influencia, como médico de cámara (ἀρκιατρός, título con que nos encontramos aquí por vez primera) del emperador Claudio, que desempeñaba junto con las actividades de médico el grave cargo de secretario del gabinete del emperador para la correspondencia griega, habiendo llegado no sólo a obtener la ciudadanía romana y puestos de oficial con rango de caballero para su hermano y su tía y para él, además del caballo y el rango de oficial, la condecoración de la corona de oro y del dardo con motivo del triunfo británico, sino también la exención de impuestos para su patria. Su sepulcro aparece en la isla y sus agradecidos compatriotas le levantaron estatuas a él y a los suyos y acuñaron en su recuerdo monedas con su efigie. Fue él, al parecer, quien acabó de matar al emperador Claudio, enfermo ya de muerte, con una nueva intoxicación, razón por la cual, para destacar la gratitud que por ese hecho le debía a su sucesor, no se le llama en sus monumentos simplemente "amigo del emperador" (φιλοσεβαστός), como era usual, sino, específicamente, amigo de Claudio (φιλοκλαύδιος) y de Nerón (φιλονέρων, esto después de una segura restauración). Su hermano, que le sucedió en el cargo, tenía un sueldo de 500 mil sestercios, y aseguró al emperador que sólo había aceptado este puesto en consideración a él, ya que con el ejercicio de su profesión en la ciudad habría ganado 100 mil sestercios más. Después de haber gastado sumas enormes no sólo en la isla de Coes, sino también en Nápoles, estos hermanos dejaron al morir una fortuna de 30 millones de sestercios.

[3] Un médico de Esmirna, Hermógenes, hijo de Caridemos, escribió además de 77 volúmenes sobre cosas de medicina, según reza su piedra sepulcral, obras de historia sobre Esmirna, sobre la patria de Homero, sobre la sabiduría homérica, sobre las fundaciones de ciudades en Asia, en Europa y en las islas, itinerarios de Asia y Europa, sobre ardides de guerra, tablas cronológicas sobre la historia de Roma y la de

Esmirna. De un médico de cámara del emperador, Menécrates, cuya ciudad natal ignoramos, dicen sus admiradores romanos que fundamentó la nueva medicina lógica y al mismo tiempo empírica (ἰδίαϛ λογικῆϛ εναργοῦϛ ἰατρικῆϛ κτίστηϛ) en sus escritos, calculados en 156 volúmenes.

X. Persia y el reino de Palmira

El único gran estado fronterizo del imperio romano era el reino del Irán,[1] cimentado sobre aquella nacionalidad más conocida lo mismo en la Antigüedad que en nuestros días por el nombre de los persas. Este pueblo se aglutinó como Estado bajo la antigua dinastía persa de los aqueménidas y de su primer gran rey Ciro, y adquirió su unidad religiosa en torno a la fe del Ahura Mazda y del Mitra. Ningún pueblo civilizado de la Antigüedad logró resolver el problema de su unificación nacional tan pronto ni de un modo tan completo como éste. Por el sur, las tribus iranias llegaban hasta el océano Índico, por el norte hasta el mar Caspio; las estepas del Asia interior eran, al nordeste, escenario constante de choques entre los sedentarios persas y las tribus nómadas del Turán. Gigantescas cadenas de montañas separaban el Irán, por el este, de la India.

Tres grandes naciones chocaron muy pronto en el Asia occidental, cada una de las cuales pugnaba por adelantar sus dominios; una eran los helenos, transplantados de Europa a las costas del Asia Menor; otra los pueblos arameos que desde la Arabia y la Siria avanzaban hacia el norte y el nordeste y poblaban, fundamentalmente, el valle del Éufrates; la tercera las tribus del Irán, que no llegaban solamente hasta el Tigris, sino que se extendían incluso hasta la Armenia y la Capadocia; las poblaciones autóctonas de estos vastos territorios sucumbían entre tanto bajo estas grandes potencias e iban desapareciendo. En la época de los aqueménidas, que marca el apogeo del esplendor del Irán, la dominación irania

extendíase profundamente en todas las direcciones de estas inmensas tierras, y sobre todo hacia el oeste.

Fuera de las épocas en que el Turán sobrepujaba en poderío al Irán y en que los seléucidas y los mongoles mandaban sobre los persas, el núcleo de los pueblos iranos sólo conoció dos veces la dominación extranjera: en la época de Alejandro Magno y de sus inmediatos sucesores y en la de los califas árabes, y las dos veces por poco tiempo, relativamente. Estos países orientales, en el primer caso los partos, en el segundo los habitantes de la antigua Bactriana, sacudieron muy pronto el yugo extranjero y arrojaron además al invasor de las tierras occidentales pobladas por tribus afines a ellos.

Los partos

Al ocupar la Siria y entrar en contacto directo con el Irán, en los últimos tiempos de la república, los romanos se encontraron con el reino persa, regenerado por los partos. Ya varias veces hemos tenido ocasión de referirnos a este Estado; ha llegado el momento de resumir lo poco que sabemos acerca de las características de este reino, que en tantos aspectos y de modo tan decisivo había de influir sobre los destinos del Estado vecino. Desgraciadamente la tradición histórica no contesta a la mayoría de los problemas que, en relación con este pueblo, tiene que plantearse el historiador. Los occidentales sólo nos dan noticias incidentales, fácilmente desorientadoras por su aislamiento, sobre las condiciones internas de vida de sus vecinos y enemigos, los partos. En cuanto a los orientales, si nunca supieron fijar y conservar la tradición histórica, tienden sobre la época de los arsácidas un doble velo de olvido, ya que los iranios de tiempos posteriores involucran esta dinastía con la precedente dominación extranjera de los seléucidas, considerándola como una usurpación ilícita entre el periodo de la antigua y el de la nueva dominación persa, el de los aqueménidas y el de los sasánidas; tratan

de eliminar, por decirlo así, de la historia de Irán estos quinientos años,[2] dándolos por inexistentes.

Hay que decir que el punto de vista en que, al proceder así, se sitúan los historiógrafos cortesanos de la dinastía de los sasánidas es más bien el punto de vista legitimista-dinástico de la nobleza persa que el que corresponde a la nacionalidad irania. Es cierto que los escritores de los primeros tiempos del imperio caracterizan la lengua de los partos, que tenían su sede aproximadamente en la actual Jorasán, como una lengua intermedia entre la de los medos y la de los escitas, es decir, como un dialecto iranio no puro; a tono con esto, se los consideraba como tribus inmigrantes del país de los escitas, y en este sentido se interpreta su nombre como sinónimo de "gente fugitiva"; y mientras que unos presentan a Arsaces, fundador de la dinastía de los partos, como bactriano, otros ven en él un escita procedente de la Meótida. El hecho de que sus príncipes no residiesen en Seleucia, junto al Tigris, y tuviesen sus cuarteles de invierno en Ctésifon, es decir, en un arrabal de ella, se atribuye al deseo de no haber querido ocupar con tropas escitas aquella rica ciudad comercial.

Hay en el modo de vivir y en las normas de los partos muchas cosas que difieren de las costumbres iranias y recuerdan los usos propios de un pueblo nómada; por ejemplo, hacen sus negocios y comen siempre a caballo, sin que el hombre libre ande jamás a pie. No cabe duda, a nuestro modo de ver, que los partos, cuyos nombres son los únicos de todos los pueblos de estas tierras que no mientan los libros sagrados de los persas, eran gentes ajenas al verdadero Irán, al país de los aqueménidas y de los magos. Indudablemente la aversión de este Irán por un linaje de dominadores procedente de tierras no civilizadas y medio extrañas a las del país, aversión que los escritores romanos tomaron de buen grado de los vecinos persas, subsistió y obró como fermento durante toda la dominación de los arsácidas, hasta que por último condujo a la caída de esta dinastía.

Pero esto no basta para considerar la dominación de los arsácidas sobre el Irán como una dominación extranjera. Es lo cierto que ni la nacionalidad parta ni el país de los partos gozaban de privilegios especiales. Aunque se dice que la residencia de aquellos reyes era la ciudad parta de Hecatompylos, casi siempre pasaban el verano en Ecbatana (Hamadán) o en Ragae, lo mismo que los aqueménidas, y el invierno, como ya hemos dicho, en Ctésifon y a veces en Babilonia, en la extrema frontera occidental del imperio. La ciudad parta de Nisea seguía siendo el lugar tradicional de enterramiento de los arsácidas, pero más tarde estos reyes recibían sepultura aún con mayor frecuencia en Arbela (Asiria). Las pobres y lejanas tierras natales de los partos no eran apropiadas, ni mucho menos, para la suntuosa corte de esta dinastía ni para las importantes relaciones que los reyes arsácidas, sobre todo los últimos, mantenían con el Occidente. El país principal del reino seguía siendo, lo mismo que bajo los acaménidas, la Media.

Aun suponiendo que los arsácidas procediesen realmente del tronco escita, más que lo que eran importaba, sin duda alguna, lo que perseguían; y estos reyes se consideraron siempre como los descendientes de Ciro y de Darío, y como tales actuaban. Del mismo modo que los siete príncipes de la dinastía persa habían derribado al falso aqueménida, restaurando el poder legítimo mediante el entronizamiento de Darío, ¿por qué otros siete no pudieron haber derrocado la dominación extranjera de los macedonios y colocar en el trono a Arsaces? A la misma ficción patriótica debemos atribuir la tendencia a presentar al primer Arsaces como procedente de los bactrianos y no de los escitas.

El traje y la etiqueta que imperaban en la corte de los arsácidas eran los de los persas; después de que el rey Mitrídates I extendió su dominación hasta el Indus y el Tigris, la dinastía trocó el simple título de rey que ostentara hasta entonces por el de rey de reyes, el mismo que se daban los aqueménidas, y el gorro en punta de los escitas por la alta tiara cubier-

ta de perlas. En las monedas vemos al rey portando el arco como Darío. La aristocracia que había entrado en el país con los arsácidas y que estaba, sin duda alguna, muy mezclada con la vieja aristocracia nativa, adoptó asimismo las costumbres y el traje persas y, en su mayoría, nombres persas también. Sabemos que los soldados del ejército persa que peleó contra Craso llevaban todavía el pelo enmarañado al modo escita, mientras que el general lo llevaba partido por el medio y tenía, además, la cara pintada según era uso entre los medos.

La organización del Estado implantada por el primer Mitrídates es esencialmente, a tono con esto, la de los aqueménidas. El linaje de los funcionarios de la dinastía aparece rodeado del esplendor y la unción religiosa que corresponden a un poder innato y divino; el nombre del rey se transmite de derecho a cada uno de sus sucesores y al monarca se le rinden honores divinos; sus sucesores se llaman, por lo tanto, hijos de dios y, además, "hermanos del dios-sol y de la diosaluna", y todavía el sha de Persia ostenta entre sus títulos el del sol; quien derrame sangre de un miembro de la familia real, aunque sólo sea por accidente, comete un sacrilegio, notas todas que volvemos a encontrar con pocas variantes entre los Césares romanos, quienes las tomarían seguramente, en parte al menos, de aquella antigua monarquía.

La dignidad real se halla, como vemos, firmemente vinculada a un linaje; no obstante, hasta cierto punto el rey es designado por elección. Como para poder subir al trono el nuevo rey debe pertenecer tanto a la comunidad de los "parientes de la familia real" como al consejo de los sacerdotes, es de suponer que su entronizamiento iría precedido de un acto por el que estas dos colectividades reconocían al nuevo monarca. Lo más probable es que entre los "parientes" no figurasen tan sólo los arsácidas, sino las "siete familias" de la tradición aqueménida, siete linajes de príncipes que, según aquella tradición, se consideraban iguales en rango al gran rey y tenían libre acceso a él, y que seguramente gozarían de

idénticos privilegios bajo los arsácidas. Cada uno de estos linajes era, al mismo tiempo, titular de un cargo palatino hereditario; los sures, por ejemplo —cuyo nombre es a la par, como el de arsaces, nombre de persona y título de dignidad—, el linaje que sigue en jerarquía al de la familia real, eran los maestres de la corona, encargados de ceñir la tiara regia al Arsaces, al subir al trono. Pero mientras que los arsaces pertenecían a la provincia de los partos, los sures tenían su residencia en Sajastán (Sedjistán) y eran tal vez saces, es decir, escitas; los cares, otro de los siete linajes, descendían de la Media occidental. En cambio, bajo los aqueménidas, la máxima aristocracia era de pura sangre persa.

El gobierno del país se halla en manos de los subreyes o sátrapas. Según los geógrafos romanos de la época de Vespasiano, el Estado de los partos se hallaba formado por dieciocho "reinos". Algunas de estas satrapías son segundogenituras de la casa reinante; en particular las dos provincias nordoccidentales, la Media atropaténica (Azerbaiján) y la parte de Armenia que se hallaba en poder de los partos, se transferían al parecer al gobierno de los príncipes más directamente entroncados con el monarca reinante. Entre los sátrapas se destacaban, por lo demás, el rey del país de Elymais o de Susa, investido de un poder excepcional, y el del país de los persas, cuna de los aqueménidas. La forma de gobierno predominante, aunque no exclusiva, en el reino de los persas, forma que condiciona el título de sátrapas, era, a diferencia de lo que ocurría en la monarquía de los Césares, la de los reyes-vasallos, por lo cual los sátrapas, aunque gobernaban por derecho hereditario, tenían que ser confirmados en su cargo por el gran rey. Todo parece indicar que esta jerarquía seguía extendiéndose hacia abajo y que otros dinastas inferiores y jefes de tribus rendían vasallaje al subrey o sátrapa, lo mismo que éste al gran rey. La jerarquía imperante en el gobierno hereditario del país hacía que los poderes del rey de reyes de los partos se viesen extraordinariamente restringidos a favor de la alta aristocracia.

Escasez de ciudades

Se explica muy bien que en un país así gobernado la masa de la población estuviese formada por esclavos o semiesclavos y que no se conociese la manumisión. De los 50 mil hombres encuadrados en el ejército que luchó contra Marco Antonio, sólo 400 eran, según se dice, hombres libres. El más noble de los vasallos de Orodes, a quien éste puso como general al frente del ejército que derrotó a Craso, salió a campaña con un harén de 200 mujeres y un bagaje transportado por mil camellos; él mismo levantó entre sus clientes y esclavos un contingente de tropas de 10 mil jinetes, para incorporarlo al ejército que mandaba. Los partos no llegaron a tener nunca un ejército permanente; el gran rey, para hacer la guerra, tenía que contar con las levas de sus príncipes-vasallos y de los feudatarios sujetos a ellos y con la gran masa de esclavos de que éstos disponían.

No se crea, sin embargo, que el elemento urbano era totalmente desconocido en el régimen político del reino persa. Es cierto que los grandes centros de población surgidos del desarrollo peculiar del Oriente no constituían verdaderas ciudades, y de la misma residencia real de los partos, Ctesifón, se nos dice que era, comparada con la colonia griega de Seleucia, inmediata a ella, un verdadero villorrio; carecían de autoridades propias, no tenían consejo municipal, y su gobierno era regentado, al igual que el de los distritos rurales, por los funcionarios del rey exclusivamente. No obstante, hay que tener en cuenta que dentro de los dominios de los partos se hallaba una parte, aunque relativamente pequeña, de las ciudades fundadas por los griegos. En las provincias de Mesopotamia y Babilonia, arameas en cuanto a su nacionalidad, se había aclimatado bajo Alejandro y sus sucesores el sistema municipal helénico. La Mesopotamia se hallaba cubierta de comunidades griegas y en la provincia babilónica la sucesora de la antigua Babilonia y precursora de la que luego

sería Bagdad, situada en las márgenes del Tigris, residencia durante algún tiempo de los reyes griegos de Asia, la ciudad de Seleucia, floreció gracias a su privilegiada situación comercial y a sus fábricas, hasta convertirse en la primera ciudad mercantil fuera de las fronteras del imperio romano, calculándosele una población de más de medio millón de habitantes.

Los gobernantes partos no tocaron, por la cuenta que les traía, a su libre organización helénica, a la que debía indudablemente su prosperidad, y Seleucia no sólo conservaba su consejo municipal de 300 miembros elegidos por la población, sino que seguía empleando su lengua griega y manteniendo sus costumbres helénicas en medio de aquel mundo oriental adverso a ellas. Claro está que en estas ciudades no vivían solamente helenos, aunque ellos fuesen el elemento predominante. Residían también en ellas numerosos sirios, y además un contingente no menos numeroso de judíos, lo que hacía que la población de estas ciudades griegas enclavadas en el reino de los partos estuviese formada, al igual que la de las ciudades de Alejandría, por tres nacionalidades distintas y coexistentes. No era nada raro, también como en Alejandría, que surgiesen conflictos entre ellas, como sucedió, por ejemplo, cuando, reinando el emperador Calígula, las tres naciones se fueron a las manos ante los mismos ojos de los partos, acabándose por expulsar a los judíos de las ciudades más importantes.

En este sentido, podemos decir que el reino de los partos es el reverso del imperio romano. La ciudad griega representa dentro de él una excepción, lo mismo que en aquél la monarquía vasalla. Las ciudades comerciales griegas situadas junto a la frontera occidental del reino en nada favorecen al carácter aristocrático-oriental de la monarquía parta, lo mismo que las monarquías feudatarias de Capadocia y Armenia no favorecen en nada a un Estado como el romano, organizado con base de municipios. Mientras que en el Estado de los Césares la comunidad urbana romano-helénica va extendién-

dose más y más y acaba convirtiéndose en la forma general del régimen administrativo del imperio, con la aparición de la monarquía de los partos en el Oriente se interrumpe de pronto la fundación de ciudades, característica auténtica de la civilización heleno-romana, que abarca tanto las ciudades comerciales de los griegos y las colonias militares de Alejandro como las grandiosas creaciones urbanas de Alejandro Magno y de los alejándridas, y hasta las mismas ciudades griegas existentes de antes en los dominios de los partos van decayendo en el transcurso de la historia. En uno y otro campo la regla va haciendo pasar a segundo plano las excepciones.

Religión

La religión del Irán, con su culto casi monoteísta del "más alto de los dioses, que creó el cielo, la tierra y el hombre y creó también para éste cuanto de bueno existe", con su ausencia de imágenes y su tendencia intelectual, con su severa moral y su amor por la verdad, su influencia sobre la conducta práctica y la energía de las acciones, podía dominar los espíritus de sus fieles de un modo muy distinto y más profundo de lo que nunca llegaron a conseguir las religiones del Occidente. Y si ni un Zeus ni un Júpiter pudieron afirmar su prestigio divino ante los progresos de la civilización, la fe de los persas se mantuvo perennemente joven hasta que sucumbió ante otro evangelio, el de los fieles de Mahoma, o se replegó huyendo de él hacia la India.

No es misión nuestra exponer cuál era la relación entre la antigua fe de Mazda, que profesaban los aqueménidas y cuyos orígenes caen dentro de la época prehistórica, y la religión que proclaman como doctrina del sabio Zoroastro los libros sagrados de los persas, el Zendavesta, nacidos probablemente bajo los últimos reyes de la dinastía aqueménida; en la época en que el Occidente toma contacto con el Oriente no existe ya entre los persas más religión que la segunda, la

cual, nacida tal vez en el este del Irán, en la Bactriana, se enfrentó con el Occidente desde el oeste del reino, principalmente desde la Media, y penetró en él.

En el Irán la religión nacional y el Estado nacional se hallaban todavía más íntimamente entrelazados que entre los celtas. Ya hemos puesto de relieve que la monarquía legítima de los persas era al mismo tiempo una institución religiosa; el regente supremo del país recibía el poder de la suprema divinidad nacional y se le rendía en cierto modo culto divino. En las monedas de cuño nacional que se han conservado aparece generalmente el gran altar del fuego y flotando sobre él el dios alado Ahura Mazda, y a su lado, en tamaño más pequeño y en posición de orar, el rey, frente al cual se ve el estandarte del reino.

Es, pues, lógico que en el Estado de los partos la supremacía de la nobleza se combinase con la posición privilegiada del clero. Los sacerdotes de esta religión, los magos, figuran ya en los documentos de los aqueménidas y en los relatos de Herodoto, y fueron considerados siempre por los occidentales, seguramente con razón, como una institución nacional de los persas. El sacerdocio es hereditario y, por lo menos en la Media, aunque también probablemente en otras partes del reino, la colectividad de los sacerdotes se consideraba, al igual que la de los levitas en los últimos tiempos de Israel, como una parte especial del pueblo.

La antigua religión del Estado y el sacerdocio nacional mantuvieron el lugar que ocupaban, aun bajo la dominación de los griegos. Cuando el primer Seleuco decidió fundar la primera capital de su reino, la ciudad de Seleucia que lleva su nombre y de la que ya hemos hablado, hizo que los magos señalasen el día y la hora oportunos para la ceremonia, y hasta que estos persas no leyeron, de mala gana, el horóscopo que se les pedía, no procedieron el rey y su ejército, siguiendo sus instrucciones, a colocar solemnemente la primera piedra de la ciudad helénica. Esto indica que también al lado de Seleuco y como consejeros suyos había sacerdotes de

la religión del Ahura Mazda y que era a ellos y no a los sacerdotes del Olimpo helénico a quienes se consultaba sobre los asuntos públicos concernientes a las cosas divinas. Hay que suponer, lógicamente, que su importancia sería mucho mayor bajo el reinado de los arsácidas. Ya hemos dicho más arriba que en la elección de rey intervenían los sacerdotes al lado del consejo de la nobleza. El rey Tirídates de Armenia, de la familia de los arsácidas, visitó Roma acompañado por su séquito de magos, a cuyos consejos se atenía para viajar y para comer, incluso cuando lo hizo en compañía del emperador Nerón, quien se prestó de buen grado a que aquellos exóticos sabios le expusieran su doctrina y conjurasen ante él los espíritus. Todo esto no quiere decir, ciertamente, que la clase sacerdotal como tal influyese esencialmente en la marcha del Estado; pero no puede pensarse, ni mucho menos, que la fe del Mazda fuese introducida entre los persas por los sasánidas; lejos de ello, la religión nacional del Irán permaneció idéntica en sus rasgos fundamentales a través de todos los cambios de dinastías y de la trayectoria seguida por el país.

Lengua

La lengua nacional de los partos es la nativa del Irán. No hay ninguna huella de que entre los arsácidas tuviese nunca curso para efectos públicos ninguna lengua extranjera. Son el dialecto nacional iranio de Babilonia y la escritura correspondiente, tal como se desarrollaron antes de la época de los arsácidas y durante ella bajo la influencia de la palabra hablada y escrita de sus vecinos arameos, los que con el nombre de *pahlavi,* es decir, *parthava* o lengua de partos, se hablan y escriben en este reino. Ni siquiera el griego llegó a ser considerado como lengua pública. No encontramos ningún rey que ostente en segundo lugar nombre griego; si los arsácidas hubiesen adoptado esta lengua, no habríamos dejado de encontrar algunas inscripciones en su país. Es cierto que

sus monedas presentan, hasta la época de Claudio todas ellas y después la mayoría, inscripciones en griego; además, no acusan la menor huella de la religión del país y el pie monetario se adapta a la acuñación local de las provincias orientales romanas, del mismo modo que la división del año y la numeración de los años se dejaron como los habían regulado los seléucidas. Pero la explicación de esto debe buscarse, tal vez, en el hecho de que los reyes persas no acuñaban moneda por sí mismos y se limitaban a encargar a las ciudades griegas del reino que acuñasen en su nombre este dinero, destinado en realidad, esencialmente, al comercio con los vecinos occidentales. El rey aparece designado en estas monedas como "amigo de los griegos" (φιλέλλην); y este título con que nos encontramos desde muy pronto y que a partir del reinado de Mitrídates I, es decir, desde la expansión del Estado hasta la frontera del Tigris, se hace permanente, sólo tiene sentido siendo la ciudad griega de los partos la que habla en ellas. Podemos suponer que el griego ocupaba en el reino de los partos, con respecto al persa, el mismo lugar secundario que en el Estado romano con respecto al latín. En estas monedas puede seguirse el proceso de gradual desaparición del helenismo bajo la dominación de los partos, tanto por el hecho de que la lengua nativa va coexistiendo en ellas con la griega y desplazándola, como por el modo cada vez más acentuado como va estropeándose el lenguaje.

Territorio

El reino de los arsácidas ocupa un territorio mucho menos extenso que el Estado mundial de los aqueménidas e incluso que el reino de sus antecesores inmediatos, los seléucidas. Sus fronteras sólo incluyen ahora la parte oriental, que era la mayor; después de la batalla en que el rey Antíoco Sidetes, contemporáneo de los partos, cayó luchando contra los partos, los reyes sirios no volvieron a intentar seriamente extender su dominación más allá del Éufrates; pero las tierras si-

tuadas al lado de acá de este río siguieron en manos de los occidentales.

Las dos costas del Golfo Pérsico, incluso la árabe, se hallaban en poder de los partos, quienes, por lo tanto, dominaban totalmente la navegación por estas aguas; el resto de la península de Arabia no pertenecía ni a los partos ni a los romanos que tenían dominado el Egipto.

El Indo y el Ganges

No es éste el lugar adecuado para describir la lucha librada entre las naciones por la posesión del valle del Indo y de las tierras situadas a ambos lados de él, en aquello en que la tradición, completamente caótica, puede ordenarse en un relato; no podemos omitir aquí, sin embargo, los rasgos más salientes de esta lucha, que discurrió siempre paralela a la reñida en torno al valle del Éufrates, sobre todo teniendo en cuenta que las fuentes no nos permiten seguir en detalle lo ocurrido en el oriente del Irán en aquello en que guarda alguna relación con la situación del occidente; intentaremos, sin embargo, representarnos aquella lucha, aunque sólo sea en líneas generales.

Poco después de morir Alejandro Magno se trazó la frontera entre el Irán y la India por medio de un convenio de su mariscal y heredero parcial Seleuco con el fundador del reino indio Tchandragupta, en griego Sandracotos. Según lo establecido, Sandracotos reinaba no sólo sobre el valle del Ganges en toda su extensión y sobre todos los territorios avanzados del norte de la India, sino también sobre una parte de la cuenca del indo, por lo menos sobre una porción del valle alto del actual Cabul; además sobre la Arajosia o Afganistán; también, probablemente, sobre las tierras yermas y áridas de la Gedrosia, hoy Beluchistán; finalmente, sobre el delta y las desembocaduras del indo. Los documentos tallados en piedra con que Asoka, el nieto de Sandracotos, devoto de Buda, quiso inculcar a sus súbditos las leyes generales de la moral, se

han descubierto en todos estos vastos dominios y especialmente en la comarca de Pechaver. La cadena del Hindu-Kuch, que los antiguos llamaban Paranisos, con sus gigantescas montañas que sólo cruzan unos pocos desfiladeros, y sus estribaciones orientales y occidentales, eran, pues, la línea de demarcación entre el Irán y la India. Pero aquel convenio no había de durar mucho tiempo.

En los primeros tiempos del régimen de los diádocos, los griegos dueños del reino de la Bactriana —el cual, separado del Estado de los seléucidas, tomó poderoso auge— cruzaron las montañas fronterizas, se apoderaron de gran parte del valle del Indo y probablemente hicieron penetraciones aún más profundas en la parte delantera de la India, con lo cual el centro de gravedad del reino bactriano se desplazó del Irán occidental a la India oriental, y el helenismo pasó a segundo plano en él ante el hinduismo. Sus reyes llevan nombres indios y ya no volvemos a verlos ostentar nombres griegos; en las monedas las inscripciones helénicas son completadas primero y luego sustituidas por la lengua y la escritura indias nativas, del mismo modo que en las acuñaciones persas de los partos aparece el *pahlavi* al lado del griego.

Los saces

Más tarde fue destacándose cada vez más en la lucha una nueva nación; los escitas, conocidos en el Irán y en la India por el nombre de saces y que procedían de las tierras situadas junto al río Iaxartes, irrumpieron hacia el sur por las montañas. Se adueñaron, por lo menos en gran parte, del territorio de la Bactriana, y hacia el último siglo de la república romana debían de ser también dueños de las tierras que hoy forman el Afganistán y el Beluchistán. Por eso la parte del litoral situada a ambos lados de la desembocadura del Indo, en torno a Minnagar, se llama en los primeros tiempos del imperio Escitia, y las tierras de los drangios que quedan al oeste de Kandahar, en el interior del país, se conocen con el nom-

bre de "País de los saces", Sacastán, que es el actual Sechistán. Esta inmigración de los escitas en las tierras del imperio indo-bactriano lo menoscabaría y perjudicaría, indudablemente, al modo como las primeras inmigraciones de germanos quebrantaron al imperio romano, pero sin destruirlo; todavía bajo Vespasiano existía un Estado de Bactriana, probablemente independiente.

Bajo la dinastía julia y claudia parece que eran los partos la potencia dominante en la desembocadura del Indo. Una fuente de información bastante fidedigna de la época de Augusto llega incluso a contar el Sacastán entre las provincias partas y presenta al rey de los saces-escitas como uno de los subreyes de los arsácidas; la última provincia de los partos hacia el Oriente es, según él, la de Arajosia, con su capital en Alejandrópolis, probablemente la actual Kandahar. Poco después, bajo el reinado de Vespasiano, vemos a príncipes partos gobernando en Minnagar. Sin embargo aquel cambio de gobierno debió representar, para el reino situado en las márgenes del Indo, más bien un cambio de dinastía que una verdadera anexión al Estado de Ctésifon. El príncipe parto Gondófaro, a quien la leyenda cristiana relaciona con santo Tomás, el apóstol de los partos y de los hindúes, reinó indudablemente desde Minnagar hasta Pechivar y Cabul; pero estos monarcas emplean, al igual que sus predecesores del reino de la India, la lengua hindú además de la griega, y se llaman grandes reyes lo mismo que los de Ctésifon. El hecho de pertenecer al mismo linaje real no era obstáculo para que rivalizasen con los príncipes arsácidas.

Sigue a esta dinastía en el reino indio, tras breve intervalo, la que en la tradición hindú se conoce con el nombre de dinastía de los saces, o sea la del rey Kanerku o Kanichka, que comienza en el año 78 d. C. y persiste por lo menos hasta el siglo III. Estos príncipes pertenecen al tronco de los escitas, a cuya inmigración nos hemos referido hace poco, y en sus monedas se emplea la lengua escita en vez del hindú. Fueron, pues, los partos y los escitas los que después de los hindúes y

de los helenos gobernaron las tierras del Indo en los tres primeros siglos de nuestra era. Pero la formación de estados nacionales indios se mantuvo y siguió desarrollándose en estos territorios aun bajo las dinastías extranjeras, oponiendo con ello a los avances de la potencia de los partos-persas en el Oriente un dique no menos poderoso que al Estado romano en el Occidente.

El Irán limitaba al norte y al nordeste con el Turán. Así como las riberas occidental y meridional del mar Caspio y los valles altos de los ríos Oxos e Iaxartes son tierras propicias a la civilización, las estepas que bordean el mar de Aral y las grandes planicies que se extienden tras ellas son escenario obligado de pueblos trashumantes. Es posible que entre estas tribus nómadas hubiese algunas afines a los iranos, pero ni aun éstas tuvieron parte alguna en la civilización iránica, y precisamente lo que determina como factor fundamental la posición histórica del Irán es el haber sido el dique de los pueblos civilizados contra las hordas de los escitas, los saces, los hunos, los mongoles y los turcos, cuya misión en la historia universal no parecía ser otra que la de destructores de la cultura. La Bactriana, el gran baluarte del Irán contra el Turán, pudo hacer frente con éxito a su papel defensivo, bajo la dominación helénica, en la época posalejandrina; pero ya hemos dicho que más tarde, aunque sin llegar a perecer como reino, fue incapaz de seguir conteniendo los avances de los escitas hacia el sur.

Los arsácidas

Al ser relegado a segundo plano el poder de los bactrianos, esta misión histórica pasó a manos de los arsácidas. No es fácil decir hasta qué punto éstos hicieron honor a ella. En los primeros tiempos del imperio, los grandes reyes de Ctésifon parecen haber desplazado a los escitas de las tierras situadas al sur del Hindu-Kuch y también de las del norte, sometiéndolos en algunos casos a su dominación y arrebatándoles

desde luego una parte del antiguo territorio de la Bactriana. Pero no es fácil saber qué fronteras llegaron a establecerse aquí, suponiendo que se establecieran algunas. Las fuentes hablan con frecuencia de las guerras entre los partos y los escitas. En ellas los atacantes son por lo general éstos, es decir, los pobladores de las riberas del mar de Aral, los antepasados de los turcomanos, que unas veces irrumpen por agua, desde el mar Caspio, en los valles del Ciros y del Araxes y otras veces saquean desde sus estepas los ricos campos de la Hircania y el fértil oasis de la Margiana (Merv). Los habitantes de las zonas fronterizas prestábanse a redimirse de aquellas arbitrarias devastaciones mediante el pago de tributos, que por lo regular se hacían efectivos periódicamente, al modo como los beduinos de Siria perciben hoy la *kubba* de los campesinos de aquellas regiones. El gobierno de los partos era, pues, incapaz, por lo menos en los primeros tiempos del imperio, como lo es hoy el gobierno turco,[*] de asegurar a sus pacíficos súbditos los frutos de su trabajo y de instaurar un estado de paz permanente en sus fronteras. Y estos disturbios de fronteras siguieron siendo también una herida abierta en el gobierno del imperio, llegando no pocas veces a interferirse en las guerras de sucesión de los arsácidas y en sus litigios con Roma.

Los sasánidas

Artachatra o Ardaches en neopersa surge, según la historiografía oficial de los sasánidas, con la misión de vengar la sangre de Dara, asesinado por Alejandro, y de restaurar el poder en manos de la legítima dinastía, tal como regía en tiempos de sus antepasados, los reyes parciales. Esta leyenda encierra, indudablemente, una parte de verdad. Esta dinastía, que deriva su nombre de Sasán, el abuelo de Ardaches, no es otra que la de los reyes de los persas. El padre de Ardaches, Papak o Pabek, y una larga serie de antepasados suyos que empuñaron el cetro bajo la hegemonía de los arsácidas, en

estas tierras, cuna de la nación iránica, tenían su residencia en Istachir, no lejos de la antigua Persépolis, y ornaban sus monedas con inscripciones en lengua iránica y con los emblemas sagrados de la fe nacional de los persas, mientras que los grandes reyes residían en las tierras fronterizas semigriegas, y acuñaban sus monedas en lengua griega y al modo semihelénico. El régimen fundamental del sistema de estados del Irán, el de los grandes reyes situados por encima de los reyes parciales, no varió bajo estas dos dinastías, como no varió por ejemplo el del imperio de la nación alemana bajo las dinastías de los emperadores sajones y suabos. Y si en aquella versión oficial aparece la época de los arsánidas como la de los reyes parciales y Ardaches como el primer monarca común de todo el Irán después del último Darío, es simplemente porque, en el antiguo reino persa, Persia ocupa respecto a todos los demás territorios, incluyendo el de los partos, la misma posición que Italia respecto a las provincias del imperio, y porque los persas disputaban a los partos la legitimidad del poder de los grandes reyes, vinculado por derecho a su territorio.

La extensión del reino de los sasánidas en comparación con el de los arsácidas es problema al que las fuentes no dan respuesta satisfactoria. Las provincias occidentales permanecieron todas ellas fieles a la nueva dinastía desde que ésta estuvo firmemente instaurada en el poder, y las reivindicaciones presentadas por estos reyes contra los romanos fueron, como veremos, muy superiores a las pretensiones de los arsácidas. No podemos, en cambio, afirmar, por falta de datos, hasta dónde llegó la dominación de los sasánidas por el Oriente ni cuándo avanzaron hacia el Oxos, río que más tarde se consideraba como la frontera legítima entre el Irán y el Turán.[3]

La subida al poder de la nueva dinastía no se tradujo en ninguna transformación sustancial del sistema del Estado iránico. El título oficial del primer monarca de los sasánidas, tal como aparece transcrito en tres lenguas en el bajo relieve

esculpido en la roca de Nakchi-Rustam, es el de "Artajares, servidor del dios del Mazda, rey de reyes de los arios, descendiente de dios", el mismo sustancialmente que usaban los arsácidas, con la diferencia de que ahora se mencionan expresamente la nación irania, como se hacía ya en el título de los reyes antiguos, y la divinidad nacional.

La sustitución de la antigua dinastía, originaria de tierras extrañas y simplemente nacionalizada, por otra nativa de Persia, era, indudablemente, la obra y el triunfo de la reacción nacional; pero la fuerza de las circunstancias opuso límites no pocas veces insuperables a las consecuencias que de ello se derivaban. La ciudad de Persépolis, que ahora se llama Istachir, vuelve a convertirse nominalmente en la capital del reino, y en la misma roca que proclama los hechos de Darío aparecen grabadas las notables imágenes y las inscripciones más notables todavía en que se canta la gloria de Ardaches y Chapur; pero como no era posible, evidentemente, regentar el gobierno desde aquel sitio tan alejado, su sede siguió siendo Ctésifon. El gobierno neopersa no reasumió la primacía jurídica que los persas habían tenido bajo los aqueménidas; mientras que Darío se titulaba "persa, hijo de persa, ario de raza aria", Ardaches presentábase simplemente, según hemos visto, como rey de los arios. No sabemos si en los grandes linajes, aparte de los de la familia real, se introducirían nuevos elementos de origen persa; en todo caso, persistían dentro de ellos algunos de los antiguos, como los sures y los cares; fue bajo los aqueménidas y no bajo los sasánidas cuando su composición presentaba un carácter persa puro.

Tampoco se produjo un verdadero cambio en lo tocante a la religión, si bien bajo los grandes reyes de los persas la fe y los sacerdotes adquirieron una influencia y un poder como jamás los habían tenido bajo los partos. Es posible que bajo la doble propaganda de los cultos extranjeros en el Irán, el del budismo preconizado desde el Oriente y el de la religión cristiano-judaica predicada desde el Occidente, se regenerase precisamente por rivalidad la vieja fe del Mazda. Ardaches, el

fundador de la nueva dinastía, era, como sabemos por testimonios fidedignos, un devoto adorador del fuego, habiéndose llegado incluso a consagrar sacerdote de esta religión; a eso se debe, según el mismo informe, el que los magos adquiriesen a partir de entonces tal influencia y arrogancia, pues hasta entonces no disfrutaban, ni mucho menos, de los mismos honores y la misma libertad, sino que, lejos de ello, apenas tenían predicamento entre los titulares del poder. "Desde entonces los persas honran y veneran a todos los sacerdotes; los asuntos públicos se disponen con arreglo a sus consejos y oráculos; todo contrato y todo litigio jurídico se someten a su dictamen y a su juicio y nada es tenido por los persas como justo y legal si no lleva su sanción." A tono con esto, nos encontramos con una organización de la Iglesia que recuerda mucho la posición que el papa y los obispos ocupan al lado del emperador y de los príncipes. Al frente de cada región se halla un alto mago (magupat, señor de los magos o mobed en neopersa), y todos ellos se hallan, a su vez, sujetos al Supremo Mago (Mobedan-Mobed), que equivale al "Rey de Reyes" y que es el encargado de coronar al rey. Los resultados de esta dominación sacerdotal no tardaron en presentarse: aunque es cierto que el rígido ritual de aquella religión, los estrechos preceptos sobre la culpa y la expiación y una ciencia reducida a áridos oráculos y artes de encantamiento, son rasgos inherentes a la vida de los persas desde los primeros tiempos, es ahora probablemente cuando éstos adquieren su pleno desarrollo.

Las huellas de la reacción nacional se acusan también en la lengua y en los usos del país. Sigue existiendo la más importante ciudad griega del reino parto, la antigua Seleucia, pero no se la conoce ya por el nombre del mariscal griego, sino por el de su nuevo señor Beh, que significa seguramente Ardache (Artajerjes). El griego, que aún seguía siendo la lengua usual, aunque estropeada y sin ocupar ya el lugar dominante, desaparece de pronto de las monedas con el comienzo de la nueva dinastía, y sólo nos encontramos con ella en las

inscripciones de los primeros sasánidas, relegada a segundo plano detrás de la verdadera lengua nacional. La "escritura de los partos", el *pahlavi,* afirma su posición, pero aparece a su lado otra, menos diferente y que es, como demuestran las monedas, la verdaderamente oficial, probablemente la que hasta ahora venía usándose en la provincia persa; por donde los más antiguos monumentos de los sasánidas aparecen redactados en tres lenguas, al igual que los de los aqueménidas, de modo parecido a lo que ocurría en la Alemania de la Edad Media, en que se usaban conjuntamente el latín, el sajón y la lengua franca. Después del rey Sapor I († 272) desaparece el bilingüismo y triunfa la segunda escritura, que hereda el nombre del *pahlavi.*

El año de los seléucidas y los correspondientes nombres de los meses desaparecen al cambiar la dinastía, sustituidos por los años del monarca, según la antigua tradición persa, y por los nombres indígenas de los meses usados por los persas. Hasta las leyendas de los persas antiguos se transfieren a la nueva Persia. La "historia de Ardachir (Artajerjes), hijo de Papka", aún subsistente y según la cual este hijo de un pastor persa fue a parar a la corte de los medos para convertirse más tarde en el libertador de su pueblo, es simplemente la vieja leyenda de Ciro acuñada bajo un nombre nuevo. Otro libro de fábulas de los persas hindúes cuenta que el rey Iskander Rumi, es decir, "Alejandro el Romano", mandó quemar los libros sagrados de Zoroastro, que luego se encargó de restaurar el sabio Ardaviraf, al subir al trono Ardachir. En esta fábula se enfrentan el romano-heleno y el persa; la leyenda no tiene en cuenta para nada, como es lógico, al bastardo arsácida.

Palmira

Ha llegado la hora de que digamos algo aquí, en estas páginas en que vemos cómo el Oriente romano tiene que atenerse a sus propias fuerzas en su pugna con el Oriente persa,

acerca de un curioso Estado, obra en su totalidad del comercio a través del desierto, y que asume ahora, aunque por poco tiempo, un papel dirigente en la historia política. El oasis de Palmira, al que los nativos llamaban Tadmor, queda a mitad de camino entre Damasco y el Éufrates. No tiene otra importancia que la que le da el hecho de ser estación de tránsito entre la cuenca del Éufrates y el Mediterráneo, importancia que por otra parte tardó en adquirir para volver a perderla muy pronto, con lo que el periodo de esplendor de Palmira coincide aproximadamente con la época de que estamos tratando.

Ninguna fuente nos habla de los orígenes de esta ciudad.[4] Sólo se hace mención de ella con motivo de la estancia de Marco Antonio en Siria en el año 41, en que el caudillo romano intentó en vano apoderarse de sus riquezas; tampoco se remontan mucho más atrás los monumentos descubiertos sobre el terreno —entre las inscripciones con fecha encontradas en Palmira, la más antigua es del año 9—. Es probable que el florecimiento de la ciudad de Palmira coincidiese con el establecimiento de los romanos en las costas de Siria. Mientras los nabateos y las ciudades de los osroenos no se hallaban bajo el poder directo de los romanos, éstos estaban interesados en establecer una nueva comunicación directa con el Éufrates, y no había otra que la que pasaba por Palmira. Esta ciudad no fue fundada, sin embargo, por los romanos; el pretexto alegado por Marco Antonio para su cruzada de saqueo era la neutralidad de los comerciantes que aseguraban el tráfico entre los dos grandes estados, pero los jinetes del triunviro hubieron de volverse sin haber conseguido su objeto ante la cadena de defensores que los palmirenses opusieron al ataque. No obstante, Palmira debió de ser incorporada al imperio ya en los primeros tiempos de éste, puesto que la ordenación fiscal decretada por Germánico y Córbulo para Siria se hizo también extensiva a aquella ciudad; una inscripción del año 80 nos habla de la existencia de una *phyle* claudia en Palmira. Desde Adriano el nombre de la ciudad es

Hadriana Palmira, y en el siglo III se la denomina incluso colonia.

Sin embargo los palmirenses no eran súbditos del imperio a la manera usual y su posición era, en cierto modo, la de los reinos sujetos a la relación de clientela. Todavía en la época de Vespasiano se presenta a Palmira como una zona intermedia entre las dos grandes potencias y en cuanto se producía cualquier choque entre los romanos y los partos surgía la duda de qué política abrazarían los palmirenses. La clave de esta posición especial que la ciudad ocupaba nos las ofrecen las relaciones fronterizas y las normas adoptadas para la protección de las fronteras. Las tropas sirias emplazadas junto al Éufrates tenían su posición principal en Zeugma, frente a Biredjuk, cerca del gran paso del río. Más abajo se interfieren entre el territorio directamente romano y el de los partos las tierras de Palmira, que llegan hasta el Éufrates y en las cuales se halla enclavado el otro importante paso del río, cerca de Sura, frente a la ciudad mesopotámica de Niceforion (que luego se llamó Calínicon y actualmente se llama Rakka). Es más que probable que la vigilancia y la guarda de esta importante fortaleza defensiva, así como la defensa del camino del desierto que va del Éufrates a Palmira, y tal vez también de una parte del camino de Palmira a Damasco, se encomendase a aquella ciudad, lo que le impondría el derecho y el deber de adoptar las providencias necesarias para el desempeño de esta misión bastante responsable.

Más tarde debieron de acercarse más a Palmira las tropas romanas, y una de las legiones sirias fue desplazada a Danava, entre Palmira y Damasco, mientras la legión árabe se trasladaba a Bostra. Desde que Septimio Severo incorporó la Mesopotamia al imperio, también aquí se hallaban en poder de los romanos las dos márgenes del Éufrates, y sus dominios en aquellas tierras no terminaban ya en Sura, sino en Circesion, junto a la confluencia del Chaboras con el Éufrates, más arriba de Meïadin. Por aquel entonces se situaron también fuertes guarniciones del imperio en la Mesopotamia.

Pero las legiones mesopotámicas se hallaban acantonadas junto a la gran calzada del norte, en Resaina y Nisibis, sin que las tropas sirias y árabes permitiesen tampoco prescindir de la cooperación de las de Palmira. Es posible que incluso estuviese a cargo de los palmirenses la defensa de Circesion y de esta parte de la ribera del Éufrates. Fue después de la desaparición de Palmira y tal vez en sustitución de ella cuando Diocleciano convirtió la plaza de Circesion en la gran fortaleza que en lo sucesivo constituye el punto de apoyo de la defensa fronteriza romana en esta parte.

Esta posición especial de Palmira dejó también su huella en las instituciones. El hecho de que las monedas palmiranas no mencionen nunca el nombre del emperador podemos explicarlo tal vez teniendo en cuenta que esta ciudad no emitió casi más que moneda fraccionaria. En cambio tenemos un indicio claro de aquella posición en el trato dado por los romanos a la lengua del país. Palmira era una excepción en la norma seguida por aquéllos casi en absoluto, según la cual sólo autorizaban en los territorios directamente ocupados el empleo de las dos lenguas fundamentales del imperio. En esta ciudad se impuso y se mantuvo durante toda su existencia la lengua que en el resto de Siria, al igual que en la Judea desde el destierro, se circunscribía a la vida privada, aunque fuese la predominante en ella. No han podido apreciarse diferencias esenciales entre el sirio de Palmira y el hablado y escrito en las demás regiones mencionadas más arriba; los nombres propios a lo árabe, a lo judío y también a lo persa, que encontramos aquí con relativa frecuencia, indican la fuerte mezcla de pueblos existente en Palmira, y las numerosas palabras tomadas de los griegos y romanos denotan la influencia de los elementos occidentales.

Más tarde se adopta la práctica usual de añadir al texto sirio otro griego, que en un acuerdo del consejo municipal de Palmira fechado en el año 137 viene detrás del palmirano, pero que más tarde suele precederlo; en cambio las inscripciones exclusivamente griegas de palmirenses nativos consti-

tuyen raras excepciones. La versión palmirana, añadida a la otra, aparece incluso en las inscripciones votivas consagradas por los palmirenses a sus divinidades nacionales en Roma. Las fechas, en aquella ciudad, tomaban como base el año romano, lo mismo que en el resto del imperio, pero los nombres de los meses no son los macedónicos, oficialmente admitidos en la Siria romana, sino los que allí se empleaban por lo menos entre los romanos en el uso común y los que además se usaban entre las gentes arameas que vivían primero bajo la dominación asiria y luego bajo la persa.[5]

La importancia de Palmira se basa en el tráfico de las caravanas. Los jefes de caravanas (συνοδιάρχαι) que partían de Palmira con dirección a los grandes centros comerciales, hacia Vologasias, ciudad fundada por los partos y que se hallaba no lejos del sitio de la antigua Babilonia, y hacia Forat o Charax Spasinu, ciudades gemelas situadas junto a la desembocadura, cerca del Golfo Pérsico, aparecen citados en las inscripciones como los vecinos más notables de la ciudad y ocupan no sólo los cargos de su patria sino también algunos de los puestos del imperio; asimismo atestiguan la importancia de esta ciudad para el comercio y la industria los grandes comerciantes (ἀρχἔμποφοε) y el gremio de los aurífices y plateros, del mismo modo que acreditan su bienestar los templos cuyas ruinas se alzan todavía hoy en lo que fue Palmira, las largas columnatas de los pórticos de la ciudad y los grandes sepulcros, ricamente ornamentados.

El clima de la región es poco propicio a la agricultura: Palmira se alzaba muy cerca del límite norte que delimita la palmera productora del dátil, aunque no toma de ella su nombre. No obstante, encontramos en sus alrededores restos de grandes conducciones subterráneas de aguas e inmensos depósitos artificiales de agua hechos de sillares, que ayudarían a desarrollar una rica agricultura, gracias al esfuerzo del hombre, en estas tierras hoy desnudas de toda vegetación. Esta riqueza, esta peculiaridad nacional y esta autonomía administrativa, que no desaparecieron del todo bajo la domina-

ción romana, explican en cierto modo el papel desempeñado por Palmira en la gran crisis de mediados del siglo tercero.

En el año 251, después de desencadenar la guerra contra los godos en Europa, el emperador Decio dejó el gobierno del imperio, en la medida en que entonces existía realmente un imperio y un gobierno de él, confiado por entero a su suerte. Mientras los piratas, partiendo del mar Negro, asolaban a diestra y siniestra las costas e incluso el interior de los países, se lanzó también al ataque, una vez más, el rey de los persas, Sapor. Su padre se había contentado con titularse señor del Irán; Sapor es el primero que se asigna, como harán luego sus sucesores, el título de Gran Rey del Irán y del No-Irán, lo que equivale casi a un programa de su política de conquistas. En el año 252 o 253 ocupó la Armenia, la cual tal vez se sometiese voluntariamente a su dominación, arrastrada sin duda por aquel resurgir de la antigua fe persa y del persianismo. El legítimo rey Tirídates fue a refugiarse entre los romanos; los demás miembros de la familia real se enrolaron bajo las banderas de los persas. Después de anexionar la Armenia al reino persa, las tropas de los orientales invadieron la Mesopotamia, la Siria y la Capadocia; asolaron las tierras abiertas, pero los habitantes de las grandes ciudades repelieron el ataque de aquel enemigo, poco preparado para una guerra de sitio, distinguiéndose en la defensa la valiente ciudad de Edesa.

Luchas entre romanos y persas

Entre tanto, habíase instaurado en el Occidente un gobierno por lo menos reconocido. El emperador Publio Licinio Valeriano, gobernante recto y bien intencionado, pero cuyo carácter no se hallaba dotado de la energía y la decisión requeridas por la situación que el imperio estaba atravesando, se presentó por fin en el Oriente, dirigiéndose a Antioquía. Desde allí se trasladó a la Capadocia, que los incursionistas persas se apresuraron a evacuar. Pero la peste diezmaba al

ejército del emperador, el cual vaciló durante largo tiempo antes de aceptar la batalla decisiva en la Mesopotamia. Por fin decidió acudir en socorro de la apurada ciudad de Edesa y cruzó el Éufrates, con sus tropas. Fue en aquellas tierras, no lejos de Edesa, donde sobrevino la catástrofe que había de tener para el Oriente romano, sobre poco más o menos, la misma significación que tuvieron para el Occidente la victoria de los godos en la desembocadura del Danubio y la caída de Decio: el emperador Valeriano cayó prisionero de los persas (fines del año 259 o comienzos del 260). Los informes no coinciden en cuanto a los detalles de la captura. Según una versión fue rodeado por los persas, muy superiores en número a los romanos, y hecho prisionero cuando intentaba abrirse paso hacia Edesa con un débil contingente de tropa. Según otra referencia logró entrar en la ciudad sitiada, aunque derrotado, pero temiendo que estallase una insurrección militar, en vista de que no llevaba refuerzos suficientes para liberar a la ciudad y de que sus escasas fuerzas sólo ayudarían a consumir más rápidamente todavía las vituallas, se entregó voluntariamente al enemigo. Y aún hay una tercera versión, según la cual, viéndose muy apurado, entabló negociaciones con Sapor para la entrega de la plaza; como el rey de los persas se negase a tratar con emisarios, se presentó personalmente el emperador en el campo enemigo, donde, sin preocuparse de cometer un perjurio, le cogieron prisionero.

Es difícil saber cuál de estas versiones se acercaba más a la verdad; lo cierto es que el emperador murió en poder del enemigo, y esta catástrofe trajo como consecuencia la pérdida del Oriente a favor de los persas. Antioquía, la más grande y más rica ciudad del litoral oriental, cayó en manos del enemigo por vez primera desde que era romana, y en gran parte además por culpa de sus propios vecinos. Un notable antioquense llamado Mareades, a quien el consejo de la ciudad había separado de su seno por malversación de fondos públicos, fue el encargado de conducir a las tropas persas a su ciudad natal. Aunque sea una fábula que los vecinos se

enteraron de que el enemigo se acercaba estando en el teatro, no cabe duda de que, lejos de ofrecer resistencia, una parte considerable de la baja población, en parte por influencia de Mareades y en parte por las esperanzas que cifraba en la anarquía y la rapiña, vio con buenos ojos la entrada de los persas en la ciudad. Ésta cayó toda ella como botín, con sus grandes tesoros, en manos del enemigo, el cual desató un terror espantoso, hasta el punto de que el propio Mareades, sin que sepamos los motivos, fue condenado por Sapor a morir por el fuego.

Igual suerte corrieron, aparte de innumerables lugares menos importantes, las capitales de la Cilicia y la Capadocia, Tarsos y Cesárea, la segunda de las cuales era, al parecer, una ciudad de 400 mil habitantes. Los cortejos interminables de prisioneros, a quienes llevaban a beber una vez al día como las bestias al abrevadero, cubrían los caminos del desierto. Cuenta la historia o la leyenda que, a su regreso, para poder cruzar más rápidamente un precipicio, los persas lo llenaron con los cuerpos de los prisioneros custodiados. Lo más verosímil es que estos prisioneros construyesen simplemente el gran Canal del Emperador que hay cerca de Sostra (Chúster), en la Susiana, y que todavía hoy se utiliza para subir las aguas del Pasitigris a las tierras altas de aquella región; se da también la circunstancia de que los arquitectos del emperador Nerón ayudaron a construir la capital de Armenia, habiendo afirmado siempre su superioridad sobre los orientales en este terreno.

Los persas no tropezaron en parte alguna con una reacción defensiva por parte del imperio; sin embargo la ciudad de Edesa seguía sin rendirse y también Cesárea se defendió bravamente y sólo por una traición cayó en manos del enemigo. La reacción combativa local fue trascendiendo poco a poco de la simple defensa detrás de las murallas de las ciudades, y los valerosos combatientes sabían aprovecharse de la ventaja que suponía para ellos la dispersión de las tropas persas en los inmensos territorios conquistados. Calisto, un

jefe romano improvisado, consiguió dar un golpe de mano victorioso: con unas cuantas naves reunidas por él en los puertos de la Cilicia arribó a la ciudad de Pompeiópolis en el momento en que la cercaban los persas al mismo tiempo que devastaban la Licia, dio muerte a varios miles de hombres y se apoderó del harén real. Esto movió al rey de los persas a marcharse sin pérdida de tiempo hacia su casa, con tal precipitación que para no detenerse pactó con los vecinos de Edesa paso libre por el territorio de aquella ciudad para él y para sus tropas, entregando a cambio de ello todo el oro amonedado romano de que había conseguido apoderarse. El príncipe de Palmira Ordenato infligió sensibles pérdidas a las tropas persas que se retiraban de Antioquía, antes de que tuviesen tiempo de cruzar el Éufrates.

Pero apenas se había vencido el más agudo peligro de los persas cuando dos de los más significados caudillos militares del Oriente dejados a su libre albedrío, el oficial Fulvio Macriano, que tenía a su cargo la caja y el depósito del ejército en Samosata, y aquel Calisto al que acabamos de referirnos, se levantaron en rebeldía contra Galieno, el hijo del emperador, corregente suyo y ahora jefe exclusivo del imperio, para el que, en realidad, era como si no existiesen el Oriente ni los persas, y negándose a vestir ellos mismos la púrpura, proclamaron emperadores a los dos hijos del primero, Fulvio Macriano y Fulvio Quieto (año 261). El prestigio de los dos jefes militares hizo que los dos jóvenes emperadores fuesen reconocidos en el Egipto y en todo el Oriente, con excepción de Palmira, cuyo príncipe abrazó la causa de Galieno. El primero de ellos, Macriano, se trasladó al Occidente, acompañado de su padre, con la mira de implantar también aquí el nuevo régimen. Pero pronto cambió la suerte; en el Ilírico, Macriano perdió la batalla y la vida luchando, no contra Galieno, sino contra otro pretendiente al trono. Ordenato encargose de dar la batalla al otro hermano que se había quedado en Siria. Los dos ejércitos se encontraron cerca de Emesa, y como se les intimase la rendición, los soldados de Quieto

contestaron que estaban dispuestos a todo antes que entregarse en manos de un bárbaro. No obstante, el general que mandaba las tropas de Quieto, Calisto, traicionó su ejército a los palmirenses, con lo cual terminó también el efímero reinado de este emperador.

Reino de Palmira

Gracias a esto Palmira pasa a ocupar el primer lugar en el Oriente. Galieno, que tenía bastante que hacer con pelear contra los bárbaros del Occidente y sofocar las insurrecciones militares que allí estallaban por todas partes, confirió una posición excepcional aunque justificada por las circunstancias al príncipe de Palmira, el único que se había mantenido fiel a él en la crisis que acabamos de relatar: fue designado príncipe hereditario o, como a partir de ahora se llama, rey de Palmira, y al mismo tiempo, no corregente, sino gobernador independiente del emperador para el Oriente. El gobierno local de Palmira lo regentaba bajo su mando otro funcionario palmirense, que era al mismo tiempo procurador imperial y representante del rey. De este modo todo el poder del imperio, en la medida en que aún subsistía en el Oriente, se hallaba concentrado en manos de un "bárbaro", el cual restableció tan rápida como brillantemente la dominación de Roma en unión de sus palmirenses, reforzados con los restos del ejército romano y con las levas hechas en el país.

Siria y el Asia estaban ya limpias de enemigos. Ordenato cruzó el Éufrates, alivió la situación de los valientes vecinos de Edesa y arrebató a los persas las ciudades de Nisibis y Carras (año 264) por ellos conquistadas. Es probable que también la Armenia volviese a verse reducida entonces a la obediencia al poder romano. En seguida Ordenato asumió, por vez primera desde Gordiano, la ofensiva contra los persas y marchó sobre Ctésifon. Cercó en dos campañas sucesivas la capital del reino persa, devastando sus alrededores y luchando con éxito contra los persas bajo los muros de la ciudad.

Los mismos godos, cuyas rapaces incursiones llegaban hasta el interior del país, hubieron de replegarse cuando Ordenato se puso en marcha hacia la Capadocia.

Aquella trayectoria de poder de Palmira representaba una suerte para el acosado imperio, pero entrañaba al mismo tiempo un gran peligro. Es cierto que Ordenato guardaba todas las formas obligadas para con su superior jerárquico, el emperador romano, y enviaba a Roma todos los oficiales enemigos prisioneros y el botín conquistado, sin que el emperador tuviese ningún reparo en que organizase desfiles de triunfo con base en ellos. Pero, en realidad, bajo la autoridad de Ordenato el Oriente no se hallaba mucho más sometido a Roma que el Occidente bajo la autoridad de Póstumo, y se comprende perfectamente que los oficiales de sentimientos romanos no viesen con buenos ojos al viceemperador de Palmira y que se hablase de los intentos de Ordenato para unirse a los persas, intentos que no llegaron a prosperar simplemente por la soberbia de Sapor. Es, pues, lógico que el asesinato del rey de Palmira, ocurrido en Emesa en el año 266 o en 267, se atribuyese a los manejos del gobierno romano.[6] Sin embargo el verdadero asesino era un sobrino de Ordenato y jamás pudieron encontrarse pruebas de que hubiese obrado por instigación de Roma.

Reivindicó el trono al amparo del título hereditario, en su nombre y en el del hijo de Ordenato, Vabalato o Atenodoro, que era aún un muchacho —pues el hijo mayor, Herodes, había perecido con su padre—, la viuda del rey, la reina Bat Zabbai o Zenobia en griego, hermosa e inteligente mujer de energía varonil,[7] cuyas pretensiones triunfaron en efecto tanto en Roma como en el Oriente. Los años de reinado del hijo se cuentan desde la muerte del padre. La madre sustituyó en el consejo y en la acción al hijo, incapaz todavía de gobernar, y no se limitó a tomar posesión de los territorios adscritos ya a su reino, pues su valor o su audacia la llevaron a ambicionar la dominación sobre todas las tierras imperiales de lengua helénica. Es posible que el mandato sobre el

Oriente conferido a Ordenato y heredado de éste por su hijo se extendiese jurídicamente a toda el Asia Menor y al Egipto; pero, en la práctica, Ordenato no llegó nunca a mandar más que sobre la Siria y la Arabia y tal vez sobre la Armenia, la Cilicia y la Capadocia.

Timágenes, un influyente egipcio, invitó a la reina a ocupar el Egipto. En vista de ello ésta envió a las tierras del Nilo a su general en jefe Zabdas al frente de un ejército formado al parecer por unos 70 mil hombres. El país opuso enérgica resistencia, pero los palmirenses derrotaron a las tropas egipcias y se apoderaron del Egipto. Probo, un almirante romano, intentó expulsarlos de allí y llegó, en efecto, a derrotarlos, obligándolos a replegarse hacia Siria. Pero, cuando intentaba cerrarles el camino cerca de la Babilonia egipcia, no lejos de Menfis, fue derrotado por el general palmirense Timógenes, mejor conocedor del terreno, y se dio la muerte.

A mediados del 270, cuando muerto el emperador Claudio le sucedió en el trono Aureliano, los palmirenses eran ya dueños de Alejandría. Disponíanse también a sentar sus reales en el Asia Menor; sus tropas habíanse adelantado hasta Ancira, en la Galacia, llegando incluso a intentar imponer el poder de la reina en Calcedonia, frente a Bizancio. Y todo ello sin que los palmirenses llegasen a desentenderse del gobierno romano, sino más bien, probablemente, pretextando implantar de este modo en el Oriente el poder conferido por el gobierno de Roma al príncipe de Palmira y acusando de rebeldía contra las órdenes imperiales a los oficiales romanos que se oponían a la expansión del pequeño reino. Las monedas acuñadas en Alejandría mencionan conjuntamente a Aureliano y Vabalato, reservando al primero el título de Augusto. Pero, de hecho, el Oriente se desembarazaba aquí del imperio, el cual se escindía al amparo de una orden que al pobre Galieno le fuera impuesta por la fuerza de las circunstancias.

Fin del reino de Palmira

El enérgico y circunspecto emperador que ahora tomaba las riendas del poder liquidó inmediatamente aquel gobierno accesorio de Palmira, medida que lógicamente debía traer y en efecto trajo como consecuencia el que los suyos proclamasen a Vabalato emperador. Al terminar el año 270 el Egipto volvía a ser romano, tras enconados combates y gracias al valiente general Probo, que más tarde sucedería en el trono a Aureliano. Esta victoria costó casi la vida a Alejandría, la segunda ciudad del imperio, como expondremos en un capítulo posterior.

Tarea más difícil era someter al lejano oasis sirio. Todas las demás guerras orientales de la época del imperio habían sido libradas, principalmente, con tropas sacadas de allí por los romanos; ahora que el Occidente se proponía domeñar de nuevo al Oriente rebelde, volvían a enfrentarse como en los tiempos de la república libre occidentales contra orientales, los soldados del Rin y del Danubio contra los del desierto de la Siria. La formidable expedición se puso en marcha, a lo que parece, hacia fines del 271. El ejército romano llegó sin encontrar oposición hasta la frontera de la Capadocia; aquí las tropas hubieron de vencer la enérgica resistencia de la ciudad de Tiana, que cerraba los pasos montañosos de Cilicia. Después de tomarla y de allanar el camino para ulteriores éxitos con el trato benigno dispensado a sus vecinos, Aureliano atravesó la cadena del Taurus y entró en Siria por la Cilicia.

Si Zenobia, como era indudable, confiaba en que el rey de los persas le prestase un apoyo activo, sus esperanzas quedaron defraudadas. El anciano rey Sapor no creyó oportuno intervenir en esta guerra, y la reina del Oriente romano hubo de atenerse a sus propias fuerzas combatientes, una parte de las cuales se pondría seguramente, ahora, de parte del legítimo Augusto. El grueso de las tropas palmirenses, mandadas

por Zabda, cerró el paso al emperador en Antioquía; Zenobia, la reina, hallábase también en la ciudad. Una batalla victoriosa librada cerca del Orontes contra la caballería de Palmira, a pesar de ser ésta superior en número, hizo a los romanos dueños de Antioquía, cuyos habitantes obtuvieron del emperador el perdón más completo, al igual que los de Tiana; Aureliano reconoció justicieramente que no podía hacerse a los súbditos del imperio responsables por haber obedecido al príncipe de Palmira, designado supremo jefe de aquellos territorios por los propios romanos.

Los palmirenses se replegaron después de haber dado una batalla para cubrir la retirada en Dafne, arrabal de Antioquía, y tomaron la gran calzada que conduce de la capital de Siria a Emesa y de aquí, a través del desierto, a Palmira. Aureliano intimó a la reina la rendición, en vista de las grandes pérdidas sufridas por ella junto al río Orontes. La reina contestó que las fuerzas derrotadas allí habían sido solamente las romanas y que los orientales no se daban aún por vencidos. Cerca de Emesa las tropas de la reina presentaron la batalla decisiva. Ésta fue larga y sangrienta; la caballería romana fue derrotada y se dispersó en fuga, pero las legiones decidieron la suerte del combate, quedando victoriosos los romanos.

La marcha fue todavía más dura que el combate. De Emesa a Palmira hay, en línea recta, 18 millas alemanas (hacia 133 km), y aun cuando en aquella época de apogeo de la civilización siria la comarca no fuese tan desértica como hoy, la marcha de Aureliano constituyó, indudablemente, una obra maestra de arte militar, sobre todo teniendo en cuenta que los romanos avanzaban hostilizados constantemente y de todos lados por la caballería ligera del enemigo. Sin embargo Aureliano alcanzó su objetivo y comenzó el sitio de la ciudad de Palmira, bien defendida y bien avituallada. El aprovisionamiento del ejército sitiador hacíase más difícil que el de la plaza sitiada. Pero la reina sintió decaer su ánimo y huyó de la ciudad para ir a refugiarse entre los persas. La fortuna seguía sonriendo al emperador. Los jinetes romanos enviados

en persecución suya la cogieron prisionera en unión de su hijo, en el preciso instante en que se disponía a subir a un bote para cruzar el Éufrates y en que la ciudad, desalentada por la fuga de la reina, capitulaba ante sus sitiadores (año 272).

Los vecinos de la ciudad gozaron también del generoso perdón con que Aureliano coronó todas sus victorias en esta campaña. En cambio contra la reina y sus funcionarios dictáronse severas penas. Después de haber regentado el poder durante varios años con varonil energía, Zenobia no sintió reparos en invocar ahora los privilegios de la mujer ni en hacer recaer la responsabilidad sobre los hombros de sus consejeros, muchos de los cuales, entre ellos el prestigioso sabio Casio Longino, fueron decapitados. En cuanto a la reina, no podía faltar en el desfile de triunfo del emperador, pero no recibió el trato de Cleopatra, sino que desfiló por el Capitolio delante del carro del vencedor y cargada de cadenas de oro, para solaz de la multitud romana.

Aún no había tenido tiempo Aureliano de festejar su victoria cuando se vio en el trance de tener que repetirla. A los pocos meses de haberse rendido los palmirenses volvieron a sublevarse, dieron muerte a la pequeña guarnición romana que defendía la plaza y elevaron al poder a un tal Antíoco, a la par que trataban de instigar al gobernador de la Mesopotamia, Marcelino, para que se levantase también contra los romanos. La noticia de estos hechos fue recibida por el emperador cuando acababa de cruzar el Helesponto. Desanduvo el camino, y antes de que nadie, ni amigos ni enemigos, pudiese sospecharlo, estaba de nuevo ante los muros de la ciudad sublevada. Los insurrectos no habían contado con esto. Esta vez no hubo resistencia, pero no hubo tampoco misericordia; la ciudad de Palmira fue destruida, su municipio disuelto, las murallas demolidas, las joyas del magnífico templo del Sol que allí se alzaba trasladadas al templo que en recuerdo de esta victoria levantó en Roma el emperador al dios del Sol de

Oriente. Sólo quedaron en pie los pórticos y muros abandonados, como en parte se conservan todavía hoy.

El gobierno retiró ahora su protección a la desdichada ciudad. El comercio buscó y encontró otros cauces; la Mesopotamia estaba considerada ya como provincia romana y su territorio no tardó en ser incorporado al imperio, y los romanos poseían asimismo el país de los nabateos hasta el puerto de Elana; esto permitía prescindir de la estación de tránsito de Palmira y encauzar el comercio hacia Bostra o Beroea (Alepo). El esplendor de Palmira cruzó como un meteoro y su reino se esfumó, seguido por el silencio y el abandono que desde entonces hasta hoy flotan sobre aquella mísera aldea perdida en el desierto y sus columnatas en ruinas.

Victoria romana

El efímero reino de Palmira se halla entrelazado, tanto en su auge como en su caída, con las relaciones entre Roma y el Oriente no romano, pero no por ello deja de ser un fragmento de la historia general del imperio. El reino oriental de Zenobia es, como el reino occidental de Póstumo, una de aquellas masas en que amenazaba desintegrarse por aquellos años la gigantesca unidad imperial. Si es cierto que mientras existió el reino de Palmira sus gobernantes intentaron oponer seriamente un dique a los avances de los persas, no es menos cierto que al derrumbarse fueron a buscar su salvación junto a estos mismos persas, y por otra parte es probable que la deserción de Zenobia les costase a los romanos, por el momento, la pérdida de la Armenia y la Mesopotamia, pues aun después de la sumisión de Palmira el Éufrates volvió a ser durante algún tiempo la frontera del imperio. Al llegar a sus aguas, la reina confiaba encontrar refugio entre los persas; y Aureliano se abstuvo de cruzar el río con sus legiones, pues tanto las Galias como Britania y España se negaban todavía por aquel entonces a dar su acatamiento al gobierno.

Ni Aureliano ni Probo, su sucesor, llegaron a reñir esta batalla. Pero cuando en el año 282, después de la prematura muerte del segundo, subió al trono Marco Aurelio Caro, proclamado emperador por las tropas como el jefe más inmediato en rango a aquél, sus primeras palabras fueron para decir que los persas se acordarían de esta elección, y las cumplió además de pronunciarlas. Entró inmediatamente con sus tropas en Armenia e instauró allí el orden anterior. Salieron a recibirlo a la frontera emisarios persas, para transmitirle el mensaje de que su rey estaba dispuesto a acceder a cuanto fuese justo; pero el nuevo emperador apenas les escuchó y siguió marchando con sus tropas sin detenerse.

También la Mesopotamia volvió a ser romana y las capitales de los persas Seleucia y Ctésifon fueron ocupadas de nuevo por los romanos sin encontrar una resistencia sostenida, a lo que no dejaría de contribuir en buena parte la guerra civil que entonces azotaba al reino persa. Disponíase ya el emperador a cruzar el Tigris y a penetrar en el corazón del territorio enemigo cuando encontró la muerte de un modo violento, tal vez a manos de un asesino, y con su vida terminó también la campaña emprendida por él. Sin embargo su sucesor consiguió por medios pacíficos la cesión de la Armenia y la Mesopotamia al imperio romano; aunque Marco Aurelio Caro sólo revistió la púrpura poco más de un año, logró restaurar en este corto plazo las fronteras imperiales de Septimio Severo.

Pocos años después (en el 293), subía al trono de Ctésifon un nuevo monarca, Narséh, hijo del rey Sapor, quien en el 296 declaró la guerra a los romanos por la posesión de Armenia y la Mesopotamia. Diocleciano, a quien incumbía por entonces el supremo gobierno del imperio en general y en particular el del Oriente, encomendó la dirección de esta guerra a su auxiliar en el gobierno, Galeno Maximiano, general brusco, pero valiente. Las cosas empezaron mal para los romanos. Los persas irrumpieron en la Mesopotamia y llegaron hasta Carras; el César condujo contra ellos a las legiones

sirias apostadas cerca de Niceforión. Los ejércitos contendientes chocaron entre estas dos posiciones, y el romano, que era mucho más débil, sucumbió. Fue un golpe muy rudo y el joven general hubo de soportar duros reproches; pero no por ello cejó en su empeño.

Para la campaña siguiente concentráronse refuerzos de todo el imperio y los dos regentes comparecieron personalmente en el campo de batalla; Diocleciano se apostó en la Mesopotamia con el grueso de las fuerzas, mientras Galeno, cuyos efectivos veíanse ahora reforzados con el núcleo de las tropas ilíricas, hacía frente al enemigo en Armenia con un ejército de 25 mil hombres y le infligía una derrota decisiva. Los romanos se apoderaron del campamento, del tesoro y hasta del harén del gran rey, y sólo a duras penas pudo Narséh librarse de caer cautivo. El rey, con tal de rescatar a sus mujeres y niños, mostrose dispuesto a aceptar las condiciones que se le impusieran; su emisario Afarbán suplicó a los romanos que fuesen clementes con los persas, teniendo en cuenta que los dos reinos, el romano y el persa, eran como los dos ojos del mundo, ninguno de los cuales podía prescindir del otro.

Los romanos podían, si hubieran querido, añadir una nueva provincia a sus dominios orientales; pero el prudente emperador se contentó con reajustar lo que el imperio poseía ya en el nordeste. La Mesopotamia siguió, naturalmente, en poder de los romanos; el importante tráfico comercial con los países extranjeros vecinos fue sometido a un severo control por parte del Estado y encauzado esencialmente hacia la ciudad fortificada de Nisibis, que era el punto de apoyo de la defensa fronteriza romana en la Mesopotamia oriental. Como frontera de la dominación romana directa se señaló el río Tigris, pero estableciéndose que pertenecerían también al imperio romano toda la Armenia del Sur hasta el lago Tospitis (hoy lago de Van) y el Éufrates, es decir, todo el valle alto del Tigris. Estas tierras avanzadas de la Mesopotamia no se convirtieron realmente en una provincia, sino que siguieron go-

bernándose al modo antiguo como la satrapía romana de la Sofrene. Decenios más tarde se emplazó allí la recia fortaleza de Amida (Diarbékir), que fue desde entonces el fundamental baluarte de los romanos en el alto Tigris. Al mismo tiempo se reajustó la frontera entre Armenia y la Media, confirmándose la relación de vasallaje de aquellas tierras y las de la Iberia con respecto a Roma. La paz no impuso a los vencidos grandes cesiones de territorio, pero estableció una frontera favorable a los romanos, que deslindó por mucho tiempo los dos reinos en aquellas regiones tan disputadas. Con ello triunfaba en toda la línea la política de Trajano. Claro está que, a la par que ocurría esto, el centro de gravedad del imperio romano se desplazaba del Occidente al Oriente.

[1] En todo el Oriente romano, y principalmente en las provincias fronterizas, existe la creencia de que el imperio romano y el imperio parto constituyen dos grandes estados coexistentes, y además los únicos. Esta concepción la vemos expuesta de un modo plástico en el Apocalipsis de san Juan, en el paralelo entre el jinete que cabalga sobre un caballo blanco esgrimiendo el arco y el que monta uno rojo blandiendo la espada (6, 2, 3), así como también entre los megistanos y los ciliarcas (6, 15; *cf.* 18, 23; 19, 18). La catástrofe final se concibe también como el sojuzgamiento de los romanos por los partos que vuelven a traer al emperador Nerón (c. 9, 14, 16, 12) y se presenta el Armagedón, cualquiera que sea el sentido que a esto se le dé, como punto de concentración de los orientales para lanzarse al ataque conjunto contra el imperio. Claro está que el autor de estas sentencias, escritas bajo el imperio romano, sugiere más que expresa estas esperanzas poco patrióticas.

[2] Esta tendencia se aplica incluso, en cierto modo, a la cronología. La historiografía oficial de los sasánidas reduce a 266 años el periodo de tiempo que media entre el último Darío y el primer rey de aquella dinastía, que en realidad fue de 558 años (Noeldeke, *Tabari*, p. 1).

[*] Escrito antes de 1885. [E.]

[3] Según los apuntes persas de la última época de los sasánidas que se han conservado en la Crónica de Tabari, Ardachir, después de decapitar por su propia mano a Ardaván y de adoptar el título de Shahan-Sha, Rey de Reyes, conquistó primero Hamadán (Ecbatana) en la Gran Media, luego Adzerbeidján (Atropátene), Armenia y Mosul (Adiabene) y además Suristán o Savad (Babilonia). De allí retornó Ardachir a su patria persa, y en una nueva salida conquista Sagistán, Gurgán (Hircania), Abrachar (Nipasur, en tierras de los partos), Merv (Margiana), Balch (Bactriana) y Charism (Chiva) hasta el extremo límite del Jorasán. "Después de matar a

mucha gente y de enviar sus cabezas al templo del fuego de Anajedh (en Istachir), volvió de Merv a la Partia y se instaló en Gor (Feruisabad)." No estamos en condiciones de discriminar lo que haya aquí de leyenda y de verdad. (*Cf.* Noeldeke, *Tabari,* pp. 17, 116.)

[4] El relato bíblico (1 *Rey.* 9, 18) sobre la construcción de la ciudad de Tadmar en Idumea por el rey Salomón se aplicó a la ciudad de Tadmor por un error, que data ciertamente de muy atrás; no obstante, la errónea aplicación de aquel relato a esta ciudad por los judíos de la época posterior (v. *Crón.* 2, 8, 4 y la traducción griega de 1 *Rey.* 9, 4) constituye el testimonio más antiguo de la existencia de la ciudad de Palmira.

[5] No se sabe con claridad de dónde proceden estos nombres de meses; los encontramos por vez primera en la escritura cuneiforme de los asirios, pero tienen otro origen. La dominación asiria hizo que se mantuviesen en uso dentro de los dominios de la lengua asiria. Pero con algunas variantes; el segundo mes, el *Dios* de los sirios de lengua griega, correspondiente a nuestro noviembre, se llama entre los judíos *markechván* y entre los de Palmira *kanun.* Por lo demás estos nombres de meses, cuando se emplean dentro de las fronteras del imperio romano, se adaptan como los macedónicos al calendario juliano, de tal modo que sólo varía el nombre del mes; el comienzo del año (1 de octubre) del año sirio-romano es aplicable por igual a los nombres griegos y a los arameos.

[6] La referencia del continuador de Dion (*fr.* 7) según la cual el viejo Ordenato fue asesinado como sospechoso de alta traición por un tal Rufino (del que no encontramos otra mención) y de que su hijo, al denunciar a éste al emperador Galieno, fue desoído ante la declaración del asesino de que su denunciante merecía correr la misma suerte, no puede, tal como se formula, ser considerada como auténtica. Tampoco cabe admitir la propuesta de Waddington de sustituir a Galieno por Galo, viendo en el ejecutor al esposo de la reina Zenobia, porque el padre de este Ordenato era Airanes, que no tenía ninguna razón para cometer semejante hecho, y ade-

más porque todo el pasaje se refiere inequívocamente a Galieno. Es más verosímil que el viejo Ordenato de que se habla fuese el esposo de Zenobia y que el autor dé por error el nombre de su padre al príncipe Vabalato, en cuya representación se hace la denuncia.

[7] Todos los detalles que circulan en nuestros relatos acerca de Zenobia proceden de las biografías de los emperadores, y quien no conozca esta fuente no hará más que repetirlos.

XI. Siria y el país de los Nabateos

Los romanos tardaron en decidirse a ocupar, además de las occidentales, las costas orientales del Mediterráneo; no por temor a la resistencia que pudieran encontrar, la cual habría de ser relativamente pequeña, sino por la preocupación muy fundada de que estas conquistas pudieran traducirse en consecuencias desnacionalizadoras. Esto es lo que explica por qué, mientras ello fue posible, se esforzaron simplemente en mantener en aquellas tierras una influencia política decisiva, sin proceder a su verdadera anexión, por lo menos en cuanto a Siria y al Egipto, hasta que el Estado era ya casi una monarquía.

Es cierto que con la ocupación de las nuevas tierras el imperio romano se convertía en una unidad cerrada y que el Mediterráneo, la verdadera base del poder de Roma desde que se erigió en gran potencia, pasaba a ser en toda su extensión un lago romano, unificándose dentro de él, bajo la égida del Estado y en beneficio de todos los habitantes de sus costas, el comercio y la navegación. Pero esta trabazón geográfica se pagaba con el dualismo nacional. La posesión de Grecia y la Macedonia jamás habrían hecho del imperio romano un estado binacional, del mismo modo que las ciudades griegas de Nápoles y Masalia jamás llegaron a helenizar la Campania ni la Provenza. Pero mientras que en Europa y África los territorios griegos son insignificantes al lado de la gran masa y la cohesión de las tierras latinas, lo que el tercer continente, con el valle del Nilo que de él forma parte por derecho propio, aporta a esta órbita de civilización pertenece exclusiva-

mente al mundo griego, y Antioquía y Alejandría sobre todo son los verdaderos puntales del proceso helénico que alcanza su apogeo con Alejandro, centros de vida y cultura helénicas y grandes ciudades como Roma.

Después de exponer en el capítulo anterior la lucha entre el Oriente y el Occidente, que llena toda la época del imperio, tal como se desarrolló en Armenia y la Mesopotamia y en torno a ellas, debemos estudiar ahora las condiciones y vicisitudes con que nos encontramos en los países sirios en esta misma época. Nos referimos a los territorios separados del Asia Menor por los macizos montañosos de la Pisidia, la Isauria y la Cilicia occidental, de Armenia y la Mesopotamia por las estribaciones orientales de aquellas montañas y el río Éufrates y del reino de los partos y el Egipto por el desierto de la Arabia. Nos ha parecido conveniente, sin embargo, desglosar la historia peculiar de la Judea para tratarla en capítulo aparte. Nos ocuparemos primero, como corresponde a la diferencia de su trayectoria política bajo el imperio, de la Siria en sentido estricto, o sea de la parte septentrional de estos territorios, y de la costa fenicia que se extiende a lo largo del Líbano, para tratar después de las tierras de Palestina, situadas detrás de aquéllas, o sea del país de los nabateos. Lo referente al reino de Palmira ha sido expuesto ya en el capítulo anterior.

La provincia más importante del Oriente

Siria estuvo bajo el gobierno de los emperadores desde la división de las provincias en imperiales y senatoriales y es en el Oriente, como las Galias en el Occidente, el centro de gravedad de la administración imperial civil y militar. Esta provincia fue desde el primer momento la más prestigiosa de todas, y su prestigio había de ir aumentando en el transcurso de los siglos. Su titular tenía, al igual que los gobernadores de las dos Germanias, mando de cuatro legiones, con la diferencia a su favor de que mientras que el general en jefe del

ejército del Rin estaba privado de toda facultad administrativa y de gobierno sobre los territorios del interior de las Galias y el solo hecho de que sus poderes fuesen compartidos por otro jefe de igual rango entrañaba ya una restricción de ellos, el gobernador de Siria retenía íntegra la administración civil de toda esta gran provincia y fue durante mucho tiempo el único que ostentaba un mando de primer rango en toda el Asia. Es cierto que bajo Vespasiano, al crearse los gobiernos de Palestina y la Capadocia, tenía ya a su lado dos colegas investidos también con mando de legiones; pero al mismo tiempo se acrecentaron los territorios confiados a su administración, mediante la incorporación a la provincia del reino de Comagene y, poco después, de los principados del Líbano. Sus facultades no se vieron mermadas hasta el siglo II, en que Adriano retiró al gobernador de Siria una de las cuatro legiones, para entregársela al de Palestina. Fue Septimio Severo quien privó a esta provincia del primer lugar que hasta entonces venía ocupando en la jerarquía militar romana. En efecto, después que este emperador hubo sometido a la provincia, venciendo sobre todo la resistencia de su capital Antioquía, para castigarla por su rebeldía al querer llevar al trono a Cayo Níger como antes lo hiciera con su gobernador Vespasiano, la dividió en dos, en la Siria septentrional y la Siria meridional, entregando al gobernador de aquélla, la llamada Syria Coele, dos legiones, y al de éste, conocida con el nombre de Siroenicia, una.

Otro parangón puede establecerse entre Siria y las Galias, y es que aquella provincia imperial se dividía, al igual que ésta y a diferencia de la mayoría de las provincias, en dos clases de territorios: unos, pacificados, y otros, los fronterizos, necesitados de protección. Las extensas costas de Siria y sus territorios occidentales no se hallaban expuestos a los ataques del enemigo, y la defensa de la frontera del desierto contra las bandas nómadas de los beduinos no incumbía tanto a las legiones sirias como a los príncipes de la Arabia y la Judea, y más tarde a las tropas de la provincia arábiga y a las

del reino de Palmira. En cambio la frontera del Éufrates, sobre todo antes de hallarse en poder de Roma la Mesopotamia, requería una vigilancia contra los partos como la montada en el Rin contra los germanos. Sin embargo las legiones sirias, aunque se empleasen en la frontera, no por ello dejaban de ser necesarias en la Siria occidental. Cierto es que también las tropas del Rin tenían como misión guardar el orden entre los galos, pero los romanos podían enorgullecerse con razón de no necesitar más que una guarnición directa de 1 200 hombres para mantener la seguridad en la gran capital gala y en las provincias de las Galias.

En cambio, por lo que se refiere a la población siria y en especial a la capital del Asia romana, no bastaba con emplazar más legiones junto al Éufrates. En las lindes del desierto y en las guaridas de las montañas se emboscaban, muy cerca de las fértiles tierras y de las grandes ciudades, partidas de intrépidos forajidos, no tan abundantes como hoy, pero continuas, que saqueaban las casas de campo y las aldeas, disfrazados no pocas veces de comerciantes o soldados, También las ciudades, sobre todo Antioquía, requerían, lo mismo que Alejandría, una guarnición propia. Esta es, indudablemente, la razón de que en Siria no se intentase siquiera, en ningún momento, establecer una división en distritos civiles y militares como la que ya Augusto implantara en las Galias, y de que en el Oriente romano se echen de menos aquellos grandes campamentos-colonias de los que en el Occidente surgieron ciudades como, por ejemplo, Maguncia en el Rin, León en España, Chester en Inglaterra. No cabe la menor duda de que a esto se debe que el ejército romano de Siria dejase tanto que desear en cuanto a disciplina y moral si se lo compara con los de la provincias occidentales y que en los acantonamientos de las ciudades del Oriente no llegase a arraigar jamás aquella severa disciplina propia de los campamentos estables del Occidente. Allí donde a la tropa permanente se le asignan, además de su misión específica, funciones de policía, lo que se hace con ello, generalmente, es desmoralizarla,

y al encargarla de tener a raya a las masas levantiscas de la ciudad se contribuye más bien a minar su propia disciplina. Las guerras sirias que hemos relatado en páginas anteriores ilustran con tintas poco halagüeñas esto que decimos; ninguna de ellas se encontró con un ejército apto para guerrear, y casi siempre fue necesario recurrir, para decidir la lucha, a tropas de refresco traídas del Occidente.

La Siria por antonomasia y sus países accesorios, la baja Cilicia y la Fenicia, no llegaron a tener bajo el imperio romano una historia, en el verdadero sentido de la palabra. Los pobladores de estos territorios pertenecen al mismo tronco que los habitantes de la Judea y de la Arabia, y los antepasados de los sirios y los fenicios vivieron en remotos tiempos en los mismos lugares que los judíos y los árabes y hablaron la misma lengua. Pero mientras que éstos permanecieron fieles a su peculiaridad y a su lengua nacionales, los sirios y los fenicios se habían helenizado ya antes de caer bajo la dominación romana. Este proceso de helenización se operó íntegramente por medio de la formación de agrupaciones urbanas griegas. Fue, naturalmente, la propia trayectoria interior, sobre todo la existencia de antiguas y grandes ciudades comerciales en las costas fenicias, la que sentó las bases para aquel proceso. A él contribuyó fundamentalmente el hecho de que el tipo de Estado de Alejandro y de sus inmediatos sucesores tuviese por base, exactamente igual que la república romana, no la tribu, sino el municipio urbano; Alejandro no llevó al Oriente la monarquía hereditaria de los antiguos macedonios, sino la *polis* griega, y su política, como la de los romanos, no consistía en integrar el Estado sobre la base de tribus sino de ciudades.

El concepto del municipio autónomo es muy elástico y la autonomía de Atenas y de Tebas difiere mucho de la que conocían las ciudades macedonias y sirias, del mismo modo que dentro de la órbita romana la autonomía de una ciudad libre como Capua presentaba un contenido distinto del de las ciudades-colonias latinas de la república, e incluso del de los

municipios urbanos del imperio. No obstante, la idea central es en todas partes la misma: la de una colectividad de vecinos que se administra por sí misma y goza de soberanía dentro de los muros de su ciudad.

Puente entre Oriente y Occidente

Después de la caída del reino persa Siria es, con la vecina Mesopotamia, el puente militar que une al Occidente con el Oriente; en ningún otro país existen tantas colonias macedónicas. Los nombres macedónicos de lugares abundan en estas tierras más que en ningún otro de los países dominados por Alejandro, lo cual demuestra que era aquí donde tenía su sede el núcleo de los conquistadores helenos del Oriente y que la Siria estaba llamada a convertirse en la Nueva Macedonia de este Estado; por lo demás, fue aquí donde residió el gobierno central del imperio alejandrino, mientras lo hubo.

El desbarajuste de la época final de los seléucidas ayudó a las ciudades sirias del imperio a cobrar una independencia aún mayor. Ésta fue la situación con que se encontraron los romanos al entrar en la Siria. Es lo más probable que ya después de la organización implantada por Pompeyo no existiesen en Siria distritos no urbanos directamente administrados por el imperio, y aunque los principados vasallos abarcaban todavía en la primera época de la dominación romana gran parte del interior de la provincia, hacia el mediodía, tratábase de distritos en su mayoría montañosos y poco poblados, de importancia secundaria. En conjunto los romanos se encontraron, en Siria, con que tenían muy poco que hacer para fomentar el desarrollo de las ciudades, menos aún que en el Asia Menor. Apenas sabemos que durante el imperio fuese fundada en Siria ninguna verdadera ciudad. Las pocas colonias establecidas aquí en esta época, como la de Berito por ejemplo, bajo Augusto, y probablemente también la de Heliópolis, no tenían otra finalidad que las fundadas en Macedonia, a saber, el asentamiento de veteranos.

Griegos y macedonios

La relación existente en Siria entre los griegos y la primitiva población del país la indican con bastante claridad los nombres locales. La mayoría de las regiones y ciudades ostentan aquí nombres griegos, gran parte de los cuales son, ya lo hemos dicho, de origen macedónico, como Pieria, Antemo, Aretusa, Berea, Calcis, Edesa, Europos, Cirros, Larisa, Pela, y otros derivados del nombre de Alejandro o de reyes de la dinastía de los seléucidas, como Alejandría, Antioquía, Seleucis y Seleucia, Apameia, Laodicea, Epifanía. Al lado de éstos se mantienen, indudablemente, los viejos nombres indígenas, tales como Chaleb o Chalybon, versión aramea de Berea, que antes se llamaba Mabog o Bambyke, designación antigua de Edesa o Hiarápolis, Hamat o Amathe, nombre primitivo de Epifanía, etc. Pero en la mayoría de los casos los nombres antiguos eran desplazados o relegados a segundo plano por los helénicos, siendo contadas las regiones o los lugares importantes que no ostentan nombres griegos de nuevo cuño, como ocurre con Comagene, Samosata, Emesa y Damasco.

La Cilicia oriental presenta pocas ciudades fundadas por los macedonios; sin embargo su capital, Tarso, se helenizó muy pronto y de un modo muy completo y era ya, mucho antes del periodo romano, uno de los centros de la cultura helénica. No ocurre lo mismo en Fenicia; las ciudades comerciales, tan famosas en la Antigüedad, de Arado, Biblos, Berito, Sidón y Tiro no se despojaron, en realidad, de sus nombres nativos, pero que también aquí se impuso el elemento griego lo demuestra precisamente la transformación helénica de estos nombres y, aún más claramente, el hecho de que la Nueva Arado sólo sea conocida por nosotros bajo el nombre griego de Antarado, del mismo modo que la nueva ciudad fundada en estas costas conjuntamente por los vecinos de Tiro, Sidonia y Arado sólo se conocía por el nombre de Trípoli,

nombre griego del que se derivan las dos versiones actuales de Tarto y Tarábulo.

En las monedas campean ya en la época de los seléucidas las inscripciones griegas, en las de la Siria en sentido estricto con carácter exclusivo y en las de las ciudades fenicias con carácter predominante. Y desde comienzos de la época del imperio no encontramos ya en ellas más que inscripciones de tipo helénico. La única excepción a esta regla es, como sabemos, el oasis de Palmira, que además de hallarse separado de aquellos territorios por anchas zonas de desierto, goza de cierta independencia política. Pero los idiomas que prevalecían en el comercio privado eran los nativos del país.

Lengua y religión

En las montañas del Líbano y del Antilíbano, donde hacia fines del siglo I d. C. reinaban todavía, en Emesa (Homs), Calcis y Abila —lugares ambos situados entre Berito y Damasco—, pequeños linajes de príncipes, dominó probablemente a lo largo de la época del imperio, con carácter exclusivo, la lengua nativa del país, del mismo modo que en las montañas de los drusos, difícilmente asequibles, la lengua del Aram no fue desplazada por el árabe hasta estos últimos tiempos. Hace dos milenios el arameo era, indudablemente, la lengua hablada por el pueblo en toda la Siria. Las ciudades con doble nombre eran conocidas de preferencia en la vida corriente por su nombre sirio, como en la literatura lo eran por su nombre griego, y que ello era así lo revela el hecho de que hoy la ciudad de Berea-Chalybon se llame Haleb (Alep); Epifanía-Amate, Hama, Hierápolis-Bambyke-Mabog, Membidj, y Tiro Sur, habiendo conservado, por lo tanto, sus nombres fenicios, y de que la conocida ciudad siria que en los documentos y los escritores aparece siempre con el nombre de Heliópolis ostente hoy su antiquísimo nombre nativo de Baalbek y de que, en general, los actuales nombres de lugares, en esta región, no procedan del griego sino del arameo.

También en el culto se manifiesta la pervivencia de la nacionalidad siria. Los sirios de Berea llevan sus ofrendas con inscripciones griegas al Zeus Malbaco, los de Apameia al Zeus Belo, los de Berito, como ciudadanos romanos que eran, al Júpiter Balmarcodes, divinidades todas que nada tenían que ver con Zeus ni con Júpiter. El Zeus Belo no es otro que el Malach, al que en Palmira se rendía culto en lengua siria. El testimonio más claro de lo vivo que se conservaba en Siria el culto nacional de los dioses lo tenemos en el dato de que la dama de Emesa, que al emparentar por afinidad con la casa de los Severos logró la dignidad imperial para su nieto a comienzos del siglo III, no contenta con que el muchacho tuviese el título de supremo pontífice del pueblo romano le hizo titularse ante todo los romanos gran sacerdote de Heliogábalo, dios nacional del sol. Los romanos pudieron vencer a los sirios, pero los dioses romanos tuvieron que respetar la majestad de los dioses sirios en el suelo de su propia patria.

El elemento no helénico predomina también entre los numerosos nombres propios de origen sirio que han llegado a nosotros, no siendo raros entre ellos los nombres dobles; el Mesías llámase también Cristo, el apóstol Tomás Dídimo, la mujer de Ioppe resucitada por Pedro, "la Corza", Tabita o Dorca. Sin embargo para la literatura, y probablemente también para el trato y las relaciones entre la gente culta, el sirio era algo tan inexistente como en el Occidente el celta; en estos círculos imperaba con carácter exclusivo el griego, aparte del latín, que era también en el Oriente lengua obligatoria para todos los asuntos militares. Una novela que se desarrolla en Babilonia, escrita por un literato de la segunda mitad del siglo II, atraído a su corte por el rey de Armenia Sohemo, cuenta algo de la vida del propio autor, que esclarece los aspectos a que nos estamos refiriendo. El novelista es, nos dice, un sirio, pero no de los griegos inmigrados al país, sino de origen indígena por línea de padre y de madre, sirio por su lengua y sus costumbres, y versado además en la lengua babilónica y en la magia persa. Pues bien, este escritor, que re-

pudia hasta cierto punto el helenismo, añade que se asimiló a la cultura helénica, habiendo llegado a ser un prestigioso maestro de la juventud en Siria y a ocupar como novelista conocido un puesto en la literatura griega de los últimos tiempos.[1]

Más tarde el sirio volvió a convertirse en lengua escrita y a crear una literatura propia, pero esto no debe atribuirse a la galvanización del sentimiento nacional, sino simplemente a la necesidad directa de la propaganda del cristianismo: aquella literatura siria, que tuvo como punto de partida las traducciones al sirio de los escritos de profesión de fe cristiana, no llegó a salir del círculo específico de cultura del clero cristiano y sólo se asimiló de la cultura helénica general aquella parte insignificante que los teólogos de la época juzgaban conveniente para sus fines o, al menos, compatible con ellos;[2] estas obras escritas en sirio no lograron ni perseguían tal vez otra finalidad que la de poner al alcance de los monasterios de maronitas las bibliotecas conventuales formadas por libros redactados en griego. Además esta literatura difícilmente se remontará más allá del siglo II de nuestra era y su centro no fue precisamente la Siria, sino la Mesopotamia y concretamente la ciudad de Edesa,[3] donde probablemente se habían dado ya, a diferencia de lo que ocurrió en los territorios romanos más antiguos, los primeros pasos hacia una literatura precristiana en lengua nacional.

El helenismo en Siria

Entre las muchas formas bastardas que el helenismo adopta en su propaganda a la par civilizadora y degeneradora, la siro-helénica es probablemente aquella en que más se equilibran ambos elementos y tal vez también, al mismo tiempo, la que más poderosamente influye en la trayectoria total del imperio. A pesar de haber recibido, como indudablemente recibieron, el régimen griego de organización por ciudades, y de haber asimilado la lengua y las costumbres helénicas, los

sirios no dejaron de sentirse nunca orientales o, mejor dicho, vehículos de una doble civilización. Este sentimiento no llegó seguramente a expresarse nunca con la fuerza con que se expresó en el gigantesco templo sepulcral que el rey Antíoco de Comagene se hizo levantar en los primeros tiempos del imperio sobre la cumbre de una montaña solitaria, no lejos del Éufrates. En su extensa inscripción sepulcral el rey se dice persa; el sacerdote de la divinidad deberá rendir las ofrendas a su memoria vestido con el traje de los persas, como lo pide la tradición de su linaje; pero, al igual que los persas, llama a los helenos las raíces benditas de su progenie y pide para su descendencia la bendición de todos los dioses de los persis y los mecetis, es decir, de los persas y los macedonios. El monarca se considera hijo de un rey nativo del linaje de los aqueménidas y de una hija de príncipes griegos de la familia de Seleuco; por eso su sepulcro se halla ornamentado por una doble fila de efigies: las de sus ascendientes paternos hasta el primer Darío y las de sus antepasados maternos hasta el mariscal de Alejandro Magno. Y los dioses adorados por él son dioses persas y griegos al mismo tiempo: son el Zeus Oromasdes, el Apolo Mitras Helios Hermes y el Artagnes Hércules Ares, el último de los cuales, por ejemplo, ostenta la maza del héroe griego y se cubre con la tiara de los persas.

Este príncipe persa, que se llama amigo de los helenos y, al mismo tiempo, como súbdito leal del emperador, amigo de los romanos, es, al igual que el aqueménida Sohemo, elevado por Marco y Lucio al trono de Armenia, un auténtico representante de aquella aristocracia de la Siria imperial en quien las tradiciones indígenas persas se hermanan con el presente romano-helénico. A través de estos círculos llegó al Occidente el culto persa de Mitras. Pero la población que vivía gobernada al mismo tiempo por esta alta nobleza persa o titulada persa y por los señores macedonios, primero, y después romanos, era, lo mismo en la Siria que en la Mesopotamia y en la Babilonia, una población aramea; nos recuerda en muchos aspectos a los rumanos de hoy, gobernados por los nobles sa-

jones y magiares. Estos círculos eran, seguramente, el elemento más corrompido y más corruptor en el conglomerado de pueblos del mundo romano-helénico. Del llamado Caracalla, nacido en Lyon de padre africano y madre siria, se dice que resumía en su persona los vicios de los tres pueblos: la frivolidad de los galos, el salvajismo de los africanos y la bellaquería de los sirios.

Este intercambio entre el Oriente y el helenismo, que en ninguna parte se operó de un modo tan completo como en Siria, reviste por regla general una forma en la que desaparece todo lo noble y lo bueno que entra en la mezcla. Pero no siempre ocurre así. De esta aleación surgen también el desarrollo posterior de la religión y de la especulación, el cristianismo y el neoplatonismo: con aquél penetra el Oriente en el Occidente; éste es la transformación de la filosofía occidental informada por el espíritu y el sentido del Oriente, cuyos primeros exponentes son el egipcio Plotino (204 a 270) y su más destacado discípulo, Malco o Porfirio de Tiro (233 a 300) y que luego se cultivó preferentemente en las ciudades de Siria. No es incumbencia nuestra analizar estas dos formas de la cultura histórico-universal; pero no podíamos por menos de mencionarlas, al enjuiciar las condiciones existentes en la Siria.

Antioquía

El carácter sirio encuentra su expresión eminente en la capital del país, que antes de ser fundada Constantinopla era también la de todo el Oriente romano y que, en la época de que estamos hablando, sólo cede en cuanto al censo de habitantes a Roma y Alejandría y tal vez a la Seleucia babilónica: la ciudad de Antioquía, en la que es obligado que nos detengamos unos instantes. Esta ciudad, que era una de las más recientes de Siria y que en nuestros días tiene escasa importancia, no llegó a convertirse en gran ciudad gracias a su emplazamiento natural o a las condiciones del tráfico, sino por

obra de la política monárquica. Los conquistadores macedonios la fundaron atendiendo ante todo a razones militares, como la sede adecuada para una dominación que, abarcando el Asia Menor, la cuenca del Éufrates y el Egipto, no quería alejarse tampoco de las costas del Mediterráneo. De la identidad de objetivo y diversidad de caminos que perseguían y siguieron seléucidas y lágidas son fiel exponente la heterogeneidad y la antítesis existentes entre las ciudades de Antioquía y Alejandría; ésta es el centro del poder marítimo y la política naval de los conquistadores del Egipto, aquélla la sede de la monarquía oriental-continental de los conquistadores del Asia.

Los seléucidas de la última época emprendieron por varias veces grandes y nuevas fundaciones en esta ciudad, que al pasar a poder de los romanos constaba de cuatro barrios amurallados e independientes, circundados todos por una muralla común. No faltaban tampoco en ella gentes inmigradas de lejanas tierras. Cuando la verdadera Grecia fue sometida por los romanos y Antíoco el Grande fracasó en su empeño de expulsar de allí al invasor, concedió asilo en su capital, por lo menos, a los euboicos y etolios que se decidieron a abandonar su patria. Los judíos forman en la capital de la Siria, al igual que en la de Egipto, una comunidad en cierto modo independiente y disfrutan de una posición privilegiada; y el puesto que ocupan como centros de las diásporas judaicas no es el factor que menos contribuye al desarrollo de ambas ciudades.

Antioquía, ya convertida en residencia y sede de la suprema administración de un gran imperio, siguió siendo en la época romana capital de las provincias asiáticas de Roma. Era aquí donde residían los emperadores cuando permanecían en el Oriente y donde tenía su residencia habitual el gobernador de la Siria; aquí donde se acuñaban las monedas imperiales para el Oriente y donde se encontraban, a la vez que en Damasco y Edesa, las factorías de armas del imperio.

Sin embargo, en tiempo de los romanos Antioquía había perdido su antigua importancia militar y, en las nuevas condiciones de la época, constituían un grave inconveniente las malas comunicaciones de la ciudad con el mar, no tanto por la distancia como porque el puerto, que era la ciudad de Seleucia, fundada al mismo tiempo que aquélla, resultaba poco adecuado para el nuevo tráfico. Los emperadores romanos, desde los Flavios hasta Constantino, gastaron sumas enormes para abrir en las masas rocosas que forman esta parte de la costa los canales y muelles necesarios; pero el arte de los ingenieros, que en la desembocadura del Nilo había logrado hacer maravillas, no consiguió vencer en Siria las insuperables dificultades del terreno.

Es indudable que esta ciudad, la más importante de la Siria, participaba intensamente en la industria y el comercio de la provincia, de los que hablaremos más adelante; sin embargo Antioquía era más bien centro de consumo que de producción. No hubo en toda la Antigüedad ninguna otra ciudad en que los goces de la vida fuesen tan fundamentales y sus deberes tan accesorios como en la "Antioquía del Dafne", nombre ya de suyo significativo, algo así como si dijésemos la "Viena del Práter", pues Dafne es el parque de recreo de la ciudad, situado a unos siete kilómetros de ella, un parque de quince kilómetros de perímetro, famoso por los laureles que le dan nombre y por sus viejos cipreses, cuyo cuidado recomendaban todavía los emperadores cristianos, sus fuentes y sus surtidores, su espléndido templo de Apolo y las esplendorosas y concurridísimas fiestas que en él se celebraban todos los años el 10 de agosto. Los alrededores de la ciudad, emplazada entre las faldas boscosas de dos montañas, en el valle del caudaloso Orontes, a unos 22 kilómetros de su desembocadura, son todavía hoy, a pesar del abandono en que están, un jardín florido y uno de los sitios más encantadores de la tierra. En cuanto a la ciudad misma, ninguna podía competir con ella en suntuosidad y esplendor, en todos los ámbitos del imperio. La calle principal, que cruzaba toda la

ciudad en línea recta, bordeando el río con una longitud de 36 estadios, cerca de una milla alemana [más de siete kilómetros], flanqueada a ambos lados por columnatas y con una ancha calzada para el tráfico en el centro, fue imitada en muchas ciudades antiguas, pero sin que ninguna, ni siquiera las de la Roma imperial, pudiese rivalizar con ella. En todas las casas acomodadas corría el agua[4] y al amparo de aquellos pórticos podía recorrerse toda la ciudad en cualquiera época del año sin miedo a la lluvia ni a los abrasadores rayos del sol, y por la noche las calles estaban alumbradas, cosa que no nos consta de ninguna otra de las ciudades de la Antigüedad. [5]

Y sin embargo, en este ambiente suntuoso no parecían hallarse muy a gusto las musas. Jamás la severidad de la ciencia ni la dignidad no menos severa del arte fueron verdaderamente cultivadas en la Siria, ni sobre todo en Antioquía. Todo lo que tiene de completo el paralelismo de desarrollo entre el Egipto y la Siria en los demás aspectos, lo tiene de antagónico su contraste en lo que al desarrollo literario se refiere; fueron los lágidas los únicos que recogieron esta parte de la herencia del gran Alejandro. Mientras que ellos procuraron cultivar la literatura helénica y fomentar la investigación científica en el sentido y con el espíritu aristotélicos, los seléucidas, aunque en sus mejores representantes abriesen el Oriente a los griegos por medio de su acción política —el envío de Megástenes al rey Chandragupta de la India por Seleuco I y la exploración del mar Caspio por su contemporáneo el almirante Patrocles hicieron época, en este respecto—, no tomaron parte directa en los intereses literarios; por lo menos la historia de la literatura griega no sabe decirnos otra cosa acerca de ello sino que el Antíoco a quien llaman el Grande hizo bibliotecario suyo al poeta Eutifrón.

La literatura

Tal vez la historia de la literatura latina pueda reivindicar el mérito de la investigación científica para Berito, aquella isla latina en medio del mar del helenismo oriental. Acaso no deba considerarse como una contingencia fortuita el que la reacción contra la tendencia literaria modernizante de la época julio-claudia, para retrotraer el lenguaje hablado y escrito, tanto en la enseñanza como en la literatura, a las tradiciones del periodo republicano, arrancase de un beritense perteneciente a la clase media, aquel Marco Valerio Probo que en las rezagadas escuelas de su lejana patria se había formado aún en el estudio de los viejos clásicos y que luego sentó con su enérgica labor, más de escritor crítico que de verdadero maestro, las bases para el clasicismo de la época posterior del imperio. Esta misma ciudad de Berito se convirtió más tarde en centro para todo el Oriente de los estudios de jurisprudencia necesarios para la carrera de funcionario público, y siguió siéndolo durante toda la época imperial. Es cierto que la literatura helénica tiene en Siria la sede de la poesía epigramática y de la agudeza folletinesca; algunos de los más famosos poetas menores griegos, como Meleagro y Filodemo de Gádara y Antipatro de Sidón, son sirios, y nadie hay que los aventaje en cuanto a encanto sensual y a refinamiento en el arte de la métrica; y el padre de esa literatura folletinesca es Menipo de Gádara. Pero estas obras son en su mayoría anteriores, algunas de ellas muy anteriores, a la época del imperio.

Ningún país se halla tan pobremente representado como el sirio en la literatura griega de esta época, y no es fácil que esto fuese un simple azar, si bien es cierto, por otra parte, que no debe darse demasiada importancia a la patria de los distintos escritores en esta época, dada la posición universal que el helenismo ocupaba bajo el imperio. En cambio es en la Siria, probablemente, donde tienen su centro principal todas esas manifestaciones literarias subalternas que hacen furor en esta época: las historias vacuas e informes de amor, de bandidos, de piratas, de celestinas, de adivinos y de sueños, y

los viajes fabulosos. Entre los colegas de Yámblico, el autor de las historias babilónicas, debían de abundar sus connacionales; los sirios sirvieron sin duda de mediadores para establecer el contacto entre esta literatura griega y la literatura oriental afín a ella. Los griegos no necesitaban aprender de los orientales, ciertamente, el arte de la mentira; pero la composición ya no plástica, sino fantástica, que caracteriza a la fábula de sus tiempos posteriores, salió de la cornucopia de la Scherezada y no de la gracia de los caritas. Y tal vez no sea un hecho casual precisamente el que la sátira de esta época, que ve en Homero el padre de los viajes fantásticos, lo convierta en un babilonio cuyo verdadero nombre era Tigranes.

Si prescindimos de estas obras de entretenimiento, de las que se avergonzaban un poco los mismos que distraían el tiempo escribiéndolas o leyéndolas, estas tierras apenas pueden reclamar más nombre eminente en los anales de la literatura que el del comagenense Luciano, contemporáneo de aquel Yámblico de que hablábamos hace poco. Tampoco él escribió más que ensayos y folletines inspirados en Menipo, muy a la moda siria, ingeniosos y divertidos hasta la rechifla, pero incapaces, allí donde ésta termina, de decir la verdad riendo ni de manejar la plástica de lo cómico.

Las artes, el teatro y los juegos

Era éste un pueblo que vivía para el hoy y no para el mañana. En ningún país griego encontramos tan pocas piedras conmemorativas como en la Siria. La gran Antioquía, tercera ciudad del imperio, nos ha legado menos inscripciones que muchos pequeños poblados de África o de la Arabia, para no hablar del país de los jeroglíficos y los obeliscos. Si exceptuamos al retórico Libanio de tiempos de Juliano, figura más conocida que notable, podemos decir que esta ciudad no aporta un solo nombre a la literatura. No se alejaba mucho de la verdad el mesías tianítico del paganismo o el apóstol que habla en su nombre cuando llamaba a los antioquenses un pue-

blo inculto y semibárbaro y opinaba que Apolo haría bien en convertirlos a ellos y a su Dafne, pues en Antioquía sabían murmurar los cipreses, pero los hombres ignoraban el arte de hablar.

El único campo artístico en que se destacó y llegó a adquirir un puesto dirigente Antioquía fue el del teatro y el de los juegos en general. Las representaciones que entusiasmaban a los antioquenses no eran tanto, según las costumbres de la época, las dramáticas en sentido estricto como las bulliciosas representaciones musicales, las danzas, el acoso de fieras y los espectáculos de gladiadores. Los aplausos o los silbidos del público eran el fallo que decidía la fama de un bailarín en todo el reino. Los *jockeys* y demás héroes del circo y del teatro procedían en su mayoría de la Siria. Los bailarines y los músicos, los volatineros y payasos que llevó Lucio Vero a Roma después de su campaña oriental —terminada por su parte en Antioquía—, hicieron época en la historia del teatro itálico. Con cuánta pasión se entregaba el público de Antioquía a estos espectáculos lo revela el dato de que, según la tradición, la más grande de las catástrofes que se abatió sobre Antioquía en este periodo, la toma de la ciudad por los persas en el año 260, sorprendió a los vecinos en el teatro, y los dardos de los asaltantes, disparados desde las alturas de la montaña contra la que se recostaba Antioquía, fueron a clavarse en las filas de los espectadores. En Gaza, ciudad situada en el confín meridional de la Siria, donde el paganismo tenía un firme baluarte en el famoso templo de Marna, corrieron a fines del siglo IV, en las carreras, los caballos de un celoso pagano y de un devoto cristiano, y san Jerónimo nos cuenta que al "vencer Cristo sobre Marna" fueron muchos los paganos que se hicieron bautizar.

Aunque en el desenfreno de las costumbres rivalizasen, indudablemente, todas las grandes ciudades del imperio romano, es evidente que ninguna podía disputarle la palma a Antioquía. Aquel honorable romano que nos describe el recio pintor de costumbres de los tiempos de Trajano, y que

vuelve la espalda a Roma porque se ha convertido en una ciudad griega, añade que de toda aquella basura son los aqueos los que representan la menor parte; hace ya mucho tiempo, dice, que el Orontes sirio ha vertido sus aguas en el Tíber, derramando sobre Roma su lenguaje y sus modos, sus músicos, sus arpistas y sus tocadoras de triángulo, y todo el tropel de sus prostitutas. Los romanos de la época de Augusto hablaban de la flautista siria, de la *ambubaia,*[6] como hoy hablamos de la *cocotte* parisina. Los vecinos de las ciudades de la Siria, escribe ya en los últimos tiempos de la república romana Poseidonio, un importante escritor que no habla de oídas, pues es nativo de la ciudad siria de Apamea, hace ya mucho tiempo que no saben lo que es trabajar; no piensan más que en comer y en beber, y todas las reuniones y tertulias persiguen este solo fin; en la mesa del rey se pone a cada invitado una corona que luego se rocía de perfumes babilónicos; los sones de las flautas y de las arpas llenan las calles y los gimnasios se han convertido allí en baños calientes, expresión con que se alude a la institución de las llamadas termas, que surgió probablemente en la Siria, de donde luego se extendió a todo el imperio, y que eran una combinación de establecimientos de gimnasia y balnearios de agua caliente. Cuatrocientos años después la situación en Antioquía no había cambiado. La disputa entre Juliano y los vecinos de esta ciudad no giraba tanto en torno a la barba del emperador como alrededor de su decisión de tasar los precios a los hosteleros de esta ciudad de las tabernas, en que la gente sólo pensaba, según palabras del propio Juliano, en danzar y en beber. Esta vida licenciosa y sensual informa también y sobre todo la religión de Siria. Los templos sirios parecían no pocas veces sucursales de los burdeles, tan abundantes en aquel país.[7]

El carácter sirio

Seríamos injustos si hiciésemos al gobierno romano responsable de este estado de cosas existente en Siria, puesto que existía ya bajo los diádocos, y los romanos no hicieron más que heredarlo. Sin embargo el elemento siro-helénico constituye un factor esencial en la historia de esta época, y aunque su influencia indirecta sea con mucho la más importante, también influye directamente en la política desde muchos puntos de vista. No podemos decir gran cosa de la existencia de facciones políticas entre los antioquenses de esta ni de aquella época, menos aún que de otras grandes ciudades del imperio; pero sus chanzas y sus murmuraciones dejaban pequeñas, sin duda alguna, a todas las demás, sin excluir a los alejandrinos, sus grandes rivales en esta materia.

Jamás llegaron a revolucionarse, pero apoyaron de buen grado y con el mayor entusiasmo a todo pretendiente al trono proclamado por el ejército sirio, a Vespasiano contra Vitelio, a Casio contra Marco, a Cayo contra Septimio Severo, dispuestos siempre a rehusar la obediencia al gobierno existente cuando creían encontrar un punto de apoyo. El único talento que indiscutiblemente hay que reconocerles, la maestría en la chanza, no era solamente, en sus manos, un estilete contra los actores de sus tablados, sino también un arma contra los gobernantes instalados en la capital del Oriente, sin que se diferenciase en nada la burla enderezada contra el comediante de la dirigida contra el emperador; tenía como blanco la figura personal y las peculiaridades individuales, como si su emperador sólo existiese para divertirles haciendo su papel en la escena. Entre el público de Antioquía y los emperadores, sobre todo aquellos que residían largo tiempo en la ciudad, los Adriano, los Vero, los Marco, los Septimio Severo, los Juliano, existía por decirlo así una guerra permanente de escarnio y de mofa, de la que ha llegado a nosotros una pieza documental, la réplica del último de los emperadores mencionados contra los antioquenses que "se burlaban de su barba".

Después de todo, este literato imperial se limitaba a contestar a las burlas con burlas, pero en otro tiempo los vecinos de Antioquía hubieron de purgar más cruelmente sus chistes y sus demás pecados. Así por ejemplo, Adriano privó a la ciudad del derecho de acuñar moneda, Marco le retiró el derecho de reunión y clausuró por algún tiempo su teatro. Severo llegó incluso a privar a Antioquía del derecho de capitalidad, transfiriéndolo a la ciudad de Laodicea, vecina y rival constante de ella. Estas dos medidas no tardaron en ser canceladas; no así la división de la provincia, con la que ya había amenazado Adriano y que se llevó a efecto, como hemos dicho, bajo Septimio Severo, sin que dejase de contribuir a ella, indudablemente, y no en pequeña medida, el deseo del gobierno de humillar y dar una lección a tan díscola capital. Al presentarse ante los muros de Antioquía, en el año 540, el rey de los persas Cosroes Nuchirván, sus defensores lo recibieron desde las almenas con una lluvia de dardos, mezclados con sus acostumbrados insultos y burlas desvergonzados; el rey, irritado ante descaro tal, después de tomar la ciudad por asalto hizo que sus habitantes la evacuasen y los trasladó a la Nueva Antioquía, fundada por él cerca de Ctésifon.

Agricultura e industria

El lado brillante de la situación existente en la Siria de esta época es el económico. Siria ocupa con el Egipto el primer lugar entre las provincias del imperio romano en lo que a industria y comercio se refiere, y se destaca en cierto modo por encima del Egipto. La agricultura siria floreció bajo el estado permanente de paz de que gozaba esta provincia y gracias a una previsora administración, preocupada sobre todo por fomentar las obras de irrigación, en proporciones que deberían llenar de vergüenza a la civilización actual. Es cierto que algunas partes de Siria disfrutan aún hoy de una gran frondosidad; el valle del bajo Orontes, la rica huerta que rodea Trí-

poli, con sus palmeras, sus naranjales y sus huertos de granados y jazmines, y las fértiles tierras llanas que se extienden en la costa al norte y al sur de Gaza, han resistido hasta hoy las devastaciones de los beduinos y los pachás. Pero no por ello debemos desdeñar su obra aniquiladora. La región de Apamea, en el valle central del Orontes, es hoy un desierto de rocas sin árboles ni tierras labrantías, en que los esquilmados rebaños que se apacentan en los pobres y escasos pastos son diezmados por los bandidos de las montañas, una comarca sembrada por todas partes de ruinas; pues bien, sabemos documentalmente que bajo el gobernador de Siria, Quirinio, el mismo de que hablan los Evangelios, la ciudad de Apainea y su comarca llegó a contar 117 mil habitantes.

Todo el valle del caudaloso Orontes —que en la región de Emesa alcanza ya una anchura de 30 a 40 metros, con metro y medio a tres metros de profundidad— fue en otro tiempo, sin disputa, una gran zona de cultivos. Pero no sólo este valle, sino también una buena parte de las zonas que hoy vemos convertidas en perfectos desiertos y donde al viajero actual le parece quimérico que pudieran florecer jamás la vida y la prosperidad, fueron en tiempos pasados campos cultivados por la mano laboriosa del hombre. Al este de Emesa, donde hoy no verdea una hoja ni se encuentra una gota de agua, se han descubierto a montones las pesadas losas de basalto de antiguos molinos de aceite. Hoy sólo encontramos algunos olivos sueltos en los valles del Líbano, ricos en agua, pero en aquel tiempo los olivares debían de extenderse hasta mucho más allá de la cuenca del Orontes. El viajero que tiene que recorrer hoy el trecho de Emesa a Palmira lleva el agua a lomos de camello y encuentra todo el camino cubierto de ruinas de lo que en otro tiempo fueron villas y aldeas.[8] Ningún ejército podría emprender hoy la marcha que el emperador Aureliano cubrió con sus tropas por estos parajes. Una buena parte de lo que ahora se llama desierto es, simplemente, obra de la devastación del fruto del trabajo de tiempos mejores. "En toda la Siria —dice una descripción geográfica

de mediados del siglo IV— hay una gran abundancia de trigo, vino y aceite." Siria no llegó a ser nunca, sin embargo, ni en la Antigüedad, un verdadero país de exportación de productos agrícolas, como lo fueron el Egipto y el África, aunque los excelentes vinos de la tierra eran enviados fuera del país, por ejemplo el de Damasco a la Persia, los de Laodicea, Ascalón y Gaza al Egipto y desde allí hasta la Etiopía y la India; los romanos tenían también en alta estima los vinos sirios de Biblos, Tiro y Gaza.

Más importante aún que la agricultura era, dentro de la posición general que ocupaba esta provincia, su producción fabril. Existían en Siria una serie de industrias que trabajaban incluso para la exportación, en especial las de lana, púrpura, seda y vidrio. La industria textil del lino, aclimatada de antiguo en Babilonia, se transplantó muy pronto de allí a la Siria; "Scitópolis (en la Palestina), Laodicea, Biblos, Tiro y Berito —dice aquel relato geográfico que citábamos más arriba— envían sus telas al mundo entero", y en la ley de Diocleciano se mencionan, a tono con esto, como géneros textiles finos los de las tres primeras ciudades mencionadas, además de las de la vecina Tarso y las del Egipto, pero dándose preferencia sobre todas a las de Siria.

Sabido es que la púrpura de Tiro, a pesar de los muchos competidores que le salieron, ocupó siempre el primer lugar; fuera de Tiro, había en la Siria numerosas tintorerías de púrpura muy famosas también, repartidas por la costa más arriba y más abajo de Tiro, tales como las de Sarepta, Dora y Cesárea, e incluso en el interior del país, como las de Nápoles y Lida, en la Palestina. La seda en bruto venía en esta época de la China, siendo transportada generalmente por el mar Caspio, es decir, en dirección a Siria. Esta materia prima era elaborada principalmente en los talleres de Berito y Tiro, y en esta última ciudad se fabricaba, especialmente, la seda púrpura, que tanto se empleaba y que alcanzaba elevados precios. Las fábricas de vidrio de Sidón mantuvieron bajo el imperio su antiquísima fama, y entre los vasos de cristal que se

conservan en nuestros museos son muchos los que ostentan el sello de los talleres de aquella ciudad.

El comercio

Al comercio de estos artículos, destinados por su naturaleza al mercado mundial, hay que añadir la gran masa de mercancías que afluían desde el Oriente por las rutas del Éufrates con destino a los países occidentales. Es cierto que el comercio de importación de la Arabia y de la India se desviaron en esta época de la ruta de Siria para seguir principalmente la vía del Egipto; pero los sirios seguían conservando necesariamente el comercio de la Mesopotamia, y además los emporios de la desembocadura del Éufrates mantenían un tráfico regular de caravanas con Palmira y eran, por lo tanto, feudatarios de los puertos sirios.

Nada nos revela mejor la importancia de este comercio con los vecinos orientales que el hecho de que se acuñasen monedas iguales de plata en el Oriente romano y en la Babilonia de los partos; el gobierno romano acuñaba en las provincias de Siria y Capadocia piezas de plata diferentes de las emitidas para el imperio y adaptadas a los tipos y al pie monetario del reino vecino.

La misma industria siria, por ejemplo la de la lana y la seda, fue estimulada precisamente por la importación de artículos comerciales del mismo género procedentes de Babilonia. Una gran parte de los artículos de cuero y las pieles, los ungüentos, las especias y los esclavos del Oriente pasaba también, durante el imperio, por los canales comerciales de la Siria con destino a Italia y a todo el Occidente.

Pero estos antiquísimos centros del comercio mundial, a diferencia de los egipcios, no se limitaban a servir de intermediarios para vender estas mercancías al extranjero, sino que las gentes de Sidón y Tiro y sus connacionales eran también consumidoras de los productos que vendían. Los capita-

nes de barco formaban en Siria un estamento ilustre y respetado, y bajo el imperio se encontraban en todas las tierras comerciantes y factorías sirios, ni más ni menos que en aquellos lejanos tiempos de que nos habla Homero. Los de Tiro tenían entonces factorías en los dos grandes puertos de importación de Italia, Ostia y Puteoli, de los que dicen en sus documentos que son las mayores y más importantes de este género en el mundo, del mismo modo que la descripción geográfica tantas veces citada reclama para aquella ciudad el primer lugar del Oriente en cuanto al comercio y al tráfico. Estrabón destaca también como una característica de las ciudades de Tiro y Arado sus casas extraordinariamente altas, de varios pisos. Factorías semejantes a aquéllas las tenían también en los puertos itálicos Berito y Damasco y muchas otras ciudades comerciales de la Siria y la Fenicia, seguramente.

En la última época del imperio sobre todo, nos encontramos con comerciantes sirios, principalmente de Apamea, establecidos en toda Italia y en los emporios más importantes del Occidente, en Salone (Dalmacia), en Apulo (Dacia), en Malaca (España), y sobre todo en las Galias y en Germania, por ejemplo en Burdeos, en Lyon, en París, en Orleans y en Tréveris, donde estos cristianos sirios practican sus usos nacionales, al igual que los judíos, y hablan griego en sus comunidades.

Condiciones sociales

Sólo partiendo de esta base económica pueden comprenderse las condiciones imperantes en Antioquía y en las demás ciudades sirias. La clase alta de estas ciudades está formada por los ricos industriales y comerciantes, la masa de la población por los obreros y los marineros; y así como más tarde las riquezas adquiridas en el Oriente refluirán hacia Génova y Venecia, las ganancias comerciales que ahora se obtienen en el Occidente afluyen a Tiro y Apamea. Los ex-

tensos mercados comerciales que se abrían ante estos comerciantes al por mayor y los reducidos aranceles fronterizos e interiores que en general regían en esta época, permitían al comercio sirio de exportación, que incluía una gran parte de los artículos más lucrativos y más transportables, reunir capitales fabulosos. Y sus operaciones no se limitaban, ni mucho menos, a las mercancías fabricadas en el propio país.

El bienestar que disfrutó este país en otro tiempo no lo revelan tanto los escasos restos de las grandes ciudades desaparecidas como las tierras más bien abandonadas que devastadas en la margen derecha del Orontes, entre Apamea y el sitio en que el río vira hacia el mar. En esta faja de tierra de 150 a 180 km de largo se alzan todavía hoy las ruinas de unos cien poblados y ciudades, con calles enteras aún visibles, en que los edificios eran todos ellos, salvo el tejado, de piedra maciza, las viviendas rodeadas de pórticos de columnas, adornadas con galerías y balcones, con ricas ventanas y portales decorados muchos de ellos con arabescos de piedras y dotadas además de jardín y baño, de sótanos habilitados para granero y bodega, con sus establos y sus lagares de vino y aceite cavados en las rocas, con sus grandes criptas incrustadas también en las rocas, llenas de sarcófagos y a las que se entra por pórticos adornados con columnas. En ninguna parte encontramos rastros de establecimientos públicos; son todas ellas villas de campo de los comerciantes e industriales de Apamea y Antioquía, cuyo firme bienestar y sólido disfrute de la vida nos hablan a través de estas ruinas.

Estas construcciones, de un carácter absolutamente uniforme, pertenecen todas ellas a la última época del imperio; las más antiguas datan de comienzos del siglo IV, las últimas de mediados del VI, de los días que precedieron inmediatamente al asalto del islam, ante el que hubo de sucumbir también esta vida floreciente y próspera. Por todas partes encontramos las huellas del cristianismo: símbolos cristianos y sentencias bíblicas y también magníficas iglesias y construcciones eclesiásticas. Este desarrollo cultural no data, sin em-

bargo, de Constantino, aunque se fortaleciese y consolidase en aquellos siglos. Los edificios de piedra cuyas ruinas encontramos aquí fueron precedidos indudablemente por otras villas y otros jardines de más precaria construcción. La regeneración del gobierno del imperio después del desbarajuste del siglo III cobra expresión en el auge adquirido desde entonces por el mundo comercial sirio; pero, hasta cierto punto, esta imagen de riqueza que de él ha quedado puede atribuirse también a la primera época del imperio.

Los judíos

Las condiciones de vida de los judíos bajo el imperio romano son muy peculiares y hasta podríamos decir que dependen muy poco de la provincia que en los primeros tiempos del imperio se llamó por su nombre, Judea, y que en la última época se conocía por el nombre resucitado de los filisteos o palestinos; por eso hemos creído oportuno, como ya se ha dicho, dejar aparte este problema para tratarlo en un capítulo especial. Lo poco que cabe decir acerca de Palestina como país, en especial la participación bastante activa de sus ciudades costeras y de algunas del interior en la industria y el comercio de la Siria, ha sido expuesto ya en relación con esto.

La diáspora judía habíase ido desarrollando, ya antes de la destrucción del templo, en tales proporciones que Jerusalén, aunque todavía existiese, era más bien un símbolo que una patria, algo así como la ciudad de Roma para los ciudadanos romanos de una época avanzada. Los judíos de Antioquía y Alejandría y otras muchas comunidades semejantes a ellas, de condición jurídica inferior y de menor prestigio, participaban naturalmente en el comercio y en la vida social de las ciudades en que residían. En estas relaciones de convivencia, su judaísmo sólo desempeñaría un papel en la medida en que se trasluciesen también allí los sentimientos de odio mutuo y mutuo desprecio despertados, o por mejor decir, acentuados,

entre judíos y no judíos desde la destrucción del templo y de las continuas y repetidas guerras de carácter religioso-nacional. Es evidente que los judíos sirios residentes en Puteoli, por ejemplo, no podían pertenecer a los gremios de comerciantes sirios existentes en la ciudad, pues las agrupaciones de estos comerciantes en el extranjero tenían como fin rendir culto a sus dioses propios; y el hecho de que el culto de los dioses sirios fuese encontrando en otros países un eco cada vez mayor beneficiaba a los demás residentes de aquella nacionalidad, pero ahondaba todavía más la división entre los sirios que profesaban la fe mosaica y los itálicos.

Los judíos que habían encontrado una patria fuera de Palestina y que no se juntaban en ella con sus compañeros de residencia, sino con sus hermanos en religión, como necesariamente tenía que ser, renunciaban por ese solo hecho a la significación y a la tolerancia concedidas en el extranjero a los alejandrinos, a los antioquenses, etc., para ser considerados tal y como ellos se presentaban, como judíos. Por otra parte, la mayoría de los judíos de Palestina que vivían en el Occidente no formaban parte de la emigración comercial; eran prisioneros de guerra o descendientes de quienes lo habían sido, hombres carentes de patria en todos los sentidos; la condición de parias que los hijos de Abraham tenían sobre todo en la capital del imperio, la condición del judío mendicante cuyo mobiliario y cuyas herramientas se reducen al haz de paja y al cesto del trapero y para el que no existe ganancia despreciable por pequeña ni por ruin, se halla vinculada con el mercado de esclavos. Todas estas razones explican por qué los judíos ocupaban en el Occidente, bajo el imperio, una posición tan baja al lado de los sirios. La comunidad religiosa entre la inmigración comercial y la proletaria pesaba sobre la colectividad judía y acentuaba aún más la postergación general relacionada con su posición. Pero ni aquella ni esta diáspora tenían absolutamente nada que ver con la Palestina.

La Arabia

Hemos de examinar aún un territorio fronterizo del que no suele hablarse y que merece, sin embargo, ser tenido en cuenta: nos referimos a la provincia romana de la Arabia.

Su nombre no responde a la verdad; el emperador que la creó, Trajano, era hombre de grandes hechos, pero aún de mayores palabras. La península arábiga, que separa la cuenca del Éufrates del valle del Nilo, pobre en lluvias, sin ríos, circundada por una costa toda ella rocosa y casi sin puertos, tan inadecuada para la agricultura como para el comercio, fue durante la Antigüedad, en casi toda su extensión, patrimonio indisputado de las tribus nómadas del desierto. Por su parte los romanos, que lo mismo en el Asia que en el Egipto supieron reducir sus dominios mejor de lo que lo hiciera cualquiera de las otras potencias que desfilaron por allí, no intentaron someter a su poder la península de la Arabia. Cuando estudiemos lo referente al comercio egipcio hablaremos de las pocas empresas que Roma abordó hacia el sudeste de la Arabia, la más fértil de la península y la más importante también para el comercio, por su proximidad a la India. La Arabia romana sólo abarca, ya como Estado-cliente y sobre todo como provincia de Roma, una parte relativamente pequeña del norte de la península y las tierras que quedan al sur y al este de la Palestina, entre ésta y el gran desierto que se extiende hasta más allá de Bostra. Incluiremos también en este país, para nuestro examen, el territorio perteneciente a Siria enclavado entre Bostra y Damasco, que hoy se conoce por el nombre de las montañas de Haurân y al que los antiguos llamaban Trajonitis y Batania.

Estos extensos territorios sólo pueden ganarse para la civilización en circunstancias muy especiales. Las verdaderas tierras esteparias (Hamâd) situadas al este de la zona de que estamos tratando, hasta el Éufrates, no fueron ocupadas nunca por los romanos y son reacias a todo cultivo; sólo pueden

recorrerlas las tribus nómadas del desierto, como hoy lo hacen por ejemplo los anezes para apacentar sus caballos y sus camellos junto al Éufrates en el invierno y en el verano entre las montañas situadas al sur de Bostra, trashumando con frecuencia varias veces al año para cambiar de pastos. Ocupan ya una fase superior de cultura las tribus sedentarias de pastores establecidas al oeste de la estepa y dedicadas a la ganadería lanar en gran escala.

No debemos pensar, sin embargo, que en esta extensa zona no haya también margen, y abundante, para la agricultura. La tierra roja del Haurân, formada por desechos de lava, produce en su estado virgen gran cantidad de centeno, cebada y avena silvestres y da, cuando se la cultiva, el mejor de los trigos. Algunos valles profundos que surcan el desierto rocoso, como la "Vega", la Rühbe de la Trajonitis, son las zonas más fértiles de toda la Siria; sin labrar la tierra ni por supuesto abonarla, cada grano de trigo da por término medio ochenta y el de cebada cien, no siendo raro que de una semilla lleguen a brotar veintiséis espigas. Sin embargo no han llegado a crearse centros sedentarios de población en torno a estas tierras, pues en los meses de verano el calor abrasador y la falta de agua y de pastos obliga a los habitantes a trashumar a los pastizales del Haurân. Había, en cambio, otros sitios adecuados para que en ellos se estableciesen poblados fijos. La huerta que rodea a la ciudad de Damasco, regada por los múltiples brazos del río Barada y los fértiles distritos, todavía hoy pobladísimos, que la circundan por el este, el norte y el sur, eran en la Antigüedad, como lo son actualmente, la perla de Siria. La planicie que se extiende en torno a la ciudad de Bostra, sobre todo la llamada Nucra al oeste de ella, es hoy el granero de Siria, a pesar de que la escasez de lluvias hace que se pierda generalmente una cosecha de cada cuatro y de que las nubes de langosta que vienen con frecuencia del cercano desierto constituyen una plaga inextinguible para el país. Donde quiera que las aguas de las montañas se canalizan hacia las planicies, brota y florece bajo ellas una vida

frondosa. "La fertilidad de este país —dice un autor que lo conoce bien— es inagotable; todavía hoy, a pesar de que los nómadas no han dejado en pie un árbol ni un arbusto, a donde quiera que tendamos la vista nos parece un jardín." Aun en la altiplanicie cubierta de lava de las zonas montañosas, hay muchos sitios (en la parte llamada Kâ, en el Haurân) excelentes para el cultivo.

Esta configuración natural de la tierra hacía de este país un escenario ideal para pastores y para bandidos. La obligada movilidad de una gran parte de la población conduce a una perenne rivalidad en torno a los pastos principalmente y a continuos asaltos sobre aquellas zonas que más se prestan para ser habitadas de un modo permanente; en tierras así es más necesaria que en parte alguna la existencia de poderes y autoridades capaces de asegurar la paz y el orden, pero el temperamento de la población no es el más indicado para establecerlos. Apenas habrá en todo el ancho mundo otro país en que se dé en proporciones tan grandes como en éste la circunstancia de que la civilización, en vez de brotar de dentro, sea impuesta desde fuera, por potencias extrañas, mediante la conquista y la violencia. Para que en estos parajes pueda prosperar una vida rica y feliz, hace falta que en ellos se estacionen puestos militares con la misión de oponer un dique a las tribus nómadas del desierto y de obligarlas a hacer una vida pacífica y pastoril dentro de los límites de la civilización, que un poder superior se preocupe de asentar colonos en las zonas aptas para el cultivo y que las aguas de las montañas se canalicen hacia la planicie por la mano del hombre; así y sólo así puede florecer en estas tierras la civilización.

La época prerromana no llevó a ellas tales beneficios. Los moradores de todo este territorio, hasta la altura de Damasco, pertenecen a la rama arábiga del gran tronco semita. Por lo menos los nombres de personas con que aquí nos encontramos son todos ellos de raíz arábiga. En él se enfrentaban, como en la Siria del norte, la civilización oriental y la

occidental; pero, hasta la época del imperio, ninguna de ellas había conseguido aquí grandes progresos. El lenguaje hablado y escrito de que se sirven los nabateos son los de Siria y los países del Éufrates, de donde tuvieron que recibirlos necesariamente los nativos de estas tierras. Por otro lado, la dominación griega en la Siria extendíase también a una parte por lo menos de este territorio. La gran ciudad comercial de Damasco se helenizó, al igual que el resto de la Siria. Los seléucidas transplantaron también su régimen de fundación de ciudades a las tierras transjordánicas, especialmente a la Decápolis septentrional; más al sur había por lo menos una ciudad, la antigua Rabbath, Ammon, helenizada por los lágidas con el nombre de Filadelfia. Pero aún más abajo y en las zonas orientales que lindaban con el desierto los reyes nabateos apenas obedecían más que nominalmente a los alejándridas sirios o egipcios, no habiéndose encontrado jamás en estas latitudes monedas, inscripciones ni monumentos que puedan atribuirse al helenismo prerromano.

Al pasar la Siria a manos de Roma Pompeyo se esforzó en consolidar el régimen urbano heredado de los helenos; es significativo, por ejemplo, que las ciudades de la Decápolis cuenten sus años en adelante a partir del 64-63, en que la Palestina se incorporó al imperio. Pero en lo fundamental, el gobierno y la civilización siguieron confiados, en estos territorios, a los dos estados vasallos, el de la Judea y el de la Arabia.

Del rey de la Judea, Herodes, y de su linaje hablaremos más adelante; aquí sólo nos interesa referirnos a lo que hizo para expandir la civilización hacia el Oriente. Sus dominios extendíanse a ambos lados del Jordán a todo lo largo de este río; por el norte llegaban por lo menos hasta Chelbon, al noroeste de Damasco y por el sur hasta el mar Muerto; el territorio situado más al este, entre su reino y el desierto, pertenecía al rey de la Arabia. Herodes y sus descendientes, que gobernaron el país aun después de la absorción del poder de Jerusalén hasta el reinado de Trajano y que más tarde tenían

su residencia en Cesárea Paneas, al sur del Líbano, hicieron denodados esfuerzos por domeñar a los nativos.

El testimonio más antiguo de la existencia de una cierta civilización en estas tierras son, indudablemente, las ciudades troglodíticas de que habla el Libro de los Jueces, grandes refugios colectivos practicados bajo tierra y hechos habitables por medio de respiraderos, con calles y fuentes, en que podían guarecerse personas y ganados, difíciles de descubrir y, una vez descubiertos, difíciles de dominar. El mero hecho de su existencia revela el sojuzgamiento de aquellos pacíficos habitantes por los inquietos hijos de la estepa. "Estas tierras —dice Josefo, describiendo la situación existente en el Haurân bajo Augusto— estaban pobladas por tribus salvajes sin ciudades ni campos fijos de labranza, que moraban con sus rebaños bajo tierra, en cuevas a las que se entraba por una estrecha abertura y con un gran dédalo de calles por dentro, pero que estaban ricamente abastecidas de agua y vituallas, siendo por ello difíciles de tomar." Algunas de estas ciudades troglodíticas albergaban hasta 400 cabezas. Un curioso edicto del primero o segundo Agripa, del que se han conservado algunos fragmentos en Kanatha (Kanawât), requiere a los habitantes para que dejen de vivir "como los animales" y cambien su vida troglodítica por una existencia civilizada.

Los árabes no sedentarios vivían principalmente de saquear a los labradores vecinos y de asaltar a las caravanas de paso. La inseguridad fue en aumento cuando el pequeño príncipe Zenodoro de Abila, comarca situada en el Antilíbano, al norte de Damasco, a quien Augusto había encargado de la vigilancia sobre el Trajón, prefirió hacer causa común con los bandidos y repartirse tranquilamente con ellos las ganancias. Fue esto precisamente lo que movió al emperador a encomendar estas tierras al rey Herodes, cuya implacable energía consiguió refrenar hasta cierto punto aquellos excesos bandidescos. Parece ser que Herodes estableció en la frontera oriental una línea de puestos militares fortificados y sometidos a los mandos reales (ἔπαρχοι). Mayores éxitos ha-

bría conseguido si los bandidos no hubiesen encontrado asilo en el país de los nabateos; fue ésta, en efecto, una de las causas que sembraron la discordia entre Herodes y el rey de la Arabia.[9]

La tendencia helenizante se manifiesta en este territorio con la misma fuerza, pero de un modo menos grato que en el gobierno de su propia patria. Todas las monedas de Herodes y de su dinastía son griegas; en cambio el monumento más antiguo del país transjordánico que conocemos entre los que tienen inscripciones (el templo de Baalsamin en Kanatha) ostenta una dedicatoria aramea; sin embargo los pedestales que allí se erigen, uno de ellos para Herodes el Grande, tienen inscripción bilingüe o simplemente helénica; bajo sus sucesores la lengua griega impera con carácter exclusivo.

El reino de Nabat

Junto al rey de la Judea aparecía el "rey de Nabat", como él mismo se llamaba y del que ya hemos hecho mención más arriba. Este príncipe de la Arabia tenía su residencia en la "Ciudad de las rocas", Sela en arameo y en griego Petra, una ciudadela encaramada en las rocas, a medio camino entre el mar Muerto y la punta de la lengua nordoccidental del Golfo Arábigo, antiquísima estación de tránsito para el comercio de la India y la Arabia con la cuenca del Mediterráneo. Estos reyes poseían la mitad septentrional de la península de la Arabia; sus dominios llegaban por el Golfo Arábigo hasta Leuke Kome, frente a la ciudad egipcia de Berenice, y en el interior del país, por lo menos, hasta la zona del río que los antiguos llamaban Thaema. Al norte de la península su reino incluía Damasco, ciudad que se hallaba bajo su protección, y llegaba incluso hasta más arriba, circundando como un cinturón toda la Palestina siria.

Después de tomar posesión de la Judea los romanos chocaron hostilmente con los reyes nabateos y Marco Escauro capitaneó una expedición enviada contra Petra. No fue en-

tonces cuando este país quedó sometido a Roma, pero debió de ser poco después. Bajo Augusto, su rey Obodas es ya súbdito del imperio ni más ni menos que Herodes el de Judea, y une como éste sus contingentes de armas a los romanos en la expedición contra el sur de la Arabia. Desde entonces debía de hallarse primordialmente en manos de este rey de los árabes la defensa de las fronteras del imperio en el sur y en el este de Siria, hasta Damasco.

Sus discordias con el vecino de la Judea eran constantes. Augusto, irritado porque el de la Arabia hacía frente con las armas a Herodes en vez de impetrar justicia contra él cerca del emperador, y en vista de que, al morir Obodas, su hijo Harethat, al que los griegos llaman Aretas, había tomado posesión del trono sin aguardar a que Roma le confirmase en sus derechos de rey-vasallo, se disponía a deponer al nuevo rey y a fusionar su territorio con el de Judea, pero se abstuvo de hacerlo ante el mal gobierno de Herodes en sus últimos años y Aretas fue confirmado en el trono (hacia el año 474 d. R.). Algunos decenios más tarde el mismo Aretas empezó a hacer la guerra por sí y ante sí a su yerno el príncipe de Galilea, Herodes Antipas, por haber repudiado a su hija para casarse con la hermosa Herodías. Salió victorioso, pero el irritado emperador Tiberio ordenó al gobernador de Siria que ejecutase al rey de la Arabia, en castigo por no haber cumplido con su deber hacia la potencia soberana. Ya estaban en marcha las tropas para cumplir esta orden cuando murió Tiberio (año 37); su sucesor Calígula, que no veía con buenos ojos a Herodes Antipas, perdonó al árabe.

El rey Malicu o Malcos, sucesor de Aretas, peleó como vasallo romano en la guerra contra los judíos, bajo Nerón y Vespasiano, y transmitió el reino a su hijo Rabel, contemporáneo de Trajano y último regente de este país. Después de la anexión del Estado de Jerusalén y de reducirse los vastos dominios de Herodes al pequeño reino de Cesárea Panea, pasaba a ser el de la Arabia el más importante de los estados sirios sometidos a Roma en clientela, siendo en efecto, de

aquellos reinos, el que suministró un contingente más numeroso para el ejército romano que sitió Jerusalén.

Este Estado se abstuvo de emplear la lengua griega aun bajo la soberanía de los romanos; las monedas acuñadas bajo el mando de sus reyes presentan todas ellas, si prescindimos de las de Damasco, inscripciones en arameo. Apuntan sin embargo entre los nabateos, en esta época, ciertos rudimentos de orden y de civilización. El dinero acuñado empezó a conocerse, probablemente, al entrar el país bajo la clientela de los romanos. El comercio arábigo-indio por el Mediterráneo discurre en gran parte en caravanas que recorren la ruta de Leuke Kome a Gaza, pasando por Petra, ruta vigilada por los romanos. Los príncipes del reino nabateo dan a sus funcionarios, al igual que los de la ciudad de Palmira, nombres griegos, como por ejemplo los de eparca y estratega. Los elogios que bajo Tiberio se tributan al buen orden impuesto en Siria por los romanos y a la seguridad de las cosechas conseguida gracias a la ocupación militar, deben aplicarse en primer término a las provincias adoptadas con respecto a los estados vasallos de Jerusalén, más tarde de Cesárea Panea, y de Petra.

Bajo Trajano la relación de clientela a que se hallaban sujetos estos dos estados fue sustituida por la dominación romana directa. El rey Agripa II murió en los comienzos de su reinado y su territorio se fusionó con el de la provincia de Siria. Poco después, en el año 106, el gobernador Aulo Cornelio Palma canceló el derecho que venía reconociéndose a los reyes de Nabat y convirtió la mayor parte de sus dominios en la provincia romana de la Arabia; Damasco quedó incorporado a Siria y los romanos renunciaron a todo el territorio poseído en el interior de la Arabia por el reino de los nabateos. La organización de la nueva provincia se presenta como la sumisión de la Arabia, y las monedas emitidas para festejar la toma de posesión de este territorio parecen atestiguar también que los nabateos se defendieron con las armas en la mano contra la invasión; no tendría nada de extraño, pues

tanto la conformación de su país como toda su conducta anterior hacen suponer en estos príncipes un sentimiento de relativa independencia.

Pero no es en los éxitos de la guerra donde debe buscarse la importancia histórica de estos sucesos; las dos anexiones, indudablemente relacionadas entre sí, no eran tal vez más que simples actos administrativos ejecutados mediante el poder militar, y la tendencia a incorporar estos territorios a la civilización y especialmente al helenismo no hace más que reforzarse desde el momento en que el gobierno romano asume directamente esta tarea. El helenismo del Oriente, tal como lo había aglutinado Alejandro, era una iglesia militante, un poder que pugnaba por avanzar y absolutamente conquistador tanto en lo político como en lo religioso, en lo económico como en lo literario. Aquí, al borde mismo del desierto, bajo la presión del judaísmo antihelénico y manejado por el seco y voluble gobierno de los seléucidas, era muy poco lo que hasta ahora había podido hacer. Pero a partir de ahora, penetrando en el romanismo, desarrolla una fuerza propulsora que es con respecto a la antigua lo que el poder de los príncipes-vasallos judíos y arábigos con respecto a la del imperio romano. La creación de un campamento de la legión en Bostra bajo un jefe de rango senatorial fue un acontecimiento que hizo época en este país, en que todo dependía como sigue dependiendo hoy de defender la paz mediante la instauración de un poder militar superior. Desde Bostra, lugar escogido como punto central, se organizaban los puestos de vigilancia en los sitios convenientes y se los cubría con las guarniciones necesarias.

Jamás se había extendido sobre este país una égida semejante. En realidad los romanos no lo desnacionalizaron. Los nombres arábigos llegan hasta los últimos tiempos, aunque no son raros los casos en que, lo mismo que en Siria, el nombre local va seguido de otro romano-helénico; así por ejemplo, un jeque se llama "Adriano o Soaidos, hijo de Malecos". Tampoco se toca al culto nacional; aunque la principal divi-

nidad de los nabateos, el dios Dusaris, se compare a veces con Dionisos, se lo sigue venerando generalmente bajo su nombre local, y los vecinos de Bostra siguen celebrando hasta en época muy avanzada las dusarias o fiestas en su honor. En la provincia de la Arabia siguen consagrándose templos y presentándose ofrendas, del mismo modo, a Aumu o a Helios, a Vaseathu, a Theandritos y a Ethaos. Se respetan igualmente los linajes y el orden existente entre ellos; las inscripciones mencionan largas series de tribus con nombres nativos y, no pocas veces, filarcas y etnarcas. Pero, al lado de los usos tradicionales, avanzan la civilización y el helenismo. Así como en todos los ámbitos del Estado de los nabateos no se ha descubierto un solo monumento griego anterior a la época de Trajano, no ha podido encontrarse tampoco uno solo posterior a Trajano con inscripciones en la lengua del país; todo parece indicar que el gobierno romano prohibió el uso del arameo ya inmediatamente después de la anexión, aunque seguiría siendo, indudablemente, la verdadera lengua nacional, como lo atestigua, aparte de los nombres propios, de que ya hemos hablado, el "intérprete de los recaudadores de contribuciones".

No poseemos testimonios elocuentes acerca del fomento de la agricultura en estos territorios; pero si nos fijamos en toda la vertiente oriental y meridional del Haurân, desde las cumbres de la montaña hasta el desierto, y vemos recogidas en grandes montones o alineadas en largas ringleras las piedras que antes aparecían esparcidas por esta planicie volcánica, para dejar así al descubierto las más espléndidas tierras de labranza, comprenderemos que detrás de todo esto estaba la mano del único gobierno que regentó este país como puede y debe ser regentado. En la Ledja, una altiplanicie cubierta de lava de 13 horas de largo por 8-9 de ancho, hoy casi deshabitada, crecían en otro tiempo vides e higueras entre los surcos abiertos por la lava; la cruzaba la calzada romana que une a Bostra con Damasco; en esta altiplanicie y en torno a

ella se han encontrado las ruinas de 12 grandes centros de población y 89 pequeños poblados.

Sabemos que el mismo gobernador que organizó la provincia de la Arabia ordenó construir el poderoso acueducto que llevaba el agua de las montañas del Haurân a Kanatha (Kerak), en la planicie, y no lejos de él otro análogo en Arrha (Raha), construcciones de los tiempos de Trajano que merecen citarse al lado del puerto de Ostia y del Foro romano.

De la prosperidad comercial de esta provincia habla por sí sola la ciudad que se escogió para su capital. La ciudad de Bostra existía baja el gobierno de los nabateos y se ha encontrado dentro de sus muros una inscripción del rey Malichu; pero su importancia militar y comercial data de los tiempos de la dominación romana directa. "Bostra —dice Wetzstein— es la ciudad mejor situada de todas las de la Siria oriental; la misma Damasco, que debe su grandeza a su abundancia de agua y a lo favorable de su situación, protegida por el Trajón oriental, sólo eclipsará a Bostra bajo un gobierno débil, mientras que ésta, bajo un gobierno fuerte y sabio, se remontará en pocos decenios a un fabuloso esplendor. Es el gran mercado para el desierto sirio, la región montañosa de la Arabia y la Perea, y las largas filas de sus tiendas de piedra son todavía hoy, en medio de aquellas ruinas, testimonio de la realidad de una grandeza pasada y de la posibilidad de otra futura." Los restos de la calzada romana que, arrancando de Bostra y pasando por Salchat y Esrak, conducía al Golfo Pérsico, demuestran que Bostra era, con Petra y Palmira, estación de tránsito para el comercio entre el Oriente y el Mediterráneo.

Bostra recibió ya de Trajano, probablemente, su constitución como ciudad helénica; por lo menos desde entonces se la llama "la nueva Bostra trajánica" y las monedas griegas empiezan en ella con Antonino Pío, mientras que más tarde, después de recibir el derecho de colonia bajo Alejandro Severo, las inscripciones pasan a ser latinas.

También la ciudad de Petra obtuvo ya bajo Adriano el régimen de ciudad griega, y más tarde se otorgó también el derecho de ciudadanía a varios otros lugares; no obstante, en este territorio árabe predominaron hasta en los últimos tiempos la tribu y la aldea tribal.

De la mezcla de elementos nacionales y helénicos surgió en estas tierras, en los quinientos años que median entre Trajano y Mahoma, una civilización peculiar. Poseemos una imagen de ella más completa que la de otras formaciones del mundo antiguo, pues las construcciones de Petra, que en gran parte están talladas en la misma roca, y los edificios del Haurân, que eran todos de piedra por la escasez de maderas característica de esta región, han sufrido relativamente poco al ser restaurado aquí en su viejo desafuero el régimen de los beduinos con la entrada del Islam; estas construcciones, que en una parte considerable han llegado intactas a nosotros, acreditan las dotes artísticas y el sistema de vida de aquellos siglos. El templo del Baalsamin de Kanatha, a que nos hemos referido más arriba, construido seguramente bajo Herodes, revela en sus partes primitivas una diferencia completa con respecto a la arquitectura griega, y presenta en su traza arquitectónica notables analogías con los templos construidos por el mismo rey en Jerusalén; en cambio no faltan aquí las representaciones plásticas que Herodes evitaba siempre en sus construcciones. Y algo parecido ha podido observarse también en los monumentos descubiertos en Petra.

Posteriormente se fue todavía más allá. Bajo los regentes judíos y nabateos la cultura sólo iba desprendiéndose de un modo lento de las influencias del Oriente; en cambio, desde que se desplazó a Bostra una legión romana, parece haber comenzado una nueva época para estas tierras. "La edificación —dice un excelente observador romano, Melchior de Vogüé— recibió con ello un impulso que ya no se habría de paralizar. Por todas partes surgían casas, palacios, baños, templos, teatros, acueductos, arcos de triunfo; las ciudades brotaban de la tierra en unos cuantos años con ese trazado

regular y esas columnatas simétricas que caracterizan a las ciudades carentes de pasado y que son casi un patrón inevitable en esta parte de la Siria, bajo el imperio." En la vertiente oriental y meridional del Haurân han quedado las huellas de unas trescientas ciudades y aldeas de este tipo, donde hoy sólo existen cinco poblados nuevos; algunas de ellas, por ejemplo la de Busan, tenían hasta 800 casas de uno y dos pisos, construidas todas de basalto, con las paredes hechas de piedras sillares bien encajadas sin argamasa alguna, las puertas la mayor parte de las veces labradas y generalmente provistas también de inscripciones, el techo sostenido por travesaños de piedra apoyados en arcos de la misma materia y revestido de argamasa para que no entre la lluvia. La mayor parte de la muralla que circunda la ciudad está formada por las paredes traseras de las casas, pegadas unas a otras, y protegida por numerosas torres. Los pobres intentos de recolonización hechos en estos últimos tiempos encontraron habitables las casas de la época de los romanos; lo único que faltaba era la mano diligente o, por mejor decir, el brazo vigoroso capaz de protegerlas. Delante de las puertas de la ciudad vense las cisternas, muchas de ellas subterráneas o cubiertas con tejado de piedra, algunas de las cuales las conservan todavía hoy los beduinos para abrevar en ellas sus rebaños los veranos, pues lo que antes era una ciudad es ahora terreno de pastos.

El tipo de construcción y la práctica artística conservan, indudablemente, ciertos vestigios del antiguo modo oriental, por ejemplo la frecuente forma sepulcral del dado coronado por una pirámide y tal vez el palomar combinado con el sepulcro, que suele encontrarse todavía en la Siria de hoy, pero son, vistas en conjunto, la arquitectura y las artes plásticas griegas usuales en la época del imperio. Lo que ocurre es que la falta de madera determina aquí una trayectoria del arco de piedra y de la cúpula que da a estas construcciones un carácter original, tanto en el aspecto técnico como en el artístico. En contraste con la repetición consuetudinaria de las formas

tradicionales, usual en otras partes, aquí nos encontramos con una arquitectura que sabe adaptarse con un criterio de independencia a las necesidades y a las condiciones, ponderada en cuanto a la ornamentación, perfectamente sana y racional, y no desprovista tampoco de elegancia. Los sepulcros labrados en las paredes de rocas que se levantan al este y al oeste de Petra y los que encontramos en sus valles laterales, con sus fachadas de columnas dóricas o corintias, a veces superpuestas varias de ellas, y sus pirámides y propileos que nos recuerdan a la Tebas egipcia, no producen una sensación artística agradable, pero imponen por su masa y su riqueza. Sólo una vida muy activa y un elevado bienestar podían velar así por sus muertos.

A la vista de estos monumentos arquitectónicos no puede resultar sorprendente que las inscripciones encontradas en un teatro de la "aldea" (χώμη) de Sacea mencionen a un "Odeón en forma de teatro" existente en Kanatha ni que un poeta local de Namara, en la Batanea, se ensalce a sí mismo como el "maestro en el espléndido arte de la orgullosa canción ausonia". Como vemos, la civilización helénica había conquistado en este confín oriental del imperio una zona fronteriza que bien puede parangonarse con los territorios romanizados del Rin; los edificios de la Siria oriental, con sus arcos y sus cúpulas, resisten indudablemente la comparación con los castillos y los sepulcros de los nobles y los grandes comerciantes de Bélgica.

Pero el esplendor tuvo su fin. La tradición histórica de los romanos no nos habla de las tribus arábigas procedentes del sur, y lo que los apuntes posteriores de los árabes nos dicen acerca de los gasánidas y de sus antecesores carece, por lo menos, de fijeza cronológica. Pero los sabeos, que dan nombre al lugar de Borechat (Breka, al norte de Kanawat), parecen ser, en efecto, emigrantes del sur de la Arabia, establecidos ya en estas tierras en el siglo III. Es posible que tanto ellos como sus hermanos de raza acudiesen en paz a estos lugares y se estableciesen en ellos bajo la égida romana, inclu-

so tal vez llevando a la Siria la desarrolladísima y opulenta cultura de la Arabia sudoriental. Mientras el imperio se mantuvo en cohesión y cada una de estas tribus se hallaba bajo las órdenes de un jeque, todas ellas obedecían al soberano de Roma. Sin embargo, para poder gobernar mejor a los árabes o a los sarracenos, como ahora se llaman, del reino persa, unidos bajo un solo rey, en el año 531, durante la guerra de los persas, Justiniano decidió someter a todos los filarcas de los sarracenos súbditos del imperio romano a Aretas, hijo de Gabala, confiriéndole el título de rey, cosa que hasta entonces, según se añade, jamás había hecho. Este rey de todas las tribus arábigas establecidas en Siria seguía siendo un vasallo del imperio; pero, al mismo tiempo que defendía a sus hermanos de raza, iba preparándoles la sepultura. Un siglo después, en el año 637, la Arabia y la Siria sucumbían ante el islam.

[1] El extracto hecho por Focio de la novela de Yámblico, c. 11, que el autor atribuye por error a un babilonio, aparece esencialmente corregido y completado por el escolio que lo acompaña. El escribano secreto del gran rey trasladado a Siria entre los prisioneros de guerra de Trajano, donde se hace cargo de la educación de Yámblico y le instruye en la "sabiduría de los bárbaros" es, naturalmente, una de las figuras de la novela, que se desarrolla en Babilonia y que Yámblico pretende haber escuchado de labios de este maestro suyo; pero la figura característica de la época es la del mismo literato de la corte armenia y educador de príncipes (pues en calidad de "buen retórico" fue llamado, indudablemente, por Sohemos a Valarchapat), que gracias a sus artes mágicas no sólo sabe encantar moscas y conjurar espíritus sino que además le pronostica a Vero sobre Vologaso, y por si esto fuera poco, cuenta a los griegos, en griego, historias como las que figuran en las *Mil y una noches*.

[2] La literatura siria está formada casi exclusivamente por traducciones de obras griegas. Entre las obras profanas figuran en primera línea tratados de Aristóteles y de Plutarco y tras ellos vienen escritos de carácter práctico sobre jurisprudencia o agronomía y libros populares de entretenimiento, como la novela de Alejandro, las fábulas de Esopo y las sentencias de Menandro.

[3] La traducción siria del Nuevo Testamento, el texto más antiguo que conocemos en lengua siria, procede probablemente de Edesa; los στρατιῶτα de la historia de los Apóstoles se llaman aquí "Romanos".

[4] "En lo que principalmente descollamos sobre todos — dice el antioquense Libanio en un panegírico a su ciudad natal escrito bajo Constantino, después de describir las fuentes del Dafne y la conducción de aguas que llevaba éstas de allí a la ciudad— es en nuestra riqueza de aguas; cuando alguien de otra ciudad quiere competir con nosotros, se da por venci-

do inmediatamente en cuanto se pasa a hablar de las aguas, de su abundancia y de su excelencia. En los baños públicos los chorros son tan anchos como ríos; en los baños privados muchos manan en igual abundancia, y los demás poco menos. Quien tiene medios para instalar un baño lo hace sin preocuparse de si habrá agua bastante y no tiene por qué temer que se le seque cuando esté terminado. Por eso todos los distritos de la ciudad [que contaba con dieciocho] se preocupan de la especial elegancia de su casa de baños; estas casas de baños de los distritos son más hermosas que las generales porque son más pequeñas y los vecinos de cada distrito se esmeran para ver si pueden superar a los otros. La cantidad de fuentes puede medirse por el número de casas (acomodadas), pues tantas como son las casas tantas son las fuentes, y aún más, pues algunas casas tienen más de una; también los talleres cuentan en su mayoría con este beneficio. Por eso nosotros no nos peleamos junto a las fuentes públicas para ver quién llena primero su cántaro, mal de que padecen no pocas prestigiosas ciudades, donde vemos en torno a las fuentes grandes apreturas y oímos el griterío que arma la gente por los cántaros rotos. En nuestra ciudad las fuentes públicas corren para adorno, pues cada cual se surte de agua de puertas para adentro. Y es un agua tan clara que el cubo lleno de ella parece vacío, y tan apetitosa que invita a beberla."

[5] "La luz del sol —dice el mismo orador— cede el puesto a otras luces o luminarias que hacen palidecer a las iluminaciones de las fiestas de Egipto; en nuestra ciudad la noche sólo se distingue del día por la diferencia de iluminación; las manos laboriosas no encuentran diferencia alguna y siguen trabajando, y quien quiere canta y danza, por lo que aquí la noche se divide entre Efestos y Afrodita." Para el deporte de calles que el príncipe Galo se permitía hacer, le resultaban muy incómodos los faroles de Antioquía (Ammiau, 14, 1, 19).

[6] De la voz siria *abbuba,* pito.

[7] La obrilla de Luciano sobre la diosa siria de Hierápolis venerada en todo el Oriente constituye una prueba de las fábulas salvajes y voluptuosas propias del culto sirio. En este relato se ironiza sobre la mutilación voluntaria, que la gente devota consideraba al parecer como un acto de alta moral y de profunda fe.

[8] El ingeniero austriaco Joseph Tschernik encontró muelas de basalto para molinos de aceite no sólo en la altiplanicie desértica cerca de Kala'at el-Hasen, entre Emesa y el mar, sino también, en número de más de veinte, al este de Emesa, cerca de el-Ferklûs, donde el suelo no es basáltico, y numerosas terrazas amuralladas y colinas de ruinas; todo el trayecto de 118 km entre Emesa y Palmira aparece terraplenado. Sachau encontró restos de acueductos en distintos lugares de la calzada que va de Damasco a Palmira. Las cisternas de Arado, labradas en la roca, de que habla ya Estrabón, siguen prestando servicio aún hoy.

[9] Las "gentes fugitivas de la tetrarquía de Filipo" que sirven en el ejército del tetrarca de Galilea Herodes Antipas y que en la batalla contra el árabe Aretas se pasan al enemigo (Josefo, 18, 5 1) son también, indudablemente, árabes expulsados de la Trajonitis.

XII. Judea y los judíos

La historia de la Judea no es precisamente la historia del pueblo judío, del mismo modo que la historia del Estado de la Iglesia de Roma no es precisamente la historia de los católicos; el tema exige que ambas cosas se traten por separado y, al mismo tiempo, que se tengan en cuenta conjuntamente.

Un Estado teocrático

Los judíos de la tierra del Jordán con los que tuvieron que vérselas los romanos no eran ya aquel pueblo que bajo sus jueces y sus reyes se batiera con los de Moab y Edom y escuchara los discursos de los profetas Amós y Oseas. Aquella pequeña comunidad de gentes devotas desterradas de su patria por la dominación extranjera y reintegradas a sus lares por el cambio de invasor, que inició su reacomodamiento arrojando bruscamente a aquellos de sus hermanos de raza que aún quedaban en los viejos hogares, con lo cual ponían los cimientos para el odio y la guerra irreconciliables entre judíos y samaritanos, era el ideal del exclusivismo nacional y del sojuzgamiento sacerdotal del espíritu. Mucho antes de la época romana, bajo el gobierno de los seléucidas, habíase desarrollado en el seno de esta comunidad la llamada teocracia mosaica, una colectividad eclesiástica que con el gran sacerdote a la cabeza se alzaba de hombros ante la dominación extranjera y, renunciando a intervenir en la marcha del Estado, velaba por la peculiaridad de los suyos y los gobernaba bajo la égida de un poder protector.

Este aferrarse a las características nacionales en sus formas religiosas, vuelto de espaldas al Estado, será la impronta del judaísmo de tiempos posteriores. Todo concepto de dios es nacional, indudablemente, por su formación; pero ningún otro dios es hasta tal punto y de por sí el dios de los suyos y exclusivamente de los suyos como Jehová; ninguno lo sigue siendo como él, sin distinción de tiempo ni de lugar. Aquellos judíos repatriados a la tierra santa que creían vivir con arreglo a los preceptos de Moisés, pero que en realidad vivían con arreglo a los preceptos de Ezras y Nehemías, seguían tan sometidos a los grandes reyes del Oriente y más tarde a los seléucidas como lo estaban junto a las aguas de Babilonia. Esta organización no entraña más elemento político que el que pudiera entrañar la Iglesia armenia o griega bajo sus patriarcas, en el imperio turco; por esta restauración clerical no cruza una sola corriente de aire libre que oree el desarrollo del Estado; ninguno de los duros y serios deberes de aquella comunidad confiada a sí misma impedía a los sacerdotes del templo de Jerusalén instaurar el reino de Jehová sobre la tierra.

La reacción no tardó en producirse. Aquella caricatura de Estado eclesiástico sólo podía durar mientras una gran potencia secular le sirviese de égida o de alguacil. Al caer el reino de los seléucidas la rebelión contra la dominación extranjera, que extrajo precisamente sus mejores energías de la fe entusiasta del pueblo, sirvió para crear una nueva comunidad judía. El gran sacerdote de Salem fue llamado del templo al campo de batalla. El linaje de los asmoneos no se limitó a restaurar sobre poco más o menos dentro de sus antiguas fronteras el reino de Saúl y de David; estos belicosos sacerdotes llegaron en cierto modo a resucitar aquella antigua monarquía que constituía verdaderamente un Estado imperante sobre el sacerdocio. Pero este régimen, producto y al mismo tiempo antítesis de aquella teocracia, no respondía a los anhelos de los fieles. Los fariseos y los saduceos se separaron y empezaron a odiarse. Lo que los desunía no eran tan-

to las diferencias en cuanto al dogma y al rito como el hecho de que los unos se aferrasen a un gobierno teocrático preocupado solamente de los intereses y ordenamientos religiosos e indiferente por lo demás a la independencia y autonomía de la comunidad, mientras que los otros simpatizaban con la monarquía, atenta al desarrollo del Estado y que se esforzaba por devolver al pueblo judío, luchando y pactando en el palenque político, que era entonces el reino de Siria, el lugar que antes ocupara. La primera corriente predominaba entre la masa, la segunda entre la intelectualidad y entre las clases altas; su principal representante es el rey Yaneo Alejandro, quien durante todo su reinado hubo de luchar casi tanto contra sus fariseos como contra los sirios. Aunque fuera, en realidad, otra expresión, la más natural y potente, de hecho, del auge nacional del pueblo judío, esta tendencia tenía ciertos puntos de contacto con el helenismo por su modo más libre de pensar y de obrar, y era considerada, sobre todo por sus devotos adversarios, como exótica e incrédula.

La diáspora

Pero los habitantes de la Palestina no eran más que una parte, y no la más importante, del pueblo judío. Las comunidades judías de Babilonia, Siria, el Asia Menor y el Egipto estaban muy por encima de la de Palestina, aun después de su regeneración por los macabeos. Mucho más que la comunidad de la Palestina significaba, bajo el imperio, la diáspora judía, la cual constituye una manifestación verdaderamente peculiar.

Las colonias de judíos establecidas fuera de la Palestina sólo en un grado muy secundario se desarrollan obedeciendo al mismo impulso que las de los fenicios o los helenos. Los judíos eran de por sí un pueblo agrícola y situado lejos de la costa; por eso sus colonias en el extranjero constituyen un fenómeno no voluntario y relativamente tardío, creación de Alejandro Magno o de sus mariscales.[1] En aquel inmenso

proceso de fundación de ciudades griegas mantenido a través de las generaciones y que por su volumen no tenía precedente ni habría de tener continuación, tomaron los judíos una parte muy destacada, con todo y resultar muy extraño que pudiera contarse con gentes como ellos para la helenización del Oriente.

Esto es aplicable sobre todo al Egipto. Ya desde los tiempos del primer Tolomeo, que después de la toma de Palestina transplantó una masa considerable de sus habitantes a la ciudad egipcia, la Alejandría del Nilo, la más importante de las ciudades fundadas por Alejandro, es casi tanto una ciudad de los judíos como de los griegos, y su judería se halla, por lo menos, a la misma altura que la de Jerusalén en cuanto a número, riqueza, inteligencia y organización. En la primera época del imperio se calculaba que existía un millón de judíos por ocho millones de egipcios, y su influencia era probablemente superior a lo que su proporción numérica significaba.

Ya tuvimos ocasión de exponer más arriba que la colonia judía de la capital siria del imperio rivalizaba con la de Alejandría, hallándose organizada y desarrollada del mismo modo que ésta. En cuanto a la extensión y a la importancia de los judíos en el Asia Menor, las revela entre otros testimonios el intento hecho bajo Augusto por las ciudades jónicas griegas, puestas de acuerdo al parecer, para obligar a sus vecinos judíos a que abjurasen de su fe o renunciasen totalmente a sus deberes como ciudadanos. Es indudable que existían comunidades judías organizadas con carácter autónomo en todas las ciudades neohelénicas y además en muchas de las ciudades de la Grecia antigua, incluso en la verdadera Hélade, por ejemplo en Corinto. La organización era en todas partes la misma: a los judíos se les respetaba su nacionalidad, con las consecuencias de gran alcance derivadas de ello, y sólo se les exigía el uso de la lengua griega. En este proceso de helenización sugerido o impuesto al Oriente des-

de arriba los judíos de las ciudades helénicas eran simplemente orientales que hablaban griego.

La lengua hebrea

La situación imperante en aquellos territorios parece llevarnos forzosamente a la conclusión de que en las comunidades judías de las ciudades macedónicas la lengua griega no se impuso simplemente por la vía natural del trato y del comercio, sino por obra de la coacción. De este o de parecido modo fue como Trajano romanizó más tarde la Tracia con colonos llevados del Asia Menor. Sin esta coacción no habría podido conseguirse la uniformidad exterior que se aprecia en la fundación de ciudades, ni habría sido posible en modo alguno emplear este material humano para el proceso de helenización. Es posible que en la traducción al griego de los libros sagrados de los judíos, hecha ya bajo los primeros Tolomeos, tuviese el gobierno romano tan poca intervención como la tuvo el alemán en la traducción alemana de la Biblia por Lutero; pero es indudable que la helenización lingüística de los judíos egipcios respondía a sus intenciones, habiéndose llevado a cabo con sorprendente rapidez. Por lo menos, a comienzos del imperio y probablemente ya mucho antes el conocimiento del hebreo entre los judíos de Alejandría era algo tan raro casi como pueda serlo hoy en el mundo cristiano el conocimiento de las lenguas primitivas en que están escritos los originales de los libros santos; se argumentaba con los errores de traducción de los llamados setenta alejandrinos sobre poco más o menos como pueden argumentar hoy nuestros devotos con los errores de traducción de Lutero.

En esta época la lengua nacional de los judíos había desaparecido en todas partes del trato y el comercio diarios y sólo se conservaba en las prácticas del culto, de modo semejante a lo que hoy ocurre con el latín en los países de religión católica. En la misma Judea había sido desplazada por la lengua popular de Siria, que era el arameo, el cual presenta in-

dudablemente ciertas analogías con ella; las comunidades judías de fuera de Judea, a las que nos estamos refiriendo, habían abandonado completamente el idioma semítico y hubo de pasar mucho tiempo antes de que surgiese aquella reacción que devolvió de un modo general a los judíos, a través de sus escuelas, el conocimiento y el uso de su lengua. Las obras literarias que en gran número aportan los judíos durante esta época, por lo menos en los mejores tiempos del imperio, tienen todas redacción griega. Si la lengua condicionase por sí sola la nacionalidad, es indudable que sería muy poco lo que tendríamos que informar acerca de los judíos en esta época.

Reconocimiento de la nacionalidad

Pero esta imposición de una lengua extraña, que tal vez se hiciese sentir dolorosamente en un principio, iba combinada con el reconocimiento de la nacionalidad específica de los judíos, sin arredrarse ante sus consecuencias. En las ciudades de la monarquía alejandrina la población está formada siempre por los macedonios, es decir, por los helenos verdaderamente macedónicos, y por los equiparados a ellos. A su lado aparecen, aparte de los extranjeros, los nativos del país, en Alejandría los egipcios, en Cirene los libios y en general las gentes todas del Oriente establecidas en ellas, que no tienen más patria que la nueva ciudad, pero a quienes no se reconoce como helenos. En esta segunda categoría figuran los judíos. Pero éstos son los únicos a quienes se otorga, por decirlo así, el privilegio de formar una comunidad dentro de la comunidad y de gobernarse hasta cierto punto a sí mismos, mientras que las demás gentes no ciudadanas son gobernadas por las autoridades de la ciudad.[2] "Los judíos —dice Estrabón— tienen en Alejandría su propio jefe nacional (ἐθνάρχηϛ), que encabeza al pueblo (ἔθνοϛ), falla los procesos y decide acerca de los contratos y las ordenanzas, como si gobernara una comunidad independiente." Los judíos re-

clamaban esta jurisdicción exenta como un atributo necesario de su propia nacionalidad o, lo que tanto vale, de su propia religión. Y no era éste, ni mucho menos, el único aspecto en que las autoridades y las normas generales del Estado respetaban los reparos religioso-nacionales de los judíos y atendían a ellos por medio de exenciones.

A esto hay que añadir, por lo menos en muchos casos, la convivencia, el aglutinamiento en barrios independientes; de los cinco barrios que formaban la ciudad de Alejandría, por ejemplo, dos se hallaban habitados predominantemente por judíos. No debía de tratarse precisamente del sistema del *ghetto,* sino más bien de una tradición iniciada por el régimen inicial de colonización y mantenida luego por ambas partes, con la cual se evitaban hasta cierto punto los conflictos de vecindad.

Así fue como los judíos pudieron llegar a desempeñar un destacado papel en la helenización macedónica del Oriente. Fueron sin duda su ductilidad y eficiencia, de una parte, y de otra su inflexible tenacidad, las que movieron a los hombres de Estado tan realistas que trazaron estos caminos a recurrir a semejantes instituciones. No obstante, la extensión y la importancia tan extraordinaria que la diáspora judía llegó a adquirir en comparación con la pequeñez y la insignificancia de su patria, aunque sean un hecho, no por ello dejan de ser un problema. No puede perderse de vista, al examinarlo, que los judíos palatinos no eran más que el núcleo de los diseminados por el extranjero.

El judaísmo de los tiempos antiguos no tiene nada de exclusivista; por el contrario, se halla animado de un gran celo misionario, ni más ni menos que el cristianismo y el islam en una época posterior. El Evangelio nos habla de los rabís que cruzaban los mares y las tierras para conseguir un prosélito; la admisión en la comunidad de los novicios a quienes, sin someterlos al rito de la circuncisión, se los consideraba sin embargo dignos de compartir los mismos vínculos religiosos,

atestigua la existencia de un gran celo catequista y revela, al mismo tiempo, uno de sus recursos más eficaces.

Proselitismo

Esta propaganda era impulsada por motivos de muy distintas clases. Los privilegios cívicos concedidos a los judíos por los lágidas y los seléucidas inducirían indudablemente a un gran número de orientales y semihelenos no judíos a sumarse en las ciudades de nueva fundación a la categoría privilegiada de los no ciudadanos. En tiempos posteriores la propaganda judía viose estimulada por la decadencia de la fe tradicional del país. Numerosas personas pertenecientes sobre todo a las clases cultas apartábanse con espanto o con burla de lo que los griegos y sobre todo los egipcios llamaban religión e iban a refugiarse a la fe judía, más sencilla y más pura, que repudiaba el politeísmo y la idolatría y se compaginaba mejor con las concepciones religiosas plasmadas en las clases cultas y semicultas como resultado del desarrollo filosófico. Se ha conservado una curiosa poesía moral griega, procedente probablemente de la última época de la república romana, inspirada en los libros de Moisés en el sentido de que recoge la doctrina monoteísta y la ley moral general, pero procurando evitar todo lo que pueda molestar a los no judíos y toda oposición directa contra la religión imperante; esta poesía se destinaba, manifiestamente, a ganar las simpatías de extensos círculos de población para este judaísmo desnacionalizado.

Las mujeres sobre todo mostraban una especial propensión a convertirse a la fe judía. Cuando las autoridades de Damasco acordaron, en el año 66, ejecutar a los prisioneros judíos, decidieron mantener el acuerdo en secreto para que la población femenina afecta a su credo no impidiese la ejecución. Incluso en el Occidente, donde las clases cultas sentían en general aversión por el judaísmo, algunas damas distinguidas se convirtieron ya desde muy pronto a esta fe; Po-

pea Sabina, la esposa de Nerón, mujer de origen noble, famosa en la ciudad por otras cosas menos honrosas aún, lo era también por su acendrada devoción judía y por el celo con que protegía a sus hermanos de religión. No eran raros tampoco los casos en que gentes de gran alcurnia se convertían formalmente al judaísmo; la familia real de Adiabene, por ejemplo, el rey Izates y su madre Elena, al igual que su hermano y su sucesor, abrazaron la religión judía en toda forma, bajo Tiberio y Claudio. A todas estas comunidades judías podría aplicarse seguramente lo que de un modo expreso se dice de la de Antioquía, a saber: que estaban formadas en gran parte por conversos.

Judaísmo y helenismo

Este transplante del judaísmo al suelo helénico mediante la asimilación de una lengua extranjera no se efectuó, por mucho que se aferrase a su individualidad nacional, sin incorporar a él, en cierta medida, una tendencia contradictoria con su propia naturaleza y sin que el judaísmo se desnacionalizase en mayor o menor grado. La literatura del siglo anterior y del posterior al nacimiento de Cristo revela cuán poderosamente se dejaron arrastrar por las olas de la vida espiritual griega las comunidades judías que vivían en medio del mundo helénico. Esta literatura se halla empapada de elementos judíos, y entre las cabezas más claras y los pensadores más geniales de esta época figuran aquellos que se esfuerzan en penetrar como helenos en el judaísmo o como judíos en el helenismo. Nicolás de Damasco, que era personalmente pagano y prestigioso mantenedor de la filosofía aristotélica, no se limitó a desempeñar como literato y diplomático cerca de Agripa y de Augusto la misión de su señor judío y a defender la causa judaica, sino que su obra de escritor sobre temas de historia revela un intento muy serio y muy importante para su época de incorporar el Oriente al círculo de las investigaciones occidentales; al mismo tiempo, el rela-

to trazado por su pluma, y que ha llegado a nosotros, de los años juveniles del emperador Augusto, con el que este escritor judío mantuvo estrecha relación personal, es un memorable testimonio del amor y la veneración que el mundo helénico sentía por el conquistador romano.

El ensayo sobre lo sublime, escrito en la primera época del imperio por un autor desconocido, uno de los escritos más finos sobre estética que nos ha legado la Antigüedad, procede seguramente, si no de un judío, por lo menos de un hombre que adoraba por igual a Homero y a Moisés.[3] Otra obra también anónima sobre el universo, que es asimismo un intento respetable dentro de su género encaminado a fundir la doctrina aristotélica con la de los estoicos, fue escrita también, tal vez, por un judío, y está dedicada al judío indiscutiblemente más prestigioso y mejor situado de la época neroniana: al jefe del cuartel general de Córbulo y de Tito, Tiberio Alejandro.

Pero donde más claramente se destaca el maridaje de estos dos mundos del espíritu es en la filosofía judío-alejandrina, que constituye la expresión más nítida y más tangible de un movimiento religioso que asimilaba y al mismo tiempo atacaba la esencia religiosa del judaísmo. La trayectoria del espíritu helénico hallábase reñida con las religiones nacionales de todo tipo, pues o bien negaba sus concepciones o les infundía distinto contenido, desalojaba a los anteriores dioses del ánimo de los hombres y dejaba sus vacantes sin cubrir o los sustituía por los astros y los conceptos abstractos. Esta ofensiva se enderezó también, como no podía ser menos, sobre la religión de los judíos. Y surgió así un nuevo judaísmo de corte helénico, que adoptaba ante Jehová la misma actitud, aunque tal vez un poco menos dura, que los griegos y los romanos cultos adoptaban ante Zeus y ante Júpiter. Aquel recurso universal de la llamada interpretación alegórica con que los filósofos estoicos sobre todo habían desahuciado cortésmente en todas partes las religiones nacionales paganas, podía aplicarse al Génesis tan bien o tan mal exac-

tamente como a los dioses de la *Iliada;* al leer que Moisés tenía la inteligencia de Abraham, la virtud de Sara y el espíritu de justicia de Noé y que los cuatro ríos del Paraíso representaban las cuatro virtudes cardinales, el heleno ilustrado podía creer perfectamente en la Torá. A pesar de todo, este seudojudaísmo era una potencia, y la primacía espiritual de los judíos de Egipto se acusa sobre todo en el hecho de que esta tendencia neojudía encontrase en Alejandría sus principales representantes.

Pese al divorcio interior que se produjo entre los judíos de la Palestina y que condujo con harta frecuencia incluso a explosiones de guerra civil; pese a la dispersión de una gran parte de los judíos por el extranjero; pese a la penetración de elementos extraños en ella y hasta de la inoculación en su esencia más íntima del morbo helénico destructor, la comunidad judía permaneció unida con una fuerza con la que sólo puede parangonarse hasta cierto punto, en los tiempos actuales, la del Vaticano y la de la Kaaba. El sagrado Salem siguió siendo la bandera, el templo de Sión el paladion de los judíos del mundo entero, lo mismo los que obedecían a los romanos que los que se mantenían sumisos a los partos, los que hablaban arameo y los que hablaban griego, los que creían en el antiguo Jehová o profesaban la religión del nuevo Jehová, que no tenía nada de nuevo.

La concesión por parte de la autoridad soberana y protectora de un cierto poder secular al supremo jefe espiritual de los judíos representaba para éstos tanto, y el reducido volumen de sus atribuciones tan poco, como para los católicos, en su tiempo, el llamado Estado de la Iglesia. Todo miembro de una comunidad judía tenía la obligación de enviar un didracma cada año a Jerusalén para los fondos del templo, y este dinero afluía regularmente como los impuestos al Estado; todos se hallaban obligados a sacrificar personalmente ante el altar de Jehová una vez en su vida en el único lugar del mundo grato para él. La ciencia teológica siguió siendo, entre los judíos, una ciencia común; los rabinos de Babilonia

y de Alejandría participaban en ella lo mismo que los de Jerusalén.

Aquel sentimiento incomparablemente tenaz de cohesión nacional arraigado en la comunidad repatriada de los desterrados y que luego logró arrancar aquella posición privilegiada de los judíos dentro del mundo helénico, seguía imponiéndose a despecho de la dispersión y la división. Lo más notable de todo es la pervivencia del judaísmo en círculos desligados interiormente de él como religión. El más famoso y para nosotros el único representante claro de esta tendencia en la literatura, Filón, uno de los judíos más distinguidos y más ricos de la época de Tiberio, contempla en realidad su religión nacional como Cicerón podía contemplar la romana; pero, aun pensando así, no creía desintegrarla con su obra, sino, por el contrario, cumplirla. Para él como para cualquier judío Moisés es la fuente de toda verdad, sus escrituras ley obligatoria, su sentimiento devoción y fe. Este judaísmo sublimado no coincide, sin embargo, plenamente, con la llamada fe religiosa de los estoicos. La corporeidad de Dios desaparece para Filón, pero no así su personalidad, y fracasa completamente cuando intenta desplazar la divinidad al pecho del hombre, que es lo que constituye la esencia de la filosofía helénica; permanece intangible en él la concepción de que el hombre pecador depende de un ser perfecto situado fuera de él y por encima de él.

También en lo que se refiere a la ley nacional del rito es más incondicional la sumisión del nuevo judaísmo que la del nuevo paganismo. La lucha entre la antigua y la nueva fe presenta en los medios judíos distinta forma que en los paganos, pues es mucho más lo que aquéllos se juegan; el paganismo reformado lucha solamente contra la antigua fe; en cambio el judaísmo reformado conduciría en su última consecuencia a la anulación de su propio pueblo, pues éste desaparecería tan pronto como el helenismo hiciese esfumarse su fe nacional; por eso se retrae temerosamente de llegar hasta esa última consecuencia. De aquí que los judíos se afe-

rrasen con una tenacidad sin igual, en suelo griego y mediante la lengua griega, si no a la esencia, por lo menos a la forma de su vieja fe, la cual es defendida incluso por quienes capitulan en el fondo ante el helenismo. El propio Filón luchó y sufrió, como más adelante veremos, por la causa de los judíos. He aquí por qué la tendencia helenística no llegó a influir nunca poderosamente en el judaísmo; no pudo nunca atajar el judaísmo nacional, consiguiendo a lo sumo, si acaso, suavizar un poco su sectarismo y frenar sus monstruosidades y trastornos. Las diferencias de los judíos desaparecen siempre frente a todo lo que es esencial, sobre todo ante la opresión y la persecución, y por insignificante que fuese el Estado rabínico, la comunidad religiosa a que servía de envoltura era una potencia muy respetable y a veces temible.

Los romanos ante el judaísmo

Con este estado de cosas tuvieron que enfrentarse los romanos, al tomar posesión de sus dominios del Oriente. La conquista no ata las manos solamente al conquistado, sino también al conquistador. Ni los arsácidas ni los césares podían echar por tierra la obra de los siglos, las fundaciones de ciudades por los macedonios; los gobiernos que vinieron después no podían aceptar a beneficio de inventario la herencia de Seleucia en el Éufrates ni la de Antioquía y Alejandría. Es probable que, en lo tocante a las diásporas judías existentes en esas ciudades, el fundador del imperio tomase como pauta, lo mismo que en tantos otros aspectos, la política de los primeros lágidas, tendiendo más bien a estimular que a entorpecer la posición especial que el judaísmo disfrutaba en el Oriente; y este método dio la norma a todos sus sucesores. Ya hemos dicho que los municipios del Asia Menor intentaron, bajo Augusto, equiparar a sus convecinos judíos con los demás en cuanto a los deberes de la recluta y prohibirles la celebración del *sabbat;* pero Agripa falló en contra de aquellas decisiones y mantuvo en pie el *statu quo* a favor de los

judíos; aunque sería tal vez más exacto decir que instituyó jurídicamente por vez primera la exención de los judíos del servicio militar, que hasta entonces sólo habían respetado, seguramente, según las circunstancias, algunos gobernadores o municipios de las provincias griegas, y el privilegio sabático. Augusto instruyó además a los gobernadores de Asia de que no se aplicasen a los judíos las severas leyes del imperio en materia de reunión y asociación.

No desconocía sin embargo el gobierno romano que las exenciones conferidas a los judíos en el Oriente no eran conciliables con la obligación incondicional impuesta a los súbditos del imperio de cumplir lo que de ellos reclamaba el Estado; no ignoraba que los privilegios garantizados a los judíos sembraban en las ciudades el odio de raza y albergaban en ciertos casos los gérmenes de la guerra civil, que la tutela religiosa de las autoridades de Israel sobre todos los judíos del imperio tenía un alcance muy sospechoso y que todo esto entrañaba un detrimento práctico y un peligro fundamental para el Estado. Nada expresa mejor el dualismo interior del imperio que el distinto trato dado a los judíos en los territorios de habla latina y en los de habla griega. En los países del Occidente no se autorizaron jamás las comunidades judías autónomas. Se toleraban, si acaso, las prácticas religiosas judaicas, como se hacía con las de los sirios y los egipcios, y acaso en menor grado aún que éstas. Augusto mostrose propicio a la colonia judía establecida en los arrabales de Roma, al otro lado del Tíber, y accedía no pocas veces a que se entregase su parte a los judíos que no podían acudir puntualmente a sus repartos por guardar la fiesta sabática. Pero, personalmente, procuraba rehuir todo contacto con el culto judío, al igual que con el egipcio; lo mismo que él, estando en el Egipto, no había querido tener nada que ver con el buey Apis, aprobaba con todas sus fuerzas la conducta de su hijo Cayo al pasar de largo por delante de Jerusalén, en su viaje al Oriente. En el año 19, bajo Tiberio, se llegó incluso a prohibir en Roma y en toda Italia el culto judaico, a la par que el egip-

cio, y a expulsar de Italia a quienes no se prestasen a renegar públicamente de él y a arrojar al fuego los instrumentos del culto, siempre y cuando que no fuesen aptos para el servicio militar y no pudiesen enrolarse, por lo tanto, en compañías disciplinarias, siendo muchos los que por sus escrúpulos religiosos fueron entregados a consejos de guerra. Este mismo emperador rehuía cuidadosamente, casi angustiosamente, todo conflicto con el rabí en el Oriente; el hecho de que fuese precisamente él, el regente más capaz que jamás tuvo el imperio, quien dictó esta medida, revela claramente que se daba cuenta clara tanto de los peligros que la inmigración judía representaba como de la injusticia y la imposibilidad de suprimir el judaísmo allí donde realmente existía.[4]

La actitud de repudio adoptada frente a los judíos del Occidente no cambió en lo fundamental, como hemos de ver, bajo los posteriores regentes del imperio, aunque por lo demás optaron más bien por seguir el ejemplo de Augusto que el de Tiberio. Se permitía a los judíos reunir en forma de contribuciones voluntarias los tributos para el templo y enviarlos a Jerusalén. No se ponían obstáculos a quienes preferían llevar sus litigios jurídicos a que los dirimiese un árbitro judío en vez de ventilarlos ante un tribunal romano. En lo sucesivo no volvió a hablarse tampoco en el Occidente de la recluta forzosa para el servicio militar, tal como la había ordenado Tiberio. Pero los judíos no obtuvieron jamás en la Roma pagana ni en ninguna provincia del Occidente latino una posición privilegiada públicamente reconocida ni tribunales exentos públicamente sancionados. Y, sobre todo, si prescindimos de Roma que, como capital, representaba tanto al Oriente como al Occidente y que ya en la época de Cicerón albergaba un numeroso contingente de judíos, las comunidades judías no llegaron a adquirir nunca, en la primera época del imperio, gran extensión ni importancia.[5]

Sólo en el Oriente adoptó el gobierno de antemano una posición conciliadora o, mejor dicho, no intentó modificar las condiciones existentes ni salir al paso de los peligros deri-

vados de ellas. Se explica, pues, que del mismo modo que los libros sagrados de los judíos sólo se difundieron en el mundo latino a través de la versión que de ellos hicieron al latín los cristianos, los grandes movimientos judíos de la época del imperio se limitasen en absoluto al Oriente helénico. Aquí nadie intentó ir cegando poco a poco, con los privilegios jurídicos conferidos a los judíos, la fuente del antisemitismo; pero tampoco intentó nadie, si prescindimos de los caprichos y los traspiés de algunos emperadores aislados, alentar desde arriba ni el judaísmo ni las persecuciones contra los judíos. La catástrofe del judaísmo no surgió, en realidad, del trato dado a la diáspora judía del Oriente. Sin embargo las relaciones entre el gobierno del imperio y el Estado rabínico, que de modo tan funesto se desarrollaron, no trajeron consigo solamente la destrucción de la comunidad de Jerusalén, sino que hicieron estremecerse además y menoscabaron la posición de los judíos en todo el imperio.

Palestina bajo los romanos

Pasemos ahora a examinar cómo se desarrollaron las cosas en la Palestina bajo la dominación romana.

Los generales de la república, Pompeyo y sus inmediatos sucesores, habían organizado la situación en aquel país en el sentido de cortar las alas a los poderes de cierta envergadura que empezaban a desarrollarse allí, desintegrando el territorio en una serie de pequeñas ciudades y de reinos de reducida extensión. A quienes más sensiblemente afectó esta política fue a los judíos; no sólo tuvieron que desprenderse de todos los dominios que habían conseguido irse anexionando, principalmente los de toda la costa, sino que Gabinio dividió en cinco demarcaciones, dotada cada una de ellas de gobierno propio, el antiguo territorio del reino, retirando al gran sacerdote Hircano sus atribuciones temporales. Con ello se restauraba, de una parte, el régimen de protectorado,

y de otra parte la teocracia pura. Sin embargo este estado de cosas cambió pronto.

Hircano o, más exactamente, el ministro que gobernaba en su nombre, el idumeo Antipatro, logró recobrar su posición dominante en el sur de Siria, gracias probablemente al mismo Gabinio, al que supo hacerse indispensable en sus empresas partas y egipcias. Fue él principalmente quien sofocó la insurrección de los judíos que provocara el saqueo del templo de Jerusalén por Craso. Tuvo la suerte de que el gobierno judío no se viese obligado a intervenir activamente en la crisis entre César y Pompeyo, a favor del cual se había pronunciado, al igual que todo el Oriente. No obstante, después que Aristóbulo, hermano y rival de Hircano, y su hijo Alejandro, perdieron la vida a manos de los pompeyanos por haber abrazado la causa de César, parecía seguro que éste entronizaría como rey de Judea al segundo hijo de aquél, Antígono. Pero las cosas sucedieron de otro modo. Cuando César se presentó en Egipto después de ganar la batalla decisiva y hubo de afrontar una situación peligrosa en Alejandría, fue Antipatro principalmente quien lo sacó de ella, y esto decidió la situación.

Antígono hubo de resignarse ante la lealtad improvisada, pero más eficiente, de su rival.

No fue la gratitud personal de César la que menos contribuyó a impulsar la restauración formal del Estado judío. Al reino de Judea le fue otorgada la posición más favorable que cabía dentro del régimen de clientela: plena libertad de tributos a los romanos, de ocupación militar y de recluta; claro está que a cambio de ello el gobierno indígena asumía los deberes y las costas que la defensa de sus fronteras le imponía. La ciudad de Joppe, que aseguraba las comunicaciones del reino por mar, le fue restituida, la independencia del gobierno interior y la libertad del culto religioso fueron garantizadas y se autorizó además la restauración, hasta entonces denegada, de las fortificaciones de Jerusalén, demolidas por Pompeyo (año 47).

El Estado judío pasó, pues, a ser gobernado en nombre del príncipe de los asmoneos por un hombre medio extranjero — pues los idumeos eran para los verdaderos judíos repatriados de Babilonia sobre poco más o menos lo que los samaritanos — bajo la protección y con arreglo a la voluntad de Roma. Los judíos de sentimientos nacionales no veían con buenos ojos, ni mucho menos, el nuevo régimen implantado en su país. Las antiguas familias que tenían en sus manos el consejo de Jerusalén simpatizaban en el fondo de su corazón con Aristóbulo y, muerto éste, con su hijo Antígono. En las montañas de Galilea los fanáticos peleaban con igual furia contra el propio gobierno y contra los romanos. Cuando Herodes, hijo de Antipatro, capturó y mandó ejecutar a Ezequías, el caudillo de aquellos guerrilleros de las montañas, el consejo de los sacerdotes de Jerusalén obligó al débil Hircano a que desterrase a Herodes, bajo el pretexto de haberse infringido ciertos preceptos religiosos. Herodes, desterrado de su patria, ingresó en el ejército romano y prestó buenos servicios al gobernador cesáreo de la Siria contra la insurrección de los últimos pompeyanos. Pero cuando después del asesinato de César los republicanos volvieron a imponerse en el Oriente, Antipatro fue otra vez el primero que se sometió al más fuerte y, no contento con esto, hizo méritos ante los nuevos gobernantes mediante la rápida recaudación de las contribuciones impuestas por ellos.

Fue así cómo, al retirarse de Siria, el caudillo de los republicanos respetó a Antipatro en su puesto, y además confió a su hijo, Herodes, un mando en la Siria. Al morir Antipatro, envenenado según se dijo por uno de sus oficiales, Antígono —que había ido a refugiarse cerca de su cuñado, el príncipe Tolomeo de Calcis— creyó llegado el momento de eliminar a su débil tío. Pero los hijos de Antipatro, Fasael y Herodes, derrotaron a las tropas de aquél e Hircano se las arregló para ponerlos en el puesto de su padre e incluso para hacer entrar en cierto modo a Herodes en la familia reinante, al desposarlo con su nieta Mariamé. Entre tanto los caudillos del partido

republicano sucumbían en Filipos. En Jerusalén el partido de la oposición confiaba en conseguir ahora de los vencedores el derrocamiento de los odiados antipátridas; pero Marco Antonio, a quien correspondía decidir, dio una contestación resueltamente negativa a las diputaciones que le enviaron, primero en Éfeso, luego en Antioquía y por último en Tiro, y acabó confirmando formalmente a Fasael y a Herodes como "tetrarcas"[6] de la Judea (año 41).

Herodes

El oleaje de la gran política no tardó en agitar de nuevo al Estado judío. Al año de instaurarse (el 40), el gobierno de los antipátridas fue barrido como primera medida por la invasión de los partos. El pretendiente Antígono tomó el partido de éstos y se apoderó de Jerusalén y de casi todo el territorio. Hircano fue conducido prisionero a las tierras de los partos; Fasael, el hijo mayor de Antipatro, cayó también cautivo y se suicidó en la cárcel. Herodes consiguió, con grandes apuros, esconder a los suyos en un castillo roquero de los confines de Judea y huyó al extranjero en busca de ayuda, primero a Egipto y, no encontrando allí a Marco Antonio, a Roma en pos de los dos regentes, entre los que acababa de surgir una nueva disensión (año 40). Los gobernantes romanos lo autorizaron de buen grado, pues así convenía a sus intereses, para que rescatase el reino judío. Herodes retornó a Siria reconocido, en lo que de los romanos dependía, como regente de su país y decorado incluso con el título de rey. Pero su tarea era la de un verdadero pretendiente: tenía que arrancar el país no tanto de manos de los partos como de manos de los patriotas. Se abrió paso apoyándose principalmente en las armas de los samaritanos, los idumeos y los soldados mercenarios, hasta que por último, sostenido por las legiones romanas, logró entrar en la capital, después de vencer su larga y tenaz resistencia. Los verdugos romanos le desembarazaron también de su antiguo rival Antígono, mientras los suyos

se encargaban de limpiar de familias nobles el consejo de la ciudad de Jerusalén.

Pero con su instauración en el trono no habían pasado, ni mucho menos, los días difíciles. La desdichada expedición de Marco Antonio contra los partos no tuvo consecuencias para Herodes, pues los vencedores no se atrevieron a entrar en Siria. En cambio hubo de sufrir sensibles pérdidas ante las pretensiones cada vez más desmedidas de la reina de Egipto, que por aquel entonces tenía más mando en el Oriente que Marco Antonio; su ambición femenina, preocupada primordialmente por la expansión de su poder doméstico y sobre todo por el acrecentamiento de sus rentas, aunque no consiguió de Marco Antonio, ni mucho menos, todo lo que apetecía, sí logró arrebatar al rey de Judea una parte de sus valiosas posesiones en las costas sirias y en la zona enclavada entre la Siria y el Egipto, e incluso las ricas plantaciones de bálsamo y los grandes palmares de Jericó, imponiéndole además fuertes contribuciones financieras. Para poder salvar el resto de sus dominios Herodes no tuvo más remedio que tomar en arriendo de la misma reina sus nuevas posesiones en la Siria o salir fiador de otros arrendatarios menos solventes. En tales condiciones, angustiado por estas exacciones y ante el temor de otras más duras aún y no menos inexorables, la guerra iniciada entre Marco Antonio y César era para él una esperanza; tuvo además la fortuna de que la reina, en su desmedido egoísmo, le dispensase de tomar parte activa en la contienda, pues la convenció de que necesitaba sus tropas para poder recaudar las rentas sirias destinadas a ella, lo cual le facilitaba su política de mantenerse a la expectativa para luego someterse al vencedor. Y aún le ayudó la fortuna en otra jugada que había de hacerle grato al nuevo señor: tuvo la suerte de poder coger prisionero a un grupo de gladiadores de Marco Antonio que se dirigían desde el Asia Menor hasta Egipto, pasando por Siria, para pelear al lado de su amo.

Antes de salir para la isla de Rodas a implorar la gracia de César, llevando hasta extremos de exageración la necesaria cautela, hizo ejecutar a todo evento al último vástago varón de la dinastía de los Macabeos, a Hircano, anciano de 80 años, a quien la casa de Antipatro debía cuanto era. César hizo lo que la política le aconsejaba hacer, habida cuenta sobre todo de que la ayuda de Herodes era importante para él en relación con su proyectada expedición al Egipto. Confirmó en su trono al gustosamente vencido y amplió incluso su reino mediante la devolución de las posesiones que Cleopatra le arrebatara y la adjudicación de otras nuevas: toda la costa desde Gaza hasta la torre de Estratón, donde se levantaría más tarde la ciudad de Cesárea, las tierras samaritanas situadas entre Judea y Galilea y una serie de ciudades al este del Jordán quedaron incorporadas desde entonces al reino de Herodes. La consolidación de la monarquía romana había venido a poner a salvo de nuevas crisis externas al reino de Judea.

Considerada desde el punto de vista romano, la conducta de la nueva dinastía aparece tan correcta que observándola casi se siente uno emocionado. Se adhiere primero a la causa de Pompeyo, luego a la de César padre, más tarde a la de Casio y Bruto, después a la de los triunviros, más tarde a la de Marco Antonio y por último a la de César hijo; la lealtad cambia al cambiar el santo y seña. Y, sin embargo, no podemos negar la consecuencia ni la firmeza de esta conducta. Después de todo, ¿qué les importaban a los países sometidos, sobre todo al Oriente griego, las luchas de facciones que desgarraban al Estado dominante, el que éste fuese república o monarquía, el que lo gobernase Marco Antonio o César? En este caso no hacía más que ponerse de manifiesto con los colores más vivos la desmoralización que lleva consigo todo cambio revolucionario de gobierno; no obstante esto, el rey Herodes cumplió las obligaciones que el imperio romano imponía a sus súbditos en una medida en que jamás habrían sido capaces de cumplirlas otros caracteres más nobles o de

mayor grandeza que el suyo. Frente a los partos supo permanecer siempre leal, aun en situaciones difíciles, al soberano bajo cuya protección se había puesto.

Desde el punto de vista de la política interior judía el régimen de Herodes representa la liquidación de la teocracia y viene a continuar e incluso a superar el gobierno de los macabeos en cuanto implanta la más tajante separación de la Iglesia y el Estado mediante el contraste entre un rey omnipotente, pero extranjero, y un gran sacerdote privado de todo poder, cuya persona cambia a cada paso y de un modo arbitrario. Claro está que al gran sacerdote judío se le perdonaba la dignidad real antes que a aquel rey venido de fuera e incapacitado para recibir la consagración sacerdotal; y aunque los asmoneos representasen la independencia del judaísmo ante el exterior, es evidente que aquel rey idumeo debía su poder real sobre los judíos a su enfeudamiento a un poder soberano. La repercusión de este conflicto insoluble sobre una naturaleza profundamente pasional nos la revela toda la trayectoria de la vida de este hombre, el cual causó ciertamente muchos males, pero sin que a él le fuesen ahorrados tampoco los sufrimientos. La energía, la constancia, la resignación ante lo inevitable, la maña política y militar, donde había margen para ella, aseguran al rey de los judíos, a pesar de todo, un cierto lugar dentro del panorama de esta curiosa época.

No es misión del historiador de Roma relatar en detalle el reinado de Herodes, que duró casi cuarenta años —murió en el 4—, a base de los muchos y minuciosos informes que poseemos acerca de él. Apenas habrá habido otra familia real tan azotada por los odios sangrientos entre padres e hijos, esposos y hermanos. El emperador Augusto y su gobernador en la Siria apartaban los ojos con horror de aquella trama de asesinatos de que trataba de hacérseles cómplices. Y uno de los rasgos que más le aterran a uno en este cuadro espantoso es, probablemente, la absoluta ineficacia de la mayoría de aquellas ejecuciones, basadas la mayor parte de las veces en

simples sospechas, y el desesperado arrepentimiento que invadía siempre al autor después de ordenarlas.

A pesar de la energía y la inteligencia que ponía el rey en defender los intereses de su país, en la medida en que le era dado hacerlo, a pesar del vigor con que abogaba por los judíos no sólo en la Palestina, sino en todos los ámbitos del imperio, poniendo al servicio de esta causa sus tesoros y toda su influencia, que no era pequeña —la decisión favorable a los judíos adoptada por Agripa en el conflicto sobre el comercio en grande del Asia Menor tenían que agradecérsela a él—, podía encontrar amor y lealtad por parte de las gentes de Idumea y Samaria, pero no por parte del pueblo de Israel; éste le aborreció siempre, no tanto porque tuviese las manos manchadas con la sangre de muchas víctimas como porque era un rey extranjero al país. Una de las causas fundamentales de aquella sangrienta guerra familiar fue el ver y temer siempre en su esposa, la hermosa Mariamé, asmonea de nacimiento, y en los hijos que tuvo de ella, más bien judíos que familiares suyos, y él mismo dijo una vez que se sentía tan atraído por los griegos como repudiado por los judíos. Es significativo que mandase a educarse en Roma a los hijos en quienes pensaba preferentemente como herederos.

Con sus inagotables riquezas, cargaba de regalos y ofrendaba templos a las ciudades griegas del extranjero; erigió también construcciones en las ciudades judías, pero no al modo judaico. Aquellos circos y teatros construidos en Jerusalén, aquellos templos levantados para rendir culto al emperador en las ciudades hebreas, eran considerados por los devotos israelitas como un insulto y una blasfemia. Es cierto que el rey convirtió en un edificio suntuoso el templo de Jerusalén, pero fue en gran parte contra la voluntad de sus fieles; a pesar de la gran admiración con que contemplaban la obra, el hecho de que colocase en ella un águila de oro le valió más maldiciones que todas las penas de muerte por él decretadas, y desencadenó una revuelta popular que costó la

vida al águila y también, naturalmente, a los fanáticos que la arrancaron.

Herodes conocía el país lo suficiente para no empujarlo a la desesperación; si hubiera existido la menor posibilidad de helenizarlo, no habría desistido de hacerlo. Aquel rey idumeo no desmerecía, en cuanto a voluntad y energía, de los mejores asmoneos. El gran puerto construido cerca de la torre de Estratón o de Cesárea, como se llamó desde entonces esta ciudad completamente reconstruida por Herodes, hizo apta por primera vez para el comercio aquella costa pobre en puertos, y Cesárea fue durante todo el imperio el gran emporio del sur de Siria. En los demás terrenos Herodes hizo también cuanto estaba en manos del gobierno hacer: fomentó el desarrollo de los recursos naturales del país, ayudó a la población a mitigar el hambre y otras calamidades y, sobre todo, luchó por garantizar la seguridad de su reino en el interior y en el exterior. Atajó los desmanes de los bandidos y supo asegurar con firmeza y energía la defensa de las fronteras contra las incursiones de las tribus del desierto, tarea extraordinariamente difícil en aquellas tierras. Esto movió al gobierno romano a confiarle la guarda de nuevos territorios, la Iturea, la Trajonitis, la Auranitis y la Batanea. A partir de entonces sus dominios abarcaban, como ya hemos dicho, toda la Transjordania hasta cerca de Damasco y las montañas del Hermon; después de aquellas nuevas asignaciones, no sabemos que existiese en todos estos territorios una sola ciudad libre ni un solo poder sustraído a la autoridad de Herodes. De por sí la defensa de las fronteras incumbía más bien al rey de Arabia que al de los judíos; pero, en aquello en que de éste dependía, la línea de castillos fronterizos bien guarnicionados aseguraba también en este aspecto una paz territorial como jamás hasta entonces se había conocido aquí. Se comprende perfectamente que Agripa, después de inspeccionar las obras portuarias y bélicas de Herodes, viese en él un precioso auxiliar para sus grandiosos planes de organización del imperio y le tratase como a tal.

La sucesión de Herodes

Su reino no tenía carácter permanente. El propio Herodes lo dividió en su testamento entre tres de sus hijos, reparto que Augusto confirmó en lo esencial a su muerte, limitándose a colocar bajo el mando directo del gobernador de la Siria el importante puerto de Gaza y las ciudades griegas de la Transjordania. Las regiones situadas al norte del reino fueron desglosadas del resto del país; la comarca adquirida últimamente por Herodes al sur de Damasco, la Batanea con sus correspondientes distritos, pasó a poder de Filipo; Galilea y la Perea, es decir, el territorio transjordánico, salvo la parte griega, a poder de Herodes Antipas, ambos como tetrarcas; estos dos pequeños principados subsistieron con pequeñas interrupciones hasta el reinado de Trajano, primero separados y luego unidos bajo el gobierno de Agripa II, nieto de Herodes "el Grande". Ya nos hemos referido a ellos al tratar de la Siria oriental y de la Arabia. Aquí añadiremos simplemente que estos herodeos siguieron gobernando, si no con la misma energía, por lo menos en el sentido y bajo el espíritu del fundador de la dinastía. Las ciudades organizadas por ellos, la de Cesárea, la antigua de Paneas al norte del país y la de Tiberíades en Galilea, lo fueron al modo helénico, adaptándose en un todo al espíritu de Herodes; es característica en este sentido la proscripción que los rabíes judíos lanzaron contra aquella ciudad impura, al descubrirse un sepulcro en Tiberíades. El país central, la Judea, con la Samaria al norte y la Idumea al sur, fue adjudicado a Arquelao por voluntad de su padre.

Esta sucesión hereditaria no satisfizo los deseos de la nación. Los ortodoxos, es decir los fariseos, dominaban casi en absoluto a la masa, y si hasta ahora el miedo al Señor se había visto en cierto modo ahogado por el temor a la implacable energía del rey, el designio de la gran mayoría de los judíos era, en realidad, poder restaurar bajo la égida de Roma

la pura teocracia divina, como en otro tiempo la habían instaurado los funcionarios persas. A poco de morir el viejo rey habíanse amotinado las masas en Jerusalén pidiendo que fuese destituido el gran sacerdote nombrado por Herodes y expulsados los infieles de la ciudad santa, donde iba a celebrarse el *pésaj*. Arquelao hubo de iniciar su reinado con una matanza de las masas amotinadas; las calles quedaron llenas de muertos y fue suprimida la fiesta religiosa. El gobernador romano de la Siria —aquel mismo Varo cuya torpeza habría de costar a los romanos poco después la Germania—, a quien incumbía mantener el orden en el país durante el interregno, había autorizado a las masas levantiscas de Jerusalén para que enviasen a Roma, donde en aquellos momentos se estaba discutiendo precisamente la sucesión al trono judío, una diputación formada por cincuenta personas con el mandato de pedir la abolición de la monarquía, y cuando Augusto accedió a recibirla, ocho mil judíos de la capital fueron dándole escolta hasta el templo de Apolo.

Entre tanto los fanáticos judíos de Jerusalén seguían tomándose la justicia por su mano; la guarnición romana apostada en el templo fue atacada a mano armada y el país invadido por bandas de fanáticos. Varo puso en marcha las legiones y restableció el orden con la espada. Aquello era una advertencia para el poder soberano y una justificación póstuma del gobierno violento, pero eficiente, de Herodes. Sin embargo, con aquella blandura de que tantas pruebas dio sobre todo en los últimos años de su reinado, Augusto, aun habiendo rechazado las pretensiones de las fanáticas masas judías, se avino a cumplir en lo esencial el testamento de Herodes y entregó el mando de Jerusalén a Arquelao, suprimiéndole el título de rey, que Augusto no podía conceder por el momento al inexperto joven, desglosando además de su territorio las tierras del norte y reduciendo por último sus poderes militares al relevarlo de la defensa de las fronteras.

Judea, provincia romana

En poco podía favorecer la posición del nuevo tetrarca la medida, aplicada por iniciativa de Augusto, de rebajar los impuestos tan elevados que regían bajo Herodes. Arquelao no necesitaba casi dar pruebas de su incapacidad e indignidad personal para hacerse insostenible; pocos años después (en el 6 d. C.), el propio Augusto se vio en la obligación de separarlo de su puesto. Las pretensiones de los amotinados veíanse ahora satisfechas: la monarquía fue abolida y el país sometido al gobierno directo de Roma; en la medida en que la dominación romana era compatible con un gobierno interior, se confió éste al Senado de Jerusalén. Es posible que a estas medidas contribuyesen en parte las seguridades que en otro tiempo diera Augusto a Herodes con respecto a su sucesión hereditaria, y en parte también la aversión cada vez más manifiesta y en general justificada que el gobierno del imperio sentía contra los grandes estados clientes que se desenvolvían hasta cierto punto por su propia cuenta. Lo que había sucedido poco antes o había de suceder poco después en la Galacia, en la Capadocia y en la Mauritania explica por qué en la Palestina el reino de Herodes no había de sobrevivir tampoco mucho tiempo a la muerte del rey. Pero tal como se había organizado allí, el gobierno directo de Roma representaba también, en lo administrativo, un retroceso con respecto al de Herodes. Y. sobre todo, la situación era tan compleja y tan difícil que aquel contacto directo entre los gobernantes romanos y los súbditos judíos, por el que tan tenazmente había venido luchando, ciertamente, el partido sacerdotal y que ahora conseguía por fin, no podía beneficiar ni a unos ni a otros.

Así fue cómo Judea se convirtió en el año 8 d. C. en una provincia romana de segundo rango; desde entonces siguió siendo provincia romana, salvo el efímero paréntesis de restauración del imperio hierosolimitano bajo Claudio, en los

años 41 al 44. Los príncipes nacionales que hasta aquí venían rigiendo al país con carácter vitalicio y hereditario, a reserva de su confirmación por el gobierno romano, fueron sustituidos por funcionarios del rango ecuestre, nombrados y revocables por el emperador. Como sede de las autoridades romanas de la nueva provincia fue elegida, probablemente desde el primer momento, la ciudad de Cesárea, que Herodes reconstruyera según el patrón helénico.

A partir de ahora no se veía ya, naturalmente, libre de tropas romanas este territorio, pero la guarnición destacada en este país se halla formada, como en todas las provincias de segundo rango, por un número reducido de tropas de a pie y de a caballo de ínfima categoría. Estas tropas procederían tal vez del gobierno anterior o, por lo menos, habrían sido reclutadas en el mismo país, aunque eran, en su mayoría, gentes samaritanas y griegos de la Siria. No se enviaron a esta provincia tropas legionarias, y a los territorios próximos a la Judea se destinaría cuando más una de las cuatro legiones sirias. En Jerusalén residía con carácter permanente un jefe militar romano, instalado en la ciudadela real y rodeado de una pequeña guarnición; sólo durante las fiestas del *pésaj*, en que afluían al templo el país entero y numerosos extranjeros, se reforzaba considerablemente la guarnición romana, apostándose los soldados en uno de los pórticos del templo.

El solo hecho de que los gastos relacionados con la defensa militar del país pasasen a gravar sobre el gobierno del imperio indica que, a partir de ahora, la provincia vendría también obligada a pagar contribuciones a Roma. No es probable, sin embargo, que el imperio aumentase los tributos de la provincia, a raíz de tomar posesión de ella, revocando inmediatamente el acuerdo de rebajarlos, que tomara al poner a Arquelao al frente de su gobierno; pero sí es de suponer que, al igual que en todos los territorios de nueva adquisición, se procedería lo antes posible a una revisión del censo catastral vigente.

Los municipios urbanos sirvieron de base, lo mismo en Judea que en todas partes, en la medida de lo posible, para la actuación de las autoridades indígenas. Samaria o Sebaste, pues así se llamaba ahora esta ciudad, Cesárea y los demás municipios urbanos existentes en el antiguo reino de Arquelao, gobernábanse autónomamente, bajo el control de las autoridades romanas.

A las mismas normas se ajustaba también el régimen de la capital con el gran territorio adscrito a ella. Ya en la época prerromana, bajo los seléucidas, se había constituido en Jerusalén, como sabemos, un consejo de venerables, el Synedrión, al que los judíos llamaban Sanedrín. Presidía este consejo el gran sacerdote, nombrado temporalmente por cada regente del país, cuando él mismo no revestía aquella dignidad. Pertenecían a él los que habían desempeñado el cargo de gran sacerdote y los más prestigiosos doctores de la ley. Esta asamblea, en la que predominaba el elemento aristocrático, funcionaba como la suprema representación sacerdotal de todos los judíos y, en aquello en que ambas potestades no podían separarse, como su representación secular, sobre todo como la de la ciudad de Jerusalén. Fue el rabinismo posterior, mediante una devota ficción, el que convirtió este organismo en una institución religiosa de la ley mosaica. El Sanedrín correspondía sustancialmente a los consejos de las ciudades griegas, aunque tuviese, tanto por su composición como por sus atribuciones, un carácter más eclesiástico que los consejos municipales de estas ciudades.

El gobierno romano respetó o transfirió al Sanedrín y a su gran sacerdote, nombrado ahora por el procurador como representante del soberano del imperio, aquellas facultades que en las comunidades helénicas de súbditos competían a las autoridades de la ciudad y a los consejos municipales. Con ello, dando pruebas de una indiferencia verdaderamente miope, dejaba rienda suelta al mesianismo trascendental de los fariseos y permitía que el consistorio del país, llamado a actuar hasta la llegada del mesías y que no tenía nada de

trascendental, hiciese y deshiciese en materia de fe, de moral y de derecho, siempre y cuando sus actos no lesionasen los intereses de Roma. Esta plenitud de poderes se refería principalmente a la administración de justicia. En todo lo que afectaba a los ciudadanos romanos la justicia la administraban, ciertamente, tanto en lo civil como en lo criminal, los tribunales del imperio, incluso ya antes de la anexión de la provincia. Pero la justicia civil, en lo tocante a los judíos, siguió encomendada a las autoridades locales, aun después de la incorporación del reino al imperio. En cuanto a la justicia penal, la ejercían probablemente estas mismas autoridades, en general paralelamente con el procurador romano; sólo tratándose de penas de muerte se exigía que la sentencia, para ser firme, fuese confirmada por el representante imperial.

Estas medidas eran, en el fondo, otras tantas consecuencias inevitables de la abolición de la monarquía y, al abogar por ésta, los judíos mostrábanse, en realidad, de acuerdo con aquéllas. La intención del gobierno era también, indudablemente, evitar la rudeza y la violencia en su aplicación. Publio Sulpicio Quirinio, a quien como gobernador de Siria incumbía la organización de la nueva provincia, era un funcionario prestigioso y familiarizado con la situación en el Oriente, y todos los informes que poseemos indican, expresa o tácitamente, que el gobierno conocía las dificultades de la situación y las tenía en cuenta. La emisión local de monedas fraccionarias, encomendada antes a los reyes, hacíase ahora en nombre del imperio romano; pero, para no herir las susceptibilidades de los judíos y su aversión a las imágenes, no se acuñaba en ellas ni siquiera la efigie del emperador. Se prohibía a cuantos no fuesen judíos, bajo pena de muerte, pisar el interior del templo.[7] A pesar de la aversión personal que Augusto sentía por los cultos orientales, no tuvo inconveniente, lo mismo en Judea que en el Egipto, en asociarlos dentro de su propia patria al gobierno del imperio; espléndidas ofrendas de Augusto, de Livia y de otros miembros de la familia imperial adornaban el santuario de los judíos y a los

pies de su "supremo dios" humeaba en el ara de los sacrificios la sangre de un toro y dos corderos, ofrendados por fundación imperial. Los soldados romanos de servicio en Jerusalén tenían instrucciones de dejar en Cesárea sus estandartes con la efigie del emperador, y como un gobernador desistiese de esta práctica, bajo Tiberio, el gobierno acabó dando la razón a las implorantes súplicas de los devotos y restableció la antigua costumbre. Se dio incluso el caso de que, debiendo atravesar por Jerusalén una expedición de tropas romanas enviada contra los árabes, recibiese orden de cambiar de ruta para no herir los escrúpulos de los sacerdotes de Israel al desfilar con las imágenes de sus estandartes por la ciudad santa. Los reparos opuestos por los fanáticos contra las inscripciones votivas sin imágenes consagradas por aquel mismo gobernador al emperador de Roma en la ciudadela real de Jerusalén bastaron para que Tiberio ordenase retirarlas de allí y trasladarlas a Cesárea. Los romanos entregaron a los fieles, ante sus protestas, las vestiduras solemnes del gran sacerdote custodiadas por ellos en la ciudadela y que, por lo tanto, era necesario purificar de esta profanación durante siete días para poder usarlas en las ceremonias religiosas, ordenándose al jefe de la ciudadela que en lo sucesivo no se preocupase de su custodia.

Los judíos frente a Roma

Lo que la masa no podía exigir era que las consecuencias de la anexión de su país se le hiciesen menos sensibles por el hecho de que ella misma la hubiese solicitado. No puede afirmarse tampoco, pues sería faltar a la verdad, que la ocupación no representase una opresión para los habitantes del antiguo reino y que éstos no tuviesen razones para quejarse; esta clase de medidas no se aplican nunca sin dificultades y perturbaciones del orden. Ni hay motivo tampoco para pensar que el número de injusticias y de violencias cometidas por los distintos gobernadores fuese menor en la Judea que

en otras partes. Lo mismo los judíos que los sirios quejábanse, ya a comienzos del reinado de Tiberio, de lo gravosos que les resultaban los impuestos; un testimonio que no podemos recusar como inicuo acusa sobre todo al largo gobierno de Poncio Pilato de todas las injusticias y tropelías habituales en los funcionarios de ocupación. Pero este mismo judío reconoce que, en los 23 años de su reinado, Tiberio respetó las prácticas tradicionales de su religión y de su culto, sin atentar contra ellas o menoscabarlas en modo alguno. Cosa tanto más de destacar cuanto que este emperador se distinguió más que ningún otro por sus persecuciones contra los judíos en el Occidente, lo cual indica que la paciencia y la magnanimidad de que dio pruebas en la Judea no pueden atribuirse precisamente a su deseo personal de favorecer la causa judía.

Pese a todo ello, ya en esta época de paz empezaron a desarrollarse tanto la oposición de principio contra el gobierno romano como la tendencia de los fanáticos a tomarse la justicia por la mano, mediante el empleo de la violencia. El pago de tributos a los romanos se impugnaba, no por lo que tuviese de gravoso, sino porque se consideraba impío. "¿Es lícito —pregunta el rabí en el Evangelio— pagar los tributos al César?" Su irónica y evasiva respuesta no dejaba satisfechos a todos; había fanáticos, aunque no fuesen muchos, que consideraban una profanación tocar una moneda con la efigie del emperador. Esto era una novedad y representaba un progreso de la teología oposicionista; tampoco los reyes Seleuco y Antíoco se habían sometido al rito de la circuncisión y no por ello se les negaban los tributos, pagados en monedas adornadas con su efigie. Tal era, pues, la teoría; en cuanto a su aplicación práctica, no era ciertamente el Sanedrín de Jerusalén el que daba la pauta, ya que en él llevaban la voz cantante las gentes distinguidas del país, sumisas a la influencia de Roma, sino Judas el Galileo, natural de Gamala, ciudad situada junto al lago de Genesaret, quien, como años más tarde hubo de recordar Gamaliel a este mismo Sanedrín,

"se sublevó en los días de la imposición de contribuciones, arrastrando con él a todo el pueblo contra los usurpadores".

Judas Macabeo no había hecho más que proclamar lo que todos pensaban, al decir que la imposición de contribuciones era la servidumbre y que los judíos se deshonraban al reconocer sobre sí otro señor que Jehová, el cual sólo ayudaba a quienes sabían ayudarse a sí mismos. No fueron muchos los que escucharon su llamada a levantarse en armas y Judas sucumbió en el cadalso pocos meses después, pero este muerto sagrado había de ser para los profanos vencedores un enemigo más peligroso que los vivos. Judas y los que cayeron con él fueron considerados por los judíos posteriores como la cuarta "escuela" al lado de los saduceos, los fariseos y los esenios; primero se los llamaba los "celosos"; más tarde, se los llama los "sicarios", los hombres del cuchillo. Su doctrina no puede ser más simple; sólo Dios es dueño y señor, la muerte es indiferente, la libertad vale más que todo. Esta enseñanza echó raíces y los descendientes de Judas serían, andando el tiempo, los que dirigirían la insurrección del pueblo de Israel.

Antisemitismo

Bajo los dos primeros emperadores el gobierno romano supo estar, en general, a la altura de su misión, teniendo a raya a estos elementos explosivos de un modo hábil y paciente; pero con el tercer monarca se abocó este problema a la catástrofe. Los judíos de Jerusalén y de Alejandría, como el imperio todo, saludaron con júbilo al nuevo emperador. El joven Calígula, que subía al trono dejado vacante por el esquivo y poco simpático anciano, fue aclamado en todas partes con grandes muestras de entusiasmo. Pero pronto surgió una discordia espantosa, basada en motivos poco importantes. Un nieto del primer Herodes y de la bella Mariamé, al que habían puesto el nombre de Agripa en recuerdo del protector y amigo de su abuelo Herodes, era tal vez el más insignificante

y venido a menos de los numerosos hijos de príncipes residentes en Roma. A pesar de ello o tal vez precisamente por ello mismo, gozaba, como gran amigo de su juventud, de la protección del nuevo emperador, a quien hasta entonces sólo se conocía por su libertinaje y sus deudas; fue el primero que dio a éste la noticia de la muerte de Tiberio y su protector le confirió, como regalo, uno de los pequeños principados judíos que se hallaban vacantes y el título de rey.

En el año 38 llegó de paso para su nuevo reino a la ciudad de Alejandría, donde pocos meses antes había intentado salir de sus apuros financieros a costa de los banqueros judíos. Su presencia pública en aquella ciudad, revestido de su túnica real y rodeado de satélites lujosamente ataviados, movió a la bullanguera y escandalosa población, que no se distinguía precisamente por su amor hacia los judíos, a organizar una parodia burlesca. Pero la cosa no paró aquí. De la parodia se pasó a una violenta revuelta antisemita. Las casas aisladas de los judíos fueron saqueadas e incendiadas, los barcos judíos surtos en el puerto arrasados, los judíos a los que se encontró fuera de sus barrios maltratados y asesinados. Contra los barrios puramente judíos no podía conseguirse nada por medio de la violencia. En vista de ello, los cabecillas de la revuelta dieron en la ocurrencia de consagrar como templos del nuevo emperador todas las sinagogas que aún quedaban en pie, erigiendo estatuas suyas en todas ellas y colocando en la sinagoga principal una en que el emperador aparecía sobre un carro arrastrado por una cuadriga.

Todo el mundo sabía, incluyendo al gobernador y a los mismos judíos, que el emperador se tenía por un verdadero dios en carne y hueso, y que tomaba este papel todo lo en serio que su espíritu trastornado se lo permitía. Avilio Flaco, el gobernador, hombre de valía y que había sido un excelente funcionario bajo Tiberio, amedrentado ahora por la ojeriza con que le veía el nuevo emperador y temeroso de ser destituido y acusado de un momento a otro, quiso aprovechar la ocasión que se le ofrecía para rehabilitarse.[8] No contento

con ordenar por medio de un edicto que no se estorbase la erección de las estatuas en las sinagogas, él mismo se lanzó a la persecución contra los judíos. Suprimió la celebración de la fiesta sabática. Y, declarando que aquellos extranjeros tolerados en la ciudad se habían adueñado ilícitamente de la mejor parte de ella, ordenó que se limitasen en lo sucesivo a ocupar un solo barrio de los cinco que habitaban y entregó al populacho las demás casas de los judíos, mientras que las familias desahuciadas se amontonaban en las playas, sin techo ni albergue. No se oyó ni una palabra de protesta. Treinta y cinco miembros del consejo de los venerables que por aquel entonces regentaban a la población judía en vez del tetrarca fueron azotados en el circo a la vista de todo el pueblo. Cuatrocientas casas quedaron reducidas a escombros; el comercio y los negocios se paralizaron; las fábricas dejaron de trabajar.

No quedaba a quién recurrir sino al emperador. Dos diputaciones de vecinos de Alejandría comparecieron ante él: la de los judíos, presidida por aquel Filón de quien hemos hablado más arriba, un sabio de la escuela neojudía, de corazón más dulce que valiente, pero que abogó lealmente por los suyos en trance tan angustioso, y la de los antisemitas, acaudillada por Apión, también sabio y escritor alejandrino, el "Cascabel del mundo", como le llamó en una ocasión el emperador Tiberio, hombre de grandes palabras y de mentiras aún más grandes, dotado de la más cínica omnisciencia[9] y de una fe inquebrantable en sí mismo, que no conocía lo que eran los hombres, pero sí cuánta era su ignorancia, maestro aclamado en oratoria y en artes para seducir al pueblo, ocurrente, ingenioso, desvergonzado y de una lealtad incondicional a la causa del imperio. El resultado de la gestión podía darse por descontado. El emperador oyó a las dos partes, examinando las pruebas documentales aportadas por ellas, en su jardín. Pero en vez de escuchar a quienes acudían a él en súplica, les dirigió unas cuantas preguntas irónicas, que los antisemitas acogieron con grandes risas, sin miedo a fal-

tar a la etiqueta, y como estaba de buen humor limitose a deplorar que aquellas gentes, buenas por lo demás, estuviesen tan desastrosamente organizadas que no fuesen capaces de comprender el carácter divino innato al emperador y que él, sin duda alguna, tomaba muy en serio. Apión quedó, pues, vencedor, y los antisemitas convirtieron en templos de Calígula cuantas sinagogas se les antojó.

Pero la cosa no se redujo a estas consagraciones capitaneadas por la juventud callejera de Alejandría. Calígula ordenó al gobernador de Siria Publio Petronio, en el año 39, que entrase con sus legiones en Alejandría y colocase en el templo la estatua del emperador. El gobernador, que era un funcionario respetable de la escuela de Tiberio, echose a temblar. Acudieron ante él, primero en Ptolemais (Siria) y luego en Tiberíades (Galilea) innumerables judíos de todo el país, hombres y mujeres, ancianos y niños, rogándole que interpusiera sus buenos oficios para evitar los horrores que iban a desencadenarse; se quedaron sin labrar las tierras de labor de toda la Judea y las masas desesperadas declaraban preferir la muerte por la espada o por el hambre que ver por sus propios ojos aquella atrocidad.

El gobernador se aventuró, en efecto, a demorar la ejecución de la orden y a llamar la atención del emperador hacia las consecuencias que sobrevendrían, aun a sabiendas de que con ello se exponía a la muerte. El emperador desistió de su empeño, movido según se dice por un capricho del vino, que el príncipe judío supo hábilmente aprovechar. Pero, al mismo tiempo, limitó la concesión al único templo de Jerusalén y decretó la muerte para el desobediente gobernador, aunque la pena, habiendo sufrido un retraso fortuito, no llegó a ponerse en ejecución. Calígula estaba decidido a castigar la rebelión de los judíos; la orden de hacer avanzar las legiones revela que esta vez había sopesado de antemano las consecuencias de su proceder. Desde los sucesos anteriores sentía un amor sin límites por los leales alejandrinos, dispuestos a adorar a su persona, y un odio feroz contra los tercos e igno-

rantes judíos. En un hombre pérfido como aquél, dispuesto siempre a indultar para revocar el indulto a la primera oportunidad, era evidente que sólo se había conseguido aplazar la catástrofe. Calígula se preparaba para partir a Alejandría, donde habría de recibir personalmente el incienso de sus altares, mientras en secreto, según se asegura, seguía trabajándose en la estatua que había de erigírsele en Jerusalén, cuando en enero del año 41 el puñal de Querea liberó del monstruo, entre otras cosas, al templo de Jehová.

El breve calvario no trajo consecuencias exteriores; con el dios se derrumbaron sus altares. No obstante, en ambos campos quedaron estampadas las huellas de lo sucedido. Estamos relatando la historia de una trayectoria ascendente de odio entre los judíos y los que no lo eran, y en ella marcan los tres años de persecución antisemita de Calígula una etapa y un progreso. El odio y las persecuciones contra los judíos son tan antiguos como la misma diáspora; aquellos municipios autónomos y privilegiados del Oriente enquistados dentro del mundo judío tenían que fomentarlos por la misma ley de la necesidad con que los pantanos fomentan la peste. Sin embargo, la historia de la Antigüedad griega y romana no conoce una cruzada antisemita como la desencadenada en Alejandría en el año 38, motivada por un helenismo mal entendido y dirigida simultáneamente por la suprema autoridad y por el populacho. En ella se recorrió el largo trecho que hay de la mala voluntad del individuo a las malas acciones de la colectividad y se reveló lo que quienes así pensaban querían y, en ocasiones, podían hacer.

No podemos dudar, aunque no existan documentos que lo acrediten, que también por parte de los judíos se supo comprender aquella revelación.[10] Pero la amenaza de ver erigirse la estatua del dios Calígula en su santuario caló mucho más hondo en los espíritus judíos que la revuelta antisemita de Alejandría. No era la primera vez que ocurría esto; a un intento parecido del rey de Siria Antíoco Epífanes habían respondido los macabeos con la insurrección, tras la que

vino la restauración victoriosa de las libertades del Estado nacional. Aquel rey, el antimesías que había traído al mesías, según lo califica, aunque *a posteriori* ciertamente, el profeta Daniel, se convirtió desde entonces, para los judíos, en el prototipo de todos los horrores; no en vano se asociaba ahora la misma idea, con idéntica razón, a un emperador romano o, mejor dicho, a la imagen del emperador de Roma en general. Desde aquel funesto decreto ya no se aquietó el temor de que otro emperador pudiese volver a decretar lo mismo, temor nada desatentado si se tiene en cuenta que, según la estructura del Estado romano, cualquier regente podía ordenar aquella medida con sólo que se le antojase. Este odio de los judíos contra el culto al emperador y contra el propio imperio lo pinta con ardientes colores el propio Apocalipsis de san Juan, para el que Roma es la mujer venal de Babilonia y el enemigo común de la humanidad.[11] Y aún era menos indiferente el nítido paralelo en cuanto a las consecuencias. Matatías de Modein no había sido más que Judas el Galileo; el levantamiento de los patriotas contra el rey de Siria era, sobre poco más o menos, tan desesperado como la insurrección contra el monstruo que tenía su guarida al otro lado del mar. Los paralelos históricos en función práctica son elementos peligrosos en manos de la oposición; el edificio levantado por largos años de sabiduría de gobierno iba tambaleándose con harta rapidez.

Medidas de tolerancia

El reinado de Claudio orientó su política en ambos sentidos por los derroteros de Tiberio. En Italia no se reiteró la medida de expulsar a los judíos, pues era fácil convencerse de su ineficacia, pero sí se renovó la prohibición de que practicasen su culto en común,[12] lo que venía a ser lo mismo y casi tan irrealizable, por lo demás, como lo anterior. A la vez que se promulgaba este edicto de intolerancia, dictábase una disposición extensiva a todo el imperio por la que se descar-

gaba a los judíos de aquellos deberes públicos que fuesen incompatibles con sus convicciones religiosas, con lo cual, por lo que al servicio militar se refería, no hacía más que condonárseles, ciertamente, lo que antes no había podido conseguirse de ellos por la fuerza. La exhortación que al final de este decreto se dirigía a los propios judíos para que por su parte usasen de mayor moderación y se abstuviesen de molestar a quienes no pensasen como ellos, revela que también por parte de los judíos debieron de producirse ciertos excesos.

Tanto en el Egipto como en la Palestina se restablecieron en general las ordenanzas religiosas que habían regido antes de Calígula, aunque es difícil que en Alejandría se devolviesen a los judíos todas sus propiedades anteriores;[13] esta medida ahogó en germen los movimientos de rebeldía que se habían iniciado o estaban a punto de estallar tanto en un sitio como en otro. En la Palestina Claudio fue incluso más allá que Tiberio, reintegrando todo el antiguo reino gobernado por Herodes a un príncipe nativo, a aquel mismo Agripa que casualmente había resultado ser amigo de Claudio y le ayudó eficazmente en las crisis de su toma de posesión. Era intención del nuevo emperador, indudablemente, volver al sistema seguido en tiempo de Herodes y eliminar los peligros derivados de un contacto directo entre romanos y judíos. Pero Agripa, hombre de espíritu acomodaticio y agobiado también como príncipe por constantes apuros financieros, por lo demás persona bondadosa y más inclinada a dar la razón a sus súbditos que al soberano extranjero, chocó en varias ocasiones con el gobierno romano, por ejemplo al emprender las obras de reforzamiento de las murallas de Jerusalén, que se le prohibió continuar; además, las ciudades de Cesárea y Sebaste, que hacían causa común con Roma, así como las tropas organizadas al modo romano, le eran hostiles.

Al morir Agripa prematuramente y de muerte repentina, en el año 44, se consideró peligroso encomendar exclusivamente a su hijo de 18 años una posición tan importante co-

mo aquélla, así en lo político como en lo militar, y las gentes influyentes dentro del gabinete no se decidían tampoco de buena gana a desprenderse de las lucrativas procuradurías. En este como en tantos otros casos, el gobierno de Claudio había encontrado el camino justo, pero le faltó la energía necesaria para seguirlo consecuentemente, sin dejarse llevar de consideraciones secundarias. Un príncipe judío apoyado en soldados judíos podía gobernar la Judea para los romanos; el funcionario romano y los funcionarios romanos, en cambio, herían los sentimientos judíos, probablemente más por ignorancia que intencionadamente las más de las veces, y cualquier cosa que hicieran era para los creyentes mosaicos piedra de escándalo y el acto más inocente un crimen contra la religión. El querer que ambas partes se comprendiesen y conciliasen sus deseos era algo tan legítimo como irrealizable. Y, sobre todo, un posible conflicto entre el regente de la Judea y sus súbditos era considerado por el imperio como una cosa bastante indiferente; cualquier conflicto entre los romanos y los judíos de Jerusalén ahondaba, en cambio, el abismo que se abría entre los pueblos del Occidente y los hebreos que con ellos convivían; el peligro no residía en las discordias que pudieran existir en la Palestina, sino en la incompatibilidad existente entre los súbditos de distintas nacionalidades a quienes el destino había uncido al yugo de un gobierno común.

Vísperas de guerra

Así era como el buque iba navegando hacia la vorágine. Todos contribuyeron con su parte a soplar las velas en este viaje trágico: el gobierno romano y quienes lo regentaban, las autoridades judías y el pueblo hebreo. Es cierto que el primero dio constantemente pruebas de su voluntad de satisfacer dentro de los límites de lo posible todas las pretensiones de los judíos, lo mismo las legítimas que las que no lo eran tanto. Al volver a Jerusalén, en el año 44, el procurador

de Roma, le fueron retiradas la facultad de nombrar al gran sacerdote y la de administrar los tesoros del templo, facultades asociadas con la monarquía y que, por tanto, debían competir al procurador de Judea, para conferírselas a un hermano del difunto rey Agripa, el rey Herodes de Calcis y, después de morir éste, a su sucesor, el ya mencionado Agripa el joven. El supremo funcionario de Roma ordenó ejecutar, para acallar las quejas de los judíos, a un soldado romano que, cumpliendo las órdenes de saquear una aldea, había desgarrado un rollo de la Torá. La justicia imperial romana descargaba a veces todo su peso incluso sobre los altos funcionarios que no interpretaban fielmente su política: en vista de que dos procuradores que desempeñaban sus funciones paralelamente tomaban partido, en pro de los samaritanos el uno y el otro en pro de los galileos, con motivo de la disensión entre estos dos pueblos, llegando sus soldados a pelear los unos contra los otros, fue enviado a la Palestina el gobernador de Siria Umidio Quadrato, con poderes extraordinarios para enjuiciar y castigar, llegándose en efecto a enviar al destierro a uno de los culpables y a decapitar públicamente en plena Jerusalén a un tribuno de guerra romano llamado Céler.

Pero al lado de estos ejemplos de energía dábanse otros de flaqueza rayana en la complicidad; de aquel mismo proceso salió impune el otro procurador, Antonio Félix, tan culpable por lo menos como el primero, por ser hermano del poderoso servidor palatino Palas y marido de la hermana del rey Agripa. Pero aún más grave que estos desafueros de algunos de sus funcionarios era el que Roma siguiese absteniéndose de reforzar su personal de gobierno y sus tropas en una provincia como aquélla y reclutando su guarnición casi exclusivamente entre las gentes del país. Aunque se tratase de una provincia poco importante, constituía una grave ligereza y un sentido poco prudente del ahorro el tratarla con arreglo al patrón habitual; si Roma hubiese hecho a su debido tiempo un despliegue impresionante de poder y hubiese ejercido

éste con rigor implacable, enviando a la Judea un gobernador de rango superior y estableciendo en ella un campamento legionario, habría ahorrado tanto a la provincia como al imperio grandes sacrificios de dinero, de sangre y de honor.

Pero tan grande por lo menos como la del gobierno romano es la responsabilidad que cabe a los mismos judíos. Sus propios informes revelan que el gobierno de los grandes sacerdotes —a los que el gobierno propendía con harta frecuencia a dar carta blanca en todos los asuntos de régimen interior— no se ejerció nunca de un modo tan violento ni tan indigno como en el periodo que va desde la muerte de Agripa hasta el comienzo de la guerra. El más conocido e influyente de estos grandes personajes sacerdotales fue Ananías, hijo de Nebedeo, el "sepulcro blanqueado", como le llamó Pablo cuando este juez eclesiástico mandó a sus sayones que le abofeteasen en la boca porque osaba defenderse ante el tribunal; se le imputa el haber sobornado al gobernador, sustrayendo a los sacerdotes bajos, mediante una interpretación adecuada de las Escrituras, el diezmo de las gavillas.[14] Ananías hubo de comparecer ante el juez romano como uno de los principales instigadores de la guerra.

Los fanáticos implacables no podían actuar como mediadores pacíficos entre la dominación extranjera y la nación, no porque predominasen en los círculos dominantes, sino porque estos maquinadores de revueltas populares e instigadores de tribunales contra herejes carecían de la autoridad moral y religiosa con que los hombres mesurados habían encarrilado en tiempos mejores a la multitud, y porque tergiversaban la transigencia de las autoridades romanas en los asuntos interiores de su país y abusaban de ella. Fue precisamente bajo su mando cuando el gobierno de Roma se vio asaltado por las pretensiones más absurdas y desatentadas y cuando estallaron movimientos populares tan ridículos como crueles. Tal, por ejemplo, aquella petición levantisca que costó la vida a un soldado romano por el delito de haber desgarrado un papel. En otra ocasión se produjo un motín en el

que sucumbieron muchas personas porque un soldado romano había mostrado desnuda en el templo —¡gran profanación!— una parte de su cuerpo. Ni el más sabio de los reyes habría podido desviar incondicionalmente aquel río desbordado de demencia; pero ni el último de los príncipes habría contemplado tan impasible como aquellos sacerdotes el desenfreno de esta multitud.

De las revueltas a la guerra

El verdadero resultado de todo esto era el incremento constante de los nuevos macabeos. Es costumbre señalar el año 66 como la fecha inicial de la guerra; con la misma y acaso con más razón podría señalarse el año 44. Desde la muerte de Agripa no descansaron las armas en la Judea, y las pugnas locales entre judíos se combinan con la guerra incesante de las tropas romanas contra las gentes huidas a las montañas, contra los celosos, como los llaman los judíos o los bandidos, que es el nombre que les dan los romanos. Los dos nombres eran exactos; en este como en tantos otros casos los fanáticos peleaban hombro con hombro con los elementos degenerados de la sociedad o en trance de degeneración; no en vano uno de los primeros pasos de los sublevados, después de su victoria, fue el de quemar los títulos acreditativos de las deudas que se custodiaban en el templo.

Cada uno de los procuradores que desfilan por Jerusalén y saben ejercer su cargo, desde el primero, que fue Cuspio Fado, limpia el país de estos elementos, pero la hidra vuelve a levantar en seguida sus cabezas con fuerza redoblada. El sucesor de Fado, Tiberio Julio Alejandro, que descendía personalmente de una familia judía y era sobrino de aquel sabio alejandrino Filón, del que hemos hablado, hizo crucificar a dos hijos de Judas el Galileo, Jacobo y Simón; con ello sembró la simiente del nuevo Matatías. Los patriotas lanzáronse a las calles de la ciudad a predicar abiertamente la guerra y muchos oyeron la llamada y se fueron al desierto; las gentes

pacíficas y razonables que se negaban a seguirlos veían sus casas incendiadas. Si los soldados capturaban a los incendiarios, sus correligionarios se apoderaban de otras personas de nota y las llevaban a las montañas como rehenes; no pocas veces las autoridades prestábanse a poner en libertad a los primeros para conseguir la de los segundos. Al mismo tiempo empezaron a ejercer su siniestra faena en la capital los "sicarios" u "hombres del cuchillo"; asesinaban, a veces por dinero, indudablemente —se dice que su primera víctima fue el sacerdote Jonatán, asesinado por encargo del procurador romano Félix—, pero a ser posible dando muerte también como patriotas a soldados romanos o a gentes del país, acusadas de simpatizar con los dominadores extranjeros.

¿Cómo, en estas condiciones y bajo este estado de espíritu, podían faltar los milagros y los signos providenciales, ni quienes, engañando o dejándose engañar, fanatizasen con ellos a las masas? Siendo procurador Cuspio Fado el taumaturgo Teudas condujo a sus fieles al Jordán, después de asegurarles que las aguas del río se abrirían ante ellos y tragarían a la caballería romana enviada en su persecución, como en tiempos del rey Faraón. Otro taumaturgo llamado el egipcio por su patria de origen anunció, en tiempos del procurador Félix, que las murallas de Jerusalén se derrumbarían como ante los trompetazos de Josué las de Jericó; tras esto cuatro mil "sicarios" le siguieron al Monte Olivete. En la ignorancia precisamente estribaba el peligro. La gran masa de la población judía estaba formada por pequeños campesinos que labraban la tierra y molían la aceituna con el sudor de su rostro, gentes más de aldea que de ciudad, de poca cultura y vigorosa fe, íntimamente relacionados con los guerrilleros de las montañas y tan llenos de veneración por Jehová y sus sacerdotes de Jerusalén como de aversión contra los impuros extranjeros. La guerra era una realidad, pero no una guerra entre potencias por la conquista de la supremacía, ni siquiera una guerra de los oprimidos contra los opresores por la reconquista de su libertad; no fueron estadistas desatentados,

[15] sino fanáticos aldeanos los que iniciaron esta guerra, la sostuvieron y la pagaron con su sangre. Es una nueva etapa en la historia de los odios nacionales; en ambos bandos se creía imposible seguir conviviendo y se luchaba con la mira puesta en exterminarse mutuamente.

Fue de Cesárea de donde partió el movimiento que había de convertir las revueltas en guerra. En aquella ciudad, originariamente griega, transformada más tarde por Herodes con arreglo al patrón de las colonias de Alejandro y que acabó por convertirse en la primera ciudad marítima de Palestina, vivían griegos y judíos sin distinción de confesión ni nacionalidad y equiparados en derechos cívicos, predominando los segundos sobre los primeros en cuanto a número y a riqueza. Los helenos de Cesárea, siguiendo el ejemplo de los de Alejandría y bajo la impresión directa de los sucesos del año 38, recurrieron en queja ante las autoridades superiores y pidieron que se privase de la ciudadanía a los vecinos judíos de su municipio. Su petición fue fallada favorablemente por un ministro de Nerón[16] llamado Burro († 62).

Era algo muy duro, indudablemente, convertir el derecho de ciudadanía en privilegio de los helenos, tratándose de una ciudad fundada en suelo judío y por un gobierno judío. Para comprender esta medida no debemos olvidar, sin embargo, cuál era entonces el comportamiento de los judíos para con los romanos y hasta qué punto empujaron a éstos a convertir una ciudad que era capital y cuartel general de la provincia romana en un municipio puramente helénico. Huelga decir que esta decisión del gobierno provocó violentos tumultos en las calles, en los cuales se midieron con fuerzas casi iguales, a lo que parece, la befa de los helenos y la insolencia de los judíos, sobre todo en la lucha por apoderarse de los accesos a la sinagoga. Las autoridades romanas intervinieron, como fácilmente se comprende, en contra de los judíos. Éstos abandonaron la ciudad, pero fueron obligados a reintegrarse a ella por el gobernador, pereciendo todos en una revuelta callejera (6 de agosto del año 66). Estos hechos no obedecían,

indudablemente, a órdenes del gobierno ni respondían tampoco, de seguro, a su voluntad; eran la obra de poderes desencadenados que no estaba ya en sus manos domeñar.

En Cesárea el ataque partió, pues, de los antisemitas; en cambio en Jerusalén fueron los judíos los atacantes. Es cierto que sus representantes, al relatar los hechos, aseguran que el entonces gobernador de la Palestina, Gesio Floro, se empeñó en provocar a fuerza de crecientes torturas una insurrección que le permitiese sustraerse al peligro de verse acusado por su mal gobierno, y no cabe la menor duda de que los gobernadores de esta época colmaron y rebasaron la medida usual en cuanto a indignidad y a opresión. Pero si realmente el procurador Floro abrigaba semejante plan, hay que reconocer que fracasó. En efecto, según los mismos informes precisamente a que hemos hecho referencia, los judíos mesurados y de posición más acomodada, y con ellos el rey Agripa II, a quien estaba encomendado el gobierno del templo y que se hallaba por aquel entonces presente en Jerusalén —durante este tiempo había trocado el territorio de Calcis por el de Batanea—, lograron calmar a las masas hasta el punto de que sus motines y las medidas adoptadas para reprimirlos se mantuvieron dentro de los límites que venían siendo usuales en los últimos tiempos en aquel país.

Los moderados y los fanáticos

Pero había algo más peligroso que los tumultos callejeros y los desmanes de las bandas de patriotas emboscadas en las montañas, y eran los progresos de la teología hebrea. Los anteriores judíos abrían a los extraños, de un modo bastante liberal, las puertas de su fe; aunque al interior del templo sólo tenían acceso los verdaderos profesos, a los pórticos exteriores eran admitidos como prosélitos cuantos quisieran acercase a la puerta, y también a los no judíos se les permitía que hiciesen allí sus oraciones y presentasen sus ofrendas al dios de Israel. Ya hemos dicho más arriba que, con base en una

fundación de Augusto, se sacrificaba diariamente a Jehová en favor del emperador romano. Pues bien, estos sacrificios de las gentes no judías fueron prohibidos ahora por el regente del templo, el gran sacerdote Eleazar, hijo de Ananías, mencionado más arriba, hombre joven, noble y vehemente, personalmente intachable y valiente, es decir, el reverso de lo que había sido su padre, pero más peligroso por sus virtudes que éste por sus vicios. En vano se le quiso hacer comprender que aquello, aparte de ser absolutamente contrario a la tradición, era tan injurioso para los romanos como peligroso para el país; la medida dictada por el fanatismo prevaleció y los romanos quedaron excluidos del culto al dios de Israel.

Hacía mucho tiempo que los creyentes judíos se dividían en dos bandos: el de los que cifraban su confianza exclusivamente en Jehová y soportaban la dominación de los romanos hasta que el Señor se dignase realizar el reino de los cielos sobre la tierra, y el de las gentes de mentalidad más práctica, decididas a instaurar este reino de los cielos cuanto antes y con sus propias manos, seguros de contar con la ayuda del Señor de los ejércitos para tan santa obra; o sea en el bando de los fariseos y el bando de los fanáticos, para expresarlo con los nombres usuales. El número y el prestigio de los segundos aumentaban por momentos. Se descubrió una antigua sentencia según la cual un hombre saldría de Judea precisamente por este tiempo y conquistaría la dominación del mundo; cuanto más absurda fuese la profecía mayor crédito se le daba, y este oráculo no contribuyó poco a seguir fanatizando a las masas.

El partido moderado diose cuenta del peligro y se decidió a dar la batalla a los fanáticos por medio de la fuerza; pidió a los romanos de Cesárea y al rey Agripa que les facilitasen tropas. Los romanos no enviaron ayuda alguna; Agripa mandó algunas fuerzas de caballería. Por su parte los patriotas y los "sicarios", entre ellos el feroz Manahén, uno de los hijos del tantas veces mentado Judas de Galilea, entraron en la ciudad. Eran los más fuertes y pronto se hicieron dueños de

toda ella. El puñado de soldados romanos que guardaban la ciudadela pegada al templo, no tardó en ser también dominado y aniquilado. El cercano palacio del rey, con sus poderosas torres, donde se habían concentrado los contingentes de los moderados, cierto número de romanos al mando del tribuno Metilio y los soldados de Agripa, no pudo hacer frente tampoco a los embates de la masa. A los soldados de Agripa, que se mostraron dispuestos a capitular, se les concedió paso libre; no así a los romanos. Por fin éstos se rindieron ante la promesa de que se respetarían sus vidas; pero, después de desarmarlos, los mataron a todos, con una sola excepción: la del oficial, que dio palabra de circuncidarse y a quien se indultó como judío. Los jefes de los moderados, entre los que figuraban el padre y el hermano de Eleazar, cayeron también víctimas de la ira popular, más enconada todavía contra los simpatizantes de los romanos que contra los romanos mismos. El propio Eleazar tembló ante las consecuencias de su victoria; lograda ésta, se produjeron sangrientos choques entre los dos caudillos de los fanáticos, Eleazar y Manahén, tal vez por haberse violado las condiciones de la capitulación; Manahén fue tomado preso y ejecutado. La ciudad santa veíase libre; el destacamento romano acantonado en Jerusalén había sido aniquilado; los nuevos macabeos habían vencido, como los antiguos.

Así fue cómo, al parecer en un mismo día, el 8 de agosto del año 66, los no judíos exterminaron en Cesárea a los judíos y éstos a los no judíos en Jerusalén; aquello fue solamente la señal para que ambos bandos se lanzasen a proseguir tan patriótica y santa obra. Los helenos de las ciudades griegas vecinas se deshicieron de los judíos, siguiendo el ejemplo de Cesárea. En Damasco, por ejemplo, fueron encerrados en el gimnasio los judíos de la ciudad en masa y, ante la nueva de un revés de las armas romanas, se los pasó a todos a cuchillo como medida de seguridad. Iguales o parecidas matanzas se llevaron a cabo en Ascalón, Escitópolis, Hippos y Gadara, donde quiera que los helenos eran los más fuertes.

En los dominios del rey Agripa, habitados principalmente por sirios, la intervención de aquél salvó la vida a los judíos de Cesárea Paneas y de otras ciudades. En la Siria siguieron el ejemplo de los helenos de la Palestina Ptolemais, Tiro y, en mayor o menor medida, las demás ciudades griegas; sólo permanecieron al margen de esta cruzada de exterminio las dos ciudades más importantes y civilizadas de la Siria, Antioquía y Apamea, al igual que Sidón. A ello se debió, probablemente, el que el movimiento no se propagase también al Asia Menor. En el Egipto no sólo se produjeron disturbios populares que costaron numerosas víctimas, sino que las propias legiones de Alejandría tomaron parte en la represión antisemita.

Estas matanzas de judíos produjeron la natural reacción en el campo contrario; la insurrección triunfante en Jerusalén se extendió inmediatamente a toda la Judea, organizándose por todas partes bajo las mismas normas de exterminio de las minorías y dando pruebas, por lo demás, de gran energía y rapidez.

Acción militar de Roma

No había más remedio que intervenir sin pérdida de tiempo, para evitar que el incendio siguiera propagándose. Ante las primeras noticias de la insurrección el gobernador de la Siria, Cayo Cestio Galo, marchó con sus tropas contra los insurgentes. Su ejército estaba formado por unos 20 mil soldados romanos y 13 mil de los estados clientes, sin contar con las numerosas milicias sirias. Tomó la ciudad de Joppe, cuyos vecinos fueron pasados en bloque por las armas, y ya en septiembre llegaba a las puertas de Jerusalén y a la misma ciudad. Pero no pudo escalar las murallas del palacio del rey ni las del templo, ni supo aprovecharse tampoco de la oportunidad que varias veces le brindó el partido moderado para apoderarse de la ciudad. Bien porque la empresa fuese verdaderamente irrealizable o porque el jefe no estuviese a la altura

de ella, lo cierto es que levantó en seguida el sitio y hasta hubo de pagar la presurosa retirada con el sacrificio de su bagaje y su retaguardia.

Por el momento, pues, toda la Judea, incluyendo la Idumea y la Galilea, quedó o cayó en manos de los exasperados judíos; las tierras samaritanas viéronse obligadas a unirse también a ellos. Las ciudades predominantemente helénicas del litoral, Antedón y Gaza, fueron reducidas a escombros; Cesárea y las demás ciudades griegas defendiéronse a duras penas. Y si la insurrección no rebasaba las fronteras de la Palestina no era porque el gobierno no hiciese todo lo posible para conseguirlo, sino por la aversión nacional de los sirohelenos contra los judíos.

Los gobernantes de Roma empezaron a tomar la cosa en serio, como lo merecía. Fue enviado a la Palestina, en vez del procurador, un legado imperial, Tito Flavio Vespasiano, hombre reflexivo y soldado experimentado. Se pusieron bajo su mando para estas operaciones militares dos legiones occidentales que aún se encontraban casualmente en la Siria a consecuencia de la guerra de los partos y la legión siria que menos quebrantada había salido de la desdichada expedición de Cestio, al paso que los efectivos del ejército sirio se completaban bajo el mando del nuevo gobernador Cayo Licinio Muciano —Galo había muerto oportunamente— mediante la incorporación a ellos de una nueva legión. A estas unidades romanas y a sus tropas auxiliares se sumaban la anterior guarnición destacada en la Palestina y, por último, las fuerzas de los cuatro reyes clientes de Comagene, Emesa, Judea y Nabat, con un total de 50 mil hombres, de los cuales 15 mil eran soldados del rey.

Este ejército se concentró en el año 67 cerca de Ptolemais y entró Palestina adentro. Los insurrectos, después de haber sido rechazados en repetidas ocasiones por la débil guarnición romana de Ascalón, habían renunciado a seguir atacando las ciudades identificadas con los romanos; el carácter desesperado que presenta todo este movimiento se acusa en

la renuncia inmediata a toda ofensiva por parte de los judíos. Además, al pasar los romanos al ataque, no les daban nunca batalla en campo abierto, ni intentaban siquiera enviar refuerzos a las distintas plazas atacadas por el enemigo. Es cierto que el cauto general romano procuraba también no dividir sus tropas y mantener siempre juntas, por lo menos, las tres legiones. Sin embargo, la resistencia de los judíos era tenaz, pues en la mayoría de los sitios los fanáticos, que generalmente no eran más que un puñado de gentes, tenían aterrorizada a la población, y la estrategia romana no se caracterizaba, en esta guerra, por su brillantez ni por su celeridad. Vespasiano empleó toda su primera campaña (año 67) en reducir las fortalezas del pequeño país de la Galilea y la costa hasta Ascalón; solamente delante de la pequeña ciudad de Jotopata estuvieron detenidas por espacio de cuarenta y cinco días las tres legiones. El invierno del 67 al 68 se lo pasó una legión estacionada en Escitópolis, en la frontera del sur de Galilea, mientras las otras dos permanecían acantonadas en Cesárea.

Entre tanto, en Jerusalén había estallado la discordia entre las distintas facciones, empeñadas en una enconadísima lucha intestina; los buenos patriotas, partidarios al mismo tiempo de que se mantuviese el orden civil, y los patriotas mejores, ávidos de explotar el régimen del terror, unos dándole la máxima tensión fanática y otros desencadenando todos los apetitos de las turbas, se batían en las callejuelas de la ciudad y sólo estaban de acuerdo en una cosa: en que todo intento de avenencia con los romanos constituía un crimen merecedor de ser castigado con la muerte. El general romano, a quien muchas veces se le incitaba a valerse de aquella lucha intestina, seguía obstinado en su táctica de proceder con cautela.

En el segundo año de guerra empezó ocupando el territorio de la Transjordania, principalmente las importantes ciudades de Gadara y Gerasa, para situar luego sus tropas cerca de Emaús y Jericó y, partiendo de allí, ocupar la Idumea en el

sur y la Samaria en el norte, completando así en el verano del 68 el cerco de Jerusalén. Los romanos se disponían a poner sitio a la ciudad cuando llegó la noticia de la muerte de Nerón. Este hecho venía a poner fin, jurídicamente, al mandato conferido al legado imperial; en efecto, Vespasiano, movido tanto por razones de prudencia política como de cautela militar, interrumpió las operaciones hasta recibir nuevas órdenes. Antes de que Galba, el nuevo emperador, se las transmitiese, había pasado ya la estación favorable del año. Al presentarse la primavera del 69 Galba había sido derrocado y la suerte oscilaba entre el candidato imperial de la guardia romana y el del ejército del Rin. Después del triunfo de Vitelio, en junio del 69, Vespasiano reanudó las operaciones y ocupó la ciudad de Hebrón; pero las tropas romanas del Oriente no tardaron en pronunciarse en contra del nuevo emperador, proclamando en su lugar a quien venía actuando como legado en la Judea. Aunque se mantuvieron frente a los judíos las posiciones de Emaús y Jericó, el núcleo del ejército de la Palestina hizo lo mismo que las legiones germánicas que desguarnecían el Rin para irse a luchar por poner en el trono a su general: unas tropas se fueron a Italia con el legado en Siria, Muciano, y otras se trasladaron a la Siria con el nuevo emperador y su hijo Tito, y de allí al Egipto. Hasta que a fines del año 69 hubo terminado la guerra de sucesión al trono con el reconocimiento de Vespasiano en todo el imperio, no se reanudaron las operaciones militares en la Judea; el nuevo emperador encargó a su hijo llevar a su término la guerra contra los judíos.

Gracias a esta combinación de circunstancias los insurrectos fueron dueños de Jerusalén desde el verano del 66 hasta la primavera del 70. Lo que contribuye sobre todo a hacer espantoso, en estos cuatro años de terror desencadenado sobre la nación, el espectáculo que brinda el maridaje del fanatismo religioso con el fanatismo nacional, el noble afán de no sobrevivir a la ruina de la patria y la conciencia de los crímenes perpetrados y del castigo inexorable, el torbellino de las

pasiones más nobles y las más viles, es que los extranjeros se limitasen a ser espectadores y que todas las atrocidades cometidas lo fuesen directamente por judíos contra judíos. Los patriotas moderados no tardaron en ser dominados y sus dirigentes exterminados por los extremistas (fines del 68) con ayuda de las fuerzas levantadas entre los toscos y fanáticos habitantes de las aldeas idumeas. Desde entonces camparon por sus respetos los extremistas y todos los vínculos del orden civil, religioso y moral existentes quedaron rotos. Los esclavos recobraron la libertad, los grandes sacerdotes eran elegidos por sorteo, las leyes rituales pisoteadas y escarnecidas por estos mismos fanáticos que tenían por fortaleza el templo, los prisioneros acuchillados en las cárceles, prohibiéndose bajo pena de muerte que se diese sepultura a sus cuerpos.

Toma y destrucción de Jerusalén

Los distintos cabecillas luchaban unos contra otros con sus propias huestes: Juan de Giscala, con sus gentes traídas de la Galilea; Simón de Gerasa, hijo de Giora, acaudillando a un tropel de patriotas levantado por él en el sur y, al mismo tiempo, a los idumeos sublevados contra Juan; Eleazar, el hijo de Simón, mandaba las fuerzas que se enfrentaron contra Cestio Calo. El primero de estos caudillos tenía su base de operaciones en el pórtico del templo, el segundo en la ciudad, el tercero en el interior del santuario; las calles de Jerusalén eran todos los días escenario de sangrientos combates entre las distintas facciones de los judíos. Sólo el enemigo común las unía; tan pronto como los romanos pasaron al ataque, las mesnadas de Eleazar se pusieron bajo el mando de Juan, y aunque éste siguió siendo dueño del templo y Simón de la ciudad, ambos bandos, sin dejar de pelear entre sí, luchaban hombro con hombro contra los romanos.

Tampoco los atacantes se enfrentaban con una tarea fácil. Su ejército, reforzado ahora con fuertes contingentes de tro-

pas sirias y egipcias para suplir el destacamento enviado a Italia, era lo suficientemente grande, sin duda alguna, para proceder al cerco de la ciudad atacada; ésta, a pesar del largo plazo que se había concedido a los judíos y durante el cual habían podido prepararse para el asedio, no disponía tampoco de suficientes vituallas, sobre todo teniendo en cuenta que una parte de ellas había sido destruida en los combates callejeros y que, por coincidir el sitio con las fiestas del *pésaj,* se encontraban en Jerusalén numerosos forasteros. No obstante, aunque la masa de la población empezase a sufrir pronto privaciones, los defensores tomaban lo que necesitaban para aprovisionarse donde lo encontraban y, hallándose ellos bien abastecidos, peleaban sin preocuparse de que los demás pasasen hambre y muriesen de inanición.

El joven general que mandaba las tropas romanas no podía contentarse con el bloqueo de la ciudad. Una victoria conseguida por este medio con cuatro legiones bajo su mando no le habría cubierto personalmente de gloria; además, el nuevo régimen necesitaba prestigiarse con un brillante hecho de armas. Jerusalén sólo era expugnable por el norte, pues por los demás lados la defendían escarpadas rocas; tampoco por el norte era empresa fácil escalar las murallas levantadas sin reparar en gastos con los ricos tesoros del templo y, ya dentro de la ciudad, asaltar la ciudadela, el templo y las tres poderosas torres de Herodes, defendidas como aquellas otras posiciones por una guarnición fuerte, ardida de fanatismo y desesperada. Juan y Simón no sólo se hallaban enérgicamente parapetados en las torres, sino que con frecuencia sus tropas atrincheradas hacían eficaces salidas y destruían o quemaban las máquinas de los sitiadores. Pero la superioridad en cuanto al número y al arte de la guerra dieron el triunfo a los romanos. Éstos escalaron las murallas y en seguida la torre Antonia; luego, tras larga resistencia, las llamas destruyeron primero los pórticos del templo y más tarde, el 10 de *ab* (agosto) el templo mismo con todos los tesoros en él acumulados desde hacía seis siglos. Por último,

después de un mes de luchas en las calles, el 8 de *elul* (septiembre) quedaron reducidos los focos finales de resistencia dentro de la ciudad y fue demolido el sagrado Salem.

Cinco meses duró la sangrienta faena. La espada y el hacha, pero más aún el hambre, causaron innumerables muertes; los judíos quitaban la vida a cuantos fuesen simplemente sospechosos de deserción y obligaban a las mujeres y a los niños a perecer de hambre dentro de la ciudad. No menos implacable fue la conducta de los romanos, quienes condenaban a morir bajo el hacha o en la cruz a todos los prisioneros. Los últimos combatientes y sobre todo los dos caudillos de la resistencia fueron sacados uno a uno de las cloacas, donde se habían escondido.

Los restos de los insurgentes siguieron defendiéndose durante años junto a las riberas del mar Muerto, en los castillos roqueros de Maquero y Masada, adonde en otro tiempo habían ido a refugiarse, viéndose perdidos, el rey David y los macabeos, hasta que por fin los últimos judíos libres, Eleazar el nieto de Judas el Galileo y los suyos, se quitaron la vida después de haber matado a sus mujeres y a sus niños.

La obra estaba cumplida. El emperador Vespasiano, que era un buen soldado, no tuvo reparo en desfilar como triunfador por el Capitolio para festejar aquella victoria sobre un pequeño pueblo sometido desde hacía mucho tiempo, y todavía hoy podemos admirar en los bajorrelieves del arco de triunfo que el Senado del imperio erigió en honor de Tito en la plaza de su capital[17] el candelabro de siete brazos llevado allí desde el santuario de Jerusalén, extremos todos que dan una idea bien pobre del sentido guerrero de esta época. Claro está que la profunda aversión sentida por los occidentales contra el pueblo hebreo compensaba en cierto modo lo que a aquellas hazañas les faltaba de gloria bélica. El nombre de los judíos se tenía por demasiado vil para que los emperadores se adornasen con él en señal de triunfo, como hicieron con los nombres de los germanos y los partos; pero ello no era

obstáculo para que brindasen a la plebe de la capital el gozo maligno y exultante de aquella victoria.

Nueva política de Roma

A la obra de la espada siguió el viraje de la política. La política seguida por los antiguos estados helénicos consistente en mantener la cohesión de los judíos como una comunidad nacional y religiosa, política heredada por los romanos y que éstos llevaron en realidad más allá de lo que ordenaba la simple tolerancia hacia el modo de ser y la fe de un pueblo extranjero, habíase hecho ya imposible. La insurrección judía había puesto de manifiesto demasiado claramente los peligros que encerraba esta colectividad religioso-nacional, que mientras de una parte se concentraba fuertemente dentro de sí, de otra parte se desbordaba por todo el Oriente y tenía incluso sus ramificaciones en los países occidentales. Esto hizo que se suprimiese de una vez para siempre el culto central judío. Esta decisión adoptada por el gobierno no deja lugar a ninguna duda y nada tiene que ver con el problema, difícil de resolver, de si la destrucción del templo de Jerusalén fue un hecho intencionado o casual; por una parte, es cierto que la supresión del culto sólo exigía la clausura del templo y no la destrucción de un edificio tan fastuoso como aquél, pero por otra parte no es menos cierto que el culto habría podido reanudarse en otro templo o en el mismo reconstruido, si aquél se hubiese destruido realmente por un accidente fortuito. Siempre quedará en pie como lo más probable, evidentemente, la interpretación de que no fue el azar de la guerra lo que en este caso decidió, sino que las llamas destructoras del templo de Israel fueron simplemente el programa de la nueva política que el gobierno romano se proponía seguir con respecto a los judíos.[18] Esta política revélase con mayor claridad aún que en los sucesos de Jerusalén en la clausura ordenada al mismo tiempo por Vespasiano del santuario central de los judíos egipcios, el templo de Osnia situado no le-

jos de Menfis, en el distrito heliopolitano, el cual venía subsistiendo desde hacía varios siglos al lado del de Jerusalén al modo cómo subsistía al lado del Antiguo Testamento la traducción hecha por los Setenta alejandrinos; también este templo fue despojado de las ofrendas que lo adornaban y quedó cerrado para el culto.

Otras medidas relacionadas con el nuevo orden fueron la supresión de la dignidad del gran sacerdote y del Sanedrín de Jerusalén, con lo que se privaba a los judíos del imperio de su cabeza visible y de la suprema autoridad tradicional en materia religiosa. No se suprimió, en cambio, el tributo anual que hasta ahora se venía, por lo menos, tolerando, y que todo judío, donde quiera que residiese, debía pagar con destino a los fondos del templo; lo que se hizo fue transferirlo, como una amarga parodia, al Júpiter capitolino y a su representante en la tierra, el emperador romano. Dada la organización del pueblo judío, la supresión del culto central implicaba al mismo tiempo la disolución del municipio de Jerusalén. La ciudad, destruida e incendiada, permanecía reducida a escombros, como en su tiempo Cartago y Corinto; todas las tierras situadas dentro de su demarcación, fuesen de propiedad pública o privada, convirtiéronse en dominios del emperador. Los vecinos de la populosa ciudad que habían escapado a la muerte por la espada o por el hambre cayeron bajo el martillo del mercado de esclavos.

La legión romana que en lo sucesivo mantendría el orden en el país judío, secundada por sus tropas auxiliares tracias y españolas, levantó su campamento entre las ruinas de la ciudad arrasada. Las tropas provinciales reclutadas hasta entonces en la Palestina fueron enviadas a servir en otras provincias. En la ciudad de Emaús, muy cerca de Jerusalén, se asentó una colonia de veteranos romanos, pero sin conceder tampoco a este lugar el derecho de ciudadanía. En cambio la antigua Sichem, centro religioso de la comunidad samaritana, que era ya ciudad griega tal vez desde el tiempo de Alejandro Magno, se reorganizó ahora con arreglo a las formas de

la polis helénica bajo el nombre de Flavia Neápolis. Cesárea, la capital del país, que venía funcionando como ciudad griega, recibió en este tiempo como "primera colonia flavia" el régimen romano y la lengua oficial latina. Eran los primeros pasos hacia la política de municipalización occidental del país de Israel. No obstante, la verdadera Judea siguió siendo, aunque despoblada y empobrecida, un país judío; cómo se comportaba el gobierno con este país lo revela ya el hecho de su permanente ocupación militar, medida anómala que, no hallándose como no se hallaba la Judea en las fronteras del imperio, no podía perseguir otra finalidad que la de humillar y tener a raya a sus habitantes.

Tampoco la dinastía de los herodeos sobrevivió mucho tiempo a la destrucción de Jerusalén. El rey Agripa II, señor de Cesárea Paneas y de Tiberíades, había cooperado lealmente con los romanos en la guerra contra sus hermanos de raza y podía incluso mostrar en su persona algunas cicatrices, honrosas por lo menos en un sentido militar; además, su hermana Berenice, una Cleopatra en pequeño, tenía cautivo del resto de sus encantos, muy fogueados, al sojuzgador de Jerusalén. Todo esto le ayudó a sostenerse personalmente en el poder heredado de sus mayores; pero a su muerte, ocurrida unos treinta años después, pasó también a la provincia de Siria este último vestigio del antiguo Estado judío.

Tolerancia religiosa

Ni en la Palestina ni en otras partes se pusieron obstáculos a los judíos para que ejercitasen sus prácticas religiosas. En la Palestina seguía tolerándose incluso su enseñanza religiosa con las consiguientes reuniones de sus maestros y doctores de la ley, sin oponerse tampoco a que estas juntas de rabinos intentasen subrogarse hasta cierto punto en las atribuciones del antiguo Sanedrín de Jerusalén y fijar en los rudimentos del Talmud su doctrina y su ley. Aunque algunas de las gentes complicadas en la insurrección judía, huidas al

Egipto y a la Cirenaica, provocaron disturbios en estos sitios, los judíos residentes fuera de la Palestina fueron respetados, a lo que parece, en su posición anterior. El representante del gobernador de la Siria intervino enérgicamente para reprimir los brotes de antisemitismo que se produjeron en Antioquía precisamente por los días de la destrucción de Jerusalén, ante la denuncia en que un hermano suyo de confesión traidor a su causa achacaba públicamente a los judíos de aquella ciudad la intención de prenderle fuego, no permitió que se les obligase, como se pretendía, a adorar a los dioses del país y a desistir de la observancia del descanso sabático. El propio Tito, al presentarse en Antioquía, rechazó del modo más resuelto la petición que le presentaron los dirigentes del movimiento antisemita para que los judíos fuesen expulsados de la ciudad. Las autoridades no estaban decididas a declarar la guerra a la religión hebrea como tal ni a empujar a la desesperación a la ramificadísima emigración judaica; bastaba, según su criterio, con eliminar al judaísmo del Estado como representación y fuerza política.

El cambio de rumbo que se había operado en la política seguida con los judíos desde los tiempos de Alejandro tendía, sustancialmente, a privar a esta comunidad religiosa de su dirección unitaria y de su cohesión exterior y a arrebatar a sus dirigentes un poder que no se ejercía solamente sobre su patria, sino que se extendía a todos los judíos de dentro y fuera del imperio romano y que en el Oriente redundaba, indiscutiblemente, en detrimento de la unidad del imperio. Los lágidas y los seléucidas, y, siguiendo sus huellas, los emperadores romanos de la dinastía julio-claudia, habíanse resignado a ello, pero la dominación directa de los occidentales sobre la Judea había agudizado el antagonismo existente entre el poder del imperio y este poder sacerdotal hasta un punto en que la catástrofe sobrevino de un modo inexorable y con todas sus consecuencias. Desde el punto de vista político puede que sea censurable el modo implacable con que se condujo esta guerra, que en esto no se diferencia gran cosa,

por lo demás, de otras guerras semejantes de que nos habla la historia de Roma; lo que difícilmente podría censurarse es la disolución político-religiosa de la nación judía, acordada como consecuencia de ella. Si se aplicaba el hacha a la raíz de instituciones que habían conducido y hasta cierto punto tenían que conducir a la formación de partidos como el de los fanáticos, no se hacía más que lo que era justo y necesario, por duras e incluso injustas desde el punto de vista individual que pudieran ser las consecuencias de ello para el hombre judío. Vespasiano, el emperador que adoptó esta decisión, era un gobernante razonable y mesurado. No se trata de una cuestión de credo, sino de una cuestión de poder; el Estado teocrático judío que encabezaba la diáspora era incompatible con el carácter incondicional del gran Estado secular de cuyo imperio formaba parte. Y el gobierno no se apartó tampoco en este caso de la norma general de la tolerancia; la guerra no iba dirigida contra los judíos ni contra su fe, sino contra el gran sacerdote y el Sanedrín.

Y hay que reconocer que si la destrucción del templo tuvo realmente esta finalidad, no dejó de lograrla, al menos en parte. Eran muchos los judíos y más los que con ellos simpatizaban, sobre todo en la diáspora, que se preocupaban más de la ley moral mosaica y del monoteísmo judío que de su estricta forma nacional de fe; toda la gran secta de los cristianos se había ido desprendiendo interiormente del judaísmo y se hallaba, por lo menos en parte, en abierta oposición con el rito judaico. Para ellos la caída de Jerusalén no era, ni mucho menos, el fin del mundo; dentro de estos círculos extensos e influyentes consiguió el gobierno romano en cierto modo lo que se proponía al disolver el poder central del culto judío. La desaparición del culto central judaico contribuyó poderosamente a fomentar el divorcio entre la fe cristiana, vínculo de unión entre naciones, y la fe judía, estrictamente nacional, potenció la victoria de los partidarios de Pablo sobre los secuaces de Pedro.

Nuevos levantamientos

Pero entre los judíos de la Palestina, entre los que no hablaban hebreo, sino arameo, y en aquellos círculos de la emigración que se sentían firmemente adheridos a Jerusalén, la destrucción del templo no hizo más que ahondar el abismo abierto entre el judaísmo y el resto del mundo. Dentro de este estrecho círculo, aquella cohesión religioso-nacional con que el gobierno quería acabar no hizo más que fortalecerse con el intento de destruirla por la violencia, viéndose empujada por el momento a nuevas y desesperadas luchas.

No habían transcurrido cincuenta años desde la destrucción de Jerusalén cuando en el año 116[19] los judíos de las costas orientales del Mediterráneo se levantaron contra el gobierno imperial. Esta insurrección, aunque emprendida por la diáspora, tenía en sus principales focos, Cirene, Chipre y el Egipto, un carácter puramente nacional, pues iba encaminada a expulsar tanto a los romanos como a los helenos y a fundar un Estado específicamente judío. El movimiento repercutió hasta en tierras de Asia y se extendió a la Mesopotamia y la Palestina. Donde triunfaban los insurrectos hacían la guerra con el mismo encono que los "sicarios" en Jerusalén; pasaban a cuchillo a cuantos caían en sus manos —el historiador Apiano, nacido en Alejandría, cuenta cómo tuvo que salir huyendo de ellos para salvar su vida, hasta que consiguió llegar a duras penas a Pelusión— y no pocas veces daban muerte a los prisioneros con los martirios más espantosos o los obligaban, como había hecho Tito con los prisioneros judíos en Jerusalén, a caer peleando como gladiadores en el circo para solaz de los vencedores. Solamente en Cirene se dice que murieron a sus manos 220 mil hombres y en Chipre 240 mil. Por su parte los helenos sitiados en Alejandría, ciudad que no consiguieron al parecer tomar los judíos, mataron a todos los hijos de Israel residentes en la ciudad.

La causa inmediata de la insurrección no ha podido ponerse en claro. La sangre de los fanáticos que habían conseguido huir a Alejandría y Cirene para sellar allí con la muerte bajo el hacha del verdugo la fidelidad a su fe, no se derramaría seguramente en vano; la guerra de los partos en el transcurso de la cual estalló la insurrección contribuiría en parte a fomentarla, al retirar de Egipto, como probablemente se hizo, a las tropas allí destacadas para llevarlas al teatro de la guerra. Fue, según todas las apariencias, una explosión de la furia religiosa de los judíos que como un volcán latente ardía dentro de sus pechos desde la destrucción del templo para vomitar fuego y lava en el momento menos pensado, una de estas explosiones de cólera que el Oriente ha conocido en todos los tiempos y sigue conociendo aún hoy. No sabemos a ciencia cierta que los insurgentes llegasen a proclamar a un judío como rey; lo que sí podemos asegurar es que la chispa de este levantamiento se encendió entre la gran masa de los judíos humildes. El hecho de que esta insurrección judaica coincidiese en parte con el intento de liberación de los pueblos recientemente sometidos por Trajano, al que más arriba nos hemos referido, y se produjese en los momentos en que aquél se encontraba en el Lejano Oriente, junto a la desembocadura del Éufrates, le daba incluso cierta significación política; la insurrección de los judíos contribuyó lo suyo, sobre todo en la Palestina y en la Mesopotamia, a hacer que, al final de su carrera, los éxitos logrados por este emperador se le evaporasen entre las manos.

Para poder sofocar la insurrección fue necesario poner en marcha las tropas en todas partes; contra el "rey" de los judíos cirenaicos Andreas o Lucas y contra los insurrectos del Egipto envió Trajano a Quinto Marcio Turbo con fuerzas de mar y tierra, y contra los de la Mesopotamia a Lusio Quieto, dos de sus más experimentados generales. Los insurgentes no pudieron oponer resistencia en parte alguna al frente cerrado de las tropas romanas, si bien la lucha se alargó, tanto en África como en Palestina, hasta los primeros tiempos del

reinado de Adriano. Esta diáspora sufrió ahora el mismo castigo implacable que antes sufrieron los judíos de la Palestina. De Trajano dice Apiano el historiador que destruyó a los judíos de Alejandría, expresión tal vez no muy inexacta, aunque algo exagerada, de la verdad. De Chipre sabemos por los testimonios seguros de las fuentes que desde entonces ningún judío pudo pisar siquiera la isla y que hasta a los israelitas náufragos les esperaba en sus playas la muerte. Si la tradición histórica fuese tan explícita acerca de esta catástrofe como lo es en lo que se refiere a la de Jerusalén, es posible que tuviésemos que considerarla como continuación y en cierto modo como explicación de aquélla; esta insurrección viene a revelar las relaciones existentes entre la diáspora y la patria judía y la realidad de que el judaísmo había ido desarrollándose como un Estado dentro del Estado.

Los judíos en rebeldía

Pero no se crea que con el aplastamiento de esta segunda insurrección quedó vencida la rebeldía de los judíos contra el poder del imperio. No puede decirse que éste los provocase; actos administrativos corrientes, aceptados sin réplica en todo el imperio, irritaban a los judíos en los sitios en que estaban los focos de la fuerza íntegra de resistencia de su fe nacional y acabaron provocando, probablemente con gran sorpresa de los propios gobernantes, una insurrección que era en realidad una guerra. Cuando en el año 130 el emperador Adriano visitó la Palestina en su gira por el imperio y decidió restaurar como colonia romana la destruida ciudad santa de los judíos, podemos estar seguros de que no lo hizo porque los temiese ni movido por ninguna idea de política religiosa, sino sencillamente aplicando a aquel campamento de las legiones el mismo criterio que poco antes o poco después aplicó también en el Rin, en el Danubio y en el África, a saber, el de enlazarlo con una ciudad poblada para empezar con veteranos y cuyo nombre de Elia Capitolona era una

combinación del nombre de su fundador y el del dios a quien entonces adoraban los judíos en vez de Jehová.

Otro tanto aconteció con el precepto por el que se prohibía la circuncisión: no se dictó en modo alguno, como más tarde se dirá, con el propósito de declarar así la guerra al judaísmo como tal. Pero los judíos, naturalmente, no se pararon a preguntar por los motivos a que obedecía la fundación de aquella ciudad ni esta prohibición, sino que interpretaron ambas medidas como un ataque contra su religión y su nacionalidad y contestaron a ellas con un levantamiento, que al principio no fue tomado en serio por Roma, pero que había de llegar a adquirir una intensidad y una duración sin paralelo en la historia del imperio romano. Todos los judíos dentro y fuera del país se pusieron en movimiento para apoyar más o menos abiertamente la insurrección desencadenada junto al Jordán; la misma ciudad de Jerusalén cayó en manos de los insurrectos[20] y hubieron de presentarse en el campo de la acción el gobernador de Siria y hasta el propio emperador Adriano. Encabezaban esta guerra dos personajes cuya combinación era de por sí bastante significativa: el sacerdote Eleazar y el capitán de bandidos Simón, apodado Bar-Kojba, o sea el Hijo de la Estrella, para significar sin duda su papel de mensajero de la ayuda celestial y tal vez de mesías. Las monedas de plata y de cobre acuñadas por espacio de varios años a nombre de estos dos cabecillas revelan la potencia financiera y la organización de los insurgentes.

Después de concentrar un número suficiente de tropas, el experimentado general Sexto Julio Severo acabó por imponerse; la guerra fue desarrollándose gradual y lentamente como la de Vespasiano, sin que fuera posible batir al enemigo en campo abierto; el ir conquistando plaza tras plaza costaba tiempo y sangre, hasta que por fin, después de tres años de guerra,[21] los romanos tomaron por asalto el último baluarte de los insurrectos, la ciudad fortificada de Bether, no lejos de Jerusalén. Las cifras de 50 fortalezas conquistadas, 985 aldeas ocupadas y 580 mil prisioneros cogidos al enemi-

go, que nos han sido transmitidas por fuentes serias, no tienen nada de inverosímil, pues la guerra se libró con una crueldad feroz y la población masculina fue pasada a cuchillo en casi todas partes.

Como consecuencia de esta nueva insurrección fue borrado hasta el nombre del pueblo vencido; en lo sucesivo la provincia ya no se llama Judea como antes, sino que se la conoce con el viejo nombre que le da Herodoto: la Siria de los filisteos o Siria Palestina. El país seguía desolado; la nueva ciudad adriana existía, pero no prosperaba. A los judíos les estaba prohibido bajo pena de muerte pisar siquiera Jerusalén. La guarnición fue doblada; desde entonces destináronse dos legiones a guardar aquel limitado territorio situado entre el Egipto y la Siria, que sólo incluía una pequeña faja de la Transjordania junto al mar Muerto y que no lindaba con las fronteras del imperio en parte alguna. A pesar de todas estas medidas de fuerza, el país permanecía inquieto, tal vez principalmente a consecuencia del bandolerismo, entrelazado desde hacía mucho tiempo con la causa nacional; Antonino Pío organizó alguna expedición contra los judíos y se habla también de guerras contra los judíos y los samaritanos emprendidas bajo Septimio Severo. Pero después de la guerra de Adriano ya no volvieron a producirse movimientos importantes entre los judíos.

La política del imperio

Hay que reconocer que estas repetidas explosiones de la ira reconcentrada en el pecho de los judíos contra todos sus conciudadanos de otras razas o confesiones no alteraron en lo más mínimo la política general del imperio. Los emperadores que siguieron a Vespasiano continuaron adoptando esencialmente, ante los judíos, el criterio general que adoptara éste: el de la tolerancia política y religiosa, llevada hasta el punto de que las leyes de excepción dictadas para los judíos siguieron orientándose fundamentalmente, como lo estaban

antes, a eximirlos de los deberes generales de la ciudadanía incompatibles con sus costumbres y su credo religioso, razón por la cual se las califica directamente como privilegios.

Desde la época de Claudio, cuya prohibición del culto judío en Italia es, por lo menos, la última medida de esta naturaleza que conocemos, parece que los judíos pueden, jurídicamente, residir y practicar libremente su religión en todo el imperio. No tendría nada de extraño que aquellas sublevaciones registradas en el África y en la Siria hubiesen conducido a la expulsión de todos los judíos residentes en los territorios afectados; sin embargo estas restricciones sólo se decretaron, como veíamos, con carácter local, en la isla de Chipre por ejemplo. La sede fundamental de los judíos siguieron siendo las provincias helénicas; los hebreos formaban también parte de la población griega de Roma, ciudad en cierto modo bilingüe en que había numerosos judíos, repartidos entre una serie de sinagogas. Las inscripciones que se han encontrado en sus sepulcros de la capital son todas ellas helénicas; entre esta colectividad judía, en cuyo seno había de surgir más tarde la comunidad de los cristianos de Roma, seguía pronunciándose en griego, todavía en época muy avanzada, la fórmula del bautismo, y durante los tres primeros siglos absolutamente todos los escritos se redactaron en la misma lengua. Con el helenismo y a través de él penetró el judaísmo en el Occidente, y también aquí existían comunidades judías, aunque muy inferiores en número e importancia a las del Oriente, aún después de haber sufrido éstas, fundamentalmente, los golpes asestados contra la diáspora.

De la tolerancia del culto como tal no se derivaba ninguna clase de privilegios políticos. No se impedía a los judíos que creasen sus sinagogas y proseuchas, y se les dejaba también en libertad para nombrar la autoridad llamada a regentarlas (ἀρχισυναγωός) y un consejo de venerables (ἄρχοντες) con un supremo jefe (γερουσιάρχης) a la cabeza. Aunque estos cargos no debían llevar aparejadas atribuciones de autoridad, es evidente que, dada la identificación del régimen eclesiásti-

co y la administración de justicia característica de los judíos, aquellos sacerdotes desempeñarían aunque sólo fuese de hecho una cierta jurisdicción, semejante a la de los obispos en la Edad Media. Las comunidades judías de las distintas ciudades no estaban reconocidas en general como corporaciones; no lo estaba por ejemplo, con toda seguridad, la de Roma; sin embargo en muchos sitios y a base de privilegios locales existían comunidades judías de carácter corporativo, con sus etnarcas, que ahora suelen llamarse patriarcas, a la cabeza. Más aún, a comienzos del siglo III volvemos a encontrarnos en la Palestina con un patriarca de todos los judíos, que, investido de títulos sacerdotales hereditarios, gobierna casi como un rey sobre todos los pertenecientes a su confesión, pudiendo incluso disponer de sus vidas y personas, y cuya existencia toleran por lo menos las autoridades del imperio.[22] Este patriarca seguía siendo para los judíos, sin duda alguna, el antiguo gran sacerdote, lo cual quiere decir que el testarudo pueblo de Dios había sabido reconstruirse ante los ojos de la dominación extranjera, desbaratando así, hasta cierto punto, la obra de Vespasiano.

En lo que se refiere a la incorporación de los judíos a los deberes y a las cargas de derecho público, sabemos que desde hacía ya mucho tiempo se les eximía, como se les siguió eximiendo aún ahora, del servicio militar como incompatible con sus convicciones religiosas. Podía considerarse en cierto modo como una compensación de esto, aunque no había sido impuesto precisamente en este sentido, el tributo personal a que de antiguo se hallaban sujetos para contribuir a los fondos del templo. Desde la época de Septimio Severo por lo menos se les reconoce en general capacidad y obligatoriedad en lo tocante a otras cargas, como por ejemplo la de asumir las tutelas y los cargos municipales, aunque excusándoles de las que puedan contravenir a su "superstición", siendo de tenerse en cuenta que la exclusión de los cargos municipales tiende poco a poco a convertirse de una postergación en un privilegio. Y las mismas o parecidas normas debieron de se-

guirse también en tiempos posteriores con respecto a los cargos del Estado.

La única injerencia seria del poder público en las prácticas judaicas es la que se refiere al rito de la circuncisión. Sin embargo es lo más probable que esta prohibición no se inspirase en razones de política religiosa, sino en motivos relacionados con el veto de la castración y en parte también, tal vez, en una falsa interpretación de la práctica judía. El abuso cada vez más difundido de la castración fue incluido por el emperador Domiciano entre los delitos criminales; Adriano reforzó la sanción, colocando este acto bajo las normas de la ley de homicidio y fue entonces, al parecer, cuando se equiparó la circuncisión a la castración.[23] Los judíos tenían que considerar esto, naturalmente, y así lo consideraron en efecto, como un atentado contra su existencia, aunque no fuese tal, probablemente, la intención. Poco después, tal vez a consecuencia de la insurrección provocada en parte por aquella medida, Antonino Pío autorizó la práctica de la castración tratándose de niños de origen judío y manteniendo en pie las penas señaladas para la castración incluso para los esclavos no judíos y para los prosélitos. La importancia política de esta medida estribaba en que con ello se declaraba como un acto criminal sujeto a penas el hecho de abrazar formalmente el judaísmo; y aunque la prohibición no se dictó, probablemente, en este sentido, sí se mantuvo.[24] Fue ésta, tal vez, una de las causas que contribuyeron a la brusca actitud de retraimiento de los judíos frente a las gentes de otra raza o confesión.

Si echamos una ojeada de conjunto a los destinos del judaísmo en la época que va de Augusto a Diocleciano, vemos cómo durante estos tres siglos cambian fundamentalmente su esencia y su posición. Al principio de esta época es un poder nacional y religioso firmemente unido en torno a su pequeña patria, que se enfrenta incluso con las armas en la mano al gobierno del imperio dentro y fuera de la Judea y desarrolla una propaganda formidable y poderosa en el terreno

de la fe. Se comprende perfectamente que el gobierno romano no estuviese dispuesto a tolerar la adoración de Jehová y la religión de Moisés más que dentro de los límites en que toleraba el culto de Mitra y la fe de Zoroastro. La reacción contra este judaísmo cerrado asentado sobre sus propias bases fueron los golpes demoledores asestados por Vespasiano y Adriano contra la Judea y por Trajano contra los judíos de la diáspora, cuyas consecuencias van mucho más allá de la destrucción de la comunidad existente y el menoscabo del poder y la influencia de los judíos.

La nueva fe

En realidad, tanto el cristianismo posterior como el judaísmo posterior son consecuencia de esta reacción del Occidente contra el Oriente. El gran movimiento de propaganda que extendió del Oriente al Occidente aquella profunda concepción religiosa de la vida se sobrepuso de este modo, como ya se ha dicho, a los estrechos límites de la nacionalidad judía; sin dejar de apoyarse en Moisés y en los profetas, se desprendió necesariamente, con ello, del régimen de los fariseos, hecho añicos. Los ideales cristianos del porvenir hiciéronse universales a partir del momento en que dejó de haber una Jerusalén sobre la tierra.

Pero de estas catástrofes no surgió solamente una fe nueva, más vasta y más profunda, que al cambiar de esencia cambió también de nombre; resurgió al mismo tiempo aquella fe antigua, estrecha y anquilosada, que si ya no se concentraba en Jerusalén se aglutinaba en torno al odio contra quienes la habían destruido y, más aún, contra aquel movimiento espiritual, más libre y más elevado, que había sabido alumbrar el cristianismo en el seno del judaísmo. La fuerza externa del judaísmo había quedado destrozada; ya no volvemos a encontrarnos más tarde con levantamientos como los producidos a mediados de la época del imperio. Los emperadores romanos acabaron con aquel Estado dentro del Estado;

el cristianismo pasaba a ser ahora el movimiento verdaderamente peligroso para el imperio, el heredero de la acción de propaganda del judaísmo, con lo cual quedaban eliminados para la trayectoria general ulterior los fieles de la vieja fe que no se sumaban a la nueva religión.

Pero aunque las legiones hubiesen destruido Jerusalén no podían demoler el judaísmo, con todo lo que éste significaba; lo que en un aspecto fue un remedio actuó en otro sentido como un veneno. El judaísmo no sólo siguió existiendo, sino que cambió además de carácter. Entre el judaísmo de los viejos tiempos, que hace propaganda por su fe, en que el pórtico del templo se halla lleno de paganos, en que los sacerdotes ofician diariamente ante su Dios para el emperador Augusto, y el rígido rabinismo que no sabe ni quiere saber del mundo fuera del seno de Abraham y de la ley mosaica, media un profundo abismo. Los judíos fueron siempre y quisieron ser siempre extranjeros dentro del imperio; pero ahora el sentimiento del extranjerismo se acentúa en términos espantosos tanto en ellos mismos como frente a ellos, y ambas partes sacan violentamente las odiosas y dañinas consecuencias de ello. Hay una gran diferencia entre aquellas desdeñosas burlas que Horacio dirigía a los judíos intrusos del *ghetto* de Roma y la ira solemne de un Tácito contra lo que él llama la escoria de la humanidad, que impurifica cuanto es puro y convierte en puro toda la impureza; entre una y otra actitud median todas aquellas insurrecciones del pueblo despreciado y la necesidad de vencerlo y de sacrificar constantemente dinero y vidas humanas para domeñarlo. La prohibición de hacer objeto de malos tratos a los judíos, constantemente reiterada en los decretos imperiales, revela que las palabras de los hombres cultos eran convertidas en obras, como es lógico, por los de abajo.

Los judíos, por su parte, no procedían mejor. Volvíanse de espaldas a la literatura helénica, considerada ahora como impura, y se rebelaban incluso contra la práctica de traducir al griego la Biblia; y las campañas cada vez más intensas de pu-

rificación de la fe no se dirigían solamente contra los griegos y los romanos, sino también contra los "semijudíos" de Samaria y contra los herejes cristianos. La ortodoxia apegada a la letra de las sagradas escrituras fue remontándose hasta las alturas vertiginosas de lo absurdo y por encima de ellas se fue plasmando una tradición más santa aún si cabe, cuyas ligaduras mataban toda vida y todo pensamiento. El abismo entre aquella obra sobre lo sublime que se atreve a presentar paralelamente al Poseidón de Homero, el que hace estremecerse los mares y las tierras, y el Jehová que crea el sol resplandeciente, y los principios del Talmud, pertenecientes a esta época, señala la antítesis que existe entre el judaísmo del siglo primero y el del siglo tercero.

La convivencia de judíos y no judíos iba revelándose cada vez como algo inevitable y al mismo tiempo como algo insoportable en las condiciones dadas; el antagonismo en cuanto a la fe, el derecho y las costumbres, lejos de mitigarse iba acentuándose más y más, y el mutuo orgullo y el odio mutuo traducíanse por ambas partes en consecuencias moralmente desastrosas. La atenuación del contraste no sólo no hizo ningún progreso durante estos siglos, sino que siempre que la realidad revelaba la necesidad de lograrla, iba dejándose para un porvenir cada vez más lejano. Esta ira, este orgullo y este desprecio, plasmados en la época a que nos estamos refiriendo, fueron indudablemente la cosecha inevitable de una siembra tal vez no menos inevitable; pero la herencia de aquellos tiempos sigue gravitando todavía hoy sobre la humanidad.

[1] Es dudoso por lo menos que Josefo *(contra Ap.,* 2, 4) tenga razón al atribuir a Alejandro la condición jurídica de los judíos de Alejandría, pues sabemos que no fue él, sino el primer Tolomeo, quien asentó a grandes masas de judíos en aquella ciudad (Josefo, *ant.*, 12, 1; Apiano, *Syr,* 30). La notable semejanza que se advierte en la organización de los judíos en los distintos estados de los diádocos debió de obedecer, siempre que no respondiese a las normas de Alejandro Magno, a la tendencia a la rivalidad y a la imitación en las fundaciones de ciudades. Un hecho que contribuye esencialmente, sin duda alguna, a estos asentamientos en masa de judíos es el de que la Palestina sea unas veces territorio egipcio y otras veces territorio sirio.

[2] Cuando los judíos de Alejandría afirman más tarde hallarse jurídicamente equiparados a los macedonios alejandrinos (Josefo, *contra Ap.,* 2, 4; *bell.,* 2, 18, 7) tergiversan la verdadera realidad. Fueron primeramente compañeros de protectorado de la *phyle* de los macedonios, de la más prestigiosa de todas probablemente, por cuya razón se los conoce por el nombre de Dionisos (Teófilo, *Ad Autolycum,* 2, 7); como el barrio judío formaba parte de esta *phyle,* Josefo los convierte a su modo en macedonios. La condición jurídica de la población de las ciudades griegas de esta categoría se trasluce con la mayor claridad posible de las noticias de Estrabón (en Josefo, *ant.,* 14, 7, 2) sobre las cuatro categorías que formaban la de Cirene: vecinos de la ciudad, gentes del país (γεωργοί), extranjeros y judíos. Si prescindimos de los metecos, que tenían en otra parte su patria jurídica, quedan como cireneos con derecho de vecindad los que gozaban de ciudadanía plena, o sea los helenos y todos los considerados como tales, y las dos categorías de personas excluidas de la ciudadanía activa: los judíos, que formaban su propia comunidad, y los súbditos, los libios, carentes de autonomía. Cosa que podía tergiversarse fácilmente en el sentido de que las dos categorías privilegiadas se hallaban equiparadas jurídicamente.

[3] Pseudo-Longino, περὶ ὕψους, 9: "Mucho mejor que la guerra entre los dioses es en Homero la pintura de los dioses en su perfección y verdadera grandeza y pureza, como las de Poseidón (*Iliada*, 13, 18 ss.). Del mismo modo, el legislador de los judíos, que no era un hombre como otro cualquiera (οὐχ ὁ τυχὼν ἀνηρ), escribe, después de concebir y expresar de un modo adecuado el poder divino, al comienzo mismo de las Leyes (*Génesis*, 1, 3): Habló el dios. ¿Qué? ¡Hágase la luz! Y la luz fue hecha. ¡Hágase la tierra! ¡Y la tierra fue hecha!"

[4] El judío Filón atribuye el trato dado a los judíos en Italia a Seyano y el dado a los judíos del Oriente al propio emperador. Pero Josefo achaca lo ocurrido en Italia a un escándalo que dieron en la capital tres piadosos embaucadores judíos y una dama noble convertida al judaísmo, y el propio Filón reconoce que Tiberio, después de la caída de Seyano, se limitó a encomendar a los gobernadores ciertas atenuaciones en el modo de proceder contra los judíos. La política del emperador y la de sus ministros frente a los judíos era, esencialmente, la misma.

[5] Agripa II, al enumerar las colonias judías en el extranjero, no menciona ningún país situado al oeste de Grecia, y entre los extranjeros residentes en Jerusalén citados por la Historia de los Apóstoles (2, 5 ss.) sólo figuran como occidentales los romanos.

[6] Este título, que empezó designando la institución de cuatro reyes conjuntamente, tradicional entre los gálatas, pasó a significar más tarde todo reinado pluripersonal, cualquiera que fuese el número de los regentes, e incluso el reinado de una sola persona, pero siempre con rango inferior al de un monarca. Así encontramos empleada la expresión en Galacia y en Siria tal vez desde Pomponio, y con toda seguridad desde Augusto. No se ha comprobado ningún otro caso de coexistencia de un etnarca y dos tetrarcas, como los nombrados para la Judea en el año 713, según Josefo (*ant.*, 14, 13, 1; *bell.*, 1, 12, 5); una situación análoga es la de Ferora, nom-

brado tetrarca de la Perea bajo su hermano Herodes (*bell.,* 1, 24, 5).

[7] Por eso en el dintel de mármol (δρύφακτοζ) que separaba el interior del templo aparecían unas tablillas de aviso redactadas en latín y en griego (Josefo, *bell.,* 5, 5, 2, 6, 2, 4; *ant.,* 15, 11, 5). Una de estas tablillas, escrita en griego, descubierta recientemente y custodiada ahora en un museo público de Constantinopla, dice: μήθ ἕνα ἀλλογενῆ εἰσπορεύεσθαι ἐντὸζ τοῦ περὶ τὸ ἱερὸυ τρυφάκτού καὶ περιβολόυ. ὅζ λ'ἂν ληφὸῆ, ἑαυτω αίτιοζ ἔσται διὰ τὸ ἐξακολουεῖν θάνατον. Aparece la jota en el dativo y la redacción cuadra perfectamente en los primeros tiempos del imperio. No es probable que estas tablillas fuesen fijadas por los reyes judíos, pues éstos difícilmente habrían añadido el texto latino, y no tenían tampoco ninguna razón para amenazar con la muerte de este extraño modo anónimo. En cambio, las dos cosas se explican si las atribuimos al gobierno romano; además, Tito aparece diciendo en Josefo, *bell.,* 6, 2, 4, en una alocución dirigida a los judíos: οὐχ ἡμεῖζ τοὺζ ὑπερβάνταζ ὑμῖν ἀναιμειν ἐπετρέψαμεν, κἂν Ῥωμαῖόζ τιζ ἦ. Si las tablillas presentan realmente huellas de haber sido golpeadas con el hacha, es seguro que estos golpes proceden de los soldados de Tito.

[8] El odio especial de Calígula contra los judíos (Filón, *leg.,* 20) no fue la causa, sino la consecuencia, de las persecuciones antisemitas de Alejandría. Y como la connivencia de los dirigentes de este movimiento antisemita con el gobernador (Filón, *in Flace.,* 4) no pudo haberse producido tal como los judíos la presentan, pues no era fácil que el gobernador se prestase sumisamente a creer que se iba a congraciar con el nuevo emperador por abandonar a los judíos a la furia de las masas, surge indudablemente el problema de por qué los dirigentes de los antisemitas eligieron precisamente este momento para desencadenar la persecución contra los judíos y, sobre todo, por qué el gobernador, cuyas virtudes reconoce tan insistentemente el propio Filón, permitió que se produje-

ra este movimiento y tomó, por lo menos, en su ulterior desarrollo, parte activa en él. Las cosas sucedieron probablemente tal como se describen más arriba: en Alejandría venían fermentando desde hacía mucho tiempo el odio y la envidia contra los judíos (Josefo, *b.* 2, 18, 19; Filón, *leg.*, 18); la desaparición del severo reinado del antiguo emperador y la momentánea ojeriza que Calígula sentía contra el prefecto dieron pábulo a la revuelta; la llegada de Agripa sirvió de pretexto; la hábil jugada de convertir las sinagogas en templos de Calígula presentaba a los judíos como enemigos del emperador; ante todos estos hechos, Flaco se decidiría a lanzarse al movimiento para rehabilitarse así a los ojos de Calígula.

[9] Apión hablaba y escribía de todo lo divino y lo humano, de los metales y los caracteres romanos, de magia y de hetairas, de historia primitiva de Egipto y de las recetas culinarias de Apicio, pero sobre todo deleitaba a la gente con sus conferencias sobre Homero, que le valieron ser nombrado ciudadano honorario de numerosas ciudades griegas. Había descubierto que la *Iliada* de Homero comenzaba con la inadecuada palabra μῆνις ("cólera") porque las dos primeras letras de esta palabra representaban como cifras el número de libros que habían de tener las dos epopeyas que se proponía escribir; daba el nombre del huésped de Ítaca de quien había aprendido el juego de damas de los hombres libres; y hasta llegó a conjurar el espíritu de Homero para interrogarle acerca de su patria, y el espíritu compareció en efecto y contestó a su pregunta, pero rogándole que le guardase el secreto.

[10] Los escritos de Filón, que hacen desfilar ante nosotros con una actualidad incomparable toda esta catástrofe, no recurren nunca a este tono; pero, aun prescindiendo del hecho de que este hombre rico en fortuna y en años tenía más de hombre bueno que de hombre de grandes odios, se comprende muy bien que estas consecuencias de lo sucedido no aparezcan expuestas públicamente por los mismos judíos. Lo que éstos pensaban y sentían no podemos juzgarlo por lo

que ellos mismos consideraban oportuno decir, sobre todo en sus escritos redactados en griego. Suponiendo que el libro de la Sabiduría y el tercer libro de los Macabeos se dirigiesen en efecto contra las persecuciones antisemitas de Alejandría (Hausrat, *Neutestam. Zeitgesch.* 2, 259 ss.), cosa que por lo demás dista mucho de ser segura, debemos reconocer que se expresan en términos más suaves aún si cabe que los escritos de Filón.

[11] Tal es, indudablemente, la certera interpretación de las concepciones judías, en las que los hechos positivos suelen esfumarse en consideraciones generales. En los relatos sobre el antimesías y el anticristo no aparece ningún rasgo positivo aplicable a Calígula. No puede sostenerse seriamente que el nombre de Armilo que el Tárgum da a aquél se explique por el hecho de que el emperador Calígula llevaba a veces brazaletes de mujer *(armillae)* (Suetonio, *Gai.,* 52). En el Apocalipsis de san Juan, que es la revelación clásica del orgullo judío y de su odio contra los romanos, la imagen del antimesías refleja más bien los rasgos de Nerón, quien no quiso dejar que su efigie se exhibiese en el santuario de Israel. Esta obra procede, como es sabido, de una época y una tendencia para las que el cristianismo era todavía, esencialmente, una secta judía; los elegidos y señalados por el ángel son todos judíos, 12 mil de cada una de las doce tribus, y se les reconoce preferencia sobre la gran masa de los demás justos, es decir, sobre los demás judíos (c. 7; *cf.* c. 12, 1). Esta obra fue escrita, como se ha demostrado, después de la caída de Nerón y cuando se esperaba su regreso del Oriente. Es cierto que después de la muerte del verdadero, surgió un falso Nerón, ejecutado a comienzos del año siguiente (Tácito, *hist.,* 2, 8, 9); pero san Juan no piensa en éste, pues el informe verdaderamente exacto no cita a propósito de esto a los partos, como él, y para san Juan media entre la caída de Nerón y su retorno un espacio de tiempo considerable, y además aquél se proyecta todavía en el futuro. Su Nerón es el aclamado bajo Vespasiano en las tierras del Éufrates, a quien el rey Artabano reconoció bajo

Tito y se dispuso a entrar de nuevo en Roma apoyado en las armas, el que, por último, fue entregado a Domiciano por los partos, tras largas negociaciones, hacia el año 88. El Apocalipsis se acomoda a estos sucesos con absoluta precisión.

Por otra parte, en un escrito de esta naturaleza no puede llegarse a la conclusión de que se trate del estado en que se hallaba el sitio de la ciudad por entonces, porque según c. 11, 1, 2, sólo se hallaba en poder de los paganos el pórtico del templo y no el santuario mismo; todos los detalles son aquí pura fantasmagoría, libremente inventada o, si se prefiere, urdida tal vez sobre la base de una orden dada a los soldados acampados en Jerusalén después de la descripción de la ciudad para que no pisasen lo que fuera santuario. La base del Apocalipsis es, indiscutiblemente, la destrucción de la Jerusalén terrenal, que abre por primera vez la perspectiva de su futura restauración ideal; no es posible interpretar el pasaje en que se habla de la demolición ya efectuada de la ciudad en el sentido de que se esperaba tomarla. Por lo tanto, cuando se dice de las siete cabezas del dragón: βασιλεῖς ἑπτά εἰοιν. οἱ πέντε ἔπεσαι ὁ εἷς ἔστιν, ο ἄλλος ὔπω ἦλθεν, καὶ ὅταν ἔλθη ὀλίγον αύτὸν δεῖμειναῖ (c. 17, 10), cinco cabezas son probablemente las de Augusto, Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón, la sexta la de Vespasiano y la séptima no sabemos cuál; con "la bestia que fue y no es y que es la octava, pero formada por las otras siete" se alude, naturalmente, a Nerón. El indeterminado personaje que hace el número siete es una torpeza, como tantas otras cosas en esta fantasmagoría grandiosa pero llena de contradicciones y en la que la trama se enreda con harta frecuencia, pero se pone, no por mantener el número siete, que habría podido completarse fácilmente con César, sino porque el autor sintió reparos en aplicar directamente al emperador reinante el breve gobierno del último emperador y su derrocamiento por Nerón, a su retorno. Lo que es imposible y sostiene entre otros Renan es incluir a César entre los seis emperadores para identificar al sexto "que es" con Nerón, del cual se nos dice en seguida que "fue

y no es", llegando incluso a reconocer en el séptimo, que "aún no ha venido y no reinará durante mucho tiempo", como hace Renan, al anciano Galba, reinante por aquel entonces. Es absolutamente claro y se comprende muy pronto que ni este emperador ni Otón y Vitelio pueden ser incluidos en esta enumeración.

Más importante que esto es salir al paso de la idea corriente según la cual la polémica va dirigida contra la persecución neroniana de los cristianos y contra el sitio y la destrucción de Jerusalén, cuando en realidad se dirige contra el gobierno provincial del imperio romano en general y en especial contra el culto del emperador. Si de los siete emperadores sólo se menciona (por su número) a Nerón, no es porque fuese el peor de los siete, sino porque el nombrar al emperador reinante a la vez que se profetizaba un pronto final de su reinado tenía sus peligros, tratándose de un escrito público, y hasta un profeta debía guardar ciertos miramientos hacia el regente "que es". El nombre de Nerón fue dejado a merced de la crítica, y la leyenda de su curación y retorno andaba en labios de todo el mundo; por eso se convierte para el Apocalipsis en el representante del imperio romano y en el anticristo. El crimen cometido por el monstruo del mar y su trasunto e instrumento, el monstruo de la tierra, no es el avasallar a la ciudad de Jerusalén (c. 11, 2), pues esto se considera como una parte del juicio final y no como un delito cometido por aquéllos (en lo cual no dejarían de influir tampoco, seguramente, los miramientos debidos al emperador reinante), sino el culto divino que los paganos rinden al monstruo del mar (c. 13, 8: προσκυνήσουσιν αὐτὸν πάντεζ οί κατοικ οῖντεζ ἐπὶ γῆζ) y que el monstruo de la tierra —al que se da también, por ello, el nombre de seudoprofeta— exige e impone a favor del mar (c. 13, 12: ποιεῖ τὴυ γὴν κάι τοὺζ κατοικουνταζ ἐν ἀὐτη ἱνα προσυνήσουσιν τὸ θγρίον τὸ πρῶτον, ὃυ ἐθεραπεύθη ἡ πληγὴ τοῦ θανάτου ἀυτοῦ); se le imputa sobre todo el deseo de erigir una imagen de aquél (c. 13, 14: λέγων τοῖζ κατοικοῦσιν ἐπὶ τῆζ γῆζ ποιῆσαι ἐικόνα τῶ θηρίω ὃζ

ἔχει τὴν πληγὴν τῆς μαχαίρης καὶ ἔζησεν; *cf.* 14, 9; 16, 2; 19, 20). Con esto se alude claramente al emperador reinante al otro lado del mar y al gobierno del continente asiático, no al de esta o aquella provincia, y menos aún a tal o cual persona, sino a la representación del emperador en general, tal como se les revelaba a los provinciales del Asia y la Siria. El que el comercio y el tráfico aparezcan vinculados aquí al empleo del χάραγμα del monstruo del mar (c. 13, l6, 17) reflejó claramente la aversión contra las imágenes y las inscripciones de las monedas imperiales, idea que aparece, por supuesto, transfigurada fantásticamente, y vemos también cómo Satanás hace hablar a la efigie del emperador. Los gobernadores aparecen más adelante (c. 17) como las bestias de diez cuernos añadidos a la imagen del monstruo y se les describe aquí muy certeramente como los "diez reyes que no poseen la dignidad real, pero sí el mismo poder que si fuesen reyes"; la cifra, tomada de la visión de Daniel, no debe interpretarse ciertamente al pie de la letra.

Al hablar de los tribunales de sangre a que se somete a los justos, san Juan quiere referirse a la justicia regular que se aplicaba a quienes se negaban a adorar la imagen del emperador, tal como lo relatan las cartas de Plinio (c. 13, 15: κοιήση ἵνα ὅσοι ἐὰν μὴ προσκυνήσωαιν τὴν ἐικόνα του θηρίου ἀποκτανθῶσιν; *cf.* 6, 9, 20, 4). Al subrayar que estas penas de sangre se ejecutaban con frecuencia en Roma (c. 17, 6; 18, 24), se alude a la ejecución de las condenas a pelear en el circo como gladiador o como bestiario, condenas que muchas veces no podían ejecutarse en el mismo lugar en que se imponían o se llevaban a efecto preferentemente en Roma, como sabemos por las fuentes (Modestino, *Dig.*, 48, 19, 31). Las ejecuciones neronianas de gentes acusadas como incendiarios no quedan incluidas formalmente dentro del cuadro de los procesos religiosos, y sólo el prejuicio puede atribuir exclusiva o principalmente a estos sucesos la sangre de mártires derramada en Roma y a la que san Juan se refiere en su Revelación.

Las ideas corrientes acerca de las llamadas persecuciones contra los cristianos adolecen del desconocimiento total o parcial de las normas y la práctica jurídica vigentes en el imperio romano; en realidad, la persecución de los cristianos era permanente, como la de los bandidos, aunque estas normas se aplicasen unas veces con mayor suavidad o negligencia y otras veces con mayor rigor, y en ocasiones se reforzase también su severidad desde arriba. La "guerra contra los santos" (c. 13, 7) son palabras interpoladas por intérpretes posteriores, a quienes el texto de san Juan no les pareció bastante explícito.

El Apocalipsis constituye un elocuente testimonio del odio nacional y religioso alimentado por los judíos contra el gobierno occidental; pero tergiversan y desvirtúan los hechos quienes, como Renan, pretenden ilustrar con estos colores la leyenda de los horrores neronianos. El odio nacional de los judíos era anterior a la conquista de Jerusalén y no distinguía, como es lógico, entre el césar bueno y el malo; su antimesías ostenta, es cierto, el nombre de Nerón, pero también los de Vespasiano y Marco Aurelio.

[12] Suetonio (*Claud.* 25) menciona como el instigador de los constantes disturbios producidos en Roma y que provocaron fundamentalmente estas medidas (según él la expulsión de Roma, por oposición a Dion, 60, 6) a un tal Cresto; esta referencia ha querido interpretarse, sin razones suficientes, como una tergiversación del movimiento promovido por Cristo entre los judíos y sus hermanos de confesión. Los Hechos de los Apóstoles (18, 2) sólo hablan de la expulsión de los judíos. Claro está que, dadas las relaciones que por aquel entonces existían entre los cristianos y el judaísmo, no cabe la menor duda de que también ellos caían bajo el edicto de expulsión.

[13] Por lo menos parece que más tarde los judíos sólo llegaron a ocupar uno de los cinco distritos que antes ocupaban en la ciudad, el cuarto (Josefo, *bell.*, 2, 18, 8). Si realmente se les hubiesen restituido de un modo tan ostensible las 400 ca-

sas de su propiedad que habían sido demolidas, no dejarían de consignarlo los escritores judíos Filón y Josefo, tan inclinados a proclamar todos los favores concedidos por el régimen imperial a sus hermanos de raza.

[14] Se trataba de saber, a lo que parece, si el tributo de una gavilla de cada diez concedido a Aarón pertenecía a todos los sacerdotes en general o concretamente al gran sacerdote.

[15] Cuando el estadista Josefo, en el prólogo a su historia de la guerra, da a entender que los judíos de la Palestina contaban, de una parte, con el levantamiento de los países del Éufrates, y de otra parte con los disturbios que habían de producirse en las Galias, con la actitud amenazadora de los germanos y con las crisis del año de los cuatro emperadores, incurre en una vana superchería. La guerra judía estaba ya en pleno desarrollo cuando Víndex se levantó contra Nerón y los druidas hicieron realmente lo que aquí se atribuye a los rabinos; y por mucha importancia que tuviese la diáspora de los países del Éufrates, una expedición judía de aquellos países contra los romanos del Oriente era algo tan inconcebible como lo habría sido, sobre poco más o menos, otra organizada en el Egipto y en Asia Menor. Es cierto que los judíos de aquellas tierras enviaron a la guerra algunos voluntarios sueltos, por ejemplo algunos de los vástagos de la celosa dinastía israelita de Adiabene, y que los insurrectos dirigieron a sus correligionarios de los países del Éufrates diversas peticiones; pero no es fácil que los judíos recibiesen de allí ni siquiera grandes cantidades de dinero. Esto caracteriza al autor más que a la guerra. Se explica que el caudillo de los insurgentes judíos y más tarde personaje palatino de los Flavios gustase de equipararse a los partos internados en Roma; lo que ya no es tan disculpable es que los historiadores modernos marchen por la misma senda que él trazó, oscureciendo la pavorosa necesidad de esta trayectoria trágica al esforzarse en concebir estos sucesos como parte integrante de la historia de la corte y la ciudad de Roma o del litigio entre los romanos y los partos.

[16] Josefo (*ant.,* 20, 8, 9) lo convierte en secretario de Nerón para la correspondencia griega, si bien en otro pasaje en que se ciñe a los testimonios de las fuentes romanas (20, 8, 2) lo presenta, ajustándose a la verdad, como prefecto; es indudable que se trata del mismo personaje. Παρδαγωγός lo llama Josefo, como Tácito, *ann.* 13, 2, *rector imperatoris inventae.*

[17] Este arco fue erigido en honor de Tito, después de su muerte, por el Senado imperial. Otro arco que le levantó en el circo el mismo Senado durante el efímero reinado de este emperador aduce incluso de un modo expreso la razón de ser de este monumento, con las siguientes palabras: "por haber domeñado al pueblo de los judíos siguiendo las órdenes e instrucciones y bajo el alto mando de su padre y haber destruido la ciudad de Hierusolyma, que hasta él todos los generales, reyes y pueblos habían sitiado en vano o no se habían atrevido a atacar". El valor histórico de esta extraña inscripción, en que se ignora no ya a Nabucodonosor y a Antíoco Epífanes, sino al propio Pompeyo, corre parejas con la superabundancia del premio conferido para coronar un hecho de armas corriente y moliente.

[18] Cuenta Josefo que Tito decidió con su consejo de guerra no destruir el templo, referencia poco verosímil por la manifiesta intención en que se inspira; teniendo en cuenta que Bernay ha demostrado plenamente que Sulpicio Severo utilizó para su crónica los datos de Tácito, cabe pensar también, ciertamente, si la referencia contraria de aquél, cuando dice (*chron.,* 2, 30, 6) que el consejo de guerra acordó destruir el templo, no procederá de Tácito, y si no se deberá prestar más crédito a este texto, a pesar de que presenta huellas muy claras de haber sido refundido por una pluma cristiana. Hay otro dato que lo apoya: el que en la dedicatoria a Vespasiano de la Argonáutica del poeta Valerio Flaco, se ensalce al vencedor de Solyma que regó sobre ella las teas incendiarias.

[19] Eusebio, *h. e.* 4, 2, señala el año 18 como el comienzo del movimiento, que es según su cómputo (en la crónica) el

año penúltimo del reinado de Trajano, coincidiendo en esto con Dion, 68, 32.

[20] El contemporáneo Apiano (*Syr.* 50) dice que Adriano destruyó de nuevo (χατέσχαψε) la ciudad, lo cual demuestra que antes de ello se había terminado ya, por lo menos hasta cierto punto, la instalación de la colonia en ella y que los insurgentes se habían apoderado otra vez de Jerusalén. Sólo así podemos explicarnos también la gran pérdida sufrida por los romanos, interpretación que cuadra además con el hecho de que el gobernador de la Siria Publicio Marcelo abandonase su provincia para ayudar en la Palestina a su colega Tineo Rufo (Eusebio, *h. e.* 4, 6; Borghesi, *opp.*, 3, 64).

[21] Dion (69, 12) dice que la guerra fue larga y difícil (οὐτ ὀλιγοκρονιος). Eusebio, en su crónica, señala como año inicial el 6 y como año final el 18 o 19 del reinado de Adriano; las monedas de los insurrectos aparecen fechadas en el primero o el segundo año "de la liberación de Israel". Carecemos de datos seguros, pues la tradición rabínica (Schuerer, *Handb.*, p. 361) no puede utilizarse para esto.

[22] Para corroborar que aun bajo el cautiverio los judíos gozaban de cierta autonomía para gobernarse, escribe Orígenes a Africano (c. 14), hacia el año 226: "Mucho es todavía lo que ahora, que dominan los romanos y los judíos les pagan el tributo (ιὸ διδραχμον), puede hacer entre ellos el patriarca del pueblo (ὁ ἐθνάρχης) con la autorización del emperador (ουγχωροῦνιος Καίσαρος). Actúan también secretamente los tribunales con arreglo a la Ley y hasta dictan sentencias de muerte. Esto lo he averiguado o lo he comprobado personalmente yo, después de vivir largo tiempo en su país". La figura del patriarca de Judea aparece ya en la carta falsificada que se atribuye a Adriano en la biografía del tirano Saturnino (c. 8); en los decretos imperiales no aparece hasta el año 392 (C. Th. 16, 8, 8). Con patriarcas como jefes de comunidades judías aisladas, acepción que cuadra mejor al nombre, nos encontramos ya en los decretos de Constantino el Grande (C. Th. 16, 8, 1, 2).

[23] Esta interpretación viene sugerida por el trato análogo que dan a la castración el edicto de Adriano (*Dig.,* 48, 8, 4, 2) y a la circuncisión Paulo, *sent.* (5, 22, 3, 4) y Modestino (*Dig.,* 48, 8, 11, pr.). Cuando Septimio Severo *Iudaeos fieri sub gravi poena vetuit,* "prohíbe bajo grave pena hacerse judío" (*vita,* 17), se limita, probablemente, a reiterar la antigua prohibición.

[24] La curiosa noticia que encontramos en Orígenes, *contra Celso,* 2, 13 (obra escrita hacia el año 250) indica que la circuncisión de gentes no judías se castigaba en derecho con la pena de muerte, aunque no está claro hasta qué punto se aplicaba esto a los samaritanos o a los sicarios.

XIII. Egipto

Los dos reinos del Egipto y la Siria, que durante tanto tiempo lucharon y rivalizaron entre sí en todos los terrenos, cayeron bajo el poder de los romanos por la misma época y sin ofrecer resistencia. Aunque éstos no se acogieron al testamento supuesto o real de Alejandro II († 81) y no ocuparon el país por aquel entonces, sabemos que los últimos reyes de la dinastía lágida eran ya clientes del imperio romano; los litigios planteados en torno al cetro los dirimía el Senado de Roma y desde que el gobernador de la Siria Aulo Gabinio restauró en el trono del Egipto con sus tropas al rey Tolomeo Auletes (año 55), las legiones romanas no volvieron a abandonar el país.

Los regentes de Egipto, al igual que los demás reyes sujetos a clientela, tomaron parte en las guerras civiles de Roma a la zaga del gobierno por ellos reconocido o que les era impuesto. No es posible saber qué lugar asignaría Marco Antonio dentro del fantástico reino oriental de sus sueños a la patria de la mujer a la que tanto llegó a amar, traspasando incluso los linderos de lo debido; de todos modos el gobierno de Marco Antonio en Alejandría y la batalla final que en la última de las guerras civiles se libró a las puertas de esta ciudad rebasan la historia específica del Egipto, como la batalla de Accio se sale del marco de la historia del Epiro. Es casi seguro, sin embargo, que fuese precisamente esta tragedia y la consiguiente muerte de la reina, última representante de la dinastía de los lágidas, lo que movió a Augusto a dejar vacante el trono de Egipto y a colocar el reino egipcio bajo el

gobierno inmediato del imperio. Esta anexión directa al imperio del último tramo de la costa del Mediterráneo y la caída de la nueva monarquía, que coincide cronológica y pragmáticamente con ella, marcan el punto decisivo en cuanto a la organización política y a la administración de este inmenso reino, el final de la época antigua y el comienzo de otra nueva.

El Egipto bajo Roma

La incorporación del Egipto al imperio romano se efectuó bajo un régimen especial, en el sentido de que este país fue, si prescindimos de algunos distritos de importancia secundaria, el único al que no se aplicó el principio de la diarquía por el que se regía en general el Estado, es decir, el del gobierno conjunto de los dos poderes supremos del imperio, el *princeps* y el Senado; el Senado en conjunto y los senadores individualmente no tenían la menor participación en el gobierno del Egipto, llegándose incluso a prohibir a los senadores y personas de rango senatorial el acceso a esta provincia. Sería falso, sin embargo, deducir de esto la conclusión de que el Egipto sólo se hallaba vinculado al resto del imperio por una especie de unión personal; con arreglo al sentido y al espíritu del régimen augusteo, el *princeps* es un elemento integrante y permanentemente funcional del Estado romano ni más ni menos que el Senado, y su dominación sobre el Egipto parte integrante de la dominación general del imperio, exactamente lo mismo que la ejercida por el procónsul sobre el África. La situación de derecho público en que se hallaba el Egipto era parecida a la que ocuparían hoy las colonias del imperio británico si el ministerio y el parlamento sólo actuasen con respecto a la metrópoli y aquéllas obedeciesen exclusivamente al gobierno absoluto de la emperatriz de la India.[a] Los motivos que impulsasen al nuevo monarca a implantar ya en los comienzos de su gobierno unipersonal este régimen, profundamente distinto del corriente y que en ningún

momento llegó a ser impugnado, incumben, al igual que su repercusión sobre la situación política en su conjunto, a la historia general del imperio. Lo que interesa exponer aquí es el desarrollo de la situación interior del Egipto bajo la acción de los emperadores romanos.

Al Egipto puede aplicarse en toda su extensión lo que hemos dicho en general de todos los países helénicos o helenizados, a saber, que los romanos, al incorporarlos al imperio, procuraban conservar las instituciones en ellos existentes, limitándose a introducir en éstas las modificaciones estrictamente necesarias.

Al pasar a manos de Roma el Egipto era, al igual que Siria, un país de doble nacionalidad; al lado del nativo y por encima de él aparecía también aquí el heleno; aquél era el siervo y éste el señor. Sin embargo las relaciones existentes entre ambas naciones, en el Egipto, tanto desde el punto de vista jurídico como en la práctica, diferían fundamentalmente de las de Siria.

Organización administrativa

Ya en la época prerromana esencialmente, y en absoluto dentro del periodo romano, Siria sólo indirectamente se hallaba regida por un gobierno nacional; el país se dividía en una serie de principados y de ciudades autónomas y era gobernado primordialmente por aquellos príncipes o estas autoridades municipales. En el Egipto, por el contrario, no encontramos príncipes territoriales ni ciudades autónomas de tipo griego. Las dos demarcaciones administrativas en que se divide el Egipto, el "país" (ἡ χωρα) de los egipcios, con sus primitivos 36 distritos (νομοί), y las dos ciudades griegas de Alejandría en el bajo Egipto y Ptolemais en el alto Egipto, aparecen estrictamente separadas y nítidamente contrapuestas, sin que en realidad medie entre ellas ninguna diferencia esencial. Lo mismo la demarcación del país que la de las ciudades no representa simplemente una circunscripción terri-

torial, sino que ambas son al mismo tiempo suelos patrios; la pertenencia a cualquiera de ellas es independiente del domicilio y hereditaria. El egipcio encuadrado en el *nomos* de Chemnis, por ejemplo, pertenece a él en unión de los suyos aunque viva en Alejandría, lo mismo que el alejandrino residente en Chemnis es vecino de aquella ciudad. La demarcación del país tiene siempre como base un centro urbano, el de Chemnis por ejemplo o la ciudad de Panópolis creada en torno al templo de Chemnis o de Pan o, para expresarlo en los términos que corresponden a la concepción griega: todo *nomos* tiene su propia metrópoli; en este sentido cada circunscripción del país puede ser considerada al mismo tiempo como un distrito urbano. En la época cristiana los *nomos* son, al igual que las ciudades, base de las distintas diócesis episcopales.

Las demarcaciones del país descansan sobre las instituciones del culto, que en el Egipto lo presiden todo; cada una de ellas tiene por centro el santuario de una determinada divinidad, y generalmente toma su nombre de ésta o del correspondiente animal sagrado; por ejemplo, la demarcación de Chemnis se denomina así por el dios que lleva este nombre, que los griegos traducen por Pan; otras toman su nombre del perro, del león, del cocodrilo, etc. Tampoco las demarcaciones de las ciudades carecen de su centro religioso propio; el dios tutelar de Alejandría es Alejandro, el de Ptolemais el primer Tolomeo, y los sacerdotes que en una y otra regentan este culto y el de sus sucesores son, en ambas ciudades, los epónimos.

Las demarcaciones del país carecen totalmente de autonomía: las atribuciones administrativas, fiscales y judiciales se hallan aquí en manos del funcionario nombrado por el rey, quedando absolutamente excluida la colegialidad, paladion de la comunicidad griega y de la romana. Lo mismo ocurre, sin embargo, con pequeñas diferencias, en las dos ciudades helénicas. Aunque en ellas los vecinos se dividen en *phyles* y *demos,* no existe un consejo municipal; los funcionarios de

estas ciudades son, ciertamente, distintos de los existentes en los *nomos* y presentan nombres diferentes de éstos, pero todos ellos son de nombramiento real y no actúan nunca con carácter colegiado. Adriano fue el primero que otorgó el derecho de ciudadanía al modo griego a la ciudad egipcia de Antinópolis, fundada por él en recuerdo de su favorito, ahogado en el Nilo; más tarde Septimio Severo, tal vez tanto para molestar a los antioquenses como para favorecer a los egipcios, concedió a la capital del Egipto, a Ptolemais y a algunos otros municipios del país, el derecho a tener un consejo de la ciudad, aunque no magistrados municipales. Hasta entonces las ciudades egipcias se llaman *nomos* y las griegas ostentan en la terminología oficial el nombre de *polis,* pero una *polis* sin arcontes ni magistrados propios es un nombre vacío de contenido.

Otro tanto acontece con el derecho de acuñación de moneda. Los *nomos* egipcios no llegaron a gozar nunca de este derecho; pero tampoco Alejandría acuñó jamás moneda. El Egipto es la única provincia de los dominios griegos del imperio en que no existen más monedas que las acuñadas con la efigie del rey. La situación, en este aspecto, no cambia tampoco en la época romana. Los emperadores eliminaron los abusos monetarios implantados bajo los últimos lágidas; Augusto suprimió las monedas ficticias de cobre introducidas por ellos, y cuando Tiberio restauró el patrón-plata asignó a las monedas de plata egipcias el mismo valor real que a las circulantes en todas las provincias del imperio. Pero el carácter de la acuñación de moneda siguió siendo, esencialmente, el mismo.

La diferencia entre el *nomos* y la *polis* es, sobre poco más o menos, la misma que la que existe entre el dios Chemnis y el dios Alejandro; desde el punto de vista administrativo la diferencia es nula. El Egipto se hallaba formado por un gran número de localidades egipcias, y por una minoría de localidades griegas, carentes todas ellas de autonomía y colocadas

bajo el gobierno directo y absoluto del rey y de los funcionarios nombrados por éste.

La autonomía municipal no tiene, pues, existencia en el Egipto, sin que en este sentido exista ninguna diferencia real entre las dos naciones que forman este Estado, lo mismo que el sirio; en cambio, media entre ellas, desde otro punto de vista, una separación sin paralelo en la Siria. Según el régimen implantado por los conquistadores macedonios el hecho de pertenecer a una localidad egipcia representaba una descalificación para el ejercicio de todos los cargos públicos y para el servicio militar en las categorías superiores. Las asignaciones hechas por el Estado a sus ciudadanos limitábanse a los vecinos de las ciudades helénicas; el impuesto de capitación, en cambio, pesaba exclusivamente sobre los egipcios, y los alejandrinos avecindados en ellas se hallaban asimismo exentos de las cargas municipales impuestas a los vecinos de las distintas circunscripciones egipcias. Y aunque en caso de delito o transgresión respondiesen tanto las espaldas del egipcio como las del alejandrino, éste podía jactarse, como lo hacía en efecto, de que sobre las suyas se descargaba solamente el palo y no el látigo, como sobre las de aquél. Al egipcio le estaba vedada incluso la obtención del mejor derecho de ciudadanía. Las listas de ciudadanos de las dos grandes ciudades griegas del bajo y el alto Egipto organizadas por los dos fundadores del reino y que llevan sus nombres incluyen solamente a la población dominante y la posesión del derecho de ciudadanía en una de estas dos ciudades representaba en el Egipto de los Tolomeos sobre poco más o menos lo mismo que la posesión de la ciudadanía romana en el imperio de los Césares.

Los Tolomeos aplicaron prácticamente en toda su extensión el consejo que Aristóteles daba a Alejandro: ser para los helenos un gobernante (ἡγεμών) y para los bárbaros un señor, tratar a los primeros como amigos y camaradas y utilizar a los segundos como a plantas y animales. El rey, más grande y más libre de espíritu que su maestro, dejábase guiar

en su política por el pensamiento superior de convertir a los bárbaros en helenos o, por lo menos, de sustituir los centros de población bárbara por centros helénicos, pensamiento al que sus sucesores dejaron amplio margen de realización casi en todas partes y principalmente en la Siria.[1] No sucedió así, sin embargo, en el Egipto. Es cierto que los regentes de este país procuraban mantener contacto con la población nativa, sobre todo en el terreno religioso, prefiriendo en general reinar como dioses terrenales sobre los súbditos que no como griegos sobre egipcios; pero esto no era incompatible con la concesión de derechos desiguales a los súbditos, del mismo modo que los privilegios jurídicos y efectivos concedidos a la nobleza formaban una parte tan esencial del régimen fridericiano como el principio de la igualdad de justicia para los altos y los bajos.

Política romana

Los romanos, en el Oriente, no hicieron en general sino continuar la obra iniciada por los helenos; en el Egipto no sólo se mantuvo en pie el régimen por el que se excluía a la población nativa de la obtención de la ciudadanía griega, sino que se hizo extensivo este régimen al disfrute de la ciudadanía romana. En cambio los griegos del Egipto podían obtenerla lo mismo que otros no ciudadanos cualesquiera. Lo que no podían alcanzar, como tampoco podían alcanzarlo los ciudadanos romanos de las Galias, era el acceso al Senado, restricción que se mantuvo en el Egipto durante mucho más tiempo que en el país galo; sólo a comienzos del siglo III se admitieron excepciones particulares a esta regla, pero dejando vigente la norma con carácter general, como la encontramos subsistente todavía en el siglo V. En el Egipto los puestos de los altos funcionarios, es decir, aquellos cuyas atribuciones se extendían a toda la provincia, al igual que los puestos de oficiales, hallábanse reservados a los funcionarios romanos en el sentido de que se exigía como condición para

poder ejercerlos el caballo del équite; eran normas relacionadas con el régimen general del imperio, y ya bajo los primeros lágidas se habían reconocido privilegios semejantes a éstos para los macedonios con respecto a los demás griegos. Bajo la dominación romana los puestos de segundo rango seguían estando cerrados como antes a los nativos del país y se cubrían con griegos, principalmente con vecinos de las ciudades de Alejandría y Ptolemais.

En cuanto al servicio militar del imperio, aunque para poder entrar a servir en las unidades de primera clase se requería la ciudadanía romana, no era raro que se admitiese a los griegos egipcios en las legiones estacionadas en el mismo Egipto mediante el expediente de otorgarles la ciudadanía romana para estos efectos. La admisión de los griegos no tropezaba con ninguna restricción con respecto a las unidades formadas por tropas auxiliares; en cambio se excluía de ellas totalmente o salvo casos excepcionales a la población egipcia, la cual se movilizaba en considerable proporción para integrar las unidades de clase inferior, que eran las de la flota, reclutadas todavía en la primera época del imperio sobre la base de esclavos.

A lo largo del tiempo la postergación de los egipcios nativos fue cediendo probablemente en rigor y se les fue concediendo poco a poco el acceso a la ciudadanía griega y a través de ella a la romana; pero en general podemos decir que el sistema romano es simplemente la continuación del implantado por la dominación helénica y del régimen exclusivista de los griegos. Si el régimen macedonio se contentó con las ciudades de Alejandría y Ptolemais, el imperio romano no fundó en esta provincia ni una sola colonia.[2]

Lengua

Los romanos mantuvieron también, en lo esencial, el régimen establecido por los Tolomeos en lo tocante a la lengua. Prescindiendo de los asuntos militares, en los que regía ex-

clusivamente el latín, la lengua oficial para los asuntos de las instancias superiores es el griego. Los emperadores romanos y sus gobernadores no se sirvieron jamás de la lengua indígena, radicalmente distinta de las derivadas del tronco semita y de las del tronco ario y que presenta tal vez la mayor afinidad con la que hablan los bereberes del norte de África, ni de la escritura nativa; ya bajo los Tolomeos se exigía que los documentos escritos en egipcio llevasen al pie el texto griego, norma que mantuvieron por lo menos, si es que no la acentuaron, sus sucesores romanos.

Es cierto que los egipcios podían valerse libremente de la lengua del país y de sus signos hieráticos tradicionales para todo aquello que exigiese el ritual religioso o cuando lo considerasen conveniente para otros fines; no cabe duda de que en este país, vieja patria de los signos escritos, la lengua nacional y la escritura usual, las únicas accesibles al gran público, se emplearían asimismo en el comercio corriente, no sólo en los contratos privados, sino también en los recibos de impuestos y en otros documentos semejantes. Pero esto no pasaba de ser una concesión, compatible con el afán del helenismo dominante por extender su dominación.

La tendencia a dar una expresión de validez general a través también del griego a las ideas y tradiciones imperantes en el país hizo que en el Egipto se extendiese más que en ninguna otra parte la práctica de los nombres dobles. Todos los dioses egipcios cuyos nombres no eran familiares para los griegos, como el de Isis, se simultaneaban con sus equivalentes o no equivalentes nombres helénicos; la mitad tal vez de los lugares del Egipto y multitud de personas ostentan al mismo tiempo un nombre indígena y otro griego. Poco a poco, fue abriéndose paso en este terreno la helenización. Los últimos signos escritos consagrados por la tradición egipcia aparecen en los monumentos que han llegado a nosotros bajo el emperador Decio, a mediados del siglo III, y la modalidad usual de escritura derivada de ellos a mediados del siglo V; ambas formas de escritura desaparecieron del uso corrien-

te mucho antes. Este hecho refleja el abandono y la decadencia de los elementos indígenas de la civilización egipcia. La lengua del país se mantuvo en vigor hasta mucho más tarde en las regiones remotas y entre las clases sociales bajas, sin llegar a extinguirse por completo hasta el siglo XVII, después que esta lengua, la lengua de los coptos, había pasado en la última época del imperio, al igual que la de los sirios, por una fase de relativa regeneración, gracias a la introducción del cristianismo y a los esfuerzos encaminados a producir una literatura cristiano-popular.

Régimen político

En cuanto al régimen político, interesa sobre todo la supresión de la corte y de la residencia de los reyes, consecuencia obligada de la anexión del país por Augusto. Quedó en pie lo que tenía que quedar. En las inscripciones redactadas en la lengua del país y destinadas, por lo tanto, a los egipcios, solamente se da a los emperadores, como antes a los Tolomeos, el nombre de reyes del alto y el bajo Egipto y de elegidos de los dioses egipcios, y además el de grandes reyes, que no se aplicaba, indudablemente, a los Tolomeos.[3] El tiempo seguía computándose, como antes, con arreglo al calendario usual en el país y por el año del reinado, referido ahora a los emperadores romanos; la copa de oro que el rey arrojaba todos los años en el mes de junio a las agitadas aguas del Nilo era arrojada ahora por el virrey romano.

Pero esto no era gran cosa. El regente romano no podía asumir las funciones de rey de Egipto, incompatibles con la posición que ocupaba dentro del imperio. La experiencia de hacerse representar por un subordinado dio malos resultados al nuevo soberano ya con el primer gobernador enviado al Egipto; el excelente funcionario e inspirado poeta no supo contenerse ante la tentación de hacer inscribir su nombre en las pirámides, lo que le costó el puesto y la carrera. Era inevitable establecer aquí ciertos límites. Aquellas funciones que

competían personalmente al príncipe[4] dentro de la ordenación del principado romano, lo mismo que con arreglo al sistema de Alejandro, podían ser ejercidas por el gobernador romano como antes por el rey de Egipto; pero el gobernador no podía ser rey ni aparecer como tal. Y no cabe duda de que esto representó un golpe muy sensible para la segunda ciudad del mundo. Un simple cambio de dinastía no habría sido tan grave. Pero una corte como la de los Tolomeos, organizada con arreglo al ceremonial de los faraones, en que el rey y la reina aparecían revestidos con sus vestiduras de dioses, con aquella pompa solemne y procesional, las recepciones de los sacerdotes y los embajadores, los banquetes palaciegos, las grandes ceremonias de la coronación, la prestación del juramento, las bodas y los entierros reales, los cargos palatinos de los oficiales y soldados de la guardia y del jefe supremo de ésta (αρχισωματοφύλαζ), del gran maestre de cámara e introductor de embajadores (εἰσαγγελεύς), del gran copero (ἀρχεδέατροϛ), del gran montero mayor del reino (ἀρχικυνηγόϛ), con su séquito de parientes, amigos del rey y titulares de órdenes y condecoraciones, era algo que los alejandrinos tenían que ver desaparecer como un ocaso de su esplendor al trasladarse la sede del gobierno de las orillas del Nilo a las del Tíber. Lo único que quedó en la ciudad, como un vestigio de la antigua magnificencia regia, fueron las dos famosas bibliotecas de Alejandría, con todos sus accesorios y todo su personal. No cabe duda de que Egipto sufrió mucho más que Siria al verse desposeído de sus reyes y de su corte; sin embargo ambos pueblos, reducidos a una situación de impotencia, no tenían más remedio que resignarse a aceptar lo que se les diese, sin que ni uno ni otro llegasen siquiera a pensar en sublevarse en el intento de recobrar su potencia perdida.

Funcionarios

La administración del país reside, como hemos dicho, en manos del "representante" del emperador, o sea del virrey. En efecto, aunque el nuevo soberano se abstuviese de ostentar aun en Egipto, ni en su persona ni en la de sus altos funcionarios, el título de rey, ya que se lo impedía su posición de emperador romano, de hecho ejerció siempre el poder como el verdadero sucesor de los Tolomeos, y todo el poder supremo, tanto civil como militar, se concentraba en sus manos y en las de su representante. Ya hemos dicho que este cargo no podía recaer en quienes no fuesen ciudadanos ni en senadores; a veces se confería a alejandrinos, siempre y cuando reuniesen el requisito de la ciudadanía y el caballo de los équites.[5] Por lo demás este puesto era en un principio superior en rango e influencia a todos los no senatoriales y más tarde sólo cedía en importancia a otro, el de jefe de la guardia imperial.

Aparte de los verdaderos funcionarios, en que no hay más diferencia con respecto al régimen general que la eliminación de los senadores y, como consecuencia de ello, el título más bajo que lleva el jefe de la legión *(praefectus* en vez de *legatus),* actúan junto al gobernador y por debajo de él, con atribuciones extensivas también a todo el Egipto, un supremo funcionario de justicia y un jefe supremo de finanzas, en los cuales debe concurrir igualmente la condición de ciudadanos romanos del rango de los équites, y sus funciones se hallan coordinadas y subordinadas a las del gobernador, pero a lo que parece no con arreglo al esquema administrativo de los Tolomeos, sino con arreglo al patrón aplicado en otras provincias imperiales.

Los demás funcionarios actúan sólo dentro de un determinado distrito y proceden en lo fundamental del régimen administrativo de los Tolomeos. Un hecho digno de ser notado como síntoma de la tendencia progresiva que prevalece bajo el imperio al desplazamiento de los elementos indígenas en la magistratura del país, es que las jefaturas de las tres provincias del alto, el bajo y el medio Egipto investidas, aparte

del mando militar, de las mismas atribuciones que el gobernador, y que en la época de Augusto recaían en elementos griegos del mismo Egipto, se proveen más tarde, como todos los verdaderos cargos de rango superior, entre équites romanos.

Entre las autoridades superiores y medias figuran los funcionarios locales, los presidentes de los municipios egipcios y de las ciudades griegas, los numerosos funcionarios subalternos que tienen a su cargo la recluta y la ordenación y recaudación de los múltiples tributos impuestos sobre las operaciones comerciales, y dentro de los distintos distritos los regidores de los subdistritos y aldeas, cuyos puestos se consideran más bien como cargas que como honores y que los altos funcionarios imponen a los vecinos de los distritos respectivos o personas residentes en ellos, con excepción de los de Alejandría; el más importante de ellos, la presidencia del *nomos,* es provisto cada tres años por el propio gobernador. Las autoridades locales de las ciudades griegas eran distintas, así en cuanto al número como en cuanto a los títulos; en la de Alejandría, por ejemplo, actuaban cuatro altos funcionarios: el sacerdote de Alejandro, el escribano de la ciudad (ὑπομνηματογάφος), el juez superior (ἀρχιδικαρτής) y el jefe de la guardia nocturna (νυκτερινός στρατηγός). Que estos funcionarios eran de rango superior a los estrategas de los *nomos* es cosa que de suyo se comprende y lo revela claramente además la túnica purpurada con que se investía al primer funcionario de Alejandría. Por lo demás estos cargos datan también de la época de los Tolomeos y son designados temporalmente por el gobierno romano, al igual que los regidores de los *nomos,* entre los vecinos de la ciudad. Entre estos regidores de las ciudades no figuran funcionarios romanos de nombramiento imperial. Sin embargo el sacerdote del Museion, que es al mismo tiempo presidente de la academia de ciencias de Alejandría y dispone de los considerables recursos financieros de este organismo, es nombrado por el emperador. Asimismo se proveen en Roma por el gobierno,

con funcionarios del rango ecuestre, los cargos relacionados con la vigilancia sobre el foso de Alejandro y los edificios adscritos a él y algunos otros puestos importantes de la capital del Egipto.

Egipto en las luchas por el trono

Los alejandrinos y los egipcios en general participaron y se dejaron arrastrar, naturalmente, en casi todos aquellos movimientos de pretendientes al trono desencadenados en el Oriente; así, fueron proclamados emperadores en estas tierras Vespasiano, Casio, Pescenio, Níger, Macriano, Vabalato, el hijo de Zenobia, y Probo. Pero la iniciativa no partió en ninguno de estos casos ni de los vecinos de Alejandría ni de las poco prestigiosas tropas egipcias, y la mayoría de estas revoluciones, aun las fracasadas, no se tradujeron en consecuencias muy sensibles para el Egipto. En cambio el movimiento que va unido al nombre de Zenobia fue casi tan funesto para Alejandría y para todo el Egipto como para el reino de Palmira.

Los partidarios de Palmira y los de Roma se enfrentaron en las ciudades y en los campos egipcios con las armas y las teas incendiarias en la mano. Los blemios, pueblo bárbaro situado junto a la frontera meridional, irrumpieron en el país, en connivencia a lo que parece con la parte de la población egipcia que simpatizaba con los palmirenses, y se apoderaron de gran parte del alto Egipto. En Alejandría se interrumpió el tráfico entre las dos barriadas enemigas y hasta el portar cartas resultaba difícil y peligroso. Las calles de la ciudad estaban llenas de sangre y cadáveres insepultos. Las epidemias provocadas por esta causa produjeron más estragos aún que la espada; y para que no faltase ninguno de los cuatro caballos del apocalipsis falló también el Nilo y el hambre se sumó a las demás calamidades. Fue tal el descenso experimentado por la población que según dice un contemporáneo

de estos hechos había antes en Alejandría más ancianos que vecinos después de ellos.

Cuando logró por fin imponerse Probo, el general enviado al lugar de los sucesos por el emperador Claudio, los partidarios de Palmira, entre los que se contaba la mayoría de los miembros del consejo de la ciudad, se encerraron en el castillo de Prucheion, situado en las inmediaciones de la ciudad, y aunque la mayor parte de sus defensores se rindió cuando Probo prometió respetar la vida de los que capitulasen, una parte considerable de los vecinos siguieron resistiendo hasta el final en una lucha desesperada. La fortaleza, sometida al fin por el hambre (año 270), fue demolida y permaneció ya en lo sucesivo reducida a escombros; la ciudad de Alejandría, como castigo, perdió sus murallas. Los blemios siguieron resistiendo en el interior del país por espacio de varios años; hasta el reinado del emperador Probo no se les arrojó de las ciudades de Ptolomais y Coptos y se los expulsó del país.

Fue seguramente la penuria que debieron de dejar estos disturbios mantenidos a lo largo de una serie de años la que provocó más tarde la única revolución de que tenemos noticia en el Egipto. Bajo el reinado de Diocleciano se sublevaron contra el gobierno existente, no sabemos por qué causa ni con qué fines, tanto los nativos del país como los vecinos de Alejandría. Se proclamaron dos antiemperadores, Lucio Domicio Domiciano y Aquileo, suponiendo que estos dos nombres no correspondieran a una sola persona. La sublevación duró de tres a cuatro años; las tropas del gobierno destruyeron las ciudades de Busiris, en el delta del Nilo, y de Coptos, no lejos de Tebas, hasta que por fin, bajo el mando personal de Diocleciano, pudo someterse a la capital en la primavera del año 297, después de ocho meses de sitio. Nada indica mejor el colapso de este país rico, pero fundamentalmente necesitado de paz interior y exterior, que la orden dictada en el año 302 por el mismo Diocleciano para que las remesas de trigo egipcio que antes se enviaban a Roma se destinasen en lo sucesivo a los vecinos de Alejandría. Aunque esta medida

figuraba entre las destinadas a poner en práctica la descapitalización de Roma, podemos estar seguros de que este emperador, que no tenía realmente ningún motivo para favorecer a los alejandrinos, no les habría asignado estas remesas de trigo si verdaderamente no las hubiesen necesitado.

Agricultura

Desde el punto de vista económico el Egipto es famoso sobre todo por su agricultura. Es cierto que la "tierra negra" —que es lo que significa el nombre nativo del país, Kémit— no es más que una estrecha faja situada a ambos lados del caudaloso Nilo, con un ancho máximo de 120 millas en el amarillo desierto que se extiende a derecha e izquierda, desde la última catarata del río, cerca de Siena, en la frontera sur del verdadero Egipto, hasta el Mediterráneo; sólo en su tramo final vuelve a extenderse "el granero del Nilo" en el delta, entre los múltiples brazos de su desembocadura, a uno y otro lado. La fertilidad de los distintos tramos del río depende, además, de año en año, del mismo Nilo y de las 16 varas de su nivel, de los 16 niños que juegan alrededor del padre, en la representación plástica con que el arte de los griegos ha inmortalizado a este dios fluvial; no en vano los árabes designaban a las aguas más bajas con el nombre de ángel de la muerte, pues cuando el río no alcanza su altura plena todo el país se ve amenazado por el hambre y la ruina. No obstante, el Egipto, en que los gastos de cultivo son insignificantes, en que el trigo rinde el ciento por uno y los cultivos de legumbres, la viticultura, la arboricultura y sobre todo los huertos de dátiles dan un gran rendimiento, puede en general no sólo alimentar a una población densa, sino exportar también grandes cantidades de cereales.

Ésta es la razón de que la dominación extranjera arrebatase al país la mayor parte de los frutos de su riqueza natural. Ocurrió bajó el imperio romano lo mismo sobre poco más o menos que bajo la dominación persa y lo que sigue ocurrien-

do hoy: las tierras del Nilo se inundaban y los egipcios trabajaban fundamentalmente para el extranjero, y ésta es la causa primordial del papel tan importante que el Egipto llegó a desempeñar en la historia del imperio romano. Después del colapso del cultivo de cereales en Italia, y cuando ya Roma se hubo convertido en la mayor ciudad del mundo, necesitaba que afluyese constantemente a su mercado trigo barato de ultramar; y si el régimen del principado se consolidó fue, principalmente, por haber sabido resolver el problema económico, nada fácil, de financiar y situar sobre bases firmes el abastecimiento de la capital del imperio. La base para la solución de este problema la daba la posesión de las tierras del Egipto, y el mando exclusivo que sobre ellas ejercía el emperador permitíale tener en sus manos a Italia y todas sus dependencias. Al adueñarse del poder Vespasiano, envió sus tropas a Italia, mientras él se presentaba en el Egipto, para apoderarse de Roma mediante el control de la flota triguera. Y cuando un emperador romano pensaba en trasladar al Oriente la sede de gobierno, como se nos cuenta de César, de Marco Antonio, de Nerón y de Geta, sus pensamientos se dirigían automáticamente, no a Antioquía, que era por entonces la residencia normal de los emperadores en el Oriente, sino a Alejandría, cuna y baluarte del principado.

Esto explica también por qué el gobierno romano se preocupó más celosamente de fomentar la agricultura en el Egipto que en ningún otro país. Como la agricultura egipcia depende de las inundaciones de sus tierras por el Nilo, cabía la posibilidad de ampliar considerablemente la superficie de cultivo mediante obras hidráulicas emprendidas sistemáticamente por medio de canales artificiales, diques y presas. Mucho se había hecho en este sentido en los buenos tiempos del Egipto, cuna de la cinta métrica y del arte de la ingeniería, pero estas beneficiosas obras habían decaído lamentablemente bajo los últimos gobiernos, malos y abrumados por las dificultades financieras. La dominación romana se inauguró dignamente con la obra emprendida bajo Augusto de limpiar

a fondo y renovar los canales del Nilo, utilizando para ello a las tropas estacionadas en el país. Cuando los romanos tomaron posesión del Egipto se calculaba que era necesario que el río alcanzase un nivel de catorce varas para que la cosecha fuese óptima y que al bajar el río a ocho varas se perdían las cosechas; más tarde, después de repararse los canales, se obtenía ya una cosecha espléndida con doce varas de calado solamente y bastaban ocho varas para que la cosecha fuese buena. Siglos más tarde, el emperador Probo, además de limpiar el país de etíopes, puso de nuevo en orden las obras hidráulicas del Nilo.

Hay razones para suponer que los mejores sucesores de Augusto administraron el país de un modo semejante y, teniendo en cuenta además la paz y la tranquilidad casi ininterrumpidas de que durante siglos disfrutó el país, hay que llegar a la conclusión de que la agricultura egipcia experimentó en este periodo un auge constante. Lo que no podemos saber con seguridad es en qué medida estas condiciones de prosperidad repercutieron sobre los mismos egipcios. Las rentas obtenidas del Egipto procedían en gran parte de los dominios de la corona, que en la época romana, como en tiempos anteriores, representaban una parte considerable de todas las tierras del país; los pequeños colonos que producían aquellas rentas sólo obtendrían, si tenemos en cuenta el bajo costo del cultivo, una parte muy pequeña de la cosecha, o pagarían, en otro caso, un elevado canon de arrendamiento. También hay que suponer que estarían sujetos a altos impuestos territoriales en trigo o en dinero los numerosos pequeños propietarios que explotaban las tierras por su cuenta. Bajo el imperio la población agrícola, que era bastante próspera, siguió siendo numerosa, indudablemente; pero no cabe la menor duda de que los tributos fiscales pesaban más agobiadoramente sobre la economía egipcia bajo la dominación romana que bajo el régimen nada benigno de los Tolomeos, tanto de por sí como por lo que para la población del país suponía el envío de sus frutos agrícolas al extranjero.

Industria y comercio

Pero la agricultura sólo era una parte de la economía del Egipto; éste se hallaba muy por encima de la Siria en cuanto al rendimiento de aquella rama de la economía y se destacaba sobre el África esencialmente agrícola por el gran florecimiento de sus industrias y de su comercio. La fabricación de tejidos de lino en el Egipto rivaliza por lo menos con la de Siria en cuanto a antigüedad y extensión y también en cuanto a la fama de sus productos, y aun cuando los tejidos más finos de esta época procedían principalmente de la Siria y la Fenicia, su industria textil se mantuvo a lo largo de todo el imperio; cuando el emperador Aureliano hizo extensivos a otros artículos los envíos del Egipto a la capital del imperio, no faltaban entre ellos las telas de lino y la estopa. En la fabricación de artículos de vidrio los alejandrinos ocupaban indiscutiblemente el primer lugar, lo mismo en cuanto a la forma que en cuanto al color, y creían tener el monopolio de esta industria, por entender que algunos de estos artículos sólo podían fabricarse con materias primas producidas en el Egipto.

En lo que sí disfrutaban un monopolio indisputado era en la industria del papiro. Esta planta que en la Antigüedad se cultivaba en grandes masas en las riberas de los ríos y los lagos del bajo Egipto, y que no prosperaba en ningún otro sitio, suministraba a los naturales del país alimento y materia prima para cuerdas, cestos y botes, y además material para la escritura del mundo entero en esta época. Podemos formarnos una idea del rendimiento de esta industria con sólo fijarnos en las medidas dictadas por el Senado romano en una ocasión en que empezó a escasear y amenazaba con agotarse el papiro en el mercado de Roma. Debían de ser innumerables las personas que vivían de los rendimientos de esta industria en el Egipto, ya que su trabajosa elaboración sólo podía realizarse sobre el terreno. Los suministros de mercancías

impuestos a Alejandría a favor de la capital del imperio incluían, además de las telas, el vidrio y el papiro.[6]

El comercio con el Oriente debió de influir sobre la industria egipcia a través de la oferta y la demanda. En el Egipto se fabricaban telas para ser exportadas al Oriente, con las características exigidas por los usos de cada país; las telas con que se hacían las ropas corrientes los habitantes de Abech procedían de los talleres textiles egipcios; los espléndidos tejidos en colores y en oro artísticamente elaborados sobre todo en Alejandría se exportaban a la Arabia y la India. Los collares de cristal fabricados en el Egipto desempeñaban ya entonces el mismo papel que hoy en el comercio con las costas de África. La India importaba de aquí, principalmente, copas de vidrio y el vidrio en bruto para su elaboración; y parece que hasta en la corte china llamaban la atención los recipientes de cristal con que los romanos obsequiaban a veces al emperador. Los comerciantes egipcios solían ofrendar al rey de los axomitas (Abech), según los usos nacionales de este país, artísticos recipientes de oro y plata, y a los reyes civilizados del sur de la Arabia y de las costas de la India, entre otras cosas, estatuas fundidas probablemente en bronce e instrumentos musicales. En cambio el centro principal de elaboración de los materiales para la fabricación de artículos de lujo, importados del Oriente, en especial el marfil y el carey, no debía de ser el Egipto, sino Roma.

Finalmente, en una época como ésta que no ha sido superada jamás en el mundo en cuanto a la construcción de fastuosos edificios públicos, tenían gran importancia los costosos materiales de construcción suministrados por las canteras egipcias: el hermoso granito rojo de Siena, la breccia verde de la región de Kosêr, el basalto, el alabastro y, desde la época de Claudio, el granito gris y especialmente el pórfido de las montañas cercanas a Myos-hormos. Es cierto que la extracción de estos materiales se hacía en su mayor parte por colonias penitenciarias que trabajaban por cuenta del emperador; pero, aunque otra cosa no fuere, su transporte

beneficiaría a todo el país y especialmente a la ciudad de Alejandría.

De la extensión que llegaron a adquirir el comercio y la industria en Egipto da idea un dato conservado por casualidad sobre el flete de un buque de carga (ἄπατοϛ) caracterizado por su gran tonelaje, que bajo Augusto transportó a Roma el obelisco que hoy se alza junto a la Porta del Popolo, con su base, y además 200 marineros, 1 200 pasajeros y 400 mil fanegas romanas (34 mil hectolitros) de trigo y un cargamento de telas, vidrio, papel y pimienta. "Alejandría, dice un escritor romano del siglo III,[7] es una ciudad en que hay abundancia, riqueza y exuberancia y en que nadie permanece ocioso: uno es obrero del vidrio, otro fabricante de papel, el de más allá tejedor; el único dios, aquí, es el dinero." Y lo que se dice de la capital podía aplicarse en la debida proporción al país entero.

Del tráfico comercial del Egipto con los países situados al sur de sus fronteras y con la Arabia y la India hablaremos en detalle más adelante. El mantenido con los países de la cuenca del Mediterráneo se destaca poco en las fuentes, probablemente, entre otras razones, porque formaba parte de la marcha normal de las cosas y no se presentaba con frecuencia la ocasión de referirse a él. El trigo egipcio era transportado a los puertos itálicos por marineros alejandrinos, y a ello se debe el que en la ciudad marítima de Portos, cerca de Ostia, surgiese un santuario semejante al templo de Sarapis de Alejandría, con una hermandad de marineros; pero no es fácil que estos buques de carga participasen en una medida muy considerable en el transporte de las mercancías exportadas del Egipto al Occidente del imperio. Este comercio se hallaría, probablemente, en igual o mayor extensión en manos de los armadores y capitanes itálicos; por lo menos sabemos que ya bajo los lágidas existía en Alejandría una considerable colonia itálica, y desde luego los comerciantes egipcios no llegaron a extenderse nunca en los países occidentales tanto como los sirios. Los decretos de Augusto de que hablaremos

más abajo y que transformaron el tráfico comercial en los mares de Arabia y de la India no llegaron a aplicarse a la navegación por el Mediterráneo; el gobierno no tenía ningún interés en favorecer aquí a los comerciantes egipcios con preferencia a los demás. El tráfico siguió desarrollándose en este mar, probablemente, por los mismos cauces anteriores.

Población

Así, pues, el Egipto no sólo contaba con una densa población agrícola en las partes del país susceptibles de cultivo, sino que era además, como lo revelan las numerosas y en parte muy notables zonas y ciudades, un país fabril; de aquí que fuese, con mucho, la provincia más poblada de todo el imperio romano. Se calcula que el antiguo Egipto tenía 7 millones de habitantes; reinando Vespasiano, el censo oficial registraba la cifra de 7 millones y medio de contribuyentes por el impuesto de capitación, a los que hay que sumar los alejandrinos y otros helenos exentos de ese tributo y los esclavos, probablemente poco numerosos, lo que dará un total de 8 millones de almas, por lo menos. Teniendo en cuenta que el área total de cultivo es hoy de unas 500 millas alemanas cuadradas (hacia 3 700 kilómetros cuadrados), lo que hace suponer que en la época romana no excedería de 700 (unos 5 100 km), llegamos a la conclusión de que el Egipto de aquel entonces tenía una densidad de población de unos 11 mil habitantes por milla cuadrada (7.42 kilómetros).

Si echamos una mirada a los habitantes del Egipto, vemos que las dos naciones que poblaban el país, o sea la gran masa de los egipcios y la pequeña minoría de los alejandrinos, constituían círculos totalmente distintos,[8] aunque unidos ambos en la comunidad del mal por la capacidad de asimilación del vicio y la afinidad en que todos los vicios tienden a enlazarse.

Los egipcios nativos no se distinguirían gran cosa, seguramente, de sus actuales descendientes ni en cuanto a la situa-

ción ni en cuanto al carácter. Eran gentes que se bastaban a sí mismas, sobrias, trabajadoras y activas, diestros artesanos y marineros y hábiles comerciantes, aferrados a sus viejas tradiciones y a su antigua fe. No importa que los romanos aseguren que los egipcios se enorgullecían de las marcas que dejaban en sus carnes los latigazos recibidos por los fraudes fiscales cometidos por ellos; esto no es más que una opinión en que se refleja el punto de vista propio de los recaudadores de contribuciones.

Cultura y religión

La cultura nacional egipcia no carecía de algunos buenos gérmenes; pese a toda la superioridad de los griegos, tampoco en la pugna espiritual entre estas dos razas tan distintas dejaban de acusar los egipcios ciertas ventajas esenciales sobre los helenos, los cuales se daban también cuenta de ello. En el fondo la sensibilidad de este pueblo la reflejaban aquellos sacerdotes egipcios de la amena literatura griega que se burlaban de lo que los helenos llamaban historiografía y de su elaboración de las leyendas poéticas como la verdadera tradición del remoto pasado: los egipcios, decían estos escritores, no hacen versos, pero toda su vieja historia está escrita en los templos y en las piedras votivas; por desgracia, añadían, son pocos los que hoy la conocen, pues muchos monumentos han sido destruidos y la tradición se pierde entre la ignorancia y la indiferencia de las generaciones posteriores.

Esta queja fundada encierra ya un fondo de desesperanza: el árbol venerable de la civilización egipcia estaba condenado desde hacía mucho tiempo a ser derribado. El helenismo penetraba con su acción desintegradora hasta en el seno del mismo sacerdocio. Queremón, escribano de un templo egipcio, llamado a la corte del emperador Claudio como profesor de filosofía del príncipe heredero, escribió una *Historia de Egipto* en la que interpreta los antiguos dioses del país con base en los elementos de la física estoica, sentido que atribu-

ye también a los documentos redactados en la escritura nacional. La esencia del antiguo Egipto apenas trascendió a la vida práctica del imperio más que en el terreno religioso.

Para este pueblo la religión lo era todo. Soportaba dulcemente la dominación extranjera de por sí y hasta podríamos decir que apenas la sentía, mientras no tocase a las prácticas religiosas del país y cuanto con ellas se relacionaba. Es cierto que, dado el régimen interior del Egipto, todo o casi todo se relacionaba con la religión: la escritura y la lengua, los privilegios sacerdotales y el orgullo de los sacerdotes, los usos palatinos y las costumbres del país; el cuidado con que el gobierno velaba por el buey sagrado mientras vivía y el esplendor con que al morir era enterrado, sus desvelos por encontrarle un buen sucesor, constituían para estos sacerdotes y para este pueblo el criterio de las virtudes del soberano gobernante y daban la pauta para el respeto y la lealtad que le eran debidos. El primer rey persa se impuso en Egipto al decretar que el templo de Neith en Sais fuese reintegrado a su destino, es decir, devuelto a los sacerdotes; Tolomeo I, siendo todavía gobernador de la Macedonia, restituyó a sus antiguos altares las imágenes de los dioses egipcios raptados y llevados al Asia y devolvió a los dioses de Pe y Tep las ofrendas nacionales que les habían sido arrebatadas. Los sacerdotes egipcios dieron las gracias al rey en el famoso decreto de Canope (año 238 a. C.) por haber traído de nuevo al país, desde Persia, para el gran desfile triunfal de Tolomeo Euergetes, las imágenes sagradas de los templos retiradas de ellos en tiempos pasados. Y estos dominadores extranjeros se prestaron a que los reyes y reinas vivientes fuesen incluidos entre los dioses del país, siguiendo la tradición nacional de los faraones. Los emperadores romanos no siguieron este ejemplo sino en una medida limitada. Aunque en el título por ellos adoptado se prestaron hasta cierto punto, según veíamos, al culto del país, rehuyeron siempre, incluso en la versión egipcia, el atribuirse los usuales predicados nacionales, que contrastaban demasiado crudamente con las concepciones

del mundo occidental. Estos protegidos de Ptah y de Isis combatían en Italia el culto de los dioses egipcios con la misma energía que el culto judaico, y esto explica que procurasen no dejar trascender nada de aquel amor fuera de los jeroglíficos y que tampoco en el Egipto tomasen parte de ningún modo en los ritos con que se adoraba a los dioses indígenas.

Los verdaderos egipcios aferráronse siempre tenazmente a su religión nacional, aun bajo la presión de los dominadores extranjeros; no obstante, la posición de parias a que se veían reducidos al lado de los griegos y los romanos dominantes tenía que pesar necesariamente sobre el culto y sus sacerdotes, y esto explica que bajo el imperio romano sólo quedasen en pie algunos débiles residuos de aquella posición prepotente, de aquella influencia y de aquella cultura que caracterizaban al sacerdocio en el antiguo Egipto. En cambio esta religión nacional, reacia desde el primer momento a cuanto fuese plasmación estética o transfiguración intelectual, sirvió dentro y fuera del Egipto como centro y punto de partida para todas las formas imaginables de encantamientos piadosos y especulaciones sagradas; baste recordar el Hermes tres veces grande que llegó a aclimatarse en el Egipto, con toda la literatura de tratadillos y libros mágicos asociada con su nombre y la correspondiente y extendidísima práctica milagrera. Entre la población indígena el culto llevaba aparejados en esta época los peores abusos: no eran sólo las orgías organizadas en honor de los distintos dioses locales, que duraban a veces muchos días y en las que se cometían toda clase de excesos, sino también las constantes discordias y luchas religiosas entre las distintas circunscripciones del país sobre si el Ibis era una divinidad más poderosa que el Gato, o el Cocodrilo podía más que el Mono. En el año 127 d. C. los ombitas del sur de Egipto fueron atacados durante un festín religioso por los vecinos de un distrito cercano, celosos de la superioridad de sus dioses, y se dice que los vencidos comieron el cadáver de uno de sus enemigos. Poco después los adoradores del perro se comieron un lucio como reto a los devotos

de este pez, a lo que los del bando de enfrente contestaron comiéndose un perro; ambas comunidades religiosas se empeñaron en una guerra que duró hasta que intervinieron los romanos e impusieron un castigo a los dos *nomos* contendientes.

Esta clase de pleitos estaba a la orden del día en el Egipto. Tampoco escaseaban los disturbios provocados por motivos de otras clases. Ya el primer virrey del Egipto nombrado por Augusto hubo de enviar al alto Egipto tropas que reprimiesen los motines desencadenados allí por el aumento de las contribuciones, y del mismo modo y probablemente por idéntico motivo tuvo que proceder contra la ciudad de Heronópolis, situada en la punta del Golfo Arábigo. Bajo Marco Aurelio estalló una insurrección de la población indígena de Egipto, que amenazó con llegar a adquirir proporciones muy serias. Un destacamento de tropas romanas había apresado a algunos individuos en las marismas difícilmente accesibles situadas al este de Alejandría que formaban la llamada "pradera de los bueyes" *(bucolia)* y que servían de refugio a los delincuentes y los bandidos, establecidos allí como una especie de colonia; toda la tribu de los bandoleros se levantó en defensa de sus cofrades presos, exigiendo su libertad, y la población del país se unió a ellos. La legión romana de Alejandría enviada a su encuentro fue derrotada y la ciudad estuvo a pique de caer en manos de los insurrectos. El gobernador del Oriente, Avidio Casio, avanzó con sus tropas, pero no se atrevió a dar la batalla a los sublevados, muy superiores en número, y prefirió sembrar la discordia en las filas del enemigo; cuando los insurrectos empezaron a luchar en dos bandos unos contra otros, fue fácil para los romanos domeñarlos a todos.

Es lo más probable que esta llamada insurrección de los boyeros tuviese también un carácter religioso, como suelen tenerlo siempre esta clase de guerras campesinas; el caudillo de los insurrectos, Isidoro, el hombre más valiente del Egipto, era sacerdote de profesión, y el hecho de que la alianza se

consagrase, después de la prestación de juramento, sacrificando a un oficial romano prisionero cuyos despojos comieron luego los conjurados, cuadra tan bien al carácter religioso de esta insurrección como al canibalismo de la guerra de los ombitas. En las historias egipcias de bandidos con que nos encontramos en la literatura subalterna del último periodo griego se percibe todavía un eco de estos sucesos. Pero aunque diesen algo que hacer al gobierno romano, estos movimientos no llegaron a tener nunca una finalidad política ni perturbaron más que de un modo parcial y pasajero la tranquilidad del país.

Alejandría

Al lado de los egipcios aparecen los alejandrinos, ocupando una posición análoga a la que hoy ocupan los ingleses en la India al lado de los naturales del país. Alejandría fue considerada siempre, en la época preconstantiniana, como la segunda ciudad del imperio romano y la primera ciudad comercial del mundo. Contaba al final de la dinastía de los lágidas más de 300 mil habitantes libres, cifra que aumentaría indudablemente bajo el imperio. Un paralelo entre las dos grandes capitales del Nilo y del Orantes, rivales entre sí, arroja casi tantas semejanzas como contrastes. Ambas son ciudades relativamente nuevas, creadas de la nada por dos monarcas, trazadas con arreglo a un plan y con una estructura urbana ordenada y regular. En Alejandría todas las casas tienen agua corriente, como en Antioquía. La ciudad rival del valle del Orontes destacábase sobre la del Nilo por la belleza de su emplazamiento y la magnificencia de sus edificios, pero ésta sobresalía en cambio por lo favorable de su situación para el gran comercio y por el número de sus habitantes. Los grandes edificios públicos de la capital egipcia, el palacio real, el Museion que servía de albergue a la academia y sobre todo el templo de Serapis, eran maravillosos monumentos de una época anterior de esplendor arquitectónico; sin embargo

la capital del Egipto, que sólo pocos césares llegaron a pisar, no podía competir con la residencia imperial de la Siria en cuanto al número de obras monumentales levantadas en su recinto por los emperadores.

Antioquenses y alejandrinos corren parejas en cuanto a su espíritu levantisco y a su afán de oposición contra el gobierno del imperio; y aún podríamos añadir que en cuanto al hecho de que ambas ciudades, sobre todo Alejandría, floreciesen precisamente bajo los romanos y gracias a ellos, tenían más razones para estarles agradecidas que para sentirse rebeldes. La actitud de los alejandrinos ante los regentes helénicos la revela la larga serie de apodos burlescos, usuales todavía hoy, que el público de la capital colgó a todos los Tolomeos, sin excepción. También el emperador Vespasiano fue obsequiado por los alejandrinos con uno de estos títulos de mofa: el de "bolsista de anchoas" (Κυβιοσάκτης), por haber implantado un impuesto sobre el pescado salado, y el sirio Severo Alejandro con el de "gran rabino"; pero los emperadores rara vez se acercaban al Egipto, y ofrecían un blanco muy distante para que estas mofas les hiciesen mella. En vista de ello el público alejandrino se consolaba dedicando al virrey con el mismo celo los hallazgos de su ingenio burlesco, sin que la certeza del castigo bastase para atar la lengua de aquellas gentes, ingeniosas a veces y siempre desvergonzadas. Vespasiano se contentó con aumentar en seis céntimos el impuesto de capitación para pagar aquellos homenajes, lo que le valió un nuevo apodo, el del "hombre de los seis céntimos"; en cambio sus habladurías sobre Antonino Severo, pequeña caricatura del gran Alejandro y amante de la madre Yocasta, habían de costarles caras. El pérfido emperador presentose en Alejandría con grandes extremos de amistad y cuando el pueblo se hubo congregado para aclamarlo hizo que sus soldados acuchillasen a la multitud, bañando en sangre durante varios días las plazas y las calles de la gran ciudad; no contento con esto, ordenó que fuese disuelta la aca-

demia y que la legión acampase en la misma ciudad, aunque ninguna de las dos medidas llegó a ejecutarse.

Pero mientras que los antioquenses se limitaban por lo general a las chanzas y las burlas, el populacho de Alejandría recurría, en cuanto la ocasión se presentaba, a la piedra y al garrote. En los alborotos y reyertas, dice un testimonio de mayor excepción, pues se trata de un alejandrino, nadie aventajaba a los egipcios; la menor chispa basta para encender aquí la hoguera de un tumulto. Las legiones veíanse obligadas a intervenir y castigar los disturbios que las gentes de Alejandría provocaban por los más variados motivos: por el retraso de una visita, por la confiscación de víveres adulterados, porque una persona fuese expulsada de un establecimiento de baños, por una pelea entre el esclavo de un noble alejandrino y un soldado romano de infantería sobre el valor o la carencia de valor de las pantuflas de uno y otro.

En estas reyertas traslucíase el hecho de que las capas bajas de la población de Alejandría estaban formadas en su mayor parte por gentes indígenas; aunque los griegos en ellas actuasen por lo común como instigadores —en las noticias que a nosotros han llegado aparecen mencionados siempre los retóricos, es decir, según la acepción en que aquí se emplea la palabra, los azuzadores—,[9] al tomar incremento el tumulto entraban en seguida en acción la perfidia y el salvajismo del egipcio de pura raza. Los sirios son cobardes, como lo son también los egipcios en el campo de batalla; pero en los tumultos callejeros éstos dan pruebas de un ardor y una valentía dignos verdaderamente de mejor causa.[10] Los alejandrinos eran tan aficionados a las carreras de caballos como los antioquenses; pero con la diferencia de que aquí ninguna carrera terminaba sin pedreas y puñaladas. Las dos ciudades se dejaron arrastrar en tiempo de Calígula por el antisemitismo; pero mientras que en Antioquía bastó con que las autoridades pronunciasen unas cuantas palabras enérgicas para que los tumultos se apaciguasen, los vecinos de Alejandría, azuzados por unos cuantos mozalbetes y arrastrados a

las calles por un desfile de monigotes, sacrificaron miles de vidas humanas. De los alejandrinos se decía que jamás sellaban la paz en sus reyertas hasta que no viesen correr la sangre.

La vida en esta ciudad no era agradable para los funcionarios ni los oficiales. "Los gobernadores enviados a Alejandría —dice un informante del siglo IV— pisan esta ciudad temblando y con titubeos, pues temen a la justicia popular; en cuanto un gobernador comete algún desafuero, el palacio arde y es apedreado." La confianza simplista en la justicia de estos métodos caracteriza el punto de vista del autor de las líneas, perteneciente al pueblo cuya justicia ensalza. La continuación de este sistema, muy parecido a la "ley de Lynch" y tan deshonroso para el gobierno como para la nación, nos revela la llamada historia eclesiástica con el asesinato bajo Juliano del obispo Georgio y sus cofrades, tan odiados de los ortodoxos como de los paganos, y el de la bella incrédula Hipatia, muerta a manos de los devotos fieles del obispo Cirilo, bajo Teodosio II. Los motines de Alejandría eran más pérfidos, irresponsables y violentos que los de Antioquía, pero sin que pusiesen más en peligro que éstos la existencia del imperio ni la de ninguno de sus gobiernos. Los muchachos traviesos y revoltosos son molestos, lo mismo en casa que en la colectividad, pero no pasan de eso.

Análoga es también la posición de las dos ciudades en lo que a la religión se refiere. Tanto los antioquenses como los alejandrinos rechazaban, bajo su forma primitiva, el culto nacional mantenido por la población indígena de la Siria y del Egipto. Pero los lágidas, lo mismo que los seléucidas, se guardaron mucho de tocar los fundamentos de la antigua religión del país y limitáronse a helenizar exteriormente en cierto modo las viejas concepciones y los viejos templos nacionales, enlazándolos a las dúctiles figuras del Olimpo, y así introdujeron por ejemplo en el culto del país el dios griego de los infiernos, Plutón, bajo el nombre egipcio de Sarapis, divinidad poco conocida hasta entonces, a la que fueron

transfiriendo poco a poco el antiguo culto de Osiris. De este modo la Isis, divinidad auténticamente egipcia, y el seudoegipcio Sarapis desempeñaron en Alejandría un papel semejante al que en la Siria hubieron de desempeñar Belos y Heliogábalo, penetrando también paulatinamente, al igual que éstos, aunque nunca se les llegó a atacar con la misma violencia, en el culto occidental, bajo el imperio. En cuanto a las costumbres licenciosas que estas fiestas y estos ritos religiosos llevaban consigo y a los excesos sancionados y estimulados por la bendición de los sacerdotes, no tenían mucho que echarse en cara los antioquenses y los alejandrinos.

El culto antiguo encontró en el devoto Egipto su más firme baluarte hasta una época muy avanzada.[11] Fue en Alejandría donde tuvo su verdadero centro la restauración de la antigua fe, tanto desde el punto de vista científico, en la filosofía basada en ella, como desde el punto de vista práctico, en la resistencia frente a los ataques dirigidos por los cristianos contra el politeísmo y en la reanimación del culto en los templos tradicionales y de la mántica pagana. Y cuando la nueva fe hubo conquistado también esta fortaleza, el carácter del país siguió manteniéndose fiel a sí mismo; la cuna del cristianismo fue Siria, la del movimiento monástico, el Egipto.

A la importancia y la posición que en Alejandría ocupaban los judíos —otro punto en el que esta ciudad se da la mano con Antioquía— ya nos hemos referido en otro lugar. Los judíos ocupaban, indudablemente, una posición inferior a la de los inmigrantes llamados al país, como los helenos, y se hallaban sujetos a impuestos como los egipcios, pero se tenían en más y más que éstos lo eran realmente, su número ascendía bajo Vespasiano al millón, lo que representaba la octava parte de la población total del Egipto, y al igual que los helenos vivían preferentemente en la capital, dos de cuyos cinco barrios eran judíos. La colonia israelita de Alejandría era ya antes de la destrucción de Jerusalén la primera del mundo por su reconocida independencia, su prestigio, su cultura y

su riqueza; y a ello se debió precisamente el que una parte considerable de los actos finales de la tragedia judía se desarrollasen en suelo de Egipto.

Alejandría y Antioquía son principalmente centros de población mercantil e industrial; pero en Antioquía falta el puerto y todo lo que el puerto lleva consigo, y por grandes que fuesen el tráfago y la animación de sus calles, no admitía comparación con la vida y el bullicio que a las de Alejandría daban sus obreros fabriles y sus marineros. En cambio, para quienes quisieran gozar de la vida, divertirse, comer bien y disfrutar del amor, Antioquía ofrecía más atractivos que la ciudad "en la que nadie permanecía ocioso". En el Egipto quedaron también relegadas a segundo plano,[12] seguramente más por el tráfago de los negocios cotidianos que por la influencia de los numerosos y bien pagados sabios que residían en Alejandría y que en gran parte eran también oriundos de aquí, aquellas actividades literarias que esbozamos al tratar del Asia Menor, vinculadas principalmente a las exhibiciones retóricas de sus ciudades. Los hombres encerrados en el Museion, de los que más adelante hablaremos, no debían de contribuir gran cosa a la fisonomía de conjunto de Alejandría, sobre todo si cumplían con su deber y se aplicaban diligentemente a sus estudios e investigaciones. Los médicos alejandrinos estaban considerados como los mejores del mundo, lo cual no era obstáculo para que el Egipto fuese la verdadera patria de los curanderos charlatanes y de los remedios mágicos, y de aquella peregrina forma de la medicina pastoril en que la devota simpleza y el fraude especulativo se cubren con el ropaje de la ciencia. Ya hemos tenido ocasión de referirnos al Hermes tres veces grande; el Sarapis alejandrino hizo también en la Antigüedad más curas milagrosas que ninguno de sus colegas, llegando a contagiar hasta a un hombre tan práctico como el emperador Vespasiano y a hacerle creer que también él podía curar a los ciegos y a los tullidos, aunque sólo dentro del recinto de Alejandría.

La vida intelectual en Alejandría

El lugar que Alejandría ocupó o pareció ocupar en la trayectoria espiritual y literaria de la Grecia antigua, en sus últimos tiempos, y en la de la cultura occidental en su conjunto no tiene su cabida adecuada en una exposición de lo que localmente representaba el Egipto dentro del imperio y sólo puede enjuiciarse como merece en un estudio especial sobre aquel tema; no obstante, teniendo en cuenta la importancia de los sabios alejandrinos y de sus continuadores bajo el imperio romano, diremos aquí unas cuantas palabras acerca de ellos.

Ya hemos puesto de relieve en otra ocasión que fue en el Egipto principalmente, y en Siria, donde se efectuó la fusión del mundo del espíritu oriental y el helénico; si la nueva fe llamada a conquistar el Occidente nació en Siria, la ciencia paralela a ella, aquella filosofía que al lado y por encima del espíritu del hombre reconoce y proclama al Dios supraterrenal y la revelación divina, surgió principalmente en el Egipto: esta filosofía vivía ya probablemente en el nuevo pitagorismo y con seguridad en el neojudaísmo filosófico de que hemos hablado más arriba y en el neoplatonismo, a cuyo fundador, el egipcio Plotino, nos hemos referido ya también. A esta fusión de elementos helénicos y occidentales operada principalmente en Alejandría se debe en primer término el que, como se verá cuando estudiemos la situación existente en Italia, el helenismo presente allí en la primera época del imperio rasgos predominantemente egipcios. La antigua y nueva sabiduría enlazada a Pitágoras, Moisés y Platón pasó de Alejandría a Italia y de allí vino también la diosa Isis que, con todo lo que gira en torno a ella, había de desempeñar primordial papel en la cómoda devoción de moda que nos muestran los poetas romanos de la época de Augusto y los templos pompeyanos del periodo de Claudio. El arte egipcio campea en los frescos de la misma época que se han en-

contrado en la Campania y en la villa tiburtina de Adriano. Pues bien, a esto corresponde la posición que los sabios de Alejandría ocupan en la vida intelectual del imperio.

Vista la cosa en lo exterior, la obra de aquellos sabios responde a la preocupación del Estado por fomentar los intereses espirituales y sería más justo enlazarla con el nombre de Alejandro que con la ciudad de Alejandría; es la realización de la idea de que, al llegar a una determinada fase de la civilización, el arte y la ciencia necesitan verse sostenidos y estimulados por el prestigio y los recursos de poder del Estado, la consecuencia de ese genio de la historia universal que hizo surgir al mismo tiempo a un Alejandro y un Aristóteles. No es cosa de preguntarse aquí hasta qué punto se funden en esta titánica concepción la verdad y el error, el quebranto y el impulso de la vida espiritual, ni de contrastar una vez más aquella pobre floración tardía de las divinas canciones y los altos pensamientos de los helenos con la exuberante cosecha, también grandiosa a su modo, de los que más tarde se dedicaron a reunir, investigar y ordenar. Es cierto que las instituciones creadas por esta idea no podían devolver a la nación griega lo que irremisiblemente había perdido o, lo que es peor aún, sólo podían devolvérselo en apariencia, pero le ofrecieron la única reparación posible, una reparación espléndida, además, sobre el solar todavía libre del mundo intelectual.

Lo que aquí nos interesa sobre todo examinar es la situación interior del Egipto. Los jardines artificiales son en cierto modo independientes del suelo en que descansan; pues bien, otro tanto acontece con estas instituciones científicas a que nos estamos refiriendo, con la diferencia de que ellas dependen esencialmente de la corte. El subsidio material puede serles otorgado también de otros modos; pero mucho más importante que esto es el favor que les dispensan los altos círculos, el viento que hincha sus velas, y las relaciones que, convergiendo hacia los grandes centros, impulsan y extienden estas empresas de la ciencia. En la mejor época de las

monarquías alejandrinas había tantos centros de éstos como estados, y el creado junto a la corte de los lágidas era simplemente el más prestigioso de todos.

La república romana fue absorbiendo todas las demás cortes, una tras otra, y con ellas desaparecieron también los respectivos establecimientos y círculos científicos. Cuando el futuro Augusto, al suprimir la última de estas cortes, dejó en pie la institución intelectual vinculada a ella, puso con este rasgo de su gobierno, que no se cuenta entre los peores, la verdadera impronta de la época que se inauguraba. El filohelenismo del gobierno de los césares, más enérgico y más elevado que el de la república, se distinguía con ventaja de éste en que no se limitaba a asegurar el sustento de los literatos griegos residentes en Roma, sino que consideraba y trataba su gran misión tutelar sobre la ciencia como una parte de la dominación heredada de Alejandro. Claro está que, como todo en esta regeneración general del imperio, los planos eran mucho más grandiosos que el edificio. Las musas patentadas y pensionadas por los reyes que los lágidas habían convocado en Alejandría no tuvieron reparo en seguir percibiendo los mismos estipendios de los nuevos señores romanos; y la munificencia imperial no se quedó atrás de la antigua largueza real. Augusto no disminuyó los fondos de la biblioteca de Alejandría ni los destinados a subvencionar a filósofos, poetas, médicos y eruditos de todas clases, ni recortó tampoco las inmunidades de que estas personas disfrutaban; el emperador Claudio, por su parte, los aumentó; si bien imponiéndoles la carga de que los nuevos académicos claudios leyesen todos los años en sus sesiones las obras de historia griega de su maravilloso fundador.

A la par que la primera biblioteca del mundo, Alejandría poseyó durante todo el imperio una cierta primacía en cuanto a los trabajos de investigación científica, hasta que el Museion sucumbió y el Islam vino a dar el golpe de gracia a la civilización antigua. Pero no era sólo la ocasión que esto brindaba, sino que eran también la antigua tradición y la

orientación intelectual de estos helenos las que aseguraban aquella primacía a la ciudad, del mismo modo que entre los sabios se destacaban por el número y la importancia los nacidos en Alejandría.

En esta época surgieron también numerosos y estimables trabajos eruditos principalmente sobre temas de filosofía y de física, de que son autores los sabios "del Museo", como ellos se llaman, con giro semejante al usado por los parisinos "del Instituto". Pero la importancia literaria que la ciencia y el arte fomentados por la corte alcanzan en Alejandría y Pérgamo durante los mejores tiempos del helenismo no llegan a enlazarse jamás con los de la época romano-alejandrina. La causa de esto no reside en la falta de talentos ni en otros factores fortuitos, y menos aún en el hecho de que las plazas del Museion fuesen concedidas por los emperadores atendiendo siempre al favor y sólo a veces al mérito, pues el gobierno procedía en esto a su antojo, como si se tratase del caballo de los équites o de los cargos palatinos. Había otra causa más profunda. Los filósofos y poetas de la corte quedáronse en Alejandría, pero la corte desapareció de allí; ahora se revelaba bien claramente que no eran las pensiones ni las gratificaciones lo que interesaba, sino el contacto vivificador para ambas partes de la gran labor política con el gran trabajo científico.

Tampoco la nueva monarquía carece de su ciencia y su arte propios, ni de los resultados inherentes a ellos; pero el centro de estas actividades intelectuales no era ya la ciudad de Alejandría: esta floración del desarrollo político correspondía en justicia a los latinos y a la capital de la latinidad. La poesía y la ciencia de la época de Augusto alcanzaron bajo análogas condiciones un importante y satisfactorio desarrollo, semejante al que habían logrado las helénicas en la corte de los reyes de Pérgamo y de los primeros Tolomeos. Este desarrollo intelectual se vinculaba ahora más a Roma que a Alejandría incluso en lo tocante a los círculos de la in-

telectualidad griega, allí donde el gobierno romano actuaba sobre ellos en el mismo sentido que lo hicieran los lágidas.

Es cierto que las bibliotecas griegas de la capital del imperio no estaban a la altura de las de Alejandría y que en Roma no llegó a existir nunca una institución comparable al Museo alejandrino. Pero, a pesar de ello, quien ocupase un puesto en las bibliotecas romanas tenía abiertas las puertas para relacionarse con la corte. Y la cátedra de retórica griega, creada en Roma por Vespasiano y provista y remunerada por el gobierno, confería a su titular una posición parecida a la de bibliotecario imperial, aunque no fuese funcionario palatino como éste, y ésta era indudablemente la razón de que se la considerase como el puesto académico más apetecido de todo el imperio. Y había sobre todo un cargo oficial, el más prestigioso e influyente de todos, al que el literato helénico podía llegar por sus méritos: el de jefe de la cancillería para los asuntos griegos. El traslado de la academia alejandrina a este cargo en la capital del imperio era considerado como un ascenso. Aun prescindiendo de todo lo que un literato griego pudiese encontrar en Roma como aliciente, las posiciones y los puestos de la corte imperial bastaban para que los más prestigiosos de ellos se inclinasen más bien hacia Roma que hacia la "mesa libre" egipcia.

La Alejandría intelectual de esta época era una especie de rincón de viuda de la ciencia griega, venerable y útil, pero sin ninguna influencia decisiva sobre la gran corriente de la cultura y de la deformación cultural del imperio; los puestos del Museo se concedían con cierta frecuencia, como era justo, a prestigiosos sabios extranjeros, y para esta institución tenían más importancia, indudablemente, los libros de la espléndida biblioteca que los ajetreados vecinos de la gran ciudad comercial y fabril que era Alejandría.

Política militar de Roma

La situación militar del Egipto planteaba a las tropas allí destacadas, como a las de Siria, una doble misión: la defensa de la frontera sur y de la costa oriental, defensa que, naturalmente, no podía compararse ni de lejos con la tarea militar que suponía la de la línea del Éufrates, y el mantenimiento del orden interior en el país y en la capital. Bajo Augusto la guarnición romana en el Egipto, prescindiendo de los barcos de guerra estacionados en el puerto de Alejandría y en las aguas del Nilo y destinados principalmente, al parecer, a asegurar la vigilancia aduanera, se hallaba formada por tres legiones y las correspondientes y poco numerosas tropas auxiliares, en total unos 20 mil hombres. Eran casi la mitad de los efectivos que Augusto destinaba a guarnecer todas las provincias del Asia, lo que demuestra la importancia que la nueva monarquía concedía a esta provincia. Pero esta guarnición fue reducida, probablemente bajo el gobierno del mismo Augusto, en una tercera parte, y en una proporción igual bajo Domiciano.

Al principio dos de las legiones permanecían estacionadas fuera de la capital; pero el campamento principal y poco después el único se hallaba a las puertas de Alejandría, donde César Octaviano había dado la última batalla a Marco Antonio, en el suburbio, que debía a esto su nombre, de Nicópolis. Este arrabal tenía su propio anfiteatro, se celebraban en él sus fiestas populares en homenaje al emperador, y durante algún tiempo las diversiones públicas de Nicópolis, que contaba con su organización propia e independiente, llegaron a eclipsar a las de Alejandría.

La vigilancia inmediata de las fronteras incumbía a las tropas auxiliares. La guarnición egipcia pasó, pues, por el mismo proceso que tanto contribuyó a relajar la disciplina de las tropas sirias: su misión predominantemente policiaca y el contacto directo con la gran capital; y a estas causas se sumaba en el Egipto otra más: entre los regimientos macedonios de los Tolomeos habíase impuesto desde muy atrás la perniciosa costumbre de permitir que los soldados mantuvie-

sen bajo las banderas la vida conyugal o algo parecido a ella, reforzándose las filas con estos hijos del campamento, y los romanos no tardaron en asimilar, por lo menos hasta cierto punto, esta costumbre. Todo esto hizo que el cuerpo de ejército del Egipto, en el que los soldados occidentales eran todavía más raros que en las otras unidades del Oriente y que se reclutaba en gran parte entre los vecinos de Alejandría y los vástagos del propio campamento, fuese el menos prestigioso de todos los del imperio, y ya sabemos que los oficiales de esta legión eran inferiores en rango a los de todas las demás.

Los vecinos de Egipto

La verdadera misión militar asignada a las tropas egipcias guarda estrecha relación con las medidas dictadas para el fomento del comercio en este país. Por eso juzgamos oportuno resumir conjuntamente ambos aspectos y exponer concatenadamente, antes de pasar adelante, las relaciones que el Egipto mantenía con sus vecinos continentales del sur y a continuación los que le unían a la Arabia y la India.

El Egipto llegaba por el sur, como ya hemos dicho, hasta la barrera que opone a la navegación la primera catarata del Nilo cerca de Siena (Assuán). Al otro lado de Siena empiezan los dominios de la tribu de los kesch, como los llaman los egipcios, que son los que los griegos conocen por el nombre de gentes de piel oscura o etíopes, afines en raza probablemente a los primitivos habitantes de la Abisinia, de que más adelante hablaremos, y procedentes tal vez del mismo tronco que los egipcios, aunque enfrentados con ellos como un pueblo extraño en el desarrollo histórico.

Más al sur están los nahsiu de los egipcios, es decir, los negros, que los griegos llamaban nubios. En los mejores tiempos de la monarquía los reyes del Egipto habían extendido sus posesiones hasta muy adentro del país, o por lo menos habían llegado a estas tierras emigrantes egipcios que esta-

blecieron en ellos su señorío; los monumentos escritos del régimen faraónico llegan hasta más arriba de la tercera catarata del Nilo, tierra adentro de Dongola, donde los egipcios parecen haber tenido el centro de sus colonizaciones en Nabata (cerca de Nuri); y aún se encuentran grupos de templos y pirámides, aunque sin inscripciones, mucho más adelante, río arriba, como a seis días de viaje al norte de Kartum, cerca de Squendi, en Senaar, junto a la ciudad etíope de Meroé, desaparecida en tiempos antiquísimos.

En la época en que el Egipto era romano, esta expansión de poder había desaparecido desde hacía ya mucho tiempo y al otro lado de Siena se extendían los dominios de un pueblo etíope regentado por reinas que ostentan todas ellas el nombre o título de Candaque[13] y tienen por residencia aquella ciudad en otro tiempo egipcia de Nabata, en Dongola. Era éste un pueblo de bajo nivel de civilización, formado predominantemente por pastores y capaz de levantar un ejército de 30 mil hombres, pero abroquelados con pieles de bueyes curtidas y armados en vez de espadas con hachas o lanzas y mazas forradas de hierro; eran vecinos rapaces, incapaces de hacer frente en el combate a los romanos. Estas tribus irrumpieron, en el año 24 o 23, en territorio romano, según ellas para vengarse de ciertos agravios que los jefes de los *nomos* más próximos les habían inferido, según los romanos porque gran parte de las tropas egipcias se hallaba por aquel entonces ocupada en la Arabia y los etíopes creían poder saquear impunemente las tierras vecinas. Lo cierto es que arrollaron a las tres cohortes que guardaban la frontera y retornaron a sus tierras llevando consigo como esclavos a los habitantes de los distritos egipcios más cercanos de Fila, Elefantina y Siena y como trofeos de victoria las estatuas del emperador que allí encontraron.

Pero el gobernador Cayo Petronio, que acababa de tomar posesión de la provincia, contestó sin demora al ataque; con 10 mil hombres de a pie y 800 de a caballo, no sólo expulsó a los etíopes del territorio romano, sino que los persiguió Nilo

arriba hasta el interior de su país, les infligió una aplastante derrota cerca de Pseljis (Dakke) y asaltó y tomó la fortaleza de Premis (Ibrim), conquistando y arrasando también la capital. Y aunque la reina, que era una mujer valiente, se lanzó de nuevo al ataque al año siguiente e intentó asaltar la plaza de Premis, donde los romanos habían dejado una guarnición, Petronio acudió rápidamente con refuerzos y la reina etíope no tuvo más remedio que enviar sus emisarios al vencedor y suplicar la paz. El emperador, además de concedérsela, ordenó que se evacuase el territorio ocupado y rechazó la propuesta de su gobernador de hacer tributarios a los vencidos.

Este episodio, por lo demás poco importante, adquiere cierto relieve por el hecho de que, poco después, se reveló la firme determinación del gobierno romano de defender incondicionalmente el valle del Nilo hasta donde el río era navegable, pero desistiendo de una vez para siempre de ocupar nuevos territorios más al sur. Sólo se consideraba como parte del imperio, aunque no llegase a organizarse nunca como *nomos* ni se reputase parte del Egipto, el tramo que va de Siena, donde estaban apostadas bajo Augusto las tropas fronterizas, a Hiera Sycaminos (Maharraka), el llamado país de las Doce Millas (Δωδεκασχοινος); y bajo Domiciano o antes se avanzaron los puestos fronterizos hasta Hiera Sycaminos. Y así se quedaron las cosas, en lo esencial. La expedición oriental proyectada por Nerón incluía también en sus planes la Etiopía; pero la empresa no pasó de la previa exploración del terreno por oficiales romanos hasta más allá de Meroé.

Las relaciones de vecindad en la frontera sur del Egipto debieron de ser, en general, pacíficas hasta mediados del siglo III, aunque no dejasen de producirse pequeños encuentros con aquella reina Candaque y sus sucesoras, cuyo poder parece haberse mantenido durante largo tiempo, y más tarde tal vez con otras tribus que afirmaron su predominio al otro lado de la frontera. Los vecinos no se atrevieron a allanar los límites del imperio hasta que éste empezó a desquiciarse en la época de Valeriano y Galieno.

Ya hemos dicho más arriba que los blemios, situados en las montañas de la frontera sudoriental y que antes habían estado bajo el poder de los etíopes, un pueblo bárbaro de pavoroso salvajismo, que siglos más tarde aún seguía aferrado a los sacrificios humanos, atacaron en esta época por su cuenta las tierras egipcias y se apoderaron en connivencia con los palmirenses de una buena parte del alto Egipto, donde se mantuvieron durante una serie de años. El excelente emperador Probo los arrojó de allí, pero los ataques de los belicosos vecinos no cesaron ya, hasta que por fin el emperador Diocleciano se decidió a retirar más atrás la frontera. La estrecha faja de las Doce Millas requería para su defensa una fuerte guarnición y daba al Estado poco rendimiento. Los nubios, que tenían su asiento en el desierto de Libia y visitaban frecuentemente el gran oasis, prestáronse de buen grado a dejar sus tierras para instalarse en esta zona, que les fue cedida en toda forma; al mismo tiempo se les asignó, lo mismo que a sus vecinos orientales, los blemios, una cantidad fija de dinero al año so pretexto de indemnizarles por la carga que les imponía la vigilancia y defensa de la frontera, pero en realidad, sin duda alguna, como rescate para que se abstuviesen de seguir organizando incursiones de saqueo, cosa que, naturalmente, no hicieron. Era un paso atrás, el primero que se daba desde que el Egipto estaba en poder de los romanos.

Pocos son los datos que poseemos de la Antigüedad acerca del tráfico comercial en esta frontera. El comercio entre el África interior y el Egipto, sobre todo el de marfil en la época romana, debía de efectuarse más bien por los puertos abisinios que por el río, ya que las cataratas del Alto Nilo impedían su navegación, pero sin que esto quiera decir que no existiese en absoluto tráfico fluvial. Los numerosos etíopes residentes en la isla de Philae al lado de los egipcios eran en su mayoría, indudablemente, comerciantes, y la paz reinante en esta frontera contribuyó no poco al florecimiento de las ciudades fronterizas del alto Egipto y del comercio egipcio en general.

El canal del Mediterráneo al Golfo Pérsico

Las costas orientales de Egipto plantean al desarrollo del comercio mundial un problema de difícil solución. Estas costas, desoladas y rocosas en toda su extensión, reacias a toda penetración de la cultura, eran en la Antigüedad, como lo siguen siendo hoy, un verdadero desierto. Y, sin embargo, es en las dos puntas septentrionales de este litoral, en el Golfo Pérsico y el Golfo Arábigo, donde más se acercan el uno al otro los dos mares de importancia primordial para el desarrollo de la cultura en el mundo antiguo, el Mediterráneo y el mar Rojo, brazo del océano Índico. El Golfo Pérsico recibe en su seno las aguas del Éufrates, que en su curso medio se acerca al Mediterráneo; el Golfo Arábigo, a su vez, sólo se halla a unos cuantos días de marcha del Nilo, afluente de este mar. Por eso en el mundo antiguo el tráfico comercial entre el Oriente y el Occidente sigue preferentemente una de dos rutas: la del Éufrates, hacia las costas de la Siria y de la Arabia, o la del Nilo, por las costas del este de Egipto. Las rutas comerciales del Éufrates son más antiguas que las del Nilo; éstas ofrecen, en cambio, la ventaja que representa el ser el Nilo un río más navegable y más corto el transporte por tierra. La supresión del transbordo por tierra mediante la apertura de un canal artificial entre los dos mares, inasequible con respecto al Éufrates, es viable en cambio en la ruta del Egipto y ya en la Antigüedad se admitió la posibilidad de ponerla en práctica, aunque la obra se reputase difícil, como todavía lo es hoy.[b]

La misma naturaleza se había encargado, pues, de asignar al Egipto la misión de comunicar por agua o por tierra sus costas orientales con el Nilo y a través de éste con sus costas del Mediterráneo; los orígenes de las obras a ello encaminadas se remontan, en efecto, a los tiempos de aquellos regentes indígenas que primero gobernaron el país y lo abrieron al extranjero y al gran tráfico comercial. Siguiendo al parecer

las huellas de planes más antiguos trazados por los grandes gobernantes egipcios Seti I y Ramsés II, el rey Necho, hijo de Psamtik (610-594 a. C.), acometió la empresa de abrir un canal que, desviándose del Nilo cerca del Cairo, se comunicaría con los lagos salados cerca de Ismailía y a través de éste con el mar Rojo, pero la obra no llegó a terminarse. Es lo más probable que el proyecto no obedeciese solamente al deseo de dominar el Golfo Arábigo y el comercio con la Arabia y que las miras de aquel rey egipcio fuesen mucho más allá, hasta enfocar la navegación por el Golfo Pérsico y el océano Índico y por las costas del Lejano Oriente, pues el monarca preocupado con estos planes fue el que organizó el único viaje de circunnavegación del África que llegó a realizarse en la Antigüedad. Tales eran, con absoluta seguridad, los planes del rey Darío I, señor de la Persia y del Egipto; este rey llegó a completar la obra del canal iniciada por Necho, pero volvió a cegarlo, según proclaman las piedras conmemorativas de su reinado descubiertas en estos lugares, probablemente porque sus ingenieros abrigaban el temor de que las aguas del mar, al desbordarse por el canal, inundasen los campos del Egipto.

La rivalidad entre los lágidas y los seléucidas que domina toda la política de la época posterior a Alejandro era, al mismo tiempo, un duelo entre el Éufrates y el Nilo. Aquél ejercía el predominio, éste aspiraba a conquistarlo; en los mejores tiempos de los lágidas, la pacífica ofensiva del Nilo fue emprendida y mantenida con gran energía. El segundo Tolomeo, llamado el Filadelfos († 247 a. C.), abrió a la navegación el canal cuyas obras acometieron Necho y Darío y que ahora se conocía con el nombre de "Río de Tolomeo", y además se ejecutaron importantes obras portuarias en los puntos más apropiados para la seguridad de los barcos y para las comunicaciones con el Nilo. Construyéronse puertos principalmente en la desembocadura del canal, cerca de Arsinoé, Cleopatris y Clisma, lugares situados en la zona de lo que hoy es Suez. Más al sur surgieron, aparte de otros puertos

menos importantes, los dos grandes emporios de Myos-hormos, un poco más arriba de la actual Kasar, y Berenice, en el país de los trogloditas, a la misma altura aproximadamente de la ciudad de Siena junto al Nilo y del puerto arábigo de Leuke Komé, situados a seis o siete jornadas de marcha aquél y éste a once de la ciudad de Coptos, donde el Nilo se acerca más a la costa, y comunicados con este lugar, emporio principal de aquel río, por calzadas tendidas a través del desierto y provistas de grandes cisternas. Es muy probable que en la época de los Tolomeos el tráfico de mercancías siguiese preferentemente esta ruta por tierra y no la vía del canal.

De esta Berenice, enclavada en el país de los trogloditas, no pasaron los dominios estrictamente egipcios de los lágidas. Las otras colonias situadas más al sur, Ptolemais Therón, más abajo de lo que hoy es Suakim, y el centro de población más meridional del reino lágida, lo que más tarde se llamaría Adulis y que en aquel entonces se llamaba tal vez "Berenice la dorada" o "la de cerca de Saba", Zula, no lejos de la actual Masaua, y que era, con mucho, el mejor puerto de toda esta costa, no pasaban de ser en aquel tiempo simples fuertes costeros sin comunicación ninguna por tierra con el Egipto. Estas lejanas colonias volvieron a perderse o fueron voluntariamente abandonadas bajo los lágidas posteriores; en la época en que comienza la dominación romana, la frontera del imperio en la costa era Berenice como en el interior lo era Siena.

El reino de Axoma

En estos territorios que los egipcios no llegaron nunca a ocupar o que abandonaron desde muy pronto, se formó a fines de la época de los lágidas o en los primeros tiempos del imperio un Estado independiente muy extenso e importante, el reino de Axoma, equivalente sobre poco más o menos al actual Abech. Tomaba su nombre de la ciudad de Axomis, hoy Axum, situada en el corazón de este montañoso país, a

ocho jornadas de viaje de la costa, en lo que hoy se llama Tigré; servíale de puerto la ya citada Adulis, en el golfo de Masaua. Los primitivos pobladores de este país hablarían probablemente el agau, lengua de la que aún quedan ciertos vestigios en algunas zonas del sur y que pertenece al mismo grupo hamítico del bedscha, el dankalí, el somalí y el galia, que hoy se hablan en estas tierras; este grupo lingüístico debía de guardar con la lengua egipcia una afinidad parecida a la que existía entre la lengua griega y la de los celtas y eslavos, afinidad desde el punto de vista de las investigaciones filológicas que era, en realidad, más bien contraste desde el punto de vista de la existencia histórica. Pero antes de que existiese siquiera un atisbo de noticia histórica de este país, debieron de cruzar la estrecha faja de mar grupos de inmigrantes del sur de la Arabia pertenecientes a las tribus himiaritas del tronco semita, de civilización superior a las indígenas y que impusieron a éstas su lengua y su escritura. El antiguo lenguaje escrito de Abech, que seguía conservándose entre el pueblo hasta mucho después de la época romana, el gelez, llamado casi siempre, impropiamente, etíope,[14] es semita puro, como lo son también, en lo esencial, los dialectos que aún viven hoy, principalmente el tigriña, aunque desfigurados por la influencia del antiguo agau.

Las fuentes no brindan dato alguno acerca de los orígenes de este pueblo. Al final de la época neroniana y acaso ya mucho antes, el rey de los axomitas extendía sus dominios por la costa africana, tal vez desde Suakin hasta el estrecho de Bab el Mandeb. Algún tiempo después —sin que sea posible precisar la época— lo encontramos establecido como poder fronterizo de los romanos en el sur de Egipto y sabemos que llevó también sus armas a las costas del otro lado del Golfo Arábigo, en el territorio enclavado entre las posesiones romanas y el reino de Saba, lo que quiere decir que también en la Arabia lindaba por el norte con los dominios de Roma, extendiéndose además por la costa africana hasta más allá del golfo, tal vez hasta el cabo de Guardafui. No sabemos hasta

dónde llegaría, tierra adentro, el reino de Axoma; no es fácil que incluyese, por lo menos en la primera época del imperio, las tierras de la Etiopía, es decir Sennar y Dongola; lo más probable es que por aquel entonces coexistiesen los reinos de Axoma y Nabata.

Cuando nos encontramos en las fuentes con los axomitas, éstos dan pruebas de ocupar un nivel relativamente alto de desarrollo. Bajo Augusto el tráfico comercial del Egipto con estos puertos africanos era casi tan intenso como el que se mantenía con la India. El rey de los axomitas no disponía solamente de un ejército, sino también de una flota, como lo revelan sus relaciones con la Arabia. Del rey Zoscales, que gobernaba Axoma en tiempo de Vespasiano, dice un comerciante griego, que tuvo ocasión de visitar Adulis, que era un hombre probo y que sabía escribir el griego; uno de sus sucesores compuso en su mismo país un memorial redactado en griego corriente y fácil, en el que relata sus hazañas a los extranjeros; en él se llama hijo de Ares, título que los reyes axomitas conservaron hasta el siglo IV, y consagra el trono reproducido en aquel memorial a Zeur, Ares y Poseidón. Aquel mismo comerciante nos presenta la ciudad de Adulis, ya en tiempo de Zoscales, como una plaza comercial bien organizada; los sucesores de aquel rey redujeron a la paz por tierra y por mar a las tribus nómadas de las costas arábigas y establecieron una comunicación terrestre desde su capital hasta la frontera romana, empresa bastante respetable en un país como aquél, cuya contextura lo obligaba a atenerse casi exclusivamente a las comunicaciones por mar.

Bajo Vespasiano los naturales del país usaban como dinero pedazos de latón divisibles a voluntad y la moneda romana sólo circulaba entre los extranjeros residentes en Adulis o de paso por esta ciudad; en el bajo imperio emitían también moneda los reyes indígenas. El regente del país se titula rey de reyes y no existe indicio de que el país se hallase sujeto a la clientela romana; acuña monedas de oro, cosa que los roma-

nos tenían prohibida, no sólo dentro de sus propios dominios, sino en todos los colocados bajo su égida.

Apenas hay bajo el imperio ningún otro país situado fuera de las fronteras romano-helénicas que brinde al helenismo en su propio seno un hogar tan independiente como el reino de Axoma. Es cierto que con el tiempo la lengua nacional nativa o, mejor dicho, la importada de la Arabia y aclimatada en el país, fue recobrando la hegemonía y desplazando al griego, pero ello se debió probablemente, por una parte, a la influencia arábiga y por otra a la acción del cristianismo, con la consiguiente reanimación de los dialectos populares, fenómeno que hemos podido observar también en la Siria y en Egipto; lo cual no excluye que la lengua griega ocupase en Axoma y Adulis, en los siglos primero y segundo de nuestra era, una posición semejante a la que ocupaban en el Egipto y en la Siria, salvando la diferencia entre lo pequeño y lo grande.

Respecto a los tres primeros siglos de nuestra era, época a que se circunscribe nuestra exposición, apenas tenemos ningún dato sobre las relaciones políticas existentes entre el reino de Axoma y los romanos. Éstos, al tomar posesión del Egipto, apoderáronse también de sus puertos en la costa oriental hasta la troglodítica Berenice, que por hallarse muy distante de los centros militares tenía en la época romana un mando propio. Los conquistadores no pensaron siquiera en ampliar sus dominios a las inhóspitas y áridas montañas de esta costa; ni es de creer que la población de las tierras colindantes con las suyas, muy poco densa y mantenida en el más bajo nivel del desarrollo, diese nunca mucho que hacer a los romanos. Los Césares no intentaron tampoco, como lo habían hecho los lágidas, apoderarse de los emporios situados en las costas axomitas. Lo único que las fuentes nos dicen es que emisarios del rey de Axoma se entrevistaron y negociaron con el emperador Aureliano. Pero precisamente este silencio de las fuentes, unido a la posición independiente que ocupaba el rey de los axomitas,[15] a que nos hemos referido

ya, indican que ambas partes respetaron sin interrupción las fronteras establecidas y que existieron siempre en estas tierras relaciones de buena vecindad, propicias a los intereses de la paz y sobre todo al comercio egipcio. No puede ofrecer la menor duda, si tenemos en cuenta la superioridad de civilización del Egipto ya en la época de los lágidas, que este comercio, sobre todo el tan importante del marfil, que tenía en Adulis el centro principal de contratación para el interior del África, se mantenía fundamentalmente desde el Egipto y en barcos egipcios; en la época romana estas relaciones comerciales no hicieron más que intensificarse, sin sufrir alteración esencial.

Los sabeos y los homeritas

Mucho más importantes que el tráfico con los territorios africanos del sur eran para el Egipto y para el imperio romano en general las relaciones con la Arabia y las costas situadas al oriente de ella. La península arábiga no llegó a entrar nunca en la órbita de la cultura helénica. No habría sucedido así, seguramente, si el emperador Alejandro hubiese vivido un año más; la muerte lo arrebató cuando se disponía a circunnavegar y ocupar las costas del sur de Arabia, ya exploradas, a partir del Golfo Pérsico. Pero la expedición que aquel gran rey no pudo llegar a iniciar la emprendió después de morir él un griego. En cambio entre las dos costas bañadas por el Golfo Arábigo, a ambos lados de este mar relativamente ancho, mediaba ya desde los tiempos más remotos una viva actividad comercial. En los relatos egipcios de la época de los faraones ocupan un lugar importante los viajes marítimos al país de Punt y los cargamentos de incienso, ébano, esmeraldas y pieles de leopardo procedentes de aquellas tierras.

Sabemos ya que la parte norte de la costa occidental de la Arabia pertenecía más tarde al reino de los nabateos y que pasó con éste a formar parte de los dominios de Roma. Eran

playas desoladas en las que sólo se alzaba el emporio de Leuke Komé, la última ciudad de los nabateos y también, por lo tanto, del imperio romano, la cual no sólo mantenía tráfico marítimo con la de Berenice, situada frente a ella, en las costas del Egipto, sino que era además estación de partida de las caravanas que se dirigían a Petra y desde allí a los puertos del sur de la Siria y, por consiguiente, uno de los puntos nodales del comercio entre el Oriente y el Occidente.

Las tierras situadas más abajo, al norte y al sur de lo que hoy es la Meca, corrían parejas por su contextura natural con el país de los trogloditas situado frente a ellas, al otro lado del mar, carecen en la Antigüedad, al igual que éstas, de toda importancia política y comercial y no se hallaban, al parecer, reunidas bajo un cetro, sino pobladas por tribus nómadas. En cambio en el extremo meridional del golfo domina la única tribu arábiga que llegó a adquirir gran importancia en la época preislámica. Los griegos y los romanos conocen a estos árabes, en los tiempos antiguos, por el nombre de los sabeos, que era el pueblo más destacado en aquel entonces; más tarde les dan el nombre de homeritas, tomado de otra tribu; hoy suele denominárselos himiaritas, que es la forma neoarábiga del segundo de estos nombres. El desarrollo de este curioso pueblo había alcanzado un nivel bastante alto ya mucho antes de la dominación romana sobre el Egipto. Su solar, la "Arabia feliz" de los antiguos, la zona de Moca y Adén, se halla circundado por una estrecha faja desértica y tórrida, pero las sanas y templadas tierras interiores de Yemen y Hadramaut están cubiertas en las vertientes de sus montañas y en sus valles de una vegetación exuberante y las abundantes aguas que bajan de las cumbres permiten en muchas partes, con una explotación cuidadosa, la horticultura.

Los restos de las murallas de la ciudad y de sus torres; las ruinas de las obras útiles, sobre todo acueductos, en ella existentes, y de templos cubiertos de inscripciones, son todavía hoy elocuente indicio de la próspera y peculiar civilización de este país, corroborado por los testimonios de los antiguos

escritores que nos hablan de su lujo y esplendor; acerca de los palacios y castillos de los numerosos y pequeños príncipes de Yemen escribieron libros enteros los geógrafos arábigos. Son famosas las ruinas de la poderosa presa que en el valle de Mariaba embalsaba las aguas del Dana para poder utilizarlas en el riego de las tierras altas, cuya ruptura se dice que obligó a los habitantes de la región de Yemen a emigrar hacia el norte del país y fue durante mucho tiempo el punto de orientación de los árabes para el cómputo de sus años.

Estas tierras son, sobre todo, uno de los centros más antiguos del gran comercio marítimo y terrestre. Aparte de que abundan en ellas los productos como el incienso, las piedras preciosas, la resina, la cañafístula, el sen, la mirra y otras muchas drogas apetecidas para la exportación, los semitas que las pueblan se prestan admirablemente por su carácter, al igual que los fenicios, para el comercio. Estrabón dice ya de los árabes lo mismo que los modernos viajeros: que todos ellos son comerciantes y mercaderes. La acuñación de plata es entre los sabeos antigua y peculiar; sus monedas empiezan siendo de cuño ateniense y más tarde reproducen el de Augusto, pero con pie monetario independiente, probablemente babilónico.

Las rutas antiquísimas del incienso partían de estas tierras de los árabes y, atravesando el desierto, iban a las estaciones comerciales del Golfo Arábigo, a Elana y a la ya citada Leuke Komé, y a los emporios de la Siria, Petra y Gaza. Estas rutas del comercio terrestre, que con las del Éufrates y el Nilo enlazan desde tierras remotas el Oriente con el Occidente, constituyen probablemente la verdadera base sobre la que descansa el florecimiento de Yemen. Pero el comercio marítimo no tardó en unirse al terrestre. El gran puerto de Yemen era Adana, la actual Aden. Desde aquí eran transportadas las mercancías por mar, en barcos casi siempre arábigos indudablemente, a aquellos mismos puertos del Golfo Arábigo y a los de la costa siria o a los de Berenice y Myos-hormos, para seguir desde allí viaje a Coptos y Alejandría. Ya hemos dicho

que en época muy temprana los habitantes de la Arabia se adueñaron de las costas situadas al otro lado del mar, transplantando a tierras axomitas su lengua, su escritura y su civilización. La ciudad de Coptos, el emporio del Nilo para el comercio con el Oriente, contaba entre sus habitantes casi tantos árabes como egipcios, y eran árabes también los que explotaban las minas de esmeraldas enclavadas más arriba de Berenice (cerca de Yebel Zebara); esto revela que el comercio del Estado de los lágidas se hallaba hasta cierto punto en sus manos; la actitud pasiva de los egipcios con respecto al mar de Arabia, donde a lo sumo emprendían de vez en cuando una expedición punitiva contra los piratas, se comprende mejor partiendo de la premisa de que estas aguas se hallaban dominadas por un país dotado de un poder marítimo y de una buena organización.

Pero los árabes de Yemen navegaban también fuera de las aguas que bañan su costa. Adana siguió siendo hasta bien entrada la época romana una importante estación del comercio con la India y con el Egipto, habiendo llegado a alcanzar —pese a su situación desfavorable en una playa desnuda de vegetación— una prosperidad tan grande que el nombre de "Arabia feliz" debíase primordialmente a la riqueza de esta ciudad.

El poder que en nuestros días ejerce el imán de Mascate en el sudeste de la península sobre las islas de Socotora y Zanzíbar y sobre la costa oriental del África desde el cabo Guardaful para abajo, lo ejercían en la época de Vespasiano "desde antiguo" los príncipes de la Arabia. La isla de Discórides, la que hoy se llama de Socotora, obedecía por aquel entonces al rey de Hadramaut, y la Azania, o sean las costas de la Somalia, siguiendo más hacia el sur, a uno de los reyes tributarios de su vecino occidental, el rey de los homeritas. La estación más meridional en las costas del este de África de que tenían noticia los comerciantes egipcios era Rapta, en la zona de Zanzíbar, lugar que tomaron en arriendo de aquel jeque los comerciantes de Muza, equivalente sobre poco más o menos

a la actual Moca, quienes "enviaban allí sus barcos comerciales, tripulados casi siempre por capitanes y marineros arábigos acostumbrados a tratar con los nativos del país, con los que se vinculaban no pocas veces mediante matrimonio, y versados en la topografía y las lenguas de aquellas tierras".

La agricultura y la industria de los sabeos corrían parejas con su comercio: en las mesas ricas de la India figuraba, además del falerno italiano y el laodiceo sirio, el excelente vino de la Arabia; las lanzas y las leznas de zapatero que los indígenas de las costas de Zanzíbar compraban a los tratantes extranjeros procedían de los talleres de Muza. Todo esto hacía que el país de los sabeos, que además vendía mucho y compraba poco, fuese uno de los más ricos del mundo.

No poseemos datos para poder determinar ni en cuanto a la época prerromana ni en cuanto a los primeros tiempos del imperio hasta qué punto el desarrollo político del país de Saba guardaba proporción con su desarrollo económico. Lo único que parece deducirse tanto de los informes de los occidentales como de las inscripciones encontradas en el país es que estas tierras de la punta sudoccidental de la Arabia se hallaban divididas entre varios príncipes independientes, cuyos reinos eran todos de reducida extensión. Al lado de los sabeos y los homeritas, que eran los más importantes, existían los ya citados chatramótitas de Hadramaut y más al norte, en el interior, los mineos, formando cada pueblo de éstos su reino especial.

Los romanos siguieron con los árabes de Yemen exactamente la política contraria a la que aplicaron a los axomitas. Augusto, que tenía como norma fundamental del imperio el no extender las fronteras a nuevos territorios y que renunció a casi todos los planes de conquista de su padre y maestro, hizo una excepción con respecto a la costa sudoccidental de la Arabia, a la que atacó por su propia iniciativa, con el designio de apoderarse de ella. Le impulsó a obrar así la privilegiada posición que este grupo de pueblos ocupaba en el comercio indio-egipcio de la época. Para colocar el territorio

política y económicamente más importante de su dominación a la altura económica a que no habían sabido colocarlo sus predecesores o de la que habían permitido que decayese, necesitaba ante todo conquistar los diversos eslabones del comercio de paso entre Arabia y la India y Europa. Hacía ya mucho tiempo que la ruta del Nilo rivalizaba victoriosamente con las de la Arabia y el Éufrates, pero sin que el Egipto desempeñara en ella, como hemos visto, por lo menos bajo los últimos lágidas, un papel predominante. Sus competidores comerciales no eran los axomitas, sino los de la Arabia; para que el comercio egipcio dejase de ser un comercio pasivo y se convirtiese en activo, se trocase de un comercio indirecto en un comercio directo, era necesario someter a aquellos árabes; esto era lo que pretendía Augusto y lo que hasta cierto punto consiguió el imperio romano.

En el sexto año de su dominación en el Egipto (fines del 25), Augusto envió contra los estados del Yemen, con el fin de someterlos y, si ello no era posible, de aplastarlos —planes a los que no serían ajenos tampoco, indudablemente, los tesoros allí acumulados—, una flota especialmente construida para esta expedición, formada por 80 buques de guerra y 130 barcos de transporte, y la mitad del ejército egipcio, un cuerpo de 10 mil hombres, sin contar los refuerzos suministrados por los dos reyes clientes más cercanos, el nabateo Obodas y el judío Herodes. La empresa guerrera fracasó totalmente, por la incapacidad de la persona designada para dirigirla, que era el entonces gobernador del Egipto, Cayo Elio Galo. La ocupación y posesión de las desoladas costas situadas entre Leuke Kome y la frontera del territorio enemigo no interesaban en lo más mínimo; por eso la expedición debió dirigirse directamente contra las tierras que se aspiraba a conquistar, e introducir inmediatamente el ejército atacante en la Arabia feliz desde el puerto más meridional del Egipto. En vez de hacerlo así, la flota se hizo a la mar en el puerto situado más al norte de todos, el de Arsinoé (Suez), desembarcándose las tropas en Leuke Kome, como si se pretendiese alar-

gar todo lo posible la travesía de los barcos y la marcha de los soldados. Además los buques de guerra sobraban, pues los árabes no disponían de flota bélica, los marineros romanos no conocían la navegación por las costas arábigas y las naves, a pesar de haberse construido expresamente para esta expedición, eran inadecuadas para su fin. Los pilotos no supieron encontrar el camino entre los arrecifes y los bajos y la travesía en aguas romanas desde Arsinoé a Leuke Kome costó ya la pérdida de muchos barcos y de muchas vidas.

Las tropas pasaron el invierno en Leuke Kome; la marcha sobre el territorio enemigo empezó en la primavera del 730. No fueron los árabes, pero sí las tierras de Arabia quienes contuvieron sus avances. Donde el hacha de doble filo, la honda y el arco se enfrentaban con el pilo y la espada, los indígenas se dispersaban ante los romanos como la paja ante el viento; pero las enfermedades endémicas en este país, el escorbuto, la lepra, la parálisis de los miembros, diezmaban a los invasores más ferozmente que el más enconado combate, y sus estragos eran mayores de lo que podían haber sido si el general hubiese sabido hacer avanzar rápidamente aquella pesada masa de tropa. No obstante el ejército romano llegó hasta los muros de Mariaba, la capital de los sabeos, contra los que iba dirigido en primer lugar el ataque. Viendo que los habitantes de la ciudad les cerraban sus potentes murallas, que aun hoy se mantienen en pie, y oponían una enérgica resistencia, el general romano llegó a considerar irrealizable la empresa que se le había confiado y, después de tener a sus tropas seis días delante de la ciudad, emprendió la retirada, que el enemigo apenas estorbó seriamente y que fue llevada a cabo con relativa rapidez bajo la angustiosa presión de las circunstancias, aunque no sin experimentar sensibles bajas.

Era una grave derrota, pero no por ello renunció Augusto a sus planes de conquistar la Arabia. Ya hemos dicho que la expedición al Oriente iniciada por el príncipe heredero Cayo en el año 753 se quería que terminase en la Arabia. Esta vez el plan era otro: se trataba de llegar a la desembocadura del

Éufrates después de someter a la Armenia, de acuerdo con el gobierno parto, o en caso necesario después de derrotar a sus ejércitos, y una vez allí emprender el camino marítimo hacia la Arabia feliz explorado en su tiempo al servicio de Alejandro Magno por el almirante Nearcos. Estos planes viéronse frustrados también, de un modo distinto pero no menos desdichado, por la flecha parta que quitó la vida al heredero de la corona delante de los muros de Artageira. Con Cayo César se enterraron para siempre los planes de conquista de los reinos arábigos. Con excepción de la parte norte y de la costa noroccidental, la gran península conservó aquella libertad que en su día habría de alumbrar al enterrador del helenismo, al islam.

A pesar de esto, el comercio arábigo sufrió gran quebranto, en parte debido a las medidas dictadas por el gobierno romano para proteger la navegación egipcia, de que hablaremos más abajo, y en parte por un golpe que los romanos asestaron contra el principal emporio del comercio indio-arábigo. En época que no ha podido determinarse, bien bajo el mismo Augusto, posiblemente como uno de los preparativos para la proyectada expedición de Cayo César, bien bajo uno de sus inmediatos sucesores, se presentó delante de Adana una flota romana y destruyó el puerto; en tiempo de Vespasiano la antigua ciudad no era ya más que una aldea y su esplendor pertenecía al pasado. No conocemos más que el hecho escueto, que habla con bastante elocuencia. Fue un hecho parecido al de la destrucción de Corinto y de Cartago por la república y alcanzó, al igual que aquellos otros, la finalidad que se proponía: asegurar al comercio romano-egipcio la supremacía en el Golfo Arábigo y en el océano Índico.

Sin embargo el florecimiento del privilegiado país de Yemen era lo bastante sólido para poder resistir este golpe; incluso parece que fue ésta precisamente la época en que el país adquirió mayor cohesión política. Cuando las armas de Galo se estrellaron contra sus muros, Mariaba no era ya, probablemente, más que la capital de los sabeos; pero ya por

aquel entonces los homeritas, cuya capital, Safar, se levantaba también en el interior del país, un poco al sur de Mariaba, eran el pueblo más fuerte y más feliz de toda la Arabia. Un siglo más tarde encontramos a los dos pueblos unidos bajo el rey de los homeritas y los sabeos, residente en Safar y cuyos dominios llegan hasta Moca y Adén y se extienden, como ya hemos dicho, a la isla de Socotora y a las costas de Somalí y Zanzíbar; a partir de esta época, por lo menos, podemos hablar de un pequeño imperio de los homeritas. El desierto que se extendía al norte de Mariaba hasta la frontera romana no formaba entonces parte de él ni se hallaba bajo poder alguno organizado; los reinos de los mineos y de los chatramótitas siguieron conservando su independencia. La parte oriental de la Arabia formó siempre parte del imperio persa y no se halló jamás bajo el cetro de los reyes de la Arabia feliz. Las fronteras de los homeritas seguían siendo, pues, estrechas, como lo siguieron siendo, probablemente, en lo sucesivo, pues es muy poco lo que sabemos acerca del desarrollo posterior de este país. A mediados del siglo IV el reino de los homeritas aparece fusionado con el de los axomitas y gobernado desde Axomis, al otro lado del mar, sumisión que luego desaparece. En el bajo imperio tanto el reino de los homeritas como el reino unido de los homeritas y los axomitas mantienen relaciones y firman tratados con Roma como Estado independiente.

Los árabes del sudoeste de la península siguieron ocupando más tarde, durante todo el imperio, si no el lugar predominante en cuanto al comercio y la navegación, por lo menos una posición muy destacada. Después de la destrucción de Adana, pasó a ser la ciudad de Muza la metrópoli comercial de este país. Y la exposición que hemos hecho es aplicable todavía, en lo esencial, a los tiempos de Vespasiano. En esta época se nos describe Adana como una ciudad exclusivamente arábiga, habitada por armadores y gentes de mar, llena de animación y tráfago mercantil; los de Muza recorren con sus propios barcos todas las costas del este de África y

las del oeste de la India y no fletan solamente las mercancías de su propio país, sino que transportan a las tierras del Oriente las telas de púrpura y los bordados de oro elaborados en los talleres del Occidente con arreglo al gusto oriental, volviendo de ellas cargados con los preciosos artículos del Oriente, destinados a los países occidentales.

Muza y Cane, puerto situado al este de Adana y emporio del vecino reino de Hadramut, debieron de disfrutar siempre de una especie de monopolio de hecho en cuanto al incienso y otros productos aromáticos; este artículo, que en la Antigüedad se empleaba mucho más que hoy, se producía tanto en el sur de la Arabia como en la costa africana que va desde Adulis hasta el llamado "Promontorio de los Aromas", o sea el cabo de Guardafuí, pero eran los comerciantes de Muza los que lo sacaban de estos lugares para lanzarlo al mercado mundial.

La ya citada isla de Dioscórides era una colonia comercial común a las tres grandes naciones que navegaban estos mares, los helenos, es decir los egipcios, los árabes y los indios. Pero en Yemen no encontramos ni rastro de aquellas relaciones mantenidas con el helenismo entre los axomitas; el hecho de que las monedas llevasen cuño occidental no indica nada, pues esto era usual en todo el Oriente. Por lo demás la escritura, la lengua y las artes se desarrollaron en este país, en la medida en que podemos emitir un juicio acerca de ello, con la misma independencia que el comercio y la navegación, y a ello se debió, indudablemente, aparte de otras causas, el que los axomitas, al someter políticamente a su poderío a los homeritas, se desviasen más tarde de la senda helénica para marchar por los derroteros arábigos.

Fomento de las comunicaciones

No cabe duda de que todos los emperadores conscientes de su misión, empezando por Augusto, velaron en el Egipto por el fomento de las vías de comunicación necesarias para

el comercio en el mismo sentido, aunque de un modo más grato, que por las relaciones con los territorios africanos del sur y con las tribus de la Arabia. El sistema de calzadas y puertos establecido por los primeros Tolomeos siguiendo las huellas de los faraones había decaído considerablemente, como toda la administración del país, entre el caos de la última época de los lágidas. No existen datos expresos de que Augusto restaurase las vías terrestres y fluviales y los puertos del Egipto; pero es absolutamente cierto que lo hizo. La ciudad de Coptos siguió siendo durante todo el imperio el punto nodal de este sistema de comunicaciones. Sabemos por un documento recientemente descubierto que en la primera época del imperio fueron reparadas por soldados romanos y provistas de las cisternas necesarias en los lugares adecuados las dos calzadas que iban de Coptos a los puertos de Myos-hormos y Berenice.

El canal que unía al mar Rojo con el Nilo y a través de él con el Mediterráneo seguía desempeñando bajo el imperio romano un papel de segundo orden y tal vez sólo se utilizaba fundamentalmente para el transporte de los bloques de mármol y pórfido desde la costa oriental del Egipto hasta el Mediterráneo; pero se mantuvo navegable durante todo el imperio. El emperador renovó y amplió también probablemente este canal —tal vez fuese él quien lo comunicó con el Nilo cerca de Babilonia (en las inmediaciones del Cairo), donde el río forma todavía un solo brazo, para hacer que aumentase su caudal de agua— y le dio el nombre de río de Trajano o del emperador *(Augustus amnis),* que, en una época posterior del imperio valió a esta parte del Egipto la denominación de *Augustamnica.*

Otro problema del que Augusto se preocupó también seriamente fue el de la represión de la piratería en el mar Rojo y el océano Índico; mucho después de morir este emperador los egipcios le mostraban su gratitud por haber limpiado los mares de velas piratas, dejándolos libres para la navegación comercial. El que el gobierno estacionase permanentemente

una flota de guerra en estas aguas, aunque mandase de vez en cuando algunos buques a patrullarlas, y el que los patrones romanos que surcaban las aguas del océano Índico se viesen obligados a llevar a bordo gentes armadas para repeler los ataques de los corsarios, podría sorprendernos si no supiésemos que aquella pasividad relativa en cuanto a la seguridad de los mares era en todas partes, lo mismo aquí que en las costas de Bélgica y en las del mar Negro, una tara hereditaria del imperio romano o, más exactamente, del gobierno romano en general. Es cierto que los gobiernos de Axomis y de Safar se hallaban aún más interesados que los romanos de Berenice y Leuke Kome en combatir la piratería, y es posible que esta circunstancia contribuyese también a mantener las buenas relaciones entre el imperio y estos vecinos débiles e indispensables para él.

El comercio con el Lejano Oriente

Ya hemos puesto de relieve más arriba que, en la época inmediatamente anterior a la dominación romana, el comercio marítimo con la Arabia y la India, ya que no con el puerto de Adulis, no pasaba preferentemente por las manos de los egipcios. Las grandes relaciones comerciales con el Oriente las recibió el Egipto de los romanos. "Bajo los Tolomeos —dice un contemporáneo de Augusto— no se aventuraban fuera de las aguas del Golfo Arábigo más de veinte barcos egipcios al año; ahora zarpan para la India ciento veinte patrones al año de un solo puerto, el de Myos-hormos."

Desde la apertura de esta vía directa de comunicación con el Lejano Oriente el comerciante romano se embolsaba íntegras las ganancias que antes tenía que partir con el intermediario persa o arábigo. Para ello se recurrió probablemente a la medida, si no de excluir directamente a las naves arábigas e indias de los puertos egipcios, por lo menos de hacerles imposible su acceso a ellos por medio de aranceles diferenciales prohibitivos; sólo así, como consecuencia de decretos de na-

vegación protectores de la marina propia, puede explicarse el cambio tan súbito que se operó en las relaciones comerciales de estos mares. Pero el cambio no consistió solamente en convertir el comercio de pasivo en activo; el volumen del comercio se incrementó, además, en términos absolutos, como resultado de dos causas: el aumento de la demanda de mercancías orientales en los países del Occidente y la importancia adquirida por esta ruta comercial en detrimento de las de la Arabia y la Siria. La ruta por el Egipto fue acreditándose poco a poco como la más corta y la más barata para el comercio de la Arabia y la India con el Occidente. El incienso, que en tiempos antiguos se transportaba casi siempre por tierra, a través de la Arabia interior, hasta el puerto de Gaza, se enviaba más tarde en su mayor parte por mar, cruzando el Egipto.

En tiempo de Nerón cobró nuevo auge el comercio con la India, cuando un atrevido y valeroso capitán egipcio llamado Hipalos se decidió a seguir el derrotero directo hacia la India por alta mar, después de salir del Golfo Arábigo al océano Índico, en vez de ir costeando, lo que alargaba considerablemente la travesía; conocía el monzón, al que los navegantes que siguieron esta ruta después de él llamaban el hipalos. Desde entonces no sólo se acortó sustancialmente la travesía, sino que los barcos se hallaban menos expuestos a los ataques de los piratas de mar y tierra.

En qué proporciones había crecido el consumo de mercaderías orientales en el Occidente como consecuencia del sólido estado de paz y del incremento del lujo lo revelan hasta cierto punto las quejas formuladas en alta voz bajo Vespasiano por las enormes sumas que salían del imperio con aquel destino. Plinio calcula en 100 millones de sestercios la cifra anual abonada a la Arabia y a la India, de la cual 55 millones correspondían a la India solamente; claro está que una parte de estas importaciones se cubrían con las exportaciones a los países de origen. Los árabes y los indios comprarían los metales del Occidente, el hierro, el cobre, el plomo, el

zinc, el arsénico, los artículos egipcios mencionados más arriba, el vino, la púrpura, los objetos de oro y plata, y también las piedras preciosas, los corales y el bálsamo de azafrán; a pesar de todo era más lo que ellos tenían que ofrecer al lujo extranjero que lo que el extranjero podía suministrarles. De aquí que el oro y la plata amonedados fluyesen en grandes cantidades hacia los grandes centros comerciales de la Arabia y la India. En la India las monedas de oro y plata circulaban ya abundantemente bajo Vespasiano. La parte más considerable de este comercio oriental favorecía al Egipto; y aunque el incremento del comercio beneficiase al fisco imperial mediante el aumento de los ingresos aduaneros, es evidente que la necesidad de construir buques propios y de dotar a la navegación del país fomentaba también el bienestar de las provincias.

Así, pues, aunque el gobierno romano mantuvo su dominación en el Egipto dentro de los estrechos límites que trazaba la navegabilidad del Nilo y no se empeñó nunca de un modo enérgico y consecuente, fuese por apocamiento o por sabiduría, en conquistar la Nubia ni la Arabia, aspiró siempre con la misma energía a apoderarse del comercio al por mayor de la Arabia y la India y consiguió, por lo menos, reducir considerablemente el radio de acción de sus competidores. La defensa implacable de los intereses comerciales que había caracterizado a la política de la república siguió caracterizando también, sobre todo en el Egipto, la del principado.

No es posible decir más que de un modo aproximado hasta dónde llegó por el Oriente el comercio marítimo directo de los romanos. Al principio encauzábase hacia Barygaza (Baroch, en el golfo de Cambaya, más arriba de Bombay), gran plaza comercial que será a lo largo de todo el imperio el centro del comercio indo-egipcio; varios lugares de la península de Gudierat aparecen citados entre los griegos con nombres de formación helénica, como los de Naustatmos y Teófila. Más tarde, en la época flavia, en que ya todos los viajes se hacen por la ruta del monzón, se abre al comercio romano

todo el litoral occidental de la India bañada por el mar hasta las costas malabares, patria de la estimadísima y codiciadísima pimienta, en busca de la cual recalaban los romanos en los puertos de Muziris (probablemente Mangalora) y Nelaynda, que en indio se llamaba probablemente Nilacantha, uno de los nombres que se dan al dios Siva y que es probablemente la actual Nilesvara; algo más al sur, cerca de Cananor, se han encontrado numerosas monedas romanas de oro de la época julia-claudia, cambiadas en su tiempo por las especias destinadas a las cocinas romanas.

En la isla de Salice, la Taprobane de los antiguos navegantes griegos, la actual Ceilán, encontró cordial acogida por parte del soberano de aquellos dominios un empleado romano arrojado sobre aquellas playas desde las costas arábigas por una tormenta, y el rey, admirado según dicen los informes por la igualdad de peso de las monedas romanas a pesar de tener acuñados diferentes bustos de emperadores, envió con el náufrago embajadores que cumplimentasen al emperador romano. Por el momento esto sólo contribuyó a ampliar los conocimientos geográficos; pasó, al parecer, algún tiempo antes de que la navegación se extendiese a esta grande y fructífera isla, en la que han sido descubiertas también varias veces monedas romanas.

Pero más allá del cabo Comorín y de Ceilán sólo por excepción se han hallado monedas romanas, y no es fácil que la costa de Coromandel y la desembocadura del Ganges, y no digamos la península de la Indochina y la China misma, mantuviesen relaciones marítimas permanentes con los occidentales. La seda china se exportaba ya de antiguo al Occidente, pero según parece sólo por tierra y a través de los indios de Barygaza y más aún de los partos: los proveedores de seda o sereros (del nombre chino de la seda, *ser*) de los occidentales son los habitantes de la cuenca del Tarim, al noroeste del Tíbet, a donde acudían con su seda los chinos; los intermediarios partos velaban celosamente por que nadie les arrebatase este comercio.

Por mar sólo se aventuraron a seguir más allá de Ceilán navegantes sueltos por azar o en viajes de exploración, algunos de los cuales llegaron a las costas orientales de la Indochina y tal vez más lejos. El puerto de Cattigara, conocido de los romanos de comienzos del siglo II d. C., es una de las ciudades del litoral chino, tal vez Hang-chau-fu, en la desembocadura del Yang-tse-kiang. La noticia recogida por los anales de la China de que en el año 166 d. C. llegó a Hai-nan (Tonquín) una embajada del emperador An-tun de Ta- (es decir, de la grande) Tsin (Roma), trasladándose por tierra de allí a la capital Lo-yang (o sea Ho-nan-fu, en el medio Hoang-ho), puede interpretarse fundadamente en relación con Marco Antonio y con Roma. Sin embargo este episodio y lo que nos cuentan las fuentes chinas de visitas parecidas de los romanos a su país no debieron de tener carácter público u oficial, pues en este caso no dejarían de dar testimonio de ello las fuentes romanas; lo que pudo ocurrir es que en la corte china considerasen como emisarios de su gobierno a algunos capitanes romanos arribados a las playas de aquel país. Estos contactos no tuvieron otras consecuencias que el ir desterrando poco a poco, ante las noticias más verídicas, las antiguas leyendas que circulaban por el Occidente acerca de la obtención de la seda.

[a] Esto fue escrito en el reinado de la reina Victoria. [E.]

[1] La ciencia de Alejandría hubo de protestar también, interpretando el sentido de Alejandro, contra aquella frase del filósofo (Plutarco, *de fort. Alex.,* 1, 6); Eratóstenes dice que la civilización no es patrimonio exclusivo de los helenos ni puede serles negada a todos los bárbaros, entre ellos por ejemplo a los indios, a los arios, a los romanos y a los cartagineses; a los hombres sólo se les puede dividir en "buenos y malos" (Estrabón, 1, *fin.,* p. 66). Sin embargo esta teoría no había de encontrar tampoco bajo los lágidas la menor aplicación práctica en lo tocante a la raza egipcia.

[2] De ser exactas las palabras de Plinio, 5, 31, 128, cuando dice que la isla de Faros situada delante del puerto de Alejandría era una *colonia Caesaris dictatoris* (*cf.* 3, 555), llegaremos a la conclusión de que el dictador pensaba también en esto, como Alejandro, más alto que Aristóteles. De lo que no cabe la menor duda es de que, después de la anexión del Egipto, no se creó en este país una sola colonia romana.

[3] Los títulos que dan a Augusto los sacerdotes egipcios son los siguientes: "El bello mozo que se hace querer por su amabilidad, el príncipe de los príncipes, elegido por Ptah y Nun, el padre de los dioses, rey del alto y el bajo Egipto, señor de los dos países, autócrator, hijo del sol, señor de la diadema, káisar, eternamente vivo y amado por Ptah e Isis"; enumeración en la que se mantienen los dos nombres de autócrator y káisar, tomados del griego. El título de augusto no aparece hasta Tiberio, en su traducción egipcia (*nti* χυ), al que a partir de Domiciano se añade la palabra griega ΣεΒαστός. El título de "bello y amable mozo", que en tiempos mejores sólo se daba a los hijos del rey asociados con el trono, se convierte más tarde en una frase estereotipada, que encontramos al igual que las de Caesarion y Augustus aplicada a Tiberio, a Claudio, a Tito y a Domiciano. Más importante que esto es el hecho de que, a diferencia de los anti-

guos títulos que aparecen enumerados por ejemplo en la inscripción de Rósette (*C. I. Gr.,* 4697), se dé a los Césares, a partir de Augusto, el nombre de "príncipe de los príncipes", con el que indudablemente quiere expresarse la dignidad de gran rey, que no concurría en los reyes anteriores.

[4] Si las gentes supiesen, solía decir el rey Seleuco (Plutarco, *an seni,* 11), la carga tan pesada que es tener que escribir y leer tantas cartas, no recogerían la diadema aunque la viesen tirada a sus pies.

[5] En los últimos años de Nerón, por ejemplo, desempeñó este puesto de gobernador Tiberio Julio Alejandro, un judío de Alejandría; es cierto que pertenecía a una familia muy rica y prestigiosa, emparentada por afinidad con la casa imperial, y que se había distinguido en la guerra de los partos como jefe de estado mayor de Corbulón, cargo que volvió a desempeñar poco después en la guerra contra los judíos, bajo el mando de Tito. Debió de ser uno de los oficiales más capaces de esta época. A él está dedicada la obra aristotélica περὶ κόσμου, compuesta manifiestamente por otro judío alejandrino.

[6] De un hombre muy rico de Egipto se decía que había revestido su palacio de cristal en vez de mármol y que poseía papiros y cola bastantes para alimentar con ellos a un ejército (*vita Firmi,* 3).

[7] Que la carta atribuida a Adriano *(vita Saturnini,* 8) es un documento amañado en una época posterior lo revela por ejemplo el que el emperador, en esta carta extraordinariamente amistosa que aparece dirigida a su cuñado Serviano, se queje de las injurias con que los alejandrinos cubrieron a su hijo Vero en su primer viaje, cuando está comprobado por otra parte que este Severiano fue ejecutado a los 90 años, en el 136, por haber reprobado la adopción de Vero, efectuada poco antes.

[8] Juvenal, después de describir las locas orgías celebradas por los nativos del país en honor de los dioses locales de los distintos *nomes,* añade que los indígenas no tienen nada que

envidiar en esto al Canopo, o sea a la fiesta de Saparis alejandrino, afamada por su libertinaje (Estrabón, 17, 1, 17, p. 801); *horrida sane Aegyptus, sed luxuria, quantum ipse notavi, barbara famoso non cedit turba Canopo* (*sat.* 15, 44).

[9] Dion Crisóstomo dice, en una alocución a los alejandrinos (*or.,* 82, p. 663, Reiske): "porque [las gentes de seso] se inhiben y callan, es por lo que estallan entre vosotros esos constantes litigios y disputas, y ese griterío espantoso, esas acusaciones, esas sospechas, esos procesos de la turba retórica". En los disturbios antisemitas que tan tajantemente describe Filón vemos actuar a estos oradores demagógicos.

[10] Dion Casio, 39, 58: "Las gentes de Alejandría dan en todo pruebas de desvergüenza y dicen sin recatarse cuanto se les viene a la boca. En la guerra y en medio de sus horrores se comportan cobardemente; pero en los tumultos, muy frecuentes y muy serios en esta ciudad, recurren sin más al asesinato y no reparan en exponer la vida por obtener un triunfo momentáneo, obrando para su perdición como si se tratase de las cosas más altas".

[11] El autor tantas veces citado de una obra anónima en que se hace una descripción del imperio, obra de los tiempos de Constancio escrita por un buen pagano, ensalza al Egipto principalmente por su ejemplar devoción: "En ninguna parte se celebran tan bien los misterios de los dioses como aquí, ya desde antiguo y aún hoy". Es cierto, añade, que a juicio de algunos los caldeos —se refiere al culto sirio— saben venerar mejor a los dioses; pero él se atiene a lo que ha visto por sus propios ojos. "Hay aquí santuarios de todas clases y templos magníficamente adornados, existen muchedumbre de sacristanes y sacerdotes, profetas y creyentes y excelentes teólogos, y todo se desarrolló como es debido, en los altares arden siempre las llamas y ante ellos ofician los sacerdotes, con sus estolas y sus incensarios que despiden magníficos aromas."

Tenemos otra descripción que data probablemente de la misma época (desde luego no de Adriano), trazada también por mano experta, aunque más maligna (*vita Saturnini,* 8):

"Quien en el Egipto adora a Sarapis es también cristiano y quienes se llaman obispos cristianos adoran también a Sarapis; todo gran rabí de los judíos, todo samaritano, todo sacerdote cristiano es allí, por serlo, un mago, un profeta, un charlatán *(aliptes)*. Y cuando el mismo patriarca se presenta en el Egipto, los unos piden que oficie ante el Sarapis y los otros que ore a Cristo". Esta diatriba está relacionada con el hecho de que los cristianos presentaban al dios egipcio como al José de la Biblia, el biznieto de Sara, que ostenta por derecho el celemín.

Con mayor seriedad enfoca la situación de los antiguos creyentes egipcios el autor de unos diálogos de los dioses, escritos probablemente en el siglo III y cuya traducción latina se ha conservado entre los escritos atribuidos a Apuleyo; en él, el tres veces grande Hermes anuncia a Esculapio las cosas que habrán de suceder: "Sabes bien, ¡oh, Esculapio!, que el Egipto es una imagen del cielo o, para decirlo más exactamente, un transplante sobre la tierra de todos los actos celestiales; o, en términos todavía más exactos, nuestra patria es el templo de todo el universo. Y, sin embargo, llegará un tiempo en que parecerá como si el Egipto hubiese aspirado en vano a lo divino con toda su devoción y sus oraciones solitarias, en que toda la adoración santa de los dioses parecerá inútil y errónea. Pues la divinidad se ausentará de nuevo al cielo, el Egipto quedará huérfano y el país que fuera la sede del culto a los dioses se verá privado de la presencia del poder divino y obligado a atenerse a sí mismo. Entonces verás a este país consagrado, regazo de los santuarios y los templos, lleno de sepulcros y cadáveres. ¡Oh, Egipto, Egipto, de tus oficios divinos sólo quedará un eco y hasta éste será considerado como algo increíble por tus futuras generaciones, sólo las palabras se conservarán en las piedras que hablan de tus hechos piadosos y el Egipto será habitado por el escita o el indio, o por cualquiera de los pueblos bárbaros vecinos. Serán implantados nuevos derechos y nuevas leyes, nada santo, nada que encierre el temor de dios, nada digno del cielo y de

lo celestial se escuchará ni será oído por el espíritu. Se producirá una dolorosa separación entre los dioses y los hombres y sólo permanecerán en la tierra los ángeles malos que se mezclan entre la humanidad".

[12] Cuando los romanos piden al famoso retórico Proeresio (fines del siglo III o comienzos del IV) que les envíe a uno de sus discípulos para ocupar una cátedra, les manda a Eusebio de Alejandría; "con respecto a la retórica —se dice de él—, baste decir que es egipcio, pues este pueblo es apasionadamente amigo de hacer versos, pero no es aquí donde tiene su patria el arte serio del lenguaje (ὁ στουδαιὸς Ἑρμῆς)". La maravillosa reanudación de la poesía griega en el Egipto, a la que debemos por ejemplo la epopeya de Nonneos, se sale del marco de nuestra obra.

[13] En *Apóstoles,* 8, 27, se habla de un eunuco de la Candaque que lee a Isaías; otra Candaque reinó también en tiempo de Nerón (Plinio, *n. h.* 6, 29, 182) y desempeña un papel en la novela de Alejandro (8, 18 ss.).

[b] Escrito antes de la apertura del canal de Suez. [E.]

[14] El nombre de etíopes se da en tiempos mejores al país situado junto al alto Nilo, en especial a los reinos de Meroé y Nabata, es decir, al país que hoy llamamos Nubia. En la baja Antigüedad, en Procopio por ejemplo, se aplica aquel nombre al estado de Axoma, razón por la cual los abisinios llaman así a su reino desde hace mucho tiempo.

[15] La carta que el emperador Constantino dirige en el año 356 al rey de Axoma, que era entonces Eizana, es la de un regente a su igual: en ella, le suplica que le ayude a combatir la herejía de Atanasio y que deponga y le entregue a un sacerdote axomita sospechoso de haber incurrido en ella. La comunidad de cultura se destaca aquí con mayor fuerza en este paso, en que el cristiano invoca el brazo del pagano para combatir a otros cristianos.

XIV. Las provincias africanas

El norte de África es, física y etnográficamente, como una isla pegada a un continente. La naturaleza ha aislado a esta faja de tierra por todas partes, de un lado por las aguas del Mediterráneo o del Atlántico, de otro lado por las extensas arenas reacias a todo cultivo que forman la Gran Syrte en lo que hoy es Fezán, y por el desierto cerrado también al cultivo que deslindan al sur las tierras esteparias y los oasis del Sahara. Etnográficamente, la población de estos vastos territorios forma una gran familia de pueblos, nítidamente distinta de los negros del sur y claramente delimitada también de la raza egipcia, aunque tal vez en tiempos remotísimos formase con ella una primitiva comunidad.

Los pueblos del norte de África

Ellos mismos se llaman en el Rif, cerca de Tánger, *amazigh* y en el Sahara *imoschagh,* nombre con que en otras variantes nos encontramos repetidas veces, referido a distintas tribus, en los griegos y los romanos, quienes hablan por ejemplo de los maxios a propósito de la fundación de Cartago y de los maziques que en la época romana ocupaban diversas zonas de la costa norte de la Mauritania. La homogeneidad de nombres que sus restos dispersos han retenido revela que este gran pueblo formó en algún tiempo una unidad y que la conciencia de esta unidad quedó perdurablemente grabada en él.

Los pueblos que entraron en contacto con ellos no llegaron a darse clara cuenta de esta cohesión; además las dife-

rencias existentes entre sus diversas partes no resaltan solamente con gran fuerza hoy, después de miles de años de fusión con los pueblos vecinos, principalmente con los negros del sur y los árabes del norte; ya antes de estas mezclas debieron de ser todo lo profundas que supone una extensión tan grande como la que ocupan en el espacio.

Todos los demás idiomas carecen de una expresión general aplicable a la nación en su conjunto; aun en aquellos casos en que el nombre trasciende de los límites de una determinada tribu, no llega tampoco a abarcar el grupo en su totalidad. El nombre de libios, empleado por los egipcios y, a ejemplo de ellos, por los griegos, corresponde originariamente a las tribus más orientales limítrofes con el Egipto, y este nombre fue conservado preferentemente por las del este de África. El nombre de nómadas, de origen griego, sólo expresa primordialmente la carencia de estabilidad y permaneció adherido, en su variante romana de numidios, a la zona colocada bajo el poder del rey Masinisa. El de moros, de origen indígena y usual entre los griegos de la última época y entre los romanos, se circunscribe a la parte occidental del país y es retenido por los reinos formados en estos territorios y por las provincias romanas que de ellos surgen. Las tribus del sur se agrupan bajo el nombre de los gétulos, nombre que sin embargo se limita, según una terminología más estricta, al territorio del litoral atlántico que queda al sur de la Mauritania. Nosotros solemos denominar a la nación en su conjunto con el nombre de bereberes, que es el que los árabes dan a las tribus del norte de África. Estas tribus están, por su carácter, mucho más cerca del tronco indogermánico que del semita, y todavía hoy, a pesar de que desde la invasión del islam el norte de África cayó bajo el poder de los semitas, presentan estos pueblos el contraste más marcado con respecto a los árabes. No andaban muy lejos de la verdad aquellos geógrafos del mundo antiguo que se resistían a considerar el África como un tercer continente y adscribían el Egipto al Asia y las tierras de los bereberes a Europa. Así como la fauna y la

flora del norte de África corresponden en lo esencial a las de las costas del sur de Europa situadas en frente, el tipo de hombre, allí donde se ha conservado puro, mira hacia el norte, como lo indican los cabellos rubios y los ojos azules de una parte considerable de los habitantes de estas tierras, la talla alta, la recia constitución, la monogamia y el respeto a la mujer que en todas partes reinan, el temperamento vivaz y animado, la tendencia a la vida sedentaria, la comunidad basada en la equiparación total de derechos de los hombres adultos, que a su vez y a través de la confederación usual de distintas comunidades es base de la organización del Estado. [1]

Esta nación rodeada y acosada por los negros, los egipcios, los fenicios y los romanos no logró alcanzar en ninguna época un desarrollo verdaderamente político ni una civilización completa, aunque sí debió nutrirse de ellos bajo el reinado de Masinisa. El alfabeto derivado por su cuenta del fenicio que los bereberes empleaban bajo la dominación romana y el que hoy se emplea en el Sahara, al igual que aquel sentimiento de cohesión nacional latente en ellos, como decíamos más arriba, se remontaban seguramente a los tiempos del gran rey numida y de sus descendientes, adorados como dioses por las generaciones posteriores. A pesar de todas las invasiones estos pueblos han conservado una parte considerable de su primitivo territorio: se calcula que dos terceras partes de los habitantes que tiene hoy Marruecos y hacia la mitad de los de Argelia son de origen bereber.

La inmigración a que estuvieron abiertas en tiempos muy remotos todas las costas del Mediterráneo hizo del norte de África un territorio fenicio. Los fenicios arrebataron a los naturales del país la mayor y mejor parte de la costa septentrional; fueron ellos los que sustrajeron a la civilización griega todo el norte de África. La divisoria lingüística y política vuelve a marcarla aquí la Gran Syrte; al este de ella queda la Pentápolis de Cirene, incluida dentro de la órbita helénica; al oeste la Tripolitania (Trípolis), que a partir de la Gran Leptis

se hace fenicia y conserva este carácter. Ya sabemos cómo los fenicios, tras varios siglos de luchas, sucumbieron ante los romanos. Nos proponemos aquí relatar a grandes rasgos cuáles fueron las vicisitudes del África, una vez que los romanos ocuparon las tierras de los cartagineses y sometieron a su poder los países vecinos.

La política de la república

En ninguna parte campearon como aquí la miopía y la mezquindad y hasta podríamos decir, por lo que a estos territorios se refiere, la monstruosidad y la brutalidad de la política exterior mantenida por la república romana. En la Galia del sur y más aún en España el gobierno republicano persigue, por lo menos como meta, una expansión consolidada de territorios y, medio obligadamente, un principio de latinización; en el oriente griego la dominación extranjera se suaviza y con frecuencia casi se borra por la fuerza del helenismo, que detiene el brazo hasta a la más violenta política. Pero sobre este tercer continente parece flotar todavía, hasta más allá de la tumba de la ciudad solariega de Aníbal, el viejo odio nacional contra los fenicios. Roma retenía el territorio que Cartago poseía en el momento de sucumbir, pero no tanto para fomentarlo en provecho propio como para no permitir que otros lo aprovechasen, no para alentar allí una nueva vida sino para velar los cadáveres sepultados en él; fueron el miedo y la envidia, no el afán de mando y la codicia, los que engendraron la provincia romana del África.

Esta provincia carece de historia propia bajo la república; la guerra contra Yugurta no fue, para el África, más que una cacería de leones, y su importancia histórica estriba en la relación que guarda con las luchas entre las facciones republicanas. El país africano fue explotado, naturalmente, por la especulación republicana; pero ni pudo resurgir, bajo la república, la gran ciudad arrasada ni fue posible tampoco que otra ciudad vecina se levantase hasta el esplendor a que ha-

bía llegado aquélla. Tampoco existían aquí campamentos permanentes como los de la Galia y España; circundaban la estrecha provincia los territorios relativamente civilizados del rey-vasallo de la Numidia, que después de haber contribuido con su parte a la obra de la destrucción de Cartago, recibió, en vez del botín esperado como recompensa, la carga de proteger la nueva provincia contra los embates de las hordas salvajes del interior del país. La parte que la Numidia llegó a tener en las guerras civiles de Roma demuestra que, al asignarle aquella misión, se concedía a este rey una importancia política y militar superior a la que jamás tuvo ningún otro Estado cliente romano, y que también desde este punto de vista la política romana desafiaba grandes peligros sólo por esquivar los esquemas de la fenecida Cartago; nunca ni antes ni después, durante todas las crisis interiores del imperio, llegó a tener un príncipe-vasallo el predicamento que tuvo el último rey de la Numidia en la guerra de los republicanos contra César.

África bajo el principado

Esto hizo, con tanta mayor fuerza, que la suerte de las armas en aquella guerra transformase el estado de cosas existente en el África. Si en las demás provincias cambió a consecuencia de las guerras civiles el soberano, en el África cambió el sistema. Ya la posesión del África por los fenicios no era una verdadera dominación sobre el África; podríamos compararla en cierto modo con la posesión del Asia Menor por los helenos antes de Alejandro. Los romanos habían recogido solamente una pequeña parte de esta herencia y le habían roto el espinazo. Ahora, bajo el principado, Cartago resurge y recobra rápidamente todo su esplendor, como si la tierra sólo hubiese estado esperando la simiente que había de hacerla fructificar. El territorio situado a sus espaldas, el gran reino de Numidia, se convierte todo él en provincia romana, y la protección fronteriza contra los bárbaros pasa a manos

de los legionarios de Roma. El reino de la Mauritania se convierte primero en dependencia romana y en seguida en parte del imperio romano. Con el dictador César la civilización y la latinización del norte de África pasan a figurar entre los problemas que el gobierno romano se propone resolver. Cómo los resolvió es lo que hemos de ver aquí, primero en lo que se refiere a la organización exterior y luego en lo tocante a las normas decretadas para las distintas provincias y a los resultados conseguidos en cada una de ellas.

Es lo más probable que ya la república romana reivindicase para sí la soberanía territorial sobre todo el norte de África, tal vez como parte de la herencia cartaginesa, tal vez porque el "mare nostrum" fue desde muy pronto una de las ideas cardinales del Estado romano, en virtud de la cual todas las costas bañadas por este mar eran consideradas por la república, en una época avanzada, como de su legítima propiedad. Ninguno de los grandes estados del norte de África disputó tampoco esta pretensión de Roma, después de destruida Cartago; si en muchos sitios los habitantes no se sometían a la nueva dominación, tampoco obedecían a sus poderes locales. La acuñación de las monedas de plata del rey Juba I de Numidia y las del rey Bogud de Mauritania sobre el pie monetario romano y el hecho de que jamás falte en ellas la inscripción latina, poco adecuada ciertamente a la realidad lingüística y comercial del norte de África en esta época, reflejan el reconocimiento directo de la soberanía romana y son probablemente la consecuencia de la total reorganización del norte de África implantada por Pompeyo en el año 80.

La poca resistencia que los africanos, si prescindimos de Cartago, opusieron a los romanos partió de los descendientes de Masinisa; después de vencer primero al rey Yugurta y en seguida al rey Juba, los príncipes del Occidente sometiéronse sin más a la obediencia que de ellos exigía el vencedor. Las órdenes decretadas por los emperadores cumplíanse exactamente del mismo modo en los territorios sujetos a su go-

bierno directo que en los países vasallos; es el gobierno romano quien regula las fronteras en todo el norte de África y constituye municipios de ciudadanos romanos a su libre arbitrio, lo mismo en el reino de la Mauritania que en la provincia de Numidia.

No puede hablarse por lo tanto, en rigor, de una dominación del norte de África por los romanos. Éstos no conquistaron aquel territorio como habían hecho los fenicios y siglos más tarde harían los franceses, sino que gobernaron sobre la Numidia y la Mauritania primero como soberanos y luego como sucesores de los gobiernos indígenas. Esto justifica con tanta mayor razón la pregunta de si el concepto de frontera puede aplicarse al África en el sentido ordinario de la palabra. Los estados del rey Masinisa, los del rey Bocco, los del rey Bogud y también el de Cartago desarrolláronse desde el norte, y toda la civilización del norte de África gira fundamentalmente en torno a esta costa; pero, según los datos que poseemos, todos ellos consideraron a las tribus sedentarias o nómadas del sur como sometidas, reputando insurrectas a las que se sustraían a la sumisión, a menos que la lejanía y el desierto se interpusieran y borraran, con el contacto, la dominación.

Debajo del África septentrional apenas se ha comprobado la existencia de estados vecinos con los que pudieran mantenerse relaciones jurídicas y contractuales, y si por acaso existe alguno, como ocurría principalmente con el reino de los garamantes, su posición no se distingue en rigor de la que ocupaban los principados-tribus enclavados dentro de la zona civilizada. Lo mismo podemos decir del África romana; al igual que ocurría con sus antecesores en la dominación del país, cabe encontrar sin duda la frontera que delimita al sur la civilización romana, pero no es posible encontrar la que deslinda su soberanía territorial. En los territorios del África no cabe hablar de una expansión o de un repliegue formal de las fronteras; las insurrecciones que estallan dentro del territorio romano y las incursiones en él de los pueblos vecinos

presentan aquí tanta mayor semejanza cuanto que aun en las comarcas enclavadas incuestionablemente en los dominios del imperio hay, más todavía que en la Siria o en España, muchos distritos remotos e intransitables a donde no han llegado jamás el recaudador de contribuciones romano ni el funcionario encargado de reclutar tropas para Roma.

La economía del país

La parte oriental del África rivaliza con el Egipto en cuanto a la agricultura. Es cierto que la tierra es desigual y que hay extensiones considerables de ella, lo mismo que en la parte occidental, de composición rocosa o esteparia; existen también en esta zona no pocas comarcas montañosas e inaccesibles que sólo fueron sometiéndose lentamente a la civilización o se sustrajeron siempre a ella; en las tierras situadas sobre los acantilados de la costa sobre todo no ha dejado la menor huella la civilización romana. Tampoco la Byzagene, la parte sudoriental de la provincia proconsular, puede considerarse como una región fértil como no sea aplicando a toda ella por una falsa tendencia a generalizar lo que vale con respecto a determinadas zonas y a algunos oasis enclavados en esta región; al oeste de Sufetula (Sbeitla) la tierra de esta parte de la provincia está formada de rocas y carece de agua; en el siglo V d. C. se calculaba que la Byzagene tenía porcentualmente la mitad menos de tierra cultivable que el resto de las provincias africanas.

En cambio la parte septentrional y nordoccidental de la provincia proconsular, sobre todo el valle formado por el mayor de los ríos del norte de África, el Bagradas (Medjerda), y una parte considerable de la Numidia dan copiosas cosechas de cereales, casi tan abundantes como el valle del Nilo. En los distritos más privilegiados, y a juzgar por sus ruinas, los pueblos rurales hallábanse tan cerca unos de otros que la población de estos distritos no debía de ser, en aquella época, mucho menos densa que la del Egipto. Según todas las hue-

llas que de ella han quedado, esta población se dedicaba preferentemente al cultivo de la tierra.

Las enormes masas de tropas con que los republicanos lucharon contra César en el África después de la derrota de Farsalia se reclutaron entre estos campesinos, lo que hizo que durante el año de la guerra quedasen los campos abandonados. Italia necesitaba más grano del que producía, debiendo atenerse para cubrir su demanda, además de lo que las islas itálicas suministraban, a las tierras de África, no mucho más alejadas de la península que aquéllas. Cuando ya el África se hubo sometido a los romanos, su trigo no afluía a Roma solamente por la vía comercial, sino principalmente en forma de impuestos. En la época de Cicerón la capital del imperio vivía ya en su mayor parte del trigo africano; al anexionarse la Numidia bajo la dictadura de César, el contingente anual de trigo que, según los datos que poseemos, se obtenía del África en concepto de tributos, aumentó en 1 200 mil fanegas romanas (200 mil hectolitros). Después de organizarse bajo Augusto las remesas de trigo del Egipto calculábase que el norte de África suministraba la tercera parte del grano necesario para el consumo de Roma y el país del Nilo otro tanto, cubriéndose la tercera parte restante con la producción de la desolada Sicilia, de Cerdeña y la Bética y de las mismas tierras itálicas. Cuánto pesaban los suministros del África en el abastecimiento del mercado itálico de subsistencias bajo el imperio lo revelan las medidas adoptadas durante la guerra entre Vitelio y Vespasiano y entre Severo y Pescenio: Vespasiano estaba seguro de conquistar Italia teniendo en sus manos el Egipto y África; Severo envió al África un fuerte ejército para impedir que Pescenio la ocupase.

En la agricultura africana ocupaba también un lugar importante, ya en la época cartaginesa, la producción de aceite y de vino, lo que permitió a César imponer por ejemplo al distrito de la Pequeña Leptis (cerca de Susa) un tributo anual de 3 millones de libras de aceite (unos 10 mil hectolitros) con destino a los baños romanos; todavía hoy Susa exporta 40

mil hectolitros anuales de aceite de oliva. Sin embargo el historiador de la guerra contra Yugurta dice del África que era rica en granos, pero pobre en olivares y viñedos, y todavía en tiempo de Vespasiano las cosechas de aceite y vino de esta provincia eran bastante mediocres. El cultivo del olivo no se extendió hasta que no se consolidó y generalizó la paz bajo el imperio, pues la arboricultura necesita aún más de la paz que la horticultura; en el siglo IV ninguna provincia suministraba tanta cantidad de aceite como el África, siendo el de esta procedencia el que se empleaba preferentemente en los baños de la capital. En cuanto a calidad no podía competir, evidentemente, con el de Italia y el de España, no porque la naturaleza fuese allí menos propicia, sino por falta de pericia y cuidado en su elaboración. La viticultura africana no llegó a tener importancia suficiente para que sus vinos entrasen en el mercado de exportación. En cambio lograron gran desarrollo, especialmente en la Numidia y en la Mauritania, la cría de caballos y la ganadería en general.

La industria y el comercio no llegaron a adquirir nunca en las provincias africanas la importancia que tenían en los países del Oriente y en el Egipto. Los fenicios habían transplantado la industria de elaboración de la púrpura desde su patria a estas costas, donde la isla de Girba (Djerba) era algo así como la Tiro africana y sólo cedía a ésta en cuanto a la calidad de sus productos. Esta industria floreció a lo largo de todo el imperio. Entre las pocas realizaciones que puede alegar el rey Juba II figura la implantación de la industria de la púrpura en las costas del Atlántico e islas adyacentes. En la Mauritania fabricábanse también para la exportación, por obreros nativos a lo que parece, telas de lana de inferior calidad y artículos de cuero. El mercado de esclavos revestía considerables proporciones. Los productos del interior del país eran lanzados al comercio mundial a través del norte de África, naturalmente, pero no con tanta abundancia como en el Egipto. Aunque el blasón de la Mauritania lucía como emblema el elefante y todavía bajo el imperio se cazaban elefantes

en aquellas tierras, de donde hace ya muchos siglos que esta especie ha desaparecido, no parece que el norte de África aportase al comercio grandes cantidades de marfil.

El bienestar de que disfrutó en aquellos siglos la parte del África susceptible de cultivo nos habla hoy elocuentemente en las ruinas de sus numerosas ciudades, las cuales, a pesar de lo reducido de sus demarcaciones, tenían todas baños, teatros, arcos de triunfo, espléndidos sepulcros y magníficos edificios de todas clases, algunos de ellos artísticos y muchos de una desmedida suntuosidad. Pero la fuerza económica de estas provincias no debía de residir precisamente, como la del país galo, en las villas de la gran nobleza, sino en la clase media de los agricultores.

La intensidad del tráfico, en lo que podemos juzgar por lo que conocemos de la red de calzadas, correspondía seguramente, dentro de la zona civilizada, a la densidad de la población. Durante el siglo primero se construyeron las calzadas del imperio que unían a lo que entonces era cuartel general de Theveste, de una parte con la costa de la Pequeña Syrte, lo que guarda una clara relación con la pronta pacificación del distrito situado entre el macizo del Aurés y el mar, y de otra parte con Hippo Regius (Bona) y Cartago, las dos grandes ciudades de la costa norte. A partir del siglo II vemos a todas las ciudades importantes y a muchas de las pequeñas ocuparse activamente en construir las comunicaciones necesarias dentro de su territorio; sin embargo ésta era probablemente una característica común a todos los países del imperio aunque resalte más en el África, porque estas poblaciones se afanasen más en utilizar esta ocasión de rendir tributo al emperador reinante.

No poseemos datos generales acerca de la red de caminos existentes en los distritos romanos pero no romanizados ni acerca de las vías de comunicación para facilitar el importante tráfico por el desierto. Es probable, sin embargo, que las comunicaciones a través del desierto experimentasen en esta época una considerable mejoría con la introducción del ca-

mello. Sabemos que en tiempos antiguos este animal sólo se conocía en el Asia, incluyendo la Arabia, y que en toda el África sólo se empleaba el caballo. Pero durante los tres primeros siglos de nuestra era se cambiaron las tornas y entraron en la historia, por decirlo así, el caballo árabe y el camello líbico. La primera noticia histórica que tenemos de éste es la que aparece en los relatos de las guerras sostenidas en el África por el dictador César: el hecho de que entre el botín se mencionen, al lado de los oficiales prisioneros, los 22 camellos del rey Juba, indica sin duda que la posesión de estos animales en el África y en aquel tiempo representaba algo extraordinario. En el siglo IV nos encontramos ya con que los generales romanos piden a las ciudades de la Tripolitania miles de camellos para el transporte del agua y las vituallas antes de emprender la marcha por el desierto. Esto da una idea de la revolución que entre tanto se había operado en las comunicaciones entre el norte y el sur de África; no es posible saber si tuvo su punto de partida en el Egipto o en la Tripolitania y la Cirenaica, pero es evidente que el cambio benefició de un modo considerable a todo el norte de este continente.

El norte de África representaba, pues, una posesión valiosa para las finanzas del imperio. Si la nación romana, en general, salió ganando o perdiendo con la asimilación de estos territorios, es problema acerca del cual resulta difícil pronunciarse hoy. La aversión que los itálicos sentían de siempre por los africanos no cambió ni aun después que Cartago pasó a ser una gran ciudad romana y en todas las provincias del África se hablaba el latín. Cuando se dice de Antonino Severo que aunaba los vicios de tres naciones se atribuye la crueldad salvaje que le caracterizaba a la sangre de su padre africano. Y aquel capitán de barco del siglo IV en opinión del cual el África era un hermoso país, pero los africanos gentes indignas de él, pues eran hombres pérfidos y sin palabra, entre los cuales podría haber algunos buenos, pero no muchos, no decía esto seguramente refiriéndose al malo de Aníbal,

sino expresando lo que pensaba la mayoría de las gentes de su tiempo.

Cultura

En aquello en que cabe percibir la influencia de elementos africanos en la literatura romana de la época del imperio encontramos páginas verdaderamente repelentes en un libro que es ya de suyo poco halagüeño. La nueva vida que alentó para los romanos de entre las ruinas de las naciones exterminadas aquí por ellos no presenta jamás los rasgos de la plenitud, la lozanía y la belleza; las dos creaciones de César, el país de los celtas y el norte de África —pues el África latina es también obra suya, ni más ni menos que la Galia latina—, fueron siempre edificios ruinosos. No obstante, el neorromano de las tierras del Ródano y del Garona sabía llevar mejor la toga que "los seminumidios y semigétulos".

Es cierto que la Cartago romana no iba muy a la zaga de Alejandría en cuanto a censo de población y a riqueza y que era, indiscutiblemente, la segunda ciudad de la parte latina del imperio después de Roma, la más animada y tal vez también la más corrompida de todo el Occidente, a la par que el centro más importante de la cultura y la literatura latinas. San Agustín pinta con vivos colores cómo más de un joven honesto que venía de la provincia a Cartago era arrastrado por los relajados placeres del circo y cómo él mismo, cuando siendo estudiante, a los 17 años, se trasladó de Madaura a Cartago, se sintió atraído por el teatro, lo mismo por sus comedias de amor que por sus tragedias.

Los africanos no carecían tampoco de aplicación ni de talento; por el contrario, en el África se daba tal vez más importancia que en ninguna otra parte del imperio a la enseñanza latina y al lado de ella a la griega y a la meta de ambas, o sea a la cultura general del espíritu, y las escuelas se hallaban muy desarrolladas. El filósofo Apuleyo, bajo Antonino Pío, y el famoso escritor cristiano san Agustín, descen-

dientes ambos de familias acomodadas —el primero nació en Madaura y el segundo en Negaste, pueblecillo cercano a aquella ciudad—, cursaron los primeros estudios en la escuela de su pueblo natal; Apuleyo estudió después en Cartago y completó su formación cultural en Atenas y en Roma; san Agustín pasó de Negaste a Madaura y de aquí a Cartago; así era como se formaba la juventud de las mejores familias. Juvenal aconseja al profesor deseoso de ganar dinero que vaya a la Galia o mejor aún al África, "nodriza de abogados".

En una residencia noble del distrito de Cirta se ha descubierto recientemente un baño privado decorado con principesca suntuosidad y procedente de la última época del imperio, cuyo piso de mosaico representa un cuadro descriptivo de cómo se vivía en aquella mansión, en los tiempos de su esplendor: los palacios, el extenso coto de caza con sus perros y sus ciervos, los establos con sus finos caballos de carreras, ocupan, naturalmente, el mayor lugar, pero no falta tampoco el "rincón del filósofo" *(filosofi locus),* y en él una mujer noble sentada bajo las palmeras.

Pero el punto negro de la literatura africana es precisamente el academicismo. Esta literatura no comienza hasta tarde; antes de la época de Adriano y de Antonino Pío no aparece ningún nombre africano famoso en el mundo de los escritores latinos, y aun después los escritores prestigiosos del África no son, al principio, más que discípulos dedicados como tales a la carrera literaria. Bajo aquellos emperadores, los maestros y eruditos más célebres de la capital son africanos de nacimiento: el retórico Marco Cornelio Frontón, preceptor de príncipes en la corte de Antonino Pío, es natural de Cirta, y el filólogo Cayo Sulpicio Apolinar, de Cartago. Por eso en estos círculos campea o bien aquel necio purismo al que debían su fama Frontón y Apolinar, empeñados en hacer volver al latín violentamente a los añejos tiempos de Ennio y Catón, o bien el abandono más completo del grave rigor inherente al latín y una ligereza dada a imitar mal los malos modelos griegos, que alcanza su apogeo en la novela del

asno, tan famosa en su tiempo, de que es autor el filósofo de Madaura.

El lenguaje estaba plagado, por una parte, de reminiscencias académicas y por otra de palabras y giros no clásicos o de nueva invención. Del mismo modo que en el acento con que hablaba el emperador Septimio Severo, africano de buena familia y que era, a su vez, un sabio y un escritor, se percibía siempre el África, el estilo de estos escritores africanos, aun el de los más ingeniosos y educados desde su primera infancia en latín, como el cartaginense Tertuliano, tiene por lo general algo de exótico e incongruente, con su esparrancada minuciosidad, sus juegos de ideas y sus saltos de unos pensamientos a otros. Les faltan a estos escritores las dos cosas de los grandes: la gracia de los griegos y la dignidad de los romanos. Es muy significativo que en toda la literatura latinoafricana no aparezca un solo poeta que merezca la pena nombrar.

África y el cristianismo

La cosa cambia al llegar la época cristiana. África ocupa el primer puesto, ni más ni menos, en el desarrollo del cristianismo; éste nació en Siria, pero fue en el África y a través de ella donde se convirtió en religión universal. La traducción de los libros sagrados del hebreo al griego, y concretamente al griego popular, había conferido rango mundial a la comunidad judaica más importante que existía fuera de la Judea. Otro tanto aconteció con la religión de Cristo. La traducción de las obras confesionales cristianas al latín tuvo una importancia decisiva para la extensión del cristianismo desde el Oriente sometido hasta el Occidente dominador; tanto más cuanto que estos libros no se tradujeron precisamente a la lengua de los círculos cultos del Occidente, que había desaparecido muy pronto de la vida usual y que bajo el imperio se aprendía en todas partes académicamente, sino al latín desintegrado y vulgar, al que hablaban y comprendían las gran-

des masas y que iba poniendo ya los cimientos para las distintas lenguas de carácter nacional derivadas del latín.

El cristianismo desprendiose de su base judaica al hundirse el Estado eclesiástico de los judíos, pero no se convirtió en religión universal hasta que, dentro del gran imperio universal, no empezó a hablar en la lengua general de este imperio. Aquellos hombres anónimos que desde el siglo II se dedicaron a latinizar los escritos cristianos hicieron en su época algo parecido a lo que hoy hacen los misioneros bíblicos, siguiendo las huellas de Lutero y en las proporciones muy superiores que exige el amplio horizonte de las lenguas de nuestros días. Pues bien, aquellos hombres, aunque entre ellos hubiese algunos de Italia, fueron sobre todo africanos.[2]

A lo que parece, en el África era mucho menos frecuente que en Roma, y acaso nos quedamos cortos, aquel conocimiento del griego que hacía que holgasen las traducciones; por otra parte el elemento oriental dominante, sobre todo en los orígenes del cristianismo, encontraba aquí más solícita acogida que en los demás países orientales de habla latina. En la literatura predominantemente polémica a que dio vida la nueva fe es también el África la que en la lengua latina marcha a la cabeza de los demás países, ya que la Iglesia romana gira en esta época dentro de la órbita helénica. Hasta el final de este periodo todos los escritores cristianos de habla latina son africanos; Tertuliano y Cipriano eran de Cartago, Arnobio de Sicca, y africano era asimismo Lactancio y probablemente también Minucio Félix, a pesar de su latín clásico, no menos que el ya citado san Agustín, en una época algo posterior.

En el África encontró la naciente Iglesia sus más entusiastas fieles y sus representantes de mayor talento. El África dio a la lucha literaria por imponer la nueva fe sus militantes más numerosos y más capaces, cuyo talento encontró pronto el poderoso campo de acción que necesitaba, unas veces en la defensa elocuente del nuevo credo, otras veces en el ingenio y la chacota para reírse en sus fábulas de los viejos dio-

ses o en la cólera apasionada para denostarlos. No hay en toda la Antigüedad otro espíritu absorbido por el tumulto agitado de la vida y al mismo tiempo encendido en el fogoso entusiasmo de la fe como el que nos habla en las *Confesiones* de san Agustín.

[1] Un agudo observador, Charles Tissot *(Géographie de la province romaine de l'Afrique,* I, p. 403) asegura que más de una tercera parte de los marroquíes son hombres de pelo rubio o castaño, y en la colonia rifeña de Tánger, las dos terceras partes. Las mujeres le causan la impresión de ser las mismas de Berry y de la Auvernia. *Sur les hauts sommets de la chaîne atlantique, d'après les renseignements qui m'ont été fournis, la population tout entière serait remarquablement blonde. Elle aurait les yeux bleus, gris ou "verts, comme ceux des chats", pour reproduire l'expression même dont s'est servi le cheikh qui me renseignait.*

Este mismo fenómeno se comprueba en el macizo montañoso de la gran cábila y en el del Aures, así como en la isla tunecina de Djerba y en las Canarias. En las estampas egipcias corroboramos también que el libu no aparece pintado de rojo, como los egipcios, sino con la piel blanca y los cabellos castaños o rubios.

[2] Es difícil pronunciarse decididamente, por lo menos sobre la base de los elementos de juicio de que hoy disponemos, acerca de los orígenes de nuestros textos latinos de la Biblia, que pueden proceder de varias traducciones distintas y originarias o, como entiende Lachmann, de distintas recensiones de una misma traducción básica, reelaborada por distintos conductos a partir de los originales. Pero que en esta labor, fuese de traducción o de corrección, tomaron parte italianos y africanos lo demuestran las famosas palabras de san Agustín, *de doctr. Christ.,* 2, 15, 22: *in ipsis autem interpretationibus Itala ceteris praeferatur, nam est verborum tenacior cum perspicuitate sententiae,* palabras que grandes autoridades han querido poner en duda, pero sin fundamento alguno para ello. Es cierto que durante los tres primeros siglos la comunidad cristiana de Roma empleaba siempre el latín y que no es aquí donde debe buscarse el origen de los *Itali* que tomaron parte en la elaboración de la versión latina de la Bi-

blia. Pero los nombres de los libertos revelan con la mayor claridad posible que, fuera de Roma, en el resto de Italia y sobre todo en la Italia septentrional el conocimiento del griego no se hallaba mucho más difundido que lo estaba en el África; y a estos italianos precisamente es a los que se refiere la expresión empleada por san Agustín; tal vez pueda invocarse también en apoyo de esto el hecho de que san Agustín fue ganado para el cristianismo por san Ambrosio, en Milán. No es fácil, ciertamente, que se llegue nunca a identificar en los textos de traducciones prejeronimianas de la Biblia que han llegado a nosotros las huellas de la recensión itálica de la Biblia a que se refiere san Agustín; pero aún resultaría mucho más difícil probar que en las versiones latinas anteriores a san Jerónimo sólo intervinieron africanos. Es, en cambio, muy verosímil que una gran parte de ellas, tal vez incluso la mayor parte, procediesen del África. Lo contrario al *Itala* singular sólo puede ser, lógicamente, el *Afrae* plural; y el latín vulgar en que están escritos todos estos textos concuerda plenamente con el latín vulgar que se hablaba y escribía en el África. Cierto es que tampoco debemos perder de vista que nuestro conocimiento del latín vulgar procede predominantemente de fuentes africanas y que, para que la prueba fuese completa, sería necesario demostrar que las distintas manifestaciones filológicas de este latín no se daban más que allí, cosa tan necesaria como fuera de nuestro alcance en la mayor parte de los casos.

Parte Segunda

La literatura, el arte y la cultura romanas antes del cristianismo

I. Estado de la cultura antes de la unificación de Italia

Desde los orígenes de Roma hasta la caída de la monarquía

La religión

El mundo de los dioses romanos es la proyección de la Roma terrenal sobre un plano superior e ideal de concepciones, en el que se refleja con escrupulosa minuciosidad así lo grande como lo pequeño. En este mundo divino de los romanos volvemos a encontrarnos con el Estado y con la *gens*, con cada uno de los acontecimientos naturales y cada una de las actividades espirituales, con cada uno de los hombres, los lugares y los objetos y hasta con cada uno de los actos que se mueven dentro de la órbita jurídica romana; y como la existencia de las cosas terrenas gira en un eterno vaivén, con ellas vacila también el círculo de los dioses.

El espíritu tutelar que vela sobre los distintos actos del hombre no dura más de lo que dura cada uno de estos actos; el espíritu encargado de proteger a un hombre vive y muere con él; y si estos entes divinos tienen el don de la perennidad es, sencillamente, porque constantemente surgen actos semejantes y hombres análogos, sobre los que flotan análogos espíritus.

Así como los dioses romanos velan solamente por los romanos, cada colectividad extranjera tiene sus propias divinidades encargadas de tutelarla; pero, a pesar del muro que separa al ciudadano del que no lo es y se interpone también

entre los dioses de Roma y los de otros pueblos, las divinidades extranjeras pueden, lo mismo que sus hombres, avecindarse en Roma o adquirir en ella carta de ciudadanía mediante un acuerdo de la comunidad, y cuando los vecinos de una ciudad conquistada se transplantan a Roma, los dioses de la ciudad son invitados también, indudablemente, a establecer su residencia en los altares romanos.

Los dioses romanos

El círculo primitivo de los dioses de Roma antes de que esta ciudad mantuviese el menor contacto con Grecia se trasluce a través de la lista de fiestas públicas y declaradas *(feriae publicae)* del municipio romano que figura en el calendario de la ciudad y que es, indiscutiblemente, el más antiguo de los documentos de la Antigüedad romana que han llegado a nosotros.

Figuran a la cabeza de esta jerarquía de dioses Júpiter y Marte con el doble de éste, el dios Quirino. A Júpiter se consagran todos los días de luna llena *(idus)* y además las fiestas todas del vino y algunos otros días de que luego hablaremos; al genio maligno que hace juego con él, al "Jovis malo" *(Vediovis)* le pertenece el 21 de mayo *(agonalia).* Marte, a su vez, triunfa en el día de año nuevo, o sea el 1 de marzo, y en la gran fiesta guerrera consagrada a este dios en el mes de su nombre, que empieza el 27 de febrero con las carreras de caballos *(equirria)* y alcanza su apogeo en el mismo marzo, en los días del forjado del broquel (*equirria* o *Mamuralia,* 14 de marzo), de la danza de las armas en el foro (*quinquatrus,* 19 de marzo) y de la consagración de las trompetas (*tubilustrium,* 23 de marzo). Cuando había que librar una guerra se comenzaba siempre con esta fiesta, y al terminar la campaña celebrábase, en el otoño, otra fiesta marciana, la de la consagración de las armas (*armilustrium,* 19 de octubre). Finalmente el segundo Marte, Quirino, reclamaba para sí el 17 de febrero *(Quirinalia).*

Entre las demás fiestas ocupan el primer lugar las consagradas a la agricultura y a la viticultura y a su lado, en un puesto secundario, las fiestas pastoriles. Figura en esta categoría, sobre todo, la gran serie de las fiestas de la primavera, en abril, la de Telos, o sea la de la tierra nutricia (*fordicidia o* sacrificio de la vaca preñada), que se celebraba el 15 de este mes, la de Ceres, diosa de la fecundidad del suelo *(Cerialia),* celebrada el 19, a la que seguía, el 21, la de la diosa Pales, fecundadora de los ganados *(Carilia)* y el 23 la dedicada a Júpiter como dios tutelar de los viñedos y la consagrada en el mismo día a abrir las barricas de la cosecha del año anterior *(Vinalia);* el 25 era el día destinado a presentar ofrendas al enemigo malo de los sembrados, al moho *(Robigus: Robigalia).* Después de terminadas las labores y de recoger venturosamente los frutos del campo, dedicábase también una doble fiesta al dios y a la diosa de los dones y las cosechas, al dios Conso (de *condere*) y a la diosa Ops: primero, en seguida de terminar la siega (*Consualia,* el 21 de agosto, y *Opiconsiva,* el 25 del mismo mes), luego, a mediados del invierno, cuando todo el mundo tocaba la bendición de tener el granero lleno (*Consualia,* el 15 y *Opalia,* el *19* de diciembre); entre estas dos últimas fiestas había intercalado el sutil ingenio de los antiguos, autores de estas ordenanzas religiosas, la de la sementera (*Saturnalia,* de *Saeturnus* o *Saturnus,* el 17 de diciembre). La fiesta del mosto o de la cura (*Meditrinalia,* el 11 de octubre), llamada así por la virtud curativa que se le atribuía al mosto no fermentado, se le ofrendaba a Jovis como dios del vino también después de la vendimia; en cambio no ha podido identificarse claramente la primitiva significación de la tercera fiesta del vino (*Vinalia,* celebrada el 19 de agosto).

A éstas hay que añadir, ya al final del año, la fiesta de los lobos (*Lupercalia,* el 17 de febrero), que celebraban los pastores en honor del buen dios, de Fauno, y la fiesta del dios Término (*Terminalia,* el 23 de febrero) celebrada por los agricultores, la fiesta estival de los bosques que duraba dos días *(Lucaria,* el 19 y el 21 de julio), ofrendada al parecer a los dioses

de las selvas (*Silvani),* y la fiesta del día más corto del año, el que trae el nuevo sol (*An-geronalia, Divalia,* el 21 de diciembre).

No menos importantes son, como no podía ser menos tratándose de la ciudad marítima del Lacio, las fiestas de los marineros en honor de las divinidades tutelares del mar (*Neptunalia,* el 23 de julio), del puerto (*Portunalia,* 17 de agosto) y del río Tíber (*Volturnalia,* el 27 de agosto).

En cambio el artesanado y las artes sólo están representados en esta constelación de dioses por Vulcano, el dios del fuego y de la forja, a quien está dedicada, además del día que lleva su nombre (*Volcanalia,* 23 de agosto), la segunda fiesta de la consagración de las trompetas (*Tubilustrium,* el 23 de mayo), y por la fiesta en honor de la Carmenta (*Carmentalia,* el 11 de enero), a la que se adoraba probablemente, en sus orígenes, como la diosa de los sortilegios y de la canción y que más tarde pasó a ser la deidad tutelar de los alumbramientos.

Con la vida familiar y doméstica en general se relacionaban la fiesta dedicada a la diosa de la casa y a los espíritus de la despensa, Vesta y los Penates (*Vestalia,* el 9 de junio), la consagrada a la diosa de los alumbramientos[1] (*Metralia,* el 11 de junio), la fiesta de la proliferación, dedicada al *liber* y a la *libera* (*Liberalia,* el 17 de marzo), la fiesta de los espíritus que han volado al otro mundo (*Feralia,* el 21 de febrero) y la consagrada durante tres días alternos a los espectros *(Lemuria,* el 9, el 11 y el 13 de mayo).

Tenían un sentido político las dos fiestas, cuyo significado, por lo demás, no conocemos claramente, de la huida del rey (*Regifugium,* el 24 de febrero) y de la huida del pueblo (*Poplifugia,* el 5 de julio), de las cuales la última por lo menos estaba dedicada a Júpiter, y la de las siete colinas (*Agonia* o *Septimontium,* el 11 de diciembre). También se consagraba un día del año a Jano, el dios de los orígenes (*Agonia,* el 9 de enero). Fiestas oscuras en cuanto a su sentido son la *Furrina* (el 25 de julio) y las *Larientalias* (el 23 de diciembre), puestas bajo el

patrocinio de Júpiter y de la Aca Larencia y que serían tal vez una fiesta en honor de los Lares.

Tal es el cuadro completo de las fiestas públicas fijas; y aunque además de ellas había de seguro, desde los tiempos más remotos, otras movibles y ocasionales, este documento que hemos resumido abre ante nosotros, por lo que dice y por lo que calla, el panorama de una época antiquísima, que por lo demás se ha esfumado casi totalmente de nuestro conocimiento. Es indudable que cuando este cuadro de fiestas se estableció se había llevado a cabo ya la fusión del antiguo municipio de Roma con los romanos de las colinas, puesto que al lado de Marte aparece en él el dios Quirino; pero aún no se había erigido el templo capitolino, pues faltan aquí los nombres de Juno y Minerva; no existía aún el santuario de Diana levantado más tarde sobre el Aventino, ni los griegos habían introducido todavía en Roma ninguno de los conceptos de su culto.

El centro del culto divino, no sólo de Roma, sino de toda Italia, en esta época en que impera aún en la península la tribu, confiada a sus propias fuerzas, es, según todas las huellas que han podido encontrarse, el dios Maurs o Marte, el dios de la muerte,[2] concebido predominantemente como el dios que esgrime la lanza, protege a los rebaños y fulmina al enemigo, como el divino paladín de los ciudadanos; bien entendido, naturalmente, que cada comunidad poseía su propio Marte, al que reputaba como el más fuerte y más sagrado de todos, por lo cual cada brote sagrado que emigraba de la ciudad para fundar una comunidad nueva marchaba a cumplir esta misión bajo la tutela de su propio Marte.

Al dios Marte se consagra en el calendario de los meses romanos —que es, fuera de este caso, completamente ateo— el primero de ellos, nombre que el primer mes del año ostentaba también, probablemente, en todos los demás calendarios latinos y sabélicos. Entre los nombres propios de los romanos los únicos que se derivan del de un dios son los de Marco, Mamercio y Mamurio, muy usados desde los tiempos más

antiguos. Las más tempranas profecías itálicas van asociadas con el dios Marte y su lanza sagrada; el lobo, el animal sagrado de Marte, es también el emblema de la ciudadanía romana, y cuantas leyendas sagradas pudo acumular la fantasía de los romanos se remontan todas ellas, directa o indirectamente, a Marte y a su doble, el dios Quirino. Es cierto que en la relación de fiestas que hemos comentado el padre Diovis, proyección más pura y más civil que guerrera de la esencia de la comunidad romana, ocupa un lugar más importante que el de Marte, lo mismo que el sacerdote de Júpiter precede en rango a los dos sacerdotes del dios de la guerra; no obstante éste se destaca también en ella con gran importancia y hasta es muy posible que cuando este cuadro de fiestas se estableció, Jovis fuera con respecto a Marte lo que Ahuramazda era en la religión de los persas con respecto a Mitra, y que el verdadero eje del culto divino en una comunidad tan batalladora como la romana fuesen todavía entonces el dios guerrero de la muerte y su fiesta de marzo, al lado del cual reinaría, no el dios que ahuyenta los cuidados, introducido más tarde por los griegos, sino el mismo padre Jovis, como el dios del vino que alegra los corazones.

Carácter de la religión romana

No es propósito nuestro estudiar los dioses romanos uno por uno; pero sí tiene cierta importancia histórica el destacar su peculiar carácter, a la vez bajo e íntimo. La abstracción y la personificación son la esencia de la mitología romana y de la griega; también el dios helénico tiene como base un fenómeno natural o un concepto, y que el romano, lo mismo que el griego, concibe a cada divinidad como persona lo demuestran el hecho de que se le asigne el género masculino o femenino y las palabras con que se invoca a las divinidades desconocidas: "quien quiera que seas, dios o diosa, hombre o mujer"; y además la fe profundamente arraigada de que el nombre del verdadero espíritu tutelar de la comunidad debe

permanecer en el mayor secreto, para que ningún enemigo lo averigüe y pueda, invocando al dios por su nombre, atraerlo del lado de allá de sus fronteras. Un vestigio de esta concepción fuertemente impregnada de materialismo ha quedado adherido, concretamente, a la figura más antigua y más nacional entre los dioses itálicos, la de Marte.

Pero si la abstracción que toda religión entraña como elemento básico pugna en otras por elevarse a concepciones cada vez más amplias y por penetrar cada vez más hondo en la esencia de las cosas, hay que reconocer que los ídolos romanos se mantienen en un nivel increíblemente bajo de intuición y de concepción. Mientras que a los ojos del griego cualquier motivo de cierta importancia se expande para convertirse rápidamente en un grupo plástico, en un círculo de leyendas y de ideas, en la mente romana el pensamiento fundamental conserva siempre su rigidez escueta originaria. La religión romana no tiene nada peculiar a ella que enfrentar ni de lejos a la religión apolínea que transfigura moralmente las cosas terrenales, al divino delirio dionisiaco, a los profundos y enigmáticos dioses y misterios ctónicos. Nos habla, también, es cierto, de un "dios maligno" *(Ve-diovis),* de apariciones y espectros *(lemures)* y más adelante admitirá también las divinidades, de la peste, de la fiebre, de las enfermedades y hasta tal vez del robo *(laverna);* pero no es capaz de provocar ese escalofrío misterioso de que a veces siente nostalgia también el corazón humano, ni de debatirse con ese algo incomprensible e incluso con ese algo maligno que hay en la naturaleza y en el hombre y de que no puede carecer ninguna religión, si quiere adueñarse del hombre en su integridad. En la religión romana apenas hay más misterio que los nombres de los dioses de la ciudad, de los penates; y, sin embargo, la esencia de estos dioses era patente para cualquiera.

La teogonía nacional romana esforzábase en captar de un modo comprensible y en todos sus aspectos los fenómenos y las propiedades más importantes de las cosas, en acuñarlos terminológicamente y en clasificarlos de un modo esquemá-

tico —ateniéndose en primer lugar a la división, básica también en derecho privado, en personas y cosas—, para poder invocar certeramente ella misma los dioses y las series de dioses e iniciar a la gente en el modo adecuado de hacerlo *(indigitare).* A estos conceptos exteriormente derivados y de la más simplista sencillez, una sencillez mitad venerable y mitad ridícula, se reduce en esencia la teología romana; ideas como las de siembra *(saeturnus),* y trabajo agrícola *(ops),* tierra *(tellus),* floración *(flora),* guerra *(bellona),* límite *(terminus),* juventud *(juventus),* salud *(salus),* buena fe *(fides)* y armonía *(concordia),* figuran entre las más viejas y más sagradas divinidades de Roma.

La más característica tal vez de todas las figuras de dioses romanos y, desde luego, la única para la que supo inventarse una efigie ritual específicamente itálica, es la del Jano, con sus dos caras; y, sin embargo, ¿qué entraña el significado de este dios sino la idea característica de la medrosa religiosidad romana, de que para disponerse a realizar una acción, cualquiera que ella sea, debe invocarse al "espíritu de la apertura"? Y sobre todo la convicción profunda de que para los romanos era algo tan inexcusable ordenar en series los conceptos de sus dioses como para los helenos que cada uno de los suyos, mucho más personales, tuviese existencia propia.[3]

Acaso el culto más íntimo de todos los practicados en Roma sea el de los espíritus tutelares que velan por la casa y la despensa, en los oficios públicos el de Vesta y los Penates, en el culto familiar el de los dioses de los bosques y de los campos, los Silvanos, y sobre todo el de los verdaderos dioses del hogar, los Lases o Lares, a los que se ofrendaba siempre una parte de la comida familiar y ante los que todavía en tiempo del viejo Catón era obligado que el *paterfamilias* de retorno a su hogar orase antes de emprender cosa alguna. Pero en la jerarquía de los dioses estos espíritus tutelares del hogar y de los campos más bien ocupaban el último lugar que el primero. Como era lógico, tratándose de una religión que renunciaba a todo lo que fuese idealización, el corazón devoto se

nutría sobre todo de la abstracción más simple y más individual y no de la más general y más amplia.

Con esta escasez de quilates en lo que a elementos ideales se refiere corría parejas la tendencia práctica y utilitaria de la religión romana, de lo que es una prueba sobradamente clara el cuadro de fiestas que dejamos expuesto. Incremento de la fortuna, granjería y dones materiales en el cultivo de los campos y la multiplicación de los ganados, en la navegación y en el comercio: esto es lo que los romanos piden a sus dioses. No en vano el dios de la fidelidad a la palabra dada *(deus fidius),* la diosa del azar y de la fortuna *(fors fortuna)* y el dios del comercio *(Mercurius),* producto los tres de las relaciones comerciales cotidianas, son ya desde muy pronto dioses venerados en todas partes por los romanos, aunque no figuren aún en aquel catálogo de los tiempos primitivos. El riguroso sentido económico de la vida y la especulación comercial estaban demasiado profundamente arraigados entre los romanos para no calar hasta la médula más íntima del reflejo de este pueblo en el mundo religioso.

Poco es lo que hay que decir acerca del mundo de los espíritus. Las almas que volaban de los hombres mortales, los espíritus "buenos" *(manes),* seguían viviendo como sombras, encadenadas al sitio en que el cuerpo reposaba *(dii inferi)* y alimentábanse con la comida y la bebida que les ofrendaban los vivos. Moraban, sin embargo, en lo profundo, sin que se tendiese ningún puente de unión entre esta morada y los hombres residentes en la tierra ni hacia el plano superior en que vivían los dioses. El culto griego a los héroes es totalmente desconocido de los romanos y, por reciente y torpe que sea la leyenda de la fundación de Roma, nos revela ya la transmutación completamente ajena a las concepciones romanas del rey Rómulo en el dios Quirino. Numa, el nombre más antiguo y venerable de la leyenda romana, jamás fue venerado en Roma como un dios, al modo como lo fue Teseo en Atenas.

Sacerdotes y colegios sacerdotales

Los más antiguos sacerdotes de la colectividad de que tenemos noticia son los del dios Marte: sobre todo el sacerdote del dios de la comunidad nombrado de por vida, el "sacerdote de la llama de Marte" *(flamen Martialis),* como se lo llama por aportar al dios la ofrenda del fuego, y los doce "saltarines" *(salii),* un tropel de jóvenes que en el mes de marzo ejecutan la danza de las armas en honor de este dios, acompañándose con canciones.

Había además otros cultos públicos, cuyos orígenes se remontan en parte mucho más allá del nacimiento de Roma y para los cuales se nombraban sacerdotes individuales encargados de oficiar en ellos —sabemos, por ejemplo, que había sacerdotes de la diosa Carmenta, del dios Vulcano, del dios de los puertos y del de los ríos—, cuando no se encomendaban a distintas corporaciones o linajes para que los ejerciesen en nombre del pueblo. Una de estas corporaciones era probablemente la de los doce "hermanos de las tierras labrantías" *(fratres arvales),* encargados de invocar en el mes de mayo a la "diosa de la fecundidad" *(dea dia)* para que hiciese prosperar las siembras, aunque es muy dudoso que ya en esta época disfrutase de aquel gran prestigio de que la vemos rodeada bajo el imperio. Otras corporaciones de éstas eran la hermandad de los ticios, creada para velar por el culto especial de los sabinos de Roma, y la de los treinta guardianes de la llama de las curias *(flamines curiales),* que atendían a los altares de la gran familia de las treinta curias. La ya mentada "fiesta de los lobos" *(lupercalia),* ofrendada al "dios propicio" *(faunus)* para que protegiese a los rebaños, celebrábase en el mes de febrero y se hallaba encomendada a la *gens* de los quinctos y a los fabios, incorporados a ella al unirse a la ciudad los romanos de las colinas; era un verdadero carnaval pastoril, en el que los "cazadores de lobos" *(luperci)* saltaban de un lado para otro, con pieles de carnero so-

bre sus cuerpos desnudos, azotando con correas a cuantos encontraban. Y no sería éste, probablemente, el único culto gentilicio en que se considerase representada también toda la comunidad.

Pronto vinieron a sumarse nuevos cultos a este antiquísimo servicio divino del municipio romano. El más importante de todos es el que se relaciona con la nueva ciudad unificada, a la que las grandes murallas y fortificaciones construidas en ella convierten hasta cierto punto en una ciudad fundada por segunda vez; en esta ciudad figura a la cabeza de todos los dioses de Roma el Iovis supremo y mejor de todos, el Júpiter Capitolino, genio del pueblo romano, y el sacerdote que en lo sucesivo se nombra para regentar su culto, el *flamen dialis,* pasa a formar con los dos sacerdotes de Marte la santa trinidad archisacerdotal.

Simultáneamente con esto iníciase el culto ante el nuevo altar de la ciudad, común a todas las tribus unidas —el culto de Vesta— y el de los Penates de la ciudad, complementario de él. Seis castas doncellas, las vírgenes vestales, oficiaban en este culto como las hijas de la gran familia que formaba el pueblo romano y tenían por misión atizar y mantener siempre ardiendo el fuego sagrado del hogar de Roma, para ejemplo y advertencia de sus ciudadanos. Este culto doméstico y público a la par era, indudablemente, el más sagrado de todos los cultos practicados en Roma y habría de ser, siglos más tarde, bajo el imperio, el último de los ritos paganos que cayese bajo la proscripción cristiana.

El Aventino púsose bajo el patrocinio de Diana como la representante de la confederación latina, y no fue otra la razón de que no se asignasen a esta diosa especiales sacerdotes romanos. La ciudad fue habituándose poco a poco a rendir también culto a toda otra serie de dioses por medio de fiestas generales o instituyendo sacerdotes representativos encargados de ejercer este culto y nombrando además para algunos —por ejemplo para la diosa de las flores *(Flora)* y la de los frutos *(Pomona)*— flámines especiales, hasta que el total de

estos sacerdotes del fuego se elevó a quince. Pero manteniendo siempre celosamente como una categoría aparte los tres "grandes guardianes del fuego" *(flamines maiores)*, que hasta época muy avanzada sólo podían salir del seno de los antiguos ciudadanos, del mismo modo que las viejas corporaciones de los salios palatinos y quirinales mantuvieron siempre su rango superior sobre todos los demás organismos sacerdotales. De este modo fueron confiándose de una vez para siempre a determinadas corporaciones o a servidores fijos del Estado los actos necesarios y permanentes del culto en honor de los dioses de la ciudad; los gastos que estas prácticas religiosas originaban y que probablemente no serían pequeños, se cubrían con los rendimientos de las tierras asignadas a los diversos templos y con el producto de las multas.

No cabe la menor duda de que el culto público de los demás municipios latinos y probablemente también el de los sabélicos coincidía, en lo esencial, con éste. Ha podido comprobarse que los flámines, los salios, los lupercios y las vestales no eran instituciones específicamente romanas, sino comunes a todo el Lacio, y las tres primeras corporaciones por lo menos no parecen haber sido copiadas por aquéllos de la ciudad de Roma.

Finalmente, lo mismo que el Estado velaba por los dioses de la colectividad, el ciudadano individual podía adoptar disposiciones análogas dentro de su órbita privativa, hacer ofrendas a sus dioses y consagrar a ellos altares y servidores especiales.

Los adivinos

En Roma no escaseaban, como vemos, los sacerdotes ni las instituciones sacerdotales. Sin embargo el que tenía algún asunto que ventilar con los dioses no se entendía con sus sacerdotes, sino con el dios mismo que necesitase invocar. Quienes querían implorar o saber algo de ella hablaban directamente a la divinidad; la comunidad, naturalmente, por

boca de su rey, la curia por medio del curión, los équites a través de su jefe. La injerencia del sacerdote no podía velar ni oscurecer en ningún caso la relación originaria y directa entre el hombre y el dios. Pero no se crea que el entenderse con los dioses era cosa fácil. La divinidad hablaba un lenguaje peculiar, que sólo los iniciados podían entender; quien poseía la clave no sólo estaba en condiciones de interpretar la voluntad de los dioses, sino que podía también dirigirla e incluso, en caso necesario, engañarlos con sus ardides o forzarlos a que se pronunciasen en un determinado sentido. Nada más lógico, pues, sino que los adoradores de los dioses recurriesen por lo general a las gentes expertas en la materia y escuchasen su consejo. Así surgieron las asociaciones de adivinos, institución itálica específicamente nacional, llamada a influir en la trayectoria política de la nación mucho más que los sacerdotes y las corporaciones sacerdotales. A veces se los ha confundido con éstas, pero por error. La misión de las corporaciones sacerdotales es velar por el culto de una determinada divinidad; a los adivinos, en cambio, incumbe cuidar que se mantenga la tradición en cuanto a las prácticas generales del culto cuyo ejercicio supone ciertos conocimientos y cuya fiel observancia tradicional se halla el Estado interesado en mantener.

Estas corporaciones rituales, entidades cerradas en que los puestos vacantes sólo podían cubrirse, naturalmente, entre ciudadanos, fueron convirtiéndose por lo tanto en las depositarias de las artes y las ciencias religiosas. Al principio, tanto en Roma como en todo el Lacio, existen dos corporaciones de esta naturaleza: la de los augures y la de los pontífices. Los seis "conductores de pájaros" *(augures)* interpretaban el lenguaje de los dioses por el vuelo de las aves, arte interpretativa a que se aplicaban con todo ahínco hasta llegar a convertirla en un sistema casi científico. Los seis "constructores de puentes" *(pontífices)* derivaban su nombre de su primitiva misión, tan importante en lo religioso como en lo político, que fue la construcción de los puentes sobre el Tíber. Eran

los ingenieros romanos, depositarios del secreto de las medidas y los números, por lo cual sus deberes se extendieron más tarde al de llevar el calendario del Estado, anunciar al pueblo los días de luna nueva y luna llena y velar por que los actos del culto y los trámites judiciales se efectuasen en el día indicado. Y como los pontífices podían abarcar con su mirada mejor que todos los demás el panorama completo del servicio religioso, fue estableciéndose la práctica de consultarlos antes de celebrar un matrimonio, otorgar un testamento o efectuar una arrogación, para evitar que el acto proyectado infringiese de algún modo el derecho divino; fueron ellos quienes, para codificar todas estas normas, establecieron y promulgaron los preceptos sacros esotéricos y generales que se conocen con el nombre de Leyes Regias.

El colegio de los pontífices acabó, pues, ostentando —aunque probablemente sus atribuciones no se desarrollaron en toda su extensión hasta la abolición de la monarquía— la alta dirección sobre el culto romano y cuanto con él se relacionaba, ¿y qué era lo que no se relacionaba directa o indirectamente con él? Los mismos pontífices definían la suma y compendio de su saber como "el conocimiento de las cosas divinas y humanas". Los rudimentos de la jurisprudencia sacra y secular y los orígenes de la historiografía surgieron realmente del seno de la corporación pontifical. Toda la historiografía arranca, en efecto, del calendario y del libro de los anales; y del mismo modo la ciencia del proceso y de las normas jurídicas, que no podía tener una tradición en los tribunales romanos después de instituidos éstos, hubo de acabar haciéndose tradicional en el colegio de los pontífices, único organismo competente para dictaminar acerca de los días hábiles para la actuación de los tribunales y sobre los problemas jurídicos religiosos.

En cierto modo podemos añadir a estas dos corporaciones de expertos sacros, que son las más antiguas y prestigiosas, el colegio de los veinte heraldos del Estado (*fetiales*, palabra de origen incierto), cuya misión era servir de archivo vivien-

te que guardase a través de la tradición el recuerdo de los tratados concertados con las comunidades vecinas, decidir por medio de sus dictámenes acerca de las reales o supuestas transgresiones de las normas pactadas y, en caso necesario, intentar la reparación de la falta o declarar la guerra. Los feciales eran para el derecho de gentes exactamente lo mismo que los pontífices para el derecho divino, por lo cual tenían como éstos la facultad, si no de administrar justicia, sí de dictar las normas con arreglo a las cuales debía administrarse.

Pero, por muy prestigiosas y respetadas que fuesen estas corporaciones, y a pesar de las atribuciones tan amplias e importantes que les estaban conferidas, jamás se olvidaba, sobre todo con respecto a la más alta de las tres, que su misión no era la de ordenar, sino la de dictaminar y aconsejar, no la de invocar directamente la respuesta de los dioses, sino la de interpretar a quien la invoca el mensaje enviados por ellos. De aquí que aun el supremo sacerdote no sólo fuese inferior en rango al rey, sino que no pudiese ni siquiera aconsejarle, a menos que fuese interrogado. Es el rey el llamado a decidir si quiere consultar el vuelo de los pájaros, y en qué momento; el augur se limita a asistirle y a servirle de intérprete, en caso necesario, para esclarecerle el lenguaje de los mensajeros del cielo. Por su parte los feciales y los pontífices no pueden inmiscuirse en los asuntos del derecho de gentes o del derecho del país más que si los interesados postulan su intervención. Pese a la gran devoción religiosa de los romanos, se mantuvo siempre en pie con rigor inexorable el principio de que, dentro del Estado, el sacerdote carece de toda autoridad y no tiene nada que ordenar, sino por el contrario obedecer fielmente hasta al último funcionario, ni más ni menos que otro ciudadano cualquiera.

El culto religioso de los latinos obedece esencialmente al amor del hombre por los bienes terrenales y sólo en segundo plano al temor que le inspiran las fuerzas salvajes de la naturaleza; por eso se exterioriza predominantemente en manifestaciones de gozo, en cantos y músicas, en juegos y danzas,

y sobre todo en banquetes. En Italia, como ocurre en todos los pueblos agrícolas que se alimentan normalmente de sustancias vegetales, la matanza de animales destinados a la mesa era una fiesta casera y al mismo tiempo un rito religioso; el sacrificio del cerdo era considerado como el más grato a los dioses, porque los hombres reputaban el asado de cerdo como un bocado exquisito.

Sin embargo el mesurado carácter de los romanos repugnaba todo lo que fuese disipación y exceso en sus manifestaciones de júbilo. El sentido del ahorro para con los dioses es uno de los rasgos más característicos del primitivo culto latino; los impulsos de la fantasía desbordada son contenidos también con mano de hierro por aquella disciplina moral en que sabía mantenerse a sí misma la nación. A esto se debe el que los latinos no incurriesen nunca en los excesos inseparables de esta falta de medida.

El principio de la expiación

También la religión latina lleva implícita en lo más íntimo de su ser, naturalmente, esa profunda tendencia moral del hombre a relacionar las culpas terrenales y los castigos humanos con el mundo de los dioses y a ver en aquéllas un pecado contra la divinidad y en éstos su expiación. La ejecución del criminal condenado a la pena de muerte es un sacrificio expiatorio ofrendado a los dioses, lo mismo que la muerte inferida al enemigo en una guerra justa; el ladrón nocturno de los frutos de la tierra expía su transgresión contra Ceres en la horca, como el enemigo malo caído en el campo de batalla paga su pecado a la madre tierra y a los buenos espíritus. Y nos encontramos también aquí con el profundo y pavoroso concepto de la representación: si los dioses de la comunidad se enfurecen sin que sea posible capturar al culpable, puede apaciguarlos quien se preste voluntariamente a sustituirlo *(devovere se),* del mismo modo que las grietas amenazadoras abiertas en la tierra se cierran y

una batalla perdida a medias se convierte en una victoria cuando un bravo ciudadano se abalanza a cubrir con su cuerpo la brecha o se lanza contra el enemigo. A una concepción parecida responde el sacrificio del "brote sagrado" consistente en ofrendar a los dioses el ganado y los hombres que puedan nacer en un determinado periodo de tiempo.

Si queremos llamar a esto sacrificios humanos, es indudable que estos sacrificios estaban metidos dentro del tuétano de la fe de los latinos; pero debemos añadir, para que la imagen sea clara y completa, que hasta en los tiempos más remotos a que alcanza nuestra mirada los sacrificios de vidas humanas se limitaban a los culpables, declarados tales por los tribunales de la sociedad, y a los inocentes que abrazaban voluntariamente la muerte. Los sacrificios humanos de otra clase contradicen la idea fundamental de este rito religioso y en los casos en que se manifiestan obedecen, por lo menos entre las tribus indogermánicas, a tendencias posteriores de degeneración y de barbarie. Entre los romanos estas prácticas no tuvieron nunca cabida; sólo alguna que otra vez, en momentos de suprema angustia, se desencadenan las furias de la superstición y la desesperación buscando ciegamente un camino de salvación en estos sacrificios abominables de vidas humanas.

Tampoco encontramos entre los romanos huellas importantes de esas manifestaciones supersticiosas que son la creencia en los espectros, el miedo a los encantamientos y los ritos misteriosos y las brujerías. En Italia los oráculos y los profetas no llegaron a tener jamás la importancia que tuvieron en Grecia ni consiguieron imponerse nunca seriamente en la vida privada ni en la vida pública.

El romano y su dios

Pero, a cambio de esto, la religión latina se dejó llevar de una tendencia increíble de sequedad y aridez y se enredó ya desde muy pronto en una meticulosa y prosaica red de cere-

monias rituales. El dios de los itálicos es por encima de todo, como ya hemos dicho, un instrumento auxiliar para la consecución de fines terrenales muy concretos; la propensión del itálico a lo aprehensible y real da a sus concepciones religiosas este giro que sigue acusándose con gran fuerza en el culto a los santos del italiano de hoy. Los dioses se enfrentan con el hombre como el acreedor con el deudor; cada uno de ellos tiene un legítimo derecho a recibir determinados homenajes y prestaciones. Y si tenemos en cuenta que el número de los dioses era tan grande como el de los momentos de la vida terrenal y que el olvido o la adoración falsa de uno de ellos en el momento indicado no quedaba nunca impune, comprenderemos que solamente el tener presentes sus deberes religiosos resultaba una tarea verdaderamente difícil y espinosa; por eso los sacerdotes versados en el derecho divino y llamados a dirigir a los demás en este terreno llegaron a adquirir una importancia tan extraordinaria. El romano honesto gustaba, en efecto, de guardar los preceptos del ritual sagrado con la misma puntualidad mercantil con que cumplía sus obligaciones terrenales, y no tenía inconveniente en excederse un poco, siempre y cuando los dioses le correspondieran.

Tampoco la especulación está excluida de las relaciones entre los romanos y sus dioses; el voto religioso es, en realidad, un pacto formal entre el hombre y la divinidad por el que aquél se obliga a realizar una determinada prestación a cambio de la contraprestación correspondiente. Y si en el Lacio se excluía toda mediación sacerdotal en los asuntos religiosos de los hombres, era seguramente, entre otras causas, porque el derecho romano no admitía la intervención de representantes en la contratación. Más aún; del mismo modo que el comerciante romano puede, sin detrimento de su honradez convencional, limitarse a cumplir el contrato con sujeción a la letra estricta, en sus relaciones con los dioses el toma y daca versaban, según enseñan los teólogos romanos, más sobre la apariencia que sobre la realidad misma de las

cosas. Bastaba con presentarle al señor de los cielos cabezas de cebolla o de adormidera para atraer sus rayos sobre ellas y desviarlos de la cabeza de los hombres; y para aplacar la cólera del padre Tíber con la ofrenda que reclamaba todos los años, era suficiente arrojar a sus aguas treinta muñecos tejidos de mimbre.[4] Las ideas de la gracia y el perdón divinos aparecen aquí mezcladas y revueltas indistintamente con una astucia devota que procura engatusar y engañar a los peligrosos señores celestiales con ardides y simulaciones.

Así, el temor de dios, en los romanos, aunque pesase sin duda poderosamente sobre los espíritus de la multitud, distaba mucho de ser aquel miedo angustioso ante la naturaleza omnipresente o la divinidad omnipotente en que se basan las religiones panteístas o monoteístas; era un temor de índole muy terrenal, que no se diferenciaría gran cosa, seguramente, del miedo con que el deudor romano se acercaría a un acreedor justiciero, pero poderoso y puntual. Fácilmente se comprende que un tipo de religión así se prestaba más bien a oprimir que a fomentar las ideas artísticas y especulativas del hombre. Cuando el griego revestía de carne y hueso humanos sus ingenuas ideas acerca de los tiempos primitivos de la humanidad, estas ideas de los dioses no sólo se convertían en elementos de sus artes plásticas y poéticas, sino que adquirían además la universalidad y la elasticidad que constituyen la característica más profunda de la naturaleza humana y, por ello mismo, la médula de todas las religiones universales. Por medio de ellas podía la simple intuición de la naturaleza ahondar hasta la concepción cosmogónica y el concepto moral más sencillo remontarse a concepciones humanistas generales. Esto explica que la religión griega pudiese asimilar durante mucho tiempo las ideas físicas y metafísicas, resumir dentro de sí todo el desarrollo ideal de la nación, y ganar en profundidad y en extensión, antes de que la fantasía y la especulación rompiesen la envoltura en que habían venido moviéndose. En el Lacio, por el contrario, era tan perfectamente traslúcida la encarnación material de los

conceptos divinos, que ni el artista ni el poeta podían formarse a su amparo, razón por la cual la religión latina se enfrenta siempre al arte como algo extraño e incluso hostil.

Como los dioses no eran ni podían ser más que la espiritualización de fenómenos terrenales, tenían en aquel mundo paralelo suyo que era la tierra su asilo *(templum)* y sus imágenes; los muros levantados y los ídolos modelados por la mano del hombre no parecían servir para otra cosa que para empañar y encadenar las representaciones espirituales. Por eso el primitivo culto religioso de los romanos no conocía las imágenes ni las casas de los dioses; es cierto que en el Lacio, siguiendo probablemente el ejemplo de los griegos, empezó a adorarse muy pronto a la divinidad a través de imágenes y se construyó una casita *(aedicula)* para albergarla, pero esta representación plástica de lo celestial contravenía las leyes de Numa y era considerada como algo impuro y exótico. Si exceptuamos tal vez al dios de doble cara, Jano, la religión romana no presenta ninguna imagen divina propia y peculiar de ella, y todavía Varrón se burla del afán de la multitud por adorar a muñecos y estampitas. La carencia de toda virtud creadora por parte de la religión de los romanos es, asimismo, la causa última de que la poesía romana y más aún la especulación romana fuesen siempre tan extremadamente pobres.

Influencia moral de la religión

Pero esta misma diferencia se acusa también en el terreno práctico. Lo que la comunidad romana salió ganando prácticamente con su religión fue una ley moral formulada y desarrollada por los sacerdotes, principalmente por los pontífices, que en esta época —muy alejada todavía de la tutela policiaca del ciudadano por el Estado— suplía en parte las ordenanzas de policía y en parte llevaba los deberes morales ante el foro de los dioses y los sancionaba con castigos divinos.

Entre las normas de la primera clase figuran, por ejemplo, aparte del deber religioso de santificar las fiestas y de practicar la agricultura y la viticultura conforme a las reglas del arte, de lo que hablaremos más abajo, el culto del hogar o de los lares, relacionado también con consideraciones de policía sanitaria, y sobre todo el rito de la incineración de los cadáveres, que aparece extraordinariamente pronto entre los romanos, antes tal vez que entre los griegos, y que presupone una concepción racional de la vida y de la muerte ajena a los tiempos primitivos, como siguiendo todavía a los nuestros.

No debemos tasar por lo bajo estas y otras innovaciones parecidas que la religión nacional latina fue capaz de implantar. Pero aún más importante que esto fue su influencia moral. La maldición divina caía y permanecía sobre la cabeza del hombre que cometía ciertos actos no castigados por el derecho común: sobre el marido que vendía a su esposa o sobre el padre que vendía a su hijo casado, sobre el hijo o la nuera que golpeaban a su padre o a su suegro, sobre el patrón que faltaba a sus deberes de fidelidad para con su huésped o su cliente; descargábase también sobre el vecino desaprensivo que cambiaba de sitio el mojón o sobre el ladrón que, aprovechando el descanso de la noche, atentaba contra los frutos de la tierra, confiados a la paz común. No en el sentido de considerar al réprobo *(sacer)* proscrito por la sociedad y a merced del que quisiera privarle de la vida; este tipo de proscripción, que contraviene a cualquier ordenación de la vida civil, sólo en casos excepcionales se decretó en Roma para reforzar la excomunión religiosa durante las luchas de la guerra de clases.

La ejecución de aquella maldición de los dioses no se dejaba a cargo del individuo y menos todavía del sacerdote, que estaba privado de toda autoridad temporal. Quienes así quedaban proscritos caían en primer lugar bajo el fuero penal divino, no bajo el peso de la arbitrariedad humana, y muchas veces la devoción popular en que se basaban estas excomuniones ejercía cierto ascendiente aun sobre caracteres ligeros

y perversos. Pero el poder de la maldición pronunciada por los dioses no se limitaba a esto; el rey estaba autorizado y obligado a ejecutar el anatema y, después de comprobar concienzudamente y ante su propia convicción el hecho que había dado lugar a él, debía sacrificar a la divinidad ofendida *(supplicium)* al causante, como un animal ofrendado en holocausto a los dioses, purificando así a la comunidad del crimen. En caso de delito leve la muerte del culpable se sustituía por su rescate mediante la entrega de un animal para ser sacrificado ante los altares o de otra ofrenda semejante. Por donde todo el derecho penal responde en última instancia a la idea religiosa de la expiación.

La religión en Grecia y Roma

La religión, en el Lacio, fomentó pues, de este modo, el orden civil y la moral, pero no pasó de ahí. En esto la Hélade se destaca incomparablemente sobre el Lacio, pues no en vano debe a su religión, no sólo todo su desarrollo espiritual, sino también su unificación nacional, en la medida en que ésta llegó a conseguirse; en torno a los oráculos y a las fiestas de los dioses, a Delfos y a Olimpia y en torno a las Musas, que son hijas de la fe, gira todo lo que hay de grande en la vida helénica y todo lo que constituye el patrimonio nacional de este país.

La religión latina, mantenida al nivel de las concepciones usuales, es perfectamente inteligible para cualquiera y asequible a todos en común; por eso la comunidad romana conservó su igualdad civil, mientras que la Hélade, donde la religión se hallaba a la altura del pensamiento de los mejores, conoció desde los tiempos más remotos todas las ventajas y todos los males de la aristocracia del espíritu.

La religión latina surgió también en sus orígenes, como todas, del ahondamiento infinito de la fe; su mundo translúcido de los espíritus sólo puede ser considerado superficial por quienes crean que la corriente clara no puede ser nunca pro-

funda. Es cierto que esta fe entrañada va desapareciendo con el tiempo, por la misma ley natural que hace que la niebla mañanera se disipe al cobrar fuerza el sol, y que también la religión latina se agostó al cabo de los siglos; pero los latinos conservaron el candor de su fe hasta más tarde que la mayoría de los pueblos, y sobre todo hasta más tarde que los griegos. Así como los colores son un efecto de la luz, pero al mismo tiempo la enturbian, el arte y la ciencia nacen de la fe, pero después de nacer acaban por destruirla. Y aunque este desarrollo que es a la par destrucción responda a una ley de necesidad, la misma ley natural hace que a las épocas candorosas les sea dado conseguir ciertos resultados que en vano intentan más tarde alcanzar los pueblos. Fue precisamente el formidable desarrollo espiritual de los helenos, que creó en la Hélade aquella unidad religiosa y literaria, siempre imperfecta, el que les impidió lograr una auténtica unidad política; les faltaba, para alcanzar esto, el candor, la ductilidad, el sentido de abnegación, la fusibilidad, sin las cuales no puede unificarse un Estado.

Por eso nos parece que va siendo ya hora de dejar a un lado esa pueril concepción de la historia que sólo sabe ensalzar a los griegos a costa de los romanos o exaltar a los romanos a fuerza de echar por tierra a los griegos, y de irse convenciendo de que, del mismo modo que no es necesario despreciar a la rosa para admirar al roble, no se trata tampoco, aquí, de alabar ni de censurar, sino sencillamente de comprender que lo que de bueno pueda apreciarse en los dos organismos más grandiosos engendrados por la Antigüedad está condicionado en ambos por lo que tenían de malo, y viceversa.

La causa más profunda a que obedece en última instancia la diferencia entre estas dos naciones es que, mientras el Lacio permaneció ajeno a él, la Hélade mantuvo evidentemente, en su periodo de formación, contacto con el Oriente. Ningún pueblo de la tierra, por sí solo, era lo suficientemente grande para crear el portento de la cultura helénica, como ninguno por sí solo pudo crear, siglos más tarde, el milagro

de la cultura cristiana; estas fulguraciones portentosas las produjo la historia allí donde las ideas religiosas arameas cayeron y fructificaron en suelo indogermánico. Pero si la Hélade es, por ello mismo, el prototipo de un desarrollo puramente humano, el Lacio ha quedado para siempre en la historia como el prototipo de un desarrollo nacional; y nosotros, los hombres de hoy, debemos saber reverenciar ambas cosas y aprender de ellas.

Influencia de los cultos extranjeros

Eso era y así actuaba, pues, la religión romana, en su desarrollo absolutamente nacional, puro y sin trabas. En nada menoscababa su carácter nacional el hecho de que las modalidades y la esencia del culto religioso de Roma se tomasen, ya desde tiempos antiquísimos, del extranjero, del mismo modo que no puede decirse que la concesión de la ciudadanía a una serie de extranjeros desnacionalizase el Estado romano.

Huelga decir que entre los romanos y los demás latinos existió desde antiguo un intercambio de dioses igual que de mercancías; más digno de ser notado es el transplante a Roma de dioses y cultos de otros pueblos ajenos a la latinidad. Ya nos hemos referido al culto especial sabélico confiado a los ticios. Más dudoso es que los romanos importasen ningún dios de la Etruria, pues los lases, denominación primitiva de los genios (de *lascivus*), y Minerva, la diosa de la memoria *(mens, menervare),* que suelen considerarse como etrurios por su origen, debieron de ser nativos del Lacio, a juzgar por su nombre. Lo que desde luego es seguro y cuadra además, indudablemente, con todo lo que sabemos de las relaciones de Roma con el resto del mundo, es que el culto griego fue tenido en cuenta por los romanos antes y en mayor medida que el de ningún otro pueblo extranjero.

El punto más antiguo de contacto lo ofrecieron los oráculos griegos. El lenguaje de los dioses romanos limitábase a

decir sí o no y, a lo sumo, a exteriorizar su voluntad mediante la práctica —de origen itálico, a lo que parece— de echar las suertes;[5] en cambio los dioses griegos, más locuaces, pronunciaban ya desde tiempos muy antiguos, aunque probablemente por influencias recibidas del Oriente, verdaderos oráculos. Los romanos afanábanse ya desde muy pronto en coleccionar vaticinios explícitos de esta clase, por lo cual las copias de las hojas dictadas por la sacerdotisa adivinadora de Apolo, la sibila de Cumas, eran uno de los mejores regalos que podían ofrecerles los huéspedes griegos de la Campania. Para descifrar e interpretar el libro mágico se creó en tiempos antiquísimos un colegio especial formado por dos adivinos (los *duoviri sacris faciundis*), que sólo cedía en rango a los augures y a los pontífices, a cuyo servicio puso la comunidad dos esclavos versados en lengua griega; se recurría a estos guardianes de los oráculos en casos dudosos, cuando para sustraerse a la amenaza de algún mal se necesitase realizar algún acto sacro y no se supiese qué dios invocar ni cómo.

Los romanos acudieron también desde muy pronto en busca de consejo al Apolo de Delfos; aparte de las leyendas que circulaban en torno a estas relaciones, tenemos indicios de ello en la incorporación a todas las lenguas itálicas que conocemos de la palabra *thesaurus,* íntimamente relacionada con los oráculos de Delfos, y en la forma romana primitiva del nombre de Apolo, *Aperia,* el que abre, que no es sino una desfiguración etimológica del Apelon dórico, cuyo barbarismo denota por sí solo su antigüedad.

El Heracles griego aparece muy pronto en Italia bajo los nombres de Herclus, Hercoles, Hércules y con un sentido peculiar también, pues al principio se le concebía, según parece, como el dios de las ganancias audaces y del incremento extraordinario de la fortuna, razón por la cual los generales solían ofrendar ante su altar principal *(ara maxima)* en la plaza del ganado el diezmo del botín y los comerciantes el diezmo de sus ganancias. Esto hizo que acabase convirtién-

dose en el dios de las transacciones comerciales, que en los tiempos antiguos solían cerrarse ante este altar y sellarse con un juramento, coincidiendo en este sentido con el antiguo dios latino de la fidelidad a la palabra dada *(deus fidius).* El culto de Hércules era en la Antigüedad uno de los más extendidos; no había, para decirlo con las palabras de un escritor antiguo, ningún rincón de Italia donde no se adorase a este dios, y sus altares se levantaban en las calles de las ciudades y en los caminos del campo.

También conocían los romanos desde antiguo, aunque su culto público fuese posterior, los dioses de los marineros, Cástor y Polideuces, al que en Roma se llamaba Pólux, el dios del comercio, Hermes, para los romanos Mercurio, y el dios de la medicina, Asclapio o Esculapio. Hasta esta época se remonta, asimismo, probablemente el nombre de la fiesta de la "buena diosa" *(bona dea), damium,* que corresponde al griego δάμιον o δήμιον. Asimismo debía de responder a una antigua influencia helénica el hecho de que el viejo *Liber paters* de los romanos se concibiese más tarde como "padre liberador" y confluyese con el dios del vino de los griegos, con el "redentor" *(Lyäos)* y que el dios romano del averno se conociese con el nombre de "dispensador de riquezas" (Plutón, *Dis Pater),* cuya esposa Perséfona se convirtió, fonéticamente y por transplante conceptual, en la Proserpina de los romanos, que quiere decir germinadora. Incluso la diosa de la confederación romano-latina, la Diana del Aventino, parece haberse calcado sobre la diosa de la confederación de los jonios del Asia Menor; por lo menos la imagen esculpida de esta diosa que figuraba en el templo romano se inspiraba en el tipo de la que había en Éfeso.

Sólo por este conducto, a través de los mitos de Apolo, Dionisos, Plutón, Heracles y Artemisa, impregnados desde muy temprano de concepciones orientales, pudo la religión de los arameos ejercer en esta época una influencia remota e indirecta sobre Italia. Y, estudiando esto, se ve claramente cómo la penetración de la religión griega en el Lacio obedece

fundamentalmente a las relaciones comerciales y cómo fueron los comerciantes y marineros los primeros que llevaron los dioses griegos a Italia.

Sin embargo estos transplantes aislados del extranjero a Roma, en materia religiosa, tienen una importancia secundaria, y los vestigios del simbolismo natural de los tiempos primitivos, uno de los cuales era probablemente la leyenda de los bueyes de Caco, han desaparecido también casi por completo en esta época; en términos generales podemos decir que la religión romana constituye una creación orgánica del pueblo que la profesa.

La religión sabélica y etrusca

El culto religioso de los sabinos y los umbrios responde, a juzgar por lo poco que de él sabemos, a las mismas concepciones fundamentales que el de los latinos, con algunos matices y variantes de carácter local. Que difería en algo del culto latino lo demuestra del modo más palmario el hecho de que se crease una corporación especial en Roma —la de los ticios — para velar por el rito sabélico; pero ella nos da precisamente un ejemplo instructivo de la diferencia existente entre ambas religiones. La observación de las aves era el método normal de consultar a los dioses en ambas tribus; la única diferencia es que los ticios se fijaban para ello en otras aves que los augures de los ramnes. En todos los aspectos en que podemos establecer una comparación entre ambas religiones observamos condiciones semejantes; la concepción de los dioses como abstracciones de lo terrenal y su carácter impersonal son notas comunes a las dos tribus, que sólo difieren en cuanto a la expresión y al ritual. Evidentemente que estas divergencias tenían su importancia para el culto de la época; pero a nosotros ya no nos es posible apreciar sus características diferenciales, si es que realmente existían.

Sin embargo, de las ruinas que del régimen sacral etrusco han llegado a nosotros emana otro espíritu. En ellas impera

una mística sombría pero tediosa, hecha de cábalas de números e interpretaciones de cifras, y esa solemne entronización de lo disparatado que encuentra en todos los tiempos su público. Es cierto que no conocemos el culto etrusco, ni mucho menos de un modo tan completo y tan duro como el latino; de todos modos, aunque una buena parte de los rasgos que presenta le fuesen añadidos por los caviladores de una época posterior y aunque dé la coincidencia de que sean precisamente las notas más sombrías y más fantásticas, las más divergentes del culto latino, las que hayan llegado a nosotros, como probablemente ha ocurrido, aún queda bastante para caracterizar la mística y el barbarismo de este culto, arraigados en la más íntima esencia del pueblo etrusco.

No se nos alcanza que pudiera existir ningún contraste interno entre el concepto etrusco de la divinidad, muy poco conocido, y el itálico; pero es seguro que entre los dioses etruscos ocuparían el primer lugar los malignos y perversos, como lo indican la crueldad de su culto y los sacrificios humanos de prisioneros: en Cerea, por ejemplo, dieron muerte a los prisioneros focios y en Tarquinia a los romanos. Lo que los latinos concebían como el mundo de los "buenos espíritus" escapados de la tierra y que moraban en la paz y la serenidad de lo profundo, es en la religión etrusca un verdadero infierno, a donde el conductor de los muertos, una figura salvaje de anciano medio hombre y medio bestia, con alas y armado de un gran martillo, lleva a las pobres almas para atormentarlas con serpientes y mazos; esta figura siniestra habría de utilizarse más tarde en Roma en las luchas de gladiadores, en el circo, como disfraz del que retiraba de la arena los cadáveres de los que caían peleando. El tormento es, en esta religión, algo tan íntimamente unido al reino de las sombras que existe incluso una posibilidad de redención, por medio de la cual, tras ciertos sacrificios misteriosos, el alma atormentada pasa a figurar entre los dioses celestiales. Es curioso que los etruscos, para poblar su infierno, se asimilasen ya desde muy pronto las sombrías concepciones de los grie-

gos, como vemos por el papel tan importante que en su religión desempeñan la doctrina caróntica y la figura de Caronte.

Pero lo fundamental para los etruscos era la interpretación de los signos y los presagios. Es evidente que también los romanos escuchaban en la naturaleza la voz de los dioses; sin embargo sus augures sólo comprendían los signos simples y limitábanse a inferir, en general, si el acto acarrearía la suerte o la desgracia. Las perturbaciones naturales eran consideradas por ellos como presagio de infortunio y aviso para que el acto que se estaba celebrando se interrumpiese; así, por ejemplo, los comicios se disolvían si durante su celebración estallaba una tormenta con rayos y truenos; además procurábase eliminar, si ello era posible, el resultado del prodigio, y así se daba muerte con toda celeridad a las criaturas nacidas de un mal parto. Pero los del otro lado del Tíber no se contentaban con esto. El caviloso etrusco leía al hombre creyente hasta los más pequeños detalles de su porvenir en el rayo o en las entrañas de los animales sacrificados, y cuanto más extraño fuese el lenguaje de los dioses y más sorprendentes los signos y los presagios, con mayor aplomo emitía su dictamen y prescribía lo que debía hacerse para desviar el mal.

Surgieron así en el seno de este pueblo la teoría de la adivinación del rayo, los arúspices, la interpretación de los presagios, todo ello urdido con esa sutileza meticulosa de la inteligencia analítica lanzada a los espacios de lo absurdo. Un enano llamado Tages con cuerpo de niño y cabellos canos que un labrador desenterrara con su arado cerca de Tarquinia —tal parece como si con esta figura se hubiesen querido ridiculizar a sí mismas aquellas fantasías a la vez infantiles y seniles— había revelado aquella ciencia a los etruscos, muriendo inmediatamente después. Sus discípulos y continuadores se encargaban de enseñar qué dioses eran los que solían fulminar rayos y a distinguir por el color el rayo de cada dios; si el rayo presagiaba un estado permanente de cosas o un acontecimiento suelto y si éste nacía con el signo de lo

inmutable o era posible desviarlo hasta cierto punto por las artes del hombre; cómo se enterraba el rayo ya fulminado o se obligaba a fulgurar al que amenazaba descargar, y qué sé yo cuántas maravillas más, en las que se traslucía no pocas veces simplemente el afán de sutilizar. Nada más opuesto al carácter de los romanos que estas artes de prestidigitación, como lo prueba el que, aun habiéndose hecho exhibiciones de ellas en Roma más adelante, no se intentase siquiera aclimatarlas allí; por aquel entonces los romanos contentábanse aún, evidentemente, con los oráculos de su propia cosecha y con los griegos.

La religión de los etruscos difiere de la de los romanos en el sentido de que se advierte ya en ella por lo menos un principio de algo de que carecía en absoluto el mundo religioso de Roma: un tipo de especulación envuelto en un ropaje religioso. Sobre el mundo con sus dioses flotan los dioses encubiertos, a quienes consulta el propio Júpiter etrusco; y es aquél un mundo finito que, como tuvo un comienzo, tendrá también un fin al cabo de un determinado tiempo, cuyas fases son los siglos. No es fácil emitir un juicio acerca del contenido espiritual que en su tiempo tuviesen esta cosmogonía y esta filosofía de los etruscos; parece, empero, que también en ellas reinaban desde el primer momento el mismo estúpido fatalismo y los mismos juegos cabalísticos y vacuos de cifras que caracterizan su religión.

La religión en la época de la guerra de Pirro

Es más difícil para nosotros seguir el desarrollo de las ideas religiosas de los romanos en la época de la guerra de Pirro. En general Roma siguió aferrándose sencillamente a la devoción llana y simple de sus antepasados y procurando mantenerse alejada tanto de la superstición como del descreimiento. Cuán viva se mantenía aún al final de esta época la idea de la espiritualización de todo lo terrenal, base de la religión romana, lo comprueba el nuevo dios "argentino"

(Argentinus), creado probablemente después de implantarse en el año 269 a. C. el patrón monetario de plata y que era, naturalmente, hijo del antiguo dios "cobrizo" *(Aesculanus),* entronizado cuando regía el patrón cobre.

Las relaciones con el extranjero, en materia religiosa, siguen siendo las mismas de antes; pero también en este terreno, y en él sobre todo, sigue en ascenso la influencia helénica. Es ahora cuando se empieza a erigir templos en Roma a los dioses griegos. El más antiguo de todos fue el templo de los Castores, prometido en la batalla que se libró junto al lago de Regilo y consagrado a lo que parece el 15 de julio del año 485 a. C. La leyenda asociada con este templo, según la cual aparecieron en el campo de batalla, luchando en las filas romanas, dos jóvenes sobrehumanamente bellos y altos, viéndoseles después del combate abrevar sus caballos bañados en sudor en la fuente Juturna que manaba en el foro de Roma y anunciar la gran victoria conseguida, presenta un sello absolutamente ajeno al carácter romano y no cabe la menor duda de que fue calcada ya en tiempos muy antiguos sobre la epifanía de los dióscuros en la famosa batalla librada como un siglo antes junto al río Sagras entre los crotoniatas y los lócridas, pues coincide con ella hasta en los menores detalles.

También al Apolo de Delfos se le erige ahora un templo en la ciudad (año 431, reconstruido en el 353), además de enviarle ofrendas, como era usual en todos los pueblos colocados bajo la influencia de la cultura griega, y de aportarle el diezmo del botín después de obtener una victoria, como se hizo cuando la conquista de Veies. Asimismo se levanta un templo, a fines de este periodo, a la diosa Afrodita (año 295), que se confunde de un modo misterioso con Venus, la antigua deidad romana de los jardines,[6] y otro (en el año 291) al Asclapios o Esculapio, al que se rendía culto en Epidauros (Peloponeso), de donde su culto se introdujo solemnemente en Roma. En tiempos difíciles para la comunidad (por ejemplo en el año 428) se oye alguna que otra queja sobre la pe-

netración en Roma de la superstición de otros pueblos, refiriéndose probablemente a la institución de los arúspices etruscos; pero, en estos casos, la policía solía tomar cartas en el asunto, como era debido.

En cambio, entre los etruscos, al paso que la nación se estanca y se corrompe en la decadencia política y en la indolente opulencia, el monopolio teológico de la nobleza, el estúpido fatalismo de su religión, aquella mística absurda y disparatada, las tendencias cabalísticas y su floración de profetas mendicantes, siguen desarrollándose hasta llegar al apogeo en que las veremos más tarde.

El arte

Poesía es el lenguaje apasionado, cuyos sones modulados forman la melodía; por eso ningún pueblo carece, en este sentido, de poesía ni de música. Sin embargo debemos reconocer que Italia no ha figurado nunca ni figura hoy entre las naciones poéticamente más dotadas; al italiano le falta lo más sagrado del arte del poeta: el corazón apasionado, el ansia de idealizar lo humano y de humanizar lo inanimado. Su mirada aguda, su graciosa agilidad, se prestan maravillosamente para la ironía y la tónica de la novela, en que brillan Horacio y Bocaccio, para ese humorismo veleidoso en el amor y en el cantar que encontramos en Cátulo y en las canciones napolitanas, y sobre todo para la baja comedia y la farsa.

En el suelo de Italia brotó en la Antigüedad la tragedia convertida en parodia, y en los tiempos modernos la epopeya paródica. Y en lo que ninguna nación aventaja a los italianos es sobre todo en la retórica y en el arte escénico. Pero en los géneros literarios más altos no llegan a remontarse jamás sobre la rutina y ninguna de las épocas de su literatura nos lega una verdadera epopeya ni un auténtico drama. Las obras literarias más perfectas logradas en Italia, la *Divina comedia* del Dante y libros históricos como los de Salustio y

Maquiavelo, Tácito y Colletta, están animados por una pasión más retórica que candorosa. Y otro tanto acontece con la música: lo mismo en la Antigüedad que en los tiempos modernos, entre los italianos se destaca mucho menos el talento verdaderamente creador que una rutina elevada rápidamente hasta el virtuosismo y propensa a suplantar el arte auténtico y entrañado por un ídolo hueco y árido elevado a los altares.

No es en el mundo interior —suponiendo que en el arte sea posible distinguir un mundo interior y otro externo— donde tienen su dominios propios los italianos; la potencia de la belleza, para influir plenamente en ellos, tiene que aparecer, no como un ideal ante su alma, sino como una realidad perceptible por los sentidos y presente ante sus ojos. Esto es lo que explica por qué afirman su personalidad vigorosamente en las artes plásticas y arquitectónicas y fueron en la Antigüedad los mejores discípulos de los helenos, para convertirse en los tiempos modernos en maestros de todas las naciones.

La danza, la música y la poesía latinas

Las muchas lagunas de la tradición histórica no nos permiten seguir el desarrollo de las ideas artísticas en los diversos grupos de pueblos de la península itálica; y no podemos, sobre todo, hablar de la poesía itálica, sino simplemente de la poesía del Lacio. El arte poético latino tuvo su punto de partida, como ocurre siempre, en la lírica o, mejor dicho, en las explosiones de júbilo de las fiestas primitivas, en las que la danza, la música y la canción formaban todavía una unidad inseparable. Y es curioso, a este respecto, que en las prácticas religiosas más antiguas se destaque mucho más que la canción la danza, y con ella, naturalmente, la música.

En el gran desfile solemne con que se abrían las fiestas romanas de la victoria eran los danzantes serios y alegres los que desempeñaban el papel más importante, después de las

imágenes de los dioses y los combatientes. Los primeros, ordenados en tres grupos, el de los hombres, el de los jóvenes y el de los niños, vistiendo todos túnicas rojas, con cinturón de cobre, espada y lanza corta, los hombres cubiertos además con su yelmo y todos ellos pertrechados con todas sus armas. Los segundos, divididos en dos tropeles: el de las ovejas, envueltos en pieles de oveja cubiertas de abigarrados colores, y el de los carneros, desnudos hasta la cintura y con una piel de macho cabrío sobre las espaldas. Los "saltarines" eran también, tal vez, la más antigua y más sagrada de todas las corporaciones sacerdotales, y sin danzantes *(ludii, ludiones)* no había ninguna procesión pública ni, sobre todo, ningún entierro, razón por la cual la danza era ya en tiempos antiguos una profesión usual.

Y donde figuraban los danzantes no podían faltar tampoco los músicos, palabra que en los tiempos primitivos es sinónima de flautistas. Éstos asisten, como aquéllos, a los sacrificios, a las bodas y a los entierros, y al lado de la antiquísima corporación pública sacerdotal de los saltarines aparece con la misma antigüedad, aunque muy inferior a ella en rango, el gremio de los trompetistas *(collegium tibicinum),* cuyo auténtico carácter musical se acredita en las fuentes por su antiguo privilegio, tan arraigado que pudo desafiar incluso a la severa policía romana, de tambalearse por las calles el día de su fiesta anual enmascarados y repletos de vino dulce.

La danza ocupa, pues, en esta época un honroso lugar y la música se considera también como una ocupación necesaria aunque subordinada a aquélla, y tanto una como otra disponen de corporaciones propias de carácter público; en cambio, la poesía pasa por ser una actividad más bien fortuita y en cierto modo superflua e indiferente, lo mismo cuando se desarrolla como una manifestación sustantiva que cuando sirve de acompañamiento a los danzantes.

La canción que los romanos consideraban como la más antigua de todas era aquella en que las hojas se cantan a sí mismas en la verde soledad del bosque. Los susurros y rumores

cantarinos del "espíritu bueno" *(faunus,* de *favere)* en la selva los trasladan a los hombres en lenguaje rítmicamente modulado (*casmen,* que luego se convierte en *carmen,* de *canere)* aquellos a quienes es dado escucharlos. Análogos a estos cantos proféticos de los hombres y mujeres inspirados por dios *(vates)* son las sentencias incantatorias y las fórmulas mágicas contra las enfermedades y otros males y las canciones malignas con las que se ahuyenta a la lluvia y se desencadena el rayo y que sirven también para atraer la simiente de unos campos a otros, con la diferencia de que en éstas debían de asociarse a las palabras, desde el primer momento, las fórmulas musicales.[7]

Canciones religiosas

Tan antiguas como ellas, aunque más sólidamente acreditadas por la tradición, son las letanías religiosas que cantaban y bailaban los saltarines y otras corporaciones sacerdotales; la única que ha llegado a nosotros es una canción de danza, compuesta probablemente como canto alternativo, que entonaban en honor de Marte los hermanos de las tierras labrantías y que no estará de más reproducir aquí:

Enos, Lases, iuvate!
Ne velue rue, Marmar, sins incurrere in pleores!
Satur fu, fere Mars! limen sali! staé berber!
Semunis alternei advocapit conctos!
Enos, Marmar, iuvato!
Triump!

A los dioses.....	¡Socorrednos, oh, Lares! ¡No dejes, oh, Marte, Marte, que la muerte y la ruina caigan sobre varios! ¡Calma tus furias, oh cruel Marte!
A algunos	¡Saltad sobre el umbral! ¡Deteneos! ¡Pisadlo!

hermanos...

A todos los hermanos... ¡Invocad todos, primero unos y luego otros, a los Semones!

Al dios..... ¡Oh, Marte, Marte, ayúdanos!

A algunos hermanos... ¡Saltad!

El latín de esta canción y de los fragmentos análogos a ella que se han conservado de los cantos salios, que ya los filólogos de la época de Augusto consideraban como los documentos más antiguos de su lengua natal, guarda con el latín de las Doce Tablas la misma o parecida relación que el lenguaje de los Nibelungos con el de Lutero; y no sería descabellado comparar estas venerables letanías a los vedas de los indios.

Las canciones panegíricas y denostadoras pertenecen ya a una época posterior. Aunque no existiesen antiquísimas medidas policiacas en contra de ellas, bastaría conocer el carácter burlesco de los italianos para suponer que las canciones de befa abundaron en el Lacio desde tiempos muy antiguos. Pero más importantes que éstas eran las canciones encomiásticas y laudatorias. Cuando se llevaba a enterrar el cadáver de un ciudadano iba siempre detrás del ataúd una mujer pariente o amiga suya entonando su canción funeraria *(nenia)* con acompañamiento de un flautista. En los banquetes los muchachos que, según la costumbre de la época, acompañaban a sus padres también cuando comían fuera de su casa, entonaban canciones de alabanza a sus antepasados, turnándose y acompañados por la flauta o sin acompañamiento alguno *(assa voce canere).* Es lo más probable que sólo en una época posterior y siguiendo una costumbre tomada de los

griegos se uniesen también a estas canciones de mesa las personas mayores. No poseemos datos precisos sobre estas canciones en honor de los antepasados; es indudable, sin embargo, que su contenido sería descriptivo y narrativo, desarrollándose así al lado del momento lírico de la poesía y a base de él, el momento épico.

Poesía mimada

Otros elementos de la poesía pondríanse en acción, indudablemente, en los antiquísimos carnavales populares, las alegres danzas o *satura,* que se remontaban sin ningún género de duda hasta la época en que aún no se habían unido las tribus. En ellas no faltaría nunca el canto; pero la naturaleza de estas expansiones, organizadas principalmente en las fiestas colectivas y en las bodas y que tendrían, de seguro, un carácter predominantemente práctico, haría casi siempre que se entrelazasen varios danzantes o grupos de danza y que el canto se enlazase a una cierta acción, la cual tendría preferentemente, como es lógico, un carácter regocijante y con frecuencia desenfrenado. Así surgieron, no sólo las canciones alternativas, que más tarde aparecerán bajo el nombre de canciones fescénicas, sino también los elementos de la comedia popular, que dado el gran talento de los italianos para lo externo y lo cómico y su afición a la mímica y al disfraz, eran simiente arrojada en terreno muy propicio.

De estos incunables de la epopeya y el drama romanos no se ha conservado nada. Las canciones de los antepasados eran, por supuesto, tradicionales, como lo demuestra además hasta la saciedad el hecho de que fuesen entonadas generalmente por los niños; pero estas canciones habían desaparecido ya totalmente en la época de Catón el Viejo. En cuanto a las comedias, si se nos permite darles este nombre, son durante toda esta época y hasta mucho más tarde obras completamente improvisadas. Por lo tanto, lo único que de esta poesía y esta melodía populares pudo transmitirse a las futu-

ras generaciones fueron la medida, el acompañamiento musical y coral y tal vez las máscaras.

Métrica

No tenemos pruebas de que en los tiempos más antiguos existiese lo que llamamos hoy métrica; sería difícil encajar la letanía de los hermanos arvales, reproducida más arriba, en un esquema métrico externo; se trataba más bien, a nuestro juicio, de un recitativo modulado. En cambio, más tarde nos encontramos con una modulación antiquísima, el llamado metro satúrnico[8] o fáunico, desconocido de los griegos y que surgió probablemente con la primitiva poesía popular latina. De él nos dará una idea la siguiente poesía, que data ciertamente de una época bastante posterior:

Quod re sua difeidens — aspere afleicta,
Parens timens heic vovit —voto hoc soluto,
Decuma facta poloucta — leiberis lubentes,
Donu danunt, Hercolei — maxsume mereto,
Semol te orant se voti — crebo condemnes.

Lo que, temiendo una desgracia — un golpe duro contra el bienestar,

Un antepasado solícito prometió aquí — después de escuchado su [ruego,

El diezmo sagrado para el banquete — lo aportan de buen grado los [hijos,

A Hércules como ofrenda, — a él, que más que nadie lo merece,

Y a la par te suplican vivamente — que les escuches a menudo.

Tanto las canciones encomiásticas como las burlescas debían de entonarse también en metro satúrnico, acompañadas naturalmente por la flauta, acentuando tal vez la cesura en cada línea de un modo enérgico y, en las canciones alternativas, dando entrada probablemente al segundo cantor al lle-

gar a este momento, para que terminase él el verso. La métrica satúrnica, como todas las que se emplean en la Antigüedad romana y griega, es de carácter cuantitativo, pero tal vez la mejor trabajada de todas las métricas antiguas, puesto que aparte de otras muchas licencias se permitía prescindir en una gran proporción de las flexiones, y al mismo tiempo más imperfecta en cuanto a la construcción, ya que estos medios versos alternados y compuestos alternativamente de yambos y troqueos son muy poco aptos para lograr una construcción rítmica adecuada a una elevada obra poética.

Los elementos básicos de la música y de los coros populares del Lacio, que debieron de establecerse también en esta época, no han llegado a nosotros; lo único que sabemos es que la flauta latina era un instrumento corto y delgado, provisto solamente de cuatro agujeros y hecho primitivamente, como su nombre *(tibia)* indica, del hueso del muslo de un animal.

Finalmente, no es posible, en rigor, demostrar que ya el arte popular de los latinos conociese, en esta época antiquísima, los personajes permanentes de la comedia popular, de la llamada atelana: Maco o el arlequín Buco o el glotón, Papo o el buen papá y Doseno o el discreto, personajes que han sido comparados de un modo tan ingenioso como certero a los dos criados, al Pantalón y el Dottore de la comedia italiana de Polichinela. Pero si tenemos en cuenta que el empleo de máscaras en las escenas populares del Lacio data de tiempos inmemoriales, mientras que la escena griega en Roma sólo las adoptó un siglo después de fundarse, y que sería difícil o casi imposible concebir la creación y realización de comedias improvisadas sin la existencia de personajes fijos que asignasen al actor su papel en escena de un modo permanente, llegamos a la conclusión de que la existencia de personajes fijos es inseparable de los orígenes de la comedia romana o, mejor dicho, que es en ellos donde deben buscarse estos orígenes.

Influencias extranjeras

Si es muy poco lo que sabemos acerca de la cultura y el arte nativos del Lacio en sus tiempos más antiguos, aún conocemos peor, como es lógico, lo referente a las sugestiones primitivas que en este terreno hayan podido recibir los romanos del extranjero. En cierto sentido podemos concluir aquí el conocimiento de las lenguas extranjeras, sobre todo del griego. Éste era, naturalmente, en general, una lengua desconocida de los latinos, como lo demuestra ya su ordenanza con respecto a los oráculos de la Sibila, aunque es posible que estuviese relativamente difundida entre los comerciantes. Y otro tanto podemos decir en lo que se refiere a la lectura y a la escritura, conocimientos íntimamente relacionados con el del griego.

Sin embargo la cultura del mundo antiguo no descansaba precisamente en el conocimiento de las lenguas extranjeras ni en las dotes técnicas elementales. Papel más importante que estas enseñanzas desempeñaron en el desarrollo del Lacio los elementos musicales que ya en tiempos muy antiguos les transmitieron los griegos. Éstos exclusivamente, y no los fenicios ni los etruscos, fueron los que ejercieron una influencia sobre los itálicos en el aspecto a que nos estamos refiriendo. Jamás encontramos en éstos una sugestión musical que pueda ser atribuida a Cartago o a Cerea, y las formas fenicia y etrusca pueden clasificarse, en general, más bien entre las formas bastardas de civilización, incapaces por lo tanto de engendrar otras nuevas.[9]

En cambio la cultura griega dio sus frutos en Roma. La lira helénica de siete cuerdas *(fides,* de σφίδη, intestino; llamada también *barbitus,* βάρβιτος) no es, como la flauta, originaria del Lacio, y fue considerada siempre aquí como un instrumento exótico; pero encontró acogida muy pronto en estas tierras, como lo demuestra, de una parte, la bárbara mutila-

ción del nombre griego, y de otra parte el hecho de que este instrumento se emplease incluso en los ritos nacionales.[10]

Influencias helénicas

Que ya en esta época afluyó al Lacio una buena parte del tesoro de leyendas de los griegos lo indica la acogida tan propicia que encontraban las obras plásticas helénicas, cuyos temas estaban tomados siempre del acervo poético de aquella nación. Las adaptaciones bárbaras del antiguo latín que convierten a Perséfona en Prosepina, a Belerofonte en Melerpanta, al Cíclope en Cocles, a Laomedonte en Alumento, a Ganímedes en Catamito, a Neilos en Melo y a Sémele en Stímula, son también un indicio de los tiempos tan remotos en que estos relatos fueron asimilados y copiados por los latinos.

Finalmente, la fiesta máxima de la ciudad de Roma *(ludi maximi, Romani),* si no nació, por lo menos fue organizada posteriormente bajo la influencia de los griegos, pues no podría concebirse de otro modo. Esta fiesta estaba concebida como una acción extraordinaria de gracias, generalmente sobre la base del voto formulado por un general antes de la batalla, razón por la cual solía celebrarse al retorno de las milicias cívicas, en el otoño, ante el Júpiter capitolino y los dioses que moraban en el mismo templo. La procesión se encaminaba solemnemente hacia el lugar de las carreras, emplazado entre el Palatino y el Aventino, dotado de una palestra y de plazas para los espectadores; a la cabeza marchaban todos los muchachos de la ciudad, agrupados en dos secciones de a pie y a caballo, según la ordenación de tropas de la milicia; venían luego los combatientes y los grupos de danzantes descritos más arriba, cada uno con su propia música; en seguida los servidores de los dioses con sus incensarios y los demás ornamentos del culto; finalmente las andas en que se llevaba a los mismos dioses.

El espectáculo que se desarrollaba después era una imagen de la guerra de los tiempos primitivos, con sus combates en carro, a caballo y a pie. Primero desfilaban los carros, cada uno de los cuales llevaba, al modo homérico, además de su conductor, un solo soldado; luego los combatientes apeados de los carros y en seguida los jinetes según el estilo de batalla de los romanos, cada uno de ellos con un caballo de la brida *(desultor),* además del que montaba; por último los infantes, sin más prenda sobre su cuerpo desnudo que un cinturón, competían en las carreras, en las luchas y en los combates de boxeo.

En cada uno de estos pugilatos sólo se luchaba una vez y entre dos púgiles solamente. El vencedor era premiado con la corona del campeón, y la disposición por virtud de la cual se le autorizaba para que la llevase sobre el ataúd cuando muriese indica la estima en que se tenía la sencilla rama de la victoria.

La fiesta sólo duraba un día, siendo probable que las luchas dejasen tiempo para celebrar también en el mismo día el verdadero carnaval, en el que los grupos de danzantes desplegarían su arte y sobre todo sus bufonadas, combinadas probablemente con otras exhibiciones, tales como los simulacros de combates de la caballería infantil.[11] En esta fiesta tenían también su parte los honores conquistados en la guerra de verdad; el combatiente valeroso exhibía en ella la armadura de los adversarios vencidos por él y ostentaba, al igual que el vencedor de las luchas, la corona con que la comunidad agradecida le había honrado.

Este carácter presentaba la fiesta romana de la victoria o de la ciudad, y es de suponer que las demás fiestas públicas no diferirían gran cosa de ella, aun cuando no desplegasen tanta abundancia de recursos. En los entierros públicos actuaban generalmente los danzantes y además, si quería dárseles más realce, los corredores de caballos, invitándose previamente a los vecinos a tomar parte en las ceremonias, por medio de pregones.

Esta fiesta de la ciudad, tan íntimamente enlazada con los usos y costumbres de Roma, coincide en sus rasgos esenciales con las fiestas populares helénicas: se advierte, sobre todo, una coincidencia en cuanto a la idea fundamental de asociar una fiesta religiosa con un simulacro de combates guerreros; en cuanto a la selección de los distintos ejercicios, que en las fiestas de Olimpia consistían siempre, según el testimonio de Píndaro, en carreras, luchas, boxeo, torneo de carros, lanzamiento de jabalina y de piedras; en el trofeo con que se premiaba al vencedor, que era, lo mismo en las fiestas nacionales griegas que en Roma, una corona, la cual se entregaba, en ambos sitios, no al conductor del carro precisamente, sino al propietario de la cuadriga; finalmente, en el hecho de encuadrar en la fiesta de todo el pueblo las hazañas y recompensas patrióticas generales.

Es difícil que esta coincidencia fuese puramente casual; más bien debemos ver en ella un vestigio de la primitiva comunidad de los dos pueblos o un resultado de antiquísimas relaciones entre uno y otro; esta segunda hipótesis se halla abonada por una mayor probabilidad. Esta fiesta de la ciudad, bajo la forma en que la conocemos, no figura entre las instituciones más antiguas de Roma, pues la palestra en que se celebraba fue construida en los últimos tiempos de la época de los reyes. Y del mismo modo que la reforma de la constitución del Estado se llevó a cabo bajo la influencia de los griegos, es posible que en esta fiesta se combinasen las antiguas costumbres festivas de los romanos —el "salto" *(triumpus)* y tal vez también el columpio, muy antiguo en Italia y que siguió empleándose durante mucho tiempo en la fiesta que se celebraba en la colina albana— con las carreras griegas, siendo aquéllas desplazadas hasta cierto punto por éstas. Además, mientras que en la Hélade han quedado huellas del empleo del carro de combate para fines serios, no ocurre lo mismo en el Lacio. Finalmente, el estadio griego (σταδιον en dórico) pasó al latín ya desde muy pronto, transformado en la palabra *spatium* de idéntico significado, y existe incluso un

testimonio expreso de que los romanos copiaron las carreras de caballos y de carros de los de Turis, aunque otra referencia sitúa sus orígenes en la Etruria. Todo parece, pues, indicar que los romanos recibieron de los helenos, además de las sugestiones musicales y poéticas, la idea, más fecunda aún que aquéllas, de los torneos gimnásticos.

Decadencia de la gimnástica y las bellas artes en el Lacio

En el Lacio dábanse, por lo tanto, las mismas bases de las que surgieron la cultura y el arte griegos, y además éstos influyeron ya desde muy pronto poderosamente sobre los latinos. Los latinos no sólo poseían los elementos de la gimnástica, desde el momento en que el muchacho romano aprendía como todo hijo de campesino a gobernar el caballo y conducir el carro y a manejar la jabalina, y en el sentido de que en Roma todo vecino de la ciudad era al mismo tiempo soldado, sino que el arte de la danza era cultivado públicamente desde tiempos muy antiguos, y los torneos helénicos vinieron a dar fuerte impulso a todo esto ya muy pronto. En cuanto a la poesía, la lírica y la tragedia helénicas habían nacido de la misma clase de cantos que se entonaban en las fiestas romanas, las canciones en honor de los antepasados envolvían los gérmenes de la epopeya y las farsas de máscaras la idea de que había de desarrollarse, andando el tiempo, la comedia, sin que la influencia griega se hallase tampoco ausente de estas manifestaciones artísticas.

Lo curioso es que no todos estos gérmenes fructificaron y que muchos de ellos degeneraron. La educación física de la juventud latina mantúvose recia y vigorosa, pero ajena a la idea de un desarrollo artístico del cuerpo, como lo exigía la gimnástica helénica. Los torneos públicos de los helenos, al transplantarse a Italia, no modificaron solamente su reglamento, sino que cambiaron además de esencia. Concebidos como torneos entre ciudadanos, como al principio lo fueron

también, indudablemente, en Roma, acabaron por convertirse en torneos entre jinetes y púgiles que eran ya artistas profesionales; en Grecia era condición primordial para tomar parte en estos juegos la de ser hombre libre y de sangre helénica, mientras que los de Roma cayeron pronto en manos de libertos y extranjeros y hasta de esclavos. A tono con esto, la masa que asistía a los juegos fue convirtiéndose poco a poco en un público de espectadores, y en el Lacio no quedó más tarde la menor huella de aquella corona del vencedor que se ha considerado con razón como el signo distintivo de la Hélade.

Otro tanto aconteció con la poesía y sus artes hermanas. La fuente de las canciones, manantial libre y espontáneo, sólo fluye en la Hélade; las musas sólo dejaron caer algunas gotas de su copa de oro sobre el suelo verde de Italia. En esta tierra no llegaron a crearse verdaderas leyendas. Los dioses itálicos no eran ni fueron nunca más que abstracciones, que jamás llegaron a plasmarse o, si se quiere, a desdibujarse en verdaderas formas personales. Los hombres, aun los más grandes y gloriosos, son también para el itálico, sin ninguna excepción, simples mortales, cuyo recuerdo no se fomentaba, como en Grecia, a través de una tradición amorosa y nostálgica que los elevaba a ojos de la multitud al rango de héroes semejantes a los dioses.

Y sobre todo en el Lacio no logró desarrollarse nunca una poesía nacional. La virtud más profunda y más admirable de las bellas artes, principalmente de la poesía, consiste en que derriban las murallas de las comunidades civiles y convierten las tribus en pueblos y agrupan a los pueblos en un mundo. Del mismo modo que hoy en nuestra literatura universal y a través de ella se borran las diferencias entre las naciones civilizadas, la poesía helénica elevó el mezquino y egoísta sentimiento tribal a la conciencia nacional helénica y transformó esta conciencia en un sentimiento humanista. En el Lacio no ocurrió nada de esto. No es que en Alba y en Roma no hubiese poetas, pero no surgió allí una epopeya latina, ni

siquiera algo que hubiese sido aún más factible, un catecismo de los campesinos del Lacio al modo de *Las obras y los días* de Hesíodo. La fiesta de la confederación latina pudo convertirse perfectamente en una fiesta nacional de las musas como las olimpiadas y las istmias de los griegos. En torno a la caída de Alba pudo tejerse perfectamente una corona de leyendas semejante a la que se tejió en torno a la conquista de Troya, para que cada linaje noble del Lacio encontrase o incluyese sus orígenes en estas gestas legendarias. Pero no ocurrió ni una cosa ni otra, e Italia se quedó huérfana de una poesía nacional y de un arte nacional.

La conclusión que necesariamente se desprende de aquí, a saber: que el desarrollo de las bellas artes entre los latinos fue un proceso más de anquilosamiento que de florecimiento, aparece confirmada además innegablemente, aún hoy día, por la tradición. En sus orígenes la poesía es en todas partes un arte más adecuado para la mujer que para el hombre; los cantos de sortilegio y los cantos funerarios son entonados por voces de mujer y esto explica además que los espíritus de la canción, los *casmenes* o *carmenes* y la diosa Carmenta se conciban en el Lacio, al igual que las Musas en la Hélade, como espíritus femeninos. Pero en Grecia llegó un momento en que el poeta relevó a la cantora y Apolo empuñó la lira para ponerse a la cabeza de las musas; los latinos, en cambio, no tuvieron nunca un dios nacional del canto, ni el latín antiguo conoce la palabra que exprese el concepto de poeta.[12]

El poder de la canción aparece en el Lacio como algo relativamente endeble y decae rápidamente. La práctica de las bellas artes se confía en tiempos antiguos a las mujeres y a los niños o se considera como una profesión propia de artesanos agremiados o sin agremiar. Ya hemos dicho que los plantos o canciones funerarias corrían a cargo de voces femeninas y las canciones de mesa eran entonadas por voces de niños; y eran también los niños, casi siempre, los que cantaban las letanías religiosas. Los músicos eran una profesión gremial, los danzantes y las plañideras *(praeficae)* oficios no

agremiados. Y mientras que en la Hélade la danza, la música y el canto siguieron siendo siempre, como al principio lo fueron también en el Lacio, ocupaciones honrosas que embellecían la vida del ciudadano y la de la comunidad, entre los latinos la parte mejor de la ciudadanía fue retrayéndose cada vez más de estas artes vanas, de un modo tanto más decidido cuanto mayor era la tendencia del arte a representarse públicamente y a dejarse penetrar por las tendencias vivificadoras del extranjero.

El ciudadano latino prestábase a manejar la flauta indígena, pero resistiose siempre a pulsar la exótica lira. Los juegos nacionales de máscaras eran admitidos; en cambio, los pugilatos extranjeros no sólo se veían con indiferencia, sino que eran reprobados como algo vergonzoso. Mientras que en Grecia las bellas artes van convirtiéndose cada vez más en patrimonio común de cada heleno y de la colectividad en su conjunto, desarrollándose sobre su base una cultura general, en el Lacio van desapareciendo paulatinamente de la conciencia general del pueblo y descendiendo al nivel de actividades artesanas bajas en todos los respectos, sin que asome siquiera la idea de construir sobre estas bases una cultura nacional común a toda la juventud.

La educación de la juventud latina no llega a romper los barrotes del hogar paterno. El muchacho no se aparta del lado de su padre, a quien acompaña con el arado y la hoz en las labores del campo, a la casa del amigo y ante los tribunales, cuando aquél es invitado a comparecer o tiene que actuar en ellos como juez. Este tipo de educación doméstica era muy adecuado, indudablemente, para iniciar al individuo en sus deberes hacia la casa y hacia el Estado; la comunidad permanente de vida entre padres e hijos y el mutuo respeto del niño por el hombre hecho y maduro y el de éste por la inocencia y el candor de la infancia servían de cimiento a la tradición del hogar y del Estado, a la intimidad de los vínculos familiares y en general a la grave seriedad *(gravitas)* y a la moral y la dignidad que caracterizaban la vida romana. Es

probable que este tipo de educación de la juventud fuese una de aquellas instituciones de sencilla sabiduría, sin conciencia casi de sí misma, tan simples como profundas. Pero la admiración que despierta no debe hacernos perder de vista algo muy importante, y es que este sistema de educación sólo podía prosperar y sólo prosperó, en efecto, a costa de sacrificar la verdadera cultura individual y de renunciar por completo a los dones, tan sugestivos como peligrosos, de las musas.

Las bellas artes entre los etruscos y los sabinos

Carecemos casi en absoluto de información acerca del desarrollo de las bellas artes entre los etruscos y los sabinos. Sabemos, a lo sumo, que en la Etruria los danzantes *(histri, histriones)* y los flautistas *(subulones)* convirtieron su arte en una industria desde muy pronto también, tal vez ya antes que los latinos, y actuaban públicamente, con poco provecho y ningún honor, no sólo en su patria sino en la misma Roma. Dato más importante es el de que en la fiesta nacional etrusca, que organizaban las doce ciudades en conjunto por medio de un sacerdote de la confederación, se exhibían juegos como los de la fiesta de la ciudad de Roma. No poseemos, sin embargo, los elementos de juicio necesarios para poder pronunciarnos acerca del problema que esto sugiere, a saber: si los etruscos llegarían realmente más allá que los latinos en la formación de un arte nacional colocado por encima de las distintas ciudades. Por otra parte es posible que en la Etruria se echasen ya desde muy pronto los cimientos para aquel acopio insulso de morralla teológica y astrológica que, andando el tiempo, cuando la decadencia general haga florecer la erudición pedantesca, llevará a los etruscos a compartir con los judíos, los caldeos y los egipcios el honor de ser considerados como las fuentes primigenias de la sabiduría divina.

Aún es menos, si cabe, lo que sabemos acerca del arte sabélico primitivo; lo cual no quiere decir necesariamente, co-

mo es lógico, que su nivel fuese inferior al de las tribus vecinas. Lejos de ello, cabe conjeturar, por lo que conocemos del carácter de las principales tribus itálicas, que los samnitas eran los que más se acercaban a los helenos en cuanto a talento artístico, y los etruscos los que más se alejaban. Esta hipótesis viene confirmada hasta cierto punto por el hecho de que los poetas romanos más importantes y de personalidad más original, como Nevio, Enio, Lucilio y Horacio, fueron todos ellos nativos de lugares samnitas, mientras que la Etruria apenas da a la literatura romana otras figuras que el aretino Mecenas, el más insoportable de todos los poetas cortesanos de corazón reseco y palabras retorcidas, y el volaterrano Persio, verdadero prototipo del joven engreído y lánguido que se dedica a cortejar a la poesía.

La arquitectura itálica

Los elementos del arte arquitectónico —ya hemos aludido a ello— son patrimonio común antiquísimo de estos pueblos. Los rudimentos de este arte los da la construcción de la vivienda, que es la misma entre los helenos y entre los itálicos. Forma un espacio habitable cuadrangular construido de madera y cubierto con una techumbre de paja o de teja acabada en punta, con una abertura en el techo *(cavum aedium)* para que salga el humo y entre la luz, a la que corresponde un agujero practicado en el suelo como sumidero de las aguas de lluvia. Bajo este "techo negro" *(atrium)* se cocina y se come; aquí se adora a los dioses y se tienden el lecho conyugal y el ataúd; el *paterfamilias* recibe aquí a sus huéspedes, mientras la mujer hila en el corro de sus criadas. La casa primitiva carecía de umbral, a menos que se quiera dar este nombre al espacio descubierto que quedaba entre la puerta y la calle, llamado *vestibulum,* o sea sitio para vestirse, pues lo usual era estar dentro de la casa con la túnica solamente y echarse encima la toga para salir. No se conocía tampoco la distribución de la casa en habitaciones, aunque podían ado-

sarse en torno a ella cámaras para dormitorio o despensa; mucho menos, naturalmente, escaleras y pisos superpuestos.

Es punto menos que imposible saber si sobre la base de estos rudimentos llegó a desarrollarse y en qué extensión una arquitectura itálica nacional, pues ya desde muy pronto se percibe en este ramo de las artes la poderosa influencia griega, que acaba por enterrar casi completamente los orígenes de la arquitectura indígena. Ya las primeras construcciones itálicas que conocemos se hallan tan influidas por las griegas como la arquitectura del tiempo de Augusto.

Los antiquísimos sepulcros de Cerea y Alsio y también, probablemente, el más antiguo de los descubiertos no hace mucho en Preneste, se hallan cubiertos, al igual que los tesoros de Orcomenes y Micenas, por piedras superpuestas dispuestas gradualmente y rematadas por una losa grande. El mismo remate presenta una construcción antiquísima adosada a los muros de la ciudad de Túsculo y ésa era también la techumbre primitiva de la fuente cubierta *(tullianum)* situada al pie del Capitolio, hasta que la desmontaron para construir el edificio que se alza sobre ella. Son también completamente iguales las puertas de las murallas, construidas con arreglo al mismo sistema, que se han conservado en Arpino y Micenas. El canal de desagüe del lago Albano presenta la mayor semejanza con el del lago de Copais.

En Italia, principalmente en la Etruria, en la Umbria, en el Lacio y en la Sabinia, abundan las llamadas murallas ciclópeas, que figuran indiscutiblemente, por su traza, entre las construcciones itálicas más antiguas, aunque la mayor parte de las que se han conservado datan probablemente de una época muy posterior, algunas con toda seguridad hasta del siglo VII de la ciudad. Estas murallas están formadas, al igual que las de Grecia, unas veces por grandes bloques de piedra sin labrar con piedras más pequeñas intercaladas, otras veces por sillares colocados en forma horizontal[13] y otras, finalmente, por bloques de forma poligonal encajados unos contra otros. La elección de uno u otro sistema dependía por

regla general, probablemente, de la clase de material disponible, lo que explica que en Roma, donde en los tiempos antiguos sólo se construía con piedra caliza, no encontremos nunca la forma poligonal. La analogía entre los dos primeros tipos de construcción, que son los más simples, puede ser atribuida a la de los materiales con que se construía y a los fines perseguidos.

Lo que en modo alguno puede achacarse a coincidencia casual es que las fortalezas itálicas presenten siempre, al igual que las griegas, la artificiosa forma poligonal en los muros y puertas que se abren siempre hacia la izquierda para dejar al descubierto y expuesto a los ataques de los defensores el flanco derecho de los asaltantes. Asimismo constituye un dato significativo el que la construcción específicamente poligonal de las murallas predominase en la parte de Italia que mantuvo asiduas relaciones con los helenos aunque no llegase a estar sometida a ellos, mientras que en la Etruria sólo encontramos este tipo de construcción en Pyrgi y en las ciudades de Cosa y Saturnia, relativamente cercanas a aquélla. Y si tenemos en cuenta que la construcción de las murallas de Pyrgi, sobre todo a la vista del sonoro nombre de "torres" que se les daba, puede ser atribuida a los griegos con la misma seguridad con que se les atribuyen las de Tirinto, llegaremos a la conclusión extraordinariamente verosímil de que estas murallas fueron uno de los modelos que sirvieron a los itálicos para iniciarse en el arte de construcción de muros fortificados.

Finalmente, el tipo de templo que en la época del imperio se conocía con el nombre de tuscano y que se considera como un estilo coordinado con los diversos tipos de templos griegos, coincide plenamente con el esquema del templo helénico así en cuanto a su traza de conjunto, que es la de un espacio generalmente cuadrangular y rodeado de muros *(cella)* sobre cuyas paredes y columnas descansaba un techo inclinado, como en lo referente a su ejecución, principalmente en cuanto a las columnas y a los detalles arquitectónicos.

A juzgar por todo esto, es muy probable y además perfectamente verosímil de por sí que la arquitectura itálica, antes de tomar contacto con la helénica, se redujese a la construcción de chozas de madera, empalizadas y fosos de tierra y piedra, y que fuesen los griegos los que los iniciasen en el arte de la construcción en piedra, con su ejemplo y con sus herramientas más perfeccionadas. Apenas cabe duda de que los itálicos aprendieron de los helenos el empleo del hierro y tomaron de ellos la preparación de la argamasa *(cal[e]x, calecare,* de χάλιξ), la máquina *(machina,* μηχανή), la plomada (*groma,* corrupción de γνώμων γνῶμα) y el cercado artificial (*clatri,* κλῆδρον).

No cabe, por lo tanto, hablar de una arquitectura específicamente itálica. Es posible, sin embargo, que en la vivienda itálica construida de madera se conservasen e incluso se desarrollasen algunas características propias al lado de las modificaciones aportadas por la influencia griega, las cuales repercutirían luego sobre la arquitectura religiosa de Italia. Pero es entre los etruscos donde hay que buscar el punto de partida del desarrollo arquitectónico de la casa itálica. Tanto el latino como el sabélico seguían aferrándose en esta época a la choza de madera de sus antepasados y a la costumbre tradicional de no ofrecer a los dioses ni a los espíritus morada propia, sino simplemente un espacio consagrado; entre tanto los etruscos habían empezado ya a transformar artísticamente su vivienda y a ofrecer a los dioses un templo y a los espíritus un sepulcro, siguiendo el ejemplo de los albergues de los hombres.

El hecho de que el tipo más antiguo de construcción de templos y el estilo más antiguo de construcción de casas se conozcan con el nombre de "tuscanos"[14] demuestra que estos edificios suntuarios se introdujeron en el Lacio bajo la influencia de los etruscos. En cuanto al carácter de este transplante, nos encontramos con que el templo griego, aun imitando en su traza general la forma de la tienda de campaña y de la vivienda, está construido generalmente de piedras silla-

res y cubierto de tejas, atendiendo a las leyes de la necesidad y de la belleza dentro de las proporciones señaladas por la piedra y la arcilla cocida. Los etruscos, en cambio, no conocían la rígida separación establecida por los griegos entre la vivienda del hombre, construida de madera, y la morada del dios, erigida en piedra; las características peculiares del templo tuscano: la traza orientada más bien hacia la forma cuadrada, la mayor altura del pináculo, el espacio mayor que se dejaba entre las columnas y sobre la inclinación más pronunciada del techo y el acentuado saliente de las cabezas de apoyo de las vigas sobre las columnas de soporte, responden todas a la tendencia de mayor aproximación del templo a la vivienda y a las características de la construcción en madera.

Las artes plásticas

Las artes plásticas y el dibujo son más recientes que la arquitectura; antes de pensar en decorar las vigas y las paredes, lo primero es, naturalmente, construir la casa. No es probable que estas artes tuviesen gran predicamento en Italia ya en la época de los reyes; sólo en la Etruria, donde el comercio y la piratería concentraron ya desde muy pronto grandes riquezas, echaría algunas raíces en esta época primitiva el arte, o si se prefiere el artesanado. El arte griego que podía influir en la Etruria se hallaba aún, como su reflejo lo demuestra, en una fase muy rudimentaria; es posible, sin embargo, que los etruscos aprendiesen de los helenos a trabajar la arcilla y los metales en una época no muy posterior a aquella en que tomaron de ellos el alfabeto.

Las monedas de plata de Populonia, que son casi las únicas obras que podemos atribuir con seguridad a esta época, no nos permiten formarnos una idea muy favorable, ni mucho menos, de las dotes artísticas de los etruscos. Sin embargo es posible que los mejores de los bronces etruscos que los expertos en materia de arte habrían de ensalzar tanto en tiempos posteriores procedan precisamente de esta época primiti-

va; y no serían tampoco muy inferiores a ellos en calidad las terracotas de la Etruria, puesto que las obras más antiguas de arcilla cocida que figuraron en los templos romanos, la estatua del Júpiter capitolino y la cuadriga que se exhibía en lo alto del mismo templo, fueron ejecutados en Veies, y los grandes remates que ornaban los edificios religiosos de Roma en una época posterior se atribuían también al "arte tuscano".

En cambio entre los itálicos, y al decir esto nos referimos no solamente a las tribus sabélicas sino también a las latinas, las verdaderas artes plásticas y el dibujo estaban aún, por aquellos tiempos, en mantillas. Las más importantes obras de arte importábanse, a lo que parece, del extranjero. Ya nos hemos referido hace un momento a las figuras de arcilla modeladas al parecer en Veies; y las más recientes excavaciones han demostrado que los bronces trabajados en la Etruria y provistos de inscripciones etruscas abundaban, si no en todo el Lacio, por lo menos en Preneste. La figura de Diana entronizada en el templo de la confederación romano-latina que se levantaba en el Aventino, considerada como la más antigua efigie religiosa de Roma, presenta un parecido exacto con la estatua masaliota de la Artemisa de Éfeso y procedía probablemente de Velia o de Masalia. Los gremios de los alfareros, caldereros y aurífices existentes en Roma desde tiempos muy antiguos son el único testimonio que presupone la práctica en el Lacio de estas artes plásticas, pero sin que nos sea posible formarnos juicio acerca del nivel artístico de sus realizaciones.

Las artes en el Lacio y en la Etruria

Si intentamos ahora llegar a resultados históricos con base en los archivos en que se conservan las muestras de las tradiciones y las prácticas artísticas más antiguas, vemos ante todo, con la fuerza de la evidencia, que en Italia el arte, lo mismo que las medidas y la escritura, no se desarrolló bajo la in-

fluencia de los fenicios, sino bajo la influencia de los helenos exclusivamente. No encontramos entre las tendencias del arte itálico una sola que no responda a un modelo concreto del antiguo arte helénico; en este sentido tiene toda la razón la leyenda que atribuye la elaboración de las figuras de arcilla pintada de Italia, sin disputa el género artístico más antiguo, a tres artistas griegos, Euquiro, Diopo y Engramo, el "modelador", el "preparador" y el "dibujante", si bien es más que dudoso que este arte procediese primeramente de Corinto y pasase de allí a Tarquinia.

No se encuentran huellas de una imitación directa de modelos orientales, como tampoco de formas artísticas desarrolladas con un carácter original. Los lapidarios etruscos seguían aferrados a la primitiva forma egipcia del escarabajo, pero también en Grecia se imitó esta forma desde tiempos muy antiguos y en Egina se ha encontrado una piedra en la que aparece tallado un escarabajo con una viejísima inscripción helénica, lo que indica que los etruscos pudieron perfectamente tomar esta forma plástica de los griegos. A los fenicios se les compraba, pero cuando había algo que aprender se aprendía de los griegos.

No es posible contestar categóricamente a la pregunta que surge en seguida: la de cuál pudo ser la tribu helénica de la que los etruscos tomaron sus patrones de arte. Obsérvanse, sin embargo, notables relaciones entre los etruscos y el arte ático primitivo. Las tres formas artísticas que en la Etruria se ejercieron en gran extensión, por lo menos más adelante, y que en Grecia no llegaron a extenderse más que en proporciones muy limitadas, la pintura sepulcral, la ornamentación de los espejos y las piedras talladas, sólo han podido documentarse hasta ahora en Atenas y en Egina.

El templo tuscano no corresponde exactamente al tipo dórico ni al jónico; sin embargo el estilo etrusco imita al jónico nuevo en las más importantes características diferenciales, en la columnata que rodea a la *cella* y en la tendencia a colocar un basamento especial debajo de cada columna; y el esti-

lo arquitectónico jónico-ático, imbuido todavía de elementos dóricos, es de todos los estilos griegos, por su traza general, el que más cerca se halla del tuscano.

En cuanto al Lacio, la historia del arte apenas nos ofrece ningún indicio seguro de influencias extranjeras; pero si, como de suyo se comprende, las relaciones generales del comercio y del tráfico tuvieron que ser decisivas también con respecto a los patrones del arte, podemos llegar con seguridad a la conclusión de que los helenos de la Campania y de Sicilia fueron los maestros de los latinos lo mismo en el arte que en el alfabeto. Conclusión que no contradice, por lo menos, la gran analogía existente entre la Diana del Aventino y la Artemisa de Éfeso. El arte etrusco antiguo sirvió también de modelo, al lado del griego, a los artistas del Lacio. Las tribus sabélicas, por su parte, debieron de recibir el arte arquitectónico y plástico de los griegos, suponiendo que lo recibiesen, lo mismo que recibieron el alfabeto helénico: a través de las tribus itálicas más occidentales.

Si queremos ahora emitir un juicio acerca de las dotes artísticas de las distintas naciones itálicas, nos encontramos ya aquí claramente con algo que se destacará todavía con mayor fuerza en las etapas posteriores de la historia del arte, a saber, con que los etruscos se incorporaron a las prácticas artísticas antes que los latinos y los sabélicos, produciendo obras de arte más abundantes y más ricas, pero inferiores a las de aquellos lo mismo por su eficiencia y su utilidad que por su espíritu y su belleza. Por ahora este juicio sólo lo abona, naturalmente, la arquitectura. La construcción poligonal de las murallas, tan eficiente como bella, abunda en el Lacio y en las tierras del interior del país situadas detrás de él y escasea en la Etruria, donde ni siquiera los muros de Cerea están formados por bloques poligonales.

En la misma tendencia del Lacio a destacar en las construcciones religiosas el arco y el puente, tendencia notable también desde el punto de vista de la historia del arte, apuntan ya sin duda los orígenes de los acueductos romanos y las

calzadas consulares romanas de una época posterior. En cambio los etruscos limítanse a copiar o a deformar los fastuosos edificios helénicos, al no saber aplicar hábilmente a la construcción en madera las leyes establecidas por los griegos para la construcción en piedra, y dan a sus templos, con la rampa de sus tejados tan acentuada, que llega casi hasta el suelo y los grandes espacios que dejan entre sus columnas, unas proporciones "anchas, bajas, violentas y pesadas", para decirlo con las palabras de un arquitecto de la Antigüedad.

Los latinos encontraron en el rico acervo del arte griego pocas cosas que congeniasen con su fuerte sentido realista, pero supieron asimilarse en cuanto a la idea e interiormente lo que tomaron de él y lo que en el desarrollo de la construcción poligonal de murallas llegaron acaso a superar a sus maestros. El arte etrusco nos ha dejado notables testimonios de dotes artesanalmente adquiridas y mantenidas, pero no nos ofrece, al igual que el arte chino, ninguna prueba de genio, ni siquiera en cuanto a la receptividad. Por muchas resistencias que para ello haya que vencer, del mismo modo que hace ya mucho tiempo que se ha renunciado al empeño de encontrar los orígenes del arte griego en el arte etrusco, habrá que decidirse también a pasar a los etruscos del primero al último lugar en la historia del arte itálico.

Desde la caída de la monarquía hasta la unificación de Italia

Hacia el año 364 a. C. se introdujo en la fiesta del pueblo romano una importante reforma, relacionada tal vez con la fijación y prolongación de la fiesta que se efectuó probablemente por la misma fecha y que ahora se distribuye en cuatro días; durante los tres primeros se levantaba en el lugar de las carreras, por orden del Estado, un tinglado de tablas en el que se daban una serie de exhibiciones para divertir a las masas. Al mismo tiempo, y para no ir más allá de la cuenta, se consignó la cantidad fija de 200 mil ases abonados por el

erario público para atender a los gastos de la fiesta, suma que no se aumentó hasta la época de las guerras púnicas. El exceso de gastos que pudieran originarse debían cubrirlo de su bolsillo los ediles, encargados de administrar este dinero, no siendo probable que en la época a que nos referimos estos magistrados contribuyesen frecuente ni abundantemente a divertir al pueblo con su propio dinero.

El arte escénico

Que la nueva escena respondía en general a influencias griegas lo demuestra su mismo nombre (*scaena,* σκηνή). En un principio se destinaba exclusivamente, es cierto, a la actuación de los músicos y de toda clase de faranduleros, entre los que se destacarían seguramente como los más distinguidos los danzarines acompañados por la flauta, especialmente los etruscos, que eran los más célebres en aquel tiempo; no obstante, había surgido en Roma la primera escena pública, la cual no tardaría en abrirse también a los poetas.

Pues no se crea que escaseaban los poetas en el Lacio. Los bardos latinos "ambulantes" o "cantores de feria" *(grassatores, spatiatores)* iban de ciudad en ciudad y de casa en casa y declamaban sus canciones *(saturae)* con danzas gesticulatorias y acompañamiento de flauta. El metro de sus poesías era, naturalmente, el único que entonces se conocía, el satúrnico. Estas canciones no se basaban en una determinada acción, ni a lo que parece eran tampoco canciones dialogadas; podemos imaginárnoslas al modo de esas baladas y tarantelas, ya improvisadas, ya recitadas, que todavía hoy se escuchan en las hosterías romanas. Estas canciones subieron también en tiempos muy antiguos a la escena pública y habían de convertirse, andando el tiempo, en el germen del teatro de los romanos.

Pero en Roma los orígenes del arte escénico, además de ser modestos como en todas partes, fueron vistos con malos ojos desde el primer momento. Ya las Doce Tablas toman partido

en contra de los cantos malignos e inútiles, conminando severas sanciones penales no sólo contra los cantos de sortilegio, sino también contra las canciones que hicieran mofa de un convecino o se entonasen delante de su puerta, y prohíben además la actuación de las plañideras en los entierros. Pero mucho más dañino que estas restricciones legales fue para el naciente arte escénico el anatema moral lanzado por el filisteísmo romano contra esta profesión artística frívola y remunerada. "El oficio de poeta —dice Catón— no gozaba de gran prestigio; el que se entregaba a él o se unía a los festines para ejercerlo era considerado como un vagabundo." Y sobre el que, además, recibía dinero por practicar el arte de la danza, de la música o del canto, recaía una doble mácula, dada la mentalidad cada vez más arraigada que tendía a considerar como vil todo sustento obtenido por una prestación de servicios remunerada.

Así, pues, mientras que el hecho de participar en las fiestas populares de máscaras se consideraba como una travesura inocente de muchachos, el actuar en la escena pública por dinero y a cara descubierta era tenido por algo verdaderamente escandaloso, sin que se estableciese la menor diferenciación para estos efectos entre el bardo o el poeta y el saltimbanqui o el payaso. Los maestros de buenas costumbres consideraban por lo general a estas gentes como incapacitadas para servir en el ejército de los ciudadanos y para votar en las asambleas cívicas. Además, no sólo se encomendaba la dirección de la escena —cosa ya bastante significativa— a la competencia de la policía de la ciudad, sino que probablemente se le concedían también a ésta, en la época a que nos estamos refiriendo, poderes extraordinarios y discrecionales para proceder contra el ejercicio profesional de los artistas escénicos. Los jefes de la policía los sometían a estrecho interrogatorio después de cada representación, en sesiones en que el vino corría tan abundante entre las gentes de calidad como los palos sobre las espaldas de los pobres cómicos; y por si esto fuera poco, todos los funcionarios de la ciudad se

hallaban autorizados por la ley para infligir castigos físicos a los actores y someterlos a prisión, en cualquier momento.

Como consecuencia lógica y obligada de todo esto, la danza, la música y la poesía, por lo menos en sus exhibiciones en la escena pública, fueron cayendo en manos de las clases más bajas de la ciudad de Roma, principalmente en manos de extranjeros. Y en esta época, la poesía desempeñaba aún un papel muy secundario para que los verdaderos artistas extranjeros pudieran ocuparse de ella. Por el contrario, en cuanto a la música sacra y profana, no debía de andar muy descaminado el dato según el cual toda la que se escuchaba en Roma por este tiempo era esencialmente etrusca, lo cual quiere decir que el antiguo arte de los flautistas latinos, tenido en tan alta estima, viose eliminado ahora por la invasión de los músicos exóticos.

De una literatura poética no hay ni que hablar. Ni los juegos de máscaras ni las recitaciones escénicas podían basarse en esta época en textos verdaderamente fijos, sino en letras preparadas según las circunstancias por el mismo artista a cuyo cargo corría el recitado o la representación. Más adelante sólo se citan dos producciones literarias de esta época: una especie de poema romano de *Las obras y los días,* en que un campesino instruye a su hijo en los trabajos de la labranza, y las ya citadas poesías pitagóricas de Apio Claudio, el primer ensayo de una poesía romana helenizante. Los únicos trabajos que de aquellos tiempos han llegado a nuestros días son alguna que otra inscripción sepulcral en metro satúrnico.

La historiografía. Anales y crónicas

A esta época se remontan, además de los orígenes de la poesía romana, los rudimentos de la historiografía latina, tanto los anales en que se registran los sucesos contemporáneos más notables como las construcciones convencionales de la prehistoria del pueblo romano.

La historiografía contemporánea tiene como punto de partida las listas de los funcionarios públicos. La más antigua de todas, entre las que llegaron a conocimiento de los investigadores romanos posteriores y a través de ellos a nosotros, parece que procedía del archivo del templo del Júpiter capitolino, ya que a partir del cónsul Marco Horacio, quien consagró este templo el 18 de septiembre de su año consular, contiene los nombres de los primeros magistrados anuales de la comunidad y registra también el voto hecho bajo los cónsules Publio Servilio y Lucio Ebucio (según el cómputo ahora usual, en el año 291 de la fundación de la ciudad o el 463 a. C.) con motivo de una grave peste: poner todos los años, a partir de entonces, un clavo en la pared del templo del Capitolio.

Más tarde son los sabios depositarios de las medidas y la escritura de la comunidad, es decir, los pontífices, los encargados de registrar de oficio los nombres de los regentes anuales de la colectividad y de llevar, a la vez que el antiguo cuadro de los meses, un cuadro de los años; ambas cosas se conocen a partir de entonces bajo el nombre de los fastos, aunque en rigor este nombre sólo era aplicable al calendario judicial. Esta organización no debió de implantarse mucho después de abolida la monarquía.

Puestos a registrar los nombres de los magistrados, sólo bastaba dar un paso para tomar también nota de los acontecimientos más importantes ocurridos bajo su mando, y de estas noticias añadidas al catálogo de funcionarios públicos nació la crónica romana, del mismo modo que de los apuntes que acompañaban a las tablas de las fiestas de Pascuas había de surgir la crónica medieval. Pero aún pasó algún tiempo antes de que los pontífices se encargasen de llevar una crónica formal (el *liber annalis*) en que se registraban constantemente, año por año, los nombres de los magistrados dirigentes y los sucesos más dignos de nota. Sin embargo, aun cuando ya era práctica establecida la de que el pontífice máximo tuviese el deber de registrar año por año los hechos de gue-

rra y las colonizaciones, las pestes y los tiempos de carestía, los eclipses y los prodigios naturales, las defunciones de sacerdotes y de otros personajes, los nuevos acuerdos colectivos y los resultados de los censos, estaban muy lejos todavía los romanos de contar con una verdadera historiografía.

Compulsados los informes que de la campaña del año 218 dan los anales y los que se contienen en la inscripción funeraria del cónsul Escipión,[15] se ve con una claridad palmaria cuán pobres eran todavía los registros que se llevaban de los acontecimientos contemporáneos al final de este periodo y qué margen tan amplio dejaban a la arbitrariedad de los analistas posteriores. Los historiadores de una época posterior no se hallaban, visiblemente, en condiciones de componer a base de estas noticias de la crónica de la ciudad un relato legible y un poco coherente; nosotros mismos nos veríamos hoy en un grave aprieto para escribir pragmáticamente la historia de aquellos tiempos sobre la base de los anales de la ciudad, suponiendo que hubiesen llegado a nuestras manos.

Pero no era sólo la ciudad de Roma la que llevaba la crónica de sus hechos; todas las ciudades latinas tenían sus propios pontífices y redactaban sus propios anales, como ha podido averiguarse claramente por diversos datos en lo que se refiere, por ejemplo, a las ciudades de Ardea, Ameria e Interamna junto al Nar. Reuniendo las crónicas de todas estas ciudades habría podido conseguirse tal vez algo parecido a lo que con respecto a la alta Edad Media se consiguió mediante el cotejo de las distintas crónicas conventuales. Desgraciadamente los romanos de tiempos posteriores prefirieron colmar esta laguna con fábulas helénicas o helenizantes.

Las leyendas sobre los orígenes de Roma

De esta época datan, en efecto, no sólo los comienzos de la historiografía romana, sino también los orígenes de la construcción y deformación convencional de la prehistoria de Roma. Las fuentes empleadas para ello eran, naturalmente, las

mismas que en todas partes. Es posible que algunos nombres sueltos como los de los reyes Numa, Anco, Tulio, cuyos nombres gentilicios les fueron adjudicados probablemente más tarde, y algunos hechos aislados como la derrota de los latinos por el rey Tarquino y la expulsión de esta familia real, reflejasen en general una tradición verídica transmitida de boca en boca. Otros elementos encargábase de suministrarlos la tradición de los linajes nobles, en la que se destacan reiteradas veces, por ejemplo, los hechos de los Fabios. En otras narraciones se simbolizaban e historiaban instituciones populares venerables por su antigüedad, describiendo con vivos detalles las relaciones jurídicas; tal, por ejemplo, la santidad de los muros de Roma en el relato de la muerte de Remo, la abolición de la venganza de la sangre en el que nos cuenta la muerte del rey Tacio, la necesidad de una ordenanza relativa al puente de estacas en la leyenda de Horacio Codes, los orígenes de la institución del derecho de gracia para el pueblo en la bella fábula de los Horacios y los Curiacios, el nacimiento de la manumisión y del derecho de ciudadanía de los libertos en la que nos habla de la conspiración de los Tarquinos y del esclavo Vindicio. Entre estos relatos legendarios debe incluirse también el que se refiere a la historia de la fundación de la misma ciudad, que atribuye los orígenes de Roma al Lacio y a Alba, metrópoli general de los latinos.

En torno a los sobrenombres de los romanos distinguidos fueron surgiendo una serie de glosas históricas; por ejemplo Publio Valerio, el "servidor del pueblo" *(Poplicola),* era objeto de todo un cúmulo de anécdotas de éstas. Y sobre todo fueron tejiéndose alrededor de la Sagrada Higuera y de otros lugares y reliquias notables de la ciudad gran número de relatos artísticamente amañados con base en los cuales brotarían más de un siglo después, en el mismo terreno imaginativo, las *Mirabilia Urbis.*

Ya en la misma época se había llegado, probablemente, a establecer una cierta coordinación entre estas diversas fábulas, como por ejemplo a hilvanar la serie cronológica de los

siete reyes y a fijar en 240 años el total de duración de sus reinados, basándose para ello, sin duda, en el cómputo de los linajes gentilicios, e incluso a registrar oficialmente estos supuestos hechos. Los rasgos generales del relato y sobre todo su cuasi cronología aparecen mantenidos en la tradición posterior con una fijeza tan inmutable que basta este solo hecho para atribuir su fijación a los tiempos anteriores a la época literaria de Roma. Ya en el año 296 fueron fundidos en bronce y colocados junto a la Higuera Sagrada los gemelos Rómulo y Remo pegados a las ubres de la loba, sin que ello quiera decir que los romanos que habían sometido a su dominación el Lacio y el Samnio supiesen acerca de esto más de lo que podemos saber hoy nosotros leyendo a Tito Livio. Hasta el concepto de los aborígenes, es decir, los "primeros en el tiempo", rudimento simplista de la especulación histórica de la tribu latina, aparece ya hacia el año 289 en el escritor siciliano Calías.

Es propio de la crónica añadir a la historia la prehistoria y remontarse, si no hasta el génesis, por lo menos hasta los orígenes de la comunidad de que se trata; sabemos, en efecto, por testimonio expreso, que los anales de los pontífices indicaban el año de la fundación de Roma. De esto debe concluirse que cuando en la primera mitad del siglo V el colegio pontifical, en vez de limitarse como hasta entonces a llevar un registro superficial en el que sólo figuraban por lo general los nombres de los magistrados, procedió a redactar una crónica en toda regla y año por año, antepondría a ella la historia de los reyes de Roma y de su caída, historia que en un principio no figuraba en sus anales. Y fijando la fecha de la consagración del templo capitolino, el 13 de septiembre del año 509, como el día de la fundación de la república, establecería además una coordinación, puramente ficticia por supuesto, entre los hechos ocurridos al margen de la cronología y los relatos en su crónica.

No cabe la menor duda de que en este registro antiquísimo de los orígenes de la ciudad de Roma anduvo también la ma-

no de los helenos; las especulaciones acerca de la población autóctona y los habitantes posteriores de la ciudad, en torno a la prioridad de la vida pastoril sobre la agricultura y a la trasmutación del hombre Rómulo en el dios Quirino, presentan toda la apariencia de fábulas griegas, y tampoco debió de figurar, ni mucho menos, entre los elementos más recientes de la prehistoria romana el halo con que luego se enturbiaron las figuras auténticamente nacionales del piadoso rey Numa y de la ninfa Egeria por la injerencia de la primitiva sabiduría pitagórica extraña a Roma.

Análogos a estos orígenes del pueblo romano por su valor o carencia de valor son las genealogías de los linajes más distinguidos, completados como aquéllas y enlazados siempre, a la socorrida manera heráldica, con los más insignes antepasados. Así, por ejemplo, las gentes de los Emilios, los Calpurnios, los Pinarios y los Pomponios hacíanse descender de los cuatro hijos de Numa, Mamerco, Calpo, Pino y Pompo, y los Emilios, no contentos con esto, se presentaban además como descendientes de Mamerco, el hijo de Pitágoras, a quien llamaron el "bien hablado" (αἰμύλοϛ).

A pesar de todas las reminiscencias helénicas que en ella se traslucen por doquier, esta prehistoria del pueblo y de los linajes gentilicios romanos debe considerarse, relativamente, al menos como una prehistoria nacional, en el sentido de que surgió en Roma y no se proponía, además, tender un puente entre Roma y Grecia, sino entre Roma y el Lacio.

Aquella misión corrió a cargo de la narración y la poesía helénicas. La leyenda griega revela siempre la tendencia a ponerse a tono con los acontecimientos geográficos cada vez más extensos y a plasmar, con ayuda de las numerosas historias relatadas por sus viajeros y navegantes, una descripción dramatizada de la tierra. Lo que ocurre es que lo hace de un modo extraordinariamente simplista. Rara vez se habrá visto un relato tan ingenuo como el de la obra griega de historia en que se menciona a la Roma de los tiempos primitivos, la historia siciliana de Antíoco de Siracusa (terminada en el año

242), donde se nos cuenta que un hombre llamado Sekelos viajó de Roma a Italia, es decir, a la península de Brucio, historiando a su modo, con la mayor sencillez, sin asomo de matiz helenizante, la afinidad de origen de los romanos, los sicilianos y los brucios.

En general la leyenda aparece presidida, y con mayor fuerza a medida que pasa el tiempo, por la tendencia a presentar todo el mundo bárbaro como procedente de los griegos o sometido por lo menos a ellos; y sus hilos se tendieron en este mismo sentido hacia el Occidente ya en época temprana. Las leyendas de Heracles y de los argonautas tienen menos importancia para Italia que para otros países, aunque ya Hecateo († después del 497) conoce las Columnas de Hércules y hace que el buque *Argo* pase del mar Negro al Atlántico y de éste al Nilo y nuevamente al Mediterráneo, como en los viajes de regreso que siguieron a la caída de Troya.

Apenas empiezan a vislumbrarse los contornos de Italia ya vemos a Diómedes navegar errabundo por el Adriático y a Ulises por el mar Tirreno, si bien esta última localización homérica raya ya con la leyenda. Hasta bien entrada la época de Alejandro las tierras bañadas por el segundo de estos mares siguen girando, en las fábulas griegas, dentro de la órbita de la leyenda de Ulises; todavía Eforo, cuya obra llega hasta el año 340, y el llamado Scílax (hacia el 336), siguen en lo esencial sus huellas. En Homero vemos a Eneas gobernar a los troyanos que permanecen en su patria después de la caída de la ciudad. Estesícoro, el gran conocedor de los mitos (632-553), es el primero que en su *Destrucción de Troya* sitúa a Eneas en un país del Occidente para enriquecer así poéticamente el mundo fabuloso de su patria natal y de adopción, Sicilia y el sur de Italia, oponiendo los héroes troyanos a los helénicos. De él arrancan los contornos poéticos de esta fábula establecidos desde entonces, especialmente los del grupo congregado en torno al héroe cuando éste sale de la ciudad de Troya en llamas acompañado de su esposa, su hijito y el viejo padre cargado con sus penates, y la importante iden-

tificación de los troyanos con los pobladores autóctonos de Sicilia y de Italia, que se destaca ya claramente en la figura legendaria del trompeta Miseno, epónimo del promontorio que avanza sobre el mar en una de las puntas del golfo de Cumae.[16] El sentimiento en que el viejo poeta se inspiraba era el de que los bárbaros itálicos eran los más afines a los helenos, por cuya razón las relaciones entre estos dos pueblos debían concebirse poéticamente al modo de las que en Homero unían a los de Acaya y a los de Troya. Esta nueva fábula troyana no tardó en entremezclarse con la antigua de Ulises, y ambas siguieron difundiéndose por Italia.

Según Helánico (que escribió alrededor del 400), Ulises y Eneas llegaron a través de la Tracia y la Molisia (Epiro) a Italia, donde las mujeres que iban en la expedición quemaron las naves, en vista de lo cual Eneas procedió a fundar la ciudad de Roma, a la que bautizó con el nombre de una de aquellas troyanas. En términos parecidos, aunque menos absurdos, contaba Aristóteles (384-322) que una flota aquea empujada a las playas del Lacio fue incendiada por esclavas troyanas y que de los descendientes de estos aqueos obligados a permanecer en aquellas tierras y de sus mujeres troyanas habían nacido los latinos. En estas fábulas mezclábanse también elementos de la leyenda indígena cuyo conocimiento había llevado ya hasta Sicilia el activo intercambio existente entre esta isla e Italia, por lo menos hacia fines de la época a que nos estamos refiriendo; en la versión del nacimiento de Roma elaborada por el siciliano Calías hacia el 289 aparecen entretejidas las fábulas de Ulises, Eneas y Rómulo.[17]

Pero el que dio su verdadera forma a la versión que más tarde había de generalizarse acerca de esta inmigración de los troyanos es Timeo de Tauromenio en Sicilia, cuya obra histórica llega hasta el año 262. En esta obra es donde Eneas aparece fundando primero Lavinio, con el santuario de los penates troyanos, y luego Roma; fue también este autor, al parecer, quien entretejió en la leyenda de Eneas la figura de Elisa o Dido, la de Tiro, a la que él atribuye la fundación de

Cartago, ciudad creada, al decir de este autor, el mismo año que Roma.

Dieron pábulo a estas innovaciones, evidentemente, además de la crisis entre los romanos y los cartagineses, que iba gestándose precisamente en el sitio y en la época en que Timeo escribió su obra, ciertos informes sobre los usos y costumbres de los latinos que a Sicilia llegaban. Pero no puede creerse que este relato, en su parte esencial, procediese del Lacio; lo más probable es que se tratase de una invención ociosa de aquel "viejo chocho". Timeo había oído hablar, indudablemente, del antiquísimo templo de los penates en Lavinio; pero el que estos penates fuesen llevados allí desde Troya por la gente de Eneas lo añadió él de su propia cosecha, sin ninguna duda, al igual que el ingenioso paralelo entre el caballo romano de octubre y el caballo de Troya y el minucioso inventario de las reliquias existentes en el santuario de Lavinio, que en su obra figura: eran, dice este digno notario, ¡varias varas de heraldo de hierro y de cobre y una cabeza de arcilla modelada en Troya! No importa que a nadie le fuese dado contemplar, siglos después, ni siquiera los famosos penates; Timeo era uno de aquellos historiadores que de nada informan con tanta precisión como de las cosas inciertas. Polibio, que le conocía bien, tenía razón en aconsejar que nadie se fiase de él, sobre todo cuando —como ocurre en este caso— dijese apoyarse en pruebas documentales. Este retórico siciliano, que enseñaba a los viajeros la tumba de Tucídides en Italia y que no supo dedicar a Alejandro mejor elogio que el de que "había acabado con el Asia antes que Isócrates con su panegírico", era indudablemente el hombre más indicado para convertir la ingenua poesía de los tiempos antiguos en esa absurda papilla a la que el capricho del azar había de conferir tan rara celebridad.

No es posible saber con seguridad hasta qué punto trascendió a Italia la trama de fábulas helénicas sobre temas itálicos que tienen en Sicilia su punto de partida. Los entronques con el ciclo legendario de Ulises que más tarde en-

contramos a propósito de la fundación de las ciudades de Túsculo, Preneste, Ancio, Ardea y Cortona se urdirían ya, según lo más probable, en esta época; la creencia según la cual los romanos descendían de los troyanos o las troyanas debió de echar raíces en Roma ya al final de esta época, pues el primer contacto comprobado entre Roma y el oriente griego fue la intercesión del Senado en favor de los troyanos, sus "afines de raza", en el año 282. Sin embargo, la difusión en Italia de la fábula de Eneas debió de ser relativamente reciente, como lo demuestra su localización, extraordinariamente reducida si la comparamos con la de Ulises; desde luego la versión definitiva de estos relatos y su armonización con la leyenda de los orígenes de Roma data de una época posterior.

La historiografía de los helenos, o lo que ellos consideraban tal, esforzábase como vemos en interpretar a su modo la prehistoria de Italia; en cambio adoptaba ante la historia itálica de su tiempo una indiferencia casi total, tan característica del bajo nivel de la historia griega como sensible para los historiadores de hoy. Apenas si Teopompo de Quíos (cuya obra llega hasta el año 336) menciona de pasada la toma de Roma por los celtas, y Aristóteles, Cleitarco, Teofrasto y Heráclides de Ponto († hacia el año 300) aluden incidentalmente a algunos sucesos relativos a Roma; hasta Jerónimo de Cardia, quien como historiador de Pirro relata también sus campañas itálicas, no se convierte la historiografía griega en fuente para la historia de Roma a la par que para la helénica.

Filosofía, gramática y jurisprudencia

No cabe duda de que la verdadera génesis de la lengua latina y también seguramente la de las demás lenguas itálicas es anterior a este periodo y que ya al comienzo de él el latín se hallaba plasmado en lo esencial como lengua. Así lo demuestran los fragmentos de las Doce Tablas, aunque hayan llegado a esta época modernizados indudablemente por su tradición semioral. Estos textos, a pesar de contener una se-

rie de vocablos arcaicos y de bruscas combinaciones de palabras, debidas sobre todo a la eliminación del sujeto indeterminado, no ofrecen, como la canción de los arvales reproducida más arriba, dificultades esenciales de comprensión, y presentan mucha más semejanza con el latín de Catón que con el de aquellas viejas letanías.

Si los romanos de comienzos del siglo VII encontraban dificultades para comprender los documentos del siglo V, ello se debía, sin duda alguna, a que por aquel entonces no se conocía en Roma la verdadera condición, y mucho menos la erudición filológica. En cambio fue probablemente en esta época, en que empezaban a surgir en Roma la jurisprudencia y la redacción de las leyes, cuando se creó ese estilo de los actos y contratos, por lo menos en su forma desarrollada que en sus fórmulas y giros permanentes, en su inacabable enumeración de pormenores y en sus largos periodos no tiene nada que envidiar al lenguaje forense de la Inglaterra de hoy, en el que el iniciado aprecia las virtudes de la agudeza y la precisión, pero que el profano contempla sin entenderlo, según su temperamento y su estado de ánimo, ya sea con respeto, con impaciencia o con irritación.

Estos progresos de la jurisprudencia y de la gramática imprimieron también, necesariamente, cierto impulso a la enseñanza elemental, aunque de suyo existiese ya desde antiguo. Los dos libros más antiguos de Grecia uno y Roma el otro, Homero y las Doce Tablas, pasaron a ser la base esencial de la enseñanza en sus patrias respectivas y convirtiéronse en catecismos jurídico-políticos aprendidos de memoria por los niños y que eran parte sustancial de la educación de la infancia. Además de los "maestros de escritura" latina *(litteratores),* existían, naturalmente, desde que el conocimiento del griego era considerado como una necesidad para cualquier estadista o comerciante, maestros en lengua griega *(grammatici),*[18] bien esclavos-preceptores, bien profesores privados que daban lecciones de lectura y escritura griegas en su propia vivienda o en la del alumno. Huelga decir que en la ense-

ñanza de esta época, como en la milicia y en la policía, desempeñaba importante papel el palo.[19] No es probable, sin embargo, que esta enseñanza se remontase aún sobre una fase puramente elemental; entre el romano instruido y el romano inculto no existía todavía, en este tiempo, una marcada diferenciación social.

Es sabido que los romanos jamás se destacaron en las ciencias matemáticas y mecánicas, y así lo confirma también en cuanto a la época republicana el único o casi el único hecho que podemos aducir con seguridad en este punto: la regulación del calendario, que fue intentada por los decenviros.

Arquitectura y artes plásticas

Una idea más alta de lo que los itálicos eran capaces de llevar a cabo aun en este terreno nos la dan la arquitectura y las artes plásticas, más o menos estrechamente relacionadas con las ciencias mecánicas. Es cierto que tampoco en este campo nos han legado obras verdaderamente originales, pero si el sello de la falta de originalidad que lleva impresa toda la plástica itálica disminuye su valor artístico, en cambio hace que aumente en la misma proporción su interés histórico vivo, pues nos brinda los testimonios más notables de un intercambio entre los pueblos que no ha dejado ninguna otra huella y es, además, ante la desaparición poco menos que total de cuantos elementos se refieren a la historia de los pueblos itálicos no romanos, casi la única manifestación a través de la cual vemos convivir en activo comercio a las distintas naciones que poblaban la península. No hay nada nuevo que decir en este aspecto. Sí podemos, en cambio, corroborar con mayor precisión y sobre una base más amplia lo que ya dijimos más arriba, a saber: que la influencia griega actuó poderosamente y en distintas direcciones sobre los etruscos y los itálicos, provocando en aquéllos un arte más rico y exuberante y en éstos, donde la simiente llegó a prender, un arte más razonable y más íntimo.

Hemos tenido ocasión de exponer en páginas anteriores cuán profundamente imbuida de elementos helénicos se hallaba ya en su periodo más antiguo la arquitectura itálica de todos los países. Los muros de la ciudad, las obras hidráulicas, los sepulcros cubiertos en forma piramidal, el templo de tipo tuscano, no difieren en nada o, por lo menos, no difieren esencialmente de las construcciones helénicas más antiguas. No ha quedado ninguna huella indicadora de que la arquitectura de los etruscos siguiera desarrollándose durante esta época; no se produce ni una recepción esencialmente nueva ni una creación original, a menos que se quiera atribuir este carácter a ciertas fastuosas obras de arte funerario como el llamado sepulcro de Porsena en Chiusi, descrito por Varrón y que recuerda vivamente la inútil y peregrina suntuosidad de las pirámides.

Durante el siglo y medio primeros de la república es probable que la arquitectura y las artes plásticas del Lacio siguiesen moviéndose también por los mismos derroteros anteriores, y ya hemos dicho que con la república las actividades artísticas más bien decayeron que prosperaron. Casi la única obra arquitectónica latina importante que conocemos de esta época es el templo de Ceres, construido en el año 493 junto al circo de Roma y que bajo el imperio se consideraba como modelo de estilo tuscano.

Pero hacia el final de esta época encontramos a la arquitectura itálica y sobre todo a la romana animada por un nuevo espíritu: comienza la grandiosa arquitectura basada en el arco. Es cierto que no existen razones concluyentes para considerar el arco y la bóveda como invenciones del arte arquitectónico itálico. Se da por seguro que en la época en que nació la arquitectura helénica los griegos no conocían aún el arco, por lo cual sus templos tenían que contentarse con el techo plano y el tejado en declive; sin embargo cabe perfectamente la posibilidad de que la construcción abovedada y la cimbra fuesen un descubrimiento posterior de los helenos, y la tradición griega lo atribuye en efecto al físico Demócrito

(460-357). En nada contradice a esta hipótesis el hecho de que, como se admite reiteradamente y sin duda con razón, la bóveda que cubre la gran cloaca de Roma y la tendida sobre la fuente cubierta capitolina, que en un principio tenía un remate piramidal, sean las construcciones más antiguas que se han conservado en las que se aplica el principio del arco. Es más que probable, en realidad, que estas construcciones abovedadas no procedan de la época de los reyes, sino del periodo republicano, y que bajo la primitiva monarquía sólo se conociesen en Italia techos planos o en rampa.

Pero cualesquiera que fuesen los orígenes del arco, su aplicación en gran escala representa en todos los aspectos y principalmente para la arquitectura una innovación tan importante como en política la instauración del principado y es, como ésta, obra indiscutible de los romanos. Del siglo V data la construcción de puertas, puentes y acueductos basada esencialmente en el principio del arco, y que pasará a la historia inseparablemente unida al nombre de los romanos. Otra innovación relacionada en cierto modo con ésta es la del templo en forma de rotonda y rematado en cúpula, tipo de construcción extraño a los griegos y al que los romanos, en cambio, eran muy aficionados, sobre todo cuando se trataba de cultos peculiares suyos, principalmente el de la diosa Vesta, desconocida de los helenos.

Algo parecido a esto podemos decir de otras manifestaciones secundarias, pero no por ello menos importantes, de las artes de la construcción. No cabe hablar con respecto a ellas de originalidad y menos aún de dotes artísticas creadoras; sin embargo las losas bien ensambladas que pavimentaban los caminos romanos, sus calzadas indestructibles, sus anchas, recias y sonoras tejas y la perenne argamasa de sus edificios nos revelan también la invulnerable solidez y la enérgica reciedumbre de las construcciones romanas.

Lo que decimos de la arquitectura es aplicable también, y aún en mayor medida, a las artes plásticas y al dibujo de los pueblos itálicos: no es que la influencia helénica las estimula-

se; lo que ocurre es que estas artes germinaron en Italia de la misma simiente griega. A pesar de ser hermanas menores de la arquitectura, ya en la época de los reyes romanos empezaron a desarrollarse, como sabemos, por lo menos en la Etruria; sin embargo es ahora, en esta época, cuando las artes plásticas y el dibujo adquieren su principal desarrollo entre los etruscos y más aún en el Lacio, como lo evidencia ya el hecho de que en las tierras arrancadas a los etruscos por los celtas y los samnitas en el transcurso del siglo IV apenas hayan quedado huellas de las actividades artísticas de los etruscos.

La plástica tuscana se concentró primera y fundamentalmente en los trabajos en tierra cocida, en cobre y en oro, cuyos materiales brindaban a los artistas los abundantes yacimientos de arcilla, las ricas minas de cobre y el comercio de la Etruria. Del auge que llegó a adquirir el modelado en arcilla son testimonio las masas enormes de bajorrelieves y obras estatuarias ejecutados en este material que, a juzgar por las ruinas aún existentes, adornaban en su tiempo las paredes, las vigas y los techos de los templos etruscos y la exportación, comprobada por las fuentes, de estas obras de arte de la Etruria al Lacio.

La fundición de objetos plásticos en cobre no iba a la zaga del modelado en arcilla. Los artistas etruscos aventurábanse incluso a ejecutar gigantescas estatuas en bronce de hasta cincuenta pies de alto, y se dice que en Volsinii, que era algo así como el Delfos de la Etruria, llegaron a juntarse hacia el año 265 hasta dos mil estatuas fundidas en aquel metal. En cambio la estatuaria en piedra comenzó, lo mismo aquí que en todas partes, en una época muy posterior, viéndose aparte de otras causas internas entorpecida por la escasez de materiales adecuados; las canteras de mármol de Luna (Carrara) aún no se habían descubierto.

A quien haya tenido ocasión de contemplar las ricas y artísticas preseas de oro procedentes de las tumbas del sur de Etruria no le parecerá inverosímil la noticia de que los platos

de oro del Tirreno eran apreciados hasta en Ática. En la Etruria practicábase también, a pesar de ser más reciente, el arte lapidario. Los dibujantes y pintores etruscos, que desarrollaban una actividad extraordinaria tanto en los dibujos grabados sobre metal como en la pintura mural monocromática, hallábanse no menos supeditados que aquéllos a los artistas helénicos, aunque estaban en absoluto a la misma altura de los escultores.

Las manifestaciones artísticas de los pueblos específicamente itálicos comparadas con las de los etruscos dan una sensación de pobreza. Sin embargo, observando la cosa a fondo llega uno a la conclusión de que lo mismo la nación sabélica que la latina debían de estar mejor dotadas para el arte que los etruscos. Es cierto que en el territorio estrictamente sabélico, en la Sabinia, en los Abruzzos y en el Samnio, apenas se han encontrado obras de arte, ni siquiera monedas. Pero, en cambio, las tribus sabélicas que llegaron a las costas del mar Tirreno o del mar Jónico no se limitaron, como los etruscos, a asimilar exteriormente el arte helénico, sino que supieron aclimatarlo en su seno de un modo más o menos completo. Ya en la misma ciudad de Velitre, que fue seguramente el único sitio del antiguo país de los volscos donde se mantuvieron más tarde su lengua y su carácter, se han descubierto terracotas policromadas dotadas de una gran vida y de un carácter muy peculiar. En el sur de Italia es evidente que la Lucania no llegó a verse influida en el mismo grado por el arte de los helenos, pero lo mismo en la Campania que en el Brucio llegó a establecerse una compenetración perfecta entre los sabinos y los griegos, así en cuanto a la lengua y a la nacionalidad como también y sobre todo en cuanto al arte, y las monedas de aquellas dos regiones se asemejan tanto por su traza artística a las monedas helénicas de la misma época, que sólo acertamos a diferenciarlas por la inscripción.

Aunque poseemos menos datos, es evidente que tampoco el Lacio se hallaba por debajo de la Etruria en cuanto al sen-

tido del arte y a la maestría en la ejecución, aunque sí, tal vez, en cuanto a la abundancia de obras artísticas. Al establecerse los romanos en la Campania a comienzos del siglo V y convertirse la ciudad de Cales en municipio latino y las tierras de Falerno junto a Capua en un distrito de ciudadanos romanos, fue, evidentemente, cuando aquéllos se pusieron en contacto con las actividades artísticas de esta nación.

Es cierto que echamos totalmente de menos aquí el arte lapidario, tan activamente cultivado en la exuberante Etruria, y no existen tampoco huellas de que los talleres latinos trabajasen para el extranjero, como lo hacían los aurífices y modeladores en arcilla etruscos. Asimismo es cierto que los templos latinos no se hallan recargados como los etruscos de adornos de bronce y tierra cocida, que los sepulcros del Lacio no encierran la misma riqueza en objetos de oro que los de la Etruria y que los muros de las casas latinas no ostentan las pinturas que decoran fastuosamente los de las casas etruscas. Pero, a pesar de todo esto, la balanza no se inclina a favor de la nación etrusca precisamente. La creación de la imagen de Jano, obra indudablemente de los latinos como el mismo dios representado por ella, no tiene nada de torpe y supera en originalidad a cualquier obra de arte etrusco. El bello grupo escultórico de la loba con los gemelos, aunque inspirado probablemente en obras griegas análogas a él, fue concebido sin duda alguna en su forma peculiar, si no en Roma, sí por artistas romanos; es digno de tenerse en cuenta que esta escultura aparece por vez primera en las monedas de plata acuñadas por los romanos en la Campania y con destino a ella.

En aquella ciudad de Cales a que aludíamos hace poco parece haberse inventado poco después de su fundación un tipo especial de vajilla de barro cocido y ornada con figuras, que se extendió mucho hasta la Etruria y cuyos ejemplares llevaban inscrito el nombre del artista y el del lugar de origen. Los altarcillos de terracota con figuras descubiertos hace poco en el Esquilino corresponden exactamente, por sus for-

mas y su ornamentación, a las ofrendas análogas que se han encontrado en los templos de la Campania.

Esto no excluye, sin embargo, la colaboración de los maestros griegos en las obras de arte de Roma. El escultor Damófilo, que ejecutó en unión de Gorgaso las figuras de arcilla policromada con destino al antiquísimo templo de Ceres, parece que fue el Demófilo de Himera (hacia el 450), el maestro de Zeuxis.

El arte latino y el arte etrusco

Las más instructivas de todas son aquellas ramas del arte que nos permiten emitir un juicio comparativo, ya sea a base de los testimonios antiguos o por la propia observación directa. De trabajos latinos en piedra apenas ha llegado a nosotros más que el sepulcro del cónsul romano Lucio Escipión, tallado en estilo dórico al final de este periodo; la noble sencillez de esta obra de arte hace palidecer todas las realizaciones etruscas análogas a ella que conocemos. En las tumbas etruscas se han encontrado muchos hermosos bronces trabajados con un viejo y severo estilo artístico, yelmos, candelabros y otros objetos semejantes; pero ninguno de ellos iguala a la loba de bronce fundida con las monedas de las multas, que fue colocada delante de la higuera ruminalia en el año 296 y que todavía hoy sigue siendo el más bello ornamento del Capitolio. Y tampoco los artistas latinos fundidores en metal retrocedían ante los grandes encargos, para no ser menos que los etruscos, como lo demuestra la gigantesca estatua de bronce de Júpiter erigida en el Capitolio por Espurio Carvilio (cónsul en el año 293) y fundida con las armas tomadas a los samnitas; solamente con los desperdicios del bronce que fueron quedando al cincelar la obra pudo forjarse la estatua del vencedor, emplazada a los pies del coloso. El Júpiter capitolino veíase desde los montes de Alba.

Entre las monedas de cobre fundido que se han conservado, las más bellas son, sin ningún género de duda y con gran

diferencia, las encontradas en el sur del Lacio; las de Roma y las de la Umbria son pasables, las etruscas en cambio carecen casi de efigies y tienen, no pocas veces, una traza verdaderamente bárbara. Las pinturas murales ejecutadas por Cayo Fabricio en el templo consagrado a la diosa de la Salud en el año 302 y situado en el Capitolio merecían todavía en la época de Augusto, tanto por el dibujo como por el color, los elogios de expertos en arte educados en Grecia. Los dibujos sobre metal, que en el Lacio no adornaban con sus lindos arabescos los espejos de mano como en la Etruria, sino las cajitas de tocador, no llegaron a desarrollarse ampliamente entre los latinos y apenas se encontraban más que en Preneste; lo mismo entre los espejos metálicos etruscos que entre las cajitas prenestinas figuran primorosas obras de arte, pero ha sido de una pieza de la segunda clase, de una obra salida del taller de un maestro de Preneste y probablemente en esta misma época el tarro ficorónico de Novio Plautio,[20] del que ha podido decirse con razón que apenas habrá otra obra de los artistas gráficos de la Antigüedad, entre las que han llegado a nosotros, que presente un sello tan consumado de belleza y originalidad ni acredite un arte tan perfecto en su género por su seriedad y su pureza.

Las obras del arte etrusco se caracterizan, en general, de una parte por ser obras casi siempre bárbaramente recargadas tanto en cuanto a la materia como en cuanto al estilo, y de otra parte por su falta absoluta de desarrollo interior. Allí donde el maestro helénico no hace sino esbozar someramente el tema, el discípulo etrusco derrocha celo y paciencia. La levedad del material y la discreción de proporciones que distinguen a las obras del arte griego son sustituidas en las creaciones etruscas por una tendencia jactanciosa a acentuar la grandeza y la carestía de la obra y a veces, sencillamente, su rareza. El arte etrusco no sabe copiar sin exagerar; la severidad conviértese en sus obras en dureza, la gracia en blandura, lo espantoso en repelente, la sensualidad en lascivia, tendencias que se manifiestan más y más claramente a medi-

da que las influencias primitivas van pasando a segundo plano y el arte etrusco se va moviendo por sus propios recursos. Pero aún es más sorprendente su aferramiento a las formas tradicionales y al estilo tradicional. Bien porque el contacto inicial más amistoso con la Etruria permitiese a los helenos desparramar las semillas del arte en estas tierras, mientras que en una época posterior la hostilidad entre los dos países cerró las puertas de la nación etrusca a las tendencias más recientes de desarrollo del arte griego, bien porque —lo que es más probable— fuese el acelerado anquilosamiento espiritual de la nación lo que fundamentalmente contribuyó a ello, lo cierto es que el arte etrusco se mantuvo, en lo esencial, estancado en la fase primitiva, en la fase inicial de su desarrollo. No es otra, como se sabe, la causa de que el arte etrusco, hijo raquítico del arte helénico, viviese tanto como su padre.

Con qué celeridad iba huyendo el espíritu de las formas del arte etrusco lo revela, más todavía que el estricto aferramiento al estilo tradicional en las diversas ramas del arte antiguo, la relativa pobreza con que se tratan las ramas de origen posterior, especialmente la escultura en piedra y el arte de la fundición del bronce en su aplicación a las monedas. No menos instructivos son, en este sentido, los cacharros pintados que encontramos en una abundancia tan enorme en los sepulcros etruscos de los últimos tiempos. Si estas obras de arte hubiesen sido usuales entre los etruscos ya en la misma época en que lo eran las chapas de metal adornadas con dibujos o las terracotadas policromadas, se habría aprendido también, sin duda alguna, a fabricarlas allí en gran cantidad y en calidad por lo menos relativa; pero en la época en que surgió este lujo la reproducción por propia cuenta de los modelos originales fracasó lamentablemente, como lo demuestran algunos que otros vasos con inscripciones etruscas que se han descubierto, y se adoptó el procedimiento de comprarlos en vez de modelarlos.

Pero dentro de la Etruria se advierte, además, en lo que al desarrollo artístico se refiere, un marcado contraste entre el

sur y el norte del país. Es en el sur, sobre todo en los distritos de Ceres, Tarquinia y Volci, donde se han encontrado los imponentes tesoros de arte fastuoso, sobre todo de pinturas murales, decoraciones de templos, adornos de oro y cacharros de barro pintado; el norte queda muy a la zaga del sur, en este respecto, sin que por ejemplo se haya descubierto ningún sepulcro policromado más allá de Chiusi. Las ciudades más meridionales de la Etruria, Veies, Ceres, Tarquinia, etc., son las que la tradición romana considera como las sedes primitivas y más importantes del arte etrusco; la ciudad de Volaterra, la situada más al norte del país y que es, de todos los municipios etruscos, el que se halla dotado de una zona más extensa, es también el más alejado de los terrenos del arte. Mientras que en el sur tiene su asiento la semicultura helénica, en el norte impera más bien la ausencia de cultura. Las causas de este notable contraste residirían tal vez, de una parte, en el distinto tipo de nacionalidad imperante en las dos zonas y que en la del sur hallábase probablemente muy mezclada con elementos no etruscos, y de otra parte en el diverso grado de fuerza de la influencia helénica, que debió de ser decisiva sobre todo en Ceres. Sea de ello lo que quiera, el hecho es innegable. La temprana sumisión del sur de Etruria al poder de los romanos y el proceso de romanización del arte etrusco que comenzó muy pronto en esta parte del país hubo de traducirse por ello mismo en consecuencias más desastrosas; qué podía dar de sí artísticamente el norte de la Etruria, confiado a sus propias fuerzas, nos lo revelan las monedas de cobre procedentes casi todas de aquellas ciudades.

Si ahora volvemos la vista de la Etruria al Lacio, llegaremos a la conclusión de que tampoco los latinos supieron crear un nuevo arte; era tarea reservada a una época de cultura muy posterior la de desarrollar a partir del motivo del arco una nueva arquitectura, distinta de la tectónica helénica y en seguida, a tono con ella, una nueva escultura y una nueva pintura. El arte latino no es nunca original y adolece no

pocas veces de pequeñez; pero la asimilación de bienes espirituales ajenos, cuando se mueve por un sentimiento de lozanía y la preside una cuidadosa selección, representa también un alto mérito artístico. El arte del Lacio no tiende fácilmente a barbarizar y se halla en sus mejores creaciones absolutamente al nivel de la técnica griega.

No por ello ha de negarse que el arte latino guarda, por lo menos en sus fases primitivas, una cierta relación de dependencia con respecto al arte etrusco, evidentemente más antiguo que aquél; seguramente se hallaba en lo cierto Varrón al suponer que hasta que se colocaron en el templo de Ceres las imágenes de arcilla modeladas por los artistas griegos los templos romanos sólo se hallaban adornados por las imágenes "tuscanas" de barro cocido. Pero no por ello es menos cierto que fue sobre todo la influencia directa de los griegos la determinante del arte latino, cosa que es evidente de suyo y se revela además claramente en estas mismas obras plásticas y en las monedas latinas y romanas. El mismo hecho de que en la Etruria el dibujo sobre metal se limitase a los espejos de mano, mientras que en el Lacio se circunscribía a las cajitas de tocador, parece indicar que estos dos países recibieron sus sugestiones artísticas por conductos diferentes.

No debió de ser Roma, sin embargo, a lo que parece, la ciudad del Lacio en que el arte latino dio su más lozana floración; los ases y denarios eran muy inferiores en cuanto a finura y gusto en la ejecución a las monedas de cobre y a las raras monedas de plata acuñadas en otras ciudades latinas, y en cuanto a la pintura y al dibujo las obras maestras del Lacio proceden principalmente de Preneste, Lanuvio y Ardea. Esto concuerda también plenamente con el sentido sobrio y realista de la república romana que poníamos de relieve más arriba y que difícilmente profesaría con el mismo rigor el resto de la latinidad.

Pero en el transcurso del siglo V y especialmente en su segunda mitad adquiere también un fuerte auge el arte romano. Es la época en que se inicia la construcción de puentes,

acueductos y calzadas, la construcción a base de arcos que florecerá en una fase posterior; la época en que surgen obras de arte como la loba capitolina y en que un romano noble perteneciente a uno de los linajes antiguos de la ciudad toma el pincel para decorar un templo recién construido, lo que le vale como honroso título el sobrenombre del "pintor". Nada de esto era obra del azar. Toda época grande capta al hombre en su conjunto; y por muy rígidas que fuesen las costumbres de Roma y muy severa que fuese la policía de los romanos, el auge que toma la comunidad de los ciudadanos romanos como dueña y señora de la península o, para decirlo más exactamente, el que toma la Italia unida por vez primera como Estado, se revela en los progresos del arte latino y especialmente del arte romano con la misma claridad que el declive del arte etrusco refleja la decadencia moral y política de la nación. La arrolladora fuerza popular del Lacio, que fue capaz de dominar a las naciones más débiles, supo estampar también su sello imperecedero en el bronce y en el mármol.

[1] Es, según todas las apariencias, la esencia de la "Madre de la mañana" o *Mater matuta;* a este propósito debe recordarse que, como indican el nombre de Lucio y sobre todo el de Manio, la hora del alba era considerada especialmente venturosa para los partos. La *Mater matuta* probablemente no se convirtió en la diosa del mar y de los puertos hasta más tarde, bajo la influencia del mito de Leucotea; el hecho de que esta deidad fuese adorada en sus orígenes preferentemente por las mujeres indica que no pudo empezar siendo la diosa de los puertos, como algunos pretenden

[2] De *Maurs,* que es la forma más antigua de que tenemos noticia, se derivan por la eliminación o el distinto tratamiento de la *u: Mars, Mavors, mors.*

[3] El hecho de que las puertas y la mañana *(ianus matutinus)* estén consagradas a Jano y éste sea invocado siempre antes de los demás dioses, citándosele incluso antes de Júpiter en la serie de las monedas, indica innegablemente que se lo consideraba como la abstracción de la apertura y el cierre. Es posible que sus dos caras mirando hacia dos lados guarden alguna relación con las puertas que se abren en dos sentidos. No creemos que haya base para hacer de él el dios del sol y del año, tanto más cuanto que primitivamente el mes que lleva su nombre no era el primero del año, sino el undécimo; el nombre del mes de enero, derivado en latín de Jano, parece relacionarse más bien con la circunstancia de que era en este mes, después del descanso de la mitad del invierno, cuando se reanudaba el ciclo de los trabajos del campo. Por lo demás se comprende fácilmente que, al colocarse a la cabeza de los doce meses, el de *januarius* cayese también bajo la jurisdicción de Jano, puesto que se trataba de la apertura o comienzo del año.

[4] Rito en el que sólo una consideración muy superficial podría ver la reminiscencia de antiguos sacrificios humanos.

[5] *Sors,* de *serere,* ordenar o poner en serie. Tratábase probablemente de tablillas de madera atadas a una cuerda que, al lanzarse, formaban distintas figuras; esto nos recuerda un poco los caracteres rúnicos.

[6] La primera vez que la diosa Venus aparece bajo su advocación posterior de Afrodita es, probablemente, en el templo que le fue consagrado en este mismo año (*Liv.,* 10. 31).

[7] Así, por ejemplo, Catón el Viejo (*de r. r.,* 160) transcribe como eficaz contra las luxaciones esta fórmula, tan oscura probablemente para su inventor como lo es para nosotros hoy: *hauat hauat hauat ista pista sista damia bodannaustra.* Existían también, naturalmente, fórmulas verbales; contra la gota, por ejemplo, daba buen resultado el pensar en otra persona en ayunas y tocando la tierra y escupiendo, repetir tres veces seguidas durante nueve veces: "Pienso en ti, socorre a mis pies. Que la tierra aloje el mal y me sea dada la salud" *(terra pestem teneto, salus hic maneto)* (Varrón, *de r. r.,* 1, 2, 27).

[8] Es posible que este nombre significase simplemente "medida del verso", puesto que *satura* es, primitivamente, la canción entonada en un carnaval. De la misma raíz procede el nombre del dios de la siembra *Saeturnus* o *Saiturnus*, que más tarde se convierte en *Saturnus;* su fiesta, las llamadas saturnales, eran al fin y al cabo una especie de carnaval, y es posible que las farsas empezasen ejecutándose principalmente en esta fiesta. No existen, sin embargo, pruebas de una relación entre la *satura* y las saturnales, y es probable que el enlace directo que se establece entre el *versus saturnius* y el dios Saturno, con la consiguiente extensión de la primera sílaba, proceda de una época posterior.

[9] La versión según la cual los niños romanos recibían en otro tiempo una cultura etrusca como más tarde la griega (Liv., 9, 36), se halla en abierta contradicción con el primitivo carácter de la educación de la infancia romana, aparte de que no es fácil saber qué es lo que podían los muchachos romanos aprender en la Etruria. Que el estudio de la lengua etrus-

ca equivalía sobre poco más o menos, en la Roma de aquel entonces, a lo que hoy representa para nosotros el estudio del francés, es cosa que no sostendrán ni los más celosos defensores actuales del culto de Tages; y el comprender algo de los arúspices etruscos pasaba, incluso a los ojos de quienes recurrían a esta ciencia, por algo vergonzoso o más bien imposible en quien no fuese etrusco. Es posible que este dato fuese urdido por los arqueólogos etrusquizantes de los últimos tiempos de la república sobre la base de los relatos pragmáticos de los antiguos anales, en los cuales se dice, por ejemplo, que Mucio Escévola, en gracia a las relaciones que mantenía con el rey Porsena, hizo que su hijo aprendiese el etrusco (Dionisio, 5, 28; Plutarco, *Poplicola,* 17; *cf.* Dionisio, 3, 70). Hubo, sin embargo, una época en que la dominación de Roma sobre Italia exigía de los romanos distinguidos un cierto conocimiento de la lengua nacional de cada país.

[10] El uso de la lira en el ritual lo atestiguan Cicerón, *de orat.,* 3, 51, 197; *Tusc.,* 4, 2, 4; Dionisio, 7, 72; Apiano, *Pun.,* 66 y la inscripción de Orelli, 2448, *cf.* 1803. Los nenios la empleaban también (Varrón, en *Nonio,* voc. *nenia y praeficae*). Pero no por ello dejaba de considerarse poco correcto el hecho de tocar la lira (Escipión en Macrobio, *sat.* 2, 10 y *passim*); de la prohibición de la música decretada en el año 639 sólo se exceptuaba al "flautista latino y al cantor", pero no al tocador de lira, y los invitados a una comida cantaban solamente a los sones de la flauta (Catón en Cicerón, *Tusc.,* 1, 2, 3, 4, 2, 3; Varrón en *Nonio,* voz *assa voce;* Horacio, *carm.,* 4, 15, 30). Quintiliano (*inst.,* 1, 10, 29) dice lo contrario porque hace extensivo a las comidas privadas, por error, lo que Cicerón, *de or.,* 3, 51, dice de los festines de los dioses.

[11] En sus orígenes la fiesta de la ciudad no podía durar más que un día, puesto que todavía en el siglo II a. C. consistía en cuatro días de juegos escénicos y un día de juegos circenses, y aquéllos se sabe que fueron incluidos en la fiesta con posterioridad. Que en cada combate se luchaba, al principio, una sola vez, se desprende de Livio, 44, 9; es cierto que

más tarde llegaron a correr hasta veinticinco parejas de carros unos detrás de otros (Varrón en Servio *Georg.,* 3, 18), pero ésta era una innovación. Que el premio se lo disputaban solamente dos carros y también, indudablemente, dos jinetes y dos púgiles, lo indica el hecho de que en los torneos romanos de carros contendieron siempre tantos carros como facciones, y éstas eran, al principio, dos solamente: la blanca y la roja. El número de caballería de los efebos patricios, la llamada *troya,* que formaba parte de los juegos circenses, había sido restaurado probablemente por César; este número guardaba indudablemente cierta relación con el desfile de la milicia cívica infantil de a caballo de que habla Dionisio, 7, 72.

[12] *Vates* empieza siendo, probablemente, el cantor que da el tono (pues en este sentido debe concebirse el *vates* de los salios) y va asimilándose poco a poco en la antigua terminología al πρσφήτηζ de los griegos, palabra que forma parte del ritual y que conserva siempre, aun cuando se emplea como en tiempos posteriores para referirse al poeta, el sentido accesorio del cantor al que ha sido infundida la gracia divina, del sacerdote de las musas.

[13] Ésta es la construcción de los muros servianos. Estaban formados en parte por el reforzamiento de las faldas de las colinas mediante muros de revestimiento, a veces hasta de 4 metros y, en parte, en los sitios abiertos, sobre todo junto al Viminal y el Quirinal, donde entre las puertas esquilina y colínica faltaba la defensa natural, por una muralla de tierra que cerraba al exterior un muro de revestimiento de la misma clase que aquéllos. Sobre estos muros descansaba el parapeto. Delante de la muralla se abría un foso de 30 pies de profundidad y 100 pies de ancho, según los datos fidedignos de los antiguos, con cuya tierra se había levantado precisamente aquella pared.

El parapeto no se ha conservado en parte alguna; de los muros de revestimiento han salido a luz en los tiempos modernos restos bastante considerables y extensos. Los bloques de piedra caliza de estos muros están cortados por lo general

en forma rectangular alargada con una media de 60 centímetros (2 pies romanos) de alto y de ancho, mientras que su longitud oscila entre 70 centímetros y 3 metros, colocados en varias capas unos sobre otros, sin argamasa y con el lado ancho y estrecho para afuera, alternativamente.

La parte de la muralla serviana correspondiente a la puerta del Viminal, descubierta en la Villa Negroni el año 1862, descansa sobre un cimiento de imponentes bloques de caliza de 3 a 4 metros de alto y de ancho, sobre el cual se levanta el muro exterior, hecho de los mismos materiales y del mismo tamaño de las piedras empleados en los demás sitios. El talud de tierra recostado contra este muro parece tener en su superficie superior un ancho hasta de unos 13 metros, o sea 40 pies romanos bien contados; toda la obra defensiva, incluyendo el muro exterior, de piedra, unos 15 metros o 50 pies romanos. Los pedazos hechos de bloques de piedra unidos con grapas de hierro fueron añadidos en reparaciones posteriores.

Análogos en esencia a los servianos son los muros descubiertos en la viña Nussina en las faldas del Palatino por el lado del Capitolio y en otros puntos del Palatino y que Jordán *(Topographie,* II, 173) considera, probablemente con razón, como restos de las murallas defensivas de la Roma palatina.

[14] *Ratio Tuscanica; cavum aedium Tuscanicum.*

[15] Según los anales Escipión tiene el mando de la Etruria y su colega el del Samnio, mientras que la Lucania se halla este año confederada con Roma; según la inscripción sepulcral, Escipión conquista dos ciudades en el Samnio y en toda Lucania.

[16] Las "columnas troyanas" en Sicilia, mencionadas por Tucídides, Pseudoscílax y otros autores, al igual que la denominación de Capua como una fundación troyana en Hecateo, arrancarían también, seguramente, de Estesícoro y de su identificación de los nativos itálicos y sicilianos con los troyanos.

[17] Según él una mujer llamada Rome, huida de Troya a Roma, o más bien una hija suya de igual nombre, se casó con el rey de los aborígenes Latino, del que tuvo tres hijos: Romo, Romylo y Telégono. El último personaje, que figura aquí indudablemente como fundador de Túsculo y Preneste, procede como es sabido de la leyenda de Ulises.

[18] Entre el *litterator* y el *grammaticus* existe aproximadamente la misma relación que entre el maestro de primeras letras y el profesor de lenguas; en la terminología antigua el nombre de *grammaticus* sólo se aplica al profesor de griego, no al de la lengua natal. La palabra *litteratus* es de origen posterior y no designa al maestro de escuela, sino al hombre culto.

[19] Es, indudablemente, una estampa romana la que Plauto (*Bacch.,* 431) pinta, presentándola como un fragmento de la educación de la infancia en los buenos tiempos pasados:

> y cuando luego volvías a casa,
> Te sentabas, mirando al maestro, en el escabel;
> Y si, al leerle el libro, te comías una sola sílaba,
> Te ponía la espalda de más colores que unas bragas de niño.

[20] Es de suponer que Novio Plautio se limitase a fundir los pies y las figurillas que rematan la tapadera; el recipiente procedería tal vez de otro artista más antiguo, pero indudablemente prenestino, puesto que estos objetos sólo se empleaban en Preneste.

II. La economía, las costumbres, la religión y el arte de los romanos desde la guerra de Aníbal hasta la Revolución

Sociedad y política

Después de la caída de la nobleza terrateniente, apareció frente a la clase de los ciudadanos independientes, equiparada formalmente a ella y dotada en la práctica de un poder no pocas veces superior al suyo, la plebe de los clientes. Las instituciones de que surgió esta nueva clase eran antiquísimas.

La plebe y el parasitismo

El noble romano venía ejerciendo desde tiempos inmemoriales una especie de gobierno sobre sus libertos y clientes, quienes le consultaban en todos los asuntos importantes de su vida; así por ejemplo, la persona sometida a clientela no solía casar a sus hijos sin contar previamente con la aquiescencia de su patrono, y no pocas veces era éste quien concertaba directamente las bodas. Pero a la par que la aristocracia se convertía en un poder señorial aparte y en sus manos se concentraba, no sólo el poder, sino también la riqueza, las gentes sujetas a su patronato iban convirtiéndose en parásitos y mendigos, y en realidad el nuevo séquito de los ricos iba minando exterior e interiormente la fuerza de la clase de aquellos ciudadanos.

La aristocracia no sólo toleraba esta clientela, sino que además la explotaba financiera y políticamente. Por ejemplo las antiguas colectas de dinero entre la gente humilde, que

hasta ahora sólo se destinaban, fundamentalmente, a fines religiosos o a dar mayor realce a los entierros de los hombres que se habían distinguido por sus hechos, empiezan a ser explotadas en esta época por encumbrados personajes para arrancar al público una contribución extraordinaria con distintos pretextos; así, en el año 186 Lucio Escipión recurrió por vez primera a este método para costear una fiesta popular organizada por él. Uno de los principales motivos que determinaron la prohibición legal de las donaciones (en el año 204) fue el que los senadores empezaron a utilizar este recurso para arrancar a su público, en ocasiones extraordinarias, una especie de tributo disfrazado bajo aquel nombre. Y sobre todo el tropel de sus clientes les servía a los señores para poder mandar en los comicios; y los resultados electorales revelan claramente cuán fuerte era el dique que la plebe en clientela oponía ya en esta época a la clase media independiente.

Hay, además, otros datos que indican con qué rapidez vertiginosa aumentaban, sobre todo en la capital, las masas parasitarias cuya existencia condicionaba todos aquellos fenómenos. En qué proporciones tan enormes iban creciendo en número e importancia los contingentes de libertos lo revelan las serias discusiones mantenidas ya en el siglo anterior y continuadas en éste sobre el derecho de sufragio de estos elementos en las asambleas municipales, y el peregrino acuerdo que se tomó por el Senado durante la guerra de Aníbal de admitir en las colectas públicas a los libertos de conducta intachable y de permitir que los hijos legítimos de los libertos pudiesen ostentar los emblemas honoríficos que hasta entonces sólo estaban autorizados a exhibir los hijos de hombres libres por su nacimiento. Y no serían mucho mejores que los libertos la mayoría de los helenos y orientales transplantados a Roma y a quienes la servidumbre nacional se hallaba tan indeleblemente adherida como a aquéllos la servidumbre jurídica.

Pero no fueron estas causas naturales las únicas que contribuyeron a la formación de una gran masa de plebe en la

capital; tampoco puede eximirse a la nobleza ni a la demagogia del reproche de haber fomentado este proceso y de haber hecho cuanto estaba en sus manos por socavar, a fuerza de halagos al pueblo y de cosas aún peores, el tradicional sentido de la ciudadanía. El cuerpo electoral era todavía, en su conjunto, demasiado respetable para que la corrupción abierta y descarada pudiese hacer mella en él; pero, indirectamente, buscábase ganar por los más reprobables procedimientos el favor de los electores. La antigua misión de los magistrados, especialmente de los ediles, que era velar por la abundancia y la baratura de los cereales y fiscalizar los juegos públicos, empezó a degenerar en una política demagógica que desembocaría a la postre en aquel espantoso clamor de la plebe de la capital del imperio: *Panem et circenses!* ¡Pan gratis y continuo jolgorio! Las grandes remesas de trigo que los gobernadores de las provincias ponían a disposición de las autoridades encargadas de controlar el mercado de Roma o que las misma provincias enviaban gratuitamente a la capital para congraciarse con los magistrados romanos, permitieron a los ediles desde mediados del siglo VI hacer distribuciones de grano entre los vecinos de Roma, a precios irrisorios. Es lógico, decía Catón, que los ciudadanos no hagan ya caso de los buenos consejos, pues el vientre carece de oídos.

Fiestas y diversiones populares

Las fiestas y diversiones del pueblo aumentaban en proporciones aterradoras. La comunidad romana habíase contentado por espacio de cinco siglos con una sola fiesta popular al año y con una plaza de juegos; Cayo Flaminio, el primer demagogo romano de profesión, instituyó una segunda fiesta popular y creó una segunda plaza de juegos (año 220), [1] y al parecer logró con estas concesiones, cuya tendencia indica ya bastante elocuentemente el nombre de "juegos plebeyos" dado a la nueva fiesta, que se le autorizase a librar la batalla del lago Trasimeno. Y ya abierta la nueva ruta se si-

guió marchando por ella vertiginosamente. La fiesta instituida en honor de la diosa Ceres, patrona de la plebe, no debió de ser muy posterior, suponiendo que lo fuese, a la creación de los juegos plebeyos. Más tarde, en el año 212 y recogiendo las profecías sibilinas y marcianas, se fundó otra fiesta popular, la cuarta, en honor de Apolo y en 204 otra, la quinta, en honor de la diosa Madre, divinidad recientemente transferida de la Frigia a Roma.

Ocurría todo esto en los años difíciles de la guerra de Aníbal; los ciudadanos fueron llamados a las armas en el momento en que estaban celebrándose los juegos de la primera fiesta de Apolo. Aquella deisidemonia tan peculiar del pueblo itálico pasaba entonces por una excitación febril y no faltaban quienes se aprovechasen de este estado de ánimo de las gentes para hacer circular por Roma oráculos sibilinos y proféticos destinados a atraerse por medio de su contenido el favor de la multitud. Apenas encuentra uno razones para censurar el que el gobierno, obligado a imponer a sus ciudadanos sacrificios tan enormes, cediese en este terreno a las ansias de la masa. Pero las concesiones hechas en un momento de apuro quedaron en pie; y por si fuesen pocas, aún se instituyó, ya en tiempos de paz (en el año 173), otra fiesta popular, aunque de menor cuantía: los juegos en honor de la diosa Flora.

Las nuevas fiestas eran costeadas de su bolsillo por los magistrados encargados de organizarlas; los ediles curules tenían a su cargo, además de la antigua fiesta del pueblo, la de la madre de los dioses y la de la diosa Flora; la fiesta plebeya y la de Ceres corrían de cuenta de los ediles de la plebe y los juegos en honor de Apolo eran de la incumbencia del pretor urbano. Es posible que el hecho de que las nuevas fiestas populares no gravitasen por lo menos sobre las arcas colectivas sirviese para acallar un poco la conciencia; en realidad habría sido mucho menos perjudicial el gravar el presupuesto público con una serie de gastos inútiles que el establecer la norma de que la organización de las diversiones pa-

ra el pueblo figurase prácticamente entre las condiciones necesarias para el desempeño de la alta magistratura. Los futuros candidatos al consulado no tardaron en rivalizar unos con otros en la esplendidez con que costeaban estas fiestas, concurrencia que elevaba en proporciones fantásticas los gastos de las mismas; y era usual que quien aspiraba a ser elegido cónsul procurara congraciarse con la masa ofreciéndole, además de los juegos señalados en cierto modo por la ley, alguna diversión voluntaria *(munus),* un torneo de gladiadores, por ejemplo, costeado por él mismo.

El esplendor de los juegos fue convirtiéndose poco a poco en el criterio con arreglo al cual juzgaban los electores de las virtudes de los candidatos entre quienes habían de elegir. La broma le costaba cara a la nobleza —un buen torneo de gladiadores representaba un gasto de 750 mil sestercios pero gastaba el dinero de buen grado, pues ello le servía para bloquear la carrera política a las gentes sin recursos económicos.

Descenso de la moral guerrera

Pero la corrupción no se limitaba a la plaza pública sino que iba extendiéndose también a los campamentos militares. Los soldados del antiguo ejército cívico dábanse por contentos con recibir una remuneración por sus servicios de guerra y con repatriarse, si tenían suerte, con una pequeña parte del botín de sus victorias. Los nuevos generales, empezando por el Escipión africano, distribuían entre sus tropas, a manos llenas, el dinero romano y el botín conquistado, y esto fue lo que hizo que Catón riñese con Escipión durante las últimas campañas contra Aníbal en el África. Los veteranos de la segunda guerra macedónica y de la campaña del Asia Menor volvieron todos a sus casas enriquecidos. Ya las gentes más honradas empezaban a elogiar a los generales que no se apropiaban para sí y para sus protegidos los regalos de los provinciales y las ganancias de la guerra y de cuyos campa-

mentos no salían unos cuantos hombres cargados de oro, sino muchos con los bolsillos repletos de plata, sin que ya casi nadie se acordase de que también el botín formado por los metales preciosos y otros objetos muebles pertenecía al Estado. Cuando Lucio Paulo dispuso que se diese a todo lo conquistado al enemigo el destino que antiguamente se le daba, faltó poco para que sus propios soldados, sobre todo los numerosos voluntarios atraídos a sus filas por la perspectiva de un rico botín, rehusasen al vencedor de Pydna, por acuerdo de sus comicios, los honores del triunfo concedidos sin regatear a cualquier conquistador de dos o tres aldeas ligures.

En las campañas contra Perseo púsose de manifiesto hasta qué punto habían salido quebrantadas la disciplina militar y la moral guerrera con este tránsito del oficio de las armas al oficio de la rapiña; la vergonzosa cobardía de los combatientes romanos hubo de acusarse de un modo casi escandaloso en aquella insignificante guerra de Istria (año 178), donde una escaramuza acrecentada en proporciones gigantescas por el rumor puso en fuga al ejército de tierra y a la marina de los romanos y hasta a los itálicos de dentro del país, lo que les valió una severa reprimenda de Catón. La juventud noble era también la que daba el ejemplo en esto. Ya durante la guerra contra Aníbal (año 209) habíanse visto obligados los censores a decretar severas penas contra quienes, obligados a servir en la caballería, se mostraban tibios en el cumplimiento de sus deberes militares. Hacia el final de este periodo (en el año 180) se dictó un acuerdo de los comicios exigiendo la prueba de diez años de servicio como condición para poder ocupar cualquier magistratura, a fin de obligar así a los hijos de la nobleza a servir en las filas del ejército.

Vanidad social

Pero seguramente no hay nada que revele con tanta claridad cuán bajo había caído el verdadero orgullo y el verdadero sentido del honor, lo mismo entre los pequeños que entre

los grandes, como el forcejeo por alcanzar títulos y distinciones honoríficas, el cual aunque diverso en cuanto a la expresión era idéntico en cuanto a la esencia en todos los sectores y clases de la sociedad. Los honores del triunfo eran apetecidos ahora con tal frenesí que resultaba punto menos que imposible hacer respetar la vieja norma según la cual estos honores sólo podían otorgarse a los magistrados superiores que desempeñando funciones ordinarias acrecentasen el poder de la comunidad en batalla en campo abierto, lo que hacía que no pocas veces quedasen excluidos de los honores del triunfo precisamente los autores de las más grandes victorias. Hubo de tolerarse que aquellos generales que habían intentado en vano obtener del Senado o de los comicios los honores del triunfo o que no tenían perspectiva alguna de lograrlo desfilasen con su cortejo triunfal, al menos, por la colina de Alba (esto sucedió por vez primera en el año 231). Cualquier escaramuza con un tropel de enemigos ligures o corsos bastaba ahora para postular esta distinción honorífica.

Con objeto de acabar con los triunfadores pacíficos, como lo habían sido los del año 184 por ejemplo, se impuso como condición indispensable para la concesión de los honores del triunfo la victoria en una batalla que hubiese costado la vida a 5 mil enemigos por lo menos; pero también este requisito se eludía no pocas veces mediante falsos partes de combate, y no eran pocas las casas de romanos nobles en las que se veían brillar los trofeos de armaduras enemigas que no procedían directamente de los campos de batalla, ni mucho menos.

Mientras que en otro tiempo el generalísimo del año anterior consideraba un honor el ser incorporado al estado mayor del alto jefe llamado a sucederle, ahora se reputaba como una demostración contra el orgullo de los nuevos tiempos el que un personaje consular como Catón asumiese el puesto de tribuno de guerra bajo el mando de Tiberio Sempronio Longo (año 194) y de Manio Glabrio (año 191). Antes la gratitud de los ciudadanos era premio suficiente para galardo-

nar de una vez para siempre los servicios prestados a la comunidad; ahora, en cambio, todo mérito parecía reclamar una distinción honorífica permanente. Cayo Duilio, el vencedor de Mila (año 260), había logrado ya que, como premio a su hazaña, se le concediese excepcionalmente el honor de ir precedido, cuando salía de noche a la calle, por dos servidores: uno alumbrándole con una antorcha y otro tocando el pífano. Las estatuas y los monumentos, erigidos no pocas veces a costa del mismo personaje representado por ellos, acabaron generalizándose tanto que llegó a considerarse irónicamente como un honor el no tener ninguno.

Pero los personajes honrados no se contentaban, ni mucho menos, con estos honores puramente personales. Aspirábase sobre todo a que las victorias obtenidas valiesen al vencedor y sus descendientes un sobrenombre honorífico, práctica que estableció principalmente el triunfador de Zama, al asignarse el nombre de Africano, reservando para su hermano el título de Asiático y para su primo el de Hispánico.

El ejemplo de los de arriba cundía entre los de abajo. Si la clase señorial no sentía reparos en establecer una jerarquía funeraria y asignar a los que habían sido censores en vida una mortaja de púrpura, ¿podía tomarse a mal que los libertos quisieran ver enterrados a sus hijos con la tan apetecida franja purpurada? La toga, el anillo y el amuleto no servían solamente para distinguir al ciudadano y la ciudadana del extranjero y del esclavo, sino que eran además signos distintivos con que el hombre libre de nacimiento se diferenciaba del liberto, el hijo de padres libres del hijo de esclavos manumitidos, el hijo de un caballero y un senador del hijo de un simple ciudadano, el descendiente de una familia de rango curul del vástago de una casa puramente senatorial. ¡Y todo esto en un pueblo en que todo lo que había de bueno y de grande era obra de la igualdad entre los ciudadanos!

Y el divorcio que tenía escindida a la comunidad romana reflejábase también en las filas de la oposición. Los patriotas, apoyándose en los campesinos, clamaban por la reforma del

Estado; la demagogia, a la que servía de puntal la masa de la metrópoli, empezó a poner en práctica sus planes. Y aunque no sea posible establecer una separación nítida entre ambas tendencias, que muchas veces discurren entrelazadas, debemos examinarlas por separado.

Catón y el partido de la reforma

El partido de la reforma aparece personificado, por decirlo así, en Marco Porcio Catón (234-149). Catón, último representante ilustre del antiguo sistema circunscrito a Italia y adverso al imperio mundial, fue considerado más tarde, por ello mismo, como el prototipo del auténtico romano a la antigua usanza; pero es más exacto considerarlo como el representante de la oposición de la clase media romana frente a la nueva nobleza heleno-cosmopolita. Este hombre, que había crecido junto al arado, fue iniciado en la carrera política por un hacendado vecino suyo, Lucio Valerio Flaco, uno de los pocos terratenientes nobles reacio a las corrientes de la época; este patricio de rectas intenciones veía en aquel austero agricultor sabélico el hombre indicado para oponerse a las tendencias de su tiempo. Y no salió defraudado en sus esperanzas.

Bajo la égida de Flaco y sirviendo a sus conciudadanos y a la comunidad con el consejo y la acción, según las mejores tradiciones antiguas, Catón logró ascender en su carrera política hasta llegar al consulado y a los honores del triunfo, e incluso a la censura. Se incorporó a los 17 años al ejército cívico e hizo toda la guerra contra Aníbal desde la batalla del lago Trasimeno hasta la de Zama; sirvió bajo Marcelo y Fabio, bajo Nerón y Escipión, y se comportó magníficamente primero como soldado, después como oficial del estado mayor y por último como general, en Tarento y junto al Sena, en el África, en Cerdeña, en España y en la Macedonia. Su personalidad brillaba lo mismo en el foro de Roma que en el campo de batalla. Su lenguaje intrépido y pronto a la réplica,

su certero y acre ingenio de campesino, su conocimiento del derecho romano y de las realidades de Roma, su increíble dinamismo y su férreo vigor físico le hicieron destacarse primeramente en las ciudades vecinas y lo convirtieron más tarde, cuando encontró en el foro y en la curia de la capital escenario más vasto para su personalidad, en uno de los magistrados y oradores más influyentes de su tiempo.

Catón recogió la tónica que primero había dado a la política Manio Curio, su ideal entre los estadistas romanos; consagró toda su vida a oponer en todos los terrenos un dique a la inminente decadencia de Roma, tal como él la entendía, y todavía a los 85 años salía a la plaza pública a batallar contra el espíritu de la época. Distaba mucho de ser lo que se llama un hombre hermoso —sus enemigos decían de él que tenía ojos grises y cabellos rojos— y no era un gran hombre, ni mucho menos un estadista de visión amplia. Su mentalidad fundamentalmente limitada en lo político y en lo moral tenía siempre delante de los ojos y en los labios el ideal de los buenos tiempos pasados y sentía un desprecio obsesivo por todo lo que fuese nuevo. Creyéndose autorizado por su severidad para consigo mismo a ser implacable con todo y contra todos; hombre austero y honorable, pero sin sospechar siquiera la existencia de un deber situado más allá de las ordenanzas de policía o de la honradez del comerciante; enemigo de toda picardía y de toda vileza, pero también de todo lo que fuese elegancia y genio, y enemigo sobre todo de sus enemigos, este hombre jamás intentó cegar las fuentes de los males por él combatidos ni supo luchar nunca más que contra los síntomas y, fundamentalmente, contra las personas.

La clase señorial gobernante contemplaba con altivo desprecio a aquel vociferador sin sangre aristocrática, al que se consideraba y no sin razón muy superior; pero la elegante corrupción que se albergaba en el Senado y fuera de él temblaba secretamente ante el viejo censor de las costumbres y su orgullosa actitud republicana, ante el veterano cubierto de cicatrices en la guerra de Aníbal, ante el popularísimo sena-

dor, ídolo de los campesinos romanos. Este fiscal público cantaba públicamente sus pecados a todos sus encumbrados colegas, uno por uno, aunque sin esforzarse mucho, es cierto, en probar sus cargos y poniendo una complacencia especial en acusar a quienes alguna vez le habían provocado o zaherido personalmente a él. Y no tenía tampoco reparo en echar en cara públicamente a los ciudadanos cualquiera injusticia o cualquier desmán en que creyera que habían incurrido.

Sus rabiosos ataques le valieron incontables enemigos y atrajo sobre sí la hostilidad abierta e irreconciliable de las más poderosas pandillas de la nobleza de su tiempo, especialmente la de los Escipiones y la de los Flaminos; 44 veces fue acusado públicamente ante el pueblo. Pero los agricultores —rasgo muy significativo de lo fuerte que aún alentaba en la clase media romana de esta época aquel espíritu que le había permitido sobrevivir a la jornada de Cannas— jamás traicionaron en las votaciones al gran paladín de la reforma. Cuando en el año 184 Catón se presentó candidato a la censura con su noble correligionario Lucio Flaco, anunciando de antemano que se proponían ejercer desde aquella alta magistratura una depuración a fondo del cuerpo de la ciudadanía desde su cabeza hasta sus miembros, los dos temidos personajes fueron elegidos por el voto de sus conciudadanos, pese a todos los esfuerzos desplegados por la nobleza para impedirlo. La aristocracia hubo de resignarse, en efecto, a que se llevase a cabo el gran zafarrancho proyectado, en el que cayeron entre otros el hermano de Escipión el Africano, borrado de la lista de los caballeros, y el hermano del libertador de los griegos, a quien se dio de baja en la lista de los senadores.

Pero esta guerra contra las personas y los repetidos intentos de proscribir el espíritu del tiempo con las armas de la justicia y la policía, por muy respetables que fuesen las intenciones que los animaban, podían a lo sumo contener por algún tiempo la avalancha de la corrupción. Es curioso que, a pesar de esto o más bien a causa de ello, Catón pudiese desempeñar el papel político que desempeñó. Pero no es menos

significativo el hecho de que si los corifeos del partido contrario no lograron acabar con él, tampoco él consiguiese eliminarlos a ellos. Y los procesos de rendición de cuentas incoados por Catón y sus correligionarios ante el pueblo condujeron, por lo menos en los casos políticamente más importantes, a un fracaso tan completo como las acusaciones formuladas contra él por sus enemigos.

Resumiendo las aspiraciones y los resultados del partido de la reforma en esta época, llegamos a la conclusión de que se esforzó, con un patriotismo y una energía indiscutibles, por contener, y hasta cierto punto lo logró, la inminente decadencia y sobre todo el colapso de la clase agrícola y el relajamiento de las antiguas costumbres austeras y morigeradas, poniendo coto también a la desmedida influencia política de la nueva nobleza. Pero en la acción de este partido se echa de menos una meta política superior. El descontento de la masa y la desazón moral de los mejores hombres encontraban su expresión adecuada y vigorosa, indudablemente, en este movimiento de oposición; lo que no se advierte en él es una conciencia clara de las raíces del mal ni un plan sólido y de conjunto encaminado a ponerle remedio. Estas aspiraciones, que eran indudablemente muy plausibles, no se inspiraban en una idea clara, y la actitud puramente defensiva de quienes las preconizaban las condenaba de antemano a la derrota. No es que nosotros queramos prejuzgar si realmente aquella enfermedad podía ser curada por la inteligencia del hombre; pero nos parece que los reformadores romanos de la época a que nos estamos refiriendo tenían más de buenos ciudadanos que de buenos estadistas, y que la gran lucha de la antigua ciudadanía contra el nuevo cosmopolitismo fue dirigida por ellos de un modo bastante deficiente y estrecho.

Demagogia

Pero así como junto a los ciudadanos apareció en esta época la plebe, al lado de este partido respetable y útil de la opo-

sición surgió la demagogia dedicada a halagar al pueblo. Ya Catón conocía esa lucrativa industria de las gentes que enferman de incontinencia oratoria, como otras enferman de incontinencia de sueño o de bebida, que, cuando no encuentran auditorio espontáneo, lo alquilan, y a quienes se oye como a los sacamuelas de feria, igual que el que oye llover, sin escucharles, ni mucho menos recurrir a ellos cuando se necesita consejo o ayuda. El viejo Catón pinta con su estilo cáustico a estas gentecillas formadas al estilo de los charlatanes que pululan en las plazas públicas de Grecia, con sus chistes y su poquito de ingenio, dispuestas siempre a cantar, a danzar y a hacer cuanto hiciese falta para divertir a su público; esta clase de hombres, dice el severo censor, no son útiles para nada como no sea para figurar en los desfiles como bufones y para entretener a la gente; venden su charlatanería como su silencio a un precio irrisorio, por un pedazo de pan. Y en realidad estos demagogos eran los peores enemigos que tenía el movimiento de la reforma. Mientras que éste pugnaba ante todo y desde todos los puntos de vista por una corrección moral de las costumbres, la demagogia aspiraba a que se limitasen los poderes del gobierno y se ampliasen las libertades de los ciudadanos.

En el Estado, como en cualquier organismo, en cuanto un órgano deja de actuar y carece de función, se convierte en algo pernicioso. La inutilidad de las asambleas soberanas del pueblo en esta época encerraba un peligro considerable. Cualquier grupo minoritario del Senado podía constitucionalmente apelar ante los comicios contra la mayoría. Cualquier individuo que dominase el fácil arte de hablar a oídos inexpertos o simplemente de regar el dinero veía abrirse ante él un camino llano por el que se iba a los altos puestos o arrancaba acuerdos que los funcionarios y el gobierno estaban formalmente obligados a acatar. De ahí aquellos generales cívicos, acostumbrados a trazar planes de batallas sobre la mesa de una taberna y a quienes su genio militar innato llevaba a despreciar el servicio regular de la milicia; de ahí tam-

bién aquellos oficiales de estado mayor que debían su puesto a las intrigas políticas de la capital y a quienes había que licenciar en masa en cuanto se presentaba una situación seria; de ahí, finalmente, batallas como las del lago Trasimeno y Cannas y la lamentable guerra sostenida contra Perseo. El gobierno veíase constantemente atado de pies y manos y desviado de su camino por aquellos acuerdos irresponsables de los comicios, que le embarazaban tanto más, naturalmente, cuanto más certera y recta fuera su intención.

Sin embargo no era este quebranto causado al gobierno y a la misma comunidad el peor de los peligros derivados de la demagogia. Bajo la égida de los derechos constitucionales de los ciudadanos levantaba cabeza otro peligro más directo, que era la violencia facciosa de las ambiciones individuales. Lo que desde un punto de vista formal aparecía como la voluntad de la autoridad soberana dentro del Estado no era con frecuencia, en la práctica, otra cosa que el capricho personal del mandante. ¿Qué podía salir de una colectividad en la que la guerra y la paz, los nombramientos y las destituciones de los generales y de los jefes militares, el dinero del fisco y los bienes comunes dependían de los caprichos de la masa y de quienes en un momento dado la dirigían?

Preludios de revolución

Aún no había estallado la tormenta, pero las nubes iban apelotonándose cada vez más amenazadoras y ya restallaba en la cargada atmósfera alguno que otro trueno. Y lo curioso era que los elementos extremistas de las dos tendencias aparentemente antagónicas coincidían en dos sentidos muy sospechosos tanto con respecto a sus fines como en cuanto a los medios empleados para alcanzarlos. La política familiar y la demagogia hacíanse una competencia semejante e igualmente peligrosa en sus esfuerzos por atraerse a la plebe y en su culto a ésta. Cayo Flaminio era considerado por los estadistas de la siguiente generación como el iniciador de la política

de que surgieron las reformas de los Gracos y que —esto lo añadimos nosotros— habría de conducir andando el tiempo a la revolución democrático-monárquica. Pero también Publio Escipión, aunque era el personaje que daba la tónica de la nobleza en cuanto a su orgullo, a su sed de títulos y honores y a su afán por hacerse clientela, se apoyaba para desarrollar su política personal y casi dinástica en contra del Senado en la masa, a la que seducía no sólo con el brillo de su personalidad, sino también con sus remesas de trigo; en las legiones, cuyo favor procuraba ganarse por medios lícitos o ilícitos, y sobre todo en la alta y baja clientela personalmente afecta a él. Solamente aquella vaguedad de soñador en que estribaba el encanto y al mismo tiempo la flaqueza de este hombre notable le impidieron despertar en todo o en parte de su ilusión, que le llevaba a no ser o a no querer ser ni más ni menos que el primer ciudadano de Roma.

El afirmar la posibilidad de una reforma sería tan insensato como el negarla; es evidente que se imponía la necesidad de corregir a fondo el Estado de los pies a la cabeza y que no se advertía ningún intento serio en este sentido por arriba ni por abajo. Hay que reconocer que tanto el Senado como la oposición dentro de los comicios realizaban alguno que otro esfuerzo en cuestiones de detalle. Las mayorías, lo mismo en el Senado que en los comicios, seguían siendo bien intencionadas y aún se daban con frecuencia la mano por encima del abismo que separaba a los partidos, para luchar conjuntamente contra los peores males. Pero como no se cegaban las fuentes de ellos, de poco servía que los mejores hombres auscultasen con angustia el rumor sordo de la riada inminente y se esforzasen en oponerle muros y diques. Lo que hacían, al contentarse con paliativos, sin decidirse tampoco a aplicarlos a su debido tiempo y con la amplitud necesaria, como ocurrió sobre todo con los más importantes, como la reforma de la justicia y el reparto de los terrenos de dominio público, era preparar un negro porvenir para las siguientes generaciones.

Con su demora en roturar la tierra cuando aún era tiempo, hasta los que no la sembraban trabajaban por el progreso de la mala hierba. Las generaciones que vivieron las tormentas de la revolución veían en la época subsiguiente a la guerra de Aníbal el siglo de oro de Roma y en Catón el prototipo del estadista romano. Este periodo fue, en realidad, el de la calma que precede a la tempestad y la época de la mediocridad política, algo parecido a lo que en su tiempo representó en Inglaterra el régimen de Walpole; con la diferencia de que en Roma no surgió ningún Chatham que galvanizase el pulso en las postradas venas de la nación.

A donde quiera que volvamos la vista vemos las grietas y resquebrajaduras que cuartean el viejo edificio. Los obreros se afanan en pintarlo y ampliarlo, pero sin que nadie se ocupe seriamente de transformar a fondo la construcción o de levantar otra nueva; no se trata ya de saber si el edificio se hundirá sino sencillamente de cuándo habrá de desplomarse. La constitución del Estado romano no tuvo nunca una estabilidad formal tan grande como en la época que va de la guerra de Sicilia a la tercera guerra macedónica y aun una generación más allá; pero, como suele ocurrir, la estabilidad de la constitución no era precisamente un síntoma de la salud del Estado, sino un signo de la dolencia que empezaba a minarlo y el anuncio de la revolución que estaba gestándose.

La vida económica

A partir del siglo VI de la ciudad, momento en que empieza a darse la posibilidad de una historia pragmática un poco coherente de Roma, comienzan a revelarse también con mayor claridad y mayor fuerza las condiciones de la vida económica. Al mismo tiempo, es ahora cuando se plasma, tanto en la agricultura como en la industria, el comercio y las finanzas, la economía en gran escala que ha de desarrollarse en una época posterior, sin que sea posible distinguir claramente cuáles son los elementos de esta economía legados por la

antigua tradición, los basados en la imitación de la economía agrícola y monetaria de otras naciones civilizadas anteriores a Roma, principalmente los fenicios, y los procedentes del incremento de la masa de capital y del auge de la inteligencia de la nación romana.

La economía pecuniaria

No es posible resumir en una exposición de conjunto la economía pecuniaria romana, pues son muy escasos los estudios concretos sobre este tema, y además no lo permite la naturaleza misma del problema, mucho más multiforme y complejo que el de la agricultura. Lo que ha podido ponerse en claro es, en sus rasgos fundamentales, tal vez aún menos peculiar y privativo de los romanos que lo que sabemos de su agricultura, y constituye más bien el patrimonio común de toda la civilización antigua, cuya gran economía presentaba comprensiblemente, como la de hoy, idénticos rasgos en todas partes. Por lo que se refiere principalmente al régimen monetario, parece que el esquema comercial había sido establecido ya por los griegos y que los romanos se limitaron a tomarlo de ellos. Sin embargo la nitidez de su desarrollo y la amplitud de su escala presentan precisamente en este terreno características romanas tan propias y peculiares, que es sobre todo en la economía pecuniaria donde se manifiestan, así en lo bueno como en lo malo, el espíritu de la economía romana y su grandiosidad.

El punto de partida de la economía monetaria romana fue, naturalmente, el negocio de préstamo, y ninguna rama de la industria comercial se cultivó tan celosamente por los romanos como la formada por las actividades del prestamista profesional *(fenerator)* y del comerciante en dinero, es decir, del banquero *(argentarius)*. En la Roma de la época de Catón había adquirido ya su pleno desarrollo el rasgo característico de una economía pecuniaria avanzada: la transferencia de las grandes operaciones de caja del capitalista individual al in-

termediario banquero, encargado de aceptar y realizar pagos, de invertir e ingresar cantidades por cuenta de sus clientes y de efectuar las operaciones monetarias de éstos dentro y fuera del país. Pero los banqueros, en esta época, no se limitaban a ser los cajeros de la gente rica de Roma, sino que iban infiltrándose por todas partes en los pequeños negocios y tendían a establecerse también, cada vez con mayor frecuencia, en las provincias y estados clientes del imperio. El adelantar dinero a quienes lo buscaban para sus inversiones empezó a convertirse a todo lo largo del imperio en un monopolio de los romanos, por decirlo así.

Comercio e industria

Directamente relacionado con esto hallábanse los dominios inmensos en que se desenvolvía la empresa. El sistema de la gestión indirecta de negocios presidía todo el comercio y la industria romanos. El Estado daba la pauta, al conceder a individuos o sociedades capitalistas, a cambio de cantidades fijas que habían de abonar o recibir, todas las empresas un poco complicadas, suministros, prestaciones u obras. También los particulares encomendaban siempre por contrata a empresarios especializados cuanto podía ser objeto de ella: las construcciones, la recolección e incluso la tramitación de las herencias y concursos de acreedores; el empresario —que era generalmente un banquero— retenía para sí todo el activo y se obligaba a saldar totalmente o hasta un determinado límite el pasivo, y en ciertos casos a abonar además una determinada suma a los interesados.

Ya hemos puesto de relieve más arriba qué importancia tan grande llegó a adquirir desde muy pronto en la economía nacional romana el comercio ultramarino; el creciente volumen de los impuestos portuarios itálicos en las finanzas romanas indica el nuevo auge que ese comercio experimentó durante este periodo. Aparte de otras causas que contribuyeron a fomentar la importancia del comercio ultramarino y

que no es necesario examinar aquí, dos factores ayudaron a incrementarlo artificialmente: la posición privilegiada que la nación itálica ocupaba en las provincias y la libertad arancelaria de que ya ahora gozaban indudablemente los romanos y los latinos, sobre la base de los tratados, en muchos estados clientes.

En cambio la industria romana se quedó relativamente rezagada. Las industrias eran, evidentemente, indispensables y existen datos demostrativos de que se concentraron hasta cierto punto en Roma; Catón, por ejemplo, aconsejaba al agricultor de la Campania que se surtiese en Roma de todo lo necesario para vestir y calzar a sus esclavos, de arados, toneleros y cerrajeros. El gran uso de telas de lana no permite tampoco dudar de que la fabricación de esta clase de tejidos se hallaría muy extendida y sería muy rentable en Roma.[2] No sabemos, sin embargo, que se hiciesen intentos para transplantar a Roma aquellas industrias profesionales aclimatadas en el Egipto y en la Siria o para seguir explotándolas en el extranjero con capital romano. Es cierto que también en Italia se cultivaba el lino y se preparaba la púrpura, pero esta última industria por lo menos se concentraba esencialmente en Tarento, en manos de los helenos, y las importaciones de telas egipcias y de púrpura de Milo y de Tiro sobrepujaban indudablemente la fabricación indígena.

En cambio, debemos señalar aquí el arriendo o la compra por capitalistas romanos de tierras situadas fuera de Italia para dedicarlas al cultivo de cereales y a la agricultura en gran escala. Los comienzos de estas especulaciones que tan enormes proporciones habían de llegar a adquirir más tarde, principalmente en Sicilia, arrancan ya, probablemente, de esta época. Sobre todo teniendo en cuenta que las restricciones de contratación impuestas a los sicilianos, si es que no se introdujeron ya directamente con este fin, tenían que conducir en todo caso al resultado de conferir a los especuladores romanos exentos de ellas una especie de monopolio para la adquisición de tierras en Sicilia.

Los negocios y operaciones realizados en todas estas diversas ramas industriales y comerciales llevábanse a cabo siempre por medio de esclavos. El prestamista profesional de dinero y el banquero montaban dentro de los ámbitos de sus negocios oficinas filiales y sucursales de sus bancos dirigidas por sus esclavos y libertos. Esclavos y libertos formaban, generalmente, el personal encargado por las sociedades concesionarias de los impuestos portuarios del Estado de hacerlos efectivos en las oficinas de aduanas de todos los puertos. Los que se dedicaban a empresas de obras y construcciones compraban esclavos especializados en el ramo de la arquitectura; quienes se ocupaban de organizar por cuenta de los magistrados u organismos obligados a costearlos los espectáculos públicos y los juegos del circo adquirían o entrenaban para este negocio grupos de esclavos especializados en las artes teatrales o bandas de siervos diestros en el oficio de gladiadores. El comerciante fletaba para el transporte de sus mercancías barcos propios tripulados por esclavos o libertos suyos, por medio de los cuales daba también salida a las mercancías en el comercio al por mayor o al por menor. Huelga decir que el personal de explotación de las fábricas y las minas se hallaba formado exclusivamente por esclavos.

La situación de estos esclavos tenía, naturalmente, poco de envidiable y era en todo más desfavorable que la de los griegos; sin embargo, prescindiendo de los infelices de las últimas clases, los esclavos industriales ganaban más que los empleados en las labores agrícolas. Era más frecuente que entre éstos el caso de que tuviesen una familia y disfrutasen de hecho de una economía independiente y de la posibilidad de llegar a adquirir la libertad y un patrimonio propio. Estos puestos eran, por lo tanto, el verdadero semillero de donde salían los arribistas del sector de la esclavitud, ascendiendo gracias a las virtudes y no pocas veces a los vicios propios de los servidores industriales a las filas de los ciudadanos romanos y consiguiendo con frecuencia una posición de gran bienestar, desde la que podían contribuir moral, económica y

políticamente, por lo menos en igual medida que los mismos esclavos, a la ruina de la comunidad romana.

El tráfico comercial romano de esta época se halla en un todo a la altura del simultáneo desarrollo del poder político y es, a su modo, no menos grandioso que éste. Quien quiera formarse una idea plástica de la gran vitalidad del comercio de Roma con el extranjero, no tiene más que hojear la literatura de esta época, sobre todo las comedias, en las que sale a escena hablando su lengua el comerciante fenicio y cuyos diálogos están salpicados de palabras y frases griegas y semigriegas.

Todas las ganancias obtenidas en este inmenso tráfico comercial de los capitalistas romanos afluían desde cerca o desde lejos a Roma, pues aun cuando se situasen en el extranjero no solían permanecer allí mucho tiempo, sino que acababan refluyendo tarde o temprano a Roma cuando los industriales o comerciantes realizaban su fortuna para invertirla en Italia o proseguían sencillamente sus negocios desde Roma con los capitales, la experiencia y las relaciones adquiridas en las provincias del imperio. La supremacía financiera de Roma sobre el resto del mundo civilizado era tan arrolladora como su prepotencia política y militar. Roma era con respecto a los demás países, en aquella época, sobre poco más o menos lo que es hoy Inglaterra con respecto al continente; sabemos, por ejemplo, que un griego decía del joven Escipión el Africano que, "para ser romano", no había sido muy rico. Qué se entendía por riqueza en la Roma de aquel entonces lo indica aproximadamente el hecho de que Lucio Paulo, con una fortuna de 100 mil táleros (60 talentos), no pasase por ser un senador rico y de que una dote de 90 mil táleros (50 talentos) como la asignada a las hijas del viejo Escipión el Africano se reputase como la adecuada a una muchacha casadera de familia distinguida, mientras que la fortuna más cuantiosa de los ricos griegos de este siglo no pasaba de un millón de táleros (300 talentos).

Espíritu comercial

En estas condiciones no tenía nada de extraño que el espíritu comercial se apoderase de la nación o, mejor dicho —pues ese espíritu no era nuevo en Roma—, que el capitalismo penetrase ahora en todas las corrientes y posiciones de la vida romana y las devorase, ni que tanto la agricultura como el funcionamiento del Estado empezasen a convertirse en empresas capitalistas. La conservación y el incremento de las fortunas formaba en absoluto parte integrante de la moral pública y privada. "El patrimonio de una viuda —escribía Catón en el catecismo de conducta compuesto por él para su hijo— puede mermar, pero el hombre está obligado a aumentar su fortuna y debemos considerar digno de la fama de los hombres e inspirado por el espíritu de los dioses a quien, al morir, deje en sus libros de contabilidad las pruebas de que ha sabido adquirir con su talento más de lo que heredó de sus padres."

Por lo tanto, todo negocio en que se cambien una prestación y una contraprestación es respetado aunque se celebre sin sujeción a ninguna forma, y si no lo sanciona la ley, lo sancionan la costumbre y la práctica judicial, confiriendo a la parte lesionada, en caso necesario, la acción para hacerlo valer ante los tribunales.[3] En cambio es nula tanto en teoría como en práctica la promesa de donación no sujeta a los requisitos de forma establecidos por la ley. En Roma, dice Polibio, nadie regala nada a nadie como no esté obligado a hacerlo, y nadie paga un centavo a otro antes del día del vencimiento, ni siquiera entre próximos parientes. Y esta moral comercial que consideraba malversación todo lo que sea desprenderse de algo sin recibir una contraprestación adecuada, penetraba incluso en la legislación; los regalos y los legados hereditarios, al igual que la prestación de finanzas, fueron sometidos en esta época a normas restrictivas por acuerdos votados en los comicios, y las herencias se hallaban por lo

menos sujetas a tributación cuando no favoreciesen a los parientes más cercanos.

Íntimamente relacionadas con esto se hallaban la puntualidad, la honorabilidad y la respetabilidad mercantiles, que informaban toda la vida romana. Todo hombre ordenado sentíase moralmente obligado a llevar un libro en el que registrase sus gastos y sus ingresos —en toda casa bien organizada existía un cuarto especial para llevar la contabilidad (el *tablinum*)— y pocos son los que se van del mundo sin dejar su declaración de última voluntad; entre las tres cosas que Catón se arrepiente de no haber hecho en su vida figura la de encontrarse un día con que no había otorgado testamento. La práctica romana confería a aquellos libros de cuentas caseras aproximadamente la misma fuerza judicial probatoria que hoy se reconoce a los libros del comerciante. La palabra de honor del hombre intachable no hacía prueba solamente contra él, sino también a favor suyo: cuando surgían diferencias entre personas dignas, lo más frecuente era que se dirimiesen mediante juramento requerido por una de las partes y prestado por la otra, con lo cual se consideraba liquidada también jurídicamente la diferencia. Y una regla tradicional prescribía que los jurados, a falta de pruebas, fallasen preferentemente a favor del hombre intachable y en contra del hombre indigno o de dudosa reputación, sentenciando a favor del acusado solamente en el caso de que la reputación de ambas partes fuese la misma.[4]

La respetabilidad convencional del romano se revela sobre todo en la forma cada vez más estricta según la cual ningún hombre digno debía percibir una remuneración por sus servicios personales. Esto explica por qué los magistrados, los oficiales del ejército, los jurados, los tutores y en general todas las personas respetables a quienes se confería una función pública no obtenían por sus servicios, a lo sumo, más que el reembolso de las inversiones hechas por ellas. Pero no era sólo esto, pues al mismo principio se atemperaban también los servicios que se prestaban unos a otros los amigos o

conocidos *(amici),* tales como la fianza, la representación procesal, el depósito de cosas *(depositum),* la cesión del uso de objetos no destinados a su alquiler *(commodatum)* y en general la gestión de negocios y el cuidado de los asuntos de otro *(procuratio),* considerándose incorrecto percibir una remuneración por estas actividades, hasta el punto de que no se concedía una acción para reclamar en juicio la que se hubiese prometido.

Un detalle que indica tal vez mejor que nada hasta qué punto se hallaba la personalidad humana absorbida por la del comerciante, en la vida romana de esta época, es que el duelo, aun el político, se hallase sustituido por la apuesta en dinero y el proceso. La forma corriente de dirimir las cuestiones de honor personal era entablar una apuesta entre el ofensor y la persona ofendida en torno a la verdad o la falsedad de la afirmación injuriosa, llevando ante el jurado con arreglo a todas las formas del derecho el examen de la cuestión de hecho por medio de la demanda judicial de la suma apostada. La aceptación de la apuesta a que la otra parte retaba al ofensor o al ofendido quedaba jurídicamente al arbitrio de él, como ocurre hoy con los retos a duelo, pero en la generalidad de los casos no podía rechazarse sin que ello lesionase su honor.

Una de las consecuencias más importantes de este espíritu mercantilista, que se acusaba con una intensidad difícilmente comprensible para quien no sea comerciante, fue el extraordinario auge que tomó el régimen de asociación en esta época. A ello venía a sumarse además, en Roma, el impulso especial que le daba el sistema adoptado por el gobierno, al que nos hemos referido ya reiteradas veces, de encomendar a intermediarios la gestión de sus negocios; dado el volumen de estas operaciones, era lógico, y a veces el propio Estado lo exigía para mayor seguridad, que estos conciertos de arriendo y suministro no se hiciesen con capitalistas individuales precisamente, sino con sociedades capitalistas. Estas empresas colectivas sirvieron luego de modelo para la organización

de todo el comercio en gran escala. Y existen también datos de que la coordinación entre sociedades competidoras, tan característica del régimen de asociación, conducía ya, a veces, entre los romanos, al establecimiento de precios de monopolio.[5] En los negocios ultramarinos sobre todo y en las demás operaciones que llevaban aparejado un riesgo grande, el régimen de asociación llegó a cobrar proporciones que venían a sustituir prácticamente al sistema del seguro, desconocido de la Antigüedad.

Era frecuentísimo el llamado préstamo marítimo, lo que hoy se denomina préstamo a la gruesa, por el que los posibles riesgos y ganancias del comercio ultramarino se repartían proporcionalmente entre el propietario del buque y el de la carga y todos los capitalistas interesados en el flete. En general era norma de la economía romana interesarse más bien en muchas especulaciones con una parte pequeña que en pocas en una proporción grande. Catón aconsejaba al capitalista que no fletase con su dinero un solo barco, sino que se juntase con otros 49 capitalistas para fletar entre todos cincuenta naves, quedando cada uno de ellos interesados en la empresa común en una quincuagésima parte. La gran complejidad que esto determinaba en cuanto a la gestión de los negocios la compensaba el comerciante romano mediante su puntual y celosa laboriosidad y con su régimen de esclavos y de libertos, que desde el punto de vista puramente capitalista tenía indudablemente ciertas ventajas sobre el régimen de las oficinas comerciales modernas. Todo romano de cierta significación se hallaba, pues, vinculado por cientos de nexos con estas asociaciones mercantiles. Según el testimonio de Polibio, apenas había en Roma un solo individuo de posición desahogada que no fuese copartícipe directo o indirecto de una sociedad concesionaria del Estado; y aún hay mayores razones para creer que, quien más, quien menos, todos tendrían invertida una parte considerable de su capital en asociaciones de carácter mercantil.

Todo esto explica la estabilidad de las fortunas romanas, aún más notable tal vez que su magnitud. Y es aquí, en los principios en cierto modo estrechos, pero sólidos, de la administración comercial de los patrimonios, donde reside la causa del fenómeno tal vez único consistente en la persistencia de los grandes linajes a través de los siglos.

Economía capitalista

Dado el papel predominante y unilateral que el capital desempeñaba en la economía romana, no podían por menos de manifestarse en Roma los males inseparables de toda economía capitalista.

La igualdad civil, que había recibido ya una herida mortal al surgir la casta señorial gobernante, sufrió un golpe no menos rudo con la nítida y cada vez más profunda división social entre ricos y pobres. Nada más preñado de consecuencias en lo tocante a la división hacia abajo que la norma ya indicada, indiferente en apariencia, pero que en realidad venía a subrayar la soberbia y la arrogancia capitalistas, según la cual era una indignidad vivir del trabajo; esta norma levantaba una barrera no sólo entre el vulgar jornalero y artesano y el respetable hacendado o propietario de una fábrica, sino también entre el simple soldado o suboficial y el tribuno de guerra, entre el escribiente o el mensajero y el magistrado.

Hacia arriba vino a abrir un abismo semejante la ley Claudia, votada (poco antes del año 218) por iniciativa de Cayo Flaminio, por la que se prohibía a los senadores e hijos de senadores poseer buques que no estuviesen destinados al transporte de los productos agrícolas de sus propias fincas y probablemente también tomar parte en las subastas públicas y, en general, intervenir en todo lo que los romanos agrupaban bajo el nombre de "especulación" *(quaestus).*[6] Es cierto que esta prohibición no partió de los senadores, sino que fue obra de la oposición democrática, encaminada sin duda, en

primer término, a evitar el abuso de que los miembros del gobierno negociasen con el gobierno mismo; y tampoco puede descartarse la posibilidad de que ya al sacar adelante esta medida los capitalistas hiciesen causa común con el partido democrático, como harían tantas veces en lo sucesivo, y aprovechasen la ocasión que se les brindaba para reducir el radio de acción de la concurrencia mediante la eliminación de los senadores. Si fue así, hay que reconocer que la finalidad sólo se alcanzó de un modo muy imperfecto, toda vez que el régimen de asociación abría a los senadores caminos sobrados para seguir especulando por debajo de cuerda. No obstante, este acuerdo de los comicios vino a levantar, indudablemente, una barrera legal entre los personajes que no especulaban o no lo hacían, por lo menos, abiertamente y los dedicados a la especulación, colocando al lado de la aristocracia primordialmente política una oligarquía puramente financiera, el que más tarde habría de llamarse orden ecuestre y cuyas rivalidades con la clase señorial llenan la historia de los siglos siguientes.

Otra de las consecuencias a que condujo la prepotencia del capital fue el predominio de aquellas ramas comerciales que eran precisamente las más estériles y, en su conjunto, las menos productivas para la economía nacional. La industria, que habría debido colocarse en primer plano, quedó relegada más bien a último lugar. El comercio, aunque floreciente, era un comercio completamente pasivo. Ni siquiera en la frontera del norte del imperio parece haber estado Roma en condiciones de abastecer de mercancías a los esclavos que desde las tierras celtas y probablemente también desde las germanas afluían a Ariminio y a otros mercados de la Italia septentrional; por lo menos sabemos que ya en el año 231 el gobierno romano prohibió la exportación de las monedas de plata al país celta. Y la cosa era aún más grave en el comercio con Grecia, la Siria, el Egipto, Cirene y Cartago, donde la balanza comercial tenía que ser necesariamente desfavorable para Italia.

Roma empezaba a ser la capital de los estados del Mediterráneo e Italia la demarcación territorial de Roma; no se aspiraba a más y se dejaba, con soberbia indiferencia, que prevaleciese el comercio puramente pasivo, al que está condenada toda ciudad reducida al papel de metrópoli; al fin y al cabo —pensaban los romanos—, Roma contaba con dinero bastante para pagar todo lo necesario y lo superfluo. Esto explica que la economía romana fuese, en cambio, la verdadera sede y el firme baluarte de las ramas más improductivas: el comercio de dinero y la recaudación de las rentas y contribuciones.

Finalmente, los pocos elementos que dentro de este sistema pudiesen subsistir para crear una clase media acomodada y una clase humilde con medios para subsistir se perdían bajo el funesto régimen de la esclavitud o se encauzaban, a lo sumo, hacia la embarazosa clase de los libertos.

Pero lo peor de todo era la profunda inmoralidad inherente al régimen puramente capitalista, que chupaba el tuétano mismo de la sociedad, suplantando el amor de la patria y el amor humano por el egoísmo más desenfrenado. La parte más consciente de la nación percibía con mucha fuerza la simiente de ruina que los manejos de los especuladores estaban sembrando en la comunidad. El odio instintivo de la gran masa y la aversión certera del estadista se dirigían sobre todo contra los usureros profesionales, perseguidos de antiguo por la ley y reprobados desde siempre por la letra del derecho. En una comedia de la época se establece un paralelo entre los prestamistas y los lenones:

Eodem hercle vos pono et paro; parissumi estis ibus
Hi saltem in occultis locis prostant: vos in foro ipso.
Vos fenore, hi male suadendo et lustris lacerant homines.
Rogitationes plurimas propter vos populus scivit
Quas vos rogatas rumpitis: aliquam reperitis rimam.
Quasi aquam ferventem frigidam esse, ita vos putatis leges.

Verdaderamente, no hay gran diferencia entre los alcahuetes y vosotros, [los prestamistas;

Aquellos trafican en privado, pero vosotros en la plaza pública.

Aquellos con sus vicios, vosotros con los intereses, los dos estrujáis a los [hombres.

El pueblo ha votado leyes abundantes contra vosotros;

Vosotros las violáis como se han votado; siempre se encuentra una salida.

Como agua hirviendo que se enfría: así respetáis vosotros las leyes.

Más enérgicas aún que las del autor de esta comedia eran las palabras de Catón, el caudillo del partido de la reforma: "El prestar dinero a interés —dice en el prólogo a sus instrucciones sobre la agricultura— tiene sus ventajas, pero no es honrado. Por eso nuestros antepasados ordenaban y establecieron en sus leyes que el ladrón debía restituir el doble y el que cobrase réditos el cuádruplo; de donde se puede deducir que consideraban a los perceptores de intereses como mucho peores ciudadanos que a los ladrones". En otro lugar dice que la diferencia entre un prestamista de dinero y un asesino no es grande. Y hay que reconocer que sus actos hacían honor a sus palabras, pues siendo gobernador de Cerdeña Catón llegó a expulsar literalmente de la isla a los banqueros romanos, con sus severas medidas de administración de justicia.

La inmensa mayoría de la clase señorial gobernante veía con repugnancia los manejos de los especuladores y, por regla general, no sólo se comportaba en las provincias con mayor rectitud y honradez que estos especuladores, sino que muchas veces ponía coto a sus abusos; lo que ocurre es que los constantes cambios de los altos magistrados romanos y las inevitables diferencias en su modo de aplicar las leyes malograban en una parte considerable los esfuerzos encaminados a reprimir la especulación.

También se comprendía, y no era por cierto difícil comprenderlo, que no importaba tanto el vigilar la especulación con medidas policiacas como el dar una nueva orientación a

toda la economía; por eso hombres como Catón preconizaban con la enseñanza y con el ejemplo las ventajas de la agricultura. "Cuando nuestros antepasados —prosigue diciendo en el prólogo citado más arriba— querían hacer el elogio de un hombre virtuoso, lo elogiaban sobre todo como un buen campesino y un buen agricultor, y estos elogios se consideraban como los más altos de todos. Yo reputo al comerciante como un hombre inteligente e industrioso, pero su oficio está expuesto a muchos peligros e infortunios. Del campo salen, en cambio, los hombres más valientes y los mejores soldados; ninguna ocupación es tan honrada, tan segura y tan ajena a las malquerencias de los demás como la del agricultor, y quienes a ella se dedican son los menos expuestos a malos pensamientos." De sí mismo solía decir que su fortuna provenía exclusivamente de dos fuentes adquisitivas: la agricultura y el ahorro; y aunque esto no fuese muy lógico en cuanto a la concepción ni respondiese tampoco enteramente a la verdad,[7] es indudable que Catón era considerado por sus contemporáneos y quedó ante la posteridad, y no sin razón, como el prototipo del hacendado romano.

Desgraciadamente, era una verdad tan peregrina como dolorosa que esta panacea de la agricultura, ensalzada con tanto calor y seguramente con la mejor buena fe del mundo, se hallaba a su vez infestada por la peste de la economía capitalista. La penetración del capitalismo en la ganadería es absolutamente clara; por eso precisamente el público la veía con buenos ojos y el partido de la reforma moral la había inscrito en el libro negro. ¿Pero y la agricultura en sentido estricto?

La guerra sostenida por el capital contra el trabajo desde el siglo tercero hasta el quinto de la ciudad, despojando al campesino trabajador de la renta de la tierra mediante los intereses del dinero que le prestaba, para concentrarla en manos del rentista ocioso, había llegado a su término, principalmente, gracias a la ampliación de la economía romana, por virtud de la cual el capital existente en el Lacio se lanzó a especular en toda la cuenca del Mediterráneo. Ya la extensa ór-

bita de los negocios no bastaba para absorber la gran masa de capital disponible; al mismo tiempo una legislación verdaderamente insensata laboraba, de una parte, por atraer los capitales senatoriales, de un modo forzado, a su inversión en la propiedad territorial itálica, mientras que de otra parte depreciaba sistemáticamente las tierras de la península mediante su acción sobre los precios de los cereales.

Fue así como comenzó la segunda campaña del capital contra el trabajo libre, que en la Antigüedad coincide esencialmente con la economía campesina. Y si la primera guerra había sido dura, tomaba ahora, al lado de la segunda, perfiles suaves y hasta humanos. Los capitalistas ya no prestaban dinero a interés a los campesinos; ahora este sistema era de suyo inaplicable, pues los pequeños propietarios no obtenían ya un remanente importante, y no era, además, ni sencillo ni lo bastante radical; por eso aquéllos preferían desalojar a los campesinos y convertir sus propiedades en fincas cultivadas por esclavos. A esto se le seguía llamando agricultura, pero era en realidad, esencialmente, la aplicación de la economía capitalista a la producción de la tierra.

La pintura del agricultor que traza Catón es magnífica y absolutamente justa, pero ¿cómo aplicarla a la misma economía que él describe y aconseja? No era nada raro el caso en que un senador romano poseía cuatro fincas iguales o parecidas a la descrita por Catón. Pues bien, con este régimen de concentración de propiedad, en el mismo espacio que antes, en el viejo régimen de división de la propiedad de la tierra, alimentaba a 100 y hasta 150 familias campesinas, vivía ahora una familia de hombres libres, rodeada a lo sumo de 50 esclavos, solteros en su mayoría. Si éste era el camino por el que se quería curar la decadente economía nacional, hay que reconocer que el remedio se parecía muchísimo a la enfermedad.

Descenso de la población

Los resultados a que conducía este tipo de economía los revelan con harta claridad las nuevas cifras de población. Es cierto que el estado de cosas existente en las tierras itálicas era muy desigual y en algunas partes del país incluso bueno. Las poblaciones campesinas creadas al ser colonizado el territorio enclavado entre los Apeninos y el Po no desaparecieron tan rápidamente. Polibio, que recorrió el país poco después de terminar este periodo, elogia su numerosa, bella y vigorosa población. Con una acertada legislación cerealista habría sido posible, seguramente, hacer no sólo de Sicilia, sino de la comarca del Po, el granero de la capital. También el Piceno y los llamados "campos galos" habían sido poblados por numerosos campesinos gracias a los repartos de tierras en cumplimiento de la ley Flaminia del año 232, aunque esta población campesina se vio considerablemente reducida por la guerra de Aníbal.

Las condiciones internas de los municipios de súbditos de la Etruria y seguramente también de la Umbria no se prestaban al florecimiento de una clase campesina libre. Las condiciones eran mejores en el Lacio, región a la que no podía privarse íntegramente de las ventajas que suponía el mercado de la capital y que salió relativamente indemne de la guerra contra Aníbal, y también en los encerrados valles montañosos de los marsos y los sabinos. En cambio el sur de Italia había sido espantosamente devastado por aquella guerra, que arruinó por completo, aparte de otra serie de centros de menor importancia, las dos ciudades mayores de la región, Capua y Tarento, capaces ambas de poner sobre las armas, en otro tiempo, un ejército de 30 mil hombres. El Samnio habíase recuperado ya de las duras guerras del siglo V; según el censo del año 225, se hallaba en condiciones de poner sobre las armas una cantidad de hombres equivalente a la mitad de los que podían movilizar todas las ciudades latinas juntas y era probablemente, en esta época, la región más floreciente de la península, después del distrito urbano de Roma. Pero la guerra de Aníbal había venido a asolar de nuevo esta comar-

ca y las asignaciones de tierras hechas en esta región a favor de los soldados de Escipión, aunque fueron considerables, no bastaron probablemente para cubrir las bajas sufridas por su población campesina.

Aún salieron más quebrantadas de esta guerra la Campania y la Apulia, regiones bien pobladas hasta entonces y arruinadas en dicha campaña por amigos y enemigos. En la Apulia lleváronse a cabo más tarde distribuciones de tierras, pero las colonias fundadas en esta comarca no llegaron a prosperar. La hermosa planicie de la Campania conservó una población más densa; sin embargo la demarcación de Capua y de los otros municipios disueltos en la guerra de Aníbal pasaron a ser propiedad del Estado y ninguno de sus poseedores era propietario de las tierras que llevaba en cultivo, sino simplemente arrendatario temporal de ellas.

Finalmente, la población de las lejanas tierras de la Lucania y el Brucio, ya muy escasa antes de la guerra de Aníbal, hubo de sufrir todo el peso de esta campaña y de las ejecuciones punitivas subsiguientes. Y Roma no hizo nada tampoco por enderezar de nuevo la agricultura en estas regiones; fuera tal vez de Valentia (Vibo, hoy Monteleone), no llegó a revivir realmente ninguna de las colonias fundadas en ellas.

Dentro de la desigualdad de las condiciones políticas y económicas vigentes en las distintas regiones y de la relativa prosperidad que se aprecia en algunas de ellas, en conjunto es innegable la decadencia de la población en Italia durante esta época, conclusión que aparece corroborada por los más irrecusables testimonios sobre el estado general del país. Catón y Polibio coinciden en apreciar que Italia era, al final del siglo VI, mucho más débil que a fines del siglo V, no hallándose ya en condiciones de poner en pie de guerra las masas de tropa movilizadas en la primera guerra púnica. Las dificultades cada vez mayores con que tropezaban las levas, la necesidad de reducir las condiciones exigidas para el ingreso en las legiones, las quejas de los confederados por los excesi-

vos contingentes de tropas que se exigían de ellos: todo contribuye a confirmar estos datos.

En cuanto a los mismos ciudadanos romanos, las cifras hablan con harta elocuencia. En el año 252, poco después de la expedición de Régulo al África, el pueblo romano contaba con 298 mil hombres capaces de empuñar las armas; treinta años después, poco antes de que comenzase la guerra de Aníbal (año 220), había quedado reducido a 270 mil, es decir, había disminuido en una décima parte; otros veinte años más tarde, poco antes del final de aquella guerra (año 204), sólo contaba 214 mil hombres, o sea una cuarta parte menos. A la vuelta de una generación, durante la cual no se habían producido en su seno pérdidas extraordinarias, sino que, por el contrario, la fundación de nuevas colonias de ciudadanos, sobre todo de las grandes colonias creadas en las planicies del norte de Italia, había incrementado el censo de los ciudadanos con nuevos contingentes extraordinarios, apenas había vuelto a recuperarse la cifra de ciudadanos existentes al comienzo de este periodo. Si dispusiéramos de cifras semejantes a éstas en lo que se refiere a la población itálica en general, es seguro que arrojarían un déficit aún más considerable, proporcionalmente.

El descenso de la energía física del pueblo no puede documentarse con tanta precisión, pero los escritores agrícolas atestiguan que en esta época la carne y la leche van desapareciendo cada vez más del régimen de alimentación del individuo corriente. Además la población esclava iba creciendo a medida que disminuía la población libre. En la Apulia, la Lucania y el Brucio parece que ya en tiempo de Catón prepondera la ganadería sobre la agricultura; casi puede decirse que estas regiones estaban en manos de los pastores esclavos, gentes semisalvajes. La inquietud sembrada por ellas en las tierras de la Apulia obligó al gobierno a situar allí una fuerte guarnición. En el año 185 se descubrió en esta comarca una conjura de esclavos organizada en gran escala y entrelazada con las fiestas de las bacanales, siendo condenados

a diversas penas unos 7 mil hombres. También en la Etruria fue necesario movilizar a las tropas contra los desmanes de una banda de esclavos insurreccionados (año 196), y hasta en el Lacio se dio el caso de que ciudades como Secia y Preneste estuviesen a punto de ser arrolladas por tropeles de esclavos huidos (año 198).

Desintegración de la comunidad

La nación iba desapareciendo a ojos vistas y la antigua comunidad de ciudadanos libres iba desintegrándose en dos sectores: el de los señores y el de los esclavos. No cabe duda de que la causa primordial que diezmó y arruinó la colectividad de los cívica y la confederación fueron las dos guerras contra Cartago, pero es también indudable que los capitalistas romanos contribuyeron a la decadencia de las energías y de la población de Italia tanto como Amílcar y Aníbal. Nadie puede asegurar hasta qué punto habría podido el gobierno poner remedio a esta situación; pero es, desde luego, pavoroso y vergonzoso que en los medios de la aristocracia romana, indudablemente bien intencionada y vigorosa en su mayoría, no hubiese nadie que comprendiese siquiera la enorme gravedad de la situación e intuyese todo el volumen del peligro que se cernía sobre la sociedad romana. Como una dama romana de la alta nobleza, hermana de uno de los numerosos almirantes cívicos que en la primera guerra púnica dieron al traste con las flotas de Roma, se perdiese un día entre la multitud en el foro romano, dijo en voz alta para que todo el mundo la oyese que ya era hora de que volviesen a poner a su hermano al frente de la flota y de proceder a una nueva sangría entre los ciudadanos para que se pudiese respirar libremente en la plaza pública (año 246).

Es cierto que quienes así pensaban y se expresaban eran los menos; sin embargo estas palabras criminales no eran más que la expresión tajante de aquella indiferencia y aquel desprecio verdaderamente punibles con que los aristócratas

y los ricos miraban a los simples ciudadanos y a los campesinos. No era que se quisiera precipitarlos a la ruina, pero se dejaba que se deslizasen hacia ella. Así era como la desolación iba avanzando a pasos agigantados sobre el suelo itálico, poblado aún por innumerables hombres libres y felices en el disfrute de un moderado y merecido bienestar.

La economía y las finanzas en la época de la revolución

La situación financiera había empeorado, naturalmente al acercarse las tormentas de la revolución. Es cierto que el nuevo gravamen, verdaderamente agobiante incluso desde el punto de vista puramente financiero, que Cayo Graco había impuesto al Estado al obligarle a abastecer de trigo a los vecinos de la capital por un precio irrisorio, veíase compensado con las nuevas fuentes de ingresos abiertas en la provincia del Asia. No obstante parece que desde entonces se paralizaron casi totalmente las construcciones públicas. Desde la batalla de Pydna hasta la época de Cayo Graco encontramos en las fuentes testimonios de las numerosas obras públicas emprendidas; en cambio, a partir del año 122 apenas se mencionan otras que las de los puentes, las calzadas y los trabajos de desecación de pantanos, ordenadas por Marco Emilio Escauro, siendo censor, en el año 109. No es posible saber si esto realmente fue la consecuencia de los repartos de trigo o, lo que es tal vez más verosímil, el resultado de la tendencia más acentuada al ahorro y al atesoramiento propia de un gobierno cada vez más anquilosado en la oligarquía, como parece indicarlo el hecho de que las reservas del tesoro romano alcanzasen su más alto nivel en el año 91.

La espantosa tormenta insurreccional y revolucionaria, unida a la ausencia de las rentas procedentes del Asia Menor por espacio de cinco años, fue la primera prueba seria a que volvían a verse sometidas las finanzas romanas después de la guerra de Aníbal; prueba que no fueron capaces de afrontar. Tal vez no haya nada que marque tan claramente la diferen-

cia de los tiempos como el hecho de que sólo al décimo año de la segunda guerra púnica se recurrió a las reservas del tesoro, cuando los ciudadanos estaban ya a punto de sucumbir bajo la carga de los impuestos, mientras que en la guerra de la confederación, financiada desde el primer momento a costa del erario público, después de agotarse hasta el último centavo de él al cabo de dos campañas, se había preferido sacar a subasta las plazas públicas de la capital y recurrir a los tesoros de los templos que no decretar una contribución de guerra sobre los ciudadanos.

Sin embargo la tormenta, a pesar de su furia, pasó. Sila, aunque a costa de enormes sacrificios económicos impuestos a los súbditos y a los revolucionarios itálicos, restableció el orden de las finanzas y, suprimiendo los repartos de trigo y reteniendo los tributos del Asia, siquiera se viesen mermados, consiguió asegurar una economía colectiva satisfactoria, por lo menos en el sentido de que los gastos del presupuesto ordinario eran considerablemente inferiores a los ingresos.

En lo tocante a la economía privada, apenas se advierte en esta época ningún factor nuevo; las ventajas y los inconvenientes de la situación social de Italia puestos de relieve en páginas anteriores no se modifican; lo único que hacen es seguir desarrollándose y acentuándose. Ya hemos visto cómo la potencia creciente del capital romano va infiltrándose en la agricultura y devorando poco a poco, lo mismo en Italia que en las provincias, la pequeña y la mediana propiedad de la tierra, al modo como el sol absorbe el rocío. El gobierno no sólo contemplaba impasible lo que sucedía, sin tomar ninguna medida para evitarlo, sino que aún estimulaba la nueva y perniciosa distribución de la tierra mediante una serie de medidas, sobre todo mediante la prohibición de la viticultura y del cultivo del olivo en las tierras trasalpinas, decretada para favorecer a los grandes terratenientes y comerciantes de Italia.

Es cierto que tanto la oposición como la fracción conservadora imbuida de las ideas de reforma pugnaban enérgica-

mente por poner coto a estos males; los dos Gracos, al llevar adelante la distribución de casi todas las tierras del dominio público incorporaron al Estado 80 mil nuevos campesinos itálicos y Sila, al asentar en Italia 120 mil colonos, cubrió por lo menos una parte de las muchas bajas causadas en las filas de la población rural itálica por la revolución y por él mismo. Pero cuando un recipiente se vacía por un desagüe constante de nada sirve acrecentar su volumen con nuevas masas de líquido, por abundantes que sean, pues el remedio sólo está en abrir nuevas corrientes continuas de aflujo; este remedio se intentó, en efecto, pero sin llegar a conseguirlo.

En las provincias, sobre todo, no se hizo lo más mínimo para impedir que la clase de los campesinos fuese despojada de sus tierras por los especuladores romanos; al fin y al cabo los provinciales eran simplemente hombres, individuos sueltos, y no un partido. Resultado de ello fue que las rentas de las tierras no itálicas tendiesen a concentrarse poco a poco en Roma.

Por lo demás el régimen de las grandes haciendas, que a mediados de esta época predominaba ya en absoluto incluso en algunas comarcas de Italia, por ejemplo en la Etruria, había llegado a alcanzar, a su modo, un pleno florecimiento, gracias a la concurrencia de una explotación enérgica y racional y de abundantes recursos pecuniarios. Destacábase sobre todo la producción vinícola itálica, a la que los mercados abiertos coactivamente en una parte de las provincias y la protección que el gobierno le dispensaba, además, con la prohibición impuesta, por ejemplo, en la ley suntuaria del año 161 de importar a Italia vinos extranjeros, le permitían obtener ganancias muy respetables; los vinos de Aminia y Falerno empezaron a adquirir renombre al lado de los de Tasos y Quíos, y el "vino de Opimia" de la cosecha del año 121 siguió siendo famoso mucho después de haberse bebido el último cántaro.

En cuanto a las industrias y a las actividades fabriles, lo único que cabe decir es que la nación itálica permanecía su-

mida en una pasividad rayana en la barbarie. Se destruyeron las fábricas de Corinto, depositarias de tantas y tan valiosas tradiciones industriales, pero no para levantar en Italia otras semejantes, sino sencillamente para reunir, pagándolos a precios fabulosos, los recipientes de barro o de cobre procedentes de Corinto y otras "obras antiguas" por el estilo que pudieron encontrarse en las casas griegas.

Los oficios que aún conservaban una vida más o menos intensa, como por ejemplo los relacionados con la construcción, apenas contribuían a la prosperidad de la nación, porque ante ellos se interponía, como en todas las empresas un poco importantes, la plaga de la esclavitud. Sabemos, por ejemplo, que las obras del acueducto marciano se llevaron a cabo mediante contratos de construcción y suministro concertados por el gobierno con tres mil maestros de obras, cada uno de los cuales se ocupaba luego de asegurar la ejecución de los trabajos asumidos con su contingente de esclavos.

El punto más brillante o, por mejor decir el único punto brillante de la economía privada romana, en esta época, es el tráfico de dinero y el comercio. A la cabeza de estas operaciones se destacan los contratos de arriendo de los terrenos del Estado y de las contribuciones, que permitían a los capitalistas embolsarse la parte más considerable de las rentas del Estado romano. Además el comercio del dinero se hallaba monopolizado por los romanos en todos los ámbitos del imperio; cada centavo invertido en la Galia, leemos en una obra que vio la luz a raíz de terminar este periodo, pasa por los libros de los comerciantes romanos, y lo que aquí se dice del país galo era aplicable, sin ningún género de duda, a todas las provincias.

Hasta qué punto, al combinarse aquellas toscas condiciones económicas con la explotación implacable de la prepotencia política a favor de los intereses privados de todo romano rico, se extendía y generalizaba la economía usuraria, lo revela por ejemplo la contribución de guerra impuesta por Sila a la provincia del Asia en el año 84 y que los capitalistas

romanos se encargaron de adelantar; esta deuda de guerra creció en el plazo de catorce años, sumando los intereses pagados y los no pagados hasta sextuplicar su importe primitivo. Los municipios veíanse obligados a deshacerse de sus edificios, de sus obras de arte y de sus joyas, los padres tenían que vender a sus hijos adultos para poder pagar a sus acreedores romanos; no era nada raro el caso en que el deudor no sufría tan sólo la tortura moral, sino que se veía sometido directamente al potro del tormento.

Y a esto hay que añadir, finalmente, el comercio al por mayor. Las exportaciones e importaciones de Italia arrojaban un volumen muy considerable. Los productos exportados eran, principalmente, vino y aceite, de que Italia y Grecia abastecían en su casi totalidad —la producción de vino de los masaliotas y los turdetanos no podía ser muy grande en esta época— a los países del Mediterráneo. El vino itálico exportábase en cantidades considerables a las islas Baleares y la Celtiberia, al África, que era sólo un país agrícola y ganadero, a la Narbonense y a la Galia interior. Pero aún era mayor el volumen de importaciones de productos extranjeros a Italia, donde se concentraba por aquel entonces todo el lujo, importándose por la vía marítima la mayoría de los artículos destinados a satisfacerlo: comidas, bebidas, telas, adornos, libros, cacharros para la casa, objetos de arte. La trata de esclavos sobre todo cobró, a consecuencia de la demanda cada vez mayor de los comerciantes romanos, un auge como jamás se había conocido en la cuenca del Mediterráneo y que guardaba la más estrecha relación con el florecimiento de la piratería; todos los países y naciones contribuían a alimentar los mercados de esclavos, aunque los campos principales de la caza de hombres eran la Siria y el interior del Asia Menor.

En Italia las importaciones ultramarinas concentrábanse preferentemente en los dos grandes emporios del mar Tirreno, Ostia y Puteoli. Hacia Ostia, cuya rada era muy defectuosa, pero que por hallarse muy cerca de Roma era el puerto de desembarque indicado para las mercancías de poco va-

lor, afluían los cargamentos de trigo destinados a la capital; en cambio el comercio de artículos de lujo con el Oriente giraba principalmente en torno a Puteoli, que por su magnífico puerto era muy recomendable para los barcos fletados con cargamento valioso y junto al cual la comarca de Baye, que iba llenándose de villas de recreo y de casas de campo, brindaba a los comerciantes un mercado casi tan bueno como el de la propia capital. Durante mucho tiempo sirvió de mediadora para este comercio la ciudad de Corinto y, después de su destrucción, la de Delos; en este sentido decía Lucilio que Puteoli era la "pequeña Delos" de Italia. Pero después de la catástrofe que se abatió sobre Delos en la guerra de Mitrídates y de la que ya no volvió a rehacerse, los de Puteoli entablaron relaciones comerciales directas con la Siria y Alejandría, con lo cual su ciudad fue convirtiéndose cada vez más decididamente en la primera plaza comercial ultramarina de Italia. Pero los itálicos no se apropiaban solamente las ganancias obtenidas en el comercio de importación y exportación de Italia; en la Narbonense competían también con los masaliotas con respecto al comercio celta, y en general no cabe la menor duda de que los mercaderes romanos, que fluctuaban por todas partes o se establecían de un modo permanente en todos los países, monopolizaban la parte mejor y más lucrativa de todas las especulaciones.

Oligarquía capitalista

Resumiendo todos estos fenómenos, llegamos a la conclusión de que el rasgo más saliente de la economía privada de esta época, paralelo al de la política, es el predominio de la oligarquía financiera de los capitalistas romanos. En sus manos se concentran las rentas de la tierra de casi toda Italia y de las mejores fincas de las provincias, los beneficios usurarios del capital por ellos monopolizado, las ganancias comerciales de todo el imperio y, finalmente, una parte muy consi-

derable de las rentas del Estado romano, apropiadas por ellos mediante el arriendo de sus ingresos y contribuciones.

La creciente acumulación de los capitales en Roma la indica la línea ascendente del promedio de la riqueza privada: tres millones de sestercios era ahora una fortuna moderada para un senador y dos millones la fortuna decorosa de un équite; al hombre más rico del tiempo de los Gracos, Publio Craso, cónsul en el año 131, se le calculaba un patrimonio de 100 millones de sestercios. No tiene nada de extraño que esta clase capitalista trazase predominantemente el rumbo de la política exterior, que impusiese por motivos de rivalidad comercial la destrucción de Cartago y Corinto, al modo como en su tiempo habían arrasado los etruscos Alalia y los siracusanos Cerea, ni que mantuviesen en pie, a despecho del Senado, la fundación de la ciudad de Narbona. Ni es tampoco sorprendente que esta oligarquía capitalista opusiese, en la política interior, una competencia seria y no pocas veces victoriosa a la oligarquía de la nobleza. Ni puede extrañarnos tampoco, por otra parte, que ciertas gentes ricas arruinadas se pusiesen a la cabeza de las masas esclavas sublevadas y recordasen al público, con bastante rudeza, que desde el burdel elegante a la cueva de los bandidos no había más que un paso. Ni tenía, finalmente, nada de extraño que aquellas torres financieras de Babel, asentadas no en bases puramente económicas, sino en los cimientos inestables relacionados con la prepotencia política de Roma, se tambaleasen ante cada crisis política importante, ni más ni menos que se tambalean hoy los edificios, muy semejantes a ellas, levantados con los títulos y valores públicos.

No disponemos de datos para poder seguir en sus detalles la terrible crisis financiera que se desató sobre la clase capitalista romana como consecuencia de los movimientos ítalo-asiáticos en los años 90 y siguientes, la bancarrota del Estado y de los particulares, la depreciación general de la propiedad inmobiliaria y de las participaciones en las sociedades. Pero sus resultados nos permiten evidentemente apreciar a gran-

des rasgos el carácter y el alcance que tuvieron. He aquí algunos de aquellos resultados: el asesinato del supremo magistrado de justicia por un tropel de acreedores amotinados, el intento de eliminar del Senado a todos los senadores que no se hallasen libres de deudas, la renovación de la tasa máxima de intereses por Sila, la anulación del 75% de los créditos pendientes, por obra del partido revolucionario.

Esta economía tradújose en las provincias, naturalmente, en el empobrecimiento y la despoblación generales, a la par que aumentaba en todas partes la población parasitaria de los itálicos que viajaban por ellas o se instalaban temporalmente en los territorios provinciales para sus especulaciones. Del Asia Menor se dice que perecieron en un solo día 80 mil personas de origen itálico. Cuán numerosa debía de ser también la población romana en la isla de Delos lo revelan las piedras conmemorativas que allí se han encontrado y el dato de que se dio muerte, por orden de Mitrídates, a 20 mil extranjeros, la mayoría de los cuales eran comerciantes de Italia. En el África era tal la afluencia de itálicos que hasta la ciudad numídica de Cirta pudo defenderse contra Yugurta gracias a ellos. La Galia se hallaba también, según se nos dice, abarrotada de comerciantes romanos; el único país del que no poseemos datos concordantes con esto, tal vez por azar, es España.

Decadencia de la población libre de Italia

En cambio la población libre de la misma Italia acusa en esta época, en su conjunto, un retroceso indudable. Es cierto que a ello contribuyeron esencialmente las guerras civiles, que según datos muy generales y evidentemente poco dignos de crédito barrieron de 100 a 150 mil ciudadanos romanos y causaron hacia 300 mil bajas a la población itálica en general. Pero aún fueron peores los estragos causados por la ruina económica de la clase media y la desmesurada expansión de la emigración comercial, que obligaba a permanecer en el ex-

tranjero durante sus años más vigorosos a una gran parte de la juventud de Italia. Una compensación de muy dudoso valor para esta sangría era la población libre y parasitaria heleno-oriental que pululaba en la capital, formada por los embajadores y representantes diplomáticos de los reyes y los municipios, por médicos, maestros de escuela, curas, empleados, vagabundos y todo género de caballeros de industria y aventureros y por los mercaderes y navegantes establecidos sobre todo en Ostia, Puteoli y Brindisio.

Y aún era más dudoso el aumento relativo experimentado por la masa de los esclavos dentro de la península. La población formada por los ciudadanos itálicos ascendía, según el censo del año 70, a 910 mil hombres capaces de empuñar las armas; para calcular la cifra de la población de hombres libres existentes en la península, que por una omisión fortuita no figura en el censo, hay que sumar a aquélla los latinos establecidos en las tierras situadas entre los Alpes y el Po y los extranjeros domiciliados en Italia, descontando en cambio los ciudadanos romanos domiciliados en el extranjero. Y se llega así al resultado de que difícilmente podría cifrarse en más de 6 a 7 millones de individuos la población libre de la península en esta época. Suponiendo que su población total fuese entonces sobre poco más o menos la misma que hoy, esto daría una masa de esclavos de 13 a 14 millones. No necesitamos, sin embargo, recurrir a estos cálculos engañosos para adquirir una idea clara de lo desmedida y peligrosa que había llegado a ser la proporción de los esclavos en Italia con respecto a la cifra de hombres libres. De ello son testimonio harto elocuente las insurrecciones parciales de esclavos que estallan durante esta época y el grito que desde los primeros días de la revolución resuena al final de todos los motines llamando a los esclavos a empuñar las armas contra sus señores y a pelear por su libertad.

Imaginémonos a la Inglaterra de hoy, con sus *lords,* sus *esquires* y sobre todo con su City, pero representándonos los *freeholders* y los arrendatarios como proletarios y los obreros

y marineros como esclavos, y tendremos una idea aproximada de lo que la población de la península itálica era en aquel entonces.

La fe y las costumbres

La vida del romano discurría en medio de una ruda austeridad, y cuanto más noble o encumbrado fuese, menos libre se sentía. El poder omnímodo de la costumbre encastillábalo en un círculo estrecho de pensamiento y de acción y, si quería alcanzar la gloria entre sus conciudadanos, debía llevar una vida rígida y rigurosa o, para decirlo con las expresivas palabras romanas, grave y severa.

De nadie se exigía más, pero de nadie se admitía tampoco menos, que el velar cuidadosamente por la disciplina de su casa y familia y el contribuir a los asuntos de la comunidad con su acción y su consejo. Pero como el individuo no quería ni podía ser otra cosa que un miembro de la colectividad, la fama y el poder de ésta eran considerados también por cada uno de sus ciudadanos como bienes personales suyos, que transmitía a sus sucesores a la vez que su nombre y su hacienda. Y como una generación se sucedía a otra y cada una de las que venían detrás añadía algo nuevo al acervo tradicional del honor romano, el sentimiento colectivo de las familias nobles acabó convirtiéndose en aquel formidable orgullo cívico que jamás habría de ser igualado seguramente sobre la tierra y cuyas huellas, tan extrañas como grandiosas, se nos antojan hoy, donde las encontramos, como rastros de otro mundo.

Es cierto que entre las características peculiares de este potente sentido cívico de los romanos figuraba la de verse, no ahogado precisamente, pero sí obligado a recatarse de por vida dentro del silencioso pecho por las tendencias anquilosadas de la sencillez y la igualdad a que el ciudadano romano tenía que someterse de tal modo que sólo después de la muerte podía manifestarse. Pero al llegar la hora de la muer-

te rompía aquellas envolturas y desahogábase en las exequias fúnebres del hombre encumbrado con una fuerza tan plástica que sus reliquias patentizan ante la posteridad mejor que ninguna otra manifestación de la vida de Roma lo que realmente era aquel orgullo asombroso del ciudadano romano.

Los entierros

Los entierros de los hombres que se habían distinguido de algún modo en vida eran curiosos desfiles a los que todos los vecinos se veían invitados a asistir por los pregones de los heraldos públicos: "Ha muerto aquel guerrero; todo el que pueda debe acudir a acompañar el cadáver de Lucio Emilio; el entierro saldrá de su casa". Abrían el cortejo los tropeles de las plañideras, los músicos y los danzantes. Uno de éstos parodiaba por sus ropas y su máscara al difunto y recordaba a la multitud, por última vez, con sus gesticulaciones, al hombre que ella conociera en vida.

Venía luego la parte más grandiosa y más peculiar de la solemnidad, la procesión de los antepasados, cuya pompa eclipsaba de tal modo a todo el resto del cortejo que los personajes romanos de auténtica nobleza solían dejar ordenado a sus herederos que redujesen a esto la ceremonia del entierro. De aquellos antepasados que habían desempeñado el cargo de ediles curules u otra magistratura ordinaria de rango superior se sacaban máscaras, del natural a ser posible, modeladas en cera y pintadas, sin que faltasen tampoco las de tiempos anteriores, remontándose hasta la época de los reyes y aun antes de ella; estas efigies solían colgarse en las paredes de la sala familiar, protegidas por cajas de madera, y se las consideraba como el mayor ornato de la casa. Cuando moría alguien de la familia estas máscaras eran portadas por las gentes más indicadas para ello, generalmente actores, a las que se ataviaba con el ropaje correspondiente a la magistratura que en vida desempeñara el personaje representado;

de este modo los antepasados del difunto, revestido cada cual con la ropa y las insignias más altas que en su tiempo luciera, el *triumphator* con su toga galoneada de oro, el censor con la toga purpúrea, el cónsul con la suya orlada de púrpura, todos con sus lictores y los demás emblemas propios de su cargo y montados en carros, acompañaban al muerto en su último viaje.

El cadáver descansaba sobre las angarillas cubiertas de pesadas telas de púrpura orladas de oro y de finos lienzos, revestido también con las ropas y las insignias de la más alta magistratura que hubiese desempeñado y rodeado por las armaduras de los enemigos vencidos por él y las coronas que en vida ciñeran su frente en ocasiones serias o en sus alegres expansiones. Tras el féretro iban los dolientes, todos vestidos de negro y sin adornos, los hijos con la cabeza tapada, las hijas sin velo, los parientes y las gentes de su mismo linaje; a continuación los amigos, los clientes y los libertos.

El cortejo, así formado, desembocaba en el Foro. Al llegar aquí el cadáver era puesto en pie; los personajes que representaban a los antepasados descendían de los carros y tomaban asiento en sillas curules y el hijo del difunto o su más próximo pariente subía a la tribuna de los oradores para proclamar ante la multitud congregada, en sobria enumeración, los nombres y los hechos de los personajes cuyos trasuntos aparecían allí sentados en corro y, por último, los del hombre a quien iban a enterrar.

Podemos considerar esto, si queremos, como una costumbre bárbara, y no cabe duda de que una nación de cierta sensibilidad artística jamás habría conservado hasta una época de civilización plenamente desarrollada este extraño rito de la resurrección de los muertos; pero hasta griegos de temperamento tan frío y tan poco dados a la veneración por el pasado como Polibio, por ejemplo, se dejaban impresionar por la grandiosa ingenuidad de esta ceremonia fúnebre. La severa solemnidad, la tendencia a la uniformidad y la orgullosa dignidad de la vida romana exigían imperativamente que las

generaciones extinguidas siguiesen haciendo, en cierto modo, acto físico de presencia entre los vivos, y que cuando un ciudadano, cansado ya de los sufrimientos y los honores de la existencia, iba a reunirse con sus antepasados, éstos se congregasen con sus mismas figuras en el Foro para acogerle en su seno.

El nuevo helenismo

Sin embargo en esta época la vida romana empezaba a cambiar de giro. Tan pronto como el poder de Roma dejó de circunscribirse a Italia para extenderse profundamente por el Oriente y el Occidente, las peculiares tradiciones itálicas consagradas por los siglos empezaron también a declinar y a verse desplazadas por una civilización helenizante. Es cierto que la influencia griega no fue nunca ajena a Italia, desde que este país entró en la historia. La joven Grecia y la joven Italia, dotadas ambas de cierto candor y cierta ingenuidad, influyeron siempre la una sobre la otra con sus sugestiones espirituales, y más tarde Roma se esforzó de continuo en asimilar prácticamente el lenguaje y las invenciones de los griegos en un sentido más bien externo. Pero el helenismo de los romanos de esta época era algo esencialmente nuevo así en cuanto a sus causas como en cuanto a sus efectos. Roma empezaba a sentir la necesidad de una vida espiritual más rica y a asustarse en cierto modo de su propia insignificancia espiritual. La nación itálica, llevada por estos sentimientos, se abalanzó con un celo verdaderamente ardiente sobre los maravillosos tesoros legados por el desarrollo espiritual de la Hélade, sin diferenciarlos siempre, es cierto, de sus lamentables abortos.

Había, sin embargo, algo todavía más profundo y más íntimo que empujaba irresistiblemente a los romanos al torbellino helénico. La civilización helénica, aunque siguiese llamándose así, no lo era ya en realidad, sino una civilización más bien humanista y cosmopolita. Había resuelto plena-

mente en el terreno espiritual y hasta cierto punto también en el campo de la política el gran problema de plasmar un todo a base de una masa de naciones heterogéneas. Esta misión había pasado ahora, en proporciones mucho más vastas, a manos de Roma; por eso ésta asumió el helenismo a la par que el resto de la herencia de Alejandro Magno. Por eso, en esta época, el helenismo no es ya una simple sugestión ni algo puramente accesorio, sino que penetra hasta el tuétano de la nación itálica. La acusada y vital personalidad itálica resistíase, naturalmente, a aceptar el elemento extraño que venía a injertarse en ella. Sólo tras enconadas luchas se consiguió que el campesino itálico cediese el campo al hombre cosmopolita de la gran ciudad; y del mismo modo que del frac de los franceses salió nuestra severa levita, la cristalización del helenismo en Roma hizo surgir una corriente que se oponía por principio y de un modo absolutamente disonante de lo que había sucedido en los siglos anteriores a la influencia griega, cayendo así con harta frecuencia en la necedad y en el ridículo.

No había ningún campo de los actos o los sentimientos humanos en el que no se librase esta lucha entre la antigua y la nueva concepción de la vida. Ni las mismas condiciones políticas permanecieron al margen de ella. Aquel peregrino proyecto de emancipación de los helenos a cuyo lógico y merecido fracaso hemos aludido ya, el pensamiento, también helénico y semejante en parte al anterior, de la solidaridad de las repúblicas frente a los reyes y la propaganda de la polis helénica contra el despotismo oriental, orientaciones ambas que contribuyeron de un modo decisivo al trato dado a la Macedonia; tales eran las ideas fijas de la nueva escuela, como el odio y el miedo a los cartagineses había sido la idea fija de la escuela antigua. Catón se mantuvo fiel a ésta y siguió predicándola hasta caer en el extremo de lo ridículo, pero también con el filohelenismo se coqueteaba de vez en cuando con un celo no menos necio; por ejemplo, el romano que derrotó al rey Antíoco, no contento con hacerse erigir en el Ca-

pitolio una estatua en que se le representaba vestido a la usanza griega, en vez de llamarse en buen latín Asiaticus, se asignó el sobrenombre de Asiagenus, absurdo tanto lógica como filológicamente, pero que sonaba bien y tenía una ortografía casi griega.

Otra consecuencia, más importante, de esta actitud adoptada por la nación dominante con respecto al helenismo, era la de que la latinización de Italia ganaba terreno por doquier, salvo con respecto a los helenos. Las ciudades de los griegos en Italia seguían siendo griegas, cuando no sucumbieron bajo los embates de la guerra. En la Apulia, región de la que es cierto que los romanos apenas se preocupaban para nada, parece haber penetrado a fondo el helenismo en esta época precisamente, nivelándose la civilización local con la floreciente civilización helénica. No importa que las fuentes no digan nada acerca de esto; las numerosas monedas municipales descubiertas en esta región, todas ellas con inscripciones griegas, y el hecho de que fuera ésta la única comarca de Italia en que se desarrolló, aunque haciendo alarde más bien de lujo y boato que de buen gusto, la fabricación de cacharros de barro pintados al modo griego, demuestran que en la Apulia el arte y las costumbres helénicas se impusieron de un modo total.

Sin embargo el verdadero palenque en que contienden en esta época las corrientes del helenismo y las fuerzas nacionales opuestas a ellas es el terreno de la fe y las costumbres y el del arte y la literatura. Intentaremos, pues, examinar esta gran pugna de principios, que vemos proyectarse en mil direcciones simultáneas y que no resulta fácil, por lo tanto, reducir a una concepción de conjunto.

Decadencia de la religión nacional

Que la simplista fe de los tiempos antiguos se mantenía viva en los itálicos de esta época lo demuestra mejor que nada la admiración o el asombro que esta devoción causaba a sus

contemporáneos griegos. Con motivo de la discordia con los etolios se le hubo de echar en cara al general romano que durante el combate no había hecho otra cosa que orar y sacrificar ante los altares como un sacerdote. A propósito de lo cual Polibio, con un poco de pedantería, llama la atención de sus compatriotas hacia la utilidad política de este santo temor de dios y les hace ver que ningún Estado puede estar compuesto por personas inteligentes exclusivamente, razón por la cual las ceremonias religiosas responden a una necesidad en relación con la multitud.

Italia poseía, pues, lo que en la Hélade había sido relegado ya, desde hacía mucho tiempo, a los recuerdos de la antigüedad: una religión nacional, pero esta religión nacional itálica iba anquilosándose visiblemente para convertirse en una teología. Tal vez no haya ningún otro aspecto en el que este proceso inicial de anquilosamiento de la fe se manifieste de un modo tan preciso como en el cambio producido en cuanto a las relaciones económicas entre el culto y los sacerdotes. El culto público no sólo fue haciéndose cada vez más complicado, sino que fue haciéndose también y sobre todo cada vez más caro. Solamente para atender a la importante función de organizar los banquetes en honor de los dioses se creó en el año 196, además de los tres antiguos colegios sacerdotales de los augures, los pontífices y los custodios de los oráculos, el de los triunviros de los festines *(tres viri epulones).* Como era lógico, no comían solamente los dioses, sino también sus sacerdotes; sin embargo no fue necesario crear para ello nuevas instituciones, puesto que cada corporación sacerdotal velaba celosa y devotamente por sus propios festines religiosos.

Al lado de los banquetes clericales no falta tampoco la institución de la inmunidad clerical. Los sacerdotes reivindicaron siempre, hasta en las épocas de mayor penuria, el derecho a no contribuir a las cargas públicas, y sólo tras de controversias muy enconadas se resignaron a pagar el descubierto de los impuestos atrasados (año 196). La devoción fue convirtiéndose poco a poco en un artículo muy costoso, tan-

to para el individuo como para la comunidad. Entre los romanos se hallaba tan difundida como hoy en los países católicos la costumbre de establecer fundaciones y, en general, de asumir obligaciones permanentes de carácter pecuniario para fines religiosos. Estas fundaciones y estos compromisos asumidos por los fieles empezaron a convertirse en una carga patrimonial verdaderamente gravosa, sobre todo a partir del momento en que los pontífices, que eran la suprema autoridad espiritual y al mismo tiempo la más alta autoridad jurídica del Estado, dieron en considerarlos como un gravamen objetivo que se transmitía por el imperio del derecho e independientemente de la voluntad del interesado a cualquiera que heredase los bienes sujetos al gravamen o los adquiriese por otro título; la expresión de "herencia sin gravámenes religiosos" era, entre los romanos, una frase proverbial muy corriente para designar algo parecido a lo que hoy designamos, por ejemplo, con la frase de "rosa sin espinas".

El voto de ofrendar a los dioses el diezmo de los bienes que se obtuviesen era tan usual que todos los meses se celebraban en la plaza del ganado de Roma dos o tres repartos públicos costeados con el producto de estas ofrendas. Con el culto oriental de la Madre de los dioses se transfirieron también a Roma, aparte de otros estragos piadosos, las colectas de centavos repetidas año tras año en días fijos y que se hacían casa por casa *(stipem cogere).*

Finalmente, los sacerdotes y profetas de la clase subalterna no prestaban tampoco, como es lógico, sus servicios por amor al arte. Y no cabe duda de que se atenía a la realidad el poeta cómico que saca a escena, en las conversaciones conyugales de puertas adentro, al lado de las cuentas de la cocinera, la comadrona y los regalos, las cuentas religiosas:

Da mihi vir — quod dem quinquatribus
Praecantrici, conjectici, hariolae, atque haruspicae;
Tum piatricem clementer non potest quin munerem.
Flagitium est, si nil mittetur, quo supercilio spicit.

Necesito también, marido, que me des algo para la próxima fiesta,

Para la sacristana, la adivinadora, la intérprete de los sueños y la [comadrona;

No te haces idea de cómo me mira. Sería una vergüenza si no le diese [nada.

Y también a la mujer de los sacrificios tengo que darle algo.

Aunque los romanos de esta época no crearon un dios del oro como antes crearon el de la plata, en la práctica aquel dios imperaba en todas las regiones de la vida religiosa, en las más altas y en las más bajas. Lo que fuera orgullo de la religión nacional de los latinos en los viejos tiempos, la modestia de sus exigencias económicas, había pasado irremisiblemente a la historia. Habíase perdido también irreparablemente, a la par que eso, la sencillez del pasado. La teología, hija bastarda de la razón y la fe, ocupábase ya en infiltrar en la vieja religión nacional la abrumadora prolijidad que le era peculiar, desterrando de ella al mismo tiempo su espíritu. El catálogo de los deberes y privilegios inherentes al cargo de sacerdote de Júpiter, por ejemplo, podría figurar perfectamente en el Talmud. La regla lógica y natural según la cual el cumplimiento de los deberes religiosos sólo podía ser grato a los dioses cuando se llevase a cabo de un modo impecable aplicábase con tan puntillosa minuciosidad que se daba el caso de repetir hasta treinta veces seguidas un sacrificio para rectificar las faltas cometidas en su ejecución; los juegos, que formaban también parte del culto divino, considerábanse no realizados cuando el magistrado que los dirigía pronunciaba mal una palabra o se equivocaba en otra o cuando la música hacía una pausa indebida, debiendo empezarse de nuevo y repitiendo en ocasiones esta historia hasta siete veces.

Esta exagerada minuciosidad en los ritos entraña ya el anquilosamiento de la fe; la reacción contra esto, la indiferencia y la incredulidad, no se hizo tampoco esperar mucho. Ya en la primera guerra púnica (año 249) se dio el caso de que el

propio cónsul se burlase abiertamente de los auspicios que era obligado consultar antes del combate; cierto es que se trataba de un cónsul del linaje de los Claudios, extraño linaje que se adelantaba a su época en lo bueno y en lo malo. Hacia el final de esta época empiezan a oírse quejas acerca del abandono en que se tienen los ritos augurales y del olvido en que, para decirlo con las palabras de Catón, se han dejado caer, por la indolencia del colegio de los augures, toda una serie de consultas e interpretaciones de las aves practicadas por los antiguos. En esta época constituía ya una rara excepción la existencia de un augur como Lucio Paulo que veía en el sacerdocio una ciencia y no un título, y así tenía que ser necesariamente con un gobierno que no se recataba para hacer de los auspicios medios encaminados a la consecución de sus fines políticos, considerando la religión tal como Polibio la concebía, es decir como una superstición buena para engañar a las masas.

Irreligiosidad

Con estos antecedentes, la irreligiosidad helénica encontraba, pues, el camino despejado. La afición al arte hacía que, ya en tiempo de Catón, las imágenes sagradas de los dioses adornasen las paredes de los ricos como otros ornamentos cualesquiera. Pero aún vino a abrir brechas más peligrosas en los muros de la religión la literatura que ahora se iniciaba. Es cierto que ésta no podía aventurar ataques abiertos contra la fe, y lo que la literatura aportara directamente al mundo de las concepciones religiosas, como por ejemplo la idea de Coelus, el Padre, forjada por Enio a base del Saturno romano y al modo del Urano de los griegos, aunque provenía sin duda alguna de los helenos, no tenía gran importancia.

En cambio estaba llamada a tener gran trascendencia la difusión en Roma de las doctrinas epicármicas y euheméricas. La filosofía poética extraída por los pitagóricos de las obras

del antiguo poeta cómico siciliano Epicarmo de Megara (que vivió hacia el año 470) o, mejor dicho, atribuida a él, veía en los dioses griegos sustancias naturales, en Zeus el aire, en el alma un polvillo de sol, y así sucesivamente. Esta filosofía de la naturaleza que, al igual de lo que sucedería más tarde con la filosofía estoica, guardaba en sus rasgos más generales cierta afinidad con la fe romana, prestábase bastante bien para encauzar la desintegración alegorizante de la religión nacional. Paralelamente con esto, desarrollábase el proceso de desintegración historizante a través de las "sagradas memorias" de Euhemero de Mesena (hacia el año 300), obra en la que, bajo la forma de relatos de los viajes emprendidos por el autor a los países maravillosos del extranjero, aparecían clasificadas minuciosa y documentalmente las noticias que circulaban acerca de los llamados dioses, para llegar como resultado de ello a la conclusión de que los tales dioses no existían ni habían existido nunca. Para caracterizar este libro baste decir que la historia de Cronos, el que devoraba a sus hijos, se explica en él como hija de la antropofagia imperante en tiempos antiquísimos y que fue abolida por el rey Zeus.

A pesar de su carácter insulso y tendencioso o tal vez a causa de él precisamente, esta doctrina alcanzó en Grecia un éxito inmerecido y contribuyó, en unión de los filósofos de mayor circulación, a enterrar allí la religión ya muerta. Un signo notable del manifiesto y claro antagonismo existente entre la religión y la nueva literatura lo tenemos en el hecho de que ya Ennio tradujese al latín estas obras notoriamente destructivas de Epicarmo y Euhemero. Los traductores podían disculparse alegando ante la policía romana que los ataques de aquellas obras iban dirigidos solamente contra los dioses griegos, sin referirse para nada a los latinos; pero el subterfugio saltaba a la vista. Y Catón estaba en lo cierto, a su modo, cuando con el encono característico en él combatía estas tendencias, donde quiera que se presentaban y sin entrar en sutiles distinciones, viendo también en Sócrates un corruptor de las costumbres y un enemigo de la religión.

Así, pues, la antigua religión nacional iba declinando visiblemente; y al ser talados los potentes árboles de la selva virgen, el suelo empezó a cubrirse de hierbajos y maleza nunca vistos hasta entonces. La superstición nativa y las imposturas importadas se entremezclaban formando una abigarrada trama. Ninguno de los pueblos itálicos se libró de este proceso de transformación de la antigua fe en la nueva superstición. Entre los etruscos florecía ahora esplendorosamente la sabiduría basada en la contemplación de los intestinos y del rayo; entre los sabélicos, especialmente los marsos, el arte libre de los que contemplaban aves y conjuraban serpientes. Y hasta en la nación latina y en la misma Roma, aunque aquí en una proporción relativamente menor, nos encontramos con fenómenos parecidos a éstos; este carácter tenían, por ejemplo, los oráculos prenestinos sacados por suertes y el curioso descubrimiento, en la Roma del año 181, de la tumba y los escritos póstumos del rey Numa, en que se prescribían al parecer ritos verdaderamente inauditos y extraños. Esto y el aspecto que presentaban los libros de ser completamente nuevos fue lo único que, con gran sentimiento suyo, llegaron a saber los apasionados creyentes, pues el Senado se incautó del tesoro y arrojó los rollos al fuego sin dilación. La fabricación interior de nuevos mitos bastaba, pues, y aun sobraba para cubrir toda la posible demanda de creencias absurdas y desatentadas, pero sin que la gente se diese por contenta con esto, ni mucho menos.

El helenismo de la época, ya desnacionalizado e imbuido de misticismo oriental, transplantó a Italia no sólo la incredulidad sino también la superstición en sus formas más lamentables y más peligrosas, y a estas absurdas especulaciones se les encontraba un nuevo encanto por el hecho de ser extranjeras. Los astrólogos y agoreros caldeos hacían estragos por toda Italia ya en el siglo VI.

El culto de Cibeles y las bacanales

Pero mucho más importante que todo esto, pues había de llegar a sentar época en la historia universal, fue la incorporación de la Madre de los dioses adorada por los frigios al concierto de los dioses públicamente reconocidos por el Estado romano, medida a la que el gobierno no tuvo más remedio que acceder durante los últimos años críticos de la guerra contra Aníbal (en el 204). Para ello se envió una embajada especial a Pesino, ciudad enclavada en el país de los celtas del Asia Menor, desde donde la tosca piedra que los sacerdotes indígenas ofrendaron liberalmente a los extranjeros como la imagen de la auténtica madre Cibeles fue recogida y trasladada a Roma con inusitada pompa y solemnidad; y para que quedase eterna memoria de tan feliz acontecimiento, fundáronse entre las clases altas de la sociedad una especie de clubes, cuyos miembros se convidaban periódicamente los unos a los otros, contribuyendo con ello a fomentar considerablemente los manejos del pandillismo, ya iniciados.

La patente otorgada al culto de la diosa Cibeles vino a formalizar oficialmente la entrada de los ritos orientales en Roma, y aunque el gobierno insistiese con todo rigor en que los sacerdotes castrados de la nueva diosa siguiesen siendo celtas *(galli),* como se les llamaba, sin permitir que ningún romano fuese iniciado en estos misterios de eunucos, no pudo por menos de influir considerablemente en la mentalidad y en el espíritu del pueblo todo aquel aparato absurdo con que se rodeaba el culto rendido a la "gran Madre de los dioses", aquellas procesiones de sacerdotes que iban mendigando de casa en casa encabezadas por el eunuco mayor y acompañadas por una música exótica de pífanos y tambores, con gran despliegue de pomposos ropajes orientales, y todos aquellos ritos mitad sensuales mitad monacales. Muy pronto había de demostrarse, con caracteres abominables, adónde conducía todo aquello. Pocos años después (en el 186) fue denunciada a las autoridades romanas una beatería de la peor especie, una fiesta nocturna y secreta organizada en honor del dios Baco, cuyo culto había sido introducido por un sacerdote

griego en la Etruria, de donde pronto se extendió, como un cáncer, a Roma y a toda Italia, dejando tras sí por todas partes una estela de crímenes atroces, espantosas inmoralidades, falsificaciones de testamentos y envenenamientos de todas clases. Más de 7 mil personas fueron condenadas criminalmente por estos excesos, gran parte de ellas a muerte, dictándose normas muy severas para atajar la repetición de tales atrocidades; pero no se logró arrancar las raíces del mal y seis años después (el 180) el magistrado competente se quejaba de que había sido necesario condenar a otras 3 mil personas, sin que se viese el fin de aquello.

Toda la gente razonable se unía, naturalmente, para condenar estas manifestaciones de una beatería criminal, tan absurdas como peligrosas para la sociedad; los creyentes fieles a la antigua fe y los partidarios de la nueva ilustración helénica acordaban sus burlas y su indignación en contra de estas atrocidades. Catón ordenaba a su intendente que "no hiciese ni mandase hacer a otro sacrificio alguno religioso sin previo conocimiento y orden de su señor, salvo en el hogar doméstico y en las fiestas y los altares de los dioses lares, y que no consultase nunca a los augures, a los adivinos ni a los caldeos". También era una frase catoniana la famosa pregunta de cómo podría un sacerdote reprimir la risa cuando se encontraba con otro colega, pregunta aplicada por su autor a los que examinaban las entrañas de los animales y extendida luego a otros sacerdotes. Y en un sentido igual o parecido alude Ennio, con estilo auténticamente euripidiano, a los profetas mendicantes y a quienes les hacían caso, en los versos siguientes:

Sed superstitiosi impudentesque arioli,
Aut inertes aut insani aut quibus egestas imperant,
Qui sibi semitam non sapiunt, alteri monstrant viam
Quibus divitias pollicentur, ab eis drachumam ipsi petunt

Estos supersticiosos sacerdotes, esta insolente canalla de profetas,

Que, locos y haraganes y aguijoneados por el hambre,

Quieren mostrar a otros el camino que para sí no encuentran,

Prometen tesoros a quien les dé unos cuantos centavos.

Pero en épocas como ésta la razón defiende contra la locura una causa perdida de antemano. Cierto que el gobierno tomó sus medidas para atajar el mal; los fanáticos embaucadores fueron castigados policiacamente y expulsados del país, se prohibió todo culto extranjero no autorizado oficialmente y hasta se declaró vedado por la autoridad, en el año 242, el consultar al oráculo relativamente inocuo de Presente, persiguiéndose rigurosamente, como ya hemos dicho, los excesos de la beatería. Pero cuando las cabezas de los hombres se dejan llevar a fondo de la locura, no bastan las órdenes de las más altas autoridades para volverlas a la razón. De lo que dejamos expuesto se desprende asimismo hasta qué punto hubo de ceder, o por lo menos cedió, el gobierno a la superstición de la masa. La costumbre romana de consultar oficialmente a los sabios etruscos en ciertos y determinados casos, con lo que se contribuía también desde arriba a la difusión de la ciencia etrusca entre las familias más encumbradas del país, y la autorización del culto secreto de Deméter, que no tenía nada de inmoral y del que sólo podían participar las mujeres, figurarían probablemente entre los cultos extranjeros inocuos y relativamente indiferentes adoptados en los primeros tiempos. En cambio la adopción del culto de la diosa Cibeles es un indicio harto lamentable de lo débil que el gobierno se sentía ante la nueva superstición y tal vez incluso de la influencia que ésta ejercía sobre él mismo. Y asimismo debemos considerar como una negligencia imperdonable o tal vez como algo peor el hecho de que las autoridades dejasen transcurrir tanto tiempo hasta decidirse a intervenir — haciéndolo además por instigación de una denuncia que lle-

gó casualmente a sus manos— contra los hechos abominables de las bacanales.

Rigor de las costumbres

Cuál debía ser la vida privada de los romanos al modo en que la concebían los ciudadanos respetables de esta época podemos deducirlo en sus rasgos esenciales a través del cuadro que nos ha sido transmitido de la de Catón el Viejo. A pesar de la intensidad activa desplegada por este hombre como estadista, como administrador, como escritor y como especulador, el centro de su existencia fue siempre la vida familiar; a su juicio era preferible ser un buen esposo que un gran senador.

La disciplina doméstica caracterizábase por su gran severidad. Los criados no podían salir de casa sin que se les ordenase ni charlar de lo que pasaba dentro de ella con personas ajenas a la familia. Los castigos graves no podían imponerse caprichosamente por el *paterfamilias,* sino que se pronunciaban y ejecutaban previa una especie de debate judicial; el rigor que presidía estas relaciones entre señores y criados lo revela el hecho de que uno de los esclavos de Catón se suicidó al saber que había sido descubierto un trato comercial celebrado por él sin orden de su señor. Cuando se trataba de infracciones leves, por ejemplo de faltas u omisiones cometidas al servir la mesa, el hombre de rango consular solía administrar por sí mismo los azotes al culpable, con una correa, después de la comida.

No menos severa era la disciplina en que se mantenía a la esposa y a los hijos, aunque de otra clase, pues Catón consideraba un pecado descargar la mano sobre la mujer o los hijos adultos, como se hacía tratándose de los esclavos. En cuanto a la elección de esposa, nuestro autor reprobaba los matrimonios por dinero y aconsejaba que se atendiese al linaje de la mujer, aunque él se casó, siendo ya viejo, con la hija de uno de sus clientes más pobres. Por lo demás profesaba

por lo que a la abstinencia del marido se refiere las ideas que suelen prevalecer en todos los países en que impera la esclavitud; la esposa era, para él, desde todos los puntos de vista, pura y simplemente, un mal necesario. Sus escritos están esmaltados de denuestos contra el bello sexo, al que califica de chismoso, vano e ingobernable. "Todas las mujeres son seres orgullosos y llenos de vicios —escribe el viejo Catón— y si los hombres pudiesen vivir sin ellas, nuestra vida sería seguramente más virtuosa."

En cambio tomaba muy a pecho y consideraba como una cuestión de honor la educación de los hijos legítimos y, a sus ojos, las mujeres sólo tenían razón de ser en función de ellos. La madre debía criar por regla general a sus hijos y cuando por excepción los diese a amamantar a las esclavas, estaba obligada a permitir que los de éstas se acercasen, en justa reciprocidad, a sus propios pechos. Es uno de los pocos rasgos en que se manifiesta la tendencia a suavizar la institución de la esclavitud mediante relaciones humanas, por medio de la comunidad maternal y la hermandad de leche. A menos que alguna ocupación importante se lo impidiese, el viejo general hallábase siempre presente cuando lavaban y fajaban a sus hijos.

Velaba celosamente por la inocencia infantil; en presencia de sus hijos sentíase, nos asegura, como si estuviese delante de las vírgenes vestales; se guardaba de pronunciar una palabra deshonesta y jamás abrazó a su esposa cuando ellos pudiesen verlo, como no fuese que aquélla tuviese miedo al estruendo de la tormenta. La educación de su hijo constituye sin duda alguna la parte más hermosa de sus múltiples actividades, muy honrosas muchas de ellas. Fiel a su principio de que el niño de carrillos colorados era más apto para la vida que el de mejillas pálidas, el viejo soldado inició personalmente a su hijo en todos los ejercicios corporales, enseñándole a luchar, a montar, a nadar y la esgrima y acostumbrándolo a soportar el calor y el frío. Pero al mismo tiempo dábase cuenta certeramente de que habían pasado ya los tiempos

en que el romano podía contentarse con ser un buen campesino y un soldado valiente y percibía también la influencia perniciosa que necesariamente tenía que ejercer sobre el espíritu del niño el descubrir más tarde un esclavo en el hombre que le había reprendido y castigado y a quien se había ido acostumbrando a cobrar respeto. Por eso se impuso la tarea de enseñar él mismo a su hijo lo que todo romano debía aprender, la lectura y la escritura y el conocimiento de las leyes de su país; ya en edad muy avanzada se sometió al esfuerzo de asimilar la cultura general de los helenos para estar en condiciones de transmitir a su hijo en la lengua materna lo que dentro de aquélla consideraba de utilidad para los romanos. Toda su obra de escritor fue desarrollada pensando primordialmente en el hijo y para éste redactó también su historia, que escribió de su puño y letra, con caracteres grandes y claros, para que él, siendo pequeño aún, pudiese leerla.

Catón vivió siempre con sencillez y economía. En su rigurosa economía doméstica no había sitio para los lujos. Ningún esclavo debía costarle más de 1 500 denarios, y el precio de un vestido no debía exceder nunca de 100; en su casa no se veía ninguna alfombra y sus paredes estuvieron mucho tiempo sin pintar. Generalmente comía y bebía lo mismo que sus criados y no toleraba que ninguna comida supusiera un desembolso al contado de más de 30 ases; en tiempo de guerra el vino quedaba totalmente desterrado de su mesa y sólo bebía agua, mezclada a veces con vinagre.

En cambio no era amigo de los convites; gustaba de sentarse sin prisa a la mesa tanto con sus amigos en la ciudad como con sus vecinos en el campo; su grande y variada experiencia y su agudo ingenio hacían que su compañía fuese muy estimada; no rehusaba los dados ni un trago de vino, y en su libro de economía figura incluso, entre otras recetas, un excelente y acreditado remedio casero para los casos extraordinarios en que se comiese o se bebiese más de la cuenta.

Trabajó incansablemente toda su vida hasta una avanzada edad. Sabía distribuir y aprovechar todos los minutos y por la noche, recluido en su casa, solía recapitular, a solas consigo mismo, lo que había oído, dicho y hecho durante el día. Encontraba siempre el tiempo para atender a sus propios asuntos, a los de sus amigos y a los de la comunidad y aún le quedaba vagar para conversar y divertirse. Todo lo hacía de prisa y sin perder muchas palabras, y nada odiaba tanto su dinámico espíritu como el dar demasiada importancia a las pequeñeces.

Así vivía el hombre a quien sus contemporáneos y la posteridad consideraban como el auténtico prototipo del ciudadano romano y que pasaba por ser la encarnación, un poco ruda en verdad, de la actividad y la honradez romanas frente a la indolencia y el relajamiento de costumbres de los griegos. No en vano diría más tarde un poeta latino:

Las costumbres extranjeras no son otra cosa que locuras;

Nadie en el mundo se comporta mejor que un ciudadano romano;

Para mí, un Catón vale más que cien Sócrates

Son juicios que la historia no tiene por qué reconocer incondicionalmente; pero la verdad es que, ante los estragos de la revolución que el degenerado helenismo hubo de producir en esta época a que nos estamos refiriendo en la vida y el pensamiento de los romanos, se siente uno más bien inclinado a acentuar que a suavizar el juicio condenatorio que el poeta emite contra las costumbres importadas del extranjero.

Nuevas costumbres

Los vínculos de la familia iban relajándose con celeridad aterradora. Las amantes y los mancebos destinados al placer iban extendiéndose como una peste, sin que, dentro de aquella situación, fuese posible siquiera adoptar medidas legislativas que atajasen a fondo el mal; el elevado impuesto decreta-

do por Catón durante su censura (año 184) contra los que sostenían esta abominable categoría de los esclavos de lujo no tuvo eficacia alguna, y además desapareció en la práctica dos o tres años después de implantado, a la par que el impuesto sobre la riqueza.

El celibato, que ya en el año 234, por ejemplo, era objeto de amargas quejas, y el divorcio, iban ganando terreno, naturalmente, al amparo de esta situación. En el seno de las familias más distinguidas ocurrían crímenes espantosos; el cónsul Cayo Calpurnio Pisón, por ejemplo, fue envenenado por su esposa y su hijastro para provocar una elección parcial al consulado y hacer que esta magistratura fuese a parar a manos del asesino, lo que en efecto se consiguió (año 180).

Es también en esta época cuando comienza el movimiento de la emancipación de la mujer. Según la práctica antigua la mujer casada hallábase sometida por derecho a la potestad marital, semejante a la paterna, y la soltera bajo la tutela de sus más próximos agnados varones, poco diferente de la patriapotestad. La mujer casada no tenía patrimonio propio, y la soltera y la viuda carecían, por lo menos, de la administración de sus bienes. En la época de que estamos tratando la mujer empieza a sentir la aspiración de afirmar su personalidad propia en el campo del derecho patrimonial, y unas veces se las arregla para desligarse de la tutela agnaticia y hacerse personalmente cargo de la administración de sus bienes mediante hábiles recursos en que la inician sus abogados, el más frecuente de los cuales era contraer un matrimonio ficticio, y otras encuentra los medios para sustraerse, si es casada, por caminos iguales o parecidos, a la potestad marital impuesta por el rigor del derecho.

Los estadistas de la época debieron de encontrar tan peligrosa la masa de capital puesta en manos de mujeres que acudieron al exorbitante recurso de prohibir legalmente la institución testamentaria de cualquier mujer como heredera (año 169), norma que una práctica altamente arbitraria interpretaba extensivamente en el sentido de privar también a las

mujeres, en la mayor parte de los casos, de las herencias de colaterales que pudieran corresponderles fuera de testamento.

La jurisdicción familiar sobre la mujer, corolario de aquella antigua potestad marital y tutelar, fue cayendo también poco a poco en desuso. La mujer empezó a dar también muestras de tener voluntad propia en los asuntos públicos y de vez en cuando, para decirlo con las palabras de Catón, "mandaba sobre los dominadores del mundo"; su influencia dejábase sentir en los comicios, y en las provincias empezaban a levantarse incluso estatuas de damas romanas.

Lujo

La suntuosidad y el lujo iban haciendo progresos en todos los terrenos: en el vestido, en el adorno y en el mobiliario, en los edificios y en la mesa. A partir sobre todo de la expedición al Asia Menor realizada en el año 190, el lujo asiático helénico, tal como imperaba en Éfeso y Alejandría, se transplantó también a Roma, con su vacuo refinamiento y su derroche de dinero, tiempo y placeres exóticos. En esto era también la mujer la que daba el tono; pese a las incansables y sangrientas burlas de Catón, las mujeres consiguieron que, después de la paz con Cartago (año 195), se revocase el acuerdo votado por los comicios a raíz de la batalla de Cannas (año 215) por el que se les prohibía usar preseas de oro y ropas de colores y servirse de vehículos; a su ardiente adversario no le quedó otro recurso que someter estos artículos a un elevado impuesto (año 184).

Empezaron a llegar a Roma multitud de artículos nuevos y en su gran mayoría frívolos, tales como la vajilla de plata adornada con graciosas figuras, los triclinios con aplicaciones de bronce, los llamados vestidos atálicos y los tapices tejidos de rico brocado de oro.

Pero las manifestaciones del nuevo lujo giraban principalmente en torno a los placeres de la mesa. Hasta ahora en ninguna casa se servía más que una comida caliente al día; a partir de esta época se generalizó la costumbre de tomar también algún alimento caliente en el segundo almuerzo *(prandium),* y entre las gentes acomodadas ya nadie se contentaba con los dos platos que formaban tradicionalmente la comida principal del día. Era usual de antiguo que las mujeres se ocupasen de amasar el pan en su casa y de atender por sí mismas a las faenas de la cocina, y sólo cuando había invitados se contrataba especialmente un cocinero de profesión, que se encargaba de preparar los platos y la pastelería. A partir de ahora el arte culinario se convierte en una verdadera ciencia. Las familias distinguidas tenían su propio cocinero. Hízose necesario proceder a una división del trabajo, desglosándose del oficio específico de cocinero el de panadero y pastelero. Los primeros obradores de pan aparecieron en Roma hacia el año 171.

Los poemas sobre el arte del buen comer, en los que figuraban largas relaciones de los pescados de mar y los mariscos más sabrosos, encontraban su público; y sus recomendaciones no se quedaban, naturalmente, en pura teoría. Los manjares extranjeros, las anchoas del Ponto y los vinos griegos empezaron a abrirse paso en Roma, y no creemos que los mercaderes de vino de la capital sufriesen mucho quebranto en sus negocios por la receta que aconsejaba emplear Catón para dar al vino corriente de la tierra el sabor del vino de Cos, poniéndole un poco de salmuera.

La antigua costumbre venerable de los cantos y las sagas de los comensales y sus hijos fue desplazada por la práctica de amenizar los banquetes con arpistas asiáticas.

Aunque en Roma siempre se había bebido abundantemente en las comidas, no se habían conocido hasta ahora los festines en que corría a raudales el vino; en esta época estaban a la orden del día las orgías, en las que el vino apenas se mezclaba o se bebía completamente puro en grandes copas y

brindando por riguroso turno, lo que los romanos llamaban "beber a la griega" *(Graeco more bibere)* o "grequizar" *(pergraecari, congraecare).*

A tono con estas costumbres libertinas, el juego de dados, usual en Roma desde hacía mucho tiempo, cobró tales proporciones que la legislación creyó necesario intervenir para cortarle las alas.[8] El horror al trabajo y la vagancia crecían a ojos vistas. Catón propuso que se pavimentase el Foro con guijarros bien afilados para obligar a los gandules a aprender un oficio; los desocupados rieron la gracia y siguieron paseando su indolencia por las calles de Roma.

Fiestas y diversiones

Ya hemos aludido a las proporciones aterradoras en que las fiestas y diversiones populares se multiplicaron durante esta época. En sus comienzos, si prescindimos de algunos torneos y carreras que figuraban más bien entre las ceremonias religiosas, sólo se conocía una fiesta general del pueblo al año, que se celebraba en el mes de septiembre y duraba cuatro días, sin que su costo pudiese exceder de una cifra máxima establecida con carácter fijo. Al final de la época a que nos venimos refiriendo la duración de esta fiesta era ya, por lo menos, de seis días, y a ella habían venido a sumarse las siguientes: a comienzos de abril la de la diosa Cibeles o las llamadas Megalensias, hacia fines de abril las fiestas en honor de Ceres y de Flora, en junio la de Apolo, en noviembre las fiestas plebeyas, cada una de las cuales duraba probablemente varios días. A esto hay que añadir además los numerosos casos en que se hacía necesario repetir las fiestas por razones de escrupulosidad religiosa, que probablemente no eran más que pretextos para seguirse divirtiendo, y las continuas fiestas populares extraordinarias, entre las que figuraban los banquetes organizados con los diezmos de las ofrendas a que hemos aludido más arriba, los festines en honor de los dioses, las fiestas que acompañaban a los desfiles

triunfales y a los entierros, y sobre todo las solemnes expansiones inauguradas en el año 249, al terminarse aquellos largos periodos de tiempo establecidos por la religión etrusco-romana y que se conocían con el nombre de *saecula*.

A la par con las fiestas públicas, habíanse multiplicado las fiestas privadas. Durante la segunda guerra púnica introdujéronse entre las familias distinguidas los banquetes ya mencionados para conmemorar el aniversario del entronizamiento de la diosa Cibeles (desde el año 204) y entre las gentes bajas (desde el 217) las saturnales, semejantes a aquellas orgías; una y otra fiesta bajo el signo de los poderes del cura extranjero y el cocinero exótico, que en adelante marchan siempre unidos.

Era ya casi una realidad aquel ideal con que soñaba todo holgazán: el de pasarse el día entero sin hacer nada. ¡Y esto en una sociedad como la romana, donde el trabajo de una y otra clase había sido siempre el fin de la vida, lo mismo para el individuo que para la colectividad, y en que el goce ocioso y estéril se hallaba proscrito tanto por la ley como por la costumbre! Además, como era lógico, en estas fiestas y diversiones iban ganando terreno más y más los elementos degradantes y desmoralizadores.

Las carreras seguían siendo, naturalmente, el apogeo y punto final de las fiestas populares. Un poeta de esta época pinta de un modo muy plástico la tensión con que las miradas de la multitud se clavaban en el cónsul, cuando éste se disponía a dar la señal para que partiesen los carros. Pero la gente ya no se contentaba con las diversiones anteriores; pedía otras nuevas y más variadas. Al lado de los púgiles y combatientes nacionales aparecen ahora (desde el año 186) los atletas griegos. De las representaciones dramáticas hablaremos más adelante; aunque fuese una ventaja de carácter dudoso, era de todos modos lo mejor que podía conseguirse, en este orden de cosas, el que la tragedia y la comedia griegas se transplantasen con este motivo a Roma. La diversión de soltar liebres y zorros para que el público los viese correr

unos tras otros y los azuzase no era, probablemente, nada nuevo, pero estas inocentes cacerías convirtiéronse ahora en batidas de bestias salvajes para las que se transportaban a Roma, sin reparar en gastos, las fieras criadas en el África, leones y panteras (a partir del año 186, o tal vez antes), sin otra finalidad que divertir a las gentes ociosas de la capital con el espectáculo de verlas matar y morir. Fue ahora cuando se introdujo también en Roma el espectáculo aún más abominable de los gladiadores, aclimatado ya en la Etruria y la Campania; en el año 264 se derramó por vez primera sangre humana en el Foro de Roma para solaz y esparcimiento de los espectadores.

Estas degradantes diversiones eran, naturalmente, objeto de las más acres censuras. Publio Sempronio Sofo, cónsul en el año 268, envió a su esposa la carta de repudio por haber tomado parte en unos juegos funerales; el gobierno, por su parte, consiguió que un acuerdo de los comicios prohibiese el traslado a Roma de fieras de otros países y velaba con todo rigor por evitar la actuación de gladiadores en las fiestas del Estado. Pero en este como en tantos otros aspectos el gobierno carecía del poder o la energía necesarios para desarrollar una política consecuente; consiguió, a lo que parece, reprimir los acosos de fieras, pero no se puso fin, en cambio, a la actuación de las parejas de gladiadores en las fiestas privadas, sobre todo en las que acompañaban a los entierros.

Aún era más difícil para el Estado impedir que el público prefiriese los comediantes a los actores trágicos, los saltimbanquis a los comediantes y los gladiadores a los saltimbanquis, y que la escena gustase de revolcarse entre las inmundicias de la vida helénica. Se renunció desde el primer momento a cuanto pudiese haber de educativo en los juegos escénicos y musicales. Los organizadores de las fiestas romanas no se propusieron jamás, como la escena griega en su época de mayor florecimiento, elevar al auditorio, aunque sólo fuese transitoriamente, a las alturas de sensibilidad de los mejores por medio de la emoción de la poesía, ni proporcio-

nar un deleite artístico a una minoría selecta, que es la misión que se traza hoy nuestro teatro. Cuál era la tónica de los espectáculos de Roma, en esta época, lo mismo por parte de la dirección que por parte de los espectadores, lo revela con harta elocuencia el incidente ocurrido en los juegos triunfales del año 167, en que, al no gustar las melodías de los primeros flautistas griegos que en ellos tomaban parte, el director de escena les ordenó, entre los gritos de júbilo del público, que dejasen de tocar y se pusiesen a boxear.

Ahora ya no eran las influencias helénicas las que infestaban las costumbres romanas, sino a la inversa: los discípulos empezaban a desmoralizar a sus maestros. El rey Antíoco Epífanes (175-164), gran imitador de los griegos, introdujo en la corte siria los juegos de gladiadores, desconocidos en toda Grecia, y aunque al principio repugnaban más bien que deleitaban a aquel público griego, más educado en sus sentimientos humanos y en su gusto artístico, a pesar de todo el nuevo espectáculo se aclimató también allí y fue abriéndose paso poco a poco en círculos más amplios de la sociedad.

Carestía y corrupción

Esta revolución operada en la vida y las costumbres llevaba aparejada, naturalmente, otra revolución de carácter económico. La vida en la capital era cada vez más apetecida y cada vez más costosa. Los alquileres subieron hasta alturas inauditas. Los nuevos artículos de lujo cotizábanse a precios fabulosos; por un barrilillo de anchoas del mar Negro se pagaban 1 600 sestercios, más que por un mozo de labranza; un mancebo bonito llegó a alcanzar el precio de 24 mil sestercios, más que muchas tierras labrantías.

En estas condiciones se comprende que el dinero y sólo el dinero fuese la consigna para los de arriba y los de abajo. Hacía ya mucho tiempo que en Grecia nadie prestaba ningún servicio de balde, como los propios griegos reconocían con una franqueza poco plausible; desde la segunda guerra mace-

dónica los romanos empezaron también a seguir las huellas de los helenos por este camino. Fue necesario apuntalar con normas legislativas las tradiciones de la respetabilidad, y así por ejemplo se dictó un acuerdo de los comicios prohibiendo que los administradores percibiesen dinero por sus servicios; los jurisconsultos constituían una hermosa excepción a esta regla, pues no necesitaban que la ley se adelantase a imponerles una práctica honrosa que venían ejerciendo desde antiguo: la de evacuar sus consultas jurídicas sin cobrar nada.

La gente no robaba descaradamente cuando podía evitarlo; pero consideraba lícitos todos los caminos tortuosos para enriquecerse aprisa: el saqueo o la limosna, el fraude en los suministros y la estafa en la especulación, la usura en los intereses y en el trigo y hasta la explotación económica de instituciones puramente morales como la amistad o el matrimonio. Las uniones conyugales sobre todo eran objeto de especulación por ambas partes, las bodas por dinero estaban a la orden del día, hasta el punto de que fue necesario dictar normas para privar de validez jurídica las donaciones que se hiciesen entre sí los cónyuges.

No tiene nada de extraño que, en estas condiciones, existiesen y fuesen denunciados planes para pegar fuego a la capital por los cuatro costados. Cuando el hombre pierde el gusto al trabajo y sólo desarrolla una actividad acuciado por el afán de enriquecerse a toda prisa y llegar cuanto antes al disfrute de los placeres de la vida, no tarda en bordear el crimen y es un milagro que no incurra en él. El destino había regado sobre los romanos a manos llenas todos los favores de la riqueza y del poder; pero la caja de Pandora fue verdaderamente un regalo de muy dudoso valor.

Las condiciones sociales bajo la revolución

No es difícil, en general, darse cuenta del giro que las condiciones sociales de Roma tenían que tomar necesariamente ante la espantosa situación económica provocada por la épo-

ca revolucionaria, pero el seguir en detalle aquella ola de refinamiento, de precios fabulosos, de asco y de vacío tiene poco de agradable y de instructivo. El derroche y la sensualidad eran ahora la divisa en todas las capas de la sociedad, lo mismo entre los *parvenus* que entre los linajes altos como los Licinios y los Metelos. Lo que florecía no era ese lujo delicado que constituye la flor de la civilización, sino aquel que se había desarrollado en la civilización helénica decadente del Asia Menor y de Alejandría, el lujo que envilecía cuanto era bello y grande para convertirlo en pura decoración, que analizaba los goces con minuciosa y alambicada pedantería, repelente por igual para la persona sensual y para el hombre espiritualmente sano.

Por lo que a las fiestas populares se refiere, parece que a mediados de este siglo volvió a autorizarse por un acuerdo de los comicios votados a propuesta de Gneo Ofidio la importación de fieras del África prohibida en tiempos de Catón, con lo que los abominables espectáculos de los bestiarios cobraron gran impulso y se convirtieron en el número de fuerza de las fiestas cívicas. Hacia el año 103 aparecieron por primera vez en la arena romana varios leones juntos y en el año 99 los primeros elefantes; en el 93, siendo pretor Sila, fueron soltados en el circo cien leones de una sola vez. Otro tanto podemos decir de los pugilatos de gladiadores. Los antepasados tendían a convertir las fiestas públicas en simulacros de las grandes batallas; los nietos de aquellos romanos contentábanse con combates de gladiadores, y estas acciones públicas, de que tanto se regocijaban, atraerían sobre ellos las burlas de la posteridad.

El testamento de Marco Emilio Lépido (cónsul en los años 187 y 175; † en el 152) indica qué sumas tan cuantiosas se destinaban a estos juegos y a las ceremonias funerales. Lépido ordenaba a sus hijos, teniendo en cuenta que los verdaderos honores póstumos que podían rendirse a una persona no consistían precisamente en desplegar una pompa vana, sino

en recordar sus méritos y los de sus antepasados, que no gastasen en su entierro más de un millón de ases.

La ostentación en los edificios y los jardines fue también en aumento; la casa que poseía en la ciudad el orador Craso († 91), fastuosa y célebre sobre todo por los árboles centenarios de su parque, estaba valorada en 8 millones de sestercios incluyendo el arbolado y sin él en la mitad, mientras que el valor de una de las viviendas corrientes de Roma podía evaluarse en unos 60 mil sestercios.[9] Los precios de las fincas de lujo aumentaban con asombrosa celeridad; así, por ejemplo, la villa de Misena, por la que Cornelia, la madre de los Gracos, había pagado en su tiempo 75 mil sestercios, fue comprada ahora por Lucio Lúculo, cónsul en el año 74, treinta y un veces más cara. La construcción de villas y la refinada vida de campo y de playa convirtió a Baia y toda la costa del golfo de Nápoles en el Eldorado de la ociosidad distinguida.

Los juegos de azar, en los que ya no se ventilaban, ni mucho menos, solamente nueces como en el viejo juego itálico de la taba, se generalizaron, y ya en el año 115 hubo de dictarse un edicto del censor prohibiéndolos. Las telas de gasa, que servían más para mostrar las formas que para recatarlas, y los vestidos de seda, empezaron a sustituir a las antiguas túnicas de lana, no sólo entre las mujeres sino también entre los hombres. Las leyes suntuarias esforzábanse en vano por poner un dique al derroche fabuloso de perfumes extranjeros.

Pero el centro verdaderamente esplendoroso y el foco de esta vida de disipación era la mesa. Se pagaban precios fantásticos —hasta 100 mil sestercios— por un buen cocinero. Las atenciones culinarias eran tenidas muy en cuenta en los proyectos de construcción de viviendas de lujo y las casas de campo junto a la costa estaban casi siempre dotadas de estanques de agua salada que servían de criaderos de peces y ostras para abastecer la mesa de pescado y mariscos frescos. No se consideraba selecta la comida si en ella se servían las

aves enteras y no los bocados escogidos solamente y si los invitados tenían que comer de todos los platos, en vez de limitarse a probarlos. Gastábanse cantidades exorbitantes en traer del extranjero los manjares más exquisitos y en importar los mejores vinos griegos; éstos no podían faltar en ninguna mesa distinguida, aunque sólo se sirviese una ronda de copas de ellos. Era en los banquetes sobre todo donde brillaba el esplendor de las casas grandes: el tropel de los esclavos de lujo, la orquesta, el cuerpo de baile, el elegante mobiliario, los tapices ricamente bordados en oro o imitando pinturas, los paños de púrpura, los bronces antiguos, la suntuosa vajilla de plata.

Contra estos excesos iban dirigidas en primer lugar las leyes suntuarias, dictadas en esta época con mayor frecuencia (en los años 161, 115, 89 y 82) y mayor minuciosidad que en ninguna otra; en ellas se prohibía toda una serie de manjares y vinos, fijándose para otros una tasa máxima en cuanto al peso y al precio, se prescribía la cantidad de vajilla de plata que podía figurar en la mesa y establecíase finalmente el costo máximo de una comida ordinaria y de un banquete solemne; en las leyes del año 161, por ejemplo, estos precios máximos eran de 10 y 100 sestercios, respectivamente; en las del año 81 de 30 sestercios para la primera y 300 para la segunda. Pero, en gracia a la verdad, debe añadirse, desgraciadamente, que en el seno de la alta sociedad romana sólo tres personas, entre las que no figuraban ciertamente los propios legisladores, prestaron acatamiento, al parecer, a estas leyes del Estado; y es justo decir que, por lo que a estas tres personas se refiere, no fueron precisamente las normas de la ley sino los preceptos de los estoicos los que les impusieron la dieta.

Merece la pena detenerse un momento en el lujo de los objetos de plata, al que las leyes suntuarias no pusieron coto, ni mucho menos. En el siglo VI eran todavía una excepción los cacharros de plata en la mesa, dejando a salvo el salero. Los embajadores cartagineses bromeaban diciendo que en to-

das las casas a que se les había invitado habían encontrado la misma vajilla de plata. Emiliano Escipión no poseía aún más que 32 libras de plata trabajada; su sobrino Quinto Fabio (cónsul en el año 121) llegó a poseer ya mil libras; la casa de Marco Druso (tribuno del pueblo en el año 91) contenía ya 10 mil libras. En la época de Sila se calculaba que existían en la capital unas 150 fuentes de lujo de plata maciza sin la menor mezcla, algunas de las cuales llevaron a sus poseedores a las listas de proscripción. Para formarse una idea de las sumas invertidas en esto debe tenerse presente que la mano de obra, en esta época, era también carísima; sabemos, por ejemplo, que Cayo Graco llegó a pagar por unos objetos de plata muy bien trabajados quince veces y Lucio Craso (cónsul en el año 95) dieciocho veces el valor del metal; este último personaje pagó a un platero famoso 100 mil sestercios por un par de copas de plata. Y estos casos no tenían nada de excepcional.

El estado de los matrimonios y de la procreación lo indican ya las mismas leyes agrarias de los Gracos, al conceder por primera vez una prima para animar a la gente a casarse y a tener hijos. El divorcio, que en la Roma de tiempos pasados era casi un acontecimiento inaudito, estaba ahora a la orden del día. En el matrimonio romano primitivo el marido compraba a la mujer; en la época a que nos referimos habría sido más práctico, por lo que se refiere a los maridos de la alta sociedad, que la alquilase, pues de ese modo la forma jurídica del matrimonio habría respondido mejor a su realidad. Hasta un hombre como Metelo Macedónico, admiración de sus contemporáneos por su austera vida de padre de familia y por el gran número de sus hijos, hubo de preconizar a sus conciudadanos, siendo censor en el año 131, la obligación que tenían de hacer vida conyugal caracterizando el matrimonio como una carga pública pesada, pero que todo patriota debía sobrellevar como un deber.[10]

Había, naturalmente, excepciones a esta regla. La sociedad rural, sobre todo los grandes hacendados, mantenían fieles

en este respecto a la antigua y honrosa tradición nacional de los latinos. Pero en la capital la oposición catoniana habíase convertido en una mera frase; las corrientes modernas imperaban de un modo soberano, y aunque algunos temperamentos sólidos y bien organizados como el de Emiliano Escipión supiesen hermanar las costumbres romanas con la cultura ática, en la inmensa mayoría de los casos el helenismo era sinónimo de corrupción moral y espiritual.

No debemos perder de vista la repercusión de estos males sociales sobre las condiciones políticas, si queremos comprender la revolución romana. No puede considerarse con indiferencia el hecho de que uno de los dos hombres encumbrados que actuaban en el año 92 como los más altos magistrados de las costumbres de la comunidad echase en cara públicamente al otro el haber llorado lágrimas de dolor sobre el cadáver de uno de aquellos peces favoritos de los romanos llamados morenas, orgullo de su criadero, a lo que el segundo replicó que el otro, por su parte, había enterrado a tres mujeres seguidas sin derramar una sola lágrima de duelo.

Relataremos, para terminar este capítulo, otro episodio característico de la época. En el año 161 un orador podía burlarse en pleno Foro trazando la siguiente pintura de cierto juez civil de rango senatorial a quien la hora señalada para asistir a los debates del proceso sorprendió bebiendo y divirtiéndose entre sus amigotes: "Están jugando a juegos de azar, intensamente perfumados y rodeados de sus amantes. Conforme avanza la tarde, llaman al criado y le mandan que vaya al Foro donde están reunidos los comicios, para averiguar lo que ha pasado, quién ha votado en pro y quién en contra de la nueva propuesta de ley, qué distritos la han apoyado y cuáles la han combatido. Por último, se levantan y se trasladan ellos mismos al sitio en que se está celebrando el juicio, con el tiempo justo para llegar antes de que el proceso le sea cargado al juez por no comparecer. Por el camino no hay ninguna callejuela que no les brinde una ocasión propicia, pues el vino les rebosa por todas partes. Por fin nuestro

hombre se acerca de mala gana al tribunal y escucha a las partes litigantes. Los interesados alegan sus razones. El juez hace que comparezcan los testigos. Mientras éstos declaran él se retira a un lado; al volver pretende haber escuchado todas las declaraciones y pide que se le exhiba la prueba documental. Echa un vistazo a los papeles; el vino apenas le permite abrir los ojos. Cuando se retira para emitir el fallo dice a sus compañeros de parranda: ¿Qué diablos me interesan a mí los líos de estas gentes insoportables? ¿Por qué no nos vamos a beber un vaso de buen vino dulce mezclado con vino griego, acompañado de unos pájaros fritos y de un buen pescado, de un verdadero lucio de la isla del Tíber? Quienes escuchan al orador ríen de buena gana. ¿Pero no era también trágico que la gente pudiese tomar a risa cosas como éstas?"

Nacionalidad, religión, cultura

En la gran lucha de las nacionalidades librada dentro de los vastos ámbitos del imperio romano las naciones secundarias parecen pasar a segundo plano o esfumarse, en esta época de la revolución. La más importante de todas, la fenicia, había recibido con la destrucción de Cartago una herida mortal por la que fue desangrándose poco a poco. Los países de Italia que aún conservaban su lengua y sus costumbres tradicionales, la Etruria y el Samnio, no sólo sufrieron los más rudos golpes bajo la reacción de Sila, sino que la nivelación política de Italia en esta época los obligó además a aceptar la lengua y las costumbres latinas para el trato público y redujo sus antiguas lenguas nacionales al rango de simples dialectos populares, llamados a anquilosarse y a desaparecer.

Latinismo y helenismo

Ya no vuelve a aparecer en toda la órbita del Estado romano una sola nacionalidad en condiciones de competir siquie-

ra con la romana y la helénica. En cambio la nacionalidad latina experimenta ahora un auge decidido, tanto en extensión como en profundidad. Del mismo modo que desde la guerra de la confederación todo predio itálico puede pertenecer a cualquier itálico en plena propiedad romana y cualquier dios de los templos itálicos puede recibir ofrendas romanas, y que en toda Italia, exceptuando las tierras de la Transpadania, rige únicamente el derecho romano con exclusión de todo otro derecho municipal o nacional, la lengua romana es también, en esta época, la lengua general empleada en los negocios y se convertirá asimismo, muy pronto, en la lengua general del mundo culto en toda la península, desde los Alpes hasta el estrecho de Sicilia.

Pero, además, la lengua romana no se hallaba ya circunscrita por estas fronteras naturales. La masa de capital que afluía a Italia, la riqueza de sus productos, la capacidad de sus agricultores, la pericia de sus comerciantes, reclamaban un campo de acción más vasto que la península; esto y el desempeño de las funciones públicas hacía que grandes masas de itálicos se desplazasen a las provincias. Su posición privilegiada en éstas confería también una posición de privilegio a la lengua romana y al derecho romano, incluso allí donde no eran romanos exclusivamente los que comerciaban o se relacionaban entre sí.

Los itálicos formaban en todas partes masas coherentemente unidas y organizadas, los soldados dentro de sus legiones, los comerciantes de cada ciudad importante dentro de sus propias corporaciones, los ciudadanos romanos domiciliados o residentes en una jurisdicción provincial, formando un "círculo" aparte (el *conventus civium Romanorum),* con sus listas propias de jurados y, en cierto modo, su propia organización municipal. Y aunque más tarde o más temprano estos romanos provinciales acababan volviendo generalmente a Roma, fue creándose poco a poco en las provincias, sobre la base de estos elementos, el tronco de una población fi-

ja, en parte romana y en parte engrosada por elementos de otras nacionalidades incorporados a ella.

Pero a pesar de los rápidos e impetuosos avances de la lengua y la nacionalidad latinas, éstas reconocen completa paridad a la lengua helénica, concediéndole incluso la primacía en cuanto al tiempo y al derecho, y en todas partes se alían estrechamente con ella en un desarrollo común. La revolución itálica que nivela todas las nacionalidades no latinas de la propia península respeta en cambio y deja intactas las ciudades griegas de Tarento, Regium, Nápoles y Locri. Massalia, aunque enclavada ahora entre territorio romano, sigue siendo también una ciudad helénica y, como tal, firmemente aliada a Roma.

La total latinización de Italia va acompañada de la creciente helenización de la península. La cultura griega pasa a ser un elemento esencial en las capas altas de la sociedad itálica. El supremo pontífice Publio Craso, cónsul en el año 131, causó el asombro de los mismos griegos de nacimiento cuando, siendo gobernador del Asia, emitía sus fallos judiciales en el griego usual o en uno de los cuatro dialectos convertidos en lenguas escritas, según lo requerían las circunstancias.

Hacía ya mucho tiempo que la literatura y el arte itálicos dirigían la vista sin recato hacia el Oriente; ahora la literatura y el arte helénicos empezaron a volver la cara hacia el Occidente. No eran sólo las ciudades helénicas de Italia las que se mantenían en constante y activo contacto espiritual con Grecia, el Asia Menor y el Egipto, reconociendo dentro de su seno los mismos méritos y tributando los mismos honores a los poetas y a los actores aclamados en aquellos países; Roma daba también acogida, siguiendo el ejemplo sentado en el año 146 en sus fiestas triunfales por el destructor de Cartago, a los juegos gimnásticos, poéticos y musicales de los griegos: torneos físicos y también musicales, juegos de otras clases, recitados y declamaciones.[11]

Los literatos griegos trascendían ya en esta época a los medios de la alta sociedad romana y eran muy estimados so-

bre todo en el círculo de Escipión, cuyos miembros helénicos más destacados, el historiador Polibio y el filósofo Panecio, pertenecen ya más bien a la historia romana que a la griega. También en otros círculos de la sociedad romana menos altos que éstos nos encontramos con fenómenos semejantes. Citaremos a otro contemporáneo de Escipión, el filósofo Cleitomaco, cuya vida parece simbolizar plásticamente la gigantesca mezcla de pueblos característica de esta época. Cleitomaco, cartaginés de nacimiento, alumno de Carnéades en Atenas y más tarde sucesor suyo en la cátedra, mantenía relaciones desde aquella ciudad con los hombres más cultos de Italia, con el historiador Aulo Albino y el poeta Lucilio y dedicó, de una parte, una obra científica a Lucio Censorino, el cónsul romano que inició el sitio de Cartago, mientras de otra parte brindaba una obra filosófica de consuelo a sus connacionales, transplantados como esclavos a Italia.

Si hasta ahora había habido, indudablemente, escritores griegos que habían residido temporalmente en Roma como embajadores, como prisioneros o por otra razón cualquiera, en esta época empezaron a establecerse de un modo permanente en la capital del imperio; el citado Panecio, por ejemplo, vivía en casa de Escipión y el poeta Arquías de Antioquía, gran compositor de hexámetros, trasladó en el año 102 su residencia a Roma, donde vivía bastante bien con su arte de improvisación y sus poemas heroicos en honor de los personajes consulares romanos. Hasta Cayo Mario, que probablemente no entendería ni una sola línea de su *carmen* y que era, por su carácter, la persona menos indicada para Mecenas, se sintió movido a proteger al popular versificador.

Conglomerado de pueblos

Y mientras que la vida espiritual y literaria ponía en contacto, como vemos, a los elementos más distinguidos, aunque no precisamente a los más puros, de ambas naciones, la afluencia a Italia de las masas de esclavos del Asia Menor y

de la Siria y la inmigración comercial de elementos del Oriente griego y semigriego hacían que las capas bajas y más toscas del helenismo, fuertemente mezcladas con gentes orientales y de otros pueblos bárbaros, se fundiesen con el proletariado itálico y diesen también a éste un matiz helénico. La frase de Cicerón según la cual la nueva lengua y las nuevas costumbres surgen primeramente en las ciudades del litoral marítimo debía de referirse primordialmente al carácter semihelénico de puertos como Ostia, Puteoli y Brindisio, donde primero penetraron, con las mercancías extranjeras, los usos y costumbres exóticos, para difundirse desde allí por toda la península.

El resultado inmediato de esta completa revolución operada en las relaciones nacionales distaba mucho de ser un resultado positivo. En Italia pululaban los griegos, los sirios, los fenicios, los judíos, los egipcios, y en las provincias los romanos; esto hacía que las características nacionales más acusadas fuesen asimilándose entre sí hasta acabar borrándose visiblemente por el contacto mutuo; parecía como si sólo hubiese de quedar en pie el carácter general del desgaste. De este modo lo que el latinismo ganaba en extensión lo perdía en vigor y en originalidad; sobre todo en la misma Roma, donde la clase media desapareció antes y de un modo más completo que en ningún otro sitio, sin dejar tras sí más que grandes señores y mendigos, ambos igualmente cosmopolitas. Cicerón asegura que alrededor del año 190 la cultura general de las ciudades latinas era, por término medio, superior a la de Roma; este juicio lo confirma la literatura de la época, cuyas obras más agradables, más sanas y más características, como la comedia nacional y la sátira de Luciano, pueden llamarse en justicia más bien latinas que romanas.

Huelga decir que el helenismo itálico de las capas bajas de la sociedad no era, en realidad, otra cosa que un repelente cosmopolitismo, en el que se abrazaban los peores excesos de la cultura y una barbarie recubierta de una delgada capa de civilización; pero tampoco en los sectores altos de la socie-

dad había de dominar mucho tiempo aquel fino sentido que imperaba en el círculo escipiónico. A medida que la masa de la sociedad iba interesándose más y más por la cultura y las costumbres helénicas, ganaba terreno la tendencia a inspirarse, no en la literatura clásica precisamente, sino en las producciones más modernas y más frívolas del espíritu griego; en vez de plasmar el carácter romano en el sentido de la cultura helénica, seguíase el camino más cómodo, que era el de tomar de los griegos aquellas obras de diversión y pasatiempo menos aptas para desarrollar y poner en acción el propio espíritu. A esto quería referirse indudablemente el hacendado de Arpino Marco Cicerón, padre del orador, cuando decía que el romano, como el esclavo sirio, valía siempre menos cuando sabía griego.

Este proceso de descomposición nacional es desconsolador como todo en esta época, pero es, al mismo tiempo, un rasgo importante y preñado de consecuencias. El círculo de pueblos que solemos llamar el mundo antiguo va avanzando desde la unificación puramente externa bajo el cetro de Roma hasta la unificación interior bajo el poder de la cultura moderna, basada esencialmente en elementos helénicos. Sobre las ruinas de los pueblos de segundo rango séllase tácitamente la gran transacción histórica entre las dos naciones dominantes; la nacionalidad griega y la latina se dan el abrazo de paz. Los griegos renuncian a ejercer su dominación exclusiva de lengua en el terreno de la cultura, los romanos hacen lo mismo en lo que a la acción política se refiere. En materia de enseñanza se reconoce al latín, aunque con restricciones y de un modo incompleto, es cierto, paridad de derechos con el griego; por otra parte Sila autoriza a los embajadores extranjeros, por vez primera, para que hablen en griego desde la tribuna del Senado romano sin valerse de intérprete. Se anuncia ya la era en que el Estado romano se convertirá en un Estado bilingüe y en que aparecerá en el Occidente el auténtico heredero del trono y de las ideas de Ale-

jandro Magno, el emperador romano y griego al mismo tiempo.

Veamos ahora cómo se proyecta en detalle sobre los campos de la religión, la educación del pueblo, la literatura y el arte esa tendencia que hemos encontrado en nuestra ojeada de conjunto sobre las relaciones nacionales, o sea el eclipse de las nacionalidades secundarias y la interpenetración de las dos naciones primarias, la latina y la griega.

Influencia del helenismo en la religión y la filosofía

La religión romana hallábase tan íntimamente enlazada con el Estado romano y la familia romana, hasta el punto de no ser sino el reflejo religioso del mundo civil de los romanos, que la revolución política y social tenía que derribar forzosamente el edificio religioso de este pueblo. La antigua fe del pueblo itálico se viene a tierra; y del mismo modo que sobre las ruinas de la comunidad política se erigen la oligarquía y la tiranía, sobre las ruinas de la vieja religión se levantan, de una parte, la incredulidad, la religión de Estado, el helenismo, y de otra parte la superstición, el sectarismo, la religión de los orientales.

Es cierto que los orígenes de ambas corrientes, al igual que los de la revolución político-social, se remontan ya a la época previa. De entonces data el proceso en que la cultura helénica de las capas superiores de la sociedad empieza a minar calladamente la fe de los antepasados. Ya veíamos que el poeta Ennio empezó a introducir en Italia las tendencias alegóricas e historizantes de la religión helénica. Y el Senado que derrotó a Aníbal hubo de autorizar la introducción en Roma del culto asiático de la diosa Cibeles e intervenir para poner coto a una superstición todavía más peligrosa: la de las bacanales. Sin embargo en aquel periodo, al igual que la revolución se iba gestando en los espíritus, pero sin manifestarse al exterior, la transformación religiosa, aunque preparada espiri-

tualmente en aquellos tiempos, fue sustancialmente obra de la época de los Gracos y de Sila.

Intentemos identificar ante todo la corriente que tiene su punto de partida en el helenismo. La nación griega, que floreció y periclitó mucho antes que la romana, habíase remontado desde hacía ya mucho tiempo sobre la fase de la fe para moverse exclusivamente dentro de la órbita de la especulación intelectual y la reflexión. Hacía ya mucho tiempo que entre los griegos no existía religión sino simplemente filosofía. Pero también la actividad filosófica del espíritu helénico, cuando empezó a influir en Roma, había superado desde muy atrás la etapa de la producción puramente especulativa para entrar en una fase en que no sólo no podían surgir ya sistemas verdaderamente nuevos, sino que empezaban incluso a ser incomprensibles los más perfectos entre los sistemas antiguos y en que los espíritus comenzaban a contentarse con transmitir de un modo académico, que pronto degeneró en escolástico, los filosofemas más imperfectos de los antepasados; es decir, en una fase en que la filosofía, en vez de profundizar en el espíritu para liberarlo, lo que hacía era achatarlo y encadenarlo a las peores cadenas: las forjadas por él mismo. El filtro mágico de la especulación, siempre peligroso, cuando es aguado y adulterado obra como un verdadero veneno.

Y así fue, bajo una forma desvirtuada y adulterada, como los griegos de esta época se lo sirvieron a los romanos, los cuales no supieron ni rechazarlo ni remontarse de los maestrillos vivos a los grandes maestros muertos. Platón y Aristóteles, para no hablar de los sabios presocráticos, no influyeron esencialmente en la cultura romana, aunque se gustase de pronunciar sus augustos nombres y se leyesen y tradujesen, indudablemente, sus escritos más asequibles.

La filosofía griega y los romanos

En filosofía los romanos no pasaron, pues, de ser malos maestros de discípulos aún peores. Fuera de la concepción histórico-racionalista de la religión, que desintegra los mitos para reducirlos a relatos biográficos de distintos benefactores del género humano que vivieron en vagos tiempos remotísimos y que luego la superstición se encargó de convertir en dioses, o del llamado euhemerismo, fueron tres, fundamentalmente, las escuelas filosóficas griegas que llegaron a influir de algún modo en Italia: las dos escuelas dogmáticas de Epicuro († 270) y Zenón († 263) y la escuela escéptica de Arcesilao († 241) y Carnéades (213-129) o, para designarlas con los nombres académicamente consagrados, el epicureísmo, los estoicos y la nueva academia.

La última de estas tres corrientes, que partía de la imposibilidad de llegar a un conocimiento con fuerza de convicción y sólo reconocía la posibilidad de opiniones provisionales, pero suficientes para las necesidades de la práctica, manifestábase sobre todo en un sentido polémico, atrayendo al dédalo de sus dilemas todas las tesis de la fe positiva y del dogmatismo filosófico. Esta escuela puede equipararse en cierto modo a la sofística antigua, con la diferencia explicable de que mientras que los sofistas combatían principalmente la fe popular, Carnéades y los suyos batallan más bien contra sus colegas filosóficos.

Epicuro y Zenón coincidían tanto en cuanto a su meta de encontrar una explicación racional de la esencia de las cosas como en cuanto a su método fisiológico, cuyo punto de partida era el concepto de la materia. Discrepaban, en cambio, en cuanto que Epicuro, siguiendo la doctrina atomística de Demócrito, concebía la sustancia primigenia como una materia inerte, que luego, a través de las diferencias mecánicas, se trocaba en la multiplicidad de las cosas, mientras que Zenón, apoyándose en Heráclito de Éfeso, atribuía ya a la materia originaria un antagonismo dinámico y un movimiento ascendente y descendente. Y de esta raíz se derivan todas las demás diferencias existentes entre las dos escuelas; en el sis-

tema de Epicuro los dioses es como si no existiesen, pues son, a lo sumo, el sueño de los sueños, a diferencia de los estoicos, que ven en los dioses el alma eternamente activa del mundo, que rige como espíritu, como sol y como dios el cuerpo, la tierra y la naturaleza, respectivamente; Epicuro no reconoce y Zenón, en cambio, afirma la existencia de un gobierno del universo y de una inmortalidad personal del alma; para Epicuro la meta de las aspiraciones humanas es el equilibrio absoluto, no perturbado por los apetitos corporales ni por las pugnas espirituales, mientras que para Zenón es, por el contrario, la actividad humana, constantemente exaltada por las tendencias contradictorias del espíritu y del cuerpo y orientada hacia la armonía con la naturaleza, la cual vive en perenne lucha y en eterna paz.

Pero las tres escuelas coincidían en un punto con respecto a la religión: en entender que la fe como tal no era nada y que debía sustituirse necesariamente por la reflexión, ya tuviese ésta, por lo demás, que renunciar conscientemente y de antemano a llegar a ningún resultado positivo, como en la nueva academia, ya rechazase resueltamente las concepciones de la fe popular, como hacían los epicúreos, o ya las aceptase razonadamente o las modificase, que era el caso de los estoicos.

Es, pues, lógico que el primer contacto de la filosofía helénica con la nación romana, la cual se caracterizaba tanto por la firmeza de su fe como por su espíritu antiespeculativo, se tradujese en un choque absolutamente hostil. La religión romana tenía toda la razón al negarse a aceptar el reto y la fundamentación con que estos sistemas filosóficos venían a destruir por igual su propia esencia.

El Estado romano, que se sentía instintivamente atacado en la religión, se mantuvo firme, como era lógico, contra los filósofos, al igual que la fortaleza contra los exploradores que forman la delantera del ejército sitiador, y ya en el año 161 fueron expulsados de Roma, con los retóricos, los filósofos griegos. La primera gran actuación de la filosofía en Roma

fue, en realidad, una declaración formal de guerra contra la fe y las costumbres. Dio motivo a ella la ocupación de la ciudad de Oropos por los atenienses, hecho que éstos encargaron de justificar ante el Senado a tres de los más prestigiosos profesores de filosofía, entre ellos el maestro de la sofística moderna, Carnéades (año 155). La elección era bastante feliz, pues aquella acción vergonzosa no tenía, en verdad, justificación posible desde el punto de vista del sano sentido común; en cambio cuadraba muy bien a la índole del asunto que un sofista como Carnéades demostrase ante los senadores, mediante sus tesis y sus antítesis, que podían alegarse tantas y tan poderosas razones en apoyo de la justicia como en defensa de la iniquidad, y expusiese en una forma lógica impecable que con el mismo derecho con que se pretendía obligar a los atenienses a que devolviesen la ciudad de Oropos podía forzarse a los romanos a volverse a sus antiguas chozas de paja junto al Palatino.

La juventud romana versada en el griego acudió en tropel al Senado, atraída por el escándalo y por la elocuencia fluida y enfática del célebre sofista. Esta vez, por lo menos, no había más remedio que estar de acuerdo con Catón cuando, después de comparar, bastante descortésmente, las elucubraciones dialécticas de los filósofos a las salmodias de las plañideras, insistió cerca del Senado para que fuese expulsado de Roma aquel hombre cuyo arte consistía en presentar el derecho como injusticia y la justicia como iniquidad y cuya defensa no era, en el fondo, más que una confesión descarada y casi cínica del desafuero cometido.

Pero con estas expulsiones no se conseguía gran cosa, tanto más cuanto que no podía impedirse que la juventud romana acudiese a recibir en Rodas o en Atenas aquellas enseñanzas filosóficas desterradas de Roma. Los romanos, al principio, fueron acostumbrándose a tolerar la filosofía, por lo menos, como un mal necesario, y más tarde intentaron encontrar un punto de apoyo para su religión, que ya no era posible seguir sosteniendo bajo su simplismo tradicional, en las

doctrinas filosóficas extranjeras, las cuales si bien la echaban por tierra como fe, permitían después de todo que el hombre culto pudiese retener en cierto modo, sin avergonzarse, los nombres y las formas de la religión de su pueblo.

Sin embargo este punto de apoyo que se buscaba no podían brindarlo ni el euhemerismo ni el sistema de un Carnéades o un Epicuro. La interpretación historizante de los mitos chocaba demasiado abiertamente con la fe popular, al convertir sencillamente los dioses en hombres; Carnéades ponía en tela de juicio cuanto se refería a su existencia y Epicuro les negaba, por lo menos, toda influencia sobre los destinos del hombre. Entre estos sistemas y la religión romana no podía establecerse ninguna clase de alianza; por eso estas doctrinas filosóficas estuvieron siempre proscritas de Roma. Todavía en los escritos de Cicerón se considera como un deber cívico el oponerse al euhemerismo, cuyas ideas atentan demasiado de cerca contra la religión; entre los académicos y epicúreos que aparecen en sus diálogos figura un personaje que se excusa de pertenecer como filósofo a la escuela de Carnéades, aunque como ciudadano y como pontífice reconoce ser un fiel creyente del Júpiter capitolino, mientras que el epicúreo acaba incluso dándose por vencido y convirtiéndose a la religión de sus mayores.

Ninguno de los tres sistemas llegó a alcanzar verdadera popularidad. El euhemerismo, con su simplismo de bajos vuelos, ejerció indudablemente cierto ascendiente sobre los romanos y su tendencia a la par infantil y senil a historizar las fábulas influyó harto profundamente en la historia convencional de Roma; pero no pudo llegar a ejercer nunca una influencia esencial sobre la religión romana, que fue siempre una religión basada en la alegoría y no en la fábula y a la que, por lo tanto, no era posible combatir como a la helénica, publicando biografías de Zeus I, Zeus II y Zeus III.

La nueva sofística sólo podía prosperar en un sitio como Atenas, donde la argucia tenía su asiento y donde, además, las largas series de sistemas filosóficos aprendidos y olvida-

dos habían ido acumulando grandes montones de escombros espirituales. Finalmente, contra el quietismo de los epicúreos rebelábase todo lo que había de noble y de virtuoso en el carácter romano, dado por naturaleza a la vida activa y no a la existencia contemplativa. Sin embargo esta corriente encontró en Roma más partidarios que el euhemerismo y la sofística, y ésta debió de ser la causa de que la policía la persiguiese hasta más tarde y más a fondo que a los otros dos sistemas. No obstante el epicureísmo de los romanos no era tanto un sistema de filosofía como una especie de disfraz filosófico bajo el que —muy contra las intenciones de su fundador, hombre rigurosísimo en materia de moral— se encubría el vacuo sensualismo de la buena sociedad de Roma; no en vano uno de los primeros hombres que se convirtieron a esta secta, Tito Albucio, figura en las poesías de Lucilio como el prototipo del romano helenizante en el mal sentido de la palabra.

Los estoicos romanos

La filosofía de los estoicos, en cambio, ocupaba en Roma una posición completamente distinta y llegó a ejercer gran influencia. Al contrario de aquellas otras corrientes, los estoicos plegábanse a la religión nacional todo lo estrechamente que la ciencia puede acomodarse a la fe. El estoico se aferraba en principio a la fe del pueblo y a sus dioses y oráculos, viendo en ellos un conocimiento instintivo que la ciencia debía tomar en consideración y al que incluso estaba obligada a someterse en caso de duda. En realidad la fe de los estoicos difería de la del pueblo más por el modo que por el contenido; es cierto que para ellos el dios esencialmente verdadero y supremo era el alma del universo, pero reconocían también como dioses todas las manifestaciones de aquel dios primigenio, en primer lugar los astros, pero también la tierra, la vid, las almas de los grandes muertos a quienes el pueblo honra-

ba como héroes y hasta los espíritus de todos los hombres desaparecidos de este mundo.

En realidad esta filosofía parecía cortada más a la medida de Roma que a la de su propia patria. Las críticas de los creyentes devotos que acusaban al dios de los estoicos de no tener sexo, edad ni corporeidad, lo que lo convertía de un dios en un concepto, podían tener sentido en Grecia, pero no en Roma. El tosco sentido alegórico y la simplista purificación moral propios de la teogonía estoica corrompían el mejor espíritu de la mitología helénica; pero la misma fuerza plástica de los romanos, tan pobre aún en sus tiempos candorosos, no había sido tampoco capaz de producir más que una ligera envoltura de la concepción primitiva o del primitivo concepto de donde había brotado la divinidad, envoltura que podía abandonarse sin grave detrimento.

No importa que Palas Atenea se sintiese indignada al verse transformada de golpe y porrazo en el concepto de la memoria; en realidad la diosa Minerva no había sido hasta ahora mucho más que eso. La teología supranatural de los estoicos y la teología alegórica de los romanos llegaban a resultados esencialmente idénticos. Incluso en aquellos casos en que el filósofo se veía obligado a denunciar como dudosos o como falsos ciertos postulados concretos de la doctrina sacerdotal, como cuando, por ejemplo, los estoicos, rechazando la teoría de la deificación, no veían en Hércules, Cástor y Pólux otra cosa que los espíritus de hombres eminentes, o cuando se oponían a considerar las imágenes de los dioses como representaciones de la divinidad, no lo hacían, por lo menos, con la violencia con que los partidarios de Zenón combatían estos errores y querían derribar los falsos dioses; lejos de ello, daban siempre pruebas de consideración y de respeto hacia la religión nacional, aun en lo que tenía de inaceptable.

Asimismo cuadraba bien con el espíritu de los romanos la orientación de los estoicos hacia una moral casuística y hacia el tratamiento racional de las ciencias especializadas, sobre

todo con los de esta época, que ya no practicaban la disciplina y las buenas costumbres con el rigor de sus antepasados, sino que habían reducido la moral simplista de éstos a un catecismo de actos lícitos e ilícitos y para quienes la gramática y la jurisprudencia exigían además, apremiantemente, una elaboración metódica, que ellos por su parte no se consideraban capaces de desarrollar por sus propios medios.

Por todas estas razones la filosofía de los estoicos llegó a aclimatarse perfectamente en el suelo romano como una planta procedente del extranjero, pero adaptada en todo el país a que se transplantó, y su huella se manifiesta en los más diversos terrenos. Aunque sus orígenes se remontan sin duda hasta muy atrás, la doctrina estoica no logró echar raíces en las clases altas de la sociedad romana hasta que prendió en el círculo de gentes agrupadas en torno a Emiliano Escipión.

Panecio de Rodas, el maestro que inició en la filosofía estoica a Escipión y a todos los hombres cercanos a él, y que figuraba constantemente en su séquito y le acompañaba ordinariamente en sus viajes, supo inculcar el sistema a aquellos hombres de inteligencia despierta, relegando a segundo plano su lado especulativo y suavizando en cierto modo la aspereza de su terminología y la insipidez de su catecismo moral, principalmente por medio de referencias a los filósofos antiguos, entre los cuales Escipión sentía una predilección especial por el Sócrates jenofontiano.

Desde entonces fueron convirtiéndose al estoicismo los estadistas y los sabios más conocidos de Roma, entre ellos el fundador de la filosofía científica, Estilón, y el padre de la jurisprudencia científica, Quinto Mucio Escévola. El esquematismo académico que a partir de entonces reina, por lo menos exteriormente, en estas ciencias, basado en un extraño método etimológico, enigmático y falto de espíritu, procede de los estoicos.

Religión de Estado

Pero un resultado infinitamente más importante que éste es el que representan la nueva filosofía y la nueva religión del Estado, producto de la fusión de la filosofía estoica y de la religión romana. El elemento especulativo, ya muy poco enérgicamente acusado de por sí en el sistema zenoniano y que se atenuó aún más al aclimatarse en Roma, después de que los maestros griegos de escuela se habían esforzado durante un siglo entero en meter esta filosofía en las cabezas de la juventud, expulsando de ese modo de ella todo el espíritu que pudiera albergar, quedó completamente relegado a segundo plano en Roma, donde sólo especulaban los cambistas; las antiguas elucubraciones sobre el desarrollo ideal del dios activo en el alma del hombre o de la ley divina del universo grabada en ella desaparecieron casi por completo.

Los filósofos estoicos no se mostraban insensibles al honor muy rentable que significaba ver su sistema elevado al rango de filosofía semioficial del Estado romano y dieron pruebas de mayor flexibilidad de la que cabía esperar de sus rigurosos principios. Su doctrina acerca de los dioses y del Estado reveló en seguida un extraño parecido de familia con las instituciones reales de quienes les daban de comer; en vez de hablar del Estado cosmopolita de los filósofos, elucubraban acerca del sabio orden del Estado burocrático romano; y si los estoicos más sutiles, un Panecio por ejemplo, consideraban la revelación divina por medio de signos y milagros como una cosa tal vez posible, pero incierta, rechazando resueltamente todo lo que fuese astrología, sus sucesores inmediatos ponían ya tanto celo en sostener esta doctrina de la revelación, es decir la disciplina augural romana, como si se tratase de uno de los postulados fundamentales de su escuela, y hasta hacían concesiones muy poco filosóficas a los métodos astrológicos.

La teoría casuística del deber fue convirtiéndose poco a poco en la pieza esencial del sistema. Así convenía a aquel orgullo moral exento de virtud con que los romanos de esta época buscaban resarcirse de las muchas humillaciones que el contacto con los griegos les imponía; esta teoría venía a sancionar y formular el dogmatismo bien avenido de la moral, que como toda moral propia de hombres bien educados sabía combinar la rigidez más imponente en el conjunto con una sabia y cortés tolerancia en cuanto al detalle.[12] Los resultados prácticos de este código de moral reducíanse probablemente a que, como ya queda dicho, en dos o tres casas romanas distinguidas se comiese mal para hacer honor a las reglas de los estoicos.

Guarda una estrecha afinidad con esta nueva filosofía del Estado y no es, en rigor, más que otro aspecto de ella, la nueva religión del Estado, cuya característica esencial es la tendencia consciente a sostener, por razones externas de oportunidad, aun los postulados de la fe popular considerados como irracionales. Ya una de las figuras más destacadas del círculo que rodea a Escipión, el griego Polibio, proclama sin recato que el absurdo y tosco ceremonial religioso de los romanos fue inventado única y exclusivamente con vistas a la masa, para poder dominarla con ayuda de signos y milagros, ya que la razón no significa nada para ella y los hombres inteligentes no tienen ninguna necesidad de religión. No cabe duda de que los amigos romanos de Polibio compartían en lo esencial esta opinión, aunque no se atreviesen a contraponer la religión a la ciencia con la crudeza y el descaro con que lo hacía el griego. Ni Lelio ni Emiliano Escipión podían ver en los ritos augurales, a los que evidentemente se refería primordialmente Folibio, otra cosa que una institución política; lo que ocurre es que su conciencia nacional era demasiado fuerte y su sentimiento del decoro demasiado fino para formular públicamente manifestaciones como aquélla.

Pero en la siguiente generación nos encontramos ya con un nombre como el pontífice máximo Quinto Mucio Escévo-

la (cónsul en el año 95) que no tiene reparo en sostener, por lo menos en sus lecciones verbales sobre jurisprudencia, que existe una doble religión, una religión filosófica racional y otra religión tradicional y ajena a la razón, la primera de las cuales no se presta para ser la religión del Estado porque encierra muchas cosas que el pueblo no necesita saber o sería incluso peligroso que supiera, por lo cual la religión tradicional del Estado debe seguir siendo lo que es. Con sólo dar un paso más dentro de esta idea fundamental se llega a la teología varroniana, en la que la religión romana aparece tratada en absoluto como una institución política.

Según esta teoría el Estado es anterior a los dioses del Estado, del mismo modo que el pintor es anterior a la pintura; si se tratase, pues, de crear de nuevo los dioses y de darles nombres nuevos, sería conveniente, sin duda alguna, crearlos y bautizarlos de modo que mejor se ajustasen a los fines perseguidos y reflejando del modo más fiel las partes de que está formada el alma del universo, como lo sería también suprimir las imágenes de los dioses, que no son más que fuente de aberraciones[13] y el absurdo sistema de los sacrificios; pero puesto que estas instituciones existen, es necesario que todo buen ciudadano las conozca y las acate, haciendo que el "hombre corriente" aprenda a venerar más aún a los dioses, en vez de menospreciarlos.

Huelga decir, y hemos de verlo confirmado más adelante, que ese hombre común y corriente en gracia al cual hacían los grandes señores el sacrificio de encadenar su inteligencia se volvía ya de espaldas a esta clase de fe y buscaba su salvación por otros caminos.

Todo estaba preparado, pues, para que surgiese en Roma una especie de Iglesia anglicana, una Iglesia de Estado, con sus sacerdotes y levitas ceñidos por un halo ficticio de santidad y con su feligresía absolutamente ayuna de fe. Cuanto más descaradamente se consideraba la religión nacional como una institución política, más resueltamente tendían los partidos políticos a ver en el terreno de la Iglesia de Estado el

palenque para sus acciones de ataque y defensa, como sucedía sobre todo, en una medida cada vez mayor, con los ritos de los augures y con las elecciones a los colegios sacerdotales.

La antigua y lógica práctica de disolver los comicios cuando se avecinaba una tempestad había ido desarrollándose en manos de los augures romanos hasta convertirse en un sistema complicadísimo de los más diversos signos celestes, que llevaban aparejada toda una serie de reglas de conducta. En los primeros decenios de esta época se llegó incluso a prescribir por las leyes Elia y Fufia que toda asamblea popular debía disolverse cuando un magistrado superior barruntase la inminencia de una tormenta. La oligarquía romana sentíase orgullosa de este ardid por virtud del cual le bastaba con una sola mentira piadosa para invalidar cualquier acuerdo molesto de los comicios.

Por una parte la oposición romana se rebeló contra la antigua práctica según la cual las vacantes producidas en cualquiera de los cuatro colegios sacerdotales superiores se cubrían por acuerdo de sus propios componentes, exigiendo que la elección popular, que venía aplicándose desde antiguo para proveer la presidencia de dichos colegios, se hiciese también extensiva a los demás cargos. La petición era contraria, evidentemente, al espíritu de tales corporaciones, pero éstas no tenían ningún derecho a quejarse, pues ellas mismas habían sido infieles a aquel espíritu al prestarse a servir de instrumento del gobierno para invalidar actos políticos a pretexto de razones religiosas.

Este asunto convirtiose en manzana de la discordia entre los partidos. La primera acometida fue rechazada por el Senado en el año 145; en esta ocasión fueron los amigos de Escipión, con sus votos, los que decidieron la desestimación de la propuesta. Pero la oposición volvió a la carga y el proyecto prosperó en el año 104, con la salvedad, establecida ya desde antiguo a propósito de la elección de los presidentes de los colegios sacerdotales —para acallar los escrúpulos de

las conciencias pacatas— de que la elección no se haría por todos los ciudadanos, sino solamente por una pequeña parte de las tribus. Pero al venir Sila restableció en todo su vigor el sistema de cooptación a favor de las corporaciones sacerdotales.

El celo con que los conservadores velaban por la pureza de la religión nacional era perfectamente compatible, como es natural, con el hecho de que las clases altas de la sociedad la tomasen abiertamente a chacota. El lado práctico del sacerdocio romano era la cocina sacerdotal; los banquetes de los augures y los pontífices eran los momentos más solemnes en la vida del sibarita romano; algunos de ellos hicieron época en la historia de la gastronomía, por ejemplo el festín de toma de posesión del augur Quinto Hortensio, donde se puso de moda el asado de pavo real.

La religión resultaba también bastante útil para adobar con unos granos de excitante ciertos escándalos y orgías. Una de las diversiones favoritas de los jóvenes nobles, en esta época, consistía en dedicarse por las noches a escarnecer o mutilar las imágenes de los dioses en las calles de Roma. Las intrigas corrientes de amor estaban a la orden del día desde hacía mucho tiempo y empezaban a estarlo también las historias de faldas con mujeres casadas; pero las relaciones amorosas con una vestal tenían en estos tiempos, para el libertino, el mismo encanto pecaminoso que en el Decamerón de Bocaccio los amores con una monja y las aventuras galantes de los conventos. Son muy conocidos los espinosos sucesos de los años 114 y siguientes, en que tres vestales, hijas de las mejores familias de Roma, y sus amantes, jóvenes pertenecientes también a casas muy distinguidas, fueron acusados por delitos contra la moral ante el colegio de los pontífices y, en vista de que éste trataba de echar tierra al asunto, ante un tribunal extraordinario instituido por acuerdo de los comicios, el cual los condenó a todos a muerte.

Claro está que las gentes ponderadas no podían aprobar hechos demasiado escandalosos como éste, pero ello no era

obstáculo para que en el seno de la intimidad se hiciese befa de la religión positiva imperante; los augures, cuando veían a un colega suyo en funciones, se miraban de reojo y no podían reprimir la risa, mas sin que por ello dimitiesen a sus puestos religiosos. La humilde y recatada hipocresía de otras religiones parecidas resulta casi una virtud, comparada con la desvergüenza de los sacerdotes y levitas romanos. La religión oficial era tratada con todo descaro como una máquina absurda, pero útil para las maniobras políticas. Sus innumerables trampas y subterfugios la convertían en un instrumento apto en manos de todos los partidos, y no había ninguno que no se sirviera eficazmente de él. Aunque fuese principalmente la oligarquía la que se atrincheraba en el baluarte de la religión de Estado, tampoco el partido contrario a ella desarrollaba una oposición de principio contra esta institución y su vida puramente ficticia, considerándola más bien como una trinchera que un buen día podía pasar de manos del enemigo a las suyas propias.

Las religiones orientales en Italia

Contrastan marcadamente con este espectro de religión que acabamos de describir los diversos cultos extranjeros mantenidos y practicados en esta época y a los que no puede negarse, por lo menos, una vigorosa vitalidad. Estos cultos se practican en todas partes, entre las damas y los caballeros de la mejor sociedad y en los medios de los esclavos, los profesan el general y el lasquenete, aparecen lo mismo en Italia que en las provincias.

Estas formas de superstición tienen orígenes increíblemente remotos. En la guerra de los cimbros apareció una profetisa siria llamada Marta, brindándose a revelar al Senado los caminos y los medios para derrotar a los germanos; el Senado la despidió con cajas destempladas, pero las damas de la alta sociedad y especialmente la propia esposa de Mario la enviaron al cuartel general de las tropas romanas, donde el

caudillo la recibió con los brazos abiertos sin separarse de ella hasta que fueron derrotados los teutones. Los jefes de los más distintos partidos de la guerra civil, Mario, Octavio y Sila, coincidían en su fe en los signos providenciales y los oráculos. Y hasta el propio Senado se prestó a dictar, durante el caos del año 87, una serie de disposiciones inspiradas en las charlatanerías de una profetisa loca.

Es muy significativo, pues indica el anquilosamiento de la religión romano-helénica en esta época y la necesidad cada vez mayor que la masa sentía de fuertes estimulantes religiosos, el hecho de que ahora la superstición no se enlace ya, como en los misterios báquicos, a los ritos de la religión nacional; hasta la mística etrusca ha sido relegada a segundo plano para abrazar resueltamente los cultos originarios de los cálidos países del Oriente. Contribuyó poderosamente a ello, sin duda, la inmigración en masa de elementos asiáticos y sirios, que vinieron a mezclarse con la población romana, debido en parte a las intensas relaciones comerciales entre el Oriente e Italia.

La fuerza de estas religiones exóticas se acusa de un modo vigoroso en las insurrecciones de los esclavos sicilianos, procedentes en su gran mayoría de la Siria. Euno vomitaba fuego y Atenión leía lo escrito en las estrellas; las bolas de plomo lanzadas por los esclavos en estas guerras llevan casi todas grabados nombres de dioses, entre los que se destaca al lado de los de Zeus y Artemisa el de la misteriosa Madre celestial transplantada de Creta a Sicilia y venerada en esta isla.

Las relaciones comerciales traducíanse también en resultados semejantes, sobre todo desde que las mercancías de Berito y Alejandría iban directamente a los puertos de Italia; Ostia y Puteoli convirtiéronse en los grandes emporios de los ungüentos sirios y las telas egipcias y también de la fe y los ritos del Oriente. A la par con la fusión de los pueblos avanza en todas partes el proceso de confusión de las religiones.

El más popular de todos los cultos autorizados era el de la Madre de los dioses oriunda de Pesinonte, que impresionaba a la masa con sus célibes eunucos, sus festines, su música, sus procesiones de mendicantes y toda su pompa sensual; sin embargo las colectas caseras considerábanse ya como una carga económica pesada. En los momentos más críticos de la guerra de los cimbros se presentó en Roma el gran sacerdote Batakes de Pesino con la misión de defender en persona los intereses del templo de la diosa de su ciudad, al parecer profanado; habló al pueblo romano por mandato especial de la Madre de los dioses y realizó además diversos prodigios y milagros. Las gentes razonables estaban indignadas, pero las mujeres y la multitud aclamaron al profeta y salieron a despedirlo en gran tropel.

Era ya bastante frecuente el voto de ir al Oriente en peregrinación y el propio Mario peregrinó al santuario de Pesino. Empezaron a darse incluso casos de ciudadanos romanos (el primero en el año 101) que abrazaban el sacerdocio como eunucos de estos nuevos dioses.

Pero aún eran mucho más populares, naturalmente, los cultos no autorizados y los ritos secretos. Ya en la época de Catón tenían gran predicamento los caldeos lectores de horóscopos, que hacían la competencia a los arúspices etruscos y a los augures marcianos. La observación de las estrellas y la astrología no tardaron en aclimatarse en Italia ni más ni menos que en su soñadora tierra natal. En el año 139 el pretor peregrino conminó a todos los "caldeos" para que saliesen de Roma y de Italia en término de diez días. Igual medida se decretó simultáneamente contra los judíos que admitiesen a prosélitos itálicos en sus filas sabáticas. Escipión tuvo que limpiar también el campamento de Numancia de los adivinos y aventureros e impostores religiosos de toda laya que lo tenían infestado.

Algunos años más tarde (en el 97) el gobierno viose incluso obligado a decretar la prohibición de los sacrificios humanos. Empiezan a aparecer en escena el culto salvaje de la dio-

sa Ma de los capadocios, bautizada por los romanos con el nombre de Belona, a la que los sacerdotes rociaban con su propia sangre durante las procesiones solemnes, y los ritos sombríos de las divinidades egipcias. La feroz virgen capadocia apareciose en sueños al propio Sila, y las más antiguas parroquias romanas de Isis y Osiris se remontan ya a los tiempos de aquel dictador.

Los romanos habían perdido el rumbo, no sólo en cuanto a la fe de sus mayores, sino también en cuanto a sí mismos. Las crisis espantosas de una revolución mantenida por espacio de quince años, el sentimiento instintivo de que la guerra civil no había terminado aún, ni mucho menos, exaltaban la tensión angustiosa, la oscura perplejidad y desorientación de las masas. El pensamiento extraviado trepa inquieto a todas las alturas, se hunde en todas las simas en que cree poder descubrir nuevos horizontes o atisbar nuevas luces para salir de las tinieblas en que se ve envuelto, nuevas esperanzas en su lucha desesperada contra el destino o, simplemente, nuevas angustias que le rediman de las anteriores. Este monstruoso misticismo encontraba un terreno abonado en la descomposición general, política, económica, moral y religiosa de la sociedad, y florecía con celeridad aterradora. Era como si durante la noche hubiesen surgido de la tierra, sin que nadie supiese de dónde ni por qué, unos árboles gigantescos, y esta floración prodigiosamente repentina provocaba nuevos prodigios y contagiaba como una epidemia todos los espíritus que no pisaban terreno muy firme.

La enseñanza

La revolución que ya se iniciara en la época anterior en materia de educación y de cultura es llevada a término ahora en condiciones parecidas a las que acabamos de exponer por lo que se refiere a la religión. Ya hemos visto cómo, en el transcurso del siglo VI, empieza a vacilar también en este terreno la idea cardinal del carácter romano: la idea de la

igualdad civil. Ya en tiempo de Píctor y de Catón se hallaba muy extendida en Roma la cultura griega y existía, al mismo tiempo, una cultura romana propia; sin embargo ni una ni otra habían salido, en esta época, de sus rudimentos. La enciclopedia de Catón (I, 934 ss.) revela lo que, sobre poco más o menos, se entendía entonces por el prototipo de la cultura romano-helénica: es poco más que la formulación de las antiguas concepciones del *paterfamilias* romano; un bagaje muy pobre, en verdad, si se lo compara con la cultura de los helenos en esta misma época.

El bajo nivel en que se hallaba todavía, a comienzos del siglo VII, la enseñanza de la juventud romana, nos lo indican las manifestaciones de un Polibio, quien pone de relieve con palabras de censura la indiferencia criminal de los romanos en este terreno, en contraste con el cuidado exquisito con que sus compatriotas velaban pública y privadamente por la educación de sus hijos. Pero ningún heleno, ni el mismo Polibio, acertó a penetrar en la idea profunda a que obedecía aquella indiferencia en materia de educación: la idea de la igualdad civil.

Ahora las cosas habían cambiado en esto como en todo. Del mismo modo que la fe simplista del pueblo dio paso al supranaturalismo ilustrado de los estoicos, en el campo de la educación apareció al lado de la simple enseñanza popular de los viejos tiempos una cultura especial, una *humanitas* exclusiva, que acabó con los últimos vestigios de la antigua igualdad social. No estará de más que echemos una ojeada a la organización de la nueva enseñanza de la juventud romana, procurando abarcar en ella tanto la enseñanza griega como la latina superior.

Constituye una coincidencia maravillosa que el mismo hombre que había vencido definitivamente a la nación griega en el terreno político, Lucio Emilio Paulo, fuese el primero o uno de los primeros en reconocer plenamente la civilización helénica como lo que desde entonces había de ser sin que nadie le disputase esta palma, como la civilización del mundo

antiguo. Lucio Emilio era ya un anciano cuando le fue dado contemplar el Zeus de Fidias, después de haber grabado en su espíritu los poemas de Homero; pero su corazón era todavía lo bastante joven para retornar a su patria bañado en los resplandores de la belleza helénica y llevando en su alma la nostalgia irreprimible de las doradas manzanas de las Hespérides. Los poetas y artistas helénicos habían encontrado en aquel extranjero un devoto más profundo y más entusiasta que en ninguno de los sabios de la Grecia de aquel entonces.

Lucio Emilio Paulo no compuso ningún epigrama cantando las glorias de Homero o de Fidias, pero hizo que sus hijos fuesen iniciados en los misterios del espíritu. Sin descuidar la educación nacional, si es que realmente existía algo digno de tal nombre, veló al igual que los griegos por la formación física de sus hijos, no por medio de los ejercicios gimnásticos, inadmisibles según las ideas romanas, sino educándolos en la caza, que los griegos cultivaban casi como un arte, y elevando la enseñanza griega de tal modo que la lengua ya no se aprendía y practicaba por la lengua misma, sino que a ella se enlazaba y sobre la base de ella se desarrollaba, como ya lo hacían los helenos, toda la materia de la alta cultura general, y principalmente el conocimiento de la literatura griega, con las noticias de mitología y de historia necesarias para poder comprenderla, y el de la retórica y la filosofía. La biblioteca del rey Perseo fue lo único que Paulo tomó para sí del botín de guerra conquistado por él en Macedonia, para regalársela a sus hijos. Se rodeó incluso de pintores y escultores griegos, que completaron la educación artística de aquéllos.

El mismo Catón se daba cuenta de que habían pasado los tiempos en que era posible adoptar una actitud puramente negativa frente al helenismo en materia cultural. Las mejores cabezas sospechaban ahora, seguramente, que la sustancia noble del carácter romano corría menos peligro de desvirtuarse con el helenismo en su integridad que con sus amputaciones y su deformación. Y la mayor parte de la alta sociedad de Roma y de Italia abrazó el nuevo camino.

Hacía mucho tiempo que no escaseaban en Roma los buenos educadores griegos; ahora, una vez abierto el nuevo y rentable mercado para su sabiduría, empezaron a afluir en tropel, y no sólo como profesores de la lengua helénica, sino como maestros de literatura y vehículos de cultura general. En esta época todos los palacios de Roma cuentan con preceptores y profesores de filosofía griegos que prestan sus servicios en ellos permanentemente, aunque se les considera por lo general, cuando no son esclavos, como simples criados.[14] El gusto por estas cosas fue refinándose, hasta el punto de haberse llegado a pagar por un esclavo griego utilizado como profesor de literatura 200 mil sestercios. En el año 161 existían ya en la capital toda una serie de establecimientos de enseñanza destinados especialmente a ejercicios de declamación en griego. Entre estos profesores instalados en Roma encontramos ya algunos nombres prestigiosos; conocemos, por ejemplo, el del filósofo Panecio; en torno al conocido gramático Grates de Males, originario de la Cilicia, contemporáneo de Aristarco y rival digno de él, congregose en Roma, en el año 169, un público ávido de escuchar sus lecturas de los poemas homéricos, acompañadas de una explicación filológica y material de los textos.

Esta nueva orientación de la enseñanza, que era en el fondo revolucionaria y antinacional, chocó en parte, es cierto, con la resistencia del gobierno; pero la orden de expulsión dictada por las autoridades, en el año 161, contra los retóricos y los filósofos, no tuvo gran éxito, como solía ocurrir con esta clase de órdenes, sobre todo en esta época en que los altos magistrados romanos cambiaban sin cesar, y después de la muerte del viejo Catón, aunque siguieran oyéndose quejas amargas inspiradas en su modo de pensar, no se traducían en ninguna acción práctica. La enseñanza superior del griego y de las ciencias de la cultura helénica quedó incorporada a la cultura itálica como parte esencial de ésta.

Pero al lado de ella se desarrolló también una enseñanza latina superior. En la época anterior la enseñanza elemental

latina había ido subiendo interiormente de nivel. Las Doce Tablas fueron sustituidas por el texto latino de la *Odisea*, que era una especie de cartilla ampliada y mejorada, a la luz de cuya traducción el muchacho griego podía aprender en el original la ciencia y la declamación de la lengua materna. Y sabemos que profesores de la lengua y la literatura griegas tan prestigiosos como Andrónico, Ennio y muchos más, cuya misión no consistía probablemente en enseñar a niños, sino a muchachos ya crecidos y a jóvenes, no tenían ningún reparo en combinar la enseñanza del griego con la del latín.

Eran los rudimentos de una enseñanza latina superior, pero los rudimentos nada más. La enseñanza de una lengua no puede remontarse sobre la fase elemental mientras no abarque la literatura. Hasta que, además de libros de escuela en latín, existió una verdadera literatura latina, formando una cierta unidad en las obras de los clásicos del siglo VI, no entraron la lengua natal y la literatura propia en la órbita de lo que puede llamarse real y verdaderamente una cultura superior.

Ahora la cultura latina, encaminada por estos derroteros, no tardó en emanciparse de los maestros de la lengua griega. Estimulados por las lecturas homéricas del gramático Crates, algunos romanos cultos empezaron a leer y probablemente también a analizar críticamente, siguiendo las huellas del intérprete y comentador de Homero, primero ante un círculo de gentes escogidas y luego en público, en días determinados y ante grandes auditorios, las obras recitativas de su propia literatura, la *Guerra púnica* de Novio, la *Crónica* de Ennio y más tarde las poesías de Lucilio. Estas lecturas literarias hechas gratuitamente por diletantes cultos *(litterati)*, aunque no eran formalmente tareas de enseñanza, constituían, sin embargo, un medio muy eficaz para iniciar a la juventud en la comprensión y en la lectura de la literatura latina clásica. Otro tanto aconteció con el desarrollo del arte oratorio latino. No parece probable que la juventud distinguida de Roma, a la que se estimulaba a pronunciar en público, ya desde

muy temprana edad, panegíricos y discursos forenses, careciese nunca de ejercicios de elocuencia. Sin embargo el verdadero arte oratorio no aparece hasta esta época, también como resultado de una cultura de tipo exclusivo. El primer abogado romano del que se dice que trata como un arte el lenguaje y la materia de sus oraciones forenses es Marco Lépido Porcina (cónsul en el año 137). Los dos abogados más famosos de la época de Mario, el varonil y vivaz Marco Antonio (143-87) y el atildado Lucio Craso (140-91), eran ya maestros consumados en el arte de la oratoria. Los ejercicios con que se iniciaba a la juventud en la retórica hablada eran naturalmente, en esta época, más extensos y más importantes, pero seguían limitándose esencialmente, al igual que las prácticas de la literatura latina, al método consistente en que los principiantes se plegasen personalmente a los maestros en el arte, formándose con su ejemplo y sus enseñanzas.

La enseñanza del latín

El primero que administró una enseñanza verdaderamente formal, a partir del año 100, tanto en literatura latina como en el arte latino de la oratoria, fue Lucio Elio Preconino de Lanuvio, llamado el "Estilista" *(Stilo),* hombre prestigioso del orden ecuestre y de ideas estrictamente conservadoras, quien, rodeado de un grupo selecto de jóvenes romanos —entre los que se encontraban Varrón y Cicerón—, leía a Plauto y a otros autores clásicos y repasaba y corregía también, probablemente, los borradores de discursos de sus autores, dándoles a estudiar al mismo tiempo otros preparados por él. No cabe duda de que esta actividad constituía ya una enseñanza; no obstante Estilón no era un maestro profesional, sino un hombre que profesaba la literatura y el arte de la elocuencia al modo como solía profesarse en Roma la jurisprudencia, como un amigo viejo y experto que instruía a gentes jóvenes deseosas de aprender, y no como un profesor dedica-

do a la enseñanza por profesión, cuyos servicios estuviesen a disposición de quien, pagándolos, quisiera utilizarlos.

Pero alrededor de la época en que vive Preconino empieza a desarrollarse también la enseñanza superior del latín a cargo de profesionales, actividad que se distingue tanto de la enseñanza elemental del latín como de los estudios de griego, administrándose en escuelas o establecimientos especiales, regentados por profesores remunerados, que eran por lo general esclavos manumitidos. Como es lógico, el espíritu y los métodos imperantes en estas escuelas estaban tomados íntegramente de las prácticas académicas de la lengua y la literatura griegas; y al igual que en estos cursos, los alumnos eran ya mozos y no simples niños. Esta enseñanza latina no tardó en desdoblarse, siguiendo el ejemplo de la griega, en dos cursos, uno en que se exponía teóricamente la literatura latina y otro en que se iniciaba a los alumnos mediante ejercicios prácticos en el arte de componer panegíricos y oraciones políticas y forenses.

La primera escuela de literatura que funcionó en Roma fue la que abrió, en tiempo de Estilón, Marco Sevio Nicanor Póstumo; la primera escuela especial para la enseñanza de la retórica latina, la inaugurada hacia el año 90 por Lucio Plotio Galo. Sin embargo también en las escuelas de literatura latina se acostumbraba a iniciar a los alumnos en el arte oratorio.

Esta nueva enseñanza académica del latín estaba llamada a tener grandísima importancia. La iniciación en la ciencia de la literatura y la oratoria latinas, dirigida en tiempos anteriores por destacados conocedores y maestros en la materia, había sabido conservar cierta independencia frente a las disciplinas griegas. Los conocedores de la lengua y maestros en elocuencia hallábanse, indudablemente, influidos por el helenismo, pero no sometidos incondicionalmente a la gramática y a la retórica académicas de los maestros griegos; la segunda sobre todo era repudiada con verdadero horror. El orgullo y el sano sentido común de los romanos rebelábanse contra

el postulado helénico de que la capacidad de hablar inteligible y sugestivamente en la lengua propia de cosas que el orador comprendía y sentía debía cultivarse académicamente y con sujeción a reglas escolásticas. Al abogado práctico y bien preparado en su profesión tenía que parecerle necesariamente peor aún que la ausencia total de preparación, como escuela de principiantes, aquel arte de los retóricos griegos vuelto completamente de espaldas a las realidades de la vida; el hombre cultivado y formado por la experiencia de la vida encontraba la retórica griega vacía y repelente; finalmente, al romano de ideas conservadoras no se le escapaba la afinidad electiva existente entre aquella oratoria profesional, sin contenido alguno, y el oficio reprobable de los demagogos.

Así se explica que las gentes del círculo de Escipión sintiesen la más rabiosa hostilidad contra los retóricos, y aunque las declamaciones griegas profesadas por maestros a sueldo se tolerasen en un principio, considerándolas indudablemente como ejercicios útiles para perfeccionarse en la oratoria helénica, la retórica griega no logró inculcarse en los discursos de los romanos ni en la enseñanza de la lengua latina.

Sin embargo a los jóvenes romanos los formaban como hombres y como estadistas distribuyéndolos por parejas y haciendo pronunciar a uno el discurso de acusación por asesinato contra Ulises, al encontrarlo junto al cadáver de Áyax con la espada teñida en sangre, y a otro la oración de defensa; acusando uno y defendiendo otro a Orestes del delito de matricidio y dando tal vez a Aníbal alguno que otro consejo retrospectivo, quien en el sentido de que se presentase en Roma en acatamiento de la intimación que le fuere hecha, quien persuadiéndole de que permaneciese en Cartago, quien sugiriéndole que se diese a la fuga.

La oposición catoniana protestaba, naturalmente, contra estos repugnantes y corruptores juegos de palabrería. Los censores del año 92 advirtieron a los profesores y a los padres de los alumnos que no podía consentirse la práctica viciosa de que se entretuviese el día entero a los muchachos

con ejercicios absurdos totalmente ajenos a las costumbres de sus antepasados. Y hay que tener en cuenta que el hombre de quien procedía esta admonición era nada menos que el primer orador forense de su tiempo, Lucio Licinio Craso. Como es lógico las palabras de Casandra cayeron en el vacío; los ejercicios de declamación latina sobre temas académicos griegos siguieron formando parte inseparable de la enseñanza de los jóvenes romanos y contribuyeron en buena parte a inclinar a la juventud hacia carreras como las de abogado o actor político y a matar en germen toda seria y auténtica elocuencia.

La "humanitas"

El resultado final a que llevó esta nueva educación romana fue el desarrollo del nuevo concepto conocido como "humanidades", *humanitas,* la cual no consistía en otra cosa que en la cultura artística de los helenos, asimilada de un modo más o menos superficial, o en una cultura latina privilegiada, calcada sobre aquella o improvisada más bien como una caricatura suya. Estas nuevas humanidades desentendiéronse, como su mismo nombre lo indica, de los rasgos propios y específicos del carácter romano, e incluso se colocaban en abierta oposición con él, encerrando, como ocurre hoy con lo que nosotros llamamos "cultura general", muy parecida a las "humanidades" latinas de esta época, un carácter cosmopolita en lo nacional y exclusivista en lo social. También aquí se ve la obra de la revolución y su obra disociadora de las clases y aglutinadora de los pueblos.

La literatura y el arte

Hasta la guerra de Cartago

La literatura romana responde a sugestiones absolutamente peculiares, que en su género apenas encuentran paralelo en ninguna otra nación. Para comprenderlas debidamente es necesario examinar ante todo la enseñanza popular y las diversiones populares de esta época.

El conocimiento de la lengua

La cultura del espíritu arranca siempre del lenguaje; y esta afirmación no aparece comprobada en parte alguna con tanta fuerza como en Roma. En un Estado como éste, donde el discurso y el documento tuvieron siempre una importancia excepcional, donde el ciudadano asumía la administración ilimitada de sus bienes a una edad en que, para las concepciones modernas, se consideraría todavía un muchacho y podía verse en el trance de tener que hablar ante el pueblo congregado, es natural que se concediese desde el primer momento gran importancia al empleo fluido y correcto de la lengua materna y que la gente se esforzase en asimilar el arte de expresarse con elegancia y corrección desde los mismos años de la infancia.

La lengua griega hallábase también muy extendida en Italia ya desde la época de Aníbal. Entre las clases cultas de la sociedad era corriente, ya desde muy antiguo, el conocimiento de la lengua que constituía el vehículo general de la civilización antigua y que ahora, al intensificarse en proporciones extraordinarias las relaciones de los romanos con extranjeros como consecuencia de la nueva posición mundial de Roma, constituía lo mismo en Italia que en el extranjero un instrumento esencial y casi indispensable así para el comerciante

como para el estadista. A través de las grandes masas de esclavos y libertos itálicos, formadas en gran parte por griegos o semigriegos de nacimiento, la lengua helénica y el helenismo fueron penetrando también hasta cierto punto en las capas inferiores de la población, principalmente entre las de la capital.

Las comedias representadas en esta época son el mejor testimonio de que incluso las gentes humildes de la capital comprendían con facilidad un latín para cuya inteligencia es tan indispensable el conocimiento del griego como lo es el del francés para poder comprender el alemán de un Wieland o el inglés de un Sterne.[15] En cuanto a los hombres procedentes de familias de rango senatorial, no sólo hablaban en griego ante auditorios griegos, sino que además publicaban sus discursos compuestos en esta lengua —como hizo Tiberio Graco (cónsul en los años 177 y 168) con un discurso pronunciado por él en Rodas— y ya en la época de Aníbal redactaban sus crónicas en griego, produciendo así obras literarias de las que hablaremos más adelante. Cuando los griegos pronunciaron en honor de Flaminio panegíricos en lengua latina, este personaje romano quiso devolverles el cumplimiento: para ello el "gran caudillo de los eneidas" consagró sus ofrendas a los dioses al modo griego y en dísticos griegos.[16] Y Catón hubo de reprochar a otro senador el que no se hubiese avergonzado de recitar en los festines griegos versos helénicos, con su correspondiente modulación.

Bajo la influencia de estas condiciones fue desarrollándose la enseñanza romana. Es un prejuicio creer que la Antigüedad se hallaba muy por debajo de los tiempos modernos en cuanto a la difusión general de los conocimientos elementales. En las clases bajas y entre los esclavos abundaba también la gente que sabía leer, escribir y contar; Catón, por ejemplo, siguiendo el ejemplo de Magón, da por descontado que el esclavo-intendente sabe siempre leer y escribir. La enseñanza elemental y la enseñanza del griego debieron de profesarse

en Roma ya mucho antes de esta época, en proporciones muy considerables.

Lo que empieza a desarrollarse en la época a que nos estamos refiriendo es un tipo de enseñanza que tiene como meta, no una instrucción puramente externa, sino la verdadera formación del espíritu. Hasta ahora el hecho de conocer el griego no suponía ninguna ventaja en la vida civil y social del romano, como no lo supone hoy, por ejemplo, si se permite la comparación, el conocimiento del francés en cualquier aldea de uno de los cantones de la Suiza alemana. Los romanos autores de las primeras crónicas escritas en griego ocuparían entre los demás senadores, sobre poco más o menos, la posición que podría ocupar hoy el campesino que, habiendo cultivado su espíritu, al volver por la noche a su casa después de dejar el arado se solazase con la lectura de Virgilio. Quien pretendiera darse tono con sus griegos pasaba por un mal patriota y un pedante. Y es indudable que, todavía en la época de Catón, no hacía falta hablar griego ni importaba el hablarlo mal para ser un hombre ilustre y llegar a cónsul o a senador.

Pero ahora habían cambiado las cosas. El proceso interior de desintegración de la nacionalidad itálica se hallaba ya lo suficientemente avanzado, sobre todo entre la aristocracia, para hacer indispensable también en Italia el sustitutivo de la nacionalidad, o sea la cultura general del hombre; al mismo tiempo dejábase sentir ya con gran fuerza el impulso hacia un tipo más alto de civilización. La enseñanza de la lengua griega parecía responder por sí misma a esta necesidad. La literatura clásica de los helenos, sobre todo la *Iliada* y más aún la *Odisea,* habían servido siempre de base a esta enseñanza, con lo cual se desplegaban ante los ojos de los itálicos los riquísimos tesoros del arte y la ciencia helénicos. Sin necesidad de proceder a una verdadera transformación exterior de la enseñanza, el estudio empírico de la lengua iba convirtiéndose por sí mismo en una enseñanza superior de la literatura, la cultura general vinculada a ésta iba transmitiéndo-

se a los alumnos en una proporción cada vez mayor y ellos valíanse de las nociones así adquiridas para penetrar en la literatura griega que informaba el espíritu de la época: las tragedias de Eurípides y las comedias de Menandro.

Iba aumentando también y por caminos semejantes el peso específico de la enseñanza latina. Entre las clases altas de la sociedad romana empezó a sentirse la necesidad, no de trocar la lengua materna por la griega, pero sí de ennoblecerla y de adaptarla al nuevo nivel cultural. Y para ello los romanos volvían siempre los ojos a los helenos.

La organización económica de la vida romana había puesto la enseñanza elemental de la lengua materna, al igual que cualquier otra actividad considerada como de menor cuantía y remunerada, fundamentalmente en manos de esclavos, libertos y extranjeros, que vale tanto como decir predominantemente en manos de griegos y semigriegos.[17] La cosa resultaba tanto más fácil cuanto que el alfabeto latino era casi igual al griego y entre las dos lenguas existía una afinidad muy estrecha y sorprendente.

En cambio la importancia formal de la enseñanza del griego penetró de un modo mucho más profundo en la del latín. Quien sepa cuán indeciblemente difícil es encontrar los temas y las formas adecuados para la formación espiritual superior de la juventud y con cuántas mayores dificultades tropieza el empeño de desligarse de los temas y las formas ya descubiertos, comprenderá que en esta época no se supiese satisfacer la necesidad de elevar el nivel de la enseñanza latina más que transfiriendo lisa y llanamente a ella la solución del problema que representaba la enseñanza de la lengua y literatura griegas; es, al fin y al cabo, un proceso muy parecido al que hoy se desarrolla ante nuestros ojos con el transplante de los métodos de enseñanza de las lenguas muertas al estudio de las lenguas vivas.

Desgraciadamente faltaba el elemento más importante para que el transplante diese sus frutos. El texto de las Doce Tablas bastaba, evidentemente, para aprender a leer y escri-

bir en latín; pero la formación de una cultura latina presuponía la existencia de una literatura latina, que no se conocía aún en Roma.

A esto hay que añadir una segunda circunstancia. Ya hemos expuesto en páginas anteriores el desarrollo de las fiestas y diversiones romanas. Hacía ya mucho tiempo que la escena ocupaba un lugar importante en ellas; aunque los torneos de carros constituían, indudablemente, el centro de estos regocijos populares, no se celebraban más que una vez en cada fiesta, el día de su clausura, mientras que las primeras jornadas se consagraban fundamentalmente a los espectáculos escénicos. Sin embargo durante mucho tiempo estas representaciones estuvieron reducidas simplemente a danzas y títeres; las canciones improvisadas que solían declamarse también en escena carecían de diálogo y acción.

Nace una literatura latina

Pero al llegar a esta época hiciéronse ya intentos de dramatización de las canciones llevadas a la escena. Los regocijos populares romanos se hallaban ahora colocados en absoluto bajo el signo de los griegos, quienes con su talento para la distracción y la amenidad se convirtieron en maestros indiscutibles de placeres de los romanos. Y en Grecia ninguna diversión popular gozaba de tanto predicamento ni tenía tanta variedad como el teatro; era natural que las manifestaciones escénicas atrajesen en seguida la atención de los organizadores de las fiestas de Roma y de su personal auxiliar.

No cabe duda de que también en las antiguas canciones escénicas romanas se contenía ya un principio dramático, susceptible de desarrollo; pero para que de ellas pudiese surgir el drama hacía falta que el poeta por su parte y el público por la suya diesen pruebas de un genio de inventiva y de asimilación que jamás tuvieron los romanos, y menos en esta época a que nos referimos. Por otra parte, aunque ello hubiese sido posible, la prisa de las gentes a cuyo cargo corría la

organización de las diversiones de la multitud no habría dejado la serenidad ni el vagar necesarios para que llegasen a madurar los nobles frutos de una obra de creación. Era ésta otra de las muchas necesidades extraordinarias que se presentaban y que la nación no podía por sí misma satisfacer; sentíase la apetencia de un teatro propio, pero faltaban las obras con que alimentarlo.

Tales son los elementos sobre los que descansa la literatura romana y que condicionan de antemano y necesariamente los defectos de que ha de adolecer. Todo arte verdadero es el producto de la libertad individual y del sentimiento gozoso de la vida; en Italia no faltaban los gérmenes para que ese arte prosperase. Pero el desarrollo de Roma, al sustituir la libertad y la alegría de vivir por el sentimiento colectivo y la conciencia del deber, ahogó los gérmenes del arte e hizo que éste declinase en vez de florecer.

El desarrollo de Roma alcanza su apogeo en una época en que aún no existe literatura. La literatura de Roma surgió a la zaga de la nueva situación cuando la nacionalidad romana empezó a desintegrarse y apuntaron las tendencias helenocosmopolitas; por eso brota desde el primer momento y obedeciendo a una ley forzosa e inevitable en el terreno de la cultura griega y en abierta contradicción con el sentido nacional específicamente romano.

La poesía romana sobre todo surge obedeciendo en primer lugar, no al impulso interior del poeta ni mucho menos, sino a los dictados externos de la escuela, que pedía libros latinos sobre que poder enseñar, y de la escena, que reclamaba comedias latinas que poder representar. Y ambas instituciones, la escuela y la escena, son en esta época absolutamente antirromanas y revolucionarias.

La ociosidad del teatro era para la seriedad filistea y el sentido de laboriosidad del romano chapado a la antigua un espectáculo bueno para papanatas; para él constituía un verdadero suplicio. El pensamiento más profundo y más grandioso en que se inspiraba el Estado romano era el de que en-

tre sus ciudadanos no existiesen señores ni criados, millonarios ni mendigos, y sobre todo que no hubiese más que una fe y una cultura comunes a todos los romanos; desde este punto de vista la escuela, y más todavía la cultura académica exclusivista, tenían que considerarse necesariamente como un peligro y como actividades verdaderamente destructoras para el sentimiento de la igualdad.

Por esta misma razón la escuela y el teatro convirtiéronse en los resortes más eficaces del espíritu de la nueva época, tanto más cuanto que ahora su lengua era el latín. Un romano podía muy bien hablar y escribir en griego sin dejar por ello de ser romano; pero al romper a hablar en latín el teatro y la escuela convirtiéronse en los vehículos principales, para infundir a la vida y a la conciencia de los romanos un sentido absolutamente griego. Uno de los espectáculos, no más plausibles, pero sí más notables y más instructivos desde el punto de vista histórico que nos brinda este brillante siglo del conservadurismo romano es aquel en que vemos cómo el helenismo va echando raíces en todos los terrenos espirituales no dominados directamente por la política y cómo el *maître de plaisir* del gran público y el maestro de primeras letras crean, en estrecha colaboración, una literatura romana.

Livio Andrónico

Ya en el más antiguo escritor romano encontramos en embrión, por decirlo así, todos los rasgos del desarrollo posterior. El griego Andrónico (nacido antes del año 272 y muerto después del 207), que más tarde adoptará como ciudadano romano el nombre de Lucio[18] Livio Andrónico, llega a Roma en el año 272, siendo todavía un niño, entre un tropel de prisioneros tarentinos, como esclavo del vencedor de Sena, Marco Livio Salinátor (cónsul en los años 219 y 207). Su oficio de esclavo era, por una parte, el de actor y escribiente y, por otra, la enseñanza del latín y del griego, que administraba tanto dentro como fuera de la casa de su señor a los hijos

de éste y a otros muchachos de familias pudientes. Y tanto se distinguió en estas actividades que su dueño lo manumitió y las autoridades, que habían recurrido no pocas veces a sus servicios —por ejemplo le encomendaron la composición del canto panegírico después del giro venturoso que en el año 207 hubo de tomar la guerra contra Aníbal—, concedieron al gremio de poetas y actores, en consideración a él, un lugar para que pudiese celebrar su culto colectivo en el templo de Minerva, en el Aventino.

La obra de Andrónico como escritor respondió a aquella doble actividad de su vida. Como maestro de lenguas tradujo al latín la *Odisea,* para hacer del texto latino la base de su enseñanza de este idioma, como hacía con el texto helénico para la enseñanza del griego; y este libro de texto, el más antiguo de las escuelas romanas, se mantuvo en vigor durante varios siglos. Como actor no sólo escribía, al igual que hacían los demás, los textos por él representados, sino que además los daba a conocer como libros, es decir, los leía al público y los difundía en copias.

Pero lo más importante de todo es que gracias a él la antigua poesía escénica, que era esencialmente lírica, cedió el puesto al drama griego. En el año 240, un año después de terminarse la primera guerra púnica, se puso en escena, en Roma, la primera obra dramática. La creación de una epopeya, de una tragedia o de una comedia, compuesta en lengua latina y por un poeta que tenía más de romano que de griego, constituyó un acontecimiento verdaderamente histórico. No puede hablarse del valor artístico de estas obras, en las que se renunciaba de antemano a toda pretensión de originalidad. Por otra parte, consideradas como traducciones, tienen un sello de barbarie tanto más sensible cuanto que esta poesía no se limita a reflejar ingenuamente, como debiera, su propio candor, sino que imita en sus balbuceos, con la pedantería del maestro de escuela, las altas creaciones de arte del pueblo vecino. Las grandes divergencias entre la copia y el original no se deben precisamente a la libertad del poeta

latino, sino a la tosquedad de esta poesía de imitación; el estilo es tan pronto vulgar como ampuloso, el lenguaje duro y embrollado.[19]

No le cuesta a uno ningún trabajo creer lo que los antiguos expertos en la materia aseguraban de las poesías de Andrónico: que fuera de los alumnos que tenían que estudiarlas por obligación en su escuela, a nadie se le ocurría, después de haberlas leído, tomarlas en su mano por segunda vez. Y sin embargo estos trabajos literarios dieron desde distintos puntos de vista la pauta para las creaciones de tiempos posteriores. Fueron ellos los que inauguraron la literatura romana de transición y los que aclimataron en el Lacio la métrica griega. Es cierto que esto sólo se advierte en los dramas y que la traducción de la *Odisea* hecha por este poeta fue escrita en versos satúrnicos, es decir, con la métrica nacional, pero ello obedecía, indudablemente, al hecho de que los yambos y los troqueos eran más fáciles de imitar, traspuestos al latín, en la tragedia y en la comedia, que los dáctilos épicos.

El teatro y su público

Sin embargo la literatura latina superó pronto esta fase preliminar del desarrollo literario. Las generaciones posteriores consideraban las epopeyas y los dramas de Andrónico —y estaban evidentemente en lo justo— como lo que en la escultórica eran las estatuas de Dédalo, con su rigidez privada de movimiento y de expresión, más como curiosidades que como obras de arte. Sobre las bases ya sentadas construyó la generación siguiente un arte lírico, épico y dramático. Y el análisis de este desarrollo poético es también de la más alta importancia para el historiador.

El género que marcha a la cabeza del desarrollo poético, en cuanto al volumen de la producción y en cuanto a su influencia sobre el público, es el drama. La Antigüedad no llegó a conocer un teatro permanente en que el público pagase por entrar; lo mismo en Grecia que en Roma las representaciones

escénicas eran, simplemente, una parte de las diversiones públicas organizadas todos los años o en ocasiones extraordinarias. Entre las medidas con las que el gobierno quiso poner coto al desarrollo de las fiestas populares, que consideraba excesivo y le preocupaba, con razón, figura la prohibición de levantar un edificio de piedra destinado a teatro.[20] El sistema empleado consistía en montar para cada fiesta un tinglado de madera con una tribuna para los actores *(proscaenium, pulpitum)* y una decoración de fondo *(scaena);* delante extendíase en semicírculo el sitio en que se acomodaba el público *(cavea),* que era simplemente el suelo apisonado, sin gradas ni asientos, de tal modo que los espectadores que no llevaban o se hacían llevar sillas tenían que seguir la representación de pie, tumbados o en cuclillas.[21] Es lo más probable que las mujeres se colocasen aparte de los hombres, en los sitios peores y más alejados; fuera de esta separación, los sitios no estaban acotados, hasta que en el año 194 se asignaron a los senadores los puestos mejores y más cercanos a la escena.

El auditorio distaba mucho de ser lo que podemos llamar un público distinguido. Y no es que las clases altas se retrajesen de los regocijos populares colectivos; parece incluso que los padres de la ciudad se hallaban obligados por razón de decoro a hacer acto de presencia en las fiestas. Como era lógico tratándose de diversiones propias de ciudadanos, no se permitía el acceso a estos actos a los esclavos ni tampoco, probablemente, a los extranjeros; en cambio todo ciudadano, acompañado de su mujer y de sus hijos, tenía entrada libre; [22] hay que suponer, pues, que aquel público sería, salvadas las circunstancias de lugar y tiempo, parecido al que suele asistir hoy a los fuegos de artificio y a las representaciones teatrales gratuitas organizadas alguna que otra vez en nuestras ciudades. El orden y el silencio dejarían seguramente, como es lógico, bastante que desear; los niños llorarían, las mujeres charlarían en voz alta y chillarían y de vez en cuando alguna moza pugnaría por subir a la escena; estas fiestas

no serían días de asueto para los alguaciles y tendrían que estar ojo avizor para que no desapareciesen las prendas de vestir y otros objetos y para poner orden con su vara entre los elementos levantiscos.

La introducción del drama griego en la escena romana reclamaba, sin duda, actores más capacitados, que al parecer no abundaban en Roma; sabemos, por ejemplo, que una obra de Nevio hubo de representarse en una ocasión por aficionados, a falta de buenos actores profesionales. Pero el cambio no introdujo modificación alguna en cuanto a la posición social del artista; el poeta o "escritor", como en esta época se lo llamaba, el compositor y el actor, no sólo seguían figurando en la clase de los asalariados, que gozaba de escasa consideración social, sino que ahora como antes eran mal vistos por la opinión pública y tratados por la policía poco menos que como malhechores. Como era lógico, todo el que se estimaba en algo procuraba mantenerse alejado de esta despreciada profesión. El director de la compañía *(dominus gregis* o *factionis,* llamado también *choragus),* que en la mayoría de los casos hacía también de primer actor, era casi siempre un liberto y los actores, por regla general, esclavos suyos; todos los compositores de que tenemos noticia eran también esclavos.

Los salarios abonados a los actores y gentes de teatro no sólo eran muy bajos —poco después del final de esta época se califica de extraordinariamente elevado un sueldo de 800 sestercios para un director de escena—, sino que además los organizadores de las fiestas no les pagaban más que si la pieza representada había sido del gusto del público. Y la remuneración, caso de conseguirla, era todo lo que el artista podía esperar; en Roma no se conocían ni por asomo, todavía, aquellos concursos de poetas y aquellos premios honoríficos con que se les laureaba en el Ática. Al parecer el público de teatro romano aplaudía y silbaba como el nuestro y nunca se daba más de una representación diaria.[23]

En estas condiciones, con un arte asalariado y en un mundo en que no se conocía el honor del artista, pero sí su ignominia, no podía esperarse que el nuevo teatro nacional romano se desarrollase con una personalidad nacional, ni que adquiriese en general un rango artístico. El arte escénico ático había surgido como un fruto de la noble emulación entre los más nobles atenienses; el romano, en cambio, no podía ser más que una copia vil del teatro griego, y si de algo podemos admirarnos es de que, a pesar de todo, aún tuviese fuerzas para desplegar tanta gracia y tanto ingenio.

La comedia

En la escena romana la tragedia quedó relegada a segundo plano por la comedia; los espectadores fruncían el ceño cuando en vez de una obra divertida se encontraban con un drama. Así se explica que esta época alumbrase algunos autores de comedias, como Plauto y Cecilio, pero no produjese ninguna tragedia importante y que entre las obras dramáticas que conocemos de este periodo por sus nombres haya tres comedias por cada tragedia.

Como es natural, los autores dramáticos romanos, que debiéramos llamar más propiamente traductores, tomaban como modelo para producir sus obras, ante todo, las que dominaban la escena griega de la época, aunque lo que hacían en realidad era copiarlas; esto los colocaba de lleno dentro del ciclo de la nueva comedia ática, cuyos representantes más destacados eran el poeta Filemón de Soloi, en Cilicia (360? -262) y Menandro de Atenas (342-292). Este tipo de comedia encierra tanta importancia para el desarrollo de la literatura latina y para la evolución general del pueblo que merece la pena detenerse unos momentos a analizarla.

Las obras de este ciclo se caracterizan por su fastidiosa monotonía. Giran todas casi sin excepción en torno al tema de un joven, a quien el autor ayuda, unas veces a costa de su padre y otras veces a costa del empresario de un burdel, a

entrar en posesión de una muchacha a quien ama, mujer de encantos indiscutibles, pero cuya pureza moral suele dejar bastante que desear. El camino hacia la dicha amorosa pasa generalmente a través de alguna estafa de dinero y el verdadero motor de la intriga es casi siempre un criado astuto, que encuentra la suma necesaria y comete las trapacerías indispensables para apoderarse de ella, mientras el enamorado se tortura con las penas del amor y la penuria de dinero. No faltan en estos sainetes ninguna de las obligadas consideraciones sobre las alegrías y las penas del amor y abundan las escenas en que los enamorados se despiden bañados en lágrimas y en que los amantes atenazados por las angustias del corazón amenazan con quitarse la vida.

El amor o, por mejor decir, el enamoramiento era, como advierten los antiguos jueces en la materia, el verdadero hálito de vida de la poesía menandriana. La trama termina siempre, por lo menos en Menandro, con la inevitable boda. Además, para edificación y satisfacción de los espectadores, la virtud de la heroína suele triunfar siempre en su plenitud o con poco detrimento y, a la postre, casi siempre se descubre que es la hija de un hombre rico, raptada a sus padres, y, por lo tanto, un buen partido desde todos los puntos de vista.

Al lado de estas comedias de amor y de intriga encontramos otras de carácter patético; así, por ejemplo, para citar solamente algunas de las de Plauto, la llamada *Rudens* ("La soga") tiene por tema el naufragio y el derecho de asilo y las tituladas *Trinummus* ("La pieza de tres pesos") y *Captivi* ("Prisioneros") no versan sobre intrigas de faldas, sino sobre la nobleza de sacrificio del amigo y del esclavo por el señor. Los personajes y las situaciones se repiten en estas comedias como las figuras en los dibujos de los tapices, hasta en los más mínimos detalles, y el autor no sabe salir de los consabidos recursos de los apartes con personajes invisibles, de las llamadas a las puertas y los esclavos que corren por las calles con alguna comisión. El esquematismo de estas comedias se acentúa aún más por obra de las máscaras permanentes, que

formaban siempre un número fijo: había, por ejemplo, ocho de ancianos y siete de criados, entre las que el autor tenía forzosamente que elegir.

La nueva comedia ática

El elemento lírico de la comedia antigua, el coro, no podía tener cabida en este tipo nuevo, atenido exclusivamente desde el primer momento al diálogo y, cuando más, a la recitación, pues no sólo carecía de emoción política, sino en general de toda auténtica pasión y de toda altura poética. Estas obras no aspiraban ni mucho menos, como fácilmente se comprende, a producir emociones grandiosas y verdaderamente poéticas; su encanto residía, ante todo, en que distraían el espíritu por medio del tema —y desde este punto de vista la comedia nueva se distinguía de la antigua tanto por su gran vaciedad interior como por la gran complejidad exterior de la fábula— y en que reproducían la acción con todo lujo de detalles, siendo de destacar sobre todo la sutileza y el ingenio del diálogo, que era donde triunfaba el autor y donde se deleitaba el público. Complicaciones rebuscadas y confusiones de unos personajes con otros, que se prestaban muy bien a locas y no pocas veces licenciosas extravagancias —la *Casina,* por ejemplo, termina con la marcha de los dos novios y del soldado disfrazado de novia, en el más auténtico estilo falstaffiano—, chistes, acertijos y bufonadas, que eran también, a falta de temas serios de conversación, los que hacían el gasto de la charla entre los comensales áticos de esta época; tales eran los elementos con que se construían en buena parte las comedias de Filemón, las de Menandro y sus imitadores.

Estos poetas no escribían ya, como Eupolis y Aristófanes, para una gran nación, sino más bien para una nación de espíritu cultivado, para una sociedad que, como esas tertulias de gentes ingeniosas y ociosas, mataba el tiempo poniendo y resolviendo acertijos y adivinanzas. Por eso no hay que bus-

car en estas comedias una imagen de su tiempo —no se percibe en ellas ni un soplo de los grandes movimientos históricos y espirituales de la época y le cuesta a uno trabajo recordar que Filemón y Menandro fueron contemporáneos de hombres como Aristóteles y Alejandro Magno—, aunque nos brindan estampas tan elegantes como fieles de la sociedad ática culta, de cuyo ambiente no trascienden nunca estas obras.

La gracia del original no se borra del todo ni siquiera en las turbias copias latinas a través de las cuales ha llegado a nosotros, fundamentalmente, la nueva comedia ática; sobre todo en aquellas obras calcadas sobre el más inspirado de estos autores, Menandro, vemos cómo la vida que el propio poeta contemplaba y vivía se refleja no tanto en sus extravíos y aberraciones como en sus rasgos cotidianos más delicados y amables. Las gozosas relaciones familiares entre padre e hija, marido y mujer, señor y criado, con sus amores y amoríos y todas sus pequeñas crisis y aventuras, aparecen pintadas con tanta fuerza que todavía hoy nos producen cierta emoción. El festín de los criados, por ejemplo, con que termina el *Stichus* de Menandro, es de una gracia incomparable en su género, dentro del medio cerrado en que se desenvuelve y por la armonía que preside las relaciones entre los dos enamorados y la muchacha a que ambos aman.

Entre los personajes de estas comedias tienen un encanto especial las elegantes y casquivanas jovencitas que abundan en ellas, perfumadas y enjoyadas, peinadas y emperifolladas a la última moda, con sus abigarrados vestidos de cola bordados en oro y que muchas veces aparecen, lo que hace resaltar más su gracia, peinándose y arreglándose en escena. Tras ellas asoma generalmente la figura de la alcahueta, unas veces con los rasgos de la buscona más vil, como en el *Curculio,* y otras veces con la clásica silueta de la dueña, parecida a la vieja Bárbara de Goethe, como la Escafa que aparece en la *Mostellaria* o "Comedia mágica"; ni faltan tampoco, en este mundo escénico, los compadres y amigos dispuestos a servir

en lo que haga falta. Son también muy abundantes y variados los papeles de viejos; aparecen entremezclados el padre severo y avaro y el padre dulce y amoroso, el padre fácil y acomodaticio que sirve de alcahuete a su hija, el viejo verde enamorado, el solterón de gustos fáciles y la matrona celosa y entrada en años con su vieja criada, que hace causa común con la señora contra el amo. En cambio los papeles de jóvenes aparecen un poco desvaídos y ni el galán ni el hijo modelo, dechado de virtudes, que aparece de vez en cuando, significan gran cosa. El mundo de los criados: el taimado ayuda de cámara, el severo intendente, el viejo preceptor siempre alerta, el mozo de labranza oliendo a ajo y el pajecillo impertinente, son ya figuras de transición hacia los personajes representativos de profesiones y oficios. Una figura que no falta jamás entre éstos es la del bufón *(parasitus),* que a cambio de que le dejen sentarse a la mesa de los ricos y entretener a los comensales con sus chanzas y acertijos tiene que resignarse de vez en cuando a ser objeto de las burlas y chacotas de los demás. En la Atenas de aquel entonces estos parásitos ejercían casi un oficio en toda regla, y cuando el poeta nos presenta a uno de ellos preparándose especialmente para ejercerlo mediante el estudio de sus libros de chistes y anécdotas, seguro que no inventa nada.

Otros personajes favoritos son el cocinero, que no sabe solamente baladronear con sus salsas maravillosas, sino también sisar como un ladrón consumado; el empresario de burdel, un canalla desvergonzado, que confiesa impúdicamente los peores vicios, de que es prototipo el Ballio del *Pseudolus* ("El tramposo"); el militar fanfarrón y perdonavidas, clara imagen de aquellos lasquenetes que tanto abundaban bajo los diádocos de Alejandro; el aventurero profesional o el sicofante, el cambista tramposo, el médico solemnemente estirado e ignorante, el sacerdote, el marinero, el pescador y tantos y tantos más. Y finalmente los verdaderos papeles de carácter, como el del supersticioso de Menandro y el del avaro en la *Aulularia* de Plauto.

La poesía nacional helénica conserva su vigor plástico indestructible hasta en esta última creación suya; sin embargo la pintura de las almas humanas presenta ya aquí más bien los caracteres de una copia externa que los rasgos de imágenes interiormente vividas y sentidas, defecto que resalta con tanta mayor fuerza cuanto más se acerca el autor a un empeño verdaderamente poético; es muy significativo que en los dos papeles de carácter que acabamos de citar la verdad psicológica del personaje aparezca suplida en gran parte por un desarrollo conceptual abstracto, en el que, por ejemplo, se caracteriza al avaro como al hombre que recoge cuidadosamente los clavos viejos y no ve en las lágrimas derramadas más que agua que se derrocha.

Sin embargo esta falta de caracteres profundos y verídicos y en general la vaciedad poética y moral de la nueva comedia no debe imputarse tanto a los comediógrafos de esta época como a la nación en su conjunto. El helenismo específico estaba en su agonía; la patria, la fe popular, el sentimiento del hogar y de la familia habían desaparecido; la poesía, la historia y la filosofía estaban interiormente agotadas y el campo de acción del ateniense veíase reducido ahora a la escuela, el mercado de pescadores y el burdel; en estas condiciones no tiene nada de extraño ni puede ser objeto de censura el que la poesía, cuya misión es iluminar la vida del hombre, no diese más de sí que lo que se contiene en las comedias de un Menandro.

Es muy significativo que la poesía de esta época, cuando puede colocarse en cierto modo de espaldas a la decadente vida ática, sin caer en un plagiarismo académico, se vigorice y renueve inmediatamente a la luz del ideal. En el único vestigio que se ha conservado de la comedia paródica heroica de esta época, el *Anfitrión* de Plauto, se percibe un soplo más puro y más poético que en todos los otros restos del arte escénico de la época; los amables dioses, tratados por el poeta con suave ironía, las nobles figuras del mundo de los héroes, los lindos esclavos llenos de cobardía, contrastan maravillo-

samente unos con otros y, después de una acción bastante divertida, la comedia termina de un modo casi grandioso con el nacimiento del hijo de los dioses entre el retumbar de los truenos y el fulgurar de los rayos.

Este modo de tratar irónicamente los mitos era relativamente inocente y poético si se lo compara con la comedia usual de esta época, dedicada a pintar la vida ateniense. Desde el punto de vista histórico-moral no es lícito censurar a los poetas de este periodo, pues no se puede acusar al escritor, individualmente, de que se mantenga al mismo nivel de la época en que vive. Esta comedia no era la causa sino el efecto de la corrupción que anidaba en la vida del pueblo.

Debemos, sin embargo, sobre todo si queremos enjuiciar certeramente la influencia ejercida por estas comedias en la vida del pueblo romano, señalar el abismo que se abre debajo de toda aquella sutileza y de todas aquellas galas. Las salidas zafias y obscenas, que Menandro procura evitar, pero que abundan en los demás comediógrafos de este ciclo, son lo de menos; mucho más grave que esto es la concepción de la vida que en estas comedias se refleja: una vida desolada sin más oasis que los amoríos y las borracheras; una prosa horrible, en la que sólo se ve algo parecido al entusiasmo en los pícaros a quienes sus propias picardías hacen perder la cabeza y que ponen cierta pasión en el ejercicio de las artes del engaño; y sobre todo aquella moralidad inmoral de que están esmaltadas principalmente las comedias de Menandro. El vicio encuentra su castigo y la virtud su premio; los pecadillos de poca monta quedan saldados con la conversión del culpable mediante la boda o después de ella. Hay obras como el *Trinummus* de Plauto y algunas de Terencio en que el autor pone a todos sus personajes, señores y esclavos, una cierta dosis de virtud; en todas ellas abundan las gentes honorables que hacen que otras roben o estafen para ellas, el pudor virginal más o menos relativo, los amantes favorecidos por igual y que se reparten amigablemente los favores de su dama; los lugares comunes de moral y las moralejas bien perfi-

ladas brotan por todas partes como las zarzamoras. Aquel cuadro final de las dos *Báquidas,* en el que los hijos estafadores y los padres estafados acaban reconciliándose en una casa de lenocinio, es una estampa de corrupción de las costumbres digna de un Kotzebue.

La comedia romana

Sobre estas bases y con ayuda de estos elementos surgió la comedia romana. La originalidad se hallaba desterrada de ella, no sólo por la falta de libertad estética, sino también, probablemente y más que nada, por la falta de libertad policiaca. Entre la masa bastante considerable de comedias latinas de este género que conocemos no se encuentra una sola que no sea copia o imitación de otra griega; para que el título de la obra fuese completo debían citarse al lado de los latinos, según la costumbre romana, los nombres del original griego y de su autor, y en los casos —que también se daban— en que se discurría acerca de la "novedad" de una comedia, la discusión giraba exclusivamente en torno al problema de si había sido o no traducida ya con anterioridad.

Estas comedias no sólo se desarrollan casi siempre en el extranjero sino que es una necesidad establecida así, y el nombre bajo el cual se agrupa este género literario *(fabula palliata)* responde al hecho de que el lugar de la escena se sitúa fuera de Roma, generalmente en Atenas, y de que los personajes son griegos o, por lo menos, gentes no romanas. Se mantienen con todo rigor la indumentaria y el atuendo extranjeros hasta en los más mínimos detalles, sobre todo en aquellos aspectos en que hasta el romano poco culto podría darse cuenta de la diferencia. Por la misma razón se evita cuidadosamente emplear los nombres de Roma y los romanos, y cuando se alude a ellos se les aplica la típica palabra griega de "extranjeros" *(barbari).* Entre las innumerables monedas y tipos de dinero mencionados en estas comedias no aparece ni una sola vez el nombre de una moneda romana.

Nos formaríamos una extraña idea del gran talento y la gran habilidad de poetas como Nevio y Plauto si quisiéramos atribuir esta particularidad a su libre iniciativa; no, esta curiosa y grotesca extraterritorialidad de la comedia romana tenía que obedecer, necesariamente, a consideraciones que no guardaban la menor relación con las ideas estéticas. El situar en la Roma de Aníbal aquellas condiciones sociales que encontramos descritas sin excepción en toda la nueva comedia ática se habría considerado como un atentado criminal contra el orden y las costumbres de la sociedad romana. Y como los espectáculos de esta época eran organizados generalmente por los ediles y los pretores, que dependían totalmente del Senado, y hasta las mismas fiestas de carácter extraordinario, por ejemplo las que acompañaban a los entierros, requerían la autorización del gobierno, y la policía romana no solía andarse nunca con muchos miramientos, pero menos que nunca tratándose de las gentes de teatro, es fácil comprender por qué la comedia, incluso después de tomar carta de naturaleza entre los regocijos populares de Roma, no podía sacar a escena a ningún romano y tenía que situarse en el extranjero, como proscrita en cierto modo, por su lugar, su acción y sus personajes, de la comunidad latina.

Apoliticismo

El comediógrafo no podía tampoco —y esta norma se llevaba todavía con mayor rigor— sacar a escena ni mencionar, ni para alabarla ni para censurarla, a ninguna persona viva, y debía evitar cuidadosamente toda alusión capciosa a cosas, circunstancias o sucesos de la época actual. No creemos que en todo el repertorio de comedias plautianas y posplautianas se encuentre nada que pudiera servir de base, en su tiempo, para el ejercicio de una acción por injurias. Tampoco descubrimos en ellas —si prescindimos de tal o cual broma inocente— ni rastro de invectivas o frases desdeñosas contra estos o los otros municipios, que habrían sido especialmente graves,

dada la viva sensibilidad municipal de los romanos; únicamente algunas burlas harto significativas sobre los desdichados vecinos de Capua o de Atela y, cosa sorprendente, ciertas alusiones sarcásticas al orgullo y al mal latín de los prenestinos.

En todas las comedias de Plauto no se habla de los acontecimientos o las circunstancias de la época más que para felicitarse por la buena marcha de la guerra[24] o de los beneficios de la paz. Nada de criticar de un modo o de otro la usura del trigo o de los intereses, el lujo excesivo y la dilapidación, el soborno de electores por los candidatos, el número excesivo de desfiles triunfales, el negocio de los que comerciaban con las multas en dinero ya caducadas, el encarecimiento de los precios del aceite para que se enriqueciesen quienes comerciaban con ella, etc.; sólo una vez —en el *Curculio*— encontramos una diatriba, bastante suave por lo demás, contra los manejos del foro romano, que nos recuerda las parábasis de la antigua comedia ática.

De vez en cuando, aun en medio de sus alardes patrióticos, impecables desde el punto de vista policiaco, el poeta, curándose en salud, se interrumpe y exclama:

> *Sed sumne ego stultus, qui rem curo publicam*
> *Ubi sunt magistratus, quos curare oporteat.*
>
> ¿Pero, no es una necedad que yo me preocupe de la cosa pública,
>
> Habiendo autoridades competentes para ocuparse de ella?

Vista la cosa en conjunto, no podría concebirse un tipo de comedia más inofensiva, políticamente, que la comedia romana del siglo II. La única excepción notable a esta regla la ofrece Cneo Nevio, el más antiguo y prestigioso de los comediógrafos romanos. Aunque este poeta no escribiese precisamente comedias originales romanas, los pocos restos que han quedado de su obra están llenos de alusiones a sucesos y personajes de Roma. Se atrevió, entre otras cosas, no sólo a citar por su nombre a un pintor llamado Teódoto, sino inclu-

so a enderezar al vencedor de Zama los siguientes versos, que un Aristófanes no se habría avergonzado de suscribir:

Etiam qui res magnas manu saepe gessit gloriose
Cujus facta viva nunc vigent, qui apud gentes solus praestat,
Eum suus pater cum pallio uno ab amica abduxit.

Incluso aquel que supo gloriosamente llevar a cabo grandes hazañas,

Cuyos hechos permanecen vivos, el único a quien todos los pueblos [aclaman,

Sacó a su propio padre en camisa de casa de una amiga.

Como en el verso en que dice:

Libera lingua loquemur ludis liberalibus

Dejemos que la lengua hable en libertad, hoy que es día de fiesta,

este poeta debió de atentar muchas veces contra las ordenanzas de policía y de formular con frecuencia preguntas peligrosas por el estilo de la siguiente:

Cedo, qui vestram rem publicam tantam amisistis tam cito.

¿Cómo una república tan grandiosa ha podido arruinarse tan presto?,

pregunta a la que el autor contestaba con una enumeración de pecados políticos, a la manera de éstos:

Proveniebant oratores novi, stulti adulescentuli

Vinieron luego nuevos oradores, hombres jóvenes y estultos.

Pero la policía romana no se inclinaba, como la de Atenas, a conceder a ningún poeta cédulas de privilegio o trato de tolerancia para sus inventivas escénicas y sus diatribas políticas. Nevio fue enviado a la cárcel por estas licencias y otras parecidas y no salió de ella hasta que en otras comedias se retractó y pidió públicamente perdón por sus pecados. Su libertad de pluma le costó, a lo que parece, verse arrojado de su patria. Los que vinieron detrás no desaprovecharon aquella lección; uno de estos comediógrafos dijo bien claramente

que no tenía ninguna gana de verse amordazado por la fuerza como su colega Nevio. Y así fue como se logró un triunfo tan único en su género como la derrota de Aníbal: que en una época como ésta, en que las pasiones del pueblo andaban desencadenadas, surgiese un teatro nacional de la más completa insulsez política.

Pobreza de la comedia latina

Confinada dentro de estos estrechos dominios, tan celosamente acotados por las costumbre y las ordenanzas policiacas, no podía, naturalmente, alentar la poesía. No faltaba a la verdad Nevio cuando calificaba de envidiable la situación del poeta bajo el cetro de los lágidas y los seléucidas, comparada con su suerte en la libre Roma.[25]

El éxito conseguido dependía, en cada caso, naturalmente, de las cualidades del original que se tomaba como base y del talento personal de quien lo adaptaba; sin embargo, dentro de las lógicas diferencias individuales, este repertorio de traducciones debía de coincidir necesariamente en ciertas cosas fundamentales, ya que todas estas comedias estaban sujetas a las mismas condiciones de representación y destinadas a presentarse ante el mismo público.

La forma de tratar el tema, lo mismo en los detalles que en el conjunto, caracterizábase en todas ellas por un grado muy alto de libertad; y era natural que así fuese. Las obras originales habíanse representado, y en esto residía su mayor encanto, ante el mismo público pintado en ellas, pero el público romano de esta época difería tanto del ateniense que no estaba siquiera en condiciones de poder comprender aquel mundo extraño. El romano no podía percibir nada de lo que caracterizaba la vida familiar de los helenos: ni su gracia y su sentido de humanidad, ni su sentimiento y su vaciedad cubierta de un delgado barniz. El mundo de los esclavos era completamente distinto en Roma que en la Hélade; el esclavo romano era considerado como una herramienta casera, el

ateniense como un servidor; cuando dos esclavos se casan en escena o el señor sostiene una conversación humana con su esclavo, el traductor romano cuidase de advertir a su público que no se escandalice por estas cosas, corrientes en Atenas. [26] Y cuando más tarde empezaron a representarse comedias con indumentaria romana, hubo que desterrar de la escena el papel del criado astuto, pues el público de Roma no toleraba a estos domésticos que trataban displicentemente a sus señores y los llevaban de la mano.

Los personajes de carácter o representativos de profesiones y oficios, trazados de un modo más brusco y burlesco, se prestaban mejor a la traducción que estas otras figuras finas y sutiles tomadas de la vida diaria; pero el adaptador romano veíase obligado a sacrificar también muchos de aquéllos, probablemente los más finos y originales, como por ejemplo el de Taís, la urdidora de matrimonios, la de la hechicera de la luna y la del cura-mendigo de Menandro, para atenerse exclusivamente a las profesiones extranjeras con que el lujo gastronómico griego, muy extendido ya en Roma, había familiarizado a su público. No es obra del azar el que los sainetes plautianos se complazcan en pintar con una predilección y una vivacidad tan sorprendentes los tipos del cocinero y del bufón; la explicación de ello está en que ya por aquel entonces abundaban los cocineros griegos que iban a ofrecer sus servicios al mercado gastronómico de Roma y en que la práctica de tomar un bufón o parásito llegó a generalizarse tanto que Catón incluía entre las instrucciones que daba a su intendente la prohibición de contratar los servicios de semejante personaje.

Tampoco, y por idénticas razones, podía el traductor utilizar una buena parte de los elegantes diálogos áticos de sus originales. El habitante de la ciudad de Roma y el campesino romano contemplaban la vida de taberna y burdel de Atenas con el asombro con que un campesino o el vecino de una pequeña ciudad provincial de hoy puede contemplar los misterios del Palais-Royal. La pasmosa erudición culinaria del ate-

niense no cabía en sus cabezas; los banquetes con que los romanos imitaban a los griegos eran, como éstos, muy copiosos, pero en ellos domina siempre sobre las interminables clases de pastelería, las refinadas salsas y los exquisitos platos de pescado, el tosco asado romano de cerdo. En cuanto a los acertijos y adivinanzas y a las canciones de vino, a la retórica y a la filosofía griegas, que ocupan un lugar tan importante en la comedia ática, sólo encontramos en sus imitaciones romanas alguna que otra huella tenue y desvaída.

El destrozo que los adaptadores romanos se veían obligados a causar en los originales para ajustarse a los gustos y a las normas convencionales de su público los constreñía a mutilaciones y remiendos inconciliables con la composición de una obra verdaderamente artística. Por lo general no bastaba con eliminar del original papeles enteros, sino que para llenar el hueco había que tomar otros de diversas comedias del mismo autor o de autor distinto, lo que, dada la estructura de las obras originales, basadas en razones puramente externas, no siempre conducía a resultados tan absurdos como nos podríamos imaginar.

Por otra parte los poetas latinos permitíanse, por lo menos en los tiempos antiguos, las licencias más extrañas en lo tocante a composición. El argumento del *Stichus* de Menandro (representado en el año 200), obra por lo demás excelente, consiste en que dos hermanas, a quienes su padre quiere obligar a divorciarse de sus maridos ausentes, juegan a la Penélope hasta que los maridos retornan como comerciantes enriquecidos y trayendo de regalo para su suegro una hermosa esclava. En la *Casina,* que hacía las delicias del público, la novia que da nombre a la comedia y en torno a la cual gira la acción no aparece para nada en escena y, como el autor dice con ingenua ironía en el epílogo, el desenlace de la trama "tendrá lugar más tarde, de puertas adentro".

No pocas veces la acción se interrumpe de pronto, se observa que ha desaparecido uno de los hilos de la intriga y se echan de ver, en general, todos los signos característicos de

un arte primitivo. La causa de ello no estaba tanto, probablemente, en la torpeza del adaptador romano como en la indiferencia o el desdén de su público en lo tocante a las leyes estéticas. Sin embargo poco a poco fue educándose el gusto del público. En las obras de la última época de Plauto se advierte ya visiblemente una mayor preocupación del autor por la composición artística y *Los prisioneros,* por ejemplo, *El tramposo* y las dos *Báquidas* son, en su género, obras magistralmente desarrolladas. A Cecilio, su sucesor, de quien no ha llegado a nosotros ninguna obra, le elogian los críticos posteriores por la maestría artística con que sabía componer sus comedias.

En cuanto al detalle, el poeta aspira a poner las cosas ante los ojos del espectador romano con la mayor claridad posible, tendencia con la que contrasta del modo más asombroso el precepto policiaco en que se le ordena mantener sus obras dentro de un ambiente extranjero. Los dioses romanos y los términos religiosos, militares y jurídicos de Roma disuenan de un modo extraño en medio del mundo griego; los ediles y los triunviros romanos aparecen grotescamente revueltos con los agoranomos y los demarcas griegos; en obras cuya acción aparece situada en la Etolia o en Epídamo resulta peregrino ver cómo los personajes hablan como si tal cosa del Capitolio o del Velabro.

El mero hecho de superponer los tonos locales romanos sobre el fondo griego representa ya un barbarismo; sin embargo estas interpretaciones, a veces bastante chuscas dentro de su ingenuidad, resultan mucho más soportables que la tendencia a dar siempre a las obras una tónica zafia, cosa que los adaptadores creían indispensable para ponerse a tono con el nivel del público, que no era precisamente el ateniense. Es cierto que ya algunos de los poetas áticos no necesitaban que nadie les enmendase la plana en materia de zafiedad; casi puede asegurarse que obras como la *Asinaria* (la "Asnal") de Plauto no podían imputar precisamente al traductor sus cualidades insuperables de mediocridad y vulgaridad. Sin em-

bargo la superabundancia de temas groseros en las comedias romanas le hace a uno pensar que ande en ello la mano del adaptador, quien "enriquecería" los originales con esta pacotilla, mediante interpolaciones o por una paciente labor de acarreo.

La serie interminable de azotes y el látigo levantado siempre sobre las espaldas del esclavo apuntan claramente al régimen doméstico tan grato a Catón, y en los constantes denuestos contra la mujer se trasluce también el antifeminismo catoniano. Entre los chistes de su propia cosecha con que los adaptadores romanos juzgaban conveniente sazonar el elegante diálogo ático para ponerlo a tono con el paladar del público, hay algunos que son de una necedad y una zafiedad verdaderamente increíbles.[27]

En cambio la forma métrica de la comedia romana es bastante satisfactoria y los dúctiles y sonoros versos latinos honran a sus autores. Es muy frecuente que los versos yámbicos de tres pies que predominan en los originales y que eran los que mejor se acomodaban a su tono mesurado de conversación se sustituyan en la versión latina por yambos o troqueos tetramétricos; pero la causa de ello no debe buscarse tanto en la torpeza de los poetas latinos, que sabían manejar perfectamente los versos trimétricos, como —una vez más — en la falta de educación del público romano, que gustaba de la magnífica sonoridad del verso largo, aunque disonase del tema.

Finalmente, el modo de montar las obras presenta el mismo sello que el contenido de éstas y revela el desprecio de los directores y del público por los postulados de la estética. El arte escénico griego, obligado a renunciar a la verdadera mímica, entre otras razones por la enorme extensión del recinto teatral y por el hecho de celebrarse las representaciones en pleno día, que empleaba hombres para representar los papeles de mujer y en que se hacía necesario reforzar artificialmente la voz de los actores para hacerse entender del público, basábase esencialmente, lo mismo en el aspecto escéni-

co que en el aspecto acústico, en el empleo de máscaras fisonómicas y de resonancia. La máscara estaba también muy extendida en Roma; en las representaciones de aficionados los actores no salían nunca a escena sin máscara. Pero los actores profesionales que representaban en Roma las comedias griegas no disponían de las máscaras necesarias para ello y que eran, sin ningún género de duda, mucho más artísticas que las romanas; lo cual, aparte de otras consideraciones, unido a la defectuosa instalación acústica de la escena romana,[28] obligaba al actor a forzar desmesuradamente la voz. Y no sólo eso, sino que ya Andrónico, para salvar estos inconvenientes, viose obligado a recurrir al expediente, absolutamente reprobable desde un punto de vista artístico, pero inevitable, de hacer que las partes de canto fuesen ejecutadas por un cantante contratado especialmente para ello, limitándose el actor de cuyo papel forman parte las canciones a representarlo simplemente por medio del gesto.

No entró nunca en los cálculos de los organizadores de las fiestas romanas el gastar mucho dinero en decoraciones ni en artilugios teatrales. Es cierto que tampoco la escena ática tenía, en este sentido, grandes pretensiones; por lo general el telón de fondo representaba una calle con casas y el teatro griego no había descubierto aún el modo de cambiar el decorado; sin embargo, aparte de la variada tramoya de que este teatro disponía, contaba con un aparato rudimentario para colocar en el escenario principal, cuando la acción lo requería, una escena más pequeña representando el interior de una casa. La farándula romana no tenía a su disposición un recurso tan elemental como éste; por eso no podemos reprochar a los poetas que situasen en plena calle todos los sucesos de su trama, hasta los alumbramientos.

Tal era el carácter de la comedia romana alrededor del año 200 a. C. El camino seguido para transplantar a Roma los espectáculos escénicos griegos nos permite formarnos una imagen históricamente inapreciable acerca del distinto nivel cultural de los dos pueblos. Y si el original no rayaba a gran

altura ni en lo moral ni en lo estético, hay que reconocer que la copia quedaba aún muy por debajo de él. El mundo de la chusma mendicante, por más que los adaptadores romanos lo utilizasen solamente a beneficio de inventario, presenta en la comedia romana un aspecto triste y exótico, como un cuadro de que se han amputado las figuras más finas y delicadas. Esta comedia no se mueve ya en el terreno de la realidad; sus personajes y situaciones aparecen barajados como los naipes, caprichosamente y al buen tuntún; lo que en el original era un retrato vivo es en la copia una caricatura.

Con una dirección de escena capaz de anunciar una fiesta agonal griega con flautas, tropillas de danzantes, tragedias y atletas y acabar convirtiéndola en una disputa a puñetazos, y con un público dispuesto siempre —y todavía los poetas posteriores a esta época se quejan amargamente de ello— a abandonar en masa el teatro cuando había en otra parte algún espectáculo de púgiles, volatineros o incluso gladiadores, era natural que poetas como los romanos se convirtiesen en obreros asalariados de la más baja categoría social, sometiéndose en mayor o menor grado, aunque para ello tuviesen que violentar las propias convicciones y el propio buen gusto, a la frivolidad y a la vulgaridad reinantes. Ya es mucho que entre ellos descollasen, a pesar de todo, algunos talentos lozanos y vigorosos que repudiasen, por lo menos, todo lo que había de exótico y convencional en aquella poesía y fuesen capaces de crear, por la senda trillada, obras agradables e incluso importantes.

Nevio, Plauto y Cecilio

A la cabeza de estos poetas figura Cneo Nevio, el primer romano que merece el nombre de poeta y que fue —en la medida en que los fragmentos que de su obra se han conservado y los informes de que disponemos acerca de él nos permiten formular un juicio—, según todas las apariencias, uno de los

talentos más notables y más descollantes de toda la literatura romana.

Cneo Nevio era un poco más joven que Andrónico —su obra poética comienza bastante antes y termina probablemente a raíz de la guerra contra Aníbal— y se halla en general influido por él. Al igual que su cofrade, y como suele ocurrir en las literaturas de tipo convencional, ejerció sus dotes poéticas por igual en todos los géneros literarios ensayados por su antecesor, en la epopeya, la comedia y la tragedia, plegándose también estrechamente a él en cuanto a la forma métrica de sus composiciones. No obstante, entre ambos poetas y entre sus obras respectivas media un abismo. Nevio no era, como Andrónico, liberto, maestro de escuela ni cómico, sino un ciudadano romano, aunque no de familia distinguida sí de reputación intachable; era probablemente oriundo de uno de los municipios latinos de la Campania y había tomado parte en la primera guerra púnica.

El lenguaje de Nevio, en marcado contraste con el de Andrónico, es fácil y claro, libre de toda rigidez y afectación, y hasta en la tragedia parece haber evitado cuidadosamente todo *pathos;* sus versos, si prescindimos del hiato y otras licencias poéticas superadas más tarde, fluyen fáciles y limpios. [29] La cuasi-poesía de Andrónico obedecía a una inspiración puramente externa y se movía en todo de la mano de los griegos; pero su sucesor supo ya emancipar la poesía romana de aquellas tutelas y descubrió con la auténtica varita mágica del poeta las únicas fuentes de que podía brotar, en Italia, una poesía verdaderamente popular: la historia nacional y la comedia. La poesía épica, en sus manos, ya no se limitaba a suministrar libros de texto al maestro de escuela, sino que se dirigía por su propia cuenta al público que la leía o la oía leer. La poesía dramática había sido hasta ahora, al igual que la preparación del vestuario, una ocupación accesoria del actor o una actividad accesoria de la profesión de éste; con Nevio los términos se invierten y el actor pasa a ser instrumento del poeta.

La obra poética de Nevio tiene toda ella un sello marcadamente nacional. Este carácter se acusa con especial claridad en su drama nacional, lleno de severidad, y en su epopeya nacional, manifestaciones de que hablaremos más adelante; pero trasciende también a sus comedias, que parecen haber sido el género literario más a tono con su talento y en el que éste se puso más de relieve. Este poeta atúvose también en sus comedias, movido seguramente más que nada por consideraciones de orden externo, a los modelos griegos, pero sin que ello le impidiese descollar, gracias a la lozanía de su espíritu alegre y a su viva compenetración con las realidades de su tiempo, muy por encima de sus sucesores y acaso también de los propios originales insípidos en que se inspirara; tanto es así que las comedias de Nevio vuelven en cierto sentido a los derroteros de Aristófanes. Él mismo debía de darse clara cuenta de lo que su poesía representaba para Roma, pues en el epitafio que él mismo se compuso, leemos lo siguiente:

Mortales immortales flere si foret fas
Flerent divas Camoenae Naetium poetam;
Itaque, postquam est Orei traditus thesauro
Obliti sunt Romae loquier Latina lingua.

Si los dioses pudiesen llorar su duelo por los hombres,
Llorarían al poeta Nevio las divinas Camenas;
Pues desde que él partió del mundo de los vivos
Se eclipsó en Roma la gloria de la lengua latina.

Son palabras llenas de orgullo; pero es justo reconocer que si alguien tenía derecho a sentir este orgullo de hombre y de poeta era quien como él había vivido, en parte con las armas en las manos, las grandes batallas contra Amílcar y Aníbal y había encontrado, si no la expresión poética más alta, sí el lenguaje adecuado, preciso y nacional para cantar aquella época de profundas emociones y de exaltado júbilo. Ya hemos dicho cómo sus libertades de poeta atrajeron sobre él las iras de la policía; expulsado de Roma probablemente por es-

tos motivos, acabó sus días en Utica. En este como en tantos otros casos la vida del individuo fue sacrificada al bien de la comunidad y lo bello hubo de rendirse ante lo útil.

Tito Macio Plauto (251-184), poeta de la misma generación que Nevio aunque más joven que él, no parece haber llegado ni con mucho a su altura, ni en cuanto a su posición exterior ni en cuanto al modo de concebir su misión poética. Plauto, natural de la pequeña ciudad de Sarsina, que en otros tiempos había pertenecido a la Umbria, pero que ya por aquel entonces se hallaba probablemente incorporada a la latinidad, empezó su carrera en Roma como actor; y habiendo perdido en desgraciadas especulaciones comerciales el dinero que había logrado reunir en aquella profesión, abrazó la de poeta teatral, dedicándose a refundir y adaptar a la escena romana las comedias griegas, sin ensayar sus dotes en ninguna otra rama de la literatura ni aspirar probablemente a que se le considerase como un verdadero literato.

Parece que por esta época abundaban bastante en Roma los comediógrafos de oficio; sin embargo sus nombres han desaparecido casi por completo, cosa explicable si tenemos en cuenta que no publicaban jamás sus obras,[30] y lo poco que se ha conservado de su repertorio fue atribuido más tarde en bloque al más popular de todos, es decir a Plauto. Los literatos del siglo siguiente contaban hasta ciento treinta "comedias plautianas", una buena parte de las cuales habrían pasado por las manos de Plauto simplemente para su revisión o serían totalmente ajenas a su pluma; lo más importante de esta obra ha llegado a nosotros.

Resulta muy difícil, sin embargo, por no decir que imposible, formular un juicio fundado acerca de las dotes literarias del adaptador, por la circunstancia de que los originales griegos se han perdido. Es cierto que el refundidor no puso gran cuidado en seleccionar las obras adaptadas, sirviéndose lo mismo de las malas que de las buenas, y sabemos también que mostró siempre gran celo en ajustarse sumisa y obedientemente a los dictados de la policía y a los gustos del público,

lo que le llevaba a mostrar una indiferencia tan grande como la de éste por los postulados estéticos del poeta y a dar un giro vulgar y chabacano a los originales sobre los que trabajaba; pero estos reproches deben dirigirse más bien a la industria de adaptación literaria en su conjunto que a la persona de este adaptador.

En cambio debemos destacar como una cualidad específica de Plauto su maestría en el manejo del lenguaje y de la variada rítmica de sus obras, una rara habilidad para explotar y modelar las situaciones con arreglo a las exigencias escénicas, un diálogo casi siempre bien cortado y no pocas veces magnífico, y sobre todo una alegría recia y sana que, vertiéndose en chistes y chanzas felices, manejando un léxico inagotable de apodos y formando caprichosos y afortunados juegos de palabras, produce efectos cómicos irresistibles; recursos y ventajas a través de los cuales parece traslucirse su experiencia de actor.

No cabe duda de que también en esto habría más de valores extraídos de los originales que de obra personal del adaptador; lo que en las obras que conocemos puede serle atribuido a éste es, para emplear un término suave, bastante mediocre. Pero esto precisamente es lo que explica por qué Plauto llegó a convertirse en el verdadero poeta nacional de Roma y en el centro de la escena romana, sin que nadie le arrebatase más tarde esta personalidad, y por qué, aun después de la desaparición del mundo romano, el teatro volvió repetidas veces a inspirarse en la obra plautiana.

Aún es más difícil para nosotros aventurar un juicio propio acerca del tercero y último —pues aunque Ennio escribió comedias, no llegaron a alcanzar ningún éxito— poeta cómico de esta época, Estacio Cecilio. Su situación de vida y su profesión eran las mismas de Plauto. Natural de Mediolano, en el país de los celtas, fue trasladado a Roma entre los prisioneros de guerra insubros; vivió allí, primero como esclavo y luego como liberto, de lo que le daba su trabajo de adaptar

comedias griegas para la escena romana, hasta que murió, probablemente en edad temprana (en el año 186).

Su lenguaje no se distinguía precisamente por su pureza, cosa explicable dada su nacionalidad de origen. En cambio Cecilio se esforzó siempre, como ya hemos dicho, por dar a sus obras una composición rigurosa. Sus comedias no encontraron nunca gran acogida entre las gentes de su tiempo, y tampoco el público posterior llegó a tener a este poeta en tanta estima como a Plauto y Terencio. No obstante, los críticos de la época verdaderamente literaria de Roma, los de la época de Varrón y Augusto, asignan a Cecilio el primer puesto entre los refundidores romanos de las comedias griegas; la explicación de ello parece estar en que la mediocridad en materia de crítica de arte gusta de dar preferencia a las medianías poéticas sobre lo que, aun siendo unilateral, tiene algo de descollante. Es probable que aquellos críticos de arte tomasen a Cecilio bajo su protección simplemente porque sus comedias se ajustaban más estrictamente que las de Plauto a las reglas preceptivas y porque eran, al mismo tiempo, más vigorosas que las de Terencio, lo cual no es obstáculo para que éste fuese probablemente inferior a ambos.

Juicio histórico-moral

El resultado a que llega el historiador de la literatura, después del anterior examen, es el siguiente. Con todo el respeto debido al apreciable talento de los comediógrafos romanos de esta época, no es posible ver en su repertorio de simples traducciones y refundiciones una obra de verdadera importancia artística, ni siquiera una obra artísticamente pura. Y aún más duro tiene que ser por fuerza el juicio histórico-moral que esta producción nos merece.

La comedia griega, que sirve de base a la latina, caracterizábase por su amoralidad, en el sentido de que se mantenía al mismo nivel de corrupción de su público; en cambio el teatro romano oscila, en esta época, entre el antiguo rigor de

las costumbres y la nueva descomposición moral, la más alta escuela del helenismo y del vicio. Esta comedia ático-romana, igualmente inmoral en su impudicia que en su sentimentalismo, con su prostitución del cuerpo y del alma a la que da el nombre usurpado de amor, con su repugnante magnanimidad contraria a todas las leyes de la naturaleza, con su glorificación de la vida de libertinaje, con su mezcla de rústica zafiedad y exótico refinamiento, era una invitación constante a la desmoralización romano-helénica, y así la entendía la gente.

¿Qué mejor testimonio de ello que el epílogo a los *Captivi* de Plauto?

Spectatores, ad pudicos mores facta haec fabula est:
Neque in hac subagitationes sunt neque ulla amatio,
Nec pueri suppositio neque argenti circunmductio;
Neque ubi amans adolescens scortum liberet clam suum patrem.
Hujus modi paucas poëtae reperiunt comoedias,
Ubi boni meliores fiant. Nunc vos, si vobis placet
Et si placuimus neque odio fuimus, signum hoc mittiete.
Qui pudicitiae esse voltis praemium, plausum date!

Esta comedia que acabáis de ver es honesta de los pies a la cabeza:

Nada hay en ella contrario a la moral, no relata aventuras amorosas,

Ni suplantaciones de hijos ni estafas de dinero;

Ningún hijo rescata aquí a su amada sin licencia del padre.

Rara vez un poeta inventa comedias como ésta,

Aunque lo buenos las hagan mejores. Por lo tanto, si la obra os ha gustado,

Si los actores os hemos dado gusto, dadlo a entender así:

Quien quiera guardar las reglas del decoro, que premie nuestra labor con [sus aplausos.

Véase, pues, qué opinión les merecía la comedia griega a los hombres del partido de la reforma moral; y aún podemos

añadir que en aquellos elefantes blancos que eran las comedias morales a que Plauto se refiere la moral se presentaba de tal modo que más bien parecía destinada a seducir a la inocencia.

¿Y quién duda que esta clase de espectáculos servían en la práctica para dar nuevas alas a la corrupción? Se cuenta que, como el rey Alejandro no encontrase de su gusto una comedia de este tipo que le fue leída por su autor, el poeta se disculpó diciéndole que de ello no tenía la culpa él, sino el rey, pues para gustar una obra de esta clase había que estar iniciado en los placeres libertinos o haber dado y recibido golpes por disputarse a una muchacha. No cabe duda de que este autor escénico conocía su oficio; de sus palabras podemos deducir a costa de qué iniciaciones fueron los ciudadanos romanos tomándole el gusto, poco a poco, a estas comedias griegas.

Si de algo hay que acusar al gobierno romano no es de que hiciese tan poco por esta poesía, sino de que la tolerase dentro de sus dominios. El hecho de que el vicio sea de suyo lo bastante fuerte y no necesite púlpito no justifica, ni mucho menos, que se levante un púlpito para predicarlo. El recurso de prohibir que la comedia helenizante tomase contacto en escena con los personajes y las instituciones de Roma tenía más de subterfugio que de dique. Es incluso probable que esta clase de comedias hubiesen causado menos daño moral si se las hubiese dejado moverse libremente, haciendo que el oficio de poeta se ennobleciese y que se desarrollase una poesía romana un poco independiente; pues la poesía es también una potencia moral, y si es cierto que abre heridas profundas, también lo es que cura muchas otras. Con su conducta, el gobierno pecaba al mismo tiempo por una carta de más y por una carta de menos; la policía teatral de Roma, con su actitud de neutralidad política y de hipocresía moral, contribuyó lo suyo a la descomposición espantosamente rápida de la nación romana.

La comedia nacional latina

Por el hecho de que el gobierno impidiese al poeta cómico romano, como hemos visto, sacar a escena los sucesos de su patria y a sus conciudadanos, no se cerraba incondicionalmente el camino al nacimiento de una comedia latina verdaderamente nacional. En esta época la ciudadanía romana no se había fundido aún con la nación latina y el poeta era libre de llevar sus obras a la escena de Atenas o de Massalia o a las de las ciudades itálicas que se regían por el derecho de la latinidad. Así fue, en efecto, como surgió la comedia original latina *(fabula togata).* El representante más antiguo de este género de que tenemos noticia, Titinio, floreció probablemente a fines de esta época.

La comedia latina tenía también como base la comedia de intriga de la nueva escuela ática; pero ya no era una simple traducción, sino obra poética de recreación; tenía por escenario a Italia y los actores vestían el traje nacional, la toga: de ahí su nombre. La vida y las costumbres del Lacio desfilan por estas comedias con su propia lozanía y peculiaridad. La acción se desarrolla siempre en el seno de la vida burguesa de las ciudades latinas meridionales, y así lo indican los mismos títulos de las comedias: *Psaltria* o *Ferentinalis* ("La arpista o la muchacha de Ferentirio"), *Tibicina* ("La flautista"), "La jurisperita", los *Fullones* ("Los bataneros"), y lo confirman muchos de sus episodios, por ejemplo aquel en que un buen burgués, personaje de una de estas comedias, se encarga unos zapatos imitando las sandalias que usaban los reyes de Alba.

Un rasgo curioso de estas comedias es que en ellas los papeles de mujer predominan sobre los de hombre. El poeta recuerda con orgullo auténticamente nacional los tiempos gloriosos de la guerra contra Pirro y mira con cierto desdén a los nuevos vecinos del Lacio:

Qui Osce et Volsce fabulantur; nam Latine nesciunt.

Que hablen en osco y en volsco, pues ignoran el latín.

Los pocos fragmentos que han llegado a nosotros de las comedias escritas por Titinio nos traen a la memoria con una fuerza sorprendente aquel juicio de Cicerón cuando decía que antes de la guerra civil la cultura general tenía en las ciudades latinas un nivel más alto que en la propia Roma; el mismo Titinio alude al gusto de las gentes de Ferentino por las costumbres helénicas. Era perfectamente lógico que la cultura puramente nacional estuviese mejor representada entre el público de estas ciudades que en el de las fiestas populares de Roma.

Esta nueva comedia tiene su sede, lo mismo que la griega, en la escena de la capital; sin embargo parece que en ella palpita siempre algo de la oposición campesina contra las grandes ciudades y el relajamiento de las costumbres imperante en su seno, es decir, algo del espíritu que alienta por la misma época en Catón y que más tarde defenderá Varrón. Y del mismo modo que en el teatro alemán, que tuvo por origen la comedia francesa lo mismo que la romana nació de la griega, la Lisette original deja el puesto en seguida a la doncella Franziska, poco a poco fue apareciendo en Roma, al lado de la comedia helenizante, si no con la misma fuerza poética que ésta, sí con la misma orientación y tal vez con éxito parecido, la comedia nacional latina.

La tragedia

También la tragedia griega se transplantó en esta época a Roma, al igual que ocurrió con la comedia. Pero aquélla fue una adquisición más valiosa y en cierto sentido más fácil que ésta. La epopeya griega en general y en particular la homérica, base de la tragedia, no era desconocida de los romanos y se hallaba ya entrelazada con sus propias leyendas nacionales. Y en general el romano sensible se encontraba más a gusto en el mundo ideal de los mitos heroicos que en el mercado de los pescadores de Atenas.

Sin embargo también la tragedia vino a fomentar en Roma la orientación antinacional y helenizante, aunque de un modo menos brusco y menos vulgar que la comedia; contribuyó a ello de manera decisiva el hecho de que la tragedia griega de esta época se hallase colocada, principalmente, bajo el signo de Eurípides (480-406).

No es éste el lugar adecuado para trazar una semblanza completa de este hombre notable y registrar algo más notable todavía: la influencia ejercida por él sobre el mundo de su tiempo y sobre la posteridad. Pero su obra informa de tal modo todo el movimiento espiritual de los tiempos posteriores de Grecia y de la época romano-helénica, que es obligado señalar aquí, por lo menos, los rasgos fundamentales de esta personalidad.

Eurípides

Eurípides es uno de esos poetas en quienes, aun habiendo elevado el nivel de la poesía, alienta mucho más el sentimiento certero de lo que el mundo debiera ser que la fuerza necesaria para plasmarlo poéticamente. La frase profunda, síntesis moral y poética de todo lo trágico, según la cual obrar es padecer, es también aplicable, naturalmente, a la tragedia antigua; ésta presenta al hombre en acción, pero toda individualización en sentido estricto es ajena a ella. La insuperable grandeza que en Esquilo adquiere la lucha del hombre contra el destino obedece esencialmente al hecho de que el poeta concibe cada una de estas dos potencias en pugna como un todo; en figuras como Prometeo y Agamenón lo medularmente humano sólo aparece levemente teñido de individualización poética. Sófocles enfoca ya la naturaleza humana, tal vez, dentro de su condicionalidad general: nos presenta al rey, al anciano, a la hermana; pero en ninguno de sus personajes se ofrece a nuestra mirada el microcosmos del hombre en su totalidad de facetas, el carácter humano.

Estos poetas habían alcanzado ya grandes objetivos, pero no habían llegado aún a la meta suprema; la descripción del hombre en su integridad y el entrelazamiento de estas figuras sueltas con su unidad propia dentro de una totalidad poética superior representan un avance; por eso Esquilo y Sófocles, comparados con Shakespeare, no son más que fases imperfectas de un proceso de desarrollo.

Eurípides, sin embargo, representa más bien un progreso lógico y, en cierto sentido histórico, un progreso poético, pues lo que él se propone es presentar al hombre tal y como es. Le fue dado destruir la tragedia antigua, pero no crear la tragedia moderna. Se quedó en todo a medio camino. Las máscaras, por medio de las cuales las manifestaciones de la vida del alma se traducen en cierto modo de lo particular a lo general, son algo tan necesario para la tragedia típica de la Antigüedad como incompatible con el drama de caracteres; Eurípides, a pesar de ello, sigue empleándolas.

La tragedia antigua, con una finura de sentimiento verdaderamente asombrosa, no expone nunca en su pureza el elemento dramático, que no podía dejar actuar libremente, sino que lo ata siempre en cierto sentido con ayuda de los temas épicos sacados del mundo sobrehumano de los dioses y de los héroes y valiéndose también de los coros líricos. Tiene uno la sensación de que Eurípides sacude estas cadenas; por lo menos sus temas llegan hasta la época semihistórica y las canciones corales quedan relegadas en sus obras tan a segundo plano que en representaciones posteriores se prescindía frecuentemente de ellas, sin que la obra representada sufriese por esto detrimento alguno; no obstante, no se decidió nunca a situar sus personajes de lleno en el terreno de la realidad ni a suprimir enteramente los coros.

Este poeta es en todos aspectos la expresión cabal de una época que registra, de una parte, el más grandioso movimiento histórico y filosófico y que de otra parte enturbia el manantial de toda poesía, que son los sentimientos puros y simples recatados en el alma del pueblo. La profunda religio-

sidad de los trágicos antiguos derrama sobre sus obras, en cierto modo, algo del resplandor del cielo, y la cerrazón y estrechez de horizontes de los helenos antiguos ejerce también un poder apaciguador sobre los hombres que forman el auditorio de estas tragedias; en cambio el mundo de Eurípides aparece ya tan desdivinizado como imbuido de espíritu bajo la luz gris de la especulación y las turbias pasiones de los hombres cruzan como los rayos a través de las nubes oscuras. Ha desaparecido la vieja fe, arraigada firmemente en el interior del hombre; la fatalidad gobierna ahora las acciones como un poder despótico impuesto desde arriba y los siervos arrastran a regañadientes sus cadenas. Aquella incredulidad que no es sino la fe desesperada habla con fuerza demoniaca a través de este poeta.

Todo esto impide forzosamente que Eurípides llegue a remontarse en ningún momento a una concepción plástica que le domine y a ejercer en su conjunto una influencia verdaderamente poética; eso explica también por qué adopta una actitud en cierto modo indiferente ante la composición de sus tragedias, echándolas a perder no pocas veces por no saber darles un centro en una acción ni en una personalidad: fue él, en realidad, quien introdujo ese modo desaliñado que consiste en anudar la acción por medio de un prólogo y en buscarle un desenlace mediante el recurso de una aparición divina o de otra tontería por el estilo.

Toda la fuerza de sus obras reside en el detalle, donde el poeta despliega realmente un gran arte y nos brinda en todos los aspectos cuanto puede reunir para suplir lo que no es posible suplir con nada: la falta de la totalidad poética. Eurípides es un maestro en el arte de los llamados efectos, los cuales aparecen en él, generalmente, teñidos por un matiz sensualmente sentimental, impresión sensual que a veces aguijonea incluso entretejiendo en los temas de amor historias de incestos o de asesinatos. Las pinturas de aquella Polixena deseosa de morir, de la Fedra que languidece bajo la pena secreta del amor y sobre todo la espléndida estampa de los es-

tremecimientos místicos de las Bacantes son, en su género, descripciones de una belleza insuperable. Pero carecen de pureza artística y moral y Aristófanes tenía toda la razón cuando decía que este poeta jamás habría sido capaz de crear una Penélope.

Y lo mismo podemos decir del sentimiento de la compasión, que Eurípides introduce en la tragedia. Sus desmedrados héroes, como el Menelao de su *Elena,* la Andrómaca, la Electra que nos presenta como campesina pobre, el comerciante enfermo y arruinado al que llama Telefo, son figuras desagradables o ridículas y por lo general ambas cosas a un tiempo; en cambio aquellas otras obras suyas que se desenvuelven más bien dentro de la atmósfera de la realidad común y corriente y que descienden del plano de la tragedia al del drama familiar, rayando ya casi en la comedia patética, como la Ifigenia en Táurida, Ion, Alcestes, son tal vez, de todas sus obras, las que producen una impresión más grata.

Con igual frecuencia, aunque con menos éxito, intenta el poeta inculcar en sus obras un interés intelectual. De aquí la trama complicada de sus dramas, encaminada a despertar la curiosidad y no a conmover el espíritu, que era lo que se proponía la tragedia antigua; de aquí la tendencia dialectal de sus diálogos, que se hacen con frecuencia verdaderamente insoportables para el lector de hoy, ajeno a las interioridades atenienses; de aquí la abundancia de las sentencias, que esmaltan las obras euripidianas como las flores los jardines; de aquí, finalmente y sobre todo, la psicología del autor, basada en el discernimiento racional, pero no, ni mucho menos, en la simpatía humana directa. Su Medea está, evidentemente, tan calcada sobre la realidad que antes de partir procura proveerse del dinero necesario para el viaje; de lo que Eurípides no dice mucho al lector sin prejuicios es del conflicto del alma entre el amor maternal y los celos.

Y sobre todo, en las tragedias de Eurípides el efecto poético es sustituido por el efecto tendencioso. Sin inmiscuirse directamente, en realidad, en los problemas de su tiempo y

anteponiendo siempre, resueltamente, las cuestiones sociales a las políticas, el poeta coincide, sin embargo, en las consecuencias interiores a que llega con el radicalismo político y filosófico de su época y es el primero y el más alto entre los apóstoles del nuevo humanismo cosmopolita en que se disuelve la antigua conciencia nacional de Atenas. A ello se debe, a la par que la oposición que encontró entre sus contemporáneos y en su patria aquel poeta indiferente a los dioses y a Atenas, el entusiasmo maravilloso con que la joven generación y el extranjero aclaman al poeta de la efusión y del amor, al poeta sentencioso y tendencioso, al cantor de la filosofía y de la humanidad.

Con Eurípides la tragedia griega se remontó por encima de sí misma y, al mismo tiempo, se derrumbó. Es muy posible que las críticas de Aristófanes contra este poeta respondiesen tanto moral como poéticamente a la verdad; pero desde un punto de vista histórico la poesía no influye precisamente en la medida de su valor absoluto, sino en cuanto sabe presentir el espíritu de su tiempo, y en esto debemos reconocer que Eurípides no fue superado por nadie. Así se explica que Alejandro leyese incansablemente sus obras, que Aristóteles desarrollase el concepto del poeta trágico en torno a él, que el nuevo arte del Ática, lo mismo el poético que el plástico, brotase en cierto modo de Eurípides, pues la nueva comedia ática no es sino la trasposición cómica de la tragedia euripidiana, del mismo modo que la escuela pictórica de que nos hablan los vasos de la época posterior ya no toma sus motivos de la antigua epopeya sino de las tragedias de este poeta, y finalmente que su fama y su influencia fuesen creciendo a medida que la vieja Hélade se sometía al nuevo helenismo y que las corrientes helénicas del extranjero, así en el Egipto como en Roma, se hallasen informadas en lo esencial, directa o indirectamente, por la personalidad de Eurípides.

El helenismo euripidiano afluyó a Roma por los más diversos canales y probablemente influyó allí de un modo más rápido y más profundo por la vía indirecta que bajo la forma

directa de la traducción. No es que en Roma las tragedias se pusiesen en escena en una época posterior que las comedias; lo que ocurre es que el desarrollo de la tragedia se vio entorpecido aquí por dos obstáculos: el costo mucho mayor de la escenificación, factor que sin duda tuvo su importancia, por lo menos durante la guerra contra Aníbal, y la clase y el carácter del público romano. Las comedias de Plauto aluden muy pocas veces a la tragedia y la mayor parte de las referencias de esta clase procedían seguramente de las mismas obras originales.

Ennio

El primero y el único poeta trágico de esta época que alcanzó éxito fue el contemporáneo de Nevio y Plauto, aunque más joven que ellos, Quinto Ennio (239-169), cuyas obras eran ya parodiadas por los comediógrafos de su tiempo y fueron contempladas y declamadas por las generaciones siguientes hasta la época del imperio.

Del teatro trágico de los romanos tenemos mucho menos información que del cómico. Pero, en general, podemos decir que en aquél se repiten los mismos fenómenos que hubimos de apreciar en éste. Su repertorio basábase también, esencialmente, en traducciones de las tragedias griegas. Los temas están tomados preferentemente del sitio de Troya y de las leyendas directamente relacionadas con él, probablemente porque este ciclo de mitos era el único con el que el público romano se hallaba familiarizado desde la escuela; al lado de éstos predominaban los motivos trágicamente crueles, como el matricidio y el infanticidio en las *Euménides,* en el *Alcmeón,* en el *Cresfonte,* en la *Melanipa,* en la *Medea,* y la inmolación de las doncellas en la *Polixena,* en las *Eréctidas,* en la *Andrómeda* y en la *Ifigenia;* no puede uno por menos de pensar que el público al que se destinaban estas tragedias era un público acostumbrado a los torneos de gladiadores.

Parece que los que más impresionaban a los espectadores eran los papeles de mujeres y de espíritus. La divergencia más notable que se advierte entre la refundición romana de la tragedia y el original griego consiste, aparte de la supresión de las máscaras, en el coro. La escena romana, concebida primeramente, sin duda, para las representaciones de comedias sin coro, carecía de un sitio especial para los números de danza *(orchestra)* con su altar en el centro, que era el lugar en que se movía el coro griego; mejor dicho, entre los romanos este espacio venía a ser algo parecido a lo que es en nuestros teatros el patio de butacas, o sus primeras filas; esto parece indicar que en la tragedia romana no se conocían las danzas corales griegas, artísticamente concebidas y entrelazadas con la música y la declamación, o que si se conocían tenían una importancia secundaria.

En cuanto al detalle, no escaseaban, naturalmente, las sustituciones de metro, las amputaciones y las tergiversaciones; en la refundición latina de la *Ifigenia* de Eurípides, por ejemplo, no sabemos si siguiendo las huellas de otra versión o por propia iniciativa del refundidor, el coro de mujeres aparece convertido en un coro de soldados. Las tragedias latinas del siglo VI distaban mucho de ser buenas traducciones en el sentido actual de esta palabra;[31] sin embargo es probable que una tragedia de Ennio diese una idea menos confusa del original de Eurípides que una comedia de Plauto de la versión primitiva de Meandro.

La posición histórica que la tragedia ocupa en Roma y su influencia son análogas en un todo a las de la comedia griega. En la tragedia se manifiesta de un modo más espiritual y más puro la orientación helenística, como lo llevaba consigo la diferencia entre los dos géneros literarios; en cambio el teatro trágico de esta época y su principal representante, Ennio, desplegaban una tendencia antinacional y de propaganda consciente mucho más acusada.

Ennio, que difícilmente puede ser considerado como el más importante, pero que es sin ningún género de duda el

más influyente de los poetas del siglo VI, no era latino de nacimiento, sino semigriego; originario de la Mesapia y educado en un medio helénico, se trasladó, cuando tenía 35 años, a Roma, donde vivió pobremente desde el 184, primero como simple residente y después como ciudadano, dando clases de latín y de griego y con lo que obtenía de sus obras. De vez en cuando recibía algún regalo de los admiradores que tenía entre aquellos personajes romanos, como Publio Escipión, Tito Flaminio, Marco Fulvio Nobílior y otros, dados a estimular el nuevo helenismo y a recompensar al poeta que cantaba sus glorias y las de sus antepasados; a algunos de ellos llegó sin duda a acompañarlos al campo de batalla como su poeta de cámara, nombrado a cuenta de los laureles que estaban seguros de conquistar. Él mismo describe graciosamente la psicología de cliente que reclamaba del poeta el ejercicio de semejante profesión.[32]

Ennio, que era de por sí y por toda su posición y trayectoria, un verdadero cosmopolita, supo asimilarse las nacionalidades en cuyo ambiente vivió, la griega, la latina y hasta la osca, pero sin entregarse a ninguna de ellas. En los poetas romanos anteriores el helenismo era más bien un corolario de su obra poética que una meta clara perseguida por ellos, razón por la cual todos se habían esforzado en lo que de su voluntad dependía, quién más, quién menos, en dar a sus producciones una base nacional; no así Ennio, que tenía una conciencia maravillosamente clara de su tendencia revolucionaria y que laboró siempre visiblemente y con gran energía por hacer que triunfase entre los itálicos la corriente neológico-helénica.

Los restos que de sus tragedias han llegado a nosotros revelan que este poeta conocía muy bien todo el repertorio del teatro trágico de los griegos y sobre todo el de Esquilo y Sófocles; no tiene, pues, nada de sorprendente que la inmensa mayoría de sus obras, entre las que figuran las más celebradas, estuviesen calcadas sobre las de Eurípides. Fueron, en parte, consideraciones de orden exterior, indudablemente, las

que le guiaron en la selección de los temas y en el modo de tratarlos; pero no pudo ser ésta solamente la razón de que Ennio tendiese a destacar tanto lo que había de específicamente euripidiano en Eurípides, de que descuidase los coros más todavía que su original y acentuase más aún que el griego la nota sensitiva, de que se fijase en obras como el *Tíeste* y el *Telefo,* inmortalizado por las burlas de Aristófanes, con los lamentos de sus príncipes y sus príncipes llenos de lamentos, y hasta en una tragedia como *Menalipa, la Filósofa*, en que toda la acción gira en torno al carácter disparatado de la religión popular y en la que resalta a todas luces la tendencia a combatirla desde el punto de vista de la filosofía de la naturaleza. Por todas partes llovían en las obras de Ennio —y así lo acreditan algunos de los pasajes que se han conservado— [33] los dardos más envenenados contra la fe milagrosa, y es asombroso que pasasen por entre las mallas de la censura teatral romana desahogos como el siguiente:

Ego Deum genus esse semper dixi et dicam coelitum,
Sed eos non curare opinor, quid agat humanum genus;
Nam si curent, bene bonis sit, male malis, quod nunc abest.

Que existen dioses celestiales lo he dicho siempre yo y lo sigo diciendo,

Pero esos dioses no se cuidan para nada de la suerte de los hombres;

De otro modo los buenos vivirían bien y mal los malos, cosa que no [acontece.

Esta misma irreligiosidad fue predicada científicamente por Ennio, como sabemos, en un poema didáctico; y no cabe duda de que el poeta tomaba muy a pecho esta labor de ilustración de los espíritus. Con esta inclinación cuadran perfectamente las tendencias de oposición política teñida de matiz radical que se manifiestan de vez en cuando en sus obras,[34] la glorificación de los goces gastronómicos griegos y sobre todo la destrucción del último elemento nacional que quedaba en la poesía latina, el metro satúrnico, y su sustitución por el hexámetro griego. Este poeta "multiforme" sabía eje-

cutar con la misma airosa limpieza todas estas tareas, y arrancaba con gran facilidad hexámetros a una lengua muy poco apta de por sí para el pie dactílico y movíase con gran seguridad y libertad dentro de aquellos metros y formas poco usuales sin menoscabo de la natural fluidez del lenguaje, lo que acredita su extraordinario talento para las formas, más griego en realidad que romano;[35] cuando algo nos repele en su lenguaje, se debe más bien al rebuscamiento griego de la frase que a la rudeza de la lengua romana.[36]

Ennio no era un gran poeta, pero tenía un talento alegre y gracioso; era el suyo un temperamento de viva sensibilidad, aunque le faltase el coturno poético para poder sentirse como un verdadero poeta y careciese por entero de vena cómica. Comprende uno muy bien el orgullo con que este espíritu helenizante desdeñaba las broncas melodías "en que cantaron en otro tiempo los faunos y los bardos" y el entusiasmo con que ensalza su propia poesía:

Enni poeta salve, qui mortalibus
Versus propinas flammeos medullitus.

¡Salve, oh poeta Ennio, tú que a los mortales
Ofrendas la canción fogosa, sacada de lo profundo de tu pecho!

Este hombre de gran talento estaba seguro de que navegaba a velas desplegadas. La tragedia griega habíase convertido, y lo siguió siendo en adelante, en patrimonio propio de la nación latina.

Nevio

Hablemos ahora de otro navegante más intrépido que, por mares más solitarios y con viento menos favorable, puso proa a una meta más alta. Nevio, que es el poeta a que nos referimos, no se limitó como Ennio, aunque su labor no estuviese coronada por el mismo éxito que la de éste, a refundir las tragedias griegas para adaptarlas a la escena romana, sino

que intentó algo más: crear por sus propios medios un teatro serio nacional (la *fabula praetextata*).

Esta poesía no tropezaba con ninguna traba de orden exterior. Nevio llevó a la escena patria temas sacados de la leyenda romana y tomados de la historia nacional de su tiempo. Entre las obras basadas en éstos figuraban su *Educación de Rómulo y Remo* o *La loba,* en la que salía el rey Amulio de Alba, y su *Clastidium,* en que se celebraba la victoria de Marcelo sobre los celtas en el año 222. Siguiendo su ejemplo escribió Ennio la *Ambracia,* en la que pinta, basándose en los datos de la observación directa, el sitio de la ciudad por su Mecenas Nobílior en el año 189. Sin embargo el número de estos dramas nacionales no llegó a ser nunca grande y este género literario volvió a desaparecer pronto de la escena; la pobreza del acervo legendario romano y la incolora historia de Roma no podían competir a la larga con el ciclo de leyendas de la Hélade.

No resulta posible emitir en la actualidad un juicio con respecto al contenido poético de estas obras; pero si en términos generales cabe tomar en cuenta la intención poética, podemos afirmar que en la literatura de Roma encontraremos pocos momentos tan geniales como éste en el cual surge un teatro nacional romano. Sólo las tragedias griegas de la primera época, la que aún se sentía muy cerca de los dioses, únicamente poetas como Frínico y Esquilo habíanse atrevido a llevar a la escena, al lado de los temas legendarios, los grandes hechos vividos por ellos y a los que en cierta medida habían contribuido. Y si alguna obra nos da una sensación viva de lo que fueron y de la influencia que alcanzaron las guerras púnicas, son estos dramas, en los que un poeta que participó como Esquilo en las batallas por él cantadas hace subir a los reyes y cónsules de Roma a la escena que hasta entonces apenas habían pisado más que los dioses y los héroes de la leyenda.

Poesía menor

Ésta es también la época en que se inicia en Roma la poesía recitativa. Andrónico fue el primero que introdujo en cierto modo la costumbre que suplía entre los antiguos la publicación de una obra al modo moderno, consistente en su lectura por el autor, pues sabemos que, por lo menos, recitaba sus poemas a sus alumnos. Esta actividad poética no perseguía, como la poesía teatral, una finalidad lucrativa, al menos directamente, lo que explica que esta rama de la literatura no se hallase tan reprobada como aquélla por el puritanismo de la opinión pública. Así se comprende que hacia fines de esta época figure públicamente entre los poetas alguno que otro romano distinguido.[37]

Sin embargo la poesía recitativa era cultivada principalmente por los mismos poetas que se dedicaban al teatro y, en general, esta rama literaria ocupaba un lugar muy secundario al lado de la escena, ya que en Roma no puede haber existido en esta época un verdadero público de lectores de poesía más que dentro de límites muy restringidos. Flaqueaban principalmente la poesía lírica, la didáctica y la epigramática. Apenas podemos decir que constituyen verdaderos géneros literarios las cantatas religiosas que se entonaban en las solemnidades festivas, aunque los anales de esta época consideren ya interesante registrar los nombres de sus autores, ni las inscripciones monumentales de templos y sepulcros, en las que se empleaba indefectiblemente el verso satúrnico.

Las manifestaciones de la poesía menor se agrupan por regla general, desde Nevio, bajo el nombre de *Satura,* término con el que se designaba en un principio el poema teatral puramente declamatorio desplazado de la escena desde Andrónico por el drama griego. Ahora, dentro de la poesía recitativa, este nombre corresponde sobre poco más o menos a lo que nosotros llamamos "poesías varias" y no caracteriza un género ni un tipo especial de poesía, sino que agrupa todos

los temas, casi siempre subjetivos, y todas las formas que no tienen cabida en la poesía épica ni en la dramática.

Además del poema moral de Catón, de que hablaremos más adelante y que estaba escrito probablemente en verso satúrnico, al igual que los primeros rudimentos de la poesía didáctica nacional, figuran en esta categoría, principalmente, las poesías menores de Ennio, autor muy fecundo en este género y publicadas por él en su colección de *saturae* o por separado. Otras manifestaciones de esta clase son los poemas narrativos breves sobre temas de la leyenda patria o de la historia de la época, refundiciones poéticas de la novela religiosa de Euhemero y de los poemas de filosofía natural que circulaban bajo el nombre de Epicarmo, de la gastronomía de Arcestrato de Cela, poeta del arte culinario superior; un diálogo entre la vida y la muerte, las fábulas de Esopo, una colección de sentencias morales y pequeñas obras paródicas y epigramáticas; cosas todas de poca monta, pero características tanto de la variedad de inspiración como de la tendencia didáctico-neológica de los poetas dedicados a estos temas, en los que se manifestaban probablemente con la máxima libertad, ya que en ellos no intervenía la censura.

Poesía épica: Ennio

Mayor importancia literaria e histórica encierran los intentos de elaboración poética de la crónica nacional. Fue también Nevio el hombre que dio forma poética a la materia que se prestaba para componer narraciones coherentes tanto en el campo de la leyenda como en el de la historia de su tiempo. De este modo relató en versos nacionales satúrnicos, tan parecidos a la prosa, la historia de la primera guerra púnica, de la que da una versión sencilla y clara puesta toda ella en el tiempo presente, exponiendo las cosas tal como habían sucedido, las buenas y las malas, sin repudiar nada por antipoético y sin embellecer su relato con flores retóricas o

adornos literarios, sobre todo en la parte que se refiere a la época histórica.[38]

De esta obra podemos decir sobre poco más o menos lo mismo que en su lugar dijimos del teatro nacional del mismo poeta. La poesía épica de los griegos se circunscribe, al igual que su poesía trágica, plena y sustancialmente a los tiempos heroicos; era una idea absolutamente nueva y de una grandeza digna de admiración, por lo menos como intención, ésta de iluminar los tiempos presentes con el resplandor de la poesía. Y se comprende que Nevio viese con especialísima complacencia esta obra suya, aunque en el fondo no pasase de ser, por su contenido, una simple crónica parecida en cierto modo a las crónicas rimadas que habían de generalizarse en la Edad Media. En una época como aquélla, en que toda la literatura histórica se hallaba reducida a los anales oficiales, no era ninguna cosa baladí el narrar a sus contemporáneos de un modo coherente y en forma poética los hechos de los tiempos presentes y pasados, destacando los momentos más grandiosos de ellos para hacérselos vivir en forma dramática.

Ennio abordó la misma empresa poética que Nevio había iniciado; y la coincidencia del tema hace que resalte con mayor fuerza aún el antagonismo político y poético que mediaba entre estos dos autores, nacional el uno y antinacional el otro. Nevio había buscado una nueva forma a tono con el nuevo tema; Ennio, por el contrario, lo encajó, aun forzándolo, dentro de las formas de la epopeya helénica. El hexámetro sustituye en sus narraciones al verso satúrnico, el estilo homerídico, pomposo y preocupado por la plasticidad, al relato histórico liso y llano. Cuando viene a cuento, Ennio limítase a traducir a Homero, y así por ejemplo los honores fúnebres tributados a los caídos en Heraclea se narran acoplándose en un todo a la descripción del entierro de Patroclo, y el personaje que aparece tocado con el ropaje del tribuno de guerra Marco Livio Estolón, el que luchó contra los istrios, no es otro que el propio Áyax de Homero; no se le exime al lector ni de la consabida invocación homérica a las musas.

En Ennio el aparato épico se despliega en todo su esplendor; tras la batalla de Cannas, por ejemplo, Juno, rodeada por el consejo de los dioses en pleno, perdona a los romanos y Júpiter les anuncia, después de contar con la aquiescencia de su esposa, el triunfo final sobre los cartagineses.

Los *Anales* poéticos de Ennio no desmienten tampoco la tendencia neológica y helenística de su autor. Así lo indica ya el empleo del mundo de los dioses para fines puramente decorativos. En el curioso sueño con que comienza el poema nos dice, como cumple a un buen pitagórico, que el alma albergada actualmente en la persona de Quinto Ennio perteneció en otro tiempo a Homero y moró antes en un pavo real, para exponernos a continuación, con arreglo a los cánones de la filosofía de la naturaleza, en qué consiste la esencia de las cosas y las relaciones entre el alma y el cuerpo.

La misma selección temática responde a idénticos fines; no en vano los literatos helénicos de todos los tiempos encuentran en la refundición de la historia de Roma un magnifico asidero para desarrollar sus tendencias helénico-cosmopolitas. Ennio asegura que los romanos

> *Contendunt graecos, graecos memorare solent eos.*
>
> Se llamaron siempre griegos y griegos es el nombre que les cuadra.

Si tenemos en cuenta las consideraciones expuestas más arriba acerca de los méritos y los defectos de Ennio como poeta, no nos será difícil emitir un juicio sobre el valor poético de sus celebradísimos *Anales*. El auge que la gran época de las guerras púnicas dio al sentimiento nacional itálico arrastró también a este poeta, que era hombre de viva sensibilidad, y en sus versos no se percibe solamente el candor homérico, sino también, y aún con mayor frecuencia, la solemnidad y el sentido del honor de los romanos. Esto era algo tan natural como la endeblez de la composición épica de la obra, la cual debía de ser por fuerza muy inconexa y pobre, cuando permitió a su autor interpolar en ella un libro es-

pecial destinado a ensalzar a un héroe y Mecenas suyo, que por lo demás figuraba ya entre los muertos.

En conjunto los *Anales* constituyen sin disputa la obra más defectuosa de Ennio. El plan de escribir una nueva *Iliada* se critica por sí mismo. Fue Ennio quien con este poema introdujo en la literatura esa amalgama de epopeya e historia que desde entonces hasta nuestros días no ha hecho más que rondar como un espectro incapaz de vivir ni de morir.

Sin embargo este poema alcanzó un gran éxito. Desde entonces Ennio hacíase pasar aún con mayor desparpajo que antes por el Homero romano, y como tal fue celebrado, con mayor fervor todavía si cabe, por la posteridad. La veneración por el padre de la poesía romana fue transmitiéndose como una herencia de generación en generación: a Ennio, dice todavía un crítico tan fino como Quintiliano, debemos venerarlo como a esos bosques sagrados cubiertos por el moho de los siglos cuyos robles erguidos y milenarios tienen más de respetables que de bellos. Si alguien se asombra de esto no tiene más que recordar el éxito de obras parecidas, tales como la *Eneida,* la *Henríade* y la *Mesíada.* Claro está que si en la nación romana se hubiese producido un vigoroso desarrollo poético, éste se habría encargado de dar al traste con el paralelismo casi grotesco entre la *Iliada* de Homero y los *Anales* de Ennio; pero en Roma no llegó a producirse semejante movimiento. El interés que por su tema encerraba el poema enniano, sobre todo para los círculos aristocráticos de la nación, y el gran talento de su autor para la forma literaria, hicieron que los *Anales* fuesen considerados como la única poesía romana antigua legible y digna de ser leída por las generaciones posteriores. Y así se dio el peregrino caso de que la posteridad llegase a venerar esta epopeya absolutamente antinacional de un autor semigriego como el auténtico poema de Roma, arquetipo del patriotismo romano.

La prosa latina

No mucho después que la poesía romana, aunque por caminos muy distintos, surgió en Roma una literatura en prosa. Ésta no pudo beneficiarse con los estímulos artificiales con que la escuela y la escena fomentaron una poesía romana prematura ni se vio tampoco entorpecida por las trabas también artificiales que opuso, sobre todo a la comedia romana, una censura teatral severa y de cortos alcances. Además estas actividades literarias viéronse libres al nacer del anatema con que la buena sociedad de Roma estigmatizó desde el primer momento a los precursores de la poesía, considerándolos como "cantores de feria". Esto hizo que la literatura en prosa, aunque menos extensa y menos ágil que la poesía contemporánea suya, se desarrollase, sin embargo, de un modo más natural. Y explica también por qué mientras la poesía corrió casi exclusivamente a cargo de gentes humildes, sin que entre los poetas célebres de esta época figure ningún romano distinguido, los prosistas de este periodo, iniciadores del nuevo género literario, son casi todos, por el contrario, gentes de rango senatorial, elementos de la alta aristocracia romana, ex cónsules y ex censores, los Fabios, los Gracos y los Escipiones. La tendencia conservadora y nacional se avenía mejor, como fácilmente se comprende, a la literatura en prosa que a la poesía; sin embargo también aquí, sobre todo en la rama más importante de la prosa literaria, que es la historia, se manifiestan poderosamente y hasta con una cierta supremacía, lo mismo en cuanto a la materia que en cuanto a la forma, las influencias de la corriente helenística.

La historiografía

En Roma no hubo historiadores hasta llegar a la época de la guerra contra Aníbal, pues los asientos estampados en el libro de los anales de la ciudad tenían más de actas que de literatura y en ellos se renunciaba desde el primer momento a encontrar y desarrollar el hilo de los acontecimientos regis-

trados. Pocas cosas caracterizan tan bien la peculiaridad del carácter romano como el hecho de que, a pesar de la gran potencia del Estado romano, que trascendía con mucho, ya en esta época, de las fronteras de Italia, y a pesar del contacto permanente de la mejor sociedad romana con los medios tan literariamente fecundos de Grecia, no se sintiese hasta mediados del siglo VI la necesidad de divulgar en forma literaria los hechos y las vicisitudes del pueblo romano entre sus contemporáneos y ante la posteridad.

Y cuando por fin se empezó a sentir esta apetencia, resultó que faltaban dos cosas fundamentales para poder escribir la historia de Roma: las formas literarias adecuadas para este nuevo género y el público aficionado a tales lecturas; hubo de transcurrir mucho tiempo y acumularse mucho talento para superar esta situación. En un principio estas dificultades se sortearon hasta cierto punto recurriendo al expediente de escribir la historia del país en la lengua materna, pero en verso, o de echar mano del griego cuando el historiador quería escribir en prosa.

Ya nos hemos referido a los anales en verso de Nevio (¿escritos hacia el año 204?) y de Ennio (redactados hacia el 173), que figuran, aparte de su valor poético, entre las más antiguas manifestaciones de la historiografía romana; la crónica de Nevio puede ser considerada incluso como la obra más antigua de historia de Roma. Por la misma época aproximadamente surgieron los libros de historia romana en lengua griega de Quinto Fabio Píctor (posterior al año 201), personaje de la clase noble que intervino en los asuntos públicos durante la guerra contra Aníbal, y de Publio Escipión († hacia el año 164), hijo de Escipión el Africano. Los primeros historiadores utilizaban, pues, el arte literario poético, que había adquirido cierto desarrollo, y se dirigían al público aficionado a la poesía, que existía en Roma en proporción más o menos grande; los segundos, por su parte, empleaban las formas griegas ya existentes y escribían con vistas al extranjero cul-

to, cosa muy lógica, puesto que el interés intrínseco de la materia rebasaba con mucho las fronteras del Lacio.

El primero de estos dos caminos fue seguido por los escritores plebeyos, el segundo por los escritores de las altas capas de la sociedad; algo así como lo que ocurrió en los tiempos de Federico el Grande, en que paralelamente con la literatura patriótica de los pastores evangélicos y los profesores se desarrollaba una literatura aristocrática en lengua francesa a cuya cabeza marchaban los reyes y los generales, con sus historias de la guerra. Ninguna de las dos formas, ni los anales en verso, ni las obras redactadas en griego, pueden ser consideradas como verdadera historiografía latina. Ésta empezó, en realidad, con Catón, cuyos *Orígenes,* que no vieron la luz antes de fines de esta época, son al mismo tiempo la más antigua obra de historia escrita en latín y la primera obra importante en prosa de la literatura romana.

Todas estas obras que hemos citado, aunque distaban mucho de los libros históricos griegos,[39] eran, a diferencia de las notas sueltas e inconexas de los anales de la ciudad, verdaderas historias pragmáticas con una narración coherente y una exposición más o menos ordenada. Todos ellos abarcaban, según nuestras noticias, la historia nacional desde la fundación de Roma hasta el momento mismo de su redacción, aunque si nos fijamos exclusivamente en los títulos creeremos que la obra de Nevio sólo versa sobre la primera guerra con Cartago y la de Catón sobre los orígenes de Roma únicamente.

Estas obras aparecían divididas como algo evidente por sí mismo en tres periodos: el periodo legendario, el periodo prehistórico y el periodo histórico. En el periodo legendario la narración de los orígenes de la ciudad de Roma, expuestos en todas ellas con gran lujo de detalles, tropezaba con la dificultad de que existían acerca de ellos, como ya tuvimos ocasión de advertir en otro lugar, dos versiones completamente distintas: la versión nacional, que probablemente se hallaba ya establecida en los anales de la ciudad, por lo menos en sus

rasgos generales, y la versión griega de Timeo, conocida indudablemente de estos cronistas romanos. La primera hacía descender a Roma de Alba, la segunda de Troya; según aquélla había sido fundada por Rómulo, hijo del rey albano, según ésta por el príncipe troyano Eneas. Al llegar a la época de que estamos tratando ambas fábulas fueron refundidas, probablemente por Nevio o por Píctor. El hijo del rey de Alba, Rómulo, seguía siendo el fundador de Roma, según la versión mixta, pero al mismo tiempo se convierte en descendiente de una hija de Eneas, y aunque éste no funda la ciudad de Roma, lleva a Italia los penates romanos y funda la ciudad de Lavinio para instalarlos, mientras que su hijo Ascanio erige la ciudad de Alba-Longa, matriz de Roma y antigua metrópoli del Lacio.

Invenciones todas harto torpes y mal hilvanadas. El lector romano tenía que considerar por fuerza como un insulto aquello de que los primeros penates de Roma no tuviesen su altar, como siempre se había creído, en el Foro de Roma, sino en el de Lavinio, y aún salía peor parada la leyenda griega, al atribuirse ahora por los dioses al nieto lo que aquélla había empezado atribuyendo a uno de sus antepasados. Sin embargo la versión era buena para el fin que se perseguía: sin negar abiertamente el origen nacional de Roma, tomaba en consideración la tendencia helenizante y legalizaba en cierto modo los coqueteos con el eneidismo, muy extendidos en esta época, por todo lo cual esta amalgama no tardó en convertirse en la versión estereotípica y en la historia oficial de los orígenes del poderoso Estado.

Si prescindimos de estas fábulas sobre los orígenes, los historiógrafos griegos habíanse ocupado muy poco, por no decir que nada, de las peripecias del Estado romano, razón por la cual para seguir exponiendo la historia nacional de Roma había que recurrir casi exclusivamente a las fuentes indígenas; y la pobreza de información de que disponemos no nos permite saber con claridad de qué tradiciones pudieron valerse, aparte de los anales de la ciudad, los primeros

cronistas romanos, ni distinguir lo que ellos pusiesen de su propia cosecha. Es casi seguro que no fueron estos antiguos analistas quienes interpolaron en sus historias las anécdotas tomadas de Herodes[40] y no existen elementos de juicio que permitan comprobar una recepción directa de elementos griegos en estos libros de historia. Esto hace que sea más sorprendente la tendencia que se manifiesta de un modo notorio en todos los historiadores de esta época, incluso en el helenófobo Catón, no sólo a enlazar a Roma con la Hélade, sino incluso a presentar a los itálicos y a los griegos de los tiempos primitivos como un solo pueblo; de aquí la fabulosa versión de los primeros pobladores de Italia o aborígenes inmigrados de Grecia y la de los primeros griegos o pelasgos que emigraron a la península itálica.

La narración usual conducía, de un modo más o menos coherente aunque mal hilvanado, a través de la época de la monarquía, hasta la instauración de la república; pero al llegar aquí enmudecía la leyenda y resultaba, no ya difícil, sino imposible urdir un relato un poco sistemático y legible a base de las listas de magistrados y de las escuetas anotaciones estampadas al margen de ellas. Los poetas fueron los que más claramente percibieron esto. Ello fue, seguramente, lo que movió a Nevio a saltar bruscamente de la época de los reyes a la guerra por el dominio de Sicilia; por su parte Ennio, que en el tercero de sus dieciocho libros relata todavía el periodo monárquico y en el sexto trata ya de la guerra contra Pirro, sólo pudo exponer lo referente a los dos primeros siglos de la república, suponiendo que se refiriera a este periodo, en sus lineamientos más generales.

No sabemos cómo se las arreglarían los analistas que escribían sus crónicas en griego. Catón siguió, para sobreponerse a esta dificultad, un camino muy curioso. Tampoco él sentía la menor gana "de narrar —son sus propias palabras— lo que figuraba en las tablas custodiadas en la casa del pontífice máximo: cuántas veces había encarecido el trigo y cuándo se habían oscurecido la luna y el sol". En vista de ello de-

cidió destinar los libros segundo y tercero de su historia a relatar los orígenes de las demás comunidades itálicas y su entrada en la confederación romana. Se desligaba así de las ataduras de la crónica que iba registrando año por año los sucesos más importantes, comenzando por los nombres de los que desempeñaban las magistraturas anuales; a esto alude probablemente la referencia en que se dice que la historia de Catón relataba los acontecimientos "por secciones". Esta atención prestada a los demás municipios itálicos, harto sorprendente en la obra de un historiador romano, respondía en parte a los puntos de vista políticos del autor, que veía en la Italia municipal un punto de apoyo contra los manejos de la metrópoli, y en parte venía a suplir en cierto modo la falta de información sobre la historia de Roma desde la expulsión del rey Tarquino hasta la época de la guerra de Pirro, al exponer a su modo el resultado más esencial de todo aquel periodo: la unificación de Italia bajo el poder de Roma.

En cambio la historia contemporánea aparece relatada en estas obras de un modo coherente y a fondo; Nevio narra la primera guerra contra Cartago y Fabio la segunda, basándose en sus propias observaciones personales; Ennio dedica, por lo menos, trece de los dieciocho libros de su crónica a la época que va desde Pirro hasta la guerra en Istria; Catón relata en los libros cuarto y quinto de su historia las distintas guerras, empezando por la primera púnica y acabando con la librada contra Perseo, y en los dos libros últimos, concebidos probablemente de otro modo que los anteriores y desarrollados con mayor extensión, los sucesos ocurridos en los últimos veinte años de la vida del autor. Es posible que Ennio recurriese a Timeo o a otras fuentes griegas para narrar la guerra de Pirro, pero en general estos relatos basábanse en la propia experiencia de sus autores, en las noticias de testigos presenciales de los hechos relatados, o en ambas cosas a la vez.

Simultáneamente con la historiografía y en cierto modo como complemento de esta rama, empezó a desarrollarse la

literatura oratoria y epistolar, que inaugura también Catón. De los tiempos anteriores a él sólo se poseían algunos discursos funerarios, desenterrados en su mayoría, probablemente, en los archivos familiares a la vuelta del tiempo, como por ejemplo el pronunciado por Quinto Fabio el Viejo, el adversario de Aníbal, ya en su vejez, en honor de un hijo suyo muerto en plena juventud. En cambio Catón redactó por escrito en los últimos años de su vida, a manera de memorias políticas, por decirlo así, los discursos que consideraba de mayor importancia histórica entre los innumerables pronunciados por él durante su larga y activa carrera de hombre público, dando a conocer algunos de ellos en su historia y publicando otros, al parecer, como complemento a esta obra. Y parece que circulaba también una colección de cartas suyas.

La historia no romana cultivábase también, indudablemente, en la medida en que su conocimiento era indispensable para un romano culto. Del viejo Fabio se dice que estaba familiarizado no sólo con las guerras romanas, sino también con las extranjeras, y de Catón sabemos que era un lector asiduo de Tucídides y de los historiadores griegos en general. Sin embargo, fuera de la colección de anécdotas y sentencias que Catón reunió para su uso personal como fruto de sus lecturas, no tenemos noticia de que existiese entre los romanos de esta época ninguna actividad literaria en torno a la historia de otros pueblos.

Como es lógico, toda esta literatura histórica incipiente caracterizábase por una ausencia de espíritu crítico verdaderamente pueril; ni el autor ni los lectores se preocupaban gran cosa por las contradicciones internas o externas de que aquellas obras pudiesen adolecer. Tarquino II sube al trono en plena juventud, a pesar de que en otra parte de la obra se nos dice que era ya adulto a la muerte de su padre y que empezó a reinar treinta años después de éste. El hecho de que Pitágoras se trasladase a Italia como una generación después de la expulsión de los reyes no es óbice para que los historiadores romanos lo presenten como amigo del sabio Numa. Los

mensajeros del Estado enviados a Siracusa en el año 492 de la fundación de la ciudad entrevístanse allí con el viejo Dionisio, el cual sube al trono 86 años después (en el año 406).

Pero donde más resalta este ingenuo espíritu exento de crítica y dado a los anacronismos es en el modo de tratar la cronología romana. Como según el cómputo romano —que en sus rasgos generales databa ya, probablemente, de la época anterior— la fundación de Roma había ocurrido 240 años antes de la consagración del templo capitolino y 360 años antes del incendio de la ciudad por los galos, el cual, según las obras griegas de historia en que se menciona también este acontecimiento, tuvo lugar en el año del arconte ateniense Pirgión, o sea en el 388 a. C. (Ol., 98, 1), situábase la fundación de Roma en la Ol. 8, 1. Esta fecha correspondía, tomando como base el cómputo de Eratóstenes, que ya por aquel entonces estaba consagrado como un canon cronológico, al año siguiente a la caída de Troya, o sea al 436; pero ello no era obstáculo para que en los relatos más generalizados se hiciese pasar por fundador de Roma al hijo de la hija de Eneas. Es cierto que en este caso concreto Catón, que como buen financiero sabía contar, llamó la atención acerca del anacronismo, pero sin proponer, a lo que parece, ningún camino para salir de este atolladero, pues es seguro que la lista de los reyes albanos, interpolada más tarde para llenar la laguna, no procedía de él.

Esta misma falta de sentido crítico con que nos encontramos aquí reinaba hasta cierto punto en los relatos referentes a los tiempos históricos. Todos ellos sin excepción estaban teñidos indudablemente, en fuertes proporciones, por el color partidista, y esta parcialidad es lo que hace que Polibio, con aquella amarga frialdad que lo caracterizaba, censurase acremente la exposición que Fabio hace de los orígenes de la segunda guerra contra Cartago. Sin embargo en casos tales la desconfianza está más indicada que el reproche. Resultaba bastante ridículo esperar de los romanos contemporáneos de Aníbal un juicio imparcial acerca de sus mortales enemigos.

A pesar de todo, y a menos que el ingenuo patriotismo de aquellos días la llevase aparejada, nadie ha podido probar hasta hoy que los padres de la historia romana incurriesen en ninguna tergiversación de los hechos por ellos relatados.

Las ciencias

De esta época datan también los rudimentos de una cultura científica e incluso los de su correspondiente literatura. Hasta ahora la enseñanza habíase limitado esencialmente a la lectura, la escritura y el conocimiento del derecho del país. [41] Pero el estrecho contacto con los griegos fue sugiriendo poco a poco a los romanos el concepto de una cultura más general y haciendo nacer en ellos el deseo, no de transplantar la cultura griega directamente a Roma, pero sí de modificar y ampliar a tono con ella la cultura romana.

En primer término, el conocimiento de la lengua materna empezó a desarrollarse y a irse convirtiendo en una verdadera gramática latina; la ciencia del idioma griego se transfirió a la lengua latina, muy afín a él. Los estudios gramaticales comenzaron casi a la par que las actividades literarias. Parece que alrededor del año 234 un maestro de escritura llamado Espurio Carvilio estableció las reglas del alfabeto latino, atribuyendo a la letra *g*, que no figuraba en él, el puesto que ocupaba la letra *z*, eliminada ya por el uso, y que es el mismo que sigue ocupando hoy en los alfabetos occidentales. Los maestros romanos de escuela preocupábanse sin duda constantemente por fijar las reglas ortográficas. Por su parte, las musas latinas no renegaron jamás de su maestra de escuela Hipocrene y supieron alternar siempre su labor poética con su preocupación por la ortografía. Ennio, sobre todo, que también en esto se parecía a Klopstock, no sólo se ocupó de problemas de etimología al modo alejandrino, sino que introdujo además, en vez de los caracteres simples que venían empleándose para expresar las consonantes dobles, los dobles signos mucho más precisos usados por los griegos. De

Nevio y Plauto no sabemos, ciertamente, que se ocupasen para nada de estas cosas; lo más probable es que los poetas nacionales de Roma se interesasen tan poco por los problemas de ortografía y etimología como, en general, los poetas de todos los tiempos y latitudes.

La retórica y la filosofía eran, en esta época, campos muy alejados de las preocupaciones de los romanos. La palabra ocupaba un lugar demasiado central en la vida pública de Roma para poder prestarse a las argucias de ningún maestro de escuela extranjero; Catón, que era un auténtico orador, derramaba toda la copa de su sarcasmo sobre el necio empeño socrático de pasarse la vida queriendo aprender a hablar sin aprender a hablar nunca.

La filosofía griega, aunque ganó cierto ascendiente sobre los romanos a través de la poesía didáctica y sobre todo a través de la tragedia, era vista, sin embargo, con una cierta aprensión, en la que se mezclaban la ignorancia del rústico y un temor instintivo. Catón no se recataba para llamar a Sócrates un charlatán y un revolucionario condenado a muerte con razón por sus crímenes contra la religión y las leyes de su patria. Y tampoco los romanos más inclinados a la filosofía tenían un concepto muy alto de ella, como lo revelan las siguientes palabras de Ennio:

Philosophari est mihi necesse, at paucis nam omnino haud placet.
Degustandum ex ea, non in eam ingurgitandum censeo.

> Reputo necesario el filosofar, pero poco y sin abarcar toda la filosofía;
>
> Gustar de la filosofía es bueno, pero el atracarse de ella poco [recomendable.

Sin embargo las máximas poéticas de moral y las reglas sobre el arte oratorio que figuran entre las obras de Catón pueden considerarse como la quintaesencia romana o, si se prefiere, como el *caput mortuum* romano de la filosofía y la retórica griegas. Las fuentes directas en que bebió Catón para su poema moral, aparte de la consabida exaltación de las simples y austeras costumbres de los mayores, fueron proba-

blemente los escritos sobre moral de Pitágoras, y para su libro sobre oratoria debió de inspirarse en los discursos de Tucídides y sobre todo en los de Demóstenes, que Catón estudió celosamente. En cuanto al espíritu de estos tratados, podemos formarnos una idea aproximada por el sabio consejo de Catón, citado frecuentemente y raras veces seguido por las generaciones posteriores, según el cual el orador "debe pensar en el contenido de lo que va a decir y dejar que las palabras vengan por sí mismas".[42]

Catón compuso también otros manuales propedéuticos por el estilo de éstos, con reglas generales sobre medicina, ciencia militar, agricultura y jurisprudencia, disciplinas todas influidas en mayor o menor grado por la cultura griega.

Si no la física y la matemática, en la Roma de esta época empezaron a desarrollarse, por lo menos, las ciencias aplicadas derivadas de ellas, sobre todo la medicina. En el año 219 estableciose en Roma el primer médico griego, el peloponense Arjágatos, el cual llegó a adquirir tan gran prestigio con sus operaciones como cirujano que el Estado premió sus servicios poniendo un local a su disposición y otorgándole la ciudadanía romana; tras él afluyeron a Italia, en tropel, los médicos helenos. Catón desplegó un celo verdaderamente terco y digno de mejor causa en desacreditar a los galenos extranjeros e intentó, predicando con el ejemplo y con su librillo de consejos médicos, compuesto seguramente sobre la base de otras obras parecidas existentes en Grecia, restaurar la antigua costumbre según la cual el *paterfamilias* era el médico de toda la familia y servidumbre. Los médicos y el público hicieron poco caso, como era lógico, de las invectivas del viejo gruñón. Sin embargo esta profesión, una de las más lucrativas que se ejercían en Roma, siguió monopolizada por los extranjeros, sin que durante varios siglos se conociesen en Roma más médicos que los procedentes de Grecia.

La indiferencia verdaderamente bárbara con que hasta ahora se venía considerando en Roma lo referente al cómputo del tiempo empezó a corregirse, por lo menos en parte. En

el año 236 se instaló en el Foro romano el primer reloj de sol, y a partir de entonces los romanos empezaron a usar también la hora griega (ὥρα, *hora*) como unidad de tiempo. Pero se dio el caso curioso de que el reloj de sol montado en Roma estaba concebido y hecho para instalarlo en Catania, ciudad situada unos cuatro grados más al sur, sin que esto fuera obstáculo para que los romanos se rigiesen por él durante un siglo entero.

Hacia fines de esta época aparecieron algunos romanos de las clases altas que se interesaron por los estudios matemáticos. Manio Acilio Glabrio (cónsul en el año 191) intentó poner orden en el caos del calendario mediante una ley que autorizaba al colegio pontifical para intercalar y omitir a su libre arbitrio meses complementarios o sobrantes; la medida no alcanzó la finalidad que se proponía, sino que, lejos de ello, sirvió para aumentar la confusión, pero no tanto por torpeza intelectiva como por la falta de escrúpulos de los teólogos romanos. Asimismo se esforzó en extender, por lo menos, el conocimiento del calendario romano Marco Fulvio Nobílior (cónsul en el 189). Finalmente destacose en estos estudios la figura de Cayo Sulpicio Galo (cónsul en el 166), quien no sólo predijo el eclipse de luna del año 168, sino que calculó también la distancia entre la luna y la tierra, escribiendo además, a lo que parece, algunas obras sobre problemas de astronomía, todo lo cual le valió la admiración de sus contemporáneos, que le tenían por un portento de aplicación e ingenio.

La agricultura y el arte de la guerra desarrolláronse con base sobre todo en la experiencia propia y las enseñanzas heredadas de los antepasados; era lógico que fuese así y lo confirma, además, uno de los dos tratados agrícolas de Catón, el único que ha llegado a nosotros. Sin embargo, lo mismo en estos campos secundarios que en las disciplinas superiores del espíritu, los resultados de la cultura latina coinciden esencialmente con los de la cultura griega e incluso con los de la fenicia, lo que parece indicar que los romanos no debieron

de ignorar la literatura extranjera sobre estas materias. En cambio la jurisprudencia presenta, en general, una fisonomía propia y peculiar. La función de los jurisconsultos de esta época sigue consistiendo casi exclusivamente en evacuar las consultas de las partes que solicitan su consejo y en adoctrinar a los jóvenes deseosos de iniciarse en esta disciplina. Sin embargo, a través de esta actuación oral fue formándose un acervo tradicional de reglas jurídicas, y en esta época vieron ya la luz algunas obras de jurisprudencia.

Ya hemos aludido al breve resumen de consejos jurídicos redactado por Catón; pero tuvo mucha más importancia para la jurisprudencia la obra publicada con el título de *Tripartita* por Sexto Elio Peto, llamado el "Sutil" *(catus),* que fue el primer jurista práctico de su tiempo y a quien esta labor de utilidad común elevó a la magistratura consular (en el año 198) y a la censura (en el 194); su trabajo consistía en un comentario a las Doce Tablas, en el que cada una de sus normas iba seguida de una explicación, encaminada principalmente, según lo más probable, a aclarar los términos arcaicos y oscuros, y de las fórmulas judiciales correspondientes. Aunque en estas glosas se acusaba innegablemente la influencia de los estudios gramáticos de los griegos, las fórmulas procesales de la obra de Sexto Elio apoyábanse más bien en la antigua colección de formularios de Apio y en todo el desarrollo jurídico y procesal de la nación romana.

El nivel científico y cultural romano de esta época aparece marcado con gran claridad en el conjunto de aquellos manuales compuestos por Catón para la enseñanza de su hijo y en los que su autor se proponía sintetizar, en sentencias breves, como en una especie de enciclopedia, lo que un "hombre capaz" *(vir bonus)* debía saber para llegar a ser orador, médico, agricultor, militar y jurista.

Aún no se establecía ninguna diferencia entre las ciencias propedéuticas y las ciencias especializadas, sino que se exigía de todo verdadero romano el conocimiento de cuanto se consideraba necesario y útil dentro del campo científico. Queda-

ban al margen de estos conocimientos la gramática latina, la cual no podía haber alcanzado aún, en este tiempo, ese desarrollo formal que presupone la enseñanza científica de la lengua, así como la música y toda la serie de ciencias físicas y matemáticas. Tendíase en absoluto a que la ciencia sintetizase los conocimientos directamente prácticos, pero sólo éstos, y además del modo más sucinto y simple que fuese posible.

En estas enseñanzas utilizábanse, indudablemente, los libros griegos, pero sólo para entresacar de entre la paja y la hojarasca las reglas basadas en la experiencia y útiles para la vida; "los libros griegos deben consultarse, pero no estudiarse de cabo a rabo", reza una de las sentencias favoritas de Catón. Esta concepción hizo que surgiesen en Roma una serie de vademecums y librillos de recetas caseras, que al prescindir de las sutilezas y los embrollos de las obras helénicas suprimían también, evidentemente, su ingenio y profundidad características, y que por ello mismo habían de dar de ahora en adelante la pauta para la actitud de los romanos ante las ciencias griegas.

La hegemonía mundial hizo que las puertas de Roma se abriesen también a la poesía y a la literatura o, para decirlo con las palabras de un poeta de la época ciceroniana:

Poenico bello secundo musa pennato gradu
Intulit se bellicosam Romuli in gentem feram.

Después de la segunda guerra púnica, las musas, con su atuendo [guerrero,

Se precipitaron a los brazos de los belicosos descendientes de [Rómulo.

Literatura helenizante

Es seguro que tampoco los pueblos de habla sabélica y etrusca carecían en esta época de un movimiento intelectual propio, más o menos desarrollado. El hecho de que se hable de tragedias compuestas en lengua etrusca y se hayan con-

servado vasos de barro con inscripciones en osco que denotan un cierto conocimiento de la tragedia griega por parte de sus autores, constituyen por lo menos indicios de que por los mismos tiempos en que vivían en Roma Nevio y Catón iba formándose junto al Arno y al Volturno una literatura helenizante por el estilo de la romana. Pero no pasan de ser indicios; todos los datos que pudieran orientarnos acerca de este problema han desaparecido, y el historiador no puede hacer otra cosa que señalar la laguna.

Únicamente nos es dado emitir un juicio acerca de la literatura latina. Y por muy problemático que su valor absoluto pueda ser a los ojos del juez de estética, es indudable que esta literatura encierra un valor excepcional para quien desee conocer la historia de Roma, ya que en ella se refleja como en un cuadro fiel la vida espiritual interna de Roma en este siglo VI, lleno del estrépito de las armas y preñado de porvenir, en que se coronó el proceso de la formación de Italia y el país empezó a entrar en la fase más general de toda la civilización antigua.

La literatura latina hállase también informada por el dualismo que preside en esta época la vida toda de la nación y caracteriza la época de transición representada por este siglo. La endeblez de la literatura helénico-romana no puede mover a engaño al ojo avezado capaz de calar el moho venerable que sobre ella fue depositándose a lo largo de dos milenios. La literatura romana es a la griega lo que los naranjos de los países del norte, criados en estufa, son a los naranjales de Sicilia; unos y otros alegran la vista, pero es casi un pecado compararlos. Y este juicio no vale solamente para la literatura romana en lengua griega, sino también y con mayor fuerza aún, si cabe, para la escrita en la lengua natal del Lacio. En gran parte podemos asegurar que esta literatura no salió de plumas romanas, sino que fue obra de extranjeros, de semigriegos, de celtas y, a la vuelta de poco tiempo, incluso de africanos, que habían logrado asimilarse el latín como una lengua postiza; entre los autores que en esta época se

presentan en público como poetas no sólo no figura, como hemos dicho ya, ninguno de quien haya podido comprobarse que pertenecía a las clases altas de la sociedad romana, sino que no aparece tampoco ni uno solo del que podamos asegurar fundadamente que tuviese por patria el verdadero Lacio.

Hasta la misma palabra "poeta" es de origen exótico; Ennio se asigna ya enfáticamente ese título. Pero, además de ser extranjera, esta poesía presenta todas las taras propias de la literatura en que los maestros de escuela se meten a escritores y el público lector se halla formado por la gran masa. Ya hemos visto cómo la comedia romana degeneró artísticamente hasta convertirse en una literatura zafia y plebeya al acoplarse a los gustos del gran público; y sabemos también que dos de los más prestigiosos escritores romanos empezaron su carrera como maestros de escuela, de donde luego pasaron a convertirse, poco a poco, en poetas, y que mientras la filología griega experimentó sobre cuerpos muertos después de la decadencia de la literatura nacional, en el Lacio los fundamentos de la gramática y los de la literatura desarrolláronse desde el primer momento estrechamente hermanados, sobre poco más o menos como podemos observar hoy entre los misioneros enviados a evangelizar a las tribus paganas. En realidad, examinando imparcialmente esta literatura helenizante del siglo VI, esta poesía artesanal ayuna de todo espíritu creador, sin otro horizonte que la copia o la imitación servil de los géneros literarios del extranjero, con preferencia los más estúpidos, este repertorio de traducciones disfrazadas y esta parodia de literatura épica, se siente uno tentado a pensar que estamos, pura y simplemente, ante uno de los síntomas patológicos de esta época.

Sin embargo este juicio pecaría, si no de injusto precisamente, sí de unilateral. Debemos tener en cuenta ante todo que esta literatura convencional surgió en un pueblo que no sólo carecía de una poesía nacional, sino que no podía llegar ya a crearla. En la Antigüedad no se conoce la poesía individual de los tiempos modernos y la labor poética creadora co-

rresponde esencialmente a las épocas inaprehensibles en que la nación vive las angustias y los goces de su proceso de desarrollo; sin querer disminuir la grandeza de los épicos y trágicos griegos, podemos afirmar que su poesía consistió fundamentalmente en dar forma a las más remotas leyendas sobre los dioses humanos y los hombres divinos. Esta base, sobre la que descansaba toda la poesía antigua, no existía en el Lacio; su informe mundo mitológico y la pobreza de su acervo legendario no podían dar allí un impulso espontáneo a la poesía. Una segunda circunstancia, más importante aún, viene a unirse a ésta. En esta época el desarrollo espiritual interior de Italia y su evolución social y política como Estado habían llegado por igual a un punto en que ya no era posible seguir aferrándose a la nacionalidad romana, con su exclusión de toda formación intelectual superior e individual, y repudiando al helenismo.

Esta propaganda del helenismo en Italia, evidentemente revolucionaria y desnacionalizadora, pero indispensable para la necesaria obra de nivelación espiritual de las naciones, constituye el título primordial de legitimidad histórica e incluso poética de la literatura romano-helénica. De su taller no salió una sola obra de arte nueva y auténtica, pero hizo que los horizontes espirituales de la Hélade se extendiesen a Italia.

Aun desde un punto de vista puramente externo, la poesía griega presupone por parte de quien la lee o escucha una cierta suma de conocimientos positivos. La poesía antigua no se distinguía, ni mucho menos, por esa plenitud interior que constituye, por ejemplo, una de las características esenciales del drama de Shakespeare, inteligible siempre por sí mismo; quien ignore el mundo de las leyendas griegas carece del fondo necesario sobre el que se proyecta toda rapsodia y toda tragedia helénicas y, no pocas veces, de la clave indispensable para comprenderlas. El público romano de esta época hallábase familiarizado, hasta cierto punto, como nos lo revelan las comedias de Plauto, con los poemas homéricos y las

leyendas hereulianas y conocía, por lo menos, los más usuales entre los demás mitos griegos; estos conocimientos, inculcados en el romano por la escuela y el teatro, abrían indudablemente el camino a la comprensión de la poesía helénica.

Pero a ello hubo de contribuir de un modo aún más profundo, y ya los literatos más inteligentes de la Antigüedad hacen con razón hincapié en ello, la aclimatación del lenguaje poético de los griegos y de la métrica helena entre los latinos. Donde mejor resalta la verdad de que "la Grecia vencida venció por el arte al tosco conquistador" es en el hecho de que se supiese arrancar al desmañado latín un pulido y elevado lenguaje poético, sustituyéndose el monótono y brusco verso satúrnico por el fluido senario y el sonoro hexámetro y consiguiéndose que el solemne tetrámetro y el jubiloso anapesto, con sus ritmos líricos artísticamente entrelazados, recreasen el oído latino en su lengua materna.

El lenguaje del poeta da la clave para el mundo ideal de la poesía, y la métrica encamina el alma hacia las sensaciones poéticas; quien no sepa sentir la fuerza del epíteto elocuente y vea en el símil vivo una cosa muerta, quien no sea capaz de sentir resonar en su interior los acordes de los dáctilos y los yambos, jamás podrá comprender la poesía de un Homero o de un Sófocles. Y no se nos diga que el sentimiento poético y rítmico es algo que por sí mismo se comprende. Es evidente que las sensaciones ideales son depositadas por la naturaleza en el pecho del hombre, pero para fructificar esas simientes necesitan que las calienten los rayos de un sol propicio; y, en una nación poco dotada poéticamente como la latina, necesitaban sobre todo que alguien se encargase de cultivarlos desde fuera.

Ni se nos diga tampoco que, dada la gran difusión que en Roma había llegado a adquirir el griego, la literatura helénica habría colmado de sobra las necesidades del público romano sensible. Ese encanto misterioso que la lengua ejerce sobre el hombre y que el lenguaje poético y el ritmo no hacen más

que exaltar, no emana de cualquier idioma que por azar pueda uno asimilarse, sino única y exclusivamente de la lengua materna.

Situándonos en este punto de vista, podremos enjuiciar certeramente la literatura helénica y sobre todo la poesía romana de esta época. Suponiendo que su tendencia fuese la de transplantar a Roma el radicalismo de un Eurípides, la de acabar con los dioses, convirtiéndolos en seres mortales o en simples conceptos, y en general la de colocar al lado de la Hélade desnacionalizada un Lacio privado también de conciencia nacional, reduciendo todas las naciones en las que había llegado a desarrollarse una nítida y peculiar personalidad al problemático concepto de una civilización general, cada cual podrá juzgar esta tendencia plausible o condenable, según su modo personal de pensar; lo que nadie puede poner en duda es que respondía, en esta época, a una necesidad histórica.

Situándonos en este punto de vista, sin negar los defectos de la poesía romana, lo cual no sería posible, podremos ya explicárnoslos y con ello, en cierto modo, justificarlos. Es indudable que se acusa en ella una notable desproporción entre la pobreza a veces incluso grotesca de su contenido y la perfección relativa de su forma, pero debemos tener en cuenta que la verdadera importancia de esta poesía residía precisamente en su carácter formal y sobre todo en su lenguaje y en su métrica.

Era una lástima, evidentemente, que en Roma la poesía estuviese principalmente en manos de maestros de escuela y de extranjeros y se manifestase preferentemente en forma de traducciones y adaptaciones; pero si la finalidad primordial de la poesía era tender un puente entre el Lacio y la Hélade, hay que reconocer que hombres como Andrónico y Ennio poseían méritos sobrados para ser los pontífices de Roma y que las traducciones eran el medio más indicado para alcanzar aquel fin.

Aún era más lamentable que la poesía romana sintiese cierta predilección por atenerse a las obras originales más insignificantes y pobres de contenido, pero desde aquel punto de vista estaba en lo cierto al proceder así. A nadie se le ocurrirá equiparar la poesía de un Eurípides a la de un Homero; pero, vistas las cosas con un criterio histórico, no puede negarse que Eurípides y Menandro son la Biblia del helenismo cosmopolita exactamente lo mismo que la *Iliada* y la *Odisea* lo son del helenismo nacional, y en este sentido tenían toda la razón los mantenedores de la tendencia a que nos referimos al iniciar a su público, fundamentalmente, en estas corrientes literarias. Es posible que el sentimiento instintivo de su propia limitación poética contribuyese también a orientar a los adaptadores romanos, fundamentalmente, hacia un Eurípides y un Menandro y a dejar a un lado a poetas como Sófocles e incluso Aristófanes, pues mientras que la verdadera poesía es un don esencialmente nacional y difícilmente susceptible de transplante, la inteligencia y el ingenio, esencia de la literatura euripidiana y menándrica, son de por sí cualidades cosmopolitas.

A pesar de todo hay que reconocer a los poetas romanos del siglo VI un mérito: el de haberse inspirado en la literatura clásica de los antiguos, aunque no precisamente en sus fuentes más ricas y más puras, en vez de haber recurrido, como pudieron hacerlo también, a la literatura helénica de la época, al llamado alejandrinismo. Por muchas que sean, y lo son, las faltas de entronque y las torpezas artísticas que podamos reprocharles, no pasan de ser los pecados contra el evangelio inevitables en la obra de misioneros de la cultura helénica que se habían impuesto y que no brillaba precisamente por su pureza; pecados que en un terreno histórico e incluso en el plano estético aparecen compensados en cierto modo por el ardor de su fe, inseparable también de su celo de propagandistas. Hoy podemos tener una opinión distinta de la que Ennio se formaba de su evangelio; pero si en materia de fe no es tan importante lo que se cree como el modo de

creer, no debemos regatear nuestro respeto y nuestra admiración a los poetas romanos del siglo VI.

Toda la poesía romana del siglo VI se halla dominada por un vivo y poderoso sentimiento de veneración ante la fuerza de la literatura helénica universal, por un santo anhelo de transplantar el árbol sagrado de la poesía a suelo extranjero, sentimientos que se funden de un modo peculiar con el levantado y vigoroso espíritu de esta gran época. El helenismo ilustrado de tiempos posteriores había de mirar con cierto desprecio las obras poéticas de esta época; la justicia habría debido moverle a elevar más bien la vista hacia aquellos poetas que, pese a todas sus imperfecciones, supieron mantener vínculos más íntimos con la poesía griega y con el auténtico arte poético que los poetas que vinieron después de ellos, con toda su elevación cultural. En el intrépido celo de imitación, en los sonoros ritmos y hasta en el poderoso orgullo de los poetas de este siglo hay algo de grandioso y de imponente que no encontramos en ninguna otra época de la literatura romana. Y sin que ello nos haga perder de vista los grandes defectos de esta poesía, podemos aplicarle en justicia aquellas palabras llenas de orgullo con que se ensalzaba a sí misma por boca de Ennio, al decir que derramó sobre los mortales la canción fogosa, salida de lo más profundo de su pecho.

Corrientes de oposición nacional

La literatura helénico-romana de esta época era esencialmente tendenciosa y la tendencia en que se inspiraba presidía también la literatura nacional de la misma época, que no era sino un reflejo suyo. Aquélla proponíase nada más y nada menos que destruir la nacionalidad latina mediante la creación de una poesía que, aunque hablase en latín, era helénica por su forma y por su espíritu; en estas condiciones era lógico que la parte mejor y más sana de la nación latina repudiase y estigmatizase, con el helenismo, la literatura creada para servirlo y propagarlo.

La actitud adoptada en Roma ante la literatura griega en la época de Catón era, sobre poco más o menos, la misma que en tiempos de los Césares se mantendría ante el cristianismo: los libertos y los extranjeros formaban el núcleo de la parroquia poética, como andando el tiempo prestarían su contingente fundamental a la disciplina cristiana; en cambio la aristocracia de la nación, y sobre todo el gobierno, no veían en la poesía, como ocurriría más tarde con el cristianismo, más que una corriente hostil y peligrosa. Las mismas o parecidas causas por virtud de las cuales la nobleza romana incluía a Ennio y a Plauto entre la canalla son las que más adelante harán que el gobierno romano condene a muerte a los apóstoles y a los obispos de la nueva religión.

A la cabeza de los que luchaban a brazo partido por defender a la patria contra la invasión de las corrientes extranjeras encontrábase, naturalmente, Catón. Para él los literatos y médicos griegos son la más peligrosa hez de aquel pueblo griego corrompido hasta el tuétano,[43] y su desprecio se vuelca con fuerza indecible sobre los "cantores de feria", como entonces llamaban a los poetas romanos. Esto les ha valido a él y a quienes pensaban como él frecuentes y enconadas censuras; y no puede negarse que los desahogos de su furia presentan no pocas veces el sello de limitación de horizontes característica de Catón; sin embargo, bien mirada la cosa, no podemos por menos que darle la razón en lo esencial y debemos reconocer, además, que, en este terreno, más que en ningún otro, la oposición nacional se remonta sobre la mezquindad de sus posiciones puramente negativas.

Cuando en el prólogo a su libro de historia en que aquel contemporáneo de Catón que se llamó Aulo Postumio Albino —de cuyos ridículos afanes helenizantes hacían befa los propios helenos y que, entre otras cosas, se esforzaba en amasar a brazo versos griegos— se disculpa del mal griego en que escribe con la excusa de ser romano de nacimiento, ¿no era lógico y legítimo preguntarse si estaba condenado por alguna sentencia irrevocable a ocuparse de cosas que no entendía?

¿O acaso el oficio del traductor fabril de comedias y del poeta que se dedicaba a emborronar papeles cantando las hazañas de quien le daba de comer o le dispensaba protección era más honroso y respetable hace dos mil años de lo que es hoy? ¿No tenía un Catón razón sobrada al reprochar a Nobílior la fanfarronada de llevar consigo a Ambracia para que cantase sus futuros hechos de armas al poeta Ennio, quien dicho sea de paso glorificaba en sus versos a los potentados romanos sin distinción de personas y colmaba de elogios al propio César? ¿Y no estaba en lo cierto cuando denostaba como una chusma vil e incorregible a los griegos a quienes había conocido de cerca en Atenas y en Roma?

No cabe duda de que estas corrientes de oposición contra la cultura de la época y el helenismo puesto a la orden del día tenían su fundamento. De lo que no puede acusarse a Catón, en modo alguno, es de ser enemigo de la cultura y el helenismo en general, Lejos de ello, el partido nacional, y éste es su gran mérito, reconocía también con una claridad suma la necesidad de crear una literatura latina, aprovechando para ello las sugestiones del helenismo; lo que no quería era que los escritores latinos se limitasen a plagiar a los griegos y fuesen como un emplasto pegadizo impuesto a la nación romana; opinaba que su misión consistía, por el contrario, en contribuir al desarrollo de la nacionalidad itálica, poniendo a contribución para ello la cultura griega.

Con instinto genial, que habla mas bien en favor de los grandes impulsos de la época que de la perspicacia de algunos individuos, comprendíase que un pueblo como el romano, carente en absoluto de una obra anterior de creación poética, no podía tener más tema en que apoyarse para estimular el desarrollo de su propia vida espiritual que la historia. Roma era lo que no había sido nunca Grecia: un Estado; en esta grandiosa intuición se basa tanto el audaz intento de Nevio encaminado a crear una epopeya romana y un teatro romano por medio de la historia como la gran empresa catónica de dar vida a la prosa latina. Es verdad que su empeño

de sustituir a los dioses y los héroes de la leyenda por los reyes y los cónsules de Roma era algo así como el intento ambicioso de los gigantes de escalar el cielo encaramándose sobre montañas puestas unas encima de otras: sin un mundo divino no se concibe ninguna epopeya ni ningún drama antiguos, y la poesía no conoce sustitutivos.

Catón, con un sentido mayor y más racional de moderación, dejó la poesía en sentido estricto, como una causa perdida, a los hombres del partido contrario, aunque debamos reconocer como un intento importante y respetable en cuanto a la intención, ya que no en cuanto al éxito, su esfuerzo por crear una poesía didáctica en versos nacionales, siguiendo las huellas de los antiguos poetas romanos, de los poemas morales y agrícolas de Appio.

Terreno más propicio era el que le brindaba la prosa, y Catón consagró en efecto todos los esfuerzos multiformes y toda la energía proverbiales en él a crear una literatura latina en prosa. Su afán obedecía a un impulso muy romano y era de una pureza verdaderamente respetable, pues el creador de la prosa latina buscaba su público, principalmente, en los círculos familiares, y además casi nadie le secundaba en sus esfuerzos. Así surgieron su obra histórica sobre los *Orígenes,* sus excelentes discursos políticos y sus libros sobre diversas ciencias especiales. Es cierto que estas obras están inspiradas en un espíritu nacional y que giran en torno a temas nacionales; pero esto no quiere decir que sean antihelénicas; lejos de ello, responden esencialmente a sugestiones griegas, aunque de un modo distinto que la literatura del partido contrario al suyo. La idea e incluso el título de su obra fundamental están tomados precisamente de las "historias sobre los orígenes" (κτίσεϛ) de los griegos.

Y otro tanto podemos decir de la prosa de sus discursos. Catón dirigió sus dardos contra Isócrates, pero se esforzó siempre en aprender de Tucídides y Demóstenes. Su enciclopedia es, sustancialmente, fruto de su estudio de la literatura griega. De cuantas empresas acometió este hombre dinámico

y este gran patriota, ninguna fue tan fecunda ni tan útil para su patria como esta actividad literaria, aunque él la tuviese relativamente en poca estima. Catón encontró numerosos y dignos sucesores en el campo de la composición oratoria y de la literatura científica. Y aun cuando por las huellas indiscutiblemente originales de su obra sobre los *Orígenes,* que a su modo puede ser comparada, indudablemente, a la logografía griega, no pisase más tarde un Herodoto ni un Tucídides, nadie dejó sentado mejor que él, con su palabra y su ejemplo, que las tareas literarias referentes a las ciencias aplicadas y a la historia eran, no sólo convenientes, sino honorables para un ciudadano romano.

Arquitectura, pintura y artes plásticas

Digamos, antes de terminar este capítulo, algunas palabras acerca del estado en que se encontraban en esta época las artes plásticas y arquitectónicas. Por lo que se refiere a la arquitectura, el lujo que comienza a manifestarse por este tiempo se acusa más bien en las construcciones privadas que en los edificios públicos. Hacia fines de esta época, y principalmente bajo la censura de Catón (año 184), empieza a tomarse en consideración, por lo que atañe a las obras públicas, no sólo el punto de vista de las necesidades comunes, sino también el de la comodidad colectiva; las balsas *(lacus)* alimentadas por los acueductos comienzan a construirse de piedra (año 184) y aparecen las primeras columnatas (años 179 y 174), y sobre todo se extienden a Roma los pórticos áticos para la administración de justicia y las transacciones comerciales, las llamadas basílicas. El primero de estos edificios, semejantes a nuestras lonjas, el pórtico de Porcia o de los plateros, fue construido por Catón en el año 184 junto al Senado; en seguida se levantaron otros a su lado, hasta que poco a poco, a todo lo largo del foro, las tiendas privadas fueron sustituidas por estos hermosos soportales sostenidos por columnas.

La vida diaria de la ciudad sufrió un cambio aún más profundo por la transformación de la vivienda, operada en esta época si no antes: paulatinamente fueron desglosándose dentro de la casa la sala (el *atrium*), el patio *(cavum aedium),* el jardín con su peristilo *(peristylium),* la pieza destinada a guardar los papeles *(tablinum),* la capilla, la cocina y las alcobas. En cuanto al tipo de construcción interior, empezó a emplearse la columna como medio de sustentación del techo, tanto en el patio como en la sala y en la galería del jardín, ateniéndose para ello, seguramente, a los modelos de casas griegas. Pero los materiales de construcción empleados en Roma seguían siendo sencillos; "nuestros antepasados —dice Varrón— vivían en casas de ladrillo, levantadas sobre sillares simplemente para evitar la humedad".

En cuanto a las artes plásticas romanas, casi no han quedado más huellas de esta época que el modelado de figuras de cera representando a los antepasados. En cambio encontramos referencias frecuentes a la pintura y a los pintores: Marco Valerio mandó pintar en una de las paredes del Senado un cuadro conmemorativo de la victoria conseguida por él en el año 263 delante de Massena sobre los cartagineses y Hierón; fueron éstos los primeros frescos históricos ejecutados en Roma, a los que habrían de seguir más tarde muchos otros, y representan en el campo de la pintura lo que poco después habrán de representar en el campo de la poesía la epopeya y el teatro nacionales.

De los pintores de la época, tenemos noticia de un tal Teodoto, de quien Nevio dice irónicamente:

Sedens in celsa circumtectus tegetibus
Lares ludenti peni pinxit bubulo.

Sentado junto al techo, dentro de los ámbitos sagrados,

Pintaba a los regocijados lares con la cola del buey;

de un Marco Pacuvio de Brundisio, que pintó el templo de Hércules en el *Forum Boarium* y que, siendo ya viejo, había de adquirir cierta fama como adaptador de tragedias griegas,

y de Marco Plautio Lyco, oriundo del Asia Menor, a quien el municipio de Ardea concedió la ciudadanía como premio a las bellas pinturas por él ejecutadas en el templo de Juno. De estos datos se infiere, sin embargo, bastante claramente, que en Roma el arte pictórico era considerado como algo subalterno y más bien como artesanía que como arte, y además que corría, más aún que la poesía, a cargo de griegos y semigriegos.

En cambio apuntan ya entre las clases distinguidas los primeros brotes del diletantismo y del interés coleccionista que más tarde habrán de desarrollarse en tan grandes proporciones. Los conocedores romanos admiraban ya el esplendor de los templos corintios y atenienses y miraban con desdén las figuras de barro policromado que adornaban los techos de los templos de Roma. Hasta un hombre como Lucio Paulo, que comulgaba más con Catón que con los escipiónicos, contemplaba y juzgaba con ojos de diletante el Zeus de Fidias.

El primer romano que inició en gran escala el rapto de los tesoros de arte de las ciudades griegas anexionadas para llevarlos a Roma fue Marco Marcelo, después de la toma de Siracusa (año 212); y aunque las gentes chapadas a la antigua condenaban acremente esta conducta y el viejo y severo Quinto Máximo, por ejemplo, ordenó después de la conquista de Tarento (año 209) que no se tocasen las estatuas de los templos y se les dejasen a los tarentinos sus irritados dioses, lo cierto es que los saqueos de los templos en las ciudades conquistadas fueron haciéndose cada vez más frecuentes. Gracias sobre todo a Tito Flaminio (año 194) y a Marco Fulvio Nobílior (año 187), dos de los principales representantes del helenismo romano, y también por obra de Lucio Paulo (año 167), fueron llenándose los edificios públicos de Roma de obras maestras esculpidas por los cinceles griegos.

Los romanos sentían la intuición de que el interés por el arte, al igual que el interés por la poesía, formaba parte esencial de la cultura helénica, es decir, de la nueva civilización; con la diferencia de que mientras que la asimilación de la

poesía griega suponía una cierta actividad poética propia, tratándose de las artes plásticas bastaba con contemplarlas y transportarlas a Roma. Por eso no llegó a desarrollarse, ni siquiera a intentarse, un arte plástico romano, aunque fuese fomentado artificialmente, como ocurrió con la literatura.

La literatura y el arte bajo la revolución

El siglo VI desde la fundación de la ciudad es, tanto política como literariamente, una época de vitalidad y grandeza. Es cierto que ni en uno ni en otro terreno se destaca durante este periodo ninguna figura de primer rango; Nevio, Ennio, Plauto, Catón, escritores todos de grandes dotes y de viva y vigorosa personalidad, carecen de talento creador en el sentido más alto de la palabra; no obstante, sus ensayos dramáticos, épicos, históricos, nos hacen sentir su brío, su vitalidad, su intrepidez, y percibimos a través de ellos las vibraciones de los gigantescos combates de las guerras púnicas. Hay en sus obras muchos transplantes artificiales, sus páginas son con frecuencia pálidas y desvaídas en cuanto a dibujo y colorido, su forma artística y su lenguaje no se distinguen por su pureza, lo griego y lo nacional aparecen amalgamados en ellas de un modo barroco; esta literatura conserva todavía el sello de sus orígenes escolares, carece aún de independencia y de plenitud. Sin embargo, en los poetas y escritores de esta época palpita, si no el vigor necesario para poder alcanzar la meta suprema de la poesía, por lo menos el valor y el optimismo necesarios para rivalizar con los griegos.

El círculo escipiónico

En la época en que entramos ahora cambia el panorama. La bruma mañanera desciende sobre el valle; los hombres de esta época no eran ya capaces de proseguir la obra iniciada en la fase anterior, bajo la sensación fresca de las energías

nacionales templadas en la guerra, con ese arrojo que da la juventud, paliando las dificultades de la obra emprendida y las limitaciones del propio talento, pero al mismo tiempo con el ardor juvenil que nos hace sentir amor y gozo por toda empresa. El aire sofocante de la tormenta revolucionaria que se cernía sobre Roma empezaba a envolverlo todo y, por otra parte, los espíritus más profundos iban dándose cuenta poco a poco del esplendor incomparable de la poesía y el arte griegos y de las grandes limitaciones artísticas de su propia nación.

La literatura del siglo VI había surgido de la influencia del arte griego sobre espíritus poco cultos, pero muy impresionables y de una gran sensibilidad. La cultura helénica del siglo VII, mucho más elevada, produjo una reacción literaria que mató con el hielo invernal de la reflexión los brotes que a pesar de todo apuntaban en aquellos ingenuos intentos de recreación poética del siglo anterior y barrió, sin pararse a distinguir, las hierbas buenas y la hojarasca de aquellas corrientes espirituales.

Esta reacción partió primera y fundamentalmente del círculo de gentes agrupadas en torno a Emiliano Escipión, cuyos miembros más prominentes, pertenecientes a las clases altas de la sociedad romana, eran, además del propio Escipión, su viejo amigo y consejero Cayo Lelio (cónsul en el año 140) y sus jóvenes camaradas Lucio Furio Filo (cónsul en el año 136) y Espurio Mumio, hermano del destructor de Corinto, y entre los literatos romanos y griegos el comediógrafo Terencio, el satírico Lucilio, el historiador Polibio y el filósofo Panecio.

A quien conociese la *Iliada* y estuviese familiarizado con Jenofonte y Menandro no podían impresionarle, naturalmente, las obras del Homero romano, y menos aún las malas traducciones de las tragedias de Eurípides suministradas antes por Ennio y que ahora seguía proveyendo Pacuvio. Las consideraciones patrióticas podían oponer ciertas barreras a las críticas en lo que se refería a la crónica patria, pero no eran

obstáculo para que Lucilio dirigiese sus afilados dardos contra "las tristes figuras que pueblan el mundo alquitarado de un Pacuvio"; y en la *Retórica* de este agudo autor, escrita a fines del periodo a que nos referimos y dedicada a Herennio, encontramos críticas no menos severas, pero justas, contra Ennio, Plauto, Pacuvio y todos aquellos poetas "que parecen tener cédula de privilegio para hablar ampulosamente y razonar sin asomo de lógica". Las gentes cultas de esta época alzábanse de hombros ante las interpolaciones con que el áspero ingenio nacional romano había aderezado las elegantes comedias de Dífilo y Filemón. Y volvíanse de espaldas, mitad sonriendo y mitad por envidia, a los ensayos frustrados de un periodo oscuro, que estos círculos refinados contemplaban tal vez como el hombre maduro contempla las páginas poéticas de sus tiempos de juventud. Y, renunciando a la loca empresa de transplantar el árbol maravilloso de la Hélade, se desistió de cultivar, lo mismo en la poesía que en la prosa, los géneros literarios de mayor empeño, para limitarse a gozar a fondo de las obras maestras del extranjero.

La producción romana de esta época se circunscribe esencialmente a empresas de poca monta, a la comedia ligera, a las poesías varias, al folleto político, a las ciencias especiales. La consigna literaria, ahora, es la corrección en el estilo y sobre todo en el lenguaje, el cual, lo mismo que el círculo escogido de los hombres cultos se desglosa del conjunto de la nación, empieza a escindirse al llegar esta época en dos categorías el latín clásico de la alta sociedad y el latín vulgar del hombre común y corriente. Los prólogos de Terencio prometen al lector un "lenguaje" puro; la polémica en torno a los defectos de expresión constituye el elemento fundamental en la sátira de Lucilio; y a ello se debe también, entre otras razones, el que la literatura griega de los romanos quede ahora decididamente relegada a segundo plano.

En este sentido, es indudable que la nueva época representa un progreso; escasean mucho más que antes o después las obras deficientes y abundan más las obras acabadas y plena-

mente satisfactorias en cuanto a la forma. Desde el punto de vista lingüístico está en lo cierto Cicerón al calificar la época de Lelio y Escipión como el siglo de oro del latín puro y libre de adulteraciones.

Va subiendo también en esta época la cotización de las actividades literarias ante la opinión pública, hasta convertirse poco a poco, desde este punto de vista, de una faena puramente artesanal en verdadera labor artística. Aún a comienzos de este periodo la composición de obras para el teatro —aunque no así la publicación de poesías recitativas— considerábase como algo indigno de un ciudadano romano; Pacuvio y Terencio vivían de sus obras teatrales; la actividad del dramaturgo era un oficio como otro cualquiera, y no, ciertamente, muy lucrativo. En tiempo de Sila la situación había cambiado ya radicalmente. Los honorarios que en esta época percibían los actores son indicio de que los poetas dramáticos predilectos obtendrían también una remuneración lo suficientemente alta para librarlos de toda mácula. La poesía escénica viose elevada así al rango de arte libre, y esto explica que aparezcan ahora trabajando para el teatro y se sientan orgullosos de pertenecer al "gremio de poetas" al lado de hombres del más humilde origen, como Accio, romanos de la alta nobleza, como, por ejemplo, Lucio César (edil en el año 90, † 67).

El arte salió ganando en prestigio y en alcurnia, pero perdió en bríos, lo mismo que la vida toda. En ninguno de los escritores de esta época percibimos ya esa seguridad del noctámbulo que hace al poeta y que resalta sobre todo en un Plauto; los epígonos de los hombres que lucharon en las guerras púnicas son escritores correctos pero grises.

El teatro

Examinemos ante todo la literatura teatral y el mismo teatro de esta época. El drama se halla ahora dividido por especialidades; los poetas especializados en la tragedia no culti-

van accesoriamente, como sus antecesores, la comedia y la epopeya. La cotización de este género literario por parte de los círculos cultos del país hallábase ahora en alza, pero no podemos decir otro tanto de la misma poesía trágica. La tragedia nacional *(praetexta),* invención de Nevio, sólo es cultivada por Pacuvio, autor del que hablaremos en seguida y que surge como brote tardío de la época enniana. Entre los poetas romanos que se dedican a transplantar a Roma las tragedias griegas, cuyo número es probablemente muy crecido, sólo dos llegan a adquirir cierto renombre. Uno de ellos es Marco Pacuvio, de Brundisio (219-*c.* 129), que en su juventud vivió en Roma de la pintura y que, siendo ya viejo, se dedicó a la poesía trágica; esta figura, tanto por sus años como por su tipo de literatura, pertenece más bien al siglo VI que al VII, aunque sus actividades como escritor se hallen encuadradas dentro de éste. Su poesía corresponde, en conjunto, al género cultivado por su coterráneo, tío y maestro Ennio. Sus obras, más cuidadosamente trabajadas y con mayores pretensiones de elevación que las de su predecesor, fueron consideradas más tarde por críticos de arte favorablemente inclinados a sus méritos como un modelo de poesía refinada y de riqueza de estilo. Sin embargo en los fragmentos que de este escritor se han conservado abundan los pasajes que justifican las críticas lingüísticas y las censuras estéticas dirigidas en su tiempo contra este poeta por Cicerón y Lucilio, respectivamente; su lenguaje es más áspero que el de Ennio y su estilo poético más retorcido y ampuloso.[44] Existen indicios de que este poeta, al igual que su maestro, propendía más a la filosofía que a la religión; pero, a diferencia de éste, no mostraba preferencia por las pasiones sensuales que la corriente neologista tendía a exaltar, ni por los dramas en que se predicaba la nueva ilustración. Pacuvio tomaba las ideas de sus dramas indistintamente de Sófocles y Eurípides. Y no encontramos en él ni rastro de aquella enérgica y casi genial poesía tendenciosa característica de Ennio.

Más legibles y más hábiles son las refundiciones de la tragedia griega salidas de la pluma de otro poeta de la generación de Pacuvio, pero más joven que él, Lucio Accio (170-después del 103), un liberto hijo de la ciudad de Pisauro, que es con Pacuvio el único poeta trágico famoso del siglo VI. Este autor, que se ocupó también de historia de la literatura y de gramática, esforzose indudablemente en llevar a la tragedia latina una pureza de lenguaje y de estilo mayor que la de sus predecesores; sin embargo su estilo desigual y sus incorrecciones no escaparon tampoco a las críticas de los severos e intransigentes estilistas como Lucilio.

Terencio

En el campo de la comedia abundan más los autores y se consiguen mayores éxitos. A comienzos de este periodo se produce una reacción notable contra la concepción usual y nacional de la comediografía. Su representante, Terencio (196-159), es, históricamente, una de las figuras más interesantes de la literatura romana. A este hombre, nacido en el África fenicia y trasladado como esclavo en su temprana juventud a Roma, donde se inició en la cultura griega de la época, parecía estarle asignada desde el primer momento la misión de restituir a la nueva comedia ática su carácter cosmopolita, que había perdido en cierto modo a través de los arreglos hechos en ella por las ásperas manos de Nevio, Plauto y demás cofrades.

Ya la selección y el empleo de las obras originales por Terencio revelan el abismo que media entre este poeta y el único de sus antecesores que ahora nos es dado comparar con él. Plauto saca las obras que toma por modelo de todo el acervo de la nueva comedia ática sin pararse a distinguir, y no desdeña ni mucho menos a los comediógrafos más atrevidos y populares como, por ejemplo, Filemón; en cambio Terencio se atiene casi exclusivamente a Menandro, es decir, al poeta más delicado, más fino y más moral de cuantos culti-

van la comedia nueva. Terencio sigue empleando el procedimiento de refundir varias obras griegas para formar una comedia latina, procedimiento del que, dentro de la situación en que se movía, no podía prescindir el adaptador romano, pero lo emplea de un modo incomparablemente más hábil y más cuidadoso que sus antecesores. En cuanto al diálogo, mientras que Plauto se aleja con gran frecuencia del modelo que copia, Terencio tiene a gala seguir literalmente el original, sin que esto deba interpretarse, sin embargo, como una traducción en el sentido que damos hoy a esta palabra. Terencio suprime radical e intencionadamente aquel transplante, no pocas veces brusco, pero siempre enérgico, del tono local romano al ambiente griego, de que tanto gustaba Plauto, y en sus obras no hay una sola alusión, un solo proverbio, una sola reminiscencia que recuerden a Roma;[45] incluso los títulos latinos empleados antes se sustituyen por títulos griegos.

La misma diferencia resalta en cuanto al modo de tratar artísticamente los temas. Y, sobre todo, Terencio devuelve a los actores las máscaras del teatro griego y se preocupa de que las obras se pongan en escena con la mayor propiedad posible, sin que la calle sea ya, como antes, el escenario obligado de toda la acción, por muy íntima que fuese. Plauto ata y desata el nudo de la acción de un modo ligero y desmañado, pero la fábula en él es siempre divertida y con frecuencia sorprendente; Terencio, mucho menos audaz, se preocupa siempre, a costa no pocas veces de sacrificar la tensión y la intriga, de la verosimilitud de la trama, y polemiza insistentemente contra los recursos, muchas veces pobres y estúpidos, es cierto, a que acuden sus predecesores, por ejemplo contra el truco de los sueños alegóricos.[46] Plauto pinta a sus personajes con unos cuantos brochazos, frecuentemente de un modo rutinario y para que surtan efectos vistos a distancia y en conjunto y muy de bulto; Terencio, en cambio, trata el desarrollo psicológico de sus caracteres con todo cuidado y generalmente con gran maestría, preocupándose de todos

los detalles como un miniaturista, y así obtiene resultados como los dos viejos de los *Adelfos,* con el magistral contraste entre el hombre comodón de la ciudad y el hidalgo rural, que pasa la vida aperreado y no se distingue precisamente por su refinamiento.

Lo mismo en cuanto a los temas que en cuanto al lenguaje, podríamos decir que, mientras que Plauto se mueve en un ambiente de taberna, Terencio no sale nunca del honorable ambiente familiar. Las chabacanas hosterías en que Plauto sitúa sus comedias, sus mozas poco púdicas, pero llenas de gracia, sus militares fanfarrones, aquel mundo de la escalera de servicio pintado con un encanto especial, un mundo cuyo cielo es la bodega y que tiene por destino el látigo del amo, todo esto desaparece en Terencio o cambia, por lo menos, para adquirir un tinte más distinguido. En las comedias de Plauto nos vemos rodeados por todas partes, en general, de pícaros incipientes o redomados; en Terencio casi siempre nos encontramos entre gentes honorables, y si alguna vez este autor presenta al dueño de un lupanar desfalcado o a un joven arrastrado a una casa de lenocinio, detrás del vicio alienta siempre una intención moral, por ejemplo el deseo de salvar de la ruina a un hermano o el de curar al muchacho de las malas tentaciones. En las comedias de Plauto triunfa la rebeldía filistea de la taberna contra el orden de la vida familiar: la mujer es denostada siempre para regocijo de los maridos momentáneamente emancipados y poco seguros de ser bien recibidos en su casa. En las obras de Terencio, por el contrario, campea una concepción no diremos que más moral, pero sí más correcta del carácter femenino y de la vida conyugal. Generalmente pone fin a sus comedias con una boda edificante, y a ser posible con dos; sigue en esto las huellas de Menandro, de quien se ponderaba el talento para purgar todos los pecados de seducción con la penitencia del matrimonio. El comediógrafo romano recoge las frecuentes alabanzas de su maestro griego a la vida de celibato, pero con la sobriedad y la corrección características en él;[47] en

cambio en *El eunuco* y en *La Adriana* pinta con un encanto especial los sufrimientos del enamorado, las penas y fatigas del marido amoroso junto al lecho en que su mujer da a luz, el amor y los desvelos de la hermana junto a su hermano moribundo; más aún, en *La madrastra* aparece al final como un ángel salvador una virtuosa meretriz, figura auténticamente menandriana, a quien el público romano hizo muy bien en silbar. En Plauto los padres parecen no tener otra misión que la de ser engañados y estafados por sus hijos; en el *Atormentador de sí mismo* de Terencio un hijo perdido es salvado por la sabiduría de su padre. Y como el autor es un hombre saturado de excelente doctrina pedagógica, la mejor de sus comedias, *Los adelfos,* gira en torno al problema de encontrar un justo medio entre la educación excesivamente liberal del tío y la disciplina demasiado rigurosa del padre.

Plauto escribe para la gente del montón y abundan en él las palabras sarcásticas y profanas que no se quedaban presas entre las mallas de la censura teatral; Terencio, por su parte, dice que su propósito es complacer a los buenos y no herir a nadie, como su maestro Menandro. Plauto gusta del diálogo chispeante, rápido y no pocas veces bullicioso, y sus comedias requerían, para representarlas bien, actores que se moviesen mucho; Terencio, en cambio, prefería la "conversación tranquila y mesurada". El lenguaje de Plauto está salpicado de giros burlescos y de juegos de vocablos, de aliteraciones, de términos cómicos inventados por el autor, de retorcimientos aristofanescos de palabras, de divertidos tópicos tomados del griego. Terencio no se permite semejantes juegos caprichosos con el lenguaje; su diálogo no pierde jamás el equilibrio y las puntadas chistosas son siempre, en él, giros epigramáticos y sentenciosos de delicado ingenio.

Ninguna de las comedias de Terencio puede decirse que represente un progreso con respecto a Plauto, ni en lo poético ni en lo moral. Los dos autores están ayunos de originalidad, pero más todavía, si cabe, Terencio que Plauto; el dudoso mérito de la mayor corrección en la copia se halla contra-

rrestado, cuando menos, por el hecho de que aquél sabía reproducir el ingenio, pero no la gracia ni la alegría de Menandro, por lo cual las comedias de Plauto calcadas sobre aquel autor griego, como el *Stichus,* la *Aulularia* y las dos *Bacchis,* conservan probablemente mucho más del encanto bullicioso del original que las obras del "Menandro a medias", como se llamó a Terencio. Y si el juez en materia estética no puede reconocer ningún progreso real en el tránsito de lo tosco a lo gris, el juez de moral no echa de ver tampoco ninguna ventaja en el cambio de la obscenidad y la indiferencia plautinas por la moral acomodaticia de las comedias terencianas.

Lo que sí hay que reconocer, pues es indiscutible, es el progreso lingüístico. La elegancia en el lenguaje era el orgullo del poeta y a su encanto inimitable en el manejo de la lengua debió sobre todo Terencio el que los más finos jueces de la posteridad en materia de arte, un Cicerón, un César y un Quintiliano, le galardonasen con el título del primer poeta de la época republicana. En este sentido está justificado que se consideren las comedias de Terencio, la primera recreación artísticamente pura de la poesía griega, como el comienzo de una nueva era en la literatura romana, cuya misión esencial no consiste precisamente en el desarrollo de la poesía, sino en el de la lengua latina.

La nueva comedia se abrió paso a fuerza de una guerra literaria verdaderamente furiosa. Las comedias de Terencio hubieron de vencer la resistencia más tenaz por parte del público, que encontraba insoportable su "lenguaje gris" y su "estilo apagado". El poeta, que era al parecer hombre bastante susceptible, se valía de los prólogos, cuya misión no era ésa, ni mucho menos, para contestar a estas censuras con anticríticas llenas de polémica defensiva y ofensiva, apelando el fallo de la multitud, que por dos veces había dejado desierto el teatro en que se representaba su *Madrastra* para correr a los espectáculos de gladiadores y volatineros, ante el juicio de las gentes cultas de la mejor sociedad. Según sus palabras sólo buscaba el aplauso de los "buenos", dando a entender

además que no debían ser reprobadas obras de arte sancionadas por la aprobación de la "minoría". Dejó circular e incluso alentó el rumor de que había gentes de alta alcurnia que le sostenían en su obra poética con el consejo y hasta con la acción.[48] Hasta que por último triunfó. En la literatura como en todo mandaba la oligarquía, y la comedia artística de la minoría selecta desplazó a la comedia popular: hacia el año 134 habían desaparecido ya de los carteles las obras de Plauto. Rasgo éste mucho más elocuente si se tiene en cuenta que después de la temprana muerte de Terencio no volvió a surgir ningún talento un poco destacado entre los comediógrafos; hablando de las obras de Turpilio († en el año 103, a avanzada edad) y de otros literatos de menor cuantía que vinieron a llenar el hueco a falta de otros mejores, decía a fines de este periodo un conocedor de la materia que las nuevas comedias eran todavía peores que las nuevas monedas de cobre, a pesar de ser éstas tan malas.

La atelana

Ya hemos dicho más arriba que fue probablemente en el transcurso del siglo VI cuando surgió al lado de la comedia greco-romana *(palliata)* la comedia nacional *(togata),* en la que se reflejaba, si no la vida específica de la capital, por lo menos la realidad de la vida provincial latina. Como es lógico, la escuela terenciana apoderose también rápidamente de este campo literario; al fin y al cabo su aspiración consistía en aclimatar dentro de Italia la comedia griega en traducciones fieles y, por otra parte, en crear, basándose en ella, una poesía puramente romana.

El principal representante de esta tendencia es Lucio Afranio (que floreció hacia el año 90). Los fragmentos que de sus obras se han conservado, aunque no producen una impresión definida, no contradicen tampoco los juicios emitidos acerca de este autor por los críticos de arte romanos. Sus numerosas comedias nacionales seguían fielmente, en su traza y compo-

sición, las obras griegas de intriga, con la diferencia de que, como es lógico en obras de recreación, eran más sencillas y más cortas.

En cambio en los fragmentos de Afranio no encontramos gran cosa de aquella tónica local latina que con tanta fuerza se acusa en el creador de este género, en Tintinio;[49] sus temas mantiénense en un plano muy general y es lo más probable que estas comedias fuesen simples adaptaciones de otras griegas, con ropaje latino. Afranio se caracteriza, como Terencio, por un suave eclecticismo y una gran habilidad para la forma poética; son bastante frecuentes en él las alusiones literarias. Coincide también con el gran comediógrafo latino en la tendencia moral, que aproximaba sus obras al drama, en el respeto impecable de las ordenanzas de policía y en la pureza del lenguaje. Hay un juicio de los romanos de una época posterior que lo caracteriza elocuentemente como hermano espiritual de Menandro y de Terencio: aquellas palabras en que se nos dice que Afranio vestía la toga como la habría vestido Menandro si hubiese sido itálico, juicio corroborado por una manifestación suya en la que pone a Terencio por encima de todos los demás poetas.

Un género nuevo que se incorpora en esta época a la literatura latina es la farsa. De por sí esta manifestación literaria era, en realidad, antiquísima; es seguro que mucho antes de que existiese la ciudad de Roma las gentes de buen humor del Lacio se divertirían en las fiestas montando sainetes o entremeses improvisados con base en las máscaras de personajes fijos. Estas chanzas teatrales adquirieron un hogar estable, para los latinos, en una especie de asilo de bufones, la ciudad de Atela, en otro tiempo osca, que fue destruida durante la guerra contra Aníbal, para renacer luego como la ciudad de la comedia; de aquí el nombre de "juegos oscos" o "juegos atelanos" con que se bautizaron estas representaciones grotescas.[50] Pero estas farsas nada tenían que ver con el teatro ni con la literatura;[51] eran puestas en escena por aficionados dónde y cómo mejor les cuadraba, y los textos que

les servían de base no se escribían o, por lo menos, no se publicaban. Es ahora, en esta época, cuando la atelana corre a cargo de actores especiales y se utiliza, al igual que el drama satírico de los griegos, como una especie de postre escénico después de la representación de una tragedia. En estas condiciones era lógico que esta manifestación teatral se convirtiese también en un género literario.

No estamos ya en condiciones de saber si la farsa romana, elevada ahora a manifestación literaria, se desarrolló por su propia cuenta o brotó al impulso de la farsa del sur de Italia, semejante a ella en muchos respectos; las obras de este género que conocemos son todas ellas, desde luego, obras originales.

El hombre que aparece como fundador de esta nueva modalidad literaria, en la primera mitad del siglo VII, es Lucio Pomponio, natural de la colonia latina de Bononia, al lado del cual adquirió muy pronto celebridad otro poeta llamado Novio. En la medida en que los restos que de estas obras han quedado y los informes de los literatos antiguos nos permiten formarnos un juicio acerca de ellas, podemos decir que eran entremeses cortos, por lo regular en un solo acto, cuyo encanto consistía, más que en la fábula, casi siempre absurda e incoherente, en la parodia grotesca de ciertas clases sociales y situaciones. Sus autores gustaban de presentar cómicamente en ellos las festividades y los actos públicos, como en *La boda, El primero de marzo, Pantalón, candidato;* otras veces se burlaban de las naciones extranjeras, de los galos trasalpinos o de los sirios, y sobre todo sacaban a escena en son de chanza los distintos oficios y profesiones: el sacristán, el adivino, el augur, el médico, el recaudador de contribuciones, el pintor, el pescador, el panadero; los pregoneros salían muy mal parados en estas sátiras y peor aún los bataneros, que al parecer asumían en el mundo de la farsa romana el papel que hoy suele asignarse a los sastres. Pero no eran sólo las distintas actividades de la vida urbana las que se exponían a la chacota pública; también el campesino, con sus cuitas y

sus alegrías, salía a las tablas, procurándose sacar de él todo el partido posible. De la variedad de este repertorio rural nos hablan los numerosos títulos referentes a estos temas, tales como *La vaca, El asno, El cabrito, La marrana, El cerdo, El campesino, El agricultor, Pantalón, labrador, El boyero, Los vendimiadores, El recolector de higos, El leñador, Los cavadores, El corral de aves.*

Los personajes favoritos del público, en estos entremeses, seguían siendo el criado tonto y el criado astuto, el buen viejo, el hombre prudente y discreto; en ellos no podía faltar sobre todo la primera de estas figuras, el Polichinela de la farsa, el Macco glotón, sucio, grotescamente ataviado, feo y eternamente enamorado, siempre a punto de derrumbarse por tierra, blanco de las burlas y los palos de todos y que acababa siendo indefectiblemente la cabeza de turco de la intriga. Los títulos de las obras: *Polichinela soldado, Polichinela hostelero, Polichinela doncella, Polichinela en el destierro, Los dos Polichinelas,* bastan para dar al lector bien dispuesto una idea aproximada de la variedad de recursos que se manejaban en estas mascaradas romanas.

Aunque estas farsas, por lo menos desde que se redactaban por escrito, procuraban ajustarse a los cánones generales de la literatura y, en lo referente a la métrica por ejemplo, seguían las huellas del teatro griego, tenían como era natural un aire mucho más latino y popular que la misma comedia nacional; la farsa sólo hacía incursiones al mundo del teatro griego cuando se trataba de parodiar alguna tragedia,[52] género que al parecer fue introducido por Nevio y que nunca llegó a remontarse, si no hasta el Olimpo, por lo menos hasta los dominios del más humano de los dioses, Hércules; Nevio compuso, en efecto, un entremés titulado *Hércules auctionator.*

Huelga decir que el tono de estas obras no tenía nada de delicado; palabras equívocas muy poco equívocas, rústicas y chabacanas obscenidades, fantasmas terroríficos que asustaban a los niños y a veces se los comían crudos, eran los re-

cursos constantes de estos entretenimientos, entre los cuales se deslizaban alguna que otra vez alusiones personales injuriosas sin recatar siquiera el nombre de la persona ofendida. Pero, al lado de ello, encontramos en estos entremeses pinturas llenas de vida, ocurrencias grotescas y chistosas, certeros sarcasmos y jugosas y chispeantes frases. Estas mascaradas no tardaron en adquirir gran predicamento en la vida teatral de Roma e incluso en su literatura.

La vida teatral

Por lo que se refiere, finalmente, a la vida teatral, no podemos, por falta de elementos de juicio, estudiar en detalle algo que a grandes rasgos resalta claramente, a saber: el auge constante que en esta época experimenta el interés general de la gente por los espectáculos escénicos y la frecuencia y el brillo cada vez mayores de éstos. Ahora era rarísima la fiesta popular ordinaria y extraordinaria de que no formaba parte una representación teatral, y no sólo esto, sino que era también frecuente que en los centros de población del campo e incluso en las casas particulares se organizasen espectáculos escénicos con base en compañías especialmente contratadas.

Dábase, sin embargo, el contrasentido de que mientras muchas ciudades municipales disponían ya en esta época, con toda seguridad, de teatros de piedra, la capital careciese aún de un edificio adecuado para las representaciones teatrales; habíase acordado la construcción de un teatro en Roma, y estaba concertado ya el contrato con el empresario de la obra, pero el acuerdo fue dejado en suspenso por el Senado en el año 185, a propuesta de Publio Escipión Násica. Estaba muy a tono con el espíritu hipócrita de la época esto de impedir la construcción de un teatro permanente por respeto a las costumbres de los mayores, mientras los espectáculos teatrales se multiplicaban con un auge vertiginoso y se invertían todos los años sumas enormes en montar y decorar los tablados provisionales para las representaciones.

El aparato escénico iba enriqueciéndose a ojos vistas. Las mejoras introducidas en la escenificación y el restablecimiento de las máscaras griegas hacia la época de Terencio guardaban relación, evidentemente, con la medida implantada en el año 74, al disponer que la construcción y conservación del decorado, del vestuario y en general todo lo referente al montaje de la escena corriesen a cargo del fisco.[53]

Sentaron época en la historia del teatro las representaciones que dio Lucio Mumio para festejar la toma de Cartago (año 145). Fue probablemente entonces cuando se montó un teatro construido acústicamente al modo griego y con asientos para los espectadores, poniéndose en general más cuidado en la organización de estos espectáculos. A partir de ahora se habla ya de la concesión de premios a los autores teatrales, es decir, de la competencia entre las distintas obras, del vivo interés con que el público seguía la actuación de los principales cómicos, pronunciándose en favor o en contra de ellos, de las pandillas de partidarios de unos y otros y de lo que hoy llamamos la claque.

Se perfeccionaron el decorado y la tramoya: siendo edil Cayo Claudio Púlquer, en el año 99 aparecieron los primeros bastidores artísticamente pintados[54] y los primeros truenos escénicos que retumbaban en todo el teatro, y veinte años después (en el 79), bajo la magistratura edilicia de los hermanos Lucio y Marco Lúculo empezó a ponerse en práctica el cambio de decoración mediante el recurso de volver del revés los bastidores. Es a fines de esta época cuando surge el más grande de los actores romanos, Quinto Roscio († hacia el año 62, ya muy viejo), que fue durante varias generaciones ornato y orgullo de la escena de Roma,[55] el amigo de Sila, que gustaba de sentarlo frecuentemente a su mesa; pero de él hablaremos más adelante.

Otros géneros literarios

Dentro del campo de la poesía recitativa llama la atención sobre todo el bajo nivel de la epopeya, que en el siglo VI ocupaba indiscutiblemente el primer plano entre la poesía destinada a la lectura y que en el siglo VII, si bien encontró numerosos cultivadores, no tuvo un solo representante que alcanzase siquiera un éxito transitorio. En esta época apenas podemos citar, por lo que a este género se refiere, más que una serie de toscos ensayos de traducción de Homero y algunas obras que se proponen ser la continuación de los *Anales* de Ennio, como *La guerra de Istria* de Hoscio y los *Anales* de Aulo Furio (hacia el año 100), que versaban tal vez sobre la guerra de las Galias y que, según todas las apariencias, comenzaban en el punto en que Ennio había dejado interrumpida su narración de la guerra de Istria de los años 178 y 177.

Tampoco en la poesía didáctica y elegiaca se revela ahora ningún nombre descollante. Los únicos éxitos que puede apuntarse la poesía recitativa de esta época pertenecen al campo de las llamadas *saturae,* es decir a ese género literario que, al igual que la literatura epistolar o el folleto, admite todas las formas y todos los contenidos, por lo cual, careciendo de todo verdadero criterio genérico, se individualiza siempre con arreglo a la personalidad de cada poeta y no sólo se mueve en los linderos entre la poesía y la prosa, sino que cae ya, en realidad, por lo menos en un 50%, fuera de los confines de la verdadera literatura.

Las epístolas humorísticas en verso escritas por uno de los hombres jóvenes del círculo escipiónico, Espurio Mumio, hermano del destructor de Corinto y enviadas por él a sus amigos desde el campamento romano de aquella ciudad, seguían leyéndose con delectación un siglo más tarde; y es posible que estas y otras parecidas humoradas poéticas, no destinadas a la publicación, abundasen por aquel entonces entre los mejores círculos de Roma, nutridas por la rica vida social y espiritual de la época.

La sátira: Lucilio

El representante literario de estos medios sociales elevados es Cayo Lucilio (148-103), vástago de una prestigiosa familia de la colonia latina de Suesa y perteneciente al círculo de los amigos de Escipión. Sus poesías adoptan también la forma de cartas abiertas al público, en cuyo contenido se refleja, como graciosamente dijo de ellas uno de sus ingeniosos sucesores, toda la vida del hombre culto e independiente que contempla los sucesos de la escena política desde las primeras filas de butacas y a veces entre bastidores, que se trata con los primeros hombres de su tiempo como con sus iguales, que sigue con interés y penetración la trayectoria de la literatura y la ciencia sin querer sentar plaza de poeta ni de sabio y que, finalmente, apunta en su diario para él y sus íntimos todo lo que le sucede y presencia de bueno y de malo, sus experiencias y sus esperanzas políticas, sus observaciones lingüísticas y sus juicios en materia de arte, todo lo vivido por él, sus visitas, sus comidas, sus viajes y las anécdotas que recoge.

En la poesía de Lucilio, cáustica, voluble, absolutamente individual, alienta, sin embargo, una marcada tendencia de oposición y es también, en este sentido, una poesía instructiva, tanto en lo literario como en lo moral y en lo político. También en Lucilio vibra algo de aquella rebeldía del campo contra la gran ciudad, el sentimiento de amor propio del provincial de lenguaje puro y rectas intenciones, que reacciona contra la gran babel de la amalgama de lenguas y corrupción de costumbres.

La preocupación del círculo escipiónico por la corrección literaria en general y en particular por la corrección lingüística encuentra en Lucilio su representante más consumado y más inteligente, en lo que a la crítica se refiere. Lucilio dedicó ya su primer libro al fundador de la filosofía romana Lucio Estilón y proclama que el público para el que escribía no

eran los círculos de gentes cultas de lenguaje puro y magistral sino los tarentinos, los brucios, los sículos, es decir los semigriegos de Italia, cuyo latín estaba necesitado a todas luces de una buena depuración. Libros enteros de sus poesías estaban dedicados a establecer la ortografía y la prosodia latinas, a combatir los provincianismos usuales entre los prenestinos, los sabinos y los etruscos, a extirpar los solecismos más corrientes, etc., pero sin que el poeta se olvide en ningún momento de estigmatizar el purismo esquemático de un Isócrates, pendiente sólo de las palabras y las oraciones y totalmente huérfano de espíritu;[56] y también a su amigo Escipión le reprocha, medio en broma, medio en serio, pero más en serio que en broma, la finura demasiado aristocrática de sus discursos.

Pero a Lucilio le preocupa mucho más que la pureza y la sencillez del latín, la pureza de las costumbres en la vida pública y privada, que no se cansa de predicar en sus obras. La posición que ocupaba dentro de la sociedad romana capacitábale de un modo especialísimo para el desempeño de esta misión. Aunque por su origen, por su fortuna y por su cultura Lucilio podía codearse con los romanos más distinguidos de su tiempo y poseía una magnífica casa en la capital, no era en realidad ciudadano romano, sino latino; es posible que incluso sus relaciones con Escipión, bajo cuya dirección había hecho en su primera juventud la guerra numantina y cuya casa visitaba asiduamente, se hallase relacionada con el hecho de que Escipión mantenía vínculos muy estrechos con los latinos y protegía siempre a éstos en los conflictos políticos de la época. El hecho de ser latino le cerraba las puertas de la carrera política, y la carrera de especulador no estaba hecha para él: no apetecía, como él mismo hubo de decir una vez, "dejar de ser Lucilio para convertirse en un vulgar recaudador de contribuciones en el Asia".

Ésa era, pues, la posición de este hombre que, bajo la atmósfera sofocante de la época en que se acometieron las reformas de los Gracos y se estaba gestando la guerra de la

confederación, entraba y salía de los palacios y las villas de los grandes romanos, pero sin formar parte precisamente de su clientela; que se veía metido en medio del oleaje de las luchas de pandillas y partidos, pero sin participar directamente en éstos ni en aquéllas. Era una posición análoga a la que había de ocupar en la Francia de su tiempo Béranger, figura que guarda cierta semejanza, en lo político y en lo poético, con la de Lucilio. Desde su atalaya podía lanzar sus palabras a la escena de la vida pública con un sentido común recio e inquebrantable, con un buen humor jamás empañado y con un ingenio vivo y chispeante:

Nunc vero a mane ad noctem, festo atque pro festo
Toto itidem pariterque die populusque patresque
Jactare endo foro se omnes, decedere nusquam.
Uni se atque eidem studio omnes dedere et arti;
Verba dare ut caute possint, pugnare dolose,
Blanditia certare, bonum stimulare virum se
Insidias facere ut si hostes sint omnibus omnes.

Ahora, todo el santo día, sea fiesta o jornada de labor,

Congréganse en el foro el pueblo y los senadores

Sin apartarse de allí ni un momento, de la mañana hasta la noche.

Se entregan todos afanosamente a un solo oficio y a un solo arte:

Engañar a los otros con palabras y tomarles la delantera en el dolo,

Ejercerse en las artes del disimulo y la hipocresía

Y tenderse una red de insidias como si estuviesen en guerra [todos contra todos.

Las glosas en que se desarrollaban las líneas generales de este texto inagotable fustigaban implacablemente, sin perdonar a los amigos ni aun al propio poeta, todos los males y vicios de la época; el pandillismo, el interminable servicio militar en España y tantas y tantas cosas más. Sus sátiras empezaban con un gran debate en el Senado de los dioses del

Olimpo en el que se discutía si Roma seguía mereciendo que los poderosos del cielo le dispensasen su protección. Corporaciones, clases sociales, individuos aparecían mencionados aquí con pelos y señales y hasta con sus nombres; la poesía de la polémica y la sátira políticas, a la que estaba cerrado el acceso a la escena, constituía el verdadero elemento y el hálito de vida de los versos lucilianos, en los que con la fuerza de su ingenio certero y rico en imágenes, cuyo encanto podemos percibir todavía hoy en los restos que de ellos se han conservado, se abalanza sobre el enemigo y lo abate "como si blandiese una espada desenvainada". Esta poderosa conciencia moral y este orgulloso sentimiento de libertad del poeta de Suesa explica por qué el fino poeta de Venusa que en la época alejandrina de la poesía romana reasumió la sátira de Lucilio se rinde con justa modestia, a pesar de su superioridad en el manejo de la forma, ante la grandeza de su antecesor y lo considera "superior a él".

El lenguaje de Lucilio es el del hombre que, dominando por entero la cultura griega y latina, escribe sin esforzarse; un poeta como Lucilio, del que se dice que componía doscientos hexámetros antes de comer y otros tantos después, trabajaba demasiado a prisa para ser conciso; son frecuentes en él la superflua prolijidad, las fatigosas repeticiones de palabras y giros iguales, los descuidos fastidiosos; la primera palabra que le viene a las mientes, sea griega o latina, es siempre la mejor. Y de los mismos descuidos adolece su métrica, sobre todo el hexámetro, que es la forma predominante en él; si traspusiéramos las palabras, dice de los versos de Lucilio su ingenioso imitador, nadie advertiría que tenía delante poesía, sino prosa. En cuanto al efecto, sólo pueden compararse con los versos ramplones de nuestros días.[57]

La poesía de Terencio y la de Lucilio se hallan sobre poco más o menos al mismo nivel de cultura, pero existe entre ellas la diferencia que separa a una obra literaria bien cuidada y pulida de una carta escrita a vuela pluma. Y no obstante, el talento espiritual incomparablemente superior y la con-

cepción más libre de la vida que caracterizaban al juez literario de Suesa como ventajas indiscutibles sobre el esclavo africano explican que el éxito de aquél fuese tan rápido y brillante como trabajoso y oscuro fue el de éste. Lucilio convirtiose en seguida en el escritor favorito de la nación y podía decir como Béranger de sus poesías que "eran las únicas que leía el pueblo". La extraordinaria popularidad de los versos de Lucilio constituye un notable acontecimiento aun desde el punto de vista histórico; viene a confirmar que la literatura, en esta época, era ya una potencia, y podemos tener la seguridad de que, si se hubiese conservado una historia detallada de este periodo, nos encontraríamos en ella, repetidas veces, con las huellas de este poder. La posteridad no hizo más que confirmar el juicio de los contemporáneos: los jueces estéticos de ideas antialejandrinas asignaron a Lucilio sin disputa el primer puesto entre todos los poetas latinos. Si puede considerarse la sátira como una forma especial de arte, no cabe duda de que fue Lucilio quien la creó, y con ella el único género literario propio y original alumbrado por los romanos y transmitido por ellos a la posteridad.

Poesía alejandrina

Entre la poesía inspirada en el alejandrinismo sólo podemos mencionar, en la Roma de esta época, pequeñas composiciones traducidas de los epigramas alejandrinos o calcadas sobre ellos, que si bien no merecen citarse por lo que valgan por sí mismas, tienen, sin embargo, cierta importancia como el primer síntoma o la avanzada de la nueva época literaria de Roma. Prescindiendo de otros autores poco conocidos, cuya fecha no puede determinarse tampoco con seguridad, cultivaron este género los poetas Quinto Cátulo (cónsul en el año 162) y Lucio Manlio, prestigioso senador, que escribió alrededor del año 197. El segundo parece haber sido quien puso en circulación por vez primera entre los romanos algunas de las leyendas geográficas familiares en Grecia, como, por

ejemplo, la leyenda de la diosa Latona, procedente de Delos, y las fábulas de Europa y del ave Fénix. Fue también él quien en sus viajes descubrió en Dodona y describió el célebre trípode en que figuraba el oráculo que conocieron los pelasgos antes de emigrar al país de los sículos y aborígenes, descubrimiento que los historiadores romanos se apresuraron a registrar devotamente.

La historiografía: Polibio

La historiografía de esta época hállase representada sobre todo por un escritor que sin pertenecer ni por su origen ni por su posición espiritual y literaria a la historia intelectual de Italia es, sin embargo, el primero, o por mejor decir el único, que reivindica y expone como escritor la posición universal de Roma y al que la posteridad debe y nosotros mismos debemos lo mejor de lo que sabemos acerca de la trayectoria histórica romana.

Polibio (hacia el 208-hacia el 127), natural de la ciudad de Megalópolis en el Peloponeso, hijo del estadista aqueo Lycortas, tomó ya parte, al parecer, en la expedición organizada por los romanos contra los celtas del Asia Menor en el año 189, siendo después frecuentemente empleado por sus conciudadanos en diversos puestos militares y diplomáticos, sobre todo durante la tercera campaña macedónica. Después de la crisis que se produjo en la Hélade como consecuencia de esta guerra fue trasladado en unión de otros rehenes de la Acaya a Italia, donde vivió 17 años (167-150) confinado, siendo introducido por los hijos de Paulo en los círculos distinguidos de la capital. Al ser repatriados los rehenes aqueos volvió a su tierra natal, donde a partir de entonces sirvió siempre de intermediario entre su confederación y los romanos. Asistió a la destrucción de Cartago y de Corinto (año 146).

Este hombre parecía haber sido elegido por el destino para captar la posición histórica de Roma con mayor claridad de

lo que podían hacerlo los romanos de su época. Desde el puesto que ocupaba como estadista griego y prisionero romano, muy estimado y en ocasiones incluso envidiado gracias a su vasta cultura helénica por Emiliano Escipión y los primeros hombres de Roma, veía confluir hacia el mismo cauce los ríos que durante tanto tiempo habían discurrido separados y dábase certera cuenta de cómo la historia de los estados del Mediterráneo tendía a fundirse bajo la hegemonía del poder romano y de la cultura griega. Polibio fue, por ello, el primer heleno descollante que abrazó, movido por una profunda convicción, el ideario del círculo escipiónico, reconociendo la superioridad del helenismo en el campo del espíritu y la del romanismo en el terreno de la política como hechos fallados ya en última instancia por la historia y a los que ambas partes tenían el derecho y el deber de someterse. Ésta fue la idea central que le guió en su labor de estadista práctico y en su obra de historiador. Si en su juventud pudo mantenerse fiel al honroso pero insostenible patriotismo localista de los aqueos, en sus años posteriores abrazó, con una conciencia más clara de la realidad y de la necesidad ineluctable, y la defendió ante sus conciudadanos, la política del más estrecho acercamiento a Roma.

Era, sin duda alguna, una política altamente racional y seguramente bien intencionada, pero no podemos decir que se caracterizase precisamente por su grandeza moral ni por su orgullo. Tampoco Polibio fue capaz de sobreponerse personalmente a la vanidad y la estrechez de horizontes comunes a los estadistas helénicos de esta época. Apenas se vio libre de su confinamiento propuso al Senado que garantizase formalmente a los helenos hasta entonces confinados, a cada cual en su patria, el rango que antes habían tenido, a lo que Catón le contestó certeramente que aquello era, a su modo de ver, algo así como si Ulises volviese a la cueva de Polifemo a pedir al gigante que le devolviese el sombrero y el cinturón. Es innegable que se valió no pocas veces de sus relaciones con los grandes de Roma para favorecer a sus compa-

triotas, pero el modo como se sometió a la protección de aquellos personajes y como se jacta de ella tiene, innegablemente, algo de servilismo.

Y este mismo espíritu que se percibe en su labor práctica trasciende también de su obra literaria. Polibio se propuso como misión de su vida escribir la historia de la unificación de los estados del Mediterráneo bajo la hegemonía de Roma. Su obra abarca, desde la primera guerra púnica hasta la destrucción de Cartago y de Corinto, las vicisitudes de todos los estados civilizados de la época, es decir, de Grecia, Macedonia, el Asia Menor, Siria, Egipto, Cartago e Italia, exponiendo en conexión causal su sucesiva entrada en la órbita del poder de Roma; en este sentido considera como su fin el poner de relieve la conveniencia y el sentido racional de la hegemonía romana.

Los romanos no se habían remontado aún sobre el punto de vista tradicional de la crónica; aunque existía una materia prima histórica importantísima, la llamada historiografía limitábase —si exceptuamos los escritos de Catón, muy estimables, pero que no habían salido aún de la fase rudimentaria de la investigación y de la exposición— a relatar cuentos de niñeras y a reunir manojos de noticias. Los griegos, por su parte, habían tenido indudablemente, en otro tiempo, investigadores y escritores de historia, pero la época desintegradora de los diádocos había perdido de vista hasta tal punto los conceptos de nación y de Estado que ninguno de los numerosos historiadores de esta época era ya capaz de seguir las huellas de los grandes maestros áticos en el terreno del espíritu y de la verdad ni a tratar con un sentido histórico-universal la materia histórico-universal que se encerraba en la historia de su tiempo. Su historiografía reducíase a una serie de apuntes de hechos y episodios o descendía a la pacotilla de frases y mentiras de la retórica ática, respirando con harta frecuencia la venalidad y la vileza, la baja adulación y el despecho propios de esta época.

Ni los romanos ni los griegos conocían más que historias de ciudades o de tribus. Polibio, que había nacido en el Peloponeso, como se ha recordado certeramente, y que espiritualmente se hallaba tan distante por lo menos de los áticos como de los romanos, fue el primero que saltó estas pobres barreras, que aplicó a la elaboración de la materia romana el sentido crítico helénico y que, gracias a ello, pudo trazar, si no una historia verdaderamente universal, por lo menos una historia sobrepuesta a los distintos estados locales, en la que se encuadraba el Estado romano-helénico ya en gestación.

Polibio tiene una conciencia perfectamente clara de la envergadura de su misión y no la pierde jamás de vista; su mirada está pendiente siempre de la trayectoria realmente histórica. Deja a un lado la leyenda, la anécdota, el montón de noticias recogidas en las crónicas y carentes de todo valor; por fin adquieren su rango histórico, que durante tanto tiempo les fuera negado, los relatos referentes a los países y a los pueblos, la exposición de las condiciones políticas y comerciales en que se desenvuelven, todos aquellos hechos tan infinitamente importantes que escapaban a la atención de los analistas sencillamente porque no podían colgarse en el clavo correspondiente a un determinado año. En el acopio de materiales históricos Polibio da pruebas de una minuciosidad y una perseverancia que probablemente no encuentran paralelo en la Antigüedad; utiliza los documentos, saca todo el partido posible de la literatura de las distintas naciones, se vale ampliamente de la ventajas de su privilegiada situación para recoger noticias directas de los actores y testigos presenciales de los acontecimientos y, por último, viaja incansablemente por toda la cuenca del Mediterráneo y recorre una parte de las costas del Atlántico.[58]

La veracidad es su elemento; en los grandes problemas no abriga interés a favor ni en contra de este o el otro Estado, en pro ni en contra de este o aquel personaje; lo único que le interesa es la concatenación esencial de los acontecimientos, que aspira a exponer en una relación certera de causa a efec-

to, entendiendo que ésta es, no ya la primera, sino la única misión del historiador. Finalmente, la forma de su narración es maravillosamente completa, sencilla y clara.

Sin embargo todos estos méritos, con ser extraordinarios, no bastan, ni mucho menos, para crear un historiador de primer rango. Polibio concibe su misión de historiador lo mismo que su misión de político: con una inteligencia grandiosa, pero solamente con la inteligencia. La historia, la lucha entre la necesidad y la libertad, es un problema moral; Polibio, sin embargo, la enfoca como si se tratase simplemente de un problema de mecánica. Para él sólo existe, lo mismo en la naturaleza que en el Estado, la visión de conjunto; no ve en el suceso concreto, en el hombre individual, por muy maravillosos que sean, más que piezas sueltas y ruedecillas engranadas en ese gran mecanismo extraordinariamente artificioso que se llama el Estado.

En este sentido Polibio estaba, indudablemente, en mejores condiciones que nadie para trazar la historia del pueblo romano, que en realidad no resolvió más problema que el de elevarse a una grandeza sin ejemplo en lo interior y en lo exterior sin haber alumbrado un solo estadista que pueda llamarse genial en el sentido más alto de la palabra, partiendo, además, de bases muy sencillas y con una consecuencia maravillosa y casi matemática. Pero el factor de la libertad moral no es ajeno a la historia de ningún pueblo, y tampoco en la de Roma podía prescindirse de él impunemente. Así se explica que Polibio trate de un modo, no sólo estúpido, sino en términos fundamentalmente falsos, todos aquellos problemas de la historia romana en que intervienen el derecho, el honor o la religión. Y otro tanto acontece siempre que el historiador tiene que recurrir a una construcción de tipo genético; en estos casos los intentos de explicación puramente mecánica con que Polibio la suple son de una pobreza verdaderamente desesperante. No cabe, por ejemplo, especulación política más necia que la de pretender explicar la magnífica constitución romana como una combinación racional de ele-

mentos monárquicos, aristocráticos y democráticos y empeñarse en derivar los éxitos logrados por Roma de las excelencias de su constitución. El modo en que este historiador concibe las condiciones expuestas por él es siempre aterradoramente seco y carente de toda fantasía, y su manera desdeñosa y pedante de enfocar los problemas religiosos algo sencillamente deplorable.

La forma de exposición, en la que se ve que el autor reacciona intencionadamente contra el estilo artificioso de la historiografía griega al uso es innegablemente certera y clara, pero pobre y gris, y se desvía más de lo debido en digresiones polémicas y en relatos memorísticos, no pocas veces un tanto petulantes, de sucesos vividos por el propio historiador.

Un espíritu de oposición domina toda la obra. Ésta fue concebida primordialmente para los romanos, pero sólo una minoría pudo entenderla. Polibio se dio cuenta de que para los romanos seguía siendo un extranjero y sus compatriotas le consideraban como un tránsfuga y de que su grandiosa concepción de la realidad podría surtir efecto en el futuro pero no encontraba aceptación en el presente. Y esto infiltraba en él cierta amargura y despecho personal, que se manifiesta no pocas veces en su actitud de controversia retadora y mezquina contra los historiadores griegos, ligeros e incluso venales algunos de ellos, y contra los historiadores romanos, faltos de espíritu crítico; en estos momentos abandona su tono sereno de historiador para hablar con el acento irritado del polemista.

Polibio no es precisamente un escritor amable; pero como la verdad y la veracidad valen más que todos los adornos y encantos, tal vez no haya ningún escritor de la Antigüedad de quien podamos aprender tantas cosas profundas como de éste. Sus libros son como el sol que luce sobre los tiempos por él relatados; donde comienzan se desgarra el velo de niebla que aún envolvía las guerras de los samnitas y de Pirro, y

donde terminan, los sucesos vuelven a cubrirse de una penumbra aún más espesa y turbia, si cabe.

Crónicas e historias romanas

Contrasta de un modo extraño con esta grandiosa concepción de la historia de Roma y este modo magistral de presentarla, en la obra de un extranjero, la literatura de los historiadores romanos de la misma época. A comienzos de este periodo aparecen todavía algunas crónicas redactadas en griego, como la ya citada de Aulo Postumio (cónsul en el año 151), plagada de deplorable pragmatismo, y la de Cayo Acilio (que murió a avanzada edad, hacia el 142). Pero la influencia del patriotismo catoniano por una parte, y por otra la cultura más refinada del círculo de hombres que rodeaban a Escipión, hicieron que el latín acabase imponiéndose en este campo de la literatura de un modo tan decidido que entre las nuevas obras de historia apenas si encontramos de vez en cuando alguna escrita en griego;[59] y no sólo esto, sino que además las antiguas crónicas redactadas en lengua helénica se traducen ahora al latín y son leídas principalmente en estas traducciones.

Desgraciadamente el empleo de la lengua materna es casi lo único que cabe elogiar en las crónicas escritas en esta época. Y no es que no abundasen y no fuesen extensas y prolijas las obras de esta clase; tenemos noticia, por ejemplo, de las escritas por Lucio Casio Hemina (hacia el año 146), por Lucio Calpurnio Pisón (cónsul en el 138), por Cayo Sempronio Tuditano (cónsul en el 129) y por Cayo Fannio (cónsul en el 122). Y a ellas hay que añadir la versión de la crónica oficial de la ciudad en ochenta libros, concebida y publicada siendo pontífice máximo por Publio Mucio Escévola (cónsul en el año 133), que se distinguió también como jurisconsulto, y con la cual puso fin en cierto sentido a los anales de la ciudad, pues desde entonces el registro pontifical, si no dejó de existir en absoluto, por lo menos perdió su importancia lite-

raria, a lo que contribuiría también, en no pequeña parte, la gran actividad desplegada ahora por los cronistas privados.

Todos estos anales, ya se presentasen como obras privadas o como obras oficiales, eran siempre recopilaciones, coincidentes en lo esencial, de los materiales históricos y cuasi-históricos existentes; y su valor como fuentes, lo mismo que su valor formal, disminuía indudablemente a medida que aumentaba su prolijidad. Cierto es que en la crónica no hay nunca verdad sin poesía, y sería bien necio acusar a un Nevio o a un Píctor de no haber escrito como escribieron, por ejemplo, un Hecateo o un Saxo Gramático; pero las tentativas hechas más tarde para construir sobre aquellas nubes de niebla ponen a prueba la paciencia más probada. Ninguna laguna de la tradición es lo bastante grande para que estas mentiras lisas y llanas no puedan colmarla con una facilidad verdaderamente pasmosa. Con el mayor desparpajo del mundo se reconstruyen retrospectivamente los eclipses de sol, las cifras del censo, los registros de linajes, los desfiles triunfales desde el año en curso hasta el año 1 de la fundación de la ciudad, todo lo divino y lo humano. Se nos dice, sin vacilar un punto, en qué año, mes y día subió al cielo el rey Rómulo y cómo el rey Servio Tulio fue llevado en triunfo por sus victorias sobre los etruscos, primero el 25 de noviembre del año 571 y luego el 25 de mayo del 567. A tono con esto, no puede sorprendernos que las gentes bien enteradas mostrasen a los incautos, en los muelles de Roma, la barca en que Eneas había hecho el viaje desde Troya hasta el Lacio y les enseñasen incluso la cerda que le había servido de guía y que se conservaba, probablemente embalsamada, en el templo romano de Vesta.

Estos encumbrados analistas saben hermanar la fantasía del poeta con la más aburrida minuciosidad del escribano, y tratan siempre su materia con la vaciedad a que conduce necesariamente la eliminación de todo elemento poético y de todo elemento histórico al mismo tiempo. Cuando leemos en Pisón, por ejemplo, que Rómulo se abstenía de empinar el

codo la víspera del día en que tenía que celebrar algún consejo o que Tarpeya entregó la ciudadela a los sabinos por patriotismo, para así poder arrebatar a los enemigos sus paveses, no puede sorprendernos el juicio de aquellos contemporáneos razonables que, ante semejantes necedades, decían: "esto no es escribir historia, sino contar historias para niños".

Muy superiores a éstas son, indudablemente, algunas obras publicadas en esta época sobre la historia del pasado más reciente y de los sucesos contemporáneos, entre las que se destaca principalmente la *Historia de la guerra de Aníbal* por Lucio Celio Antipáter (hacia el año 21) y la historia en que Publio Sempronio Aselio, autor un poco posterior, narra los acontecimientos de su tiempo. Por lo menos estos libros recogían un material estimable y se distinguían por su amor a la verdad, y el de Antipáter, además, por su prosa viva, aunque fuertemente amanerada. Sin embargo, a juzgar por todos los testimonios y fragmentos que se han conservado, ninguna de estas obras puede compararse, ni en cuanto al vigor de la forma ni en cuanto a la originalidad, con los *Orígenes* de Catón, el cual, desgraciadamente, no llegó a hacer escuela ni en materia de política ni en el modo de escribir la historia.

Géneros menores

También se hallan bien representados en esta época, al menos en cuanto a cantidad, los géneros menores, más bien individuales y efímeros, de la literatura histórica, las memorias, las epístolas y los discursos. Ya se había iniciado la costumbre de registrar los recuerdos y son muchos los primeros estadistas de Roma que en este siglo escriben sus memorias, entre ellos Marco Escauro (cónsul en el año 115), Publio Rufo (cónsul en el 105), Quinto Cátulo (cónsul en el 102) y el propio regente Sila; no parece, sin embargo, que ninguna de estas producciones encerrase más valor literario que el que su contenido pudiese darle. La colección de cartas de Cornelia,

madre de los Gracos, es notable por la maravillosa pureza del lenguaje y por el elevado sentido moral y patriótico de su autora y también por ser la primera correspondencia que se publicó en Roma y, al mismo tiempo, la primera producción literaria de una mujer romana.

Los discursos escritos siguieron conservando en este periodo el sello que en la anterior época les imprimiera Catón. Los alegatos de los abogados ante los tribunales no se consideraban todavía como obras literarias y todos los discursos que veían la luz pública tenían el carácter de panfletos políticos. Esta literatura en forma de folletos ganó en volumen y en importancia durante el movimiento revolucionario y entre la masa de productos efímeros que formaban este género literario surgieron algunos que, como las *Filípicas* de Demóstenes o las *Hojas volantes* de Courier, estaban llamados a conquistar un lugar permanente en la historia de la literatura, por la posición importante que sus autores ocupaban y por su propio peso específico. Tal es el caso de los discursos políticos de Cayo Lelio y de Emiliano Escipión, obras maestras tanto en lo que se refiere a su excelente latín como en lo tocante al nobilísimo patriotismo que se respira en ellas; como escritos ejemplares en este género podemos citar también los incisivos discursos de Cayo Ticio, cuyas vívidas estampas locales y de época —de uno de ellos está tomada la del juez de rango senatorial que transcribimos más arriba— sirvieron de fuente o de documentación a tantas comedias nacionales; y sobre todo los numerosos discursos de Cayo Graco, cuyas palabras inflamadas son fiel reflejo de la severa pasión, la noble actitud y el trágico destino de aquel gran hombre.

Las artes

Las artes presentan en esta época un balance menos brillante aún que la literatura. En la arquitectura, la escultura y la pintura va generalizándose cada vez más la complacencia

del diletante; la actividad creadora más bien retrocede que avanza. Los romanos que residían en tierras griegas o pasaban por ellas fueron habituándose a contemplar las obras de arte de los países respectivos; en este sentido hicieron época las visitas organizadas desde los cuarteles de invierno establecidos por las tropas de Sila en el Asia Menor en el 84-83.

La afición al arte y los conocimientos en materia de arte fueron extendiéndose también en Italia. Los conocedores empezaron a coleccionar vasos y objetos de plata y de bronce; a comienzos de esta época se apreciaban ya también, no sólo las esculturas griegas, sino las pinturas helénicas. El primer cuadro que se expuso públicamente en Roma fue el Baco de Arístides, que Lucio Mumio había retirado de la subasta pública del botín conquistado en Corinto, en vista de que el rey Átalo ofrecía por él hasta 6 mil denarios.

Los edificios eran ahora más suntuosos, utilizándose sobre todo, en los más ricos, los mármoles de ultramar, principalmente el de Himeto, pues las canteras de mármol de Italia no se habían puesto aún en explotación. La espléndida columnata, admirada todavía en tiempos del imperio, que levantó en el campo de Marte el vencedor de Macedonia, Quinto Metelo (cónsul en el año 143), cerraba el recinto del primer templo de Roma construido en mármol; pronto le siguieron otros monumentos parecidos erigidos en el Capitolio por Escipión Násica (cónsul en el 138) y cerca del campo de carreras por Cneo Octavio (cónsul en el 128). La primera casa particular adornada con columnas de mármol fue la del orador Lucio Craso († 91), en el Palatino. Pero los romanos preferían saquear y comprar las obras de arte en vez de crearlas por sí mismos; y es un signo lamentable que habla de la pobreza de la arquitectura romana el hecho de que en esta época se empezase a utilizar las columnas de los antiguos templos griegos demolidos, como las del templo de Júpiter de Atenas, por ejemplo, trasladadas a Roma por Sila, para adornar el Capitolio.

Además lo poco que en Roma se creaba, en esta materia, era obra de extranjeros. Los contados artistas que en esta época trabajan en Roma y de que tenemos noticia son todos ellos sin excepción griegos itálicos o ultramarinos inmigrados: tal, por ejemplo, el arquitecto Hermodoro de Salamis (Chipre), quien entre otras cosas restauró los muelles de Roma y construyó por encargo de Quinto Metelo (cónsul en el año 143) el templo de Júpiter Státor en el pórtico erigido por él, y a iniciativa de Décimo Bruto (cónsul en el 138) el templo de Marte en el circo flaminiano; el escultor Pasíteles (hacia el año 89), procedente de la Gran Grecia, que esculpió diversas estatuas de dioses en marfil para los templos romanos; el pintor y filósofo Metrodoro de Atenas, a quien se dio el encargo de ejecutar las pinturas conmemorativas del triunfo de Lucio Paulo (año 168). Es característico que las monedas de esta época, comparadas con las del periodo anterior, muestren, dentro de una gran variedad de tipos, más bien un retroceso que un progreso en lo que a la limpieza y traza de su cuño se refiere.

Finalmente, la música y la danza sólo se transplantaron de la Hélade a Roma, al igual que las otras artes, para realzar aquí el lujo decorativo. Cierto que estas artes exóticas no eran nuevas en Roma; el Estado había utilizado siempre en sus fiestas, desde tiempos muy remotos, flautistas y bailarines etruscos, y los libertos y las capas más bajas del pueblo romano se entregaron a esta profesión desde muy atrás. La novedad, en esta época, eran las danzas griegas y el acompañamiento musical, que ahora no podían faltar en ninguna mesa distinguida; y era una novedad también la escuela de danza que Emiliano Escipión nos pinta, lleno de indignación, en uno de sus discursos, en la que más de quinientos niños y niñas, hijos del pueblo bajo revueltos con hijos de hombres de rango y alcurnia, eran instruidos por un maestro de baile en danzas muy poco nobles acompañadas de castañuelas, en los correspondientes cantos y en el empleo de los ignominiosos instrumentos griegos de cuerda.

Asimismo era una novedad, no tanto el que un ciudadano honorable de rango consular y pontífice máximo como Publio Escévola (cónsul en el año 183) arrojase la pelota en el terreno de juegos con la misma destreza con que en su casa resolvía los más complicados problemas jurídicos, como el que distinguidos jóvenes romanos luciesen en los juegos de las fiestas de Sila sus habilidades de *jockeys* a la vista de todo el pueblo.

Es probable que el gobierno intentase más de una vez poner coto a estas cosas; sabemos, por ejemplo, que en el año 115 los censores prohibieron todos los instrumentos musicales, con excepción de la simple flauta, nativa del Lacio. Pero Roma no era precisamente Esparta; con semejantes prohibiciones el gobierno, débil, no hacía más que realzar el prestigio de los males que pretendía desterrar, sin sentir las energías y la tenacidad necesarias para acabar con ellos.

Juicio de conjunto

Echemos, antes de pasar a otro capítulo, una ojeada general sobre el panorama que en su conjunto ofrecen la literatura y el arte itálicos desde la muerte de Ennio hasta el comienzo de la época ciceroniana. Esta ojeada sintética nos lleva a la conclusión de que también en este terreno se manifiesta una decadencia acentuada en la capacidad creadora del periodo que hemos venido estudiando, en comparación con el anterior.

Los géneros superiores de la literatura, como la epopeya, la tragedia y la historia, han muerto o se hallan en franca decrepitud. Lo que ahora florece son los géneros secundarios, las traducciones y adaptaciones de comedias de intriga, la farsa escénica, el folleto en verso y en prosa. Es en este último campo de la literatura, agitado por el huracán de la revolución, donde se revelan los dos grandes talentos literarios de la época, Cayo Graco y Cayo Lucilio, que descuellan sobre una muchedumbre de escritores más o menos mediocres, co-

mo en una época parecida de la literatura francesa se destacan Courier y Béranger sobre un sinnúmero de pretenciosas nulidades. Las artes plásticas y el dibujo, que nunca acusaron en Roma un alto nivel creador, descienden ahora casi a la nada.

En cambio florece en esta época, lo mismo en el arte que en la literatura, el goce puramente receptivo; los epígonos de este siglo, que en el terreno político se limitan a recoger y disfrutar la herencia recibida de sus padres, son también asiduos visitantes del teatro, grandes amantes de la literatura, diletantes en materia de arte, y sobre todo coleccionistas.

El lado más respetable de las actividades intelectuales de este periodo es la investigación científica, que revela, sobre todo en la jurisprudencia, en la lingüística y en la filosofía, esfuerzos originales muy apreciables. Con la fundación de estas ciencias, que cae en rigor dentro de la época a que nos referimos, a la par que con los primeros inicios insignificantes de la obra de recreación de la poesía alejandrina de invernadero, apunta ya la época del alejandrinismo romano.

Todo lo que crea esta época se caracteriza por ser más pulido, más impecable, más sistemático que las obras del siglo VI. No pecaban totalmente de injustos los literatos y amigos de la literatura de esta época cuando veían en sus predecesores, un poco desdeñosamente, unos simples principiantes bastante chapuceros. Pero si tenían cierta razón para mofarse de los muchos defectos de aquellas obras rudimentarias, los más inteligentes entre los representantes del espíritu de esta nueva generación debían confesar que los tiempos de juventud de la nación habían pasado, y tal vez alguno que otro acariciase en el fondo de su corazón la nostalgia de volver a vivir los deliciosos errores y las vigorosas torpezas de los años mozos.

[1] La creación del nuevo circo hállase documentada en las fuentes. Acerca de los orígenes de los juegos plebeyos no poseemos ninguna tradición antigua (pues lo que acerca de esto dice el Pseudo-Asconio, p. 143, ed. Orrel, no puede considerarse tal); pero si tenemos en cuenta que estos juegos se celebraban en el Circo Flaminio (Val. Max., 1, 7, 4) y que los primeros de que tenemos noticia con certeza son los del 216, cuatro años después de la construcción de este circo (Liv., 23, 30), creemos suficientemente apoyada en las fuentes la afirmación consignada en el texto.

[2] La importancia industrial de la industria romana del paño la indica, entre otras cosas, el papel tan relevante que los bataneros desempeñan en la comedia romana. La rentabilidad de los batanes aparece señalada por Catón (en Plutarco, *Cat.* 21).

[3] En esto se basa la posibilidad de demandar en juicio las acciones nacidas de los contratos de compra-venta, arrendamiento y sociedad y, en general, toda la doctrina de los contratos no formales dotados de acción judicial.

[4] El pasaje más importante de las fuentes en que se apoya esta afirmación es el fragmento de Catón recogido en Aulo Gelio, 14, 2. Este reconocimiento jurídico del testimonio personal de una de las partes, aun tratándose de testimonio en cosa propia, da también la clave para comprender la eficacia jurídica del llamado contrato literal, que consistía simplemente en el crédito nacido de la inscripción de la deuda en los libros de contabilidad del acreedor; esto explica, además, por qué más tarde, al desaparecer de la vida romana el respeto a la reputación comercial, el contrato literal, sin llegar a abolirse formalmente, cayó en desuso.

[5] En el curioso formulario de contrato que Catón (144) transcribe y que servía de base a los acuerdos colectivos para la recolección de la aceituna, encontramos el siguiente párrafo: "Ninguno podrá [al sacar a subasta la obra] retirarse de

las negociaciones para hacer que la recolección y la molienda de la aceituna se contraten a un precio más alto, a menos que [el que puje en la subasta] señale inmediatamente el nombre [del otro licitante] como socio suyo. Si hay razones para creer que ha sido infringida esta regla, el dueño de la finca o el inspector por él designado podrá exigir que todos los socios [del grupo con el que se ha contratado el acuerdo colectivo] juren [no haberse confabulado para eliminar la concurrencia]. A menos que presten este juramento, no se abonará el precio colectivo estipulado". Aquí se da por supuesto tácitamente que el contrato se celebra con una sociedad y no con un capitalista individual.

[6] Livio, 21, 63 (*cf.* Cic. *Verr.,* 5, 18, 45) sólo habla del decreto sobre las naves; pero a los senadores les estaba también prohibido por la ley interesarse en empresas del Estado *(redemptiones),* como lo atestiguan Asconio *in or. toga cand.,* p. 94, ed. *Orell.* y Dion, 55, 10, 5, y la afirmación de Livio de que "toda especulación era mal vista en un senador" parece indicar que la ley Claudia llegaba aún más allá.

[7] Catón colocó una parte de su fortuna, como los demás romanos, en explotaciones ganaderas, en negocios comerciales y en otras empresas de granjería. Pero sin infringir nunca las leyes, lo que habría sido contrario a su carácter; no especuló con concesiones del Estado, cosa que no le era lícita como senador, ni prestó nunca dinero a interés. Son injustos con él quienes le imputan, en lo que a estas últimas operaciones se refiere, una conducta contraria a lo que profesaba en teoría. El préstamo marítimo, al que sabemos que se dedicó, no constituía una especulación de intereses vedada por la ley y formaba, en realidad, parte esencial de los negocios de transporte y fletes.

[8] En el *Curculio* de Plauto se describe, en una especie de parábasis, el ajetreo del Foro romano en esta época; la pintura no es, ciertamente, muy ingeniosa, pero tiene bastante fuerza plástica:

Commonstrabo, quo in quemque hominem facile inveniatis loco,

Ne nimio opere sumat operam, si quem convertum velit,
Vel vitiosum, vel sine vitio, vel probum, vel improbum,
Qui perjurum convenire volt hominem, mitto in comitium,
Qui mendacem et gloriosum, apud Cloacinae sacrum.
(Ditis damnosos maritos sub Basilica quaerito.
Ibidem erunt scorta exoleta, quique stipulari solent.)
Symbolarum collatores apud forum piscarium
In foro infimo boni homines, atque dites ambulant.
In medio propter Canalem, ibi ostentatores meri,
Confidentes, garrulique, et malevoli supra Lacum,
Qui alteri de nihilo audacter dicunt contumeliam.
Et qui ipsi sat habent quod in se possit vere dicier.
Sub veteribus, ibi sunt qui dant, quique accipiunt foenore.
Pone aedem Castoris, ibi sunt, subito quibus credas male:
In Tusco vico, ibi sunt homines qui ipsi sese venditant.
In Velabro vel pistorem, vel lanium, vel aruspicem,
Vel qui ipsi vortant, vel qui alii subvorsentur, praebeant.
Ditis damnosos maritos apud Leucadiam Oppiam.

Dejad que os diga en qué lugar podéis fácilmente encontrar a vuestro hombre,

Para que no pierda demasiado tiempo quien desee proponeros un negocio.

Sea hombre vicioso o sin vicios, hombre probo o desalmado.

Quien busque al perjuro, debe ir al sitio donde los comicios se reúnen,

Quien al hombre mendaz y al fanfarrón, vaya a la Cloacina.

(Para encontrar maridos disolutos, conviene ir bajo los pórticos;

Allí se encontrarán también hombres de placer, dispuestos a regatear.)

En el mercado de los pescadores, quienes gustan de beber un vulgar jarro de vino;

Las gentes buenas y cumplidoras deambulan por la parte de abajo de la plaza.

Y por el centro, junto al canal, quienes andar a ver a quién engañan.

Los confidentes y los truhanes se congregan cerca del estanque,

Su lengua audaz se ceba calumniosamente sin motivo en los demás,

Aunque ellos mismos dan ocasión sobrada a que con justicia se les censure.

Bajo los viejos pórticos están los que prestan recibiendo interés

Y junto al templo de Cástor aquellos a quienes trae mala cuenta emprestar de prisa;

En las callejuelas de Tusco, los hombres que se ofrecen en venta;

En el Velabro, hay panaderos, carniceros y arúspices,

Deudores que prorrogan sus deudas y usureros que se prestan a alargarlas con su

[cuenta y razón,
Maridos disolutos, bajo el techo de Leucadia Oppia.

Los versos que figuran entre paréntesis son una interpolación añadida al texto original después de construirse en el Foro los pórticos comerciales (año 184).

La tienda del panadero (*pistor,* literalmente molinero) se halla combinada en esta época con la venta de cosas escogidas para comer y con un poco de taberna. (Festo *eq. v. alicarite,* p. 7, Müll; Plauto, *Capt.* 180; *Poen.,* 1, 2, 54; *Trin.,* 407). Y otro tanto ocurría con los carniceros.

Leucadia Oppia era, probablemente, la dueña de una casa de mala nota.

[9] En la casa en que vivió Sila siendo joven pagaba 3 mil sestercios por el piso bajo y el alquiler del piso alto eran 2 mil sestercios (Plutarco, *Sull.,* 1), cantidades que, capitalizadas aproximadamente al 66% del interés corriente del capital, arrojan sobre poco más o menos la suma indicada en el texto. Esta casa figuraba entre las baratas. En el año 124 considerábase elevado un alquiler de 6 mil sestercios por una vivienda en Roma (*Vell.,* 1, 10), pero concurrirían aquí, sin ningún género de duda, razones especiales desconocidas de nosotros.

[10] "No cabe duda, ciudadanos —dice en su discurso— de que, si pudiésemos, todos nos desembarazaríamos de esta carga. Pero como la naturaleza ha dispuesto que no podamos vivir cómodamente sin mujeres ni podamos tampoco vivir prescindiendo por completo de ellas, no nos queda más remedio que preocuparnos más de la conveniencia colectiva y permanente que de nuestra propia comodidad."

[11] No es exacto que antes del año 146 no existiesen en Roma "juegos griegos" (Tac., *ann.,* 14, 21); sabemos que ya en el año 186 actuaron en público "artistas" (τεχνῖται) y atletas griegos (Liv., 39, 22) y en el año 167 flautistas, actores trágicos y púgiles helénicos (Pol., 30, 13).

[12] Un divertido ejemplo de esto nos lo ofrece Cicerón, *de officiis,* 3, 12, 13.

[13] En la sátira de Varrón, *Los aborígenes,* se expone también de un modo sarcástico cómo tampoco los hombres primitivos se contentaban con el dios conocido solamente por la idea, sino que querían tener además figuras plásticas e imágenes de dioses.

[14] Cicerón dice que trataba a su esclavo erudito Dionysio con más consideración que Escipión a Panecio; y en el mismo sentido leemos en Lucilio:

> Mi caballo, mi mozo de cuadra, mi toga y mi tienda de campaña
> Me son más útiles que el filósofo.

[15] La lengua de Plauto caracterizábase, entre otras cosas, por contener una determinada cantidad de palabras griegas, como *stratioticus, bolus, malacus, morus, graphicus, logus, apologus, techna, schema;* estas palabras rara vez se traducen, a menos que se trate de expresiones ajenas al círculo de ideas a que se refieren las que hemos transcrito. Un rasgo más característico aún de lo que decimos son las combinaciones semihelénicas de palabras, por ejemplo: *ferritribax, plagipatida, pugilice, o* este verso del *Miles gloriosus* (213):

> *Euge! euscheme hercle astitit sic dulice et comoedice!*
> ¡Vaya una fachada! ¡Mirad al fanfarrón, al comediante!

[16] Uno de estos epigramas compuestos en nombre de Flaminio dice así:

> Ζηνὸς ἰὼ κραιπναῖσι γεγαθοτες ιπποσυναισι
> Κοῦροι, ἰὼ Σπαρταϛ Τυνδαρίδαι Βασιλεὶϛ
> Αἰνεαδάϛ Τίτοϛ ὔμμιν ὕπέρτατον ὤπασε δνῶρον
> Ἑλλήων τεύξαϛ παισιν ἐλευθερίαν.
>
> ¡Escuchad, oh dióscuros, oh gozosos delfines de los corceles!
> ¡Escuchad, oh mancebos de Zeus, oh señores tindáricos de Atenas!
> Tito, el enéade, os tributa la magnífica ofrenda,
> Se arroga la libertad de brindarla al tronco helénico.

[17] Tal, por ejemplo, el esclavo de Catón el Viejo: Quilon, quien, enseñando a los niños, ganaba dinero para su señor (Plutarco, *Cato mai.,* 20).

[18] En la Roma republicana no rige la norma de tiempos posteriores, según la cual el liberto lleva siempre, necesariamente, el nombre de su patrono.

[19] En una de las tragedias de Livio leemos:

Quem ego nefrenden alui lacteam immulgens opem.
Pletórica de leche, a un desdentado alimento dándole de mamar.

Y los versos homéricos (*Odisea,* 12, 16)

Οὐδ' ἄρα Κίρχην
ἐξ Αίδεω ἐλθόντεν ἐλήθομεν, ἀλλα μάλ' ὦκα
ἠλθ'ἐνταμένη ἅμα δ'ἀμφιπολοι φέρον αὐτῆ
οἴτον καὶ κρέα πολλὰ και αίθοπα οἶνον ἐρυθρόν
Pero no retornamos
Ocultamente a Circe desde el Hades, sino que ella acudió
Presurosamente a nosotros; las doncellas sirvientes
Aportábanle pan y carne en abundancia y el vino rojo y resplandeciente,

eran traducidos así:

Topper ceti ad aedis — venimus Circae:
Simul duona coram (?) — portant ad navis.
Milia alia in isdem — inserinuntur.
Aceleradamente nos dirigimos — a la morada de Circe.
Delante de nosotros las ofrendas — transportadas en barcos,
En los que fueron también cargados — miles de cosas más.

No es tan sorprendente aquí la barbarie como la falta de sentido del traductor, quien en vez de mandar a Circe ante Ulises, manda a Ulises ante Circe. La cosa tiene interés incluso desde el punto de vista histórico; es un indicio del bajo nivel de cultura de estos antiguos maestros de escuela romanos metidos a versificadores, e indica además que el griego no podía ser la lengua materna de Andrónico, aunque éste hubiese nacido en Tarento.

[20] Aunque ya en el año 179 se había construido uno en el circo Flaminio para las fiestas de Apolo (Liv. 40, 51; Becker *Top.,* p. 605), probablemente fue demolido más tarde.

[21] Todavía en el año 155 no se conocían los asientos en el teatro; es cierto que no sólo los autores de los prólogos a las comedias de Plauto sino este mismo autor se refieren repetidas veces al público sentado que asiste a la comedia, pero esto puede interpretarse de una de dos maneras: o en el sentido de que los espectadores acudían al teatro con sus sillas o en el de que se sentaban, sencillamente, en el suelo.

[22] Parece que las mujeres y los niños tuvieron acceso al teatro romano en todas las épocas, y lo mismo debía de ocurrir con los extranjeros, aparte, naturalmente, de los invitados por el Estado, que tenían su puesto debajo de los senadores o entre ellos.

[23] Que sólo se representaba una obra cada día lo indica el hecho de que los espectadores salían de su casa para ir al teatro y se volvían a ella al terminar la obra. Los mismos pasajes de las fuentes a que nos referimos revelan que la gente iba al teatro después del segundo almuerzo y estaba de regreso para la comida de mediodía; esto quiere decir que el espectáculo, según nuestro cómputo de tiempo, duraba sobre poco más o menos desde mediodía hasta las dos y media de la tarde, que es lo que debía de durar una comedia de Plauto, con sus intermedios musicales. Cuando Tácito dice que la gente se pasaba "los días enteros" en el teatro alude con ello a fenómenos de una época posterior.

[24] Así, el prólogo a la *Castellaria* termina con las siguientes palabras, que transcribimos aquí como la única referencia a la guerra de Aníbal con que nos encontramos en la literatura de la época:

Haec res sic gesta est. Bene valete et vincite
Virtute vera, quod fecistis antidhac,
Servate vostros socios, veteres et novos;
Augete auxilia vostris justis legibus;
Perdite perduelles: parite tandem at lauream
Ut vobis victi Poeni poenas sufferant.

Así sucedieron, pues, las cosas. Que tengáis suerte y que venzáis
Valientemente, como lo habéis hecho hasta ahora.
Que conservéis vuestros aliados, los viejos y los nuevos;
Enviad contra ellos refuerzos, conforme a vuestras justas leyes,
Exterminad a los odiados, conquistaos laureles y elogios,
Para que, vencido por vosotros, el pánico sufra la pena.

El cuarto verso *(augete auxilia vostris justis legibus)* es una alusión a las cargas suplementarias impuestas a las morosas colonias latinas en el año 204.

[25] No otra cosa puede significar el curioso pasaje que figura en la *Tarentilla:*

Quae ego in theatro hic meis probavi plausibus
Ea non audere quemquam regem rumpere
Quanto libertatem hanc hic superat servitus!

Que ningún rey ose impugnar por modo alguno
El aplauso que el público en el teatro me tributa:
¡Cuánto mejor que al libre aquí le va allí al esclavo!

[26] Cómo pensaban los modernos helenos acerca de la esclavitud nos lo indican, por ejemplo, estos versos de Eurípides (*Ion,* 854):

Ἔν γάι τι τοῖς δούλοισιν αοσχύνην φερεί
Τοὔνομα τὰ δἄλλα πάντα τῶν ἐλευθέρων,
Οὐδεὶς κακίων δοῦλος, ὅστις ἐσθλὸς ἦ.

Sólo una cosa infama al esclavo: el nombre;
En todo lo demás, el esclavo, cuando se porta bien,
No es de peor condición que el hombre libre.

[27] Por ejemplo, en la revista, muy graciosa por lo demás, que en el *Stichus de* Plauto pasan el padre y las hijas a las cualidades que debe reunir una buena esposa se desliza la pregunta capciosa de si es preferible casarse con una soltera o con una viuda, para contestarla con un lugar común aún más escabroso contra la mujer, carente de todo sentido en labios del personaje femenino que lo profiere. Pero esto es una pequeñez, si lo comparamos con el siguiente caso. En el *Plocium* de Menandro un marido va a llorarle sus cuitas a un amigo:

Ἔχω δ'ἐπικληρον' Αάμιαν οὐκ εἴμηκα σοι
Τοὐτ; εἶτ ἄρ οὔχί; κυριάν τηζ οἰκίαζ
Καὶ τῶν αγρῶν καὶ πάντων ἀντ'ἐκείηζ
Ἔχομεν, Ἄπολλοζ ὡζ χαλεπῶν χαλεπώταιον
Απασι δ'ἀργεὰ' στιν, οὐκ ἐμοῖ μόνφ
Υιῶ, πολυ μαλλον Θυγατρῖ - πραγμ' ἄμαχον λεγειζ
Ευ οἶ δα.

A. Me he casado con Lamia, una rica heredera, como sabes.
B. Sí, estoy enterado.
A. Es la dueña de esta casa
Y de las tierras y de cuanto ves aquí. Dios sabe
Que nos está haciendo a todos la vida imposible;

Y lo peor es que es de todos y de todo, menos mía,
Incluso de su hijo y de su hija.
B. Sí. indudablemente,
Así es.

En la adaptación latina de Cecilio este diálogo, que no deja de tener cierta finura dentro de su sencillez, se convierte en la siguiente zafia charla:

Sed tua morosane uxor quaeso est? — Quam rogas? —
Qui tandem? — Taedet mentionis quae mihi
Ubi domum adveni, adsedi, extemplo savium
Dat jejuna anima. — Nil peccat de savio;
Ut devomas volt, quod foris potaveris.

B. ¿Tu mujer es pendenciera, verdad?
A. ¡No me preguntes!
B. ¿Por qué?
A. No quiero oír hablar de eso. Apenas
Llego a casa y me siento, instantáneamente me da
Un casto beso.
B. ¿Qué hay de malo en ello? Seguramente
quiere que vomites lo que has bebido en el Foro.

[28] Los teatros romanos, aun los construidos de piedra, carecían de los dispositivos de resonancia con que los arquitectos griegos ayudaban a los actores (Vitruv., 5, 5, 8).

[29] Basta comparar, por ejemplo, con los versos de Livio el siguiente pasaje de la tragedia *Lycurgo* de Nevio:

Vos qui regalis corporis custodias
Agitatis, ite actutum in frundiferos locos
Ingenio arbusta ubi nata sunt, non obsita.

Vosotros, los que custodiáis el cuerpo del rey,
Poneos pronto en marcha hacia un lugar frondoso
Donde crezcan de buena gana los árboles no plantados por nadie.

O las famosas palabras que en *La despedida de Héctor* dice éste a Príamo:

Laetus sum, laudari me abs te, pater, a laudato viro.
¡Dígnate, oh amado padre, alabar a varón tan alabado!

Y este verso encantador de la *Tarentilla:*

Alii adnutat, alii adnictat; alium amat, alium tenet
Hace señas a éste y mira a aquél; ama a uno y va del brazo de otro.

[30] Esta hipótesis nos parece obligada, pues de otro modo no se explicaría que los antiguos vacilasen como lo hacían al afirmar la autenticidad o la falsedad de las obras atribuidas a Plauto; no hay en la Antigüedad ningún otro escritor propiamente dicho acerca de cuyas obras reine, ni de lejos, tanta incertidumbre como acerca de las de Plauto. Desde este punto de vista, como en tantos aspectos más puramente externos, reina la más sorprendente analogía entre Plauto y Shakespeare.

[31] Reproduciremos aquí, para que pueda establecerse la comparación, los primeros versos de la *Medea* de Eurípides y de la de Ennio:

Ειθωφελ Αργοῦς μη διαπταοθαι σκοφος
Καλχων ες αίαν κνανέας Συμπληγάδας
Μηδ'εν νάπαισι πηλιοὺ πεσεὶν ποτε
Τμηθεὶσα πεύκη, μηδ' επετμωσαι χεραζ
Αηδρών ἀριστων, ὃ τὸ πάγχρυσον δέρος
Πελια μετῆλθονς οὐ γἄρ ἂν δέσποιν ευὴ
Μήδεια πὺργονς γῆς ἔπελευσ Ἰωλκίας
Ἔρωτι θυμὸν ἐκπλαγεῖσ Ἰάσονος
Utinam ne in nemore Pelio securibus
Caesa accidisset abiegna ad terram trabes
Neve inde navis inchoandae exordium
Caepisset, quae nunc nominatur nomine
Argo, quia Argivi in ea dilecti viri
Vecti petebant pellem inauratam arietis
Colchis, imperio regis Peliae per dolum,
Nam nunquam era errans mea domo efferret pedem
Medea, animo aegra, amore saevo saucia.

Traducción del texto de Eurípides:

La nave Argos no habría debido ir a la Cólquida
Pasando por las negras Symplégades,
Ni precipitarse en la selva de Pelión
A derribar pinos, remando con la mano.
¡Ah, los valientes, que fueron a traer
A Pelias el vellocino de oro! De otro modo, Medea,
Mi dueña, no me habría embarcado a las torres de la tierra de Iolcos,
Enloquecida por el amor.

Traducción del texto de Ennio:

¡Ah, si jamás las hachas hubiesen derribado
Los pinos en la selva de Pelión
Y si, así, nunca hubiese comenzado a construirse
La nave que ahora llaman *Argos*,
Porque conducía la de *Argos* escogida tripulación,
Enviada de la Cólquida por orden del rey Pelias
Para traer con astucia el vellocino de oro!
Jamás, entonces, andaría errante, enviado por mi dueña,
Medea, enferma del corazón, loca de amor.

Las variantes que se notan en la traducción latina con respecto al original griego son muy instructivas, pues el traductor no sólo suprime las tautologías y las perífrasis, sino que prescinde de los nombres mitológicos menos conocidos o los explica, como sucede con los de las Symplégades, la tierra de Iolcos y la nave *Argos*. Sin embargo Ennio rara vez incurre en verdaderos errores de interpretación del original.

[32] Seguramente no andaban muy descaminados los antiguos cuando consideraban como un autorretrato del poeta aquel pasaje del libro séptimo de la crónica, en que el cónsul manda a llamar a su confidente:

Quocum bene saepe libenter
Mensam sermonesque suos rerumque suarum
Congeriem partit, magnam cum, lassus diei
Partem fuisset de summis rebus regundis
Consilio indu foro lato sanctoque Senatu:
Cui res audacter magnas parvasque jocumque
Eloqueretur, cuncta simul malaque et bona dictis
Evomeret, si qui vellet, tutoque locaret,
Quocum multa volup ac gaudia clamque palamque.
Ingenium cui nulla malum sententia suadet
Ut faceret facinus lenis aut malus, doctus fidelis
Suavis homo facundus suo contentus beatus
Scitus secunda loquens in tempore commodus verbum
Paucum, multa tenens antiqua sepulta, vetustas
Quem fecit mores veteresque novosque tenentem,
Multorum veterum leges divumque hominumque,
Prudenter qui dicta loquive tacereve possit.

(Probablemente el penúltimo verso deba leerse así:

Multarum rerum leges divumque hominumque.)

Con quien él gustaba

De compartir la mesa, el discurso y el examen de sus negocios,

Cuando volvía a su casa, fatigado después de una larga jornada de trabajo,

Habiendo pasado la mayor parte del día deliberando

Tanto en el Foro como en el venerable Senado;

A quien comunicaba lo grande y lo pequeño, y con quien también podía

Bromear, sin recatarle lo que se decía de malo y de bueno,

Confiándose a él abiertamente y sin cuidado alguno;

Que compartía con él muchas alegrías en la casa y fuera de ella;

Que nunca le aconsejaba mal por ligereza o por maldad,

Queriendo obrar infamemente; hombre docto y leal,

Dulce, fácil de palabra, modesto y de tierno corazón,

Que hablaba lo debido y a su tiempo, sin malgastar palabras,

Agradable en el trato y muy versado en las cosas antiguas,

Pues los años le enseñaban las costumbres del hoy y del ayer,

iniciado también en muchas de las leyes humanas y divinas,

Capaz de transmitir lo que le fuera dicho o de callárselo.

[33] En *Iph. in Aul.*, 956, Eurípides define el adivino como el hombre

Ὃς ὀλίγ᾽ἀληθῆ, πολλὰ δὲ ψευδῆ λέγει

Τυχὼν ὅταν δὲ υὴ τύχη διοίχεται.

Que dice pocas cosas ciertas entre muchas falsas,

En el caso mejor; y si yerra, le tiene sin cuidado.

Pues bien, el traductor latino convierte estos versos en la siguiente diatriba contra los astrólogos:

Astrologorum signa in coelo quaesit, observat, Jovis

Cum capra aut nepa aut exoritur lumen aliquod beluae.

Quod est ante pedes, nemo spectat; coeli scrutantur plagas.

Busca en el cielo signos astrológicos, observa dónde y cómo

Aparece Júpiter con la cabra o el cáncer o la luz de una bestia.

No se sabe ver lo que se tiene ante los pies, y se escrutan los espacios celestes.

[34] En el *Telephus* leemos:

Palam mutire plebeis piaculum est.

Hablar en alta voz es delito para el hombre vulgar.

[35] Los siguientes versos, magníficos por su forma y por su contenido, aparecen en la adaptación del *Fénix* de Eurípides:

Sed virum virtute vera vivere animatum addecet
Fortiterque innoxium (?) vocare adversum adversarios.
Ea libertas est, qui pectus purum et firmum gestitat.
Aliae res obnoxiosae nocte in obscura latent.
Pero el hombre valeroso siéntese arrastrado a actuar en el mundo
Y a llevar al culpable valientemente ante su juez.
Donde un corazón puro y firme late en el pecho, allí está la libertad;
Los hechos criminales se amparan siempre entre las negras sombras de la noche

En el poema *Escipión,* que figuraba seguramente entre las poesías varias del autor, leemos estos versos, llenos de fuerza plástica:

Mundus coeli vastus constitit silentio.
Et Neptunus saevis undis asperis pausam dedit.
Sol equis iter repressit ungulis volantibus;
Complere amnes perennes, arbores vento vacant.
Un silencio atraviesa los vastos espacios celestiales,
Neptuno ordena que se aplaquen las rugientes olas del mar;
El dios del sol sujeta las pezuñas voladoras de sus caballos;
Se detiene el curso de los ríos, el viento deja de soplar entre las ramas.

El último pasaje nos permite entrever, al mismo tiempo, cómo componía el poeta sus poesías originales: trátase, simplemente, de una paráfrasis de las palabras que en la tragedia *Hectoris Lustra,* cuya versión original procedía probablemente de Sófocles, pronuncia un espectador del combate entre Efesto y Escamandro:

Constitit credo Scamander, arbores vento vacant
¡Detente y mira, oh Escamandro, el viento ya no sopla entre las ramas!

El tema arranca, en última instancia, de la *Iliada,* 21, 381.

[36] Así, por ejemplo, en el Fénix leemos:

...stultust, qui cupita cupiens cupienter cupit.
Necio, el hombre que apeteciendo lo apetecido apetece un apetecedor.

Y no es éste, ni mucho menos, el más atrevido trabalenguas que podríamos citar. Encontramos también, en estas obras, pasatiempos, acrósticos y otras cosas por el estilo (Cic., *de div.,* 2, 54, 111).

[37] Aparte de Catón, se citan en esta época dos "consulares y poetas" (Suetonio, *vita Terent.,* 4): Quinto Labeón, cónsul en el 183, y Marco Popilio, cónsul en el 173. Lo que no sabemos es si sus poesías llegaron a ver la luz. Ni siquiera estamos seguros de que llegasen a publicarse las de Catón.

[38] Los siguientes fragmentos nos darán el tono de esta poesía. Sobre Dido:

Blande et docte percontat Aeneas quo pacto
Troiam urbem liquerit.
Suave y doctamente, inquiere de qué modo Eneas
Partió de Troya.

Más adelante, sobre Amulio:

Manusque sursum ad coelum sustulit suas rex
Amulius; gratulatur divis.
Las manos elevó al cielo el rey Amulio,
En acción de gracias a los dioses.

De un discurso, cuya construcción indirecta es muy notable:

Sin illos deserant for tissumos virorum
Magnum stuprum populo — fieri per gentis.
Pero los dejaron solos — a aquellos bravos varones,
Esto sería una afrenta para el pueblo — para cualquier linaje.

Refiriéndose al desembarco hecho en la isla de Malta en el año 256:

Transit Melitam Romanus, insulam integram omnem
Urit populatur vastat — rem hostium concinnat.
Pone proa a Melita el romano, — incendia, devasta,
Aniquila la isla entera — aplasta al enemigo.

Finalmente, acerca de la paz que pone fin a la guerra en Sicilia:

Id quoque paciscunt moenia — sint Lutatium quae
Reconcilient; captivos — plurimos idem
Sicilienses paciscit — obsides ut reddant.
Se pacta también el apaciguar — a Lutacio por medio de dones
Y ofrendas; éste exige también — que sean entregados muchos prisioneros
Y que los de Sicilia devuelvan — asimismo los rehenes que tienen.

[39] Polibio (40, 6, 4), queriendo evidentemente contrastar su opinión con la de Fabio, pone de relieve que el grecomano Albino se esforzó en escribir su historia de un modo pragmático.

[40] Así, por ejemplo, la historia del sitio de la ciudad de Gabii se basa en las anécdotas de Zopiro y del tirano Trasíbulo, tomadas de Herodoto, y una de las versiones de la historia de Rómulo como niño expósito está cortada sobre el patrón del relato de Herodoto sobre la juventud de Ciro.

[41] Plauto *(Mostell.,* 126) dice de los padres que "enseñan a sus hijos a leer y a conocer sus derechos y las leyes", y lo mismo señala Plutarco, *Cato mai.,* 20.

[42] *Rem tene, verba sequentur.*

[43] "En cuanto a estos griegos —leemos en Catón—, ya diré en su lugar oportuno, ¡oh hijo Marco!, lo que acerca de ellos he llegado a saber en Atenas y demostraré que si es útil consultar sus escritos, no hay por qué estudiarlos a fondo. Son una raza profundamente corrompida e ingobernable, puedes creérmelo, pues es tan cierto como el oráculo; y si este pueblo nos transmite su cultura, lo corromperá todo, y muy especialmente si nos manda sus médicos. Se han confabulado para acabar con los bárbaros a fuerza de medicinas, y encima se hacen pagar sus servicios para que se tenga más confianza en ellos y puedan asesinarnos más fácilmente. Para ellos nosotros somos también bárbaros, y hasta nos humillan dándonos el nombre más vil aún de ópicos. Guárdate, pues, de mantener ni la menor relación con los profesionales de la medicina."

El buen hombre ignoraba, llevado de su celo, que la palabra "ópicos", a la que el latín da un sentido peyorativo, es en griego un nombre completamente inocente, que los helenos dieron en emplear para designar a los itálicos sin asomo de malicia.

[44] Así, en una obra original de Paulo encontramos este verso, que formaba parte probablemente de la descripción del paso pitiónico:

Qua vix caprigeno generi gradilis gressio est.
Por donde apenas puede pasar el género cabrío

En otra comedia pide a los interlocutores que descifren el siguiente acertijo:

Quatrupes tardigrada agrestis humilis aspera
Capite brevi cervice anguina, aspectu truci
Eviscerata inami cum animali sono.
Cuadrúpeda, lenta en el andar, pegada a la tierra, áspera,
Baja, de cabeza corta y cuello largo, de aspecto rígido,
Destripada, queda sin vida, pero con sonido animado.

A lo que los interlocutores replican, con toda razón:

Ita saeptuosa dictione abs te datur
Quod conjectura sapiens aegre contuit.
Non intelligimus, nisi si aperte dixeris.
Con palabras conceptuosas, nos has descrito
Lo que por conjetura ni el hombre sabio podría descubrir.
Si no hablas claramente, no llegaremos a entender.

En vista de lo cual el poeta proclama que se refiere a la tortuga. Por lo demás estos acertijos y adivinanzas no faltaban tampoco entre los poetas atenienses autores de tragedias, lo que les hacía objeto de frecuentes y acerbas críticas por parte de la comedia de tipo medio.

[45] Tal vez la única excepción a esto sea la *Adrianna* (4, 5), donde a la pregunta de cómo va, se da esta respuesta:

Sic
Ut quimus'aiunt, quando ut volumus non licet.
Pues bien,
Como podemos dicen, ya que no puede ser como queremos.

Es, probablemente, una alusión al verso de Cecilio, inspirado a su vez en un proverbio griego:

Vivas ne possis, quando non quis ut velis.
Si no te va como quisieras, vive como puedas.

Esta comedia es la más antigua de Terencio y fue aceptada por la dirección del teatro atendiendo a una recomendación de Cecilio. La tenue gratitud es un rasgo característico.

[46] En la poco ingeniosa alegoría de Plauto sobre la cabra y el mono *(Merc.,* 2, 1) cabe ver una réplica a la escena de la

corza acosada por los perros, que en Terencio *(Phorm. prol,* 4) llora y llama en su auxilio a un hombre joven. En último término todos estos excesos arrancan también de la retórica de Eurípides (por ejemplo Eurip., *Hec.,* 90).

[47] Micio, un personaje de *Los adelfos* de Plauto (I, 1) se congratula de la suerte que ha tenido en la vida, sobre todo al no haberse casado, "cosa que ellos [es decir, los griegos] consideran como una dicha".

[48] En el prólogo al *Heautontimorumenos* pone boca de sus críticos el siguiente reproche:

> *Repente ad studium hunc se applicasse musicum*
> *Amicum ingenio freum, haud natura sua.*
> De pronto se entregó al cultivo de las musas,
> Fiado del ingenio de los amigos y no llevado de su propio impulso.

Y en el prólogo a *Los adelfos,* obra posterior (año 160), dice:

> *Nam quod isti dicut malevoli, homines nobiles*
> *Eum adjutare, assidueque una scribere*
> *Quod illi maledictum vehemens esse existimant*
> *Eam laudem hic ducit maximam, quum illis placet*
> *Qui vobis universis et populo placent.*
> Pues si gentes malévolas dicen que hombres de la nobleza
> Le ayudan en su obra y escriben a una con él,
> Esto que aquéllos tienen por severa censura
> Es cosa que enaltece al poeta: ser bienquisto
> De hombres a quien vosotros y el pueblo todo tenéis en alta estima.

Ya en la época de Cicerón existía la creencia general de que en estos versos se aludía a Lelio y a Emiliano Escipión; señalábanse incluso las escenas que se decían inspiradas o redactadas por ellos; hablábase de los viajes del pobre poeta acompañando a sus mecenas a sus fincas cerca de Roma, y las malas lenguas criticaban acerbamente el que no hiciesen nada por aliviar su extrema penuria. Sin embargo es sabido que en ningún campo es tan fuerte como en el de la historia literaria el poder de la leyenda. Es evidente, y ya ciertos ponderados críticos romanos de la época hubieron de reconocerlo así, que

aquellos versos mal podían aludir a Escipión, que entonces no tenía más que 25 años, ni a su amigo Lelio, cuya edad no sería mucho mayor. Eran, por lo menos, más razonables quienes aplicaban las palabras del poeta a Quinto Labeón (cónsul en el 183) y a Marco Popilio (cónsul en el 173), así como al erudito amante de las artes y matemático Lucio Sulpicio Galo (cónsul en el 166); pero tampoco esto pasa de ser una conjetura. Por lo demás no deja lugar a dudas la estrecha relación que Terencio mantenía con el grupo escipiónico; y es harto significativo que la primera representación de *Los adelfos* y la segunda de *La madrastra* se celebrasen con motivo de los funerales de Lucio Paulo, organizados por sus hijos Escipión y Fabio.

[49] A ello debieron de contribuir también ciertos factores de orden externo. Después que todos los municipios itálicos hubieron adquirido la ciudadanía romana como resultado de la guerra de la confederación, ya no era posible situar en ninguno de ellos la escena de una comedia, por lo cual el poeta tenía que mantenerse en un plano general o elegir, para situar en ellos la acción, lugares ya desaparecidos o extranjeros. Es indudable que esta circunstancia, que debió de desempeñar también un papel con respecto a la representación de las obras antiguas, influyó desfavorablemente en el desarrollo de la comedia nacional.

[50] Estos nombres llevaron aparejados desde la Antigüedad toda una serie de errores. Actualmente se ha rechazado ya de plano, y con razón, el error crasísimo de los griegos, quienes sostenían que estas farsas se representaban en Roma en lengua osca; bien considerada la cosa, se llega a la conclusión de que es punto menos que imposible encontrar la menor relación entre las atelanas, representadas en el corazón de una ciudad latina y en el centro de la vida rural, y el carácter nacional de los oscos. El nombre de "atelana" debe ser explicado de otro modo. La farsa latina, con sus personajes fijos y sus chistes permanentes, exigía un escenario también permanente: es habitual en todas partes, como sabemos, la

tendencia a concretar en un determinado sitio el mundo de los locos. La policía teatral no permitía, naturalmente, que se utilizase para ello ninguna de las comunidades romanas ni de las comunidades latinas aliadas de Roma. En cambio servía perfectamente para este objeto una ciudad como Atela, que destruida *de jure* con la de Capua en el año 211, subsistía sin embargo de hecho como centro de población, habitado por arrendatarios romanos. Conjetura que adquiere fuerza de certidumbre si nos fijamos en el hecho de que algunas de estas obras se desarrollan en el seno de otras comunidades de habla latina y que han desaparecido ya en absoluto o que, por lo menos, no tienen existencia legal; así, por ejemplo, los *Campani* de Pomponio y tal vez también sus *Adelfos* y su *Quinquatria,* situadas en Capua, y los *Milites Pometinenses,* de Nevio, que se desarrollan en Suesa Pomecia, abuso a que no se hallaba expuesta ninguna otra comunidad incluida en la confederación latina. La verdadera cuna de la "atelana" era, por lo tanto, el Lacio; aunque su escena poética fuese la tierra latinizada de los oscos, no guarda ni la más remota relación con esta nacionalidad. Nada prueba en contra de este punto de vista el argumento de que una obra de Nevio († después del 204) fuese representada, a falta de buenos actores, por cómicos de atelanas, dándosele por esta razón el nombre de *personata* (Festo): el nombre de actor de atelanas se emplea aquí, con toda seguridad, de un modo proléptico y, a la vista de este pasaje, podemos incluso conjeturar que la denominación primitiva de estos cómicos era la de *personati* o "actores enmascarados".

Explicación semejante en un todo a ésta cabe dar por lo que se refiere al nombre de las *canciones fescenianas,* una de las modalidades de la poesía satírica de los romanos, aunque se las localice en Fescenio, aldea del sur de la Etruria. No basta esto para clasificarlas, como hacen algunos autores, entre la poesía etrusca, del mismo modo que se pretende incluir la comedia atelana entre la poesía osca. En tiempos históricos Fescenio no era una ciudad, sino una simple aldea; aun-

que esto no pueda probarse directamente, así se desprende como muy probable del modo en que los autores hablan de esta localidad y del silencio de las inscripciones.

La relación íntima y originaria que Livio sobre todo establece entre la farsa atelana y la *satura* y el género dramático derivado de ésta es, sencillamente, insostenible. Entre el histrión y el actor de atelana mediaba una diferencia tan grande, aproximadamente, como la que hoy existe entre el actor y la máscara de un baile de disfraces; asimismo media una diferencia fundamental entre la comedia, que hasta Terencio no conoció las máscaras, y la atelana, que se basaba esencialmente en las máscaras representativas de los diversos personajes. El espectáculo teatral tuvo como punto de partida la actuación de los flautistas, que en un principio se limitaban a acompañar el canto y la danza sin recitado alguno, hasta que más tarde surgió un texto *(satura)* y por último, con Andrónico, un libreto copiado de la escena griega, en el que las antiguas canciones acompañadas por la flauta ocupaban aproximadamente el lugar que en el drama griegos los coros. En los primeros tiempos esta trayectoria no interfirió en lo más mínimo con la farsa representada por aficionados.

[51] Bajo el imperio la atelana se representaba ya por actores profesionales (Friedländer, en *Handbuch* de Becker, IV, 546). No sabemos a partir de cuándo empezaron estos actores a representar esta clase de obras, pero debió de ser por la época en que la atelana fue incluida entre las obras de teatro ordinarias, es decir, en el periodo anterior a la época de Cicerón (Cic., *ad Fam.,* IX, 16). Este punto de vista no se halla en contradicción con el hecho de que en tiempo de Tito Livio (VII, 2) los actores de atelanas conservasen sus derechos honoríficos, comparados con los demás actores; los cómicos profesionales empezaron a actuar en las atelanas mediante remuneración; pero esto no quiere decir que en las ciudades provinciales, por ejemplo, las atelanas no fuesen representadas gratuitamente por aficionados, manteniéndose en pie, por lo tanto, aquel privilegio.

[52] Es probable que este género fuese también bastante festivo. Así, por ejemplo, en las *Fenicias* de Nevio figuraba este verso:

Sume arma, jam te occidam clara scripta
¡A las armas! ¡Voy a matarte con la maza de mimbre!,

lo mismo que cuando aparecía en escena el "falso Hércules" de Menandro.

[53] Hasta ahora el organizador de los juegos estaba obligado a montar la escena y todo el aparato escénico a costa de la suma global que se le asignaba o poniendo la diferencia de su bolsillo, razón por la cual no se invertiría mucho dinero en estas atenciones. Pero en el año 174 los censores establecieron una contrata especial para el montaje de la escena utilizada en las fiestas organizadas por los ediles y los pretores (Liv., 41, 27); y como el aparato escénico no se improvisaba ya para cada caso, es de suponer que mejoraría notablemente.

[54] Las decoraciones de Púlquer debían de estar pintadas en toda regla, pues se dice que los pájaros intentaron posarse sobre los tejados representados en ellas (Plin., *h. no.* 35, 4, 23; Val. Max., 2, 4, 6). Hasta entonces la máquina de los truenos consistía sencillamente en una caldera de cobre sobre la que se derramaban clavos o piedras; fue Púlquer quien perfeccionó también esto, produciendo el ruido del trueno por medio de piedras que se hacían rodar; a este ruido se le llamó desde entonces "el trueno claudiano" (Festo, v. *Claudiana,* p. 57).

[55] Entre las escasas poesías breves que de esta época se han conservado figura el siguiente epigrama en honor de este célebre actor:

Constiteram, exorientem auroram forte salutans
Cum subito a terra Roscius exoritur.
Pace mihi liceat caelestes dicere vestra
Mortalis visus pulchrior esse Deo.
Estaba yo hace poco admirando al sol a punto de salir,
Cuando de pronto, a mi izquierda, apareció Roscio.
No me toméis a mal, ¡oh celestes!, si oso decir lo que pensé:
El rostro del mortal me pareció más bello que el del dios.

El autor de este epigrama, de corte totalmente griego e inflamado de entusiasmo verdaderamente helénico por el arte, era nada menos que el vencedor de los cimbros Quinto Lutacio Cátulo, cónsul en el año 102.

[56] *Quan lepide* λἐξειϛ *compostae ut tesserulae omnes*
Arte pavimento atque emblemate vermiculato!

¡Ah, la hermosa fábrica de frases,
Lindamente ensambladas pieza a pieza,
Como las piedras de un abigarrado mosaico!

[57] El siguiente fragmento, bastante largo, es característico del tratamiento estilístico y métrico de este autor:

Virtus, Albine, est pretium persolvere verum
Queis in versamur, queis vivimu' rebu potesse;
Virtus est homini scire id quod quaequae habeat res;
Virtus scire homini rectum, utile quid sit, honestum,
Quae bona, quae mala item, quid inutile, turpe, inhonestum;
Virtus quaerendae rei finem scire modumque;
Virtus divitiis pretium persolvere posse;
Virtus id dare quod re ipsa debetur honori,
Hostem esse atque inimicum hominum morumque malorum.
Contra defensorem hominum morumque bonorum
Hos magni facere, his bene velle, his vivere amicum;
Commoda praeterea patriae sibi prima putare
Deinde parentum, tertia jam postremaque nostra.

Virtud, Albino, es pagar el justo precio
Por lo que cada cosa representa para nuestra vida;
Virtud es saber lo que cada cosa vale para el hombre;
Virtud es conocer lo que es recto, lo que es útil y honesto
Lo que es bueno y lo que es malo, inútil, reprobable o deshonesto;
Es virtud saber poner su límite al trabajo y al lucro,
Y lo es también saber cifrar en su justo precio la riqueza;
Virtud, dar al honor lo que al honor se debe,
Ser enemigo de la maldad en los hombres y en las costumbres
Y defensor de los hombres buenos y las costumbres buenas,
Mostrar respeto y devoción por ellos y ser amigo suyo;
Reputar lo primero la salud de la patria,
Luego el bien de los padres, y por último el nuestro.

[58] Por lo demás estos viajes científicos eran relativamente frecuentes entre los griegos de esta época. Así, por ejemplo,

en Plauto (*Men.,* 248; *cf.* 235), un personaje que ha navegado por todo el Mediterráneo pregunta:

> *Quin nos hinc demum*
> *Redimus nisi si historiam sculpturi sumus?*
> ¿Por qué no retorno
> A mi casa, si no me propongo escribir ninguna historia?

[59] La única verdadera excepción que nosotros conocemos es la historia griega de Cineo Ofidio, escritor que floreció en los tiempos de infancia de Cicerón (Cic., *Tusc.,* 5, 38, 112), es decir, hacia el año 90. Las memorias griegas de Publio Rutilio Rufo (cónsul en el año 105) no pueden considerarse apenas como tal excepción, ya que su autor las escribió en Esmirna, donde se hallaba desterrado.

III. La religión, la cultura, la literatura y el arte en la época de Cicerón

El desarrollo religioso-filosófico de Roma no acusa, en esta época, ningún cambio esencial. La religión de Estado romano-helénica y la filosofía de Estado de los estoicos, inseparable de ella, eran para todo gobierno, fuese oligarquía, democracia o monarquía, no ya un instrumento cómodo, sino un arma verdaderamente indispensable, pues resultaba tan imposible construir el Estado prescindiendo en absoluto de elementos religiosos como inventar una nueva religión de Estado en sustitución de la antigua, ya aclimatada. Así, aunque la escoba revolucionaria limpiase, a veces de un modo bastante expeditivo, las telarañas de la anacrónica doctrina augural, el viejo y podrido edificio religioso, lleno de cuarteaduras, sobrevivió a pesar de todo al terremoto que devoró a la misma república y logró traspasar su patrimonio íntegro de vaciedad y de soberbia a la nave de la nueva monarquía.

Cultos orientales

Como es lógico, esta religión era vista cada vez con peores ojos por quienes aún conservaban cierta libertad de discernimiento. Es cierto que la opinión pública se mostraba bastante indiferente ante la religión de Estado; ésta era reconocida por todo el mundo como una institución basada en las conveniencias políticas y nadie se preocupaba especialmente de ella, como no fuesen los sabios en política y en antigüedades. Pero su hermana filosófica suscitaba ahora en el público im-

parcial esa hostilidad que provoca siempre, a la corta o a la larga, la hipocresía fraseológica vacua y además pérfida.

Los propios estoicos empezaban a darse cuenta de su propia nulidad, como lo revela su intento de volver a infundir alguna savia espiritual a sus doctrinas caducas por medio del sincretismo: Antíoco de Ascalón (floreció hacia el año 79), que pretendía haber amalgamado en unidad orgánica el sistema estoico con la doctrina platónico-aristotélica, consiguió que sus fracasadas elucubraciones se convirtiesen en la filosofía de moda de las clases conservadoras de su tiempo y fuesen estudiadas concienzudamente por los diletantes y literatos distinguidos de Roma.

Todo el que sentía cierta necesidad de renovación espiritual combatía a los estoicos o los ignoraba. La difusión del sistema de Epicuro entre grandes sectores de la sociedad romana y la aclimatación en Roma de la filosofía cínica de Diógenes, durante esta época, debiéronse principalmente a la reacción contra los charlatanescos y aburridos fariseos romanos y también, evidentemente, a la propensión cada día más acentuada a huir de los imperativos de la vida real para ir a refugiarse en la molicie de una apatía desmadejada o de una ociosa ironía. Por muy gris y pobre en pensamientos que fuese aquel sistema, una filosofía que no buscaba el camino hacia la libertad en la transformación de las condiciones tradicionales, sino que se contentaba con lo existente y sólo reconocía como verdad las percepciones de los sentidos, era a pesar de todo mejor que las chácharas terminológicas y los vacuos conceptos de la filosofía estoica. Por su parte, la filosofía cínica era el mejor de todos los sistemas filosóficos conocidos a la sazón, puesto que su sistema se limitaba a no profesar sistema alguno y a mofarse de todos los sistemas y hombres sistemáticos.

Desde ambos campos se sostenía una guerra enconada y victoriosa contra los estoicos. El epicúreo Lucrecio hacía proselitismo entre las gentes serias, predicando con el acento vigoroso de la convicción íntima y del celo sagrado contra la fe

estoica en los dioses y en la providencia y contra su doctrina de la inmortalidad del alma. Varrón, disparando contra los estoicos los certeros dardos de sus popularísimas sátiras, encargábase de convencer al gran público dispuesto a tomarlo todo a chacota. Y mientras los hombres más capaces de la vieja generación batallaban contra el estoicismo, la nueva generación, de la que formaba parte, por ejemplo, un Cátulo, no mantenían ya el menor contacto espiritual con él y lo criticaban aún con mayor dureza, al ignorarlo totalmente.

Pero los romanos resarcíanse abundantemente en otros aspectos de esta fe descreída mantenida simplemente por razones de conveniencia política. También en el mundo romano de esta época marchan de la mano la incredulidad y la superstición, dos refracciones distintas del mismo rayo histórico, y no faltaban tampoco quienes hermanaban en su persona los dos fenómenos, negando a los dioses con Epicuro y deteniéndose a orar y a sacrificar ante todos los altares.

Los únicos dioses a quienes se respetaba eran, por supuesto, los inmortales del Oriente, y del mismo modo que los hombres seguían afluyendo de los países griegos hacia Italia, los dioses orientales emigraban en número cada vez mayor hacia el Occidente. Cuánto representaba el culto frigio en la Roma de aquel entonces lo revela la polémica sostenida entre los dos hombres de la vieja generación, Varrón y Lucrecio, y la exaltación poética de este culto por un hombre nuevo, el poeta Cátulo, la cual termina con la significativa súplica de que la diosa se digne privar de la razón a otros y no al poeta. Surge en esta época un culto nuevo: el de los dioses persas, que parece haber sido transplantado al Occidente por medio de los piratas orientales y occidentales que se cruzaban en las aguas del Mediterráneo y cuyo altar más antiguo en tierras de Occidente parece que fue la montaña del Olimpo en la Licia.

Los cultos orientales, al aclimatarse en el mundo occidental, perdían todos aquellos altos elementos especulativos y morales que pudieran contener; así lo revela el interesante

dato según el cual el dios supremo que encarna la doctrina pura de Zoroastro, el Ahura Mazda, permaneció casi totalmente ignorado en el Occidente, donde volvió a tributarse preferente culto al dios que había ocupado el primer lugar en la antigua religión nacional de los persas, hasta que Zoroastro lo relegó a segundo plano: Mitra o el dios del sol.

Roma viose invadida, más rápidamente todavía que por las luminosas y suaves figuras del cielo persa, por el aburrido y misterioso enjambre de las caricaturas de dioses del Egipto, por Isis, la madre de la naturaleza, con todo su séquito de dioses menores: Osiris, el que moría eternamente para renacer perennemente, volver a morir, y así hasta el infinito, el sombrío Sarapis, el silencioso y grave Harpocrates, el Anubis de cabeza de perro. En el año en que Clodio concedió plena libertad de funcionamiento a los clubes y conventículos (año 58) y a la sombra, sin duda alguna, de esta emancipación de la plebe, el enjambre de dioses griegos estuvo a punto de llegar a instalarse en el viejo baluarte del Júpiter romano, en el Capitolio, y a duras penas se logró defender la pureza de este altar supremo y mantener a raya la invasión divina, haciendo que los inevitables templos egipcios no pasasen, por lo menos, de los suburbios de Roma. No había entre las capas bajas de la población de la capital culto más popular que éste; cuando el Senado ordenó demoler el templo de Isis que se levantaba intramuros de la ciudad ningún obrero se atrevía a dar el primer golpe y el propio cónsul Lucio Paulo hubo de asestar el hachazo inicial, para quitarles el miedo (año 50); podía apostarse sin temor a perder que cuanto más casquivana fuese una moza, mayor era su devoción por la diosa Isis.

Huelga decir que el echar las suertes y el interpretar los sueños eran, en esta época, oficios muy lucrativos. La lectura de horóscopos habíase convertido ya en una ciencia en toda regla: Lucio Tarucio de Firmo, hombre prestigioso y culto a su manera, amigo de Varrón y de Cicerón, señaló muy seriamente por medios cabalísticos las fechas de nacimiento de los reyes Rómulo y Numa y de la ciudad de Roma, corrobo-

rando sobre la base de su sabiduría caldea y egipcia y para edificación de los creyentes de uno y otro bando los informes de la crónica romana.

El nuevo pitagorismo

Pero entre los fenómenos de carácter religioso el más notable es, con mucho, el primer intento encaminado a combinar la fe simplista con el pensamiento especulativo, la primera manifestación dentro del mundo romano de esas corrientes espirituales que hemos dado en llamar neoplatónicas. El más antiguo apóstol de estas doctrinas en Roma fue un romano distinguido perteneciente al sector más riguroso de la aristocracia, Publio Nigidio Fígulo, que ocupó la pretura en el año 58 y murió en el 45 fuera de Italia, como desterrado político. Con una pasmosa variedad de erudición y una fortaleza de fe todavía más sorprendente, este hombre levantó con base en los elementos más dispares un edificio filosófico-religioso, cuya extraña planta hubo de desarrollar más bien, seguramente, en sus pláticas y exposiciones de palabra que en sus escritos teológicos y científico-naturales.

En filosofía, Fígulo, para librarse de toda la osamenta de los sistemas y abstracciones en boga, remontábase a las fuentes cegadas de la filosofía presocrática, para la que el pensamiento mismo tenía aún una vida sensorial. En el sistema de Fígulo ocupaban también importante papel, por supuesto, las ciencias naturales, que, hábilmente manejadas, ofrecen todavía hoy tan magnífico asidero a las elucubraciones místicas y a los juegos piadosos de prestidigitación y que en la Antigüedad eran mucho más adaptables a esos fines, naturalmente, por el deficiente conocimiento que de las leyes físicas se tenía en aquel tiempo. La teología figuliana consistía, esencialmente, en aquella curiosa amalgama en que los griegos espiritualmente afines habían revuelto la sabiduría órfica y otras invenciones antiquísimas o novísimas de su propia cosecha con las doctrinas cabalísticas de los persas, los caldeos y los

egipcios y a la que Fígulo añadió para completarla, y a fin de que la confusión armónica fuese todavía mayor, los cuasi-resultados de la ciencia toscana y las enseñanzas romanas de la ciencia augural.

Todo este sistema fue consagrado política, religiosa y nacionalmente bajo el nombre de Pitágoras, el estadista ultraconservador que tenía por supremo principio el "fomentar el orden y combatir el desorden", el hombre milagroso y nigromántico cuyo nombre, familiar en Italia, se hallaba entretejido con la misma historia legendaria de Roma y cuya estatua podía admirarse en el Foro romano. Como el nacimiento y la muerte son hermanos, parecía como si Pitágoras, después de aparecer junto a la cuna de la república como amigo del sabio rey Numa y colega de la ninfa Egeria, hubiese de proyectar también la sombra de su espíritu tutelar junto a su tumba, como último refugio de la sagrada ciencia augural romana. El nuevo sistema, además de ser maravilloso, obraba verdaderos milagros: Nigidio pronosticó al padre del que sería emperador Augusto, el mismo día en que éste nació, la futura grandeza de su hijo; los profetas de la nueva religión conjuraban los espíritus a quienes creían en ella y, lo que era más importante, les indicaban dónde podían encontrar el dinero perdido. Lo cierto es que esta sabiduría, muy nueva y al mismo tiempo muy vieja, produjo una impresión profundísima en las gentes de la época; hombres del mayor prestigio, cultísimos y muy capaces, pertenecientes a los más diversos partidos, como Apio Claudio, cónsul en el año 49, el sabio Marco Varrón, el valiente militar Publio Vatinio y tantos más, no se recataban para invocar los espíritus con arreglo al nuevo rito, y hasta parece que se hizo necesario adoptar medidas de policía contra los manejos de las sociedades creadas a la sombra de la religión figuliana.

Estas últimas tentativas que se hacen por mantener a flote la teología romana producen, al igual que los esfuerzos análogos de Catón en el terreno político, una impresión cómica y al mismo tiempo melancólica; puede uno reírse del nuevo

evangelio y de sus apóstoles, pero no es posible tomar a broma, por la gravedad que esto encierra siempre, ver a los hombres verdaderamente capaces entregarse también al absurdo.

La educación de la juventud: las humanidades bilingües

La educación de la juventud movíase, como fácilmente se comprende, dentro de la órbita de las humanidades bilingües trazada ya en la época anterior y, poco a poco, la cultura general del mundo romano fue acoplándose también a las fórmulas establecidas para ella por los griegos. Los mismos ejercicios físicos fueron abandonando las fórmulas romanas del juego de pelota, las carreras y los torneos de armas para convertirse en combates gimnásticos conforme a todas las reglas del arte educativo griego; aún no existían establecimientos públicos para la práctica de estos ejercicios, pero en las casas de campo de la gente distinguida no faltaba nunca la palestra al lado de las salas de baños.

Para saber cuán profunda fue la transformación que en el transcurso de un siglo sufrió la cultura general dentro del mundo romano no tenemos más que comparar la enciclopedia catónica con la obra análoga de Varrón "sobre las ciencias escolares". En Catón, los elementos que contribuían a formar una cultura general eran el arte de la oratoria, los conocimientos agrícolas, la jurisprudencia, el arte de la guerra y la medicina; en Varrón son —según una hipótesis muy probable— la gramática, la lógica o dialéctica, la retórica, la geometría, la aritmética, la astronomía, la música, la medicina y la arquitectura.

Por lo tanto, en el transcurso del siglo VII el arte de la guerra, la jurisprudencia y la ciencia agrícola fueron desglosadas de la cultura general para convertirse en ciencias especiales. En Varrón vemos cómo la educación de la juventud concebida al modo helénico se afirma ya en toda su plenitud:

al lado del curso de gramática, retórica y filosofía, que ya se conocía antes en Italia, se introduce ahora el curso de geometría, aritmética y astronomía,[1] que siguió siendo específicamente helénico por más tiempo que el anterior.

Tenemos además otro dato confirmativo de que la juventud romana estudiaba regular y celosamente la astronomía, ciencia que, al iniciar al estudioso en la nomenclatura de los astros, asestaba un rudo golpe al vacuo diletantismo de la época, a la par que en sus relaciones con la astrología salía al paso de las elucubraciones religiosas imperantes; es el hecho de que las poesías didácticas de Arato sobre temas astronómicos fuesen, entre las obras de la literatura alejandrina, las primeras que se abrieron paso en la enseñanza de la juventud romana. Y a este curso de origen helénico vinieron a unirse ahora el de enseñanza de la medicina, procedente de la antigua pedagogía romana, pero que había quedado estancado entre tanto, y finalmente la disciplina de la arquitectura, indispensable para los romanos ricos de esta época, que en vez de cultivar la tierra construían casas y villas.

En comparación con la época anterior, la cultura griega y la latina ganan en extensión y en rigor académico lo que pierden en pureza y en finura. El afán creciente por asimilar el helenismo imprime a la enseñanza, por sí mismo, un carácter erudito. El exponer la poesía de un Homero o un Eurípides no constituía, en última instancia, ningún arte; maestros y discípulos encontraban más a su gusto estudiar los poemas alejandrinos, aparte de que éstos, según su modo de concebir, se hallaban mucho más cerca del mundo romano de aquella época que la auténtica poesía nacional de los griegos y que, aunque no tuviesen una antigüedad tan venerable como la *Iliada,* eran ya lo suficientemente viejos para poder ser considerados como clásicos por los maestros de escuela de Roma.

Los poemas de amor de Euforión, las *Causas* de Calímaco y su *Ibis,* la *Alejandra* de Licofrón, cómicamente oscura, contenían una gran riqueza de vocablos raros *(glossae)* buenos

para ser acotados e interpretados, oraciones trabajosamente construidas y que costaba gran trabajo analizar, prolijas digresiones en que se aglomeraban los misterios de mitos ya desaparecidos; en una palabra, un arsenal de erudición indigesta de todas clases. La enseñanza reclamaba obras cada vez más difíciles para sus ejercicios; aquellos productos literarios, que eran en su mayor parte urdimbres modelo de maestros de escuela, prestábanse magníficamente como trama para los prodigios pedagógicos de otros maestros de escuela. Las poesías alejandrinas pasaron a ocupar, pues, un lugar permanente en la enseñanza escolar itálica como temas para los estudios académicos y estimularon, indudablemente, el saber romano, pero a costa del buen gusto y del sentido de la medida. Esta misma apetencia malsana, desordenada, de cultura, impulsó además a la juventud romana a beber el helenismo, a ser posible, en las mismas fuentes. Los cursos seguidos cerca de los maestros griegos que enseñaban en Roma eran buenos, pero sólo como iniciación; quien aspirase a ser algo tenía que seguir las lecciones de filosofía griega en Atenas y las de retórica griega en Rodas y hacer un recorrido literario y artístico por el Asia Menor, que era donde conservaban más monumentos del arte antiguo de los griegos en su propio ambiente y donde seguían practicándose ahora las bellas artes helénicas, aunque de un modo artesanal. La lejana Alejandría, considerada más bien como sede de las ciencias exactas, era la Meca de los pocos jóvenes que decidían dedicarse al cultivo de estas ciencias.

A la par con la enseñanza griega y de un modo parecido se intensificó también en esta época la enseñanza latina. En parte por simple reflejo de la enseñanza griega, de la que aquélla tomaba esencialmente sus métodos y sus sugestiones. Las condiciones políticas del país, la afluencia de gentes a la tribuna de oradores del Foro, que el movimiento democrático abría a círculos cada vez más extensos de la población, contribuían también no poco a la difusión e intensificación de los ejercicios oratorios; "a donde quiera que tenda-

mos la mirada —dice Cicerón—, no vemos más que profesores de retórica". Añádase a esto que cuanto más se remontaban al pasado, con mayor fuerza iban imponiéndose como textos clásicos del siglo de oro de la literatura latina los escritos del siglo VI, con lo cual adquiría mayor peso específico la enseñanza concentrada esencialmente en ellos. Finalmente, los elementos bárbaros que ahora irrumpían y emigraban por los más diversos puntos y el comienzo de latinización de extensos territorios celtas e hispánicos daban ahora a la enseñanza de la gramática y la literatura latinas una importancia mucho mayor de la que había tenido mientras sólo se hablaba latín en el Lacio; como era lógico, el profesor de literatura latina tenía en Como y en Narbona mayor categoría que en Preneste o en Ardea.

A pesar de todo esto podemos decir que, en conjunto, la cultura hallábase más bien en decadencia que en auge. La ruina de las ciudades del campo itálico, la inmigración en masa de elementos extranjeros, el caos político, económico y moral de la nación y, sobre todo, el proceso de desintegración abierto por las guerras civiles, corrompían el lenguaje más de lo que todos los maestros de escuela del mundo juntos podían depurarlo. El contacto más estrecho con la cultura helénica de la época, la influencia más acentuada de la sabiduría ateniense cada vez más charlatanesca y de la retórica cultivada en Rodas y en el Asia Menor, hacían que fuesen precisamente los elementos más perniciosos del helenismo los que se inculcaban a la juventud romana. La misión proselitista que el Lacio asumió entre los celtas, los iberos y los libios, por ambiciosa que fuese la empresa, tenía que traducirse forzosamente, para la lengua latina, en resultados análogos a los que para la lengua helénica había tenido la helenización del Oriente.

El academismo. La "urbanitas"

El público romano de esta época aplaudía entusiasmado los periodos bien construidos y rítmicamente cadenciosos de sus oradores y hacía pagar caros a sus actores los deslices lingüísticos o métricos en que pudieran incurrir; esto indicaba, sencillamente, que el estudio académico de la lengua materna se reflejaba en sectores cada vez más amplios. Pero, al lado de esto, gentes de la época con la suficiente capacidad de discernimiento para poder juzgar de estas cosas quejábanse de que la cultura helénica, en la Italia de alrededor del año 64, se hallaba a un nivel mucho más bajo que la de la generación anterior; de que el latín puro y bueno se oía ya pocas veces y casi siempre en labios de alguna mujer vieja y culta; de que iban desapareciendo poco a poco las tradiciones de la auténtica cultura, el castizo ingenio latino de los buenos tiempos, la finura de un Lucilio, los círculos de lectores cultos de la época de Escipión.

El hecho de que surgiesen en esta época la palabra y el concepto de la "urbanidad", es decir, de las delicadas costumbres nacionales, no significa, ni mucho menos, que estos modos prevaleciesen ahora, sino, por el contrario, que tendían a desaparecer y que la ausencia de esta *urbanitas* se echaba de ver alarmantemente en la lengua y en las costumbres de los bárbaros latinizados o de los latinos barbarizados. Y donde aún encontramos el viejo tono urbano de la conversación, como en las sátiras de Varrón o en las epístolas ciceronianas, es sólo como un eco de los viejos modos, conservados en ciudades como Reata y Arpino con mayor apego que en Roma.

La enseñanza de la juventud procedente de la época anterior no experimentó, pues, en ésta ningún cambio esencial, aunque ahora se halla informada menos por su propia decadencia que por la decadencia general de la nación y aporta menos cosas buenas y más cosas malas que en el periodo precedente. César inició también en este terreno una especie de revolución. A diferencia del Senado romano, que había empezado combatiendo la cultura y que más tarde había transigido, a lo sumo, con tolerarla, el gobierno del nuevo

imperio itálico-helénico, cuya médula era precisamente el humanismo, no tenía más remedio que fomentarla desde arriba al modo de los helenos. César otorgó el derecho de ciudadanía romana a todos los profesores de ciencias libres y a todos los médicos establecidos en la capital; fue, en cierto modo, el primer paso hacia la creación de aquellos establecimientos de enseñanza que más tarde habrían de velar bajo la autoridad del Estado por la cultura superior bilingüe de la juventud del imperio y que son la expresión más saliente del nuevo estado del humanismo. Otra medida de César consistió en crear en Roma una biblioteca pública griega y latina, poniendo al frente de ella al romano más culto de la época, Marco Varrón, lo que revela ya la intención innegable de establecer un vínculo entre la monarquía universal y la literatura universal.

El cultivo de la lengua durante esta época tiene como base la distinción entre el latín clásico de la sociedad culta y el latín vulgar de la vida común. Aquél era un producto de la cultura específicamente itálica; el latín puro habíase convertido en un tónico proverbial dentro del círculo de Escipión, donde la lengua materna no se hablaba ya con el candor y la espontaneidad de los viejos tiempos, sino con la tendencia consciente a distinguirse del vulgo en el modo de hablar. Esta época se abre con una curiosa reacción contra el clasicismo, que hasta ahora imperaba de un modo exclusivo en el lenguaje del trato social entre las clases altas y también, por lo tanto, en la literatura, reacción que guardaba interior y exteriormente una relación muy estrecha con otro movimiento análogo producido en Grecia.

Por esta época el retórico y novelista Egesias de Magnesia y los numerosos retóricos y literatos del Asia Menor agrupados en torno a él empezaron a rebelarse contra el aticismo ortodoxo. Estos escritores exigían que se otorgara carta de naturaleza al lenguaje de la vida corriente, sin pararse a distinguir si la palabra o el giro empleados habían nacido en el Ática o eran oriundos de la Caria o de la Frigia. Ellos, por su

parte, no escribían o hablaban para acomodarse al gusto de las tertulias eruditas, sino para hacerse comprender del gran público. Contra el principio de por sí no había nada que objetar; pero dado el nivel en que por aquel entonces se encontraba el público del Asia Menor, el resultado de este método no podía ser otro que el de dar al traste con el sentido de la severidad y la pureza de las obras literarias para aspirar solamente a lo lindo y a lo brillante. Para no referirnos a los géneros literarios bastardos informados por esta tendencia, sobre todo la novela y la historia novelesca, diremos que el estilo de estos escritores asiáticos era un estilo roto, sin cadencia ni periodos, retorcido y sin vigor, lleno de oropel y redundancias, completamente vulgar y amanerado; "quien haya leído a Egesias —dice Cicerón— sabe lo que es la insulsez".

Sin embargo este nuevo estilo encontró también acogida en el mundo latino. Después de haberse insinuado en la enseñanza latina de la juventud a fines de la época anterior, la retórica helénica a la moda dio el último paso a comienzos de ésta y subió a la misma tribuna de los oradores romanos con Quinto Hortensio (114-50), el más célebre de los abogados de la época de Sila, plegándose aun dentro del idioma latino al mal gusto de los griegos en boga ahora; y el pública romano, que no era ya el de la época de Escipión, dotado de una cultura pura y rigurosa, apresurose, naturalmente, a aplaudir con todo entusiasmo al innovador, cuyas dotes sabían cubrir el vulgarismo con la apariencia de una retórica fiel a todas las reglas del arte.

Este cambio tuvo una gran importancia. En Grecia las disputas en torno al lenguaje habían tomado siempre como centro las escuelas de retórica; algo parecido ocurrió en Roma, donde los discursos forenses contribuyeron en cierto sentido más que la literatura a dar la tónica del estilo y donde el abogado que más se distinguía hallábase autorizado en cierto modo por derecho propio a imponer la moda del estilo hablado y escrito. Así se explica que el vulgarismo asiático de un

Hortensio desterrase el clasicismo de la tribuna romana y en parte también de la literatura.

Pero la moda no tardó en cambiar de nuevo, lo mismo en Grecia que en Roma. Allí la escuela retórica de Rodas, sin volver a la pureza íntegra del estilo ático, intentó por lo menos encontrar un camino intermedio entre ella y el nuevo estilo. Y si los maestros rodios no tomaban muy a pecho la corrección intrínseca del pensamiento y del lenguaje, preocupábanse al menos de la pureza lingüística y de estilo, de la selección cuidadosa de las palabras y los giros y de la cadencia más armoniosa posible de las frases.

El ciceronismo

En Italia Marco Tulio Cicerón (106-43), después de haberse contagiado en su juventud del estilo hortensiano, se encaminó por mejores rutas, gracias a su contacto con los maestros de Rodas y llevado por su mayor madurez de juicio, y esforzose ya en lo sucesivo en dar a su lenguaje la mayor pureza y en cuidar los periodos y la cadencia de sus discursos. Tomó como modelo para ello, sobre todo, la lengua que se hablaba en aquellos círculos de la alta sociedad romana menos contaminados de vulgarismo o totalmente libres de él, pues, como hemos dicho, aún quedaban algunos, aunque comenzasen a desaparecer. Sólo en segundo término se inspiró para la composición de su prosa retórica en la antigua literatura latina y en la buena literatura griega, si bien ésta influyó principalmente en el ritmo de los discursos ciceronianos.

Por lo tanto esta depuración del lenguaje no fue, ni mucho menos, una reacción del lenguaje libresco contra el lenguaje del trato social, sino una ofensiva del lenguaje de los hombres verdaderamente cultos contra la jerga empleada por la falsa cultura y por la cultura a medias. César, que era también en el campo del lenguaje el primer maestro de su tiempo, expresaba la idea central del clasicismo romano al aconsejar que lo mismo al hablar que al escribir se evitase el em-

pleo de cualquier término chocante con el mismo cuidado con que el navegante sortea los escollos: rehuíanse las expresiones poéticas o arcaicas lo mismo que los giros rústicos o tomados de la vida común y corriente, y sobre todo los términos y giros griegos, muy extendidos en la lengua empleada en el trato social, como lo demuestran las cartas de esta época.

No obstante, este clasicismo académico y artificioso de la época de Cicerón era al de los tiempos de Escipión algo así como el pecador convertido al hombre virtuoso o como la lengua de los clasicistas napoleónicos al francés perfecto de la época de Molière y Boileau; mientras que el primero había respirado a pleno pulmón el aire de la vida, el segundo llegó todavía a tiempo para recoger, por decirlo así, los últimos estertores de una nación agonizante.

Pese a todo este latín, con sus virtudes y sus vicios, se difundió rápidamente. La dictadura del lenguaje y del gusto literario pasó, con la palma del foro, de Hortensio a Cicerón, y la variada y extensa producción literaria de éste dio al nuevo clasicismo lo que aún le faltaba: abundantes y extensos textos en prosa. Así fue cómo Cicerón se convirtió en el creador de la nueva prosa clásica latina y cómo el clasicismo romano aparece enlazado por todas partes y de un modo completo al estilista Cicerón; al estilista y no al escritor, ni mucho menos al estadista, iban destinados los superabundantes elogios, no puramente fraseológicos sin embargo, de que le llenan los más talentosos representantes del clasicismo en esta época, sobre todo César y Cátulo.

La nueva modalidad literaria siguió su curso. El nuevo estilo que Cicerón introdujo en la prosa lo implantó en la poesía, hacia fines de esta época, la nueva escuela de poetas romanos apoyada en la poesía griega a la moda. El talento más destacado de esta nueva escuela poética fue Cátulo. El lenguaje social de las clases altas desplazó también aquí a las reminiscencias arcaicas que hasta ahora desempeñaban un gran papel y, del mismo modo que la prosa latina se sometió

al ritmo ateniense, la poesía fue acoplándose poco a poco a las rigurosas o, mejor dicho, penosas leyes métricas de los alejandrinos. Así, por ejemplo, desde Cátulo ya no se consiente comenzar directamente un verso ni terminar una frase empezada en el anterior con un monosílabo ni con una palabra de dos sílabas, a menos que tenga una gran densidad.

El clasicismo romano

Finalmente vino la ciencia y se encargó de fijar las leyes del lenguaje y de desarrollar las reglas lingüísticas, que ahora, en vez de ser determinadas empíricamente, reclamaban el derecho de ser ellas las que dictasen normas a la práctica. Introdujéronse numerosas modificaciones ortográficas para volver a armonizar de un modo más completo la lengua hablada con la lengua escrita. El lenguaje, aunque aún no anquilosado, hallábase en proceso de anquilosamiento; no se dejaba llevar todavía ciegamente por el imperio de la regla, pero sentía ya la conciencia de ella y su dominio.

Esta reglamentación de la lengua es el verdadero terreno en que se mueve el clasicismo romano; sus corifeos, Cicerón, César y hasta el mismo Cátulo en sus poesías, insisten bajo las formas más diversas, lo cual hace resaltar más todavía el fenómeno, en la importancia de la regla, y condenan severamente sus infracciones; en cambio los viejos expresábanse con comprensible susceptibilidad tanto contra la revolución operada en el lenguaje como contra la que se estaba llevando a cabo en materia de política. Pero no se crea que el vulgarismo enquistado entre las clases de la sociedad e incluso en la literatura abandonó sin más el campo, porque el nuevo clasicismo, es decir, el latín ejemplar puesto en todo lo posible a tono con el griego ejemplar, surgido en rigor de la reacción en contra de aquél se plasmase literariamente y se formulase de un modo esquemático. El vulgarismo subsiste y lo encontramos no sólo mantenido de un modo candoroso en las obras de gentes de segunda fila, que por azar se vieron, an-

dando el tiempo, incluidos en la categoría de escritores, como por ejemplo en el relato sobre la segunda guerra de César en España, sino que se desliza también con más o menos fuerza en obras estrictamente literarias, en algunas obras de teatro, en algunas narraciones de tipo novelesco y en los escritos estéticos de Varrón. Y es muy significativo que se haga fuerte sobre todo en los géneros más nacionales de la literatura y que sean los hombres verdaderamente conservadores como Varrón los que le brinden asilo.

El clasicismo nace de la muerte de la lengua itálica, como la monarquía del colapso de la nación itálica. Por eso los hombres en quienes vivía aún la república eran perfectamente consecuentes al seguir manteniendo el derecho a la vida del lenguaje vivo, perdonándole sus defectos estéticos en gracia a su vitalidad relativa y a su vigor nacional. Los criterios y las corrientes lingüísticas de esta época aparecen, pues, divididas y en pugna por doquier: al lado de la poesía chapada a la antigua de un Lucrecio tenemos la poesía absolutamente nueva de un Cátulo, al lado de los periodos cadenciosos de Cicerón la prosa de Varrón, que huye deliberadamente de toda construcción periódica. Es un signo más de las divisiones que desgarran a esta época.

La literatura romana

Lo que primero salta a la vista en la literatura de esta época, cuando se la compara con la anterior, es la intensificación externa de la producción literaria de Roma. Las actividades literarias de los griegos habían dejado de florecer desde hacía ya mucho tiempo en la atmósfera libre de la independencia cívica de la nación y ya sólo se cultivaban en los establecimientos científicos de las grandes ciudades y especialmente de las cortes. Las letras helénicas, obligadas a buscar el favor y la protección de los poderosos, entre el acabamiento de las dinastías de Pérgamo (año 133), de Cirene (96), de Bitinia (75) y de Siria (64), desterradas por el ocaso del antiguo esplendor

de las cortes lágidas de las sedes en que hasta ahora florecían las musas[2] y obligadas, desde la muerte de Alejandro Magno, a abrazar la senda del cosmopolitismo y a sentirse tan extrañas, por lo menos, entre los egipcios y los sirios como entre los latinos, empezaron a volver cada vez más la mirada hacia Roma. Entre el enjambre de servidores griegos de que se rodeaba en esta época al señor romano desempeñaban un papel muy destacado, junto al cocinero, al efebo y al bufón, el filósofo, el poeta y el escritor de memorias.

En estos puestos encontramos ahora a literatos de nota; el epicuro Filodemo, por ejemplo, desempeñaba el cargo de filósofo de cámara de Lucio Pisón (cónsul en el año 58), y de paso divertía a los amigos más cercanos con sus graciosos epigramas sobre el burdo epicureísmo de su patrono. De todas partes afluían a Roma en número cada vez más crecido los más prestigiosos representantes de las artes y las ciencias helénicas, atraídos por la generosidad cada vez más grande de la capital del imperio para premiar los méritos literarios. Sabemos que residían en Roma, ahora entre otros muchos, el módico Asclepíades, a quien el rey Mitrídates logró, a pesar de sus esfuerzos, arrancar de allí para hacerlo su médico de cabecera; el sabio para todo Alejandro de Mileto, llamado "el Polyhistor"; el poeta Partenio de Nicea, en la Bitinia; Posidonio de Apamea, en la Siria, celebrado como profesor, como viajero y como escritor, que siendo ya muy viejo, en el año 51, se trasladó de Rodas a Roma, y tantos y tantos más.

La casa de Lucio Lúculo era casi como el Museion de Alejandría un foco de cultura helénico y centro de reunión de literatos griegos; los recursos romanos y los conocimientos griegos habían ido acumulando en esta mansión de la riqueza un tesoro incomparable de esculturas y pinturas de maestros antiguos y contemporáneos y una biblioteca cuidadosamente seleccionada y ricamente guarnecida; todo hombre culto, y en particular todo griego, era bien recibido bajo este techo, y era frecuente ver al dueño de la casa paseándose por las hermosas galerías y sosteniendo un animado diálogo con

sus sabios invitados sobre temas de filología o de filosofía. Cierto es que estos griegos trajeron también a Italia, con su riquísimo bagaje cultural, sus bajezas y su servilismo; uno de estos sabios errantes, Aristodemo de Nisa, el autor del *Arte de la lisonja,* quiso adular a sus anfitriones, hacia el año 54, intentando demostrar que Homero había nacido en Roma.

A la par que aumentaba el tráfago de los literatos griegos en Roma, crecían también las actividades literarias y el interés por la literatura entre los propios romanos. Resurgió incluso la literatura griega de origen latino, aunque huérfana ya del severo gusto que había caracterizado la del círculo escipiónico. La lengua griega era ahora una lengua universal y las obras redactadas en ella encontraban un público mucho más numeroso que las escritas en latín; de aquí que, al igual que los reyes de la Armenia y la Mauritania, las gentes distinguidas de Roma, por ejemplo un Lúculo, un Marco Cicerón, un Tito Ático o un Quinto Escévola (tribuno del pueblo en el año 54), produjesen de vez en cuando piezas griegas en prosa e incluso versos compuestos en lengua helénica. Pero esta literatura griega que tenía por autores a romanos de nacimiento y de vida no pasaba de ser algo secundario, casi un pasatiempo; lo mismo los grupos literarios que los partidos políticos de Italia coincidían todos en su fidelidad a la nación itálica aunque más o menos imbuida de helenismo.

Y no había tampoco razones para quejarse de la falta de actividad por parte de los escritores latinos, por lo menos en lo que a la cantidad se refiere. Llovían sobre Roma libros y folletos de todas clases, sobre todo poesías. Los poetas bullían aquí como en Tarso o en Alejandría, que eran las ciudades donde más abundaban; el publicar versos era un pecado de juventud de todos los temperamentos un poco inquietos, y ya entonces se consideraban afortunados aquellos cuyas poesías juveniles sustraían a la crítica el olvido piadoso. Quien dominaba el oficio era capaz de escribir de una sentada sus buenos quinientos hexámetros, en los que si ningún maestro de escuela encontraba nada que censurar tampoco

ningún lector encontraba nada que alabar. Y no se crea que las mujeres permanecían ajenas a este tráfago literario; también ellas tomaban una parte activa en él. Las damas de la época no se limitaban a los placeres de la danza y la música, sino que su espíritu y su ingenio campeaban en las conversaciones y hablaban con mucho tino sobre temas de literatura latina y griega; y cuando la poesía ponía sitio al corazón de una muchacha, no era raro que la fortaleza asediada contestase también en graciosos versos a los ataques de su sitiador.

Los ritmos poéticos fueron convirtiéndose más y más en un juego de los niños grandes de ambos sexos; los billetes en verso, los ejercicios comunes y los torneos de versificación entre buenos amigos eran ahora una cosa muy corriente, y hacia el final de esta época funcionaban ya en la capital escuelas en las que unos poetas latinos fracasados enseñaban a los aficionados a hacer versos por poco dinero.

El gran consumo de libros hizo que se perfeccionase notablemente la técnica de las copias hechas en serie y que la publicación de una obra resultase relativamente rápida y barata; el comercio de libros convirtiose en una industria respetable y lucrativa y la tienda del librero en lugar habitual de cita de la gente culta. La lectura púsose de moda y se trocó incluso en manía; en las comidas era frecuente que alguien leyese en voz alta para distraer a los comensales, cuando la lectura no era desplazada por alguna diversión menos instructiva, y quien se proponía emprender un viaje proveíase casi siempre de libros para el camino. El oficial distraía sus ocios bajo la tienda de campaña con cualquier novela pornográfica griega, el estadista entreteníase en el Senado hojeando un tratado filosófico. Al Estado romano le iba como le ha ido y le irá siempre al Estado cuyos ciudadanos se pasan la vida leyendo "desde el dintel de su casa hasta el retrete". No andaba muy descaminado aquel visir parto que, señalando a los vecinos de Seleucia las novelas encontradas en el campamento de

Craso, les preguntaba si podían seguir considerando como enemigos temibles a los lectores de tales libros.

Clásicos y modernos

La tendencia literaria de esta época no era ni podía ser uniforme, puesto que la época misma aparecía escindida en dos modos de concebir el mundo: el antiguo y el moderno. Las dos mismas corrientes que luchaban en la palestra política, la nacionalista de los conservadores y la heleno-itálica, o, si se quiere, cosmopolita, de la nueva monarquía, libraban también sus batallas en el palenque literario.

Aquélla hácese fuerte en la literatura latina antigua, que va asumiendo poco a poco, lo mismo en el teatro que en la escuela y en la investigación erudita, el carácter del clasicismo. Ennio, Pacuvio y sobre todo Plauto son puestos ahora por las nubes, con menos gusto y mayor parcialidad que en la época escipiónica. Los pliegos de la Sibila suben de precio cuanto más van escaseando; el nacionalismo y la escasa productividad de los poetas del siglo VI no se sintieron nunca tan vivamente como en esta época de epígonos impenitentes que, lo mismo en literatura que en política, volvían los ojos con nostalgia al siglo de las guerras púnicas como al siglo de oro que desgraciadamente ya no podría volver.

Claro está que en esta admiración por los antiguos clásicos iba mezclada una buena dosis del mismo convencionalismo y de la misma hipocresía que caracterizan a los conservadores de esta época, y tampoco en este terreno faltan los contemporizadores. Cicerón, por ejemplo, aun siendo por su prosa uno de los primeros representantes de la tendencia moderna, tributaba a la antigua poesía nacional el mismo dudoso respeto aproximadamente con que reverenciaba a la constitución aristocrática y a la doctrina augural; "el patriotismo ordena —decía— preferir una traducción latina de Sófocles, por mala que sea, al original".

La moderna tendencia literaria, afín a la corriente política de la monarquía, era compartida, pues, aunque en secreto, por no pocos de los admiradores ortodoxos de Ennio, pero no faltaban tampoco los insolentes que, en sus juicios, trataban a la literatura nacional con la misma falta de respeto que a la política senatorial. Todo por cuestiones de bandería y sin preocuparse de aplicar los criterios de crítica rigurosa de la época de Escipión; se ensalza a Terencio simplemente para echar por tierra a Ennio y sobre todo a sus partidarios. Y la gente joven y más audaz iba aún mucho más lejos y se atrevía, aunque fuese sólo como un acto de rebeldía heterodoxa contra la ortodoxia literaria, a llamar a Plauto un burdo bufón y a Lucilio un poetastro de última fila. Pero, en realidad, esta tendencia moderna no se apoya tanto en la nueva literatura nacional romana como en la nueva literatura griega, en el llamado alejandrinismo.

El alejandrinismo

Es indispensable que digamos algo acerca de esta curiosa floración de estufa de la lengua y el arte helénicos; por lo menos lo que es necesario saber para poder comprender la literatura romana de esta época y las siguientes. La literatura alejandrina es un producto de la decadencia del lenguaje griego puro, que en los tiempos de Alejandro Magno es sustituido por una jerga adulterada, nacida sobre todo del contacto del dialecto macedónico con las numerosas tribus griegas y bárbaras; o, para decirlo más exactamente, la literatura alejandrina brota del colapso de la nación helénica en general, la cual tenía que perecer y pereció en efecto, como individualidad nacional, para que sobre sus ruinas pudiesen erigirse la monarquía universal de Alejandro y el imperio del helenismo. Si el imperio universal de Alejandro hubiese llegado a subsistir, la antigua literatura helénica nacional y popular habría sido desplazada por una literatura cosmopolita, helénica solamente de nombre, y en realidad desnacionaliza-

da y alumbrada en cierto modo desde arriba, pero que a pesar de todo habría conquistado hegemonía mundial; pero como el Estado de Alejandro saltó hecho añicos a la muerte de su fundador, no tardaron en desaparecer con él los comienzos de una literatura que era hechura suya.

Sin embargo esto no podía arrancar al pasado, del que ya formaba parte, a la nación griega con todo su patrimonio espiritual, con sus costumbres, su lengua y su arte. De la literatura griega sólo se preocupaba ya, como de un cuerpo muerto, un círculo relativamente reducido, no de hombres cultos —pues ya no los había—, sino de eruditos, que se dedicaban a inventariar, unos con melancólica fruición, otros con ásperas cavilaciones, la rica herencia de la gran muerta, dando tal vez a su sentimiento vivo de nostalgia o a su erudición muerta la apariencia de una cierta actividad creadora. Esta obra póstuma de creación recibe el nombre de alejandrinismo.

El alejandrinismo presenta una esencial analogía con aquella literatura de eruditos surgida durante los siglos XV y XVI como una especie de tardía floración espiritual de la Edad Media, después de perecer ésta dentro de un círculo de filólogos cosmopolitas vueltos completamente de espaldas a las nacionalidades vivas del mundo neolatino y a sus respectivas lenguas vulgares. Es posible que el contraste entre el griego clásico y el griego vulgar de la época de los diádocos no fuese tan acentuado, pero era en el fondo el mismo que puede apreciarse entre el latín de un Manucio y el italiano de un Maquiavelo.

Hasta ahora Italia había mantenido, en lo esencial, una actitud reacia al alejandrinismo. La época de relativo esplendor de esta corriente literaria, en su cuna, es la que precede inmediatamente a la primera guerra púnica y al periodo inmediatamente posterior a ella; sin embargo Nevio, Ennio, Pacuvio y en general todos los escritores nacionales romanos hasta Varrón y Lucrecio, en todas las ramas de producción poética, sin exceptuar siquiera la poesía didáctica, se inspiran, no en sus contemporáneos griegos o en sus inmediatos ante-

cesores, sino en Homero, en Eurípides, en Menandro y en los demás maestros de la literatura helénica viva y nacional. La literatura romana no se caracterizó nunca por su sentido nacional ni por su lozanía; pero mientras existió un pueblo romano, sus escritores procuraron apoyarse siempre en modelos vivos y nacionales y copiar, por lo menos, directamente de los originales, aunque no siempre de los mejores ni con el mejor acierto.

La literatura griega nacida después de Alejandro encontró sus primeros imitadores romanos —pues casi no vale la pena mencionar los primeros e insignificantes brotes de la época de Mario— entre los contemporáneos de Cicerón y César; y a partir de ahora el alejandrinismo romano empieza a desarrollarse con enorme celeridad. La intensificación de los contactos con los griegos, sobre todo los frecuentes viajes de los romanos a los países helénicos y la concentración de literatos griegos en Roma, hacían que la literatura griega de esta época, la poesía épica y elegiaca que ahora se hallaba en boga en Grecia, los epigramas y las fábulas de Milesio, encontrasen también un público entre los itálicos.

La poesía alejandrina hízose fuerte además, como tuvimos ocasión de exponer más arriba, en la enseñanza de la juventud de Italia, y esto repercutió a su vez sobre la literatura latina, tanto más cuanto que ésta dependió siempre esencialmente, y siguió dependiendo, de la formación escolar helénica. En este sentido, sabemos que existía incluso un entronque directo entre la literatura neorromana y la neohelénica: el poeta Partenio, uno de los mejores poetas elegiacos alejandrinos, creó en Roma, parece que hacia el año 54, una escuela de literatura y poesía, y aún se conservan los extractos facilitados por él a sus discípulos más aventajados como temas para la composición de elegías erótico-mitológicas en latín con arreglo a la consabida receta alejandrina.

Pero sería pueril pensar que fueron estos factores puramente fortuitos los que dieron vida al alejandrinismo romano; no, esta corriente era un producto tal vez poco grato, pe-

ro absolutamente inevitable, del desarrollo político y nacional de Roma. Por una parte, al llegar a esta época el Lacio se disolvió en el romanismo, lo mismo que la Hélade en el helenismo; el desarrollo nacional de Italia fue sobrepasado y absorbido por el imperio mediterráneo de César de modo muy semejante a como el desarrollo nacional helénico fue absorbido por el imperio oriental de Alejandro. Por otra parte el nuevo imperio descansaba sobre el hecho de que las dos poderosas corrientes de la nacionalidad griega y latina, después de discurrir durante milenios por cauces paralelos, confluyesen y se fundiesen en un solo brazo; en estas condiciones la literatura itálica, que hasta ahora había venido apoyándose siempre en la literatura griega, tenía que ponerse necesariamente al mismo nivel de la literatura helénica de los nuevos tiempos, es decir, del alejandrinismo.

La literatura latina nacional feneció y llegó a su término con el latín académico, el número cerrado de clásicos y el círculo aristocrático, exclusivista, de los "urbanos" entregados a su lectura; su vacante fue ocupada por una literatura imperial criada artificialmente y con base toda ella en epígonos, que no descansaba sobre una determinada nacionalidad, sino que proclamaba el evangelio general de la humanidad como un evangelio bilingüe, y que en lo espiritual dependía total y conscientemente de la literatura helénica y en lo lingüístico en parte de ésta y en parte de la antigua literatura nacional romana. Esto no representaba ningún progreso. La monarquía mediterránea de César era, indudablemente, una grandiosa creación y, lo que es más importante, una creación necesaria, pero había sido impuesta desde arriba, razón por la cual no encerraba nada de esa vida popular fresca y vigorosa, de esa energía nacional exuberante propia de comunidades más jóvenes, menos vastas y más naturales, como lo era todavía el Estado itálico del siglo VI. El colapso de la nacionalidad itálica inherente a la creación cesárea rompió el espinazo a la literatura.

Quien tenga conciencia de la íntima afinidad electiva entre el arte y la nacionalidad antepondrá siempre un Catón y un Lucrecio a un Cicerón y a un Horacio; sólo una concepción de la historia y de la literatura propia de maestrillos de escuela, concepción prescrita ya, por lo demás, en este terreno, ha podido llamar el siglo de oro a la época de la historia del arte que comienza con la monarquía. Pero si debemos reconocer que el alejandrinismo romano-helénico de la época de César y de Augusto queda muy por debajo de la antigua literatura nacional, por imperfecta que ella fuese, no es menos cierto que descuella por encima del alejandrinismo de la época de los diádocos tan indiscutiblemente como establece el edificio levantado por César sobre la efímera obra de Alejandro. La literatura augustea, comparada con las producciones análogas de los tiempos de los diádocos, tiene mucho menos que ésta de literatura filológica y mucho más de literatura extensiva a todo el imperio, y esto explica que influyese entre las clases altas de la sociedad de un modo mucho más general y más permanente de lo que jamás logró hacerlo el alejandrinismo.

La literatura dramática y el teatro

En ningún otro género literario era tan triste la situación como en el campo de la literatura dramática. La tragedia y la comedia romanas habíanse extinguido antes de llegar a esta época. Ya no se ponían en escena obras nuevas. Y no es que todavía en tiempo de Sila no las apeteciese el público; es bien elocuente en este sentido el hecho de que se recurriese al ardid de reponer las comedias de Plauto cambiando sus títulos y los nombres de los personajes, aunque la dirección se cuidase de añadir que valía más una buena obra antigua que una mala obra nueva. De esto a ceder completamente la escena a los poetas muertos que encontramos en la época de Cicerón, y por los que el alejandrinismo no sentía la menor animosidad, no había más que un paso.

La obra creadora de los alejandrinos en este terreno era peor que nada. La literatura alejandrina no conoció jamás una verdadera poesía dramática; sólo logró aclimatar en Italia un seudodrama, destinado primordialmente a la lectura y no a la escenificación; estos yambos dramáticos no tardaron en hacer estragos en Roma como en Alejandría, y sobre todo el afán de escribir tragedias empezó a figurar entre las enfermedades crónicas infantiles. De la calidad que podían tener estas obras nos dará una idea el dato según el cual Quinto Cicerón escribió cuatro tragedias en dieciséis días para combatir homeopáticamente el tedio en los cuarteles de invierno de las Galias.

Sólo en el llamado "trasunto de la vida", en la farsa grotesca, siguió creciendo el último brote todavía verde de la literatura nacional, la atelana, enlazado ahora con los vástagos etológicos del sainete griego, que el alejandrinismo cultivó con mayor vigor poético y mejor éxito que ninguna otra rama de la poesía. Estas pantomimas habían surgido de las danzas mímicas con acompañamiento de flauta, usuales desde mucho tiempo atrás y que se ejecutaban unas veces con diversos motivos, por ejemplo, para entretener a los comensales en los banquetes, y otras veces en el teatro, delante de la escena, durante los entreactos. No era difícil convertir estas danzas —en las que sin duda se empleaba ya de antiguo el lenguaje como medio auxiliar—, mediante la introducción en ellas de una pequeña trama y de un diálogo en regla, en pequeñas farsas escénicas, las cuales distinguíanse, sin embargo, esencialmente de la comedia corriente e incluso de la farsa al uso por el papel tan importante que seguían desempeñando en su desarrollo la danza, con el tono lascivo que le era peculiar, y, además, por la circunstancia de que, no representándose realmente estas piezas en la misma escena, sino delante de ella, en el sitio que hoy ocupa el patio de butacas, prescindían de los atributos de la idealización escénica tales como las máscaras y el coturno teatral; finalmente, cosa muy

importante, los papeles femeninos eran desempeñados en ellas por mujeres.

Esta nueva pantomima, que parece haberse incorporado al teatro de la capital por vez primera hacia el año 82, relegó en seguida a segundo plano la farsa nacional, con la que por lo demás coincidía en lo esencial, y se empleaba ahora como recurso usual para llenar los entreactos y sobre todo como fin de fiesta, después de los otros espectáculos. La fábula que servía de trama a estas representaciones era, naturalmente, aún más secundaria, más deshilvanada y loca que la de la antigua farsa; con tal de que el espectáculo fuese divertido, el público no se paraba a preguntar por qué reía ni tomaba a mal que el poeta cortase el nudo, no sabiendo desatarlo.

Los temas eran por regla general amorosos y entre ellos abundaban los más descarados; poeta y público confabulábanse, por ejemplo, contra el hombre casado, y la justicia poética consistía aquí en hacer siempre befa de las buenas costumbres. El encanto literario de estas obras consistía, al igual que en la atelana, en sus cuadros costumbristas de la vida vulgar e incluso vil, en los que las estampas rurales pasan a segundo plano ante la vida y las costumbres de la capital y en los que se invita a la dulce chusma de Roma, lo mismo que en las obras griegas del mismo género se invitaba a la de Alejandría, a aplaudir a su propia imagen reflejada en la escena.

Muchos de los temas de estas farsas están tomados de la vida artesanal; entre sus títulos aparecen *El batanero,* personaje inevitable también aquí, *El cordelero, El tintorero, El salinero, Las tejedoras, El carrero;* otras giran en torno a caracteres más o menos psicológicos, como *El olvidadizo, El charlatán, El hombre de los cien mil sestercios;*[3] otras esbozan estampas de la vida del extranjero: *La etrusca, Los galos, El cretense, Alejandría,* o cuadros tomados de las fiestas populares: *Las compitalias, Las saturnales, Anna Perenna, Los baños calientes,* o escenas mitológicas parodiadas: *El viaje a los infiernos, El lago del Averno.*

Las frases concisas y certeras y las sentencias breves, fáciles de retener y de aplicar en que se compendian reglas de sabiduría vulgar, son siempre bien recibidas en estas farsas; pero en ellas tienen también carta de naturaleza todos los absurdos y necedades; en este mundo al revés se le pide agua a Baco y vino a la ninfa de las fuentes. También encontramos en estas pantomimas ejemplos de alusiones políticas, tan rigurosamente vedadas en las demás manifestaciones del teatro romano.[4] En cuanto a la forma métrica, los poetas, según sus propias palabras, "no se esforzaban gran cosa por lograr buenos versos"; en las obras de este género destinadas a ser publicadas el lenguaje abundaba en vulgarismos y frases obscenas.

Como vemos, estas pantomimas no se diferenciaban gran cosa de la farsa que las había precedido; en ellas desaparecen, sin embargo, las máscaras de carácter y el escenario permanente de la atelana, y el sello rústico propio de ésta es sustituido por el ambiente de la gran ciudad y la libertad e insolencia ilimitadas características de él. Indudablemente la mayoría de estas obras tenían un carácter fugaz y no aspiraban a ocupar un puesto en la literatura; sin embargo las de Laberio, en que los caracteres aparecen dibujados con enérgicos trazos y escritas de mano maestra lo mismo en cuanto a su lenguaje que en cuanto a su rítmica, han quedado incorporadas permanentemente a ella, y es una pena, incluso desde el punto de vista del historiador, que ya no nos sea dado hoy comparar el drama de la agonía republicana de Roma con su hermano mayor ateniense.

A medida que descendía el nivel de la literatura dramática aumentaban la afición al teatro y la suntuosidad escénica. Las representaciones teatrales ocupaban un lugar importante no sólo en la vida pública de la capital, sino también en la de los centros de población campesina. Aquélla obtuvo por fin, bajo Pompeyo (año 55), su teatro permanente, y también en Roma se introdujo ahora (en el 78) la costumbre extendida en la Campania de tender grandes lonas sobre el sitio en que se

celebraban las representaciones teatrales —pues en la Antigüedad celebrábanse siempre al raso—, para proteger a los actores y a los espectadores.

En Roma repetíase el caso de Grecia, donde no eran precisamente la pléyade de los dramaturgos alejandrinos, completamente desvaídos, sino las obras clásicas, sobre todo la tragedia de Eurípides, las que se mantenían en escena y se beneficiaban con los grandes recursos escénicos conocidos ahora; en tiempo de Cicerón el teatro romano ofrecía a su público, principalmente, los dramas de Ennio, Pacuvio y Accio y las comedias de Plauto. Éste había sido desplazado en la época anterior por la comedia de Terencio, más refinada indudablemente, aunque inferior en cuanto a fuerza cómica; pero Roscio por su parte y Varrón por la suya, es decir, el actor y el filólogo, cada cual a su modo, se las arreglaron para infundir nueva vida a la obra de Plauto y prepararle una resurrección parecida a la que Garrick y Johnson infundieron en su tiempo a la obra de Shakespeare. Esto no fue obstáculo para que sobre el propio Plauto repercutiesen la decadencia de la sensibilidad y la prisa nerviosa de un público mal acostumbrado por las breves y desaliñadas farsas en boga, lo que obligaba a la dirección del teatro a disculpar la duración de estas comedias clásicas y también, probablemente, a tachar y modificar en ellas lo que se le antojase.

Cuanto más raquítico era el repertorio, más se concentraban la actividad del director y los actores y el interés del público en el aspecto escénico de la representación. Ahora no existía en Roma profesión más rentable que la de actor o la de bailarina de primer rango. Ya hemos tenido ocasión de referirnos a la fortuna principesca amasada por el actor trágico Esopo; su contemporáneo Roscio, más aplaudido aún que él, tenía según sus propios cálculos un ingreso anual de 600 mil sestercios,[5] y a la bailarina Dyonisia se le calculaba una entrada anual de 200 mil sestercios. Gastábanse además sumas enormes en decoraciones y en vestuario; se dieron casos de desfilar por la escena convoyes de seiscientas mulas todas

enjaezadas y el ejército escénico de Troya se dispuso en una ocasión de modo que el público viese proyectarse en las tablas como en un gran cuadro las naciones vencidas en el Asia por Pompeyo.

La música, cuya función exclusiva era en un principio la de acompañar la ejecución de los números de canto intercalados en la representación, fue adquiriendo también mayor importancia y un papel sustantivo; como el viento mueve las olas, decía Varrón, así el virtuoso flautista guía los espíritus del público con los cambios y modulaciones de sus melodías. Los músicos fueron acostumbrándose a acelerar el ritmo, obligando de ese modo al actor a representar con mayor vivacidad su papel. Desarrolláronse la afición musical y la escénica; el buen aficionado conocía cualquier melodía por las primeras notas y se sabía los textos de memoria; cualquier desliz musical o de recitación era enérgicamente subrayado por el público con sus protestas.

El teatro romano de la época de Cicerón presentaba sorprendentes analogías con el teatro francés de hoy. Las pantomimas romanas tenían algo de los cuadros sueltos que hoy vemos en las escenas de Francia, en las que, al igual que en aquéllas, nada hay que no encaje por demasiado malo o demasiado bueno; y en ambos teatros encontramos también la misma tragedia y la misma comedia clásicas y tradicionales, que el hombre culto se cree obligado por convencionalismo a admirar o, por lo menos, a aplaudir. Se da gusto a la multitud, ofreciéndole en la farsa su propio espejo y en la comedia una pompa decorativa que pueda admirar y la impresión general de un mundo ideal capaz de conmoverla; por su parte el hombre culto va al teatro, no para ver la obra, sino para recrearse en el virtuosismo artificioso de su representación. Finalmente, el arte escénico romano oscilaba como en Francia entre la cabaña y el salón. No era nada extraordinario ver a una bailarina romana, al final de su número, despojarse de la túnica para obsequiar al público una danza en ropas menores; mientras tanto, en el otro polo, el Talma romano con-

sideraba como ley suprema de su arte, no la verdad natural, sino la simetría.

La poesía recitativa: Lucrecio

En la poesía recitativa no parecen haber faltado tampoco, en esta época, las crónicas en verso a la manera de Ennio; pero la crítica de estas composiciones poéticas se expresa con bastante fuerza en aquel voto de amor que Cátulo hace a su novia: quemar ante el altar de Venus, como ofrenda, la peor de las peores epopeyas si consigue arrancar a su amado de los brazos de su maligna poesía política para volverlo de nuevo a su seno.

En realidad, en todo el campo de la poesía recitativa de esta época sólo hay una obra notable en que se refleje la antigua tendencia nacional de Roma, pero esta obra figura entre las creaciones poéticas más importantes de toda la literatura romana. Nos referimos al poema didáctico de Tito Lucrecio Caro (99-55) *De Natura Rerum.* Su autor, hombre que pertenecía a la mejor sociedad romana, pero alejado de la vida pública ya fuese por su débil salud, ya por aversión, murió en plena madurez, poco antes de que estallase la guerra civil.

Como poeta Lucrecio se inspira fuertemente en Ennio y, a través de él, en la literatura clásica griega. Se aparta asqueado del "vacuo helenismo" de su tiempo y se confiesa con toda su alma y todo su corazón discípulo de los "severos maestros griegos"; y en efecto, la sagrada severidad de un Tucídides encuentra un eco bastante digno de él en una de las partes más conocidas de este poema romano. Y así como Ennio había tomado su sabiduría de Epicarmo y Euhemero, Lucrecio se inspira para la forma de su exposición en Empédocles, "el más esplendoroso tesoro de la venturosa isla siciliana"; y en cuanto al fondo, "reúne todas las palabras de oro de los escritos de Epicuro", "que hace palidecer a todos los otros sabios como el sol a las estrellas". Al igual que Ennio, Lucrecio desdeña la erudición mitológica, bagaje impuesto a la poesía

por el alejandrinismo, y sólo reclama de sus lectores el conocimiento de las leyendas más familiares.[6] Y desafiando al nuevo purismo en boga, que destierra de la poesía todas las palabras extranjeras, prefiere emplear, coincidiendo también con Ennio, términos griegos llenos de significado en vez de insípidas expresiones latinas. En los ritmos de Lucrecio encontramos aún con mayor frecuencia la aliteración de la antigua poesía romana, la falta de trabazón entre las distintas partes de los versos y las frases y, en general, el modo de expresarse y de versificar de los antiguos. Y aunque sabe manejar el verso más melódicamente que Ennio, sus hexámetros no fluyen como los de la escuela poética moderna con la gracia de un arroyo saltarín, sino con majestuosa lentitud, como un río de oro fluido.

Desde el punto de vista filosófico y práctico Lucrecio se inspira también totalmente en Ennio, el único poeta latino a quien elogia en sus versos. Aquella profesión de fe del cantor de Rudia citada ya más arriba:

Ego Deum genus esse semper dixi et dicam coelitum
Sed eos non curare opinor, quid aget humanum genus!

Siempre he dicho y aún digo que los dioses existen,

Pero creo que no se ocupan para nada de la suerte de los hombres,

expresa exactamente el punto de vista religioso de Lucrecio; y éste no anda descaminado cuando, basándose en ello, dice que su verso es como la continuación de lo que

Ennius ut noster cecinit, qui primus amoeno,
Detulit ex Helicone perenni fronde coronam
Per gentes Italas hominum quae clara clueret.

Nos cantó Ennio, el hombre que primero nos trajo la corona

Tejida con el laurel perenne de las frondas de la Hélade

Y cuya gloria resplandece a través de todas las gentes itálicas.

En la poesía de Lucrecio vuelve a vibrar, acaso por última vez, todo aquel orgullo y toda aquella severidad de los poetas del siglo VI, en el cual, en medio de las imágenes del temible cartaginés y del glorioso Escipión, las ideas y los sentimientos del poeta vivían más a gusto que en su propio siglo decadente.[7] Comparada con las canciones corrientes, su poesía, "que brotaba con gracia del copioso manantial de su espíritu", parecíale a él mismo "como el canto breve del cisne en contraste con el graznido del cuervo". Y su corazón inflamábase también, escuchando sus propias melodías, con la esperanza de la inmortalidad. Y así como Ennio habla del hombre "a quien regala la canción fogosa salida de lo más profundo de su pecho", Lucrecio pide en su propio epitafio que nadie llore sobre su tumba, en la que yace un bardo inmortal.

¡Extraña fatalidad la que hizo que este talento extraordinario, superior en capacidad poética creadora a la mayoría de sus predecesores, si es que no a todos, surgiese en una época en la que tenía que sentirse por fuerza huérfano y extraño a sí mismo! Esto y no otra cosa fue lo que le hizo equivocarse de medio a medio en la elección de los temas de su poesía. No cabe duda de que el sistema epicúreo, que convierte el universo en un gran torbellino de átomos e intenta desembrollar de un modo puramente mecánico el principio y el fin del mundo, al igual que todos los problemas de la naturaleza y de la vida, era un poco menos absurdo que aquella tentativa de historización de los mitos emprendida por Euhemero y, a la zaga de él, por Ennio. Pero esto no quiere decir que fuese, ni mucho menos, un sistema ingenioso y vivo; por su parte, la empresa de desarrollar poéticamente esta concepción mecanicista del mundo era algo tan descabellado que no habría probablemente otro tema más ingrato sobre el cual pudiera derrochar un poeta su arte y su vida.

El lector de formación filosófica echará de menos en el poema didáctico de Lucrecio los aspectos más sutiles del sistema que en él se canta y le reprochará su superficialidad, sobre todo en cuanto a la exposición de los puntos polémi-

cos, la defectuosa ordenación y las frecuentes repeticiones, con la misma razón con que el lector de gustos poéticos se rebela contra la matemática versificada que hace sencillamente ilegible gran parte del poema.

Pero a pesar de estos defectos verdaderamente increíbles, que habrían hecho sucumbir irremisiblemente a cualquier talento mediocre, el autor de este poema podía jactarse legítimamente de haber sabido conquistar en medio del desierto una corona con que las musas no habían ceñido aún la frente de ningún poeta. Y no son las figuras intercaladas de vez en cuando en el poema y otras descripciones de los imponentes fenómenos naturales y de las poderosas pasiones del hombre, que en él figuran, lo único que le vale a Lucrecio este nuevo galardón de poeta. El genio de la concepción del mundo y de la poesía lucrecianas estriba en su incredulidad, que se enfrentó y podía enfrentarse a la hipocresía y a la superstición imperantes con la plena certeza del triunfo de la verdad y, por lo tanto, con la plena y vigorosa vitalidad de su poesía.

Humana ante oculos foede cum vita jaceret
In terris oppressa gravi sub religione,
Quae caput a coeli regionibus ostendebat
Horribili super aspectu mortalibus instans
Primum granis homo mortalis tendere contra.
Est oculos ausus primusque obsistere contra.
Ergo vivida vis animi pervicit, et extra
Processit longe flammantia maenia mundi
Atque omne immensum peragravit mente animoque.

Cuando vio abajo la existencia de la humanidad
Oprimida sobre la tierra bajo el peso de la religión,
Que, asomando su faz desde la bóveda celeste,
Con pavoroso gesto, amenazaba a los mortales,
Fue un griego el primero que osó levantar el ojo humano
Hacia lo alto, mirarla cara a cara, enfrentarse con ella;

Y la fuerza valerosa del pensamiento venció; arrolladoramente,

Se remontó sobre las barreras flamantes del universo,

Y el espíritu y la razón recorrieron el todo infinito.

El poeta atrevíase, pues, a derrocar a los dioses de su trono como Bruto había derrocado a los reyes, y a "libertar a la naturaleza de su despótico señor". Sin embargo estas palabras inflamadas no iban dirigidas contra Júpiter; lo mismo que Ennio, Lucrecio combate prácticamente, por encima de todo, las sombrías religiones exóticas y la superstición de la multitud, por ejemplo el culto de la Diosa Madre y la pueril ciencia adivinadora de los etruscos. Este poema fue inspirado por el horror y la repugnancia contra aquel mundo espantoso en el que escribía y para el que escribía el poeta. Fue compuesto durante los años desesperanzados en que había caído ya la oligarquía, pero no se había levantado aún sobre sus ruinas el gobierno de César; bajo la atmósfera sofocante, bochornosa, de angustiosa tensión, en que la explosión de la guerra civil se presentía, pero no acababa de estallar.

Aunque a través de los versos desiguales y nerviosos del poema creamos percibir la angustia con que el poeta esperaba ver desencadenarse de un momento a otro sobre él y sobre su obra el huracán de la revolución, su modo de ver los hombres y las cosas no debe llevarnos a olvidar entre qué hombres y ante el panorama de qué cosas surgió en él aquella concepción. En la época anterior a Alejandro era un dicho proverbial entre los helenos y profundamente sentido por los mejores de ellos que, después de la dicha suprema de no haber nacido, la más envidiable era la de morir. De todas las concepciones del mundo que en la época de César, semejante a aquella de Grecia, podía abrazar un espíritu delicado y dotado para la poesía, ninguna más noble ni más ennoblecedora que la que consideraba como una bendición para el hombre el verse libre de la fe en la inmortalidad del alma y, por lo tanto, del miedo horrible a la muerte y a los dioses, que atenaza el alma del hombre como la angustia el alma del niño

encerrado en el cuarto oscuro; la idea de que así como el sueño de la noche es más benéfico que los sufrimientos del día, la muerte, que trae el eterno descanso para todas las esperanzas y todos los temores, es preferible a la vida, idea muy propia de un poeta como éste, cuyos dioses no son ni brindan otra cosa que el eterno y bienaventurado descanso; de que los castigos del infierno no atormentan al hombre después de la muerte, sino en vida, en las pasiones sin cesar agitadas de su turbulento corazón; de que a lo que el hombre debe aspirar es a entonar su alma en la equilibrada serenidad, a enseñarle a no tener en más estima la púrpura que la túnica de lana con que el cuerpo se arropa y conserva su calor, a perderse de mejor gana entre la masa los llamados a obedecer que entre el tropel tumultuoso de los que aspiran a gobernar, a encontrar más gustosa la vida del que se tiende tranquilamente sobre la hierba que la del que ayuda al rico a vaciar sus interminables platos bajo el fastuoso artesonado de su palacio.

Esta filosofía práctica es la que forma la verdadera médula ideal del poema didáctico de Lucrecio, escondida pero no aplastada bajo toda la aridez de sus elucubraciones físicas. Y sobre ella descansa esencialmente su relativa sabiduría y su relativa verdad. El hombre que, animado de un gran respeto por sus grandes antecesores y de un entusiasmo sin paralelo ya en el siglo en que vivió, fue capaz de predicar semejante doctrina y además de iluminarla con el resplandor y el encanto de las musas, merece que se le disciernan los títulos de buen ciudadano y de gran poeta. El poema didáctico sobre la naturaleza de las cosas, por mucho que haya en él de censurable, luce como una de las estrellas más brillantes en el firmamento gris de la literatura romana, y fue muy certera la elección del más grande maestro de la lengua alemana cuando se impuso como su último y supremo trabajo el de poner al alcance de los lectores el poema de Lucrecio.

La poesía helénica a la moda

Aunque su fuerza poética y su arte encontraron ya admiradores entre las gentes cultas de su época, Lucrecio fue siempre, por haber nacido tarde, un maestro sin discípulos. En cambio la poesía helénica a la moda no carecía, ya que otra cosa no fuese, de discípulos afanosos por emular a los maestros alejandrinos. Entre estos poetas los de más talento habían rehuido siempre, con prudente tacto, las grandes obras y los géneros poéticos puros, el drama, la epopeya y la lírica; sus frutos más atractivos eran, como los de los nuevos poetas latinos, las obras "de corto aliento", y sobre todo aquellas que se movían en las zonas fronterizas entre diversos géneros literarios, principalmente las que quedaban a igual distancia del relato y la canción.

Abundaban mucho los poemas didácticos. Y existía también gran predilección por las pequeñas composiciones mitad heroicas mitad eróticas, y sobre todo por una forma de erudita elegía amorosa característica de este veranillo de san Martín de la poesía griega y de su hipocrene filológica; en ella el poeta entrelazaba más o menos espiritualmente el relato de sus propias sensaciones, fundamentalmente amorosas, con retazos épicos sacados del ciclo de las leyendas griegas. Los poetas de esta época elaboraban ahincada y artificiosamente las canciones solemnes; en general la escasez de libre inventiva poética hacía que predominase la poesía de ocasión y principalmente el epigrama, género en el que hicieron grandes cosas los alejandrinos. La pobreza de temas y la falta de vida lingüística y rítmica que van inevitablemente aparejadas a toda literatura sin savia nacional pretendían ocultarse en lo posible recurriendo a asuntos embrollados, a giros retorcidos, a palabras raras y a un artificioso tratamiento del verso, empleando en general todo el complicado aparato de la erudición filológico-anticuaria y de la maestría técnica.

Tal era el evangelio que se les predicaba a los muchachos romanos en esta época, los cuales acudían en tropel a iniciarse en él por la palabra y por la práctica; alrededor del año 54 las poesías eróticas de Euforión y otras obras alejandrinas semejantes a ésta eran ya la lectura corriente y los textos usuales que servían de base para los ejercicios de declamación de la juventud culta.[8] La revolución literaria era ya un hecho, pero por el momento, con contadas excepciones, no aportaba más que frutos madurados prematuramente o a medio madurar. Los "poetas a la nueva moda" formaban legión, pero la poesía andaba escasa y Apolo, como ocurre siempre cuando la gente se aglomera en el parnaso, veíase obligado a trabajar de prisa.

Las poesías largas nunca valían nada, y las cortas rara vez valían algo. La poesía cotidiana era entonces, lo mismo que hoy, una verdadera plaga nacional; era frecuente enviar a un amigo como burla, en el día de su cumpleaños, un montón de malos versos recién salidos de la librería y cuyo valor delataban ya a la legua la lujosa encuadernación y el pulido papel. Los alejandrinos romanos, al igual que los helénicos, carecían de verdadero público, en el sentido en que tiene un público toda literatura de carácter nacional; eran poesía de pandilla o, mejor dicho, de pandillas, en la que los cofrades se mantenían estrechamente unidos, hacían la vida imposible a los intrusos, se leían unos a otros y criticaban entre sí las nuevas poesías y probablemente, siguiendo una costumbre muy alejandrina, festejaban con nuevas producciones poéticas las obras mejor logradas e improvisaban así, mediante panegíricos pandillistas, una fama efímera y falsa. Un prestigioso maestro de la literatura latina, Valerio Catón, autor a su vez de algunas composiciones poéticas del nuevo tipo, parece haber ejercido cierta autoridad académica sobre los autores más destacados de estos círculos literarios, en la que se apoyaba para fallar en última instancia acerca del valor relativo de sus poesías.

Estos pobres romanos siéntense enteramente supeditados y a veces escolarmente serviles ante sus maestros griegos; la mayoría de sus composiciones no pasaban de ser los frutos ácidos de una poesía escolástica en proceso de aprendizaje, todavía no asimilada del todo, y desprendidos de ella antes de tiempo. Plegábanse a sus modelos griegos, en cuanto al lenguaje y a la métrica, mucho más de cerca de lo que nunca hiciera la poesía latina nacional, y esto explica que se lograse en ellos mayor corrección y consecuencia métricas y lingüísticas, pero siempre a costa de la ductilidad y la riqueza de la lengua nacional.

En cuanto al contenido, la influencia de sus modelos afeminados, de una parte, y de otra el libertinaje de la época, hacían que predominasen en ellas los temas de carácter erótico en una proporción incompatible ya con la poesía. Pero traducíanse también con frecuencia los compendios métricos favoritos de los griegos; Cicerón, por ejemplo, tradujo el compendio de astronomía de Arato, y hacia fines de esta época o más bien a comienzos de la siguiente Publio Varrón, del Aude, vertió al latín el manual de geografía de Eratóstenes y Emilio Mácer el manual de física y medicina de Nicandro.

No es extraño ni lamentable que de aquella legión innumerable de poetas sólo hayan llegado a nosotros unos cuantos nombres, los cuales, además, sólo aparecen citados en la mayoría de los casos como curiosidades o como prestigios pertenecientes al pasado. Entre ellos conocemos, por ejemplo, al orador Quinto Hortensio, con sus "quinientos mil versos" llenos de aburrida obscenidad, y el nombre de Levio, citado con alguna mayor frecuencia y cuya *Erotopoegnia* sólo logró despertar cierto interés gracias a su embrollada métrica y a sus giros amanerados. El pequeño poema épico *Esmirna* de Cayo Elvio Cinna († 44?), tan ensalzado por la *coterie* del autor, nos ofrece las peores características de la época, tanto por su tema, que son los amores incestuosos de una hi-

ja con su propio padre, como por los nueve años de esfuerzos empleados por el autor para escribirlo.

Cátulo

Sólo nos ofrecen una excepción grata y original aquellos poetas de esta escuela que acertaron a combinar la limpieza y la maestría de forma características de ella con el contenido nacional persistente aún bajo la república, sobre todo en la vida del campo. Nos referimos, al decir esto, dejando a un lado aquí a Laberio y Varrón, a los tres poetas de la oposición republicana: Marco Furio Bibáculo (102-63), Cayo Licinio Calvo (82-48) y Quinto Valerio Cátulo (87-hacia 54). Por lo que se refiere a los dos primeros, lo que decimos no es más que una conjetura, pues sus obras se han perdido; en cambio sí podemos emitir un juicio fundado acerca de las poesías de Cátulo.

Cátulo forma también parte de la escuela alejandrina, lo mismo en cuanto a la materia que en cuanto a la forma. En la colección de sus poesías encontramos traducciones de obras de Calímaco, y no de las mejores precisamente, sino de las más difíciles. También entre sus composiciones originales aparecen poesías a la moda, muy bien torneadas, como, por ejemplo, los ultraartificiosos yambos galos en elogio de la diosa frigia; el mismo poema, tan hermoso, por lo demás, sobre las bodas de Tetis, resulta estropeado artísticamente por la interpolación auténticamente alejandrina de la queja de Ariadna, incrustada sin que venga a cuento en el cuerpo de la composición.

Pero al lado de estas obras académicas encontramos en Cátulo las melodiosas lamentaciones de la auténtica elegía, el poema solemne revestido con toda la pompa de la poesía individual y casi dramática, y sobre todo las estampas, dibujadas con enérgico trazo y minuciosidad de miniaturista, en las que vive la sociedad de su época, las graciosas y bastante libres aventuras amorosas, la mitad de cuyo encanto está en el

relato y la poetización de los misterios del amor, la alegre vida de la juventud, con sus copas llenas y sus bolsas vacías, los placeres de los viajes y de la poesía; las anécdotas sobre la vida de la ciudad romana y veronesa, sobre todo de ésta, y las chanzas ingeniosas y placenteras entre buenos amigos. Pero el Apolo de este poeta no sólo sabe pulsar la lira, sino también echar mano del arco: el dardo alado de la burla no perdona ni a los versificadores aburridos ni a los provinciales corruptores de la lengua; pero contra nadie dispara el poeta sus saetas sarcásticas con mayor frecuencia y con más furia que contra los poderosos que amenazan a las libertades del pueblo.

Los versos, cortos y amenos, animados a veces por graciosos refranes, son de una consumada maestría, pero sin que en ellos asome el pulido repelente de la poesía fabricada. Las poesías de Cátulo nos llevan tan pronto al valle del Nilo como al valle del Po, aunque es en éste donde el poeta se siente verdaderamente a gusto. Y aunque tras ellas se ve siempre, indudablemente, el arte alejandrino, respiran también la íntima complacencia del latino, el orgullo del hombre del campo, el contraste entre Verona y Roma, el desdén del ciudadano de un municipio libre por los nobles y altivos señores del Senado que suelen mirar por encima del hombro a sus amigos humildes, sentimiento que vivía en la patria de Cátulo, en las tierras florecientes y relativamente lozanas de la Galia cisalpina, con mayor fuerza seguramente que en ningún otro sitio. Sus canciones más bellas evocan ante el lector las dulces imágenes del lago de Garda, y no es probable que ningún poeta de la capital hubiese sido capaz de escribir, en esta época, una poesía tan profundamente sentida como la de Cátulo a la muerte de su hermano o el himno, tan honrado y lleno de auténtica emoción cívica, compuesto por él para las bodas de Manlio y Aurunculea.

Este poeta, aunque vinculado a los maestros alejandrinos y educado en el ambiente de la poesía de la moda y las pandillas, que era la de su época, no sólo era un buen discípulo

entre aquella turbamulta de discípulos malos o mediocres, sino que descollaba además por encima de sus maestros como tenía que descollar el ciudadano de un municipio itálico libre por encima del literato helénico cosmopolita. Es cierto que no debemos buscar en él una eminente capacidad creadora ni altas intenciones poéticas; Cátulo es un poeta gracioso y ricamente dotado, pero no un gran poeta, y sus poesías no pasan de ser, como él dice de ellas, "pasatiempos y bagatelas". Sin embargo tenían razón tanto sus contemporáneos, al entusiasmarse con estas fugaces cancioncillas, como los críticos literarios de la época de Augusto, al colocar a Cátulo junto a Lucrecio como el poeta más importante de su generación. La nación latina no produjo otro en quien el contenido de la obra de arte y la forma artística alcancen una maestría tan consumada como en éste; en este sentido podemos afirmar que la colección de poesías de Cátulo es la obra más perfecta que la poesía latina de todos los tiempos puede presentar.

Varrón

Por fin aparece en esta época la poesía en forma de prosa. La ley, considerada hasta ahora inmutable, del auténtico arte tanto candoroso como consciente según la cual la materia poética y la forma métrica constituyen una inseparable unidad, cede ante la mezcolanza y la confusión de todos los géneros literarios y de todas las formas artísticas, que es uno de los rasgos más característicos de esta época.

Por lo que se refiere a la novela lo único que sabemos, ciertamente, es que el más famoso de los historiadores de esta época, Sisena, no consideró denigrante traducir al latín los popularísimos relatos de Arístides sobre Mileto, que no eran sino novelillas obscenas a la moda, de lo más vulgar que imaginarse pueda.

Una creación más original y mucho más plausible, en esta dudosa zona fronteriza poético-prosaica, son los escritos so-

bre estética de Varrón, que no es sólo el representante más destacado de las investigaciones sobre historia de la filología latina, sino que ocupa también un puesto importante en las letras como uno de los escritores más fecundos y más interesantes de Roma.

Marco Terencio Varrón, de Reata (116-27), hijo de un linaje plebeyo de la comarca sabina con rango senatorial desde hacía doscientos años, educado severamente en las ideas de la disciplina y la austeridad de los mayores,[9] militaba políticamente, como es fácil comprender, en el partido constitucional, en cuya acción y en cuyo calvario participó honrada y activamente. Militó en las luchas políticas, unas veces con su obra literaria, combatiendo, por ejemplo, en hojas volanderas a la primera coalición, a la que llamaba "el monstruo de las tres cabezas", y a veces con las armas en la mano, pues formó parte del ejército de Pompeyo como comandante en jefe de la España ulterior. Perdida la causa republicana, Varrón fue nombrado por el vencedor para dirigir la biblioteca que iba a fundarse en la capital. El torbellino de los años siguientes volvió a arrastrar al viejo Varrón, a quien la muerte no llamó a su seno hasta 17 años después del asesinato de César, a los 89 de una vida intensa y bien aprovechada.

Los escritos sobre estética, que le hicieron famoso, eran ensayos cortos, algunos de ellos estudios serios en prosa y otros relatos de tenor más caprichoso, en cuyo cuerpo de prosa se intercalan numerosas poesías. Aquéllos son los "estudios filosófico-históricos" *(logistorici)*, éstos las sátiras menipeas. Ninguno de ellos se inspira en precedentes latinos; las sátiras de Varrón, por ejemplo, no seguían para nada las huellas de las *saturae* de Lucilio. En general la *satura* romana no representa, como ya expusimos en otro lugar, un género literario fijo, sino que indica simplemente una cualidad negativa: la imposibilidad de encuadrar las "poesías varias" dentro del marco de ninguno de los géneros conocidos, razón por la cual este tipo de composiciones presenta un carácter

distinto y peculiar en cada uno de los poetas de talento que las cultiva.

Varrón se inspiraba más bien, lo mismo para sus ensayos estéticos ligeros que para sus obras de más peso, en la filosofía griega prealejandrina; para los estudios serios en los diálogos de Heráclides de Heraclea, en el mar Negro († hacia el año 300); para las sátiras en las obras de Menipo de Gadara, en la Siria (floreció hacia el año 280). La elección de sus modelos era harto significativa. Heráclides, que como escritor bebía en los diálogos filosóficos de Platón, perdía completamente de vista el contenido científico de estos diálogos para fijarse solamente en su brillante forma, considerando como lo fundamental el ropaje de la fábula poética; era un autor agradable y muy culto, pero distaba mucho de ser un filósofo. Menipo no tenía tampoco nada de filósofo; era, simplemente, el representante literario más auténtico de aquella filosofía cuya sabiduría consiste en negar la filosofía y burlarse de los filósofos, la filosofía cínica de Diógenes; este alegre maestro de seria sabiduría probaba con sus ejemplos y sus gruñidos que, fuera de una vida honesta, todo en la tierra y en el cielo era nada más que vanidad, y lo más vanidoso de todo las polémicas de los llamados sabios.

Eran los arquetipos de sabiduría que mejor cuadraban a un hombre como Varrón, educado a la antigua usanza romana, lleno de indignación contra la época lamentable en que le había tocado vivir y saturado además del sentido satírico de los viejos tiempos romanos, no carente ni mucho menos de talento plástico, pero cerrado a cal y canto a cuanto se presentase ante su espíritu no como una imagen o un hecho, sino como un concepto, o un sistema, lo que hacía de él tal vez el menos filosófico de todos los romanos, tan reacios de por sí a cuanto fuese filosofía.[10] Sin embargo Varrón no era ningún discípulo servil. Tomó de Heráclides y de Menipo la inspiración y en general la forma, pero era un temperamento demasiado individual y demasiado romano para no dar a sus

recreaciones un carácter esencialmente propio y esencialmente nacional.

En sus primeros estudios, que versan sobre sentencias morales o sobre otros temas de interés general, no desdeña internarse para animarlos con alguna fábula en la floresta de los cuentos de Mileto, como lo hiciera en su tiempo Heráclides, sirviendo incluso a sus lectores cuentos de niños como el de Abaris y el de la muchacha que resucitó de entre los muertos al cabo de siete días. Rara vez tomaba el ropaje para sus obras de los mitos más nobles de los griegos, como hace en su ensayo sobre *Orestes, o la locura;* generalmente brindábale un marco más digno para sus temas la historia, principalmente la historia patria de su tiempo, lo que convertía sus composiciones, y así se titulan en efecto, en *Laudationes* de respetables figuras romanas, entre las que se destacaban, naturalmente, los corifeos del partido constitucional. Así, por ejemplo, su estudio sobre *La paz* era, al mismo tiempo, un panegírico de Metelo Pío, el último eslabón en la brillante cadena de los victoriosos caudillos militares salidos del Senado; el que trataba del *Culto de los dioses* servía a la par para reverenciar la memoria del prestigiosísimo optimate y pontífice Cayo Curión; el ensayo sobre *El destino* referíase a Mario, el que versaba *Sobre la historiografía* a Sisena, el primer historiador de esta época; el dedicado a estudiar *Los orígenes de la escena romana* a Escauro, el hombre que brindó al pueblo romano espectáculos dignos de un príncipe; la composición *Sobre los números* al culto banquero romano Ático. Los dos ensayos filosófico-históricos titulados *Lelio, o de la amistad* y *Catón, o de la vejez,* escritos por Cicerón siguiendo muy probablemente las huellas de las obras varronianas, nos dan una idea bastante aproximada del modo en que Varrón trataba sus temas, en un estilo semididáctico y seminarrativo.

Las sátiras menipeas eran igualmente originales por su forma y su contenido; la atrevida mezcla de prosa y verso es completamente ajena al original griego y todo su contenido ideológico se halla imbuido de peculiaridad romana, y hasta

nos atreveríamos a decir que conserva todavía el gusto de la tierra sabina. Estas sátiras tratan, al igual que los ensayos filosófico-históricos, un tema moral cualquiera o un punto que se preste por la razón que sea para interesar al gran público, como lo indican ya algunos de los títulos: *Las Columnas de Hércules, o de la fama; De tal palo tal astilla, o de los deberes del esposo; No mearse fuera del orinal, o de los bebedores; Pamplinas, o de los elogios.*

El ropaje plástico, que tampoco podía faltar en estas composiciones, está tomado pocas veces, naturalmente, de la historia patria, como ocurre en la sátira titulada *Serrano, o de las elecciones.* En cambio desempeña un gran papel aquí, como es lógico, el mundo cínico de Diógenes, y así nos encontramos con el *Perro, erudito,* con el *Perro, retórico,* con el *Perro, caballero,* con el *Perro, bebedor de agua,* con el *Catecismo de los perros* y otros temas por el estilo. Asimismo se pone a contribución la mitología para obtener resultados cómicos, y surge un *Prometeo liberado,* un *Áyax de paja,* un *Hércules socrático,* un *Ulises y medio,* que anda errante por el mundo no ya diez años, sino quince, etc. La trama dramático-novelística se trasluce a través de los restos que a nosotros han llegado de algunas de estas sátiras, por ejemplo en el *Prometeo liberado,* en el *Hombre de 60 años* y en *El madrugador;* al parecer Varrón relataba muchas veces, acaso en la mayoría de los casos, la fábula narrada como un suceso vivido por él mismo; así, en *El madrugador* los personajes acuden ante el autor y le cuentan su caso, "ya que le conocen como autor de libros".

No estamos ya, hoy, en condiciones de poder emitir un juicio seguro acerca del valor poético de estas fábulas; en los restos que de estas obras se han conservado nos encontramos de vez en cuando con relatos encantadores llenos de ingenio y de vida. En el *Prometeo liberado,* por ejemplo, el héroe, después de romper sus cadenas, instala una fábrica de hombres, en la que Crisóndalo el rico encarga una muchacha hecha de leche y de la más pura cera, como la que las abejas de Mileto fabrican con la esencia de las más variadas flores,

una muchacha sin huesos ni tendones, sin piel ni pelo, pura y delicada, esbelta, suave, dulce, encantadora.

La sal de esta poesía es la polémica, pero no tanto la polémica política de partido, al modo de la de un Lucilio y un Cátulo, como la polémica general y moral de la severa vejez contra la desbordada y equivocada juventud, del sabio que vive entregado a sus clásicos contra la licenciosa y chabacana poesía moderna o, por lo menos, contra la poesía reprobable por su tendencia,[11] del buen ciudadano chapado a la antigua contra la nueva Roma, cuyo Foro es, para decirlo con las palabras del propio Varrón, un cubil de cerdos y donde Numa, si volviese a levantar la cabeza, no encontraría en la conducta de los hombres ni rastro de sus sabias ordenanzas.

Varrón contribuyó a la lucha del partido constitucional en la medida en que se lo dictaba su deber de ciudadano, pero su corazón no estaba con estas querellas de partidos: "¿Por qué —se queja en una ocasión— me sacáis de la limpieza de mi vida para meterme entre la basura de vuestro Senado?" Este hombre pertenecía a los buenos tiempos pasados, en que el lenguaje olía a ajo y a cebolla, pero en que el corazón se mantenía sano. La polémica contra los enemigos jurados del auténtico romanismo, contra los pensadores cosmopolitas griegos, era simplemente uno de los aspectos de esta rebeldía patriarcal contra el espíritu de los nuevos tiempos; pero tanto el carácter de la filosofía cínica como el propio temperamento de Varrón hacían que su látigo silbase con especial predilección junto a los oídos de los filósofos, llenándolos de miedo; cuando alguno de aquellos filosofastros de la época enviaba sus libros recién publicados al "severo crítico" podemos estar seguros de que le daba un vuelco el corazón.

El filosofar no tiene, verdaderamente, nada de arte. Con la décima parte del esfuerzo que el señor invierte para hacer de su esclavo un buen repostero se convierte él mismo en un mal filósofo; claro está que, al llegar la hora del remate, el artista culinario obtiene un precio cien veces mayor que el sabio universal. ¡Curiosas gentes, estos filósofos! Uno ordena

que los cadáveres, para enterrarse, se adoben con miel; afortunadamente nadie les hace caso, pues de otro modo, ¿qué sería del vino de miel? Otro opina que el hombre ha brotado de la tierra como los berros. El de más allá ha inventado un taladro cósmico que un buen día dará al traste con la tierra.

Postremo, nemo aegrotus quicquam somniat
Tam infandum, quod non aliquis dicae philosophus.

Podéis estar seguros: Jamás un enfermo ha soñado nada

Tan loco que algún filósofo no lo hubiese enseñado antes.

Es divertido ver cómo esas gentes de luengas barbas —alusión a los estoicos dedicados a la etimología— pesan cuidadosamente cada palabra en la balanza del aurífice; pero nada sobrepasa a las auténticas disputas de los filósofos: un duelo estoico hace palidecer a cualquier pelea entre atletas. En la sátira que lleva por título *Marcópolis, o del gobierno,* en la que Marco hace que le construyan una ciudad utópica cortada a medida de su deseo, las cosas pasan exactamente lo mismo que en la comedia ática: al campesino le va bien y al filósofo, en cambio, mal; el Arguméntalo-todo-aprisa-y-corriendo (Celer-δι-ενοσ-λημματοσ-λογοζ), hijo de Antipatros, el estoico, le abre a su contrincante el cráneo con la azada, como si fuese un dilema filosófico.

A esta propensión hacia la polémica moral y a este talento para encontrar siempre la expresión cáustica y pintoresca adecuada a ella, talento que no le abandonó ni aun en su edad más avanzada —como lo demuestra el diálogo en que aparecen redactados sus libros sobre la agricultura, escritos por él a los 80 años—, uníase en Varrón, formando la combinación más afortunada, su incomparable dominio de las costumbres y la lengua nacionales; este dominio en las obras filológicas de su vejez, que se despliega bajo forma de erudición, brilla aquí, en la sátira, en todo su vigor y en toda su plenitud.

Varrón era un sabio romano en el mejor y en el más completo sentido de la palabra, un hombre que conocía a fondo y por una experiencia propia de largos años la personalidad vigorosa y peculiar de su nación en el pasado y su decadencia y dispersión en el presente y que había completado y ahondado mediante una investigación a fondo de los archivos históricos y literarios su conocimiento directo de la lengua y las costumbres del país. Las lagunas que el juicio racional y la erudición dejaban abiertas en él se encargaban de llenarlas la intuición y la poesía, fuerza viva de su espíritu. Este sabio no andaba al acecho de datos de anticuario ni de palabras raras, rancias o poéticas;[12] ni lo necesitaba tampoco, pues era un hombre viejo, que había conocido personalmente los tiempos patriarcales, y los clásicos de su nación eran camaradas suyos a cuya compañía se había aficionado. Se comprende, pues, que sus obras nos hablen a cada paso de los usos y costumbres de los mayores, que él amaba por encima de todo y conocía mejor que nada, y que su lenguaje rebose de giros proverbiales griegos y latinos, de excelentes palabras aclimatadas desde antiguo en el lenguaje del trato social entre los sabinos, y de reminiscencias de Ennio, Lucilio y sobre todo de Plauto.

Del estilo de la prosa en que están escritas estas obras estéticas de los primeros tiempos de Varrón no es posible juzgar ateniéndose a sus estudios filológicos compuestos ya en su vejez y publicados probablemente con base en un texto al que su autor no llegó a dar los últimos toques, pues en ellos vemos cómo las diferentes partes de la oración se enhebran todas a la partícula relativa como ajos en ristra. Sin embargo ya dijimos más arriba que Varrón era enemigo por principio de la rigurosa estilización y de la división del discurso en periodos al modo ático, y sus obras estéticas, aunque libres de la ampulosidad corriente y del falso oropel del vulgarismo, aparecen escritas de un modo poco clásico, e incluso deslavazado, en periodos más bien deshilvanados, aunque unidos por una trabazón viva. En cambio las poesías intercaladas en

ellas demuestran, no sólo que su autor dominaba magistralmente las más diversas métricas, mejor que ninguno de los poetas a la moda, sino que tenía derecho a contarse entre aquellos a quienes Dios había concedido la dicha de "ahuyentar las penas del corazón del hombre mediante la canción y el sagrado arte de la poesía".[13]

Pero a los esbozos varronianos les ocurrió lo mismo que a la poesía didáctica de Lucrecio: no hicieron escuela. A las causas de orden general que lo explican hay que añadir, en este caso, el cuño absolutamente individual de la literatura de Varrón, inseparable de la avanzada edad de su autor, de su progenie campesina y de su erudición tan peculiar. Pero la gracia y el ingenio de las sátiras menipeas, que parecen haber predominado considerablemente sobre los estudios serios de este poeta, tanto en cuanto al número como en cuanto a la importancia, cautivaban a sus contemporáneos, como habían de cautivar también en la posteridad a cuantos tenían algún sentido para lo original y lo nacional. Nosotros mismos, aunque ya no nos sea dado leer estas composiciones, percibimos a través de los fragmentos conservados de ellas que su autor era de los que "sabían reír y bromear sin perder la medida". En ellas alienta el último hálito del espíritu de los buenos tiempos cívicos próximo ya a declinar y brilla el último brote verde que había de dar la poesía nacional latina; por eso las sátiras de Varrón merecían sin ningún género de duda que el autor, en su testamento poético, recomendase la lectura de aquellas composiciones menipeas hijas de su pluma a todo *el que lleva la prosperidad de Roma y del Lacio en su corazón.* Estas obras siguen ocupando todavía hoy un lugar honroso tanto en la literatura como en la historia del pueblo itálico.[14]

La historiografía

En Roma no llegó a conocerse jamás, en rigor, una historiografía crítica comparable a la historia nacional escrita por

los áticos en su época clásica o a la historia universal compuesta por Polibio. Aun en el terreno más apropiado para ello, que era la exposición de los sucesos contemporáneos o del pasado más reciente, no se pasó nunca, en general, de intentos más o menos pobres; en la época que va de Sila a César no se llegó siquiera a igualar las rivalizaciones, bastante poco notables por cierto, logradas en este terreno por el periodo anterior y que se hallaban representadas por los trabajos de Antipáter y de Aselio. La única obra digna de mención que en esta materia produce la época a que nos referimos es la historia de la guerra de la confederación y de la guerra civil escrita por Lucio Cornelio Sisena (pretor en el año 78). Quienes la leyeron aseguran que superaba en mucho, por su vigor y su interés, a las secas crónicas del pasado, pero que en cambio estaba escrita en un estilo totalmente incorrecto y que caía incluso en lo infantil. Los pocos fragmentos que de ella se han conservado revelan, en efecto, una tendencia mezquina a las pinturas detallistas de lo cruel[15] y una gran cantidad de neologismos y de palabras tomadas de la conversación usual. Si a esto añadimos que el arquetipo del autor y, por decirlo así, el único historiador griego con el que se hallaba familiarizado era Clitarco, autor de una biografía de Alejandro Magno, mitad historia y mitad ficción, a la manera de la historia novelada que lleva el nombre de Quinto Curcio, llegamos a la conclusión de que la famosa obra de Sisena no era realmente un fruto de la verdadera crítica histórica y del auténtico arte de la historia, sino el primer intento romano de aquel género híbrido equidistante de la historia y de la novela que tanto gustaba a los griegos y que consiste en dar vida e interés a los hechos mediante invenciones de detalles, con lo cual no se consigue otra cosa que componer obras mentirosas y vacías. No tiene, pues, nada de particular que el Sisena autor de esta seudohistoria fuese también conocido como traductor de novelas griegas a la moda.

Como es lógico, el nivel en que se encontraban los anales de la ciudad era aún más bajo, y no digamos el de la crónica

general del mundo. La actividad cada vez más intensa de las investigaciones sobre los problemas de la Antigüedad hacía concebir la esperanza de que los relatos históricos corrientes llegarían a corregirse sobre la base de los documentos y de otras fuentes seguras; pero esta esperanza no se realizó.

Cuanto más y más a fondo se investigaba con mayor claridad se comprendía lo que significaba escribir una historia crítica de Roma. Las mismas dificultades con que tropezaban la investigación y la exposición eran inmensas; sin embargo los obstáculos más importantes con que esta empresa tropezaba no eran precisamente los de carácter literario. La historia convencional de los orígenes de Roma, tal como venía narrándose y creyéndose desde hacía por lo menos diez generaciones, hallábase entrelazada con la vida civil de la nación. Pero en cuanto se investigaba la materia un poco a fondo y honradamente, llegábase a la conclusión de que era necesario, no modificar estos o los otros detalles, sino echar por tierra todo el edificio desde los cimientos hasta el remate, como siglos más tarde ocurriría con la historia de los orígenes del pueblo franco y su rey Faramundo o la del pueblo británico y la mítica figura del rey Arturo.

Los investigadores de espíritu conservador como Varrón resistíanse, naturalmente, a acometer esta obra de demolición, y si hubiese surgido un hombre de ideas libres lo bastante intrépido para abordarla, se habría levantado inmediatamente de los pechos de todos los buenos ciudadanos un clamor pidiendo la crucifixión de ese pérfido revolucionario, el peor de los peores, puesto que quería arrebatar al partido constitucional incluso el sagrado patrimonio del pasado.

Así se explica que las investigaciones de los filólogos y los anticuarios, en vez de ser un incentivo para la historiografía, constituyesen, por el contrario, un obstáculo. Varrón y con él los hombres más perspicaces daban por imposible la empresa de redactar la crónica de Roma; lo más que, a juicio suyo, podía hacerse era lo que hacía, por ejemplo, Tito Pomponio Ático: formar sin pretensión alguna, a modo de simples cua-

dros, las listas de los funcionarios y de los linajes, obra que se llevó a cabo, en efecto, y sirvió de base a la cronología sincronizada de los griegos y los romanos que a su vez serviría de base convencional a la posteridad.

No por ello se suspendió, naturalmente, la fabricación de crónicas y anales; estos artesanos prosiguieron su obra y siguieron suministrando sin interrupción, en prosa y en verso, infolios destinados a alimentar la gran biblioteca del hastío, sin que sus autores, la mayor parte de los cuales eran ahora libertos, se preocupasen ni remotamente de la verdadera investigación histórica. Lo que indirectamente conocemos de estos cronicones —pues ninguno de ellos ha llegado a nosotros— no sólo es de un orden totalmente secundario sino que se halla además plagado en gran parte de descaradas falsedades. Es cierto que la crónica de Quinto Claudio Cuadrigario (hacia el año 78?) estaba escrita en buen estilo, aunque rancio, y acreditaba por lo menos una loable brevedad en la exposición de los tiempos legendarios. En cambio son sospechosos en el más alto grado los *Libri lintei* y otros trabajos de Cayo Licinio Mácer († en el 66, habiendo sido pretor), padre del poeta Calvo y fervoroso demócrata, el cual hace menos caso que ningún otro cronista de la investigación documental y de la crítica histórica; a él se debieron, probablemente, toda una serie de interpolaciones con fines tendencioso-democráticos introducidas en los anales de Roma y que recogieron los cronistas posteriores. Finalmente, la obra de Valerio Ancia superaba a las de todos sus antecesores por la prolijidad y por sus fábulas infantiles.

La falsificación de las fechas aplicábase sistemáticamente, en estos cronicones, a los mismos sucesos de la historia contemporánea, y la historia de los orígenes, tal como ellos la presentaban, seguía siendo un cúmulo de necedades. Así, por ejemplo, el sabio rey Numa, aconsejado por la ninfa Egeria, se apoderaba de los dioses Fauno y Pico emborrachándolos; y también es altamente recomendable a los aficionados a la llamada historia legendaria de Roma, para que saquen de

ella, si pueden, alguna sustancia aprovechable, la magnífica conversación que el mismo Numa sostiene con Júpiter a raíz de aquel hecho.

Habría sido muy extraño que los novelistas griegos de la época hubiesen dejado escapar estos temas, tan propios para sus producciones. Hubo, en efecto, en esta época, algunos literatos helénicos que se dedicaron a elaborar a su modo la historia de los romanos: así surgieron, por ejemplo, los cinco libros "sobre Roma" de Alejandro Polyhistor, a quien ya citábamos entre los literatos griegos residentes en la capital del imperio, una mezcla lamentable de vulgares datos transmitidos por la tradición y de triviales invenciones, eróticas en su mayor parte. Fue probablemente él quien empezó a colmar la laguna de medio milenio que quedaba para poder enlazar cronológicamente entre sí las leyendas de la destrucción de Troya y la fundación de Roma con aquellas relaciones de reyes sin historia que tanto abundaban, por desgracia, entre los cronistas griegos y egipcios. Todo parece indicar que a este Alejandro debe atribuírsele la paternidad de los reyes Aventino y Tiberino y la dinastía albana de los Silvios, a quienes otros cronistas que vinieron detrás de él se apresuraron a dotar de nombres y fechas de reinados y hasta de un retrato, para que la invención cobrase mayor bulto.

Así va penetrando en la historiografía romana, por diversos conductos, la novela histórica amañada por los griegos. Y es más que verosímil que una parte bastante considerable de lo que hoy se llama la tradición de los tiempos primitivos de Roma provenga precisamente de estas fuentes, comparables al Amadís de Gaula o a las novelas de caballerías de un Fouqué, cosa harto edificante, al menos, para quienes saben contemplar la historia con cierto humorismo y sonreírse de la cómica devoción que ciertos círculos del siglo XX sienten todavía por la venerable figura del rey Numa.

Una novedad es que en la literatura romana de esta época aparece, al lado de la historia nacional, la historia universal o, mejor dicho, una historia paralela romano-helénica. Cor-

nelio Nepote, de Ticino (hacia 100-hacia 30) es el primero que escribe una crónica general (publicada antes del año 54) y una colección general de biografías, ordenadas por categorías con arreglo a diversos criterios, de personajes griegos y romanos que se distinguieron por sus actividades políticas o literarias o que, por lo menos, ocupan un lugar en la historia de Roma o de Grecia.

Estos trabajos se enlazan a las historias universales que los helenos venían escribiendo desde hacía ya mucho tiempo; a partir de ahora estas crónicas mundiales de los griegos, como por ejemplo la terminada en el año 56 por Cástor, yerno del rey Deyótaro de Galacia, recogen los sucesos de la historia de Roma, que antes no tenían en cuenta. En ellos se intenta evidentemente, al igual que en la historia de Polibio, sustituir la historia puramente local por la historia del mundo mediterráneo; pero lo que en Polibio respondía a una concepción grandiosamente clara y a un profundo sentido histórico responde en estas crónicas, en realidad, a una necesidad práctica inmediata: la de atender a la enseñanza en las escuelas y a la instrucción particular.

Estos cronicones de historia universal y estos manuales para la enseñanza en las escuelas o para el estudio privado, al igual que toda la literatura de este género, muy copiosa y entre la que más tarde abundaban también las obras escritas en latín, difícilmente pueden clasificarse dentro de la historiografía concebida como un arte. La misma obra de Nepote no pasa de ser la obra de un simple compilador, que no se distingue además ni por su espíritu ni por su carácter sistemático.

No cabe duda de que la historiografía de esta época es notable y característica en alto grado, pero tan poco laudable como la época misma. En ningún otro campo se destaca tan claramente como en el de la historia el entrelazamiento de la literatura griega y latina; aquí las literaturas de los dos pueblos tienden a hermanarse antes que en ningún otro terreno, así en cuanto a la materia como en cuanto a la forma, y el

muchacho romano, ahora, aprendía ya en la escuela aquella concepción unitaria de la historia heleno-romana a la que se había adelantado ya Polibio. Pero dábase la curiosa circunstancia de que, habiendo surgido un historiador del Estado mediterráneo cuando éste no tenía aún conciencia de sí mismo, ahora que ya existía esta conciencia no surgió ni entre los griegos ni entre los romanos el hombre capaz de darle su expresión adecuada.

Cicerón asegura que no existe una historiografía romana, afirmación que, en la medida en que nosotros podemos emitir un juicio acerca de ella, responde plenamente a la verdad. La investigación desvíase de la historiografía y ésta se aparta de la investigación; la literatura histórica oscila entre el texto escolar y la novela. Todos los géneros literarios puros, la epopeya, el drama, la lírica, la historia, son una nulidad, en este mundo de nulidades; pero en ninguno de ellos se refleja con tan espantosa crudeza la decadencia espiritual de la época ciceroniana como en el ramo de la historiografía.

Obras menores: los "Comentarios" de César

Sin embargo la literatura histórica menor de esta época nos lega, entre muchas producciones insignificantes y olvidadas, una obra de primer rango: las memorias de César o, más exactamente, el informe militar que este general democrático rinde al pueblo de quien había recibido su mandato. La única parte de este trabajo que aparece acabada y que fue publicada por el mismo autor, la que relata las campañas en el país celta hasta llegar al año 52, persigue la finalidad manifiesta de justificar ante el público, en la medida de lo posible, la conducta formalmente anticonstitucional de César al lanzarse a la conquista de un gran país sin orden de la autoridad competente. Esta parte de la obra fue escrita y dada a conocer en el año 51, para salir al paso de la agitación desencadenada en Roma contra el autor, en la que se le exigía que procediera a disolver su ejército).[16]

El autor de esta memoria de rendición de cuentas escribe —él mismo lo advierte—, única y exclusivamente como jefe militar, evitando cuidadosamente toda referencia a los asuntos escabrosos de la organización política y la administración civil. Trátase de un informe incidental en defensa de la gestión de quien lo escribe; es, evidentemente, un fragmento de historia, como lo son los partes de guerra de Napoleón, pero no puede considerarse ni se proponía tampoco ser una obra de historia en el verdadero sentido de la palabra. La objetividad que resplandece en este relato no es la objetividad histórica, sino la del alto magistrado que habla en él.

Sin embargo, considerada dentro de este género menor al que pertenece, la obra es indiscutiblemente magistral y perfecta como ninguna otra en toda la literatura romana. La narración es siempre concisa, sin pecar de seca; siempre sencilla, aunque no descuidada; tiene siempre una transparente brillantez, sin incurrir jamás en la afectación ni el amaneramiento. El lenguaje es el tipo perfecto de la nueva corrección lingüística, pues se halla tan absolutamente libre de términos arcaicos como de vulgarismos. En los libros que tratan de la guerra civil parece alentar la idea de que el autor habría querido evitar la contienda pero que le fue imposible, y acaso se perciba también en estas páginas la sensación de que en el alma de César como en la de cualquier otro hombre la fase de la esperanza fue más pura y más lozana que la de la realización, pero en los comentarios sobre la guerra de las Galias resplandece una alegría luminosa, vibra un encanto especial, que hacen que este libro descuelle en el panorama de la literatura de Roma con la misma fuerza con que el hombre que lo escribió se destaca en su historia.

Entre las obras menores análogas a éstas hay que destacar las epístolas de hombres de Estado y literatos de esta época, recogidas cuidadosamente y publicadas posteriormente, tales como las de César, las de Cicerón, las de Calvo y algunas más. Tampoco estos escritos pueden incluirse, con mayor razón aún que los del apartado anterior, entre las producciones

verdaderamente literarias; sin embargo esta correspondencia constituía un riquísimo arsenal de datos y noticias para el historiador y para toda otra serie de investigaciones y era el espejo más fiel de una época en la que tantos recuerdos de las grandezas del pasado y tanto espíritu, tanta habilidad y tanto talento se pulverizaron y malograron en pequeñas empresas.

Los romanos no llegaron a tener nunca una literatura periodística, en el sentido moderno de la palabra. En Roma la polémica literaria no disponía de más medios de expresión que el folleto y la práctica, bastante generalizada en esta época, de fijar los avisos y las noticias destinadas al público en lugares en que todo el mundo podía verlas, en una especie de carteles a pluma o grabados con el punzón. Era también habitual que las personas distinguidas, al ausentarse de Roma, dejasen a algún subalterno encargado de registrar para su uso particular los sucesos del día y las cosas importantes que ocurriesen en la ciudad. César, la primera vez que desempeñó el consulado, tomó también las medidas oportunas para que se procediese a publicar sin demora extractos de las deliberaciones senatoriales. Con base en los diarios privados compuestos por aquellos *penny-a-liners* romanos y de estos informes oficiales mantenidos al día surgió una especie de periódico cotidiano para los intelectuales de la capital (acta diurna), en el que figuraban los resúmenes de los asuntos tratados ante el Senado y ante los comicios, noticias de nacimientos y defunciones y toda otra serie de sucesos. Era, indudablemente, una fuente histórica nada desdeñable, pero no llegó a adquirir nunca verdadera importancia política ni literaria.

La literatura oratoria: Cicerón

Entre la literatura histórica accesoria figuran también, por derecho propio, los discursos escritos. El discurso, sea bueno o malo, es por naturaleza algo efímero, que no ocupa un lu-

gar en la literatura; sin embargo puede, al igual que el informe o la carta y con mayor facilidad aún que estos documentos, por la importancia del momento a que se refiere o la potencia del espíritu que lo anima, incorporarse al acervo permanente de la literatura nacional. En Roma los apuntes y notas redactados para los discursos de contenido político que habían de pronunciarse ante los comicios o ante los tribunales no sólo habían llegado a adquirir gran importancia en la vida pública desde hacía largo tiempo, sino que los mismos discursos, sobre todo los de Cayo Graco, figuraban con todo derecho entre las obras romanas clásicas.

Pero al llegar esta época se opera aquí, en todos los aspectos, una extraña transformación. La composición de discursos políticos escritos decae, como la misma oratoria pública. Lo mismo en Roma que en todas las antiguas ciudades-Estado, el discurso político alcanzaba su apogeo en las asambleas do los ciudadanos: en ellas el orador no se sentía embarazado, como cuando hablaba ante los senadores, por consideraciones corporativas y formas entorpecedoras, ni, como ante los tribunales, por los intereses de la acusación o de la defensa, ajenos de por sí a la política; era ésta la única tribuna en que podía dejar hablar libremente al corazón ante los grandes y poderosos comicios de Roma, pendientes de sus labios. Pero esto había pasado a la historia. No era que escaseasen los oradores o no se diese bastante publicidad a los discursos pronunciados por ellos ante sus conciudadanos; lejos de ello, la literatura política de esta época pecaba precisamente de prolija y abundante, y entre las calamidades de la mesa empezaba a figurar ya el tormento de que los invitados tuviesen que soportar la lectura de los últimos discursos de su anfitrión.

Ya un Publio Clodio publicaba sus discursos en forma de folletos, lo mismo que Cayo Graco; pero el que dos personas hagan lo mismo no quiere decir que lo que hacen tenga el mismo valor. Los dirigentes más prestigiosos, incluso los de la oposición, incluyendo al mismo César, hablaban pocas ve-

ces a sus conciudadanos y ya no seguían la práctica de publicar los discursos pronunciados por ellos; más aún, procuraban encontrar otras formas de agitación que la tradicional de hablar a los ciudadanos congregados inmediatamente antes de los comicios, y en este terreno son especialmente notables los escritos de elogio y censura de la obra de Catón. Este cambio de actitud era lógico. Cayo Graco había hablado al pueblo; ahora hablábase a la chusma, y los discursos estaban a la altura del público que los escuchaba. En estas condiciones no era extraño que el escritor político que estimaba en algo su reputación rehuyese en sus publicaciones una forma desacreditada, para que nadie pudiese pensar que las palabras escritas por él habían sido pronunciadas desde la tribuna a la multitud reunida en el Foro de Roma.

La literatura oratoria pierde, pues, en esta época su antigua importancia política y literaria, al igual que todas las ramas de la literatura alimentadas directamente por la savia de la vida nacional; en cambio surge una rama literaria nueva y muy singular: la de los discursos forenses. Hasta ahora no se sospechaba siquiera que los informes de los abogados pudieran destinarse, no sólo a los jueces y a las partes interesadas, sino también al resto de los ciudadanos y a la posteridad, para su edificación y recreo literario. Antes ningún abogado recogía por escrito y publicaba sus oraciones forenses, a menos que fuesen al mismo tiempo discursos políticos y se prestasen por este motivo para hacer una labor de propaganda partidista, y aun así tampoco era frecuente que los diesen a la publicidad. El mismo Quinto Hortensio (114-50), el más célebre de los abogados romanos al comienzo de este periodo, publicó muy pocos discursos, todos los cuales eran, a lo que parece, piezas oratorias animadas por una intención política más o menos marcada.

El primer abogado en quien se hermanan las personalidades de escritor y orador forense es el que sucede a Hortensio como la primera luminaria del foro romano, Marco Tulio Cicerón (106-43). Cicerón publica sus alegatos de un modo re-

gular, aunque no guarden relación alguna con los temas políticos o sólo los rocen muy de lejos.

Esto no debe considerarse como un progreso, sino como un signo de degeneración y decadencia. En Atenas la aparición de los discursos forenses no políticos entre los géneros literarios se considera certeramente como un síntoma patológico. Y en Roma lo era doblemente, pues aquí este aborto no surge como en Atenas bajo el imperio en cierto modo inevitable de una vida retórica desbordada, sino que se copia del extranjero por un impulso espontáneo y en contradicción con las mejores tradiciones nacionales.

Sin embargo este nuevo género literario adquirió pronto gran predicamento, de una parte porque se asemejaba en muchos respectos a los antiguos discursos políticos y hasta cierto punto venía a suplirlos, y de otra parte porque el temperamento poco poético, discutidor y retorizante de los romanos brindaba terreno propicio a la nueva simiente; no en vano los discursos forenses siguen cotizándose hoy más o menos en la vida pública de Italia, donde existe incluso una especie de literatura procesal.

Fue, pues, Cicerón quien dio carta de ciudadanía en el mundo literario romano a la composición de discursos escritos, al margen de la política. El nombre de este hombre multiforme ha aparecido ya repetidas veces en las páginas de nuestra historia. Este político sin concepciones, emociones ni intenciones figuró sucesivamente en la lucha de los partidos como demócrata, como aristócrata y como instrumento de la monarquía y jamás fue, bajo estos distintos ropajes, más que un hombre egoístamente miope. Cuando parece que se decide a actuar, es casi siempre para afrontar problemas que están ya resueltos: así interviene, por ejemplo, en el proceso de Verres contra los fallos senatoriales cuando ya se había dado de lado a éstos, guarda silencio en el debate sobre la ley Gabinia y se convierte en campeón de la ley Manilia; truena contra Catilina cuando estaba ya decidido alejarlo del mando, y así sucesivamente. Sentíase muy valiente cuando se

trataba de repeler ataques simulados o de derribar estrepitosamente murallas de cartón. Jamás fue capaz de decidir ni para bien ni para mal una causa importante, y en lo que se refiere sobre todo a la ejecución de los catilinarios su papel consistió más en dejar hacer que en actuar por sí mismo.

Desde el punto de vista literario ya hemos dicho que fue el creador de la nueva prosa latina; su estilo es el pedestal de su importancia histórica y sólo como estilista se siente firme y seguro de sí. En cambio como escritor no raya a más altura que como político. Sus dotes literarias ejerciéronse en las más variadas empresas: cantó en interminables hexámetros las grandes hazañas de Mario y las pequeñas hazañas suyas, rivalizó en sus discursos con Demóstenes y en sus diálogos filosóficos con Platón, y si no emuló también las glorias de Tucídides fue, seguramente, por falta de tiempo. En realidad le daba igual cultivar un campo que otro, pues en todos era lo mismo: un chapucero. Tenía un temperamento de periodista en el peor sentido de la palabra, riquísimo en palabras como él mismo nos dice, pero inconcebiblemente pobre en ideas, y pocas disciplinas habría en que, con ayuda de unos pocos libros, no fuese capaz de componer a prisa y corriendo, con las artes del traductor o del compilador, un ensayo legible.

Donde con mayor fidelidad se retrata este hombre es en sus cartas. Suele decirse que sus epístolas son interesantes e ingeniosas, y lo son realmente cuando reflejan la vida de Roma o la existencia placentera que los romanos de alta alcurnia llevaban en sus villas; pero allí donde el escritor tiene que atenerse a sus propios recursos, como en el exilio, en Cilicia o después de la batalla de Farsalia, sus cartas se tornan grises y áridas como el alma de un escritor de folletones a quien se arranca de su ambiente. Huelga decir que, considerado como hombre, este político y este literato no podía ser otra cosa que la superficialidad y el egoísmo en persona, recubiertos con un brillante y delgado barniz.

¿Hace falta que describamos al orador? El gran escritor es siempre un gran hombre; al gran orador se le desbordan de lo más profundo del pecho la pasión y la convicción con más claridad y más ardor que a los muchos que pasan por tales y no lo son. Pero Cicerón no era hombre de pasiones ni de convicciones; era, sencillamente, un abogado, y no de los mejores. Sabía exponer las cosas salpicándolas de anécdotas, conmover, ya que no el sentimiento, el sentimentalismo de quienes le escuchaban, y amenizar la aridez del foro con frases ingeniosas o con chistes que tenían casi siempre un sabor personal. Sus mejores discursos, aunque no tengan, ni con mucho, ese encanto espontáneo y esa fuerza certera que tienen las mejores composiciones de su clase, por ejemplo las memorias de un Beaumarchais, son indudablemente fáciles y agradables de leer. Pero si ya aquellos méritos que dejamos señalados tenían que parecerles por fuerza muy dudosos a cualquier juez serio, la carencia absoluta de sentido político de que hacen gala sus discursos sobre temas de derecho público y la endeblez de su argumentación jurídica en los informes procesales, su egoísmo impenitente, que perdía siempre de vista el problema debatido para hacer brillar solamente el virtuosismo del abogado y el vacío aterrador que produce en sus disertaciones la ausencia de ideas, no podían por menos de sublevar a cualquier lector de los discursos ciceronianos que tuviese un poco de corazón y de inteligencia.

Si algo admira aquí no son precisamente los discursos, sino la admiración con que el público los acogía. El juzgar a Cicerón es fácil para quien contemple a esta figura con discernimiento e imparcialidad; en cambio el ciceronismo constituye un problema que, más que resolverse, sólo puede explicarse a la luz del mayor de los misterios de la naturaleza humana: el misterio del lenguaje y de la acción que ejerce sobre el espíritu.

Antes de perecer como idioma nacional la noble lengua latina fue resumida en cierto modo, por última vez, y plasmada en sus prolijos escritos, por este hábil estilista, y esto hizo

que se transmitiese al indigno vaso en que se recogió tan preciosa esencia algo de la fuerza que irradia del lenguaje y de la emoción que éste despierta. Roma no tenía ningún gran prosista latino, pues César, como Napoleón, sólo era escritor a ratos y por añadidura. ¿Tiene algo de extraño que, a falta de escritores, se rindiese culto al genio de la lengua en el gran estilista? ¿Puede sorprendernos que, en estas circunstancias, los lectores se acostumbrasen a preguntarse, como el propio Cicerón, no lo que escribía, sino cómo escribía?

La práctica y la habilidad del maestro de escuela se encargaron de coronar el milagro realizado por el poder misterioso del lenguaje. Por lo demás, los contemporáneos de Cicerón, como fácilmente se comprende, no se dejaron arrastrar por el fetichismo ciceroniano con tanta fuerza como muchas de las gentes que habían de rendirle culto en la posteridad. El estilo de Cicerón pudo dominar el foro romano durante una generación entera, como antes lo había dominado el estilo, mucho peor aún, de un Hortensio; pero los hombres más importantes de aquel tiempo, por ejemplo César, mantuviéronse siempre alejados de él, y los talentos más prometedores y sólidos de la joven generación no tardaron en mostrarse rebeldes ante la híbrida y endeble retórica ciceroniana.

Echábanse de menos en el lenguaje de Cicerón la concisión y la severidad, en sus chistes la vida, en la ordenación de sus discursos la claridad y la armonía y, sobre todo, no se percibía en toda su elocuencia la pasión y el fuego que hacen al verdadero orador. El espíritu empezaba a volver la espalda a los eclécticos de Rodas para remontarse de nuevo a la oratoria de los auténticos atenienses, sobre todo a la de un Lisias y un Demóstenes, y hacíanse esfuerzos por aclimatar en Roma un arte de la elocuencia más vigoroso y más viril.

De esta tendencia surgieron el solemne pero rígido Marco Junio Bruto (85-42), los dos agitadores políticos de partido Marco Celio Rufo (82-48) y Cayo Escribonio Curión († 49), oradores ambos llenos de espíritu y de vida, Cayo Licinio Calvo (82-48), a quien conocemos también como poeta y que

fue el corifeo literario de esta pléyade de jóvenes oradores y, finalmente, el serio y concienzudo Cayo Asinio Polio (76-4 d. C.).

En esta nueva escuela de elocuencia había, innegablemente, más gusto y más espíritu que en todos los discursos de Hortensio y de Cicerón juntos; lo que no podemos juzgar es si bajo los embates de la revolución, que arrastraron en seguida a este círculo de jóvenes de talento con la única excepción de Polio, llegaron a florecer realmente, y en qué medida, los mejores brotes de la nueva escuela oratoria. Dispusieron para ello de muy poco tiempo. La nueva monarquía empezó su carrera declarando la guerra a la libertad de palabra y pronto reprimió y suprimió los discursos políticos. Desde entonces sólo subsistió en la literatura, probablemente, el género subalterno de los discursos pura y específicamente procesales; el arte superior de la oratoria y la literatura retórica, inseparables de las actividades políticas, desaparecieron forzosamente y para siempre al desaparecer éstas.

Diálogos retóricos

Finalmente, se desarrolla en la literatura estética de este periodo un tipo de obras en las que los temas sacados de distintas ciencias especiales se tratan literariamente bajo la forma del diálogo estilizado; este género literario estaba muy extendido entre los griegos y, aunque en manifestaciones aisladas, había aparecido también entre los romanos en una época anterior.

Entre los que ensayaron repetidas veces exponer bajo esta forma temas retóricos o filosóficos, refundiendo el libro de enseñanza con el libro de lectura, destácase Cicerón. Sus obras principales, dentro de este género, son el *De Oratore* (escrito en el año 55), al que hay que añadir su historia de la elocuencia romana (el diálogo titulado *Brutus,* que data del año 46) y otros ensayos menores sobre retórica, y el tratado *De Republica* (escrito en el 54), con el que se enlaza, al modo

platónico, el estudio *De Legibus* (¿año 52?). No se trata, evidentemente, de obras maestras, pero son, indudablemente, los escritos en que más resaltan los méritos del autor y menos se echan de ver sus defectos.

Estos estudios retóricos no alcanzan ni con mucho el rigor doctrinal ni la nitidez conceptual de la retórica dedicada a Herennio, pero encierran, en cambio, un arsenal de experiencia forense, están salpicados de anécdotas de todas clases recogidas por el autor en su larga carrera de abogado, expuestas en un estilo fácil y ameno, y cumplen desde luego su misión de obras didácticas y a la vez entretenidas.

El ensayo sobre el Estado *(De Republica)* desarrolla a través de una singular obra de carácter híbrido, histórico-filosófica, la idea central de que el régimen político existente en Roma responde en lo esencial al Estado ideal concebido por los filósofos; idea ésta tan ajena a la filosofía como a la historia y que, por lo demás, no tenía nada de original, pero que no tardó en popularizarse y mantuvo durante mucho tiempo su popularidad. El aparato científico fundamental de estas obras retóricas y políticas de Cicerón procedía en su totalidad, naturalmente, de los griegos, y de ellos estaban tomados también muchos de sus detalles, por ejemplo el gran cuadro final que sirve de colofón al estudio sobre el Estado: el sueño de Escipión; sin embargo no puede negárseles cierta relativa originalidad en el modo de presentar los problemas dentro de un ambiente local absolutamente romano; además, la conciencia del Estado, de que el romano podía ciertamente enorgullecerse en comparación con los griegos, hace que el autor de estos escritos pueda incluso afirmar cierta independencia de criterio con respecto a sus maestros helénicos.

La forma del diálogo empleada por Cicerón no es tampoco ni la auténtica dialéctica de los mejores diálogos que conocemos de la literatura griega ni el auténtico tono de conversación ennoblecido por un Diderot o un Lessing; los grandes grupos de abogados que rodean a Craso y Antonio y los viejos y jóvenes estadistas del círculo de Escipión brindan, sin

embargo, un marco sugestivo e importante y ofrecen un buen asidero para las digresiones y las anécdotas históricas y un hábil punto de apoyo para las disquisiciones científicas.

El estilo es el mismo estilo pulido y trabajado de los discursos mejor escritos de Cicerón, aunque más agradable que éstos, en el sentido de que su autor no se esfuerza aquí con tanta frecuencia en emplear un tono patético.

Estos escritos retóricos y políticos de Cicerón, teñidos de cierto matiz filosófico, no carecen enteramente de méritos; en cambio el compilador fracasa completamente al dedicar los ocios involuntarios de los últimos años de su vida (45 y 44) a la verdadera filosofía, escribiendo en unos cuantos meses, con tanto malhumor como desembarazo y precipitación, toda una biblioteca filosófica. La receta empleada para ello no podía ser más sencilla. Imitando de un modo burdo las obras de popularización escritas por Aristóteles, en las que la forma del diálogo se empleaba fundamentalmente para desarrollar y criticar los distintos sistemas filosóficos de la Antigüedad, Cicerón abordaba los escritos epicúreos, estoicos y sincréticos que trataban el mismo problema tal como caían en sus manos o como otros se los alargaban, y los desmenuzaba en una especie de diálogo, sin poner de su cosecha otra cosa que las introducciones, sacadas de la copiosa colección de prólogos para obras proyectadas y que no había llegado a escribir, y un cierto estilo de vulgarización; para ello entretejía con el diálogo ejemplos y referencias tomados de las cosas romanas y alusiones a problemas que no venían a cuento, pero con los que autor y lectores se hallaban familiarizados; en la obra *De Officiis,* por ejemplo, se entrega a una digresión sobre el decoro del orador; otras veces incurre en ese confusionismo inevitable en un literato que sin estar habituado al pensamiento filosófico ni tener una cultura filosófica, trabaja de prisa y con todo descaro.

Por este procedimiento no era difícil ir acumulando libro tras libro, si así pueden llamarse. "Son simples copias —escribía el propio autor a un amigo que le había mostrado su

asombro por tanta fecundidad—; no me cuestan ningún trabajo, pues no hago más que poner las palabras, de las cuales tengo abundante caudal." El juicio es concluyente y nada se puede objetar contra él. Realmente, a quien se empeñe en ver en estos abortos literarios obras verdaderamente clásicas hay que aconsejarle que procure guardar un prudente silencio en asuntos de literatura.

Las ciencias

Sólo una ciencia se cultivaba activamente: la filología latina. El proyecto de una ciencia lingüística latina atenta a la forma y al fondo de la lengua, proyecto que concibiera Estilón, fue desarrollado del modo más grandioso por su discípulo Varrón, fundamentalmente. Ven la luz en esta época una serie de extensos estudios sobre todos los problemas lingüísticos y lexicográficos, entre los que se destacan los vastos comentarios gramaticales de Fígulo y la gran obra de Varrón *De lingua latina;* monografías sobre temas de gramática y de historia de la lengua, como los estudios de Varrón sobre el empleo del idioma latino, sobre los sinónimos, sobre la antigüedad de las letras, sobre los orígenes del latín; escolios a la literatura antigua, especialmente a Plauto; ensayos sobre historia de la literatura, biografías de poetas, investigaciones sobre el teatro antiguo, sobre la división escénica de las comedias de Plauto y sobre la autenticidad de éstas.

La filología de tipo arqueológico, que englobaba toda la historia antigua y el derecho sacro, excluido de la jurisprudencia práctica, aparece resumida en la obra de Varrón, fundamental en su época y para todos los tiempos, que se titula *Antigüedades de las cosas divinas y humanas* (publicada entre los años 67 y 45). La primera parte de este estudio "sobre las cosas humanas" trata de los orígenes de Roma, de la división de la ciudad y del campo, de la ciencia de los años, los meses y los días y, finalmente, de los acontecimientos públicos dentro del Estado y en la guerra; en la segunda parte de la obra,

que trata "de las cosas divinas", se estudian de un modo compendiado la teología del Estado, el carácter y la significación de los colegios sacerdotales, los lugares sagrados, las fiestas religiosas, los sacrificios y las ofrendas a los dioses y, finalmente, los dioses mismos.

Varrón escribió, además, una serie de monografías sobre diversos temas, por ejemplo sobre los orígenes del pueblo de Roma, sobre los linajes romanos descendientes de Troya, sobre las tribus de Roma y, como apéndice a esta obra, un estudio más extenso y que forma una unidad "sobre la vida del pueblo romano", que constituye un ensayo muy notable de historia de las costumbres de Roma, en el que se esboza un cuadro del Estado interior, financiero y cultural de la ciudad en la época de los reyes, bajo la república, durante la guerra de Aníbal y en tiempo del autor.

Estos trabajos de Varrón revelan un conocimiento empírico tan variado y a su modo tan grandioso del mundo romano y del mundo helénico colindante con él como jamás lo poseyó antes ni llegó a poseerlo después ningún otro romano, y al que contribuyen por igual la observación directa y el estudio de la literatura. El autor merecía verdaderamente el elogio que sus contemporáneos le tributaban al decir de él que había orientado en las cosas de su propio mundo a sus conciudadanos extranjeros dentro de su patria y había enseñado a los romanos quiénes eran y dónde vivían. Pero en vano buscaremos en estas obras algo que se parezca al espíritu crítico y sistemático. Los conocimientos referentes a las cosas griegas parecen provenir, en Varrón, de fuentes bastante turbias, y asimismo encontramos trazas de que tampoco en lo tocante a Roma se hallaba este escritor libre de toda influencia de la literatura histórica de tipo novelesco imperante en su época.

La materia aparece engranada, indudablemente, dentro de un cuerpo claro y simétrico, pero sin que se la vea ordenada ni tratada metódicamente, y a pesar del esfuerzo que el autor hace para combinar armónicamente los datos recogidos de la

tradición y los que le suministra la observación directa, los estudios científicos de Varrón no se hallan todavía enteramente exentos de la fe del carbonero ante el pasado ni de un escolasticismo vuelto de espaldas a la realidad.[17] Se apoya en la filología griega más bien para imitar sus defectos que para inspirarse en sus virtudes, y así vemos que en Varrón, como en los demás filólogos de esta época, las etimologías basadas en las semejanzas fonéticas se convierten en verdaderos acertijos y, no pocas veces, degeneran en el absurdo. [18]

Por su empirismo y también por su endeblez empírica y su falta de método, la filología varrónica presenta una analogía sorprendente con la filología nacional inglesa y, al igual que ésta, se basa fundamentalmente en el estudio del teatro antiguo. Se vuelve de espaldas a las reglas del idioma, que la literatura de la época monárquica desarrolla, como hemos dicho ya, por oposición a este empirismo lingüístico. Es altamente significativo que el hombre que figura a la cabeza de los gramáticos nuevos sea nada menos que César, el primero que en su obra sobre la analogía (publicada entre los años 68 y 50) acomete la empresa de someter la lengua, hasta entonces libre, al imperio de la ley.

Al lado de esta actividad extraordinaria que observamos en el campo de la filología las demás ciencias acusan una pasividad sorprendente. Las obras importantes de tipo filosófico que ven la luz en esta época, como la exposición que Lucrecio hace del sistema epicúreo bajo el infantil ropaje poético de la filosofía presocrática, y los mejores escritos de Cicerón, surtían efecto y encontraban un público, no precisamente por su contenido filosófico, sino única y exclusivamente por su forma estética; las numerosas traducciones de obras de Epicuro y los trabajos pitagóricos, como el gran estudio de Varrón sobre los elementos de los números y el más extenso aún de Fígulo sobre los dioses, carecían evidentemente de todo valor, tanto en lo científico como en lo formal.

Tampoco era más alto el nivel de las ciencias profesionales. Los libros de Varrón sobre la agricultura, escritos en forma de diálogo, aunque presentan un carácter más metódico que los de sus predecesores Catón y Saserna, censurados de pasada en ellos alguna que otra vez, son, a diferencia de aquellas obras antiguas, más bien el fruto de un intelectual que el resultado de la observación práctica.

De los estudios jurídicos del propio Varrón y de los de Servio Sulpicio Rufo (cónsul en el año 51) apenas podemos decir sino que contribuyeron al atavío dialéctico y filológico de la jurisprudencia romana.

Mencionaremos aquí los tres libros de Cayo Macio sobre cocina, conservas y confituras, que es, según nuestros informes, la primera obra romana sobre el arte culinario y constituye un fenómeno notable si tenemos en cuenta que fue escrita por una persona de la alta sociedad.

La mayor importancia que se concede en la enseñanza de la juventud a la matemática y a la física revela que estas ciencias fueron estimuladas por el mayor auge de las tendencias helénicas y utilitarias en la época monárquica; también se las tiene más en cuenta ahora en ciertas aplicaciones de orden práctico, entre las que podemos señalar, además de la reforma del calendario, la aparición en esta época de las cartas geográficas murales; los progresos conseguidos en la técnica de la construcción de buques y de instrumentos musicales; obras y construcciones como la de la gran pajarera descrita por Varrón, el puente de estacas tendido sobre el Rin por los ingenieros de César e incluso dos tinglados de madera construidos en forma de semicírculo para poder acoplarlos y que se utilizaron primero separadamente como dos teatros y luego juntos, a modo de anfiteatro.

En esta época era relativamente frecuente que se exhibiesen públicamente en las festividades populares ciertas curiosidades naturales traídas del extranjero; y los relatos de animales curiosos que César intercala de vez en cuando en la narración de sus campañas indican que si hubiese vuelto a

surgir aquí un Aristóteles habría encontrado otra vez la protección de un príncipe. Pero las obras literarias de que tenemos noticia en este terreno se enlazan esencialmente al neopitagorismo; tal, por ejemplo, el paralelo que Fígulo establece entre las observaciones celestes de los griegos y los bárbaros, es decir, de los egipcios, y los escritos del mismo autor sobre los animales, los vientos y los órganos sexuales.

Después que la investigación de la naturaleza entre los griegos se desvió del esfuerzo aristotélico por descubrir en los detalles concretos las leyes de todo para circunscribirse cada vez más a la observación empírica y casi siempre exenta de sentido crítico de los fenómenos naturales puramente externos y sorprendentes, la ciencia de la naturaleza, convertida en una especie de filosofía mística, sólo podía servir para embrutecer y paralizar el espíritu en vez de ilustrarlo y estimularlo. Ante semejante estado de cosas era preferible atenerse a la tontería que Cicerón pretendía hacer pasar por sabiduría socrática y según la cual la ciencia natural es la que investiga las cosas que nadie puede saber o las que nadie necesita conocer.

El arte

En materia de arte nos encontramos con las mismas manifestaciones poco halagüeñas que caracterizan toda la vida espiritual de esta época. La arquitectura se estancó casi completamente a causa de la crisis monetaria de los últimos tiempos de la república. Del lujo arquitectónico que se desarrolló entre las gentes ricas de Roma ya hemos hablado; los arquitectos sabían emplear ya el mármol como material de construcción —es en esta época cuando empiezan a emplearse los mármoles de color, el amarillo de la Numidia *(giallo antico)* y otros y cuando se ponen en explotación las canteras de mármol de Luna (hoy Carrara)— y empiezan a solar de mosaico los pisos de las habitaciones, a revestir las paredes con planchas de mármol o a pintar el estuco de vetas imitan-

do el mármol: son los primeros rudimentos de la pintura mural, que tanto había de desarrollarse más tarde. Pero toda esta suntuosidad no redundaba para nada en beneficio del arte.

En la pintura y en las artes plásticas siguieron haciendo progresos la afición y el afán coleccionista. La frase de un abogado al hablar ante los jueces de las obras de arte "de un tal Praxíteles" no pasaba de ser una afectación efectista de la simplicidad catónica; todo el mundo viajaba y gustaba de contemplar las estatuas y monumentos, y el oficio de cicerone o *exégeta,* como entonces se le llamaba, no era de los menos lucrativos.

Se desarrolló una verdadera hambre de obras de arte, aunque no se buscaban tanto, ciertamente, las estatuas y pinturas como los vasos y otros ornamentos artísticos para la casa y la mesa, cosa muy propia del tipo un poco tosco de la suntuosidad romana. En esta época empieza a excavarse en las antiguas tumbas de Capua y Corinto para desenterrar los recipientes de bronce y de barro con que antiguamente se enterraba a los muertos. Se pagaban hasta 40 mil sestercios por una figurilla de bronce y hasta 200 mil sestercios por un par de tapices valiosos; un hornillo de bronce bien trabajado llegó a valer tanto como una finca.

Como era lógico, los marchantes aprovechábanse de esta demanda febril y atolondrada de objetos de arte y estafaban no pocas veces a sus clientes; pero la ruina económica de los países ricos en obras de arte, sobre todo los del Asia Menor, llevó también al mercado de Roma muchos objetos artísticos y suntuarios realmente antiguos y preciosos, y de Atenas, Siracusa, Cyzique, Pérgamo, Quíos, Samos y de todas las cunas del arte de la Antigüedad afluía a los palacios y las villas de los grandes romanos cuanto se hallaba a la venta y mucho de lo que no se hallaba. Ya hemos aludido a los grandes tesoros de arte albergados en la casa de un Lúculo, a quien se acusaba, probablemente no sin razón, de haber acumulado tantas riquezas artísticas a costa de desatender sus deberes como general en las campañas en que tomó parte.

Los aficionados a las bellas artes acudían a aquella mansión a admirar las obras allí guardadas como hoy acuden a la Villa Borghese, y ya entonces se escuchaban quejas contra la sinrazón de que los tesoros de arte se acumulasen en los palacios y casas de campo de la gente rica, donde sólo podían disfrutarlas su propietario, los amigos de éste y las personas especialmente autorizadas por él. En cambio en los edificios públicos escaseaban proporcionalmente las obras maestras de los artistas griegos y había muchos templos en la capital que seguían ostentando sobre sus altares, como imágenes divinas, las antiguas figuras talladas en madera.

Por lo que se refiere a la práctica del arte, apenas podemos decir nada; de los escultores o pintores romanos de esta época casi no conocemos por su nombre más que a uno, un tal Arelio, cuyas obras eran disputadísimas, pero no por el valor artístico que tuviesen sino porque el tuno del artista reproducía fielmente en sus diosas los rasgos de su amante de turno.

La importancia de la música y la danza fue en aumento, lo mismo en la vida pública que en la privada. Ya hemos expuesto cómo la música y las danzas escénicas adquirieron rango propio y sustantivo en el desarrollo teatral de esta época; lo único que a esto podemos añadir es que ahora era muy frecuente que apareciesen en escena, incluso en representaciones públicas, músicos, bailarines y declamadores griegos, siguiendo la costumbre generalizada en el Asia Menor y en todo el mundo helénico y helenizante.[19] A esto hay que añadir los músicos y danzarines que actuaban por encargo en los banquetes y con otros diversos motivos y las orquestas de instrumentos de cuerda y de viento que ya no era raro encontrar en las casas ricas. La incorporación de la música al conjunto de las materias generales de enseñanza indica que también las clases altas de la sociedad practicaban intensamente la música y el canto; por lo que al baile se refiere, huelga decir que tenía numerosos prosélitos entre las

mujeres, y sabemos que hasta se reprochó a personajes de rango consular el practicar la danza en la intimidad.

A fines de este periodo, con la monarquía, apuntan también en el terreno de las bellas artes los comienzos de una época mejor. Hemos señalado ya el auge gigantesco que tomó bajo César la construcción en la capital que había de tomar bajo el imperio. El progreso se advierte hasta en el cuño de las monedas, ya hacia el año 54: a partir de ahora los cuños monetarios, antes toscos y descuidados la mayor parte de las veces, se afinan y empiezan a cuidarse.

El ocaso

Hemos llegado al término de la república romana. La hemos visto gobernar durante medio milenio a Italia y a los países del Mediterráneo; la hemos visto derrumbarse, no por obra de la violencia, sino a consecuencia de la decadencia interior en lo político y en lo moral, en lo religioso y en lo literario, para ceder el puesto a la nueva monarquía de César. En el mundo con que éste se encontró quedaba mucho de la noble herencia de los siglos pasados y una plétora pasmosa de esplendor y de gloria, pero alentaba en él poco espíritu, el buen gusto escaseaba y más todavía el amor por la vida y el goce de vivir. Era, evidentemente, un mundo caduco, y ni siquiera el patriotismo genial de un César fue capaz de rejuvenecerlo. Los arreboles de la aurora no se encienden nunca antes de que las sombras de la noche se hayan cerrado por completo. Pero, a pesar de todo, con el nuevo gobernante pudieron los atormentados pueblos del Mediterráneo vivir, por lo menos, un anochecer soportable después de una jornada tempestuosa. Y cuando tras una larga noche histórica despuntó el nuevo día de los pueblos, entre las naciones jóvenes que pudieron marchar con plena libertad de movimientos hacia metas nuevas y más altas fueron muchas las que vieron germinar y florecer la simiente arrojada en ellas por Cé-

sar y que le debían y siguen debiéndole a éste su individualidad nacional.

[1] Son, como es sabido, las siete llamadas artes liberales, que habían de mantenerse a lo largo de toda la Edad Media, con esta distinción entre las tres disciplinas aclimatadas primeramente en Italia y las cuatro incorporadas posteriormente a ellas.

[2] Es muy interesante, en este sentido, la dedicatoria de la descripción poética de la tierra atribuida a Escimno. Después de declarar su intención de escribir una especie de manual de geografía compuesto en la favorita métrica de Menandro, fácilmente inteligible y susceptible de ser aprendido de memoria sin dificultad por los alumnos, el poeta dedica la obra, del mismo modo que Apolodoro dedicara su compendio histórico, semejante a éste, al rey Átalo Filadelfo de Pérgamo, "quien alcanzó eterna fama, con figurar su nombre al frente de este libro de historia", al rey Nicomedes III de Bitinia (91? -75), en los siguientes versos

> Ἐγω δ᾽ακουων διότι τῶν νῦν βασιλέωϛ
> Μόνοϛ βασιλικῆν χρηστὸτητα προσφερèιϛ
> Πείραν ἐπεθὺμηϛ ο᾽αὺτὸϛ ἐπ ἐμαυτοῦ λαβεῖν
> Καὶ παραγενεσθαι κὰὶ τὶ βάσιλευϛ ἐοτ, ἰδεῖν.
> Διὸ τῆ προθὲσει σὺμβολευϛ εξελεξάμην
> .....Τὸν Απόλλωνα τὺν Διδυμῆ.....
> Οὺ δή σχεδὸν μάλιστα καὶ πεπεισμενοϛ
> Πρὸϛ σὴν κατα λόγον ἤκα ᾽κοινῆν γὰρ σχεδόν
> Τοὶϛ φιλυμαθουσῦν ἀναδέδειχαϛ ἐοτίαν.
> Para ver por mí mismo que es verdad
> Lo que la gente dice, que sólo tú,
> Entre los reyes de hoy, dispensas favor real,
> Llego hasta ti, deseoso de ver lo que es un rey.
> Fortalecido en esta decisión por el oráculo de Apolo,
> Me acerco a tu trono, casi animado por tu gesto,
> Llego al hogar común de los sabios todos.

[3] Con la posesión de esta suma de dinero, con la que se entraba en la primera clase del censo electoral y se caía bajo el imperio de la ley Voconia sobre la herencia, se traspasaba la línea divisoria establecida entre las gentes humildes *(te-*

nuiores) y las gentes distinguidas. Por eso el cliente pobre de Cátulo (23, 26) implora a los dioses que le pongan en posesión de dicha suma.

[4] En *El viaje a los infiernos* de Laberio desfila toda clase de gentes que aseguran haber visto milagros y signos prodigiosos; a uno se le ha aparecido un marido con dos mujeres, a lo que otro replica que esta visión es todavía más pavorosa que el sueño de los seis ediles que hace poco tuvo un adivino. Es una alusión al rumor que corría por aquel entonces según el cual César proponíase instaurar en Roma la poligamia (Suetonio, *Caes.,* 82), habiendo sido él, en realidad, quien instituyó seis ediles en vez de cuatro. Es una prueba bien elocuente de que Laberio, el autor de esta comedia, ejercía con bastante desahogo sus derechos de bufón, y también de que César toleraba su ejercicio harto libremente.

[5] El Estado le pagaba mil denarios por cada día que actuaba, y además los sueldos de su compañía. Más tarde rehusaba aceptar sus propios honorarios.

[6] Algunas excepciones aparentes a esta norma, como por ejemplo la mención de Panquea, la tierra del incienso (2, 417), se explican tal vez como referencias que pasaron de la novela de viajes de Euhemero a la poesía de Ennio y, desde luego, a los versos de Lucio Manlio (II, 447; Plin., *h. n.* 10, 2, 4), razón por la cual eran conocidísimas del público para el que Lucrecio escribía.

[7] Esto se revela de un modo bastante candoroso en los relatos guerreros, en los que aparecen como si formasen parte del pasado reciente las tempestades asoladoras que destruyen los ejércitos y tropeles de elefantes que destrozan a quienes los conducen, es decir, estampas tomadas de las guerras púnicas.

[8] "Claro está —dice Cicerón (*Tusc.,* 3, 19, 45), refiriéndose a Ennio— que este espléndido poeta es despreciado por nuestros recitadores de Euforión." "He llegado felizmente —escribe el mismo Cicerón a Ático (7, 2)—, pues soplaba del Epiro un norte favorable. Si quieres puedes vender este verso es-

pondaico a cualquiera de los poetas a la nueva usanza como si fuese tuyo" *(ita belle nobis flavit ab Epiro lennissimus Onchesmites. Hunc* σπονδειάξοντα *si cui voles* των νεωτερῶν *pro tuo vendito).*

[9] "Cuando era muchacho —escribe en alguna parte Varrón— me bastaba con un vestido tosco y cualquier cosa para poner debajo, zapatos sin medias y un caballo sin silla; no me bañaba en agua caliente todos los días y rara vez tomaba un baño de río." Por el valor personal de que dio pruebas en la guerra contra los piratas, en la que mandó un destacamento de la flota, le fue conferida la corona naval.

[10] No cabe concebir nada más pueril que el esquema a que Varrón reduce a todos los filósofos, según el cual, en primer lugar, todos los sistemas que no se proponen como meta final la felicidad del hombre deben considerarse inexistentes y, en segundo lugar, calcula exactamente en 288, ni una más ni una menos, las filosofías que responden a esa premisa. Este buen hombre era, desgraciadamente, demasiado erudito para confesar que no podía ni quería ser filósofo, razón por la cual se pasó la vida oscilando constantemente y con muy poca elegancia entre el estoicismo, el pitagorismo y el diogenismo.

[11] En una ocasión escribe: *Quintiporis Clodii foria ac poemata ejus gargaridians dices: O fortuna, o fors fortuna!* ("¿Quieres gargarizar las figuras retóricas y los versos de Clodio, el esclavo de Quinto, y exclamar: ¡Oh, destino! ¡Oh, suerte del destino!?"). Y en otra parte: *Cum Quintipor Clodius tot comoedia, sine ulla fecerit musa, ego unum libellum non edotem, ut ait Ennius?* ("Ya que Claudio, el esclavo de Quinto, ha escrito tantas comedias sin el soplo de las musas, ¿por qué no he de poder 'fabricar' yo un solo librillo, para decirlo con palabras de Ennio?"). Este Claudio, de quien no tenemos ninguna otra noticia, sería probablemente un mal imitador de Terencio, sobre todo si tenemos en cuenta que aquella exclamación de *O fors fortuna,* que Varrón le atribuye, figura en una comedia terenciana.

En el *Asno oyendo tocar la cítara* de Varrón encontramos la siguiente imagen que de sí mismo traza un poeta:

Pacuvii discipulus dicor, porro is fuit Ennii
Ennius Musarum, Pompilius clueor
Me llaman discípulo de Pacuvio, que lo fue de Ennio
Y éste de las Musas; yo me llamo Pompilio.

con la cual se trata, indudablemente, de parodiar la introducción de Lucrecio, poeta que no debía inspirar mucha simpatía a Varrón, como enemigo declarado que era del sistema de Epicuro, y al que no cita ni una sola vez.

[12] Él mismo dice en una ocasión, certeramente, que no gusta de las palabras anticuadas, aunque las emplea con frecuencia, y que siente especial predilección por las expresiones poéticas, aunque no hace uso de ellas.

[13] Véase este relato, tomado del *Marcipor* ("El esclavo de Marco"):

Repente noctis circiter meridiem
Cum pictus aer fervidis late ignibus
Coeli chorean astricem ostenderet
Nubes aequali, frigido velo leves
Coeli carenas aureas subduxerant
Aquam vomentes inferam mortalibus.
Ventique frigido se ab axe eruperant,
Phrenetrei septentrionum filii,
Secum ferentes, tegulas, ramos syrus.
At nos caduci, naofragi, ut ciconiae
Quarum bipennis fulminis plumas vapor
Perussit, alte maesti in terram cecidimus.
De pronto, como a la hora de la media noche,
Cuando llena de fuego por todos los ámbitos
La atmósfera apuntaba al reguero de estrellas del firmamento,
La fría lluvia derramada por las raudas nubes
Envolvió con su velo la dorada bóveda del cielo,
Vomitando el agua sobre los mortales.
Los vientos, desgarrados del helado polo,
Azotaban con la furia terrible del Septentrión,
Arrastrando consigo tejas, ramas y tablones.
Y nosotros, caídos, náufragos, cual tropel de cigüeñas
Con las alas truncadas por rayo de doble filo,

Nos vimos arrojados súbita y tristemente contra la tierra.

Y este verso de la *Anthropopolis:*

Non fit thesauris, non auro pectu solutum
Non demunt animis curas ac religiones
Persarum montes, non atria diviti Crassi.

No es la riqueza ni es el oro lo que hace que tu pecho sea libre;
No son las montañas de oro de los persas las que descargan el alma del hombre
De penas ni cuidados, ni las salas del riquísimo Craso.

Pero el poeta sabía encontrar también tonos más ligeros. Así, en el *Est modus Matutee* encontramos este gracioso elogio del vino:

Vino nihil jucundius quisquam bibit
Hoc aegritudinem ad medendam invenerunt,
Hoc hilaritatis dulce seminarium,
Hoc continet coagulum convivia.

El vino es la bebida mejor para cualquiera:
Es la medicina que devuelve la salud al enfermo;
Es el dulce semillero de la alegría,
El aglutinante que mantiene unidos a los amigos junto al vaso.

Y en el *Kosmotorune* el viajero que regresa a su patria grita a los marineros:

Detis habenas animae leni
Dum nos ventus flamine sudo
Suavem ad patriam perducit.

¡Dejad las riendas sueltas al más leve soplo,
Para que el impulso del fresco viento
Nos restituya a la amada patria!

[14] Los bocetos de Varrón tienen una importancia histórica e incluso poética tan extraordinaria y son tan pocos quienes los conocen, por el estado fragmentario en que han llegado a nosotros, que vamos a permitirnos resumir aquí algunos de ellos, introduciendo en ellos algunas restauraciones, muy pocas, las puramente indispensables para que su texto tenga sentido.

La sátira titulada *Manio* o *El madrugador* describe la vida en el campo. "Manio hace que su gente se ponga en pie con el sol y él mismo la conduce al lugar de trabajo. La gente jo-

ven se ocupa de hacerse por sí misma la cama, que la fatiga del trabajo les ablanda, y de poner junto a ella el jarro del agua y la lámpara. Beben agua pura y cristalina y comen pan acompañado de algunas cebollas. Dentro de casa y en el campo todo aparece próspero. La casa no es ninguna obra de arte, pero los arquitectos podrían aprender en ella simetría. Las tierras de labor están cuidadas y limpias, sin brotes de mala hierba; Ceres, agradecida por estos cuidados, vela para que ninguna plaga dañe el fruto, y los altos almiares alegran el corazón del labrador. La hospitalidad reina todavía en estas tierras; quien haya mamado leche de madre, sea quien fuere, es aquí bien recibido. La despensa del pan, la barrica de vino, los embutidos que cuelgan de las vigas, la llave y la cerradura de la casa están a la disposición del viajero que llame a su puerta, y la mesa se colma de comida ante él; el huésped, saciado el apetito, se sienta satisfecho junto al hogar, en la cocina, y da unas cabezadas sin preocuparse de lo que ha dejado atrás ni de lo que le espera. Por la noche se tiende la piel de oveja más caliente y más mullida para que le sirva de lecho. Los vecinos de estas tierras acatan todavía, como buenos ciudadanos que son, las leyes justas, las que no agravian por ojeriza al inocente ni perdonan por gracia al culpable. Aquí nadie habla mal del prójimo. Esta gente no estira las piernas para hollar el suelo sagrado, sino que venera a sus dioses con devoción y les sacrifica, ofrece a los espíritus de la casa su pedazo de vianda en la fuente destinada a ello y, cuando el *paterfamilias* muere, acompaña su cadáver con la misma plegaria con que fueron conducidos a la tumba el del padre y el del abuelo."

En otra de sus sátiras aparece un "maestro de los viejos", de que los tiempos decadentes parecen necesitar mucho más que de los maestros de la juventud, y explica "cómo en el pasado todo el mundo en Roma era casto y piadoso y cómo ahora todo ha cambiado". "¿Son mis ojos los que me engañan, o es verdad que veo por todas partes a los esclavos levantados en armas contra sus señores? —En otro tiempo

quien no se presentaba en la recluta como su deber le ordenaba era vendido como esclavo en el extranjero; ahora [la aristocracia I, 790; II, 357; III, 192, 339] califica de buen ciudadano al censor que tolera la cobardía y deja que las cosas vayan como quieran, y se le colma de elogios, diciendo de él que no quiere hacerse famoso a costa de atormentar a sus conciudadanos. En otro tiempo el campesino romano se cortaba la barba una vez a la semana; ahora el esclavo rural no se encuentra nunca bastante acicalado. En otro tiempo veíanse en las haciendas graneros que guardaban el grano de diez cosechas, bodegas espaciosas para las barricas de vino y para los lagares; ahora los hacendados mantienen rebaños de pavos reales y hacen que les chapeen las puertas con ricas maderas africanas." En otro tiempo el ama de casa hilaba su rueca sin quitar el ojo del puchero puesto junto al fuego para que no se quemase la comida; ahora —dice otra sátira—, "la hija pide al padre que le regale una libra de piedras preciosas y la mujer no se contenta con menos de un celemín de perlas de su marido". En otro tiempo el marido pasaba mudo y apocado la noche de su boda; ahora la mujer se entrega al primer cochero que la solicita. En otro tiempo el parir hijos era el orgullo de la mujer casada; ahora, cuando el marido desea descendencia, la mujer le replica: ¿No sabes lo que dice el poeta Ennio?

Ter sub armis malim vitam cernere
Quam semel modo parere
Prefiero exponer la vida tres veces en combate
Que dar a luz una vez sola.

En otro tiempo la mujer se daba por contenta con que su marido la sacase a pasear una o dos veces al año en un carro sin cojines; ahora —podía añadir (véase Cic., *pro Mil.,* 21, 55)—, la mujer se enfada si el marido sale para su hacienda sin llevarla con él y ninguna dama se pone en camino sin arrastrar tras sí a su villa todo el séquito de elegantes criados griegos y de músicos y cantantes.

En una obra de carácter más serio, la titulada *Catón o la Educación de los hijos,* Varrón instruye al amigo que le pide

consejo acerca de este punto indicándole los dioses a quienes según los usos de los mayores debe sacrificarse por el bien de los hijos, y además, remitiéndose a los métodos más racionales de educación seguidos por los persas y a la severidad de su propia infancia, le recomienda que no los alimente ni los deje dormir con exceso, que no les dé pan dulce ni finos manjares —hoy, dice el viejo preceptor, se alimenta más racionalmente a los perros de cría que a los niños— y le precave también contra los remedios mágicos y las bendiciones con que en caso de enfermedad se suple tantas veces el consejo del médico. Aconseja que se obligue a las muchachas a coser y hacer labor de aguja, para que más tarde entiendan de bordados y de telas, y que no se les deje abandonar demasiado pronto sus vestidos de niñas; y previene también contra la costumbre de llevar a los niños a los torneos de gladiadores, que endurecen prematuramente el corazón y donde sólo se aprende a ser cruel.

En el *Hombre de 60 años,* Varrón aparece como un Epiménides romano, que habiéndose dormido a los diez años, se despierta después de medio siglo. Se asombra al ver su cabeza de chico con el pelo cortado al rape convertida en pulida calva, y al tocarse su cara toda arrugada y cubierta de barbas punzantes como las espinas de un erizo: pero aún se asombra más de ver cuánto ha cambiado Roma. Las ostras de Lucrino, que antes eran un manjar de bodas, son ahora un plato de cada día; en cambio ahora el glotón acosado por sus acreedores prepara secretamente la tea incendiaria. Antes el padre disponía de su hijo; ahora es el hijo quien manda sobre el padre, y no pocas veces se deshace de él por medio del veneno. El lugar de reunión de los comicios se ha convertido en una bolsa de contratación, los procesos penales en verdaderas minas de oro para los jurados. Ya no se acata ninguna ley, como no sea ésta: la de no dar nada si no se recibe algo a cambio. Todas las virtudes se han borrado sin dejar rastro, y el hombre que despierta de su largo sueño se encuentra en vez de ellas con estos personajes para él desconocidos: la im-

piedad, la perfidia y la lujuria. "¡Oh, Marco, qué sueño tan pesado y qué terrible despertar!"

Este esbozo satírico nos recuerda la época de Catilina, a raíz de la cual (hacia el año 57) debió de escribirlo el viejo Varrón. En el amargo final de esta sátira se encierra un poco de verdad: Marco, el que encuentra mal todo lo presente y bien todo lo pasado, después de verse acerbamente fustigado por sus anacrónicas censuras y sus reminiscencias de anticuario, es arrastrado al puente en una parodia de resurrección de una de las costumbres inmemoriales de los viejos tiempos romanos por él tan ensalzados, y desde allí arrojado al Tíber como un viejo decrépito e inútil. Indudablemente para hombres como éste no había ya sitio en Roma.

[15] "Sacas a rastras de sus escondites a los inocentes —decía un discurso de este género—, que tiemblan como corderillos, y al amanecer [haces que los pasen a cuchillo] en la escarpada orilla del río." Estas y otras parecidas frases de folletín abundan en los escritos a que hacemos referencia.

[16] La obra *De Bello Gallico* fue publicada una sola vez, como con tanta frecuencia se había conjeturado; así lo demuestra el hecho de que en el libro primero aparezcan en un plano de igualdad los boyers y los heduos, mientras que en el libro séptimo los primeros son ya tributarios de los segundos y sólo alcanzan la igualdad de derechos con sus antiguos superiores en razón a su comportamiento y al de los heduos en la guerra contra Vercingétorix. Por otra parte, si estudiamos atentamente la historia de aquel tiempo llegamos a la conclusión de que el modo en que se describe en esta obra la crisis milónica demuestra que el tratado se publicó antes de que estallase la guerra civil; no porque en él se tributen elogios a César, sino porque éste aprueba en él las leyes de excepción del año 52. No podía expresarse de otro modo mientras se esforzase en estar a bien con Pompeyo, pero no se explica que hablase en tales términos después de la ruptura, habiendo abolido las condenas impuestas al amparo de esta ley y lesi-

vas para él. Por eso creemos que están en lo cierto los que sitúan la publicación de la obra de César en el año 51.

Esta obra se caracteriza por la tendencia continua a justificar —cosa que en la mayoría de los casos logra, como ocurre principalmente con la expedición a la Aquitania— todos los actos de guerra del autor como medidas definitivas e impuestas de un modo inevitable por el estado de cosas con que se encontró. Es sabido que los adversarios de César censuraban los ataques dirigidos por él contra los celtas y sobre todo contra los germanos como actos arbitrarios y no precedidos de provocación por parte del enemigo (Suetonio, *Caes.,* 24).

[17] Un ejemplo notable de esto lo tenemos en la exposición general que hace de los animales domésticos en su tratado de economía rural, con sus nueve subdivisiones, subdivididas a su vez en nueve apartados cada una, sobre la doctrina de la cría del ganado y el hecho "increíble, pero cierto" de que los asnos de Olisipo (Lisboa) se alimentaban solamente de aire y, en general, con su curiosa mezcolanza de observaciones filosóficas, históricas y agrícolas.

[18] Así, por ejemplo, Varrón deriva la palabra *facere* de *facies,* porque quien hace algo pone cara de hacerlo; *volpes,* el zorro, viene según Milón, de *volare pedibus;* Cayo Trebacio, jurisconsulto filólogo de esta misma época, deriva la palabra *sacellum* de *sacra cella,* Fígulo hace provenir la palabra *frater* de *fere alter,* y así sucesivamente. Esta práctica, que no se presenta precisamente como un fenómeno aislado, sino como elemento esencial de la literatura filológica de esta época, ofrece gran analogía con los métodos filológicos que imperaban no hace tanto tiempo, cuando aún el análisis del organismo lingüístico no había puesto coto a estos experimentos empíricos.

[19] Estos "juegos griegos" no eran ya frecuentes solamente en las ciudades helénicas de Italia, sobre todo en Nápoles (Cic., *pro Arch.,* 5, 10; Plut., *Brut.,* 21), sino que ahora se habían generalizado también en Roma (Cic., *ad. Fam.,* 7, 1, 3; *ad. Att.,* 16, 5, 1; Suet., *Caes., 39;* Plut., *Brut.,* 21). *Es* bien co-

nocido el epitafio de la joven de 14 años Licinia Eucaria, perteneciente probablemente a fines de esta época y en el que se la elogia como "una muchacha bien instruida e iniciada por las mismas Musas en todas las artes", que brilló como bailarina en representaciones privadas de casas de la alta sociedad, siendo la primera que actuó públicamente en la escena griega *(modo nobilium ludos decoravi choro, et Gracca in scaena prima populo apparui).* Esto sólo puede interpretarse en un sentido: en el de que esta joven fue la primera que actuó públicamente en la escena griega en Roma, pues es en esta época precisamente cuando la mujer empieza a figurar en escena.

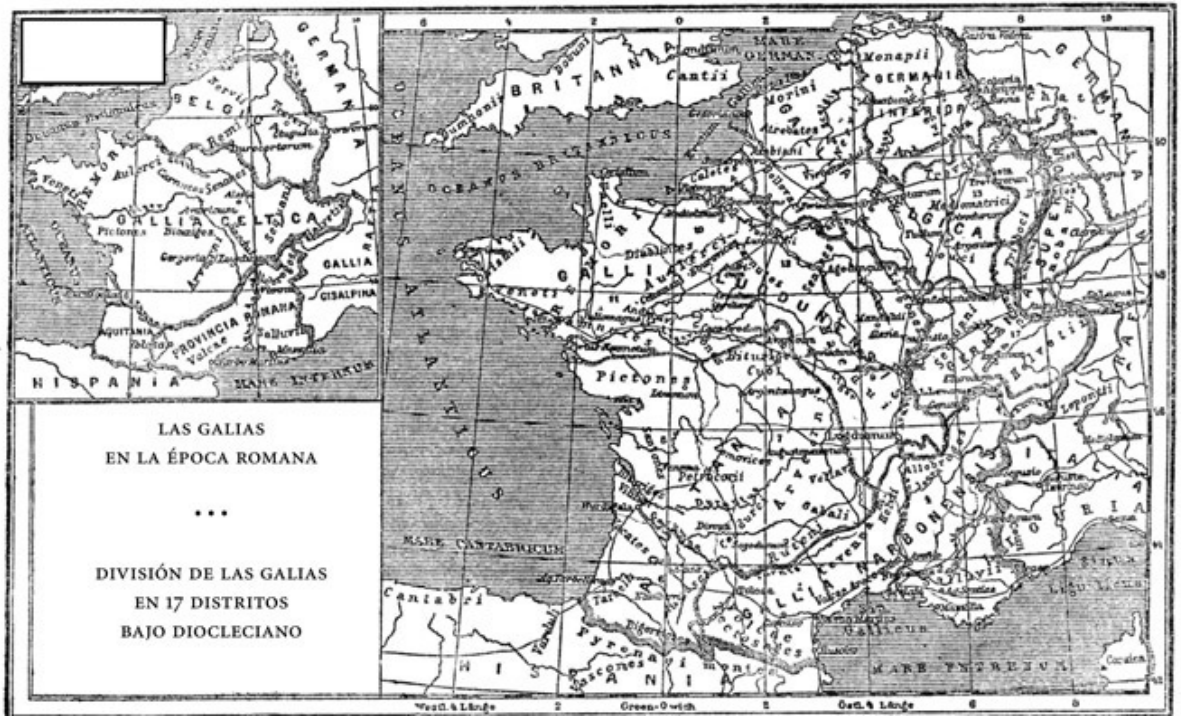
A lo que parece, estos "juegos griegos" celebrados en Roma no eran propiamente representaciones escénicas, sino que figuraban más bien entre las exhibiciones mixtas, que empezaron siendo declamatorio-musicales, como las que siguieron presentándose más tarde en Grecia con cierta frecuencia (Welcker, *Griech. Trag.,* p. 1277). Este punto de vista aparece confirmado por el papel tan importante qua la flauta desempeña en los relatos de Polibio (30, 13) y el de la danza en la narración de Suetonio sobre estas exhibiciones incluidas entre los juegos brindados al pueblo por César, y en el epitafio de Licinia Eucaria la descripción de las "citaroides" *(ad Her.* 4, 47, 60; *cf.* Vitruv. 5, 5, 7) provenía probablemente de estos "juegos griegos". También es muy significativo el hecho de que estas exibiciones se combinasen, en Roma, con torneos de atletas griegos (Poliv., *lug. cit.,* Tit. Liv., 39, 22). Las recitaciones dramáticas no quedaban eliminadas, ni mucho menos, de estos juegos mixtos, pues entre los artistas que según Lucio Anicio actuaron en Roma en el año 167 se mencionan expresamente los actores trágicos; sin embargo en estas fiestas no se representaban obras dramáticas en sentido estricto, sino que un determinado artista se encargaba de declamar o de exponer, cantando con acompañamiento de flauta, bien un drama entero, bien, lo que es más probable, algún trozo de él. Así debía de ocurrir también en Roma; pe-

ro todo parece indicar que lo fundamental de estos "juegos griegos", para el público romano, eran la música y la danza; los textos vendrían a ser, a lo sumo, lo que hoy son para el público de Londres o de París los libretos en las representaciones de la ópera italiana. Indudablemente estas diversiones mixtas, con su absurdo popurrí, cuadraban además mucho mejor con el público romano, principalmente con las representaciones en casas particulares, que las verdaderas representaciones escénicas en griego; no existen razones para demostrar que esta clase de representaciones no existieran también en Roma, pero tampoco poseemos datos concluyentes de que existieran.

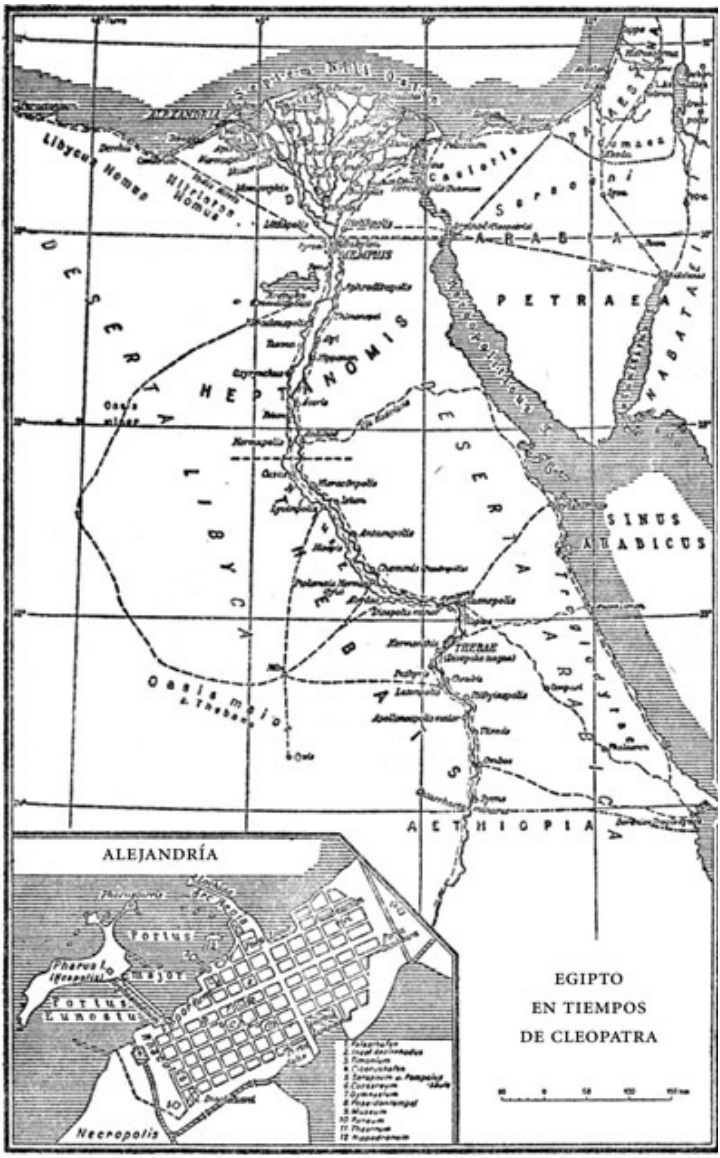
Parte Tercera
Mapas y retratos

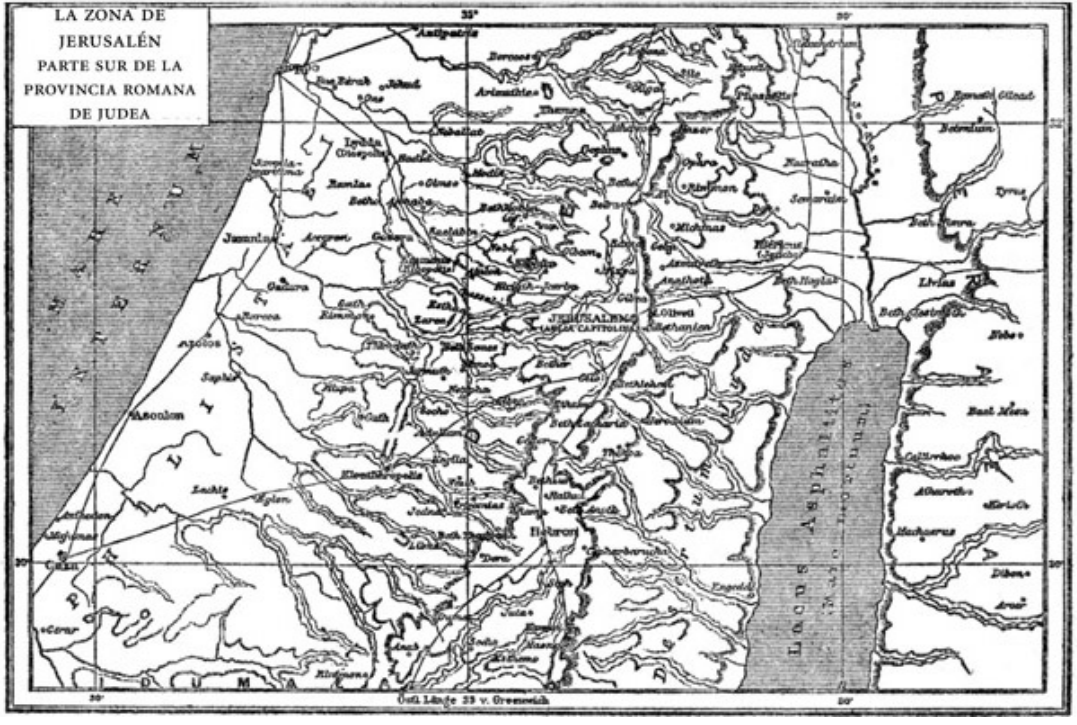
LAS 11 REGIONES
DE ITALIA
BAJO AUGUSTO
Corsica
SARDINIA
SICILIA

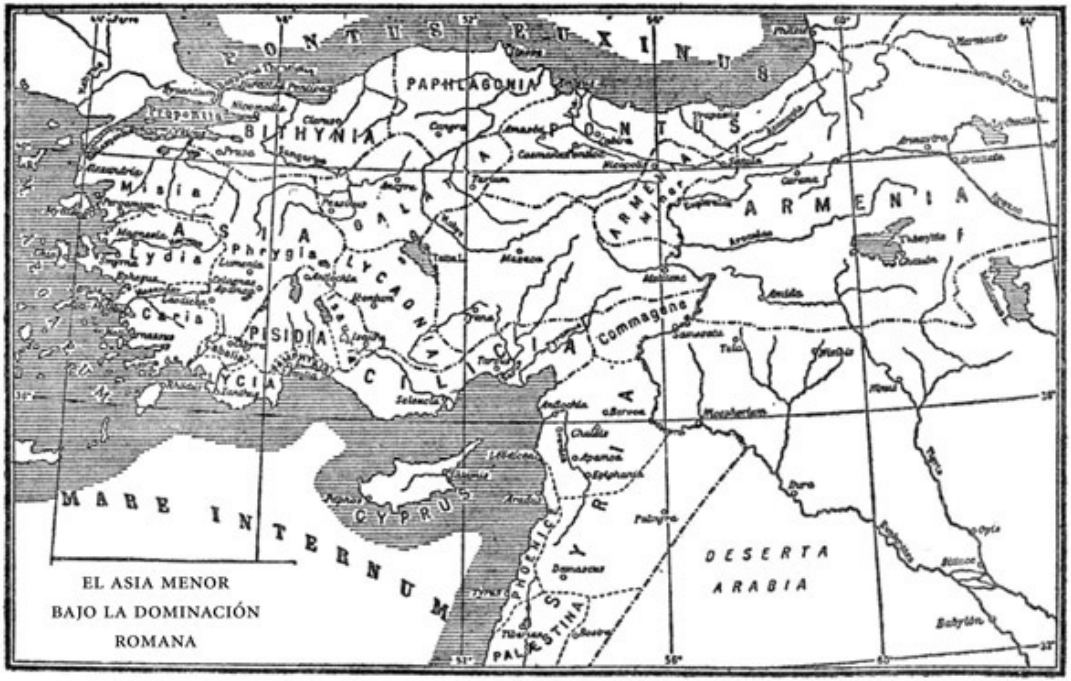
LOS PAÍSES
DEL RIN
EN LA ÉPOCA ROMANA


LAS GALIAS
EN LA ÉPOCA ROMANA
• • •
DIVISIÓN DE LAS GALIAS
EN 17 DISTRITOS
BAJO DIOCLECIANO
BRITANNIA
GERMANIA
GALLIA
HISPANIA
MARE CANTABRICUM
MARE ATLANTICUM
MARE GERMANICUM
OCEANUS BRITANNICUS
Pictones
Cantii
Morini
Monapii
Treveri
Remi
Sequani
Aedui
Arverni
Helvetii
Allobroges
Helvetia
Aquitania
Provincia Romana
Gallia Cisalpina
Gallia Belgica
Gallia Lugdunensis
Gallia Aquitanica
Gallia Narbonensis
Cantabri
Vascones
Pyrenaei Montes
Mare Internum
Mare Britannicum
Mare Gallicum
West & Länge
Green-Greenwich
Ost & Länge

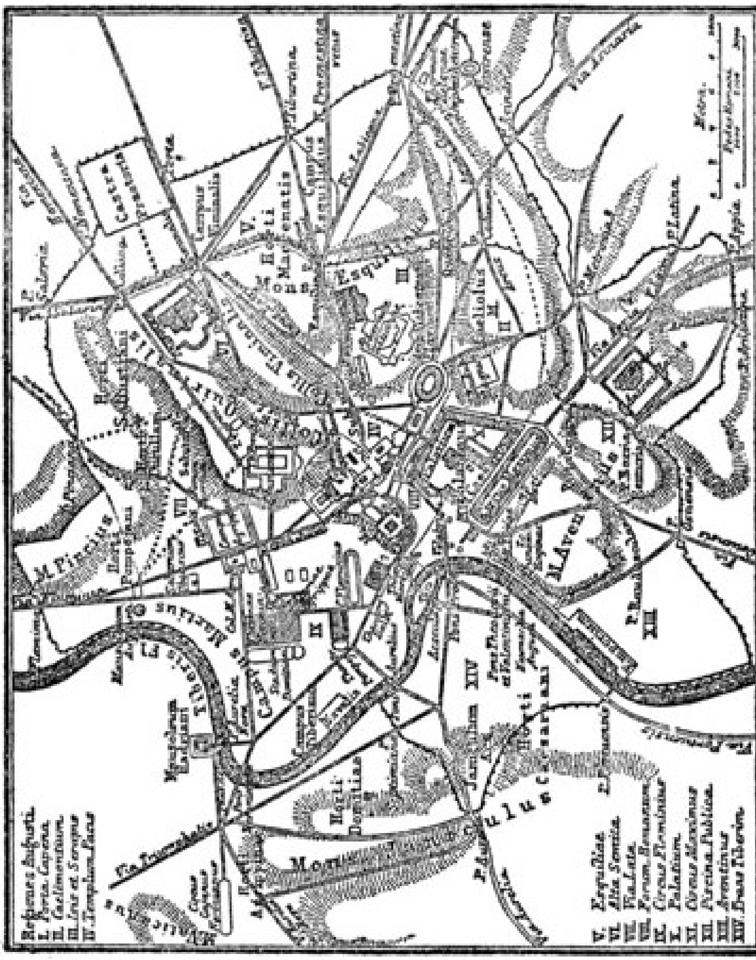
LA MURALLA DE ADRIANO
Luguvallium
CALEDONIA
BRITANIA
EN LA
ÉPOCA ROMANA
10
8
6 Westl. Länge 4 v. Greenwich 2
0
2

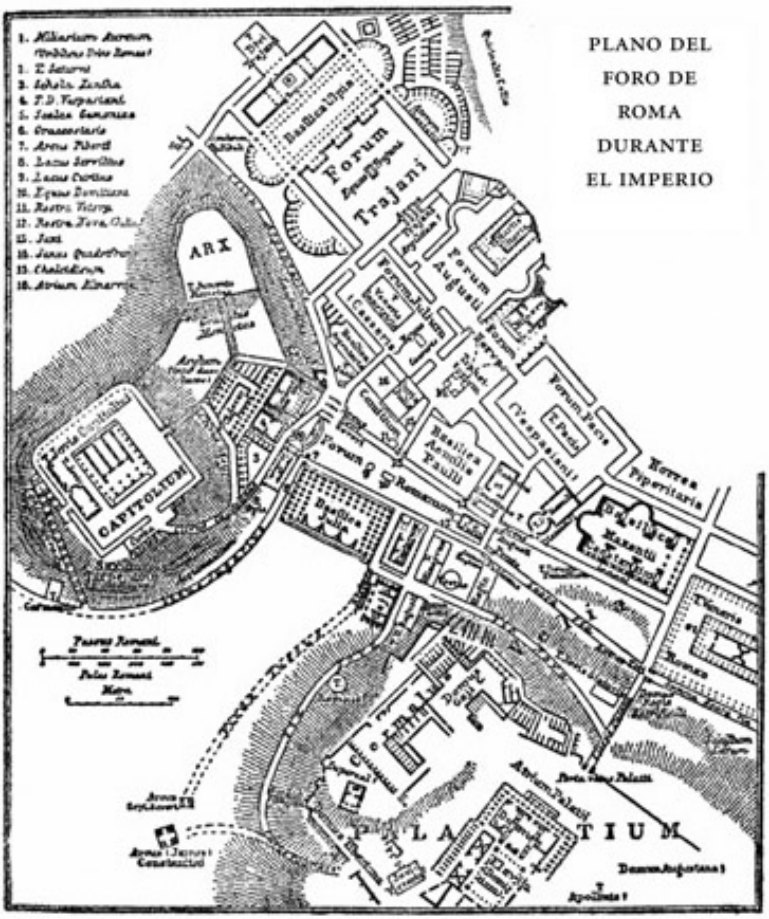

ALEJANDRÍA
Necropolis
EGIPTO
EN TIEMPOS
DE CLEOPATRA


LA ZONA DE
JERUSALÉN
PARTE SUR DE LA
PROVINCIA ROMANA
DE JUDEA
Locus Asphaltites
IDUMA

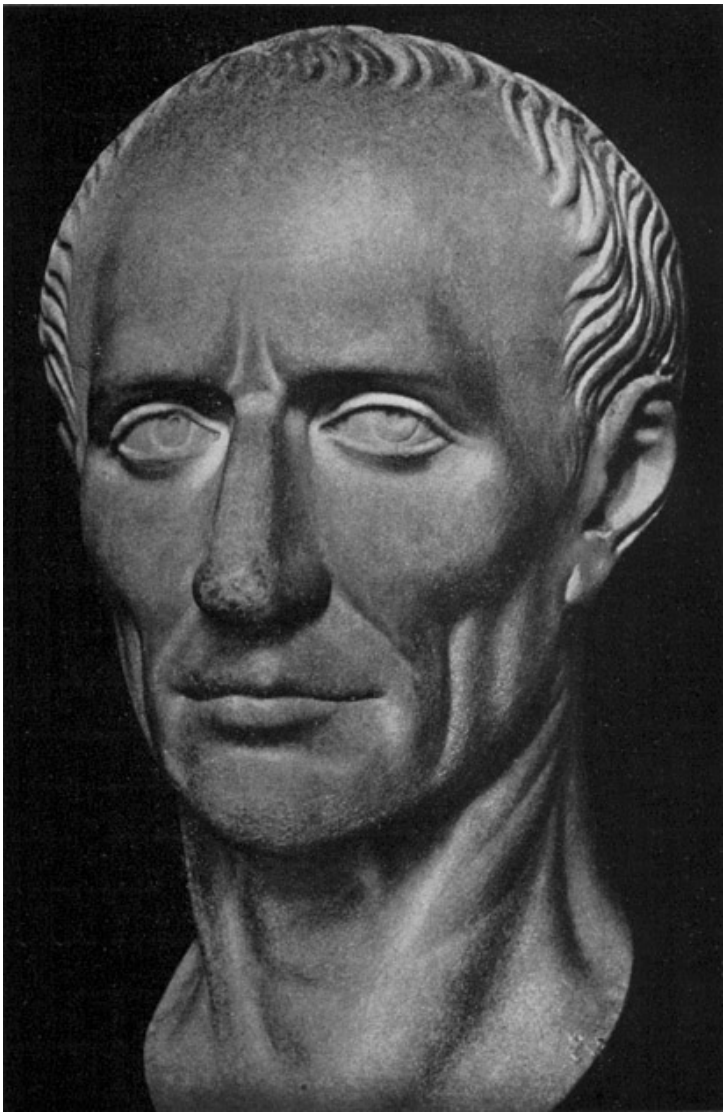


EL ASIA MENOR
BAJO LA DOMINACIÓN
ROMANA

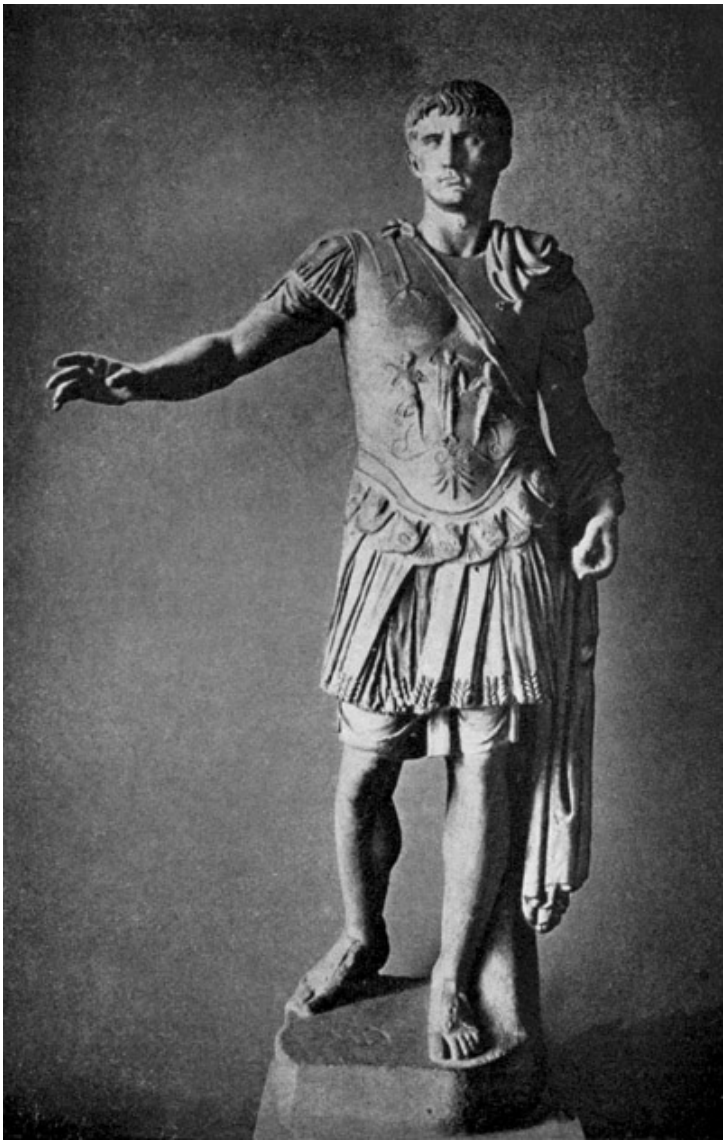

M. Pincius
Castra Praetoria
M. Aventinus



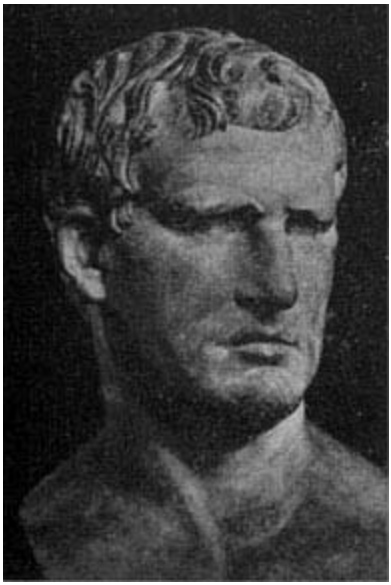
PLANO DEL FORO DE ROMA DURANTE EL IMPERIO



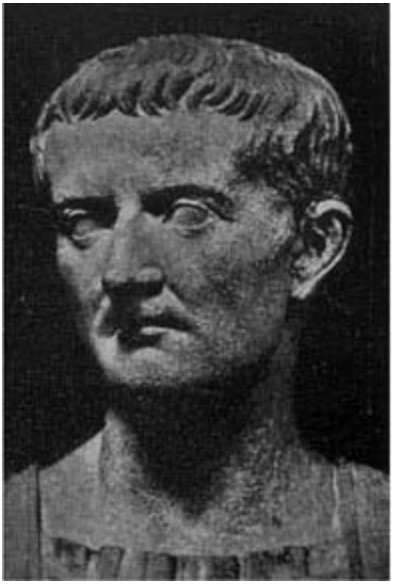
César (cabeza de mármol)
Londres, Museo Británico



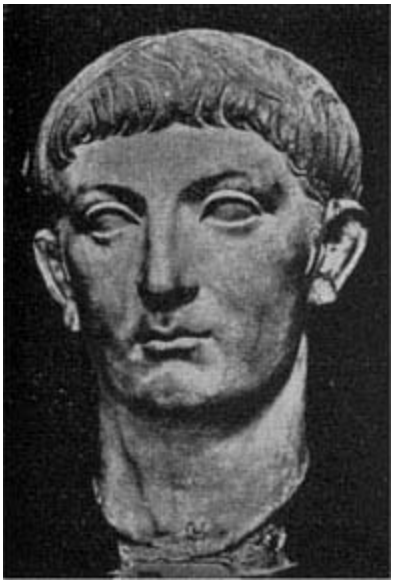
Augusto
Berlín, Museo Antiguo



Agripa
París, Louvre

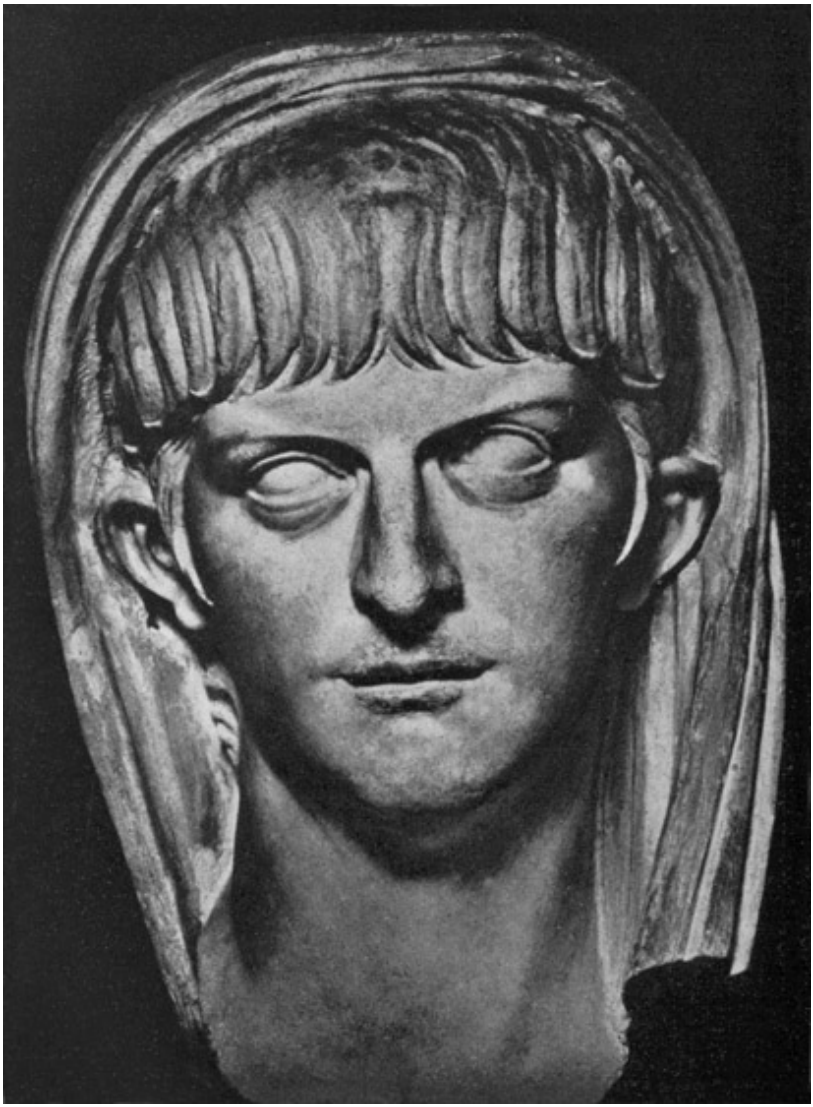


Tiberio
Museo Nacional de Nápoles



Druso
Museo Nacional de Nápoles

Germánico
Roma, Museo Capitolino



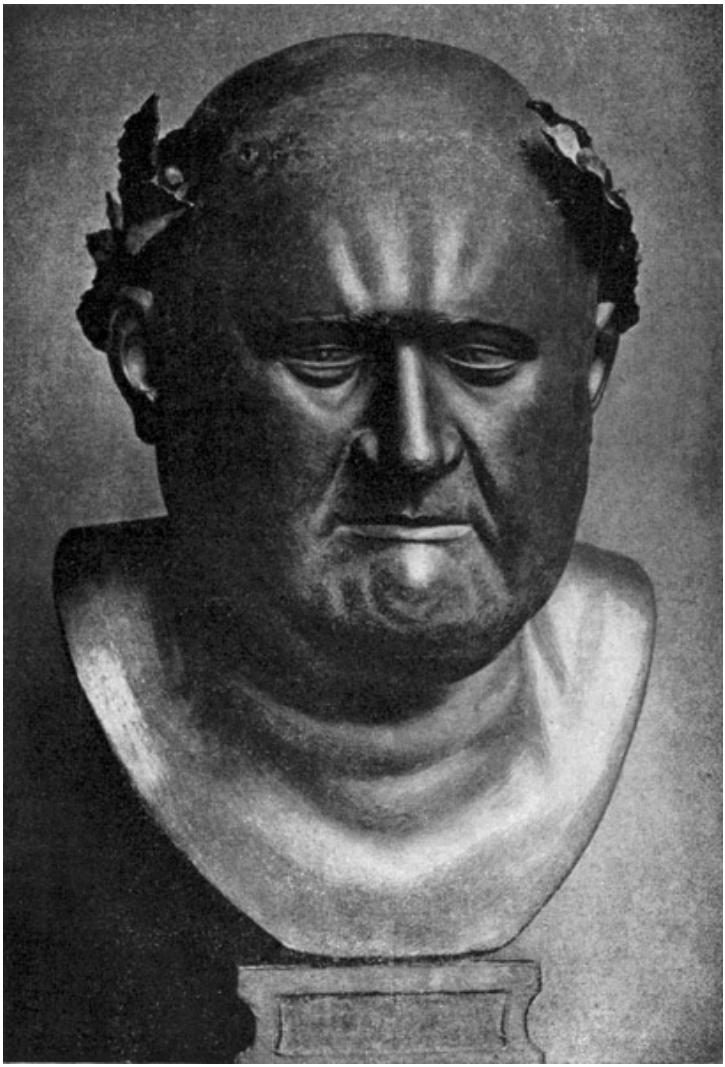
Calígula
Roma, Museo de las Termas

Claudio
Museo Nacional de Nápoles

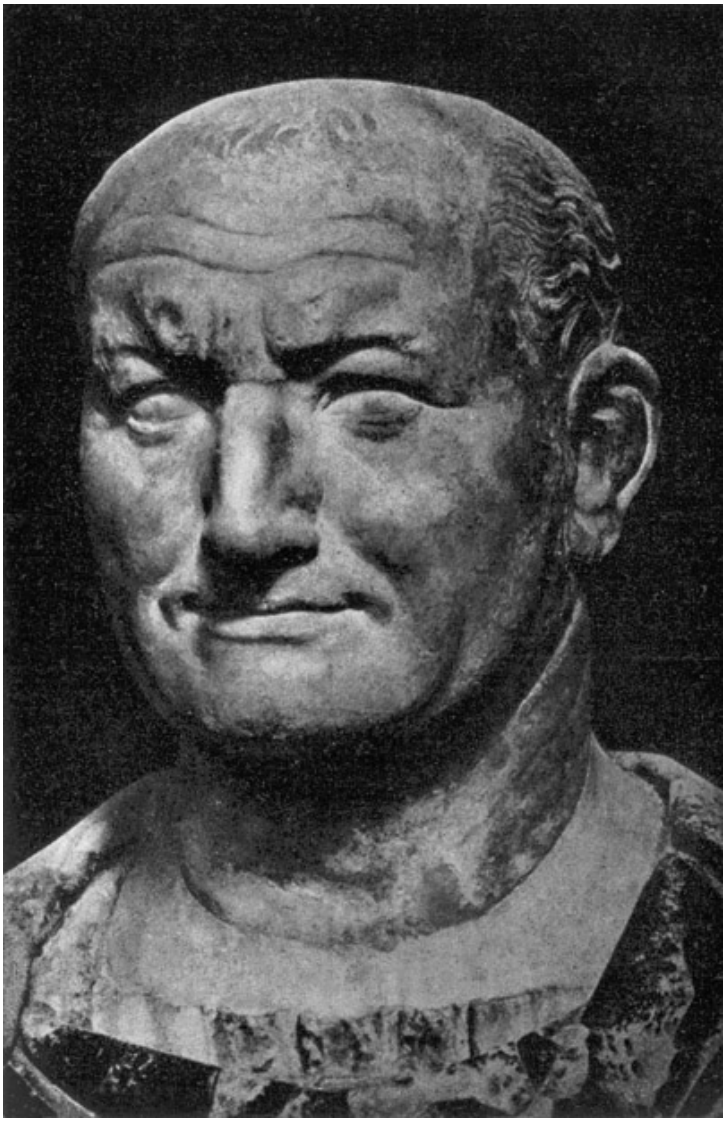
Nerón
Roma, Museo Capitolino

Galba
Roma, Museo Capitolino

Otón
Roma, Museo Capitolino



Vitelio
París, Louvre



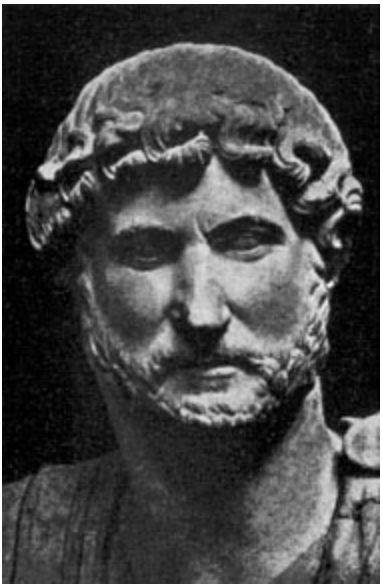
Vespasiano
Roma, Museo Capitolino

Tito
Museo Nacional de Nápoles

Domiciano
Roma, Museo Comunal

Nerva
Roma, Museo Capitolino

Trajano
Roma, Museo Capitolino



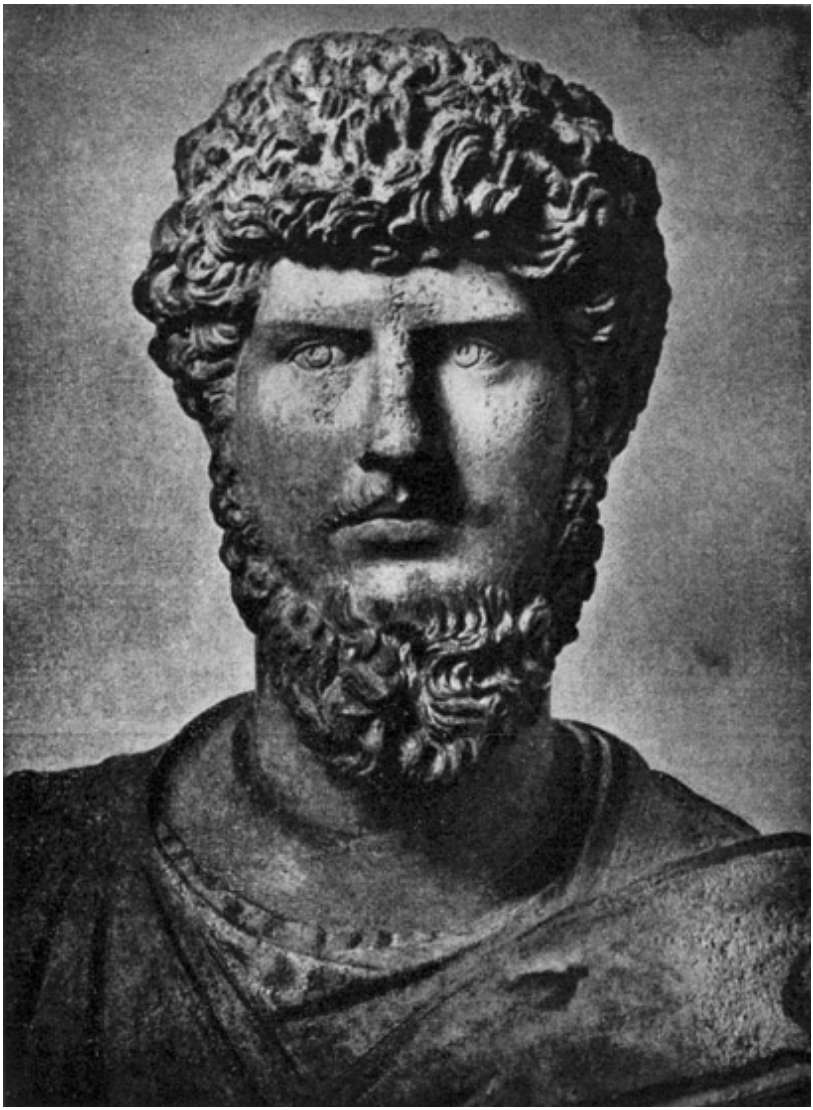
Adriano
Roma, Museo de las Termas

Antonino Pío
Roma, Museo Capitolino

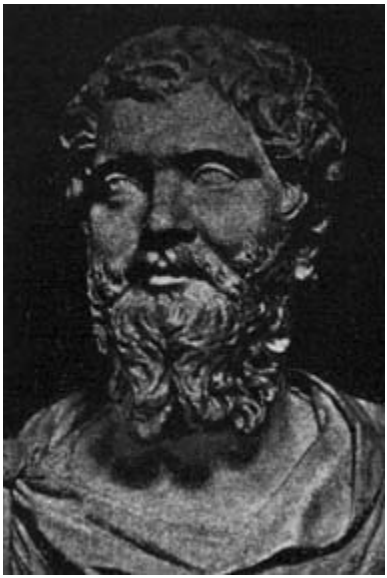
Marco Aurelio
Roma, Museo Capitolino

Cómodo
Roma, Museo de las Termas

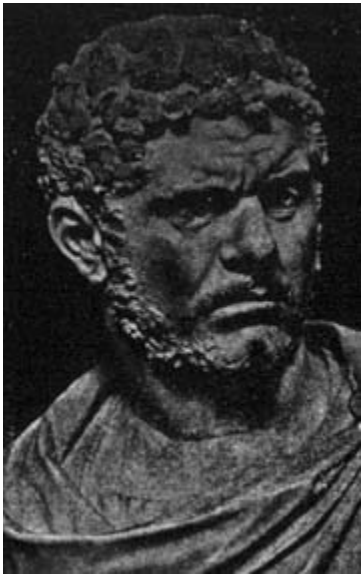
Estatua ecuestre de Marco Aurelio
Roma, Plaza del Campidoglio



Lucio Vero (corregente de Marco Aurelio)
Berlín, Museo Antiguo

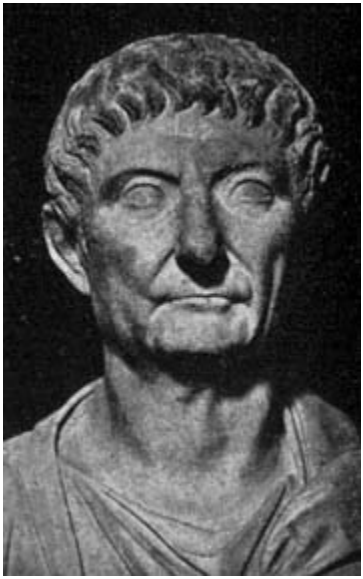


Septimio Severo
Museo Nacional de Nápoles



Caracalla
Museo Nacional de Nápoles

Alejandro Severo
Roma, Museo Capitolino



Diocleciano
Roma, Museo Capitolino

Octavia (hermana de Augusto, mujer de Marco Antonio)
París, Louvre

Messalina (mujer de Claudio)
Roma, Museo Capitolino

Popea Sabina
Roma, Museo Capitolino

Julia (hija de Tito)
Museo Nacional de Nápoles

Sabina (mujer de Adriano)
Roma, Museo de las Termas

Julia Mamea (madre de Alejandro Severo)
París, Louvre

Marciana (hermana de Trajano)
Roma, Museo Capitolino

Faustina (mujer de Antonino Pío)
Roma, Vaticano

Julia Domna (madre de Caracalla)
Munich, Glyptoteca

Plautilla (mujer de Caracalla)
Museo Nacional de Nápoles

Apéndices

I. Cronología de los emperadores romanos de Augusto a Diocleciano

27 a. C.-14 d. C.	Augusto	(Cayo Julio César Octaviano).
14-37	Tiberio	(Tiberio Claudio Nerón César).
37-41	Calígula	(Cayo Claudio Nerón César Germánico).
41-54	Claudio	(Tiberio Claudio Nerón César Druso).
54-68	Nerón	(Lucio Domicio Ahenobarbo Claudio Druso).
68-69	Galba	(Servio Sulpicio Galba).
69	Otón	(Marco Salvio Otón).
69	Vitelio	(Aulo Vitelio Germánico).
69-79	Vespasiano	(Tito Flavio Vespasiano).
79-81	Tito	(Tito Flavio Vespasiano).
81-96	Domiciano	(Tito Flavio Domiciano).
96-98	Nerva	(Marco Coceyo Nerva).
98-117	Trajano	(Marco Ulpiano Nerva Trajano).
117-138	Adriano	(Publio Elio Trajano Adriano).
138-161	Antonino Pío	(Tito Aurelio Fulvio Boyonio Arrio Antonino Pío).
161 (147)-180	Marco Aurelio	(Marco Anio Aurelio Vero).
161-169	Lucio Vero	(Lucio Ceyonio Cómodo Vero).
180 (172)-192	Cómodo	(Lucio Elio Marco Aurelio Antonino Cómodo).
193	Pertinax	(Publio Helvio Pertinax).
193	Didio Juliano	(Marco Didio Salvio Juliano Severo).
193-211	Septimio Severo	(Lucio Septimio Severo).
211 (198)-217	Caracalla	(Marco Aurelio Antonino Casiano Caracalla).
209-211	Geta	(Publio Septimio Geta).
217-218	Macrino	(Marco Opelio Severo Macrino).
218-222	Heliogábalo	(Marco Vario Avito Basiano Aurelio Antonino Heliogábalo).
222-235	Alejandro Severo	(Marco Alexiano Basiano Aurelio Severo Alejandro).
235-238	Maximino	(Cayo Julio Vero Maximino “Trax”).
237-238	Gordiano I	(Marco Antonio Gordiano).
238	Pupieno	(Marco Clorio Pupieno Máximo).

238	Balbino	(Décimo Celio Balbino).
238-244	Gordiano III	(Marco Antonio Gordiano).
244-249	Felipe “el Árabe”	(Marco Julio Filipo “el Árabe”).
249-251	Decio	(Cayo Mesio Quinto Trajano Decio).
251-253	Galo	(Cayo Vibio Treboniano Galo).
252-253	Emiliano	(Marco Julio Emilio Emiliano).
253-259	Valeriano	(Cayo Publio Licinio Valeriano).
259 (255)-268	Galieno	(Publio Licinio Ignacio Galieno).
268-270	Claudio II	(Marco Aurelio Claudio Gótico).
270-275	Aureliano	(Lucio Domicio Aureliano).
275-276	Tácito	(Marco Claudio Tácito).
276-282	Probo	(Marco Aurelio Probo).
281-283	Caro	(Marco Aurelio Caro).
284-305	Diocleciano	(Cayo Aurelio Valerio Diócles Jovio).

II. El dinero romano y su poder adquisitivo

Las equivalencias intermonetarias, al igual que el poder adquisitivo del dinero, sufren cambios muy profundos a lo largo de la historia de Roma. He aquí algunas monedas-tipo:

As	Unidad monetaria	12 onzas de cobre
Sestercio	Moneda de cálculo	21/2 ases
Denario	Moneda de plata (desde 269 a. C.)	10 ases
Dracma	En época de Varrón, igual valor que el *denario*	
Aureus	Moneda de oro (bajo el imperio)	25 denarios

Las referencias a cantidades monetarias romanas que figuran en diversas partes de la obra no han sido reducidas a equivalentes modernos, en esta traducción, por la imposibilidad de puntualizar el poder adquisitivo del dinero en la Antigüedad y por las enormes fluctuaciones que se advierten entre las diferentes épocas.

Mommsen sigue, generalmente, el criterio de reducir las cantidades de dinero romano a táleros, que era la unidad monetaria usual de Alemania, en la época en que fue redactada esta obra. El tipo de cambio aplicado por Mommsen es el de 0.076 de tálero por cada sestercio. Asignando al tálero un valor de 0.738 de dólar, correspondiente al cambio de la época, podemos establecer la siguiente escala de equivalencias, que darán al lector una idea aproximada del valor de las cantidades de dinero mencionadas en diversas ocasiones por el autor:

100	sestercios	7.6	táleros	4.42	dólares
1 000	”	76	”	44.20	”
10 000	”	760	”	442	”
50 000	”	3 800	”	2 210	”
100 000	”	7 600	”	4 420	”
1 000 000	”	76 000	”	44 200	”

Refiriéndose al poder adquisitivo de la moneda romana, dice Friedlander en su obra *La sociedad romana*:

“Las investigaciones de Rodbertus acerca de este problema apoyan la creencia de que el valor intrínseco del dinero en la Antigüedad era muy superior al que hoy tiene. El citado autor reconoce que ese valor descendió algo en los últimos siglos de la república y hasta la época de Nerón, aunque solamente dentro de Roma y en Italia, volviendo a subir a partir de entonces en todo el imperio. Sin embargo, y aun prescindiendo de toda una serie de objeciones que podrían oponerse a esto, no creemos que los datos que poseemos de la Antigüedad permitan llegar a conclusiones tan amplias. No debe olvidarse que en la Antigüedad había dos factores que contribuían a encarecer los artículos de consumo y los productos industriales en general (por lo menos, la mayor parte de ellos): uno era el relativo atraso de la industria y del transporte y otro su relativa escasez, puesto que a la masa reducidísima de metales preciosos que circulaban dentro del Imperio romano correspondía un volumen más reducido aún de artículos de consumo y objetos de valor. Es cierto que el desarrollo de los medios supletorios del dinero fue muy lento, relativamente, y, por otra parte, resulta imposible calcular el ritmo progresivo de la circulación monetaria, que en cierto sentido produce los mismos efectos que el aumento de la masa de dinero. Y será difícil que llegue a averiguarse nunca, aunque no deba reputarse imposible, si la masa de artículos de consumo fabricados o importados aumentó realmente desde el fin de la Antigüedad en la misma proporción que el volumen de los metales preciosos circulantes. Como tampoco será fácil, probablemente, que llegue a saberse alguna vez

si las grandes fortunas del imperio arrojaban, por término medio, una renta anual superior a las grandes fortunas de nuestros días, elemento de juicio fundamental para poder establecer comparaciones entre unas y otras. Lo que desde luego puede asegurarse es que, en la actualidad, todos los datos acerca del valor relativo de las mismas cantidades de dinero en la Antigüedad y en cualquier otro periodo de la historia son totalmente arbitrarios."

EL MUNDO DE LOS CÉSARES

THEODOR MOMMSEN

MOMMSEN, FIGURA EGREGIA de la intelectualidad, vivió humanamente la vida y las luchas de su tiempo y fue ello tal vez lo que mejor le equipó para revivir la vida y las luchas del pasado.

Cuando Mommsen acometió esta obra, hallábase empeñado de lleno, al frente de un gran equipo de investigadores formados por él, en la magna tarea de recopilar las inscripciones latinas de todo el imperio. Y las inscripciones fueron la fuente más viva y más copiosa de documentación para su estudio sobre las *Provincias*. Por eso palpita en él con tan fuertes pulsaciones la vida de los pueblos por debajo de la corteza de la administración imperial. Es cierto que Mommsen hacía hablar a las piedras. Y ellas le entregaron, en gran parte, el secreto de la intensa vida provincial, oculto hasta entonces bajo la superestructura de una tradición basada en los escritos centralistas de los historiadores y los escritores romanos. Y a ello se debe también, sin duda, el que los capítulos mejor logrados de la obra, con ser todos magistrales, sean aquellos que versan sobre las partes del imperio, como los países danubianos y las tierras del Asia menor, cuyas inscripciones estudió y editó personalmente el autor, dentro del gran *Corpus Inscriptionum*.

Theodor Mommsen murió en 1903, a los ochenta y tres años, sin haber interrumpido un solo día su ingente labor de investigación, de publicaciones y de enseñanza. Los últimos años de su vida estuvieron llenos, como los primeros de su juventud, de grandiosas empresas del espíritu encaminadas a la reconstrucción erudita del mundo antiguo.

— WENCESLAO ROCES

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

ÍNDICE

Índice 4

Prólogo 6

Parte Primera. La vida en las provincias romanas de César a Diocleciano 20

- Introducción 21
- I. La situación en las provincias y las condiciones culturales de la época de Julio César 26
- II. La frontera septentrional de Italia 88
- III. España 139
- IV. Las Galias 153
- V. La Germania romana y los germanos libres 181
- VI. Britania 239
- VII. Los países danubianos y las guerras del Danubio 266
- VIII. La Europa griega 312
- IX. Los griegos del Asia Menor 352
- X. Persia y el reino de Palmira 380
- XI. Siria y el país de los Nabateos 422
- XII. Judea y los judíos 468
- XIII. Egipto 552
- XIV. Las provincias africanas 621

Parte Segunda. La literatura, el arte y la cultura romanas antes del cristianismo 640

- I. Estado de la cultura antes de la unificación de Italia 641
  - Desde los orígenes de Roma hasta la caída de la monarquía 641
  - Desde la caída de la monarquía hasta la unificación de Italia 697

II. La economía, las costumbres, la religión y el arte de los romanos desde la guerra de Aníbal hasta la Revolución 729
Sociedad y política 729
La vida económica 744
La fe y las costumbres 773
Nacionalidad, religión, cultura 805
La literatura y el arte 837
La literatura y el arte bajo la revolución 918
III. La religión, la cultura, la literatura y el arte en la época de Cicerón 977
Parte Tercera. Mapas y retratos 1066
Apéndices 1099